	Machos		Hembras		
Clasificación	Número	Valor individual	Número	Valor individual	Valor Total
Bebés, 0-5	44	0	47	0	0
Niños, 6-13	125	300	138	250	75.000
Adultos, 14-52	215	2000	161	1.800	719.800
Mayores, 53-66	72	1200	65	300	165.900
Ancianos, 67	16	0	21	0	0
	482		432		900.700

Bahía de Chesapeake

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Bahía de Chesapeake

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

OceanofPDF.com

James A. Michener
Bahía de Chesapeake

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

La primera vez que estuve en la bahía de Chesapeake fue en 1927, y con posterioridad viajé allí con frecuencia. Desde mis primeros días en la bahía pensé en escribir sobre ella, pero siempre lo aplazaba hasta el momento en que pudiera vivir en sus orillas durante un prolongado período de tiempo. Esta oportunidad se me presentó en 1975, cuando viví durante dos años en las proximidades de un pequeño, pero histórico pueblecito pesquero. En ese tiempo conocí y trabajé con muchas personas cuyos conocimientos e ideas inspiraron esta novela, y quisiera expresarles aquí la gratitud que tan abundantemente se ganaron.

La Bahía de Chesapeake: **Walter Robinson, de Swarthmore, fue el primero que me llevó a pasear en una embarcación y me contagió su amor a la región. El juez William O'Donnell, de Phoenixville, me permitió tripular su *Prince of Donegal* docenas de veces, y Larry Therien me ayudó a explorar. Pearce Coady me llevó en su *Cleopatra's Barge* a distintas partes de-.la bahía.**

El río Choptank: **Lawrence McCormick y Richard Springs me llevaron varias veces en bote hasta las fuentes del río. Edward J. Piszek organizó exploraciones en helicóptero a baja altura. El juez O'Donnell me llevó a todas partes del río, lo mismo que Joseph A. Robinson.**

Pesca: **Tres capitanes me fueron de gran ayuda. G. S. Pope, actualmente retirado, me habló de los viejos tiempos. Josef Liener me instruía mientras navegábamos a bordo del *Rosie Park,* y Eddie Farley me llevó durante largas horas a coger ostras en su *Stanley Norman.* También se me permitió inspeccionar varias viejas embarcaciones apartadas en diques secos.**

Ostras: **George Krantz, de la Universidad del Centro de Estudios sobre el Estuario de Maryland, compartió conmigo los resultados de sus investigaciones, y Robert Inglis me mantuvo informado de sus progresos en la cría de ostras en el estero que forma su patio trasero. Levin Harrison me habló ocasionalmente de los duros viejos tiempos.**

Gansos: **Ron Vavra, hermano gemelo del hombre que me proporcionó las fotografías para mi libro *Iberia,* me introdujo en la**

investigación fundamental del ganso del Canadá, y docenas de cazadores me ayudaron a conocer sus hábitos.

William H. Kuliaa, director del Refugio Nacional de Vida Silvestre de Blackwater, me enseñó sus sesenta mil gansos y se mostró sumamente servicial.

Garzas y pandiones: **Tras haber estudiado abundantemente sobre el terreno estas fascinantes aves acuáticas, tuve la buena suerte de conocer a Jan Reese, destacado experto en ambas especies, quien me instruyó sobre aspectos en los que yo no había reparado.**

Grandes cañones: **El doctor Harry Walsh, la principal autoridad en la materia, me enseñó su colección, habló de los viejos tiempos y me ayudó a comprender el funcionamiento y la mística de estos cañones manejados por un solo hombre.**

Árboles: **Stark McLaughlin, guardamontes del Estado de Maryland, me dio muchos y muy útiles consejos acerca de los diversos aspectos del cultivo y crecimiento de los árboles.**

Vida del Choptank: **El capitán Bill Benson, de la línea de transbordador más antigua de la nación, me contó valiosas reminiscencias. El embajador Philip Crowe fue en extremo útil para informarme de acontecimientos recientes. Y Alyce Stocklin, viejo amigo mío, fue alegre y constante comentador. H. Robins Hollyday derrochó generosidad, tanto con su tiempo como con su colección de viejas fotografías, y Peter Black se mostró útil en diversos aspectos.**

Historia negra: **Dickson Preston compartió generosamente conmigo sus extraordinarios descubrimientos relativos a Frederick Douglass; esto confiere autoridad al tratamiento que doy al tema de la esclavitud en la región. También leyó todo el manuscrito y me hizo valiosas sugerencias sobre detalles históricos. Mi amiga Dorothy Pittman llamó a varios de sus vecinos negros para que hablasen conmigo, en particular a James Thomas y LeRoy Nichols. El juez William B. Yates formuló juiciosas y ecuménicas reflexiones sobre los tiempos de agitación.**

Aunque, por razones literarias, la acción de esta novela se desarrolla en la orilla septentrional del Choptank, gran parte de mi más efectiva investigación fue realizada en la orilla meridional, por la que siento especial afecto, y manifiesto aquí mi profundo

agradecimiento a los expertos de esa región. Bayly Orem, de una distinguida familia de Dorchester, trabó conocimiento conmigo y se impuso la tarea de presentarme a vecinos suyos que podrían resultar útiles:

Construcción de barcos: **James Richardson, famoso por sus reconstrucciones de buques históricos, se mostró constantemente instructivo, así como sus yernos Tom Howell y James D. Brighton.**

Caza de tortugas: **El senador del Estado Frederick C. Malkus, primer cazador de tortugas de la región, me instruyó en los múltiples aspectos de este deporte.**

Pesca de ranas: **Richard Drescher, uno de los principales atletas de Maryland, me llevó a la pesca nocturna de ranas en las marismas del sur de Dorchester.**

Pequeño Choptank: **Dale Price me permitió inspeccionar su finca a orillas del Pequeño Choptank, el lugar que ocupó la granja de esclavos de Herman Cline antes de la Guerra Civil.**

Indios: **El juez William B. Yates me habló de los indios choptank y otros asuntos.**

Marismas: **Elmer Mowbray me permitió acompañarle en varias exploraciones en su marisma particular. Es un experto en las cuestiones relacionadas con la fauna del estuario, y le estoy muy reconocido.**

Pesca: **David Orem y Jay Alban me instruyeron sobre pesca y sobre las peculiaridades de la Naturaleza en la región de la bahía.**

Investigación: **Todos los miembros del Museo Marítimo de la Bahía de Chesapeake, en St. Michaels, se mostraron sumamente serviciales, en particular, el director, R. J. Holt. La biblioteca de Easton, Maryland, posee una prestigiosa colección de material para la investigación; su directora, Elizabeth Carroll, se ocupó de que me fuera facilitada toda la ayuda precisa, y Mary Starin, encargada de la Sala de Maryland, se mostró infatigable en la búsqueda de libros, como se muestra siempre con todos los que trabajan en la biblioteca. Robert H. Burgess, del Museo de los Marineros, de,Norfolk, me ayudó con sus libros y sus consejos.**

Estudios: **Para documentarme en detalles de la actividad en tiempos pasados consulté *Tobacco Coast. A Maritime History of the Chesapeake Bay in the Colonial Period,* de Arthur Pierce Middleton. Por lo que se**

refiere a la naturaleza de la vida comercial en una plantación de la costa Este durante la guerra revolucionaria, me serví de varias fuentes, siendo la más reveladora de ellas *In Pursuit of Profit,* de Edward C. Papenfuse, que trata sobre un grupo de familias comerciales en la costa occidental. La importancia de la batalla naval librada en la boca de la bahía de Chesapeake en setiembre de 1781 no es suficientemente apreciada. Mi relato se basa en recientes trabajos de investigación, especialmente *Decision at the Chesapeake,* de Harold A. Larrabee, merecedora de atención por parte de quienes se hallen interesados en ese período.

Pero mis constantes colaboradores fueron los ciudadanos de la región del Choptank. Decenas de ellos hablaron conmigo en reuniones sociales o en el curso de investigaciones llevadas a cabo durante uno de los inviernos más fríos y uno de los veranos más calurosos que se han dado jamás en la costa oriental. Se mostraron estimulantes, perceptivos, divertidos… y esperanzados a menudo en la la posibilidad de que yo abandonase mi proyecto y me fuese a otra parte, no fuera que mi obra atrajese el interés del resto del mundo hacia el apartado paraíso que ellos estaban disfrutando en la costa oriental.

A Mari Michener,
que se interesaba por los gansos,
las garzas, las águilas blancas
y los cardenales

Este libro es una novela, y seria un error interpretarlo de otra manera. Los personajes son imaginarios; los Steed, Turlock, Paxmore, Caler y Caveney han sido inventados por el autor y no están basados en personas reales. Los lugares principales -isla Devon, Peace Cliff, las marismas de Turlock y la ciudad de Patamokeson- son tan completamente imaginarios, que han sido situados en tierras que ni siquiera existen. El Refugio está en un estero inexistente, y en el sur del África Central no hay ningún río Xanga ni comunidad alguna de personas con ese nombre.

Sin embargo, los detalles del río Choptank son exactos en la medida de lo posible, y no ha habido ahí ninguna invención. La colonia inglesa del Choptank se fundó algo más tarde de lo que se presenta en el libro, pero tuvo lugar en un punto situado a sólo veintitrés millas al Norte.

PRIMER VIAJE: 1583

Llevaban ya algún tiempo sospechando de él. Sus movimientos habían sido observados por espías que informaban luego de ellos a los sacerdotes, y en los consejos tribales había sido desdeñado su voto contrario a emprender la guerra con los que moraban al otro lado del recodo. Más revelador aún, la familia de la muchacha que había elegido para remplazar a su fallecida esposa había rehusado aceptar las tres medidas de *roanoke* que había ofrecido como precio de compra.

Aun a su pesar, había llegado a la conclusión de que debía abandonar aquella tribu que había hecho todo menos proscribirle públicamente. Siendo niño, había visto lo que les pasaba a los hombres declarados proscritos, y no deseaba experimentar lo que ellos habían sufrido: el aislamiento, el desprecio, la amarga soledad.

Por eso ahora, mientras pescaba a orillas del gran río, o cazaba en los prados, o, simplemente, permanecía meditabundo, sentía que debía irse. Pero, ¿cómo? Y ¿adónde?

Las dificultades comenzaron el día en que expresó sus dudas respecto a una incursión propuesta por el gran jefe. Durante más de un año, las relaciones con las tribus que habitaban más allá del recodo septentrional habían sido amistosas, y en ese intervalo el río había conocido apreciable prosperidad, con un tráfico comercial superior al normal entre el Norte y el Sur. Pero los susquehannocks de la zona media nunca se habían encontrado a gusto en tiempos de paz en todo el tiempo que Pentaquod podía recordar; sentían intuitivamente que debían caminar por el sendero de la guerra para demostrar así su virilidad. Era, pues, tradicional que el gran jefe idease justificaciones para enviar a la lucha a sus guerreros; si triunfaban, su victoria redundaría en favor de él; y si perdían, afirmaría que estaba, simplemente, protegiendo las fronteras de la tribu.

Pentaquod había argumentado:

–Los del recodo Norte han respetado sus promesas. No han robado nuestros castores ni violado nuestros huertos. Luchar contra ellos ahora, sin ningún motivo, sería infame, y nuestros guerreros entrarían en combate sabiendo que los dioses no podían estar con ellos.

Su lógica fue rechazada, no sólo por el consejo de jefes, sino también por los guerreros comunes, que sentían que sería deshonroso para un susquehannock permanecer en paz durante más de un año. Si

su gran río había resultado ser un lugar excelente en el que vivir, tenía que ser porque su tribu siempre había luchado para protegerlo, y un viejo guerrero había vaticinado:

–Pentaquod, cuando llegue el día en que temamos pelear, perderemos el río.

Él insistió en pronunciarse contra una guerra carente de sentido, y, como todo el que hablaba en favor de la paz en las tierras que se extendían a lo largo de aquel río era siempre acusado de traición, sus adversarios iniciaron el rumor de que había sido corrompido por el enemigo y le servía de portavoz. Se recordó que su esposa había muerto joven, lo cual aumentaba la probabilidad de que los dioses rechazasen sus argumentos.

Acusarle de cobardía resultaba desorientador, pues era uno de los susquehannocks más altos en toda una generación, y aquélla era un tribu de gigantes. Con su estatura que descollaba entre los jóvenes de su edad, miraba fija y serenamente desde su grande y ancho rostro de color más oscuro que lo normal, signo infalible del guerrero. Esta contradicción desconcertaba a los niños que escuchaban las acusaciones contra él, y empezaron a remedar sus inseguros pasos cuando caminaba por los alrededores del poblado; no tardaron en burlarse abiertamente de él.

Fue uno de esos niños quien le impulsó a tomar su decisión. El chiquillo le había estado imitando a sus espaldas, causando gran regocijo entre los que miraban, cuando Pentaquod se volvió de pronto y, agarrándole, le preguntó por qué se comportaba así. El niño respondió:

–Mi padre dice que el consejo se ha reunido para castigarte.

Y cuando Pentaquod volvió la vista hacia el poblado y se dio cuenta de que no se veía por allí a los ancianos, comprendió que el niño decía la verdad.

Tardó sólo unos momentos en tomar la decisión. El consejo no actuaría apresuradamente: nunca lo hacía. Tendría que haber largos discursos condenándole, pero, si el padre de aquel chico había empleado realmente la palabra *castigar,* podría estarse preparando una sanción mucho más grave que la proscripción. Sus enemigos se habían vuelto tan osados, que algunos podrían incluso pedir su muerte; si se

convencían a sí mismos de que era un espía de las tribus del Norte, sería lo lógico.

Así, pues, sin regresar a su *wigwam,* donde sus padres estarían sentados al sol, y sin hacer ningún intento por recuperar sus armas, ya que eso excitaría a los que habían sido designados para vigilarle, comenzó a andar sosegadamente en dirección al río, alejándose del alargado edificio en que se celebraba la reunión del consejo. Pero no se acercó a las canoas, pues sabía que eso suscitaría la alarma. En lugar de ello, se mantuvo de espaldas al río, como si contemplara el poblado, pero de cuando en cuando volvía la cabeza para seguir el vuelo de algún pájaro y, de ese modo, poder apreciar la situación del río.

La canoa de guerra tenía todo dispuesto para salir inmediatamente en ella, pero estaba hecha de madera de roble y era demasiado pesada para que la manejara un solo hombre. El plan que había concebido sólo podía resultar bien si utilizaba una canoa lo bastante ligera como para poder acarrearla, y, en efecto, había allí una de esas características; parecía bien equilibrada y manejable, pero él había ayudado a construirla y conocía sus limitaciones: nunca había ganado una carrera. Otras resultaban también tentadoras, pero las rechazó, o por demasiado lentas o por demasiado pesadas.

Sin embargo, había una canoa pequeña y rápida que él había ayudado a construir para uno de los jefes de caza; estaba hecha de excelente madera de pino blanco del Norte, y una vez, durante su construcción, en que las llamas que torneaban su interior adquirieron demasiada intensidad, él había levantado la canoa sin ayuda de nadie y la había arrojado al río, donde quedó extinguido el fuego. El jefe a quien pertenecía, la había pintado de amarillo; sus costados eran sólidos y había sido equipada con puntales de roble. Su proa era afilada y había hecho buen papel en las carreras. Y, lo mejor de todo, estaba siempre equipada para cazar y pescar, y tan arrimada a la orilla, que podía botarla un solo hombre de un fuerte empujón.

–La amarilla -murmuró para sus adentros, y, abandonando la zona del río, regresó hacia el centro del poblado, caminando con aire despreocupado en dirección a la sala del consejo, donde observó con satisfacción que los espías encargados de vigilarle se retiraban para hacerlo con más disimulo. Esto era esencial para su plan, pues no podía

vencerles en lucha; eran cuatro, y los cuatro valientes, pero podía aventajarles corriendo, pues era muy veloz.

Así, pues, cuando se hubieron alejado del río lo suficiente para llevar a cabo su plan, se volvió de pronto y echó a correr como un ciervo en dirección al río. Al llegar a la orilla, no se precipitó inmediatamente hacia la canoa elegida, sino que se dirigió primero a la canoa de guerra y cogió todos los remos. Luego fue saltando a todas las demás canoas que tenían remos y los cogió también. Sólo entonces se volvió hacia su objetivo.

Con un grito que reverberó por todo el poblado, echó la brazada de remos en la canoa amarilla, le dio un vigoroso empujón en la popa, la impulsó sobre las fangosas aguas del río, subió a bordo y empezó a remar briosamente río abajo. Pese a que su vida dependía de la rapidez de su huida, no pudo por menos de volver la vista hacia el poblado. Allí estaban los *wigwams,* de achatada estructura; allí estaba el hogar en que sus padres se hallarían en aquellos momentos dándose cuenta de su descabellada acción; y allí estaba el alargado *wigwam* del que los jefes salían ya para tripular la canoa de guerra en que debían apoderarse del criminal. No podía apartar los ojos de los ancianos cuando llegaban al río y se veían impotentes para perseguirle. Lo último que vio de su comunidad mostraba un poblado lleno de agitación, con majestuosos jefes corriendo de un lado a otro, agitando los brazos y -sospechaba- gritando a sus subordinados. Soltó una carcajada.

Pero ahora se encontraba solo en el río, y para sobrevivir debía poner en práctica toda la destreza y habilidad que había adquirido en sus veinticinco años. Tendría que pasar ante dos poblados susquehannock situados al Sur, y, como éstos se hallaban subordinados al suyo, debía suponer que le interceptarían y le retendrían para interrogarle. Además, los hombres de su tribu no tardarían en encontrar otros remos con los que impulsar sus canoas, y la persecución sería inevitable. De hecho, sospechaba que ya habían sido enviados mensajeros con la misión de dirigirse por tierra a alertar a sus aliados meridionales, por lo que eran escasas sus probabilidades de conseguir escapar.

Pero él no carecía de recursos y, cuando sus vigorosas paladas le llevaron a las proximidades del primer poblado, decidió recurrir a una

audaz estratagema. «Los mensajeros no pueden haber llegado aún aquí -razonó-, así que tengo una posibilidad.» Remó resueltamente hacia la orilla, gritando, con voz fuerte y agitada:

–¡Amigos! ¿Habéis visto pasar a un hombre y una mujer en una canoa? Se acercaron a la orilla occidental para responder: -No hemos visto a nadie.

–¡Mi mujer! – grito Pentaquod, y los otros se echaron a reír, porque nada hay tan divertido en todo el mundo como un marido burlado tratando de recuperar a su fugitiva esposa.

–¿Por dónde han ido? – vociferó.

–A los maizales -se burlaron, y hasta que se perdió de vista, remando desesperadamente río abajo, permanecieron en la orilla, riéndose de la grotesca figura que componía, un marido remando para alcanzar a su mujer y su amante.

Anochecía ya cuando llegó a las cercanías del segundo poblado, en la orilla oriental esta vez, y dudó que pudiera utilizar de nuevo la misma estratagema, pues los mensajeros habrían ofrecido recompensas por su captura. Esta vez se deslizó entre los árboles de la orilla occidental y esperó a que hubiera cerrado la noche. Sabía que la media luna no iluminaría el río hasta pasada la medianoche, pero sabía también que una vez que la luna se elevara en el firmamento, sería imposible cruzar el río.

Así, pues, cuando disminuyó el fulgor de las hogueras del poblado y los centinelas se hubieron situado en sus puestos, dejó que su canoa se deslizara a impulsos de la corriente a lo largo de la orilla occidental, lenta y silenciosamente, moviéndose bajo la protección de los árboles que flanqueaban la ribera. Cuando la canoa llegó al punto en que más peligro corría de ser detectada, justo enfrente del dormido poblado, contuvo la respiración, y, con gran alivio por su parte, su paso no produjo ningún ruido ni alertó a ningún centinela. Al amanecer, estaba remando furiosamente por el centro del río, aprovechando cuantas corrientes favorables encontraba.

Cuando el sol estival se elevó sobre el horizonte y empezó a sentir su opresivo calor, enfiló hacia la salida de un afluente que desembocaba en el Oeste, y allí, bajo la protección de los árboles que alargaban sus ramas sobre las aguas, se pasó dormido la mayor parte del día. Al

anochecer, estaba de nuevo en el río, hambriento y con los músculos doloridos, pero remaba incesantemente, con profundas y rítmicas paladas, que mantenían el firme avance de la canoa.

Hacia la madrugada de la tercera noche, después de haber comido solamente dos pececillos en tres días, llegó a las cataratas que su pueblo conocía con el nombre de Conowingo, y fue allí donde se enfrentó a la prueba que determinaría el éxito de su huida. Al acercarse a las turbulentas y espumosas aguas, pensó llevar su canoa a la orilla y acarrearla durante un largo trecho por tierra, pero cuando remaba para alejarse del centro del río en dirección a la seguridad de la tierra firme, divisó una corriente de agua que se movía rápidamente, retorciéndose y curvándose sobre las rocas, y en cuestión de instantes decidió probar fortuna en el río, antes que hacerlo en tierra.

Tenía para ello una buena razón: «Si transporto por tierra mi canoa, los otros pueden alcanzarme. Pero si sigo este curso de agua, nadie se atreverá a perseguirme, y les sacaré varios días de ventaja.»

Como si realizara un ritual, tiró por la borda todos los remos que llevaba, menos dos, dejándolos caer uno a uno en las rápidas aguas, para seguir su trayectoria por la catarata.

–¡Van por la corriente más tranquila! – gritó.

Ató a los puntales todo el material de caza y uno de los remos que le quedaban, en previsión de que perdiera el que estaba usando, y, con la tranquilizadora certeza de que continuando hacia delante no arriesgaba más que si se volvía, impulsó su canoa a las turbulentas aguas.

–¡Ji-ya! ¡Ji-ya! – gritó al sentir que las aguas tomaban el mando de la canoa y la empujaban con aterradora velocidad.

Fue una travesía procelosa, con rocas visibles a ambos lados y penetrando en la embarcación la espumeante agua. Su remo, aun cuando lo manejaba con desacostumbrada fuerza, apenas si conseguía más que mantenerle ocupado. En varias ocasiones tuvo la seguridad de perder la canoa, y quizá también la vida, pero, al final, la sólida embarcación se abrió paso por entre las peligrosas rocas y las rugientes aguas.

Cuando terminó de pasar estaba exhausto, y aquel día durmió profundamente bajo los árboles. Corría cerca un arroyuelo de agua

fresca, y bebió copiosamente al despertar. Encontró también un campo de fresas, de las que comió hasta hartarse, y con el equipo que había conservado pescó otros dos pececillos. Recuperadas las fuerzas reanudó su navegación nocturna por el gran río, y a la mañana siguiente decidió no dormir durante el día, pues tenía ya delante la gran extensión de agua de la que había oído hablar siendo niño y que ahora constituía su objetivo.

–Está hacia el Sur -había dicho el viejo hechicero de su tribu-, el río de ríos en que abunda el pez de peces. Hasta el propio dios de los ríos necesitaría varios días para recorrerlo a remo, y sus riberas tienen cien sitios en los que ocultarse. En este río de ríos una tormenta dura nueve días, y los peces son tan grandes, que uno solo basta para alimentar a todo un poblado. Pero es hermoso. Es tan hermoso que, si eres bueno y haces rectas las flechas y cuidas los ñames, acaso lo veas algún día. Yo no lo he visto nunca, pero está allí, y quizá tú seas el afortunado.

¡Y allí estaba el Chesapeake! En el lenguaje de Pentaquod, el nombre significaba *el gran río en que abunda el pez de duras conchas,* y cada pueblo de los que se extendían a lo largo del Susquehanna poseía preciosas piezas de *roanoke* hechas con esas conchas blancas cogidas en el Chesapeake. Con suficiente *roanoke,* un hombre podía comprar incluso a la hija de un caudillo.

¡El Chesapeake! El nombre les era familiar a todos los niños, pues en aquellas extensas aguas ocurrían cosas extrañas. Aquél era el mágico lugar en que las aguas se tornaban más anchurosas aún que las del Susquehanna; en el que tormentas de enorme magnitud levantaban olas de aterradora potencia. Aquél era el río de ríos, donde los peces tenían preciosas conchas.

Pentaquod se inclinó hacia delante, con el remo sobre las rodillas, dejando que su amarilla canoa derivase lentamente por la bahía, y a cada momento veía una nueva revelación: la inmensidad del agua; la forma en que los peces saltaban como si quisieran ser capturados y saboreados; el constante movimiento de aves que volaban de un lado a otro; los majestuosos árboles que flanqueaban la orilla y, sobre todo, el abovedado firmamento, más azul que ninguno que hubiese visto jamás.

Durante todo el día fue dejándose llevar hacia el Sur por la corriente, extasiado, ora acercándose a una orilla, ora aventurándose

en el impresionante pero tranquilizador centro. Era más grande aún de lo que el viejo hechicero había podido dar a entender; era más hermoso de lo que permitía imaginar una vida pasada a orillas de un río del interior. Desde el momento en que vio aquella espléndida extensión de agua, dejó de experimentar el más mínimo arrepentimiento de haber abandonado su poblado, pues había cambiado aquella colección de *wigwams* hechos de palos y ramas por algo de mayor majestad.

Pasó dos días en la bahía, extasiado a cada hora que pasaba con un nuevo esplendor: adoraba el movimiento de los peces y el alimentarse de los pájaros, la forma en que el sol se alzaba de las aguas, rojo y enorme, o se ponía entre llamaradas de oro.

–¡Oh, qué Universo! – exclamó en el colmo de su alborozo.

Para expresar este pensamiento utilizó una palabra susquehannock que significaba: *todo lo que se ve en la Tierra y no se ve en los cielos,* y nunca dudó que aquella palabra había sido inventada para que un hombre como él pudiera describir aquel nuevo mundo en que le había sido dado entrar.

Desde el primer momento en que huyó de su poblado, había tenido la intención de encontrar aquella legendaria bahía y refugiarse en alguna ensenada adecuada de su ribera occidental, pues en su juventud las conchas que su pueblo atesoraba eran traídas por una tribu de fornidos individuos llamados los potomacs, y recordaba que vivían a orillas de algún río del Oeste. Eran una tribu guerrera, y los años que no llegaban en son de paz para comerciar, llegaban en canoas de guerra para dedicarse al pillaje. Se proponía unirse a aquellos potomacs, razonando que, como era más alto y más ancho de hombros que la mayoría de los hombres, sería bien recibido.

Pero ahora, mientras navegaba por aquella plácida extensión de agua, tan diferente del angosto río que él había conocido, tan infinitamente más grandioso, comprendió que no tenía ningún deseo de unirse a los potomacs, entre los que se vería obligado a servir como guerrero. Estaba harto de luchas y de los ancianos que las incitaban. Quería refugiarse en alguna tribu más plácida que las que había conocido a lo largo del Susquehanna, más pacífica que los potomacs vendedores de conchas. Así, pues, se abstuvo de remar hacia la ribera occidental.

Siendo niño, le habían dicho que en la orilla oriental de la bahía vivían otras tribus de menos casta, que nunca recurrían a las armas; no tenían ni siquiera el valor de aventurarse hacia el Norte para practicar el comercio. En ocasiones, bandas de susquehannocks habían penetrado hacia el Sur para luchar contra ellas y las habían encontrado ridículamente fáciles de someter.

–No se les puede llamar enemigos -había informado al poblado de Pentaquod un guerrero procedente de más allá del recodo-. Tienen pocas flechas, y sus canoas son pequeñas. No tienen muchos excedentes de conchas para hacer *roanoke*, y tampoco ninguna mujer deseable. Creedme, no son potomacs. Los potomacs saben pelear.

Cada menosprecio de las tribus orientales que Pentaquod podía ahora recordar, se las hacía más atractivas. Si eran diferentes de los susquehannocks, magnífico; si no se parecían a los potomacs, mejor aún. Y ahora, como para poner de manifiesto este criterio, vio en la ribera oriental la boca de un ancho y atractivo río protegido por una isla de baja altura y cubierta de majestuosos árboles. El río era espacioso, invitador, pacífico, y volaban sobre él grandes bandadas de pájaros.

Y así, en medio de la bahía de Chesapeake, Pentaquod, el susquehannock que estaba harto de guerras, volvió su canoa, no hacia la turbulenta ribera occidental, como había pensado, sino a la más tranquila ribera oriental, y esa simple elección fue la que estableció toda la diferencia.

OceanofPDF.com

EL RÍO

Cuando Pentaquod enfiló hacia el río oriental, se encontró frente a la isla cubierta de árboles que había visto desde lejos, pues dominaba la entrada. Situada entre dos puntas de tierra, una que se extendía desde el Norte y la otra desde el Sur, servía de acogedor centinela y parecía proclamar: Todo el que entra en este río encuentra alegría.

La isla era baja, pero sus majestuosos árboles se alzaban a tal altura y tan desigualmente, que creaban una impresión de elevación. Robles, arces, ocozoles, castaños, abedules, altos pinos e iridiscentes acebos crecían tan tupidamente, que apenas si se veía la tierra, y fueron estos árboles los que protegieron a Pentaquod una vez que hubo llevado su canoa a tierra y se desplomara a consecuencia del hambre y el sueño.

Al despertar percibió una de las sensaciones más agradables de la Tierra: se hallaba tendido en un lecho de agujas de pino, suaves y aromáticas, y, al levantar la vista, pudo ver el cielo, pues los pinos crecían tan rectos y altos, que sus ramas formaba» un dosel que la luz del sol no podía atravesar. La protección que ella le dispensaba le dio confianza, y, antes de reanudar su sueño, murmuró:

–Es buen sitio este lugar de árboles.

Le despertó un sonido que, al principio, no pudo identificar. Era de resonancias bélicas y aterradoras, y le llegaba desde un punto situado directamente encima de él. Retumbaba ominosamente:

–¡Kraannk, kraannk, kraannk!

Atemorizado, se puso en pie de un salto, pero, mientras permanecía allí, bajo los altos árboles, dispuesto a defenderse, se echó a reír de su estupidez, pues, al escuchar de nuevo el grito, recordó dónde lo había oído. *¡Kraannk, kraannk!*

Era Pescador Patilargo, uno de los pájaros más sociables de los ríos y marismas.

Se hallaba metido en el agua hasta la rodilla, alto, delgado, torpe de movimientos, de muchos palmos de altura, piernas extremadamente largas y arrugada cabeza blanca. Su rasgo más destacado era un largo y amarillento pico, que mantenía dirigido hacia el agua. En ocasiones, cuando Pentaquod era joven, este voraz pescador había visitado el Susquehanna para alimentarse, anadeando de puntillas entre los

cañaverales, y Pentaquod había intentado muchas veces, mientras jugaba, imitar sus movimientos.

Ahora, Pentaquod permanecía en silencio, observando con afecto al ave, que caminaba lenta y torpemente por la fangosa orilla y se introducía en el agua hasta que sus huesudas rodillas quedaron sumergidas. Luego, con veloz movimiento de su cuello, tan rápido que Pentaquod no pudo seguirlo, hundió su agudo pico en el agua y cogió un pez. Levantando la cabeza, lanzó el pez al aire, cogiéndolo mientras caía. Lo engulló de golpe, y pentaquod pudo ver el recorrido del pez al pasar lentamente por el extendido gaznate. Permaneció un rato entre las sombras, observando cómo el ave cogía un pez tras otro. Debió de producir algún ruido, pues el ave se volvió súbitamente hacia él, dio unos cuantos desgarbados pasos por la orilla y, luego, se elevó en lento y grácil vuelo.

–*¡Kraannk, kraannk!* -gritó, al pasar sobre él.

Sabiendo que tendría allí comida de sobra, con sólo que pudiera cogerla, Pentaquod llevó tierra adentro su canoa, ocultándola entre los robles y los arces que se alineaban a lo largo de la costa, pues sabía que debía explorar rápidamente aquella isla. Y, al avanzar entre los árboles y llegar a un prado, oyó el reconfortante grito que tan familiar le resultaba de sus tiempos a orillas del gran río: *¡Bo-juit! ¡Bo-juit!* Unas veces le llegaba desde la izquierda, otras desde un matorral situado a su derecha, y otras más desde un punto localizado casi bajo sus pies, pero siempre era tan claro y nítido como si tuviera al lado alguien que supiera silbar. *¡Bo-juit!* Era la llamada de la codorniz, esa tímida ave de cabeza parda y blanca. De todas las aves, aquélla era la más sabrosa, y, si la isla contenía una multitud de ellas, Pentaquod no sólo podría sobrevivir alimentándose de pescado, sino también comer como un gran jefe con su codorniz.

Con suma precaución, echó a andar tierra adentro, observándolo todo, consciente de que su vida podría depender de lo cuidadosa que fuese su observación. A cada paso que daba, no encontraba sino motivos de tranquilidad y ni una sola señal de peligro: nogales cargados de frutos todavía no maduros; excrementos de conejos y señales de que allí vivían zorros, y el emplazamiento de espinosos

matorrales de bayas, y los leñosos nidos de águilas, y la madreselva enroscándose entre las ramas *más* bajas de los cedros.

Era una isla rica en señales y promesas. En una isla como aquélla, un hombre con inteligencia podía vivir bien, si trabajaba muchas horas al día; pero, pese a sus favorables presagios, Pentaquod no estaba decidido aún a quedarse, pues aún no sabía si estaba poblada ni cuál sería su comportamiento en una tormenta.

Siguió explorando y comprobó que era más extensa de Este a Oeste que de Norte a Sur. Una profunda bahía que se abría por el Este llegaba casi a unirse con un río del Sur, con lo cual faltaba poco para que la isla quedara cortada en dos; la parte oriental de esta división era acusadamente más rica que la occidental. Caminó bajo majestuosos robles hasta llegar a la punta oriental, y allí se detuvo, atónito, pues doquiera que mirase, y en todo lo qué su vista podía abarcar, veía una gran extensión de agua cuyos contornos se quebraban en bahías, esteros, calas e, incluso, pequeños ríos. Y, a lo largo de las orillas de estas diversas aguas, se alzaban tierras de la más seductora naturaleza: unas veces, amplios prados; otras, suaves altozanos cubiertos de árboles más altos aún que los de la isla; y, por doquier, una impresión de abundancia, sosiego y placidez.

Era el lugar más agradable que había visto jamás. Consideraba que en una tormenta aquella dormida extensión de agua podría ser capaz de gran turbulencia, y tenía la certeza de que, antes de lograr poseer ninguna parte de aquella tierra de maravillas, tendría que luchar con sus actuales propietarios, que podrían ser tan pendencieros como los susquehannocks, pero de una cosa estaba absolutamente seguro: deseaba pasar el resto de su vida a orillas de aquel espléndido río.

No bien hubo llegado a esta decisión, cuando una especie de resoplido atrajo su atención, y se volvió para mirar tras de sí, entre los árboles, y vio allí una cierva de grandes ojos y dos cervatillos de moteada piel. Los tres animales se detuvieron, súbitamente rígidos, mirando a aquel intruso. Luego, la inquisitiva cierva irguió la cabeza, y este casi imperceptible movimiento liberó a los cervatillos, que empezaron a moverse cautelosamente en dirección a Pentaquod, débiles criaturas de inseguras patas explorando su nuevo mundo.

Cuando estaban ya bastante cerca de Pentaquod, su recelosa madre emitió una seca tos, y los pequeños saltaron de lado, corrieron en aturdidos círculos y, luego, se detuvieron. Viendo que no había ocurrido nada malo, volvieron a dirigirse hacia Pentaquod, levantando con deliciosa torpeza sus finas patas, escrutando con sus grandes ojos.

–¡Eh! – susurró Pentaquod.

Los cervatillos le miraron fijamente, y uno de ellos se acercó más.

–¡Eh!

El cervatillo que marchaba delante irguió la cabeza, esperó y, luego, reanudó su avance. Cuando llegó tan cerca que Pentaquod hubiera podido tocarle con la mano, la cierva, lanzó un resoplido de alarma, saltó a un lado, levantó su blanca cola y desapareció entre los árboles. Los cervatillos la imitaron, a excepción del que se encontraba más próximo a Pentaquod, que, bien por aturdimiento, bien por obstinación, no siguió a los demás. Simplemente, permaneció allí, mirando a aquel desconocido, y a los pocos momentos la madre regresó con una serie de estilizados saltos, pasó ante el inquisitivo cervatillo y le hizo seguir entre los árboles. ¡Peces, codornices y ciervos!, pensó Pentaquod. Y, si encuentro semillas, maíz, y probablemente, calabazas. Pavos también, si no me equivoco. Y, por lo visto hasta ahora, no mucha gente. Éste es el lugar indicado.

Regresó a su canoa, cogió varios peces para cenar, hizo una pequeña hoguera y, con un gran puñado de moras para aderezar el pescado ahumado, comió hasta hartarse. Durmió profundamente, pero poco antes de amanecer, oyó en lo alto el grito que asociaría siempre con su primera exploración del río:

–¡Kraannk! ¡Kraannk!

Era Pescador Patilargo que volvía para patrullar la orilla.

En los días siguientes, Pentaquod exploró todos los rincones de la isla y llegó a la conclusión de que, aunque tal vez otros la conocieran, ciertamente no la consideraban lo bastante buena como para instalar allí sus hogares, pues no pudo encontrar el menor indicio de que estuviera habitada. Y, por lo que pudo averiguar, ni siquiera los prados que aparecían a curiosos intervalos entre los árboles habían dado jamás maíz ni calabazas, y en ninguna de las puntas de tierra que se

veían frente a la isla pudo advertir el menor indicio de casas ni de campos cultivados.

Esto no le inquietaba. Si existían río arriba tierras tan agradables como ésta, no habría razón para que la gente se estableciera cerca de la desembocadura; se estaría mucho más seguro tierra adentro. Las tormentas procedentes de la bahía llegarían con intensidad disminuida y se acortarían las distancias a través del agua. Quizá la tierra fuese más rica también, y podría haber otras ventajas que a él no se le ocurrían. Pero en un punto estaba satisfecho: la vida allí sería buena.

Abandonó por el momento sus especulaciones, aceptando el regalo que le había sido concedido. Se construyó un pequeño y bien oculto *wigwam* a cierta distancia de la costa Norte, utilizando ramas encorvadas para la estructura y abundantes hierbas para el techo. Le resultaba tan fácil coger peces, que no necesitaba ir tras ellos en su canoa; los grandes, moteados y de chatos hocicos, nadaban hacia él decididos a ser capturados, y, mientras que le había sido todavía imposible atrapar ninguna de las numerosas codornices, había matado un ciervo, que le proporcionaría alimento durante algún tiempo. Una tarde pasó un zorro cerca de él, y una mofeta tornó una noche olorosas todas las cosas.

A él le resultaba más bien agradable el olor de la mofeta, si no se acercaba demasiado. Le recordaba los bosques que había explorado de niño, las frescas noches de otoño y el calor del hogar en los días de invierno. Era el olor de la Naturaleza, intenso y penetrante; le daba constancia de que continuaba floreciendo la vida en toda su complejidad. Raras veces había visto una mofeta, y no vio ninguna ahora, pero le agradaba que compartieran la isla con él.

Fue su amigo Pescador Patilargo quien le introdujo a una de las más extrañas experiencias de la orilla oriental. El ave de azuladas plumas había llegado una tarde con su acostumbrado graznido y estaba ahora explorando las poco profundas aguas de la costa, indiferente al hombre a quien había acabado acostumbrándose. De pronto, hundió profundamente su pico en el agua y volvió a sacarlo con una cosa forcejeante que Pentaquod no había visto jamás.

Era más grande que la mano de un hombre, parecía tener numerosas patas que se retorcían a la débil luz del sol poniente, y su

color era pardo verdoso. El ave se hallaba evidentemente complacida con su captura, pues la lanzó al aire, la partió en dos de un picotazo y engulló una mitad, dejando que la otra cayese al agua. La parte tragada era tan grande y con tantas patas salientes, que el ave necesitó tiempo y esfuerzo para hacerla pasar por el largo gaznate, pero, una vez conseguido, recuperó y comió la otra mitad. Después de semejante festín, no se molestó en coger más peces. Tras una corta carrera, se elevó en el aire, lanzó su plañidero graznido y desapareció.

Pentaquod se dirigió al lugar en que el ave se había dado su banquete, en busca de restos. No había ninguno. El ave se lo había comido todo. Al día siguiente fue allí con su caña de pescar, pero no cogió nada. Sin embargo, unos días después vio cómo Pescador Patilargo cogía otro de aquellos bocados, disfrutando más aún que la otra vez, y Pentaquod se aproximó cautelosamente para ver si lograba determinar qué era lo que el ave estaba comiendo, No descubrió nada que no hubiese visto antes: mayor que la mano de un hombre, muchas patas, color pardo verdoso, tan suave que podía ser partido fácilmente en dos.

Estaba decidido a resolver aquel misterio, y la primera pista se le presentó mientras caminaba un día a lo largo del litoral meridional de su isla: arrojada sobre la playa y evidentemente muerta, yacía una criatura muy semejante a las que había cogido el ave. Tenía el mismo tamaño y muchas patas, o lo que parecían patas; y era pardoverdosa, con tonalidades azules por debajo. Pero ahí cesaba la similitud, pues este animal muerto se hallaba encerrado en un caparazón tan duro, que ningún ave podría comerlo. Además, sus dos patas delanteras tenían unas formidables mandíbulas, con fuertes y mellados dientes que, si el animal estuviese vivo, podrían causar mucho daño.

¿Cómo podía el ave partir por la mitad aquel caparazón?, se preguntó Pentaquod, y, luego, se hizo una pregunta aún más desconcertante: ¿Y cómo podría tragarlo si lo hiciese? Dio unos golpecitos sobre la dura sustancia y comprendió que era imposible que el ave tragara aquello.

Durante diez días trató de pescar con su caña una de aquellas extrañas criaturas, sin conseguirlo, y, sin embargo, en dos ocasiones a lo largo de ese período vio a Pescador Patilargo coger una, cortarla,

por la mitad y engullirla por su largo cuello. Lleno de frustración, comprendió que era aquél un misterio que no podía resolver.

Sin embargo, descubrió dos circunstancias acerca de la isla, que le inquietaron. Cuando más exploraba las profundas hendiduras que casi dividían la isla en dos, más comprendía que los dos brazos tenían que encontrarse algún día, cortando la isla por la mitad, y, si esto podía ocurrir, ¿por qué no podían surgir otras hendiduras que la fragmentasen más?

Su segundo descubrimiento fue consecuencia de una súbita y devastadora tormenta. Comenzaba ya a declinar el verano, y la vida en la isla había sido cada vez más feliz; realmente, aquél era un lugar casi ideal en el que vivir, y suponía que más tarde, cuando hubiera viajado río arriba para establecer contacto con las tribus que ocupasen la zona, pasaría a convertirse en miembro de su unidad. Pero, por el momento, se hallaba contento con su paraíso solitario.

Había sido un día caluroso, con aire pesado y húmedo, y, al caer la tarde, se formó una masa de densas nubes hacia el Sudoeste, en el lado opuesto de la bahía. Con una rapidez que nunca había visto en el Norte, esta masa de negrura empezó a precipitarse hacia el Este, y, aunque el sol continuaba brillando sobre la cabeza de Pentaquod, era evidente que no tardaría en estallar una tormenta.

El sol brillaba todavía; aún permanecía despejado el cielo. Los ciervos se adentraron en el bosque, y los pájaros de la costa se retiraron a sus nidos, aunque la única señal de peligro era el galopante banco de nubes que se aproximaba a la bahía.

Pentaquod contempló su llegada. Cayó con enorme furia sobre la distante costa occidental, convirtiendo lo que habían sido plácidas aguas en turbulentas y encrespadas olas que lanzaban al aire su blanca espuma. Las nubes se movían con tanta rapidez, que sólo necesitaron unos momentos para cruzar la bahía, en un avance marcado por las violentas olas.

Con la tormenta llegó un enorme aguacero, que caía en oblicuas sábanas con dirección Este. Bastaron unos instantes para que cubriera la última parte de la bahía, y entonces, la tormenta cayó sobre Pentaquod, con una furia que nunca había conocido. Zigzagueantes relámpagos surcaban el cielo, seguidos casi al instante por retumbantes

truenos; no había eco, pues el mundo estaba ahogado en lluvia. Vientos de extraordinaria fuerza barrían la superficie de la bahía, levantando violentas e impresionantes olas.

Pero Pentaquod no tenía miedo a la tormenta, y a la mañana siguiente, cuando hubo pasado y contempló su isla, no le parecieron excesivos los daños causados. Ya antes había visto tormentas bastante violentas que se desplomaban sobre el valle en que estaba su hogar, y, aunque ésta había sido más rápida y más estruendosa, se trataba, simplemente, de una exageración de lo ya conocido. Los árboles derribados eran mayores que ninguno de los que había visto caer en el Norte, y eso era todo. Si las tormentas de la isla no eran peores que aquélla, podría resistirlas. ¿Qué fue entonces lo que le inquietó, haciéndole dudar de la conveniencia de quedarse allí? Después de su rápida inspección de la isla, y después de haber comprobado que su canoa amarilla había sobrevivido, se comportó como cualquier prudente padre de familia y empezó a pasar revista a la situación general, deseando ver si algún animal había resultado muerto, o se habían desviado los cursos de los arroyos, y, al llegar a un punto situado en la extremidad noroccidental de la isla, advirtió que la tormenta, y, más especialmente, las violentas olas, se habían llevado una sustancial parte de la costa. Altos pinos y robles que habían señalado aquel punto, habían sido arrancados y yacían ahora sobre las aguas, unos junto a otros, como los cadáveres de los guerreros después de una batalla.

Adondequiera que iba a lo largo de la costa occidental, veía esta misma pérdida de tierra. La tragedia de la tormenta no era que hubiese derribado unos cuantos árboles, pues volverían a crecer más; ni que hubiera matado a varios peces, pues otros nacerían más tarde, sino el que se había llevado una parte importante de la isla, y esto era una pérdida permanente. Contemplando la destrucción, Pentaquod decidió abandonar aquella isla, no obstante su atractivo, e internarse tierra adentro.

En consecuencia, cruzó el ahora tranquilo río, remando hasta llegar hasta la base de un alto acantilado que le había atraído desde el primer día que vio el río. Se hallaba situado al este de la isla y formaba un promontorio rodeado de profundas aguas al Oeste y al Norte. Protegía

la entrada a un pequeño riachuelo, pero era la escarpada cara meridional lo que le daba su dignidad al acantilado; más alto que cinco hombres y coronado de robles y algarrobos, su arenosa composición era tan luminosa que brillaba a gran distancia, formando un faro al borde del río. Al verlo, Pentaquod sospechó que también podría desplomarse por la acción de las olas; pero cuando acercó la canoa hasta su base, se sintió complacido al ver que no había sido afectado por la reciente tormenta; juzgó que no se hallaba nunca en peligro debido a que su situación le mantenía al margen de las erosivas corrientes.

No había forma de desembarcar en la base del acantilado: ¿adónde iba uno a amarrar una canoa o a ocultarla? ¿Cómo iba uno a subir a la plataforma superior? Junto al extremo oriental del acantilado había tierra baja, y parecía sumamente acogedora, pero estaba descubierta, sin protección, y Pentaquod la rehuyó. Remando por el pequeño estero, inspeccionó la impresionante ladera de la cara Norte y la rechazó también, pero a cierta distancia estero arriba encontró tierra baja, segura y boscosa, con una docena de buenos fondeaderos. Eligiendo uno, empujó la canoa tierra adentro, la ocultó en un bosquecillo de arces y empezó la difícil ascensión a la cumbre del promontorio.

Descubrió un lugar memorable: una pequeña extensión de tierra lisa despejada junto al borde del acantilado, que rodeaban altos y majestuosos robles y pinos. La vista se tendía anchurosamente en todas direcciones, salvo hacia el Este, y sus ojos saltaban de una espectacular panorámica a otra: al Norte, un desconcertante laberinto de promontorios y bahías, cada uno de los cuales constituía su propia ejemplificarían de la belleza; al Sur, una nueva definición de vasta soledad, pues allí se encontraban las marismas, refugio de innumerables aves y peces y pequeños animales terrestres; la vista más majestuosa se extendía hacía el Oeste, donde la isla relumbraba al sol sobre el fondo de las azules aguas de la bahía. Desde aquel promontorio, Pentaquod podía divisar al otro lado de la bahía las misteriosas tierras en que gobernaban los potomacs, pero si miraba hacia abajo veía por todos lados su río, pacífico y tranquilizador.

En aquel promontorio, reflexionando sobre qué pasos le aconsejaba dar la prudencia, pasó Pentaquod algunas de las semanas más

tranquilas de su vida. Había desaparecido la soledad de los primeros días de su huida, y se sentía satisfecho de su decisión de separarse de los susquehannocks. La amplitud de los espacios que le rodeaban acabó contagiándole, y empezó a pensar más despacio, menos frenéticamente. Se desvaneció el temor natural a no poder sobrevivir en un mundo extraño, y descubrió en sí mismo un valor mucho más profundo que el que se necesitaba para huir río abajo y pasando ante poblados desconocidos; éste era un valor maduro, capaz de sostenerle en una confrontación con el mundo entero. A veces se sentaba al pie del roble bajo cuya protección había construido su pequeño *wigwam*, y contemplaba su universo: los fascinantes brazos de agua al Norte, las vastas marismas al Sur, la costa occidental de la bahía, por donde se paseaban las tribus guerreras, y pensaba: Ésta es la tierra favorecida. Esto es la riqueza.

Una mañana, mientras trabajaba en su canoa junto al estero, oyó un sonido que le hizo contener el aliento de pura alegría.

–*¡Kraannk, kraannk!*

Era uno de los sonidos más feos de la Naturaleza, tan torpe y desmañado como la criatura que lo profería, mas para Pentaquod significaba el regreso de un amigo, y se precipitó hacia el borde del agua para dar la bienvenida a Pescador Patilargo, mientras el desgalichado pájaro se posaba ruidosamente en tierra, levantando un surtidor de barro y agua al hincar las patas para detenerse.

–¡Pájaro! ¡Pájaro! – llamó alegremente cuando el pescador tomó tierra.

Su grito sobresaltó al ave, que corrió unos pasos más y remontó de nuevo el vuelo, batiendo sus enormes alas azules y elevándose lenta y majestuosamente en el cielo.

–¡Vuelve! – rogó Pentaquod, pero ya se había ido.

Permaneció junto al estero todo el día, irritado consigo mismo por haber asustado al pájaro, y, al anochecer, se vio recompensado por una nueva emisión de aquel agradable y ronco grito.

–*¡Kraannk, kraannk!* -gritaba la patilarga criatura al descender nuevamente sobre su coto de pesca.

Esta vez, Pentaquod no habló, y se mantuvo completamente inmóvil para que el ave no reparase en su presencia. Al cabo de un rato, el

pájaro llegó, explorando, hasta las proximidades de donde él se encontraba.

De pronto, el ave levantó la vista, le vio y, al mismo tiempo, vio en las aguas el bocado más exquisito de la bahía. Con rápido movimiento de su piso, zambulló la cabeza, la lanzó al aire y, luego, la partió en dos.

–¿Qué está comiendo el pájaro? – exclamó malhumoradamente Pentaquod, mientras veía desaparecer por su gaznate una de las mitades, con sus múltiples patas.

Sin hacer caso del hombre, el ave hundió la cabeza en el agua para recuperar la segunda mitad y se la echó también por la larga garganta. Pentaquod pudo ver el avance de la misteriosa comida, engullida con tal fruición, y decidió coger también él uno de aquellos peces.

Desgraciadamente, no tenía ni idea de lo que intentaba capturar, así que no consiguió nada. Sin embargo, encontró, decenas de árboles con nueces maduras y nuevas clases de bayas, y distintos suculentos peces, y guaridas de ciervos, que parecían abundar tanto que ningún hombre pasaría jamás hambre.

Pero ahora, a medida que se aproximaba el otoño y surgía de vez en cuando un día fresco en presagio de lo que sería el invierno, empezó a considerar seriamente la cuestión de establecer contacto con las tribus que habitasen aquella región. Lo único que sabía de ellas eran las leyendas de su juventud: Más abajo, al final de nuestro río, hay un río más grande, mucho más grande. Al Oeste están los potomacs, poderosos en la batalla, pero al Este no hay nadie importante.

Si viven en ríos como éste, pensó Pentaquod, son importantes. Luego reflexionó sobre lo que esto significaba; ciertamente, no tenían ninguna importancia para los susquehannocks, pues no poseían ni objetos que codiciar ni canoas de guerra que temer. Sin duda, los potomacs, que poseían ambas cosas, abrigaban la misma opinión sobre los habitantes de la parte oriental. Pero, ¿qué pensaban éstos de sí mismos? ¿Qué pensaba de sí mismo Pentaquod, viviendo plácidamente como uno de ellos? «Se está mucho mejor aquí.»

Tenía ya la convicción de que otras tribus vivían en algún lugar a lo largo de aquel pródigo río, y parecía obligado encontrarlas antes de que llegase el invierno, así que, no de muy buena gana, decidió abandonar su satisfactorio hogar del acantilado y dirigirse hacia el

lugar en que debían de ocultarse sus futuros compañeros. En consecuencia, remendó los desperfectos que presentaba su canoa, la arrastró hasta el estero, subió a ella y empezó a remar hacia el Este, hasta llegar a una gran marisma, cuyas altas hierbas se elevaban uniformemente unos quince palmos por encima del agua.

Al ruido de su remo, elevaron el vuelo centenares de pájaros y estimó que también los peces debían de ser abundantes. Mientras avanzaba por ella, vio que la marisma era un lugar cálido, húmedo, suavemente oscilante, que se extendía ilimitadamente y en el que bullían nuevas formas de vida. Cuando hubo atravesado una larga sección, descubrió, para su satisfacción, que un pequeño y bien escondido estero conducía al centro de los cañaverales: un excelente lugar para encontrar protección. Y, cuando hubo penetrado en la errática ensenada, invisible desde el cuerpo principal del río, descubrió que su orilla Norte se componía de tierra firme de excelente calidad cubierta de bosque.

Un *wigwam* estaría allí protegido por la marisma, y cuando lo construyó experimentó una sensación de seguridad que no había conocido antes: «Aunque no encuentre ningún otro, puedo vivir aquí.»

Pero la tercera noche, cuando se estaba felicitando por su buena suerte mientras la hoguera ardía ante él con pequeñas llamas, oyó un zumbido, *y,* recordando su niñez, comprendió que los mosquitos se habían instalado sobre él. Pero jamás había experimentado nada parecido: llegaban en prietas falanges y atacaban con el vigor de perros de caza. Uno de ellos solamente podría causar más estragos que veinte de los que frecuentaban el Susquehanna, y le hacían casi enloquecer con sus incesantes embestidas. De hecho, picaban tan furiosamente que tuvo que sumergirse en el estero para ahogarlos; pero cuando salió, sus hermanos le estaban esperando.

Al amanecer, cuando contempló sus acribillados brazos y sintió las picaduras en la cara, se preguntó si podría quedarse en semejante sitio; pero, en noches posteriores, descubrió que, sí mantenía encendida una humeante hoguera y cerraba todas las aberturas de su *wigwam,* y se untaba la cara con grasa rancia de pez, y ocultaba cada centímetro de su cuerpo bajo tela o hierbas, podía sobrevivir. No era agradable, y sudaba como un animal, pero sobrevivía, *y* se le ocurrió que, cuando el

Gran Poder, Manitú, terminó de disponer aquel río, perfecto en todos sus detalles, había añadido el mosquito para recordar al hombre que ningún paraíso es gratuito: están siempre los mosquitos. Y mayores que aquéllos no podían existir.

Pescaba y cazaba durante el día, fijándose en dónde estaban el castor y el oso; exploró también algún trecho tierra adentro, buscando alguna señal de ocupación humana, pero no encontró ninguna. Pescadores Patilargos venían a visitarle casi diariamente, y pequeñas garzas verdes, y brillantes cardenales, y martines pescadores desde sus fangosos nidos, y centenares de codornices que hacían resonar las tardes otoñales con sus silbantes gritos. Éste era un mundo mucho más compacto que el de la isla o el del acantilado; su horizonte se limitaba a la distancia de un tiro de piedra, pero era acogedor y seguro, y una tarde Pentaquod decidió: «Si debo vivir solo, esto no será tan malo…, especialmente cuando el frío ahuyente a los mosquitos.»

Y una mañana, mientras se hallaba todavía tendido en su lecho de agujas de pino, oyó una alborotada cacofonía, un sordo rumor que parecía sacudir la tierra, aunque procedía del cielo, y se precipitó afuera para ver, descendiendo hacia su marisma, una verdadera nube de enormes pájaros, todos ellos gritando con sonoras voces: *¡Onk-or, onk-or!* Y, en el mismo instante en que vio a los gansos, los abarcó en su totalidad: cabeza y cuello negrísimos, sotabarba blanca, bello cuerpo amarillento con la parte superior parda, cola negra, roncos, amables, gordos y gritándose constantemente unos a otros: *¡Onk-or!*

Había esperado que aquellos poderosos pájaros se posaran en sus aguas, pero pasaron de largo, discutiendo ruidosamente, luego llegaron más, y más; eran tantos, que no tenía ningún sistema numérico para contarlos. Pero, al fin, un grupo especialmente ruidoso de unos setenta describió un círculo en el aire, voló a baja altura sobre su cabeza y aterrizó con estruendoso chapoteo en su marisma o con rechinantes patas en su tierra. De cerca parecían demasiado grandes para llamarlos pájaros; semejaban más bien oseznos voladores cargados de carne comestible.

La llegada de aquel abundante alimento era tan misteriosa que le daba miedo. De niño había visto cómo los patos se detenían junto al Susquehannock; permanecían sólo unos días antes de reanudar el

vuelo, y él suponía que aquellas enormes criaturas harían lo mismo. Cada mañana esperaba que se marchasen, y cada noche permanecían allí, forrajeando en los campos y marismas a lo largo del río, gritando siempre: *¡Onk-or!* Cada ocho o nueve días atrapaba uno y se atiborraba de la sabrosa carne, temiendo que aquél fuera su último festín, pero los grandes pájaros siempre se quedaban.

Estuvieron con él durante todo el otoño; algunos días, cuando emprendían el vuelo al amanecer para alimentarse en nuevos campos, sus alas oscurecían el cielo y sus graznidos resultaban ensordecedores. Una vez, al borde de la marisma, Pentaquod trató de calcular el espesor de la nube cuando los pájaros volaban sobre él, y supuso que en cada punto volaban hasta trescientos de ellos juntos…, uno sobre otro hasta ocultar el Sol.

Y por la tarde, a su regreso, los pájaros se congregaban en la orilla Norte del río, para que el Sol, moviéndose por el cielo meridional, pudiera calentarles, y las fangosas orillas se tornaban negras de pájaros desde la costa hasta el lugar en que comenzaban los árboles. Pentaquod trató otra vez de contar cuántas filas de pájaros se alineaban en la playa en un punto dado: empezando en el borde del agua, habría más de cincuenta, uno tras otro, hasta los primeros árboles.

Era una riqueza que no podía comprender. Aquellos grandes y ruidosos pájaros eran infinitos. Al principio pensó que debía matar varios, ahumar su carne y alimentarse con ellos durante el invierno. Pero, ¿y si los pájaros permanecían allí, en la playa, en filas interminables, esperando ser capturados? No habría necesidad de conservar su carne. Bastaría simplemente capturarlos uno a uno, según los fuera necesitando.

Y los pájaros se quedaban, constituyendo uno de los excelentes recursos alimenticios que la gran bahía proporcionaba, pues, juntamente con los pájaros mayores, llegaba una desconcertante variedad de patos más pequeños, de la clase que Pentaquod había visto una o dos veces, en pequeñas cantidades, a orillas de su río natal. Aquí llegaban en oleadas, tímidas y pequeñas criaturas increíblemente sabrosas cuando eran capturadas y guisadas.

Una vez, cuando muchos pájaros grandes y pequeños se posaron en los bordes de su marisma, Pentaquod se sentó cubriéndose la cara con

las manos en oración. Los pájaros, disponiéndose a dormir, parloteaban ruidosamente, y él escuchaba los sonidos como si fueran una dulce música: «Gran Poder, gracias por enviarlos para alimentarnos durante el invierno…»

Y no bien hubo pronunciado el plural *alimentarnos* comprendió lo solo y desposeído que se encontraba. Y a la mañana siguiente decidió abandonar aquel refugio entre las marismas y encontrar a las gentes que tenían que vivir en algún lugar a lo largo de aquel afortunado río.

Había recorrido sólo una pequeña distancia hacia el Este, cuando divisó una pequeña bahía que se abría en la playa septentrional. Parecía como si pudiera ocultar un poblado, aunque resultaba desconcertante pensar cómo podría haber existido uno tan cerca sin que él se diera cuenta; cuando exploró la bahía, vio que se abría en varios brazos más pequeños, y al fondo de uno de ellos encontró lo que había estado buscando: los restos de un poblado.

Había varias estacas clavadas verticalmente en la playa, a las que en otro tiempo se habían amarrado canoas; se veían también plataformas que habían sustentado en otro tiempo *wigwams* de bastante tamaño. La parte próxima al agua había sido explanada, así como dos campos del fondo, y mientras exploraba cautelosamente la zona, sin salir de la canoa, vio que a lo largo de los bordes de la bahía se veían otras señales de ocupación. Volviendo al primer lugar, embarrancó la canoa, la ató a una de las estacas y saltó a tierra.

Permaneció allí muchos días, contento de ver que los grandes y ruidosos gansos acudían por la noche a la bahía, y en ese tiempo pudo explorar una parte suficiente de la comarca que se extendía al este del abandonado poblado como para comprender que, por fin, había llegado a la porción habitada del río. Ignoraba dónde se encontraba ahora la gente, pero según todos los indicios debían de haber estado allí hacía muy poco y haberse marchado por su propia voluntad. No había señales de batalla, y, habida cuenta de las posibilidades alimenticias que la región ofrecía, no era imaginable que se hubieran ido impulsados por el hambre. En realidad, no podía saber, mientras permanecía en el abandonado poblado, que aunque ya había descubierto el ciervo y la abundante pesca, y ahora las grandes aves,

aún no había encontrado las dos fuentes de abastecimiento por las que aquella región se haría famosa.

El aparente abandono resultaba tanto más desconcertante cuanto que, al inspeccionar atentamente el lugar, Pentaquod quedó convencido de su habitabilidad. Tenía agua dulce, protección, una adecuada relación con el río, abundancia de altos árboles y unas tierras circundantes apropiadas para la práctica de la caza o el cultivo de maíz. Sin embargo, había un algo ominoso que no sabía explicar, y al final razonó que quizás aquello representara la siniestra fuerza que había causado la evacuación.

Pero, ¿qué era? Un montón, grande en su base y casi tan alto como un hombre, de una clase de conchas que no había visto nunca: algo más pequeñas que una mano y mucho más delgadas, compuestas de una dura sustancia gris por fuera y deslumbrantemente blancas por dentro. Carecían de olor y poseían una solidez que le desconcertaba y un afilado borde. Esto le indujo a pensar que quizás el montón estaba destinado a ser utilizado en la guerra; las conchas podrían tirarse contra el enemigo; pero cuando intentó tirarlas contra un árbol, los bordes resultaron tan afilados, que se cortó el dedo índice, y concluyó que aquel montón de conchas era un misterio más del nuevo río.

Y entonces, una tarde, mientras permanecía sentado ociosamente en el abandonado poblado, oyó un apagado pero persistente ruido procedente del Este, y pensó al principio que se trataría de algún animal; pero era tan variado y decidido, que comprendió que debía de estar relacionado con personas: un grupo de guerreros victoriosos y negligentes.

Pero luego el ruido aumentó en intensidad, con sonidos que sólo podían ser producidos por niños, y murmuró con incredulidad:

–No puede ser un poblado entero… haciendo semejante ruido mientras se acerca a un sitio peligroso.

Una banda de susquehannocks cruzando el bosque habría producido tan poco ruido que ni los más atentos vigías enemigos les habrían oído. Era inimaginable un comportamiento tan ruidoso como aquél.

Estaba tan desconcertado, que se adelantó para interceptar a los desconocidos, corriendo de un árbol a otro, como se le había enseñado

a hacer. Cuando llegó a un lugar desde el que podía vigilar sin peligro y a un mismo tiempo el bosque y el río, se detuvo a esperar, mientras aumentaban los ruidos.

Y entonces vio algo que era más extraño aún que el sonido. Por el sendero, indiferentes al posible peligro, llegaban los despreocupados y alegres habitantes del desierto poblado. Las mujeres caminaban rezagadas, los niños gritaban roncamente, y todos eran conducidos por un anciano de blancos cabellos que llevaba sobre el pecho un disco de cobre bruñido que significaba que él era el *werowance.* Nunca había visto Pentaquod una tribu tan mezquinamente dirigida, tan patéticamente disciplinada. Ni tampoco había visto nunca personas tan pequeñas.

–¡Son todos niños! – murmuró-. ¡No pueden ser personas mayores!

Pero lo eran, y este descubrimiento determinó lo que iba a hacer, si bien la audacia de su propia decisión le alarmó. Cuando la retozona tribu estuvo casi encima de él, saltó atrevidamente al sendero, levantando la mano derecha. El viejo *werowance* se detuvo; los que venían detrás continuaron avanzando; varios niños gritaron; y los guerreros no sabían qué hacer. En la confusión, Pentaquod exclamó con voz fuerte:

–¡Soy Pentaquod, el susquehannock!

El *werowance* no oía bien, y lo poco que llegó hasta él no lo entendió. Volviéndose hacia los que iban tras él, preguntó qué había dicho el impresionante desconocido, pero tampoco ellos le habían entendido.

–¿Dónde está Barbacortada? – preguntó el tembloroso *werowance.*

Cuando fue localizado el demacrado guerrero, cuya barbilla había sido hendida años antes por el *tomahawk* de un susquehannock, los demás le empujaron hacia delante, y preguntó, en la lengua que había usado Pentaquod:

–¿Eres un susquehannock?

Pentaquod asintió, y el intérprete se lo comunicó al *werowance,* quien dijo:

–Pregúntale si viene en son de guerra.

–¿Vienes buscando guerra?

–No.

Un audible suspiro de alivio brotó de todo el grupo, pero el *werowance* frunció el ceño y dijo:

–Dile que no tenemos nada que vender.

Cuando le fueron traducidas estas palabras, Pentaquod respondió:

–Yo tampoco.

Brotó de nuevo el suspiro de alivio, tras lo cual el *werowance* preguntó, con cierta perplejidad:

–Entonces, ¿por qué está aquí?

Y cuando esto fue traducido a la lengua susquehannock, Pentaquod respondió, simplemente:

–Soy un fugitivo. Vengo buscando refugio.

Cuando esta sorprendente información fue hecha circular entre los presentes, todos prorrumpieron en murmullos de compasión y dijeron que quizá quisiera quedarse con ellos, pues necesitaban hombres, y él era más corpulento que ninguno que hubieran conocido. Explicaron volublemente que una o dos veces en cada generación bandas de susquehannocks, altos como él, se habían dirigido hacia aquel río, siempre para saquear o tomar esclavos. Barbacortada había sido capturado durante una de esas incursiones y había permanecido siete años viviendo con las tribus del Norte, aventura de la que continuamente estaba hablando, y ahora se le encomendó la misión de acompañar al recién llegado, mientras la tribu regresaba a su poblado a orillas del río para pasar el invierno.

–Sí, es nuestro -afirmó-. Lo llamamos Patamoke. Estoy seguro de que el nombre significa algo, pero he olvidado de qué se trata. Sí, todos los veranos nos vamos a vivir en los bosques, junto a la gran agua.

–La gran agua está por allí -corrigió Pentaquod, señalando hacia la bahía.

–Allí hay otra más grande -explicó Barbacortada, señalando hacia el Este.

Pentaquod no dio crédito a tal información, pero juzgó preferible no discutir con el excitable hombrecillo.

Pentaquod les llevó hasta el tosco *wigwam* que había construido, y los niños del grupo corrieron hacia él, utilizándolo como parte de un juego y riéndose de la inadecuada forma en que los costados encajaban en el techo. Varias de las mujeres se congregaron también allí,

burlándose de la forma en que estaba construido, sin darse cuenta de la grosería de su comportamiento, y cuando Pentaquod se acercó para proteger sus pertenencias de los posibles desmanes de los niños, las mujeres se pusieron de su parte y ordenaron a los chiquillos que dejaran en paz las cosas del extranjero. Luego dirigieron una sonrisa al hombre mientras les brillaban los ojos.

Los pobladores se entretuvieron brevemente, pues el *werowance* les habló ahora con tono suave, y a continuación cambió bruscamente el talante de la abigarrada muchedumbre y se dirigieron todos a su poblado. Los guerreros fueron a los bosques y empezaron a cortar árboles, mientras las mujeres y los niños se dedicaban a alisar las plataformas de piedra en que serían construidos los alojamientos de invierno. Cuando esto quedó ultimado, la tribu entera se acercó a la orilla del agua y empezó a recoger las hierbas con que se tejerían los costados de los *wigwams.* Pentaquod se sintió impresionado por la metódica forma de trabajar que tenía la tribu; parecían mucho mejores constructores que los susquehannocks.

Una vez concluidas las tareas preliminares y depositados en lugares estratégicos los distintos materiales, a fin de que pudiera proseguir la construcción al día siguiente, se dispusieron a descansar, y ello deparó a Pentaquod la oportunidad de charlar más detalladamente con Barbacortada, quien le habló de su larga cautividad entre los susquehannocks, y lo mucho que admiraba a aquella tribu guerrera, y cómo se habían burlado de él las mujeres susquehannocks por ser tan bajo y delgado.

–¿Cómo se llama tu tribu? – preguntó Pentaquod.

–Somos una pequeña parte de los nanticokes. Los grandes *werowances* viven al Sur. Nosotros sólo tenemos un *werowance* de segunda fila, como has visto.

–¿Tienes tú un nombre?

Barbacortada se encogió de hombros, como si el misterio de los nombres estuviese reservado a los chamanes o a los que pronunciaban ensalmos. Sin embargo, ofreció la información de que, con frecuencia, los poderosos nanticokes del Sur invadían el poblado para robar lo que sus habitantes hubiesen adquirido.

–¿Son tan valientes?

–La mayoría de ellos no.

–¿Les hacéis frente? ¿En batalla?

Barbacortada se echó a reír.

–Nosotros no somos susquehannocks. Cuando los nanticokes vienen, huimos a los bosques. Dejamos en el poblado lo suficiente para que no quieran perseguirnos, y cuando se han Llevado lo que quieren, se marchan y nosotros volvemos.

Semejante comportamiento era tan extraordinario, que Pentaquod no supo qué decir. Empezó a tamborilear con los dedos de una mano en los de la otra y, mientras lo hacía, divisó el montón de blancas conchas.

–¿No usáis eso contra los nanticokes?

–¿Qué?

–Esas…, bueno, esas conchas.

–¡Eso!

Barbacortada miró las conchas y, luego, soltó la carcajada. Llamó a un grupo de compañeros y compartió con ellos el regocijo.

–¡Cree que se las tiramos a los nanticokes!

Los que le escuchaban se echaron a reír, y varios de los niños empezaron a lanzar las blancas conchas de modo que rebotaran sobre el agua.

Pentaquod, sin mostrarse ofendido, preguntó:

–¿Qué son?

–¿No lo sabes? – preguntó Barbacortada, estupefacto.

Cogió una concha de manos de uno de los niños, se la llevó a la altura del pecho e imitó los gestos de un hombre comiéndola; luego, una de las mujeres corrió a la orilla, se zambulló en las frías aguas y reapareció al cabo de unos momentos sosteniendo en una mano un goteante objeto formado por dos de aquellas conchas unidas.

Corrió hacia Pentaquod, con el pelo chorreándole sobre los hombros y extendió las dos manos, ofreciéndole el objeto extraído del río. Él lo cogió y quedó impresionado por su aspereza y su peso.

–¿Qué es? – preguntó a Barbacortada.

–¡No sabe lo que es! – exclamó el intérprete, complacido con su recién adquirida importancia al ser el único del poblado que podía hablar con el susquehannock.

–¡No sabe lo que es! – repitieron alegremente los niños, y todos se quedaron mirando cómo forcejeaba el hombre alto del Norte con las unidas conchas.

Finalmente, la joven que le había llevado el presente se lo volvió a coger, tomó un palo afilado y separó hábilmente las conchas. Tiró una de ellas y entregó gravemente la otra a Pentaquod, indicándole que debía comer.

Acostumbrado al venado, el conejo y el pescado, Pentaquod miró el extraño objeto que tenía en la mano. Le era imposible relacionarlo en absoluto con la comida, tal como él la conocía: era acuoso y resbaladizo, no tenía huesos y no había forma de hincarle el diente.

La muchacha resolvió su problema. Cogiendo la concha de su nerviosa mano, la llevó hasta los labios de Pentaquod y, con un delicado movimiento de los dedos, le echó en la boca el contenido de la concha. Pentaquod percibió por un instante un exquisito sabor salado y una agradable sensación. Luego, el alimento, cualquier cosa que fuese, desapareció, dejando en su rostro una expresión de extremo aturdimiento. Con desenfadado gesto, la muchacha arrojó la vacía concha al montón.

–Lo llamamos *kawshek* -explicó Barbacortada-. Hay en el río más de las que podrías contar. Durante todo el invierno nos alimentamos de *kawshek*.

Pentaquod reflexionó en lo que acababa de oír: además de la abundancia de alimentos que había descubierto por sí mismo, existía aquella provisión adicional, oculta en el río. Era inconcebible, y, mientras permanecía perplejo, tratando de descifrar el misterio de las ostras, pensó en su amigo Pescador Patilargo, y preguntó a Barbacortada:

–¿Qué es lo que coge en el fondo, parte en dos y traga con tanta dificultad?

–Un pez.

–Yo conozco los peces. Eso no es ningún pez. Tiene la forma de una mano, y muchas patas.

Tan pronto como Pentaquod pronunció estas palabras, una benévola sonrisa se extendió por el rostro de su intérprete, que no dijo nada. Evidentemente, estaba recordando momentos de pasada

felicidad, después de lo cual llamó a la muchacha que había cogido las ostras.

–Tampoco conoce los cangrejos -murmuró.

La muchacha sonrió y, con la mano derecha, imitó los movimientos de un cangrejo retorciendo sus numerosas patas. Luego se dibujó en su semblante una expresión de compasión; no conocer las ostras resultaba divertido, pero ignorat la existencia de los cangrejos era patético.

–¿Qué son cangrejos? – preguntó Pentaquod.

Y Barbacortada respondió:

–Cuando Manitú, el Gran Poder, terminó de poblar el río con todo lo que nuestro poblado necesitaba, pinos para hacer canoas, ciervos para alimentarnos en verano, gansos y ostras para el invierno, vio que nos sentíamos agradecidos y bien dispuestos. Así, pues, en Su gracia, creó una cosa más como prueba de su interés hacia nosotros. Hizo el cangrejo y lo ocultó en nuestras saladas aguas.

Las mujeres del grupo preguntaron qué había dicho y luego le urgieron a que añadiera detalles que les interesaban:

–Un cangrejo proporciona poco alimento, ya que no es fácil de comer. Pero lo poco que ofrece es el mejor alimento que hay bajo la capa del cielo. Para comer cangrejo hay que trabajar, y eso hace apreciarlo más. Es la bendición, la conmemoración. Y ningún hombre ni mujer ha comido jamás suficiente.

Pentaquod escuchaba con creciente respeto mientras Barbacortada le informaba acerca de aquel manjar, y, cuando la disertación hubo terminado, preguntó con tono indeciso:

–¿Podría probar uno?

–Sólo vienen en verano.

–¿No guardáis algunos en conserva?

La pregunta, una vez traducida, provocó risas, que finalizaron cuando la muchacha se adelantó para indicar que la carne del cangrejo era tan delicada que había que comerla inmediatamente; sus finos dedos danzaban al representarlo mímicamente.

Pentaquod se sumió de nuevo en sus reflexiones, confuso por aquel bombardeo de extraña información.

–Pero si el cangrejo tiene el caparazón duro que encontré en la isla…

Vaciló, mientras la muchacha asentía con la cabe2a y se golpeaba los nudillos para demostrar lo duro que era.

–¡Aja! – exclamó Pentaquod, agarrándola por la muñeca-. Si el caparazón es tan duro, ¿por qué Pescador Patilargo puede partirlo por la mitad con su pico?

Cuando Barbacortada explicó que el susquehannock utilizaba ese nombre para designar a la gran garza azul y que se refería a la manera en que la garza cogía cangrejos, los arrojaba al aire y los partía por la mitad, la expresión de la muchacha se tornó más compasiva aún.

–Es el cangrejo blando -explicó.

–¿Qué?

–En verano atrapamos cangrejos que no tienen caparazón…

Esto era totalmente incomprensible, y Pentaquod meneó la cabeza, pero la muchacha continuó:

–No tienen caparazón, los asamos sobre el fuego, y son los mejores.

Pentaquod no entendía absolutamente nada, y se disponía a dejar de lado el asunto, cuando un niño de unos nueve veranos se situó junto a la muchacha y, llevándose repetidamente la mano a la boca en una serie de rápidos gestos, indicó que él mismo podía comerse cuatro o cinco de los cangrejos sin caparazón. Esto parecía absurdo, y Pentaquod se dio la vuelta, pero el audaz chiquillo le estiró del brazo y repitió la pantomima: podía realmente comerse cinco cangrejos blandos.

Cuando el grupo se dispersó para preparar desvencijados aposentos en que pasar la noche, Pentaquod se apartó de la playa para dirigirse a su propio *wigwam;* pero, antes de quedarse dormido, vio a Barbacortada de pie en el tosco umbral.

–Quédate con nosotros -dijo el hombrecillo.

Pentaquod no respondió.

–El *werowance* es ya viejo, y triste.

Ningún comentario.

–La muchacha que te ha dado las ostras es su nieta, y él se pone triste siempre que la ve.

Eso era inescrutable, pero el hombrecillo continuó:

–Su padre, el hijo del *werowance,* que debería estar ahora al frente de la tribu, murió de fiebre, y la muchacha le recuerda esa pérdida.

Pentaquod no veía razón alguna para responder a todo aquello, y el menudo intérprete permaneció en la oscuridad del umbral, satisfecho de observar la figura del alto susquehannock que había hecho aquel día tan memorable. Finalmente, cuando la noche cayó sobre el poblado, el antiguo esclavo de los susquehannocks se marchó.

En las semanas siguientes, los habitantes del poblado reconstruyeron sus *wigwans* e instruyeron a Pentaquod en su idioma, mucho más sencillo que el suyo. Aquella tribu vivía, en todos los sentidos, con mucha menos complicación que los susquehannocks; su *werowance* tenía menos poder, y sus posesiones eran mas escasas. Su brujo no era tan formidable como los misteriosos chamanes del Norte, y habría resultado ridículo que intentara imponer decisiones de vida y muerte; era un echador de buenaventura y nada más.

El viejo *werowance* se llamaba Orapak; tenía más de sesenta años y no tardaría en morir, pero se le permitía conservar su puesto porque no había nadie que se lo disputara. Era un anciano sabio y ecuánime, y durante muchos años había librado de graves apuros a su tribu.

–Cuando los nanticokes vienen al Norte para luchar contra nosotros -explicó-, nosotros huimos más al Norte. Y cuando los susquehannocks vienen al Sur para luchar contra nosotros, huimos hacia el Sur.

–¿No os lleva eso a la comarca de los nanticokes?

–No, porque cuando huimos hacia el Sur entramos en las marismas, y los nanticokes no se atreverían a seguirnos… -vaciló-. Mosquitos, ya sabes.

–Sí. He estado viviendo en la marisma este verano.

–Hombre valiente -dijo el *werowance, y,* luego, preguntó-: ¿Por qué creías que nos íbamos de nuestro poblado todos los veranos?

–¿Para qué sirven los mosquitos? – preguntó Pentaquod.

El anciano levantó los ojos hacia el cielo v respondió:

–El primer día, Barbacortada te contó cómo Manitú dio a este río todo, *y,* luego, una cosa más, el cangrejo. Bien, pues después de haberlo hecho, dijo: «Y ahora impediré que los hombres se vuelvan arrogantes», y agregó el mosquito.

–¿Por qué?

–Para recordarnos que puede hacer todo cuanto desee, y que nosotros debemos aceptarlo.

Pentaquod decidió que aquél era el momento de plantear la cuestión de su integración en la tribu.

–El río es excelente. He disfrutado de él cuando he vivido aquí solo.

El *werowance* estudió esta declaración y, luego, infló las mejillas, significando que apreciaba la importancia de las palabras pronunciadas. El susquehannock estaba señalando que había adquirido la posesión del lugar una vez que sus habitantes lo hubieran abandonado. Estaba insinuando un derecho de propiedad, aunque había allí muchos guerreros para impugnarlo. Orapak comprendía lo poderoso que era aquel extranjero; muy probablemente, podría derrotar a cualquiera de los guerreros, que hasta entonces no habían derrotado a nadie. Cautelosamente, dijo:

–Sería bueno que te quedases con nosotros -apresurándose a añadir- en el *wigwam,* que ya es tuyo.

–Me gustaría -respondió Pentaquod, y no se habló más del asunto.

Continuó ocupando su *wigwam,* que las mujeres le enseñaron a terminar debidamente, y empezó a cortejar a Navitan, la nieta del *werowance.* A sus diecisiete años, ésta había observado a los jóvenes guerreros durante el campamento de verano, pero nada había sucedido, y ahora se mostraba receptiva a las insinuaciones del alto susquehannock.

Se casaron antes de la primera nieve. Las ancianas estaban encantadas de que Navitan se hubiera enamorado de un hombre tan audaz, y el chamán que ofició la ceremonia expresó su opinión de que el propio Manitú había enviado a Pentaquod para proteger aquel poblado.

En la división del trabajo común entre las tribus de orillas de la bahía de Chesapeake, Pentaquod se especializó en cortar grandes árboles, moldeándolos y quemando su interior para poder construir canoas. Se hizo también un auténtico experto en la caza de gansos, esas notables aves que él había conocido, simplemente, como pájaros grandes: talló dieciocho toscas imágenes de gansos en madera de roble y pino, las coloreó con pinturas de tierra descubiertas por la tribu *y* las situó en lugares estratégicos teniendo en cuenta la dirección de los vientos y el emplazamiento de la costa; estas figuras constituían un poderoso señuelo para los pájaros, que se acercaban tanto, que rara vez

fallaba con su fuerte arco. Pero se sentía turbado siempre que mataba un ganso; pues, aunque le agradaba el sabor de la carne asada, no le gustaba ver destruidos los majestuosos pájaros.

Fue a finales del invierno cuando llegó la noche triste, Navitan había estado buscando ostras en el arrecife, cuando vio comportarse de modo extraño a una bandada de gansos que se encontraban en un maizal. Los machos corrían unos tras otros, y los más pequeños se mostraban agitados, recogiendo ramitas como para construir nidos que sabían que no necesitaban. Un inquieto parloteo recorrió la bandada entera, cuando, de pronto, un viejo ganso, mucho más pesado que los demás, corrió torpemente unos cuantos pasos, batió sus grandes alas y se elevó en el aire.

Al instante, la totalidad de la bandada remontó el vuelo, describió varios círculos y, luego, emprendió resueltamente la marcha en dirección Norte. De otros campos que Navitan no podía ver, otras bandadas se elevaron también en el aire, y en cuestión de momentos el cielo quedó oscurecido por los grandes gansos, negros y grises, que volaban hacia el Norte.

–¡Oh! – exclamó Navitan, alertando al poblado-. ¡Se marchan!

Nadie necesitaba que le dijesen quién se marchaba. Los gansos, aquellos notables pájaros con los que la tribu se había alimentado durante generaciones, estaban abandonando el río. Dentro de nueve días no se divisaría un solo ganso por ninguna parte, y verles volar hacia el Norte, oírles graznar mientras se dirigían a los lejanos campos de hielo en que criarían a sus pequeños, constituía un momento de tristeza tal, que muchos de los hombres y mujeres ancianos se echaron a llorar, pues los grandes gansos habían sido sus calendarios y el medio para contar sus años.

Apareció entonces el *werowance,* pálido y con las piernas rígidas, vuelto el rostro hacia el firmamento, y, después de que hubiera pronunciado su bendición de los gansos, el chamán recitó la inmemorial oración:

«Gran Poder: Tú que velas por nosotros y dispones las estaciones, protege a los gansos que se separan de nosotros. Vela por ellos mientras vuelan a regiones lejanas. Encuéntrales grano para su largo vuelo y líbrales de las tormentas. Ellos son vitales para nosotros, son nuestra

protección del hambre, nuestros centinelas durante la noche, nuestros compañeros a lo largo del invierno, nuestra fuente de alimento y de calor, nuestros inquilinos en la tierra, nuestros vigías en el cielo, los guardianes de nuestros arroyos, los anunciadores de cuanto llega y cuanto se va. Gran Poder, protégelos mientras están lejos de nosotros, y, a su debido tiempo, tráelos de nuevo a este río, que es su hogar y el nuestro.»

Ningún niño produjo el más leve ruido, pues aquél era el momento más sagrado del año. Si los ritos no se efectuaban adecuadamente, los gansos podrían no volver, y el invierno en que tal cosa sucediese sería realmente terrible.

Pocas lunas después de haberse ido los gansos, llegaron los cangrejos para ocupar su puesto como fuente principal de alimento, y entonces descubrió Pentaquod qué querían decir los habitantes del poblado cuando afirmaban que Manitú, el Gran Poder, velaba especialmente sobre ellos. Fue un día de finales de primavera cuando Navitan le condujo a su canoa, dándole un cesto lleno de cabezas de pescado y ternillas de oso para que se lo llevase hasta allí. Aquella mezcla olía a demonios, pero Navitan le aseguró que aquello era lo que los cangrejos preferían, y él se preguntó cómo se podría sujetar aquel mejunje casi podrido a los curvados ganchos utilizados para pescar.

Para su sorpresa, su mujer no tenía ningún gancho.

–¿Qué clase de pesca es ésa? – preguntó, y ella sonrió, sin darle ninguna explicación.

Pero, una vez que Pentaquod hubo llevado la canoa hasta el lugar elegido por ella, la mujer sacó largas tiras de fibra retorcida e intestinos de ciervo, y ató a ellas cabezas de pescado y pedazos de cartilaginosa carne de oso, tras lo cual echó las cuerdas al agua por la popa de la canoa.

Pentaquod acechó los signos reveladores de que un pez había mordido el cebo, pero no se veía ningún movimiento, y llegó a la conclusión de que Navitan no cogería ningún cangrejo, pero, al cabo de un rato, sin aparente motivo para ello, la mujer empezó a recoger con la mano izquierda una de la cuerdas, al tiempo que sostenía en la derecha una larga pértiga a la que iba atado un cesto de mimbre. A medida que la cuerda iba saliendo del agua, Pentaquod vio que iba a

aparecer la primera cabeza de pescado, pero lo que no vio fue que, unido a ella, había un cangrejo que cortaba la carne con sus poderosas garras sin reparar en que estaba siendo casi sacado del agua.

Cuando el cangrejo estuvo visible para Navitan, ésta introdujo diestramente el cesto en el agua bajo el sobresaltado cangrejo y, levantándolo al intentar éste escabullirse, lo dejó caer en la canoa.

Pentaquod quedó estupefacto, y, cuando su mujer continuó tirando de la cuerda y cogiendo un cangrejo tras otro, comprendió que era aquélla una forma de pesca totalmente distinta de cualquiera que él hubiera practicado.

–¿Por qué no se alejan del cebo? – preguntó-. ¿No se dan cuenta de que vas a cogerlos?

–Les gusta que nos los comamos -respondió Navitan-. Manitú nos los envía con ese fin.

Pentaquod tocó cautelosamente uno de ellos y halló sumamente duro el caparazón, pero no pudo examinarlo con más detenimiento, pues las feroces garras saltaron al instante sobre él. Quedó más perplejo aún cuando Navitan llevó sus dos docenas de cangrejos al campamento y las echó en un puchero de agua hirviendo, pues a los pocos momentos adquirieron un vivo color rojo. Ella le enseñó luego cómo debía sacar la carne de los caparazones, y cuando hubo llenado un cuenco de barro, le dijo que lo dejase, pues sabía que era un trabajo fatigoso y aburrido: una docena de cangrejos solamente proporcionaban un puñado de carne.

Pero cuando cogió esta carne, como le había enseñado su madre, y la mezcló con hierbas, verduras y harina de maíz, y amasó pequeños pastelillos y los frió en chisporroteante grasa de oso, obtuvo uno de los platos más exquisitos que aquel río conocería jamás. «Pasteles de cangrejo», los llamó ella, y Pentaquod los encontró deliciosos.

–Hay algo mejor -le aseguró Navitan, y, como él lo dudara, le dijo que esperase a que llegara la época de la muda para los cangrejos, y un día le llevó cuatro que acababan de despojarse de sus caparazones y los frió directamente en grasa de oso, sin hervirlos ni picarlos primero.

–¿Cómo también las patas? – preguntó Pentaquod.

Y ella le instó a que las probara; cuando hubo acabado los cuatro, Pentaquod declaró que eran más suculentos de lo que hubiera podido

imaginar.

–Ahora eres uno más de nosotros -dijo Navitan.

Mientras se iniciaba en tan agradables costumbres, Pentaquod hizo un descubrimiento que le turbó: lo que Barbacortada le había dicho era cierto. Aquella tribu nunca se defendía de sus enemigos, y cuando llegaban los susquehannocks desde el Norte, o los nanticokes desde el Sur, no se hacía el menor intento de proteger el poblado. A sus moradores no parecía importarles lo que ocurriese; no montaban centinelas, no enviaban patrullas a custodiar las fronteras, no se dedicaban a maniobras de autodefensa. Por tanto, no sintió ninguna sorpresa cuando, una mañana, los niños acudieron corriendo para informar:

–¡Ya vienen otra vez los nanticokes!

Nadie mostró el menor pánico. Todos metieron las cosas esenciales en bolsas de piel de ciervo, ocultaron en el bosque cercano provisiones de víveres y huyeron. El *werowance* marchaba al frente de su pueblo, tan gallardamente como si fueran a la lucha, y lo condujo al interior de la zona que se extendía al noroeste de su poblado. Habían aprendido por frecuente experiencia que los nanticokes eran reacios a seguirles hasta aquella irregular zona, por lo que marchaban con la seguridad de que, al cabo de un cierto tiempo, durante el cual los invasores robarían todo lo que habían dejado allí y, luego, se retirarían entonando cantos de victoria, podrían regresar a sus hogares y reanudar su vida normal.

Pentaquod se sentía desconcertado ante esta actitud. Cuando los niños informaron que había comenzado la invasión, sintió deseos de enfrentarse al enemigo, darle una lección y hacerle retroceder a las regiones meridionales, pero el viejo *werowance* se habría opuesto, y tampoco ninguno de los habitantes del poblado habría querido combatir con los robustos hombres del Sur.

–¿Qué perdemos obrando así? – preguntó a Pentaquod una de las mujeres, mientras huían a la tierra surcada por abundantes brazos de ríos.

–Perdemos mi *wigwam* -replicó él, con tono airado.

–Un *wigwam* se puede construir en un día. ¿El pescado seco? ¿A quién le importa? El pato salado no lo encontrarán. Lo hemos escondido entre los robles.

Cuando la tribu llevaba ya escondida siete días, se consideró probable que los nanticokes hubieran causado ya sus estragos y se hubiesen retirado, mas era preciso enviar exploradores que confirmasen que se habían ido realmente. Nadie se ofreció voluntario para ello, por lo que Pentaquod, hablando también en nombre de Barbacortada, dijo:

–Iremos nosotros.

El intérprete, que había sido capturado una vez, no quería meterse en tal aventura, pero Pentaquod insistió, y, puesto que ir en compañía de aquel valiente susquehannock le conferiría un gran honor, el hombrecillo acabó accediendo a regañadientes.

Ningún espía en la larga historia de la región se movió jamás con tanta prudencia como lo hizo Barbacortada cuando entró en el territorio ocupado por los invasores. De hecho, era tal el cuidado que ponía en no hacer crujir tan siquiera una ramita, que Pentaquod comprendió el astuto plan del hombrecillo: avanzaría tan lentamente, que los nanticokes dispondrían de dos días más para marcharse. Cuando él y Pentaquod llegaran finalmente al poblado, el enemigo estaría ya prácticamente de regreso en el suyo.

Pero Pentaquod tenía planes distintos y estaba decidido a ver qué clase de gente eran los nanticokes. No obstante, le resultaba imposible aguijonear a su compañero; fueron en vano sus burlas y sus apelaciones a la virilidad de Barbacortada. El hombrecillo se negaba a rebasar el prudente programa que se había trazado, y al final se agarró a un algarrobo, del que fue ya imposible separarle, por lo que Pentaquod continuó solo a lo largo del río.

Desde una eminencia, observó cómo la retaguardia de los nanticokes merodeaba por última vez en el capturado poblado, reuniendo los recuerdos finales de su incursión. Mientras el grueso de la tropa caminaba hacia el Este, entonando un canto de victoria en el que se narraba la feroz lucha con que habían sometido a los encarnizados defensores del poblado, cuatro guerreros se quedaron rezagados, forcejeando con algún objeto capturado que resultaba demasiado grande para ellos. Mientras los miraba, regocijado, Pentaquod no pudo resistir la tentación de realizar un gesto arrogante, aunque sabía que era disparatado y peligroso.

Saltando desde detrás de un árbol, lanzó su más feroz grito de guerra, blandió su lanza y se precipitó contra los cuatro sorprendidos nanticokes. Estos quedaron aterrorizados ante aquella aparición, aquel hombre cinco palmos mayor que ellos y mucho más ancho de espalda, y huyeron. Pero uno conservó la serenidad suficiente para gritar a los que caminaban delante:

–¡Los susquehannocks!

Al oír estas palabras, los saqueadores quedaron dominados por el pánico, abandonaron todo cuanto habían robado y se apresuraron con gran estruendo a una retirada desprovista por completo de dignidad. Tan definitivos eran los sonidos de derrota, que hasta Barbacortada acabó saliendo de su escondrijo a tiempo para ver a su amigo Pentaquod blandiendo su lanza persiguiendo entre los árboles a un ejército entero de nanticokes. Nunca había imaginado Barbacortada que un solo hombre decidido pudiera igualar a cuatro sorprendidos nanticokes o a cuarenta aterrorizados, pero al ver las plumas en retirada de los bravos meridionales comprendió que había presenciado un milagro y empezó a componer la balada que inmortalizaría la victoria de Pentaquod:

Se lanzó, intrépido, entre los ladrones,
se enfrentó, poderoso, al innumerable enemigo.
Luchó ferozmente, indiferente al peligro,
arrojando los cadáveres por doquier,
aplastando las cabezas y retorciendo las piernas,
hasta que el exhausto enemigo chilló y tembló,
suplicando piedad, besándole, atemorizado, las manos…

Era un poema épico ajustado a la más exaltada tradición de la selva, y, mientras Pentaquod contemplaba los insignificantes daños causados al poblado y a su *wigwam,* escuchó con regocijo el canto. Le recordaba los cánticos de guerra que había oído de niño, cuando los susquehannocks regresaban de sus correrías contra las tribus del Sur; aquellos cantos habían descrito sucesos de increíble heroísmo, y él los había creído;

Y entonces los más bravos de los bravos susquehannocks,
Cherodah, y Mataloak, y Wissikan, y Nantiquod,
se arrastraron por la selva, avistaron la fortaleza

y, con violento coraje, saltaron sobre el enemigo…

Ahora se daba cuenta Pentaquod de que aquél era el poblado que sus antepasados habían atacado con tan indomable valor; los enemigos que habían sojuzgado eran los que nunca se habían enfrentado a ellos, pues se hallaban escondidos en las lejanas marismas. No había habido batallas, salvo en la imaginación de los antiguos poetas, que sabían que, cuando los guerreros marchan a la batalla, es obligatorio que haya cantos de victoria.

Y, sin embargo, aunque él conocía el fraude que tal conducta implicaba, cuando los habitantes del poblado regresaron tímidamente y vieron con satisfacción que esta vez no les habían sido arrebatados sus bienes, empezaron a cantar la composición de Barbacortada y a creerla. Pentaquod permanecía en silencio, con extraordinaria modestia, dejando que Barbacortada dirigiera las aclamaciones. Si el poblado se ha salvado, razonaba Pentaquod, ha sido gracias a mí, y aceptaré las consecuencias de mi acto. Fue aquella noche cuando los ancianos empezaron a pensar en él como un posible *werowance.*

Pero cuando llegó a la tribu la noticia de que los susquehannocks se estaban moviendo hacia el Sur, aunque Pentaquod aseguró a los habitantes del poblado que conocía ciertos trucos que podrían protegerlos -siempre que encontrase nueve hombres valientes que no huyeran-, el viejo *werowance* se opuso tajantemente a su propuesta.

–Lo único sensato es marcharse a las marismas. Llevamos muchos años haciéndolo, y durante todo ese tiempo hemos disfrutado de una buena vida, con abundancia de alimentos y hierbas de marisma suficientes con las que tejer de nuevo las paredes de nuestros incendiados *wigwams.* Que el enemigo tenga su triunfo si lo necesita. Nuestra seguridad está en las marismas.

Lo extraño de esta política era que no aminoraba en absoluto la propia estima de los habitantes del poblado ni, ciertamente, debilitaba el prestigio de Pentaquod; éste había demostrado su valor contra los nanticokes, y Barbacortada había compuesto el canto épico. Pentaquod era un verdadero héroe, y no necesitaba repetir continuamente sus heroicidades para mantener su reputación. Mientras huía en compañía de los demás hacia la seguridad de las marismas meridionales, todos los hombres estaban convencidos de que, si hubiera querido enfrentarse a

los susquehannocks, Pentaquod habría podido hacerlo. En lugar de ello, prefería proteger a su esposa embarazada, y eso les parecía mucho más juicioso a los demás pobladores.

Mientras cruzaban el río, ocultaban sus canoas y se dispersaban por entre los cañaverales que saqueaban la orilla meridional, Pentaquod oyó dos relatos tribales que le fascinaron, y empezó a acosar a preguntas a los ancianos: «¿Decís que al Este, adonde vais en verano, hay un río mucho más grande que los que yo conozco?» «¿El agua es mucho más salada?» «¿Los pájaros son diferentes y ningún hombre ha visto jamás la otra orilla?» «¿Y está allí, continuamente, y una canoa no puede cruzarlo?» «¿Qué queréis decir con eso de que llegan a la orilla olas tan altas que derriban a un hombre?»

Se sentía tan excitado por sus descripciones y tan dispuesto a creer en ellas, puesto que todos coincidían, que manifestó su deseo de ir inmediatamente a ver aquella cosa maravillosa, pero el *werowance* dijo:

–Iremos allí en verano, para escapar de los mosquitos.

Así, pues, esperó.

La otra historia era increíble y mucho más importante que la descripción del gran río, pues contenía turbadoras implicaciones. La primera noticia le llegó de labios de Barbacortada, que dijo, con tono casual:

–Quizá, cuando la Gran Canoa vuelva castigue a los susquehannocks,

–¿Qué Gran Canoa?

–La que vino hace muchos inviernos,

–¿Adonde vino?

–Cerca de la isla.

–¿Cómo de grande era?

–Yo no la vi, pero Orapak sí la vio, y también Ponasque.

Se dirigió inmediatamente a Ponasque, hombre muy viejo ya, y le preguntó sin rodeos:

–¿Viste tú la Gran Canoa?

–Sí -respondió el anciano, mientras avanzaban por la marisma.

–¿Cómo de grande era?

–Como veinte canoas, cuarenta, una encima de otra. Se elevaba muy alto en el aire.

–¿Cuántos remeros?

–Ninguno.

Aquélla era la más ominosa declaración que Pentaquod había oído jamás, una Gran Canoa moviéndose sin remos. Reflexionó sobre ello durante unos momentos y, luego, preguntó ai anciano:

–¿Lo viste tú personalmente? ¿No es una de esas historias que se cuentan por las noches?

–La vi, al otro lado de la isla.

–¿Qué pensaste?

Los ojos del anciano se velaron al recordar aquel prodigioso día en que cambió su mundo.

–Sentimos todos mucho miedo. Todos, incluso Orapak. No podíamos explicar lo que habíamos visto, pero lo habíamos visto. El miedo nunca nos ha abandonado, pero, con el paso de los años hemos conseguido olvidar.

Indicó que no le agradaba que un extraño a la tribu reviviera aquellos lejanos temores y que no diría nada más.

Mediante prudentes interrogatorios, Pentaquod averiguó que todos los miembros de la tribu creían que la Gran Canoa había llegado realmente a la desembocadura del río; que su tamaño era enorme; que se movía sin remos. Una anciana añadió un detalle:

–Era blanca por arriba y de color oscuro en el fondo.

Pentaquod fue rumiando la inquietante noticia mientras se adentraban en el pantano, y, cuando llegaron a tierra relativamente firme en la que podía acampar, se acercó al *werowance* y le preguntó de sopetón:

–Orapak, ¿qué pensaste cuando viste la Gran Canoa?

El anciano contuvo el aliento y, luego, se sentó bajo un roble. Reflexionó sobre lo que debía responder a aquella pregunta, consciente de que era algo que penetraba en el corazón mismo de la existencia de su tribu, y, al cabo, dijo lentamente:

–Yo no puedo entrar de nuevo en las marismas. Me resulta demasiado fatigoso y sé que está próxima la hora de mi muerte. Tú debes ser el próximo *werowance.*

–No te he preguntado eso, Orapak.

–Pero ésta es la verdadera respuesta a lo que has preguntado.

Pentaquod no lo entendió, pero el viejo jefe continuó:

–Cuando nos congregamos aquel día en la orilla para ver la Gran Canoa mientras avanzaba lentamente hacia el Norte, todos vimos lo mismo. Probablemente, lo sabes ya por las preguntas que has estado haciendo.

Pentaquod asintió con la cabeza. Estaba convencido de que aquel recuerdo tribal no era un simple canto compuesto por algún antepasado imaginativo como Barbacortada. Satisfecho sobre aquel punto, el anciano prosiguió:

–Cuando los otros vieron la Canoa y se aseguraron de que era real, regresaron al poblado, pero mi abuelo, que era entonces el *werowance,* nos llevé a mí padre y a mí a la costa, y nos escondimos en la selva cuando la Canoa se acercó, y vimos que contenía hombres muy parecidos a nosotros y, sin embargo, muy diferentes.

–¿En qué?

–Su piel era blanca. Sus cuerpos eran de alguna sustancia distinta, pues relucían al recibir los rayos del sol.

Eso era todo lo que el anciano sabía, y, puesto que ninguno de los otros le había hablado de aquellos sorprendentes hechos, comprendió que se trataba de un conocimiento privilegiado, sólo poseído por la sucesión de *werowances.* Al compartir con él aquel conocimiento sagrado de los cuerpos relucientes, Orapak estaba transmitiendo a Pentaquod la carga de la jefatura. No necesitaba advertirle que no debía hacer ninguna mención de lo que la Gran Canoa contenía realmente, pues estaba claro que volvería algún día, trayendo consigo el enigma de los hombres de piel blanca y cuerpos que reflejaban la luz del sol,

–Volverán, ¿verdad? – preguntó Pentaquod.

–Sí.

–¿Cuándo?

–Todos los días de mi vida me he levantado al amanecer con una pregunta en mi mente: ¿Es hoy el día en que volverán? Esa carga es ahora para ti. No te acostarás nunca por la noche sin preguntarte: ¿Vendrán mañana?

Enterraron en las marismas, lejos del río que había amado, al viejo y prudente *werowance,* un cobarde que había perdido decenas de veces

su poblado, pero nunca un solo hombre en combate. De su agotado y consumido cuerpo retiraron el disco de cobre que simbolizaba su jerarquía y se lo ofrecieron a Pentaquod, pero éste rehusó tomarlo, pues tales discos de autoridad no formaban parte del ritual de los susquehannocks. En lugar de ello, se colocó sobre la cabeza tres largas plumas de pavo, de modo que destacaba más ostensiblemente aún sobre sus menudos subordinados, y Barbacortada recitó su poema épico de cómo el nuevo *werowance* había derrotado una vez a los nanticokes, solo y sin ayuda de nadie. Y, así, la tribu se convirtió en una más de la extraña procesión de naciones que eligen como jefe a alguien que ni siquiera pertenece a la tribu.

La primera prueba a que se vio sometida la jefatura de Pentaquod tuvo lugar cuando los nanticokes emprendieron la marcha hacia el Norte en su incursión tradicional. Las mujeres dieron por supuesto que la tribu huiría hacia el Norte del modo acostumbrado, pero algunos de los guerreros más jóvenes, contagiados por la épica de Barbacortada, consideraban que debían quedarse y pelear.

–Con Pentaquod para dirigir la batalla -argumentaban-, podríamos rechazar a los invasores y poner fin a nuestra vergüenza anual.

La idea le resultaba tentadora a Pentaquod como hombre, pero en su calidad de *werowance,* de quien dependía la seguridad de la tribu, tenía que pensar con más cautela. No podía sacrificar despreocupadamente a ningún hombre, pues el suyo era un grupo pequeño, aterrorizado y trivial. Una dura derrota podría desmoralizarlos, privándoles de la base necesaria para una existencia continuada. Además, su memorable victoria sobre los cuatro guerreros nanticokes la había obtenido por sorpresa, y no estaba nada seguro de que aquello pudiera repetirse. Dijo a los jóvenes guerreros:

–Adelantémonos a observar cómo se acercan esta vez los nanticokes.

Así, pues, él y dos de los más excitables jóvenes guerreros, se internaron sigilosamente en los bosques, corriente arriba y cruzaron a nado el río hasta la otra orilla. Allí, se ocultaron hasta que aparecieron los ruidosos nanticokes, y, como Pentaquod había sospechado, esta vez no se movían sin centinelas y sin exploradores. No habría sorpresas en aquella expedición, pues estaban preparados.

El entusiasmo de los jóvenes guerreros se desvaneció. Consternados, regresaron para informar a los demás.

–Avanzan como un ejército bien preparado. Será mejor que nos vayamos a los ríos.

Y, con un bien dispuesto Pentaquod al frente, huyeron.

Cuando regresaron al poblado, fue Pentaquod quien pasó revista a los daños causados; no eran grandes, pero sí humillantes, y juró: «No lo volverán a hacer.»

Aquel verano no permitió que su gente abandonara el lugar por causa de los mosquitos.

–Nos quedaremos aquí y lo fortificaremos. Tenderemos astutas trampas por los accesos, y todos los hombres se adiestrarán en el manejo de las armas. El que se queje de los mosquitos no comerá cangrejos.

Fue un duro verano. Los mosquitos eran terribles; al anochecer, centenares de ellos se lanzaban sobre cualquier brazo o rostro que permaneciera descubierto, y los habitantes del poblado se mantenían cerca de humeantes calderos cuando se ponía el sol. Se embadurnaban con grasa de oso, dormían con mantas en torno a la cabeza y se levantaban exhaustos por el pegajoso calor que les había estado haciendo sudar en la oscuridad. Pero les alentaba la perspectiva que su joven y alto *werowance* ponía ante sus ojos:

–¡Menuda sorpresa se van a llevar los nanticokes cuando vengan este año!

Poniendo repetidamente a prueba a sus jóvenes, adquirió la seguridad de que se mantendrían firmes y sabrían ejecutar su acción por sorpresa.

Utilizó todas las ideas militares desarrolladas por los susquehannocks e inventó otras apropiadas a la situación, y cuando los mosquitos desaparecieron a principios del otoño dejaron tras de sí un poblado preparado para defenderse.

Los jóvenes ardían en deseos de que llegaran los nanticokes, pero algún suceso inesperado acontecido en el Sur retrasó la acostumbrada expedición, y los emplumados guerreros comenzaron a irritarse. Pentaquod, sabiendo que debía mantener el entusiasmo de sus hombres, dividió la tribu en bando, situando uno contra otro, y así

perfeccionaron su estrategia. Y un frío día de comienzos del invierno, cuando los gansos se alineaban ya a lo largo del río, los exploradores trajeron la noticia:

–¡Vienen los nanticokes!

Los meridionales llegaban con su aplomo y su estrépito habituales, con sólo unos pocos e indolentes batidores en vanguardia; después del ataque por sorpresa de que habían sido objeto por parte de Pentaquod, se habían mostrado un poco más atentos a los detalles, pero ahora, como había predicho a los suyos, volvían a comportarse con negligencia. Cruzaron el bosque como si se estuvieran corriendo una juerga, vadearon el río como si hubiesen ido allí a bañarse y divertirse y se desparramaron por la orilla del río como si concurriesen a una fiesta.

Y llegaron al lugar en que se encontraban las cuidadosamente formadas tropas de Pentaquod. Brotaron flechas desde detrás de los árboles y aparecieron hombres armados de lanzas, mientras el suelo cedía bajo el peso de los invasores, haciéndoles caer a los disimulados hoyos, y resonaban extraños sonidos por la selva, e incluso aparecían mujeres enarbolando palos. El desconcierto y el dolor hicieron presa en los nanticokes, que, al final, no pudieron hacer más que huir, dejando tras ellos más de veinte prisioneros. Jamás habían conocido un desastre semejante.

Los habitantes del poblado, al encontrarse con una victoria tal, sin precedentes en su pueblo, y con una veintena de cautivos, no sabían qué hacer. Desconocedores por completo de la guerra, a excepción de las retiradas que causaba, no tenían ni idea de lo que debían hacer con los prisioneros, y cuando Pentaquod explicó que en el Norte los susquehannocks hacían tres cosas, escucharon atentamente.

–A los heridos los matamos. A los fuertes los hacemos esclavos. A los rápidos los devolvemos a su pueblo con mensajes insultantes.

Todos mostraron su aprobación a estas sugerencias, sin darse cuenta de sus implicaciones, pero su *werowance* continuó:

–Pero nosotros no hemos herido a nadie, así que no hay nadie a quien matar.

La mayoría comprendieron el sentido común de estas palabras e incluso aplaudieron, porque no les agradaba matar.

–Nosotros no necesitamos esclavos, porque no hay trabajo para ellos, y si el trabajo lo hacemos nosotros, también tendríamos que prepararles comidas.

Esto era igualmente irrefutable.

–Y no creo que debamos enviar mensajes insultantes a los nanticokes. Queremos que sean nuestros amigos, no nuestros enemigos.

Para algunos, ésta era una decisión sorprendente. Muchos, especialmente los que no habían participado en la batalla, deseaban humillar a su enemigo y habían ideado hábiles formas de hacerlo; les disgustaba que Pentaquod predicase la conciliación, pero éste encontró apoyo en un sector inesperado.

Los jóvenes guerreros que habían permanecido detrás del primer árbol, donde habían funcionado las trampas, confesaron haberse sentido aterrorizados y que, si algo hubiera salido mal, habrían sido rodeados y muertos.

–Es mucho mejor que los nanticokes vengan como amigos -razonaron-. Agasajemos a los prisioneros, hablemos con ellos y enviémoslos al Sur con nuestro respeto.

Tan pronto como fueron pronunciadas estas palabras, Pentaquod exclamó:

–¡Hagamos eso exactamente!

Prevaleció su consejo, y se celebró el banquete, con ganso, y venado, y ñames, y pescado cocido, y calabaza endulzada con zumo de tallos de maíz, y se fumó tabaco en largas pipas, que pasaban de mano en mano. Uno de los nanticokes de buena familia dijo al terminar:

–Informaremos a nuestro pueblo de que ya no somos enemigos.

Y el Sol se levantó antes de que los nuevos amigos se separasen.

Este dramático cambio de situación produjo en el poblado un sentimiento de profunda excitación, y las conversaciones se tornaron audaces e incluso temerarias.

–Nunca más abandonaremos nuestro poblado a los nanticokes. Hemos demostrado que podemos luchar mejor que esos necios. Un día de éstos marcharemos hacia el Sur sobre sus poblados, y verán el cambio que se ha producido.

Pentaquod no hizo caso de estas fanfarronadas; se daba cuenta de que era la misma jactancia que practicaban los guerreros

susquehannocks cuando él era niño; pero cuando oyó a sus hombres decirse mutuamente que todo el sistema del mundo quedaba alterado con su victoria, se sintió preocupado. Y cuando alardearon de que la próxima vez los susquehannocks bajasen del Norte habría guerra, les hizo callar.

–Los susquehannocks no son nanticokes -advirtió-. Ninguna de nuestras estratagemas les engañaría, porque son estratagemas susquehannocks, y ellos las utilizan contra sus enemigos.

Les habló durante largo tiempo, y, luego, se le ocurrió una afortunada metáfora. Bajando la voz e inclinándose hacia sus entusiastas guerreros, dijo:

–Entre los susquehannocks, yo era un hombre pequeño.

Su estatura era tan grande al decir esto, su torso tan ostensiblemente más ancho que el de ellos, que se quedaron sin aliento.

–¿Qué haremos cuando vengan otra vez? – preguntaron subyugados.

–Cruzaremos el río, esconderemos las canoas y nos adentraremos en las marismas -dijo, y les dirigió hacia las marismas.

En la década que siguió (1586-1595 por el calendario occidental), Pentaquod se convirtió en el mejor *werowance* que jamás había conocido su pueblo. Era un hombre alto, valeroso y afable, puesto al frente de un pueblo pequeño y asustado. Cuando su tribu emprendía la marcha hacia el Este, en dirección a las Grandes Aguas, él abría el paso y llevaba su parte de la carga, y en las raras ocasiones en que tuvieron que huir a las marismas meridionales, les servía de aliento su capacidad de absorber tal ignominia sin perder el buen humor.

Ya no tenían que ocultarse en los ríos septentrionales, porque había concertado una paz duradera con los nanticokes, y las dos tribus comerciaban ahora, en lugar de pelear: carne seca de venado para los nanticokes, brillantes conchas de *roanoke* para ellos. Había incluso intercambios de visitas, que eran beneficiosas, pues los que regresaban se jactaban con perverso orgullo:

–Nuestros mosquitos son el doble de feroces que los suyos.

Pentaquod y Navitan tuvieron un hijo que heredaría el título, y luego otro, y todas las cosas prosperaron. Él condujo a su pueblo hacia el Este, hasta el supremo río, y vio allí sus saladas olas elevarse a mayor

altura que su cabeza y estrellarse fragorosamente y con enorme fuerza contra la costa. Un día, mientras permanecía allí extasiado, fulguró en su mente una idea: Sí la Gran Canoa es capaz de surcar las aguas de este río de tan enorme poder, tiene que ser de tamaño tremendo, y los hombres que lo tripulan habrán de ser más grandes aún que los susquehannocks. Y contempló el océano con espanto y admiración.

Había otros misterios. En alguna noche sin estrellas, un niño gritaba a distanciados intervalos: «¡Allí está la luz!», y en la selva, al otro lado del río, brillaba un destello, y se movía como si estuviese dirigido por demonios, y se detenía, brillando ominosamente en la oscura noche. En el poblado, los padres hacían callar a sus hijos, y nadie hablaba de ello. Durante toda la larga oscuridad, la gente permanecía al borde del agua, mirando obsesiva y fijamente, preguntándose quién o qué podía estar moviéndose por la orilla meridional, pero nunca había una explicación satisfactoria, solamente aquella parpadeante luz que emanaba de alguna fuente desconocida. Hacia el amanecer, se desvanecía y no volvía a aparecer en varios años.

Un misterio mayor se refería a la bahía. Se hallaba a poca distancia al Oeste, pero rara vez la veía ningún habitante del poblado, y nunca se aventuraban hasta ella. En todas sus generaciones de vivir a orillas del agua, no habían descubierto la vela, ni el hecho de que los hombres podían moverse sin remos a través de ríos y bahías; para ellos, la bahía era algo ajeno. Su abundancia de peces, cangrejos y ostras estaba vedada, y todo lo que sabían de aquel gran río de ríos era que se trataba de la ruta por la que atacaban los feroces potomacs. Estaban contentos con dejar aquella espléndida masa de agua a sus enemigos, y nunca conocieron la grandeza de la puesta de sol en las anchurosas aguas ni el nacimiento de una súbita tormenta.

Creían que en las noches en que se aproximaban acontecimientos portentosos, Pescador Patilargo llegaba al río cuando las estrellas comenzaban a palidecer, lanzando fúnebres *kraannks* para advertir de inminentes prodigios. Entonces se agazapaban todos en la oscuridad, escuchando, aterrorizados, los sonidos que retumbaban desde los árboles inclinados sobre el agua.

En una de aquellas noches de 1596, cuando lejanas naciones se preparaban para invadir la bahía, grandes bandadas de garzas azules

remontaron el vuelo desde los pantanos y se dispersaron por el paisaje antes del amanecer, dirigiéndose a los estuarios en busca de los peces de rápidos movimientos. Sus gritos llenaron la noche, pero, si bien turbaron a los hombres y mujeres que no tenían tranquila la conciencia y sí algo que temer, no causaron ninguna aprensión en Pentaquod, porque sabía que se habían congregado para señalar el nacimiento de su tercer hijo, y antes de que saliera el Sol oyó el tranquilizador llanto.

–¡Una niña! – informó la comadrona, mientras salía corriendo de la choza en que había tenido lugar el parto.

–Estoy contento -respondió gravemente Pentaquod, pero su alegría era mucho mayor de lo que su escueto comentario daba a entender.

Siempre había deseado una hija que le sirviera de consuelo cuando se retirase de la guerra, y al fin tenía una. Tan pronto como fue decoroso que visitase la choza del parto, se agachó y pasó bajo las ramas de pino y las ristras de bellotas para coger las manos de su mujer.

–Estoy contento -dijo, y se le permitió ver a la recién nacida, tan pequeña que costaba creer que fuese descendiente suya.

Con los dedos índices separados, indicó a su feliz esposa lo diminuta que era aquella niña, por completo diferente de sus dos hermanos al nacer. Se echó a reír y, luego, levantó la criatura y se la acercó a la mejilla.

–Se llamará Tciblento -dijo, y la niña se convirtió en la cosa más preciosa de su vida, la alegría de sus últimos años.

Le enseñó la ciencia del río: dónde se agrupaban los gansos y cómo observar a los castores en su trabajo, y las tiras de brezo que debían cortarse para un *wigwam,* y cómo quemar la médula de un árbol para hacer una canoa. La muchacha aprendió a bucear en busca de ostras y a pescar cangrejos, y, a instancias de él, se convirtió en una excelente cocinera.

Pero era la gracia de sus movimientos lo que más le complacía: era tan diestra como un cervatillo para escabullirse entre dos árboles. El suave color de su piel era también como el de un ciervo, y nunca era mayor su hermosura que cuando aparecía de pronto desde detrás de un árbol mientras trabajaban en la selva…, inesperada, de ojos radiantes y gestos rápidos.

Una vez, mientras él trabajaba entre los árboles, buscando pinos con los que se pudieran hacer canoas, la encontró dormida en un lecho de agujas de pino, con los cabellos negligentemente desparramados sobre el pecho. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y murmuró:

–Tciblento, Tciblento, ¿por qué naciste en los días de cambio?

Barruntaba que durante la vida de su hija volvería la Gran Canoa y crearía terribles dificultades mientras ella tratase de acomodarse al nuevo mundo que aquélla traería. Mientras la miraba, se posó en tierra una garza azul que lanzó su melancólico *kraannk,* y, sin despertarse, la muchacha se retorció un extremo de su mata de pelo.

Las garzas no gritaban al azar; mandaban avisos. Y él recordó que la noche en que su hija nació habían sido avisados los choptanks.

Debe advertirse que esta pequeña tribu no se denominaba a sí misma los choptanks; ese nombre vendría mucho más tarde y sería puesto por extranjeros. Ningún grupo tan poco importante tendría la presunción de apropiarse un nombre. Eso quedaba reservado a otros, como los poderosos susquehannocks *(procedentes del no de aguas tranquilas),* o los astutos nanticokes *(los que surcan las mareas)* o los brutales potomacs que imperaban al otro lado de la bahía *(los que viven donde nacen los dioses).* Pero los componentes del pequeño grupo de ineptos pescadores de Pentaquod se llamaban a sí mismos Nosotros, o Nos, o, a veces, La Gente. El mundo los recordaría como los choptanks.

Tampoco llamaban con ese nombre a su río; en realidad, no lo concebían como una entidad, con un distante comienzo y una terminación en la bahía. Se conformaban con conocer su pequeño trecho de río, y les habría asombrado saber que dominaban sobre todo un sistema acuático que algún día sería conocido por su nombre.

Pueblo anónimo que vivía a orillas de un río anónimo, estaban destinados a dotar a su amodorrada región de uno de los títulos más obsesionantes del mundo: Choptank. La palabra debió tener un significado en algún momento; si es así, se ha olvidado. Una mujer muy vieja dijo una vez que significaba *donde el agua fluye con fuerza hacia atrás,* pero no pudo explicar nada.

Los dos hijos varones de Pentaquod se estaban convirtiendo ya en jóvenes y responsables adultos, y Tciblento era una maravilla de ocho años, no tan alta como sus hermanos, pero mucho más rápida en

asimilar las lecciones que su padre le daba. Había empezado a peinarse en trenzas sus negros cabellos y solía ladear picarescamente la cabeza cuando escuchaba a los ancianos. Su padre se deleitaba en sus hijos, y fue en parte por su deseo de estar más tiempo con ellos por lo que convocó a su tribu para su discurso de despedida:

«Nunca han estado más seguras vuestras provisiones de alimentos, y vuestro poblado no es asolado ya por los nanticokes. Nunca conoció tiempos más felices vuestro río, con cangrejos durante todo el verano y pieles de castor para manteneros calientes en invierno. Ya he estado bastante tiempo con vosotros. Ha llegado el momento en que debéis elegir como *werowance* a uno de los vuestros.»

Este anuncio produjo gran desasosiego, pues todos comprendieron que, sin su dirección, podrían volver a los viejos tiempos de miedo y luchas. Los nanticokes sabrían que ya no se hallaba al frente de la tribu y podrían llegar a la conclusión de que ya no les interesaba continuar la paz, pero el alto susquehannock se mantuvo firme. Luego, expuso sus razones:

«En los viejos tiempos, siempre que huíamos a los ríos septentrionales, yo me fijaba en un punto en el que se unen dos aguas, y siempre he deseado vivir allí con Navitan y los niños. Cuando llegué por primera vez a vuestro río, viví en la isla en que Pescador Patilargo me enseñó mucho de lo que *sé,* y luego en el acantilado, donde vi lo hermosa que puede ser esta tierra, y en la marisma, donde Onk-or el ganso venía a verme, y luego en este misterioso poblado en el que no vivía nadie. Soy un hombre que gusta de vivir separado, y siento un profundo impulso de construir mi *wigwam* entre las dos aguas.»

–¿Quién será nuestro *werowance?* -preguntaron.

Él les dijo que debían elegir un joven que pudiera servirles durante dos generaciones, y cuando protestaron que ellos nunca habían elegido a sus jefes, Pentaquod paseó los ojos por la asustada multitud y vino a posarlos en Matapank, que había estado junto a él en la batalla, y cuando los demás comprendieron que Pentaquod había hecho su elección, gritaron:

–¡Matapank! – y quedaron satisfechos.

Pentaquod pensaba que, una vez anunciada su decisión de marcharse, debía hacerlo inmediatamente, pues si se demoraba restaría

importancia al nuevo *werowance* En consecuencia, dio a Matapank una serie intensiva de instrucciones hasta el sombrío día en que se subió con él a una canoa y remó río abajo, más allá de la isla hasta la margen de la bahía. Allí, mientras la canoa se mecía perezosamente a impulsos de la corriente, hizo entrega de la pesada carga del caudillaje.

–Has oído hablar de la época en que la Gran Canoa llegó a estas aguas.

El nuevo *werowance* asintió con la cabeza.

–De lo que no has oído hablar es de que cuando avanzaba a lo largo de la costa, Orapak, que era un niño entonces, y su abuelo, que era el *werowance,* se deslizaron por entre los árboles y espiaron a la gente que estaba en la canoa.

Matapank frunció los labios; conocía las tradiciones de su tribu, pero no estaba enterado de aquella aventura.

–¿Qué vieron?

–Las personas que se encontraban a bordo de la canoa tenían la piel blanca, no como nosotros, y sus cuerpos eran distintos.

–¿En qué sentido?

–Brillaban. Cuando el sol daba sobre sus cuerpos, éstos brillaban.

Pentaquod dejó que esta información se abriera paso en la mente de su interlocutor y, luego, añadió:

–Y la Gran Canoa se movía sin remeros.

Esto resultaba aterrador. Se hallaban implicados valores que escapaban a toda comprensión, y el joven jefe se sentía desorientado. Y entonces Pentaquod añadió su última información:

–Esa canoa volverá algún día, y trataremos con personas completamente diferentes…, pieles blancas… cuerpos relucientes…

Matapank había estado ansioso de asumir las responsabilidades de la jefatura, pero estos nuevos factores suscitaban su aprensión.

–Cuando vengan, ¿me ayudarás?

–Puede que cuando vuelvan yo ya no viva -dijo Pentaquod.

–Yo creo que sí -replicó el joven.

–¿Por qué?

–Hace mucho tiempo, soñé que yo sería el *werowance.* El sueño se ha cumplido. Y, al mismo tiempo, soñé que llegaban al río otros que no eran nanticokes ni susquehannocks. Y llegarán.

A Pentaquod le agradó la respuesta. El jefe de una tribu debe ser alguien que tenga visiones del futuro, que sepa acomodar su modo de pensar a acontecimientos que sabe inevitables. En su caso, había sabido desde el principio que la paz con los nanticokes era posible, y todos sus actos como *werowance* habían apuntado en esa dirección. También había sabido que su débil y pequeña tribu nunca podría vencer a los susquehannocks, y les había protegido de realizar ese fatal esfuerzo.

–Estás en condiciones de asumir el mando -dijo a Matapank, mientras la corriente impulsaba con suavidad a la canoa, y cuando llegaron a la orilla entregó al nuevo jefe un apreciado talismán, que había conservado para aquel momento: el disco de cobre llevado por los *werowances* de aquella tribu.

Luego, prometió:

–Si los extranjeros vuelven mientras yo estoy aún con vida, te ayudaré.

Ese día, salieron del poblado él y su familia. Quitándose sus tres plumas de pavo, condujo a los suyos hasta un par de sólidas canoas, una hecha de roble y la otra de pino, y remaron hacia el Oeste, más allá de las marismas y en torno a los blancos acantilados, hasta penetrar en un hermoso y pequeño río. Tras haber avanzado por él un trecho, llegaron a un arroyo secundario que se internaba adentro y que, al poco rato, se bifurcaba, rodeando entre sus brazos a la pequeña península en que se había fijado hacía tiempo.

Cubierta de árboles, estaba orientada al Sur, desde donde el Sol la calentaría en invierno. No había marismas en las que pudieran criarse mosquitos, pero sí suficiente y profundas aguas saladas en las que encontrar ostras y cangrejos. En la selva había ciervos; y en todas las aguas, gansos. Era uno de los mejores lugares que deparaba el Choptank, un refugio de visible seguridad y extraordinaria belleza. Desde el punto en que Pentaquod y sus hijos erigieron sus tres *wigwams,* la familia dominaba una amplia perspectiva del arroyo hasta el río y los lejanos pinos que bordeaban el invisible Choptank.

Pentaquod pasó allí los dos años más felices de su vida: 1605 y 1606 en el calendario occidental. Era ya más viejo *y* estaba ligeramente encorvado. Su ancho rostro mostraba las profundas huellas de los años de caudillaje, y sus cabellos eran blancos. Pero se sentía joven, pues su

hijo mayor había abandonado el refugio un día de verano para regresar remando al poblado, y cuando volvió lo hizo trayendo consigo a la hermana de Matapank, el *werowance,* y no tardó Pentaquod en tener un nieto, más largo y robusto de lo que solían ser los bebés entre los choptanks.

–¡Será un magnífico cazador! – predijo Pentaquod, y, antes de que el niño empezara siquiera a gatear, el abuelo estaba ya haciendo flechas para él.

Pero al año siguiente apareció una canoa que avanzaba rápidamente por el estero, y antes incluso de llegar a la orilla, los jadeantes remeros gritaron, con una mezcla de confusión y temor:

–¡Pentaquod! ¡Ha venido la Gran Canoa!

Tenía cuarenta y nueve años en aquel año de 1607, y era un hombre que se había ganado sobradamente el descanso; pero cuando reverberó a través de la selva esta información largo tiempo esperada, hizo lo que siempre había sabido que debía acabar haciendo: se puso sus plumas de pavo, dijo a su mujer y sus hijos que recogieran todas las cosas y les ordenó que le siguieran lo antes posible. Casi ávidamente, como un joven gamo irrumpiendo en nuevo prado, con las astas dispuestas, saltó a la canoa de los mensajeros y emprendió el regreso al poblado. Era como si deliberadamente se hubiera retirado del caudillaje hacía dos años para economizar sus fuerzas y purificar su mente, a fin de enfrentarse a las pruebas que le esperaban; estaba preparado.

Pero mientras la canoa abandonaba el pequeño arroyo para entrar en el río que le llevaría a sus nuevas responsabilidades, volvió la vista con tristeza y anhelo hacia la península que él había transformado. No la volvería a ver más, y él lo sabía, pues con la llegada de la Gran Canoa no sólo se perdería su paraíso, sino también el de todos los choptanks.

SEGUNDO VIAJE: 1608

Un frío y ventoso día de mediados de diciembre de 1606, el capitán John Smith, hombre colérico y obstinado, de menuda estatura, rostro barbudo y fogoso temperamento, reunió a siete audaces caballeros en un muelle del barrio de Blackwall, en Londres, y les dirigió la palabra con voz seca y tajante:

–Les he traído aquí para que inspeccionen los barcos en los que conquistaremos Virginia.

Y les mostró los tres pequeños navíos que les llevarían al Nuevo Mundo, designándolos por sus nombres:

–*Susan Constant,* cien toneladas. *Godspeed,* cuarenta toneladas. La pequeña pinaza *Discovery,* veinte toneladas. Y aquí abajo, en fin, el objeto de nuestra reunión de hoy.

Y les mostró, flotando en el Támesis al pie del muelle, una pequeña chalupa de un solo mástil y extremos iguales, de siete metros de longitud y provista de ocho ominosos remos.

–Usted, Edmund Steed, suba -ordenó Smith, y un joven rubio, de veinticinco años, vestido con ropas de estudiante, obedeció.

Al poco rato, los siete se encontraban a bordo, empuñando sus remos, mientras el capitán Smith, con su poco más de metro y medio de estatura, permanecía aprobadoramente en el muelle, observando cómo la pequeña embarcación se acomodaba al peso.

–¡Buena lancha! – exclamó con voz cortante, como si diera una orden.

Luego, irguiéndose al máximo que su estatura le permitía, saludó a la embarcación.

Tenía veintiséis años aquel invierno y era un hombre difícil, arrogante, insoportablemente ambicioso. Según él mismo contaba, había sobrevivido ya a peligros que habrían destruido a un hombre corriente: mercenario en los años más brutales de las guerras germánicas, heroico defensor de la Cristiandad cuando los mahometanos invadieron Hungría, capturado como esclavo y encerrado en una mazmorra turca, viajero a pie hasta Moscú y Madrid. Y ahora pasaba revista a su flota en vísperas de su más extraordinaria aventura: la fundación de una nueva colonia, el sometimiento de un nuevo mundo.

–¡Zarpamos!-gritó, mientras saltaba a la chalupa.

Cogiendo el octavo remo, empezó a manejarlo con una energía que avergonzó a los otros, y pronto estuvieron avanzando rápidamente Támesis abajo. Cuando pasaron ante los tres navíos, Smith gritó:

–Mr. Steed, ¿sabe manejar una vela?

–No lo he hecho nunca, señor -respondió el estudiante.

–Entonces, apártese mientras la iza Mr. Momford -bramó Smith.

Y un caballero que poseía conocimientos de navegación manipuló la lona, de tal modo que una vela ascendió por el mástil, tendida longitudinalmente de proa a popa. Una vez izada, la chalupa comenzó a moverse con tal rapidez, que ya no fue preciso remar.

–¡Embarquen los remos! – ordenó Smith; pero como los caballeros no estaban familiarizados con la orden, se produjo cierta confusión-. ¡Suban los remos! – rugió Smith, y fueron embarcados, como él quería.

Cuando hubo finalizado la breve excursión, con la chalupa de nuevo en el muelle, Smith sorprendió a su tripulación ordenando que la lancha fuese izada a tierra, después de lo cual entregó a Steed y Momford cubos de pintura y brochas, indicándoles que numerasen cada una de las tablas utilizadas en la construcción de la chalupa.

–Cada una debe tener su número, en cuatro puntos distintos, señalando su relación con todas las demás que estén en contacto con ella.

Finalizada esta curiosa tarea, llamó a los carpinteros, que desmantelaron la lancha, sacando tornillos y cuñas de madera hasta que sólo quedó un montón de tablas sobre el muelle. Entonces, ordenó que éstas fuesen atadas por grupos y llevadas a bordo del *Susan Constant,* donde fueron almacenadas bajo cubierta, y, luego, Smith llevó a Steed hasta el borde de la bodega en que podían verse las atadas tablas.

–Una idea mía -dijo-. Concebida mientras me hallaba prisionero en un harén turco.

Y, una vez más, saludó a la embarcación que tan importante papel desempeñaría en la fundación de la colonia de Virginia.

Debido a su arrogancia y a su endiablado temperamento, al capitán Smith le había ido muy mal en Jamestown. Encarcelado por intento de amotinamiento, capturado por los indios, puesto a un paso de la muerte a manos de Powhatan y llevado realmente al patíbulo para ser ahorcado por insubordinación, fue salvado por una revelación en el último momento. Seguro de sí mismo y presciente, sobrevivió al trabajo, dio a la colonia la férrea dirección que necesitaba y encontró tiempo para dedicarse a su mayor preocupación: la exploración de la bahía de Chesapeake.

–Éste es un mar noble -dijo una noche a sus hombres, tras haber terminado el trabajo del día-. Sereno y hospitalario, majestuoso en sus dimensiones. Sus posibilidades superan todo lo imaginable.

Había montado ya dos exploraciones preliminares, y le alentaba lo que había encontrado: anchos ríos, innumerables puertos, gran abundancia de peces y cangrejos y campos que pedían a gritos ser cultivados. Pero sus dos objetivos principales se habían mostrado esquivos: no habían encontrado un paso a la India y no había descubierto el oro y la plata que se sabía existían en algún lugar a lo largo de las orillas de la bahía de Chesapeake.

–Irritante -gruñó un día de julio de 1608-. Hace tres años que oí hablar personalmente de los hechos. Los jefes de la expedición estaban en Londres, dedicados a la tarea de gestionar los permisos necesarios, por lo que un noble y yo nos fuimos al teatro. Se trataba de una obra insustancial, y yo me dispuse a marcharme, pues no me gusta perder el tiempo ociosamente. Pero el destino me estiró de la manga y me hizo quedarme… con una finalidad. Uno de los actores de la obra se adelantó al proscenio y declamó directamente para mí, para nadie más. Habló de Virginia y me dijo lo que yo debía encontrar allí. Plata más abundante que el cobre. Sartenes y orinales hechos de oro puro. Rubíes y diamantes por las calles. Chiquillos recogiendo perlas a orillas de los ríos. Las riquezas están aquí, con sólo que sepamos encontrarlas.

El sábado, 9 de agosto, esbozó su plan:

–El oro se encuentra, estoy convencido, en ciudades escondidas a lo largo de la costa oriental de la bahía, y allí es donde exploraremos más detenidamente. El paso a la India arranca, probablemente, de la punta septentrional, por lo que, después de haber hallado nuestro oro, exploraremos en dirección Norte para identificar el paso y, luego, regresaremos a Jamestown con nuestro botín.

Los hombres convinieron en que aquélla era la estrategia más prudente, y el domingo, los dieciséis -siete caballeros, ocho marineros y el capitán Smith- fueron a la iglesia, donde se rezaron largas oraciones, y en la mañana del 11 de agosto condujo a su tripulación a las orillas del James, donde les habló con voz solemne:

–Estaremos fuera treinta días, y al final desearán ustedes que hubieran sido noventa.

A continuación, ordenó a sus quince hombres que subieran a la recompuesta chalupa, les mandó coger los remos y, como Alejandro Magno, se instaló en la proa de la embarcación, atalayando nuevos horizontes.

Entre los caballeros remeros, Edmund Steed, que no había participado en las dos exploraciones anteriores de Smith, había sido seleccionado con una finalidad especial. Smith no se había sentido muy complacido con los relatos de sus primeros viajes; eran geográficamente exactos, pero prestaban insuficiente atención a sus cualidades morales y heroicas. Esta vez estaba decidido a que sus logros fuesen presentados con adecuados adornos.

Steed procedía de una antigua familia de Devon y era graduado por Oxford. Escribía bien, estaba familiarizado con las alusiones clásicas y manifestaba un adecuado respeto hacia el capitán. Tanto en el *Susan Constant* como en tierra, en Jamestown, llamaba la atención, y Smith le aseguró ahora:

–Sólo quiero un relato exacto de cuanto ocurra durante nuestra exploración. Estricta atención a los lugares por los que naveguemos y detalles especiales cuando desembarquemos.

Hizo una pausa, mientras Mr. Momford se disponía a largar la vela, y, luego, añadió confidencialmente:

–Y sería prudente que prestara atención a las palabras y los actos heroicos del comandante.

Steed comprendió. Siempre se había mostrado adecuadamente atento cuando Smith entretenía a sus compañeros con relatos de sus aventuras en Hungría…, los terribles meses pasados sufriendo las torturas turcas…, sus románticas escapadas en Rusia…, su audacia en España. Steed se maravillaba a veces de que un hombre sólo un año mayor que él hubiera pasado por tantas y tan variadas experiencias y se hubiera sentido tentado de tildar de mentiroso al pequeño guerrero de no ser por el hecho de que Smith hablaba siempre con intrínseca veracidad. Sus historias sonaban a verídicas, y no tardaba en convencer al oyente imparcial de que realmente había estado en los lugares cuyos nombres salían de su boca, pues indicaba la temperatura y explicaba la situación de la ciudad con respecto a su río y lo que sus

capturadores vestían y qué armas concretas llevaban los enemigos que él había matado en combate cuerpo a cuerpo.

La fe de Steed en su capitán derivaba de un incidente ocurrido durante el largo viaje desde Inglaterra, cuando, en una sola tarde, Smíth contó turbulentas aventuras en cuatro países distintos, terminando con España, y Steed había pensado: «Me jugaría el cuello a que nunca ha puesto los pies en España el muy fanfarrón.» Pero entonces el capitán, como si hubiera notado que había un incrédulo entre sus oyentes, finalizó con una extraordinaria evocación:

«Y de todas las ciudades que he visto en mis viajes, la que con más afecto recuerdo es la polvorienta ciudad que se halla situada en la desembocadura del gran río que lleva a Sevilla, en España, Sanlúcar de Barrameda es su nombre y se encuentra en la orilla izquierda de Uady-al-Quivir. como lo llaman. Es una ciudad pequeña y calcinada por el sol, con abundantes pastos en sus alrededores y vastas marismas llenas de pájaros. Es muy apreciada por Jos marineros a causa del delicioso vino clarete que elaboran sus vinateros, pues hay una plaza, cerca del centro de Sanlúcar, en la que éstos venden su mercancía, acompañada de unos pececillos salados que ellos llaman boquerones. Yo probé el pescado, pero no el vino.»

Las palabras sonaban como una campana al atardecer, y Steed abandonó cualquier duda que hubiera podido tener. Smith tal vez no hubiese permanecido prisionero en un harén turco, y probablemente no mató a tres adversarios durante un torneo a caballo con sus lanzadas, pero nadie podía negar que había visitado una polvorienta ciudad española emplazada en la desembocadura de un río.

Cuando Jamestown desapareció tras un recodo, Steed tomó cuidadosa nota de las características de la chalupa para no omitir ningún detalle importante: ausencia de cubierta, sin refugio frente a las tempestades, barriles de pan que ya se estaba agriando, una tanda de trozos de carne seca, algunos de ellos con gusanos, y una gran provisión de cañas de pescar. «Habrá peces en abundancia», aseguró Smith a los remeros, y, cuando Mr. Momford izó la raída vela, Steed tomó nota de que había sido remendada dos veces. Se proponía dejar constancia de tales deficiencias, pues su existencia haría más impresionante aún el descubrimiento del oro y del paso hacia el Oeste por parte del capitán.

Si los caballeros y los marineros experimentaban un cierto recelo ante una exploración llevada a cabo con tan inadecuado equipo, su capitán carecía por completo de él. Estaba de un buen humor extraordinario, y, cuando la chalupa respondió airosamente al viento, exclamó:

–¡Estupendamente botada! ¡Va a ser un viaje memorable!

Steed apuntó estas frases y otras en pliegos doblados que llevaba en una bolsa de lona, y aquella noche las copió en un Diario propiamente dicho, que el capitán Smith cogió en cuanto estuvo terminado.

No le gustó lo que vio. No le gustó en absoluto. Los datos geográficos eran exactos, pero le irritó haberse equivocado de aquella manera al juzgar el talento de Steed y, con la sinceridad que le caracterizaba, abordó el tema:

–Mr… Steed, al principio de nuestro histórico viaje, pone usted en mi boca las siguientes palabras: «Estaremos fuera treinta días, y al final desearán ustedes que hubieran sido noventa.» Es un discurso muy pobre para el comienzo de una gran aventura.

–Es lo que usted dijo, señor.

–Lo sé. Pero disponíamos de poco tiempo. Debe tener eso en cuenta.

Y, cogiendo la pluma de manos de su secretario, se sentó bajo la oscilante linterna y compuso una alocución más apropiada:

Avanzando ya el día, el capitán Smith reunió a sus hombre junto a la chalupa y les dijo: «Señores, emprendemos hoy un viaje de exploración que deslumbrará a las Cortes de Europa. En Virginia encontraremos oro y plata. Tal vez descubramos el escondido paso que conduce a los tesoros de la India y la China. Recogeremos y almacenaremos las especias aromáticas de las islas. Penetraremos hasta donde ningún inglés ha llegado jamás, y regresaremos con joyas y preciosas telas capaces de alegrar el corazón de cualquier monarca. Hacemos este viaje para mayor gloria de Dios, para llevar Su Palabra a tierras que no la conocen y para imperecedera grandeza de nuestro amado rey Jacobo, antes de Escocia, pero ahora de toda Bretaña.

Con arrogante ademán, el capitán Smith empujó el papel hacia su secretario, quien lo acercó a la linterna, y en sus pálidas facciones se dibujó un intenso asombro, mientras leía las correcciones del capitán.

–Usted nunca dijo esas cosas, capitán.

–Las pensaba -replicó secamente Smith-. De haber tenido tiempo, las habría dicho.

Se disponía Steed a protestar, cuando miró a las sombras y vio el barbudo rostro de su comandante. Era como hierro bordeado de roble, y comprendió que Smith habría pronunciado ese discurso si la ocasión se lo hubiese permitido, y sintió que no era lo que un soldado decía, sino lo que se proponía, lo que proporcionaba la motivación. John Smith vivía íntimamente con posibilidades que otros hombres no podían ni siquiera imaginar, y en sus sueños las forzaba a convertirse en realidad. Edmund Steed y Thomas Momford podrían estar en una destartalada chalupa, con alimentos deficientes y sin protección, explorando una bahía cercada de tierra; Smith se encontraba ya al otro lado del paso del Noroeste y en pleno Pacífico, capitaneando una carabela.

El séptimo día del viaje, Steed tuvo un atisbo del auténtico John Smith y de la isla que centraría su atención durante el resto de su vida. Habían estado recorriendo infructuosamente la costa oriental, introduciéndose en un río tras otro, siempre con resultados decepcionantes, estableciendo superficiales contactos con indios que nunca habían visto hierro, y mucho menos oro o plata, y Steed había escrito:

Wicomico y Nanticoke, exploramos estos ríos durante millas y millas, confiando encontrar alguna ciudad de opulencia en la que los orinales estuviesen hechos de oro, pero, en lugar de ello, encontramos solamente los más sórdidos poblados indios, habitados por salvajes desprovistos de los conocimientos más elementales. Nuestro heroico capitán no perdió jamás el ánimo y supo traficar astutamente adquiriendo patatas y *roanoke* para su utilización contra las tribus próximas a Jamestown. Fue durante la práctica de estas actividades cuando averiguó hábilmente la existencia de un río hacia el Norte llamado el Choptank, cuya principal ciudad, llamada Patamoke, se sabe que tiene mucho oro.

Así, pues, la chalupa zarpó en dirección Norte con su grupo de excitados exploradores, y, cuando avistaron un ancho río, Smith gritó:

–¡Éste es nuestro Choptank! ¡Aquí está Patamoke, ciudad de oro!

Pero cuando la pequeña embarcación enfiló hacia el promontorio meridional que protegía al río, Edmund Steed vio su isla: de perfil delicado, resguardada dentro del río, coronada por una diadema de árboles.

–Capitán Smith -llamó-, ¿ha visto alguna vez una isla más hermosa?

El pequeño guerrero examinó la tierra desde varios ángulos y respondió:

–Demasiado baja para un fuerte.

La lenta chalupa necesitó unas cuatro horas para acercarse a la isla y rebasarla, y durante todo ese tiempo Steed permaneció apoyado en una de las finas hiladas, mirando Vio numerosas ensenadas en las que hubieran podido atracar, e incluso un pequeño río que conducía al corazón de la isla. Cuando divisó un amplio prado que parecía pedir a gritos ganado, pensó: «Esto es lo mejor de Inglaterra transportado al otro lado del mar. La llamaré Devon.»

Aquella noche, la chalupa fondeó aguas arriba del Choptank, bajo la protección de un blanco acantilado, y, mientras parte de los hombres trataba de coger peces para la cena, apareció un grupo de indios en dos canoas, anunciando con señas que su *werowance* deseaba que el jefe de los extranjeros les acompañase hasta la capital, donde serían bien recibidos. Cerró la noche mientras los ingleses discutían si su capitán debía arriesgarse o no a semejante viaje, y se expusieron muchas opiniones, ya que la invitación planteaba difíciles problemas, como informó Steed:

En la oscuridad, no podíamos ver a los indios que esperaban, ni tener el menor indicio de sus intenciones, pero ellos podían vernos, pues nuestro mástil se recortaba contra el cielo. Thomas Momford señaló que el capitán Smith había sido atraído dos veces a trampas como aquélla y, de hecho, había permanecido cautivo de Powhatan, destacado jefe de la costa occidental. Este recuerdo animó al capitán Smith a relatar aquel suceso. «Powhatan ordenó traer dos bloques de piedra, y fui tendido sobre ellos, y un guerrero se alzó sobre mí con su maza levantada, pronto para aplastarme la cabeza, cuando se produjo un milagro y fui salvado.»

Steed había oído ya cinco veces aquella historia; estaba convencido de que Smith creía que la cosa había sucedido así, pero él distaba mucho de tener seguridad de ello. Y luego, hacia el amanecer, Smith tomó su decisión:

Nos dijo, simplemente: «Debo ir a la ciudad de Patamoke, pues allí es donde encontraremos el oro.» Ningún argumento pudo disuadirle y, al despuntar el alba, designó a Chirurgeon Ragnall y Edmund Steed para que le acompañasen. Cuando subíamos a la canoa que nos esperaba, Thomas Momford exclamó: «¡Tenga cuidado, capitán!» A lo que Smith replicó: «Un capitán nunca debe temer entrevistarse con otro capitán.»

El corto viaje desde el acantilado hasta la ciudad fue de intensa excitación, pues el capitán Smith olía ya el oro y, en su expectación, comentó a Steed:

–Si nos reciben con un gran cortejo, yo iré delante, y usted marchará detrás Ragnal en forma adecuada para impresionarles con nuestra prestancia militar. Steed tomó nota de lo que sucedió:

Después de atravesar una marisma llena de pájaros y ondulantes matorrales, nos acercamos a nuestro largo tiempo ansiado objetivo: la ciudad de Patamoke, cuartel general de los poderosos choptanks que dominan este río, y nuestros corazones comenzaron a latir aceleradamente. El capitán Smith, protegiéndose siempre de un ataque inesperado, se inclinó hacia delante en la canoa para echar un primer vistazo a la colonia, y, al ver sólo un círculo de *wigwams,* un montón de conchas de ostra y nada más, miró desconcertado a sus compañeros.

En tierra, nos encontramos con una nueva confusión. Identificamos inmediatamente al *werowance* por el disco de cobre que llevaba en el pecho. Se llamaba Matapank, y no nos causó gran impresión, pues, como carecía de dignidad y autoridad, se mostraba reacio a tomar decisiones. Sin embargo, estaba acompañado por un gigantesco indio de pelo blanco y con tres plumas de pavo en la cabeza, y este hombre, cuyo nombre era Pintakood, parecía ser el verdadero *werowance.*

Ni oro, ni plata, ni perlas, ni rubíes, ni esmeraldas. Hasta el cobre del disco había sido comprado. Los indios eran de pequeña estatura y carentes de majestuosidad, a excepción del llamado Pintakood, cuya hija, de unos doce años, estaba a su lado, tan distinguida como él.

El capitán Smith, amargamente decepcionado con aquel lastimoso poblado, sintió que debía, al menos, cumplir el ritual de una exploración, y sacó de su bolsa de lona una colección de atractivos objetos: cuentas de cristal de Venecia, un hacha de hierro, dieciocho piezas de tela de vivos colores y, para el *werowance*, un último regalo que cautivó a todos los indios.

Se trataba de un pequeño objeto de marfil, articulado en un costado con una tapa metálica que, al levantarse, dejaba al descubierto un pulido cristal bajo el que había algo increíble: una aguja, fina y delicada, que descansaba sobre un soporte de tal modo que, cualquiera que fuese la dirección en que se moviese la caja de marfil, la aguja volvía siempre a una posición constante.

¿Qué podía ser aquello? El joven *werowance* lo tomó en sus manos, lo movió en círculos y vio cómo la aguja regresaba a su primitiva posición. Estaba desconcertado.

Los que se encontraban a su alrededor se sentían más impresionados por el hecho de que podían ver la aguja -podían verla con toda claridad-, pero el invisible cristal les impedía tocarla, y también eso era un milagro. Los otros choptanks querían que el regalo pasase de mano en mano, pero el *werowance* se negó a entregarlo.

Entonces habló Smith. No conociendo ni una sola palabra de su idioma, utilizó un mínimo de gestos para indicar el cielo, la oscuridad de la noche y las estrellas que formaban la constelación de la Osa Mayor. Sus gestos eran incomprensibles para el joven *werowance*, pero el gigante de las plumas de pavo le observó con atención y, de pronto, cogió un palo y dibujó en el polvo las siete estrellas de la Osa Mayor.

–¡Sí! – exclamó Smith, señalando al firmamento.

Y, con el dedo índice, mostró cómo la constelación apuntaba a la Estrella Polar, pero esto era innecesario, pues el gigante ya lo sabía. Con sus propios gestos, indicó que la aguja buscaba el Norte, y Smith asintió.

A mediodía se celebró un banquete, con carne de oso y pasteles de cangrejo, tras lo cual el capitán Smith envió a Chirurgeon Ragnall de regreso a la chalupa con la noticia de que todo iba bien; él y Steed pasarían la noche con el *werowance*. Ragnall protestó que el capitán podría caer en otra trampa, pero Smith no le hizo caso, y aquella

noche, mientras aparecían las estrellas del verano, Steed se sentó con la hija del hombre alto de las plumas de pavo. Su nombre -dedujo tras habérselo pronunciado numerosas veces-, era algo así como Tsiblinti, y ella le dio de comer una excitante mezcla de maíz y habas que llamaba *succotasb,* si había entendido bien la palabra.

Al regresar a la chalupa, se enfrentó a la difícil tarea de describir aquella aventura. Quería ser exacto e informar de la placidez de aquel poblado indio, pero sabía que debía también presentar al capitán Smith en una postura heroica, y no resultaba fácil combinar ambas cosas. Cuando el capitán leyó el relato, no pudo ocultar su desagrado.

–¿Quiere llamar Devon a la isla? Así será; pero, ¿no sería más adecuado dejar constancia de que ha sido decisión mía, no suya?

–Yo lo he propuesto, simplemente, señor. La confirmación le corresponde a usted.

–Confirmado, pero preferiría que el relato indicara que la sugerencia partió también de mí.

–Así lo haré constar.

Luego, Smith frunció el ceño y pasó a lo que realmente le preocupaba.

–Ha utilizado excesivamente pocas palabras para describir nuestra marcha. Debe recordar, pues ha participado en ella, la peligrosa empresa que emprendimos. No es tarea insignificante que tres hombres penetren desarmados en el corazón de un hostil territorio indio.

Steed iba a decir que nunca había visto gentes menos hostiles, indias o no, pero juzgó más prudente guardar silencio. Entregando las páginas al capitán, sostuvo la linterna para que Smith pudiera escribir en ellas, y al cabo de un rato, recibió lo siguiente:

Estábamos entrando ya en el río más importante de la costa oriental, el río de los choptanks, en cuya desembocadura se alza una hermosa isla de serenos prados y majestuosos árboles. Vimos arroyos de agua dulce corriendo entre los bosques, y todos los hombres quedaron extasiados ante el paisaje que se nos ofrecía. Nos recordó las bellas tierras de Devon, y el capitán Smith lo bautizó con ese nombre en su honor. Tras haber rebasado la isla y avanzado bastante distancia aguas arriba del Choptank, nos vimos acosados por un grupo de feroces y hostiles indios, y el capitán comprendió al instante que

nuestra seguridad dependía de cómo tratáramos a aquellos salvajes, que hubieran podido dar muerte a todos los componentes de nuestra pequeña expedición si así lo hubiesen deseado. Por consiguiente, adoptó la audaz estratagema de pedirles que le condujeran a presencia de su *werowance,* que se indicó estaba a cierta distancia, en la capital del territorio, Patamoke. Varios hombres protestaron por el peligro que suponía semejante viaje por su parte, señalando que los salvajes nos superarían en número en la proporción de varios centenares a uno y podrían matarnos a todos sin riesgo. Pero el capitán Smith estaba resuelto a entrevistarse con el *werowance* y concluir con él un tratado para el suministro de los alimentos que necesitábamos, por lo que reunió a sus hombres y les dijo: «El sabio Maquiavelo ha dicho con razón, en su enseñanza a los príncipes, que hombres, hierro, dinero y pan son elementos necesarios para la guerra, pero, de los cuatro, los dos primeros son de la máxima importancia, porque hombres y hierro pueden encontrar dinero y pan, pero pan y dinero nunca encuentran hombres y hierro.»

A continuación se adelantó intrépidamente con Chirurgeon Ragnall y Mr. Steed por compañeros, y gritó a los indios: «¡Llevadme a Patamoke!» Subimos a la canoa del enemigo y fuimos a nuestro encuentro con el *werowance* de los choptanks. Era un hombre atolondrado, de escasa categoría, pero tras él se ocultaba el verdadero jefe, un tal Pintakood, no más brillante que él. Se les veía a los dos dispuestos a causarnos daño, pero el capitán Smith les habló por señas y les dio una brújula con caja de marfil que les causó gran admiración, especialmente por el hecho de que podían ver la aguja a través del cristal, pero no tocarla. Eran incapaces de comprender para qué servía aquel extraño ingenio, pero nuestro capitán les explicó lo que eran los cielos y la redondez de la Tierra, y cómo danzaban los planetas y el Sol perseguía continuamente a la noche alrededor del mundo.

Cuando Steed leyó este pasmoso relato no supo por dónde empezar. Todo era cierto y, al mismo tiempo, completamente falso. Pasó por alto la parte referente al bautizo de la isla Devon; el capitán Smith mandaba, y hasta que él no confirmaba un nombre, éste no se consideraba impuesto. Estaba dispuesto también a ignorar las afirmaciones de Smith de que los indios se habían mostrado hostiles; a

quien con tanta frecuencia había sido víctima de la falacia india, podría haberle parecido así. Y admitía, incluso, que el gigantesco guerrero de las tres plumas de pavo apareciera como un estúpido porque los otros lo eran. Pensó, con cierta exactitud: Smith odiaba al inteligente choptank porque el indio era tan alto y él tan bajo. Quería que fuese estúpido.

Pero al estudiante de Oxford le irritaba la versión de Smith citando a Maquiavelo para estimular a sus hombres.

–No he oído nada sobre Maquiavelo -observó, cautelosamente.

–Los indios apremiaban, y no tenía tiempo.

Steed no replicó, y Smith continuó:

–Si un capitán lleva a sus hombres a aguas desconocidas contra un enemigo desconocido, lo prudente es que piense en Maquiavelo.

Al oír esto, Steed clavó la vista en las tablas del fondo, apenas discernibles en la oscuridad, pero Smith no se conformaba con la aquiescencia; necesitaba una aceptación positiva. Con el pulgar levantó firmemente el rostro del joven hasta que las estrellas brillaron sobre él y los ojos de ambos estuvieron frente a frente.

–Dígame, Mr. Steed, ¿por qué había de subir a la canoa casi solo y aventurarme en el campo enemigo? Hombres y hierro obtienen alimento, nunca al revés.

En la oscura noche, los dos hombres se miraron fijamente, decidido Steed a resistir los halagos de su capitán. Smith, notándolo, levantó más la cabeza del joven y dijo:

–Insisto en que introduzca un cambio más en la parte que no he corregido aún.

–¿Es una orden?

–Lo es. En su relato de nuestra marcha con los indios quiero que escriba que, valerosamente, se ofreció usted voluntario a acompañarme.

–Pero usted me mandó que fuera.

–Si no se lo hubiese mandado, se habría ofrecido voluntariamente a ir, porque, al igual que yo, es usted un hombre de hierro.

Steed no respondió, y Smith avanzó unos pasos en la chalupa, pero pronto volvió con otra corrección.

–Mr. Steed, en el momento de mi encuentro con el indio de las plumas de pavo, ¿es necesario poner de relieve que él es muy alto y yo muy bajo?

Esta vez, Steed dijo:

–Mi descripción es, en efecto, poco cortés, y la modificaré con mucho gusto.

Pero Smith no había terminado aún. Bastante después, despertó a Steed con esta sugerencia:

–Creo que debe añadir que el capitán Smith se sintió tan sorprendido por la gigantesca estatura del general indio, que tuvo la seguridad de que el hombre no podía ser un choptank, sino que, probablemente, era un susquehannock.

Steed no pudo conciliar de nuevo el sueño y, mientras la chalupa se deslizaba suavemente sobre las aguas del río Choptank, se dedicó a contemplar alternativamente la silueta de la isla que él había bautizado -plácida y silenciosa en la noche- y la dormida figura de su capitán. Smith era un enigma, dispuesto a introducir cualquier alteración en el relato personal del viaje, pero obsesivamente decidido a mantener una escrupulosa exactitud en el aspecto geográfico. A la entrada de cada río, tomaba constantes mediciones para concretar su situación. Consultaba constantemente su brújula y pedía a los demás que revisaran sus cálculos. Nunca anotaba en el Diario la altura de un árbol o la distancia a tierra sin hallar previamente confirmación en las estimaciones de los otros, y manifestaba una extraordinaria meticulosidad en la confección de mapas. Si describía la ropa de un choptank, lo hacía con toda exactitud.

Su sueño era agitado, y al amanecer se acercó de nuevo a Steed y le dijo:

–Creo que puede escribir que no encontraremos oro ni plata. Ese sueño era infundado.

Pronunció estas palabras con tan evidente tristeza, que Steed compartió su aflicción; pero al despuntar el sol, el pequeño capitán era todo energía cuando gritó a sus hombres:

–Bien, hacia el paso al Oeste.

Y enfiló su chalupa al Norte, hacia su siguiente decepción.

Era un jefe severo. Una noche congregó a su tripulación ante la desembocadura del Susquehanna y murmuró a Steed:

–Quiero que anote con especial cuidado lo que haga y diga esta noche.

Luego ordenó que los caballeros formasen en un grupo y los marineros en otro, y de este último mandó que se adelantara Robert Small. Cuando el hombre lo hubo hecho, dijo ásperamente:

–Levante el brazo derecho.

Y cuando el brazo estuvo levantado, Smith se subió al caído tronco de un árbol y con una vasija echó sobre el brazo un chorro de agua fría.

–Vuelva a llenarlo -dijo a Steed.

Una vez llena de nuevo la vasija, ordenó al marinero levantar el brazo izquierdo y vació sobre él toda el agua.

–Diga a todos qué ha hecho para merecer este castigo -exclamó Smith.

–Lancé un juramento, señor.

–¿Pronunció airadamente el nombre de Dios?

–Sí, señor. Había pescado un gran pez, y se me escapó.

–Vuelva a su puesto, Small.

El capitán se dirigió entonces a toda la tripulación:

–Si les pido que se comporten decentemente, es porque yo siempre lo he hecho. Nunca he bebido licores, ni jugado a dados o cartas, ni fumado, ni lanzado un juramento, ni perdido el tiempo con mujeres, ni me he degradado de manera alguna. Soy un soldado y me propongo serlo siempre. Los que navegan conmigo no juegan a los dados, ni beben, ni lanzan juramentos.

Aquella noche, cuando el relato hubo quedado redactado a satisfacción de Smtih, éste preguntó a Steed:

–¿Se propone convertirse usted también en un soldado?

–No tengo especial interés en ello, señor.

–Otros tampoco. ¿Qué planes tiene?

–No dejo de pensar en la isla Devon. Mi intención es establecerme allí cuando termine este viaje.

–No tiene usted licencia. Ni autorización.

–Estaría bien, capitán, que los hombres de Jamestown pensaran menos en licencias y autorizaciones.

Para un militar, aquélla era una doctrina desagradable e inadmisible. Un soldado se identificaba con su rey o su general y los servía; licencias, órdenes adecuadas y autorizaciones constituían el nervio de la profesión. Pero no podía esperar que Steed comprendiese; había en aquel joven algo tortuoso, algo oculto que Smith no había explorado aún, y no se sorprendió cuando le comunicó sus planes.

No encontraron ningún paso hacia la India. El extremo superior de la bahía descendía en una sucesión de bajíos y marismas en las que la chalupa encallaba repetidamente, y la quinta vez que los marineros se echaron a nado con el ancla para poder sujetar la embarcación, el capitán Smith exclamó:

–Mr. Steed, esta noche puede escribir que el paso no existe…, al menos para nosotros.

No volvió a hablar más de ese sueño perdido.

La exploración finalizó curiosamente. Mientras la chalupa se deslizaba de regreso a lo largo de la costa occidental, Steed se situó a popa con una caña de pescar, y, de pronto, picó un pez tan grande, que le resultaba imposible izarlo a bordo, y, mientras forcejeaba con el animal, el capitán Smith introdujo la mano en el agua para ayudarle y fue golpeado violentamente en la muñeca por el aguijón de la cola de una enorme raya.

Ahuyentando al pez, se miró el brazo y vio cómo empezaba a hinchársele. Al cabo de unos momentos había adquirido proporciones tremendas -más grueso que su muslo-, y los dedos comenzaban a tomar tonalidades purpúreas. El dolor era tan intenso, que tuvo que morder un trozo de madera para no gritar, y, al cabo de noventa minutos, cuando el color del brazo se tornó más oscuro y el dolor se hizo insoportable, el capitán dijo a Steed y al médico:

–Voy a morir. Cávenme una tumba desde la que pueda ver la bahía.

Y un grupo de marineros cavó una tumba, y Smith fue hasta ella y se sentó a un extremo, con los pies colgando dentro.

Mientras permanecía allí en silencio, contemplando el fin de sus aventura, el dolor empezó a remitir y desapareció de su brazo el horrible color púrpura, y, cuando quedó claro que no iba a morir ni a perder el brazo, recobró el ánimo y preguntó:

–¿Hemos sacado el pez?

–Sí, señor -respondió Steed.

–Estupendo. Lo tomaré para cenar.

Lo frieron, y lo comió.

En las últimas horas de este decepcionante viaje, Steed se vio obligado a reconocer que había surgido en él un indudable afecto hacia su capitán. Smith era más de diez centímetros más bajo que él y pesaba ocho kilos menos, pero era pura energía, pura dedicación al oficio militar, y, si adornaba los hechos para presentarse como más valiente de lo que había sido, ello no constituía una falsificación, ya que, si los acontecimientos hubieran exigido heroísmo, él lo habría proporcionado. Steed pensó: «Lo malo de Smith está en las palabras. Exige que expresen lo que podría haber sido.»

El ultimo río que visitaron fue el York, y, aunque se hallaba ya próximo el final de la expedición, los cansados marineros se quejaban amargamente de la comida, de la lluvia, frente a la que carecían de protección, y de los insectos.

–¡Rayos y truenos! – explotó Smith-. Podría construir una nueva Jerusalén en esta bahía si encontrara diecisiete hombres que no temiesen a los mosquitos.

Caminó desconsoladamente con Steed a lo largo de la orilla, hasta que se sintieron fatigados y sudorosos. Entonces se dejó caer sobre un montón de hojas secas y confesó el fracaso de sus grandiosos designios.

–Buscaba sedas y brocados, y he encontrado indios vestidos con andrajosos taparrabos. Buscaba oro y no he hallado sino hierbajos de marisma. Esta bahía tiene riquezas, pero yo no estaba destinado a encontrarlas.

Mientras hablaba, su mano acariciaba agitadamente las hojas sobre las que estaba sentado…, tabaco llevado aguas abajo del York por los indios para su transporte a Londres. En años futuros, fardos, balas y barcos enteros cargados de aquella hierba bajarían por los ríos de Virginia y Maryland, produciendo más oro y brocados de lo que jamás soñó el capitán Smith.

OceanofPDF.com

LA ISLA

OceanofPDF.com

Para comprender cómo fue que Edmund Steed, caballero, acompañó al capitán John Smith en su exploración de la bahía de Chesapeake de 1608, es necesario retroceder más de cien años.

A fines del siglo xv, todo el mundo era católico en Inglaterra, lo cual era comprensible, ya que no existían en aquel tiempo otras religiones cristianas y se discutía si los pocos judíos que había en el reino tenían alma. El rey Enrique VII, habiendo arrebatado el trono al infame Ricardo III, gobernaba con la bendición del Papa, a quien gustosamente prestaba fidelidad espiritual y temporal. Tras muchos años de disturbios, el país estaba en paz, los grandes monasterios albergaban poderosos clérigos y los buenos ingleses estaban contentos de ser buenos católicos. Martín Lutero, que se alzaría más tarde contra esta feliz somnolencia, tenía entonces quince años y estudiaba con entusiasmo para ser sacerdote católico.

Los ingleses quedaron encantados, pues, cuando, en 1489, el rey Enrique anunció el compromiso formal de su hijo de tres años, Arturo, con Catalina de España, de cuatro años, hija de Fernando e Isabel, los más católicos de los monarcas. Esta prometida unión de la insignificante Inglaterra con la poderosa España constituía una jubilosa ocasión que presagiaba muchos beneficios para el reino de la pequeña isla.

Doce años más tarde, cuando Catalina desembarcó en Inglaterra, se vio en ella una princesa afable, discreta y bien educada, que prometía llevar amor y lealtad al trono. El joven Arturo se sintió fascinado al verla y se casó de buen grado con ella, mientras los representantes del Papa daban su aprobación oficial a esta feliz unión de dos reinos católicos. El nuevo siglo comenzaba con buenos auspicios.

Desgraciadamente, Arturo, heredero del trono de Inglaterra, era débil y enfermizo y, en marzo de 1502 murió. Su viuda, para decepción general, no estaba embarazada.

Esto le deparaba al rey Enrique VII un difícil problema dinástico: si permitía que la princesa Catalina huyera de Inglaterra y regresase a España, perdería las ventajas que hubieran podido derivarse de una boda española; pero no había ninguna excusa práctica para retenerla en Londres como una especie de rehén que garantizase el buen comportamiento de los monarcas españoles.

Astutos consejeros, de los que Inglaterra pareció siempre tener abundante provisión, indicaron que el rey tenía una forma justificable de impedir que Catalina regresase a España: «Casadla con el hermano del difunto Arturo.» Era una idea excelente, salvo que Enrique, el hermano, tenía solamente once años, seis menos que su propuesta novia.

Y, además, no bien se hubo sugerido este matrimonio diplomático, cuando reflexivos clérigos lo rechazaron, pues era contrario a la ley de la Iglesia. Un teólogo tronó:

–El Levítico, capítulo 20, versículo 21, deja zanjada la cuestión.

Y citó el admonitorio versículo en su propia y tosca traducción al inglés:

«Ningún hombre se casará con la viuda de su hermano. Está prohibido. Hacerlo deshonra el buen nombre de su hermano, y la pareja no tendrá hijos.»

Por triste experiencia, las naciones habían descubierto que la vida familiar no podía gozar de seguridad si los hermanos se sentían en libertad de robarse mutuamente las mujeres. La realeza, en especial, había aprendido que los hermanos menores debían comprender desde el principio que no obtendrían ningún beneficio de la muerte de sus hermanos mayores. Para la viuda Catalina, casarse con el hermano de su difunto marido sería inmoral, ilegal y contrario a la costumbre de la Iglesia.

Pero las presiones dinásticas continuaban. El rey Enrique era ya un hombre viejo, cuarenta y cinco años, y no gozaba de buena salud. Debía adoptar las medidas necesarias para asegurar el futuro de su duramente ganada corona, y la mejor forma de lograrlo sería preservar y reforzar la alianza con España. Catalina debía permanecer en Inglaterra.

Así, pues, buscó teólogos que no se hubieran comprometido apresuradamente cuando se sugirió aquel matrimonio, y, naturalmente, cuando estos eruditos escudriñaron la Biblia encontraron el afortunado pasaje del Deuteronomio, 25:5, que contradecía al Levítico y no sólo permitía que un hombre se casara con la viuda de su hermano, sino que ordenaba realmente hacerlo.

«Cuando dos hermanos habitan uno junto al otro y uno de los dos muere sin dejar hijos, la mujer del muerto no se casará fuera con un extraño; su cuñado irá a ella y la tomará por mujer, y cumplirá todas las obligaciones de un marido.»

Difícilmente podía haber una instrucción más concisa que ésa, ni que mejor incluyera el problema dinástico de Inglaterra, y cuando el rey Enrique oyó leer en voz alta este mandato, batió palmas jubilosamente y ordenó que se concertaran unos esponsales para su hijo de once años.

El rey no vivió lo suficiente para ver felizmente casado a su heredero; murió el 21 de abril de 1509, y por respeto a su memoria pues había sido un rey de gran firmeza-, el joven Enrique, aun contra su voluntad, asintió a su matrimonio con una mujer seis años mayor que él. La boda se celebró pocas semanas después del entierro del viejo rey y tuvo felices consecuencias, salvo en lo referente a dar un heredero al trono. Catalina era suficientemente fértil y parecía estar constantemente embarazada: daba a luz un hijo tras otro -chicos entre ellos-, pero todos morían. Sobrevivió una hija enfermiza, María, pero no era una hija lo que Enrique buscaba.

En 1533, el rey Enrique se convenció tardíamente de que su matrimonio con aquel prototipo español había sido ilegal e inmoral desde el principio. Al final, volvió al Levítico, abandonando el Deuteronomio. Con creciente furor irrumpió entre el clero católico, exigiendo se encontraran eruditos que apoyasen su postura de que Catalina nunca había estado debidamente casada con él y que, por tanto, estaba técnicamente divorciada. Encontró tales eruditos, naturalmente, pero no de una elevada posición, y el Papa de Roma rehusó ratificar sus conclusiones basándose en varias y juiciosas razones: que, si bien el matrimonio podría haber sido inicialmente sospechoso, había sido celebrado; había sido consumado, como lo demostraba la niña María; y había durado casi un cuarto de siglo. El divorcio fue denegado.

Ahora bien, el rey Enrique era tan fiel católico como solían serlo los reyes de Europa; once años antes había escrito personalmente y hecho circular ampliamente un folleto en el que refutaba al renegado Martín Lutero y reafirmaba la autoridad del Papa. En agradecimiento a esta

defensa, el Papa había proclamado oficialmente a Enrique «Defensor de la Fe», apreciado título que ostentarían todos los futuros soberanos de Inglaterra. Como Enrique había demostrado ser un firme puntal del Papa, no podía rechazar fácilmente al Pontífice por causa de una decisión que le molestaba; además, Enrique aceptaba sinceramente las doctrinas de la Iglesia y le habría horrorizado que alguien le acusara de falta de entusiasmo por el catolicismo. La consecuencia era que Enrique no podía divorciarse de Catalina, lo cual significaba que no podía casarse con la apetitosa y joven doncella de la Corte de quien se había enamorado: Ana Bolena.

¿Qué hacer? Un cínico de Londres susurró: «La bula del Papa le ha atado las bolas al rey», y más tarde, cuando se resolvió el asunto, se recordaría esta agudeza. La acusación contra el gracioso sería primero de lesa majestad, después de blasfemia y, finalmente, de traición, por lo que sería estrangulado en la Torre. Murió por una frase ingeniosa.

Empezó a circular entonces el rumor de que Ana Bolena estaba embarazada de lo que todo el mundo esperaba que fuese un hijo, por lo que se hacía precisa una rápida resolución del conflicto con el Papa para que el futuro rey no naciera como bastardo. El punto muerto a que se había llegado fue resuelto de forma inteligente: el rey Enrique declaró que, si bien Inglaterra y todos los ingleses continuaban siendo tan católicos como siempre, reconociendo como antes la supremacía espiritual del Papa, rechazaban su jefatura temporal. En lo sucesivo habría una Iglesia católica en diversas partes de Europa, presidida por el Papa, y habría otra en Inglaterra, igualmente católica, pero gobernada en todos los asuntos administrativos por el rey Enrique.

En un acceso de fervor religioso, se divorció de Catalina de España y se casó con Ana, la lozana muchacha inglesa. Esto provocó tal agitación en toda Europa, que se vio obligado a demostrar que era realmente el jefe de la Iglesia local, y lo hizo mediante una eficaz maniobra. Una noche, estando acostado con Ana Bolena, se le ocurrió que el Papa controlaba más de la tercera parte de la tierra de Inglaterra: catedrales, monasterios, iglesias, conventos, todos poseían extensas fincas y a los campesinos que trabajaban en ellas. Con un simple edicto, Enrique expropió todas aquellas posesiones, cerró los monasterios, despojó de sus tierras a las catedrales y, como él dijo:

«Mandé a la calle a los monjes, frailes y monjas, obligándoles a ganarse honradamente la vida.» Luego, con su característica astucia, ideó la estratagema más brillante de todas: no se quedó con las nuevas posesiones, ni las entregó a poderosos duques y condes que más tarde podrían aliarse contra él, sino que las dio a los leales hombres de la clase media que le habían apoyado en su lucha contra el Papa. De esta manera, convirtió a la tercera parte de Inglaterra en obligatoria defensora suya, y fue durante esta transferencia cuando entraron en escena los antepasados de Edmund Steed.

En el condado de Devon, al sudeste de Londres, la pequeña ciudad de Bishop Nympton, a mitad de distancia entre Dartmoor y Exmoor, vivía desde.hacía varios siglos una distinguida y tenaz familia local llamada Steed. Habían sido granjeros acomodados; los padres habían servido como justicias de paz, y los hijos habían asistido a Oxford. Tanto los hijos como las hijas habían contraído matrimonios conservadores, y ningún escándalo había afectado jamás a la familia, que, si no había producido barones ni condes, sí producía una constante provisión de hombres en quienes los reyes podían confiar.

Uno de esos hombres era Devon Steed, de cuarenta y nueve años cuando su rey, Enrique, trataba de divorciarse de la reina española. Cuando más ásperos eran los debates, el rey buscó apoyo en los caballeros rurales de buena reputación, y el propio cardenal Wolsey, el que constantemente conspiraba para llegar a ser Papa, pidió a Steed que reuniera ayuda en su distrito.

Tal petición planteaba un grave problema moral a Steed: era devoto católico, amaba al Papa, pagaba los diezmos, todos los miércoles y domingos llevaba a su familia a la capilla local, y subvenía personalmente a las necesidades materiales del sacerdote. Ponerse de parte de un rey contra el Papa en una discusión sobre los dos contrapuestos versículos de la Biblia constituía una tremenda responsabilidad, y durante algunas semanas se abstuvo, enfrentado con su conciencia a aquel pasaje del Levítico que prohibía específicamente la clase de matrimonio a que Enrique había sido obligado a contraer con Catalina.

¿Era posible que el Papa ignorase la Biblia? Devon Steed nunca admitiría tal cosa. Pero, ¿no era posible que el rey Enrique tuviese

razón al afirmar que no había tenido ningún hijo legítimo varón porque había caído sobre él la maldición de Dios a causa de su incestuoso matrimonio? ¿No advertía el Levítico que semejante matrimonio no tendría hijos?

Permaneció durante varios días en esta precaria situación, inclinándose ora hacia el Papa, ora hacia Enrique. El dilema fue resuelto ingeniosamente: el cardenal Wolsey envió a Bishop Nympton un emisario personal, el joven Hugh Latimer, emparentado con los Steed y padrino del hijo de Devon, Latimer, con un argumento que no podía ser refutado:

–Primo Steed, no te das cuenta de que nuestro rey ha engendrado ya no menos de seis hijos, ilegítimamente, por supuesto, pero hijos no obstante. La esterilidad no puede ser culpa suya. Conoces a Henry Fitzroy, el que fue nombrado duque de Richmond a la edad de seis años. Es hijo de Enrique y también lo son otros cinco de menos importancia. Si puede librarse del petoste español y casarse con la joven Ana, tendremos un futuro rey, e Inglaterra se hallará protegida.

Latimer, hombre austero, guiñó un ojo y añadió:

–Supongo que sabrás que Ana está ya embarazada, un varón, según aseguran las comadronas, por lo que debemos actuar rápidamente.

Convencido en cuanto a los hechos, Devon Steed encabezó el apoyo de los condados occidentales al divorcio; apoyó al rey contra el Papa. No solicitaba ni esperaba nada a cambio de haber obedecido a su conciencia, pero cuando tuvo lugar la disolución de los monasterios y fueron distribuidas grandes fincas entre los defensores del rey, especialmente los de la clase media como los de Steed, Hugh Latimer se encargó de que su primor Devon figurara en la lista de elegibles.

Cuando llegaron los agentes a preguntar cuál de los ochocientos monasterios prefería, respondió con cierta inocencia:

–Glastonbury. Está cerca, y siempre he admirado las edificaciones que Richard Bere erigió allí cuando era abad.

El agente carraspeó y dijo:

–Glastonbury es tan grande que ha sido reservado.

–Lo siento -se excusó Steed-. ¿Qué es lo que el rey piensa para mí?

–Prefiere que los nuevos beneficiarios salgan de sus localidades. Lealtades en conflicto, ya saben. Hay un monasterio espléndido en

Queen's Wenlock, en Berks.

–¡Lo conozco! – exclamó Steed, con entusiasmo.

Había pasado por allí una vez, camino de Oxford, y recordaba con afecto el lugar: torres bajas, un claustro modesto, innumerables chimeneas y cuatro nobles arcos góticos rodeando las puertas ante las que se congregaban los pobres para recibir limosnas.

–Las edificaciones del monasterio van acompañadas de mil quinientos acres -dijo el agente-, y dos aldeas pobladas por robustos labradores. Usted poseerá la totalidad en calidad de Sir Devon Steed.

Adquirió en 1537 el título de caballero como Sir Devon; tenía cinco nombres de pila, y ninguno de ellos era Devon. Ése era un apodo que le habían puesto en Oxford, y le había quedado; ahora se trasladó como Sir Devon a su nueva finca en compañía de su familia. Lo primero que hizo al llegar al viejo monasterio, construido en 1387 por la reina Ana de Bohemia, esposa de Ricardo II, fue orar en la antigua capilla, y, mientras permanecía arrodillado en aquellas viejas y sagradas piedras, reafirmó su permanente fe en el catolicismo y en la supremacía espiritual del Papa.

Nada cambió mucho, en realidad. Inglaterra continuó siendo católica. El rey Enrique, terriblemente decepcionado cuando Ana Bolena le dio otra hija y ningún hijo, mandó cortarle la cabeza al poco tiempo, y de nuevo Sir Devon le apoyó, lo mismo que sus colegas de los otros setecientos noventa y nueve monasterios expropiados: llamaban a Bolena *la Ramera de los Howard, y* se alegraron de su eliminación.

Circularon desagradables habladurías cuando ciertos círculos cortesanos, planeando siempre proteger la línea de sucesión al trono, propusieron que la pequeña princesa María, hija de la primera esposa de Enrique, Catalina, se casara con el duque de Richmond, su propio medio hermano. Los que expusieron la cuestión a Steed argumentaban:

–¿No comprendes? Esto uniría todas las ramas que pudieran tener una pretensión justa al trono. La posición de la pareja sería inexpugnable, y, cuando engendraran un hijo, sería rey en todos los sentidos de la palabra.

–Si engendrasen un hijo -exclamó Steed-, tendría dos cabezas.

Afortunadamente, el rey Enrique, siempre virtuoso, se rebeló ante la idea de que su hija se casara con su medio hermano ilegítimo, y la

rechazó. Cuando supo que Sir Devon Steed, en Queen's Wenlock, había rechazado la propuesta por los mismos motivos, sintió crecer su afecto hacia el nuevo caballero y aumentó la extensión de sus tierras.

Mientras vivió el rey Enrique, Devon no experimentó remordimientos religiosos. Tanto él como el rey continuaron siendo católicos devotos, y, cuando este último ordenó que dos luteranos herejes ardiesen en la pira, Sir Devon aplaudió.

–No queremos cismáticos aquí -dijo a su hijo Latimer.

Murió tres meses después que su rey escapando así al caos en que cayó Inglaterra cuando reinó brevemente Eduardo VI. Sir Latimer Steed, que heredó el título y la considerable hacienda que lo acompañaba, estaba más devotamente unido al catolicismo y al Papa de lo que lo había estado su padre, y quedó aterrado por la torpe forma en que los asesores del joven rey trataban de convertir a Inglaterra en un país protestante. Sir Latimer lo condenó enérgicamente, y manifestó a todos los que visitaban el antiguo monasterio que «los hombres honrados de Inglaterra nunca abrazarán las herejías de Ginebra». Experimentó gran alivio cuando Eduardo, siempre enfermizo, como si Dios hubiese maldecido a su padre por haber tenido seis esposas y haber decapitado a dos de ellas, murió.

Entonces, María, de treinta y siete años de edad y forjada en el horno de la resistencia Tudor, asesinato y piedad, subió al trono, resuelta a poner todo en orden. Fue un día glorioso para los buenos católicos como Sir Latimer cuando aceptó la corona, y no pasó mucho tiempo antes de que los dirigentes heréticos que habían tratado de alejar a Inglaterra de Roma pagaran el castigo por su traición. Uno tras otro, fueron a la hoguera, y Sir Latimer, rezando en la capilla que su padre había robado a la Iglesia, daba su bendición a las llamas… «Es la única forma de mantener pura a Inglaterra.»

La primera señal de que las cosas marchaban de modo extraño se produjo el 19 de octubre de 1555, cuando su hijo Fairleigh llegó precipitadamente de Londres con sorprendentes noticias:

–Hugh Latimer ha sido quemado en la hoguera.

Era increíble. Los Steed conocían a los Latimer desde hacía más de cien años, y habían contemplado con compartido orgullo cómo el joven Hugh ascendía los diversos peldaños de la Iglesia. Cuando el cardenal

Wolsey no logró ser elegido Papa, no había sido demasiado esperar que lo consiguiera Latimer, y ahora había perecido en la hoguera. ¿Qué terrible error había provocado semejante injusticia?

No podía decirse del joven Fairleigh que fuese un católico devoto, era mucho más. Amaba a la Iglesia; de niño, mientras jugaba en las amplias habitaciones del antiguo monasterio, ahora discretamente llamado *la Quinta,* obtuvo una visión de lo que debía ser una Iglesia soberana, y en Oxford había encabezado al grupo de jóvenes que encendieron hogueras para celebrar la subida al trono de la reina María, pues en su purificadora llegada veían la salvación de la Iglesia. Comprendía que era necesario adoptar duras medidas antes de que Inglaterra pudiera ser llevada nuevamente a sus debidos cauces, y aplaudía su fuerza de carácter.

–Tenía que destruirle, padre -explicó-. Hugh Latimer predicaba la doctrina más perniciosa, y, de no habérsele atajado, habría atraído a Inglaterra al protestantismo. No era mejor que Calvino.

Y, así, el hijo condujo al padre a través de los agitados pero gloriosos días del reinado de la reina María. Cuando María tomó por marido al rey Felipe de España, el joven Fairleigh lo explicó todo y acalló los temores de su padre de que eso pudiera significar una influencia española.

–¡Jamás! España e Inglaterra se unirán bajo la autoridad del Papa. Finalizarán las luchas fratricidas, y España e Inglaterra juntas terminarán con la herejía en Alemania y los Países Bajos.

Eran días excitantes aquellos días de reconstrucción, y Queen's Wenlock se llenaba a menudo de estudiantes de Oxford que discutían sobre las características de la Inglaterra futura. Algunos fanáticos habían propuesto que los monasterios robados fuesen devueltos a la Iglesia, pero la reina María, que dependía de las sólidas familias que ahora los ocupaban, se negó en redondo. Sir Latimer aplaudió su decisión, al igual que los estudiantes de Oxford, muchos de los cuales procedían de familias que se habían beneficiado de las expropiaciones.

Y entonces murió María. El trono pasó a su media hermana, Isabel *la Protestante,* la hija bastarda de Ana Bolena, aquella *ramera de los Howard.* Sir Latimer, reflexionando sobre el desastre, dijo a Fairleigh:

–Esa línea es completamente perversa. No es casualidad que las dos reinas que Enrique tuvo que decapitar fuesen Howard. Primas carnales, y rameras las dos.

Hizo una pausa para mirar las viejas vigas de su noble salón y dijo:

–Así que ahora tenemos como reina a la hija ilegítima de una ramera. Vienen malos tiempos, Fairleigh, y todos tendremos que decidir nuestra postura.

Para los buenos católicos, los tiempos fueron peores de lo que él había previsto: el santo Papa Pío V promulgó una bula que excomulgaba a Isabel como hereje y advertía a los católicos de Inglaterra que ya no le debía fidelidad. Ella reaccionó condenando a muerte a todo el que hiciera circular la bula en territorio inglés.

La batalla estaba empeñada; paso a paso, se fueron dictando duras medidas contra las personas devotas que, como el joven Fairleigh Steed, amaban a la Iglesia de Roma y, al mismo tiempo, a la tierra de Inglaterra. Todo católico sorprendido asistiendo a misa: multa de setenta libras esterlinas, suma enorme en aquellos tiempos. Todo católico que rehusara asistir a la iglesia protestante, multa de veinte libras al año por cada miembro de la familia, joven o viejo. Todo inglés, hombre o mujer, que tratara de convertir a buenos protestantes al catolicismo: muerte en la horca. Y todo creyente, como los Steed, que intentara mantenerse fiel a la religión que siempre había practicado, acoso continuo, persecución y riesgo de muerte si daba albergue a un sacerdote clandestino.

La reina Isabel nunca pudo comprender el obstinado comportamiento de gentes como los Steed. Su nueva religión conservaba casi todas las características de la antigua: la misa, la transustanciación, el altar mayor, bautismo, rigurosa atención a la confesión, prohibición de comer otra cosa que no fuera pescado los miércoles y un clero célibe ataviado con las vestiduras tradicionales. Isabel estaba convencida de que cualquier persona podía asistir a los cultos del nuevo ritual sin darse cuenta nunca de que no era católico. Además, prohibió con extrema severidad todas las manifestaciones de protestantismo calvinista y ejecutó jubilosamente a los luteranos que intentaban divulgar las perniciosas enseñanzas de Ginebra.

Todo lo que Isabel pedía a sus súbditos era que abjurasen de Roma y le reconocieran a ella como jefe de la Iglesia que funcionaba en Inglaterra. La severa ley de 1581 lo explicaba todo en su título: *Para mantener en debida conciencia a los súbditos de Su Majestad la reina.* Los Steed se negaron a prestar obediencia a una soberana humana. Se convirtieron en católicos clandestinos, seguidores secretos de la antigua fe, audaces protectores de sacerdotes itinerantes que ejercían la peligrosa labor de mantener viva esa fe.

Queen's Wenlock, en otro tiempo uno de los notables monasterios menores de Inglaterra, se convirtió, en la década de 1570, en un centro del espíritu misionero católico. El viejo Sir Latimer dijo que se dejaría matar antes que permitir que una ramera de los Howard le aconsejara en asuntos espirituales. Lady Steed le previno que refrenara su lengua para no ser ahorcado, y le recordó que no era una de las rameras de los Howard quien le estaba haciendo aquello a Inglaterra, sino la hija ilegítima de una de las rameras.

Era el joven Fairleigh, a la sazón de veinticinco años y graduado en Oxford, quien sentía con más intensidad la presión de la época. Él respetaba las antiguas costumbres y creía poder seguirlas sin ser traidor a la nueva reina, aunque la despreciaba. Era católico e inglés a la vez, y debería ser posible mantenerse ciudadano fiel y leal de ambos mundos. En cuanto a la absurda acusación de los protestantes de que ser católico significaba automáticamente que uno ardía en deseos de tomar las armas en favor del Papa y en contra de Inglaterra, nunca había oído estupidez mayor. Había en Inglaterra más de 160.000 católicos practicantes, y sólo un puñado de traidores entre ellos.

Pero seguían sucediendo cosas que debilitaban su posición. Fanáticos que desconocían por completo las realidades de Inglaterra fueron capturados cuando trataban de montar una invasión española para instalar de nuevo el rey Felipe en el trono que en otro tiempo compartiera con María. Otros necios que intentaban promover un levantamiento en favor de la otra María, la católica reina de los escoceses, fueron sorprendidos portando cartas en que se especificaban todos los detalles. Individuos enloquecidos, desgarrados por conflictos religiosos que no podían comprender, intentaron asesinar a la reina,

como los locos que en todos los países tratan de dar muerte a sus dirigentes.

Todo esto conducía a la sospecha y al odio; buenos ingleses que hubieran debido tener un mejor criterio llegaron a creer como algo evidente que el Papa se proponía invadir su país con la ayuda de España para convertirlos de nuevo al catolicismo del viejo estilo. Era contra este prejuicio contra el que los Steed tenían ahora que actuar.

Todos los miembros de la familia daban firme testimonio de que ser católico no entrañaba herejía. No sólo rechazaban la más mínima invitación que pudiera parecer sospecha, sino que se expresaban abiertamente en contra. La única cosa prohibida a la que no renunciaban era a relacionarse con los valerosos sacerdotes.

–Estos sacerdotes, ordenados por Dios, son nuestros guías espirituales -proclamaba Sir Latimer a todo el que quería oírle.

El antiguo muñidor se estaba convirtiendo en un hombre poderoso; en el orden normal de las cosas que había prevalecido en Inglaterra durante siglos, habría sido el juez de paz del pueblo, administrando una aproximativa especie de justicia, rehusando condenar a muerte ni aun al peor criminal y administrando sus fincas de modo que cada generación tuviera unos acres más que la anterior. Se debía al azar del divorcio del rey Enrique el que hubiese heredado un título de caballero, y, aunque le agradaban los edificios y las tierras que le acompañaban, no se encontraba realmente a gusto en su pequeño castillo. Se habría sentido mucho mejor cuidando los cerdos allá en Devon. Ciertamente, no estaba en manera alguna dispuesto a entrar en un debate religioso. Lo único que sabía era que los Steed siempre habían obedecido al Papa y se proponían seguir haciéndolo.

Por tanto, era comprensible que, cuando devotos sacerdotes ingleses, ordenados en el seminario inglés establecido en Douai, en los Países Bajos españoles, al otro lado del Canal, se introdujeron subrepticiamente en Inglaterra para proteger la fe, llevaran consigo instrucciones no escritas de ponerse en contacto con los Steed, en Queen's Wenlock, y así lo hicieron. Por definición de Isabel, tales sacerdotes eran traidores -no buscaban la salvación de las almas, sino promover la revolución-, y quien les diera cobijo lo hacía con riesgo de su vida. Los Steed asumieron ese riesgo.

Hacia el anochecer, los sacerdotes convergían en algún punto convenido de la comarca del oeste de Londres. Actuaban con sigilo para evitar que les detectasen los espías pagados de Walsingham y Burleigh que merodeaban por la región. Al caer la noche se dirigían presurosamente a las cuatro abovedadas puertas del viejo monasterio y llamaban rápidamente. Se encendía una luz. Una puerta crujiente se entreabría unos centímetros. Los sacerdotes se daban a conocer, pronunciaban la contraseña que les habían dado los católicos de Londres y entraban, mientras la puerta volvía a cerrarse tras ellos.

Dentro, Sir Latimer servía las bebidas y preguntaba qué sucedía en Douai. Iba progresando la traducción de la Biblia al inglés de modo que fuera aceptable para los católicos. Nuevos sacerdotes eran ordenados con regularidad, y los de más fortaleza de ánimo eran enviados a Inglaterra. Cuatro de los más recientemente llegados habían sido ahorcados, pero otros mártires en potencia se hallaban ya en camino.

¿Y el nuevo Papa? Los jóvenes sacerdotes dijeron que se disponía a dar un paso que les ayudaría mucho en su trabajo. Anunciaría que la bula de su predecesor ordenando a todos los buenos católicos oponerse a la reina Isabel debía quedar en suspenso, a fin de que los católicos pudiesen obedecer a la reina en todas las cosas temporales.

–¡Muy inteligente por parte del Papa! – exclamó Sir Latimer-. Eso nos absuelve de la acusación de herejía.

–En efecto -asintieron los sacerdotes.

Pero los tribunales dependientes de la reina consideraron el gesto papal como un subterfugio, y continuó el ahorcamiento de sacerdotes.

En el verano de 1580 llegó a la hacienda un sacerdote fugitivo tan luminoso que parecía llevar consigo la prueba visible de su santidad y de su futuro martirio. Era Edmund Campion, de cuarenta años a la sazón, uno de los estudiantes más brillantes que había tenido Oxford, alumno distinguido del seminario católico de Douai y uno de los más hábiles polemistas entre los jesuitas de Roma. Era filósofo, historiador, autor de folletos y excelente teólogo. Entre sus amigos, protestantes y católicos por igual, era conocido como la maravilla de su tiempo, y catorce años antes la propia reina Isabel, fascinada por el discurso que pronunció ante ella durante su visita a Oxford, había dicho: «Este joven tiene ante sí posibilidades ilimitadas.»

Pero había elegido el espinoso camino del sacerdote misionero, y el día en que desembarcó en Dover comprendió que su fama era tal que sería descubierto por los espías de Walsingham y quemado como mártir. Seguro de ello, y conforme con su destino, avanzó valerosamente por la comarca, celebrando reuniones de oración y haciendo caso omiso de la probabilidad de que informadores protestantes le estuviesen siguiendo los pasos.

Llegó a Queen's Wenlock un viernes y dijo a Sir Latimer -de cuyo valeroso comportamiento tenía muchas referencias- que deseaba celebrar misa para los católicos de la región, y éstos fueron apresuradamente congregados, conscientes cada hombre y cada mujer de que la muerte sería la consecuencia de la traición. Cuando llegaron a la hacienda, encontraron esperándoles al viejo Sir Latimer, hosco el gesto bajo las pobladas cejas, y el sereno rostro de Edmund Campion. Éste eligió como texto un pasaje de los viajes de san Pablo y comparó la obra que Pablo había realizado con la que estaban haciendo los sacerdotes fugitivos.

–La Roma pagana no buscó a Pablo menos ávidamente de lo que el protestante Walsingham me busca a mí. Al final, Pablo triunfó, y nosotros también triunfaremos.

Su predicación se limitó a una serie de sencillos, pero convincentes, ejemplos de lo que los furtivos graduados de Douai habían logrado en la tarea de mantener vivas en Inglaterra las llamas sagradas del catolicismo.

–La gloria de nuestra Iglesia está en sus mártires. Las llamas de sus abrasados cuerpos inflaman nuestro santo espíritu.

Hablaba como un poseso, pero no desvariaba, ni tampoco se puso a sí mismo como ejemplo. Simplemente, informó de lo que los católicos estaban consiguiendo en aquellos decisivos tiempos. Cuando terminó, ofició la ceremonia de la misa, bendiciendo el vino y consagrando las hostias que habían sido preparadas para el sagrado festín. Al depositar en cada lengua el cuerpo de Cristo, decía: «La paz sea con vosotros.»

Quizá fueron los trágicos acontecimientos que sobrevinieron más tarde lo que indujo a las personas que asistieron a aquella misa a declarar en años posteriores que se había tratado de una ocasión sagrada, pero todos testificaron:

–Quedó revelado el futuro, y en torno a la santa cabeza de Edmund Campion vimos el hilo del martirio.

En cualquier caso, el padre Campion abandonó Queen's Wenlock en un estado de exaltación, como si sus días de prueba se hallaran ya próximos.

Sir Latimer y su hijo Fairleigh acompañaron a Campion hasta su siguiente predicación, en una quinta próxima a Faringdon, en Bucks, y desde allí hasta el mismo Oxford, donde el joven Steed presentó al arriesgado sacerdote a numerosos estudiantes entregados al catolicismo. Discutió con ellos el futuro de la Iglesia en Inglaterra y la naturaleza de la vocación individual. Después de su última misa se proponía dirigirse a Norfolk, donde el gran número de católicos le haría estar relativamente seguro, pero en el último momento se le convenció de que regresara a Faringdon para predicar de nuevo a los muchos fieles que no habían tenido el privilegio de oírle en su anterior visita a Queen's Wenlock.

Accediendo a las súplicas que tan insistentemente se le hacían en ese sentido, volvió sobte sus pasos y se dirigió a la casa de Latimer, donde le esperaban espías protestantes. Eran ellos quienes habían organizado la invitación, y fueron ellos quienes le llevaron prisionero a Londres y le encerraron en una celda de la Torre.

Fue introducido en Little Ease, la famosa celda demasiado baja para estar de pie, demasiado angosta para dormir, y allí fue mantenido en absoluto aislamiento, sin alimentación adecuada, durante cuatro días. Luego fue torturado tres veces distintas en el potro, hasta que se le descoyuntaron las articulaciones, y acabó confirmando lo que Burleigh y Walsingham ya sabían, que había sido protegido por Sir Latimer Steed, de la finca de Queen's Wenlock.

El viejo caballero fue inmediatamente detenido y arrojado, como su sacerdote, en Little Ease, de donde salió convertido en un hombre destrozado que mascullaba frases incoherentes. Pero, al deteriorarse su cuerpo, aumentó su fuerza espiritual, y, pese a cuanto le hicieron los monstruosos carceleros y manipuladores del potro, su testimonio fue siempre el mismo: que era leal a Inglaterra y fiel a su Iglesia. Los interrogadores le gritaban, le acusaban de ingratitud, le recordaban que debía cuanto era al rey o reina que en cada momento poseyera el

trono y que, por consiguiente, se hallaba obligado a jurar fidelidad a cualquier forma de religión que profesase el monarca.

Semejante idea resultaba repugnante, y la rechazó con desprecio, por lo que a finales de noviembre de 1581 él y el padre Campion fueron conducidos a Westminster Hall, en cuyos elegantes y majestuosos salones se reunían las figuras del foro y el clero para juzgar a los heréticos traidores. A Fairleigh Steed le fue permitido asistir al juicio, juntamente con muchos protestantes que aplaudían las acusaciones formuladas contra los encartados.

El juicio fue una farsa. No se encontró ningún testigo que demostrase que el padre Campion hubiese predicado jamás la traición, mientras que fueron once los testigos que comparecieron para declarar que expresamente había manifestado que era obligación cívica respetar a Isabel y a sus leyes. En cuanto a Sir Latimer, todo el testimonio de su vida era de lealtad a la corona. Fairleigh, que escuchaba cuanto se decía con toda la atención que le era posible, no podía imaginar otro veredicto que el de inocencia, y quedó paralizado de horror cuando los jueces, hombres responsables y honrados del reino, leyeron su sentencia:

«Debéis ir al lugar de donde habéis venido, para permanecer allí hasta que seáis llevados sobre parrillas a través de la ciudad de Londres hasta el lugar de ejecución para ser allí ahorcados. Pero se os descenderá mientras estéis aún con vida, y se os cortarán vuestras partes privadas, y se os arrancarán las entrañas, que serán quemadas ante vuestros ojos, y luego vuestros cuerpos serán divididos en cuatro partes, de las que se dispondrá como ordene Su Graciosa Majestad. Y Dios tenga piedad de vuestras almas.»

Diez días después, la sentencia fue ejecutada con meticuloso detalle, y Fairleigh Steed se obligó a sí mismo a mirar mientras su padre y aquel santo sacerdote eran sacudidos horriblemente, cortados, rajados y obligados a contemplar cómo eran descuartizados sus cuerpos. Ni el viejo ni el joven lanzaron un solo grito, y Fairleigh quedó convencido de que, al abandonar su envoltura carnal, sus espíritus entraron en el cielo para ocupar su puesto en el seno de Abrahán.

Una semana después, la esposa de Sir Fairleigh dio a luz un hijo, al que un nuevo sacerdote de Douai bautizó con el nombre de Edmund.

La cabeza de Sir Latimer Steed fue clavada en una lanza y exhibida en Tyburn a lo largo de nueve semanas, tiempo durante el cual su familia trató en Queen's Wenlock de formular un plan para continuar viviendo. Curiosamente, habida cuenta de la cruel muerte infligida al viejo caballero, las tierras de la familia no fueron confiscadas; los descendientes de Sir Latimer no fueron sometidos a muerte civil, porque los monarcas de Inglaterra permitían generalmente que la traición de un padre terminase allí, con la esperanza de que los hijos aprendieran de los errores de sus mayores y se reformasen.

Los Steed tomaron dos decisiones: serían leales a Inglaterra en todas las cosas, y continuarían oyendo misa. El joven Edmund pasó los seis primeros años de su vida siendo adoctrinado en estos dos principios; cuando pensaba en su padre, imaginaba un sosegado caballero que atendía los asuntos de sus grandes posesiones y, luego, oraba decididamente con cualquier sacerdote que acertara a pasar por allí, pues estaba resuelto a mantenerse fiel a su herencia católica. Edmund siguió las huellas de su padre, y este tipo de juiciosa tregua prevaleció por toda Inglaterra durante aquellos tranquilos años de 1581 a 1587.

Pero en 1588 el rey Felipe de España, tratando de recuperar el trono inglés que en otro tiempo ocupara como marido de María, destruyó todas las razonables esperanzas albergadas por familias como los Steed. Envió su victoriosa Armada para invadir Inglaterra, destruir el protestantismo y obligar al capturado país a retornar a Roma. Estúpidos ingleses, especialmente los que habían vivido en el exilio, hicieron estúpidas declaraciones sobre la restauración del Papa, y dentro de la isla otros descarriados idiotas creyeron que, tan pronto como las tropas españolas pusieran pie en suelo inglés, los católicos del reino se alzarían para recibirlos y contribuir al sometimiento de su patria.

Desde aquel día de verano en que Drake, Hawkins y Howard pusieron en fuga a los galeones españoles ante las costas de Plymouth y los enviaron a sus tumbas en las tormentas desatadas ante las Hébridas, quedó sellado el destino de católicos corrientes como los Steed. El populacho los consideraba traidores a todos, a todos ellos, y se creía además que sólo un milagro había permitido a los ingleses

defenderse contra la invasión papal y la restauración de las hogueras que la reina María había patrocinado durante su breve y sangriento reinado.

El ostracismo cayó pesadamente sobre el joven Edmund. En la escuela era un niño al que había que mantener apartado, y en Oxford todos se alejaban de él. Nunca pudo ostentar un cargo público, ni, al igual que sus antepasados, actuar como juez de paz, ni prestar testimonio en ciertas clases de juicios, ni ingresar, mediante matrimonio, en las buenas familias, ni servir como oficial en la Marina o en el Ejército. Tenía que pagar impuestos especiales y, lo peor de todo, era generalmente despreciado en la comarca. Se hizo más difícil oír misa, pues, tras el frustrado ataque de la Armada, los sacerdotes eran perseguidos con mayor severidad. Al finalizar el siglo XVI, un joven católico podía existir en Inglaterra, pero eso era todo.

Mas en 1602, al alcanzar Edmund su mayoría de edad, la reina Isabel enfermó, y en 1603 murió…, calva, con peluca y más fea que un pecado. Mientras se rezaban oraciones por la salvación de su augusta y asesina alma, Sir Fairleigh Steed reunió a su familia en el gran salón de Queen's Wenlock, donde un sacerdote fugitivo oficiaba una misa en sufragio de la fallecida reina, pidiendo a la familia Steed que le perdonara todos los males que le había causado. Cuando todos los presentes hubieron prometido fidelidad a su nuevo rey, Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, Sir Fairleigh elevó una fervorosa oración pidiendo que Dios hiciera al nuevo monarca más inteligente que el antiguo.

Nada cambió. Los católicos continuaron siendo excluidos del Gobierno, y uno de los profesores de Edmund le dijo:

–De no haber sido católico, serías ya profesor en Oxford.

Fue en esta confusión cuando Edmund regresó de la Universidad con una inmoral propuesta que horrorizó a su padre.

–Voy a abrazar la nueva fe.

Sir Fairleigh contuvo una exclamación, y Edmund añadió:

–Públicamente. Puesto que esta nación continúa poniendo obstáculos a los católicos, considero permisible engañar a la nación. Cuando vuelva a Oxford, prestaré el Juramento de Conformidad. A partir de ese día, seré públicamente protestante.

–¿E interiormente?

–Tan buen católico como siempre. Cuando celebres misa, yo asistiré.

–Edmund, emprendes una penosa tarea.

–No tengo el menor deseo de que me arranquen las entrañas.

–Ningún hombre lo tiene, pero a veces ocurre.

–A mí no me ocurrirá. Jugaré su sucio juego.

–Los jóvenes -dijo Sir Fairleigh- suelen pensar que pueden jugar cualquier juego, con sólo mantener puros sus corazones.

–Me propongo intentarlo -respondió Edmund.

Y en el primer aniversario de la subida al trono del rey Jacobo, se dirigió a Oxford y, en ceremonia pública, anunció que abjuraba del catolicismo, afirmando que ya no debía fidelidad espiritual alguna ni al Papa ni a los sacerdotes. Permitió que un capellán administrase el Juramento de Conformidad, y a partir de aquel momento se convirtió en un ostensible protestante, para satisfacción de amigos que siempre le habían querido bien. De hecho, esta conversión satisfizo tanto que se le ofrecieron ascensos y prebendas como medio de inducir a otros católicos a seguir su ejemplo, y sus profesores volvieron a plantear la cuestión de un puesto en la Universidad.

De este modo, Edmund Steed fue de nuevo atraído a la corriente de la vida inglesa. Trabajó para el Gobierno en Londres y fue invitado por sus compañeros a sus casas de campo, donde conoció a viejos caballeros que, en su juventud, habían conocido a Sir Devon, y, en Bucks, uno de estos hombres dijo a Edmund con toda franqueza que esperaba llegase el momento en que Steed ingresase en su familia, ya que tenía una excesiva abundancia de hijas.

Pero cuando regresaba a la elegante finca de Queen's Wenlock, se cerraban las puertas, caía la noche y se materializaban los sacerdotes fugitivos de Douai, reanudaba su identidad católica, temblando cuando el sagrado huésped tocaba su lengua. Fue durante una de estas visitas, en la que la misa había sido especialmente expresiva, cuando llevó a su padre a los antiguos huertos que habían sido plantados personalmente por la buena reina Ana en 1387, y allí, bajo los nudosos árboles le dijo:

–Padre, la carga es demasiado pesada. No puedo fingir. Se me está destrozando el alma.

–Suponía que ocurriría -respondió el anciano-. ¿Qué piensas hacer?

–Se está formando una sociedad pata crear una nueva colonia en América. Me apuntaré.

–Comprendo -dijo Sir Fairleigh.

No le planteó la cuestión de cómo sobreviviría en una tierra lejana sin la consoladora tranquilidad de aquella finca y de aquellos recuerdos, pues estaba seguro de que Edmund había sopesado todos los inconvenientes. Lo importante era que su hijo adquiriese una posición sólida, de la clase que siempre habían preferido los Steed.

–Supongo que abandonarás la mascarada protestante.

–Lo antes posible.

–¿Por qué no ahora?

–Porque primero debo llegar a América. La sociedad no admite católicos.

–No lo retrases demasiado, Edmund. El fingir corroe.

–Me propongo situarme en una posición en la que ya no sea necesario.

El anciano caballero no quería ver a su hijo menor abandonar Inglaterra, y, especialmente, no quería verle poner fin a su relación con la finca, pues la fuerza de los Steed había reposado siempre en su unión con la tierra: los surcos, la caza y la cría de corderos. Sabía lo desesperadamente que añoraría Edmund aquellos pastos y huertos cuando languideciera en una tierra inculta, pero si el marcharse ayudaba a clarificar su espíritu, debía hacerlo.

–No te veré más, padre.

–¿Zarpas tan pronto?

–Dentro de este mes, dicen.

No se abrazaron ni se dieron la mano; los Steed no eran dados a excesivas muestras de afecto, pero, al despedirse en al abovedado zaguán construido hacía tantos años, el anciano se estremeció.

–Estos no han sido buenos años para los católicos -dijo-. Últimamente estoy viendo la cabeza de Sir Latimer en la punta de aquella lanza. Me temo que ése es el final que nos espeta a todos.

Se miraron y se separaron.

Pocas de las memorables aventuras de la Humanidad comenzaron más desdichadamente que la colonia inglesa de Virginia. Durante los

últimos días de diciembre de 1606, la sociedad en que Edmund Steed se había apuntado reunió 105 valerosos emigrantes en los tres pequeños navíos, que zarparon rumbo al Nuevo Mundo, esperando tocar tierra al cabo de cinco semanas.

En alta mar, pero a la vista todavía de las costas de Inglaterra, sobrevino una calma chicha, que se mantuvo durante seis desesperantes semanas. No soplaba viento, y no había nada que el furioso capitán pudiese hacer; ominosamente, los dirigentes de la expedición veían a los futuros colonos consumir gran parte de los alimentos destinados a su subsistencia durante los primeros meses del experimento. Hasta el 14 de mayo no tuvo lugar la arribada de los navíos a una pantanosa isla del río James, grandilocuentemente llamada Jamestown, como si fuese una ciudad en funcionamiento.

La falta de alimentos, los miasmáticos terrenos, la confusión en el mando, la hostilidad de los indios y las violentas epidemias causaron estragos entre los recién llegados, de tal modo que, cuando finalizó aquel horrible verano, solamente continuaban con vida 38 de los componentes del grupo original. Parecía dudoso que éstos pudieran sobrevivir al invierno.

El comportamiento de los indios que poblaban la orilla occidental de la bahía de Chesapeake desconcertaba a los colonos: durante seis semanas, los pieles rojas se mostraron amistosos, llevando a la empalizada alimentos que salvaron las vidas de los colonos supervivientes; durante las seis semanas siguientes, mataban a todo colono que se aventurase en el exterior. A los ingleses les resultaba difícil aceptar tan irracional conducta, y la mayoría llegaron a temer y odiar al indio.

Edmund Steed no hizo ninguna de ambas cosas. Su contacto con los pieles rojas le inducía a creer que eran muy semejantes a los demás seres humanos, susceptibles de confianza y deseables como vecinos. Se sentía a sus anchas viajando entre ellos, por lo que, cuando el capitán Smith organizó su exploración de la bahía, buscando el oro y la plata que se sabía existían allí, era natural que Steed participase en ella, y sus contactos con los pacíficos indios de la orilla oriental confirmaron su actitud.

Pero en noviembre de 1608 acompañó a Smith en una expedición aguas arriba del río River, que tuvo resultados horripilantes. Se trataba de una exploración para averiguar qué clase de terreno se extendía más allá de la confluencia del Chickahominy, y, después de que el pequeño grupo dejara sus canoas, Steed se situó al final de la expedición en compañía del carpintero George Landon, y sus plácidas experiencias con los choptanks le hicieron abandonar toda precaución. Poco a poco, se fueron rezagando respecto a los otros, y, cuando estaban totalmente separados, cayó sobre ellos una banda de aullantes salvajes. Siguió una horrible orgía, en la que los guerreros blandían contra sus rostros aguzados palos que detenían a sólo unos centímetros de sus ojos. Luego, como más tarde informaría Steed:

Las mujeres de la tribu cayeron sobre nosotros, alejaron a sus hermanos y nos atacaron a estacas clavadas en el suelo. Con gran abundancia de danzas y cantos, se ocuparon primero de Landon, utilizando afiladas conchas de ostra para cortarle todos los dedos de las manos, un nudillo cada vez. Mientras gritaba con tal fuerza que ahogaba los exultantes gritos de las mujeres, éstas se arrodillaron y le serraron los dedos de los pies con el mismo detenimiento. Hecho esto, se aplicaron a su cuero cabelludo y, estirando lentamente hacia abajo, se lo arrancaron. Mientras estaba aún con vida, apilaron hojas secas y ramas entorno a su estaca y le prendieron fuego Cuando sus danzas finalizaron, se dirigieron hacia mí con sus conchas, pero el capitán Smith y sus hombres habían retrocedido para encontrarnos y llegaron a tiempo para salvarme.

Más tarde, llegó de Londres un grupo de barcos cargados de provisiones bajo el mando del capitán John Ratcliffe, que había actuado como capitán a bordo de la pequeña pinaza *Discovery* durante el primitivo viaje de 1607 y pasado, después, a ocupar la presidencia del consejo. Como estaba bien informado sobre los asuntos de Virginia, fue enviado con un grupo de soldados a negociar con el jefe Powhatan para que les fueran concedidas más tierras, pero el insidioso indio atrajo a los ingleses con promesas, los atacó perversamente y dio muerte a la mayoría. Conservaron vivos a Ratcliffe, Steed y otro para someterlos a torturas especiales, y una vez más fue rescatado el estudiante de Oxford, que informó así del horrible incidente:

Esparcidos a nuestro alrededor los cadáveres de nuestros compañeros, fuimos atados desnudos a unas estacas, ante las que se encendieron grandes hogueras, y, cuando estábamos a punto de perecer abrasados por el terrible calor, las mujeres atacaron al pobre Ratcliffe y, con unas conchas, le fueron arrancando toda la carne del brazo izquierdo hasta el hombro, tirando al fuego los pedazos. Hicieron lo mismo con su brazo derecho y luego con su pierna derecha, tras lo cual murió.

Al repetirse este tipo de sucesos, Edmund Steed perdió toda confianza en los indios. Acabó viéndolos como seres astutos, crueles, perezosos e incivilizados, y comprendió que la prudencia aconsejaba anticiparse a su perfidia. Ahora, cuando se organizaban expediciones que remontaban el James para comerciar con Powhatan, Steed se mantenía aparte, entre dos soldados, pronto a disparar su mosquete contra el corazón de cualquier salvaje que amagara cualquier leve movimiento.

Al disminuir su fe en los indios, fue aumentando su confianza en el capitán Smith. Le consideraba el único salvador de la colonia, hombre de pequeñas flaquezas y extraordinaria rectitud. Cuando el pequeño capitán anunció que debía salir de la colonia para asegurar un más puntual suministro de provisiones desde Londres, jurando clamorosamente que no abandonaría a los colonos, sino que volvería, Steed previo que, una vez en Inglaterra, quedaría prendido en un centenar de fascinantes proyectos relacionados con duques y princesas extranjeras y guerras en Moscovia.

–Ya no volveré a verle, capitán -dijo tristemente Steed mientras Smith permanecía en el muelle, rodeado de paquetes de flechas que se llevaba a Inglaterra para exhibirlas.

–Sobrevivirá. Recuerde que es usted uno de los hombres de hierro.

–Quería decir…, que usted no regresará.

–¡Yo! Esta bahía es sangre para mí. Corre a través de mis venas.

Dijo muchas más cosas y, al final, se irguió hasta el máximo que su altura le permitía, saludó a la colonia que él había mantenido viva, y no fue visto nunca más en Virginia.

El día en que zarpó río abajo comenzaron los tiempos de prueba, aquellas semanas y meses de hambre del otoño de 1609 y el invierno de

1610. Cuando Smith se marchó, la colonia contenía 507 miembros; seis terribles meses después, sólo quedaban 61. De aquella catástrofe, producida por la falta de alimentos y de calor, Steed informó a Londres:

Todos los que podrían ejercer el mando han muerto. El médico y los carpinteros y todos los que trabajaban para mantener en funcionamiento la ciudad están muertos. Incluso mientras escribo esto, la habitación está abarrotada de cadáveres, pues ya no tenemos a nadie para enterrarlos. No tenemos ni una habichuela ni una galleta, y me estremezco al informar que algunos, doblado ya el cabo de la más extrema desesperación, han empezado a exhumar los cuerpos de los ya fallecidos con el fin de comérselos, y por causa de ello son varios los que han enloquecido y se han arrojado al río y perecido en sus aguas. Y si los que podemos movernos intentamos salir del fuerte para buscar alimento, los indios que acechan en el exterior nos dan muerte.

Fue una época de horror tal, que los pocos que sobrevivieron a ella procuraron siempre borrarla después de su memoria, y, sin embargo, constituyó el auténtico cimiento sobre el que fue erigida la gran colonia de Virginia.

El 23 de mayo de 1610, cuando la brisa primaveral hacía más monstruosa aún el hambre, un hombre que se había arrastrado hasta el río para morir lanzó un aullido, y, al acercarse, Steed vio que el hombre estaba señalando río abajo hacia el lugar en que aparecían dos barcos de rescate, y cuando se aproximaron a tierra, Steed vio que sus nombres eran *Patience y Deliverance.*

Durante la primavera siguiente, en 1611, cuando la colonia quedó estabilizada, Steed decidió abandonar Jamestown y comenzar una nueva vida en la hospitalaria isla que había explorado con el capitán Smith tres veranos antes. Durante todas las pruebas a que se había visto sometido en Virginia, había mantenido intacta su visión de aquella isla de altos árboles y pescado abundante, y, aun cuando parecía que las mujeres indias le iban a descuartizar o que moriría de inanición antes de que finalizara el día, podía representarse mentalmente aquella isla e imaginarse a sí mismo viviendo sosegadamente allí.

Se acordaba incluso de los indios que el capitán Smith y él habían encontrado a lo largo del río, especialmente del gigantesco jefe, y deseaba desesperadamente creer que eran diferentes de las mercuriales y falaces tribus mandadas por Powhatan. Carecía de pruebas, que apoyasen esta esperanza, pero había visto a aquellos pacíficos indios choptank, y no era irrazonable esperar que fuesen diferentes.

Sus antepasados habrían comprendido el impulso que le empujaba a abandonar Jamestown: Sir Devon, con su simplista concepción del bien y el mal; Sir Latimer, dispuesto a ser descuartizado por su fe; el vacilante Sir Fairleigh, tratando de ser a la vez un buen católico y un inglés leal…, ellos le habrían comprendido cuando dijo:

–Me es insoportable la constante simulación. Debo vivir allá donde pueda manifestarme como católico sincero.

Jamestown estaba mucho más preocupada por la simple supervivencia como para interesarse mucho por las formas de religión; no era ostensiblemente anticatólica, pero eso se debía a que los dirigentes de la colonia no podían imaginar que un miembro de su congregación fuese católico. Ellos siempre hablaban de «la buena reina Bess, cuyo nombre lleva Virginia», y «el fiel rey Jacobo, hombre de honor, aunque su madre fuera aquella ramera católica, María de Escocia».

Se sabía, naturalmente, que el abuelo de Steed, Sir Latimer, había sido arrestado y descuartizado por su traidora fidelidad a Roma, pero se sabía también que el joven Steed había abjurado de aquella ponzoñosa fe; además, había demostrado su valor en varias ocasiones, y eso contaba.

Edmund Steed hubiera podido continuar su mascarada de falso protestante, y sus descendientes, cuando los hubiese tenido, habrían podido figurar entre las primeras familias de Virginia, pero la doblez de su situación -protestante de día, católico de noche- era más de lo que podía soportar. Estaba ya harto de fingir y resuelto a poner fin a aquello. No había futuro para un católico en la colonia de Virginia, así que debía irse.

No reveló las razones que le impulsaban a trasladarse a la orilla oriental.

–Quiero ir adonde se puedan coger más ostras -dijo-. El comercio con los indios que viven al otro lado de la bahía podría ser beneficioso para Virginia.

Una tras otra, expuso sus falsas razones, y, al final, los gobernadores de la colonia le concedieron su permiso.

–Será beneficioso para nosotros tener una avanzadilla firmemente instalada en la costa oriental.

Así, pues, en mayo de 1611 se levantaba todos los días antes de amanecer con objeto de cortar las planchas de madera necesarias para la embarcación que había imaginado. Samuel Dwight, carpintero naval, que había llegado en uno de los barcos de rescate, dio a Steed varios consejos prácticos.

–Para estas aguas poco profundas, hazlo de fondo liso. Además, es más fácil cuando no se sabe construir una quilla. Un mástil es todo lo que un hombre solo puede manejar, y debe ser bajo. Proa afilada para la exploración, popa recta para mayor estabilidad. Y orzas de deriva para mntenerlo en el viento.

–¿Qué son orzas de deriva? – preguntó Steed.

–Cuando hayas acabado de construirlo, te lo diré.

Steed tardó cuatro semanas, con la esporádica ayuda del señor Dwight, en construir su pequeña embarcación. Tenía solamente cinco metros de largo, pero era sólida y, aunque el irregular acabado de las planchas dejaba entrar agua en una cantidad tal que no tardaría en hundirla, un buen calafateado lo arreglaría. Fue botada el último día de junio, y, mientras se mecía en las plácidas aguas del James, Steed preguntó a su carpintero:

–¿Qué tipo de embarcación es?

Y el recién llegado respondió:

–*Bateau* -y mostró cómo debían atarse las orzas.

Se trataba de dos planchas ovaladas de madera, sujetas mediante pivotes en la parte central y exterior de la embarcación, una a estribor y la otra a babor. Mediante unas cuerdas convenientemente colocadas podían ser descendidas al agua o levantadas, y su finalidad era contrarrestar la normal desviación lateral de un velero. Constituían, en resumen, un inteligente y práctico sucedáneo de una quilla fija, y funcionaban. Dominaban el aspecto de la embarcación, semejantes a

dos aletas de un pez, pero el carpintero Dwight dijo de ellas, aprobadoramente:

–Te resultarán muy valiosas en la bahía. Recuerda: cuando el viento sople por la amura de estribor, baja la orza de babor. Y cuando sople de babor, baja la de estribor.

Steed dijo que creía poder manejar la embarcación.

Acumuló en ella los objetos que había recogido de los infortunados que habían muerto durante la época de hambre, con especial atención a las hachas, cuchillos, pólvora y clavos. Salió de Jamestown con un barril de alimentos secos, un par de fuertes pantalones de repuesto y tres camisas de lana. No tenía medicinas, herramientas pequeñas, ni agujas para coser, y sólo dos cuchillos, tres tenedores, cuatro cucharas y un par de pistolas. Pero no albergaba la más mínima duda de que podía ocupar su isla, y dominarla, y convertirla en una industriosa parte del imperio. El 12 de junio de 1611, emprendió la marcha, y, como no había viento, remó todo el día a lo largo del James.

Sus flamantes orzas no le servían de nada, pero las manos no tardaron en cubrírsele de ampollas.

Sin embargo, el 13 de junio, comenzó a soplar una leve brisa aguas abajo del James, e izó su vela. Como el viento soplaba directamente desde popa, seguía sin necesitar hacer uso de las orzas, pero el tercer día, cuando se aproximaba ya a la bahía propiamente dicha, se levantó desde el Noroeste un fuerte viento que desvió su embarcación hacia babor, por lo que dejó caer la orza de estribor y notó cómo la embarcación rectificaba el rumbo.

–¡El carpintero Dwight sabía lo que hacía! – exclamó jubiloso, mientras el viento le impulsaba hacia delante, y permaneció todo el día admirando la lancha que había construido.

Las aguas de la bahía comenzaron ahora a hacérsele familiares, y pudo identificar los ríos de la orilla occidental -York, Rappahannock, Potomac-, y cuando alcanzó el Patuxent, comprendió que había llegado el momento de empezar a virar hacia el Este para enfilar la entrada del Choptank y dirigirse a la isla que buscaba.

El día en que se aproximó al extremo occidental era el más largo del año, y decidió no atracar aquella noche, porque le resultaba imposible predecir la reacción de los en otro tiempo pacíficos indios choptank. De

una cosa estaba seguro: prefería estar allí antes que en ningún otro lugar del mundo. Aquél sería su imperio; allí viviría conforme a los principios de sus padres. Cuando llegó la largamente esperada noche, y los contornos de la isla fueron difuminándose hasta no existir más que en su mente, pronunció una oración:

–Divino Guía que me has traído aquí, permíteme entrar a salvo en mi isla y vivir en ella conforme a tu ley.

No podía dormir. Permaneció toda la noche sentado en su lancha, mirando en dirección a tierra, y, a eso de las cuatro, cuando empezó a clarear el alba y su isla se alzó entre la neblina como un resguardado santuario, lanzó un grito de júbilo y dirigió su lancha en torno a la costa Norte y entró en el río cuya presencia había advertido tres años antes. Mientras navegaba por sus claras y profundas aguas y veía los imponentes árboles alineados a lo largo de las orillas como cortesanos que dieran la bienvenida a un rey, movió gravemente la cabeza y anunció:

–Ésta es la isla de Devon, propiedad de los Steed, y lo seguirá siendo siempre.

Fondeó en el riachuelo y saltó a tierra. Después de explorar la zona, encontró un altozano en el que había sólo unos pocos árboles y que disponía de espacio cubierto suficiente en el que construir una choza desde la que podría vigilar el río y su embarcación. Con la buena suerte que acompaña a quienes aman la tierra, había hallado el lugar mejor para edificar su casa, y, con el paso de los días, tras haber limpiado la maleza, tuvo la seguridad de haber elegido bien.

Trabajaba desde el alba hasta el crepúsculo, día tras día, cogiendo peces y cangrejos para comer y observando las bayas y nogales para su posterior uso. Divisó varios venados. Había mapaches en abundancia, y tres garzas azules patrullaban la costa, cogiendo tantos peces, que pensó que él podría hacer lo mismo.

Con todos aquellos alimentos, reflexionó, ¿por qué padecíamos hambre en Tatnestown? Pero, nada más formular la pregunta, encontró la respuesta: porque los indios de Virginia eran hostiles y no nos permitían cazar ni pescar. Y se preguntó durante cuánto tiempo le defenderían sus mosquetes y sus balas si los indios choptank se tornaban hostiles.

Con tanto trabajo que hacer, no podía reflexionar en esa posibilidad, pero se abstuvo de desperdiciar munición. Se dirigió con su hacha a los bosques y empezó a derribar los pequeños árboles que necesitaría para su cabaña, y, cuando hubo construido la estructura, cortó ramas y las tejió entre los palos, como había visto hacer a los indios, pero el resultado fue muy tosco, y la lluvia entraba casi a raudales. Pero luego cogió cañas del río y las entrelazó con las ramas, y cuando las aplastó, como una mujer tensando hilos en un telar, tuvo una pared satisfactoria.

Ya podía explorar su isla, y encontró que era un lugar fascinante. Recurriendo a varios trucos de medición, calculó que tenía unas dos millas y cuarto de Este a Oeste, y una media de Norte a Sur, con un total de algo más de dos mil acres. Casi en su centro se hallaba cortada por el río y por una profunda bahía que se abría hacia el Sur, y las dos mitades eran suficientemente diferentes como para acomodar dos distintas clases de producción: ovejas al Oeste, maíz al Este. No tenía ninguna premonición de cuál iba a ser el verdadero tesoro de aquella tierra.

Hacía más de cuatro semanas que había ocupado la isla y no había visto ningún indio, ni tampoco rastro de ellos. No había aparecido ninguna canoa en el río, ni se había encendido ninguna hoguera. Trató de recordar cuánto camino habían recorrido hacia el Este él y el capitán Smith antes de encontrar el poblado de Patamoke, pero sus recuerdos eran muy vagos.

«¿Dónde pueden estar los indios?», pensó una mañana, mientras contemplaba el desierto río; no podía saber que se habían ido hacia el Este para escapar de los mosquitos.

Y entonces, hacia finales de setiembre, mientras se hallaba cortando árboles en el extremo oriental de la isla, vio tres canoas que avanzaban cautelosamente desde los blancos acantilados situados enfrente. No eran canoas de guerra, así que podían no estar buscando pelea; de hecho, parecían temerosos, pues al llegar a cosa de media milla de distancia de la isla, se detuvieron. Permanecieron allí todo el día, sin dar la menor muestra de sus intenciones, aunque tenían que haber visto a Steed. Finalmente, se retiraron.

Repitieron esto durante dos días, y, el tercero, Steed les hizo señales de que se acercaran, y, cuando estuvieron a menos de cien metros de la orilla, de tal modo que comenzaban ya a apreciarse las facciones de sus rostros, un hombre bajo y delgado gritó algo en un idioma que Steed no comprendió. Las canoas evolucionaban, dirigidas, al parecer, por instrucciones contradictorias, y, sin pensarIo, Steed dejó caer su hacha, se acercó al borde del agua y levantó las manos.

Las canoas se acercaron más, hasta que los rostros se individualizaron tanto que pudo ver que uno de los hombres tenía la barbilla partida. Nadie habló. Steed continuó mostrando las manos abiertas y señaló hacia la vacía extensión que se abría tras él, indicando que se encontraba solo. Los indios le miraban estólidamente, permanecieron así durante una media hora y, luego, se retiraron, remando corriente arriba en dirección a su poblado.

El cuarto día, aquello se repitió, y Steed sospechaba que el hombre de la barbilla partida quería desembarcar, pero que los hombres de su canoa le retenían.

El quinto día, Steed continuó con su trabajo, observando las canoas con el rabillo del ojo, pero, una vez más, los indios se mantuvieron apartados y se retiraron antes del anochecer. Juzgó que a la mañana siguiente sucedería algo concreto y preparó sus hachas y sus pistolas. Aquella noche, cuando el sol se ocultó en el horizonte y una oscuridad más profunda que de ordinario envolvió la isla, recordó las escenas de tortura que había presenciado y la mortal lucha entablada en la costa occidental y rogó:

–¡Oh, Dios, haz que mis indios vengan en son de paz!

No podía dormir. Su cabaña parecía insoportablemente opresiva, y salió de ella para sentarse en un tronco, mirando fijamente la oscuridad y preguntándose qué se vería obligado a hacer al día siguiente, y cuando los primeros fulgores del alba iluminaron el cielo por el Este decidió permanecer en su cabaña, como un verdadero jefe, y esperar que los indios fueran hasta él. Amaneció, y no ocurrió nada. Durante la mañana, hicieron su aparición los zumbadores insectos, pero no hubo ningún visitante. Llegó el mediodía, trayendo consigo una inmensa quietud, que acalló incluso el susurro de las hojas de los árboles más altos, y luego, cuando el sol había comenzado ya su

descenso, vio entrar en su río cuatro canoas, y en la proa de la primera de ellas se alzaba el corpulento indio de las tres plumas de pavo con el que habían estado el capitán Smith y él.

Al aproximarse las canoas a su indefensa lancha, el corazón empezó a latirle violentamente en el pecho; si querían, los indios podían hundírsela y dejarle impotente. Pasaron de largo ante ella y llegaron al fondeadero que él había preparado. El hombre de la barbilla hendida saltó primero y precedió al jefe, que parecía más corpulento aún, mientras se aproximaba en aquella crucial visita.

Cuando el gigante llegaba ya a la cabaña, Steed se levantó, extendió las dos manos, con las palmas hacia arriba para demostrar que estaban vacías. El indio las observó, extendió también las suyas y buscó con la mirada un lugar en que sentarse. Steed le hizo seña de que pasara adentro, y permanecieron hablando durante más de una hora. Ninguno de los dos conocía una sola palabra del idioma del otro, pero hablaron de ciervos, que eran abundantes, y de ostras, que eran buenas cuando estaban secas, y de la entretejida pared que Steed había construido. El indio la examinó apreciativamente y mostró a sus acompañantes que no podía atravesarla con el dedo. Manifestaron extraordinario interés por sus herramientas, y Steed les enseñó las hachas, con sus aguzados filos. Cogió una de las pistolas y explicó laboriosamente su cargado y preparación. Después, condujo afuera al corpulento indio y esperó a que pasaran unas palomas; extremando las precauciones y conteniendo el aliento para afinar la puntería, disparó. Una paloma cayó no lejos del jefe, que mandó al hombre de la barbilla cortada a buscarla.

–¿Cómo ha ocurrido tal cosa? – preguntó con gestos, y Steed se lo explicó.

Pero, por extraordinaria que resultara la pistola, era la lancha lo que obsesionaba al gigantesco jefe, y preguntó si podía examinarla. La visita se había desarrollado tan amistosamente, que Steed estaba dispuesto a creer que aquellos indios eran exactamente igual que antes: no habían sido contaminados por las guerras de los potomacs. Así, pues, llevó al alto jefe hasta el lugar en que estaba amarrada la lancha, y cuatro de los indios subieron a bordo. Querían saber cómo funcionaba la vela, que yacía en el fondo, y qué eran las ovaladas orzas; la longitud de los remos les dejaba perplejos, pero siempre volvían a la

vela. Luego, empezó una misteriosa operación repetida muchas veces: el jefe tocaba la vela y tocaba luego la cara de Steed, y el inglés no podía sacar nada en limpio de sus gestos. Pero, finalmente, comprendió que el indio estaba comparando la blancura de la vela y la de la cara.

–Sí -afirmó Steed-. Una vela siempre es blanca.

Y la izó a lo alto del mástil y mostró a los indios cómo levar el ancla, y cuando sopló una ligera brisa, la lancha y sus cinco pasajeros se deslizaron por el río.

El ver así a su jefe arrebatado alarmó a los indios que permanecían en la orilla, y se elevó un clamor que el jefe silenció con un gesto. Examinó luego la blancura de la vela, y Steed vio que estaba llorando por algún profundo e intenso recuerdo.

Cuando Steed tuvo la certeza de que eran posibles unas relaciones amistosas, indicó que quería pagar a la tribu por la tierra que estaba ocupando. Se formó una ceremoniosa procesión -la lancha que llevaba a Steed y al corpulento jefe, seguida por las cuatro canoas-, que remontó el río hasta el poblado de Patamoke, donde el joven *werowance* fue informado de todo lo que había ocurrido en la isla. Se redactó una escritura, con fecha 10 de octubre de 1611, que fue firmada por Steed, el cual mostró al *werowance* cómo estampar su signo. El alto jefe hizo otro tanto, así como el hombrecillo de la barbilla cortada. Luego entregó al *werowance* una hacha, una hachuela, las telas que había podido reunir y siete clavos. Había dado una buena parte de sus riquezas a cambio de una isla que los indios no sólo no necesitaban, sino que nunca habían utilizado.

Y, cuando el papel fue doblado, y fumadas las largas pipas de barro, hizo más. Por medio de señas, les prometió que, cuando quedara establecido el comercio, les daría más regalos, e insistió en ello porque el pacto le había reportado algo más de cuatro mil acres, la mitad en la isla y la otra mitad en la orilla de enfrente, y parte de la mejor tierra que se extendía a lo largo del río. Con aquel tratado quedaban también resueltos sus problemas inmediatos de subsistencia, pues recibía una ilimitada provisión de verduras y podía dormir por las noches sin ser molestado.

Pero lo que galvanizó su imaginación fue algo que vio cuando ya se disponía a marcharse: en el rincón de la casa alargada había un fardo

de pieles de castor, y, cuando preguntó de dónde procedían, el *werowance* señaló hacia el Sur, indicando que en las tierras pantanosas que se extendían al otro lado del río había una enorme abundancia de castores.

Steed comprendió entonces lo que debía hacer: debía convencer a los indios para que llevaran muchas pieles a cambio de futuros privilegios comerciales; él las entregaría en Jamestown, donde las adquirían navíos procedentes de Inglaterra. El resultado sería un ininterrumpido torrente de hachas, telas, escopetas y clavos, con un generoso beneficio para él en todas las transacciones. Sus antepasados de Inglaterra, que se remontaban hasta el siglo xiii, se habrían sentido mortificados al pensar que Steed se disponía a dedicarse al comercio -cosa que le estaba vedada a un caballero-, pero Edmund racionalizaba que ninguno de ellos había intentado colonizar un territorio virgen. Se convertiría en el mejor comerciante de la colonia.

Pero, al igual que el capitán Smith a orillas del York, no acertó a ver lo que constituiría la verdadera base de su riqueza. Mientras cargaba en su lancha las pieles de castor, no advirtió que en el otro rincón de la larga casa el *werowance* tenía otro tesoro: un montón de las mejores hojas de tabaco. Los caballeros ingleses que emigraban al Nuevo Mando no aprendían con mucha rapidez; eran sorprendentemente lentos para adquirir los conocimientos que necesitaban, como fertilizar el maíz con pescado o alimentarse de ostras cuando faltaba la carne, pero cuando, finalmente, aprendían algo, se aferraban desesperadamente a ello y lo mejoraban: Edmund Steed había aprendido a acumular pieles de castor.

Pero había una cuestión que los choptanks no le resolvían, la que turbaría a todas las colonias europeas en el Nuevo Mundo: ¿dónde encontrarían mujeres los hombres que luchaban contra la selva? Cada nación resolvía este vital problema según sus tradiciones. En Canadá, los pioneros franceses estaban ya tomando desposadas indias. En México, al Sur, donde se había desarrollado una floreciente civilización, los españoles habían adoptado dos soluciones: unos se casaban con aztecas, otros mandaban traer amigas de la infancia. En Brasil los portugueses, encontrando incompatibles las indias de la selva, eligieron mujeres negras que habían sido importadas de África como esclavas. Y

en Virginia, los enérgicos ingleses no hicieron nada hasta que astutos capitanes de barco transportaron hasta allí cargamentos enteros de mujeres londinenses, que eran vendidas a cambio del precio de su pasaje, más un beneficio no revelado.

Edmund Steed, de treinta y dos años a la sazón, nunca habría pensado en llevar a su cabaña una muchacha india. Un caballero inglés se casaba con una dama inglesa, preferiblemente de su propio condado y religión, y si no encontraba ninguna, el caballero podría esperar hasta los treinta y cinco años o, incluso, cuarenta. Steed pensaba que cuando llevara sus pieles de castor al Jamestown sería el momento de pensar en comprar una novia, pero hasta entonces se sentía contento de vivir solo.

No realmente contento, no realmente solo. El corpulento jefe, habiendo observado su soledad, esperó un día en que él y Steed regateaban con chapurreadas palabras el precio de un montón de pieles, y, cuando la transacción quedó ultimada y se hubieron marchado los demás indios, llamó a alguien. Desde detrás de las cañas que había al extremo del *wigwam,* apareció una muchacha de diecisiete años que vestía una suave piel de ciervo y llevaba cascaras de nuez en el pelo. Steed reconoció en ella a la niña que había visto en aquel primer viaje al Choptank, e incluso recordó su nombre, Tciblento, aunque en su primera entrevista lo había entendido mal.

–Ella te acompañará a la isla -anunció el canoso jefe-. Ha sido reservada para este momento.

La hermosa muchacha mantenía los ojos bajos y no miraba al huésped de su padre, pero era evidente su ansiedad por visitar la isla. Steed enrojeció y rechazó el ofrecimiento con una cuidadosa atención al protocolo: aquello constituía un honor para él; la muchacha era hermosa; la amistad del jefe lo significaba todo. Y algo en su forma de hablar hizo comprender a la muchacha que estaba siendo rechazada, y sus esbeltos hombros cayeron desmadejados como los pétalos de una flor abandonada al sol.

Su padre no aceptaba esta decisión; en agitadas palabras explicó que sus dos hijos estaban casados con doncellas choptank, pero que él siempre había esperado que Tciblento pudiera desposarse con un susquehannock digno de ella. Pero esto no había sucedido. Terminó con

los ojos próximos a los de Steed, suplicándole que aceptara a aquella muchacha, y cuando el hombre de Oxford indicó, con su ademán, ya que no con palabras, que nunca podría casarse con una india, el hombre dijo:

–Yo esperaba una buena oportunidad, y confiaba en que, cuando llegase la Gran Canoa…

–¿Qué es la Gran Canoa? – preguntó Steed.

–Llegó hace mucho tiempo, y sabíamos que volvería. Esperamos. Formó una vela con los dedos.

–¿Te refieres a nuestro barco?

–Sí, sabíamos que vendríais.

No dijo más, pero insistió en la cuestión de su hija.

–Es una buena muchacha. Cocina, atrapa castores, sabe dónde están las ostras y los cangrejos.

Steed estaba azorado. Era indigno de un jefe ofrecer de aquella manera a su hija, y para un inglés sería repugnante aceptarla. Dijo firmemente:

–No. No puede venir.

La muchacha no lloró ni echó a correr; se quedó mirando a Steed con sus grandes y oscuros ojos, como diciendo: «Señor, ¡qué error tan grande comete!»

Pentaquod, herida su dignidad por lo que estaba sucediendo, consideró que debía mostrar al inglés el carácter de un guerrero susquehannock. Llamando al nombre de la barbilla cortada, le ordenó que designara dos hombres choptank para acompañar a Steed a la isla y establecer allí sus hogares, ayudándole en todas las cosas. Cada uno de los hombres llevó una mujer y construyó un *wigwam,* con lo que Devon quedó debidamente colonizada.

Pero esto no era solución para Steed; seguía careciendo de esposa, y, al aproximarse, en 1614, el momento de cargar su lancha con pieles de castor y regresar a Jamestown, comenzó a sentir una creciente excitación. Pensaba: uno de los barcos que vienen a comerciar traería seguramente un cargamento de mujeres. Quizás encontrara una cuyo precio de pasaje pudiese pagar. Pero, tras reflexionar unos instantes, comprendió que, si habían llegado mujeres, habrían sido ya acaparadas

por los colonos locales; sus probabilidades de encontrar una esposa no serían muy grandes.

Por consiguiente, escribió una carta dirigida a su padre, sin saber siquiera si Sir Fairleigh continuaba vivo:

Querido padre:

Estoy establecido en una isla resplandeciente, rica en todas las cosas, y me dispongo a construir una finca de la que te sentirías orgulloso. Pero estoy rodeado exclusivamente de salvajes, y necesito urgentemente una esposa. ¿Querrás indagar cerca de tus amigos de Berks si hay una mujer de educación católica y buena familia, que no carezca de instrucción, y que quiera unirse a mí en esta empresa? Si es así, te ruego que concientes su pasaje a Jamestown, donde rembolsaré al capitán del barco que ella tome.

Edmund

Doblando cuidadosamente la carta, la metió entre las pieles de castor, desamarró la lancha y, con sus dos indios como tripulación, emprendió la marcha hacia Jamestown.

Edmund

Fue una larga y plácida travesía, durante la cual pudo saborear por primera vez la belleza de la bahía de Chesapeake y verla como la espléndida extensión de agua que era, sin los apremios de la exploración o la huida. Permanecía recostado, con la caña del timón sujeta bajo la rodilla, sin más obligación que dar instrucciones a los indios cuando quería navegar de bolina; les encantaba esta maniobra cuando giraba el botalón y la vela se hinchaba desde la cuadra opuesta y eran levantadas las orzas. Era un juego que nunca aburría aquél de navegar cara al viento, sometiéndolo a su voluntad. A veces, los indios pedían a Steed que les dejase supervisar la maniobra, y uno de ellos tomaba la caña del timón, observaba el viento y la vela y gritaba con voz potente: «¡Preparado a ceñir! ¡Orza todo!», y el otro giraba el botalón y accionaba las cuerdas. Luego, los dos sonreían.

Mientras navegaba por el fondo de la bahía, Steed no sintió ninguna emoción especial, pero cuando su embarcación enfiló hacia la punta que guardaba la desembocadura del James, empezó a dominarle la tensión, pues allí había pasado algunos de los días más excitantes de su vida: su defensa del capitán Smith cuando la chusma había querido

colgarle; su huida de los sanguinarios indios que habían desollado a su compañero; su mágica supervivencia de la época de hambre, en la que perecieron dieciocho de sus compañeros más íntimos; y, lo más memorable de todo, la sensación de haber contribuido a la fundación de una pequeña colonia en una nueva tierra.

Ahora no era una colonia tan pequeña; grandes navíos llegaban de Inglaterra con todas las mercancías que los primeros colonos habían ansiado, y donde en otro tiempo sólo había hombres refugiados en el interior de una empalizada, había ahora mujeres que se unían a ellos para formar familias instaladas en hogares separados.

Al atracar en el muelle, que se prolongaba ahora sobre las aguas del río, Steed quedó cautivado por la presencia de las mujeres; hacía muchos años que no veía inglesas y casi había olvidado la gracia con que se movían, la caída de sus gruesas faldas y la forma en que se anudaban trozos de tela en torno al cuello. Eran para él algo mágico un recuerdo de todo a lo que había renunciado al huir a su isla y se sintió lleno de un hambre que había de decidir todo lo que haría en aquel viaje.

Había un navío en el río, el *Victorious,* de Bristol, y su capitán, Henry Hackett, se sintió excitado al ver los fardos de pieles de castor.

–Me llevaré todas las que traiga, Steed -gruñó-. ¿Y qué es eso de popa? ¿Raíz de sasafrás? Me lo llevo también.

Era una raíz muy apreciada para destilaciones y para hacer infusiones destinadas al tratamiento de pequeñas fiebres. Pero lo que más entusiasmó a Hackett fueron las dos pequeñas cubetas en que Steed había almacenado sus huevas saladas de esturión.

–¡Caviar! – gritó el capitán-. Me llevaré veinte cubas. En Londres hay gran demanda de huevas de pescado. Se ponen rancias con facilidad, pero vale la pena correr el riesgo.

A cambio de aquella extraña colección de mercancías, el capitán Hackett ofreció a Steed una selección de hachas, sierras, clavos, habichuelas secas, tocino, una brújula, paquetes de papel de cartas, tinta y una docena de libros encuadernados en cuero. Eligió sólo después de meticulosos cálculos, como hacía un niño cuando le ofrecían caramelos en la quinta, y cuando hubo terminado el capitán dijo:

–Hubiera debido estar aquí para elegir hace dos semanas.

–¿Qué es lo que tenía entonces?

–Novias.

–¿Mujeres? ¿Mujeres inglesas?

–Y varias holandesas. Con su crédito, podría haberse comprado una belleza.

–¿Traerá más?

–Desde luego.

–¿Querrá entregarle la carta a mi padre?

Rebuscó entre las pieles de castor y sacó el cuidadosamente redactado mensaje. Al dárselo al capitán, explicó:

–Le pido a mi padre que me elija una novia y la mande aquí en su barco.

–Si paga su pasaje, la llevaré hasta las puertas del mismísimo infierno.

–Le pagaré en pieles de castor -aceptó Steed, temblando de excitación-. ¿Cuándo volverá?

–Probablemente en noviembre, si tenemos buenos vientos.

–Eso espero -dijo con fervor Steed-. Espero que los vientos sean buenos.

Cuando las transacciones quedaron ultimadas, y cargada la lancha, invitó a sus dos ayudantes indios a subir a bordo del barco inglés, para que vieran por sí mismos lo poderoso que era. Con lentos y graves movimientos, los dos menudos choptanks iban de un lado a otro, sin tocar nada, sin hablar; pero cuando llegaron adonde se encontraban los restos de las piezas de tela de brillantes colores que había transportado el barco, su codicia se tornó incontrolable, y cada uno de ellos cogió una brazada.

–¡Eh! – protestó un marinero-. No os podéis llevar eso.

Valiéndose de señas, explicó que debían dar algo a cambio, y ellos, también por señas, indicaron que no tenían nada.

–Pues traed algo -dijo.

Los indios se precipitaron a la barandilla y le gritaron a Steed en choptank:

–¡Señor, tenemos que coger telas! Cuando él les preguntó por qué, respondieron:

–Como regalo para nuestras mujeres.

Sin reflexionar, les echó una de las hachas, y los indios se la llevaron a los marineros, que les dieron las telas que deseaban. Y, mientras bajaban a la lancha, felices y parloteando entre ellos con las telas en los brazos, Steed se dio cuenta de que entre todas las cosas que había comprado no había ninguna destinada a una mujer, y se sintió desolado.

Para sorpresa de los indios, no levó anclas. Sin muchas ganas de partir, se dirigió a tierra, a casa de un hombre con el que había trabado amistad durante la época de hambre; tres años antes, el hombre había comprado una esposa de las primeras transportadas desde Inglaterra, y tenía ya dos hijos y otro en camino. Steed no podía apartar la vista de ella, pues le parecía la mujer más hermosa que había visto jamás, tal era la gracia con que se movía y sonreía. En Inglaterra no la habría considerado ni siquiera guapa; su madre había sido una gran belleza, y sabía distinguir, pero aquella mujer tenía una majestad que ninguna belleza P°día igualar. Le recordaba a una estatua que había visto en Oxford, sólida, pulcra y Perfectamente armonizada con su medio ambiente, y, aunque no se había abordado el tema, preguntó de pronto:

–¿Se ha quedado viuda alguna de las mujeres que vinieron con usted en el barco?

Ella no rió.

–No -respondió-, todas nos casamos antes de que pasaran dos días, y continuamos casadas.

No se habló más del asunto, y al poco rato llegó a la casa un malencarado alguacil para avisar a Steed que los marineros del barco inglés le habían dado whisky a uno de sus indios, y el hombre se estaba portando de forma alborotada. Steed salió apresuradamente y encontró al indio con el rostro congestionado, sudoroso y perdido el dominio de sí mismo.

Había insistido en saltar al río para tocar los costados del barco, y por dos veces había sido sacado del agua medio ahogado, pero seguía dispuesto a intentarlo otra vez.

–¡Asquas! – gritó Steed-. ¡Échate!

El pequeño nadador miró a Steed con ojos vacilantes, reconoció en él a su señor y se derrumbó en el fondo de la lancha, donde permaneció inmóvil durante toda la noche. Steed, consciente de que debía

abandonar Jamestown al día siguiente, se quedó a bordo, pero no pudo dormir. Se pasó casi toda la noche acodado en las hiladas, mirando la tosca colección de cabanas que representaban al mundo civilizado. Se imaginaba a sí mismo volviendo allí una y otra vez.

–¡Oh Dios -exclamó de pronto-, ojalá fuese noviembre!

Por la mañana se presentó a los gobernadores de Jamestown, notificándoles que regresaba a la isla. Les dio un informe completo sobre las tribus indias de aquella región y sobre los objetos y artículos que llevaría en sus siguientes viajes. Le preguntaron qué diferencia existía entre la orilla occidental de la bahía y la oriental, y él respondió:

–La occidental es más vigorosa en todos los aspectos. Vuestros indios son guerreros y vuestra tierra excitable, vuestros ríos son importantes y vuestros árboles más altos. Algún día, Jamestown será una nueva Jerusalén, y Virginia, una nación por derecho propio. En la orilla oriental las cosas son más sosegadas. No hay guerra ni excitación, y nunca tendremos allí una Jerusalén, ni tampoco un Londres. Nuestros indios son pequeños y rehuyen la guerra. No tenemos grandes riquezas, y nuestros mosquitos son el doble de grandes que los vuestros y tres veces más feroces.

Vaciló y, luego, añadió:

–En vuestra orilla occidental redoblan los tambores, pero en la orilla oriental sólo oímos los ecos.

Fue por entonces cuando nació la costumbre de aludir a la orilla oriental con mayúsculas, como si fuese un lugar especial; este tributo no se rindió nunca a la orilla occidental.

Al salir del edificio en que le habían interrogado los magistrados, oyó un alboroto al otro extremo del poblado, y sospechó que tal vez se hubieran emborrachado de nuevo sus choptanks, pero el escándalo procedía de una atractiva y bien desarrollada muchacha rubia, que se hallaba enzarzada en una riña pública con su marido, mucho más viejo que ella.

Él se esforzaba por calmarla, pero ella seguía gritando:

–¡No me quedaré!

Y le dio un empujón. En su decisión de escapar a la amenaza que él le planteaba, echó a correr por el polvoriento sendero que hacía las veces de calle, agitando las enaguas y ocasionando un tumulto.

Al aproximarse al edificio del consejo ante cuya puerta se hallaba Steed, dio media vuelta para dirigirse a la gente:

–Me lleva varias millas río arriba hasta un asqueroso establo rodeado de feroces indios. No quiero.

Con fuertes gritos, pidió ayuda a la multitud, pero una mujer tocada con un pañuelo rojo, recientemente llegada también de Inglaterra, le respondió como una pescadora:

–¡Vuelve, so zorra! ¡Sé una esposa decente!

–¡No volveré! – gritó ella, apartando a su marido-. Me mintió. No hay granja. No tiene lancha propia. No hay más que indios.

La mujer del pañuelo exclamó:

–No es ningún paraíso para ninguna de nosotras. Pero es mejor que lo que tú conocías.

–¡Mentira! – gritó la iracunda esposa-. En Londres vivía en una casa decente, no en una choza de hierba.

–En la cárcel vivías -replicó la otra.

Y podría haberse producido una pelea entre ambas, si la fugitiva no hubiera reparado entonces en la presencia de Steed en el umbral, mirándola con curiosa intensidad. Como parecía dirigirse hacia la lancha amarrada en el muelle, recurrió a él.

–¿Eres tú Steed, el de la isla? – preguntó atrevidamente,

–Sí.

–Y ésa es tu lancha, ¿no?

–Sí.

–¡Oh, llévame contigo! – rogó ella-. ¡Llévame!

Y se aferró a él con tales muestras de angustia, que Steed no pudo desprenderse, aunque su marido se adelantaba ya para reclamarla.

–Ven a casa, Meg -suplicó su marido.

Componía una patética figura, un achaparrado campesino que debía de haber trabajado duramente en algún condado rural inglés y más duramente aún en Virginia. Llevaba unos gruesos y remendados pantalones de confección casera, una tosca camisa de lana y zapatos que algún inepto zapatero había fabricado con un trozo de piel de vaca. Tendría unos treinta y tantos años y era el tipo de trabajador rural que Steed conocía y apreciaba desde hacía tiempo.

–Soy Simón Janney -dijo-. Es mía, y debe usted devolvérmela.

–Desde luego -respondió Steed-. No es mía en absoluto, es suya.

–¡No lo soy! – gritó la mujer, poniéndose delante de Steed para enfrentarse al hombre que Edmund había supuesto que era su marido-. No estamos casados aún, ni lo estaremos jamás.

–¿No es tu esposa? – preguntó Steed, asomando la cabeza tras los rizos de la muchacha.

–La pagué el pasaje -repuso Janney.

–Y me llevó a su pocilga. Puede recuperar su dinero.

–¿Cómo? – preguntó la mujer del pañuelo rojo.

Desesperada, la fugitiva se separó de Steed, abrió los brazos en gesto de suplica y preguntó a la multitud:

–¿Nadie quiere pagar mi pasaje?

Un sorprendido silencio acogió esta extraordinaria propuesta. Luego, Steed dijo:

–Yo lo haré.

Se encontraba cerca de Simón Janney al decir esto, y oyó cómo el campesino contenía el aliento.

–No debe hacerlo, Mr. Steed. Ella va a ser mi esposa.

Hablaba estólidamente, como si tratara de proteger una oveja valiosa.

–¡Nunca! – gritó ella.

–Amigo Steed -vociferó la otra mujer-, no se enrede con ésa. María, del barco, puede hablarle de ella.

La rubia giró en redondo para enfrentarse a su acusadora, y el rápido movimiento de su ampuloso cuerpo transmitió a Steed una excitación que nunca había experimentado; era como si una poderosa diosa se volviera para protegerse.

–Trae aquí a María -dijo con amenazadora suavidad-, y yo me ocuparé de ella.

Cogió a Steed de la mano, atrayéndole hacia sí, y él, sintiendo por primera vez la presión del cuerpo sexualmente poderoso de una mujer, le estrechó la mano. Y, con ese gesto, se comprometió plenamente.

–Amigo Janney -dijo, con tono persuasivo-, déjala marchar. Nunca será tuya.

–Tiene que serlo -repuso el obstinado granjero.

Su colorado rostro, con barba de tres días, delataba su aflicción, y Steed sintió lástima hacia él. Pero entonces Janney murmuró como un campesino:

–Yo pagué por ella.

–Te pagaré otro tanto, y más. Necesito una esposa en mi isla.

Esta sencilla declaración de necesidad reverberó a través de la multitud, y todos los que habían aguardado la llegada de los buques que traían futuras esposas comprendieron, pero la confesión produjo su máximo efecto en la mujer. Soltándole la mano, le pasó dulcemente el brazo por la cintura, y él experimentó una sensación de vértigo y tartamudeó:

–Nos casaremos hoy.

–¡Oh, no! – exclamó ella, retirando el brazo-. Primero tengo que ver la isla. No quiero más pocilgas.

–¡No te enredes con ella, Steed! – advirtió de nuevo la otra mujer.

–No puedo pagarte ahora -explicó Steed a Janney-, pero la próxima vez que traiga mis mercancías, lo primero que haré será pagarte.

–Él pagó siete libras -informó la rubia.

–Entonces le daré ocho.

–Pero tiene que ser mi esposa -repitió Janney.

Era como un achaparrado roble dañado por descuidados arados, pero firmemente arraigado aún en la tierra.

–Nunca lo será -dijo Steed, y condujo a Meg Shipton a su lancha.

La pareja llegó a Devon en junio de 1614. Él, de treinta y dos años; ella, de veinticinco. En el momento de desembarcar, él no había besado nunca a ninguna mujer más que a su madre; había estado demasiado ocupado definiendo su relación con Dios en Inglaterra y con los indios en Virginia; pero ella llevaba ya unos catorce años dedicada a besar hombres, y mientras cruzaban la bahía había desarrollado una intensa curiosidad por cómo resultarían las cosas cuando, finalmente, se metiese en la cama con Mr. Steed.

Pero hubo de esperar cuando él le pidió que contemplase la tierra adonde la llevaba: los florecientes campos, los árboles, los pájaros.

–¿Hay indios? – preguntó ella aprensivamente.

Steed señaló hacia los dos que en aquellos momentos amarraban la lancha.

–Y sus mujeres estarán aquí para ayudarte -le aseguró, indicando los pequeños *wigwams* que se levantaban junto al suyo-. Son buena gente -empezó expansivamente.

Pero, de pronto, perdió el ánimo y le cogió las manos.

–Mi casa también es una pocilga. Te necesito, Meg.

Ella le apretó los dedos. Era tan cortés, que podía dar crédito a lo que las otras le habían dicho en Jamestown: que era de Oxford y que su familia le había echado por causa de alguna trivial disputa. Había mostrado gran valentía durante la época de hambre, le dijeron, y por dos veces había escapado a la muerte a manos de los indios. Pero había algún misterio en él, ¿por qué, si no, había de buscar una isla? Viendo su ansiedad por agradar y percibiendo su dulzura, casi se enamoró de él, pero su instinto le previno contra semejante locura. Primero, debía inspeccionar la isla y determinar qué se proponía hacer con ella y si tenía los fondos necesarios para abrir nuevos campos y construir una verdadera casa. Reconocía su obligación de compensarle por el pago de su pasaje, pero lo haría a su propia y experta manera. La verdad era que ardía en deseos de empezar.

Pero cuando llegaron a su *wigwam,* una patética estructura de ramas y hierbas entrelazadas, ella se vio impedida de entrar por la llegada de las dos esposas indias que portaban cestos de verduras y culebreantes cangrejos. Propusieron enseñarla a cocinar platos indios, arte por el que ella no sentía el más mínimo interés, y, después de varias horas invertidas en trivialidades domésticas, exclamó:

–Haz que se larguen, y vámonos a la cama.

Las palabras intimidaron a Steed, pues había imaginado de forma muy distinta la primera vez que se acostase con una mujer, con copiosas muestras de la poesía que había adquirido en Oxford, pero como la mayoría estaban en latín, no podrían haberle sido de mucha utilidad práctica. Fueron despedidas las indias, y los potenciales esposos se quedaron solos.

–Es un lugar horrible -dijo ella, hundiendo el dedo en la pared de hierbas-, pero no es ninguna pocilga.

Se despojó diestramente de sus ropas y luego, viendo que él no hacía ademán de imitarla, dijo, con tono de reproche:

–Vamos, adelante.

Y le atrajo al lecho de paja; sabía por larga práctica cómo manejar a un amante como aquél.

Pero cuando llegó la mañana, saltó aterrorizada del tosco lecho.

–Santo Dios, ¿qué es eso?

Era la garza azul lanzando su horrible y, sin embargo, tranquilizador grito.

–Los indios le llaman Pescador Patilargo -murmuró, riéndose dulcemente de su susto.

La noche pasada con ella había constituido una jubilosa experiencia, y alargó la mano para coger una de sus largas y hermosas piernas y atraerla de nuevo hacia sí.

–Tenemos trabajo que hacer -le reprendió ella, y los dieciséis meses siguientes fueron una revelación.

Meg Shipton, criada en sórdidas viviendas en Londres, se dedicó a la isla como si hubiera nacido en una granja. Sudó para ayudar a arar los campos de los que dependía la riqueza de aquella empresa$_5$ y su piel se ennegreció de cuidar las hogueras que consumían la corteza de los altos árboles que había que talar en los campos. Adquirió una gran habilidad para coger cangrejos y ostras y llegó a disfrutar con las dos mujeres indias, que le enseñaban sus recetas, como la del maíz molido:

–Señora, pones maíz en agua caliente mezclada con cenizas de madera. La lejía se lleva la cascara amarilla, dejando sólo el interior blanco. Es delicioso frito en grasa de venado.

Y, sin embargo, pese a todo el trabajo que hacía voluntariamente y al entusiasmo con que ayudaba a Steed a construir una verdadera casa, se mostraba algo reservada en sus relaciones con él; gozaban desenfrenadamente en el lecho, pero él percibía que le profesaba una especie de desprecio. Hablaban mucho, pero ella parecía estar siempre riéndose de él, y Steed tenía la impresión de que se comportaba amablemente con él sólo porque le debía algo. A menudo la sorprendía mirándole burlonamente, y trataba de averiguar en qué le había defraudado, pero siempre que abordaba este tema, ella se retraía y le sonreía con indulgencia. Mas a pesar de su evidente reserva hacia él, nunca le mortificó en la cama: él había accedido a comprarla, y era suya.

Al final del primer año, Meg informó a Steed de que estaba embarazada, y esto le estimuló a varias clases de actos:

–Tenemos que cruzar la bahía. No puedes tener un hijo hasta que te cases.

Ella respondió:

–Parece como si eso es lo que hubiera estado haciendo.

Y lo estaba haciendo bastante bien, con la ayuda de los consejos que estaba recibiendo de las mujeres enviadas por Pentaquod.

Fue entonces cuando Steed comenzó a construir frenéticamente un edificio, que no era una casa ni un granero. Durante varios días Meg no pudo descifrar de qué se trataba, pero luego apareció en la isla el jefe Pentaquod acompañado de cuatro ayudantes, que se dedicaron a cortar robles y formar con ellos planchas de madera, mientras Steed hacía de arquitecto. Finalmente, quedó terminado el edificio, una sólida y baja estructura, con un tosco letrero sobre la puerta en el que Steed había escrito:

Ciertamente está el Señor en este lugar. No es sino la casa de Dios y la puerta de los cielos. Génesis, XXVIII.

Cuando Meg preguntó qué significaba aquello, Steed la llevó al interior y la colocó en uno de los bancos que Pentaquod había hecho.

–Éstos son tiempos solemnes -dijo-. El nacimiento de un niño. El comienzo de una nueva familia.

–El niño no es problema -dijo ella, palmeándose el dilatado vientre.

Steed hizo caso omiso de la broma. Cogiéndola reverentemente de las dos manos, anunció con solemnidad:

–Soy católico. Ésta será nuestra capilla.

Meg se le quedó mirando y, luego, soltó la carcajada.

–¡Un maldito papista!

Retirando las manos, se levantó del banco y se dirigió a la puerta, donde rompió a reír convulsivamente, no burlándose de él ni de su capUla, sino, más bien, ridiculizándose a sí misma.

–¡Un papista! – repitió.

Luego, volvió junto a él, le besó en la frente y dijo:

–Es formidable. ¡Menuda sorpresa se van a llevar los tipos de Jamestown cuando se enteren de esto!

Sus palabras ofendieron a Steed, que retrocedió, pero ella continuó riendo.

–Creo que es maravilloso, Edmund. Y te has construido una capilla estupenda.

Pero luego volvió a soltar de nuevo la carcajada, sin poder controlarse.

–¡Meg Shipton, casada con un papista!

Salió de la capilla, sin dejar de reír, y no quiso volver a poner los pies en ella.

Meg también estaba teniendo dificultades con Pentaquod. Al principio, como nunca había conocido un padre, había encontrado tranquilizador a aquel canoso anciano. Le agradaban sus majestuosos modales y sus relatos de cómo vivían los indios antes de que llegase el hombre blanco:

–¡Tortugas! Dos o tres veces al año, llegaba una nadando a nuestro río. Deliciosas.

Ahora tenía una escopeta, que disparaba ceremoniosamente una vez al mes, sin apuntar a ningún sitio, y una pesada hacha que manejaba con sorprendente fuerza, cortando los árboles utilizados en la construcción de la capilla. Y cuando encontró un roble de tamaño adecuado, dirigió a Steed y a los dos indios en la tarea de quemar el centro y formar una canoa tan pesada que eran necesarios cuatro hombres para manejarla.

–Para el niño -dijo a Meg.

Ella quería apreciar al viejo jefe, pero sospechaba que él no la aprobaba. Como mujer de Steed, merecía su deferencia, y la protegía como lo hubiera hecho con cualquier mujer embarazada, pero rechazaba sus ostensibles esfuerzos por ganarse su amistad, y, al final, dijo petulantemente a Steed:

–Dile que se vaya.

Y Pentaquod fue devuelto al poblado.

Una vez que el indio se hubo ido, ella se volvió sorprendentemente cariñosa, y, un día, admitió:

–Se está bien aquí, Steed. Cuando lleves tus pieles de castor a Jamestown, podrás pagarle a Janney sus ocho libras…, si crees que todavía las valgo.

–¡Ya lo creo! – exclamó él, entusiasmado.

–Quizás incluso vaya contigo…, para casarnos debidamente.

La criatura nació el 3 de marzo de 1616, el primer bebé blanco de la Orilla Oriental, un robusto niño que fascinó a las indias. Meg les dejaba que le cuidasen todo lo que quisieran, y rió de buena gana cuando lo echaron al salino estero para ver si flotaba.

–Es buena señal cuando un niño flota -le aseguraron-. Con una niña, no importa.

Sus primeros juguetes fueron un asta de ciervo y una garra de oso; el primer sonido que intentó emitir fue el *kraannk* de la garza.

En agosto, Edmund Steed llenó su lancha de mercancías y amarró a su popa la nueva canoa para transportar lo que no cabía en aquélla. Cuando hubo cargado el último cubo de caviar, llamó a Meg.

–Estamos listos para zarpar.

El día que llegase a Jamestown pagaría por ella, y el día siguiente la haría su mujer. Mientras ella bajaba por el camino en dirección al embarcadero, ataviada con un vestido de tela tejida en la isla, sosteniendo al niño sobre la cadera, presentaba un aire alegre, jovial y risueño, y Steed conoció una felicidad mayor que la que había experimentado jamás: aquella extraña, reservada y apasionada mujer con la que se había tropezado era un tesoro: exactamente la clase de mujer necesaria para construir un imperio.

Y entonces, justo cuando se disponía a partir, una pinaza apareció en la boca del estero, abrió su vela y avanzó lentamente hacia el embarcadero. De pie en su proa iba un impaciente Simón Janney, impaciente por saltar a tierra, y Steed supuso que acudía para luchar por Meg, el dinero de cuyo pasaje no había sido rembolsado aún y que, teóricamente, era todavía propiedad suya.

En los momentos que faltaban para que atracase la pinaza, Steed tenía que decidir lo que iba a hacer, la extensión de su amor por Meg. Los dos años pasados con ella le habían dado la seguridad de que no podría encontrar en toda Virginia una esposa mejor; nadie podría igualar la forma en que había trabajado en los campos, no había madre más feliz con su hijo, y, aunque vedaba frecuentemente a Steed el acceso a sus pensamientos, había sido excitante y satisfactoria. Valía la

pena retener a Meg Shipton a su lado, y lucharía con Janney para conservarla.

Tan pronto como la pinaza tocó tierra, el tenaz granjero saltó de la embarcación y se dirigió resueltamente hacia Steed, que se puso en guardia, adelantando los puños. Pero no hubo ningún intercambio de golpes, porque, al llegar ante Steed, el campesino extendió las manos y exclamó:

–¡Steed, grandes noticias!

Steed bajó las manos y preguntó:

–¿Qué?

–Puedo llevarme a Meg a casa. No me debes nada.

–Meg tiene un hijo -dijo Steed, señalando hacia el lugar en que la atractiva mujer permanecía con la criatura.

–¡No importa! – exclamó Janney, con gran excitación-. Ella…

No terminó la frase, pues en la parte posterior de la pinaza apareció una mujer, vestida con una capa que, a pesar del calor de agosto, llevaba ceñida a la garganta. Era alta, esbelta, de pelo negro y manos extraordinariamente blancas. Se movía vacilantemente, sorteando los bultos que abarrotaban la cubierta, y con la ayuda de los marineros subió cuidadosamente al embarcadero, donde se ajustó la capa. Pero, una vez en tierra, desapareció su aire vacilante. Caminando con firmeza, subió al muelle, pasó ante los dos hombres y se fue directamente adonde se hallaba Meg con el niño.

–Tú debes de ser Meg -dijo suavemente, extendiendo una fina y alargada mano-. Y supongo que ésta es tu hija.

–Hijo -rectificó recelosamente Meg.

–Puedes volver a Jamestown, Meg -dijo la visitante-. Yo soy la nueva señora de la isla.

–¡Es cierto! – gritó jubilosamente Janney-. La ha enviado tu padre, Steed.

La mujer se volvió ahora lentamente hacia el hombre cuya invitación le había llevado a aquella remota isla y se acercó a él con la misma decisión con que había abordado a Meg. Extendiendo de nuevo la mano, dijo:

–Edmund Steed, te traigo saludos de tu padre. Soy *Martha Keene*, de High Wycombe, en Bucks.

Steed no supo qué decir, ni siquiera pronunciar una tartamudeante bienvenida, pero Simón Janney se adelantó, presto a hacer frente a cualquier eventualidad… excepto la que ahora había surgido.

–Es una mujer excelente, Edmund -dijo rápidamente-. Todo el mundo la respetaba en el barco.

–Mr. Janney tiene mi equipaje en la pinaza -dijo la recién llegada.

Cuando sus cosas fueron depositadas en tierra, dando así carácter definitivo a su desembarco, Janney dijo:

–Ahora Meg puede venirse conmigo.

–Nunca haré tal cosa -replicó Meg.

Con exagerados gestos, entregó el niño a *Martha Keene* y dijo:

–Puedes quedarte con el pequeño bastardo, y con el grande también.

Miró a Steed y resopló.

–Le regalo los dos, Mrs. Keene. Hace ya algún tiempo que tenía decidido largarme de aquí.

–¡Meg! – exclamó Steed.

–La lancha está cargada. ¡Vamonos! – exclamó Meg, y echó a correr hacia la orilla, mientras Simón Janney trataba de detenerla, de agarrarla, de hacer cualquier cosa para que subiese a su pinaza.

–Tengo que recuperarte -suplicó-. El pasaje está pagado.

Meg ya había tenido bastante.

Plantándose resueltamente en el muelle, con los brazos en jarras, miró despectivamente a Janney y Steed y exclamó:

–Podéis iros al diablo los dos. Habéis pagado esto y habéis pagado lo otro y habéis ofrecido comprar. No estoy en venta. Vine aquí y me desollé las manos para construir esta isla, y habría hecho lo mismo por ti, Janney, si me hubieras dado una casa decente. Pero todo eso de comprar y vender se ha terminado. Podéis meteros vuestro dinero en el culo, y al infierno los dos.

Steed estaba demasiado sorprendido para responder, pero Janney preguntó en un susurro:

–¿Adonde irás, Meg?

–A Jamestown. Con alguien que aprecie a una esposa por lo que es.

Para sorpresa de Steed, fue a él a quien reservó sus palabras más mordaces. Mirándole desdeñosamente, dijo:

–Caza tus castores, construye tus capillas y vete al diablo.

Steed contuvo el aliento. Nunca sospechó que ella albergara semejante despecho, y, en el fuego de su repulsa, le pareció más deseable aún que cuando le aceptaba pasivamente por su agradecimiento al haberle ofrecido un refugio.

Fue *Martha Keene* quien mejor comprendió lo que estaba sucediendo. Con la dignidad propia de una gran familia acostumbrada a la vida de un condado inglés, siguió a Meg por el muelle, sosteniendo al niño, y preguntó serenamente:

–¿Estás en tu sano juicio… para dejar al niño?

–Quédate con el bastardo papista. Nunca será nada, y si alguna vez necesito otro, puedo encontrarlo.

***Martha Keene* ofreció una respuesta que sería largo tiempo recordada en el Choptank: tomó la mano de Meg, se la llevó a los labios y la besó.**

–Tendrás días mejores -dijo sosegadamente-. Y gracias por el niño. ¿Cómo se llama?

–Ralph -respondió Meg.

Y, para sorpresa de todos, subió, no a la pinaza de Janney, ni a la lancha de Steed, sino a la recia canoa de roble.

–Éste es mi barco -dijo solemnemente-. Vamos a Jamestown.

No consiguieron las súplicas de Janney hacerla abandonar su puesto entre las pieles de castor, y Steed, sorprendido por sus revelaciones, no hizo ningún esfuerzo por atraerla hacia su lancha. Desde su canoa, Meg lanzó su despedida. Le gritó a *Martha Keene*:

–Supongo que insistirás en un matrimonio en regla. Ven conmigo, y encontraremos un cura en alguna parte.

***Martha Keene* había tenido intención de regresar con Steed para celebrar una ceremonia nupcial, pero la conducta insultante de Meg le disuadió. Llevándose a Steed lejos del muelle, pero conservando al niño en sus brazos, le confió:**

–Tu padre me eligió porque soy católica. Mi familia ha sufrido tan intensamente como la tuya, y la fe es preciosa para mí.

Hablaba con voz tensa y con autoridad, como si hubiera leído libros y conocido a través de ellos el martirio de Sir Latimer. Tenía solamente

veintidós años aquel verano, pero su sabiduría correspondía a una edad mayor.

–Tu padre previó dificultades, y también el mío. Convinieron en que, si surgían, yo podría esperar contigo en la isla hasta el momento en que llegara un sacerdote.

–Podrían pasar años.

–Lo sé.

–¿Y serás mi esposa hasta que llegue el sacerdote?

–Sí.

La llevó a la capilla de troncos, donde, después de detenerse a leer la inscripción del Génesis, ella se arrodilló para dar gracias por haber llegado sana y salva. Cuando se levantó, Steed la cogió de las manos y dijo:

OceanofPDF.com

–Debes comprender. Yo no habría podido construir esta isla ni esta capilla…

–Sin Meg -interrumpió ella-. Lo comprendo, pero ahora somos nosotros quienes vivimos aquí.

Le dio un beso y, luego, sonrió al oír a Meg gritar desde su canoa, ordenando que las embarcaciones zarpasen rumbo a Jamestown. Acompañó a Steed hasta el muelle y contempló cómo subía a la lancha e izaba la vela. Permaneció allí, con resuelta expresión y sosteniendo en brazos al niño, mientras las tres embarcaciones comenzaban a navegar hacia el Choptank.

Tres semanas después, al regresar a Devon, Steed experimentó un mar de confusiones. Su viaje a Jamestown había constituido un éxito sin precedentes…, volvía no sólo con más mercancías de las que esperaba, sino también con varias monedas españolas, ya que no se le había exigido que pagase ocho libras a Simón Janney por Meg Shipton. Pero con su júbilo se mezclaba una sensación de inquietud ante el hecho de que al desembarcar en Devon se encontraría a solas con la desconocida que ahora era su mujer.

No sabía nada de ella, salvo que había sido elegida por su padre, que procedía del vecino condado de Bucks y que era católica. En los breves momentos que había hablado con ella, le había parecido muy austera, pero tal vez ella hubiera sentido lo mismo respecto a él; preciso era reconocer que se había acomodado con notable facilidad al extraordinario comportamiento de Meg Shipton y había aceptado al niño sin aparentes escrúpulos. Una cosa más: por lo menos tres pasajeros del *Victorious* del capitán Hackett habían buscado a Steed para asegurarle que en *Martha Keene* obtenía una mujer maravillosa: «Prestó mucha ayuda durante los días de mareo, y es una dama.»

Asquas y los demás indios habían visto acercarse la lancha de Devon y estaban esperando en el muelle cuando ésta arrió la vela, pero Martha no se encontraba allí, por lo que, mientras la

embarcación maniobraba, una de las mujeres fue a buscarla. No hacía falta; Martha se había retrasado sólo porque había estado cuidando al niño; ahora, llevándolo como si fuese una madonna, salió de la cabaña para recibir a su marido.

Steed nunca olvidaría aquel momento. Había estado dando instrucciones a los indios para descargar la embarcación y llevaba en sus brazos un pesado fardo de telas, cuyos extremos flotaban en la brisa, cuando la vio bajar cuidadosamente por el sendero en dirección al muelle. Se movía con estudiada gracia, como si entrase en una iglesia, y llevaba el niño como si fuese suyo. Un pañuelo negro atado en torno a la cabeza enmarcaba su pálido rostro, pero sus ojos y sus labios coincidían en una sonrisa de bienvenida que le pareció a Steed la expresión humana más cálida que jamás había visto.

Dejando caer el fardo de telas, saltó a tierra y corrió hacia ella, abrazándola y besándola ante los sorprendidos indios.

–Me alegra mucho que estés aquí -murmuró.

–Éste es mi hogar -dijo ella.

Pero Steed sería siempre una clase especial de católico, un tradicionalista poético: cinco mil años de poesía celta en la que se habían injertado mil años de prudencia sajona. Nunca podría descansar tranquilamente con *Martha Keene* hasta que se hubieran casado ritualmente, y cuando, en diciembre, habló del asunto con ella, descubrió que también ella experimentaba una abrumadora sensación de pecado. Trataron de tranquilizar su conciencia embelleciendo la capilla, la primera estructura católica de su género en Virginia, con un tosco crucifijo tallado por él y un manto morado que ella tejió y tiñó, como si esto sancionara su unión. Pero, al comenzar el nuevo año, ella preguntó de pronto:

–¿Nos casaría el *werowance*… a su manera?

Ese mismo día navegaron río arriba hasta Patamoke, y, tan pronto como **vio a la nueva mujer, tan austera y formal,**

Patamoke dijo en choptank:

–Steed, ésta es mucho mejor.

–Queremos que el *werowance* nos case.

–Nunca te habías preocupado antes.

–Temía que se marchara.

–Yo también -respondió el viejo jefe, y, mientras hablaba, sus ojos se posaron en Tciblento, que había estado escuchando la conversación, y se preguntó por qué aquel hombre había sido incapaz de encontrar en su hija la esposa que necesitaba. Cuestión sumamente desconcertante, pues desde la primera vez que vio a Meg Shipton comprendió que Steed no debía casarse con ella; era rápida y huidiza como el pato negro, y ningún hombre podría cogerla. La nueva sería fuerte y estable, como Onk-or, el ganso, una buena esposa pero desprovista de ardor. Y, durante todo el tiempo, allí estaba Tciblento, la mujer más exquisita que el río había producido ni produciría jamás, y no había encontrado forma de convencer a Steed de esta verdad. Era realmente desconcertante, como si el inglés tuviera ante los ojos una nube que le impidiera ver la excelencia de una india.

No obstante, Pentaquod organizó una solemne ceremonia de boda, bajo altos robles tierra adentro, y todos los miembros de la tribu se congregaron para rendir tributo a un hombre en quien habían llegado a confiar. El chamán entonó bendiciones, y las comadres predijeron que la unión sería fructífera. Cangrejos, peces y pieles de castor fueron depositados ante los dioses, que, adecuadamente propinados, podía confiarse en que prestaran su protección a aquel matrimonio. Cuatro niñas de la tribu llevaron flores para que Martha se situara sobre ellas, y cuatro niños entregaron a Steed una larga pipa y una flecha con plumas de águila.

Luego, Pentaquod habló con palabras que Martha no pudo comprender. Se refirió a sí mismo y a Steed como dos extranjeros

que habían llegado a aquella tribu, y que habían encontrado felicidad y bienestar a orillas de aquel río. Señaló que tanto él como Steed habían tomado mujeres extrañas y que esas cosas daban a menudo buen resultado, como en su caso. Dijo luego que, cuando un hombre va a un lugar nuevo y toma una nueva esposa, se asocia para siempre con la suerte de ese lugar, y queda obligado a defenderlo en la guerra y a guiarlo en la paz. Steed había demostrado ser el buen vecino. Los indios que trabajaban en la isla Devon le habían asegurado que la esposa de Steed sería también una buena vecina, y él les bendecía a los dos por haber llegado a aquel río.

Cuando el anciano terminó, Steed tenía lágrimas en los ojos, y también Tciblento, que apreciaba con terrible intensidad la propiedad de lo que su padre había dicho. Mientras el *werowance* oficiaba la ceremonia, ella había intentado, intentado desesperadamente, mantener apartados de Steed sus oscuros ojos, pero, al final, le fue imposible contenerse. Mirándole con un anhelo que la consumía, formuló la pregunta que carece de contestación:

–¿Por qué? ¿Por qué?

Cuando la lancha devolvió a la pareja a la isla, Martha dijo:

–La muchacha india de las trenzas,…, la de los ojos oscuros…, está enamorada de ti, Edmund.

–¿Tciblento? Es la hija de Pentaquod.

–¿Por qué no te casaste con ella?

–¡Una india!

Martha no volvió a hablar más del asunto, pero, más tarde, cuando Tciblento se ofreció a visitar la isla para instruirla en las costumbres indias, rehusó cortesmente, y a veces pasaban meses enteros sin que los Steed vieran a Tciblento, pero un día de 1619 el propio Pentaquod llegó a Devon para informar a los colonos que su hija iba a contraer matrimonio y que se sentiría muy complacido si asistían a la ceremonia. Fueron, y Martha vio que la muchacha

india, de veintitrés años a la sazón, y muy hermosa en su vestido de piel de ciervo adornado con púas de puerco espín, estuvo durante toda la ceremonia con las lágrimas a punto de saltársele. Martha opinó que el joven con quien ella se casaba valía muy poco y dudó que heredara jamás el título de *werowance*.

En aquellos años los Steed pagaron a Pentaquod y a los choptanks importantes sumas por cualquier nueva tierra que ocupaban. Poseían ahora 2.160 acres en la isla Devon; la extensión exacta había sido calculada por Martha, con la ayuda de cuidadosas mediciones realizadas por su marido. Sólo unos pocos estaban sometidos a cultivo, pero tenían derecho también a otros 2.488 acres en el continente. Estos terrenos no habían sido despejados aún; Steed tenía intención de quemar los árboles tan pronto como hubiera adiestrado a un número suficiente de indios en el cuidado de los campos, de los que obtendría cada vez mayor cantidad de maíz para Jamestown.

Fue en 1626 cuando la suerte de los Steed dio un giro radical, después del cual el desbroce de nuevos terrenos se convirtió en urgente necesidad. En diciembre de aquel año había ido a Jamestown con su lancha cargada de maíz, pieles de castor, sasafrás y caviar, y, mientras transfería todo a un navio de dos palos procedente de Londres, vio que una tosca lancha fluvial llegada de algún punto situado aguas arriba del James estaba descargando también al otro lado del mercante. Se trataba de Simón Janney, y la carga que izaba con ayuda de cuerdas era nueva para Steed.

–¿Qué son esas grandes balas? – preguntó.

–La hierba hedionda -respondió Janney.

–¿Tabaco? ¿Hay beneficio en el tabaco?

–Desde luego.

–¿Dónde está tu granja?

–A bastante distancia río arriba.

Una pausa, y, luego:

–¿Está Meg contigo?

–No.

Nuevo silencio. Luego:

–¿Qué ha sido de ella?

Janney no respondió a la pregunta.

–Si has desbrozado terrenos, Steed, deberías pensar en el tabaco. Difícil de cultivar, pero fácil de vender.

–Yo he dedicado mis tierras al maíz.

–Cambia al tabaco. No te arrepentirás.

–¿Y dónde está Meg?

Janney dio una patada a una de las balas y, luego, confesó:

–Dos horas después de bajar de su canoa en Jamestown, encontró un hombre que buscaba esposa. Antes de que llegara la noche, ya me había pagado el dinero de su pasaje, y no tardaron en casarse. Vive en una de las nuevas casas de la orilla del río.

Steed la vio una vez. Llevaba una sombrilla y se tocaba con un gran sombrero de paja ribeteado con una cinta dorada, del que asomaba provocativamente su cabello, reluciente al sol. Caminaba con pasos ágiles y parecía sonreír para sus adentros aun antes de ver a su ex marido, como Steed insistía en llamarse. Cuando vio que era Steed de Devon quien estaba junto a la calzada, le saludó con gravedad inclinando la cabeza, sonrió levemente, como si le fuera imposible dominar su risa interior, y pasó de largo. Su marido -dijeron a Steed los hombres del muelle- era un hombre de creciente importancia en la colonia.

Pero fue Simón Janney quien causó la impresión duradera en aquel viaje de 1626, pues cuando la lancha de Steed y la suya hubieron sido descargadas, condujo al isleño a una taberna, donde hablaron seriamente durante largo tiempo.

–Si tienes preparados buenos terrenos, Edmund, deberías plantar tabaco inmediatamente. Yo tengo más semillas de las que

necesito, y estoy dispuesto **a llevártelas a Devon para que puedas empezar, siempre que repartas conmigo los beneficios.**

–Has dicho que es difícil de cultivar. ¿Cómo de difícil?

–Hay muchos riesgos. Debes cuidar que la tierra no se ponga mohosa. Ni que se caliente demasiado. Y es mejor si tienes un cobertizo para el secado; pero, aun en ese caso, es preciso revolver las hojas.

Pasaron la noche discutiendo el cultivo de aquella delicada planta, y hacia la mañana Janney convenció a Steed para que probara suerte.

–No te molestaría si tuviera mis propias tierras, Steed, pero los indios se muestran reacios. Mi mujer y yo no hemos podido…

–¿Qué mujer?

–El capitán Hackett la trajo. Ciento treinta y siete en total. Y todas quedaron colocadas **en dos días. La mía es flacucha, pero sabe trabajar.**

Mrs. Janney había estado trabajando como criada en Londres y había quedado embarazada de su amo, que cayó sollozando en brazos de su mujer, con el lamento: «La muy zorra me tentó.» El clero la había llevado al tribunal, que la condenó como ramera; cuando su hijo nació, muerto, todos los afectados consideraron que lo mejor era enviarla a Virginia, por lo que su señora le pagó el pasaje en el barco del capitán Hackett.

Éste, naturalmente, olvidó que su pasaje ya había sido pagado y la ofreció en venta a su llegada. Era una criatura esquelética y desgarbada, que merecía la descripción de «flacucha» que había dado su marido. No suscitó ninguna puja en los primeros momentos de la subasta, pues, ciertamente, no presentaba grandes atractivos, pero esto no desanimó a Hackett.

–Alguien tiene que quererte -le aseguraba-. Las mujeres son muy estimadas…, cualquier mujer.

Y, aunque ella y otros dos adefesios permanecían solos en el extremo de la fila, el capitán seguía confiando en encontrar algún plantador poco favorecido que la necesitase.

Simón Janney era aquel hombre. Tras la amarga decepción anteriormente sufrida en aquella cuestión, regateó el precio con Hackett, y, cuando llegaron a un acuerdo, se la llevó hacia el Oeste. Esta vez no tuvo ningún problema para conservar a su mujer; para ella, él representaba un refugio definitivo.

Steed permaneció en Jamestown más tiempo del que había supuesto, porque Janney insistió en que remontara el James para inspeccionar los campos de tabaco, y, cuando desembarcaron en el destartalado muelle y vio las inmundas condiciones en que vivía Janney, comprendió la decisión de Meg de fugarse.

–Ésta es Bess -anunció Janney cuando Steed entró en su choza.

Steed vio una mujer demacrada y cubierta con un harapiento vestido. Tenía los dientes en mal estado y llevaba el pelo desgreñado. Pero cuando ella y su marido le llevaron a ver los campos, encontró todo cuidado con extrema pulcritud y comprendió su estrategia: primero, los campos.

–Son unos terrenos excelentes, Simón -dijo-. ¿Producen buen tabaco?

–Sí. Y si pudiese confiar en la ayuda de los indios, despejaría la zona que se extiende más allá de los árboles.

–La ayuda puede tardar mucho en llegar -repuso Steed, pensando en lo pacíficos que eran los choptanks y lo peligrosos que eran los potomacs.

–Se habla de traer más negros de África -dijo Janney-. Pero aun entonces los pequeños plantadores nos quedaríamos sin ver siquiera a uno de ellos.

–Necesitas ayuda para despejar esta comarca -convino Steed.

Se quedó luego observando mientras Janney desvelaba los misterios de la plantación del tabaco, el cultivo de los campos y el

manipulado de la hoja. Steed nunca había fumado tabaco y dudaba mucho que la moda fuese a durar, pero cuando supo las ganancias que Janney había obtenido con sus pequeñas tierras, su codicia despertó.

–¿Podría yo ganar lo mismo con los míos? – preguntó.

–¡Más! Observé tus campos cuando fui a buscar a Meg.

Este triste recuerdo aminoró su entusiasmo, y continuó, con voz más apagada:

–Steed, con tus campos y tus indios, podrías triplicar lo que yo gano.

Llegaron a un acuerdo, conforme al cual Janney haría acopio de la mayor cantidad posible de semillas de tabaco, y luego seguiría a Steed a Devon, donde enseñaría a los indios a cultivar lo que él llamaba «la hierba hedionda». Cuando llegó, Steed y su mujer pidieron a Pentaquod que les prestara seis choptanks más para labrar los campos y cuidar las delicadas plantas. Construyeron también junto a la orilla un par de alargados cobertizos para secar las hojas, y Janney les enseñó a construir barriles de roble. Se desarrolló en Devon una importante industria, y cuando la cosecha era recogida y curada, los grandes barriles rodaban hasta el muelle en que el capitán Hackett atracaba su *Victorious*.

La costumbre exigía que los virginianos, como colonos, enviaran su precioso tabaco sólo a la madre patria y sólo en buques ingleses. Ésto significaba que el capitán Hackett y su *Victorious*, superviviente de mil tormentas, ejercían un monopolio que pagaba mezquinamente a los colonos y generosamente a los comisionistas de Londres. Aun así, cuando empezaron a llegar a Devon cargamentos de mercancías que hacían las delicias de los indios a lo largo del Choptank, Steed comprendió que estaba en camino de construir una fortuna.

Janney le espoleó a obtener más beneficios aún, al señalar que, como podía utilizar a los indios, Steed debía poner en explotación

las abundantes tierras que poseía en la orilla Norte. Así, pues, Steed formó un grupo de trabajadores compuestos por él mismo, Janney y siete nuevos indios para despejar grandes extensiones de terreno al otro lado del canal, en las mismas condiciones que antes: Janney regresaría a Jamestown una vez que los campos estuviesen preparados y volvería con semilla de tabaco, compartiendo todos los beneficios que se obtuviesen.

Durante todo el invierno y la primavera humearon en el cielo las hogueras, mientras los indios se arrodillaban en torno a los troncos de gigantescos robles y pinos, cercándolos y obligándolos **a morir. En los campos en que habían sido quemados los troncos, se ataban cuerdas a las ramas más altas, ahora muertas, y los centinelas del bosque eran derribados. Luego, Steed y Janney esperaban un día de lluvia, cuando el peligro de que el fuego se propagase era mínimo, y encendían vastas conflagraciones para consumir los caídos árboles, que no les ofrecían ninguna utilidad. Durante semanas, el cielo sobre el Choptank permanecía negro de humo, y los hombres, más negros aún de hollín.**

–¡Nos estamos haciendo ricos! – exclamó Janney, lleno de júbilo-. Y, cuando hayamos terminado aquí, transportaremos a estos indios al otro lado de la bahía y quemaremos nuevos bosques que he visto **a lo largo del Rappahannock.**

–¿Abandonarías tu granja **a orillas del James?**

–Ha sido un río infausto para mí.

–¿Por qué no vienes aquí? Podrías tomar tierras **a lo largo del Choptank.**

–¡Oh, no! – replicó Janney, sin vacilar-. El centro de la vida siempre estará allá.

Y ningún argumento pudo convencerle para que abandonase la orilla occidental, donde se amasarían las grandes fortunas y se forjarían reputaciones perdurables.

El capitán John Smith se había convertido en un viejo parlanchín que aburría **a sus amigos de Londres con incoherentes historias de Hungría y Virginia. Hasta rnuchos años después de su marcha de la colonia y de la muerte de la princesa india Pocahontas, no reveló que cuando el jefe Powhatan le salvó del tajo fue sólo porque la bella princesa se había arrojado ante su postrado cuerpo, el de Smith.**

–Me amaba -confió-, me amaba desesperadamente,

–Entonces, ¿por qué se casó con Rolfe y no contigo? – preguntó un hombre que había conocido a Pocahontas durante la visita de ésta a la corte inglesa.

–¡Casarme! – resopló Smith-. ¿Un capitán inglés enredarse con una india y mucho menos casarse con ella? Eso es para gentes de menos categoría, como el joven Rolfe.

Quedó consternado cuando viajeros llegados de Virginia le informaron de que Edmund Steed, con quien había estado en Jamestown, había revelado finalmente su verdadera personalidad, presentándose como católico.

–¿Papista? – repitió varias veces, meneando incrédulamente la cabeza.

Luego, su mente se despejó y recordó sus aventuras con aquel valeroso joven.

–Estuvo muy cerca de la muerte. Le estaban arrancando la carne al pobre Ratcliffe, pulgada a pulgada, y el pobre hombre murió. No me importó gran cosa. Él había votado en Nevis porque me colgaran, pero volví a tiempo para salvar al joven Steed.

No había sucedido así. Smith se había ido mucho antes de que Ratcliffe muriese.

–También estuve con él en la enfermedad. Es decir, con Steed, no con Ratcliffe. En una tienda murieron de disentería siete de los que estábamos en ella, pero yo resistí. Steed compartió conmigo su última comida.

Había habido otras aventuras, pero Smith no podía recordarlas ahora.

–Recuerdo que tenía que corregir lo que escribía. No ponía cuidado en los detalles. Y debo confesar que siempre sospeché de él. Tortuoso, le llamé una vez. No sincero, como un inglés decente. Papista, ¿eh? Sabía que ocultaba algo.

En los meses siguientes, Smith habló con frecuencia de Steed, y citaba su subversivo catolicismo como ejemplo de por qué el rey Carlos no debía conceder favores a los lores católicos de Baltimore.

–¡Concederles una colonia en Virginia! ¡Vergonzoso! Los papistas se adueñarán de todo el continente. Son tortuosos. Ya sabéis que el abuelo de Steed tuvo que ser ahorcado y descuartizado por la buena reina Bess.

Antes de que finalizara el año, había muerto, lamentando los oscuros cambios introducidos por los dos reyes, Jacobo y Carlos. Uno de sus últimos juicios fue que las cosas habían estado mucho mejor dirigidas por Isabel.

Pentaquod había previsto que cuando el hombre blanco llegase al Choptank, peligrarían todas las tradiciones de la vida india, y había salido voluntariamente de su retiro para ayudar a su tribu a efectuar la transición. Lo que no había previsto era las curiosas formas en que se manifestaría el impacto.

No había esperado que ningún hombre blanco fuese tan agradable como el que se instaló en la isla Devon, ni que pudiera tener en común con él los problemas que preocupaban a todos los hombres: dificultades con las mujeres, la constante lucha por encontrar alimento, complicaciones en la educación de los hijos, protección de las ganancias. En tres ocasiones distintas habían llegado mensajeros indios procedentes del otro lado de la bahía con el propósito de inducir a los choptanks a rebelarse contra los blancos: un día determinado. Pentaquod daría muerte a todos los que se encontraban en Devon y, luego, cruzaría la bahía para

sembrar la muerte y la destrucción a lo largo del james y el Rappahannock. Pentaquod había respondido siempre: «Steed es un amigo en quien puede confiarse más que en la mayoría de los nuestros.» No sólo se había negado a matar a Steed, sino que había enviado más choptanks a proteger la isla contra los esfuerzos de los potomacs. Por eso, cuando la orilla occidental se vio asolada por horribles matanzas, nada sucedió en la oriental. Las relaciones con Steed eran mejores de lo que hubiera podido esperarse.

Por el contrario, se había sentido mortalmente herido cuando el sosegado inglés rechazó a Tciblento; Pentaquod había comprendido por qué, y sospechaba que su hija también. Los indios eran inferiores, y todo contacto entre las razas debía limitarse al ámbito del trabajo y el comercio. El anciano se sentía aterrado por la ansiedad con que los suyos se apoderaban de las chucherías que los comerciantes blancos les ofrecían. Ahí estaba el peligro, comprendía Pentaquod: en que pudieran quedar destruidos los valores de su pueblo. Por el momento, se conformaban con pescar y cazar castores y coger sasafrás y cuidar su maíz, pero llegaría el día en que abandonaran esas ocupaciones, y ese día empezarían a debilitarse los choptanks.

Tenía buen cuidado de no interferirse en las prerrogativas del joven *werowance.* Él había vuelto como consejero, y, pese a las presiones que se le ejercieron para que asumiera de nuevo la jefatura, se limitaba a desempeñar exclusivamente aquel papel. Lo hacía por convicción: los jóvenes debían aprender a relacionarse con los blancos si esperaban conducir a su pueblo a través de aquellos peligrosos tiempos. Por eso, cuando el capitán Smith apareció por primera vez en Patamoke, Pentaquod se había mantenido en un segundo término a fin de que el *werowance* adquiriese experiencia en la valoración de las intenciones de los recién llegados, y en todos los tratos con Steed, Pentaquod se había quedado al margen. Cuando hubo que firmar las escrituras de

cesión de la isla Devon, fue el *werowance* quien estampó el primer signo.

El anciano conservaba sus tres plumas de pavo, y cuando se movía entre los choptanks, todos sabían que él era su jefe, y a él se volvían siempre que se avecinaba una crisis. Ahora, acudieron también a él, perplejos.

–Cada día surgen nuevos incendios -protestaron-. Abrasan todos los árboles entre los ríos, donde solíamos escondernos.

Y Pentaquod subió a su canoa y remó río arriba para hablar con Steed. – ¿Es necesario quemar los viejos árboles?

–Sí.

–¿Con semejante desolación?

Y señaló a los ciervos que huían de las llamas y a un aturdido castor aferrado a su madriguera mientras se acercaba el fuego.

–Debemos tener más campos para el tabaco -explicó Steed.

–Nosotros cultivamos todo el tabaco que podemos fumar -dijo Pentaquod, señalando hacia los pequeños claros en que las mujeres de su tribu habían cultivado la planta.

–Es suficiente para vosotros, pero no para Londres.

–¿Tenemos que quemar nuestros bosques para Londres? – preguntó el anciano.

A Steed le resultaba difícil esclarecer las complicaciones del comercio transoceánico, explicar que era no sólo obligatorio, sino también moralmente imperativo quemar bosques en Virginia para que el tabaco pudiera ser quemado en Londres. Pentaquod no podía comprender.

Tres veces más volvió para protestar contra aquella abusiva utilización de los bosques del Choptank, y en la última visita, Simón Janney se impacientó. No conociendo ninguna palabra de choptank, no quería que el anciano le hiciera perder su precioso tiempo. Empujándole a un lado, gruñó:

–¡Lárgate, viejo! Tenemos trabajo.

Pentaquod regresó, abatido, a su canoa. Manejó pesadamente el remo y, cuando llegó al poblado, informó al *werowance* que había que hacer pronto algo para detener aquellos voraces incendios. Los dos jefes hablaron largamente, sin querer ninguno de los dos enfrentarse a lo inevitable: luchar o huir. Y, cuando habían llegado a un silencioso callejón sin salida en sus deliberaciones, aparecieron corriendo dos jóvenes miembros de la tribu con una terrible noticia:

–¡Pentaquod! ¡Han provocado un incendio que destruirá tu refugio!

Los dos jefes remaron juntos más allá de la marisma, hasta el pequeño río que conducía a la bifurcación del estero en que había vivido Pentaquod, y, al aproximarse, vieron grandes incendios que avanzaban por todas partes arrasando el campo en que Navitan había cultivado ñames, calcinando el lugar en que había nacido Tciblento, destruyendo los árboles en que sus hijos habían tenido sus cachorros de oso. Mientras los dos indios contemplaban la escena, se intensificó el crepitar de las llamas hasta parecer como si todo el estero fuera a empezar a hervir, y, luego, todo desapareció: los árboles, el pequeño embarcadero, los recuerdos de Tciblento jugando junto a la casa. Horrorizado, Pentaquod se resistía a creer que los hombres lo destruyeran todo por conseguir hojas de tabaco, pero lo hacían.

–Debemos regresar -dijo Pentaquod al *werowance*.

Y aquella noche tomaron su decisión: era imposible vivir junto al hombre blanco, por lo cual fueron despachados en secreto mensajeros portadores de firmes órdenes, y, a la mañana siguiente, cuando Steed y Janney se disponían a provocar nuevos incendios, no encontraron ningún indio para ayudarles. Steed supuso que se habrían ido a pasar la noche en Devon con sus amigos, pero cuando fue allí en su pequeña embarcación, descubrió que no sólo habían

desaparecido los indios que trabajaban en los campos, sino también los establecidos en la isla, juntamente con sus mujeres.

–Anoche vinieron unas canoas a buscarlos -informó Martha-. Se llevaron todas sus cosas. Dudo que vuelvan.

–¡Imposible! ¿Adonde iban a ir?

–A su poblado, supongo.

Sin esperar a recoger a Janney, se dirigió tan rápidamente como pudo a Patamoke, y allí estaban sus indios, sentados desconsoladamente ante la alargada cabaña.

–¿Qué hacéis aquí? – preguntó, pero ninguno de ellos habló.

Cuando repitió la pregunta, una de las mujeres hizo un gesto en dirección a la puerta de la cabaña.

–¿Os han obligado ellos a abandonarnos? – preguntó Steed.

El sonido de su voz alertó al *werowance*, que apareció en el umbral, vacilante y reacio a enfrentarse con el hombre blanco. Al instante apareció también Pentaquod, que se apoyaba en el hombro de Tciblento. Juntos, los tres indios se acercaron a Steed, y en sus rostros se reflejaba el respeto que sentían hacia aquel honrado inglés. Fue un momento que ninguno de los presentes olvidaría jamás, pues aquél fue el día en que se hizo inevitable la marcha.

–¿Qué me estáis haciendo? – preguntó Steed al *werowance*.

El joven permaneció en silencio. Pentaquod le dio un leve codazo, pero siguió sin atreverse a hablar. Fue el anciano quien respondió:

–¿Qué nos has hecho tú a nosotros? Has quemado nuestros pinos. Has cortado nuestros robles más altos. Has echado a los ciervos de sus hogares y a los castores de sus madrigueras. Has chamuscado las plumas de los pájaros y arrasado los lugares en que jugaban nuestros hijos. Steed, has destruido el paraíso que compartíamos contigo.

Steed retrocedió ante este torrente de acusaciones, y luego dijo, persuasivamente:

–Pentaquod, mi querido y fiel amigo, no comprendes. Si quemamos los campos, plantamos más tabaco. Si plantamos más tabaco, el barco del capitán Hackett vendrá con más frecuencia. Y cuando viene, tú y los tuyos podéis tener escopetas para cazar.

–Antes de que tú vinieses, obteníamos nuestra carne sin necesidad de escopetas.

–Pero podéis tener también espejos, y brújulas como la que te dio el capitán Smith. ¿Te acuerdas?

–Siempre he sabido dónde estaba el Norte -replicó el anciano.

Luego, con tono de amarga tristeza, informó a Steed que en lo sucesivo ningún choptank trabajaría ya para él, y ninguna súplica del inglés logró modificar tal decisión. En pleno esfuerzo para despejar los campos, quedaba retirada toda la mano de obra de Steed; no se permitía que ni siquiera una sola mujer ayudase a Martha y a sus tres hijos. Cuando Janney se enteró de esa decisión, propuso que fueran a Jamestown, reclutaran un ejército y quemaran el poblado, a menos que los indios volvieran a trabajar, pero Steed desechó semejante locura.

En lugar de ello, Janney y él se quedaron a pasar la noche en Patamoke, y por la mañana solicitaron una entrevista formal con el *werowance* y Pentaquod. Fue concedida, y una vez más apareció el canoso anciano, apoyado en su hermosa hija. El saber que estaban a punto de quebrarse viejos lazos entristecía al antiguo jefe, y habló suavemente a su amigo.

–¿Qué quieres, Steed?

–Pentaquod, aliado de muchos años, ¿por qué nos causas daño?

–No es posible que tú y nosotros compartamos este río.

–¡Claro que es posible! Tus hijos y los míos juegan juntos, hablan la misma lengua, quieren a los mismos animales.

–No, Steed. Nos distanciamos en todas Jas cosas. Ha llegado el momento en que debemos separarnos.

–No es necesario. Cuando llegue el barco del capitán Hackett, puedes tener todas las cosas que tenemos nosotros.

–No queremos vuestras cosas. Sólo nos traen disgustos.

Janney, cuando le fueron traducidas estas palabras, indicó a Steed que le dijera a aquel viejo estúpido que, si los indios se negaban a trabajar, no tardarían en tener disgustos de verdad…, incluso guerra. Steed rehusó traducir sus palabras, pero Tciblento había aprendido suficiente inglés como para informar a su padre de lo que había dicho el otro inglés.

–¿Guerra? – repitió Pentaquod-. ¿Hablas de guerra? ¿Sabes qué ocurría al otro lado de la bahía cuando había guerra? Innumerables muertos y odio eterno. ¿Habéis sojuzgado a los potomacs o expulsado de vuestros ríos a los piscataways, Janney? Steed y yo hemos procurado que esa guerra no destruya nuestra amistad, y no la destruirá mientras yo viva.

Steed hizo caso omiso de esta argumentación y no se la tradujo a Janney, que miraba ferozmente al anciano. Lo que centraba la atención de Steed era el trabajo.

–Pentaquod, si mandas a tus hombres a trabajar para nosotros, les pagaremos… bien.

–¿Y qué comprarán con el *roanoke*?

–Lo que quieran -y extendió las manos para indicar la generosidad de Europa.

Pentaquod desechó con un gesto esta incongruente lógica y recordó a Steed:

–Cuando tú y tu esposa necesitasteis nuestra ayuda para construir un hogar en tu isla, trabajamos para ti. Y cuando quisiste despejar campos para cultivar alimentos, volvimos a ayudarte. Incluso dije a mi gente que os instruyera en todas las técnicas necesarias. ¿No se ofreció mi hija Tciblento para enseñar a tus esposas?

Steed miró a la muchacha india, vestida con una piel de ciervo adornada con tiras de visón en los bordes y un collar de dientes de castor, y se dio cuenta por primera vez de que se había convertido en una mujer sorprendentemente hermosa. Tal vez le ayudara a ello el conocimiento de que, después de aquel funesto día, ya no la volvería a ver más. Se dio cuenta de que estaba enrojeciendo y de que sus ojos sostenían la mirada de ella durante más tiempo de lo que era correcto, pero se sentía incapaz de apartarlos. Luego meneó la cabeza, como para salir de su ensueño, y admitió:

–Tciblento nos ha ayudado mucho.

Tristemente, el anciano anunció:

–Steed, hoy nos vamos de nuestro poblado. No nos volverás a ver.

–¡No! – suplicó Steed.

–Durante muchas lunas he dicho a mi pueblo que podíamos compartir el río, pero estaba equivocado. Siempre quieres quemar más, destruir más. Te dejaremos con tus incendios.

–¿Qué está amenazando ahora? – preguntó Janney.

–Se marchan -respondió Steed.

–¡Estupendo! – exclamó Janney, con súbita aprobación-. Ayúdales a irse. Échalos.

–¿Qué quieres decir? – preguntó Steed.

Pero antes de que el rudo campesino pudiera explicarse, Pentaquod llevó a Steed a un lado para preguntarle algo que le había desconcertado durante años.

–Querido amigo -dijo-, hace muchos veranos, cuando la Gran Canoa entró en la bahía, nuestro pueblo la observó cuidadosamente. Vieron las blancas velas, pero vieron también que los hombres tenían pieles que relumbraban al sol. ¿Qué era eso, Steed?

El inglés reflexionó pero no pudo encontrar una explicación razonable por lo que Pentaquod repitió el problema indicándose a

sí mismo en la cubierta del antiguo navío con el sol reflejándose en su cuerpo.

–¡Oh! – exclamó Steed-. Debía de ser un barco español. ¡Armaduras!

Y explicó cómo un hombre embutido en una armadura resplandecería al sol, y luego Pentaquod abordó la cuestión que realmente le preocupaba.

–En el futuro, cuando yo haya muerto, los choptanks regresarán a este poblado. ¿Cuidarás de Tciblento?

Steed no respondió. Las lágrimas inundaron los ojos del anciano, haciendo innecesarias las palabras. Se abrazaron, regresaron a la alargada cabaña y se separaron por última vez.

Mientras su lancha se alejaba, Tciblento permanecía en pie en la orilla, una radiante mujer, sin agitar la mano en despedida y sin lágrimas en los ojos, simplemente erguida allí, en la desfalleciente luz, consciente de que nunca más volvería a ver al rubio inglés.

Cuando la lancha llegó a la marisma, Janney dijo excitadamente:

–Hemos tenido suerte de librarnos de ese cerdo gandul.

–¿Qué vamos a hacer para encontrar ayuda?

–Los barcos llevan a Jamestown muchos tipos contratados para trabajar.

–¿Podemos hacer frente a ese gasto?

–El secreto es comprarlos baratos y explotarlos al máximo. Y cuando hayan expirado sus siete años, largarlos.

Se succionó el hueco de un diente y añadió:

–Pero vienen tiempos mejores. Han empezado a traer grandes cargamentos de África. El capitán Hackett los ofrece en venta.

–La misma pregunta. ¿Podemos permitirnos ese lujo?

–Escucha, Steed. No puedes permitirte el lujo de no tenerlos. Compras un esclavo una vez, y es tuyo para toda la vida. Él y sus hijos. Una verdadera ganga.

Pero no era tan sencillo como Janney había sugerido. Los esclavos no llegaban por barcos llenos, y los que eran traídos como parte de la carga, se quedaban en Virginia; eran demasiado valiosos para desperdiciarlos en los inseguros campos del otro lado de la bahía. Así, pues, cuando los indios se marcharon, su puesto fue ocupado por hombres blancos de la escoria de Londres, pero el grueso del trabajo era realizado por Steed y su mujer. La suya era la única plantación de la Orilla Oriental, una audaz y solitaria avanzadilla en la que los propietarios trabajaban quince y dieciséis horas diarias, el esfuerzo exigido siempre que debía construirse un hogar o una nación.

Steed supervisaba personalmente cada fase del cultivo del tabaco, desde la recolección de la preciosa semilla -diez mil no bastaban para llenar una cucharilla-, hasta desmochar las plantas jóvenes, operación que impedía la proliferación de hojas inútiles en el tallo y aseguraba que unas pocas y grandes hojas alcanzasen una altura adecuada; había que hacerlo durante los días más calurosos de julio y agosto, cuando el calor reverberaba en las quietas aguas. Entonces, Steed se movía entre sus plantas, y las despuntaba cogiéndolas entre el pulgar y el índice derechos; con el tiempo, su mano derecha acabó haciéndose más grande y más fuerte que la izquierda, y su pulgar derecho se tornó grande, oscuro y grueso.

Una mañana, durante el desayuno, *Martha Keene* -se negaba a adoptar el apellido Steed antes de estar debidamente casada- observó la coloración del pulgar de Edmund y le sorprendió inclinándose sobre la mesa y besándoselo.

–El emblema de nuestra verdadera nobleza -observó.

En aquel tiempo, en la distante Inglaterra, el hermano mayor de Edmund ostentaba el título de baronet y era conocido como Sir Philip Steed, pero en el Nuevo Mundo estaba naciendo una nueva nobleza, de la que los Steed de Devon serían una de las familias fundadoras.

Al prestarse voluntariamente a emigrar a Virginia, *Martha Keene* realizó un acto de valor muchas veces repetido y rara vez apreciado; pero cuando se trasladó – la soledad de la isla Devon, aquello fue puro heroísmo.

¿Cómo sobrevivió? Precariamente. No había médico, y sólo las medicinas más elementales: calomelanos para la indigestión, té de sasafrás para la fiebre. El estreñimiento era un temor constante, pues podía originar enfermedades más graves, así que cada familia tenía su purga favorita; la malaria era también un tormento. Los dientes constituían un problema especial, y cada localidad poseía un par de tenazas, gastadas y oxidadas, para extraer las muelas careadas, así como un hombre de brazo fuerte y buena vista que era el encargado de realizarlo; dos hombres sujetaban al paciente por los hombros, otro se echaba sobre sus rodillas, y las tenazas hacían su trabajo, retorciendo y estirando hasta que algo se rompía.

Las madres veían con angustia cómo sus hijos contraían una interminable serie de enfermedades, velando las noches de fiebre y llorando cuando los pequeños eran enterrados bajo los pinos. Sin embargo, si los niños resistían este asalto mortal, desarrollaban una sorprendente inmunidad; a menudo, vivían desde los dieciocho años hasta los cuarenta y ocho sin padecer apenas ninguna enfermedad, gentes roqueñas que podían resistir el frío y el hambre y la mala alimentación, pero entonces eran ya viejos y solían morir a los cincuenta años. Las mujeres, especialmente, morían jóvenes, y no era raro que un marido enterrara a dos esposas antes de dejar una viuda joven que le sobrevivía durante veinte años.

La casa a la que llegó Martha había sido muy mejorada por su anterior ocupante, la animosa Meg Shipton, pero apenas era todavía algo más que una primitiva choza. Se hallaba soberbiamente emplazada: desde la bahía de Chesapeake, se torcía hacia el Este a través del canal Norte de la isla y, luego, se volvía hacia el Sur para entrar en el amplio estuario que conducía al río Devon. A una milla

aguas arriba emergía de la orilla Norte un embarcadero, y sobre éste, en una pequeña plataforma de excelente tierra y desde la que se dominaban amplias distancias, se alzaba la casa. Había sido construida por etapas, primero una cabaña, luego una cocina separada orientada al Este, de modo que recibía los rayos del sol al amanecer; luego, un segundo piso con dormitorios horriblemente fríos en invierno, y, por último, varios cobertizos comunicados entre sí y zonas de almacén.

Escasos muebles hechos con madera del lugar, algún que otro utensilio tallado en roble, unos cuantos cuchillos y tenedores y cucharas de madera: éstas eran las cosas con las cuales Martha tenía que trabajar. Tenía una olla de hierro, suspendida de un gancho sobre un fuego descubierto, y una especie de horno de hierro y barro en el que realizaba milagros. Un pequeño fuego ardía día y noche, alimentado por inmensos montones de madera apilados en el exterior, junto a la puerta. Había pocas mantas, pero muchas pieles de animales, que en algunos aspectos eran mejores, pues se manchaban menos, y unos pantalones de hombre duraban doce o quince años de uso constante, y un vestido de mujer sobrevivía a innumerables alteraciones o adiciones. Los adornos eran escasos, y los que un marido regalaba rara vez eran lucidos por la mujer, aunque los estimaba enormemente.

La casa tenía dos peculiaridades, una de las cuales enfurecía a Martha y la otra le producía gran satisfacción. Como había poco cristal en Jamestown, y absolutamente nada en Devon, los Steed habían cubierto sus ventanas con papel engrasado, y decenas de veces, Martha, contemplando ventanas que dejaban pasar la luz pero no permitían ver a su través, se sorprendía a sí misma lamentándose: «¡Ojalá tuviéramos cristales por los que se pudiera ver!» Y, siempre que un barco zarpaba rumbo a Bristol, suplicaba: «¿No pueden traer cristal de Holanda?» Lo que le agradaba eran los pesados platos de estaño; eran sólidos, y verlos pulcramente

apilados en su armario de madera de pino era una experiencia que le complacía.

–Los aprecio más que si fueran de plata -decía a su marido, y los lavaba y se regocijaba-: Son míos.

El trabajo se acabó especializando, pues con la llegada de esclavos a Jamestown resultó útil para los dueños de plantaciones fomentar entre ellos habilidades particulares. Las esclavas que sabían coser eran mantenidas en el interior de las casas; los hombres que sabían hacer zapatos eran muy estimados, y también, y muy especialmente, los negros que sabían convertir robles en duelas, y las duelas en barriles para transportar tabaco. El pobre Steed, sin acceso a los esclavos, tenía que dominar por sí mismo todas las artes mecánicas y, luego, enseñárselas a los nuevos sirvientes que iban llegando a Devon. Era una tarea desagradecida; se pasaba dos años instruyendo a algún desmañado individuo a fabricar un barril y luego disfrutaba solamente de cuatro años de trabajo productivo por parte del joven, ya que el séptimo año resultaba desperdiciado en su mayor parte: el hombre se pasaba casi todo ese tiempo tratando de encontrar tierra en la que poder construir su propia granja. Steed se convirtió en el maestro instructor de la Orilla Oriental, y Devon, en la Universidad a través de la cual se civilizaría el Choptank.

Una característica peculiar de la vida en Devon era que no existía el dinero. A veces, los Steed se pasaban tres años sin ver una sola moneda, y cuando la veían, lo más probable era que fuese de origen español o francés. Las libras y chelines ingleses escaseaban increíblemente, como resultado de una deliberada táctica del Gobierno de Londres y de los oficiales del rey en las colonias. «Mientras controlemos la circulación de monedas -razonaban-, conservaremos el poder.» Así, pues, las plantaciones se veían estranguladas por la falta de medios de cambio; ningún

empleado de Steed tenía jamás un penique que gastar, pues no había peniques, ni lugar en que gastarlos, ni nada en que gastarlos.

Como autodefensa, los colonos inventaron su propia moneda: el *roanoke* era universalmente aceptado; el tabaco podía ser legalmente utilizado para pagar cualquier deuda; y los impuestos eran específicamente fijados en barriles de la hierba. La riqueza total de los Steed, que se estaba tornando enorme, se hallaba representada en tabaco, ya fuera en los campos, o en los secaderos, o en barriles que esperaban ser embarcados, o en tránsito a través del Atlántico o en algún almacén de Londres. Hojas de papel, rotas y arrugadas a menudo, representaban sus ahorros.

Todas las cosas las esperaban de Londres. Un paquete de agujas era algo precioso, y Martha se apenaba profundamente si perdía una. Los clavos eran como oro; un sirviente no hacía en todo el año más que tallar clavos de madera, adquiriendo tal destreza en esta actividad, que sus bien acabados productos eran intercambiados ampliamente por toda Virginia. De Londres llegaban libros, y ropas, y utensilios, y muebles, y todas las cosas que hacían tolerable una remota isla. Los Steed seguían amando a Inglaterra, y cuando llegaban los barcos desde el otro lado del océano, la familia entera se congregaba en el muelle para ver las cosas que traían, y con frecuencia las cartas provocaban lágrimas, no por una sensación de pérdida, sino por una terrible nostalgia.

El muelle era interesante. Hacia él y desde él circulaba la savia vital de la plantación, y su supervivencia era de la máxima importancia. Se buscaron altos cedros, gruesos por la base y de diámetro progresivamente menor a medida que se iba ascendiendo. Fueron cortados, desbastados y llevados hasta el borde del agua. Luego se clavaron y sujetaron gruesos travesaños de dos metros de longitud a una estaca cuyo puntiagudo extremo hundieron dos hombres en el fango todo lo que sus fuerzas les permitieron, Después, otros dos hombres accionaron los extremos del travesaño

e introdujeron el pilote de cedro en el fondo del río. Finalmente, cuando todo estuvo bien dispuesto, otros dos hombres subieron a una plataforma y afianzaron a martillazos el pilote. El muelle se hallaba sustentado sobre veintiséis pilotes de éstos, y era tan sólido, que incluso los grandes navíos podían atracar en él sin peligro.

El aprender constituía una preocupación constante. Martha enseñaba a los tres chicos aritmética y latín, sabiendo que no podía considerarse instruido ningún joven que no poseyera amplios conocimientos de esa espléndida lengua. Edmund consideraba responsabilidad suya enseñarles Historia y griego, pero, a veces, después de haber trabajado duramente en los campos, se quedaba dormido durante las clases, y Ralph le daba un codazo y murmuraba:

–Sigue con tu griego. ¿Quieres que sean salvajes?

Todos los días, a las cinco de la mañana, Edmund se preparaba para la jornada leyendo libros que había traído de Oxford -Tucídides y Josefo en griego, Séneca y Cicerón en latín-, y de estos autores, junto con Plutarco, que le entusiasmaba, obtenía ideas sobre cómo debían comportarse los hombres y las naciones.

Finalmente, estaba la capilla, el sencillo edificio de la cruz de madera. Los Steed se reunían allí para orar y para reafirmarse en su fe. Creían que Dios supervisaba sus vidas y anotaba en su favor todas las ocasiones en que se comportaban amablemente con sus servidores; pero, siempre que la familia abandonaba este lugar de oración, Martha se rezagaba en la puerta, volvía la vista hacia el altar y pensaba: «Algún día me casaré aquí.»

El problema de la religión de Steed no preocupaba ya a los dirigentes de Virginia; se sabía que era un tipo difícil, fiel a la fe por la que había sido ahorcado su abuelo, y circulaban por la colonia ciertos libros con grabados que representaban a Sir Latimer siendo descuartizado por su condición de traidor papista, pero la mayoría de los virginianos parecían contentos de que se mantuviera

apartado, al otro lado de la bahía y fuera de su vista. Las complicaciones surgieron a finales de 1633, cuando su hijo Ralph, de diecisiete años a la sazón, consideró que había llegado el momento de contraer matrimonio y crear su propia granja en los campos situados frente a Devon. Por consiguiente, navegó a lo largo de la bahía, entró en Jamestown y pidió permiso para casarse con la hija de un plantador de Virginia; los parientes de ésta señalaron que el muchacho era papista, hijo de un padre confesadamente católico y de una madre especialmente importada de Inglaterra, pero otros argüyeron, y con razón, que el joven Ralph no era hijo de la esposa católica, sino de Meg Shipton, que era tan buena protestante como cualquier otra persona de la colonia y estaba casada con un destacado comisionista de la región. Eso hacía que Ralph fuese sólo medio católico, pero era suficiente para impedir un matrimonio.

El muchacho quedó desolado ante este rechazo y se retiró a Devon en tan abatido estado de ánimo, que sus padres dejaron lo que estaban haciendo para hablar con él.

–Nuestra familia se mantiene fiel a la única fe verdadera -dijo Edmund-. Mi abuelo murió por ella. Mi padre sufrió graves inhabilitaciones. Y yo renuncié a las ventajas que se me presentaban en Inglaterra para poder levantar mi propia capilla en Virginia. Es una herencia tan preciosa, que la pérdida de cualquier chica, por muy…

–Penny no es cualquier chica -replicó el muchacho.

–Es encantadora -admitió Martha-, y ahora está comprometida con otro, ¿y qué se puede hacer al respecto, sino olvidarla y volver al trabajo?

–Nunca la olvidaré -respondió Ralph.

–Y no debes olvidarla -admitió rápidamente Edmund, añadiendo, cuando su mujer frunció el ceño-: Quiero decir, en el

sentido de recordarla como una muchacha excelente. Pero ella se ha ido, Ralph, y tú has descubierto lo que significa ser católico.

El muchacho debió sentir la tentación de gritar: «¡No quiero ser católico!», pero, en lugar de ello, cruzó las manos sobre su regazo y bajó la cabeza.

–Siempre he querido ser un buen católico -dijo-. Creo que debería ser sacerdote.

–¡Vamos, Ralph! – empezó su madre.

Pero Edmund detuvo sus protestas, y dijo:

–¿Tienes verdadera vocación?

Les propuso ir a la capilla, y, cuando estuvieron dentro, con los moscardones zumbando contra el grueso cristal importado de Holanda, preguntó a su hijo si había oído hablar alguna vez del beato Edmund Campion, y habló durante varias horas de aquel luminoso espíritu. Recordó las tradiciones del movimiento clandestino católico en Inglaterra, y, especialmente, cómo él mismo había negado a la Iglesia durante un breve período de tiempo, hasta el momento en que despertó ahogado casi por los remordimientos. Fue en esas circunstancias cuando decidió ir a un nuevo mundo donde pudiese practicar su amor a Dios del modo que el propio Dios había ordenado.

Los padres de Ralph creían firmemente que sólo una Iglesia podía representar la voluntad de Dios y, en prueba de ello, citaron las solemnes palabras que resolvían de manera definitiva la cuestión para las personas juiciosas. Cogiendo la pesada Biblia que Edmund había importado de Inglaterra, la traducida por los eruditos del rey Jacobo, la abrieron por la página en que el propio Jesús creó la única y verdadera religión:

Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será

desatado en los cielos.

–Esta fue la verdad que sostuvo a nuestra familia -dijo Edmund-, lo mismo que sostuvo a Campion y que te sostendrá a ti.

Dijo a Ralph que, si estaba experimentando una verdadera vocación hacia la Iglesia, ninguna llamada podría ser más profunda, y que, si quería hacerse sacerdote, debía dedicar ya su vida a esa alta finalidad.

–¿Cómo? – preguntó el muchacho.

–En Virginia es imposible -dijo Steed, excitado ante la posibilidad de que los Steed de Devon pudieran dar un sacerdote-. Lo que haremos, Ralph, es enviarte a Londres con el capitán Hackett, y, desde allí, debes viajar a Roma, al seminario para ingleses.

En éxtasis, cogió las manos de su hijo y sugirió que se arrodillaran todos para rezar.

–Estás pisando el sendero de los mártires.

El plan no pudo llevarse a la práctica. En su siguiente arribada a Jamestown, cuando Ralph se disponía a subir a bordo, el capitán Hackett, desorientado por los enormes beneficios que se obtenían con el tráfico de esclavos, anunció que, probablemente, nunca regresaría a Inglaterra.

–Me voy a Luanda.

–¿Dónde está eso? – preguntó Edmund, impaciente por mandar a su hijo a Roma.

–Portugal. Un punto de embarque en África.

Esto no tenía sentido, y Steed pidió una explicación, de modo que Hackett expuso los hechos:

–Luanda es una miserable ciudad que Portugal posee en África. Los árabes capturan esclavos en la selva y los llevan encadenados hasta Luanda, para su embarque. Nosotros cargamos allí el *Victorious*, y vosotros tenéis aquí esclavos.

Pero no resultó tan sencillo. Navegó directamente hasta Luanda, y abarrotó las fétidas bodegas de su barco con grandes cantidades de negros; pero a los tres días de viaje, o quizá cuatro, el barco zozobró y se hundió en el mar, junto con Hackett y todos los esclavos encadenados a las amuradas.

Los dos Steed regresaron a Devon, donde Martha les consoló. Insistió en que, si Dios había impedido su contrato por el capitán Hackett, debía de ser con una finalidad concreta, pero, no bien había pronunciado estas palabras, cuando una pinaza llegó al río Devon con sorprendentes noticias que transformarían la historia de los Steed. La pinaza procedía no dé Jamestown, sino de un punto situado al otro lado de la bahía, en las proximidades de la desembocadura del Potomac, y transportaba, precisamente, un sacerdote católico llamado padre Whitson. La información que traía apenas resultaba comprensible.

–Esta isla ya no forma parte de Virginia -dijo, casi tartamudeando a consecuencia de su excitación y su júbilo-. El rey ha ordenado que se funde una colonia católica en su Nuevo Mundo. Ahora pertenecéis al palatinado de Maryland.

Eran unos cambios tan radicales, que necesitó bastante tiempo para explicarlos. Habló de George Calvert, Lord Baltimore, que se había convertido al catolicismo en los últimos años de su vida, permitiéndosele, no obstante, desempeñar el cargo de consejero del rey Jacobo. Había intentado fundar una colonia en la lejana Nueva Inglaterra, pero el proyecto se había frustrado, y ahora el rey Carlos, de quien muchos sospechaban que era secretamente católico, le había concedido un nuevo dominio situado al norte de Virginia y que llevaría el nombre de la reina María.

El padre Whitson tenía muchas otras revelaciones que compartir, pero antes de que pudiera hacerlo, Edmund Steed dijo:

–Padre, ¿podríamos dirigirnos a nuestra capilla para oír misa?

–¿Capilla?

Steed le precedió hasta el tosco edificio, y, al verlo, el padre Whitson quedó sin habla. Se arrodilló ante la cita del Génesis y rezó una oración; había sido puesto a prueba en los fuegos de Douai y Roma y había sobrevivido a los peligros mortales de la misa clandestina en Inglaterra, pero esta visible prueba de fe le desconcertaba. Al incorporarse, murmuró:

–Hasta en el desierto.

Después de extender un paño sobre el altar y sacar de su bolsa de lona los utensilios rituales, dio comienzo a la ceremonia, y Edmund sintió un nudo en la garganta mientras las nobles palabras latinas -las mismas que en cualquier misa celebrada en cualquier lugar del mundo- se repetían una vez más y en aquellos parajes. Llegaron luego los dulces misterios del cuerpo y la sangre, y cuando la hostia tocó su lengua, Edmund comprendió que había vuelto a los brazos de su Iglesia. El padre Whitson, mirando los rostros de aquella familia arrodillada, experimentó una emoción más profunda de lo que había sentido jamás, ni aun en aquellas misas celebradas a medianoche en las granjas de la Inglaterra rural, pero había algo más.

Cuando se disponía a guardar sus cosas, *Martha Keene* hincó la rodilla ante él y murmuró:

–Padre, debe usted bautizar a nuestros hijos.

Y, cuando lo hubo hecho, añadió:

–Ahora, por favor, cásenos.

–¿No estáis casados? – preguntó él, mirando a los tres hijos.

–No -respondió ella, simplemente, no queriendo turbarle con el relato de su matrimonio indio.

Les pidió que se arrodillaran, y abrió su misal por la página de la ceremonia que une a los católicos, pero, al ver las palabras y los tres hijos, comprendió lo inadecuado que resultaría el ritual ordinario en aquella frontera del espíritu humano.

–Padre celestial -oró-, permítenos unir en la Tierra lo que Tú has unido ya en el Cielo.

Y les dijo:

–Estáis casados.

Los meses siguientes trajeron muchos motivos de perplejidad para los Steed. Al anunciarse la creación de una Maryland católica, habían supuesto que las colonias experimentarían la misma clase de terror que había invadido Inglaterra siempre que se producía un cambio en la religión oficial, y Edmund al menos pensaba con fruición en la posibilidad de saldar cuentas con ciertos empedernidos protestantes que le habían causado complicaciones. Pero los hijos de Lord Baltimore, que habían heredado del palatinado tras la prematura muerte de su padre, no eran incendiarios ni verdugos. Después de su recorrido inicial por la nueva colonia, el padre Whitson regresó para exponer la ley. Primero, entregó a los Steed un documento impreso:

Se advierte a los católicos del palatinado bajo las más estrictas prevenciones del propietario que no deben celebrar misas en público ni con ultrajes a los practicantes de otra religión. Ningún católico debe hablar mal de nadie que pertenezca a otra religión, ni comportarse de forma reprensible. No habrá procesiones ni manifestaciones públicas, ni iglesias fastuosas, ni ninguna otra cosa que pueda agraviar. Los sacerdotes no procederán de forma ostentosa ni participarán en asuntos de gobierno. Debe prevalecer un espíritu de amistad en todo el palatinado, y son bien venidos los hombres de todas las religiones, siempre que reconozcan la existencia de Dios, la inmortalidad de su hijo Jesucristo y la santidad del Espíritu Santo.

–Esas son las reglas -explicó el padre Whitson-, y deben ser obedecidas bajo pena de severos castigos.

–¿Se avergüenza el propietario de ser católico? – preguntó Ralph.

–Trata de conseguir un palatinado pacífico -respondió el sacerdote-. Y la conversión de los indios a la verdadera fe.

–Nosotros no tenemos ningún contacto con nuestros choptanks -repuso Edmund.

–¿Han llegado muchos católicos al otro lado de la bahía? – preguntó Ralph.

–Docenas. Y cada nuevo barco trae más.

–Entonces, los jueces, los recaudadores de impuestos y los maestros, ¿serán todos católicos?

–No. Nosotros no cometeremos los errores que ha cometido Nueva Inglaterra. Maryland no será una teocracia.

Ralph no conocía esta nueva palabra, pero juzgó que no presagiaba nada bueno para su religión.

–¿Cuál es la ventaja? – preguntó.

–La paz -respondió el padre Whitson.

Y no se trataba de un objetivo ilusorio, aunque las alabanzas profusamente derramadas sobre el palatinado por su tolerancia no siempre estaban justificadas. Maryland fomentó sinceramente la paz con sus indios y, como consecuencia, sufrió menos guerras que otras colonias (pero en un acceso de desesperación, el Gobierno lanzó una cruzada para aniquilar a los nanticokes); y proclamó la libertad religiosa en su noble ley de Tolerancia Religiosa (salvo que los judíos y otros herejes que negaban la Trinidad podían ser ejecutados).

Los Steed tardaron mucho tiempo en comprender la estructura filosófica de este nuevo concepto de colonización; ellos querían una cruz católica en el centro de cada asentamiento y un sacerdote portando un mazo en todas las reuniones, y les resultaba difícil creer que pudiera sobrevivir ningún sistema menos absoluto. Los católicos habían ganado el derecho a una nueva colonia en América; que les dejasen disfrutarla. Pero el padre Whitson, con la

vista fija en la costa oriental, decidió de otro modo, y no se construyeron catedrales.

Pero había un punto en el que coincidían los Steed y su sacerdote. Virginia era un enemigo al que había que mantener a raya, y si eran precisas armas para lograrlo, las tenían.

Así empezaron las complicaciones. La concesión real por la que se creaba Virginia fue una de las más generosas y absurdas de la Historia; otorgaba al pequeño grupo de hombres desembarcados en Jamestown dominio sobre todas las tierras que se extendían entre el Océano Atlántico y el Pacífico en una expansiva cuña que abarcaba casi todo el norte de Florida por el Sur -incluyendo la mitad de Texas y toda California- y todo lo situado al sur de una línea trazada desde Nueva York hasta un punto del norte de Alaska. En términos aproximados, se concedía a Virginia nueve décimas partes de lo que más tarde pasaría a ser los Estados Unidos, así como buena parte del Canadá, y hombres como el capitán John Smith se proponían conservar lo que les había sido dado. Ciertamente, no permitirían que una pequeña isla en la orilla Oriental pasara a Maryland, y les repugnaba la idea de que un renegado como Edmund Steed, un católico al que expulsar, conspirase para incluir la isla Devon en el palatinado.

Los dirigentes de Jamestown enviaron una pinaza armada para capturar Devon; un gobernador iba a bordo de ella para asumir el control político, pero no llegó a desembarcar. Edmund Steed, su esposa Martha y sus tres hijos se situaron a lo largo del río cuando la embarcación trató de internarse por él y mataron a dos marineros. El llamado gobernador gritó que aquello era un motín, a lo que el joven Ralph replicó:

–No es motín. Es rebelión.

Cuando uno de los Steed disparó contra el gobernador, la pinaza se retiró.

Amenazaba la guerra, y fueron enviados refuerzos desde los asentamientos occidentales de Maryland, pero un juicioso estadista de Virginia comprendió la locura que implicaba semejante acción y halló una buena reacción cuando propuso a los funcionarios de Maryland someter a negociación los problemas. Se mandó llamar a Steed, y éste cruzó la bahía esperando ser alabado por su firme defensa del palatinado, pero, en lugar de ello, fue reprendido:

–Nosotros no queríamos que se produjesen muertes -dijeron los hombres de Lord Baltimore-. Vamos a enviar una comisión a Jamestown para resolver este asunto.

–Iré con mucho gusto -dijo contritamente Steed.

–Ciertamente, no queremos que vayas tú…, ni los de tu clase. El propietario nos ha ordenado expresamente desde Londres que no enviemos a nadie de fe católica, con el fin de no provocar irritación.

–¡Maldita sea! – estalló Steed-. ¿Es un delito ser católico? ¿Es un delito defender una colonia católica?

–Mi querido amigo -replicó el hombre que dirigía las negociaciones-, nunca ha sido delito ser católico…

Y, con mojigata palabrería, pasó a exponer el nuevo estado de cosas, y Steed pensó: Él no puede recordar cuando era un delito, pero nosotros, los Steed, sí.

Hasta el padre Whitson le reprendió por haber abierto fuego contra el barco oficial de la colonia de Virginia.

–¡Diablos! – exclamó Steed-. ¿Qué quería que hiciese? ¿Entregar mi isla a esos piratas?

–La habríamos recuperado por medio de negociaciones -le aseguró el sacerdote.

–¡Jamás! No conoce a esos malditos virginianos.

Y, a partir de aquel momento, los Steed no aludieron nunca a sus vecinos de aguas abajo sin emplear el adecuado y descriptivo adjetivo de *malditos*. Un hombre de Maryland tenía que vigilar sus

redes de cangrejos, o los malditos virginianos le robarían sus capturas; tenía que proteger sus caladeros, o se vería despojado; sus ostras se hallaban en constante peligro de robo; y los virginianos conspiraban codiciosamente por apoderarse de cada pulgada de suelo. Un católico como Steed, que se vanagloriaba de obtener un tabaco comparable al del York o el Rappahannock, debía extremar la vigilancia, o los malditos virginianos le arrebatarían cuanto tenía, y quizá le quemaran los campos o dispersaran sus barcos.

Si era saludable tener un enemigo, los Steed lo tenían.

En 1637, cuando Ralph cumplió los veintiún años, el padre Whitson ideó una forma para que iniciase sus estudios en Roma. Un barco mercante había llegado a la ciudad de St. Mary, y el joven Ralph fue llevado a bordo con una escueta nota de su padre:

En el viaje a Boston no debes comunicar tus planes a nadie de Virginia, so pena de que te arrojen por la borda en alguna noche oscura; primero, porque eres católico, y, segundo, porque frustraste su intento de arrebatarnos nuestra isla. Y en el viaje de Boston a Londres debes guardar silencio, porque nada les gustaría más a los puritanos de esa ciudad que utilizarte como alimento de los peces. Son tus enemigos naturales. Pero es en el viaje de Londres a Roma donde debes mostrarte especialmente prudente, porque cualquier descendiente de la reina Isabel encontraría un gran placer en destruirte.

Cuando el padre Whitson leyó esta admonición, dijo al joven:

–Utiliza tu tiempo a bordo del barco en discutir con otros más instruidos que tú para poder conocer el temple de tu mente.

–¿Me arrojarán por la borda?

–¿Se atreverían?

Y así fue cómo se marchó el primero de los jóvenes Steed. En rápida sucesión, se fueron también los otros dos, uno a Londres para estudiar Derecho, y el otro a París para hacerse médico. En aquellos primeros tiempos de Virginia y Maryland, era significativo

que los hijos de las mayores plantaciones conocían muchas veces Europa mejor que sus propias tierras natales; constantemente atracaban barcos en el muelle familiar y zarpaban pocos días después rumbo a Londres; serviciales capitanes cuidaban gustosamente de los jóvenes durante la travesía y los presentaban a abogados y médicos en la otra orilla del océano. Después de varios años en el extranjero, los jóvenes regresaban a las bahías y ríos con baúles de libros y recuerdos de teatros, conciertos y exhortaciones sacerdotales. Los tres muchachos Steed recibirían educación superior.

Se encontraban en Europa cuando un mensajero cruzó la bahía en una chalupa, con noticias que produjeron grandes cambios en Maryland.

–El propietario ha enviado instrucciones desde Londres en el sentido de que todos los terratenientes libres del palatinado deben reunirse en St. Mary's City para aprobar las leyes redactadas por Lord Baltimore.

Steed señaló que, estando próximos a llegar de Londres nuevos sirvientes contratados, no le era posible abandonar Devon, pero el mensajero le informó que la invitación no permitía opción:

–Debe estar allí, Mr. Steed, el 25 de enero del próximo año.

–¿Durante cuántos días? – preguntó Edmund, con cierta aprensión, ya que, sin sus hijos, Martha tal vez se viera en dificultades para dirigir la plantación.

–Durante los necesarios para votar la aprobación -respondió el mensajero, y, sin entretenerse en cortesías, se dirigió a la otra orilla.

Ningún miembro de las cuatro primeras generaciones de Steed en Maryland viajó nunca a ninguna parte más que por agua: no había carreteras. Dos plantaciones podrían estar a un cuarto de milla de distancia por el río, pero a cuarenta millas por tierra, suponiendo que se pudiera atravesar la espesa vegetación. Los primitivos colonos eran como los peces; lejos del agua, perecían.

Así, pues, Edmund Steed ordenó a dos sirvientes que preparasen el elegante queche de dos palos que había comprado recientemente a un constructor del James, tomó su mejor traje y su gorguera y emprendió la marcha hacia la capital. Fue una agradable travesía hasta St. Mary's City; bajó por el Choptank, cruzó la bahía, continuó más allá del Patuxent y, doblando al Oeste, remontó el río de St. Mary hasta un resguardado fondeadero en el que habían surgido ya una veintena de edificios de madera, y otros tantos se hallaban en construcción. Iba a ser una hermosa ciudad a orillas de un río igualmente hermoso, con sólo un inconveniente: se encontraba peligrosamente cerca de Virginia -justamente al otro lado del Potomac, para ser exactos-, y podía ser asaltada en cualquier momento que los virginianos quisieran destruirla. En tales circunstancias, no sería la capital durante mucho tiempo; el centro final surgiría mucho más al Norte, fuera del alcance de la milicia de Virginia.

A poca distancia del río, tierra adentro, se alzaba un fuerte rodeado por una empalizada, en cuyo interior se hallaban situados los -alargados y toscos edificios en que se reuniría una de las asambleas más trascendentales de la Historia colonial. Leonard Calvert, hermano del ausente propietario -que hubo de permanecer en Londres combatiendo a los persistentes enemigos que seguían intentando arrebatar Maryland a los católicos-, sostenía la opinión de que la Carta Magna otorgada por el rey Carlos debía entenderse en su sentido literal: «El propietario propondrá las leyes que considere adecuadas, y una Asamblea de terratenientes decidirá sobre su aplicabilidad.» Leonard, hombre juicioso a quien su hermano había reprendido a menudo por ser demasiado indulgente, se proponía presentar a la aprobación de los ciudadanos un proyecto de leyes que los Calvert consideraban adecuadas para el gobierno de su lejana propiedad.

Los hombres corrientes que componían la asamblea -comisionistas, navieros y granjeros, pero ningún sacerdote- juzgaban que, aunque la carta concedía todas las prerrogativas al distante propietario, ellos se encontraban en mejor situación para determinar lo que era necesario en Maryland.

–Nosotros escribiremos las leyes, y el propietario juzgará acerca de su eficacia.

–Debe ser todo lo contrario -señaló Leonard Calvert-. Nosotros proponemos, y vosotros decidís.

–Lo enfocáis al revés -replicaron obstinadamente los miembros de la asamblea, y siguió un debate lleno de profundas implicaciones.

Lord Baltimore, en Londres, era uno de los propietarios coloniales más prudentes y escrupulosos, y consideraba peligroso permitir que la chusma redactara e hiciera cumplir las leyes; ésa era responsabilidad de hombres dotados de riqueza y posición. El poder de gobernar correspondía al propietario de una colonia. Baltimore nunca fue un déspota, pero tampoco un necio.

Por el contrario, Edmund Steed, que en virtud de su temprano asentamiento en Devon era, evidentemente, el colono más antiguo de Maryland y uno de los más entregados, comprendía que en un nuevo mundo eran esenciales los sistemas nuevos.

–Debemos gobernarnos a nosotros mismos en la medida en que las circunstancias lo permitan, y el día en que renunciemos a nuestro derecho a formular leyes para las tierras que tan bien conocemos, habremos renunciado a nuestro derecho a ser libres.

–¿Te opones al Lord propietario? – se le preguntó.

–En todas las demás cuestiones, me someto a su superior juicio. Él ha erigido este palatinado y lo ha convertido en un refugio. Me inclino ante él y ante su hermano, el vicegobernador. Pero en la cuestión fundamental de quién debe tarjar las leyes para un palatinado libre, no me inclino ante nadie.

–¿Ni siquiera ante el rey?

Era ésta una pregunta temible en aquel invierno de 1638. Pues quien se opusiera a la voluntad del rey, o simplemente la discutiera, corría el riesgo de ser acusado de traición, y había en Virginia muchos que esperaban la oportunidad de formular ese cargo contra los colonos de Maryland. Mas para un católico cuya vida había sido realzada por los actos del rey Carlos, ello constituiría ingratitud, el peor pecado que podría cometer un caballero. Edmund Steed, consciente de la difícil posición en que se encontraba, respondió:

–El rey cuidará de que los habitantes de Maryland sean rápidamente investidos de todos los privilegios que poseen en Inglaterra los hombres libres.

–¿Y si no lo hace?

Steed no pensaba dejarse llevar a apoyar la traición. Ignorando la pregunta, comenzó su paciente trabajo con los otros delegados, razonando con ellos noche tras noche. Siempre insistía en que, si cedían en aquella cuestión fundamental, lo perderían todo.

–Debemos ser hombres libres en una sociedad libre.

Otros, viendo su obstinada defensa de sus libertades, llegaron a considerarle como su dirigente.

Steed de Devon, le llamaban, y durante los críticos cinco últimos días de enero hizo acopio de fuerzas y desplegó todos sus esfuerzos a lo largo de febrero, marzo y los más ardientes días de julio. Estaba en todas partes, instando a sus granjeros y comisionistas a mantenerse firmes:

–Si logramos resistir hasta después de agosto, habremos vencido.

El nunca había aspirado al papel de dirigente revolucionario. En realidad, era pusilánime por naturaleza. De joven, había negado su catolicismo para evitar enfrentamientos; en sus primeros días en Jamestown no había participado en ninguna de las intrigas; había

huido a Devon para escapar a las maquinaciones de Jamestown; y había mostrado muy poco heroísmo al tratar de conservar a Meg Shipton. Su vida había sido tranquila y reservada; ni siquiera había permitido que Simón Janney hablara de la guerra con los choptanks, y, sin embargo, allí estaba él, Steed de Devon, firme defensor de la conciencia de Maryland. Por su constante estudio de los clásicos, se había convertido él también en un clásico.

En Londres, Lord Baltimore se negaba a ceder, y en el palatinado su hermano Leonard se mostraba igualmente obstinado, por lo que un abrasador día de agosto tuvo lugar la prueba de fuerza. En el tosco edificio atormentado por las moscas, el presidente formuló la pregunta:

–¿Cuántos creen que las leyes enviadas por Lord Baltimore y aprobadas por su delegado, Leonard Calvert, nuestro amado vicegobernador, deben ser aprobadas por esta asamblea?

Calvert votó afirmativamente, y también el secretario del palatinado, quien anunció con potente voz:

–Y tengo en mi mano las delegaciones de voto de otros catorce.

El presidente solicitó entonces los votos de quienes rechazaban las leyes de Lord Baltimore, prefiriendo las creadas por ellos mismos.

–¿Qué dices tú, Steed de Devon?

Edmund se puso en pie, inclinó respetuosamente la cabeza en dirección a Lord Calvert y, luego, miró a los hombres que le habían apoyado durante todos aquellos meses.

–Yo digo que nuestras leyes deben ser redactadas aquí, por el pueblo de Maryland.

Otros treinta y seis votaron en favor del gobierno local. Maryland sería una colonia con autonomía legislativa.

No hubo ninguna celebración aquella noche; los victoriosos ciudadanos no consideraban que habían humillado a un tirano, pues Lord Baltimore nunca lo había sido. Simplemente, habían sentado

un principio, después de casi siete meses de debate, y cada uno de los hombres que subieron a sus lanchas al día siguiente sabía que había hecho una cosa buena.

Edmund Steed, de cincuenta y siete años aquel verano, estaba cansado cuando sus hombres trajeron su nuevo queche, y se dejó caer sobre unos almohadones cuando la embarcación comenzó a cruzar la bahía. Había luchado demasiado para no experimentar ninguna sensación de triunfo en su victoria; había presenciado demasiado de cerca la pugna trabada entre dos buenos principios. Cada bando tenía su parte de razón, y la suya era sólo ligeramente más fuerte.

Hemos ganado la libertad, reflexionaba, pero si abusamos de ella, o si tratamos de obtener beneficios personales, no valdrá la pena tenerla. Conocemos los abusos de los reyes, pero como lo que ahora intentamos es nuevo, no podemos prever sus abusos. Éstos llegarán.

Deseaba que sus hijos pudieran estar con él ahora, para discutir aquellas grandes cuestiones que le habían ocupado durante los fétidos meses pasados en la capital. ¡Qué bueno sería el límpido aire del Choptank después de tanto esfuerzo! Cuando aparecieron los promontorios que protegían su isla y el queche navegó entre ellos, sintió como si estuviera cruzando las puertas de un paraíso que pocos hombres conocerían: el ancho río, los pájaros, la infinita vida bajo las aguas, los buenos campos y el culto a Dios.

Al pasar el queche ante la punta occidental de su isla, observó que tormentas recientes se habían llevado grandes trozos de tierra; caían árboles en la bahía a intervalos regulares, y los campos en que hubiera debido crecer el tabaco se derrumbaban en oscuras masas de barro.

–En cuanto llegue a casa -murmuró-, debo ocuparme de esas orillas.

La tarea no fue realizada, pues cuando el queche entró en Devon, experimentó una fatiga invencible y se desplomó sobre los almohadones. Uno de los sirvientes, al verle caer, se dirigió apresuradamente a él, sí tiempo para oír una última orden:

–Que celebren misa.

TERCER VIAJE: 1636

«Tiene el aspecto de un animal -pensó el juez, mientras observaba al preso que estaba sentado en el banquillo de los acusados-. No audaz como un león, ni grácil como un ciervo o un caballo decente, sino ladino, taimado y astuto. Es un animal, no hay duda, pero ¿de qué clase?»

Mientras el juez se formulaba a sí mismo esta pregunta, la atención del preso se dirigía, no a las devastadoras pruebas que estaban siendo presentadas contra él, sino hacia una mosca que había estado intentando coger. De pronto, con extraordinaria rapidez, cerró la mano y la atrapó. Luego se dedicó a arrancarle las alas, una a una. Cuando la mutilada mosca trató de escapar, su torturador alargó un grueso y alargado pulgar, sosteniéndolo unos momentos sobre la mosca, y moviéndolo a medida que se retorcía el insecto. Después, sonriendo, dejó caer pesadamente el pulgar y aplastó a la mosca. Sólo entonces levantó la vista hacia el juez.

–¡Un hurón! – murmuró en voz baja el juez-. Es un auténtico hurón.

Y, en ciertos aspectos, no le faltaba tazón al juez, pues el preso tenía la alargada cara de ese astuto animal, las diminutas orejas, la larga y afilada nariz. De rostro picado de viruelas y vivaces ojos tenía un aire repulsivo y el mechón de pálidos y desgreñados cabellos no hacía sino aumentar su aspecto animal. Cuando sonreía mostraba sus oscuros y aguzados dientes.

El juez se ajustó la peluca y frunció el ceño: un verdadero animal. Luego escuchó la exposición del informe: robo de tres gallinas a la viuda Starling, azotes y dos meses de cárcel; robo de

un bastón con puño de plata a John Coolidge, azotes y seis meses de cárcel; y ahora robo de tres barras de pan al panadero Ford. Su larga experiencia en el tribunal de Londres le había enseñado que los ladrones reincidentes rara vez se reformaban y que, cuanto antes fuesen permanentemente excluidos de la sociedad, mejor.

–Es un delito penado con la horca, Timothy Turlock -gruñó, mirando al indiferente ladrón-, y serás colgado.

Pero antes de que tal sentencia fuera realmente pronunciada, la madre del preso, una jadeante y ajada mujercilla, se puso en pie y suplicó que fuera oído su consejero, el reverendo Barstowe. Este anguloso clérigo se levantó e inclinó respetuosamente la cabeza; conocía al joven Turlock desde su nacimiento y tenía de él una opinión peor aún que el juez, pero consideraba que la horca era un castigo demasiado grave para un simple ladrón, y se acercó al estrado, donde murmuró algo al juez.

–Bien -anunció finalmente el juez al tribunal.

Aspiró rapé tres veces, cerró la cajita y mostró una evidente satisfacción por la adecuada forma en que se estaba expresando.

–Deberías ser ahorcado, Timothy Turlock, pero el reverendo Barstowe ha formulado una ingeniosa propuesta.

Miró al preso, que no dio la menor señal de hallarse interesado en ninguna propuesta, ingeniosa o no. Tenía veintiocho años, carecía de oficio, nunca había tenido un empleo fijo y siempre había dependido de su madre, que no le había enseñado a mantenerse erguido ni a prestar el debido respeto a sus superiores, y para postre, tenía granos.

–El reverendo Barstowe tiene un hermano -dijo el juez-, capitán de un barco que hace la travesía hasta nuestras colonias en Virginia.

Timothy miró al techo; nunca había oído hablar de Virginia.

–Y el capitán Barstowe, impulsado por la bondad de su corazón, se ha ofrecido a llevarte a Virginia…, con escritura para algún plantador de allí.

El preso no manifestó ninguna emoción.

–¡Turlock! – tronó el juez-. Presta atención. ¿Sabes lo que es una escritura?

No lo sabía. Oyó a su madre llorar desoladamente en el banco, detrás de él, ante la perspectiva de perder a su hijo, por lo que supuso que debía de ser algún castigo terrible.

–Significa -explicó el juez- que le deberás al caballero de Virginia que compre tu escritura siete años de trabajo.

Esto le sonó ominosamente a Turlock, y pudo comprobar por qué lloraba su madre.

–Después de lo cual -continuó el juez- serás un hombre libre.

Hizo una dramática pausa.

–Un hombre libre, Turlock, con todos los derechos y privilegios reconocidos a los hombres libres.

La palabra *Libre* galvanizó al preso. No iba a pasar más meses en la cárcel. No le iban a ahorcar. Iba a ser libre, de modo que cualquier castigo que ello implicara -la escritura de que hablaba el juez- era irrelevante.

–¿Comprendes las condiciones?

Afirmó vigorosamente con la cabeza.

–Siete años de trabajo honrado.

Asintió sinceramente.

–Y durante esos años, ¿aprender un oficio?

–¡Oh, sí!

–¿Y muerte instantánea si alguna vez vuelves a poner los pies en Inglaterra?

–Desde luego.

Su madre, al oír las palabras oficiales del destierro de su hijo, rompió de nuevo a llorar, lo cual irritó a su hijo. Éste quería que la irritación terminara, pero había más. Fue llamado el capitán Barstowe, que se adelantó como un poderoso tirano de algún país

asiático. Estaba acostumbrado a adquirir escrituras en los tribunales de Londres y conocía la forma de sacarles provecho.

Sus calculadores ojos valoraron en un instante al joven Turlock: perezoso, estúpido, mal educado, rebelde, camorrista nato, probablemente come como un cerdo. Bien, siete años en los campos de tabaco de Virginia le curarán. El capitán estimó que podría venderle por más de veinte libras, pues estaba en buena edad para trabajar.

El juez se dirigió al capitán.

–¿Promete a este tribunal transportar a este prisionero hasta Virginia, sin ningún coste para la Corona?

–¡Uh-huh!

–¿Promete no demandar nunca a la Corona para reclamar el dinero del pasaje de este preso?

–¡Uh-huh!

–¿Y queda entendido que debe usted recuperar el coste del pasaje mediante la venta de la escritura de este preso a cualquier caballero de Virginia que quiera aceptarle?

–¡Uh-huh!

Normalmente, llegados a este punto de lo que se había convertido en procedimiento rutinario en los tribunales ingleses, el juez hubiera debido levantar la sesión y ordenar que se extendiera la escritura correspondiente, pero en esta ocasión el juez, se sentía perplejo y preguntó al corpulento capitán:

–¿Cree realmente que puede encontrar comprador para éste?

–En Virginia -dijo el capitán, como fruto de su larga experiencia- aceptan cualquier cosa.

Así, pues, se redactó la escritura.

No se había equivocado el capitán Barstowe en su valoración del joven Turlock, si bien el joven delincuente resultó ser peor aún de lo esperado. Antes de que el barco llevara cuatro días navegando por el Atlántico, varios miembros de la tripulación acudieron a

Barstowe afirmando que Turlock les había robado, y cuando se registró su saco, se descubrió que contenía una sorprendente variedad de cuchillos, gorras y conchas talladas. Sólo había una solución: Timothy Turlock fue atado al mástil para recibir diez latigazos, pero al primer golpe aulló tan lastimeramente y sollozó con tan desgarradora congoja, que el capitán Barstowe quedó desconcertado. Era costumbre en todos los barcos ingleses que cualquier hombre soportara al menos los seis primeros latigazos con los dientes apretados, y algunos aguantaban doce en silencio para demostrar su hombría; ninguno de los que se encontraban a bordo podía recordar ocasión alguna en que un hombre adulto se hubiera comportado como Turlock, y, después de ocho latigazos acompañados de continuos alaridos, Barstowe gruñó:

–Soltadlo.

Turlock se pasó todo el día gimoteando, pero tuvo una gloriosa venganza. Habiéndose escondido en un rincón de la cocina, donde trataba de robar un par de afilados cuchillos, se encontró junto a una sopera destinada a los oficiales. Mirando rápidamente a su alrededor para cerciorarse de que nadie le veía, se abrió los pantalones, orinó en la sopa y, luego, se situó cerca del comedor, en un punto desde el que podía observar con profunda satisfacción al capitán mientras cenaba.

Cuando el barco de Barstowe entró en Jamestown a finales de 1636, descargó primero vajillas, cubiertos y barriles de clavos, y luego desembarcó a sus siete contratados, ofreciéndolos en venta en los diversos muelles tabaqueros. Dos sirvientas fueron despachadas rápidamente, al igual que los dos jóvenes de aspecto más fornido, pero el capitán tropezó con dificultades para colocar a los tres últimos.

Un hombre era sospechosamente viejo, pero finalmente fue despachado a precio de ganga a un plantador que necesitaba un empleado que siguiese la pista de sus remesas a Londres. El

segundo cojeaba tan lastimosamente de la pierna izquierda, que sería de muy poca utilidad en los campos; pero cuando demostró que sabía escribir, un grupo compró su contrato, con la intención de utilizarle como maestro de escuela para los niños de tres plantaciones.

Quedaba solamente Timothy Turlock, con su estólida expresión en el rostro, y de su venta dependía el beneficio de aquel viaje. El capitán Berstowe ensalzó a su huesudo ladrón, haciendo hincapié en su juventud, su afabilidad y en el evidente hecho de que era inteligente, de buen carácter y ansioso de aprender. No encontró comprador. Los prudentes plantadores habían aprendido a distinguir los buscalíos entre los desechos que mandaban los tribunales de Londres, y no querían cargar con aquella carne de patíbulo. Parecía como si Barstowe fuera a tener que renunciar, pero había oído hablar de un plantador establecido a orillas de un pantanoso estuario situado aguas arriba del James, al Oeste, que trabajaba una tierra tan miserable, que pocos barcos llegaban allá para ofrecerle sirvientes. Era dudoso que pudiera sobrevivir mucho tiempo, pero representaba un último recurso, y Barstowe se dirigió a su destartalado muelle.

–Estáte atento -gruñó a Turlock- y cuida tus modales. Ésta es tu última oportunidad.

–¡Uh-huh! – gruñó Timothy, mirando con desprecio el miserable lugar al que era conducido. Ni aun en los peores barrios de Londres había visto una casa tan desastrada ni un emplazamiento tan repulsivo. Se asomó a la puerta una mujer tan esquelética que parecía como si fuera a caer mortalmente enferma, pero su aspecto era de fortaleza y sus ojos penetrantes.

–¡Ha llegado un barco! – exclamó, volviéndose hacia el interior.

Apareció a su lado un campesino achaparrado, fornido y de rudos modales, que avanzó por el muelle extendiendo la mano.

–Me llamo Simón Janney -dijo.

La negociación resultó trabajosa; Janney, hombre extremadamente pobre, se lamentó:

–Me gustaría tener un trabajador más, pero mi mujer está enferma, mis negros me arruinan y los indios…

Meneó la cabeza y, luego, admitió de mala gana:

–Me lo quedaré…, si el precio es bajo.

–Espera un momento, Janney. Este hombre es una ganga.

–Si lo fuese, no habrías venido hasta aquí.

–Te hará ganar mucho durante siete años.

–Siete años de complicaciones. Pero debo tener alguien.

–¿Te lo quedas entonces? ¿Cincuenta?

–¿Libras? No tengo ni cincuenta peniques.

–Entonces, ¿qué?

–Ese montón de hojas de tabaco.

La venta habría quedado concluida en aquel momento, pero Mrs. Janney fue hasta el barco, observó al hombre y le levantó la camisa para dejar al descubierto su espalda. Allí estaban las marcas del látigo, purpúreas y azuladas. Con un alargado dedo, recorrió una de ellas y dijo:

–Éste no es bueno.

Tan pronto como quedaron al aire las reveladoras marcas, Janney bajó el precio que estaba ofreciendo, a lo que Barstowe se opuso enérgicamente, asegurando al granjero que Timothy Turlock se estaba haciendo un tipo en quien se podía confiar.

Mrs. Janney le interrumpió, descubriendo nuevamente las marcas y diciéndole:

–Criminales como éste no deberían ser vendidos.

Pero a su marido le susurró:

–Cógele. Tiene fibra.

Recordaba su propia llegada y el hecho de que también ella había sido la última de su lote en encontrar quien se quedara con

ella.

Así, pues, quedó ultimada la venta: Timothy Turlock para los Janney a precio de ganga; la mitad del montón de hojas de tabaco para el capitán Barstowe, que lo vendería en Londres por el doble de lo que calculaban los Janney.

El primer trabajo que Turlock realizó en el Nuevo Mundo fue atar las hojas que representaban su compra. El siguiente, reconstruir el muelle, hundido en el barro hasta las rodillas, después de lo cual trabajó catorce horas diarias ayudando a despejar los campos. Luego abrió un canal para desecar un prado, rodeó éste con una cerca y construyó un cobertizo para albergar al ganado que pastaba en el prado.

Por entonces pesaba menos de cincuenta kilos y tenía todo el aspecto de un hurón, pues los Janney no le daban de comer más que lo que ellos mismos comían, y Turlock comprendió que aquella plantación tenía muy poco futuro. Le faltaban aún seis años y nueve meses, e imaginaba ese tiempo como un dilatado período de hambre y esclavitud. ¡Ésa era otra irritación! Janney había adquirido dos esclavos, pero como sólo podía obtener provecho de ellos mientras se mantuvieran sanos, les daba un trato mejor que a Turlock, que por dos veces oyó a Janney decirle a su mujer:

–No arriesgues a Toby en eso. Manda a Turlock.

Y, sin embargo, captó ocasionales detalles que le hacían pensar que Simón Janney le profesaba un cierto afecto. Una vez, en un viaje aguas abajo del James, fondearon ante una gran plantación cubierta de césped que llegaba hasta el río, y el amo dijo:

–Tim, he visto a orillas del Rappahannock tierras dos veces mejores que ésta. Si conseguimos mantener en marcha nuestra actual granja, algún día poseeremos una finca mejor que ésta.

Turlock miró a su jefe con vacua sonrisa, como si no pudiera imaginarse el sueño que seducía a Janney, y esto enfureció al campesino, que dijo, en una explosión de sinceridad y persuasión:

–Turlock, tú podrías convertirte en un buen trabajador y poseer algún día tu propia tierra.

–Tú… dar… comer… más -dijo Timothy, con tono de resentimiento.

El ladronzuelo vivía casi a un nivel infrahumano y, desde luego, a un nivel infraverbal. Nunca hablaba en frases completas y rara vez utilizaba una palabra de más de dos sílabas. Lo que quería decir con aquella austera serie de cuatro palabras era: Si nos dieses más de comer, podría hacer un trabajo mucho mejor, pero formular una cláusula subordinada que empezase por si era algo que rebasaba su capacidad, y comparaciones como mejor y más de comer eran sutilezas de pensamiento que estaban fuera de su alcance. Él existía en un mundo de miradas significativas y palabras masculladas.

Janney había desarrollado la habilidad de traducir sus gruñidos a comunicaciones útiles, y dijo ahora, con cierto respeto a la capacidad de trabajo de Turlock:

–Tim, quédate con nosotros cuando termine tu período. El Rappahannock será nuestro.

Turlock ni siquiera se molestó en gruñir ante aquella remota proposición filosófica, pero al final de aquel año Janney le enseñó algo físico que excitó su codicia. Durante varias semanas había estado recogiendo semillas de tabaco de diversas plantaciones, y ahora Janney anunció que él y Turlock las llevarían al otro lado de la bahía, a tierras que, dijo, «poseemos allí».

–¿Dónde?

Janney no podía molestarse en dar explicaciones, pero encomendó a Timothy la tarea de ayudar a los esclavos a construir una chalupa para la plantación. El resultado fue lamentable, con más agujeros que tablas; pero si Turlock achicaba agua constantemente, se mantenía a flote. El primer viaje largo lo hicieron remontado la bahía hasta la isla Devon, adonde Janney

había ido para ayudar a quemar la vegetación, a fin de aumentar la superficie cultivable, y lo que Turlock vio allí, constituyó una revelación para él: una casa decente, una esposa que la mantenía limpia y que educaba a sus hijos, una capilla papista propia y otras dependencias que delataban la riqueza. Lo que turbó a Turlock -el cual contemplaba con ojos desmesuradamente abiertos aquel lujo- fueron ciertas insinuaciones que oyó en el sentido de que su amo, Janney, era casi tan rico como Edmund Steed. «¿Por qué… vive… cerdo? – se preguntó-. ¿Por qué… siete años…, cerdo?»

La idea le obsesionaba, y cuando Steed dijo: «Mañana cruzaremos el canal y nos pondremos a trabajar», le dolió tener que abandonar aquel hermoso lugar. Pero cuando llegó a los campos del Norte, situados entre bellos ríos, con inesperadas panorámicas y espléndidas variaciones, se quedó sin aliento. Cada campo al que iba le parecía más deseable que el anterior, con profundas aguas en sus bordes, altos árboles bordeando sus lindes y una extraordinaria diversidad de vida salvaje.

Aquel taciturno delincuente de los suburbios de Londres se convirtió en el primer hombre blanco que apreciaba el esplendor de lo que yacía oculto entre los remansos existentes al norte del Choptank: los abundantes ríos, los múltiples esteros, las cien escondidas ensenadas.

–¡Al diablo el río James! – exclamó al contemplar aquel paraíso-. Mi tierra.

Mientras la chalupa, sin dejar de hacer agua, continuaba su tedioso viaje de regreso, Turlock reflexionó en la miserable situación en que se veía atrapado; el devastador impacto que la Orilla Oriental producía en su mente se debía no a su belleza, que le fascinaba, sino al hecho de que existía ahora, de que un hombre de valor podía disfrutarla ahora. Este conocimiento le obsesionaría durante un año, y, a su regreso, provocó más y más altercados.

Un día de agosto de 1638, cuando Janney insistió en que trabajara después de haberse puesto el sol, primero gruñó y, luego, se negó.

–Puedo llevarte al tribunal -amenazó Janney- y hacerte trabajar.

Luego, le encomendó una tarea demasiado peligrosa para sus negros, y Turlock se rebeló.

–¿Te niegas? – preguntó Janney.

–¡Uh-huh!

–Baja ahí y sujeta ese tocón con una madera.

–¿Cómo?

Y cuando Janney se agachó para enseñarle, Turlock cogió una azada y golpeó con ella en la cabeza a su amo. Luego, tras cerciorarse de que el hombre caído no estaba muerto, le dio dos patadas en la barbilla para mantenerle inconsciente y, después, se fue silbando hacia el lugar en que estaba amarrada la chalupa. Por el camino, robó una escopeta y todas las herramientas que necesitaría, las echó a la lancha y, luego, corrió hacia la casa. Después de besar alegremente a Mrs. Janney, le robó sus tijeras, sus agujas, dos de las camisas de su marido y tres cañas de pescar con anzuelos.

–¡Adiós! – murmuró, dándole unas palmaditas en la barbilla, mientras emprendía la marcha en dirección al río.

Calculaba que, aunque Janney despertase antes de lo que esperaba, no podría llegar andando a ninguna plantación a tiempo para que los dueños tuvieran posibilidad de hacer gran cosa, y sin la chalupa, la persecución por el río sería también imposible. Durante todo un día, por lo menos, podía navegar con tranquilidad.

Lo que no tuvo en cuenta fue la voluntad de hierro de los Janney; si habían sobrevivido a las incursiones indias, podían sobrevivir a la rebelión de un sirviente. Mrs. Janney, al ver desaparecer la chalupa, recorrió la plantación hasta encontrar a su marido, tendido de bruces en el fango, con la cara cubierta de

sangre. Llamando a gritos a Toby para que le ayudara, le llevó a casa, le bañó, le metió en la cama y, luego, emprendió la marcha a pie hacia la plantación más próxima. Llegó a casa de sus vecinos ya entrada la noche, y les informó:

–Nuestro sirviente ha intentado matar al amo.

Corrió de una plantación a otra la noticia de que había comenzado la rebelión. El temido mensaje se extendió como un incendio propagándose por los matorrales; aquélla era la consecuencia que todos los amos temían, la rebelión de sus sirvientes o sus esclavos. Cuando cogiesen a Turlock, le matarían.

Timothy, sabiendo lo que debía de estar ocurriendo en la plantación, no dejaba de mirar hacia atrás, y, al ver varias embarcaciones, supuso que se estaba formando una expedición para apresarle. Rápidamente, se introdujo en uno de los pequeños estuarios que desembocaban en el James, desmontó el mástil y sonrió satisfecho mientras los perseguidores pasaban de largo.

Al anochecer, colocó de nuevo el mástil y se deslizó silenciosamente río abajo, a lo largo de una docena de millas, y luego se ocultó al aproximarse el alba. De este modo llegó a la desembocadura del James, donde puso en práctica un astuto plan. Sabedor de que la última plantación poseía una sólida balandra provista de una fuerte vela, retrocedió con su chalupa dos millas en dirección a Jamestown, construyó una pequeña balsa, ató a ella su provisión de herramientas y, luego estrelló contra un bajío la embarcación robada, regresó por las poco profundas aguas y, valiéndose de una pértiga, dirigió su balsa río abajo hasta donde se encontraba la balandra, de la que se apropió. Para el amanecer se había adentrado ya en la bahía de Chesapeake.

Su estrategia dio resultado. Los perseguidores del James vieron la naufragada embarcación y dieron por supuesto que se había ahogado. Hasta bastante avanzada la tarde nadie echó en falta la balandra, y para entonces él se encontraba ya lejos. Lo único que

podían hacer los frustrados plantadores era buscar un juez de Jamestown, que firmó una orden de detención, vivo o muerto. Al entregar el documento a Mrs. Janney, dijo:

–Traedle, y le ahorcaré.

A solas en la anchurosa bahía, quitado el mástil para no ser visto, Timothy Turlock remaba y reflexionaba sobre su situación. Si volvía a Inglaterra…, horca. Si volvía a Jamestown… horca. Si entraba en cualquier río de Virginia…, cadenas y también horca.

Y entonces, alzándose entre la neblina, vio los primeros pálidos perfiles de la Orilla Oriental, y le pareció ver también los frescos ríos y las tranquilas ensenadas que había conocido cuando se dedicaba a quemar campos para los Steed, y aquel refugio se convirtió en su objetivo. Sería una nueva tierra, lejos de Virginia y de sus ruines amos. Pero, ¿podría sobrevivir solo? Mientras mantenía la balandra rumbo al Este, reflexionó sobre la cuestión y, por primera vez en su vida, trató de disciplinar en frases completas los vagos pensamientos que hasta entonces habían cruzado de forma desordenada su estólida mente.

«*¿Parar… Devon… Ver… Steed?*» Decidió que no; Edmund Steed le había parecido la clase de hombre que podría ser un magistrado, obligado a entregarle. «*¿Indios… aquí… como indios… allí?*» Sospechaba que los choptanks podrían resultar pacíficos; sí no, ¿cómo podía vivir tan fácilmente Steed? «*¿Qué para comer?*» En su anterior viaje había visto patos y gansos, y los sirvientes de Steed habían encontrado ostras. «*¿Dónde dormir?*» Cualquier clase de choza sería equiparable a lo que Janney le daba, y, observando cómo construían los indios sus *wigwams*, tuvo la seguridad de poder hacerlo él también. «*¿Puedo… vivir?*» Ésta era la cuestión fundamental, y, aunque recurrió a toda su inteligencia para sopesar los datos, no pudo llegar a ninguna solución. El esfuerzo le fatigaba, agotaba sus facultades, y abandonó estos difíciles procesos mentales. En su lugar, miró a la tierra que se

extendía ante él y sonrió. «*Imposible… allá atrás*.» Estaba destinado a la Orilla Oriental.

Para evitar ser detectado por cualquier barco inglés que navegase, por el Potomac, desmontaba el mástil durante el día y permanecía tendido en el fondo de la balandra; pero, una vez que llegó a la Orilla Oriental, avanzó rápidamente hacia el Norte, viendo numerosas y atractivas bahías. Comenzaba ya a sentirse hambriento, pero su astucia le prevenía contra la idea de desembarcar allí: demasiado cerca del James.

Más tarde, cuando consideró que se había distanciado lo suficiente hacia el Norte, dirigió su embarcación hacia tierra, ocultándola entre los cañaverales, y recogió todas las bayas que pudo encontrar. Utilizando como cebo la cabeza de un pez que pescó, logró hacerse con varios cangrejos; tostados sobre una pequeña hoguera, le servían de alimento. Al anochecer salía de su escondite y navegaba durante toda la noche, y de este cauteloso modo se aproximó al Choptank.

No se aventuró directamente en el canal existente al sur de la isla, sino que permaneció al acecho durante varios días, explorando el lugar. Vio elevarse humo de la escondida casa y percibió el movimiento de los sirvientes a lo largo de la costa, y, para su sorpresa, los mástiles de dos embarcaciones distintas. Una falúa y un queche. Supuso que este último sería un barco oficial llegado de Virginia para detenerle, por lo que resultaban aconsejables nuevas precauciones.

Esperó hasta una oscura medianoche en que no se veía ninguna luz en Devon y, luego, se deslizó silenciosamente a lo largo de la orilla meridional del Choptank, hasta encontrarse a bastante distancia río arriba. Después, cuando comenzaba ya a clarear el alba, cruzó el río y se ocultó en la orilla septentrional, y, al amanecer, vio algo que le tranquilizó: una baja marisma de muchos acres de extensión, y, al fondo, lo que, evidentemente, era tierra

firme, pues a lo largo de ella se alineaban corpulentos árboles que se recortaban contra el firmamento. Una ave nocturna cantó brevemente, y el ancho río permaneció en serena quietud.

«*Hogar*», pensó el fatigado ladrón, y dirigió cuidadosamente su balandra a lo largo del borde de la marisma, sin saber cómo penetrar en ella para encontrar la protección que necesitaba. Luego, en la extremidad oriental, localizó un espacioso estero, no lo bastante ancho como para que sus perseguidores se sintieran inducidos a explorarlo, pero sí lo suficiente para permitir el paso a quien quisiera esconderse. Bajando el mástil para facilitar su ocultamiento, se adentró remando suavemente en aquel pasillo que se abría entre la marisma, al Sur, y la tierra firme al Norte.

Cuando se hubo adentrado lo suficiente como para considerarse libre de peligro, dejó caer el ancla y depositó el remo en la proa. Luego se quedó dormido, mientras las pálidas estrellas parpadeaban su indiferente aprobación. Hacia el mediodía, despertó con una curiosa sensación: tenía la impresión de que alguien le estaba mirando. Frotándose los tiznados ojos, levantó la vista, y allí, en la orilla ante la que había fondeado, se alzaban cuatro indios.

–No… huir… más -murmuró.

Incorporándose, sonrió a los guerreros y extendió las manos abiertas,

–Mirad -dijo esperanzadamente-, no… armas.

OceanofPDF.com

LA MARISMA

OceanofPDF.com

Para Timothy Turlock, adentrarse solo en las marismas del Choptank era un acto de locura. En Inglaterra no había sido campesino, y en Virginia había estado tan ocupado peleando con los Janney, que no había adquirido los conocimientos prácticos de la vida rural. Sólo una cosa le permitía sobrevivir: había desarrollado un apasionado amor a la tierra y a los ríos, y percibía intuitivamente los pasos que debía dar para vivir con ellos.

En consecuencia, cuando los guerreros le encontraron al borde de la marisma, comprendió que debía echarse en sus manos, mostrarse lo más dócil posible y aprender de ellos las técnicas que necesitaría. No existía ningún poblado indio de Patamoke con el que pudiera contar. Los guerreros que habían descubierto a Turlock estaban realizando una expedición de caza; permanecieron varios días con el desmedrado inglés, un tanto complacidos de que no fuese más corpulento que ellos.

Aprendió de ellos a tejer hierbas de la marisma para reforzar las paredes de su choza y a coger los pocos cangrejos de otoño que quedaban. Aún no habían llegado del Norte los gansos, así que no podía atraparlos, pero aprendió los rudimentos del arte de rastrear el ciervo.

No podían conversar con él, naturalmente, pero su costumbre de hablar con palabras aisladas, acompañadas de muecas y gestos, le capacitaba admirablemente para hablar con los indios, que con frecuencia hacían lo mismo, de tal modo que para el final del segundo día había acumulado un vocabulario de unas cuantas palabras con las que en lo sucesivo sostendría la mayor parte de sus relaciones con los choptanks: *kawshek*, ostra; *tabquab*, cangrejo; *attque*, ciervo; *nataque*, castor; y la palabra que resultaría en extremo aterradora: *poopponu*, invierno.

Cuando se marcharon, los guerreros le habían dado un cursillo intensivo de supervivencia, que fue suficiente durante los meses de setiembre y octubre, en que el tiempo fue benigno. De hecho, cuando llegaron los grandes gansos, asegurándole alimento, sintió tal confianza que empezó a preparar pequeños campos para destinarlos a huertos, aunque no tenía ninguna semilla ni la menor idea de lo que debía hacer si alguna caía en sus manos.

Pero a finales de noviembre, cuando el tiempo se tornó realmente frío sobre el Choptank, quedó espantado de su crudeza, y entonces

empezó su terrible prueba, tan cruel, a su manera, como la época de hambre que había puesto a prueba a los primeros virginianos. No tenía mantas, pero había ramas de pino, y, entrelazándolas adecuadamente, podía arrastrarse bajo ellas y, al menos, protegerse del temporal. También averiguó que las plumas de ganso, si se comprimían en alguna especie de recipiente, podían proporcionar calor, y, después de muchos e irritantes fracasos, descubrió la forma de hacer una pequeña manta con una de las camisas que había robado a Janney. Atada ingeniosamente y rellena de plumas, resultaba confortante. Al cabo de una semana pensó que debía sacar las plumas grandes, de duros cañones, y utilizar sólo el plumón; éste conservaba el calor, hasta el punto de que algunas noches llegó incluso a sudar.

Luego llegó la nieve. El Choptank se hallaba lo bastante al Norte como para que el río se helara una o dos veces todos los inviernos, y por su situación eran frecuentes las nevadas. Se quedaba dormido al atardecer, cubierto por su camisa-manta, y percibía durante la noche un opresivo silencio: ningún sonido de ninguna clase, ni pájaros, ni ramas doblándose, ni el ruido de ningún pie. Y, luego, oía el más leve de todos los sonidos, el casi imperceptible roce de la nieve al caer, chocando con las agujas de los pinos y acumulándose lentamente sobre la tierra, donde cubría sus desguarnecidos huertos y ocultaba su choza.

Por la mañana se asomaba a la puerta y veía un paisaje enteramente blanco; hasta el hielo del río estaba cubierto, y comprendía que ese día lo pasaría hambriento y amargamente solo.

El invierno de 1638-1639 fue desacostumbradamente riguroso, y Turlock soportó cinco nevadas, que agotaron su pemmicán y le imposibilitaron de capturar gansos ni peces. Cuando la sexta borrasca se abatió sobre el Choptank estaba medio muerto, y cuando el río se desheló, abandonó. Navegaría hasta la isla Devon y se sometería a las acusaciones que las autoridades de Virginia quisieran formular contra él.

Tristemente, montó el mástil, desplegó su robada vela y salió de su refugio. Una vez en el Choptank y con la isla ya a la vista, experimentó una sensación de resignación; al menos, en Devon encontraría comida y calor, y podrían pasar meses antes de que los Steed le pudieran entregar en Jamestown. No se sentía muy alentado, pero centró su

atención en el hecho de que, durante un aplazamiento que podría durar varios meses, un tipo listo como él podría pensar algo.

Resultaba extraordinario que Turlock hubiera permanecido escondido en las marismas durante casi medio año sin que los habitantes de Devon tuvieran conocimiento de su existencia; después de todo, sólo había diez millas de distancia entre los dos puntos; pero debe recordarse que los indios habían abandonado el servicio de Steed, y los sirvientes que habían ocupado su puesto no tenían permitido internarse tierra adentro. Por eso, cuando uno de ellos advirtió la presencia de una lancha desconocida que enfilaba el río Devon, una gran agitación se extendió por la colonia.

–¡Amo Steed! – gritó uno, mientras corría hacia la casa-. ¡Lancha! ¡Lancha!

El amo se encontraba en uno de los campos, pero en la puerta de la casa apareció una mujer alta, con un pañolón negro sobre los hombros que paseó la vista por los nevados campos y, luego, vio la lancha. Tendría cuarenta y tantos años, pelo entrecano y una piel todavía pálida. Se movía como si la isla le perteneciese, como en efecto era. Y, después de cerciorarse de que solamente había un pasajero en la embarcación, envió mensajeros por toda la plantación.

Cuando la balandra atracó en el muelle, vio saltar a tierra a un demacrado hombre blanco. Con pasos inseguros, echó a andar por el sendero que conducía a la casa, pero, tras recorrer solamente un corto trecho, se desplomó.

–Socórrele -ordenó al criado que tenía a su lado.

Turlock fue introducido en la casa, donde Mrs. Steed pudo casi ver cómo el calor penetraba en sus helados huesos.

–¿Quién eres? – preguntó, cuando el hombre hubo tomado un poco de caldo.

–Turlock.

–¡Oh! ¿Eres el que trabajaba aquí con Simón Janney?

–Sí.

Delicadamente, ella ocultó el hecho de que también sabía que era el que había golpeado a Janney en la cabeza con una azada y le había robado su lancha.

–¿Janney… vivo? – preguntó Turlock.

–Sí -respondió ella-, pero no gracias a ti.

–Él… era… malo.

Ella no lo creía así. Tanto Janney como su esposa habían declarado que jamás habían pegado a su pendenciero sirviente y que ambos habían procurado que comiese tan bien como ellos. Turlock había sido presentado ante el tribunal como un ingrato que…

–¡Viene amo Steed! – gritó uno de los hombres.

Turlock se puso en pie, esperando encontrarse con Edmund Steed, con el que había trabajado. En lugar de ello, entró un joven de veintidós años, con las mejillas rojas por el frío y el pelo revuelto.

–Éste es mi hijo Henry -dijo Mrs. Steed-. Interrumpió sus estudios de Derecho en Londres cuando murió mi marido.

Turlock sabía que debía decir algo acerca de la muerte, pero ser afable no era su especialidad.

–Malo -gruñó.

–¿Trabajaste tú con mi padre cuando yo estaba fuera? – preguntó el joven Steed.

–¡Uh-huh!

Se produjo una embarazosa pausa, durante la cual Turlock permaneció con la vista insolentemente fija en la ventana de cristal, la primera que veía en el Nuevo Mundo. Finalizó cuando Mrs. Steed explicó:

–Hemos hablado de su agresión a Janney.

–Un milagro que no le matases -dijo acusadoramente Steed.

–No… bueno.

–Él era tu amo legal.

–Gustaba… esclavos… más.

Era notable lo rápidamente que se acostumbraba uno a la truncada conversación de Turlock; cuando proporcionaba breves pistas verbales, la mente adiestrada se apresuraba a llenar los intersticios, como si fuese un ser primitivo y limitado a los pensamientos más esenciales. Los Steed no tardaron en comprenderle.

Se disponía Henry a sermonearle cuando Mrs. Steed intercedió; dijo suavemente que lo que aquel repugnante individuo necesitaba no eran discursos moralizadores, sino comida caliente, y le llevó a la cocina, donde humeaban varios pucheros y le dio de comer. Luego le

condujo a una cama vacía, y el hombre se quedó dormido bajo sábanas de verdad.

Al regresar junto a su hijo, que le miraba con aire de reproche, le impuso silencio con una máxima que había oído a su abuela en Wycombe:

–Ocúpate del estómago del prójimo y de tu propia conciencia -y añadió-: Si llega a tu puerta un hombre medio muerto de hambre, no le sermonees, Henry, dale de comer.

–Tenemos que entregarle a las autoridades.

–¿Sí?

La insinuación era tan sorprendente para el joven Henry, instruido en leyes, que empezó a argumentar, pero su madre, pensando en el hombre dormido, le advirtió:

–Baja la voz, hijo.

Y luego examinó con él la antigua teoría del asilo, conforme a la cual un hombre que huyera de la justicia podía comportarse tan hábilmente que acabara entrando en el lugar de refugio del que no podía ser extraído.

–No en balde crearon los hombres ese concepto -dijo.

–No se puede huir de la justicia -replicó Henry.

–Sí…, si se llega al lugar de asilo.

Esta idea era repulsiva, y Henry empezó a rebatirla enérgicamente, pero su madre le hizo dos observaciones:

–Henry, tu padre y yo fuimos con frecuencia objeto de persecución por parte de la ley, pero, gracias a Dios, encontramos refugio.

Y luego:

–El que hayas estudiado Leyes no te da derecho a erigirte en un pequeño tirano.

Su hijo estaba dispuesto a aceptar este reproche debido a la extraordinaria fuerza moral que su madre había demostrado en los últimos meses de vida de su marido. Mientras él se encontraba ausente luchando por la libertad en la Asamblea, ella había cuidado de la plantación y hecho trabajar a los esclavos. Sus hijos no podían ayudarle, pues estaban en Europa, y allí seguían cuando Edmund murió.

Fue entonces cuando tuvo que enfrentarse con auténticos problemas: Simón Janney reclamó todos los campos situados al norte de la isla, diciendo que podía demostrar que los había trabajado y que había enviado su tabaco a Bristol bajo su propio nombre. Ella conocía la historia de los campos y sabía que sus pretensiones eran fraudulentas, pero fueron necesarios grandes y solitarios esfuerzos para rechazarle. Cuando los chicos regresaron de Europa, pudieron ocupar nuevamente la plantación sólo por la decisión de que había hecho gala su madre.

–Simón Janney es un hombre despreciable -dijo a su hijo.

–¿Crees que azotó a… cómo se llama?

–¿Turlock? Lo dudo. A Janney nunca le ha interesado la venganza, sólo el dinero.

–¿Debo entregar a Turlock a las autoridades de Jamestown?

–Yo creo que no -dijo ella, pero por deferencia a la posición de su hijo como heredero de la isla, añadió-: ¿Qué crees tú que debemos hacer?

Durante cinco días, Mrs. Steed y su hijo discutieron los problemas morales que representaba la presencia de Timothy Turlock en su casa, y aquel astuto individuo sabía cuál era el tema que les ocupaba. Por consiguiente, cuando mejoró el tiempo y pareció que la primavera no tardaría en llegar al río, huyó de la isla, no sin antes registrar la habitación de Mrs. Steed para encontrar varios carretes de hilo que necesitaba. Cogió también sus alfileres, varios clavos, un pequeño martillo y una manta, objetos todos que escondió bajo el banco de su robada balandra.

Se hallaba ya a bastante distancia río abajo cuando los criados advirtieron su marcha, y el clamor que alzaron no sorprendió a ninguno de los Steed.

–Dejadle ir -dijo Martha-. Lleva consigo su propio castigo.

–Pero él lo inflige a otros -dijo su hijo-, nunca a sí mismo.

Turlock pasó aquel espléndido otoño de 1639 fortificándose contra todos los inviernos que pudiera traer el futuro. Utilizando todos los pedazos de tela que pudo reunir, confeccionó una especie de forro para su robada manta; cuando la bolsa resultante quedó rellena de plumón de ganso, tuvo un edredón tan bueno como cualquiera que pudiese

haber en Maryland. Elevó su cama, rellenando el espacio existente bajo ella con gruesas plumas de ganso, y construyó una doble pared dentro de la casa, introduciendo más plumas en los espacios huecos. Añadió un nuevo tejado, formado con ramas de pino, y cavó hoyos en los que almacenar alimentos y canales para alejar de su choza el agua de lluvia y la del deshielo. Construyó un muelle, siguiendo el modelo que había aprendido cuando realizó este trabajo para los Janney, y, aunque no tenía nadie que le ayudase a clavar los pilotes de madera de cedro, los fue golpeando con una maza, hasta que sus extremos quedaron firmemente hundidos en el fango.

Pero, sobre todo, aquel hombrecillo que apenas pesaba 45 kilos y se hallaba lastimosamente inadaptado a la vida al aire libre, señoreó la selva, observando todas las cosas que ocurrían en ella. Construyó caminos y estableció a lo largo de ellos trampas tan ingeniosas, que nunca le faltaba alimento; despejó un espacio bajo los corpulentos pinos y trasladó allí su choza, a fin de que los árboles le proporcionaran frescor en verano y protección contra las nieves del invierno.

En aquellos primeros días veía la marisma simplemente como una superficie, un misterioso escondite en el que competían la tierra y el agua. Encontró en ella esporádicas islas lo bastante firmes como para ser cultivadas, y, junto a ellas, pantanos que se tragarían al caminante poco cuidadoso. A veces se encaramaba a algún montículo para ver pescar a la garza azul, y se regocijaba cuando el alto pájaro atrapaba un pez y se lo echaba al gaznate. Con frecuencia veía zorros que se deslizaban por entre las hierbas, acechando a codornices o conejos, y, a veces, grandes águilas descendían en picado para apoderarse de alguna presa que no podía identificar.

Pero el secreto de la marisma, el aspecto que cautivaba su imaginación, consistía en el hecho de que podía adentrarse en ella con su balandra, desmontar el mástil y ocultarla tan eficazmente, que nadie podía divisarla desde el río. Y también podía correr a lo largo de sus camuflados senderos y ocultarse con la misma eficacia. Esto quedó demostrado una vez que los indios llegaron allí para comerciar con él. Corriendo hábilmente entre los cañaverales, exclamó: «¡Buscadme!», y no lo pudieron encontrar. Cuando regresó, mostrando sus negros

dientes en una amplia sonrisa, quisieron saber cómo había escapado, y, al verlo, quedaron maravillados.

Los indios presentaban un problema. Cuando aprendió más palabras de su idioma, le advirtieron que ellos eran los propietarios de la marisma y de la tierra que ocupaba, y que, si la quería, debía comprarla como había hecho Steed. Como él se resistiera, le llevaron hacia el Este, donde vivía el *werowance*, y Matapank confirmó la reivindicación de los choptanks. Turlock discutió con ellos varios días y, al final, hubo que reconocer que la tierra les pertenecía; para protegerse, dijo que la compraría. En una curtida piel de ciervo trazó un plano de su propiedad, mostrando la oblonga marisma y el triángulo de tierra firme, y pidió a los principales choptanks que estamparan sus signos; Matapank puso el suyo, y el hombrecillo de la barbilla partida y luego el débil gigante de pelo blanco y su hija, Tciblento, espléndida madre de dos hijos. Cuando todos hubieron firmado, puso su signo Turlock.

Pero cuando quedó terminado el mapa, se dio cuenta de que no constituía título adecuado, ya que sólo contenía signos no identificados y era imposible determinar a quién correspondía cada uno. Se le ocurrió entonces que lo que debía hacer era llevar a todo el grupo de negociadores a la isla Devon, donde los Steed podían escribir los nombres y verificarlos. Matapank comprendió y accedió a ir; el hombre de la barbilla partida estaba ansioso por dirigirse allá, canoso y rápido como un hurón; el gigante se negó a abandonar su tierra, pero Tciblento manifestó un sorprendente deseo de visitar Devon. Así, pues, fueron aprestadas las canoas, pero, antes de que emprendieran la marcha, el anciano de pelo blanco preguntó:

–¿Y qué nos da este extranjero por firmar su documento?

Se entabló una discusión, durante la cual los indios propusieron objetos diversos que necesitaban. Turlock escuchaba atentamente, aceptando unos y rechazando otros:

–Yo… tendré… eso. Yo… creo… tendré… eso.

Y así sucesivamente. Al fin se llegó a un acuerdo, y el convoy emprendió la marcha.

Fue un agradable viaje por el río, en cuyas orillas no se veía ni rastro de ocupación humana; sólo las águilas blancas y las garzas, y, de

vez en cuando, una familia de patos que se habían quedado allí en vez de volar hacia el Norte. Cuando las canoas pasaron delante de la marisma de Turlock, todos hicieron comentarios aprobadores, y, al final, apareció al frente la isla Devon. Tciblento empezó a ponerse nerviosa, y, cuando las canoas entraron en el río Devon, se inclinó hacia delante para divisar la casa y no apartó de ella los ojos mientras las canoas se aproximaban al muelle. Finalmente, los criados vieron la procesión que se acercaba y avisaron a gritos a su amo. Al poco rato, el joven Henry Steed bajó por el adoquinado sendero, y Tciblento se echó hacia atrás, sin decir nada, pero llevándose los dedos a la boca.

El acto de la firma se realizó en la mesa de la cocina de los Steed. Henry escribió los cinco nombres, añadió una fecha y pidió a su madre que testificara su exactitud, y luego a su hermano, después de lo cual firmó él también. Con el tiempo, la piel de ciervo sería registrada en St. Mary's City, pero sólo después de que Turlock hubiese alterado astutamente la línea que señalaba la frontera septentrional, argucia que le valió otros doscientos acres.

Vino luego la cuestión del pago. Llevándose a un lado a los indios, Turlock les aseguró que, después de la segunda luna llena, podían ir a su marisma, y les entregaría el número especificado de hachas, escopetas y otras herramientas. Matapank y el hombrecillo de la barbilla partida se mostraron de acuerdo, pero Tciblento preguntó:

–¿Por qué no nos lo das ahora?

A lo cual él respondió:

–Ahora… no… tengo.

Así, pues, los indios regresaron con las manos vacías, pero cuando hubo pasado la primera luna llena, Turlock puso manos a la obra. Una noche navegó con su balandra hasta una ensenada situada en el extremo más lejano de Devon, la ocultó entre los árboles y, durante tres noches seguidas, se internó tierra adentro para reconocer la plantación de los Steed. Luego, en una ajetreada noche, cogió hachas de lugares en los que tardarían en ser echadas en falta; las escopetas las robó directamente de los alojamientos de los dormidos criados que tenían a su cargo las tareas de caza; hurtó tres ruedas, un martillo, una palanca, dos azadas, y cuando hubo cogido varios objetos para uso personal,

regresó cautelosamente a su balandra y navegó en silencio río arriba hasta su marisma.

Cuando se disponía a descargar su botín y llevarlo a su choza, se le ocurrió que tal vez fuera más prudente ocultarlo en la marisma. Así, pues, con sumo cuidado para no dejar huellas, se abrió paso hasta el corazón de la zona más pantanosa, donde depositó sus mercancías sobre una plataforma de palos. Luego regresó de puntillas por otro camino distinto, y se hallaba sentado inocentemente en su choza, cuando un iracundo Henry Steed y tres hombres llegaron por el río para registrar su casa.

–¡Mr. Steed! – exclamó, sonriendo al propietario de la plantación-. ¿Qué… yo… robado… hachas? Tengo… mías.

Los criados comprobaron que las hachas de Turlock nunca habían sido propiedad de Steed, y tampoco las escopetas ni la azada.

–Ha escondido las mías en alguna parte -insistió Steed, y sus hombres registraron los bosques, pero no encontraron el menor rastro de tierra removida.

Steed les ordenó que penetraran en la marisma, pero cuando intentaron hacerlo se hundieron hasta la cintura y tuvo que mandarles volver.

–Creo… indios… llevaron -sugirió Turlock, pero los choptanks vivían demasiado lejos como para investigarlo, por lo que Steed se vio obligado a regresar a la isla.

Al marcharse en su queche, advirtió a Turlock:

–Sé que tú eres el ladrón. Te cogeremos.

Nunca lo hizo, pero, una vez que hubo entregado el precio de su compra a los indios, Turlock se mantuvo apartado de la plantación, adivinando que Steed apostaría centinelas para apresarle si intentaba nuevas incursiones. La marisma y la tierra firme eran legalmente suyas, cuatrocientos acres de la primera y casi ochocientos de la segunda, y estaba resuelto a que nada, ni borrascas invernales ni mosquitos estivales, le desposeyeran jamás de ellas.

Cuando Turlock llevaba ya más de un año ocupando su marisma, se dio cuenta de que algún que otro cazador o vagabundo de la orilla oriental habían empezado a acampar en el abandonado poblado Patamoke, y de que se había construido un tosco embarcadero en el

interior del puerto de refugio. Los Steed, situados en la boca del río, no parecían oponerse; de hecho, se beneficiaban del ocasional comercio que afluía a su casa de suministros de Devon, y no había en la zona ningún choptank para protestar.

Pero los hombres que se establecían en las ruinas del viejo poblado eran tan violentos que no podían por menos de surgir problemas; de sus sangrientas experiencias con los indios que habitaban a lo largo del James habían aprendido a odiar a los pieles rojas, y eran incapaces de distinguir a los inofensivos choptanks de los salvajes que habían entrado a sangre y fuego en Jamestown. Fue inmediatamente declarada la guerra contra todos los indios, y cuando un grupo casual de cinco guerreros choptanks acertaron a pasar por los antiguos terrenos de caza situados al norte de Patamoke, fueron tiroteados, y dos de ellos resultaron muertos; uno era el marido de Tciblento.

Un grito de aflicción brotó del asentamiento choptank cuando los tres supervivientes regresaron a trompicones e informaron de lo que había sucedido. Matapank, el *werowance*, quedó confuso ante la tragedia; comprendió que era inminente la inevitable confrontación, pero no tenía ni idea de lo que debía hacer.

Sin un plan preconcebido, reunió a tres consejeros para que le acompañasen en una visita destinada a tratar con los blancos acerca de la injusticia que habían cometido, pero cuando esta misión de paz se aproximaba al campamento, los pistoleros blancos dispararon sobre ellos, y Matapank cayó muerto.

La carga de la que había tratado de escapar descendió ahora pesadamente sobre Pentaquod. El cadáver del marido de Tciblento no había sido recuperado, así que no podían celebrarse los ritos fúnebres, y la hermosa mujer quedó sin el consuelo que le habría deparado un entierro adecuado y la certeza de una vida segura para su marido en el otro mundo. Lloró a su marido con sus hijos, y nada de lo que su anciano padre pudiese hacer calmaba su dolor; su marido había sido la primera víctima de la guerra que ella había presentido inevitable.

Pentaquod se sentía además desorientado por la absurda muerte de Matapank, a quien casi un cuarto de siglo antes le había sido conferido el manto del caudillaje: nunca había sido un *werowance* fuerte, pero había mantenido unida a la tribu y hubiera debido llegar a la vejez

como su respetado jefe. Ahora había desaparecido, y el único que podía dar a aquel pueblo pequeño y vagabundo el ánimo que necesitaba era Pentaquod, que tenía ya ochenta y un años y deseaba le llegara el momento de morir. Cuando los choptanks acudieron a él pidiéndole consejo, no sólo conservó sus tres plumas de pavo, sino que, para dar valor a su pueblo, accedió también a llevar, por primera vez, el disco de cobre distintivo del *werowance*. Ayudado siempre por Tciblento, tomó las decisiones necesarias para infundir valor a su pueblo de adopción.

A bordo de cinco canoas, él y sus guerreros más sensatos bajaron por el Choptank para explorar la situación. Se mantuvieron alejados del campamento en que se habían establecido los cazadores y entraron en la marisma, donde vivía solo Turlock, hombre en el que habían aprendido a confiar. Pentaquod, sentado junto a Tciblento en la tosca choza del fugitivo, preguntó:

–Turlock, ¿qué quieren los hombres blancos?,

–El río.

–¿Por qué nos matan?

–Sois indios.

–¿Debemos abandonar este río y vivir como esclavos bajo el dominio de los nanticokes?

–A ellos los matarán también.

–¿Tiene que haber guerra? ¿La guerra que siempre hemos tratado de evitar?

Hablaron durante dos días, y luego se dirigieron todos río abajo hasta la isla Devon, donde consultaron con los Steed. El joven Henry opinaba que el Choptank estaba permanentemente perdido y que los indios debían irse hacia el Este para evitar problemas, pero Turlock dijo que él había ido dos veces en esa dirección hasta llegar al océano y había visto que también allí se estaban estableciendo firmemente los blancos. Al oír estas tristes noticias, Pentaquod preguntó qué podía hacer su pequeña tribu, y Henry sugirió que fueran hacia el Sur e hiciesen causa común con los nanticokes.

–¿Y perder nuestra libertad? – preguntó el anciano.

–Los indios de la orilla occidental han aprendido… -empezó Henry, pero no terminó la frase, pues lo que habían aprendido resultaba

demasiado doloroso: que allá donde llegaban los colonos blancos, los indios debían marcharse.

Llegados a este punto, Mrs. Steed consideró deseable suscitar un tema menos lúgubre, y recordó cómo Tciblento había estado en otro tiempo enamorada de Edmund Steed y había acabado casándose con uno de los guerreros choptanks.

–¿Cómo está tu marido? – preguntó animadamente.

–Le mataron los cazadores.

–¡Oh, Dios mío! – exclamó Mrs. Steed, como si Tciblento hubiese presentado una prueba demostrativa de lo que los hombres habían estado diciendo, y sintió una compasión tal, hacia la india que la abrazó, permaneciendo unos instantes apoyada en su hombro.

–Te quedarás a pasar el invierno con nosotros -dijo dulcemente.

–Debo ayudar a mi padre.

–Él también se quedará en una de nuestras casas.

–Éstos son días en que todos somos necesarios -dijo Pentaquod.

Y cuando le fueron traducidas estas palabras, Mrs. Steed extendió los brazos y besó al anciano.

–Deja, al menos, que se quede tu hija -dijo.

Pero Pentaquod cogió de la mano a Tciblento y dijo quejumbrosamente:

–Hubo un tiempo, hace mucho, en que quise dejarla, pero ahora la necesitamos.

Y, silenciosamente, los indios fueron a sus canoas, como si se dispusieran a emprender un viaje fúnebre.

Durante los tres meses del invierno de 1641, Timothy Turlock viajó entre Devon y el campamento del Choptank portando mensajes y tratando de hallar alguna especie de acuerdo amistoso, conforme al cual los indios pudieran sobrevivir en su pequeño rincón de la selva, pero los cazadores se mostraron inflexibles; se proponían expulsar a todos los choptanks, y ya habían iniciado las primeras acciones de guerra con los nanticokes, en el Sur.

En sus gestiones, Turlock se entrevistaba cada vez más frecuentemente con Pentaquod, cuyos ojos velados por las lágrimas veían ya la disolución de su pueblo. El anciano era infinitamente más filósofo que Turlock, que apenas podía comprender una idea abstracta;

pero ambos compartían un intenso amor a la tierra, que les permitía comunicarse.

Pentaquod trató de convencer al pequeño inglés de cara de hurón, de que le resultaría tan difícil mantenerse en su tierra como a los choptanks conservar la suya.

–Ningún cazador en mi marisma -se jactó Turlock, moviendo la mano para señalar el mosquete que utilizaría para rechazarlos.

–Ellos no son el enemigo -le corrigió Pentaquod.

–¿Quién?

–Steed.

–No -replicó Turlock, con firmeza-. Steed… paz.

–No hace guerra -dijo Pentaquod-. No usa armas. Pero siempre querrá más tierra. Sus graneros siempre estarán hambrientos. Se apoderará de todo, hasta el océano, y tú. y yo, y todos nosotros, incluso los cazadores, seremos aniquilados.

Durante aquellos terribles días, Pentaquod reflexionó sobre el futuro de su tribu, pero estaba sucediendo algo inmediato, que le causaba profunda preocupación personal. Había observado que Turlock solía quedarse en el campamento del Choptank no tanto para consultar con él, como para estar cerca de Tciblento, y un día le asaltó la terrible idea: «¡Gran Espíritu! ¡Quiere casarse con ella!»

Formaban una pareja lastimosamente desigual: ella le llevaba la cabeza, hermosa cuando él era grotesco, poética por naturaleza, mientras que él apenas si era capaz de expresar una idea completa, y de cuarenta y cuatro años, cuando él sólo tenía treinta y dos. Y, lo que parecía más extraño de todo, carecían prácticamente de vocabulario común. ¿Cómo podían conversar? ¿Cómo podría haber ninguna relación espiritual entre ellos?

Y, sin embargo, Pentaquod comprendía los impulsos que podrían estar llevando a su hija hacia aquel inadecuado pretendiente. Ella se encontraba en la línea divisoria de dos épocas, con su marido muerto, su tribu en desorden, su hogar permanentemente incendiado y un futuro que se presentaba como una negra y amenazadora incógnita. No era ilógico que se volviese a los extranjeros e hiciera con ellos la vida que le fuese posible, pero resultaba trágica la necesidad de semejante decisión.

«*¡Oh, Tciblento!* -se dijo una mañana-, que hayas perdido a un susquehannock digno de ti, y al Steed con el que hubieras debido casarte, y los nobles guerreros que habían venido… -Se estremecieron sus hombros, y se le llenaron de lágrimas los ojos-: ¡Cuán terrible es que llegues a pensar en ese hombre despreciable, Tciblento! ¡Tú eres hija de reyes!»

La boda fue algo desconcertante, una parodia de la antigua tradición: una mañana, el pequeño inglés murmuró: «Tiempo… ir… marisma.» Y Pentaquod comprendió su urgencia, pues ningún hombre debe permanecer mucho tiempo ausente de su tierra. Cuando el Sol comenzó a descender hacia el Oeste, Turlock salió del *wigwam* y se dirigió con aire indolente a su lancha, indicando que Tciblento era libre de acompañarle si lo deseaba. Sin despedirse de su padre, ella siguió en silencio al trampero y, sin ceremonia de ninguna clase, subió a la balandra. Su marcha pasó inadvertida en el poblado; no se celebraron los festejos propios del matrimonio de una princesa, ni hubo redobles de tambores, ni oraciones recitadas por el chamán. La tribu estaba desorganizada. La presión del Choptank era demasiado intensa.

El viejo Pentaquod, comprendiendo que no volvería a ver más a su hija, llamó a sus dos hijos y, cogiéndoles de la mano, aunque eran ya crecidos, caminó hasta la orilla y gritó en dirección a la balandra que se alejaba:

–¡Tciblento! ¿Qué haremos con tus hijos?

Pero ella se había ido, ido de su tribu para siempre, y los chicos serían absorbidos y vagarían aturdidos con el resto de los choptanks y, al final, serían cazados como ciervos y muertos, y las agujas de los pinos los cubrirían.

¡Oh, Tciblento! El anciano lloró, y cuando los gansos abandonaron el tío, su espíritu les siguió.

Una característica fundamental de la orilla oriental era que los acontecimientos importantes ocurridos en cualquier lugar suscitaban violentas reverberaciones por toda la península, pero nada que sucediese en aquélla influía jamás en la historia exterior. Esto quedó demostrado en enero de 1648, cuando un barco procedente de Bristol llegó a Devon con un pequeño grupo de sirvientes, una gran provisión

de artículos comerciales para el almacén de los Steed y un sacerdote católico recién ordenado en Roma.

Ralph Steed, de treinta y dos años, había finalizado con éxito sus estudios, y hubiera debido sentirse orgulloso de ser el primer ciudadano de Maryland que recibía las sagradas órdenes, pero al bajar por la pasarela resultó evidente que se hallaba preocupado. Con graves modales y agitado por el viento su rubio cabello, besó sosegadamente a su madre, saludó a sus dos hermanos y dijo:

–Vayamos a la capilla.

Allí celebró una breve misa ayudado por dos marineros, después de lo cual cerró las puertas y se reunió solemnemente con su familia.

–Están sucediendo en Londres acontecimientos de suma gravedad -explicó-. Los protestantes están acosando al rey Carlos, y una odiosa persona llamada Cromwell amenaza con apoderarse del trono y hacerse proclamar rey.

–¿Se han vuelto locos? – preguntó su madre.

–Sí. Y las consecuencias pueden ser terribles. El Parlamento trata de derogar la carta de Maryland. Se habla de enviar aquí los más temibles comisionados con el fin de destruir el catolicismo. Estamos en peligro.

Poseía solamente informaciones fragmentarias; había sido tratado con hostilidad en el barco por los que apoyaban al Parlamento protestante en su lucha contra el rey, y no se había enterado de algunas de las más preocupantes noticias, pero el capitán y los marineros estaban ahora informando a los protestantes que habían bajado del campamento para comerciar.

–Sí, señor -les dijo el capitán-, se está luchando por toda Inglaterra. Un loco llamado Rupert apoya al rey, pero el general Cromwell está reuniendo ejércitos en los campos para defender a los hombres honrados. Si Cromwell vence, estarán contados los días de los papistas en Maryland.

Varios de los marineros, ardientes partidarios del Parlamento, querían organizar una especie de milicia protestante para el Choptank con el fin de defender las nuevas libertades que se estaban consiguiendo en Inglaterra, pero su capitán lo impidió.

–La batalla se ganará en Inglaterra -predijo-, y eso determinará lo que suceda aquí.

No acertó en su profecía. Los plantadores de Virginia y Maryland eran entonces, y seguirían siéndolo, firmemente realistas; amaban positivamente al rey, a cualquier rey, y cuanto más se aproximaba la victoria del Parlamento en Inglaterra, más enérgicamente defendían a Carlos a lo largo del Chesapeake. Para ellos, la Corona era un símbolo de permanencia de la Inglaterra que recordaban, y la insolencia de Cromwell les enfurecía. «¿Cómo se atreve a alzarse contra el rey?» E hicieron circular manifiestos en favor de él.

Pero el padre Steed, persona instruida, además de devoto católico, percibía que se estaba gestando una importante revolución, y sabía que acabaría afectando a todos los habitantes de Maryland, no sólo a los plantadores.

–Nosotros somos gentes del rey -dijo a su familia- y católicos, y ambos atributos nos colocan en difícil situación. Debemos estar preparados para defendernos.

Así, pues, la isla Devon se convirtió en un bastión que defendía el Choptank. Los hermanos Steed poseían diecisiete mosquetes, pero vacilaban en armar a los criados, que eran todos protestantes, como los cazadores del campamento. Todos los asentamientos de Virginia eran vigorosamente anticatólicos, y podía esperarse que organizaran alguna especie de invasión. De hecho, la única esperanza de los Steed radicaba en que los ciudadanos estables de Maryland que habitaban al otro lado de la bahía se unieran a la causa del rey y mantuvieron una cierta estabilidad hasta que los ingleses de Londres eliminaran la amenaza protestante y ahorcaran a Cromwell.

Ralph fue el genio organizador. Manteniéndose en un segundo plano y dejando que su hermano Henry asumiera el control visible, cruzó la bahía y alentó a los católicos, asegurándoles que las dificultades surgidas constituían una aberración a la que había que ofrecer resistencia. Dijo además:

–No debemos dejarnos llevar por el pánico. Es inconcebible que Maryland, que permite a todos una absoluta libertad religiosa, vaya a atacar a los católicos, que hicieron posible esa libertad.

Pero una noche, mientras se expresaba así, un ama de casa católica le dijo que unos renegados habían irrumpido en su hogar y quemado su crucifijo, y Ralph se estremeció con la premonición de que los males que él había estado asegurando eran inconcebibles, eran ya reales. Cuando regresó de cumplir sus deberes sacerdotales, se encontró con que Henry había recibido noticias de Inglaterra, y ninguna era buena.

–Los escoceses han traicionado al rey Carlos. El príncipe Rupert ha sido expulsado del país y se ha hecho pirata en las Azores. Están siendo enviados comisionados de la peor especie para sojuzgar las colonias, y han establecido disturbios contra los católicos.

Los hermanos Steed habrían actuado de modo imprudente de no haber sido por la influencia pacificadora de su madre. Martha tenía cincuenta y cuatro años, sus cabellos eran blancos, su figura delgada, y su presencia de ánimo continuaba siendo la misma de siempre. Había sobrevivido a muchas vicisitudes en aquella remota isla, y no tenía intención de caer en el pánico ni en la desesperación. Su familia católica estaba destinada a sufrir intensas presiones; de hecho, muchas veces se había preguntado por qué no había sucedido antes aquello, y consideraba que había una forma de combatirlo sin dejarse llevar por el histerismo. Dijo a Ralph:

–Hazte invisible. Constituyes un blanco demasiado tentador.

Aconsejó a Henry que disminuyera el volumen de sus relaciones comerciales para no excitar la codicia de los cazadores de Patamoke. Sugirió también que se le propusiera a Turlock trasladarse a la isla para ayudar a defenderla con las armas si se producían violencias, y fue así cómo Henry Steed, el minucioso administrador de Devon, subió a su falúa y mandó a sus sirvientes que le condujeran a la marisma.

Lo que encontró allí le repugnó. Junto al pequeño estero que separaba la marisma de la tierra firme había una choza de lo más miserable ocupada por Turlock, su mujer india y dos gemelos mestizos que les habían nacido misteriosamente; Henry había supuesto que Tciblento había dejado hacía tiempo de ser fecunda, pero allí estaban los delgados chiquillos, jugando en el suelo de tierra. Turlock, el dueño de aquella choza, se hallaba en lamentable estado, con la cara llena de granos, andrajoso y sin dos de los dientes delanteros. Resultaba

repugnante imaginarle como colega, pero Henry siempre había respetado los consejos de su madre y comenzó las negociaciones.

–Madre opina que lo mejor sería que te vinieses a Devon… con tu mujer… e hijos, naturalmente.

–¿Qué más?

–Trasladaríamos dos de los criados. Podrías tener una cabaña estupenda -miró con desagrado la choza.

–¿Líos? – preguntó Turlock, mascando una hierbita.

Al principio, Henry tenía intención de fingir, pero sospechaba que tal vez Turlock hubiera oído rumores de Jamestown, por lo que habló con sinceridad.

–Han depuesto al rey.

–¿Qué… significa… eso?

–Le han echado.

–Bien.

–Puede que se produzcan disturbios en Maryland.

–¡Uh-huh!

–Si nos ayudases, Turlock, nosotros conseguiríamos que se anulase tu orden de detención.

–Nadie… detenerme.

–Algún día vendrán por ti. Intentaste matar a Janney. Y te ahorcarán.

–Nunca… encontrarán.

–Turlock, te estoy proponiendo un plan sensato para recuperar tu ciudadanía. Ven conmigo.

El fugitivo observó atentamente a Steed, y, con gesto instintivo, atrajo hacia sí a los dos chicos.

–Tcib, ven aquí -y la puso detrás de él-. ¿Protestantes lucha papistas?

–Sí.

–Yo soy protestante.

–Sé que lo eres, Turlock. Pero has visto al padre Ralph, el buen trabajo que hace.

–Ralph es bueno.

–También mi madre.

–Ella era buena.

–Lo sigue siendo.

–Tú eres católico, Steed. No puedo ayudarte.

Steed se sentó en el único mueble, un taburete de tres patas. No había esperado ese rechazo, pero necesitaba que aquel individuo estuviese de su parte, y estaba dispuesto a humillarse con súplicas.

–Turlock, lo que suceda en los próximos meses decidirá lo que ha de suceder en este río. ¿Quieres perder tu tierra? ¿Pasarte el resto de tu vida en la cárcel? ¿O ser ahorcado?

–Protestantes ganan, nunca me tocarán.

–Mi querido amigo -dijo apresuradamente Steed-, ¡tú eres exactamente la clase de criminal que esos puritanos ahorcarán! Créeme, Turlock, si quieres conservar tu hogar aquí, en las marismas, ven conmigo y ayuda a mi madre.

Por pura casualidad, Henry había acertado con los dos símbolos que significaban algo para el fugitivo: su marisma y la bondad de Mrs. Steed. A regañadientes, y con fuertes dudas de que actuara bien apoyando a un católico, cargó la balandra que había robado siete años antes y llevó a su familia a Devon, donde, como había prometido a Henry, fueron alojados en una bien construida cabaña. Allí, él y los tres Steed esperaron la conflagración que recorría la orilla occidental.

Llegó al Choptank de forma curiosa. Un criado de veintiséis años establecido a orillas del York discutió con su amo, que perdió los estribos y le azotó cruelmente. El hombre se sintió tan humillado por aquel castigo inmerecido, que incendió la casa de su amo y huyó; se habían dictado contra él órdenes de detención sobre la base de que cualquier cosa que un amo le hiciera a un criado, éste debía someterse, así que, temiendo ser ahorcado, el criado huyó de Virginia y se refugió en el campamento del Choptank.

Allí enardeció a cuatro renegados con fantásticos informes de la revolución general que estaba teniendo lugar en Virginia, con protestantes quemando casas católicas, hasta que uno de los cazadores exclamó:

–¡Hay una capilla papista en la isla Devon, con cura y todo!

Cinco hombres emprendieron la marcha por el río a bordo de sus canoas. Comenzaba la batalla que el padre Ralph había temido.

Fue una lucha terrible, y durante el tiroteo, Timothy Turlock sospechaba que estaba luchando en bando distinto del que le correspondía. No obstante, con su mosquete mantuvo a los invasores alejados de la casa Steed, pero, como se había situado en las ventanas que daban al Este, por donde tendría lugar el primer asalto del grupo de desembarco, no podía proteger el extremo occidental de la casa, donde se encontraba la capilla. El padre Ralph se había situado en el altar, y, cuando los incendiarios se acercaron con antorchas, disparó su mosquete sin dar a nadie.

Dos fornidos cazadores echaron abajo las puertas y le redujeron: Le habrían dado muerte con toda seguridad, pues les enfureció ver sus vestiduras sacerdotales, de no haber sido porque Mrs. Steed gritó pidiendo auxilio, y Turlock se apresuró a acudir, pero no antes de que hubieran prendido fuego a la capilla. Mientras ardía, los invasores prorrumpieron en vítores y trataron de culminar su victoria intentando también de destruir la casa papista, pero los disparos de Turlock y sus compañeros les hicieron retroceder, y al amanecer, mientras humeaban las ruinas de la capilla, los vencedores se retiraron a sus lanchas.

El padre Ralph, intensamente afectado por el ataque, reunió a su familia, para elevar oraciones de acción de gracias, pero Timothy Turlock y Tciblento no asistieron. El fugitivo había congregado a su familia y estaba en aquel momento introduciendo a los dos niños en su balandra; cuando Henry, tragándose su orgullo, fue a darle las gracias por su ayuda, él se limitó a decir:

–¡Al diablo con los católicos!

Y regresó a su marisma.

Esta batalla produjo en el padre Ralph una reacción de desaliento. La pérdida de la capilla en que había rezado de niño constituía un duro golpe, pero su madre le recordó que Lord Baltimore había aconsejado a sus católicos que no hiciesen pública ostentación de su religión para no suscitar oposición, y ella consideraba que la capilla había sido ostentosa. Lo que le dolía era el hecho de que Maryland, la colonia en que los propietarios católicos habían ofrecido libertad religiosa a todos, fuera escenario de persecución a los católicos. Pero no se hallaba seguro de su situación; en los momentos culminantes de la pelea en que había estado a punto de perder la vida, había oído gritar a sus enemigos

protestantes: «¡Esto es por los treinta mil que matasteis en el Ulster, malditos papistas!»

En Roma había oído decir que los católicos de Irlanda del Norte, cruelmente perseguidos por la tiranía protestante, se habían rebelado y dado muerte a muchos miles de sus opresores.

–¿Ha de continuar esto eternamente? – preguntó a sus hermanos-. ¿Este fratricidio?

Reflexionó sobre ello durante varias semanas, y luego decidió que debía ir a Jamestown para enfrentarse a los terroristas que habían difundido aquel veneno a través de la bahía.

Su hermano Paul le acompañó para conseguir la anulación de la orden de detención dictada contra Timothy Turlock, y, cuando llegaron a Jamestown, se les dijo que el concejal Matthew Maynard era el más indicado para resolver sus respectivas misiones, de modo que fueron a su casa, donde el grave caballero contuvo el aliento al oír sus nombres. Le sorprendió que un sacerdote católico se hubiera atrevido a caminar con hábito clerical por las calles de la ciudad.

–Pasen -dijo, sin entusiasmo-. Creo que a mi esposa le interesaría conocerles.

Pronunció estas palabras con tono malicioso y mandó que un esclavo llamara a Mrs. Maynard. Antes de que ninguno de los dos jóvenes pudiera exponer el objeto de su visita, apareció la esposa del concejal, una llamativa rubia de cincuenta y tantos años, ataviada con un notable vestido que debía de proceder de Londres; no era ostentoso ni de un lujo excesivo, pero estaba hecho de tela fina y le sentaba bien.

–Estoy seguro de que te agradará conocer a estos jóvenes -dijo el concejal-. Éste es el padre Ralph Steed de Devon, y éste es su hermano, el doctor Paul Steed.

Mrs. Maynard no manifestó ninguna emoción, aparte hacer una profunda inspiración. Ajustándose el vestido, dijo a Ralph:

–Me alegra mucho verte después de todos estos años. Soy Meg Shipton.

Ralph enrojeció. Se estremeció y se habría sentado de haber tenido a mano una silla. Le fue imposible decir nada, y Paul, a quien jamás se le había hablado de Meg, se quedó asombrado del extraordinario comportamiento de su hermano.

–Yo soy Paul Steed -dijo, extendiendo la mano en dirección a la señora de la casa.

Como ésta no hiciera ademán de estrecharla, añadió, tartamudeando:

–He venido para solicitar de su marido conceda indulto a Timothy Turlock,

–¿Y quién es ése? – preguntó ella, con aire distante.

–Un hombre muy valiente que le salvó la vida a Ralph.

–¿Te salvó la vida? – pronunció las palabras casi sarcásticamente, mientras observaba al sacerdote-. Estoy segura de que te sientes en deuda con él.

Y salió de la habitación.

–Bien, ¿y en qué puedo servirle a usted? – dijo solícitamente Maynard, y con el grado de unción necesario para que la pregunta resultara ofensiva.

–Le pido que anule los cargos que pesan sobre Timothy Turlock -respondió Paul-. Se ha reformado y lleva una vida honrada.

–¿De qué cargos se trata, si me permite preguntarlo?

–No estoy seguro. ¿No dijo padre que era algo referente a Simón Janney?

Paul miró a su hermano, que no se había repuesto aún de la conmoción.

–No tenemos ningún Simón Janney -replicó fríamente Maynard.

–Había una clase de cargos,

–¿Cuándo?

–¿Cuándo sería, Ralph?

Al no encontrar ninguna ayuda en su hermano, Paul tartamudeó:

–Hace unos nueve o diez años.

–El tiempo los ha anulado -dijo secamente Maynard, y dejó de ocuparse de Paul-. ¿Y qué es lo que desea usted, padre Steed, si es ése el tratamiento correcto?

Durante el viaje desde Devon, Ralph había preparado una desapasionada petición de que Virginia dejase de enviar agitadores al Choptank, un ruego de que la libertad que su familia había reconocido a otros les fuera también reconocida a ellos, pero el incidente de Meg

Shipton le había desarmado, y no pudo encontrar palabras para su pomposo y desabrido marido.

–Yo también intercedo en favor de Turlock -murmuró.

–Enterado -dijo Maynard.

Tras una embarazosa pausa dijo, más untuosamente que antes:

–Había pensado que quizá quisieran ustedes presentar una denuncia por el incendio de su capilla; pero, tratándose de un asunto privado y en territorio reivindicado, aunque injustamente, por Maryland, no habría tenido razones para escucharles.

Se puso en pie, indicando que los Steed debían marcharse, y, sin siquiera haber expuesto coherentemente sus pretensiones, los jóvenes se encontraron en la calle.

Ralph estaba tan aturdido por su entrevista con los Maynard, que no le era de ninguna utilidad a su hermano. Caminaba como ofuscado, y, cuando Paul propuso que se fueran a comer, no pudo responder adecuadamente; regresaron al queche, donde los criados estaban preparando pollo, y Paul comió, mientras su hermano permanecía con la vista fija en el río. Finalmente, después de despedir a los hombres, Paul preguntó secamente:

–Ralph, ¿qué ocurre?

–Esa mujer…, Mrs. Maynard.

–Se ha portado desagradablemente, pero, ¿y qué?

–Es mi madre.

Fue Paul quien quedó ahora en silencio. Miró boquiabierto a su hermano, como si Ralph hubiese profanado alguna preciosa imagen, y no encontró palabras para expresar su asombro.

–Sí -continuó el sacerdote-. Meg Shipton. A veces me he preguntado…

Paul no podía comprender las vastas complicaciones humanas puestas al descubierto por aquella casual entrevista, y cuando su hermano trató de explicárselo -la venta de esposas, los abandonos, los años solitarios en Devon, las huidas, el valor de su madre y la firmeza de su padre-, levantó las manos. Era monstruoso, y, cuanto más pensaba en sus complejidades, más furioso se sentía. Como médico, estaba familiarizado con situaciones especiales y había aprendido a

contrarrestarlas del mejor modo posible; un comportamiento como el de Mrs. Maynard era insufrible, y no estaba dispuesto a tolerarlo.

Dejando a Ralph, todavía aturdido, en el queche, volvió a la casa del concejal y exigió ver a los esposos.

–Quiero un acta de exoneración firmada en favor de Timothy Turlock -le gritó a Maynard-. Y quiero que hable usted con mi hermano como una cristiana decente -dijo a Mrs. Maynard.

–Joven…

–Y si se niegan, informaré a todo Jamestown y a toda Virginia.

Los Maynard no sabían con seguridad lo que significaba este ultimátum, la exoneración ni la visita, y el concejal trató de decir alguna ingeniosidad, pero Paul alargó la mano y le cogió de la muñeca.

–Tiene usted un minuto, señor, para mandar llamar a mi hermano. Un minuto.

Mr. Maynard comprendió entonces que se hallaba ante un individuo peligroso, y envió a un esclavo a buscar al sacerdote. Mientras éste llegaba, escribió una declaración exonerando a Timothy Turlock de su escritura y liberándole de responsabilidad por su conducta con su amo. Luego apareció Ralph, desgreñado y sin aspecto de ser un sacerdote.

–Mrs. Maynard -dijo Paul-, éste es su hijo Ralph.

–Me alegra ver que has vuelto de Roma -dijo ella, con tono helado.

Fue una escena lastimosa, en la que nadie se hallaba preparado para decir nada adecuado, y, después de varios vanos intentos de reconciliar a madre e hijo. Paul montó en cólera:

–¡Así os trague el infierno a los dos!

–Podrían marcarle a fuego la lengua por lanzar juramentos -advirtió Maynard.

–¡Así os trague el infierno a los dos! – repitió, y los dos hermanos salieron de la casa.

En los largos días del retorno a Devon, Ralph permaneció derrumbado en el queche, sin decir nada, mirando las oscuras aguas. Después de varios intentos en vano por consolarle, Paul le dejó solo; pero la noche anterior a su llegada a la isla, creyó oír un chasquido y corrió hacia popa, donde encontró a Ralph que se disponía a saltarse la tapa de los sesos.

–¡Ralph! – gritó, aterrorizado, pues lo que el joven sacerdote se proponía hacer, constituía un pecado horrible contra la Humanidad y contra el Espíritu Santo: un suicidio. Arrancándole la pistola de la mano, Paul le tiró al suelo, le abofeteó y le maldijo.

Ralph no dijo nada. Apenas parecía darse cuenta de lo que había sucedido, pero Paul no le devolvió la pistola. Y, cuando el queche atracó y los hermanos desembarcaron, ambos se movían como ancianos abrumados por la carga de secretos demasiado terribles para compartirlos. No podían contar a su madre la penosa escena con Meg Shipton, pues eso le acongojaría, ni podían compartir el incidente con Henry, pues tampoco él había sido informado jamás de la ascendencia de Ralph. Lo único que podían hacer era enseñar el documento que exculpaba a Turlock, y cuando Henry sugirió que lo llevaran a las marismas como prueba de su voluntad de ayudar al fugitivo, no pudieron manifestar ningún interés ni en Turlock ni en su indulto.

Fue entonces cuando el padre Steed inició los grandes años de su ministerio en la Orilla Oriental, viajando solo a las partes más peligrosas de la península, viviendo sin temor entre indios y renegados, oficiando ceremonias nupciales y bautizos en los lugares más inverosímiles y, a raros intervalos, consagrando como capilla alguna escondida habitación de una casa. Nunca habría muchos católicos en la Orilla Oriental, ésa era la religión de las ciudades del otro lado de la bahía, pero los que desafiaban las inclemencias de la selva, respetaban al padre Steed como su conciencia y su esperanza.

Las arrugas de su rostro se hicieron más profundas. Se tornó descuidado en su forma de vestir. Y, cuando se le propuso, dada su piedad, que se trasladase a St. Mary's City para atender a las familias importantes allí establecidas, pidió que se le dispensara de ello:

–Estoy a gusto en los ríos del interior -dijo, y era a lo largo de estos ríos por donde viajaba.

¿Qué tenía una marisma para fascinar de tal modo a un hombre? Cuando Timothy Turlock recibió la prueba de que ya no sería conducido a Jamestown para ser ahorcado y que su posesión de la marisma permanecería indiscutida, experimentó un resurgimiento de espíritu que nadie que conociera su historial hubiera sospechado jamás.

–¡Tcib! – gritó, cuando el queche de los Steed emprendió la marcha-. Estamos a salvo.

Danzando una jiga, cogió a sus hijos, uno debajo de cada brazo, y echó a correr hasta el lugar en que comenzaba la marisma. Señalando con su barbilla sin afeitar los cañaverales y los tortuosos canales, gritó:

–¡Nunca perderla!

En su valoración de la marisma, Turlock había avanzado algo desde los primeros días, en que la había visto simplemente como un lugar en que los animales, y también él, podían esconderse. Ahora la veía como un imperio, una extensión de considerables riquezas, poblado por animales más grandes y peces más sabrosos. No se molestaba en diferenciar los juncos y las diversas clases de diminutos e incomibles cangrejos, ni poseía los conocimientos necesarios para comprender cómo encajaban mutuamente los distintos y contrapuestos segmentos de vida, apoyando cada uno al otro; esa complicada ciencia no sería conocida en su siglo. Pero lo que sí podía comprender era que la marisma constituía una especie de Estado desde el que podía burlarse de los Steed y de cualquier otro que intentara esclavizarle sometiéndole a sus ordenadas formas de vida.

Una vez a salvo dentro de sus fronteras, él era emperador. Se había construido un pequeño bote de remos, no más impermeable que la chalupa que había ayudado a construir para Janney, y, con los pies en el agua que penetraba por las rendijas, le gustaba recorrer las ocultas vías de agua que dividían la marisma en principados; según avanzaba desde un cerro a otro, iba viendo especies mayores. – Abundaban los ciervos, y se abstenía de disparar contra ellos dentro de la marisma, como si reconociese el derecho de los animales a encontrar allí asilo, lo mismo que él; cuando disparaba contra un ciervo, lo hacía tierra adentro, entre los árboles. Acabó familiarizándose también con las ratas de agua, y observaba dónde construían sus cónicas madrigueras.

Le gustaba especialmente la tortuga de brillantes colores; no era tan sabrosa como el emido que cogía siempre que podía, y quizás era esta inutilidad lo que le hacía sentir un especial afecto hacia el lento animal, pues sospechaba que tampoco él servía para nada. Le gustaban los cantos de las ranas, y reía cuando sus hijos aseguraban que los ruidos que emitían debían de proceder de alguna gran ave.

–Ranas -les decía, y hasta que no hubo atrapado varias y les hubo mostrado cómo aquellas húmedas criaturas emitían su provocador sonido, los chicos no le creyeron.

Experimentaba una especial identificación con el águila blanca, que llegaba para coger peces de la forma en que él se acercaba a robar; era un ave bella, fogosa y decidida, y, a veces, cuando la veía pasar rozando las puntas de las hierbas de la marisma, pensaba que le gustaría ser como ella.

–¡Oh! – les decía a los hijos-. ¡Mirad cómo se lanza!

Y se sentía complacido siempre que el águila blanca remontaba el vuelo con un pez agitándose en el pico.

Rara vez veía los animales pequeños que mantenían viable la marisma, y no comprendía su relación con las hierbas. Caracoles y medusas no le interesaban, pero había una criatura que nunca dejaba de excitar su imaginación: el gran ganso que llegaba en octubre, llenando el cielo y dominando las corrientes. Constituía el símbolo de la grandeza de la marisma, la promesa de su munificencia.

Cuando los días de verano se empezaban a acortar, decía a sus hijos: «Ya pronto», y todas las mañanas comprobaba el viento y podía adivinar, con dos días de antelación, cuándo llegarían los grandes pájaros, discutiendo sobre el lugar en que posarse con roncas voces que llenaban el aire, y cuando, finalmente, acordaban quedarse en su marisma, él echaba a correr como si quisiera abrazarles, pues compartían con él aquel refugio, y, al igual que los ciervos, se hallaban a salvo de su escopeta mientras permaneciesen allí.

Una vez, emocionado ante el regreso de las aves, levantó los brazos hacia el cielo mientras llegaban.

–¿Dónde estabais? – gritó, pero fueron los chicos quienes le oyeron, no los gansos, y le turbó que le hubieran visto ponerse en ridículo de aquella manera.

Saltó a su bote y remó furiosamente hacia las remotas vías de agua donde florecían los gatos de nueve colas, y allí encontraba alimentándose a los recien llegados, y se pasaba todo el fresco día mirándolos.

En aquellos años, y durante bastantes más en el futuro, solamente había dos poblados en toda la cuenca de Chesapeake, y aun ésos

suministraban servicios más gubernamentales que económicos. Jamestown funcionaba como capital de Virginia y St. Mary's City de Maryland, pero cuando se fundaron poblaciones más importantes - Williamsburg y Annapolis-, los poblados originarios se desvanecieron prácticamente, demostrando que nunca habían desempeñado una función comercial.

La situación era más acusada aún en la Orilla Oriental en la que no habría ninguna ciudad ni pueblo hasta finales del siglo; incluso asentamientos famosos como Oxford, Cambridge y Easton, no surgirían hasta mucho más tarde, lo cual era comprensible, pues los pioneros se establecían sólo en las puntas de las innumerables penínsulas. Como los granjeros que ocupaban esos cabos eran en gran medida autosuficientes, no sentían la necesidad de un centro comercial, ni habrían podido llegar por tierra hasta él si hubiera existido, pues era imposible enlazar con caminos las diferentes penínsulas, ya que habrían tenido que atravesar pantanos, espesos bosques y anchos arroyos. Cada familia vivía de sus propios recursos.

Pero dondequiera que los hombres se congregan, empiezan a formarse misteriosamente ciudades, y ya en 1650 se sembraron las primeras semillas de una comunidad a orillas del Choptank. Cazadores y otros nómadas continuaban apreciando las facilidades que encontraban en las ruinas del poblado indio de Patamoke, donde el espléndido puerto proporcionaba acceso a la bahía y protección frente a las tormentas. A veces, su emplazamiento permanecía ocupado durante cuatro años seguidos, y luego quedaba desierto durante tres. Había años en que sólo se detenía en él algún casual cazador de gansos, pero a todo lo largo de la Costa Oriental se le conocía como lugar en que, en caso de necesidad, cualquiera podría encontrar pan o unas onzas de pólvora.

Los Steed observaban atentamente lo que sucedía en el antiguo emplazamiento indio, pues, como buenos comerciantes, sospechaban que algún día podría desarrollarse allí un importante tráfico comercial y se proponían controlarlo. Henry Steed navegó por dos veces hasta su puerto para averiguar si se daban las condiciones adecuadas para abrir alguna especie de puesto comercial, y comprendió que a las personas que fijaban su residencia en las distintas penínsulas les resultaría más

cómodo acudir a algún punto central, que recorrer todo el camino que les separaba de la isla Devon.

–Por el momento no hay gente suficiente como para justificar un puesto -dijo a sus hermanos-, pero pronto la habrá.

Lo que hizo, en vez de abrir un almacén, demostró su agudeza:

–Paul, debes cruzar la bahía y hablar con el gobernador.

Y cuando las conversaciones concluyeron, los Steed tenían en su poder documentos que les daban derecho sobre el puerto y las espaciosas tierras circundantes.

–Ahora -dijo Henry a la familia-, si se desarrolla algo, nos encontraremos en una excelente posición.

Pero por mucho que se ampliaran las posesiones de los Steed, Mrs. Steed no podía descansar tranquila. En 1638 había rechazado la pretensión de Simón Janney sobre los campos septentrionales, pero no la había eliminado legalmente, y ahora advirtió a sus hijos:

–Llegad a un acuerdo con Janney, antes de que se entere de que estamos prosperando.

Así, pues, Henry y Paul se fueron nuevamente en el queche a Jamestown, llevando consigo un notable cargamento. El dinero en metálico seguía escaseando mucho, y nadie podía recordar cuándo habían circulado monedas por el Choptank, y ello por la buena razón de que Henry Steed había ido guardando todas las que llegaban a su poder. Había acumulado en secreto un montón de monedas españolas y francesas, así como unos cuantos chelines, y esto era lo que se proponía utilizar como señuelo con Janney.

Cuando llegaron a Jamestown, fueron informados de que el pequeño campesino seguía ocupando su miserable granja río arriba, por lo que dirigieron el queche hasta su muelle, pero éste se hallaba en tan malas condiciones que no se atrevieron a amarrar allí la embarcación. Dejando el queche anclado en el río, remaron hasta la orilla y fueron a la choza en que vivían Janney, su desdentada esposa y desnutrida hija. Al ver el estado en que se encontraban, pensó: «La mención de monedas contantes y sonantes acelerará esta negociación.» Pero Janney demostró ser un astuto comerciante.

–Yo debería conocer los campos, puesto que son míos.

–Están ocupados en nombre de mi padre.

–El uso da la propiedad.

–Puede que haya algo de cierto en lo que dices.

–Especialmente si lo tengo por escrito.

–¿Lo tienes? – preguntó cautelosamente Henry.

–Cartas -respondió Janney, mirando a su mujer en busca de confirmación.

–Las cartas no prueban nada -dijo Henry-. Ya sabes que conozco las leyes.

–Entonces sabrás qué es un contrato -replicó Janney.

Continuaron así durante media hora, hasta que Paul empezó a impacientarse.

–No creo que Mr. Janney tenga ninguna prueba -dijo con tono terminante.

–Pero Henry, sí. ¿Verdad, Henry?

–Opino que tienes algún vago derecho -admitió Henry-. Difícil de demostrar, pero quizá lo bastante como para crearnos dificultades en un tribunal.

–Especialmente en un tribunal de Virginia.

–Propongo que renuncies a ese derecho. Ahora.

–¿A cambio de qué? – preguntó Janney.

–Dinero. Una importante cantidad de monedas.

Había recalcado el hecho de las monedas para impresionar a Janney con la posibilidad de hacerse con dinero auténtico, pero no estaba preparado para lo que Janney hizo a continuación. El astuto granjero consultó visualmente con su mujer y su hija; éstas asintieron con un gesto, y, levantando una tabla del suelo, sacó del interior una gran vasija de barro, de la que echó sobre la mesa de madera un montón de monedas europeas más de dos veces lo que había reunido Henry Steed. Mientras acariciaba las monedas, amorosamente y con orgullo, dijo:

–Hace años que tenemos intención de comprar terrenos junto al Rappahannock. Bien, si de veras quieres aclarar tu título, y así debe de ser…

Hizo tintinear sus monedas.

–¿Cuánto quieres? – preguntó fríamente Henry.

–La cuestión es que yo firme tus papeles, ¿no?

–En parte.

–Firmaré, y mi mujer pondrá su marca, y mi hija Jennifer firmará. Quedarás libre de nosotros para siempre… -titubeó, y todos contuvieron la respiración-, si añades una importante cantidad de monedas a las nuestras.

Sin vacilar, Henry Steed cogió su bolsa por un ángulo del fondo y la vació sobre la mesa.

–Creo que es importante.

–Yo también -admitió Janney, y se firmó la renuncia.

En el viaje de regreso, Paul dijo admirativamente:

–Te has comportado con mucha audacia.

–No lo creas; llevaba la mitad de nuestras monedas cosidas en la cintura del pantalón -replicó Henry.

Luego se tornó reflexivo.

–Lo importante es que nuestros títulos son ahora impecables, y debemos conservarlos así, Paul. Nada de hipotecas ni préstamos; sobre todo, querido hermano, nada de pedirle un préstamo a Fithian. Prométeme que nunca encargarás en Londres nada que no puedas pagar. Marcus Fithian es el hombre más honrado que conozco. Yo le confío a él cada hoja de tabaco, y él me rinde cuentas honradamente, pero, por amor de Dios, nunca te endeudes con él.

Había conocido a Fithian en los colegios de abogados de Londres; el inglés era un año mayor que él y muchos años más sensato. Descendiente de una familia que siempre se había especializado en financiar el comercio, sus antepasados habían conocido a los Fugger y a los Medici, y rara vez habían sido vencidos por ninguno de los dos. Los jóvenes se habían conocido en 1636, y durante cinco meses, el joven Fithian se había informado por Henry acerca de las colonias; le agradó saber que Henry se había detenido en Boston, de paso para Londres, y había observado por sí mismo la prosperidad de aquella ciudad, pero Henry no dejaba de repetir: «Las verdaderas fortunas se amasarán a lo largo de los ríos de Virginia.» Para comprobar esta tesis, Fithian había realizado un tedioso viaje en un barco tabaquero al York y al Potomac y había visto en seguida las posibilidades de una asociación industrial que beneficiaría tanto al remoto plantador de las colonias, como al comisionista de Londres.

Nunca fue avaro, pero cuatro grandes plantaciones habían caído ya en sus manos, porque sus indisciplinados propietarios pedían se les enviase de Londres más cosas de las que podían pagar con el tabaco que mandaban desde Virginia. Fithian no hacía nada delictivo, ni tan siquiera sospechoso; se limitaba a cumplimentar pedidos y llevar meticulosos balances, y, cuando aquéllos hacían que éstos arrojasen saldo deudor, iniciaba la expropiación. Nunca intentó dirigir por sí mismo una plantación; sabía que carecía de aptitudes para tan absorbente tarea: «Nunca sabría el valor de un solo esclavo, ni el de un campo de hierba en sazón.»

Lo que hacía, una vez adquirida la propiedad, era enviar a las colonias un agente con la misión de buscar el mejor granjero disponible y venderle la tierra con una gran rebaja, encargándose de llevarle las cuentas durante los cincuenta años siguientes. En cumplimiento de este propósito, escribió en 1651 a su amigo Henry Steed:

Mi primo Lennox ha pasado tres semanas en tus ríos y me dice que el granjero Simón Janney es trabajador, digno de confianza y excepcionalmente bien informado de todo lo referente al tabaco. ¿Estás de acuerdo? He entrado recientemente en posesión de una gran plantación situada en la orilla izquierda del Rappahannock que, según me asegura Lennox, es susceptible de cultivo, si pasa a manos de la persona adecuada. He pensado vendérsela a Janney a precio muy inferior al que predomina en el mercado con la esperanza de que pueda establecerse. Te ruego que me des tu opinión por medio del capitán de este barco. ¿Puede pagar una suma razonable? ¿Pagará? ¿Puede obtener beneficios de la tierra?

A cada una de esas preguntas Steed respondió afirmativamente, diciendo al mismo tiempo a Paul:

–Por lo que se refiere a la tierra, Simón Janney es casi tan digno de confianza como un Steed.

Y estaba seguro de que la plantación de Rappahannock pasaba a buenas manos.

Pero volvía repetidamente a su tesis fundamental, que predicaba a su madre y a sus hermanos: «Nunca pidáis prestado nada a Londres.» En todos los demás aspectos confiaba en su socio invisible: éste les enviaba telas de Flandes, o cristal de Bohemia, o libros de Londres.

Disponía lo necesario para su transporte, mantenía sus créditos en los Bancos más adecuados y sabía de sus negocios más que ellos mismos. Él era el invitado ausente de sus fiestas, y la persona en quien más confiaban de todas cuantas conocían. Trabajaban y comían a orillas de un río de la Orilla Oriental, pero espiritualmente vivían en Londres, gracias al sentido de la responsabilidad y a la integridad de Marcus Fithian.

Había otros problemas que no se podían evitar. Los indios nanticokes se habían comportado prudentemente cuando los primeros blancos invadieron sus antiguos territorios, y se habían retirado, permitiendo que los invasores eligieran lugares a lo largo de los ríos meridionales, y no había habido batallas. Pero cuando nuevos invasores siguieron cruzando la bahía y empujándoles más y más corriente arriba de los ríos para apropiarse de excelentes terrenos de caza, la presión se tornó insoportable.

Siete pequeñas escaramuzas echaron a perder las relaciones en aquellos años, y habría habido más si los nanticokes hubieran conseguido persuadir a los choptanks para que se unieran a ellos. En varias ocasiones fueron despachados emisarios hacia el Norte con la propuesta de que los choptanks cayeran sobre Patamoke y los eliminaran, pero los pacíficos choptanks se negaban: «No somos un pueblo guerrero. Nosotros vivimos en paz con nuestros blancos.» Y ningún argumento podía inducirles a atacar.

Esto no deparó a los choptanks ningún mérito ante los blancos; un indio era un indio; y cuando la auténtica batalla estalló en territorio nanticoke, los colonos blancos establecidos a lo largo del Choptank dieron por supuesto que ellos serían los siguientes objetivos; anticipándose a los acontecimientos, empezaron a disparar contra todo indio que veían. Les alentaba a ello el duro edicto promulgado por el gobernador:

Aviso a todos los ciudadanos. Los indios nanticokes han sido declarados enemigos de este palatinado, y, en consecuencia, todas las personas deben actuar contra ellos de todas las formas posibles.

Como resultado de esta invitación a la violencia, surgió una esporádica guerra, en la que los blancos rechazaban a cualquier indio que tratara de establecer contacto con cualquier asentamiento; los

desconcertados choptanks llegaban por el río para garantizar la paz, y, antes de que pudiera desembarcar, caían sobre ellos el fuego graneado de los blancos y se retiraban en absoluta confusión. En una de esas ocasiones resultó muerto el hijo mayor de Tciblento -un indio de pura raza-, y, cuando varios mensajeros fueron a la cabaña de Turlock para informarle de lo sucedido, ella les recibió con indiferencia:

–Hatsawap ha sido muerto por los blancos.

–¿Qué había hecho?

–Nada. Iban a hablar de paz.

Ella no reaccionó ante esta triste noticia y continuó balanceándose de un lado a otro sobre las nalgas.

–Tciblento -dijeron los mensajeros-, debes hablar con los otros blancos. Nosotros no estamos en guerra con ellos.

–Pero ellos están en guerra con nosotros -respondió Tciblento.

Permanecieron hablando largo tiempo, recordando días mejores, y cuando Turlock regresó de cazar en la marisma, hosco y sucio, y quiso saber por qué estaban allí los choptanks, uno de ellos dijo:

–El hijo de Tciblento ha sido muerto por un blanco.

–Todos serán muertos -repuso él, y Tciblento asintió con la cabeza. Luego les preparó un mapache para cenar y se marcharon.

La guerra en el bosque no amainó, pues los nantikokes no estaban dispuestos a permitir que los hombres blancos les expulsaran. Adquirieron gran habilidad en tender emboscadas e hicieron sumamente difícil la vida río arriba, por lo que, en diciembre de 1652, el Gobierno dictó las famosas y draconianas órdenes que condujeron a su eliminación como fuerza combatiente:

Los nanticokes y sus aliados constituyen un peligro para esta colonia, y deben ser castigados. Declaradles la guerra con toda la fuerza que tengáis. Venced, destruid, saquead, matad o tomad prisioneros. Haced todas estas cosas a todos o cualquiera de los citados indios con los que os encontréis. Matadlos o capturadlos vivos, según gustéis. No debe haber tregua.

Los cazadores que se apiñaban en Patamoke tuvieron entonces sus días de gloria. Se escondían tras los árboles que dominaban las pistas más frecuentadas y, en cuanto aparecía un indio, hombre o mujer, disparaban. Los bosques se enrojecieron con la sangre de los indios, y el

fuego consumió poblados enteros que no habían conocido jamás ninguna guerra.

La matanza fue especialmente intensa entre los confusos choptanks, que no habían dado el menor motivo para semejante derramamiento de sangre. En toda la historia de la nación choptank, ningún indio había matado jamás, ni mataría, a un hombre blanco, y, sin embargo, ahora eran cazados como ardillas. El segundo hijo indio de Tciblento, el alto Ponasque, sabio como su abuelo, y un compañero, subieron a su canoa y bogaron río abajo para pedir cordura; pero, al pasar ante la punta este de Patamoke, tres cazadores los divisaron. Apuntaron cuidadosamente a los jóvenes, que no podían realizar ninguna acción evasiva, ni protegerse de ninguna manera, y empezaron a disparar.

La primera descarga quedó corta, y el jefe de los cazadores exclamó:

–¡Más alto!

Apuntaron más alto, y ahora dispararon por encima de la canoa.

–¡Un poco más bajo!

Y la tercera perdigonada alcanzó al indio que iba en la proa, el cual cayó de lado.

Dos de los cazadores lanzaron gritos de júbilo, pero su jefe advirtió:

–¡Es una treta! ¡Disparadle otra vez!

Los cazadores continuaron disparando hasta que cayó también Ponasque, y la canoa quedó tan acribillada, que se hundió con los dos cadáveres.

Ahora, uno de los caciques atravesó los bosques para hablar con Turlock, y, después de haber informado a Tciblento de la muerte de su otro hijo, noticia ante la cual ella permaneció tan impasible como antes, el indio se volvió hacia Turlock y preguntó:

–¿Qué debemos hacer?

–Permanecer escondidos. Yo guardo Tcib.

–Moriremos de hambre.

–Quizá… Tcib… también.

–¿Cuánto durará esta persecución?

–Años. Luego… cansados.

–Turlock, déjanos ir a la ciudad para demostrar nuestros deseos de paz.

–Os… matarán. A mí también.

–Tú conoces sus costumbres, Turlock. ¿Qué podemos hacer?

–Nada.

Y tenía razón. En aquellos terribles años de eliminación, nada que los choptanks hubieran podido hacer habría convencido a los blancos de que ellos eran diferentes. Había comenzado la pugna por la posesión de tierras, y esto situaba a los indios frente a las ambiciones y destinos de los recién llegados, y nunca pudo lograrse ninguna clase de tregua.

Los pequeños indios se movían por el bosque en busca de ciervos, pero ellos mismos acababan convirtiéndose en objetivos. Los niños salían a jugar -ningún castigo podía impedirles que lo hicieran- y se convertían en víctimas de una caza mortal. El júbilo de los cazadores blancos era tan grande cuando abatían a un niño de siete años como cuando eliminaban a una mujer de setenta, y el perímetro fue estrechándose cada vez más, hasta que los supervivientes se acurrucaron en sus chozas, como Tciblento se había acurrucado en la suya.

En 1660, cuando tenía cincuenta y dos años, Timothy Turlock tuvo conocimiento de algo que le hizo los últimos años de su vida mucho más gratos que los anteriores. La vida en las marismas nunca era fácil; cierto que siempre había alimentos, pero si necesitaba aun la más insignificante herramienta, le resultaba casi imposible adquirir los bienes necesarios para realizar el cambio. Nunca veía monedas; durante un período de nueve años no había tenido en su poder dinero alguno, salvo la vez que robó una olla en cuyo interior había un chelín. Así, pues, a lo largo de los años había robado una sorprendente diversidad de objetos. Siempre que se aproximaba a una plantación sus ojos de halcón giraban en torno identificando cosas de las que podría apropiarse en una visita posterior, y un magistrado dijo de él una vez: «Si Tim Turlock fuese camino del patíbulo, sus brillantes ojillos estarían localizando cosas que robar a la vuelta.»

Milagrosamente, sustentaba a su pequeña familia mediante subterfugios que exigían más esfuerzo que si se hubiera dedicado a un trabajo honrado, y, de pronto, su suerte cambió. Las guerras indias, sin alcanzar nunca una magnitud comparable a las de la orilla occidental, constituían, sin embargo, un asunto enojoso, y los cazadores pasaban

tanto tiempo disparando contra los indios, que olvidaron la verdadera amenaza que iba llegando sigilosamente del Norte: los lobos invadieron la península, y se ofreció una recompensa por su exterminio.

Los comisionados del condado entregarán por cada lobo muerto raciones de pólvora y perdigones, así como cien libras de tabaco. Para acreditar la muerte será preciso presentar la zarpa derecha y la quijada de la fiera.

Con un incentivo así, Turlock podía poner en acción todos sus poderes, y recorrió los bosques al Norte y al Sur, sembrando la destrucción entre los salvajes predadores. Adquirió tal maestría en seguirles la pista y tal precisión al disparar contra ellos, que los ciudadanos, que sentían más seguros sus ganados cuando él se encontraba por los alrededores, decían: «Turlock consigue lo que otros no logran, porque vive como un lobo y piensa también como un lobo.»

Lo que ignoraban era que el astuto Timothy Turlock había ideado, en combinación con sus dos hijos gemelos, un plan destinado a volver en su favor la nueva ley.

–Stuby bueno en los bosques -había dicho admirativamente el padre al comienzo de la reunión, y tenía razón. Stuby, así llamado porque un cazador de Patamoke había dicho: «Ese chico parece completamente estúpido», se había convertido a sus trece años en un gran conocedor del bosque; había heredado la astucia natural de su padre y la inclinación de su abuelo Pentaquod hacia el bosque. Amaba el profundo sosiego de aquella tierra, la forma en que los animales cruzaban por ella y el vuelo de los pájaros mientras buscaban semillas. Era mucho mejor cazador que su padre, y a menudo detectaba la presencia de lobos mientras Timothy estaba jugueteando todavía con su mosquete.

–Silencio -decía Timothy, como un mariscal de campo en miniatura, pero Stuby se limitaba a señalar hacia el lugar en que ya había localizado al lobo, y, cuando disparaban, era su escopeta la que mataba al animal.

–Stuby queda bosque -dijo Turlock-. Charley vigila ciudad.

Los chicos no entendieron su plan, pero cuando sus ojillos se entornaron hasta quedar convertidos en estrechas rendijas y su sonrisa

dejó al descubierto los ennegrecidos dientes, se dieron cuenta de que estaba fraguando alguna buena idea.

–Charley encuentra dónde entierran lobos.

¡Y entonces Charley comprendió! Con una sonrisa tan malévola como la de su padre, dijo:

–Noche, yo desentierro zarpas… quijadas.

Y cuando lo dijo, los tres Turlock rieron entre dientes, pues habían descubierto la forma de hacerse ricos: Tim y Stuby matarían lobos y entregarían los miembros necesarios para cobrar la recompensa, y tan pronto como hubieran sido enterrados, Charley iría a medianoche para desenterrarlos, y así los podrían entregar a los funcionarios una y otra vez…, después de haberles quitado la tierra procedente de los anteriores entierros. Los Turlock iban a adquirir grandes cantidades de tabaco.

En un viaje que realizaron al Norte se encontraron con que la caza era muy escasa; ni siquiera Stuby podía localizar ningún lobo, y ambos fueron alejándose más y más, lo cual no les preocupaba, porque se alimentaban de los productos de la tierra y dormían allá donde les sorprendía el crepúsculo: una cuantas ramas de pino, una hoguera en un hoyo y, por la mañana, un chapoteo de agua fría en la cara. Pero un día, al despertar, Stuby advirtió a su padre:

–Más allá, casas quizá.

Hablaba en una curiosa amalgama de choptank, gestos y cortas palabras inglesas, pero nunca tenía dificultades para hacerse entender; los cazadores que le habían tachado de estúpido habían confundido la reserva con la ignorancia.

Cuando hubieron avanzado varias millas sin encontrar lobos, llegaron a las proximidades de un grupo de casas construidas veinte años antes por inmigrantes suecos, cuando esa nación se esforzaba por poner pie en el Nuevo Mundo. Los Turlock, recelosos por naturaleza, permanecieron varias horas observando el asentamiento y vieron que hombres y mujeres corrientes parecían estar llevando a cabo tareas totalmente corrientes también, por lo que, hacia el mediodía, salieron del bosque, cruzaron una extensión de tierra recién arada y empezaron a dar gritos de saludo.

Numerosas personas salieron corriendo de las casas, y, al poco rato, los Turlock se vieron rodeados de robustos granjeros y sus esposas, hablando todos en un idioma que Turlock no había oído nunca. Finalmente, se encontró a un chico que había navegado en un barco inglés, un muchacho rubio de la misma edad, aproximadamente, que Stuby y que ardía en deseos de hablar.

–Somos holandeses. De Nueva Holanda. Y hemos echado de aquí a los suecos.

–¿Qué son suecos?

Cuando la pregunta fue traducida, los granjeros rieron entre dientes, y un hombre empujó hacia delante a una muchacha de fuertes piernas y el pelo más rubio que Timothy había visto jamás.

–Es una sueca -dijo el chico, y el barbudo y sucio Turlock dirigió una sonrisa a la joven.

Permanecieron seis días en el asentamiento holandés, acosando a preguntas al intérprete, y, por alguna razón que el joven Stuby no podía analizar, su padre presentaba constantemente la situación de Patamoke mejor de lo que realmente era, y su casa como algo muy superior a la choza en que vivían, pero cuando llegó el momento de partir, el muchacho comprendió cuál había sido el plan. En el bosque, esperándoles en el camino que habían de seguir para regresar al Choptank, se hallaba Birgitta, la muchacha sueca, que, con expresivas señas, indicó que, si bien la vida de una criada en el asentamiento sueco había sido dura, con los holandeses había sido un auténtico infierno. Al adentrarse los tres en el bosque, ella se volvió para mirar por última vez su prisión, hizo un gesto obsceno y lanzó lo que Stuby supuso se trataba de un torrente de maldiciones suecas.

Caminaban con rapidez por miedo a que los holandeses intentaran recuperar su propiedad, y las dos primeras noches cayeron rendidos de puro cansancio, pero al tercer día consideraron que se hallaban ya fuera de peligro y redujeron el ritmo de su marcha, mientras Stuby se mantenía atento por si podía cazar algún lobo, sin que su padre manifestase mucho interés al respecto. Aquella noche, Timothy sugirió que Stuby preparase su refugio para la noche, esperando hasta que el muchacho hubo terminado, y luego eligió un lugar muy apartado para el colgadizo de ramas de pino bajo el que dormirían él y Birgitta.

La distancia no era demasiado grande; durante toda la noche, Stuby oyó extraños sonidos y tumultuosas risas, y, entremezcladas, palabras en choptank y sueco, y cuando despuntó el día, los tres haraganearon por el bosque. Por segunda vez en su vida, Tim Turlock se había ganado el afecto de una mujer sin haberla cortejado y sin conocer ni una docena de palabras de su idioma. Podía hacerlo porque existía a un nivel primitivo en una sociedad primitiva en la que los actos eran más expresivos que las palabras; sus potencialidades animales se manifestaban en una docena de mudas señas, y dos mujeres se habían mostrado dispuestas a confiar sus vidas a su capacidad para sobrevivir.

Durante el camino de regreso hacia el Sur, la muchacha sueca y él se hicieron grandes amigos; se divertían mucho juntos, día y noche, y, pese a la diferencia de edad, pues ella no era mucho mayor que los hijos de Timothy, Stuby comprendió que tenían intención de vivir juntos. Por eso, no le sorprendió lo que ocurrió cuando llegaron a la marisma. Su padre avanzó decididamente hacia la choza, golpeó la puerta y gritó:

–Tcib, sal.

La alta mujer india, pulcra y aseada aun en sus harapos, salió desconcertada a la puerta, vio a Ja muchacha sueca y comprendió. Tardó menos de diez minutos en recoger sus pobres pertenencias y, sin ninguna recriminación perceptible, salió. Ya no se la necesitaba; ya no tenía un hogar.

Charley decidió ir con ella, y, cuando su madre empezó a adentrarse en el bosque, exclamó:

–¡No! Esa canoa es nuestra.

Y amenazó con saltarle la tapa de los sesos a su padre si formulaba alguna objeción. Con aire desafiante, remó a lo largo del río hasta Patamoke, donde ella iría pasando de cazador en cazador.

Stuby nunca vaciló; se quedaría con su padre y cazaría lobos, y, los días, cada vez más frecuentes, en que Turlock prefería quedarse en casa retozando con Birgitta, él salía a cazar solo y lo hacía mejor que cuando su padre le estorbaba. Pero ya no estaba Charley para desenterrar los símbolos y revenderlos, por lo que el propio Turlock tenía que salir de noche y merodear por los vertederos recuperando zarpas y quijadas.

Es fácil reconstruir la historia de Timothy Turlock durante estos años, dada la turbadora frecuencia con que su nombre aparece en las actas judiciales de su época. La opinión del juez de Londres en el sentido de que Turlock era un hurón quedó confirmada durante estos años. El habitante de la marisma, de cincuenta y tantos años, era menudo, rápido, astuto, sucio de ropas y de costumbres, frecuentador de pantanos, invasor de propiedades ajenas. No era sorprendente que se le acusara tan a menudo de robar objetos de poca importancia, pues Turlock era incapaz de pasar ante un objeto susceptible de ser utilizado sin apropiárselo, pero constituía un misterio el hecho de que hubiera logrado también el afecto de Tciblento y Birgitta. Uno habría pensado que este repulsivo y desdentado hombrecillo sería el último en cualquier proceso de selección amatoria; quizá su astuta insistencia explicaba el misterio, o tal vez el hecho de que deseaba ardientemente a las mujeres y dejaba que ellas lo percibiesen. En cualquier caso, su presencia constituía una ofensa para los buenos cristianos y una constante espina en el costado del tribunal.

Como demuestran las actas que se conservan en los archivos, fue frecuentemente multado, y a menudo azotado, pero este último castigo constituía una prueba más dura para la comunidad que para el propio Turlock, pues en el momento en que era conducido de la cárcel al poste, empezaba a lanzar tales lamentos y gritos de dolor, que el espectáculo resultaba sumamente desagradable, y, como los jueces sabían que los latigazos no surtirían ningún efecto en él, se mostraban reacios a condenar a la comunidad a semejante trago.

–Hubiéramos debido ahorcarle en la primera sesión -dijo uno de los comisionados después de un juicio en el que se le acusaba de haber matado a un habitante de la ciudad que había entrado a su marisma siguiendo la pista de un ciervo.

Pero otros consideraban que su existencia estaba justificada porque mataba una extraordinaria cantidad de lobos:

–Como un ave de carroña, ayuda a eliminar la basura de esta ciudad.

Así, pues, Turlock prosiguió su camino, curioso hombrecillo que había engendrado seis bastardos: dos con Tciblento, uno con Birgitta y tres con otras tantas muchachas que habían sido públicamente

azotadas por sus transgresiones. Estos seis fueron el comienzo de la tremenda horda de Turlocks que poblarían la Orilla Oriental, cada uno de ellos con importantes características de Timothy: amarían la tierra; querrían vivir junto al agua; desarrollarían una especie de relación de amistad con pájaros, peces y animales terrestres; hasta la sexta generación ninguno sabría leer ni firmar, y todos abominarían de formalismos tales como pagar impuestos o casarse.

Y, sin embargo, a veces incluso eso sucedió. Turlock tuvo la desfachatez de entrar en el tribunal de Patamoke y afirmar que había comprado la escritura de Birgitta a los holandeses, y cuando tanto ella como Stuby lo confirmaron, los magistrados tuvieron que extender documentos acreditativos de que él poseía su servicio para siete años; pero cuando la muchacha quedó embarazada, en realidad no llegó a ser azotada; gimiendo y sollozando, Turlock se presentó en el tribunal ofreciéndose a casarse con ella si se le perdonaban los latigazos, y los jueces permitieron de mala gana que se celebrara la boda. Fue una ceremonia extraña: asistieron Charley y Stuby, así como su media hermana Flora y Tciblento, que permaneció todo el tiempo mirando al suelo.

Llevaba ésta una vida extraña; de sesenta y ocho años, alta y majestuosa como siempre, pero, evidentemente, sus buenos tiempos habían pasado. Ya no llevaba el suavemente curtido vestido de piel de ciervo, ni el ribete de visón, ni el collar de plateadas conchas. Vivía con extranjeros más allá de los límites del puerto; su único amigo era Charley, un muchacho resentido y difícil que odiaba a los blancos, pero se esforzaba en ser como ellos. Solía comparecer con frecuencia ante el tribunal.

Un día en que su madre se hallaba cuidando la casa de dos cazadores, él se internó en el bosque para cazar un ciervo, y, al regreso, vestido de andrajos similares a los que llevaban los choptanks, uno de los mismos cazadores con los que vivía su madre disparó contra él, creyendo que era un indio. La bala le penetró en el hombro izquierdo, pero no le derribó; conteniéndose la sangre con un trapo sucio, se dirigió a casa, pero se desmayó antes de llegar a la cabaña. Tciblento le cuidó sin derramar una sola lágrima. El cazador se justificó: «Parecía un indio», excusa a la que ella no respondió.

Durante aquellos años veía con poca frecuencia a Stuby; éste permanecía con su padre, explorando las marismas y convirtiéndose en una gran autoridad sobre la vida a lo largo de las aguas. Se había construido ya una canoa con un tronco ahuecado, y estaba empezando a construir otra; pasaba en el río más tiempo que en tierra, pues aunque tenía que vivir en el bosque para matar ciervos que le servían de alimento y lobos de los que obtenía beneficios, vivía en el agua porque la amaba. A veces permanecía ausente durante varios días, explorando los ríos hacia el Norte, y, si su padre había sido el primer hombre blanco que había apreciado las maravillas de aquella región, Stuby se convirtió en el primero, indio o blanco, en conocer lugares concretos, las espléndidas penínsulas que se internaban como dedos en las grises aguas, las plácidas ensenadas que se ocultaban tras ellas.

A los veintitrés años, Stuby se había entregado al río y a la bahía; formaban su imperio, y en sus amplios senos siempre se sentiría como en su casa. Vivía conforme a las mareas, y a la salida de la luna llena, y a la llegada y la partida de las aves acuáticas. Sabía en qué lugares de las barras arenosas se situaban las ostras para protegerse y cómo se movían los cangrejos de un lado a otro de la bahía. Conocía el emplazamiento de cada banco de arena y la sinuosa entrada a cada estero. Aparejaba sus propias velas y sabía cuándo arriarlas en una tormenta, y tenía tan exquisita sensibilidad para las embarcaciones, que se daba cuenta al instante cuando una de ellas empezaba a derivar de lado o acercarse a un banco de arena oculto. Era un hombre de agua, el primero de su casta, un pez sin agallas, un ave de la marisma sin plumón.

Un insólito hombre llamado James Lamb figuraba en muchas de las detenciones de Timothy Turlock. De cuarenta y un años cuando apareció en la cubierta de un barco procedente de Bristol, había cruzado Inglaterra a pie para evitar ser detenido en Londres y había llegado al Nuevo Mundo como hombre libre que huía voluntariamente de un hogar confortable a causa de una iluminación que había alterado su vida. Había oído a un predicador itinerante, un tal George Fox, cuáquero, explicar las sencillas características de una nueva fe, y había sido convencido.

Era un hombre sencillo, y su esposa Prudence era menos presuntuosa aún que él. En el muelle de Jamestown había comprado la escritura de una criada llamada Nancy, una muchacha que les había proporcionado innumerables complicaciones con su propensión a permitir que jóvenes agradables, y algunos ni agradables ni jóvenes, se metieran en su cama. La muchacha era llevada ante el tribunal, humillada, azotada, en el poste público y advertida por los comisionados de que podría incluso ser encarcelada, pero ella insistía en su libidinosa conducta. Un ama normal la habría expulsado, pero Prudence Lamb no podía hacerlo. «Está a nuestro cargo», decía a su marido, e, hiciera la ardiente muchacha lo que hiciese, Mrs. Lamb la protegía, pagaba sus multas para que pudiera librarse de los latigazos y aseguraba a su marido que algún día le entraría la sensatez a Nancy; pero cuando la joven admitió por segunda vez a Timothy Turlock en su dormitorio, los Lamb juzgaron que aquello colmaba la medida.

–No puedes volver a hablar más con él -le advirtió Mrs. Lamb, y Nancy lloriqueó:

–No hay nadie más con quien hablar -y los Lamb consideraron que era su deber encontrar a la muchacha alguna especie de compañía, y un día Mrs. Lamb propuso a Stuby Turlock como compañero adecuado, y Nancy gimió-: Lo único que le interesan son las tortugas -y, como si fuese una profetisa, seis días después se presentó Stuby en casa de los Lamb con un delicioso emido de moteada concha, un regalo, dijo, porque los Lamb no habían llevado a su padre ante el tribunal por robar una carretilla.

Birgitta, ligada a Turlock por la servidumbre y el matrimonio, contemplaba estos irregulares asuntos con el regocijado distanciamiento de una antigua diosa escandinava perpleja ante el curioso comportamiento de los contumaces mortales. Su marido era repulsivo, y nada podría cambiarle, pero ella podía esperar que un buen día fuese muerto accidentalmente de un disparo o ahorcado deliberadamente; entonces se vería libre para seguir su propio camino en aquel floreciente Nuevo Mundo. Ciertamente, era más feliz a orillas del Choptank de lo que jamás había sido como prisionera de los holandeses, y estaba comenzando a sentir auténtico cariño hacia su vivaracha hija y hacia su extraño hijastro Stuby. Comprendía al

muchacho y le alentaba a que continuara sus jiras de reconocimiento de la marisma y el río. Percibiéndolo, él la invitó un día a acompañarle en una de sus exploraciones hacia el Norte, y ella, sin vacilar, cogió a Flora y subió a la canoa de troncos, pasando tres días en aquellos exquisitos arroyos que se ramificaban desde la orilla derecha del río.

–Tienes un paraíso -dijo a Stuby.

El muchacho asintió con la cabeza; no podía expresar con palabras lo que sentía hacia aquellas aguas, pero, a veces, cuando rodeaba un promontorio y veía ante sí todo un estero que se internaba tierra adentro, se le cortaba el aliento como si acabara de encontrarse con un íntimo amigo después de una larga ausencia, y amó a su rubia madrastra por comprenderlo.

Quienes mejor comprendían a los Turlock eran los Steed. Henry sabía que Timothy era un incorregible: ladrón, adúltero, embustero, gandul y una docena de características más que repugnaban a una familia decente. Le toleraba porque su madre, Martha Steed, insistía en que lo hiciese, pero eso no le impedía denunciar a la justicia los delitos cometidos por el ladronzuelo, y en ocasiones parecía que Henry tenía que acudir mensualmente al tribunal para prestar declaración. Continuamente lograba que se dictase sentencia condenando a Turlock a indemnizarle los daños, y continuamente pagaba Turlock en un tabaco tan rancio y lleno de malas hierbas, que debía ser clasificado como basura. En manera alguna podía ser enviado a Inglaterra para su venta; ello supondría destruir el buen nombre de Steed.

Paul Steed, el médico, veía un aspecto distinto de los Turlock, un aspecto funcional, como si dijéramos, pues le llamaban para atender a los niños engendrados por Timothy y ocuparse de las diversas tragedias sobrevenidas a sus mujeres e hijos. Un día subía por el sendero desde el muelle de Devon con pasos lentos y la cabeza tan baja que su madre le preguntó:

–Paul, ¿qué ocurre?

–Tciblento se está muriendo.

–¿De qué?

–Algún hombre la apaleó con un garrote.

–¡Oh, Dios mío!

–Pero ya se estaba muriendo… de nosotros.

–Paul, ¿qué quieres decir?

–Ella es la última de los auténticos choptanks, madre. Nunca hubo ninguna esperanza…

Mrs. Steed propuso que Tciblento fuese llevada a la isla, donde podría ser atendida debidamente, pero Paul respondió: Es inútil. No vivirá una semana.

–Al menos esa semana tiene que ser decente -insistió Mrs. Steed, y ordenó a los sirvientes que preparasen el queche para ir ella misma a buscar a la agonizante, pero cuando Paul y ella llegaron a la choza, encontraron a Tciblento demasiado débil para moverse. Como había dicho Paul, un cazador borracho cuya casa cuidaba le había atacado con un garrote de madera de roble y le había roto la mandíbula.

Yacía en un camastro de agujas de pino, jadeando entrecortadamente, con el rostro torcido, pero conservando intacta la grandeza de sus oscuros ojos. Al ver a Mrs. Steed, y recordar el apuesto inglés al que antaño amara y había amado siempre, se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba demasiado débil para volver la cara a un lado, pero se sentía tan avergonzada, que Mrs. Steed debió de comprender su secreto, cerró los ojos y sollozó interiormente.

–Tciblento -dijo Mrs. Steed-, vamos a llevarte a casa con nosotros.

La mujer herida hizo acopio de fuerzas para negar con la cabeza. Se quedaría allí, en la triste condición a que ella misma se había reducido.

–¿Mandamos llamar a Turlock?

La mujer volvió a negar.

–¿Stuby? ¿No te gustaría ver a Stuby?

Tciblento asintió con un gesto, y Charley fue a buscar a su hermano, pero el joven barquero se hallaba ausente explorando las ensenadas, y Charley regresó sin él, pero en compañía de Timothy.

Mrs. Steed hubiera preferido impedir el paso a aquel malvado, pero Paul dijo:

–Entra.

Turlock se acercó, cabizbajo, al lecho.

–Hola, Tcib -dijo.

Ella levantó la vista, pero le fue imposible decir nada. Volviéndose hacia el médico, Turlock preguntó:

–¿Ella…?

–No.

–Bueno, Tcib, adiós -dijo, y salió.

Ella no mostró ninguna tristeza al verle desaparecer por última vez. Todas las cosas estaban desapareciendo, como venía ocurriendo desde hacía décadas, y no era perderle a él lo que más sentía.

En aquel momento se produjo una conmoción, pues dos funcionarios estaban arrastrando a la choza al hombre que la había apaleado. Era un tipo repulsivo, no mejor que Turlock, y cuando estuvo ante la agonizante mujer de la que tanto había abusado, gimió:

–Diles que yo no lo hice, Tcibby.

Y ella le miró, y luego a sus aprensores, y dijo a éstos que no había sido aquel hombre. Uno de los funcionarios, sin dejarse engañar por sus palabras, cogió el garrote y empezó a golpearle, causándole verdadero daño, pero Paul intercedió:

–Déjele ir -dijo, quitándole el garrote, y el hombre gimió, esta vez con motivo, y desapareció en el bosque.

Era evidente que Tciblento no pasaría de aquella noche, por lo cual Paul sugirió a su madre que regresase a la isla mientras fuese aún de día, pero ella rehusó.

–No puedo dejarla morir sola.

Y permaneció junto al lecho durante toda la larga tarde, y, cuando el Sol se puso en la margen occidental de la bahía, continuaba allí, hablando a la silenciosa mujer.

–Ha habido buenos días en este río, Tciblento. Recuerdo cuando te casaste. Tuviste hijos indios, ¿verdad?

Y el vacío de los ojos de Tciblento indicó que había muerto.

No hubo apagados tambores que señalaran su tránsito. No hubo doncellas que cantaran a Pentaquod, que había salvado a su tribu, ni a las gestas de sus hijos, que no habían realizado nada. Su pueblo se halla disperso a lo largo de vastas extensiones, sin ningún *werowance* que les recordara los ritos tribales. Muchos yacían sin sepultura en los extraños lugares en que habían caído, y ahora también ella yacía muerta, en una choza situada a orillas de un río sobre el que en otro tiempo imperó su padre.

CUARTO VIAJE: 1661

Hacía ya algún tiempo que la comunidad sospechaba de él. Su amo había confiado al gobernador que «Edward Paxmore, cuya escritura compré hace siete años, ha dado en vagabundear por la colonia, privándome de los frutos que hubiera podido obtener con su trabajo». Como consecuencia, sus movimientos eran vigilados por espías que informaban de cualquier comportamiento insólito al comité de ministros, y la familia a la que esperaba comprar una parcela de tierra para instalar en ella su carpintería cuando terminase su escritura se negó a vender.

Los informadores dijeron al gobernador:

–Ha viajado de Dover a Salisbury, a Rowley y a Ipswich, y ha mostrado gran insistencia en discutir con los viandantes sobre las obras de Dios.

Por consiguiente, cuando Paxmore regresó a Boston y apareció de nuevo en la casa de su amo, el sheriff le estaba esperando para conducirle ante el tribunal.

En la audiencia, su amo gimió:

–Edward es un buen carpintero que trabaja bien. Pero en este último año conmigo ha dado en discutir sobre las obras de Dios. Me ha privado de su trabajo, y estoy casi arruinado.

–¿Qué solución propone?

–Ruego a Su Señoría que prorrogue su escritura durante otros diez meses. Es justo.

Al gobernador, hombre delgado y enérgico, le preocupaba poco la restitución económica a los amos; tales casos eran frecuentes y podían ser resueltos por los jueces ordinarios. Pero aquella ominosa frase «discutir sobre las obras de Dios» le turbaba en alto grado, pues era claramente blasfema y olía a cuaquerismo. En los últimos años, el gobernador había mandado a la horca a tres cuáqueros y había asistido personalmente a sus ejecuciones. No tenía intención de permitir que aquella perniciosa herejía se implantara en Massachusetts, pues era una abominación.

El gobernador era persona de claro juicio en todas las cosas, pero le dejaba perplejo el hombre que estaba con él, aquel trabajador alto y flaco, con una chaqueta de confección casera que dejaba al descubierto sus muñecas y pantalones que no llegaban a taparle los tobillos. Tenía

un aire desmañado, pero todos habían testificado que era un excelente carpintero. Eran la nuez y los ojos del hombre lo que llamaba la atención: la primera se movía como animada de voluntad propia; los segundos ardían con ese intenso fulgor que caracteriza a los que creen haber visto a Dios. Tales hombres eran peligrosos, y, sin embargo, este carpintero era de modales tan comedidos y se mostraba tan deferente al tribunal y tan respetuoso hacia su amo, que no podía ser un criminal corriente. Había profundas cuestiones implicadas en el asunto, y era preciso esclarecerlas.

–Edward Paxmore, temo que vas por caminos descarriados. Te devuelvo al sheriff para comparecer ante el tribunal el lunes próximo y ser sometido a adecuado interrogatorio.

Y, dicho esto, miró tristemente a Paxmore y salió de la estancia.

El juicio hubiera debido carecer de importancia, pues, normalmente, Paxmore, de treinta y dos años y con una excelente reputación de buen trabajador, habría sido amonestado por vagabundear y privar de su trabajo a su legítimo amo. El juez añadiría seis meses más a la escritura -nunca tantos como pedía el amo-, y cuando este plazo se hubiera cumplido, el carpintero se convertiría en un hombre libre y en una valiosa aportación a los ciudadanos de Massachusetts.

Pero el juicio de Paxmore era diferente, pues cuando el tribunal se constituyó el lunes por la mañana, el juez Goddard, hombre alto y corpulento que hablaba en tono solemne, tenía la sombría pero satisfactoria tarea de dar los toques finales al caso de Thomas Kenworthy, cuáquero declarado. En tres ocasiones anteriores, el juez Goddard había ordenado que Kenworthy fuese azotado y expulsado de Massachusetts, y tres veces el cuáquero había regresado a la colonia.

Paxmore y su amo se hallaban ya sentados en la sala del tribunal cuando el sheriff introdujo a Kenworthy. El cuáquero era un hombre de cuarenta años, delgado, de atezado rostro, ojos hundidos y aire de fanático, que miraba penetrantemente a la gente. Llevaba las manos atadas, y parecía reacio a situarse ante el juez; el sheriff tuvo que empujarle, pero cuando, finalmente, ocupó su puesto, miró desafiantemente al juez y preguntó con voz fuerte:

–¿Por qué me juzgas?

Y Goddard tronó:

–Tenemos una ley.

–Es tu ley, no la de Dios.

–¡Hagan callar a ese hombre!

–No callaré, pues Dios me ha ordenado hablar.

–¡Silenciad esas blasfemias! – rugió el juez, y el sheriff tapó con su mano la boca del preso.

Cuando se hizo de nuevo el silencio en la pequeña sala blanca, el juez Goddard reanudó la dirección del juicio, colocando sus grandes manos sobre la mesa y mirando con desprecio a Kenworthy.

–Tres veces te ordené azotar, y tres veces has continuado tu herejía. ¿No aprendes nada?

–He aprendido que Dios no necesita gobernadores, jueces ni ministros para hablar a Su pueblo.

–Sheriff, quítele la camisa a ese hombre.

El sheriff, hombre alto y delgado al que se le notaba la satisfacción que le producía su cargo, desató las manos del prisionero y le arrancó la camisa de lana. Paxmore contuvo una exclamación. La espalda del hombre era una red de pequeñas y redondas cicatrices, pero distintas a todo lo que él había visto nunca. Formaban pequeñas granulaciones por toda la espalda del hombre, y Paxmore nunca olvidaría la extraña observación del hombre que estaba a su lado:

–Se podría meter un guisante en cada una.

El juez Goddard preguntó:

–¿Te das cuenta, Thomas Kenworthy, del aspecto que ofrece tu espalda?

–La siento cada noche antes de dormir. Es el emblema de mi entrega a Dios.

–Al parecer, eres de carácter tan contumaz que los latigazos ordinarios no producen ningún efecto sobre ti. Mi orden de que abandones esta colonia ha sido incumplida tres veces. No sólo has persistido en tu herejía cuáquera, sino que has tenido la audacia de predicársela a otros, corrompiéndoles, y no hay humildad en ti.

–En mí hay amor a Dios -replicó Kenworthy,

–Ni tampoco respeto -añadió el juez-. En tus otros tres juicios te negaste a quitarte el sombrero en presencia del gobernador y de su

tribunal, ¿no es verdad?

–Lo es, y si pudiera tener ahora mi sombrero, lo llevaría puesto, pues Jesucristo así me lo ha ordenado.

Sus ojos se posaron en el sombrero que Paxmore había llevado al tribunal, y, apartándose súbitamente del sheriff, se apoderó de él y se lo puso desafiantemente en la cabeza. El sheriff empezó a forcejear para quitárselo, pero el juez Goddard le contuvo.

–Deje que el criminal lleve su sombrero, si eso le ayuda a oír mi sentencia.

Luego bajó la voz y dijo, más lentamente:

–Thomas Kenworthy, es mi deber pronunciar sentencia contra ti.

–Dios ya lo ha hecho, y tus palabras no son nada.

–¡Tu boca sólo vierte falsedades! – tronó el juez, levantando la voz.

–Transmito las instrucciones de Dios, y éstas nunca son falsas.

–¿Te nombras, entonces, a ti mismo ministro, hombre que conoce las enseñanzas de Dios?

–Cada hombre es ministro, sí, y cada mujer también.

Kenworthy se volvió hacia los espectadores y, como Edward Paxmore era quien más cerca estaba de él, asestó en su dirección un largo dedo y dijo:

–Este prisionero conducido ante el tribunal es también un ministro. Habla directamente con Dios, y Dios habla con él.

–¡Háganle callar! – gritó el juez, y de nuevo las manos de Kenworthy fueron atadas, y su boca, tapada.

Paxmore, tembloroso a consecuencia de haber sido implicado por dos veces en aquel juicio, contempló fascinado cómo el juez ordenaba minuciosamente los papeles que tenía sobre la mesa, en un claro intento de recuperar la calma. Haciendo una profunda inspiración, se inclinó hacia delante y se dirigió al cuáquero, con mesuradas frases:

La colonia de Massachusetts se ha mostrado en extremo clemente contigo, Thomas Kenworthy. Ha recibido tu herejía y ha hecho cuanto ha podido para hacerte ver la falsedad de tu conducta. Tres veces te ha permitido vagar por nuestras ciudades y pueblos, vomitando tu blasfemia. Y no has manifestado el menor arrepentimiento. En consecuencia, la sentencia de este tribunal es que seas atado a un gran

cañón y azotado treinta veces, después de lo cual serás llevado a la plaza pública y ahorcado.

La cruel sentencia no produjo ningún efecto en Thomas Kenworthy, pues se encontraba ya viviendo en una especie de éxtasis en el que carecían de importancia latigazos y patíbulos, pero causó un efecto devastador sobre Edward Paxmore, que se puso en pie de un salto y gritó al juez:

–Si vais a ahorcarle, ¿por qué azotarle primero?

La pregunta era tan explosiva, tan evidentemente oportuna, que el juez Goddard cometió la imprudencia de caer en la trampa de responder.

–Para castigarle -respondió, sin reflexionar.

–¿No es un castigo la muerte? – exclamó Paxmore.

–No suficiente -replicó el juez.

Y luego, dándose cuenta de lo que había hecho -que había hablado como un necio-, rugió:

–¡Encierren a ese hombre! – y abandonó la sala.

El sheriff llevó a sus dos prisioneros a la cárcel, un húmedo recinto situado bajo el nivel de la calle, y ordenó al herrero que aplicara un juego de grilletes en los pies de los dos hombres. Cuando se hubo finalizado este difícil trabajo, y ambos hombres quedaron sujetos entre sí como si fueran uno solo, el herrero y el sheriff se marcharon, dejando en la semioscuridad al cuáquero condenado y al carpintero.

Entonces comenzó el diálogo de salvación. Thomas Kenworthy, uno de los primeros predicadores cuáqueros en América, graduado en Oxford y hombre versado en griego y latín, explicó la sencilla revolución teológica que había tenido lugar en Inglaterra hacía menos de veinte años:

–George Fox no es un santo, ni un sacerdote, en ningún sentido de la palabra. No se diferencia nada de ti y de mí.

Kenworthy explicó cómo Fox, aquel modesto inglés, había comprendido que muchas de las manifestaciones de religión no eran sino vanos adornos, y que el ritual era innecesario:

–No hacen falta sacerdotes, ni bendiciones, ni sermones de ministros, ni imposiciones de manos. Dios habla directamente al

corazón humano, y las bendiciones de Jesucristo están al alcance de todo hombre y toda mujer.

Paxmore observó que Kenworthy nunca decía *hombre* en el sentido religioso, sin añadir *mujer,* y el cuáquero le dijo:

–Cuando fui azotado en Virginia, una mujer colgaba junto a mí en la trasera del carro, y era más valiente de lo que yo pude ser jamás. Las cuerdas me herían, pero laceraban a la mujer, y ella ni siquiera gemía.

–¿Duelen los latigazos?

–En Virginia, yo lloraba y maldecía; pero en Ipswich, Dios vino a mí y preguntó: «Mi Hijo pudo soportar Su crucifixión, ¿y tú no puedes resistir una simple flagelación?»

Paxmore preguntó si podía tocar las cicatrices, y Kenworthy respondió negativamente.

–Eso las haría demasiado importantes. La dignidad de mi espalda radica en mi corazón, en el que he perdonado a los flageladores de Virginia y Massachusetts. Ellos eran como los soldados romanos; cumplían con su deber.

Estaba describiéndole a Paxmore los demás principios de los cuáqueros -igualdad de las mujeres, negativa a empuñar las armas, pago de diezmos, ausencia de himnos y de manifestaciones exteriores de culto, inexistencia de sacerdotes y ministros y, sobre todo, la relación directa entre Dios y el hombre-, cuando el carpintero exclamó:

–Thomas, yo abandoné Boston y he permanecido vagando por la región porque buscaba algo. ¿Es ésta la revelación que estaba buscando?

–No es ninguna revelación, ningún misterio, y no necesitabas haber abandonado Boston para conocerlo. Es el simple descubrimiento de que cada hombre constituye su propio camino hacia Dios.

Ya entrada la noche, un carcelero llevó la cena a los presos, pero ninguno de los dos podía comer. Ligada la pierna de uno a la del otro, deseaban hablar sobre la revolución espiritual de la que el cuaquerismo constituía sólo una pequeña manifestación.

–Habrá otros muchos como yo -predijo Kenworthy-. Tendrá que haberlos, porque Dios se acerca a los hombres de diferentes formas.

–¿Tiene razón el gobernador en su religión?

–Desde luego. Para él, lo que dice y aquello en lo que cree es totalmente justo.

–Entonces, ¿por qué condena a…? ¿Qué palabra utilizó?

OceanofPDF.com

–Cuáqueros -recordó el hombre de Oxford-. Nuestros enemigos nos acusan de temblar en presencia de Dios, y es cierto [1].

–¿Por qué te condena a muerte?

–Porque tiene miedo.

–¿Por eso es por lo que el juez ordenó que fueses azotado… y ahorcado?

–Sí. Cuando vio en el tribunal mi espalda llena de cicatrices, cicatrices debidas a él, y comprendió el poco efecto que habían causado en mí… Edward, la última vez en Roxbury ni siquiera sentí las cuerdas…

En un arrebato de percepción espiritual, perdió el hilo de su pensamiento, la conciencia de estar en la cárcel y toda sensación de presión causada por los grilletes. Intentó levantarse, y luego intentó arrodillarse para orar. Fallidos ambos esfuerzos, se sentó en el banco y cruzó las manos sobre el pecho, diciendo:

–Si no me hubieras dicho que habías abandonado Boston en misión de búsqueda, no me atrevería a decirte lo que te voy a decir, pues supone depositar una pesada carga sobre ti, Edward. Pero Dios te ha llamado.

–Así lo creo -respondió Paxmore, y los dos hombres se pasaron toda la noche hablando.

El viernes por la mañana entró el herrero para cortar los grilletes que les mantenían unidos, y, mientras lo hacía, advirtió a Kenworthy que iba a ser ahorcado ese mismo día. A él le quitó por completo la argolla, pero no a Paxmore, a quien le sujetó a la suya una cadena de dos metros.

–Todos los presos deben presenciar la ejecución -explicó el herrero-, y con esta cadena el sheriff puede impedir que te escapes.

Cuando los dos presos quedaron de nuevo solos en su celda, Paxmore supuso que Kenworthy desearía rezar, pero el hombre de Oxford se hallaba en un estado de exaltación tal que no necesitaba orar para prepararse a la muerte que esperaba.

–Somos hijos de Dios, y la reunión con Él no puede nunca ser dolorosa. La paz de mi corazón es mayor aún, porque sé que tú has recogido la carga que dejo tras de mí.

–¿Podríamos rezar? – preguntó Paxmore.

–Si sientes necesidad de ello…

–Yo no tengo la inteligencia que tú tienes…,

–La tienes, Edward. Es decir, la capacidad para ello. Todos los hombres y tnujeres la tienen. Lo que se necesita es el descubrimiento de la verdad. Y eso llegará.

Se arrodillaron, y Paxmore comenzó una atormentada oración, pero Kenworthy posó su mano sobre el hombro del carpintero y dijo:

–Las palabras no son necesarias. Dios te oye.

Y los dos hombres oraron en silencio.

Continuaban en esa posición cuando entraron los carceleros. Eran hombres fornidos, de brazos poderosos, y parecían disfrutar con su trabajo, pues lo abordaron con una especie de alegre jovialidad.

–Ha llegado el momento -anunció el más corpulento de los dos, agarrando del brazo a Kenworthy. El otro cogió el extremo de la cadena de Paxmore y le dijo:

–El sheriff se encargará de ti.

Los dos cuáqueros fueron separados por última vez, pero no antes de que Paxmore tuviera oportunidad de gritar:

–¡Estaré en el cadalso contigo, Thomas!

A lo cual, Kenworthy respondió:

–Todo Boston estará.

Paxmore y otros tres presos -dos hombres y una mujer que habían preguntado algunos pequeños detalles acerca del puritanismo- fueron conducidos al patio de ejecución, donde se hallaba esperando una multitud de espectadores con diversas clases de deleite. Algunos se sentían fascinados por el patíbulo, del que pronto colgaría un hombre; otros, por el monstruoso cañón a cuya rueda sería atado el hereje. Ocho hombres de la ciudad se habían prestado ya a empujar el cañón y estaban atando cuerdas a la cureña. Pero todos experimentaban una exaltada sensación de existencia, porque su Iglesia iba a purificarse.

Paxmore, en pie con los otros presos, sobre los que caían constantemente las burlas de los espectadores, buscó en vano con la vista a Kenworthy; el condenado estaba siendo retenido hasta que apareciesen los funcionarios de la colonia, y, en aquellos momentos, procedentes de la blanca iglesia en que habían estado rezando, llegaron

el gobernador y el juez Goddard, vestido de negro, seguidos por los padres de la ciudad, con gesto torvo y decidido.

–¡Traigan al preso! – gritó el gobernador.

Era evidente que se proponía supervisar personalmente la muerte de aquel aborrecible disidente. Cuando Kenworthy apareció, el gobernador se dirigió a él, adelantó la mandíbula y preguntó:

–¿Te convences ahora de que tenemos el poder de reducirte al silencio?

–Mi voz será mañana más fuerte de lo que lo ha sido jamás -replicó Kenworthy.

–¡Al cañón! – exclamó el gobernador.

El sheriff dejó caer la cadena que sujetaba a Paxmore y llamó a tres ayudantes, que se adelantaron para agarrar al hombre de Oxford y atarle a la rueda de hierro del cañón, boca arriba y con los brazos y piernas muy abiertos.

–Carcelero -ordenó el gobernador-, treinta latigazos, bien aplicados.

El más corpulento de los dos carceleros dio un paso hacia delante, y el escribano de la ciudad le entregó un palo de madera al que se habían sujetado nueve gruesas cuerdas de la clase utilizada para manejar una vela. En cada una de ellas se habían hecho tres grandes nudos, y, al acercarse al cañón, el carcelero hizo restallar expertamente el látigo junto al oído del postrado preso.

–Ése no cuenta -dijo, y la multitud se echó a reír.

–¡Uno! – salmodió impasiblemente el escribano, y las nueve cuerdas cayeron sobre la espalda, cubierta de cicatrices, del cuáquero.

–¡Dos! – contó el escribano.

Y luego:

–¡Tres! ¡Cuatro!

–Hacedle gritar -exclamó entre la multitud una mujer, pero Kenworthy no lanzó ningún sonido.

«Siete» y «Ocho» pasaron sin que surgiera ningún sonido de la rueda, por lo que el gobernador ordenó:

–Empujad el cañón hacia delante.

Y los hombres que sujetaban las cuerdas estiraron hasta que la rueda adoptó una nueva posición, exponiendo al látigo partes diferentes del cuerpo de Kenworthy.

–¡Pegad, pegad! – gritó el gobernador.

Y, cuando los siguientes latigazos continuaron sin hacer brotar un solo grito de dolor del prisionero, el gobernador se adelantó coléricamente y cogió el látigo de las manos del primer carcelero, entregándoselo al segundo.

–¡Pega! ¡Destruye a ese hombre!

El segundo carcelero, encantado de la oportunidad que se le presentaba para mostrar la clase de servicio que estaba dispuesto a prestar a su colonia y a su Iglesia, se puso de puntillas y descargó el látigo con fuerza salvaje, haciendo que se estremeciera el cuerpo entero de Kenworthy. Al decimoquinto latigazo el cuerpo quedó flaccido y, cuando el entusiasta carcelero se disponía a golpear de nuevo, Edward Paxmore gritó:

–¡Se ha desmayado! ¡Basta! ¡Basta!

–¿Quién ha gritado? – preguntó el gobernador.

Y el juez Goddard, que había estado observando a Paxmore, señaló:

–Ése.

El gobernador se volvió a mirar al culpable.

–Nos ocuparemos de él después -dijo. Luego, gritó-: Moved el cañón -y la gran rueda giró.

Para el vigésimo quinto latigazo, Thomas Kenworthy estaba casi muerto, pero el gobernador ordenó entonces que el látigo fuese entregado a un nuevo aspirante ansioso de demostrar lo bien que podía golpear, y briznas de carne saltaron de la sanguinolenta masa.

–¡Acabad con él! – exclamó una mujer, mientras el escribano finalizaba su letanía:

–Veintinueve, treinta y terminado.

–Echadle agua en la cara -ordenó el sheriff, y, una vez cumplida la orden, fueron cortadas las ataduras que sujetaban al inerte cuerpo.

–Al patíbulo -dijo el gobernador, y abrió la marcha en dirección hacia la horca.

El agua y el paseo reavivaron al preso, que, después de haber sido colocado en la plataforma desde la que sería dejado caer, exclamó con voz que pudo oírse a bastante distancia:

–Te avergonzarás de lo que has hecho hoy.

Un ministro que había contemplado la flagelación corrió al patíbulo y gritó, con tono ardiente y condenatorio:

–¡Hereje, separatista! Dios nos ha enseñado la verdadera religión, y tú la denigras. Es justo que mueras.

–Verdugo, a tu trabajo -ordenó el gobernador, y un saco negro fue colocado sobre la cabeza de Kenworthy.

Al desaparecer el radiante rostro, Paxmore murmuró:

–¡Oh, Dios! No es tan viejo como yo.

Descendió la soga sobre la negra máscara, y el nudo quedó situado en la nuca.

–¡Que muera! – exclamó la mujer que había gritado antes, y fue accionada la trampilla del suelo.

El lunes, cuando Edward Paxmore, encadenada todavía su pierna izquierda, compareció ante el juez Goddard, no presentaba un agradable aspecto. Sus muñecas y tobillos continuaban emergiendo de sus toscas ropas; su nuez seguía moviéndose como el corcho del aparejo de un pescador; sus ojos seguían siendo acusadores, pero la barba le cubría las mejillas, pues no se le había permitido afeitarse, y tenía todo el aire del perfecto criminal. El juez atacó con voz seca:

–Bien, hermano Paxmore, has tenido oportunidad de ver lo que hacemos con los herejes. ¿Estás ahora dispuesto a prestar juramento de fidelidad a nuestra religión y abandonar luego Massachusetts para siempre?

La propuesta era tan contradictoria, tan diferente a la cristalina lógica de Thomas Kenworthy -jurar fidelidad a una religión y, luego, abandonarla-, que Paxmore se sintió obligado a hablar.

–Tu razonamiento es absurdo -repuso.

–¿Qué forma de hablar es ésa? ¿Has sido ya contagiado?

–En la medida en que tus expresiones parecen confusas y obra del diablo, no palabras de Dios.

El alto juez se recostó en su asiento. Ni siquiera Kenworthy le había hablado con semejante desprecio, y por un momento quedó desconcertado. Pero renació su furor, y gritó a Paxmore:

–¿Eres, pues, cuáquero?

–Creo en un Dios personal, que me habla como hablaba a Thomas Kenworthy.

–Thomas Kenworthy fue azotado en la rueda, y está muerto.

–Vive en todos los corazones que le vieron morir.

–Los corazones no tienen ojos. No pueden ver.

–Y las personas que presenciaron la muerte de Kenworthy no tardarán en hartarse de tus flagelaciones y tus ahorcamientos, y tu nombre será anatema.

–¿Sabes que puedo mandar que te azoten?

–Y otros jueces como tú mandaron azotar a Jesús.

Esto era tan blasfemo, constituía un tal ataque a la colonia y a su Iglesia, que Goddard no quiso oír más.

–Arrástrelo fuera de mi vista, sheriff.

Y el corpulento sheriff se tomó las palabras del juez al pie de la letra. Dando un vigoroso tirón a la cadena de hierro, derribó a Paxmore al suelo y, a rastras y con los pies por delante, lo sacó de la sala del tribunal. Antes de que hubiera transcurrido una hora, el juez Goddard había redactado esta sentencia:

A los condestables de Dover, Roxbury, Rowley e Ipswich: Se os requiere a todos y cada uno de vosotros, en nombre de Su Majestad, para que recibáis en vuestra custodia a Edward Paxmore, carpintero vagabundo y presunto cuáquero, y debéis conducirle de ciudad en ciudad atado a la trasera de un carro, y todos y cada uno de vosotros debéis echarle a latigazos de cada ciudad con diez azotes bien dados, y esto debe hacerse de conformidad con la Ley de Cuáqueros Vagabundos. Y el condestable de Ipswich ha de encargarse de que Edward Paxmore sea trasladado a la frontera de Massachusetts y expulsado a la colonia de Rhode Island, donde habitan los herejes. Fechado a 17 de marzo de 1661.

Cuando los horribles términos de la condena le fueron leídos en su celda, Paxmore cayó de rodillas y pidió al espíritu de Thomas Kenworthy que le diera valor, pero cuando los primeros latigazos cayeron sobre él en Dover, descubrió que no tenía poder de resistencia, y cuando los veintisiete nudos hendieron su carne, rompió a gritar. Al décimo golpe, era un tembloroso idiota, y cuando el agua fría, a la que se había añadido gran cantidad de sal, fue arrojada sobre su espalda, chilló y se desmayó.

Nunca olvidaría el terrible viaje de Dover a Roxbury, caminando penosamente, atado a la trasera de una carreta. Le dolía el cuerpo; las moscas se cebaban en sus heridas; tenía, el rostro cubierto de polvo; y, durante todo el trayecto, los habitantes de los pueblos se burlaban de él y le preguntaban si ahora se arrepentiría y aceptaría al verdadero Dios.

Cuando llegó a Roxbury, se le concedieron tres días de descanso. El condestable dijo:

–Sólo el tiempo necesario para que cicatricen las heridas y puedan abrirse de nuevo a latigazos.

Paxmore reflexionó largo tiempo sobre estas palabras y se preguntó por qué personas tan apegadas a Dios encontraban semejante placer en crucificar a un hombre que sentía exactamente el mismo amor a Dios, pero con distinta manera de expresarlo. Incluso comprendía el castigo, pues había observado que todas las personas aliadas a una Iglesia tratan de protegerla, pero nunca comprendería el placer que los puritanos encontraban en aplicar el castigo.

La flagelación en Roxbury fue más cruel aún, pues el condestable se movía cuidadosamente de un lado a otro para cubrir toda su espalda de profundas heridas. Cuando la carreta salía de la ciudad, el conductor exclamó, volviendo la cabeza: -Ésa ha sido buena, ¿en? Nuestro condestable hace doble nudo. No le olvidarás fácilmente.

Paxmore, pensando ya estar próximo a la muerte a consecuencia del dolor y de los insectos que se abalanzaban sobre él, llegó a Ipswich sin poder mover las piernas. La carreta le introdujo a rastras en la ciudad. Permaneció allí cinco días, casi inconsciente, pues el médico expresó su opinión de que diez latigazos más le causarían la muerte, y, cuando se recuperó lo suficiente como para darse cuenta de lo que sucedía, oyó decir a tres personas distintas que las flagelaciones en aquella ciudad eran especiales, y todos los que hablaban de ello se relamían evidentemente ante la perspectiva.

No sólo sería azotado Paxmore -y había corrido rápidamente por la ciudad la noticia de que podría morir a consecuencia de ello-, sino también una mujer cuáquera que había sido igualmente apresada. Su nombre -oyó decir Paxmore- era Ruth Brinton, y ya había sido desterrada de Virginia por su desvergonzada adhesión a la herejía cuáquera, y había sido azotada en Roxbury.

–A las mujeres sólo les damos seis latigazos -explicó el carcelero, con tono de auténtica compasión-. No pueden soportar mucho más, pero dicen que ésta es una arpía. Seguía predicando mientras la pegaban, y en Roxbury tuvieron que pegarle en la boca para hacerla callar.

¡De Virginia! ¿Podría ser esa cuáquera la mujer de quien había hablado Kenworthy, una mujer serena, decidida, enviada por Dios, que rezumaba santidad y comunicaba valor a los hombres? Trató de interrogar al carcelero, pero el hombre se limitó a repetir que era una arpía y que, cuando la azotasen, las buenas gentes de Ipswich verían algo bueno.

Esto turbó tanto a Paxmore, que pidió ver al juez local, y, cuando aquel digno hombre apareció en la celda, Paxmore dijo:

–Azotar a una mujer es indecente y contrario a la voluntad de Dios.

–Nosotros tenemos una ley -replicó el juez.

–No puede ser la ley de Dios.

–¿Quién eres tú para determinar cuál es la ley de Dios?

–Él me habla.

El juez se puso las dos manos ante la cara como para rechazar el mal.

–Es bueno que vayas a salir de Massachusetts, Paxmore. No tenemos sitio para malvados como tú.

El carpintero, viendo que de nada serviría seguir discutiendo con aquel virtuoso hombre, bajó la cabeza y dijo:

–Permitidme recibir yo sus latigazos.

–Pero la sentencia ha sido escrita.

–Por la misericordia de Dios, permitidme recibir sus latigazos.

–No serviría de nada. Después de los de aquí tiene seis más en Duxbury.

–¡Oh, amadísimo Padre!

–¿Apelas a Dios contra su propia ley? Tenemos una sentencia contra esa mujer, por escrito.

–Será mejor que te vayas -dijo Paxmore- y te ocultes en un profundo pozo, pues Dios te buscará, sin duda.

Estas proféticas palabras turbaron al juez, que dijo, tratando de razonar:

–Paxmore, sería fatal para ti recibir seis latigazos más. El médico nos dijo que quizá no sobrevivieras a los diez que te corresponden. Duerme en paz antes de mañana, y sal de Massachusetts. No hay sitio para ti entre los piadosos.

Cuando Edward Paxmore y Ruth Brinton fueron maniatados a la misma carreta, formaban una incongruente pareja… Él, alto y desgarbado; ella, menuda y de proporciones delicadas. Pero cuando el sheriff desnudó a los dos de cintura para arriba, mientras los espectadores contemplaban la escena con deleite, quedó manifiesta su herencia común: ambas espaldas estaban despellejadas y cubiertas de melladas cicatrices. No había diferencia entre hombre y mujer.

Naturalmente, fue ella la que suscitó más comentarios, pues, al adelantarse para ver de cerca a una mujer semidesnuda, con la espalda cubierta ya de grandes verdugones, los puritanos expresaron a gritos su satisfacción, y uno exclamó:

–¡No se olvidará de Ipswich!

Dos veces intentó Paxmore hablar a la mujer atada junto a él, y dos veces ordenó el juez local al condestable que le hiciera callar, como si las palabras cruzadas entre los dos proscritos pudieran contaminar a la teocrática ciudad. Pero al tercer intento lo consiguió.

–¿Eres la mujer de Virginia que Thomas Kenworthy…?

El condestable golpeó brutalmente a Paxmore en la boca y gritó:

–¡Silencio, infiel!

Pero la mujer asintió con la cabeza, y por entre sus ensangrentados labios, Paxmore dijo:

–Fue ahorcado.

–Todos lo seremos -respondió la mujer, y comenzaron los latigazos.

No era frecuente en Ipswich la flagelación de mujeres, por lo que había gran número de espectadores. Contemplaron aprobadoramente cómo las nueve cuerdas hendían su espalda en los tres primeros latigazos, y, luego, un cuchicheo de contenida excitación recorrió la multitud al caer el cuarto.

–¡Está sangrando por delante! – exclamó una mujer, y los espectadores se apretujaron hacia delante para ver por sí mismos los lugares en que las puntas de las cuerdas habían rasgado los pechos.

–¡Buen golpe, Robert! – dijo un hombre-. ¡Dale otra vez!

–¡Oh! – gimió la mujer azotada al recibir los dos últimos latigazos.

–Bien pegado, Robert. Ahora, el hombre.

Paxmore no recordaría su suplicio de Ipswich. El primer latigazo le rasgó oblicuamente la cara, y todo lo que podía ver era a la mujer cuáquera a su lado, una menuda mujer de oscuros cabellos, fláccida y desmayada, con sangre goteándole de los pechos. Aquella noche fueron separados; él, al exilio en Rhode Island; ella, a su definitiva instalación en Duxbury.

La subsiguiente historia de Edward Paxmore en Massachusetts parece una grotesca pesadilla. Tras su última flagelación en Ipswich, el condestable le condujo a la frontera de Massachusetts, y, en las frías semanas de finales de marzo de 1661, le quitó todas sus ropas y le mandó desnudo a Rhode Island. Los ciudadanos del primer pueblo a que llegó estaban acostumbrados a recibir esa clase de exiliados procedentes de la teocracia del Norte, y rápidamente le vistieron con ropas demasiado pequeñas. Le dieron un juego completo de herramientas de carpintería, y a las cuatro semanas estaba de nuevo en Massachusetts, predicando la doctrina cuáquera y poniéndose en grave peligro.

Consta en los archivos que fue detenido en Ipswich en 1662 y azotado a través de cuatro ciudades antes de ser nuevamente expulsado a Rhode Island. Los archivos no lo dicen, pero también esta vez llegó completamente desnudo.

Regresó a Massachusetts en 1663, y de nuevo fue azotado en tres ciudades y exiliado, también desnudo. Volvió en enero de 1664, convertida su espalda en una masa de entrecruzadas cicatrices, más grave la voz y dedicado por entero a su obra de conversión. Esta vez fue aprehendido en Boston y conducido a presencia del juez Goddard, que quedó horrorizado ante su aspecto: estaba demacrado a consecuencia de su deficiente alimentación a lo largo de sus huidas; ropas prestadas de diversos tamaños colgaban curiosamente de hombros que se encorvaban hacia delante como bajo el peso de invisibles cargas; sus ojos ya no llameaban, y su comportamiento había cambiado mucho. No se mostraba respetuoso con la autoridad, buscaba la discusión, y su conversación con el juez Goddard, anotado por

funcionarios de la colonia y por simpatizantes del cuaquerismo que escuchaban en el tribunal, fue enérgico.

Goddard: ¿Por qué has vuelto, cuando has recibido ya cien latigazos? ¿Es tu espalda tan fuerte que puede resistirlo todo?

Paxmore: ¿Por qué insistes en tus persecuciones? ¿Es tan negro tu corazón que no hay en él ningún sentido de culpa?

Goddard: ¿Por qué habría de haber culpa en mí?

Paxmore: Porque tu actuación constituye un desafío a la ley de Dios y a la del rey.

Goddard: ¿Te atreves a afirmar que la justa ley del rey es mala?

Paxmore: Así lo afirmo, pero no es necesario que lo haga, pues la propia ley lo expresa.

Goddard: ¿Sabes que tus palabras constituyen traición? ¿Además de herejía?

Paxmore: Si hablo contra el rey, cometo traición, lo reconozco, pero el propio rey declarará nula tu ley, porque va contra sus intenciones y es mala.

Goddard: ¿Crees que el rey de Inglaterra modificará una ley porque se lo pida un levantisco cuáquero?

Paxmore: No, porque se lo pide el razonamiento de un Dios justo, y él obedecerá.

Goddard: ¿Crees de veras que la gran ley de Massachusetts será cambiada para acomodarse a ti?

Paxmore: Para acomodarse a mí, no. Para acomodarse a las leyes eternas de Dios.

Goddard: Te atreves a interpretar los deseos de Dios. ¿A qué colegio de Inglaterra asististe? ¿Estudiaste teología en Harvard? En ese caso, ¿qué obispo te ordenó interpretar la ley de Dios?

Paxmore: Estudié de noche, en la celda de tu cárcel, y mi profesor fue Thomas Kenworthy, a quien tú mataste.

(Todos los que asistían a este juicio, tanto puritanos como cuáqueros, observaron que las palabras de Edward Paxmore producían un acusado cambio en el juez Goddard. Abandonó su sarcasmo y perdió el aplomo. Bajó la voz, se inclinó más hacia delante y desvió a otro plano el debate con el preso.)

Goddard: Sabes que no quiero ordenar que te azoten de nuevo.

Paxmore: Estoy seguro de ello, buen juez, pues el terror de la muerte de Kenworthy pesa sobre tu conciencia.

Goddard: Entonces, ¿por qué no te quitas el sombrero, como muestra de respeto a este tribunal?

Paxmore: Jesús me ordenó que permaneciera cubierto.

Goddard: Si te envío en paz a Rhode Island, ¿te quedarás allí?

Paxmore: Debo ir a donde Dios me envíe.

Goddard: Thomas Paxmore, ¿te das cuenta de que le estás poniendo muy difícil a la colonia de Massachusetts tratar contigo? ¿No nos dejarás en paz?

Paxmore: Yo traigo la paz.

Goddard: Una extraña clase de paz. Tenemos aquí una buena colonia, una buena religión que nos va perfectamente. Lo único que pedimos es que nos dejes en paz, y tú lo único que haces es predicar traición, sedición y herejía.

Paxmore: Vuelvo a tu tribunal, juez Goddard, porque sigo instrucciones del Señor.

Goddard: ¿Qué mensaje constructivo puedes traer?

Paxmore: Que tu pecado del 10 de marzo de 1661 puede ser expiado.

(Al oír esta extraña declaración, el juez revolvió sus papeles.)

Goddard: No te condené en esa fecha. Ni tampoco a Thomas Kenworthy.

Paxmore: Condenaste a la mujer cuáquera Ruth Brinton a ser azotada a su paso por Boston e Ipswich y Duxbury. Una mujer…, a ser azotada desnuda.

(Hubo una larga pausa.)

Goddard: Debemos defendernos. La sedición y la herejía socavan los cimientos de nuestra sociedad. Nuestra colonia y nuestra Iglesia deben defenderse.

Paxmore: La carga de esa defensa descansa pesadamente sobre ti, buen juez. Veo en tu rostro las huellas del pecado. Rezaré por ti.

Goddard: No me dejas otra salida, Edward Paxmore. Te condeno a ser atado a la rueda del gran cañón para recibir en ella cuarenta latigazos y, luego, a ser conducido al cadalso y a morir ahorcado.

Paxmore: Te perdono, buen juez. Soportas una pesada carga.

El carpintero fue conducido a la celda en que había tenido lugar su conversión, y habría sido ahorcado de no haber ocurrido algo sin precedentes. Avanzada ya la noche del miércoles anterior al viernes en que debía tener lugar la ejecución, el juez Goddard, alto y solitario, llamó al sheriíf y le ordenó abrir la puerta de la celda y cerrarla luego, una vez que hubiese entrado para hablar con el condenado.

–Edward Paxmore -empezó el austero juez-, no puedo tener las manos manchadas con tu sangre.

–Buen juez, ninguna sangre debería manchar tus manos.

–Pero supón que un ciudadano transmite secretos a los franceses y entrega con ello la colonia al enemigo.

–Eso sería traición.

–O que un recaudador de impuestos asesina a un comerciante para tomar a su mujer.

–Ha cometido una ofensa contra la ley de Dios.

–¿No reconoces que tu traición es igualmente grande? ¿La destrucción de la Iglesia que Dios ha establecido para Massachusetts?

–¿En verdad crees que Dios ha establecido personalmente tu rígida y horrible Iglesia, tan carente de amor?

–Sí. Dios es un capataz severo, como tú mismo has aprendido.

–Dios es amor, y, si condena al recaudador de impuestos por asesinar al comerciante y lo envía a la horca, lo hace con talante de perdón, lo mismo que perdonó al rey David por un crimen semejante.

–Paxmore, no puedo verte morir. Si cometo un acto ilegal, ¿juras por el Dios que amas no revelarlo?

Esta oferta presentaba para Paxmore una doble dificultad: como cuáquero, tenía prohibido jurar, es decir, utilizar la existencia de Dios como prueba de que él, un mortal, estaba afirmando; y, como cristiano, no quería ser causa de que otro hombre cometiese un acto ilegal. Pero sentía profunda compasión por los sufrimientos que estaba experimentando el juez Goddard, así que dijo en voz baja:

–Tengo prohibido jurar, buen juez, pero conozco tu tormento, y prometeré.

–Acepto.

–Lo prometo.

–Y, en cuanto a la ilegalidad, el acto es exclusivamente mío, Paxmore, y no requiere tu participación.

–Sea.

El juez llamó al carcelero y le ordenó que abriese la puerta. Luego sorprendió al funcionario sacando a Paxmore de la celda y conduciéndole hasta un carruaje que esperaba. Antes de subir a él, el juez entregó al carcelero un puñado de monedas y le hizo jurar que mantendría el secreto. Después, el carruaje emprendió el camino hacia el puerto.

–Vas a ir a Maryland -dijo el juez-. Allí son más tolerantes.

–¿No forma Marylanld parte de Virginia? Allí también azotan a los cuáqueros.

–Las dos colonias se han separado -explicó el juez-, o así me lo han dicho, al menos.

–Habrá trabajo en Maryland -dijo Paxmore. Pero luego aferró la mano del juez-. No estoy huyendo de la muerte, pues no tengo miedo. Tú me expulsas.

–Sí -admitió el juez, y tras una pausa, le confió-: La muerte de Thomas Kenworthy me turba por las noches. No el ahorcamiento, pues era un hereje y merecía la horca, sino la flagelación que le precedió…, las ruedas de ese gran cañón…

–Sin embargo, me condenaste a mí a ese mismo cañón. Cuarenta latigazos… no habría sobrevivido.

–Lo hice porque…

Goddard no pudo encontrar ninguna explicación lógica; quizá lo había hecho para halagar a la chusma más probablemente para justificar la acción que se disponía a emprender.

En la época en que Massachusetts apoyaba al Parlamento y Maryland al rey, no era fácil viajar de una a otra. Zarpaban pocos barcos, pues ninguno de los dos lugares producía las mercancías que necesitaba el otro, y no había carreteras, ni carruajes para circular sobre ellas. Por el contrario, era fácil llegar a Londres, pues aquí radicaba el centro del Gobierno, de los fabricantes y de la enseñanza; grandes barcos, algunos sorprendentemente rápidos, navegaban de un lado a otro constantemente y con poco coste, y muchos capitanes

adquirieron la costumbre de hacer escala en algunas de las islas del Caribe.

En 1664, Barbados era un animado centro metropolitano, con barcos procedentes de muchas naciones en un puerto y excelentes tiendas a lo largo de la costa. Se podían obtener libros y objetos selectos de Francia y España. Los documentos legales podían despacharse allí con la misma facilidad que en Londres, y había escuelas a las que podían asistir los hijos de los colonos americanos.

–Te voy a embarcar en un buque que se dirige a Barbados -dijo el juez Goddard-. Desde allí puedes llegar fácilmente a Maryland.

El juez entregó al capitán el dinero del pasaje, y luego puso en manos de Paxmore una bolsa, y, mientras el carpintero se guardaba el dinero en un cinturón, el conductor del carruaje rebuscó en la trasera de su vehículo para sacar las sierras y las azuelas de Paxmore.

–Es mejor así -dijo Goddard-. Si vuelves a aparecer por Massachusetts, te ahorcaré antes del anochecer.

–¿Por qué?

–Porque constituyes una amenaza para la tranquilidad de nuestra colonia.

–Lo sería si pudiese sacudirla desde de su base.

–Lo sé. Habrá otros como tú, pero venceremos. Ahora, vete.

Paxmore cogió sus herramientas, se despidió con una grave inclinación de cabeza del juez que le había salvado la vida y subió a bordo del barco que se dirigía a Barbados. Al amanecer, el capitán levó anclas, y comenzó el largo y agradable viaje a la paradisíaca isla.

En Barbados, Paxmore fue retenido en su camarote hasta que se hubieron realizado investigaciones en tierra, y, al cabo de un rato, subió a bordo un bullicioso vendedor de efectos navales llamado Samuel Spence, preguntando con fuerte voz:

–¿Dónde está ese Edward Paxmore?

Y, cuando le fue presentado el carpintero, Spence le abrazó, exclamando:

–Yo soy de tu mismo credo.

–¿Un cuáquero? ¿Es posible?

–En Barbados todo es posible.

Y condujo al aturdido carpintero al muelle y a un mundo que Paxmore no hubiera podido imaginar. Había allí una riqueza que Boston jamás había conocido, y una extraordinaria libertad de espíritu.

–¿No pegan aquí a los cuáqueros? – preguntó Paxmore.

Spence se echó a reír y dijo:

–¿Quién iba a molestarse? Hay dinero que ganar y trabajo que hacer, y cada hombre reza como quiere.

–¿Te reúnes en público?

–Por supuesto.

–¿Podríamos ir al lugar de reunión?

–El domingo, sí. Habrá por lo menos treinta personas.

–Quiero decir ahora.

–Sería inútil, amigo Edward. ¿Eres buen carpintero?

–Hago buen trabajo.

–Lo creo. Tus herramientas se encuentran en perfecto estado. Necesitamos un carpintero, y el salario es alto.

–¿Salario?

En toda su vida, y entonces cumplía los treinta y cinco años, nunca había trabajado por un salario, siempre como siervo escriturado.

Spence le llevó de barco en barco, arreglando mástiles, cepillando puertas que se habían atascado y construyendo armarios en nuevos lugares. Al cabo de unos días, Paxmore tenía tres ofertas de empleo permanente, y aún no había visto la casa de reunión, pero el domingo, Spence le llevó a un cobertizo contiguo a la casa de un próspero comerciante, y allí los cuáqueros de Barbados mostraron a Paxmore por primera vez en qué consistía el nuevo estilo de culto.

Cuatro sillas corrientes se hallaban dispuestas contra una pared, y en ellas se sentaban tres hombres mayores y una mujer, los tres, tocados con sombreros. En la parte central del cobertizo se alineaban varios bancos, separados por una cuerda que pasaba por el centro, indicando que los hombres debían sentarse a un lado y las mujeres al otro. El resto del cobertizo era sencillo a más no poder, sin adornos de ninguna clase. Al comenzar la reunión, los bancos se llenaron, y los cuáqueros mantenían las manos cruzadas sobre el regazo, mirando fijamente adelante.

Nadie hablaba. Aquél era el tiempo sagrado de que le había hablado Thomas Kenworthy, el tiempo en que el espíritu de Dios descendía y ocupaba tanto el lugar de reunión como los corazones de quienes se habían reunido en él.

Transcurrieron cuarenta minutos, y en el solemne silencio, Edward Paxmore reflexionaba sobre el curioso destino que le había llevado allí y que pronto le haría marcharse. Todo su ser físico clamaba por quedarse allí, cómodo y seguro, con un trabajo fijo y nuevos amigos que querían que se quedase, pero la voz interior de que le había hablado Kenworthy le urgía a dirigirse a Maryland y cumplir las obligaciones que allí le esperaban.

Transcurrieron ochenta minutos, y los cuáqueros continuaban en silencio. Luego, uno de los hombres de las sillas situadas delante se levantó y habló con voz potente:

–Hoy tenemos entre nosotros a un amigo de Massachusetts. ¿Cómo van las cosas por allí?

Durante más de un minuto, Paxmore no comprendió que se le estaba invitando a hablar en una reunión cuáquera, y no sabía qué hacer. Permaneció callado, por lo que el hombre de la voz potente volvió a levantarse y dijo:

–Amigo Edward, nos privarías de un conocimiento necesario. Te lo ruego, habla.

Así, pues, Paxmore se puso en pie y miró a las cuatro figuras silenciosas de las sillas situadas al frente. Quería decirles cómo era la vida en Massachusetts para un cuáquero, compartir con ellos los azotes, y la soledad, y el exilio del espíritu. Pero en las iglesias de Nueva Inglaterra había oído a demasiados hombres que tenían grandilocuente respuesta para todo. Él nunca hablaría así, ni levantaría la voz y gritaría los truenos de Dios. Él había terminado con la grandilocuencia.

–En Massachusetts no nos reunimos así -comenzó, con voz sosegada-. Allí hay una ley escrita que determina que los cuáqueros son heréticos y traicioneros y cuando se les captura, son atados a la trasera de una carreta y arrastrados de pueblo en pueblo y azotados en todos ellos.

Bajó la voz, y añadió:

–Hombres y mujeres por igual, desnudos de cintura para arriba y azotados.

Guardó silencio, tratando de dominar sus emociones para que su voz no se elevara, y ninguno de los presentes emitió el menor sonido. Finalmente, carraspeó y concluyó:

–Una reunión como ésta, en paz, con amigos, es algo inimaginable para los cuáqueros de Massachusetts, que permanecen en la cárcel con los pies encadenados. Éste no es sólo el primer día de la semana. Es el Primer Día de mi nueva vida.

Nadie más tomó la palabra, pero cuando terminó la reunión, los cuáqueros de Barbados se apiñaron en torno a Paxmore para preguntarle si conocía a éste o aquel cuáquero que había pasado por la isla camino de Boston, y él tuvo que recitar una lúgubre letanía:

–Fue ahorcado. Fue atado al gran cañón y azotado. Está predicando en los campos próximos a Ipswich, pero temo por él.

Y, luego, un hombre mayor le cogió del brazo y, cuando se hubieron separado de los demás, le dijo:

–Gracias, amigo Edward, por tu mensaje espiritual, que nos ha fortificado. ¿Pero tenías que pronunciar, en reunión pública, la palabra *desnudo*?

–Creo que era necesario -respondió Paxmore.

Y el viejo cuáquero dijo:

–Quizá, pero hablar de una mujer desnuda…, aunque no lo hubiese hecho ella misma…

Él no estaba tan seguro.

El lunes, Paxmore se vio implicado en una tarea que causó poca impresión en él a la sazón, pero que había de ejercer más tarde una indeleble influencia en su vida. Un barco inglés atracó en Barbados llevando a bordo como pasajero al capitán de otro barco, y este hombre se dirigió al establecimiento de Spence para explicarle que, cuando se aproximaba a la vecina isla de St. Lucia, había sido atacado por unos piratas. Con grandes mosquetes y cañones fijos, sus hombres habían logrado rechazar a los piratas e incluso infligirles importantes bajas.

–Si el barco no ha sufrido daños, ¿cuál es el problema? – preguntó Spence.

–Durante la batalla, mientras la tripulación se hallaba ocupada, nuestro cargamento de esclavos se amotinó y arrancó las cadenas de sus argollas.

–Pueden arreglarse.

–Pero al descargarlos rompieron el barracón.

–Eso es grave -respondió Spence-. No se puede permitir que los esclavos organicen tumultos.

Y se dispuso que Paxmore y otros dos carpinteros regresaran con el capitán a St. Lucia para reparar el barco y el barracón.

Fue una agradable travesía sobre las hermosas aguas verdeazuladas del Caribe, y Paxmore se hallaba en un feliz estado de ánimo cuando el barco llegó a las proximidades de Marigot Bay, donde aguardaba el navío dañado. No estaba preparado para la belleza que le esperaba: la entrada de la bahía apenas era visible desde alta mar, pero, una vez alcanzada, se abrió ante los ojos de Paxmore una ubérrima extensión de verdes montañas, valles tropicales y agua azul. Era uno de los puertos más hermosos del mundo, un lugar fascinante, y allí les aguardaba el barco averiado.

Los carpinteros necesitaron sólo dos días para reparar los daños causados por los piratas y por los esclavos amotinados; luego se trasladaron a tierra para arreglar el barracón. Era éste un recinto de altas paredes, en el que eran depositados los esclavos de todos los barcos que arribaban a Marigot antes de ser nuevamente embarcados rumbo al Brasil o a las colonias inglesas de América del Norte. Los inútiles, o los que parecía que no podrían sobrevivir a la travesía, eran introducidos en cualquier barco que pasase y vendidos en Haití para seis u ocho meses de servicios antes de morir.

El actual cargamento de esclavos, habiendo desencadenado un motín parcialmente victorioso durante el ataque de los piratas, había continuado arrancando el techo de tablas del barracón y mostraba intenciones de destruir el resto, si se les dejaba.

–No quiero disparar contra ellos -explicó el capitán-, pero no podemos dejar que se escapen.

–Hay que reforzar todo -dijo Paxmore, y los semipiratas que actuaban en Marigot se mostraron de acuerdo, por lo que el trabajo de los carpinteros se prolongó a lo largo de tres días más, y durante ese

tiempo Paxmore tuvo abundantes oportunidades de observar la belleza natural del lugar; su combinación de empinadas colinas y profundas aguas le fascinaba, y pensó: «Algún día, cuando Maryland haya terminado, me gustaría vivir aquí.»

Por el contrario, el barracón apenas le causó impresión, y los esclavos encerrados en su interior, ninguna en absoluto. En Boston no había tenido oportunidad de ver negros. Alguna que otra familia había poseído esclavos, pero en una ciudad su rango era muy semejante al de los sirvientes escriturados, y se les trataba de la misma manera. Ahora vio varios centenares, apretujados unos contra otros y vigilados por hombres armados de mosquetes, y su único pensamiento fue: Parecen todos muy fuertes.

Para él, los esclavos negros constituían, simplemente, una extensión del sistema de escritura del que él mismo había formado parte. En Londres, antes de zarpar para el Nuevo Mundo, él y sus compañeros habían permanecido encerrados en barracones, y, al desembarcar en Boston, ofrecidos en subasta. Él había sido una especie de esclavo, y su esclavitud había constituido el camino para una vida mejor. La única diferencia entre su situación hacía once años y la actual de aquellos esclavos radicaba en que la escritura de éstos era vitalicia y no podía ser redimida por el transcurso de ningún período de tiempo, ni por una fiel servidumbre.

No podía comprender las implicaciones de esta diferencia, porque, para él, era razonable la idea de una escritura perpetua, ya que el negro disfrutaría de una posición fija, una seguridad conocida y un amo permanente con quien podría establecer una relación eficaz. Mientras daba los últimos martillazos sobre las tablas del barracón, sujetándolas con cadenas, Paxmore no podía percibir el terrible problema moral que surgiría si la escritura permanente de aquellos negros se extendiese a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, a lo largo de todas las generaciones. Se trataba de una clase de esclavitud que le era imposible contemplar por sí mismo.

Pero no sentía ninguna necesidad de reflexionar seriamente sobre el problema, y cuando el barracón estuvo arreglado, se encontró con que disponía de tres días para disfrutar de Marigot Bay antes de regresar a Barbados, y los pasó grabándose en la mente las peculiaridades de los

trópicos. Pero al anochecer del tercer día, entró en la bahía un mercante inglés portando alarmantes noticias:

–Los piratas andan sueltos de nuevo. Han realizado una incursión sobre Port Royal y se les ha visto dirigirse hacia el Sur.

Así, pues, todos los esclavos que se encontraban en el barracón fueron apresuradamente cargados en el mercante, que zarpó seguidamente rumbo a Maryland. Fue en ese buque donde embarcó Paxmore.

Una vez depositados los esclavos en Jamestown, el barco continuó hasta Devon con su cargamento de muebles. Paxmore descendió por la plancha, examinando el lugar con ojos muy abiertos. Le salió al encuentro un hombre elegante, de pelo entrecano y unos cincuenta años de edad, que le tendió la mano y dijo, en tono cordial:

–Soy Henry Steed, y, si busca trabajo, yo necesito un carpintero.

–Me envían a los cuáqueros del Choptank.

–Es muy duro trabajar para ellos. Le irá mejor aquí.

–Soy cuáquero.

–Eso no tiene importancia en Maryland. Pago bien, Mr…

–Paxmore.

Le agradaba el hecho de que un patrono se ofreciese a contratar un obrero antes de preguntar su nombre.

–Me gustaría trabajar para ti, pero estoy obligado a buscar primero a los cuáqueros.

–Debes hacerlo, si así lo prometiste.

Y entonces, para sorpresa de Paxmore, Mr. Steed dispuso que una de sus propias embarcaciones transportase a Paxmore aguas arriba hasta el lugar en que los Steed habían abierto recientemente un gran almacén.

–Se llama Atracadero de Patamoke -explicó Steed-. Pocas casas, pero mucha actividad.

–Me sorprende que ofrezcas una embarcación a un desconocido -dijo Paxmore.

–Estamos necesitados de colonos. Los cuáqueros me parecen tan buenos como cualquiera.

Cuando la falúa entró en el puerto, Edward Paxmore vio algo que infundió una sensación de reposo en su errante corazón: un refugio

seguro ante las tormentas, una tosca cabaña de troncos que servía de taberna, dos casas, una docena de lanchas llegadas de penínsulas vecinas. Alguien tocó una campana, y acudió gente de lugares inesperados.

–¿Hay alguna mujer entre los recién llegados? – preguntaron dos jóvenes.

–Sólo un carpintero -respondió uno de los hombres de Steed, y los jóvenes se marcharon.

–¡Señor carpintero! ¡Señor carpintero! – gritó excitadamente un hombre-. Me llamo Pool.

La puja por obtener los servicios de Paxmore empezó antes de que éste hubiera desembarcado, pues otros voceaban también sus nombres, informándole de que le necesitaban, pero él no hizo caso a nadie y, cuando, finalmente, pisó tierra, sujetando su sierra y sus hachas, dijo:

–Busco a James Lamb.

De entre un grupo de hombres que estaban junto al almacén de Steed, se adelantó uno, que le tendió la mano.

–Soy James Lamb y te doy la bienvenida al atracadero de Patamoke.

Añadió que él no necesitaba un carpintero, pero que su compañero cuáquero Robert Pool, sí.

Un niño, al oír esto, exclamó:

–Robert Pool, te llaman.

Un hombre alto y serio acudió corriendo.

–Soy Pool, el hombre que te llamó.

Por alguna intuitiva razón, Paxmore creía que debía mantenerse junto a James Lamb, y dijo a Pool:

–Ya he hablado con el amigo Lamb.

Lamb comprendió la vacilación del recién llegado, pues dijo a Pool:

–Llevaré a mi casa a nuestro amigo.

Luego preguntó:

–¿Cómo te llamas?

–Edward Paxmore.

–¿El hombre de Boston?

–Sí.

–¡Oh…!

Lamb pronunció la palabra en tono grave, y luego se movió entre la multitud, informando a todos que aquél era Paxmore de Boston, y un grupo de cuáqueros formó en círculo alrededor del carpintero, haciéndole preguntas que denotaban tanto su conocimiento de su historia en Massachusetts como el respeto que sentían hacia él.

–¿Cómo te has enterado de las flagelaciones? – preguntó él, simplemente.

–Hace dos meses llegó aquí un barco procedente de Boston -respondió Lamb, casi reverentemente-, y en él venía una mujer cuáquera que había sufrido mucho en Massachusetts.

–¿Ruth Brinton? – preguntó Paxmore.

–Sí -admitió Lamb.

Paxmore miró fijamente al grupo y, luego, preguntó:

–¿Murió?

–No -respondió Lamb-. Está en mi casa, gravemente enferma.

El grupo de cuáqueros se desplazó acto seguido a la tosca casa de madera de James Lamb, y, cuando se aproximaban a la baja puerta, Lamb llamó:

–¡Prudence! ¡Sal!

Apareció en el umbral una delgada y atractiva mujer de cuarenta años, cubierta por un pesado vestido tejido a mano y tocada con un ajustado sombrero. Llevaba las manos cruzadas sobre la cintura y preguntó:

–¿Qué quieres?

Y, luego, al ver al nutrido grupo:

–¿Qué ocurre, James?

–Éste es Edward Paxmore, de Boston.

Prudence Lamb dejó caer las manos y miró fijamente al carpintero. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y cayó de rodillas e inclinó la cabeza.

–Eres un hombre de heroica resolución -dijo-. Ruth Brinton nos lo ha contado.

Y James Lamb ayudó a su mujer a incorporarse, y entraron en la pequeña casa, y allí, tendida en una cama, estaba Ruth Brinton, menuda, frágil y próxima a la muerte a consecuencia de su serie final de flagelaciones en Massachusetts. Y, al ver al carpintero que se había ofrecido a recibir los latigazos reservados a ella, rompió a llorar en

silenciosas y abundantes lágrimas, y a partir de aquel momento comenzó su recuperación.

EL ACANTILADO

Todos los cuáqueros que vivían en las proximidades del pequeño asentamiento de Patamoke quedaron tan encantados cuando Edward Paxmore se casó con Ruth Brinton, y tan endeudados espiritualmente con ellos por haber librado las batallas del cuaquerismo en Virginia y Massachusetts, que aunaron sus esfuerzos para dar un hogar al matrimonio. Se recaudó un pequeño fondo y una parcela de tierra cercana al puerto, pero cuando iba a ser transmitida la propiedad, intervino James Lamb con la información de que él poseía, más allá de las marismas habitadas por los Turlock, un promontorio que siempre había tenido intención de ocupar como uno de los mejores lugares del río, y se sentiría encantado de cedérselo a los Paxmore.

El comité subió a las lanchas y navegó aguas abajo del Choptank, más allá de las marismas, hasta el promontorio, protegido por un acantilado, que, ochenta y un año antes, Pentaquod había elegido para fijar su primer hogar en la tierra firme. Continuaba siendo un emplazamiento admirable, con incomparables vistas en tres direcciones y una cálida sensación de seguridad entre los altos pinos y los sólidos robles. En aquel promontorio, uno parecía formar parte de un vasto panorama de bahías, ríos y ensenadas, y, al mismo tiempo, parte íntima de un pequeño y protegido mundo.

–Me gusta esto -dijo Paxmore, pero, antes de comprometerse, consultó a su mujer-: ¿Qué opinas, Ruth?

–¿Dónde estará tu trabajo? – preguntó ella, respetando el fundamental principio cuáquero de que en este mundo los hombres y las mujeres deben trabajar. Después de la obediencia a Dios, lo que cuenta es el fiel desempeño del propio oficio.

–Trabajaría de carpintero para los colonos, pero tendríamos aquí nuestro hogar permanente…, es decir, si tú quisieras vivir en un remoto…

–¡Oh, claro que sí! – exclamó ella, sin poder contener su entusiasmo.

Había visto demasiadas luchas fratricidas, y la perspectiva de vivir ahora en un promontorio que dominaba el mundo, era irresistible. Allí

construirían un hogar hermanado con los vientos, en una planicie protegida por acantilados. Fue ella quien bautizó el lugar:

–Lo llamaremos Acantilado de la Paz.

Y, a todo lo largo del río, el promontorio en que vivían los cuáqueros se convirtió en un símbolo de estabilidad.

Pasaron tres días, construyendo, con la ayuda de amigos un *wigwam* indio en el borde más lejano del acantilado, y, en cuanto quedaron solos, Ruth Brinton empezó la reconstrucción de su marido.

–¿Por qué llevas ropas que te quedan demasiado pequeñas?

Y él respondió:

–Me gusta tener libres las muñecas, para poder trabajar con las manos. – Pero no trabajas con los pies. ¿Por qué llevas pantalones tan cortos?

Y él explicó:

–Un carpintero tiene que encontrar su madera en muchos lugares, y quiero tener libres los tobillos.

–No obstante, podías tener un aspecto más pulcro -se quejó ella.

Pero él le dio un beso y le dijo:

–Tú eres la pulcra, mi pequeño colibrí.

Y, siempre que la veía, bien ataviada y delicada en sus sencillos vestidos grises, experimentaba un impulso amoroso, y, con el tiempo, ella renunció; su marido era un desgarbado carpintero que nunca ofrecería un aspecto de pulcritud, pero que experimentaba una auténtica pasión por realizar un trabajo pulcro.

En el otoño de 1664, en una explosión de jubilosa energía, demostró lo magnífico carpintero que era; construyó dos edificios que le ganarían un puesto en la historia de Maryland, y un tercer objeto cuyo impacto vitalizaría la Orilla Oriental. El primer edificio era su propia casa; con la ayuda de cuatro indios y dos jóvenes cuáqueros cuyos padres les enviaron en ayuda de los recién llegados, cortó y ensambló maderas para una modesta casa de dos habitaciones. «Sería presuntuoso,,y desagradaría a Dios, si la construyésemos más grande», dijo a Ruth Brinton, y ella asintió. Utilizaron pocos clavos y nada que hubiese sido importado de Inglaterra, pero la construyeron tan cuidadosamente, que su pequeña casa cuáquera sobreviviría durante siglos. Firmemente

asentada en su promontorio y visible desde muchas millas a lo largo del río, se convirtió en la más sólida de las casas del Choptank.

El segundo edificio era más importante, y, por ser mayor, necesitó los servicios no sólo de los cuatro indios y los dos jóvenes, sino también de cuáqueros adultos de la comunidad. En Patamoke, James Lamb había adquirido otra parcela de tierra que estaba dispuesto a ceder a los cuáqueros en general si querían construir en ella una casa de reunión. Esta sencilla secta evitaba la palabra *iglesia* por su excesivo sabor a arquitectura, prescindiendo de su finalidad; los cuáqueros construían casas de reunión, y la que Edward Paxmore diseñó para Patamoke, y construyó como testimonio de su aprecio al albergue que le habían proporcionado, era una obra maestra. Con el tiempo se convertiría en la casa de culto, superviviente más antigua de América, continuamente usada, y cada año de su existencia, sería cada vez más apreciada como obra de arte.

Se hallaba situada entre árboles, emplazamiento soberbio para cualquier edificio. Una vez asignada la tierra, Paxmore pasó más de tres semanas analizándola antes de permitir que sus asociados talaran un solo árbol, y, aun entonces, acomodó sus planos a los árboles, y no al revés. Quería que un largo sendero condujese a la puerta de la casa de reunión, y, aunque fue preciso cierto ingenio para encajar este sendero entre sus árboles, finalmente lo consiguió, de tal modo que la entrada al terreno se convirtió en una especie de invitación a la oración.

Así orientado, Paxmore se sintió a gusto, y en un espacio abierto trazó un edificio rectangular con la puerta central situada en medio del eje longitudinal. Era un edificio de un piso, de alto techo, y con una elevación del tejado sobre la puerta central que proporcionaba una grata sensación de simetría. Las ventanas estaban austeramente dispuestas para transmitir una impresión de dignidad, pero era el interior lo que cautivaba a las personas que se reunían allí.

Directamente enfrente de la puerta, y alargándose un cierto trecho a derecha e izquierda, se elevaba una pequeña plataforma a la que se llegaba por un tramo de tres espaciosos escalones que recorrían toda su longitud. Sobre esa plataforma se encontraban seis de las más sencillas sillas de madera de roble, todas ellas de curvados brazos; eran las sillas en que se sentaban los ancianos de la reunión, de frente a los fieles. Los

que ocupaban esas sillas -algunos domingos, sólo dos; otras veces, seis- desempeñaban las funciones de ministros y sacerdotes de la congregación. No ordenados, y a menudo autonombrados, daban continuidad y estabilidad a la reunión.

La nave de la casa de reunión se componía de largas filas de bancos bellamente proporcionados y separados por un riguroso pasillo central: los hombres se sentaban a la derecha, según se entraba; las mujeres, a la izquierda, pero había muchos chicos y chicas adolescentes que dominaban el arte de sentarse parcialmente de lado para poder ver y ser vistos desde el otro lado del pasillo.

Una vez terminada, tras haber participado en el trabajo todos los cuáqueros del distrito, Reunión de Patamoke, como fue llamado el lugar, constituyó la prueba de lo que podía lograrse aún en una Naturaleza agreste si un simple trabajador que dominaba el uso de sus herramientas recibía el estímulo necesario para seguir su sentido intuitivo de las proporciones. No sería capaz de construir una catedral gótica, que era el fruto de siglos de experimentación y sabiduría acumulada en Europa, ni una gran iglesia católica como las que a la sazón se construían en Italia, donde se poseía la misma clase de conocimientos, pero tenía plena competencia para erigir una pequeña casa de culto que parecía formar parte del bosque y ser consecuencia natural del río, y tal edificio, si era perfecto en todos sus detalles y dotado de armonía interior, adquiriría su propia belleza catedralicia.

–Parece sólida -comentó James Lamb cuando estuvo terminada.

Y el primer domingo, que los cuáqueros llamaban Primer Día, Paxmore ocupó, por voluntad general, una de las seis sillas. Junto a él tomó asiento la mujer más vieja de la reunión, y, luego, por silenciosa aclamación, se indicó que Ruth Brinton Paxmore, como sería conocida siempre, se sentara también en el banco frontal, pues había dado testimonio más grande que nadie de las cualidades de aquella nueva religión. Fueron estas tres personas quienes dirigieron el primer acto de culto en el sencillo y nuevo edificio, y durante la hora y cuarenta minutos que duró nadie habló; todos se conformaban con saborear aquel hogar enclavado en plena Naturaleza.

La tercera labor de construcción que Paxmore abordó en aquellos febriles años marcó la pauta para el resto de su vida. Era experimental,

lleno de fallos y maravillosamente gratificante. La construcción del hogar y de la casa de reunión no había presentado problemas; después de todo, en Inglaterra había progresado mucho en su oficio y dominado la mayor parte de las técnicas necesarias para levantar un edificio que no se cayese, pero nunca había construido una embarcación, y, sin la colaboración de un experto carpintero naval para asesorarle, era poco probable que acertara con los trucos necesarios para tan complicada construcción. Pero como Ruth y él se proponían pasar el resto de sus vidas a orillas del agua, debía aprender.

Durante aquel primer otoño, James Lamb le había prestado una pequeña balandra, que podía utilizar siempre que quisiera, pero sabía que estaba privando a Lamb de su propiedad, y eso le desagradaba. Así, pues, tan pronto como quedó terminada la casa, dijo a Ruth:

–Creo que debemos construir una embarcación.

–¿Sabes hacerlo?

–No, pero aprenderé.

Buscó como maestros a los indios que habían trabajado en la casa de reunión, y los acompañó varias tardes mientras exploraban sus bosques para encontrar el roble adecuado. Él señaló un espléndido árbol, y, cuando ellos lo rechazaron, quiso saber por qué.

–¿Cómo lo llevaríamos al río? – preguntaron por señas, y él hubo de reconocer que era imposible mover en una sola pieza un árbol tan grande.

Pero, a lo largo de la linde septentrional de su terreno, situado no frente al río, sino frente al pequeño arroyo que desaguaba en él, localizó un ejemplar satisfactorio que podía ser derribado en una posición tal que, una vez quemado su interior y moldeado, se le podía hacer rodar hasta el agua, pero los indios le previnieron contra aquel árbol.

–Mejor elegir pino.

Y, cuando preguntó por qué, dijeron:

–Madera más ligera. Más fácil de cortar.

Pero él continuó con el árbol que había elegido, explicando:

–Yo construyo con roble.

Había asumido un trabajo agotador. La tercera noche, Edward llegó a casa renqueando y se desplomó, con las manos sobre la boca,

soplándose en ellas en un intento de mitigar el tremendo ardor de los callos que las cubrían.

–¿Qué ocurre? – preguntó Ruth.

–¿Has intentado alguna vez cortar un roble?

Ruth Brinton era una mujer austera, de firme y ardiente rectitud; caminaba con Dios y comprendía sus planes para las personas. Tenía una docena de virtudes, pero el sentido del humor no figuraba entre ellas.

–¿Por qué iba a querer cortar un roble? – preguntó.

–Era sólo…

–Si yo quisiera un roble, acudiría a uno de esos hombres cuyo trabajo es cortarlos.

–Ruth, era simplemente…

–Pero si el trabajo es difícil y crees que yo podría ayudarte, con mucho gusto iré mañana contigo…

–¡Ruth! Tengo las manos llenas de ampollas. ¿Tienes grasa de oso?

–¡Oh! Quieres grasa de oso. ¿Por qué no lo decías?

Cuando, finalmente, cayó el árbol, Paxmore comprendió mejor por qué los indios habían seguido un sistema que precisaba varios años para derribar un árbol: practicar una incisión a todo lo largo de su contorno, quemarla, dejar que la savia dejara de correr, quemarlo más, empujarlo.

–No tengo tiempo para eso -explicó a Ruth, pero ella tenía la mente ocupada en cosas más importantes.

–He estado pensando en la grasa de oso -dijo-. Podría prepararte un emplasto que podrías llevarte, y, así, te aplicarías un poco de grasa de vez en cuando durante el trabajo.

–Me resbalaría el mango del hacha.

–Usa una que no resbale -replicó ella, y varios días después le dio una bolsa cuidadosamente cosida en cuyo interior había unos trapos impregnados en grasa de oso.

Para entonces los indios habían cortado las ramas e indicaban cómo había que cortar los extremos del enorme tronco para poder moldear las extremidades anterior y posterior de la canoa. Esta vez, Paxmore siguió su consejo y utilizó fuego, en lugar de recurrir a la fuerza bruta, y, cuando el tronco de siete metros quedó depositado junto al arroyo,

ayudó a los indios a quitarle la corteza, dejando al descubierto un objeto dorado tan bello, que ya parecía medio canoa.

Alisando la parte que quedaba hacia arriba, logró el tosco perfil de lo que buscaba, y, luego, mientras los indios encendían fuego para quemar el interior, abordó la difícil tarea que debía dominar si quería convertirse en constructor de embarcaciones: en cada extremo del tronco empezó a arrancar con una azuela los trozos innecesarios de madera. Trabajando con sumo cuidado, y sin cortar nunca ni siquiera un fragmento hasta tener la seguridad de que ello realzaría la curva de la canoa, aprendió cómo la proa y la popa de una embarcación debían surgir naturalmente de la madera hasta quedar acomodadas al agua. Podía adquirir esta destreza técnica, porque era un buen carpintero, pero nunca habría deducido por sí mismo la estratagema intelectual que los indios le enseñaron cuando fue hecha rodar la casi terminada canoa, y fue este inesperado descubrimiento lo que le permitió convertirse en experto constructor naval.

Cuando el gran tronco ahuecado quedó invertido al borde del agua, uno de los indios cogió un trozo recto de madera y, con una concha de ostra, trazó una línea a todo lo largo de la canoa y a cinco centímetros del centro. Luego, sirviéndose de los mismos útiles, trazó una línea paralela a la anterior, también a cinco centímetros del centro por el otro lado. A continuación, él y sus amigos empezaron a arrancar pequeños fragmentos de madera a lo largo de los bordes exteriores de esta franja central de diez centímetros, y, al cabo de muchas horas de paciente trabajo, dejaron en la canoa una especie de espinazo ligeramente prominente, y Paxmore comprendió que aquello sería el cable salvavidas de la embarcación. Le proporcionaría dirección y estabilidad; impediría que la canoa derivase de lado a causa del viento; y serviría de protección para el resto del fondo cuando la canoa fuese arrastrada a tierra.

En su vida personal, Edward Paxmore había descubierto que un hombre vivía mejor cuando mantenía alguna creencia central en la que pudiera apoyar toda acción y a la que remitir todos los difíciles problemas morales; se hallaba entonces vertebrado, con un espinazo que lo sostenía, y había descubierto que los hombres y mujeres que no desarrollaban esta creencia central vagaban desorientados y tomaban

decisiones terriblemente equivocadas porque, en momentos de crisis, carecían de todo punto de referencia al que remitirse instantáneamente. Él había encontrado su espinazo en la obediencia a Dios, en la forma más sencilla posible y con el acceso más directo.

Y ahora descubrió que una embarcación debía tener también un espinazo, una estructura central de la mayor fuerza posible que recorriera toda su longitud sin la mínima desviación y de la que dependía todo el resto. Durante toda su vida posterior, jamás construiría una embarcación sin un espinazo de roble; trabajaría siempre sobre este central e inmutable hecho.

La canoa, con sus dos mástiles, tuvo un éxito tal que los colonos establecidos a lo largo del río ofrecieron comprarla, pero, como dijo él a Ruth:

–No tengo fuerza para seguir talando robles, ni tiempo para irlos quemando centímetro a centímetro.

–La tendrías si utilizaras la grasa de oso que te di -repuso ella.

Comprendió que lo que podía hacer era animar a otros a que cortaran robles y pinos y obtuvieran de ellos planchas de madera que él ensamblaría luego para formar pequeñas embarcaciones. Pero, no bien hubo saltado, lleno de optimismo, a este nuevo campo, descubrió que construir una lancha con tablas constituía una tarea infinitamente más difícil que ahuecar un tronco; surgían problemas que resultaban casi imposibles de resolver para un carpintero corriente. El principal consistía en lo siguiente: tender en el suelo un espinazo de la longitud deseada. Unir a él costillas que forman más o menos el perfil de la embarcación. Hasta ahora, bien. Pero luego, cortar planchas que puedan ser unidas a esas costillas para formar un cuerpo impermeable que, al mismo tiempo, se deslice suavemente hacia delante y hacia atrás para formar la proa y la popa de la embarcación. Parece fácil, es cruelmente difícil hacerlo. Y cuando, por casualidad y por la benevolencia de un Dios paciente, domina uno el arte de cortar esas planchas, ¿cómo se las sujeta a proa y a popa?

Muchos de los residentes establecidos a lo largo del río felicitaron a Paxmore por su canoa, pero él comprendía que el mérito no era suyo; la Naturaleza intrínseca de un roble había determinado la forma general que adoptaría la canoa. No hubiera podido fallar al construir

su primera embarcación, porque el roble no se lo habría permitido. Pero al tratar de construir un bote pequeño, sus planchas de madera serrada carecían de forma intrínseca. Necesitaba una clara idea de lo que quería lograr, y no la tenía. Por eso, cuando su primer tosco bote quedó terminado, nadie se ofreció a adquirir el monstruoso objeto; en realidad, apenas se mantenía a flote, y, cuando fueron izadas las velas, resultó ingobernable. Lo único a su favor era su sólido espinazo; las partes secundarias que determinan la calidad eran un confuso revoltijo.

Él lo sabía.

–Mira esa cosa que llamo bote -dijo a Ruth, mientras la embarcación permanecía amarrada al muelle-. Un niño podría hacerlo mejor.

–Querido -dijo ella, con aquella terrible sencillez que a tantos enfurecía-, cuando se trata de construir una embarcación, eres un niño.

Así, pues, él decidió empezar de nuevo, como si realmente fuese un niño dispuesto a aprender una técnica completamente nueva, y estudió sus errores, dándose cuenta de que había intentado que planchas de madera realizaran funciones para las que no estaban dotadas, pero siempre volvía al gran principio fundamental: instalar un sólido espinazo y procurar que todo se relacione adecuadamente con él.

Empezó con una lancha mucho menos presuntuosa, más corta y más estrecha de manga, y se pasó todo el tiempo no en la vistosa sección central, sino en la proa y en la popa, tratando de resolver el problema de hacer coincidir todo aquel maderamen en un punto delicadamente proporcionado, y cuando terminó, tenía un bote que no ofrecía un aspecto especialmente atractivo, pues rebosaba de imperfecciones, pero navegaba. Esta vez, un hombre quiso comprarlo.

–Voy a construir tres más -dijo a Ruth-, y al último lo bautizaré con el nombre de *Ruth Brinton.* Ése será muy bueno.

Y, cuando terminó el calafateado, invitó a Ruth a celebrarlo navegando en él; pero cuando llegaron al centro del Choptank, dijo impulsivamente:

–Vamos a pasar por Devon.

Ella protestó:

–Con este vestido, no.

Le hizo regresar a Acantilado de la Paz y esperar hasta que se hubo puesto su mejor vestido gris y el pequeño sombrero cuáquero que lo acompañaba; pero al verse junto a su desharrapado marido, éste le pareció tan fuera de lugar, que dijo:

–Tú también debes vestirte. Son los Steed los que vamos a ver.

Y no lo permitió desatracar la lancha hasta que se hubo cambiado.

Presentaban un aspecto tan correcto mientras navegaban por el arroyo Devon -él, alto e incómodo en el traje nuevo que su mujer le había elegido; ella, pulcra y seria, con las manos cruzadas-, que varios criados avisaron a los Steed, los cuales llevaron a sus familias al muelle.

–¡Qué lancha tan hermosa! – exclamó Henry, e indicó a Paul que saltase a la embarcación para ver si era tan sólida como parecía.

Cuando Paul movió afirmativamente la cabeza, Henry dijo:

–Alice, ¿por qué no llevas a Mrs. Paxmore a la casa y le ofreces una taza de té? Nosotros vamos a dar un paseo.

Bajaron por el riachuelo y salieron al Choptank, y, finalmente, a la bahía, con Paxmore manejando la vela y muy serio en su traje nuevo y su sencillo sombrero cuáquero. Durante el regreso, con Henry al timón, los Steed quedaron convencidos de que aquel carpintero cuáquero había aprendido el arte de construir embarcaciones.

–Creo que deberíamos echar un trago -dijo Henry, mientras descendían del *Ruth Brinton.*

–Yo no bebo -replicó Paxmore.

–¿Ni siquiera té?

El carpintero rió, y cuando se reunieron con las señoras, no se habló en absoluto de embarcaciones, porque Mrs. Steed cogió del brazo a Paxmore y le dijo excitadamente:

–¡Ya está todo arreglado! Va usted a quedarse aquí durante tres días con esta maravillosa mujer -y señaló a Ruth- para construirme un armario especial…, aquí…, para éstos.

Y señalaba una cercana repisa de chimenea sobre la que se alineaba un elegante juego de platos, tazas, cuchillos y cucharas de estaño.

–Son los *lares* y *penates* de los Steed -explicó.

La vacua expresión de Paxmore indicó que no sabía de qué estaba hablando, pero, antes de que ella pudiera explicarlo, intervino Ruth Brinton:

–Sus dioses familiares. Es una expresión romana.

Paxmore dirigió entonces una extraña mirada a su mujer, como si los dioses paganos a los que se había referido fuesen blasfemos; pero Ruth sonrió y dijo:

–No te preocupes. Sólo significa que son de gran valor para los Steed.

Paxmore se tranquilizó y preguntó a Mrs. Steed:

–¿Qué clase de armario te gustaría?

–Aquí, en el rincón. Cubierto con este cristal que acabamos de recibir de Holanda.

–Quedaría muy bien -dijo él, mientras estudiaba el rincón y la lámina de cristal-. ¿Unos seis estantes?

–Ya veremos sobre la marcha -respondió ella.

Luego, entregando a cada uno de los Paxmore una pieza de la vajilla, dijo:

–Abuela Steed le tenía mucho cariño. Una vez al año, durante toda su vida, servía una comida de liberación. Nada de vasos de cristal ni platos de porcelana; sólo las preciosas y antiguas piezas de estaño. Lo hacía para recordarnos cómo habían vivido en los tiempos difíciles.

Paxmore, palpando la pesada vajilla, pensó que sería muy razonable conservar aquellas piezas en un armario.

–Lo haré -dijo a Mrs. Steed.

Durante los días siguientes, él y Ruth tuvieron su primera oportunidad de ver de cerca a una familia católica. Muchos aspectos sorprendieron a los cuáqueros: las volubles oraciones antes de las comidas, en lugar del solemne silencio de una familia cuáquera; el sustitutivo de la misa en que participaban todos los miembros; la Biblia diferente y el peligroso acercamiento al paganismo en su profusión de santos y objetos sagrados. Se sintieron particularmente impresionados por las historias del padre Ralph y su evidente santidad.

–Creo que me gustaría Ralph -dijo Ruth.

Y Paul replicó:

–Nunca se ha relacionado gran cosa con las mujeres. Le resultan desconcertantes.

–¿Por qué? – preguntó Ruth.

–Por su franqueza. Por su disposición a participar en todo.

–Ése es el estilo cuáquero -dijo ella.

–Lo sé -respondió Paul-, y eso es lo que le resultaba desconcertante a Ralph. En su iglesia las mujeres no…

Dejó la frase en el aire, sin saber cómo terminarla, pero Ruth, reacia a deiar pasar un desafío, dijo:

–En la nuestra, sí.

A los hermanos Steed les resultaba más fácil hablar con Edward Paxmore, y un día, mientras las mujeres admiraban la elegancia con que el terminado armario lucía la vajilla de estaño, se llevaron a un lado al carpintero, y Henry, después de carraspear dos veces, dijo:

–Edward, creo que estás preparado para construirnos un barco.

Paxmore nunca respondía precipitadamente a ninguna invitación, y, mientras los hermanos aguardaban su respuesta, calculó cuántas horas necesitaría para construir una réplica del *Ruth Brinton.*

–Creo que podría construirte una lancha como el *Ruth Brinton*…

–No nos referimos a una lancha, nos referimos a un barco.

Paxmore quedó estupefacto ante la propuesta.

–¿Quieres decir…, un barco grande… para cruzar la bahía?

–Para cruzar el Atlántico -corrigió Henry, y, una vez que las palabras hubieron salido de su boca, se convirtió en un persuasivo visionario-. Paxmore, si poseyéramos un barco, podríamos enviar nuestro tabaco directamente al mercado y ahorrarnos enormes sumas en alquileres. Podríamos regresar con mercancías para los almacenes, a precios que te parecerían increíbles.

–Pero yo nunca he…

–Hemos visto los progresos que has hecho en tus cuatro últimas embarcaciones. Has recorrido un largo camino, Paxmore.

–El primero resultó mal, ¿verdad?

–Y estamos convencidos de que te encuentras en condiciones de construirnos un barco para ir a Londres.

–Nunca he construido un barco -repuso serenamente Paxmore-. Nunca he aprendido.

–Un hombre aprende construyéndolo.

Lo que dijo Paxmore a continuación demostraba que era un verdadero y cauteloso cuáquero:

–¿Arriesgarías tu propio dinero en semejante aventura?

–Desde luego -respondieron los hermanos.

Paxmore permaneció largo rato en silencio; luego se levantó calmosamente y regresó a la habitación en que se encontraban las señoras. Dirigiéndose en línea recta hacia su esposa, la cogió de la mano y dijo:

–Ruth, nos vamos a casa…, a construir un gran barco.

Edward Paxmore fue conducido a un prolongado período de confusión moral sin intervención alguna por su parte; la culpa fue de Samuel Spence. El vendedor de efectos navales de Barbados nunca olvidó que, cuando su ayudante Paxmore zarpó precipitadamente rumbo a Maryland por causa de la presencia de piratas, lo hizo sin haber cobrado los salarios que se le debían, por lo que, a finales de 1666, Spence cursó una carta que, al llegar a Acantilado de la Paz, produciría las complicaciones.

Entretanto, el larguirucho carpintero estaba siguiendo la tradición de los constructores de barcos en América. No estableció un astillero arbitrario y dijo: «Aquí construiré mi barco.» En lugar de ello, buscó una concentración de árboles altos y fijó allí sus talleres. El punto que eligió se encontraba a orillas del arroyo, junto al lugar en que había construido su canoa; contenía uno de los robles más prometedores que había visto jamás, un gigante en el cielo, así como una importante cantidad de pinos. Y una mañana, después de orar en petición de guía y buena salud, empezó a talar el roble del que dependería su barco.

Con sudoroso esfuerzo, él y sus indios blandieron sus hachas, y cuando el imponente árbol cayó, finalmente, junto al arroyo, conforme a lo planeado, midió con pasos los dieciséis metros que había decidido tuviera el espinazo; pero al ver la distancia tan enorme que esto suponía, se apretó contra el pecho las doloridas manos y pensó: «Nunca podré construir un barco de ese tamaño.» Pero estaba ya comprometido, y comprendió que sólo lo conseguiría si avanzaba cuidadosamente paso a paso. En consecuencia, empezó a cortar las ramas, algunas tan grandes como árboles corrientes, y, cuando el inmenso tronco quedó limpio, lo estudió durante dos largos días, tratando de imaginar el espinazo terminado que cortaría de él y las diversas formas en que quedaría unido al cuerpo del barco.

A cada análisis crucial, comprendía lo ignorante que era, y por la mañana del tercer día, cuando hubiera debido empezar a arrancar la madera innecesaria, quedó paralizado por un sentimiento de autodesprecio. Aquella tarea era demasiado ingente para un simple carpintero. Pero mientras permanecía sentado sobre el talado roble, vio sobre el agua su canoa y pidió a los indios que le ayudaran a sacarla a tierra. Volcándola del revés sobre la hierba, se pasó toda la mañana estudiando las líneas y la sutil forma en que rectas superficies de madera se fundían con otras curvas, y cómo se combinaban distintos segmentos para formar la proa y los codastes, y a partir de esta antiquísima forma, que se remontaba a diez mil años o más, empezó a percibir lo que podía hacerse y lo que se debía hacer.

Interrumpiendo todo el trabajo, salvo la tala de pinos, cogió un pedazo de madera de pino y empezó a tallar una maqueta del gran barco que quería construir, y en esta tarea se pasó dos semanas enteras, moldeando acá y retocando allá, hasta que tuvo un barco en miniatura de bello aspecto.

Pero aún carecía de confianza, así que hizo que los indios botaran de nuevo la canoa y navegó en ella hasta Devon para enseñar a los Steed lo que proyectaba. Como hombres prudentes que no perdían de vista el futuro, sólo le formularon una sugerencia:

–Si haces el barco más ancho por el centro, podrá transportar más mercancías.

–El mayor volumen le haría navegar más despacio -señaló Paxmore.

–Tenemos tiempo de sobra -respondió Henry, y Paxmore pegó a los costados de su maqueta finos listones de madera adicional, lo que le permitió darle una forma más amplia. Cuando hubo terminado, Henry Steed cogió una pluma y escribió en la popa el nombre que llevaría el barco: *Martha Keene, Devon.*

–Cuando hayas finalizado -dijo a Paxmore-, me gustaría tener esa maqueta.

–La tendrás -respondió el carpintero.

Pero durante el regreso a su improvisado astillero, tuvo una idea: «Si corto la maqueta por la mitad, a lo largo, tendré no sólo un plano del exterior del barco, sino también del interior.» Así, pues, cuando llegó al lugar en que le esperaba el roble, encajó la maqueta en una

prensa y cogió su sierra, pero al empezar a cortar, comprendió que para hacerlo bien tenía que dividir el espinazo en dos mitades, y eso era algo a lo que no podía resolverse.

Tirando la sierra, pensó: «Nunca podría partir un espinazo. – Y reflexionó para encontrar una salida, y poco a poco descubrió un compromiso razonable-: No tocaré el espinazo. Serraré a lo largo de él»; y esto fue lo que hizo, obteniendo, no la verdadera media maqueta necesaria, sino una aproximación suficiente, y siempre que utilizaba este modelo, sus dedos palpaban el intacto espinazo, y se sentía complacido.

Ordenó luego a sus hombres que empezaran a tajar el roble, y, mientras trabajaban, tomó una decisión que ahorraría muchas horas de complicado trabajo: «La parte posterior del barco no será afilada. Será lisa.»

Se desplazó luego al otro extremo, y allí se enfrentó a problemas sumamente agudos y desconcertantes: cómo empalmar el extremo anterior del espinazo con la parte delantera del barco, lo cual requería una curva ascendente. Mientras los indios trabajaban escuadrando el espinazo, se concentró en este problema y vio que si pudiera moldear la parte delantera del tronco en una curva dirigida hacia arriba, por leve que fuese, dispondría de una importante ventaja. Así, pues, reorganizó rápidamente el trabajo para lograr que la extremidad delantera adquiriese el máximo de curvatura posible. No pudo obtener mucha, pero cuando el espinazo quedó finalmente terminado, se combaba hacia arriba, y ello le permitiría dotar al barco del crucial empuje hacia delante.

Pero con cada éxito surgían nuevos problemas, y ahora debía determinar la forma exacta de lograr la proa de su barco, el cortante filo que hendiría las olas. No tenía la más mínima idea de cómo podría conseguirlo. Era un carpintero de casas, pero, como cualquier hombre prudente, podía aplicar a los barcos lo que sabía respecto de las casas, y el hecho crucial en que se basó fue que un rectángulo abierto nunca podría ser estable, porque una presión suficiente en cualquiera de los ángulos lo haría desplomarse, mientras que una diagonal, firmemente colocada, permitiría que se ejercieran enormes presiones sobre los

ángulos sin que se viniese abajo; los triángulos resultantes podrían romperse, o podría astillarse la madera, pero eran estables.

Abstractamente, el problema era sencillo: se surcaba de diagonales el interior del barco, y ninguna tormenta podría hundir sus costados; naturalmente, tampoco podría transportarse carga ni pasajeros, porque el interior estaría ocupado por las diagonales.

El problema, pues, consistía en lo siguiente: ¿Cómo lograr la rigidez de la diagonal sin utilizar nada que impidiese contener la carga? Como la mayor parte de las dificultades importantes, se enunciaba con facilidad, pero su resolución se presentaba difícil.

Estaba en un callejón sin salida, Deseaba que llegase a Devon algún buque procedente de Londres para poder examinarlo. Pero no llegaba ninguno. Una página de un libro de Londres lo explicaría todo, pero no tenía tales libros. Recordó amargamente los tediosos días pasados a bordo de los barcos que le habían llevado desde Londres a Boston, a Barbados, a Marigot Bay, a Devon: «He pasado todo ese tiempo en barcos y no he visto nada.»

Esto no era del todo exacto. Había visto mucho sobre el cubrimiento de un barco, la construcción de amuras y el terminado de las bordas, pero, como un artista que monta cien veces un caballo y nunca lo capta hasta que trata de dibujarlo, o como un novelista que ha presenciado repetidamente una situación humana, pero no la ha comprendido realmente hasta que se ve obligado a expresar con frías palabras lo sucedido, él había vivido en el corazón de los barcos, pero no los había visto.

Irónicamente, durante su confusión la solución se encontraba a su alrededor…, en el suelo. Mientras se dirigía hacia el extremo delantero de su tronco, con los ojos fijos en la curva, tropezó y, al bajar la vista, vio las macizas raíces del roble que emergían lateralmente del tocón del cortado tronco. Se detuvo, observó la curiosa articulación que formaban la raíz y el tronco, y luego se arrodilló y empezó a escarbar febrilmente en la tierra, y, cuando hubo terminado, tenía ante sí al descubierto una de las articulaciones más poderosas de la Naturaleza: la curvada estructura que, en forma de codo, se presenta cuando una fuerte raíz emerge de un tronco, y, contemplándola, Paxmore comprendió que había encontrado la solución a su problema: en lugar

de apuntalar la proa con engorrosas diagonales, montaría en ella esta sólida articulación que contenía su propio apuntalamiento.

Pero cuando se volvió hacia sus indios para pedirles que le ayudaran a extraer la raíz, se encontró con que habían desaparecido; estaban hartos de construir barcos y no trabajarían más. Le resultaría imposible continuar sin ellos, así que, lleno de zozobra, botó por sí mismo la canoa y se dirigió a Devon para preguntar a los Steed qué debía hacer. Al llegar allí, los encontró ocupados en el muelle, pues un barco procedente de Barbados había fondeado recientemente en Jamestown, y la falúa de los Steed había traído del otro lado de la bahía la extraordinaria carta de Samuel Spence y un cargamento que Paxmore jamás habría imaginado:

Me ha estado preocupando la deuda que tengo contigo por el excelente trabajo que realizaste para mí, en especial la reparación de aquel barco en Marigot Bay, y no he dejado de preguntarme cómo podría pagarte. No tenemos absolutamente ninguna moneda, y nuestros corresponsales en Londres se encuentran peor aún que nosotros. No pueden pagar mis facturas, pues la peste del año pasado y el incendio de éste les han diezmado, y había llegado a la conclusión de que tendrías que quedarte sin cobrar, cuando una singular sucesión de circunstancias me ha puesto en situación de ayudarte.

Un caballero de esta isla tenía una deuda con una de las firmas de Londres de las que yo era acreedor, y convinimos en que simplificaría las cosas si me pagase directamente a mí, pero tampoco tenía dinero. Sin embargo, poseía participación en un barco de esclavos procedente de Luanda, y, cuando éste llegó a nuestro puerto, me entregó una parte de sus esclavos.

Me atrevo a enviarte nueve de esos negros en pago de mi deuda, con la esperanza de que lo consideres un arreglo justo. Varios cuáqueros que han pasado por aquí nos dicen que te has casado con Ruth Brinton, esa valerosa mujer, y os enviamos a los dos nuestro afecto.

Los esclavos no habían sido descargados aún, y, cuando se acercó a la falúa, Paxmore vio que permanecían apiñados unos contra otros, y se preguntó por qué, en la seguridad del puerto, continuaban arracimados, pero cuando subió a la embarcación advirtió que habían sido encadenados para evitar disturbios durante la travesía de la bahía.

Se detuvo un momento para observar a aquellos extranjeros: vio sus negras figuras, sus prometedores músculos, el porte orgulloso de las mujeres, aun encadenadas.

–Suéltalos y los llevaré a Acantilado de la Paz -propuso a Henry Steed.

Pero Steed, que había oído con frecuencia a plantadores de Jamestown murmurar sobre sus esclavos, dijo cautelosamente:

–Es más seguro mantenerlos atados hasta que desembarquen -y ordenó a su capitán que llevara la balandra hasta el acantilado.

Allí, los negros fueron sacados al muelle, todavía encadenados. Seis hombres fuertes y tres mujeres en edad fértil, todos ellos con argollas. La Orilla Oriental había recibido su primer cargamento de esclavos, propiedad legal de los cuáqueros.

–Todos excelentes -admitió el capitán, mientras volvía a echar las cadenas en la balandra.

–Podemos utilizarlos -dijo Paxmore.

Las mujeres fueron conducidas a la casa, donde Ruth Brinton estaba en el suelo, preparando una mesa adicional para su cocina. Quedó atónita al ver a las negras y preguntó:

–¿Quiénes son ésas?

–Son nuestras.

–¿Cómo?

–Samuel Spence, de Barbados, las manda como pago de su deuda conmigo.

–¿Y qué vamos a hacer con ellas?

–Nos pertenecen. Son nuestras esclavas.

Ruth Brinton se levantó, se secó las manos y observó a las mujeres. Podía acordarse de cuando ella tenía su edad, llena de perplejidades, y pensó: «¡Cuánto mayores deben de ser las suyas!» Volviéndose hacia su marido, dijo:

–No estaría bien que tuviésemos esclavos. Sería contrario a la voluntad de Dios.

Y entonces empezó el gran debate, que acabaría invadiendo todo cuerpo legislativo, toda iglesia y todo hogar. Edward Paxmore citó tres hechos, los dos primeros de los cuales eran económicos y, por tanto, poco convincentes por lo que se refería a Ruth Brinton:

–Spence me debía dinero y tenía derecho a pagármelo a su manera. Además, los esclavos llegan en el momento en que más los necesitamos. Dios ha debido de enviarlos para ayudarnos a terminar el barco.

Su mujer le miró, asombrada de que adujese tales irrelevancias, pero su tercera cita era moral, y en absoluto irrelevante:

–Cuando yo era un siervo escriturado en Massachusetts, existía la costumbre de que los predicadores nos sermonearan constantemente sobre los deberes del siervo hacia el amo. ¡Qué bien recuerdo aquellas tonantes admoniciones!

Y empezó a recitar, tal como los recordaba, aquellos pasajes en los que Dios ordenaba y apoyaba específicamente un sistema de esclavitud:

«Siervos, obedeced en todas las cosas a vuestros amos, no sólo cuando os vigilen, sino con temor de Dios.

Siervos, sed obedientes a vuestros amos con temor y estremecimiento.

Los siervos deben complacer a sus amos en todas las cosas, sin oponerse a ellos.

Que todos los siervos que se hallen bajo el yugo consideren a sus amos dignos de todo honor.»

Ruth Brinton quedó espantada al oír este recitado; no podía creer que se tomara en serio semejantes enseñanzas. Era como si estuviese viendo por primera vez el perfil completo de su marido…, y no le gustaba.

–Edward -dijo con férreo vigor en sus suaves palabras-, ¿no te das cuenta de que toda la enseñanza de Jesús es opuesta a la esclavitud de un hombre respecto a otro?

–Sólo sé lo que la Biblia dice, y dice una y otra vez que algunos hombres deben ser esclavos y están obligados a obedecer a sus amos.

Antes de que su mujer pudiera interrumpirle, añadió:

–Ahora bien, la Biblia dice también que los amos deben ser justos, y que deben cuidar del bienestar del esclavo. Los ministros de Boston solían recalcar eso también. Debo decir, en justicia, que siempre exhortaban a los amos a ser benévolos.

Luego, recordando aquellos lejanos sermones, añadió:

–Pero recuerdo que a los siervos nos exhortaban más severamente que a nuestros amos.

Él sería un buen amo. Interrumpió todo el trabajo en el barco para poder construir sólidas cabañas en que vivieran sus esclavos. Sugirió a Ruth Brinton que se llevara a la casa a las mujeres con el fin de que éstas hicieran los trabajos más pesados, pero ella rehusó. No obstante, enseñó a una de ellas a cuidar de su hijo; las otras cultivaban verduras y cuidaban el tabaco.

Los hombres, altos y erguidos, resultaron unos excelentes ayudantes en la construcción del barco. Abiram y Dibo mostraban tal destreza en cortar planchas, que Paxmore les preparó un pozo de serrador: grandes troncos de pino eran colocados sobre un profundo pozo, en el que Dibo permanecía día tras día. Abiram, el más fuerte de los dos, se encaramaba en el tronco, sosteniendo una larga sierra de dos mangos cuyos dientes mantenía en línea recta a lo largo del pino. Al grito de una palabra africana, Dibo daba un salto en el aire, agarraba el mango de la sierra y estiraba de él hacia abajo con todo su peso. Este descenso de la sierra realizaba el corte; luego, Dibo soltaba su presa, gritaba otra palabra, y Abiram volvía a colocar la pesada sierra. De esta manera, los dos hombres serraron las tablas con las que se construiría el barco.

Pero cuando llegó el momento de ajustar los maderos a la quilla y formar así el esqueleto del barco, Paxmore se quedó sin raíces con las que ensamblar su trabajo. Exploró la zona del acantilado en busca de raíces de roble que formaran ángulos rectos, pero no encontró ninguna; descubrió unas cuantas de pino, pero no tardó en advertir que éstas carecían de la resistencia necesaria, y continuaba buscando lejos de sus propias tierras, cuando se encontró con Stuby Turlock que se hallaba cazando lobos. Informó a su mujer acerca de este primer encuentro:

«Parecía un visitante de otro mundo, un hombre adulto de veintiséis años con la ignorancia de un niño de cuatro. Sin embargo, cuando le indiqué que estaba buscando raíces especiales de árbol, comprendió en seguida y me llevó hasta, por lo menos, nueve robles que contenían ejemplares espléndidos. Demostró poseer un conocimiento tan extraordinario de los árboles, que le invité a trabajar conmigo, pero esta palabra le asustó.»

Cuando necesitó más raíces para formar las cuadernas del barco, Paxmore buscó a Stuby, pero no le encontró. Al saber que el joven vivía en la marisma con su poco recomendable padre, navegó hasta allí una

tarde, pero no consiguió hallar la entrada, y estaba rondando por los límites cuando se oyó el disparo de un mosquete, no lejos de la canoa. Alzándose de entre los juncos como una aparición, Timothy Turlock gritó:

–¿Quién va?

–Estoy buscando a Stuby.

Turlock escupió en el agua y, luego, indicó el punto por donde se entraba a su estero, y, cuando Paxmore atracó en el destartalado muelle, el viejo le estaba esperando.

–¿Puedo ver a Stuby? – preguntó el carpintero.

–No está.

–¿Por qué no me dijo…?

–Puede esperar.

Ayudó a Paxmore a saltar de la canoa y le condujo a una mugrienta choza en la que haraganeaba una corpulenta rubia. La mujer no hizo el menor ademán de saludarle, así que se sentó en un tronco apoyado en unas patas dispuestas en forma de trípode, y, mientras esperaba allí, se dio cuenta de que había una muchacha en un rincón de la choza.

–¡Es Nancy, de la casa de James Lamb! – exclamó, complacido al ver a una persona conocida-. ¿Qué haces aquí?

–Escapó -intervino Turlock.

Paxmore no podía saber que aquélla era la chica con la que Turlock había sido frecuentemente sorprendido en la cama. Supuso que se había escapado por las habituales razones que solían dar los sirvientes y los esclavos.

–James Lamb es un buen amo -dijo, y nadie le llevó la contraria.

Stuby no aparecía, y, tras una prolongada espera, que se iba haciendo cada vez más desagradable, pues la choza y sus ocupantes resultaban detestables, Paxmore anunció que debía regresar al acantilado.

–Mr. Turlock, ¿querrá decirle a su hijo que necesito más raíces?

–Si.

Y la visita terminó, pero tres días después llegó Stuby al astillero para decir que había encontrado más de dos docenas de ejemplares excelentes, y que si Paxmore le cedía tres esclavos para el trabajo de extraerlas, se las llevaría allí. Fue así cómo Stuby empezó a trabajar

para Paxmore, nunca de un modo regular, pues rehusaba ligarse a ningún oficio; simplemente, correspondía siempre que Paxmore necesitaba maderas o raíces especiales.

–Es realmente estúpido -comentó Paxmore a su mujer-, y, sin embargo, no lo es.

Lo que no advirtió fue que, siempre que iba a llevarle madera, Stuby observaba con sus ojos de rata cada nuevo paso dado en la construcción del barco.

Al final, Stuby sabría tanto como Paxmore acerca de la construcción naval, y habría dado un paso de gigante para convertirse en un completo hombre del agua: no sólo conocería las aguas, sino también los barcos que las surcaban.

El aspecto más notable de la construcción naval de Edward Paxmore era su colección de herramientas. Tenía que fabricarse por sí mismo todo lo que necesitaba, y al cabo de dos años poseía una asombrosa serie de utensilios. Tenía, naturalmente, sus sierras y sus azuelas, herramientas esenciales del carpintero de ribera; viéndole tallar una tabla con delicada precisión, Paul Steed dijo a su hermano:

–Paxmore podría escribir su nombre con una azuela.

Hacía bridas para sujetar objetos pequeños, gubias para eliminar madera superfina, taladros para abrir agujeros y las especies más complicadas de sierras. Como los clavos eran más preciosos que el oro -toda la construcción colonial dependía de lo que se pudiera importar de Inglaterra-, aprendió a tallar pequeños trozos de roble hasta darles forma de clavos; una vez introducido a martillazos o atornillados, y empapándolos de agua, se hinchaban y unían partes separadas, tan bien como los clavos metálicos.

Pero siempre careció de la herramienta esencial sin la que el trabajador nunca puede alcanzar la verdadera maestría: no conocía los nombres de ninguna de las partes que estaba construyendo, y, sin el nombre, era artísticamente incompleto. No fue casual que médicos, abogados y matarifes inventaran nombres específicos, pero secretos, para las cosas que hacían; poseer el nombre era conocer el secreto. Con nombres correctos entraba uno en un nuevo mundo de perfección, se convertía en miembro de una arcana hermandad, partícipe de misterios y, al final, en meritorio ejecutor. Sin los nombres, no pasaba

uno de ser un aficionado o, en el caso de la construcción de barcos, un simple carpintero de casas.

Paxmore recordaría siempre la mañana de julio en que llegó a Devon un mercante de dos palos procedente de Bristol y la alegría con que fue examinando todas las partes del barco, preguntando al carpintero de éste cuáles eran los diversos elementos. Fue entonces cuando empezó a desvelar el misterio de los nombres.

–Los llamamos *espigas* -dijo el hombre de los clavos que Paxmore había estado tallando, y como espigas adquirieron un nuevo valor, pues eso significaba que formaban parte de una antigua herencia.

–No es *espinazo.* Es *quilla.* Y la plancha que colocamos encima para sujetarla es la *sobrequilla.*

Pero la palabra que más le agradó fue la que utilizaba el inglés para designar las dobladas raíces de que dependía la estabilidad del barco.

–Son *codillos,* y es mejor que los hagas de alerce. Mejor que de roble.

Las dimensiones de una tabla eran las *escuadrías,* el madero vertical de la parte posterior era el *codaste;* el trozo de madera utilizado para prolongar el bauprés, un *botalón,* y el empalme de listones, un *ayuste.* Pero lo que le asombró fue el hecho de que la palabra *suelo* no significase una zona lisa y amplia, como en una casa, sino el pequeño y rugoso madero encajado contra la quilla, al que se ajustaba el fondo interior del barco.

En esta visita, Paxmore aprendió un centenar de palabras, y con cada una, una nueva concepción de su tarea, pero ninguno de estos conocimientos le turbó tanto como lo que descubrió acerca del mástil. Para su barco, había cepillado cuidadosamente un pino muy alto hasta lograr un cilindro perfecto y lo había erigido de manera arbitraria en un punto arbitrario. Ahora aprendió que lo había hecho todo mal.

–¡No! ¡No! – advirtió el carpintero inglés-. ¡Nunca una base redondeada! Porque si es redondeada por abajo, ¿cómo vas a acuñarlo firmemente en la sobrequilla? Y si es redondeado en el lugar por donde atraviesa la cubierta, ¿cómo puedes calafatearlo para impedir que se filtre el agua?

Llevó a Paxmore a la parte más baja de su barco y le mostró cómo plantaban sus mástiles los constructores de barcos del mundo.

–La base tiene que ser cuadrada. Así, se puede encajar en este hueco y apoyar en él los codillos y acuñarlo a lo largo de líneas rectas, y ningún viento lo moverá.

¡Qué diferencia entre un verdadero mástil y el que había ideado Paxmore! El verdadero se mantenía firme, sólidamente unido a la quilla. El suyo se bamboleaba porque su base circular no proporcionaba ninguna línea segura para calzarlo.

–Y a esta altura, al acercarse al agujero de cubierta, dale una forma octogonal.

Y el inglés le mostró el magnífico trabajo que habían hecho los carpinteros de ribera de Bristol al lograr la transición de una base cuadrada a un contorno octogonal; la vista apenas podía distinguir dónde se había operado la transformación, y, al atravesar la cubierta, tránsito crucial, el mástil ofrecía ocho sólidas caras que podían ser calzadas e impermeabilizadas. El de Paxmore carecía de toda protección frente al agua.

–Sólo al llegar aquí -explicó el hombre de Bristol cuando subieron a cubierta- es cuando haces que el octógono se convierta en círculo.

Y de nuevo el paso de una forma geométrica a otra había sido logrado con exquisita delicadeza.

–¿Sabes por qué tienen que ser redondos por encima de la cubierta?

–No.

–No presenta resistencia al viento. Y otra cosa: si tu mástil está perfectamente plantado y debidamente encajado, se sostendrá solo. El peso del viento sobre la vela se transmitirá hacia abajo. Paxmore, no dejes que nadie sujete tan firmemente tu mástil que cante como un arpa. Los obenques deben estar flojos, siempre flojos. No están para mantener en posición al mástil; sólo para ayudarle si se desata un temporal.

Y llevó a Paxmore hasta cada uno de los obenques que protegían el mástil y le mostró lo flojos que estaban, sin soportar ninguna presión en tiempo de calma, pero disponibles para un momento de súbita tensión.

Y, luego, dijo algo que desconcertó por completo al novicio.

–Naturalmente, habrás situado debidamente tu mástil.

–Lo he centrado en el espinazo… la quilla…, quiero decir, la sobrequilla.

–Claro. Pero me refiero entre la proa y la popa.

–Lo he puesto…

La vacua expresión que asomó a los ojos de Paxmore delató el hecho de que no sabía nada acerca de capacidad de la vela, equilibrio, momento de fuerzas actuantes sobre un barco en marcha, ni sobre el intrincado problema de situar un mástil de modo que la vela no levante ni hunda la proa, ni haga guiñar al barco.

–No sabes nada acerca de colocar mástiles, ¿verdad? – preguntó el hombre de Bristol.

–No.

–Bueno, calafatéalo bien, y reza por que flote. Las mejoras vienen con la experiencia.

En diciembre de 1668, una pinaza cruzó la bahía, llevando a la isla Devon a un visitante que alegró los corazones de todos. Era el padre Ralph Steed, de cincuenta y dos años y cabellos entrecanos a consecuencia de sus esfuerzos a todo lo largo de Maryland. Permaneció unos momentos en el muelle para contemplar los impresionantes cambios ocurridos en Devon desde su visita anterior: el sólido muelle, los amplios senderos que conducían a la casa de madera, en constante crecimiento, las acristaladas ventanas, la segunda chimenea, que denotaba la presencia de nuevas habitaciones, y, sobre todo, la sensación de sereno logro. En su juventud, aquel lugar había sido una precaria avanzadilla en la naturaleza virgen; ahora se estaba convirtiendo en sede de una nobleza campesina.

–Me complace especialmente ver que habéis adquirido esclavos - dijo a sus hermanos-. Adecuadamente utilizados, pueden ser de gran ayuda para una plantación, y el contacto con sus amos blancos contribuye mucho a la salvación de sus almas.

Era un privilegio renovar la relación con sus hermanos, y se sintió asombrado ante la fecundidad de sus esposas: Henry tenía dos hijos y una hija, Paul tres hijos y dos hijas, y esta tercera generación contenía ya once nietos, sin contar las muchas criaturas que habían muerto. Pero la joya de la colección era un chiquillo rubio de siete años, travieso

y muy guapo, que experimentó una inmediata simpatía hacia su tío abuelo y se inclinó ante él con exagerada cortesía, al tiempo que decía:

–Nos alegramos de verte nuevamente en Devon, tío Ralph.

–Éste es Fitzhugh -dijo orgullosamente Henry-, mi nieto.

–Con sus modales, será consejero de Estado -dijo el sacerdote, cogiendo al niño de la mano mientras comentaba a los hermanos-: Es extraordinario y muy grato a Dios que nuestra familia haya podido siempre encontrar muchachas católicas con las que casarse.

Pero mientras lo decía, hizo una mueca de dolor y tuvo que soltar la mano de Fitzhugh.

–¿Tu cadera?

–Me caí de un caballo. No es nada.

No expresó ninguna queja por la dureza de la vida que había llevado, pero sí formuló una protesta, y con tono sumamente serio.

–¡No habéis reconstruido la capilla!

–Era demasiado ostentosa -repuso Henry, encogiéndose de hombros en un gesto de autojustificación.

–Yo he sido ostentoso en todos los ríos -replicó Ralph, con tono de reproche, y no se habló más de la capilla.

Pero tan pronto como llegó a la casa, con su elegante coche nuevo, pidió que se reuniera la familia para la lectura de una misa, y, cuando se hubieron congregado todos y hubo saludado a los que no conocía, ofreció una celebración familiar. Después, señaló el armario del rincón que contenía la vajilla de estaño y dijo a sus hermanos:

–Me gusta eso. Pasamos días muy duros y es bueno recordarlos.

Se mostraba voraz en su deseo de conocer detalles sobre el funcionamiento de la plantación y observó a Henry:

–Es una vergüenza que la Orilla Oriental no puede producir hoja aromática como Virginia. El oronoco que cultiváis aquí siempre rinde menos beneficios en Londres.

–Se vende bien en Francia -repuso Henry-. Parece que les gusta nuestro sabor, más recio.

–Te he traído varias semillas de una clase más fuerte de hoja aromática. Deberíamos probar a ver si va bien en nuestro terreno.

–No irá bien. Hemos probado todas las clases posibles, y no hay manera. Las hojas aromáticas, como las damas hermosas, sólo crecen

en Virginia. El oronoco, como los verdaderos hombres, sólo crece en Maryland.

El padre Steed quería saber también cómo marchaban las negociaciones con Fithian, y Paul explicó:

–El año pasado le visité en Londres. Es ya mayor, y ahora son sus hijos quienes se encargan de nuestros asuntos. Y admirablemente.

–El año pasado tomó posesión de dos plantaciones a orillas del James -dijo el sacerdote-. Oí cosas muy poco agradables y temí por nuestras relaciones con él.

–Siempre ha ocurrido lo mismo con los plantadores de Virginia -replicó Paul, defensivamente-. Ganan mil libras con sus hojas aromáticas y encargan mercancías por valor de once mil. Si lo hacen durante un tiempo suficiente, Fithian acabará siendo dueño de sus tierras.

–¿Estamos nosotros en deuda con él?

–Al revés. Nuestras cuentas tienen un saldo favorable para nosotros.

–¿Cómo es posible?

–Hemos abierto un almacén en el Embarcadero de Patamoke. A todo lo largo del río vienen gentes a comerciar con nosotros.

Y pidió una falúa para llevar a Ralph hasta el floreciente asentamiento.

–El edificio bajo y alargado es nuestro -dijo, mientras la embarcación entraba en el puerto-. Y ese local que hay junto al muelle es una taberna. Sólo tres casas hasta el momento, pero he traspasado treinta acres a Lord Baltimore por la fundación de una ciudad, y él ha prometido dictar un decreto nombrando a Oxford y Embarcadero de Patamoke puertos de entrada de buques dedicados al comercio general.

–¿Hay alguna industria?

–Ninguna todavía, pero he estado pensando en la posibilidad de ceder aquel terreno a Edward Paxmore para la instalación de un astillero.

–Has hablado varias veces de él -observó el sacerdote-. ¿Quién es?

–Uno de los mejores carpinteros de Inglaterra. Vino a establecerse en nuestro río. Es cuáquero.

–¿Sí? – exclamó el sacerdote-. ¡Oh, me gustaría conocerle! En todos los lugares adonde voy oigo hablar de esa nueva secta. Y los informes que recibo son de lo más contradictorio. Me gustaría conocer personalmente a uno.

–Es fácil. Su astillero nos pilla de paso. Está construyendo un barco para nosotros, ¿sabes?

–¿Un barco de verdad?

–¡Espera a verlo!

Y en el camino de regreso, la falúa se desvió para enfilar el riachuelo a cuyas orillas realizaba Paxmore su trabajo.

–¡Es enorme! – exclamó el sacerdote al levantar la vista hacia la gran construcción-. ¿Cómo lo botarás al agua?

–Desde la popa haremos pasar unas cuerdas en torno a poleas sujetas a aquellos robles -explicó Paxmore-. Luego reuniremos a todos los hombres disponibles, y, mientras ellos estiran en esta dirección, nosotros quitaremos esos troncos, y el barco se deslizará hacia ahí…, hasta el agua.

–¿Y si no se desliza?

–Tiene que hacerlo.

El padre Steed pasó más de una hora inspeccionando el trabajo, y no pudo ocultar su admiración ante el hecho de que sus hermanos estuviesen construyendo un barco que podría navegar hasta Londres, pero cuando expresó en voz alta su sorpresa, Henry se apresuró a corregirle:

–Nosotros, no. Paxmore.

–Me agrada ese hombre -dijo Ralph-. ¿No podríamos reunimos con él?

Henry trasladó la pregunta al carpintero, que respondió:

–No podría marcharme ahora. Duermo aquí para tener la seguridad…

–Quiero decir cuando el trabajo lo permita -se apresuró a decir el padre Steed.

–Sí -aceptó Paxmore-. Estoy seguro de que Ruth Brinton querrá hablar contigo.

–¿Y quién es ella? – preguntó el sacerdote.

–Mi mujer.

–¡Oh! – Ralph vaciló-. En realidad, no sería necesario…

–Ella habla mucho mejor que yo.

–Estoy seguro -dijo Ralph-, pero yo quería hablar acerca de los cuáqueros.

–De los cuáqueros es de lo que mejor habla -replicó Paxmore, y se convino en que, cuando el trabajo lo permitiese, iría a pasar unos días en Devon en compañía de Ruth Brinton.

Fue una visita que causó fuerte impresión en dos familias. Los múltiples Steed habían conocido a Paxmore como trabajador de gran calidad, mientras que los cuáqueros habían considerado a los Steed como hombres de negocios a los que había sonreído la fortuna; se sintieron conmovidos por los relatos del padre Steed de la represión sufrida por su familia, y cuando habló del incendio que había destruido la capilla, Paxmore dijo, impulsivamente:

–Yo podría reconstruirla. Ya he construido una casa de reunión cuáquera.

–¿Qué le hace ser cuáquero? – preguntó el sacerdote.

Paxmore cedió la palabra a su esposa, y comenzó el largo diálogo. Tuvo lugar en el salón, con el padre Steed, hombre grueso, sabio, gastado por las penalidades sufridas, recostado en un sillón, representando la religión cristiana más antigua del mundo, y Ruth Brinton, mujer pulcra, tocada con un sombrero y vestida de gris, sentada en el borde de una silla de respaldo recto construida por su marido, representando a la más nueva. Henry Steed y Paxmore estuvieron presentes durante varias partes de la conversación, pero no intervinieron, pues percibían que se encontraban ante dos teólogos de altos vuelos que comparaban sus experiencias después de vidas enteras dedicadas a la especulación religiosa.

Cuáquera: Pregunta cómo me he convertido en lo que soy. Cuando tenía dieciocho años oí predicar a George Fox, y él me dio una iluminación tal, que toda angustia se desvaneció. Su sencillez me venció.

Católico: El mundo contiene muchos visionarios. Nuestra Iglesia suministra dos o tres al año a lo largo de los siglos. Y cada uno de ellos tiene alguna buena idea que los hombres prudentes deben escuchar.

Pero rara vez más de una. Y ésa puede ser acomodada en la estructura de la Iglesia. ¿Qué había tan especial en George Fox?

Cuáquera: Su sencillez eliminaba las innecesarias adherencias de los siglos.

Católico: ¿Por ejemplo?

Cuáquera: Tú lo preguntas. Preferiría no turbarte, pero tú lo has preguntado.

Católico: Porque siento la necesidad de saber. ¿Qué cosas innecesarias?

Cuáquera: Dado que Dios mantiene una accesibilidad directa con toda vida humana y ofrece guía instantánea y desprovista de complicaciones, es innecesaria la intervención de sacerdotes y ministros. La intercesión de los santos es superflua. Los cantos y las oraciones pretenciosas no sirven a ninguna finalidad. Dios no es atraído por el incienso, ni la ostentación, ni las vestiduras brillantes, ni las jerarquías.

Católico: Pretende destruir mi Iglesia.

Cuáquera: ¡Oh, no! Hay muchas en el mundo, quizás una mayoría, que necesitan formas y rituales, y, si ésa es la manera en que se aproxima a Dios, entonces las formas y los rituales son esenciales, y sería culpable privarles de ese camino hacia Dios.

Católico: Pero piensa usted que hay otros, quizás unos pocos afortunados, quizá los más intelectuales.

Cuáquera: No hay superioridad ni inferioridad. En los seres humanos hay diferencias que les hacen elegir caminos diferentes.

Católico: Pero, ¿cuál es su camino? ¿Qué partes de la Biblia aceptan ustedes?

Cuáquera: Toda ella. Todas y cada una de las palabras sagradas. Y especialmente las enseñanzas de Jesucristo en el Nuevo Testamento.

Católico: ¿Rechaza, entonces, el Antiguo?

Cuáquera: No, pero no insistimos en él.

Católico: ¿Cómo lo utilizan concretamente?

Cuáquera: Tocas un punto delicado, padre Steed. Ha habido algunos entre nosotros, y los hay ahora… (Mrs. Paxmore vaciló y, luego, habló rápidamente y con un cierto tono confidencial.) De hecho, mi marido Edward es uno de los que se centran tan intensamente en las

palabras de Jesús, que rebajan la importancia del Antiguo Testamento…, como si se pudiera aceptar el Nuevo sin comprender el Antiguo.

Católico: ¿No constituiría eso un grave error?

Cuáquera: El mismo que cometen los judíos cuando aceptan sólo el Antiguo e ignoran el Nuevo, como si uno no fluyera inevitablemente del otro.

Católico: ¿Y usted?

Cuáquera: Tu familia pidió a Edward que construyese un relicario para la herencia que forma tu vajilla de estaño, a fin de que no olviden los hijos nacidos en la comodidad. El Antiguo Testamento es una herencia moral sobre la que se asienta cada palabra del Nuevo. El Nuevo nunca puede ser comprendido si no es con referencia al Antiguo.

Católico: ¿Aceptan ustedes, los cuáqueros, la divinidad de Jesús?

Cuáquera: Sin discusión.

Católico: ¿Reconocen el parto virginal?

Cuáquera: Nunca he oído refutarlo.

Católico: ¿Pero lo acepta… en su corazón?

Cuáquera: Yo no pienso en esos milagros. Hay demasiado trabajo que realizar.

Católico: ¿Rechaza la fe como núcleo del cristianismo?

Cuáquera: Yo baso mi vida en Santiago, 2-17: «La fe, si no tiene obras, es de suyo muerta.» Yo necesito la fe, y ruego por tener su orientación, pero la prueba definitiva para mí es lo que el cristiano hace.

Católico: ¿Por ejemplo?

Cuáquera: Sólo puedo hablar con referencia a mí misma.

Católico: Estoy interrogando a un cuáquero, no a una abstracción cuáquera.

Cuáquera: Yo creo que las cárceles, tal como las tenemos ahora, son un pecado mortal contra Dios. Y creo que deben ser mejoradas.

Católico: ¿Es esa sola creencia causa adecuada para iniciar una nueva religión?

Cuáquera: En esos puntos es donde descansa el espíritu de una religión revitalizada.

Católico: ¿Y arrojaría por la borda la gran asamblea de los santos para reformar una prisión?

Cuáquera: Sí.

Católico: Estaría haciendo un mal negocio.

Cuáquera: Estaría dirigiendo mi religión hacia la corrección de un gran mal, y Dios lo aprobaría.

Católico: ¿Por qué tutean siempre a todo interlocutor?

Cuáquera: Es la forma en que hablaba Jesús.

Católico: ¿Y ese sombrero en la cabeza, aun en la Iglesia?

Cuáquera: Jesús ordenó a los hombres que no descubrieran sus cabezas en respeto a ninguna autoridad.

Católico: ¿Y eso de afirmar en el tribunal, en lugar de prestar juramento?

Cuáquera: Jesús nos mandó en muchos lugares distintos que no utilizáramos el nombre de Dios como referencia de nuestros actos. Nosotros testificamos sobre la base de nuestra integridad y no nos amparamos en la Suya.

Católico: ¿Es cierto que vuestros hombres rehusan tomar las armas en defensa de nuestra colonia?

Cuáquera: La guerra es una abominación, y como tal hay que considerarla. Ése será nuestro más grande testimonio. Comprende, vecino Steed, que para nosotros no es suficiente creer que la guerra es mala, tener fe en que la guerra es mala, debemos también actuar.

Católico: ¿Hay otros campos en los que se sienten ustedes impulsados a actuar?

Cuáquera: Sí. (Los presentes se dieron cuenta de que Ruth Brinton quería citar un punto concreto, pero que un cierto sentimiento de consideración hacia ellos le hizo desistir.)

Católico: ¿Qué es lo que iba a decir?

Cuáquera: ¿Me estás invitando a hablar?

Católico: En efecto.

Cuáquera: Estoy convencida de que todas las Iglesias comprenderán algún día la inmoralidad de la esclavitud, y la condenarán.

Católico: ¿La esclavitud? Pero si la esclavitud está admitida en la Biblia. A todo lo largo de la Biblia. El Antiguo y el Nuevo Testamento.

No rechazará usted la enseñanza de la Biblia, ¿verdad, Mrs. Paxmore?

Cuáquera: Rechazo la interpretación bíblica que otorga a un hombre pleno dominio sobre la vida y el destino de otro.

Católico: Estoy realmente… ¿Quiere decir que toda la enseñanza bíblica sobre los deberes del esclavo hacia su amo…?

Cuáquera: Algún día se comprenderá el terrible error cometido al interpretarla.

Católico: ¿Quiere decir que mis hermanos son pecadores por tener esclavos?

Cuáquera: Sí.

Católico: Ya veis, Henry y Paul, sois pecadores. Pero, Mrs. Paxmore, ¿no tiene esclavos su marido?

Cuáquera: Sí.

Católico: ¿Y también es un pecador?

Cuáquera: Sí: (En este momento, Edward Paxmore abandonó la estancia, seguido por los hermanos Steed.)

Católico: A ver si entiendo lo que está usted diciendo, Mrs. Paxmore. Usted cree que llegará un día en que los dirigentes espirituales de este mundo se reunirán para declarar que lo que la Bibilia ha admitido desde los tiempos de Abrahán, que lo que el propio Jesús aprobó y contra lo que jamás habló… ¿Cree usted que nuestros dirigentes van a decir al mundo: «Eso es malo»?

Cuáquera: Espero pasar mi vida, vecino Steed, tratando de convencer a mi religión de que la esclavitud es mala.

Católico: ¡Aja! ¿O sea que su religión no la condena?

Cuáquera: Actualmente, no.

Católico: ¿Y se atreve, frágil ser humano, y además mujer, a negar toda la doctrina de las Iglesias, y de la Biblia y de los códigos humanos? ¿Cómo puede ser tan arrogante?

Cuáquera: Porque Dios me habla a mí tan directamente como le habla a tu Papa. Y si yo comprendo que la esclavitud es un mal terrible, tal vez sea, simplemente, que Dios me ha hablado primero a mí. Yo soy la débil mujer que Él ha elegido, y no puedo hacer sino obedecer. (Durante los tres días, se volvió a abordar este tema numerosas veces, y se introdujeron muchas ramificaciones, pero, al final, el padre Steed se sintió reafirmado en su creencia de que Dios

había establecido una sociedad en la que unos estaban ineludiblemente destinados a ser esclavos, contribuyendo al bienestar general, mientras que Ruth Brinton permanecía igualmente convencida de que la esclavitud era inhumana y que debía ser eliminada algún día. Al término del intenso diálogo, el padre Steed suscitó una interesante cuestión.)

Católico: Sé que ha dicho que acepta usted el Nuevo Testamento, pero ¿lo acepta en su totalidad?

Cuáquera: Sí.

Católico: ¿Qué me dice de la Primera Carta a los Corintios, versículo 14-35?

Cuáquera: No conozco ese versículo.

Católico: «No es decoroso para la mujer hablar en la iglesia.»

Cuáquera: Nosotros, los cuáqueros, no estamos muy de acuerdo con san Pablo.

Católico: ¿Pero no hablaba en nombre de Jesús?

Cuáquera: Es perfectamente posible amar a Jesús, pero extrañarse con Pablo.

Católico: Si no entendí mal lo que dijo usted el otro día, en su Iglesia las mujeres pueden actuar como sacerdotes.

Cuáquera: Nosotros no tenemos sacerdotes.

Católico: Rectifico. ¿Actúan como dirigentes religiosos mujeres como usted?

Cuáquera: Nosotras no dirigimos a nadie, pero hablamos en las reuniones.

Católico: ¿No es eso contrario a la enseñanzas de Jesús?

Cuáquera: A la enseñanza de Pablo, y yo rechazo a Pablo.

Católico: ¿Le parece correcto que las mujeres hablen en la iglesia?

Cuáquera: Sí. Y me parece, además, sumamente incorrecto que tu gran religión sitúe a las mujeres en una posición tan inferior.

Católico: ¡No es cierto! Nosotros veneramos a María. Veneramos a las mujeres como el fundamento del hogar.

Cuáquera: Pero no les concedes ningún lugar en la iglesia. Sacerdotes hombres hablan a hombres, nunca mujeres a mujeres, ni tampoco a hombres. ¿Nos consideras incompetentes?

Católico: No, pero, como he dicho antes, todos los puestos de este mundo están establecidos. Unos son reyes, y gobiernan. Otros son esclavos, y sirven. Otros son mujeres y tienen su papel especial, un honroso papel que no incluye hablar en la iglesia.

Cuáquera: La Iglesia podría utilizar a María como símbolo de salvación, una reparación del daño causado a las mujeres.

Católico: Mrs. Paxmore, parece usted dispuesta a dar instrucciones a todo el mundo. Esclavitud, mujeres, cárceles… ¿Qué más?

Cuáquera: Como dijo Santiago, la fe sin obras no es nada. Yo me propongo trabajar durante el resto de mi vida.

Católico: No subestime el poder de la fe. ¿Ha auxiliado alguna vez a un agonizante y visto cómo llegaba la luz a sus ojos al oír que estaba siendo rodeado por los brazos de su fe? ¿Ha visto resplandecer de alegría a unos padres al ver que su hijo recién nacido queda bautizado en su inalienable fe?

Cuáquera: Yo creo en la fe como espíritu salvador, y los momentos de que hablas son sagrados.

Católico: No debe manifestar un arrogante orgullo en su silencio. Tiene que haber cánticos también. En todas las partes de la Biblia, hombres y mujeres se expresan con tambores y salterios. Y yo creo que debe haber un ritual, la misma Santa Misa dicha en el mismo idioma en todos los rincones del Universo. Nos une a todos unos con otros.

Cuáquera: A menudo he pensado que, si no fuese cuáquera… Lo pensaba especialmente en Massachusetts, donde la religión era tan lúgubre y cruel. Una vez, levanté la vista hacia el sheriff que se disponía a azotarme, y no pude ver ningún signo de Dios en la cara de aquel hombre. Si no fuese cuáquera, yo creo que sería católica.

Católico: Usted rechaza a Pablo. Pero ¿acepta a Jesús?

Cuáquera: Sí. Sí.

Católico: Debe saber entonces que Él instituyó nuestra Iglesia. Dijo a Pedro que él, Pedro, era el progenitor, y que la Iglesia de Pedro sería la única y exclusiva Iglesia de Cristo. ¿Qué dice a eso?

Cuáquera: Digo que las formas cambian.

Católico: Pero nunca la única e inmutable verdad, la única e inmutable Iglesia. (En este momento Ruth Brinton se encogió de hombros, respuesta sumamente inadecuada a lo que el padre Steed

había previsto como una bendición, pero al ver el gesto se echó a reír.) Mi Massachusetts fue Virginia. Yo fui expulsado de Virginia.

Cuáquera: Yo fui echada a latigazos…, atada a la trasera de una carreta.

Católico: ¿Podríamos rezar? ¿Todos nosotros? Traiga también a los niños, y llame a Paxmore.

Cuando los Paxmore regresaron a Acantilado de la Paz, Ruth Brinton advirtió a su marido:

–Edward, debemos deshacernos de tus esclavos.

–Ahora están empezando a sernos útiles.

–¿Útiles? Mi querido Edward, ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo si pierde su alma?

–Pero los esclavos son propiedad mía. Todo el éxito del astillero depende…

–Entonces, prescinde del astillero.

–¿Quieres decir que renuncie a todo por lo que hemos trabajado? Ruth, esos hombres están sólo empezando a dominar su oficio. Llegarán a ser de un valor extraordinario.

–Cada día que mantienes a esa gente en la esclavitud estás poniendo en peligro tu alma. ¡Deshazte de ellos ahora, Edward!

–Otros han empezado a comprar esclavos al ver lo bien que trabajan los nuestros. James Lamb…

–Nosotros no nos regimos por lo que hacen otros. Fijamos nuestras propias normas, y somos contrarios a la esclavitud.

–Tú, quizá; pero yo, no. Yo he trabajado para otros hombres, y no he encontrado nada malo en ello. Ahora otros hombres trabajan para mí, y les alimento mejor de lo que a mí me alimentaban.

Ruth Brinton se puso tan furiosa, que sacudió a su obstinado marido y exclamó:

–¿No ves que esa propiedad está contaminando tu alma?

–No está contaminando el alma de Lamb, ni la de Fry, ni la de Hull.

Ruth miró con incredulidad a su marido y no dijo nada más, pero aquella semana recopiló unas cuantas notas para poner en orden sus ideas, y, el Primer Día, en la casa de reunión de Patamoke construida por su marido, pronunció su histórica alocución, el primer mensaje abolicionista pronunciado jamás en una iglesia de América, pero ni aun

esas recordadas palabras pueden transmitir la fría pasión con que las expresó:

«Veo el día en que los miembros de cualquier Iglesia cristiana se avergonzarán de mantener en la esclavitud a otro hombre o mujer. Sabrán, sin que nadie se lo diga, que mientras tengan un solo esclavo en su poder, están actuando al margen de la voluntad de Dios…»

«Veo el día en que todos los miembros de esta reunión concederán voluntariamente la libertad a todo esclavo sujeto a su posesión. No se pensará en venderlos para obtener un pequeño beneficio, ni en manumitirlos después de la muerte. La libertad se concederá en el acto, totalmente y sin reservas, y el día en que esto se haga, todo amo dirá a su mujer: "Hoy hemos hecho algo bueno."»

«Veo el día en que a todo ser humano negro que habite a lo largo de este río se le enseñará a leer la Biblia y a escribir su nombre, en que las familias se mantendrán unidas y los hijos recibirán instrucción y todos los hombres trabajarán por un salario justo. Y este río será un lugar más feliz cuando llegue ese día de libertad.»

«Dios nos ha enviado a los cuáqueros a Reunión de Patamoke para dar testimonio de este punto fundamental, y tal vez pasen años, o décadas, o incluso siglos, antes de que sepamos cumplir nuestros deberes como dirigentes en este campo, pero el deber estará siempre aquí, royendo silenciosamente, profundamente, nuestros pechos, y llegará el día en que preguntaremos, horrorizados: «"¿Cómo pudieron nuestros antepasados sujetar a otros hombres a la esclavitud?"»

«Yo os exhorto ahora: "Id a vuestras casas y dad la libertad a vuestros esclavos." Yo os ordeno en nombre de Dios: "Liberadlos y contratadlos por un salario." Yo os conmino: "Dejad de utilizar hombres y mujeres negros para obtener lucro. Empezar a aceptarlos como hermanos y hermanas de Dios, revestidos de todos los derechos que vosotros tenéis…"»

«Somos una pequeña asamblea, unas pocas personas entre muchas, pero mostremos a todos el camino.»

El jueves siguiente a su homilía, Reunión de Patamoke celebró su sesión anual para el gobierno de los cuáqueros que vivían a lo largo del Choptank, y la sugerencia de Ruth Brinton Paxmore de que fuese condenada la esclavitud, fue sometida a la consideración de los

miembros en cuatro propuestas. En las asambleas cuáqueras nunca se efectuaban votaciones; lo que se buscaba era «el sentir general de la reunión», y la discusión continuaba hasta que se descubría ese sentir general y se llegaba a un acuerdo sobre él. En esta ocasión se alcanzó rápidamente un consenso sobre los cuatro puntos de Ruth Brinton: «Que la Biblia condena la esclavitud.» No, porque numerosos pasajes de la Sagrada Escritura la admiten. «Que ningún hombre o mujer puede ser buen cuáquero y tener esclavos.» No, porque muchas y excelentes familias cuáqueras lo hacen. «Que los cuáqueros que poseen esclavos deben darles inmediatamente la libertad.» No, porque la Biblia declara expresamente que los hombres tienen derecho a la propiedad privada. «Que Reunión de Patamoke debe pronunciarse contra la esclavitud.» No, porque no es tarea de ninguna religión derogar principios largo tiempo establecidos y aceptados por hombres y mujeres buenos en todas partes.

Al ser así rechazadas las propuestas de Ruth Brinton, su marido esperaba verla enfurecerse, pero no ocurrió tal cosa. Mientras los demás cuáqueros abandonaban la casa de reunión, ella iba saludando exquisitamente a cada uno y, si la ocasión lo permitía, decía unas cuantas palabras amables. Pero cuando llegó a casa, reunió a las mujeres negras que habían estado trabajando para ella y les dijo:

–A partir de ahora, trabajáis por un salario. Cada semana anotaré en esta hoja la suma que os debo, y el día no lejano en que todos los negros sean liberados, os entregaré vuestros salarios.

Y esa misma tarde empezó a enseñarles a leer.

Inglaterra llevaba varios años en guerra con Holanda, hecho que los habitantes de Maryland conocieron cuando una escuadra holandesa se internó audazmente en la bahía de Chesapeake, devastando plantaciones de tabaco e incendiando barcos. Cuando se produjo un ataque contra Devon, Birgitta Turlock tuvo la seguridad de que los holandeses habían acudido a reclamarla como fugitiva, pero un grupo de barcos coloniales apresuradamente reunidos en Virginia persiguieron a los holandeses, y éstos se retiraron.

Para proteger de tales depredaciones las valiosas plantaciones de tabaco, Londres despachó una fragata de 46 cañones con la misión de montar guardia en el extremo inferior de la bahía, pero los valerosos

holandeses, a la sazón los mejores marineros del mundo, regresaron audazmente, capturaron al barco vigía y atacaron de nuevo a Devon.

Eran tiempos turbulentos, con extrañas alarmas en el mar, por lo que apenas se produjo sorpresa cuando, un domingo por la mañana, un solitario barco entró en el Choptank, fondeó en el puerto de Patamoke y descendió de él toda su tripulación: un corpulento inglés de cabellos grises, evidentemente el capitán, y un joven y despierto francés que podría ser el primer oficial. Pero la sorpresa surgió cuando se presentaron como cuáqueros que buscaban la casa de reunión de Patamoke, en la cual entraron justo a tiempo para oír a Ruth Brinton exponer sus argumentos en contra de la esclavitud.

Cuando finalizó la oración, hablaron largamente con los cuáqueros locales.

–Adopté vuestra fe en Londres, cuando oí predicar a George Fox. Su lógica convertiría a cualquier hombre. Me llamo Griscom. Éste es mi compañero, Henri Bonfleur, de París.

El más joven dijo, con tono agradable:

–Hay muchos cuáqueros en Francia.

Y dijo a Ruth Brinton que su mensaje le parecía inspirado y que debía convertirse pronto en doctrina general.

Luego, Griscom dijo:

–Busco a Paxmore, el constructor de barcos.

–Es mi marido -respondió Ruth Brinton, y le llamó.

–Nuestro barco necesita algunas reparaciones -dijo Griscom.

A lo que Paxmore replicó:

–No podemos tratar de eso en el Primer Día.

Así, pues, el lunes él y los dos visitantes pasaron revista a las reparaciones que precisaba el barco atracado y decidieron que tendría que ser llevado aguas abajo del Choptank, hasta el lugar en que el *Martha Keene* esperaba el momento de ser botado.

Cuando vieron el recio barco que Paxmore estaba a punto de terminar, expresaron su admiración:

–Es mejor que la mayor parte de los que construyen en Londres.

Sin andarse con preámbulos, ofrecieron comprarlo, pero Paxmore desechó la idea, señalando que desde el principio había estado destinado a los Steed.

–¡Ah, sí! – exclamó Bonfleur-. Ya hemos oído hablar de esa gran familia.

Griscom cambió de tema, diciendo:

–Si aceleras nuestras reparaciones, Paxmore, estamos dispuestos a pagarte en monedas.

Jamás se había hecho semejante oferta, y el cuáquero se preguntó si aquellos extranjeros tendrían realmente monedas, pero Griscom disipó sus dudas. De una bolsa atada a su cinturón hizo sonar un excitante tintineo, y luego dio a Paxmore un puñado de doblones españoles.

–¿Podríamos tener el barco en dos semanas? – preguntó.

–Imposible. Debemos botar éste primero, y probarlo para ve si hace agua.

–No hará agua -replicó Griscom, con helada irritación.

Pero Bonfleur sugirió animadamente que el retraso podría serles útil: les permitiría explorar la posibilidad de tomar carga en una región de la que tenían tan excelentes referencias.

–Todo nuestro tabaco sale para Europa en barcos ya contratados -indicó Paxmore-. Y en éste… cuando sea botado.

Los cuáqueros visitantes se congraciaron con los habitantes de la región asistiendo a las reuniones del Primer Día y escuchando con atención si hablaba alguno de los miembros. Ayudaron a botar el nuevo barco, sugiriendo útiles recursos para que la nave de 87 toneladas se deslizase al agua. Durante el primer viaje por la bahía, actuaron de tripulantes, manejando las velas y observando con aprobación cómo tomaba el viento la vela latina. Fue Griscom quien sugirió que tal vez fuese mejor una vela redonda, y él mismo la aparejó cuando regresó el barco.

Los nuevos cuáqueros resultaban del agrado de todos, menos de Ruth Brinton, lo cual no dejaba de ser curioso, ya que era a ella a quien dedicaban la mayor parte de sus energías. Elogiaban sus alocuciones en la reunión y sus guisos en Acantilado de la Paz, pero cuanto más se esforzaban en lograr su aprobación, más se resistía ella.

–Nadie parece preguntarlo -murmuró una noche a su marido, mientras los extranjeros dormían sobre unas mantas en la cocina-; pero, ¿dónde están sus marineros? Seguramente no habrán manejado ellos solos ese enorme barco suyo.

Así, pues, a la mañana siguiente preguntó a Griscom:

–¿Dónde está tu tripulación?

–Sabíamos que las reparaciones llevarían tiempo -respondió él-. Alquilamos los hombres como labradores. En el río York.

–¿En qué plantación? – preguntó ella.

–En Ashford -respondió, sin vacilar Griscom.

Esa noche, Ruth murmuró:

–Edward, no parecen cuáqueros.

Y su marido respondió, riendo entre dientes:

–¿Somos tan pocos que debemos parecemos todos?

Pero a la mañana siguiente, ella observó atentamente a los extranjeros e informó:

–Edward, esos hombres no estaban meditando.

Su marido decidió hacer caso omiso de tales especulaciones y dedicó toda su atención a acelerar los trabajos que se estaban realizando en el barco de los extranjeros; pero cuanto más prisa metía a los esclavos, menos inclinados a marcharse se mostraban los nuevos cuáqueros. No dejaban de hablar del *Martha Keene*, que había zarpado en viaje exploratorio rumbo a Barbados bajo el mando de Earl Steed, hijo de Henry y que era muy versado en cuestiones comerciales y navales.

A su regreso, el joven Steed tenía muchas cosas de que hablar con Paxmore; al igual que en cualquier otro barco, aun el más profesional, había muchos pequeños detalles que necesitaban corrección, pero como aquélla era la primera aventura naval de un carpintero carente de experiencia en este campo, se habían manifestado varios errores fundamentales de cierta gravedad, por lo cual era preciso que Paxmore acompañase al capitán Steed en su próximo viaje de pruebas, y rara vez ha realizado un hombre una travesía más triste.

El *Martha Keene* era robusto; su quilla era fuerte, y estaba honradamente construido. Pero difícilmente se le podía llamar un barco. Desde el bauprés hasta el timón, nada estaba bien: el primero había sido incorrectamente acoplado para resistir varias presiones verticales, el segundo había sido inadecuadamente colocado si se deseaba obtener un máximo de movimiento. La caña del timón no era lo bastante larga; el botalón estaba demasiado flojo; las cornamusas no estaban bien situadas; y, como se había previsto, el mástil hacía agua.

Paxmore tomó paciente nota de cada defecto y añadió varios otros que advirtió él mismo; cuando la lista pareció terminada, dijo serenamente:

–Lo único sensato es empezar de nuevo.

–¿Quieres decir… un barco nuevo?

–Éste nunca podrá ser arreglado -vaciló-. Fue construido por un hombre que no sabía nada.

Luego añadió con firmeza:

–Pero ahora sé.

–No -dijo reflexivamente Steed-, este barco se puede arreglar.

–El mástil, no.

–Eso también -le aseguró Steed.

Y cuando regresaron trabajó tan diligentemente como Paxmore para salvar la inversión de su familia: se instaló y sujetó adecuadamente al bauprés un nuevo botalón; se aplicó correctamente el calafateado; fueron introducidos codillos adicionales y se colocaron todos los accesorios de cubierta, de modo que permitieran un fácil acceso. Paxmore propuso, incluso, cortar un nuevo pino con el que formar a golpes de azuela un mástil de contorno adecuadamente graduado, pero Steed se negó a permitir semejante extravagancia:

–Flotará.

Pero cuando Paxmore vio su obra en el Choptank, sintió deseos de apartar la vista, avergonzado, pues era una chapuza. Ancho, pesado de proa, lento de maniobra y con un mástil crujiente, no merecía el nombre de barco. Una cosa corregida era una cosa debilitada, y él deseaba desguazarlo, tabla por tabla, y rehacerlo debidamente. Pero mientras permanecía allí, escorado a babor, se dio cuenta de que en aquel deforme cuerpo latía la idea de un verdadero barco y pensó que, si se le daba otra oportunidad, haría realidad esa idea. Cuando el *Martha Keene* zarpó en su siguiente viaje de prueba, Henry Steed aseguró a su constructor:

–Cuando vuelva, introduce unos cuantos cambios adicionales, y tomaremos posesión de él.

Pero Paxmore rechinó los dientes al verlo alejarse pesadamente del muelle y murmuró:

–¡Ojalá se hunda!

Si las colonias se veían obstaculizadas por la falta de monedas, la falta de sal casi las destruía. En toda la costa oriental no se había encontrado un solo yacimiento importante de sal, y resultaba imposible o prohibitivo importarla de las distintas minas de Europa. Todas las cocinas de Maryland se veían afectadas por esta carencia, y podía verse a los niños hundir las manos en las aguas de la bahía con la esperanza de satisfacer su hambre de este esencial artículo. Hombres y mujeres soñaban a veces en saborear un plato realmente salado; sus cuerpos padecían extrañas erupciones; el sudor se tornaba acre y picante, mucho peor que la picadura de los mosquitos.

Casi toda la naciente industria sentía en un momento u otro la necesidad de tener sal, y, como no había absolutamente ninguna disponible, ocupaciones que hubieran podido prosperar no llegaban a comenzarse o languidecían. Henry Steed escribió a Fithian:

Perecemos por falta de sal. Jamás ha dado la bahía una mejor producción de pescado. En nuestro muelle se alinean barriles de la mejor especie de sábalo. Pero, como no tenemos sal, no podemos apartarlos para el invierno, y en febrero llegaremos a pasar hambre, cuando hubiéramos podido comer como reyes. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando ordené a mis esclavos arrojar al mar los peces ya capturados y desistir de seguir pescando.

Cuando nuestro nuevo barco, el *Martha Keene,* cruce el Atlántico, ¿podría agenciarme un cargamento de sal de las minas polacas? No me importa el precio. ¿Y podría enviarme también documentos explicativos de la mejor forma de obtener sal por evaporación del agua del mar?

Cuando llegaron las instrucciones, Henry Steed comprendió que aquélla era una tarea especialmente indicada para los Turlock. No requería mucho capital, gran ingenio ni excesivo trabajo. Pero cuando fue a la marisma, se encontró con una situación que no podía comprender muy bien. Timothy Turlock, viejo, sucio y totalmente desdentado, se hallaba al frente de una choza tan desordenada como él. En un rincón se hallaba sentada la rubicunda muchacha sueca, Birgitta, aparentemente borracha. Su hija Flora, de siete años, hubiera podido ser una niña hermosa si hubiese estado peinada y se le viera la cara; tal como estaba, parecía un pequeño animal con todas las peores

características de su padre. Fue la presencia de una tercera mujer, la criada de James Lamb, Nancy, lo que turbó a Steed; habría debido estar trabajando, y allí estaba, zarrapastrosa y desvergonzada, holgazaneando con los Turlock. El único habitante que parecía remotamente responsable era Stuby; desde la última vez que Steed le viera, el joven había sufrido un grave ataque de viruela y estaba profundamente marcado.

–Quiero que establezcáis un lecho de sal -empezó Steed.

–¿Qué?

El gruñido procedía de Timothy y delataba su recelo ante cualquier cosa que Steed pudiera proponer.

–Un lugar liso al que llevaréis agua salada. Está cubierto para mantenerlo a resguardo de las lluvias, y una vez que se ha evaporado la mayor parte del agua, hervís el resto y tenemos sal.

–¿Quién quiere sal?

–Todo el mundo.

–Yo, no.

–¿Pero no te das cuenta? Esto nos ayudaría a todos, y podríais venderla a cambio de lo que necesitéis.

–No necesitamos nada.

–Pero ¿y los demás? Nuestra industria de pescado. Precisamos tener sal.

–Hazla tú.

–No, Timothy. Nuestra tierra es demasiado alta. Tu tierra, aquí, junto a la marisma, es la indicada.

–Usa nuestra tierra.

–No, necesitamos alguien que la vigile constantemente. Timothy, esto sería mucho más fácil que cazar lobos.

–Nos gusta cazar -y se volvió hada Stuby, que asintió.

–Stuby -rogó Steed-, ¿no puedes explicarle a tu padre que se está haciendo viejo? No puede entrar en el bosque…

–Mejor que yo -replicó Stuby, sentándose, como si eso pusiera fin a la conversación.

Entonces, Steed se volvió de mala gana hacia Nancy y le pidió que convenciera a los Turlock de que debían encargarse de la producción de sal, y ella comprendió. Discutió con ellos en su jerga, explicando lo

fácil que sería y los beneficios que obtendrían. No se esforzó con Timothy, pero obligó a Stuby a escuchar y, al cabo de un rato, éste empezó a apreciar las posibilidades.

–¿Qué? – preguntó estólidamente, dando a entender con esta sola palabra su disposición a escuchar el plan.

Steed, complacido por haber logrado al fin vencer la indiferencia del clan, les llevó a todos a la orilla, donde, de conformidad con las instrucciones recibidas de Londres, esbozó un lecho de sal en el que el agua sería llevada desde el Choptank a una extensión lisa para una evaporación preliminar y, luego, a lechos sucesivos para su concentración, estando el último de ellos cubierto por un cobertizo bajo el que tendría lugar la ebullición.

–¿Quién paga? – quiso saber Timothy.

–Yo construiré el cobertizo -dijo Steed, y durante la segunda mitad de 1669 los Turlock entraron en el negocio de la sal.

Era un asunto exasperante. El agua de la marisma de Turlock contenía sólo catorce partes de sal por mil, mientras que en la boca de la bahía la proporción era de veintinueve por mil, lo cual significaba que tratar de obtener sal en la marisma era dos veces más difícil de lo que habría sido al Sur, en Virginia. Además, llovía mucho en la marisma, por lo que las constantes adiciones de agua dulce diluían el proceso; y la pluviosidad significaba un menor número de horas de sol. Y cuando, en el último tramo, bajo el cobertizo, se formaba finalmente, una pequeña cantidad de sal, ésta no era de grano grueso, sino que estaba llena de arena.

–¡Al diablo con la sal! – gruñó Turlock, y fue entonces cuando empezaron las complicaciones con Stuby. La cosa guardaba relación con Nancy.

Cuando la muchacha huyó de casa de los Lamb pudo, naturalmente, haber sido aprehendida por el tribunal, y un magistrado quiso hacerlo, pero Prudence Lamb dijo compasivamente:

–Es mejor que ella se labre su propio destino.

–¿Con Timothy Turlock? Ha sido azotada dos veces por acostarse con él.

–Poco hemos podido hacer por ella -dijo Prudence.

–Pero os debe… ¿Cuánto es…? Tres años.

–Nos debe poco.

–¿No firmáis una orden de detención?

–No. Quizá Dios la tiene destinada a la marisma.

Pero si Nancy había disfrutado unos meses de libertad en la abarrotada choza, no había sido sin conflictos. Su objetivo original había sido Timothy; éste era el único ser humano con quien se había sentido identificada. Cuando estaba con él, se reían mucho, y en cierta ocasión, en que se le había dado bien la caza del lobo, incluso pagó una multa para impedir que fuese azotada.

Pero lo que ella no sabía era que Timothy tenía ya una especie de esposa, la fornida muchacha sueca a quien había escriturado legalmente y que tenía derecho a la choza. Su hija Flora estaba también allí, y las cosas podrían haberse puesto difíciles si Birgitta no hubiera sido persona de gran corazón. No veía razón alguna por la que Nancy no debiera instalarse allí, y, si Turlock quería acostarse con ella de vez en cuando, Birgitta no tenía nada que oponer, pues nunca había tenido intención de quedarse permanentemente con aquel odioso hombrecillo. Llevaba ya ocho años con él, pero siempre había buscado una forma práctica de escaparse; la presencia de aquella chica carecía de importancia.

Las complicaciones vinieron de parte de Stuby. Siempre le había gustado Birgitta; ésta nunca le había tratado como a un idiota y, a veces, había intentado hablarle de Suecia y de los primeros tiempos de la colonia en que la encontraron. El no podía comprender la naturaleza de los países extranjeros, pero sabía que los holandeses habían sido unos amos severos y que Birgitta había huido de ellos con entusiasmo. Por tanto, le irritaba que su padre tratara ahora injustamente a Birgitta llevando a aquella nueva mujer a la choza, y, después de observar durante algún tiempo la situación, sintió crecer su resentimiento hasta que, al fin, se enfrentó a su padre.

–¡Échala!

–¿Nance?

–Birgitta desgraciada.

–¿Quién importa?

–Injusto.

–¡Cállate!

–Birgitta…

–¡Cállate!

El desdentado anciano cogió su mosquete y empezó a golpear con él a Stuby, pero el ruido alarmó a las mujeres, que empezaron a gritar.

–Imbécil -fue todo lo que Timothy dijo; su hijo no dijo nada, pero esa tarde desapareció.

Caminaba desconsoladamente por el bosque cuando le encontraron Griscom y Bonfleur, y el inglés exclamó con cierta excitación:

–¡Es el idiota!

Y le llevaron a su barco, donde necesitaban alguien que arreglara el desorden dejado por los carpinteros negros de Paxmore.

Stuby trabajó para los extranjeros durante el tiempo en que su padre intentaba obtener sal, y, cuanto más veía del barco, mayor era el recelo que le inspiraban aquellos hombres. De sus largos años en los bosques había aprendido a observar y valorar todo; la forma en que crecía el musgo, el color de los sapos, la inclinación de los pinos, las raíces del alerce. Aplicó ahora esta habilidad al barco visitante, y al cabo de un mes sabía tanto acerca de los desconocidos, que éstos se habrían quedado asombrados. Le llamaban «el idiota», sin darse cuenta de que con Stuby Turlock habían llevado al centro de su proyecto un verdadero genio natural.

Éstas eran las pequeñas cosas que vio: motas de sangre seca donde alguien había sido herido; manchas en la amurada que denotaban que se habían almacenado allí grandes cantidades de pólvora; agujeros de clavos en los lugares en que habían estado sujetas determinadas estructuras; marcas en la cubierta inferior, donde se habían apilado barriles; trozos de cuerda de los que habían colgado numerosas hamacas; abundantes reparaciones anteriores a las realizadas por Paxmore, que indicaban que el buque había sufrido graves daños en algún momento; y la frecuente pronunciación de una palabra que no podía comprender: Marigot.

Pero no era el barco ni los extranjeros lo que le inquietaba. Era su recuerdo de Nancy, y una tarde en que los extranjeros no se hallaban presentes, emprendió la marcha en su canoa y regresó a la marisma. Amarrando la canoa al destartalado muelle, en previsión de que tuviera que escapar a toda prisa, se dirigió con aire decidido a la choza,

abrió la puerta de una patada y anunció que había ido a buscar a Nancy.

Ésta se hallaba sentada en un rincón, medio vestida, jugando con Flora, y levantó la vista despreocupadamente:

–Hola, Stuby -saludó.

Él la ignoró y avanzó hacia donde su padre se hallaba tendido en el suelo, viendo a dos piojos forcejear con una mosca muerta.

–Nancy es mía -dijo Stuby.

–Vete.

–Escucha. Nancy es…

Como una serpiente enroscada, Timothy saltó del suelo, cogió el mosquete con que había rechazado una vez a su hijo y empezó a pegarle en la cabeza.

–¡No! – gritó Stuby, con potente y gutural bramido-. ¡Ya no!

Con violentos golpes, arrojó a su padre contra el suelo, pero Timothy había participado en muchas peleas y, sirviéndose del mosquete para incorporarse, se lanzó contra su hijo, con intención de matarle.

No se pronunciaron más palabras, sólo contenidos gruñidos. Fulguró el mosquete, golpeando a Stuby en la mandíbula y haciéndole sangrar. Luego, el muchacho se abalanzó sobre su padre, le cogió por el trapo que utilizaba como camisa y le empujó hacia atrás. Mientras Timothy forcejeaba para mantener el equilibrio, su hijo adelantó las dos manos, cogió el arma y la estrelló contra la barbilla de su padre, aplastando la cara del anciano.

Pero Timothy no estaba acabado. Haciendo acopio de sus considerables fuerzas, hizo girar el mosquete en amplio círculo, pero el arma rebotó en una pared y fue a estrellarse contra su propio tobillo. De pronto empezó a gemir, como había hecho siempre que era azotado, y sus lamentaciones se hicieron torrenciales. Aullando y vociferando, se abalanzó contra su hijo, que, tranquilamente, le arrebató el mosquete y golpeó al anciano en la barbilla con tal fuerza, que cayó hacia atrás por encima de una silla, golpeándose la cabeza en el suelo y quedando inconsciente.

Sin mirar el inerte cuerpo, Stuby se dirigió al rincón en que se hallaba sentada Nancy y le cogió de la mano.

–Eres mía -dijo.

Pero cuando se disponían a salir de la choza, Birgitta dijo: -No necesitáis iros -y, con un movimiento de la mano, indicó que podían disponer de uno de los rincones ocultos por cortinas, y allá fueron mientras la pequeña Flora atisbaba para verles hacer el amor.

Aquellos largos días en que Edward Paxmore estaba terminando sus correcciones en el *Martha Keene* y reparando el misterioso barco llevado a su astillero por Griscom y Bonfleur fueron difíciles para su mujer. Ruth Brinton, que había quedado sola en Acantilado de la Paz, se sintió impulsada por Dios a hacer lo que casi ninguna persona blanca de las colonias había hecho hasta entonces: determinar qué clase de relación debía existir entre el amo y el esclavo. Con toda su persuasión había intentado lograr que su marido concediese plena libertad a los esclavos que habían heredado por casualidad, pero él había insistido en que eran propiedad suya, legalmente adquirida, y que, mientras los tratase humanamente, como ordenaba la Biblia, no podía incurrir en falta. Decía siempre a su mujer:

–Yo fui siervo, obedecí a mi amo y aprendí mucho de él.

–Pero tú no eras un esclavo -argüía ella-. Tu plazo era limitado.

Él no comprendía qué importancia tenía esto, porque, como señaló:

–Me habría sentido feliz de prolongar mi escritura.

–Pero siempre con la posibilidad de darla por terminada a petición tuya.

–¿Cuál es la diferencia? – preguntó él.

En Reunión de Patamoke había hablado ardientemente durante cuatro Primeros Días sucesivos, y uno de los miembros había advertido a Edward: «No dejes que tu mujer se convierta en una arpía.» Ella se sentía literalmente furiosa por el hecho de que los cuáqueros, tan atentos siempre a cualquier infracción, se mostraran tan obtusos en aquella gran cuestión moral.

En cuanto a las demás Iglesias, ¿qué podía esperarse de ellas? Servían a los amos y predicaban cualquier doctrina que conviniese a las plantaciones. Incluso aquel noble padre Steed, que tanto bien había hecho en Maryland, se mostraba ciego en este tema. «Dios asigna a cada hombre a su nivel adecuado -decía piadosamente-, y, como el esclavo, el mío ha sido un nivel muy humilde, recorriendo el desierto.

Mrs. Paxmore, yo he pasado meses y meses sin conseguir nada bueno. Mi vida…» A menudo, sin razón aparente, se le llenaban los ojos de lágrimas, y ella no se sintió sorprendida cuando, un día, su hermano menor llegó apresuradamente al acantilado con la noticia de que Ralph se estaba muriendo.

–Dice que prefiere más que ninguna otra cosa hablar con usted.

–Iré -respondió ella, pensando: «Si yo me estuviese muriendo, seguro que él acudiría a mi lado.»

Habían zarpado rumbo a Devon, pero al llegar al río el viento empezó a soplar de frente, por lo que Paul ordenó a sus esclavos que remaran, y, mientras lo hacían, brillantes bajo el sudor los negros músculos de sus brazos, ella no podía verles esforzarse; sólo podía ver a las tres mujeres negras que trabajaban para ella, y se sintió presa de una angustia casi insoportable, pues se dio cuenta de que no sabía acerca de sus mujeres más de lo que sabía acerca de aquellos cuatro desconocidos. Sí, conocía sus nombres -Mary, Obdie, Sara- y aproximadamente sus edades; ella tenía treinta y seis años y suponía que las otras eran más jóvenes. Sabía vagamente que Mary estaba casada con uno de los hombres que trabajaban para su marido, pero ignoraba con cuál, y que Obdie y Sara tenían hijos, pero no tenía ni idea de en qué condiciones.

«¡Santo Dios! – pensó, sentada en la proa de la balandra y mirando hacia popa-, traemos unos seres humanos a vivir con nosotros, y no sabemos nada de ellos.» Ni una sola vez había oído a Steed ni a ningún otro propietario decir de sus esclavos: «He dicho a Amy y Obadiah que lo traigan.» Siempre decían: «He mandado a mis esclavos que lo traigan», como si existieran sin nombre ni personalidad propia. Ahora, mientras Henry Steed acudía presuroso desde la plantación para ayudar a atracar la embarcación, no le miró a él, sino a los rostros de los cuatro hombres que habían remado, y eran rostros oníricos, sin huesos que les confiriesen realidad, ni sangre que les diese calor, ni ninguna otra cualidad sustancial aparte su edad y su capacidad de trabajo. Estos hombres son de primera calidad, pensó mientras escrutaba sus rostros, y eso es lo único que nos interesa saber de ellos, pero son también seres humanos, y si les permitimos vivir entre nosotros sin reconocer ese hecho, estamos alimentando la tragedia.

–Ralph se encuentra muy mal -dijo Henry, con los ojos cubiertos de lágrimas-. No discuta demasiado.

–Es para discutir para lo que me ha llamado -respondió ella.

Ceremoniosamente, vestida de gris, con un sombrero cuáquero en la cabeza y levemente levantadas las faldas para librarlas del polvo, caminó desde el muelle hasta la casa y subió la escalera hasta la habitación en que yacía el sacerdote.

–Me dicen que estás mal -dijo.

–Soy una lancha que llevan al dique -admitió él.

Hablaron durante más de una hora, abordando todas las diferencias que había entre ellos, y, al final, Ruth dijo:

–Padre Ralph, siento que no haya aquí ningún prelado católico para hablar contigo.

Él trató de sonarse, pero estaba demasiado débil.

–¿Puedo servirme de tus palabras? – preguntó, y, como ella asintiera, dijo-: Tú eres un sacerdote.

–Soy una pobre mujer tan torturada por el pecado que temo no sobrevivir a esta noche -respondió ella.

–¿Qué pecado?

–La esclavitud. Me siento destrozada.

–No debes preocuparte -murmuró él-. No debes preocuparte. Dios protege al gorrión. Él cuida al esclavo.

–No puedo dejárselo a Dios -replicó ella, con el rostro bañado en lágrimas-. Absuélveme, querido sacerdote.

–Hemos compartido un río… -se le apagó la voz-. Mis hermanos… llámalos…

Ella corrió a avisar a los Steed, y la pequeña habitación no tardó en llenarse de hermanos, esposas y sobrinas nietas. Cuando los vio -descendencia de Edmund Steed, el fiel católico- quiso consolarlos, pero le era imposible formar las palabras. Entonces, Fitzhugh, siempre llamativo con sus dorados cabellos, se acercó a la cama y cogió la mano del anciano.

–No te mueras -rogó, mientras sus mayores expresaban su sorpresa por su atrevimiento.

–¡Ven aquí, Fitz! – ordenó Henry, pero el sacerdote retuvo la mano del niño y, con esta expresión de amor a su ilustre familia, murió.

Para Ruth Brinton los días siguientes constituyeron un tormento y, a la vez, un consuelo. Regresó al acantilado y dio comienzo a la tarea de descubrir quiénes eran aquellos negros que compartían la tierra con ella. Para su sorpresa, se enteró de que Mary tenía treinta y nueve años, cinco más de lo que había supuesto.

–¿Cómo te conservas tan joven?

–Trabajo.

–¿Es bueno tu marido?

–El mejor hombre que Dios creó jamás -y se le llenaron de lágrimas sus grandes ojos negros.

–¿Quiere a tu hijita?

–Suele cantarle.

Obdie había sido tomada de un pueblo situado a orillas de un río, y su tío había consentido en su venta a los mercaderes árabes.

–Él, malo. Tiene siete esposas.

Ella había causado muchas complicaciones en la casa y detestaba que se le dijese lo que debía hacer. Decía que tenía veintiún años, pero había grandes contradicciones en su relato: hombres en Barbados, hombres de isla Devon, un hijo nacido en Acantilado de la Paz…, todo resultaba muy complicado. Ruth Brinton trató de entablar con ella una conversación seria, pero Obdie sospechaba que intentaba establecer una base sobre la que podrían asignársele nuevos trabajos y fingió no entender. Nadie podría hacer gran cosa con Obdie.

Fue Sara quien causó la confusión. Dijo que tenía unos veintiséis años y que hasta el momento tenía cuatro hijos, dos chicas y dos chicos.

–¿Les echas de menos?.

–Hace tiempo.

–¿Crees en Dios?

–¡Hmmm!

–¿Quieres ser libre?

Sara miró intensamente a los ojos de su ama y no dijo nada. Pareció tenderse un velo sobre sus pupilas, como si corriese el riesgo de traición si llegaran a ser conocidos sus verdaderos pensamientos. No era un acto de insolencia ni de antagonismo; era sólo que se estaban suscitando temas que nunca podrían ser sinceramente discutidos entre amo blanco

y esclavo negro, y era terriblemente injusto por parte de los blancos plantearlos.

–Tú eres la única que podría aprender, Sara,

–¡Hmmm!

–¿Quieres leer?

–Sí.

–¿Por qué?

De nuevo se tendió el velo sobre los ojos, y esta vez Ruth Brinton lo interpretó como odio.

–¡Oh, Sara, no debes odiarnos por lo que hacemos!

No hubo respuesta.

Pocos días después, Ruth Brinton fue al astillero para ver por sí misma qué trabajo hacían sus esclavos varones. La visita irritó a su marido, que estaba trabajando en el barco de Griscom, pues la consideró una interrupción. Vio a su mujer dirigirse al pozo de los serradores y observó con creciente exasperación que permanecía allí durante casi una hora sin hacer nada más que contemplar cómo los dos hombres serraban tablas de un tronco de roble.

Aquella noche, ella dijo:

–¿Manejan la sierra todos los días Abiram y Dibo?

–Es su especialidad.

–Pero el que está en el fondo del pozo… ¿Trabaja allí todo el verano?

–¡Ruth! Vendemos las tablas que ellos cortan…

–¿Vender? ¿Quieres decir que ni siquiera las necesitamos para nosotros?

–¿De dónde viene nuestro tabaco? Vendemos las tablas.

Ella no respondió, pues era evidente que su marido se estaba poniendo furioso. Pero el Primer Día se sintió obligada a hablar en la reunión. Se produjo un cierto desasosiego cuando se levantó, y una mujer llegó hasta el extremo de murmurar:

–¡Ojalá supiera quedarse callada!

Pero Ruth nunca haría tal cosa:

«Me encuentro perdida en un oscuro camino creado por mí misma y, simplemente, no puedo ver la luz Me avergüenza el hecho de que mi reunión se haya negado a apreciar el peligro de nuestro

comportamiento, y considero sumamente anticristiano desechar como carentes de importancia las cuestiones que tenemos planteadas. Ruego a Dios que me oriente. Soy un alma extraviada en el pecado y anhelo encontrar una guía.»

Fueron tantos los miembros de la reunión que protestaron ante Paxmore, que cuando éste y su esposa llegaron aquella tarde a Acantilado de la Paz, él le habló con considerable dureza.

–Debes dejar de introducir la esclavitud en tus oraciones. La cuestión ha quedado resuelta.

–¡No ha hecho más que empezar!

–Ruth, la Biblia ha hablado. Nuestra reunión ha hablado. Oíste lo que el padre Steed dijo antes de morir. ¿Te sitúas por encima de todos ellos?

–Sí.

–Mujer vana y arrogante.

–No, Edward -respondió ella, suavemente-. Estoy llena de zozobra y trato de encontrar la luz.

Interrumpieron de común acuerdo la conversación sobre este estéril tema. Ambos, que tanto habían sufrido por una fe común, se amaban mutuamente con un fuego lento y ardiente que nunca se apagaría; sus cuatro hijos constituían la prueba Edward comprendía que nunca habría amado tan profundamente a Ruth si hubiese sido menos obstinada en sus creencias, si no hubiera estado tan dispuesta a soportar el castigo por ellas. Y Ruth no podía olvidar que aquel tranquilo y desgarbado carpintero había regresado obstinadamente a Massachusetts, arrastrando la muerte, para dar testimonio de esa misma fe. En cuanto a su ofrecimiento de recibir los latigazos previstos para ella aquel día en Ipswich, Ruth no pensaba en ello ahora, pues su amor había ascendido a nuevos niveles.

En momentos de conflicto doméstico como aquél, Edward acostumbraba abandonar la discusión y salir al porche, donde permanecía largo rato contemplando la serenidad de su río; le proporcionaba una calma mayor de cuanto había conocido jamás; siempre que veía la marisma y los apacibles árboles olvidaba su discusión. Esta noche una pálida luna se alzaba por el Este, proyectando una luz plateada sobre la plácida superficie de agua que se

extendía entre el acantilado y Devon, convirtiéndola en un apacible lago de increíble belleza.

–Este acantilado fue reservado para los cuáqueros -dijo.

Luego regresó a la cocina para dar un beso a su mujer. Ruth Brinton había descargado su irritación de un modo diferente; había corrido a su fogón y empezado a cocinar frenéticamente, golpeando sartenes y cacerolas y, luego, reprendiéndose a sí misma. Mientras tanto, pensaba en lo que habían estado discutiendo, y sonreía, pues se daba cuenta de que la verdad era revelada a los seres humanos de maneras distintas y en momentos distintos. A ella le había sido concedido, quizá por el propio Dios, presenciar el futuro de blancos y negros en aquel río, y esta clara visión le impulsaba a hablar en la reunión. Si Edward no veía los peligros, si permanecía sumido en la confusión por lo que se refería a los derechos de propiedad y anticuadas citas bíblicas y la prosperidad de su familia a costa del trabajo de los esclavos, debía mostrarse tolerante hasta que llegase el momento en que él y otros cuáqueros viesen lo que ella veía.

Preparó una cena excelente. Hablaron del barco de los extranjeros. Él le contó cómo Stuby había dejado de trabajar para el inglés por vivir con Nancy y cómo había subido a bordo su hermano gemelo Charley. Y se fueron a la cama. Pero hacia las tres de la madrugada, cuando las garzas empezaban a dar sus voces, se apoderó de ella un terrible temblor y se incorporó, jadeante. – ¡Edward! – gritó, dominada por el pánico. Él se despertó lentamente y quedó horrorizado por lo que vio: su mujer, con el camisón torcido, estremeciéndose como agitada por una tormenta. Con bronca voz, Ruth exclamó:

–Me asfixia el pecado.

Cuando muchas personas diferentes experimentan a lo largo de generaciones diferentes alarmas comunes, cabe esperar que en momentos de extrema tensión lancen gritos similares a lo dicho antes. La confesión de pecado de Ruth Brinton fue expresada casi exactamente con las mismas palabras utilizadas por Edmund Steed al término de su infructuoso intento de negar su catolicismo: le resultaba insoportable la asfixia que le producía el pecado, y sólo se salvó mediante la revelación pública y el exilio a Virginia. Ruth exclamó:

–Tenemos que libertar hoy mismo a nuestros esclavos.

–¿Qué estás diciendo?

–Que antes de la puesta del sol debemos prescindir de nuestros esclavos. Es la voluntad de Dios.

Él trató de calmarla intentando razonar con ella, pero Ruth continuaba en su agitación.

–Libertaremos a nuestros esclavos -repetía.

Comprendiendo que aquella noche sería irreversible, él intentó varias evasiones.

–Redactaré un testamento declarándoles manumitidos a mi muerte.

–No, tal aplazamiento no haría más que soslayar el problema fundamental.

–Entonces, déjame alquilárselos a otros…, hombres de buena conducta que los tratarán bien.

–No, eso no eliminaría nuestra infamia.

–Déjame venderlos. Veré a Steed antes del mediodía. Necesita mano de obra.

–No, porque eso sería trasladar a otros el pecado resultante de nuestros actos.

Pero cuando él explicó que le resultaba totalmente imposible dirigir su negocio si daba la libertad a los esclavos, ella dejó de discutir y escuchó, y comprendió que sus imperativas demandas estaban arrojando sobre él una carga de acción moral y económica para la que, simplemente, no estaba preparado. Con mucha ternura, le dio un beso y dijo:

–Edward, siempre he sabido que saldrás adelante. Para cuando el sol se ponga no habrá esclavos en Acantilado de la Paz, ni los volverá a haber jamás.

–Lo que haré…

–No me lo digas. No puedo soportar más cosas.

Y se quedó dormida.

A primera hora de la mañana siguiente puso en marcha su solución práctica: metió a los esclavos y a sus hijos en una pequeña embarcación y los trasladó a Devon, donde los Steed dijeron que estarían encantados de comprarlos.

–No lo llamemos una compra -advirtió Paxmore-, o Ruth Brinton pondría fin al acuerdo.

–Hay otras maneras -repuso Steed.

Y dispuso lo siguiente: desde Londres, Fithians enviaría a Edward una caja de herramientas utilizadas en la construcción de barcos y a Ruth Brinton una caja de libros teológicos.

–Y para hacer más atractiva la venta, Edward, te cederé esa buena tierra existente al este de Patamoke para que instales un astillero permanente.

Paul Steed prometió encontrar los sirvientes blancos y esclavos alquilados que fuesen necesarios para construir los barcos adicionales, y, de este modo, el cuáquero Edward Paxmore se deshizo de sus esclavos, obteniendo un apreciable beneficio y adquiriendo un astillero. Por la mañana cuando el *Martha Keene* fuese entregado a los Steed, Paxmore se instalaría en Patamoke.

Hubo una interrupción y, sorprendentemente, no procedió de Ruth Brinton; ella se sentía satisfecha por haber logrado con la expulsión de los esclavos de Acantilado de la Paz todo lo que razonablemente podía esperar en 1670. «Más tarde -se aseguró a sí misma- todos tomarán conciencia del problema, y quizás entonces, hasta el propio Edward deje de esquivar las cuestiones morales.»

La interrupción fue acompañada de violencia. Varios hombres llegaron corriendo al almacén de Steed, gritando:

–¡Los piratas han robado el *Martha Keene*!

Y otros voceaban:

–¡Han matado a nuestros marineros!

OceanofPDF.com

Cuando los hombres del almacén corrieron a la orilla vieron que su barco navegaba por el Choptank con las velas desplegadas, en dirección a la bahía, mientras en el muelle yacían los cadáveres de tres marineros.

Durante las horas siguientes, llenas de agitación, los habitantes de Patamoke realizaron una serie de sorprendentes descubrimientos. Jack Griscom y Henri Bonfleur habían sido piratas durante varios años; operando bajo diversos nombres, habían asolado el Caribe, persiguiendo a los navíos españoles que regresaban de Panamá, pero aceptando a cualquier mercante inglés que acertaba a cruzarse en su camino.

La información procedía de Stuby Turlock, que había observado y escuchado. Cuando los ciudadanos preguntaron airadamente: «¿Por qué no nos advertiste?», él respondió: «Nadie preguntó.»

El día se pasó ensamblando información sobre los piratas: no tenían tripulación alguna trabajando en Virginia; probablemente habían llegado al Choptank huyendo de alguna larga y sangrienta persecución; en cuanto vieron el *Martha Keene*, habían concebido la intención de robarlo; y, sin duda, regresaban a alta mar para reanudar sus depredaciones. Nuevas sorpresas se produjeron al ir catalogando cada una sus pérdidas.

El barco de Edward Paxmore había sido robado. En vísperas de entregárselo a los Steed había desaparecido; dos años de esfuerzos habían quedado reducidos a la nada.

Henry Steed llegó, presa de enorme turbación, para informar que, cuando los piratas salían del Choptank se detuvieron en Devon y persuadieron a todos los esclavos que trabajaban en la isla para que se unieran a ellos y consiguiesen su libertad.

–Cuando Abijah y Amos intentaron convencer a nuestros esclavos de que se quedaran con nosotros, Griscom los mató a los dos. Todos los tuyos huyeron, Paxmore.

La queja más violenta procedió de Timothy Turlock, que remontó el río en una canoa, gritando monosílabos que apenas podían ser descifrados. Stuby los tradujo e informó que los piratas habían persuadido a Charley para que subiese a bordo y prestase su ayuda en el manejo de las velas, y se habían llevado también a Birgitta.

–¿La han secuestrado? – preguntó una mujer.

–¡No! – replicó Timothy-. ¡Ella fue!

Quería recuperarla, y sus ruidosos lamentos indujeron a los demás a pasar a la acción. Edward Paxmore dijo:

–Debemos capturar ese barco.

–¿Cómo? – preguntó alguien.

–Persiguiéndolo. Apoderándonos de él.

–¿En qué?

–En su barco. Es más pequeño, pero lo he arreglado bien.

Henry Steed estaba resuelto a recuperar sus esclavos, pues constituían el núcleo de su empresa; de hecho, representaban el beneficio de su plantación, y perderlos sería desastroso.

Pero fue el joven Earl Steed, previsto capitán del barco robado, quien formuló el razonamiento más sólido:

–Si reunimos una tripulación de dieciséis hombres y una cantidad suficiente de mosquetes, podemos gobernar su barco mejor que ellos el nuestro, y alcanzarlos.

–¿Dónde?

Esto planteaba un problema. Los piratas les llevarían un día de ventaja, y tendrían el barco más rápido, pero sólo dispondrían de ellos mismos, de Charley Turlock y de los esclavos de Steed para gobernarlo. Una tripulación decidida podría alcanzarlos. Sin embargo, los piratas tenían un centenar de posibles destinos, y no era muy grande la probabilidad de localizarlos.

Entonces habló Stuby. Con la cara picada de viruelas, demacrado, pobremente vestido, no resultaba nada apropiado para

luchar contra los piratas, pero había sido frecuentemente insultado por ellos, y habían robado una mujer que se había mostrado buena con él.

–Yo escuchaba. Hablaba mucho de Marigot.

–¡Marigot Bay! – exclamó Paxmore.

–¿Dónde está eso? – preguntó Earl Steed.

–¡Claro! – dijo Paxmore-. Allí es donde los piratas atacaron los barracones. Debieron de ser Griscom y el francés quienes cayeron sobre nosotros cuando yo estaba allí.

Les dijo dónde estaba Marigot y esbozó un plan mediante el cual los hombres del Choptank podrían recuperar el *Martha Keene*. Earl Steed, escuchando atentamente, juzgó que la represalia podría tener éxito.

–¿Podemos reclutar a dieciséis?

Estaban el propio Steed y Tim Turlock, sediento de venganza, y Edward Paxmore, resuelto a recuperar su propiedad. Henry Steed quería unirse a ellos, pero su hijo dijo:

–Eres demasiado viejo.

–¿Y Timothy Turlock? – preguntó Henry.

A lo que el joven Steed repuso:

–Ése no tiene edad.

Stuby insistió en ir y presentó tres mosquetes para el arsenal. Otros doce se ofrecieron voluntarios, entre ellos un notable cazador de ardillas con dos mosquetes. El capitán Steed les dijo:

–Debemos reunir toda la pólvora disponible.

–¿Por qué? – preguntó Paxmore.

–Si no podemos recuperar tu barco, no tengo intención de dejar que se aprovechen de él.

Durante la larga travesía a Marigot Bay, el capitán Steed, de veintinueve años, demostró una decisión que nunca habrían sospechado en él quienes habían conocido a su padre y a sus dos tíos. No era afable como el padre Ralph, ni remilgado como tío

Paul, ni ligeramente pomposo como su padre; él era una nueva casta. Inglaterra era para él un respetado recuerdo familiar; había sido educado allí, pero no era el summum bonum. Para Earl Steed, el destino radicaba en Maryland, y si la madre patria era demasiado pusilánime para proteger sus colonias frente a los piratas, él se encargaría de hacerlo.

Ejercía el más riguroso control sobre su tripulación de quince hombres, inculcándoles el hecho de que los piratas habían matado ya a cinco personas en su huida. Nombró cocinero a Stuby, y a Paxmore, vigía permanente. Encomendó a Tim Turlock la custodia de los barriles de pólvora y de los mosquetes, mientras él manejaba el timón y las velas y trazaba el rumbo a seguir.

El viaje ejerció una extraña influencia en Paxmore, pues tenía ahora la oportunidad de ver cómo se acomodaba al mar en condiciones de navegación un barco bien construido. La nave había sido construida originariamente en los Países Bajos españoles por carpinteros holandeses que conocían su oficio; tenía ya más de setenta años y había sufrido numerosos y sucesivos remiendos, de tal modo que apenas se podían identificar sus tablas primitivas, pero sus líneas habían sido tan suaves y su ensamblaje tan perfecto, que seguía siendo tan robusto como un rollizo comisionista en su oficina de Amsterdam.

Cuando no estaba de servicio, Paxmore estudiaba el funcionamiento de las velas y confirmó la tesis de su instructor de Bristol: los obenques que afianzaban el mástil no debían estar tensos como las cuerdas de un arpa; funcionaban mejor cuando se ejercía sobre ellos poca o ninguna tensión. Estudió también la acción del timón y aprendió que éste no debía oponerse al mar, sino surcarlo con suavidad, proporcionando dirección, y al término de su examen se maravilló de lo diferente que era un barco cuando estaba en alta mar y cuando se encontraba en dique. Todas sus partes actúan combinadamente. Se las puede oír cantar.

Siempre que encontraba un trozo de papel, hacía un diseño de la forma en que un barco real constituía un todo, y esta información se convertiría en el fundamento de su astillero. Sospechaba que en los setenta años transcurridos desde su botadura se habrían ideado muchos perfeccionamientos en Londres o Boston, pero ésos podría aprenderlos más tarde; lo que tenía en aquella joya holandesa era una biblia de la construcción naval, y para el artista en que Paxmore se estaba convirtiendo no podía haber cimiento más firme.

Pero ya se divisaba la isla de St. Lucia, y había pasado el tiempo de la observación. El plan del capitán Steed consistía en situarse a sotavento de la isla francesa de Martinica para asegurarse de que no navegaban por el Caribe otros barcos piratas y, luego, navegar lo más rápida y audazmente posible hasta Marigot, esperando encontrar al *Martha Keene* fondeado allí; pero, una vez puesto en práctica, el plan resultó infructuoso, pues Steed había gobernado demasiado bien su embarcación: había llegado dos semanas antes que los piratas. La bahía estaba desierta.

Pasó el tiempo ideando tácticas que le situaran en posición de superioridad cuando llegaran los piratas. Debía suponer que aparecerían desde la dirección en que se encontraban Jamaica y Haití, por lo que apostó su barco en una pequeña bahía que le permitía permanecer oculto mientras vigilaba la entrada a Marigot. Luego envió a tierra a Stuby y Paxmore para explorar el terreno de Marigot, y desde las bajas montañas que bordeaban el espléndido puerto Paxmore vio el barracón que él había reconstruido, y las casas de ramas y hojas en que vivían los piratas cuando estaban en tierra, y las inconstantes guardias que montaban. Le complació ver que su comportamiento era negligente, pero fue Stuby quien descubrió la protegida ensenada en que se hallaban amarrados varios pequeños botes. Sin pronunciar palabra, indicó que alguien

debía cortar sus amarras para dejarlos al garete, y pasó largo tiempo planeando formas de llegar hasta allí.

Cuando regresó Paxmore con la noticia de que Marigot dormía plácidamente al sol y que los barracones estaban vacíos -lo que indicaba que no esperaba la llegada de ningún mercante-, el capitán Steed dijo:

–Todo está preparado para Griscom. No puede tardar.

Y hacia las nueve de la mañana apareció el *Martha Keene*, meciéndose suavemente sobre las amplias olas mientras se dirigía al fondeadero. Salvó diestramente la entrada a Marigot, desapareciendo tras los promontorios como una mujer hermosa al entrar en una alcoba. Stuby, que vigilaba desde su montaña, esperó hasta que los piratas hubieron desembarcado en un bote de remos. Observó atentamente los hombres que iban en él: Griscom, vociferante y licencioso; Bonfleur, con el brazo en torno a la cintura de una mujer que él no había visto nunca; seis marineros blancos, pero ni rastro de Charley, ni de Birgitta, ni de ninguno de los negros. Llevó a su capitán esta desconcertante noticia.

Steed decidió que debían atacar aquella misma noche:

–Los piratas estarán en tierra, y, si conozco a Griscom, estará borracho.

Pidió su opinión a Stuby, y éste dijo:

–Quizá Charley. Quizá dos más.

–¿Por qué no volverán los otros?

–Borrachos.

Earl Steed, el mayor de su familia, había considerado a Stuby Turlock un imbécil, y, sin embargo, ahora estaba dispuesto a confiar en él, pues el extraño individuo tenía una astucia animal que producía sorprendentes resultados. Stuby miraba al mundo, digería lo que veía y sacaba conclusiones. Habló a Steed de la ensenada en que estaban los botes.

–Yo soltaré.

Luego, Steed explicó su táctica

–Al anochecer llevaremos a fuerza de remos este barco a Marigot. Stuby, tú y Tom cortaréis las amarras de los botes y, luego, regresaréis a nado y nosotros os recogeremos en la lancha de remos. Cazador de ardillas, tú te quedarás a cargo de ésta. Paxmore y yo dirigiremos el grupo de abordaje. Y cuando estemos a bordo, levaremos el ancla. O cortaremos la cadena si es preciso, y, si se mantiene este viento, sacaremos el *Martha Keene* del puerto, le asignaremos varios marineros y pondremos los dos barcos rumbo a Maryland.

–¿Y si hay una guardia numerosa a bordo? – preguntó Paxmore.

–Les cortaremos el cuello -respondió Steed, con tono desenfadado, y al ver parpadear a Paxmore, añadió-: Recuerda que ellos han matado ya a cinco de los nuestros. Nos matarán a todos si les damos una oportunidad.

–¿Y si resisten? – preguntó Paxmore.

–Stuby y yo dispararemos en la cubierta. El cazador de ardillas, desde el bote.

–Desde tierra se oirán los disparos

–No encontrarán sus botes. Stuby se ocupa de eso.

–¿Y si falla el viento y no podemos mover el barco?

El capitán Steed señaló el barril de pólvora depositado en el bote.

–Lo incendiaremos.

–De acuerdo -dijo Paxmore.

Luego, con voz serena, añadió:

–Yo no quisiera llevar cuchillo ni mosquete.

Cuando Steed asintió, Paxmore dijo:

–Pero si tenemos que quemar el barco, que sea yo quien encienda el fuego.

Steed movió afirmativamente la cabeza y dijo:

–Stuby, adelante con esos botes -y Stuby se marchó.

Los demás esperaron en el barco hasta la hora convenida y, luego, lanzaron al agua el bote de remos y lo mantuvieron junto a la popa mientras bajaban a él Steed, Paxmore y el cazador de ardillas. Utilizando pequeños canaletes en vez de remos, penetraron en la bahía de Marigot, escucharon el ruidoso bullicio que llegaba desde la costa y esperaron aprensivamente hasta que vieron en la oscuridad a Stuby y su compañero que nadaban hacia ellos como un par de castores.

Lo que Stuby le dijo alarmó a Steed:

–Tranquilidad, así que hemos nadado hasta el barco. Casi vacío.

Una ojeada casual de un vigilante habría descubierto a los nadadores y echado a perder la expedición; lo que Steed no tenía en cuenta era que ningún vigilante habría descubierto a Stuby Turlock, que podía deslizarse por el agua sin chapotear ni dejar la menor estela.

Los cinco remaron en silencio hasta el costado del *Martha Keene*, situado hacia el lado opuesto a la tierra, y, cuando alargó la mano para evitar el choque, Paxmore pudo casi identificar la tabla que estaba tocando y cuándo la había sujetado a las costillas. Dio una palmadita al oscuro barco, como si fuese un animal doméstico.

Se había planeado que el capitán Steed asumiera el mando de la operación en este momento, tomando decisiones cruciales sobre si debía intentarse el abordaje, mas, para su asombro, Stuby Turlock empezó a hablar en voz alta, utilizando una mezcla de indio choptank y chapurreando un inglés que no hubiera podido entender nadie más que su hermano gemelo Charley, el cual corrió a la borda del barco pirata, escrutó la oscuridad y empezó a responder. Los dos hermanos hablaron durante medio minuto, mientras Paxmore permanecía paralizado de terror, después de lo cual Stuby gritó con voz casi tan fuerte como para que se le oyese desde tierra:

–¡Nadie aquí más que Charley!

Y subió por el costado del barco.

Le siguieron Steed y Paxmore y, al cabo de un momento, el nadador que había ayudado a Stuby. Cada uno de ellos fue recibido por los abrazos de oso de Charley y sus indescifrables gruñidos, y, al poco rato, los invasores abordaron el problema de poner en marcha el barco y sacarlo del puerto.

Resultó imposible. No podían desprender el ancla. Las velas estaban arriadas y arrizadas. Los invasores no tenían fuerza suficiente para mover a remo el pesado barco. Y estaban empezando a brillar luces en tierra.

–¡Eh, Charley! – sonó la potente voz de Griscom.

No hubo respuesta por parte de los intrusos.

–¡Charley, idiota! ¿Quién está ahí?

El cazador de ardillas, que había quedado custodiando el bote de remos, había rodeado la popa del *Martha Keene*, y ahora, con precisos y pausados movimientos, apuntó a Griscom y estalló el infierno. Hubo gritos, disparos, carreras, y el pequeño Bonfleur tuvo el buen sentido de mantenerse oculto tras un árbol, pues cuando cogió su segundo mosquete, el cazador de ardillas mató a otro pirata.

–¡Tenemos que quemar el barco! – gritó Steed.

Paxmore cogió el barril de pólvora, pero Stuby estaba ya actuando en las profundidades del barco de roble -tan fuerte, tan feo-, habían extendido la pólvora almacenada en el propio barco y, sin que nadie se lo ordenase, le habían prendido fuego. Brotó por las escotillas una potente llamarada, y aparecieron en medio de ella los dos gemelos, sacudiéndose los chamuscados cabellos y riendo alegremente.

–¡Enciende! – gritó Steed a Paxmore, pero no hacía falta.

La llamarada prendida por Stuby se extendió por la cubierta, llegó hasta el barril de Paxmore y lo inflamó.

–¡Fuera de la luz! – gritó Steed, mientras comenzaban a sonar disparos desde la orilla. Corriendo hasta donde había dejado el bote, empezó a descender, pero el bote no estaba allí.

–¿Dónde diablos está el bote? – rugió.

–¡Aquí! – gritó Stuby desde la llameante oscuridad.

Y allí estaba, en el lado descubierto, totalmente vulnerable, con el cazador de ardillas y los dos Turlock disparando contra los piratas como si fuesen patos del Choptank.

–¡Maldita sea, traed ese bote aquí! – bramó Steed.

Pero Edward Paxmore le advirtió:

–No hace falta jurar. Este barco no volverá a navegar.

El capitán Steed nunca olvidaría el viaje de regreso desde Marigot Bay. Como explicó más tarde a su padre:

«Los Turlock permanecían juntos como las brujas de Macbeth, revolviendo un brebaje, y cada seis o siete minutos rompían los tres a carcajadas y se pegaban amistosamente y rodaban por la cubierta, riendo de satisfacción. ¿Y sabes cuál era la causa de su alegría?

»Griscom y Bonfleur habían demostrado ser unos monstruos. Pegaban a Charley y le ponían velas encendidas en las orejas y le habían bailar mientras ellos bebían, pero de vez en cuando, mientras navegábamos, Charley recordaba cómo había matado a Griscom el cazador de ardillas, y se tiraba de espaldas como Griscom, y los tres rugían de satisfacción.

»Los piratas habían hecho escala en Jamaica, donde Griscom vendió a Birgitta a otro pirata, y siempre que Charley contaba cómo, en su despedida, ella se acercó a la pasarela tendida sobre el muelle de Port Royal y abofeteó a Bonfleur y dio un empujón a Griscom, de modo que éste cayó hacia atrás, Timothy Turlock bramaba de placer y palmeaba a sus hijos y rodaba por cubierta, pidiendo que Charley repitiera la historia de su despedida.

»Se detuvieron también en Haití, y cuando Charley contaba lo que sucedió allí, los Turlock reían, porque Griscom había

convencido a nuestros esclavos para que se fueran con él prometiéndoles libertad en su isla… nada de trabajo… buena comida… mujeres… bebida. Abijah y Amos sabían que esto era imposible, e intentaron… Bueno, como sabes, los piratas les mataron. Así, pues, en Haití los esclavos llegaron a su paraíso, y fueron todos vendidos en aquel infierno, y ninguno vivirá más de un año. Los Turlock encontraban gran motivo de regocijo en esta conclusión.

»Pero es a Charley a quien debemos nuestra buena suerte en este viaje, porque él había oído que los piratas planeaban capturar un barco de sal frente a las costas de Sal Tortuga, y yo no sabía que había allí una mina de sal, así que cambiamos de rumbo y compramos todo un cargamento del precioso material, sabiendo que en Maryland sería nuestra fortuna.»

Con respecto al comportamiento de Edward Paxmore, Steed sólo podía ofrecer breves informaciones: «Durante los tres primeros días de nuestro viaje de regreso rezaba pidiendo absolución, y cuando yo le pregunté por qué, dijo: "He recurrido a la violencia", y lo le recordé: "Pero les quitamos tu barco", y él respondió: "Sí, y me alegré cuando Griscom cayó muerto, y me siento avergonzado de ello".»

Pero después de tres días de confusión moral, el semblante de Paxmore se despejó, y empezó a poner en orden sus dibujos marinos y a colmar las lagunas hasta tener un manual de construcción naval tan completo como podía obtenerse en América en aquel tiempo. Cuando hubo terminado, entró en un estado de franca euforia, y una noche, hambriento de alguien con quien hablar, asedió al capitán Steed en el alcázar:

–Ahora sé que cuando un hombre termina alguna tarea importante, como escribir un libro, cuando queda escrita la última palabra lo que desea es empezar de nuevo y hacer el trabajo bien.

Steed levantó la vista hacia las estrellas,

–Cuando el *Martha Keene* se incendió y vimos cómo las llamas le consumían, me sentí lleno de satisfacción, aun cuando la pérdida era para mí. – Cubrirás todas las pérdidas con nuestra venta de sal. – Era mi barco. Me había esforzado en él, soñado en él. En él estaba mi sangre, y, cuando lo botamos, yo había rezado porque flotase. Pero cuando se hundió, me sentí lleno de júbilo, porque podía empezar de nuevo y construir un verdadero barco.

El capitán Steed dijo a su padre: «Y allí estuvo toda la noche, golpeándose la pierna con el puño y murmurando una y otra vez: "Un verdadero barco, un verdadero barco." Cuando bajé, él seguía allí, moviendo los brazos como si dibujara mástiles y corvas.»

Estaba allí cuando el capitán regresó a cubierta, pero nadie se fijó en él, pues algo extraño estaba sucediendo en el borde de la bodega que contenía la sal. Timothy Turlock, recordando las horas de infructuoso trabajo que había pasado tratando de evaporar sal a orillas del Choptank, se sentía lleno de júbilo al pensar que en Sal Tortuga podía ser extraída como arena, y en la alegría de saber que ya no tendría que trabajar otra vez, estaba orinando en la bodega.

–¡Fuera de ahí! – gritó Steed-. Charley, aparta de la sal a ese maldito estúpido.

–¡Papá! – gruñó Charley, añadiendo varias palabras ininteligibles. Como su padre no le hiciera caso, Charley le dio un empujón. El hombre retrocedió tambaleándose, chocó contra la barandilla y cayó por la borda.

–¡Parad el barco! – gritó el capitán Steed, pero no había forma de hacerlo-. Arriad ese bote -pero no pudo ser arriado. Impasiblemente, el barco continuó avanzando.

Steed corrió a la barandilla y trató de echarle una cuerda al jadeante anciano, pero quedó corta. La distancia aumentaba, y se iban debilitando los brazos del hombre. Cuando comprendió que el barco no se acercaría a él, que ningún bote sería arriado, se echó a

reír, y lo último que se oyó desde la cubierta fue su aguda y demente carcajada mientras la estela le sumergía.

A Ruth Brinton Paxmore le resultaba difícil situar la expedición en una adecuada perspectiva. Mientras permanecía sentada con los Steed ante el armario que contenía la vajilla de estaño, escuchando los alegres comentarios, no podía comprender cómo se podía considerar que había constituido un éxito aquel viaje cuando había acabado en fracaso total, pero el capitán Steed estaba evidentemente complacido, su marido se mostraba eufórico y hasta los Turlock parecían satisfechos. Era misterioso.

–¿Todavía insistís en que la expedición ha sido un éxito? –preguntó estiradamente.

–Sí -respondió el capitán Steed, contento por el beneficio obtenido con la sal.

–Pero no has recuperado tus esclavos, ¿no? – No, fueron vendidos en Haití. – Y Turlock no ha recuperado a su mujer. – No, fue vendida en Jamaica. – Y Edward no ha recuperado su barco. – No, fue incendiado en Marigot. – Y los Turlock no han recuperado a su padre. – No, se ahogó en Chesapeake. – ¿Y llamas a eso éxito?

Ruth miró a los participantes: Steed se mostraba plácido y afable con sus beneficios; el cazador de ardillas se recreaba en la gloria de haber matado con sólo tres disparos a Griscom y otros dos; los gemelos traslucían la alegría de alguna satisfacción interior; y los ojos de su propio marido brillaban de triunfo. Resultaba increíble, y concluyó que había en el mundo de los hombres algo que les permitía definir el triunfo en términos que jamás comprendería una mujer. Juzgó que sería preferible callar.

Pero aquella noche, en su casa de Acantilado de la Paz con su marido, despertó a la terrible realidad del crimen que había cometido. En su rectitud, había expulsado de la seguridad y la justicia de su hogar a los esclavos de Edward; habían pasado a poder de Steed a cambio de dinero, y habían huido jubilosamente

de Devon en compañía de los piratas, buscando la libertad. En Haití habían sido vendidos, para entrar nuevamente en la esclavitud más cruel del mundo. Allí, en las más terribles junglas de América, trabajarían incesantemente bajo el látigo y recordarían su infancia en África, y los días pasados con los Paxmore, y antes de un año habrían muerto.

–¡Oh Dios, perdónanos nuestros pecados! – musitó, y empezó a temblar. Veía a Mary afanándose hasta el agotamiento en los campos, pereciendo de fatiga con su familia.

–Deberíais estar aquí conmigo -sollozó; aun en la esclavitud sería mejor trabajar con personas a las que uno podía amar, esperando el día en que desaparecieran las injusticias-. Vuestra muerte pesa sobre mi alma -murmuró. Obdie moriría en Haití, y también Abiram, y Dibo, y Sara. – ¡Oh, Sara! – exclamó en la noche-. Te necesitamos. Su muerte era lamentable, pues había aprendido a resistir. En su obstinación, había llevado una vida secreta en la que ningún blanco penetraría jamás; había sido difícil y a veces incluso desagradable, pero aquella horrible noche Ruth Brinton reconoció que, si ella fuese una esclava, se comportaría como Sara.

–Nunca dejaría de luchar -dijo.

Su agitación hizo que Edward se revolviera en sueños, y ella ansiaba desesperadamente hablar con él, pero sabía que en aquella noche de reunión sería injusto proyectar su culpa sobre su marido, así que se levantó de puntillas, se envolvió en un abrigo y cruzó las silenciosas habitaciones en que las mujeres negras habían hablado con ella en otro tiempo. Fue a donde reposaban sus propios hijos, pero al mirarlos sólo pudo ver los niños negros que ella había enviado a la muerte: los hijos de Mary y Obdie. Y salió de la habitación.

En la cocina, abrió su libro de cuentas por la página en que había anotado los salarios que se les debían; las sumas habían ido

creciendo lentamente para el día de la libertad. Las deudas no habían sido pagadas, y nunca podrían serlo.

Con el espíritu desolado, fue al porche, buscando consuelo en el río; pero esa noche el Choptank no ofrecía ninguno. Un fuerte viento había empezado a soplar desde la bahía, agitando el río en olas coronadas de espuma. Una luna agonizante pendía en el Este, proyectando una grisácea luz sobre las marismas en que se arracimaban los gansos y sobre las copas de los altos árboles que aguardaban el momento de convertirse en barcos. Volvió la vista hacia el Oeste, en dirección a Devon, pero la isla se hallaba oculta tras las finas gotitas de espuma despedida por las turbulentas olas, y no volaba ningún pájaro.

–El Choptank sabe -susurró-. Siente cómo va concentrándose el terror.

Cuando salió el sol sobre la tormentosa escena, Edward la encontró allí, temblando, contemplando los desastres espirituales que las buenas gentes de aquel río acarrearían siempre sobre sí mismas.

QUINTO VIAJE: 1701

El 14 de setiembre de 1701, Rosalind Janney emprendió uno de los viajes más tristes que puede realizar una mujer. Abandonaba su respetado hogar, su familia de distinguido linaje, sus dos hermanas con las que había vivido en armonía y los perros y caballos que la querían. Esa privación habría sido causa suficiente de lamentación, pero en este caso estaba abandonando también una de las plantaciones más hermosas de Virginia, con sus propios muelles y su astillero a orillas del Rappahannock, y dirigiéndose a algún primitivo erial de Maryland al otro lado de la bahía, y eso era una verdadera desdicha.

Pero estaba decidida a realizar aquel triste viaje con lo que su familia describiría como buen ánimo. Había nacido hacía veintiséis años, una niña fea ya desde entonces -«y eso es una maldición para

una chica», decía su madre-, pero, pese a su nada atrayente aspecto, su padre había insistido en ponerle el nombre de una de las más hermosas y agudas mujeres de Shakespeare. «Bella Rosalind» le llamaba, especialmente cuando había invitados, y cuantos oían esta cariñosa descripción, no podían por menos de advertir su inadecuación.

De niña, Rosalind se consumía interiormente por esta burla, pues cualesquiera bromas que hiciera su padre, cualesquiera pasajes que leyese de la obra en que aparecía la verdadera Rosalind, ella sabía que su cara era demasiado grande, y demasiado roja, y demasiado llena de abultados dientes. Cuando cumplió los doce años y pudo leer por sí misma a Shakespeare en el grueso libro que Fithian había enviado, encontró la obra ridícula.

–Imagínate -dijo a su madre-, vagando por un bosque con ropas de hombre y hablando durante horas con un joven que se había enamorado de ti cuando te vio de niña, y nunca sospeché siquiera que eres tú.

–Tú podrías ponerte ropas de chico -dijo su madre-, y nadie se daría cuenta.

Sonriendo, observó:

–Pero la verdadera Rosalind era hermosa.

–Tú también serás hermosa, cuando todo quede en su sitio.

Sus hermanas menores, que se habían convertido en atractivas jovencitas, solían repetir esta promesa:

–Cuando seas mayor, Roz, todo quedará en su sitio.

No sucedió tal cosa. Creció y se hizo alta, pero, aunque no le faltaba apetito, su cuerpo continuó lastimosamente delgado. Sufrió la ignominia de ver llegar pretendientes navegando en sus chalupas por el Rappahannock, pero siempre para sus hermanas. Cuando resultó evidente que las jóvenes debían casarse ya, mientras estaban en plena juventud, ella se hizo a un lado y dijo a sus padres:

–Yo creo que Missy debería casarse con el hijo de los Lee. Parece una buena pareja.

Y también instó a la boda de Letty con el chico de los Cowperthwaite.

El año anterior, a los veinticinco de edad, era una joven alta y desgarbada, que no hacía en absoluto vida social y a la que todos iban dejando cada vez más sola. Se había dedicado a la lectura, y una tarde en que zumbaban a orillas del río los insectos del verano, encontró sardónico refugio en la obra que había contribuido en buena medida a su malaventura.

–¡Qué absurdo! – resopló, cuando Orlando trazaba el ridículo plan.

Pero luego llegó a la escena en que Rosalind y su primo conversan sobre el destino de las mujeres, y parecía como si Shakespeare hubiera destinado específicamente a ella las palabras que cruzaban aquellas dos inteligentes criaturas:

Celia: Desafiemos a la buena ama de casa Fortuna en su rueda para que en lo sucesivo sus dones sean equitativamente otorgados.

Rosalind: Ojalá pudiéramos; pues los privilegios que concede siguen caminos descarriados; y la dadivosa Mujer Ciega comete muchos errores en sus dones a las mujeres.

Celia: Cierto; pues a las que hace bellas no suele hacerlas honestas; y a las que hace honestas las hace muy mal parecidas.

«¡Eso es! – pensó Rosalind-. Las mujeres hermosas son estúpidas, y las brillantes, feas. Bien, yo soy fea, y eso me da derecho a ser brillante. Pues seré condenadamente brillante.»

A partir de ese momento, su vida cambió. No vio llegar a su casa ningún pretendiente, pues se iba tornando cada vez más flaca y hombruna, pero sí vio cómo debía dirigirse una plantación. Aprendió el arte de cultivar tabaco suavemente aromático, curándolo en alargados y bajos cobertizos, embalándolo en barricas y cargándolo en los barcos transoceánicos que atracaban en los

muelles de su padre. Se hizo una experta en calcular si el tabaco de la plantación sería más rentable vendiéndolo en Londres o en Bristol, adonde rara vez llegaban barcos procedentes de Virginia. Y, para sorpresa general, adquirió gran habilidad en la administración de esclavos, sabiendo cuándo comprar o vender y cómo utilizar mejor los peones asignados a las distintas tareas. Al cabo de un año de intenso estudio, se transformó en una eficiente directora de empresa, nunca severa ni arrogante, pero perfectamente conocedora de cuanto sucedía en su heredad.

Su padre, viendo su absoluta concentración, comprendió la sustitución que estaba realizando -administradora en vez de ama de casa-, y le turbó que una hija suya se viera forzada a seguir tan estéril camino. Empezó a tomarse un interés especial en ella y a hablar con ella más de lo que había hablado nunca con sus hermanas.

–No te preocupes, Bella Rosalind. Es cosa mía lograr que encuentres un marido.

–Ya he renunciado a eso.

–¡Nunca! Eres un melón demasiado precioso para marchitarte en la viña.

Ella aborreció la imagen, pero no dijo nada que pudiera desagradar a su padre; y se sintió azorada en grado sumo cuando descubrió que él había estado hablando de ella con diversos jóvenes de la región, ofreciéndoles una considerable porción de sus posesiones, incluida una franja de la orilla del río, si se casaban con su hija mayor. Nadie aceptó, pues aun con seiscientos acres y un amarradero a orillas del Rappahannock, aquella desgarbada muchacha no resultaba ninguna ganga, y ella lo sabía.

Por tanto, se sintió irritada cuando su padre continuó hablando del asunto.

–Bella Rosalind, te casarás antes de lo que imaginas.

–¿Qué ardides estás tramando ahora?

Él no respondió. En lugar de ello, atrajo hacia sí a su desangelada hija, llevándola a la sombra de la espaciosa casa que había construido para sus hijas y sus maridos.

–Mi buena Roz -murmuró, con un leve tono de reproche-, ¿crees que iba a permitir que la nieta de un caballero que cabalgó con el príncipe Ruperto…?

La decisión de Rosalind de vivir ceñida a la realidad significaba que aun las leyendas de su entusiasta padre debían ser sometidas a examen racional.

–Nuestro viejo nunca cabalgó con Ruperto, y en manera alguna podía considerarse un caballero.

–Tu abuelo…

–Tenía a su cargo los caballos de una posada, y muy audazmente dio seis de los mejores al príncipe Ruperto.

–Y en uno de esos seis cabalgó gloriosamente para luchar junto al príncipe en Marston Moor.

–El pobre hombre nunca estuvo en Marston Moor, afortunadamente para nosotros, porque estaba indudablemente borracho…, al menos yo nunca le vi sereno.

–Si yo digo que estuvo en Marston Moor, y lo digo un suficiente número de veces, estuvo.

Como muchas familias de Virginia, los Janney habían decidido que su glorioso antepasado, Chilton Janney, había sido un caballero que cruzó Inglaterra con Ruperto en aquel vano intento del infortunado príncipe por defender al rey Carlos I en su pendencia con los puritanos de Cromwell. Casi ningún miembro de la caballería de Ruperto emigró a Virginia después de la decapitación de Carlos, pero muchas familias establecidas en la costa, como los Janney del Rappahannock, aseguraban haberlo hecho. Sus corazones estaban con Ruperto, aun cuando sus antepasados no hubiesen estado. Tenían derecho, por extensión, a llamarse a sí mismos caballeros, pues creían firmemente que, de haber residido

en Inglaterra en aquel tiempo, habrían cabalgado, sin duda alguna, con el príncipe si éste se hubiera cruzado en su camino. De cualquier manera, se consideraban a sí mismos caballeros y se comportaban como tales, y eso era lo que importaba.

–Ciertamente, no tengo intención de permitir que la nieta de un caballero se marchite en la viña -observó Thomas Janney.

Rosalind, que nunca había estado más intensamente comprometida en el negocio de vivir, pensó: «Si alguien se está marchitando en una viña, es Letty. No lee nada, no se interesa por nada, y, cuando habla, no dice más que tonterías. Sin embargo, se supone que disfruta de plena lozanía en la viña porque tiene marido, y que yo me estoy marchitando porque no lo tengo.» En voz alta, dijo:

–Para una mujer inteligente, éste es un mundo al revés.

–¿Qué quieres decir?

No había tenido intención de entrar en explicaciones, pero sintió que debía desinflar las vanidades de su padre.

–¿Por qué es, padre, que cuando hablamos de nuestra familia tú enfocas siempre el tema como si nuestros comienzos estuvieran en la llegada de Chilton Janney al Rappahannock en la década de 1650? ¿Por qué no mencionas a Simon Janney, que fundó la familia a orillas del James en 1610?

Era tradicional entre los Janney del Rappahannock no mencionar nunca a Simon, que había vivido tan miserablemente entre los pantanos del James, y, por supuesto, tampoco a su esposa Bess, fornicadora convicta comprada a un capitán de barco. Sabían secretamente que varios aspectos de la vida de Simon tenían constancia en los archivos judiciales -su adquisición de tierra, su compra de esclavos, su discusión en torno a la propiedad de los campos situados a lo largo del Choptank y la forma en que compró a Fithian la gran finca situada a orillas del Rappahannock-, pero preferían pensar que esos asuntos permanecerían ocultos. Sin

embargo, previendo la posibilidad de su descubrimiento, le habían fabricado a Bess un linaje aceptable. Era ahora «Elizabeth Avery, hija de una próspera familia rural de Hants».

–No hablamos de esos Janney -dijo secamente su padre, pero se sabía que, cuando Simon y su huesuda esposa asumieron el control de la plantación, llevaron consigo a su demacrada hija Rebecca. Ella estaba allí cuando Chilton Janney huyó de los soldados de Cromwell; Chilton era primo suyo, hijo del hermano de Simon, y cuidaba las cuadras de una posada situada en el norte de Londres, y era un tipo inteligente, pues comprendió en seguida que lo más prudente para él era casarse con aquella desgarbada muchacha de los tres mil acres.

Demostró ser un marido excelente y empezó a alimentar regularmente a su esposa, la cual acabó adquiriendo formas redondeadas y convirtiéndose en una mujer respetable. Tuvieron cuatro hijos, entre ellos el expansivo padre de Rosalind, y en las plantaciones existentes a lo largo del Rappahannock había ahora Janney, descendientes del caballero.

–Padre -dijo Rosalind, mientras su padre se dirigía hacia el muelle-, eres un bribón. No vayas ofreciéndome por toda la comarca.

Su admonición fue en vano; una semana después, a la llegada de un barco tabaquero procedente de Londres, su padre anunció a toda la familia:

–¡Hoy es un día glorioso! ¡Hemos encontrado un marido para la Bella Rosalind!

La noticia, largo tiempo esperada, fue acogida con manifestaciones de alegría, y las hermanas de Rosalind se levantaron de sus asientos para besarla.

–Ahora nuestras familias pueden vivir juntas -exclamó Letty.

Pero su padre enfrió este entusiasmo diciendo:

–Roz no vivirá aquí. Se irá al otro lado de la bahía… a Maryland.

Los Janney contuvieron el aliento. ¡Maryland! Exiliar a la hija de una familia noble a Maryland era una condena sólo ligeramente menos grave que la muerte, porque Maryland era casi tan deplorable como Massachusetts. La noticia resultaba tan deprimente, que nadie supo qué decir.

Con estudiada cautela, Thomas Janney expuso las condiciones del trato que había concertado:

–Él es un distinguido caballero cuyos antepasados llegaron al río James cuarenta años antes de que los nuestros llegaran al Rappahannock, lo cual le confiere mayor nobleza. Posee dos mil acres…, una isla entera…, más otros cuatro mil a orillas de un río excelente…, esclavos, su propio puerto, acres de tabaco…

La forma en que se interrumpió, dejando suspendida en el aire la última sílaba pronunciada, daba a entender que luego vendrían las malas noticias.

–¿Qué edad tiene? – preguntó Missy.

–Ha estado casado antes.

–¿Tiró a su mujer al puerto? – preguntó Letty.

–Murió de parto.

–No nos has dicho qué edad tiene -insistió Letty.

–Goza de una posición espléndida… una importante plantación… Tiene cuarenta años.

Otro largo silencio, durante el cual Janney pudo ver cómo sus hijas calculaban lo viejo que era el propuesto novio en relación con su padre.

–Parece viejo.

–Es un marido -repuso Janney, recalcando la primera palabra.

Habló entonces Rosalind.

–¿Has estado con él?

–¿Cómo iba a hacerlo? Él está en Maryland.

–¿Cómo has sabido de él?

–Fithian. Escribí a Fithian a Londres.

–¡Oh, Dios mío -estalló Rosalind-, ahora me vas ofreciendo por las calles de Londres!

–¡No hables así! No es propio de una dama.

–Yo no soy una dama. Soy una mujer ultrajada porque su padre la ha estado pregonando como si fuese un cargamento de tabaco.

–Hemos estado intentando encontrarte un marido -replicó secamente Janney, y cuando apeló a los otros miembros de la familia los jóvenes asintieron; también ellos habían estado formulando ofertas a lo largo del río.

–¿Cuánto autorizaste a Fithian a pagar… si alguien aceptaba llevarme? – preguntó glacialmente Rosalind.

–¡Fithian me asegura que tu futuro marido no necesita dote!

Rosalind alineó cuidadosamente su cuchillo y su tenedor y, luego, preguntó:

–Hay una cosa importante. ¿Es de buena reputación?

–Sí. Fithian ha sostenido relaciones comerciales con su familia desde mucho antes que con la nuestra. Me recordaban… -su voz se convirtió en un susurro-. Su familia tuvo tratos con… el viejo Simon.

–Si voy a casarme con él, ¿no deberías decirme su nombre?

–Hay una cosa más, Roz. Es papista.

Y, antes de que ningún miembro de la familia pudiera protestar, añadió:

–Pero ha prometido que no tendrás que convertirte.

–Muy generoso -dijo inexpresivamente Rosalind.

Y su padre mostró una carta enviada por Fithian, en la que el novio había estampado su promesa por escrito:

Yo, Fitzhugh Steed, prometo por la presente que mi esposa Rosalind no será nunca obligada a convertirse al catolicismo.

Fitzhugh Steed

–¡Es un Steed! – exclamó alegremente Missy.

Y todos los jóvenes recordaron amigos que se hallaban emparentados con esta distinguida familia. Casi todos los hogares católicos existentes a lo largo de los grandes ríos de Virginia habían enviado alguna hija para contraer matrimonio con un Steed, y Letty exclamó:

–¡Eres una chica con suerte!

Pero Rosalind mantenía la vista fija al frente, pues no había tenido intención de casarse con un hombre de cuarenta años.

Así, pues, un día de setiembre de 1701, Rosalind Janney abandonó su hermoso hogar y descendió gravemente a] muelle de la familia, agarrando con fuerza las manos de sus sollozantes hermanas. Al llegar al trozo final de césped miró con aprensión en dirección a la pinaza en que habían sido cargados el día anterior los efectos personales que se llevaba a su nuevo hogar, pero en su lugar se alzaba un bello bergantín, con sus tres mástiles amarillos, su casco marrón y su línea de flotación de resplandeciente color azul. A popa, con letras de oro, figuraba el nombre Bella Rosalind. Era un regalo espléndido, lo suficientemente grande como para navegar hasta Londres; llegaría a su nuevo hogar con toda majestad.

Sus hermanas le dieron un beso de despedida; sus cuñados hicieron también lo mismo, con una cierta sensación de alivio. Su padre le abrazó:

–Recuerda siempre: eres una Janney de Virginia. Tu abuelo cabalgó con el príncipe Ruperto. Sé orgullosa. Sé una buena esposa. Y enseña a tus hijos que descienden de un alto linaje. Son caballeros.

Ella continuó mirando a su familia, apiñada en el muelle, hasta que se convirtieron en lejanas figuras de un crepuscular cuento de hadas. Cuando se desvanecieron, observó cada casa, cada árbol a lo largo de aquel río que tanto amaba, y, luego, el río se desvaneció, y

finalmente la misma Virginia, sumida en la niebla, y empezó a llorar.

Estaban ahora en la bahía, aquella grandiosa e impresionante extensión de agua, y sintió que su vida estaba siendo desgajada en dos: la dulzura del pasado era irrecuperable; la humillación del presente, ineludible. ¡Dejar Virginia por las selvas de Maryland! ¡La donosura del Rappahannock por Dios sabe qué río salvaje! ¡Y la dulce capilla inglesa por la misa romana! Santo Dios, ni en Virginia ni en Inglaterra puede un papista desempeñar un cargo público, ¡y aquí estoy yo casándome con uno! ¿Fue jamás obligada una joven a un matrimonio peor?

Gritó a sus indiferentes esclavos:

–Es terrible para una mujer ser puesta en venta.

Fue esta última palabra lo que le hizo volver su atención hacia ellos: ¿Cómo encontrarían el camino de regreso a Virginia? Y preguntó al capitán blanco:

–¿Cómo volverán los marineros?

–Pertenecen al barco -respondió el capitán, y sólo entonces comprendió Rosalind que su padre le había dado no sólo aquel magnífico barco nuevo, sino también los doce esclavos necesarios para tripularlo. Ella había esperado llevarse a sus tres costureras. ¡Pero también los hombres! Aquélla era la dote de una princesa.

A la mañana siguiente, como buena empresaria, dedicó su atención a la navegación de su bergantín; si aquél iba a ser su barco, necesitaba conocer sus secretos, y no era fácil, pues se trataba de una embarcación poco corriente. Tenía un mástil normal, con aparejo de cruzamen, naturalmente, y un palo mayor con el mismo aparejo, y conocía este tipo de velas. Pero, inmediatamente detrás del palo mayor, y tocándolo casi con las cuerdas, se elevaba un curioso tercer mástil del que pendían velas dispuestas en sentido longitudinal, y tan pronto como comprendió los beneficios que

derivaban de esta combinación, se dio cuenta de que pocos barcos podrían superar al suyo en capacidad de maniobra.

Estaba de buen humor cuando su bergantín se situó al socaire de la isla Devon, dobló el promontorio oriental y viró hacia el Oeste para enfilar el río. Mientras avanzaba lentamente aguas arriba, tuvo oportunidad de inspeccionar su nuevo hogar: un roble gigante, un césped tan bello como cualquiera de los de Virginia, una casa de madera que hablaba de décadas de vida excitante, y, en el muelle, un atractivo hombre de cuarenta años, de pelo rubio y modales plácidos, y, a juzgar por su porte, probablemente vanidoso y autocomplaciente. Junto a él se encontraba una muchacha que fue quien primero le saludó. Haciendo una graciosa reverencia, extendió la mano y dijo:

–Soy Evelyn, tu nueva hija.

El hombre sonrió y alargó la mano para ayudarla:

–Hola -saludó-. Soy Hugh Steed.

Rosalind, mirando a la atractiva pareja, comprendió lo fea que debía de parecerles. Sentía la impresión de que formaba parte de la conspiración, las personas hermosas aliadas contra las feas, pero se sentiría perpetuamente agradecida al hecho, de que, si se sentían decepcionadas, habían tenido la buena educación de no demostrarlo. Trató de sonreír.

–Yo soy Rosalind Janney.

Pero cuando salió al muelle y se situó junto a aquellos dos espléndidos seres, experimentó toda la vergüenza de ser una novia carente de atractivo. Se preguntó con desmayo si podría llevar adelante aquel asunto, aquel matrimonio concertado por Fithian desde el otro lado del océano, pero luego apretó los dientes, dejó que Fitzhugh Steed la besara y pensó sardónicamente: «Valor, mocita. Eres la nieta de un caballero que cabalgó con Ruperto en Marston Moor.»

VENGANZA DE ROSALIND

Cuando Rosalind Janney echó a andar desde el muelle de la isla Devon hacia la casa de la plantación y vio su extraña forma, con adiciones posteriores extendiéndose por la cuesta, tuvo la extraña sensación de haber sido transportada a través de la bahía para poner orden en aquella familia y que sin ella no podría lograrse. La casa Steed necesitaba de armonía, y también sus habitantes. Recogiéndose la falda con la mano izquierda, se dirigió a su tarea.

Fitzhugh, puntilloso en sus atenciones y tratando afablemente de hacer que su futura esposa se sintiera como si realmente fuese la señora de la isla, la llevó al porche de madera, se detuvo para que ella pudiera volver la vista hacia el río y su actividad, y dijo solemnemente:

–Todo esto será tuyo. Está esperando que le dediques tu atención.

Ante esta muestra de generosidad, ella sintió deseos de apretarle la mano, pero le contuvo la presencia de esclavos cargados de fardos. En lugar de ello sonrió, mostrando los firmes y blancos dientes que siempre parecían tan grandes.

–Gobernar una plantación es un trabajo monstruoso. Pareces haberlo hecho bien sin mí.

Él rió entre dientes y dijo a su hija:

–Enséñale sus aposentos a tu nueva madre -y se fue, ondeando a la luz del sol su chaqueta ribeteada de encaje.

Evelyn Steed era más afable aún que su padre. Era una descarada princesita, burbujeante de aplomo y positivamente ansiosa de ayudar a la recién llegada a establecerse adecuadamente. Cogiendo de la mano a Rosalind, la llevó a través de oscuros pasillos hasta un espacioso dormitorio que daba sobre el riachuelo, y luego, cuando hubiera sido el momento de soltar la mano de Rosalind, le cogió también la otra y se la apretó con fuerza.

–Te hemos necesitado mucho -exclamó, impulsivamente-. Todos nos alegramos de que hayas venido.

–Eres una sorpresa -dijo Rosalind, conmovida por la sinceridad de la muchacha-. No sabía que tu padre tuviese una hija tan encantadora.

–¿Y Mark? ¿También te lo han ocultado?

–¿Quién es Mark? ¿Tu hermano?

–Mayor que yo, y está en St. Omer.

–¿Dónde está eso?

–En Francia. Todos los chicos católicos estudian en St. Omer. Si sus padres tienen barcos. O acceso a ellos.

–Me gusta la forma en que utilizas la palabra acceso, Evelyn. Parece que has recibido buena instrucción.

–A padre le encanta usar palabras altisonantes. Dice que un caballero debe hablar con precisión.

Al decir esto, pirueteó por la habitación y, luego, se detuvo de pronto y volvió a coger las manos de Rosalind.

–La soledad ha sido terrible aquí…, sin madre y con Mark en Francia…

–Tu madre…

–Murió. Hace años ya -volvió a evolucionar con ligereza-. Y, desde entonces, padre ha estado tan completamente solo como yo.

Fue a detenerse enfrente de Rosalind y preguntó:

–¿Cuántos años tienes?

–No los suficientes como para ser tu madre, no demasiados para poder ser tu hermana.

–¡Me gustan las adivinanzas! Veamos -giró en torno a Rosalind, observándola desde todos los ángulos-. Tienes veintisiete.

–Uno menos.

–Es una bonita edad. ¿Pero no es un poco avanzada para casarse? – sin esperar respuesta, añadió-: ¿Has estado casada antes? – y, nuevamente sin esperar-: ¿Sabes? Padre ya está impaciente por casarme y ha estado escribiendo a los Claxton, al otro lado de la bahía. ¿Los conoces? En Annapolis.

–¿Cómo voy a contestar si me haces tantas preguntas y tan rápidamente?

Y Rosalind atrajo a la excitable muchacha hacia la cama, junto a ella, y se sentaron las dos allí, con los pies colgando, para dar respuesta a las insistentes preguntas.

–Mi matrimonio ha llegado tarde, Evelyn, porque soy poco atractiva. Mis hermanas menores eran tan lindas como tú y se casaron aproximadamente a tu edad. Yo no he estado casada antes. Y difícilmente podría conocer a ningún Claxton de Annapolis cuando soy de Virginia, que está a mucha distancia.

Pero se dio cuenta de que estaba hablando con voz tensa e, incluso, un poco irritada, así que suavizó el tono y preguntó:

–¿Es un hombre agradable?

–Nunca le he visto. Nunca he visto a ningún Qlaxton. Todo se está haciendo por carta.

–Como en mi caso -dijo Rosalind.

–¿Tú también? – los rizos de la muchacha fulguraron en el aire mientras se volvía a mirar a Rosalind y se echaba a reír-. ¡O sea, que eres una novia por correspondencia!

–Vía Londres.

–¿Qué quieres decir?

–Tu padre preguntó a los Fithian si tenían un novio, y ellos contestaron…

–¿Tú también eres Fithian? – exclamó alegremente Evelyn, y revoloteó por la habitación, haciendo burlonas presentaciones-. Miss Fithian, le presento a Miss Fithian.

Pero su risa cesó bruscamente y dijo en voz baja:

–Quizá sea permisible ser una novia por correspondencia cuando se tienen veintiséis años. A mi edad, me gustaría verle, por lo menos.

–¡Y le verás! – exclamó impulsivamente Rosalind, recordando su propia reacción ante una situación similar.

–No cedas -suplicó la muchacha-. No cedas, por favor.

–Espera un momento, Evelyn. No estamos formando equipo contra tu padre.

–Es un encanto… -vaciló-. ¿Cómo debo llamarte? ¿Madre? ¿O qué?

–Debes llamarme Rosalind. Soy Rosalind Janney, y pronto seré Steed.

El nuevo bergantín fue enviado a Annapolis para recoger un sacerdote, y el cuarto día de su estancia en Devon Rosalind fue atendida por Evelyn, que le ayudó a vestirse para la boda.

–Confieso que estoy muy nerviosa, Evelyn. No tengo ni idea de lo que es una ceremonia católica.

–Ni yo tampoco -respondió la muchacha.

Estaba más colorada que de costumbre, más excitada que su futura madrastra, y no pasó mucho tiempo antes de que Rosalind supiera por qué.

–El padre Darnley es de Annapolis. Estoy segura de que él podrá hablarme de Regis.

–¿De quién?

–De Regis Claxton. El chico con el que voy a casarme algún día.

–Pregúntale -dijo Rosalind-, y si te da apuro, lo haré yo.

–¡No tengo miedo! Quiero hablar con él.

Así, pues, Rosalind fue vestida por Evelyn y sus tres doncellas negras, y, aunque su estatura no les permitió convertirla en la tradicional novia delicada, los encajes que le pusieron y las flores que le colocaron en los brazos creaban una sensación de alegría, y se sentía segura de sí misma al salir del dormitorio y dirigirse hacia donde se encontraban Fitzhugh y el sacerdote.

La ceremonia le sorprendió; era casi idéntica a la de sus hermanas en la Iglesia de Inglaterra, y el padre Darnley, hombre corpulento y de modales sosegados, hizo todo lo razonable para

que se sintiera a gusto. Cuando las oraciones finalizaron, ella pidió hablar a solas con él y Fitzhugh.

–Nuestros hijos serán educados como católicos. Y yo asistiré a misa con mi marido pero creo que lo mejor es que no me convierta.

–Yo no ejerceré ninguna presión en tal sentido -le aseguró Steed.

–Ni yo tampoco -dijo el padre Darnley.

Había vivido en Maryland demasiado tiempo para conservar el celo misionero de su juventud, y en los últimos años había visto demasiado de la trágica lucha entre católicos y protestantes como para creer que fueran a volver los viejos tiempos de dominación católica.

–¿Se da cuenta -preguntó, mientras doblaba sus vestiduras ceremoniales- de que, cuando nuestra capital fue trasladada de St. Mary a Annapolis, se ordenó que permanecieran varios guardias apostados en la plaza central con la misión de impedir que ningún católico pasara por la calle existente ante los nuevos edificios… para que no los profanásemos?

–¿Es posible que sea cierto eso? – preguntó Steed.

–Lo sigue siendo -afirmó Barnley, y ambos se echaron a reír.

–¡Mis pisadas ponen en peligro al Estado! – exclamó Steed.

Meneó la cabeza y, luego, advirtió a su esposa.

–Ya ves el infame círculo en que estás entrando.

–Mis hermanas me despidieron como si abandonase el mundo conocido.

–En cierto sentido, así es -dijo el sacerdote-. Pero le resultará grato vivir aquí, en Maryland…, con los Steed y su promesa de grandeza, y los católicos y su promesa de inmortalidad.

Vaciló unos instantes, lo suficiente para dar la impresión de que lo que había dicho era una broma.

–Estoy hambriento. Debemos comer…, y no me ofendería si también bebemos algo.

Rosalind dispuso las cosas para que el padre Darnley se sentara junto a Evelyn, y durante la comida, servida por once negros, observó a su nueva hija y vio con satisfacción que sostenía una animada conversación. Hacia el final del banquete se acercó al sacerdote por el otro lado y preguntó:

–¿Qué ha podido decirle de los Claxton?

–Una espléndida familia católica, muy bien considerada en Annapolis.

–¿Y Regis?

–Un buen católico.

Dijo esto con una cierta entonación descendente, como si eso fuera todo lo que podía decir del joven, o todo lo que quería decir.

–¿Pero no una excitante perspectiva como marido? – preguntó Rosalind, sin rodeos.

–¿Excitante? No. ¿Digno de confianza? Sí.

–Comprendo -dijo Rosalind, y, por la forma en que se volvió para atacar su tarta de níspolas, se dio cuenta de que no le haría más confidencias. En su alfabeto humano, el joven Claxton ocupaba el lugar de la zeta.

Terminaba ya el día. Varios esclavos retiraron los restos del festín y se encendieron hogueras en el barrio negro, donde se ofrecieron trozos de la tarta nupcial a las mujeres que llegaban de los campos. En el estero de Devon se congregaban ruidosamente los primeros gansos silvestres del otoño, y soplaba desde la bahía la primera brisa realmente fría. El sacerdote se quedó solo junto a un rincón de la chimenea, y, en su dormitorio, Evelyn se deshizo el peinado y meditó en las infaustas noticias que había oído ese día en relación con su futuro marido.

En la alcoba nupcial, Fitzhugh Steed, de cuarenta años, experimentaba una especie de alivio. Desde el instante mismo en que murió su esposa, una niña supremamente estúpida e inepta para la tarea de vivir en una isla y criar a dos hijos, había sabido que

debía volver a casarse: la plantación se había hecho demasiado grande y demasiado diversa para poder dirigirla con facilidad, y, si quería que prosperase, debía dedicarle toda su atención, en lugar de distraerse con problemas domésticos.

Muchas familias, tanto de Maryland como de Virginia, habían querido emparentar con los Steed de Devon, y se habían propuesto varios matrimonios, pero él no quería más novias necias; una era suficiente para una vida. Necesitaba alguien exactamente como Rosalind: mayor, de buena familia y que hubiera pasado la edad de la tontería romántica. Necesitaba alguien que supervisara la boda de Evelyn y la iniciación de Mark en las tareas necesarias para dirigir la plantación. En cuanto a él mismo, había desarrollado varias disposiciones, que estaban resultando satisfactorias, y no buscaba en una nueva esposa nuevas complicaciones, pero también comprendía que si volvía a casarse, tendría que hacer honor a ciertas obligaciones implícitas, especialmente las relacionadas con la cama, y se proponía hacerlo, aunque se sentía impulsado a ello más por el deber que por la pasión.

Por consiguiente, mientras Rosalind se desnudaba detrás de un biombo, él se despojó rápidamente de su traje de boda y se metió en la cama, donde la esperó. Cuando ella llevó su vela a la mesita de noche, con los oscuros cabellos flotándole sobre los hombros, parecía casi presentable, y él exclamó desde la almohada:

–¡Roz! ¡Estás guapísima!

Y extendió la mano. Nunca olvidaría ella ese gesto. A menudo se preguntaba qué esfuerzo había necesitado para hacerlo, pero se sentía agradecida porque lo hubiese hecho.

–Quiero ser una buena esposa -dijo, mientras apagaba de un soplo la parpadeante luz.

–Serás la mejor -le aseguró él, atrayéndola hacia la cama.

Una ventosa tarde del día de Año Nuevo, 25 de marzo de 1702, Rosalind informó a su indiferente marido que estaba embarazada, y

en el mes de setiembre siguiente dio a luz un hijo, Samuel. En los años posteriores se preguntaría con frecuencia qué milagro le había permitido tener hijos de su extraño y tímido marido; de hecho, tendría tres, dos chicos y una chica, y cada embarazo parecería un accidente, resultado de un acto que carecía de sentido y, ciertamente, de todo significado espiritual. Una vez, resumió su situación del modo siguiente: Si Fitzhugh poseyese una valiosa vaca, se sentiría responsable de hacerla engendrar un buen toro. Siente lo mismo respecto a mí. Pero luego frunció el ceño: «Yo soy digna de algo mejor.» Y juró que siempre demostraría serlo.

Después del nacimiento de su primer hijo, Rosalind empezó a pedir insistentemente a su marido que se le permitiera inspeccionar todas las posesiones. Al principio Fitzhugh supuso que se refería a los graneros y los campos de la isla Devon, y se sintió irritado cuando ella le dijo una mañana:

–Hoy me gustaría ver el almacén del embarcadero.

Cuando recorrió el asentamiento conocido ya en los documentos oficiales como Gran Ciudad de Patamoke, quedó impresionada, pues, aunque apenas era poco más que un pueblo, se apreciaba en él una extraordinaria actividad. La taberna del muelle era espaciosa; el «Almacén Steed» era de grandes dimensiones; el «Astillero Paxmore» ocupaba por completo el extremo oriental, y se estaba construyendo un nuevo tribunal, con su poste de flagelación, su cepo y su silla de chapuzamiento. La ciudad se componía de una sola calle, que discurría paralelamente al puerto y se hallaba interrumpida por una amplia plaza abierta pero rodeada de postes clavados en tierra.

–Ése es nuestro mercado de esclavos -señaló orgullosamente Fitzhugh-. Hacemos un honrado negocio ahí.

Pero Rosalind pensó: «Comparado con la forma en que dirigíamos nosotros nuestra plantación del Rappahannock, no hacéis ningún negocio. Pero eso cambiará.»

Sus energías se dirigieron a la isla Devon, y cuanto más veía la descuidada forma en que los diversos Steed desempeñaban sus responsabilidades, más se asombraba de que sobreviviera. Había poco método y menos lógica; los seis mil acres estaban plantados de manera desordenada, y los dieciocho sirvientes blancos y los treinta y cinco esclavos eran arbitrariamente asignados a tareas que podrían, o no, resultar productivas. Los dos barcos transoceánicos rara vez zarpaban de Devon ni de Bristol con cargas completas, y nadie asumía la responsabilidad de aprovechar al máximo su capacidad. Se dejaba todo al azar, y el hecho de que Devon continuase existiendo, se debía más a su magnitud que a su buena administración.

Rosalind se propuso cambiar esto. Empezó primero con la casa misma, una desordenada estructura que había adquirido dimensiones difíciles de manejar. Llamó a los hermanos Paxmore, que acudieron desde su astillero de Patamoke, y pidió su consejo sobre lo que podría razonablemente hacerse para dar coherencia al lugar, manteniéndose junto a ellos mientras estudiaban la situación. Le advirtieron que se sentían reacios a aceptar nuevos encargos, ya que la construcción de grandes barcos y otras embarcaciones más pequeñas ocupaban toda su atención. El hermano mayor, que llevaba la voz cantante, dijo:

–Pero estamos en deuda con los Steed y nos sentimos obligados. Veamos qué se puede hacer.

No estaban muy ilusionados con las posibilidades; habría que suprimir muchas de las excrecencias accidentales, pero, en un momento dado, oyó decir a uno de los hermanos:

–Es una pena que no haya una fuerte estructura central. Entonces podríamos aplicar la técnica telescópica.

Le preguntó qué significaba aquello, y él respondió:

–Ven con nosotros al acantilado, y te lo explicaremos.

Así, pues, cruzó por primera vez el río hasta Acantilado de la Paz y subió por el sendero de conchas de ostra hasta la sencilla y tranquila casa que se alzaba en el promontorio, y tan pronto como la vio, comprendió lo que querían decir los hermanos al utilizar la palabra telescópica. La humilde casa construida en 1664 por Edward Paxmore seguía siendo sólida, pero después de su muerte las familias, en constante crecimiento, de sus cuatro hijos, necesitaron espacio adicional, por lo que se había agregado un bloque más amplio de cuatro habitaciones, con una línea de tejado más elevada.

Y cuando prosperó el astillero, se había añadido una verdadera casa, con un tejado más elevado aún.

El resultado era una casa alta y sólida a la izquierda, según se acercaba uno, unida a una sección media menor, que se hallaba, a su vez, unida a una tercera visiblemente más pequeña. Los tres edificios semejaban un telescopio plegable.

–Un gigante podría encajar los tres -dijo aprobadoramente Rosalind, mientras observaba el diseño-. Es pulcro, eficiente, agradable a la vista y perfecto para este acantilado.

Todavía le impresionó más la sencillez con que funcionaban las tres partes, y, cuando terminó de examinar la última y escrupulosamente aseada habitación, dijo:

–¿Podríais hacer lo mismo para mí?

–No -respondió Paxmore-. Solamente puedes construir así si la primera casa es sólida y ordenada.

–¿Y no se puede hacer nada con la nuestra?

–¡Claro que sí! Tiene una situación soberbia…

–Sé que su situación es buena. Pero, ¿y la misma casa?

–Nunca podrá tener esta línea tan sencilla -respondió él-. Pero puede adquirir su propio encanto.

–¿Cómo?

–Derribando las partes feas.

Era así de sencillo. Para conseguir una casa hermosa era esencial que no se se reparasen las partes feas, sino derribarlas por completo. Rosalind estaba dispuesta a hacerlo, pero, mientras trabajaba con los esclavos en la tarea de eliminar las excrecencias, nunca dejó de tener presente la solemne pureza de la casa cuáquera, y, cuando llegó el momento de empezar a reconstruir, preguntó a los hermanos Paxmore si podía volver al acantilado para refrescar el recuerdo de lo que trataba de conseguir.

Fue en esta segunda visita cuando conoció a Ruth Brinton Paxmore, de sesenta y nueve años a la sazón.

–Ésta es nuestra madre -dijo el más joven de los Paxmore, y a Rosalind le agradó desde el primer momento aquella pulcra anciana vestida con el austero color gris de los cuáqueros.

Llevaban hablando menos de diez minutos, cuando Ruth Brinton interrumpió las trivialidades.

–¿Tienes algún plan en Devon para la manumisión de tus esclavos?

–¿La qué?

–¿Cuándo te propones dar la libertad a tus esclavos?

La pregunta era tan sorprendente, referida a un tema del que Rosalind no había oído jamás hablar, que no supo qué responder, pero el hijo mayor alivió su confusión, explicando, con evidente azoramiento:

–Madre siempre pregunta a la gente sobre los esclavos. No debes preocuparte.

–Claro que debes preocuparte -replicó la anciana-. Es una pregunta a la que todos debemos enfrentarnos.

Hablaba con tal sinceridad, con tan evidente fuego de conciencia, que Rosalind dijo bruscamente a los hermanos:

–Id a vuestros asuntos. Vuestra madre y yo queremos hablar.

Hablaron durante dos horas, comentando primero las trivialidades de la cocina y, luego, las profundidades de la Iglesia.

–Yo tuve la bendita suerte de conocer al tío abuelo de tu marido, el padre Ralph. Hablábamos con frecuencia del catolicismo, y casi me convenció de que, si no fuese cuáquera, debería ser católica. Yo creo que lo más acertado es que eduques a tus hijos como católicos. Es la tradición de los Steed. Mis hijos se han casado con cuáqueras, afortunadamente, pero no me habría importado que fuese de otra manera.

–¿Cuántos hijos tenía usted? Tiene -se corrigió Rosalind.

–Dos chicos, que dirigen el astillero. Una hija, y, mucho más tarde, otra. Sus maridos trabajan también en el astillero.

–¡Qué suerte!

En aquellas dos horas, Rosalind aprendió sobre los Steed más cosas de las que había averiguado jamás en las conversaciones con su marido: la extraordinaria calidad del padre Ralph; la minuciosidad de Henry, que había edificado la fortuna de la familia; y el curioso comportamiento de su hijo, el capitán Earl, que había luchado contra los piratas, establecido los contactos marítimos y vivido en Inglaterra tanto como en Maryland.

–Amaba el mar, y no se le debía haber exigido que dirigiese una plantación. Ésta empezó su decadencia bajo el mando del capitán Earl.

–Debió de morir joven.

–Como director de plantación murió joven. Casi al principio. Pero como capitán naval debió de llegar a los cincuenta.

–¿Qué ocurrió entonces?

–El azote de nuestros mares. Piratas. Dos de ellos se introdujeron en este río.

–Sí. Evelyn me habló de ellos. Dijo que eran cuáqueros.

La anciana se echó a reír, y Rosalind quedó sorprendida del vigor de sus respuestas.

–¡Sí, cuáqueros! Eran fraudulentos en todas las cosas y robaban a todo el mundo. El capitán Earl los persiguió y dio muerte al

inglés Griscom. El francés Bonfleur escapó y continuó siendo el intolerable malvado que todavía es. Año tras año estuvo buscando venganza, y un día capturó el barco de tu padre frente a las costas de Barbados… Lo que quiero decir es que el capitán Steed era el padre de tu marido. Capturó el barco; mató a tres de los pasajeros y envió a Maryland a los otros tres para informar que Earl Steed había sido torturado durante dos días y, luego, arrojado a los tiburones.

–¡Dios mío! – Rosalind sacó un pañuelo, que se llevó a la boca-. Mi marido nunca me dijo…

–Yo te aconsejaría, Rosalind, que no usaras el nombre del Señor en vano. Esto no es Virginia, y podrías buscarte complicaciones.

–¿No hubo represalias?

–Cuatro barcos construidos por mis hijos han sido apresados por piratas. Saquean a su antojo.

–Habla como si debieran ser castigados…, incluso ahorcados. Yo creía que los cuáqueros…

–Buscamos la paz. Pero también nos protegemos contra los perros rabiosos. Siempre he pensado que cuando tu padre mató a aquel monstruo, Griscom, ojalá hubiera matado también a Bonfleur.

–¿No es ésa una confesión extraordinaria, Mrs. Paxmore?

–Es muy difícil, Rosalind, conciliar la fe con la pasión humana -vaciló, frunció el ceño y quedó en silencio.

–¿Qué ejemplo iba a poner?

–¿Estás capacitada para oírlo?

–Sí.

–Tengo sesenta y nueve años…

–¿Y eso excusa su franqueza?

–Creo que si.

–Entonces, dígame lo desagradable.

–No es desagradable, Rosalind. Es la clase de problema con que Dios nos pone a prueba.

–¿Por ejemplo…?

–Creo que debes asumir la responsabilidad de los otros hijos de tu marido.

Sin alterar siquiera el tono de su voz, Rosalind preguntó:

–¿Dónde están ahora?

–En la marisma -respondió Ruth Brinton-. En las ciénagas de la desesperación humana.

–¿Qué marisma?

–La marisma de Turlock…, la que está al otro lado del recodo del Choptank.

Y procedió a instruir a Rosalind acerca de un tema al que nunca se había aludido en Devon.

–Un preso llamado Turlock escapó a la marisma hace muchos años, antes de que Edward y yo llegásemos aquí.

–¿Qué hizo allí?

–Engendró. Con cualquier mujer a la que podía ponerle la mano encima engendró una caterva de hijos infames…, imbéciles, criminales, descarriados… y algunos dignos de salvación.

–¿Por qué he de relacionarme yo con ellos?

–Porque… -vaciló y, luego, dijo rápidamente, con otro tono de voz-. El viejo Turlock encontró en alguna parte una mujer sueca, y ella tuvo una zarrapastrosa hija llamada Flora, y Flora tuvo una igualmente zarrapastrosa llamada Nelly, y es esa Nelly…

–¿Dónde la conoció mi marido? – preguntó sosegadamente Rosalind.

–En la marisma. – La anciana hablaba sin tono de reproche-. No se le puede censurar por ello, Rosalind. Como seguramente sabes, su esposa era una pobrecilla, capaz sólo de realizar un único trabajo, la generación de dos magníficos hijos. Evelyn es

estupenda, como sabes, pero Mark es un campeón. Así que su padre se fue a la marisma, y allí es donde están sus tres hijos.

–¿Fue hace mucho eso?

–Es de ahora. Uno de ellos es un bebé.

Por alguna razón inexplicable, Ruth Brinton podía divulgar un hecho así sin que pareciera estar dando pábulo al escándalo; quizá se debía a que daba testimonio con tan absoluta integridad. Como quiera que fuese, informó a Rosalind de las prolongadas relaciones y de los hijos nacidos de ellas. Eran estos hijos y no el comportamiento de sus padres lo que interesaba a la vieja moralista.

–Nelly Turlock no está capacitada para educarlos. Con ella se convertirán en ciervos de la marisma.

–¿Cómo es ella?

–Hermosa, desde luego.

–¿Ha vivido alguna vez en Devon?

–¡Cielos, no! Fitzhugh no consentiría en dejarla entrar en la casa… Es como si fuese una de sus esclavas. Puede acostarse con ella, pero, ciertamente, nunca…

–Me ha dado usted mucho en que pensar -dijo Rosalind.

–Vivirás mucho tiempo en este río -dijo la anciana-, y te enfrentarás a muchas obligaciones. Tu marido. Sus hijos. Los tuyos. La vida consiste en hacer avanzar todo. Todo.

–Había venido a ver su casa -dijo Rosalind, mientras se despedía de la vieja cuáquera-, pero ha sido la mía lo que he visto.

Durante el viaje de regreso a Devon trató de valorar lo que había aprendido, intentando formular alguna especie de respuesta racional: Evelyn Steed era una muchacha admirable, digna del más profundo amor, y Mark, a quien aún no conocía, prometía igualarla; Fitzhugh se estaba revelando exactamente lo que parecía, un hombre autocomplaciente y moderadamente incapaz, satisfecho de simular administrar una plantación o un matrimonio; su propio

hijo prometía ser inteligente, y tendría que confiar en él, así como en los demás que pudieran venir. No veía ninguna utilidad en hacer saber a Fitzhugh que conocía su comportamiento, ni le turbaba tampoco haberlo descubierto. En las plantaciones de Virginia era frecuente que los amos se enredasen con bellas esclavas núbiles, y las esposas prudentes habían aprendido que ignorar el problema era la forma más sensata de tratarlo, y la más eficaz; el apasionamiento rara vez duraba lo suficiente como para resultar públicamente embarazoso, y, si nacían hijos de esas relaciones, se les podía ocultar entre la población de la plantación o venderlos discretamente más al Sur. Sobreviviría a Nelly Turlock, pero le preocupaba una sola cosa de lo que Mrs. Paxmore había dicho. Rosalind había preguntado si las relaciones de Fitzhugh con la chica Turlock habían tenido lugar hacía mucho tiempo, y Ruth Brinton había respondido: «Es de ahora.» Ella pensó: «Si va a continuar, conmigo en la casa como su esposa…» Y empezó a construir un edificio de ultraje moral, aumentado por el súbito recuerdo de que Mrs. Paxmore había dicho que uno de los hijos de la marisma era todavía un bebé: «¡Debe de haber sido concebido mientras yo vivía con él! – Comenzó a crecer su furia, pero no tardó en soltar la carcajada-. ¡Qué estupidez! Me induzco a mí misma a creer que no se trata de nada más serio que de acostarse con una esclava…, lo que sucediera en el pasado no era responsabilidad mía. Pero me siento ultrajada porque está sucediendo en el presente. Debo ignorarlo igual.

Y con estos pensamientos fue como empezó su paulatino alejamiento de Fitzhugh Steed. Si él prefería retozar en la marisma a vivir seriamente en la plantación, y si necesitaba la transitoria belleza de su criatura salvaje en lugar de la serena seguridad de una esposa educada, peor para él. Empezó a construir las firmes defensas con que muchas mujeres se protegen de los fracasos de alcoba. En lo sucesivo dedicaría su atención a los jardines.

La creación de su famoso jardín se vio retrasada, pues cuando empezó a delinear sus senderos por medio de estacas clavadas en el suelo, acertó a levantar la vista, y allí estaba su hija Evelyn, de diecisiete años a la sazón y con todo el esplendor de las flores de otoño.

–¡Es terrible! – exclamó impulsivamente Rosalind, levantándose para abrazar a su hija-. Me estoy preocupando por un jardín e ignorando el capullo más precioso de todos.

Besó a Evelyn, y aquella noche, en la mesa, dijo a Fitzhugh:

–Mañana empezaremos a buscarle marido a esta chica.

Y él respondió:

–No te preocupes. Ya he mandado a buscar al chico de los Claxton al otro lado de la bahía.

Pero cuando los esclavos de Steed llegaron a Annapolis con la invitación, el joven les dijo: «No quisiera cruzar Chesapeake hasta que calme el tiempo», y regresaron sin los Claxton.

Cuando esta heroica respuesta fue repetida en la mesa, Evelyn enrojeció; ella había navegado por el Choptank en toda clase de condiciones meteorológicas. Rosalind exclamó, airadamente:

–¡Santo cielo! Si yo fuese un joven a punto de ver por primera vez a mi amor… -hizo una pausa para calcular lo que podría hacer y, luego, añadió lentamente-: Creo que me metería en el corazón de un huracán.

–Estoy seguro -convino Fitzhugh-. Pero Regis llegará a su debido tiempo, y nuestra pollita se casará.

Dos semanas después, con la bahía ya en calma, llegó de Annapolis una embarcación en la que viajaba, no Claxton, sino el padre Darnley, el cual informó a los Steed que «el joven Regis y su madre cruzarán la bahía cualquier día de éstos».

–Una situación lamentable -gruñó Rosalind-. El sacerdote apareciendo antes que el novio.

Pero Fitzhugh le recordó:

–Los Claxton son una familia importante y deben ser tratados con respeto.

–¿Por qué diablos tiene que ser llevado un muchacho a su boda por su madre?

Nadie respondió, pues Evelyn se sentía mortificada, y Fitzhugh estaba irritado por la franqueza de su mujer, y el padre Darnley, que desempeñaba la función de sacerdote de los Claxton, juzgó prudente no exponer lo que pensaba sobre el asunto.

–Muy buena sopa -comentó.

Y cuando Rosalind trató de captar su mirada, esperando alistarse en su causa, clavó la vista en el plato. Pero cuando concluyó la comida le fue imposible escapar, pues mientras se dirigía a rezar sus oraciones vespertinas junto a la chimenea, ella le cogió de la mano y murmuró:

–Padre, esta boda no debe celebrarse.

Pero él guardó silencio.

Así, pues, cuando la bahía estuvo en calma, como un estanque protegido por los bosques, llegaron los Claxton, pero su encuentro con los Steed no resultó agradable. Mrs. Claxton, de una encumbrada familia poseedora de amplias tierras, condujo a su hijo, de mentón retraído, por el sendero que subía desde el muelle de Devon y le situó en posición de ser saludado por su prevista novia. El muchacho sonrió afectadamente, un tanto azorado, y confundió a Rosalind, su futura suegra, con Evelyn; no parecía percibir las grandes diferencias de belleza que las separaban, y, cuando su madre le corrigió, volvió a sonreír.

«¿Puede un tipo así venir seriamente a cortejar a mi hija? –pensó Rosalind, y dio comienzo a las maniobras destinadas a lograr que aquella desagradable pareja se volviera a casa con las manos vacías.

–Pasen -dijo expansivamente-. Éste es mi marido, Fitzhugh, y estoy segura de que, por las cartas de Fithian, saben que ésta tiene

que ser Evelyn.

Derrochó alabanzas sobre los Claxton, asegurándoles que su fama había circulado por toda la Orilla Occidental.

–Son ustedes conocidos como una de las familias realmente grandes de Maryland, y es un honor para nosotros el que hayan venido a visitarnos. El padre Darnley nos habló también de su piedad.

Evelyn se dio cuenta de que su madre estaba induciendo a los Claxton a reacciones de fatuidad, y así fue.

–En realidad, no somos una de las principales familias. Los Dashiell poseen una plantación mucho mayor.

Rosalind prestaba especial atención al joven, colmándole de irónicos halagos, de los que él no sabía defenderse. En un momento dado, le dijo:

–El padre Darnley nos ha dicho que eres un excelente cazador.

Y él respondió:

–Un día maté tres conejos.

–¡Extraordinario!

La primera tarde había resultado ya bastante penosa, pero, durante el curso posterior de la visita, las cosas se deterioraron. Mrs. Claxton demostró ser una mentecata, y su hijo parecía decidido a dejar bien claro que había heredado sus más destacadas cualidades. Hasta Evelyn, tan esperanzada en otro tiempo con la posibilidad de que Regis le condujera a una nueva vida al otro lado de la bahía, renunció a tales sueños y confió a su madre:

–Es realmente insufrible.

Pero durante la cena de la noche anterior al día previsto para la boda, Fitzhugh carraspeó solemnemente y dijo:

–Mrs. Claxton, creo que usted y su hijo deben prepararse para un brindis.

–¿Por qué? – preguntó la atolondrada visitante.

–Por mañana. Cuando el padre Darnley case a Regis y Evelyn.

Este brusco anuncio, que las mujeres Steed no habían sido invitadas a discutir, provocó una especie de conmoción, y Regis tuvo el detalle de levantarse y. acercándose a Evelyn, cogerle la mano y besársela torpemente.

Rosalind observó que, al suceder esto, la muchacha vaciló, por lo que aquella noche, en la habitación de Evelyn, dijo ásperamente:

–No puedes permitir que esta iniquidad siga adelante.

–Soy impotente para detenerla.

Rosalind la sacudió.

–Nunca se tiene derecho a recurrir a esa excusa. Cualquier ser humano de carácter fuerte puede oponerse a lo inicuo.

–¡Tengo diecisiete años! – gimió Evelyn-. Y padre se ha esforzado mucho para preparar esta boda.

Rosalind se echó a reír burlonamente.

–Mi querida niña, la edad no importa. La vanidad de tu padre no importa. Lo único que importa es que construyas la mejor vida posible. Que te conviertas en el mejor ser humano posible. Con Regis Claxton no tienes ninguna posibilidad. La frustración sería horrible.

–Pero podría no casarme nunca. No hay católicos aquí.

–Tampoco había católicas para tu padre, y me tomó a mí. Créeme, Evelyn, eres una muchacha extraordinaria. Posees una belleza especial. Los hombres te buscarán, y ninguna ley establece que hayan de ser católicos.

–Él fue el único que pudo encontrar Fithian.

–¡Fithian! ¡Al diablo con Fithian!

La fuerza con que Rosalind pronunció estas palabras sorprendió a la muchacha, que se volvió para preguntar directamente a su madre:

–¿Ha sido tan malo?

–No como piensas -respondió Rosalind-. Tu padre ha sido muy bueno, Evelyn, como has tenido la oportunidad de presenciar. ¡Pero

el sistema…! ¡Eso de escribir cartas de solicitud a Fithian, en Londres! Ese estúpido disponer de vidas conforme a pautas externas…

Rosalind empezó a pasear de un lado a otro de la habitación, convertida en impresionante figura de rebeldía.

–¿Se trata de Nelly Turlock? – preguntó Evelyn.

Rosalind se detuvo bruscamente y permaneció a cierta distancia de la cama, con los brazos en jarras. Nunca había hablado de Nelly a su hija, pues no estaba segura de que la muchacha conociera la conducta de su padre, pero ahora el tema había salido a la luz.

–¿A quién le importa Nelly Turlock? Tu padre encontró un cierto desahogo en las marismas, y a mí me trae sin cuidado.

Hizo una pausa.

–¿Has visto a los niños?

–Son adorables. Los cabellos rubios más bellos que conozco. Supongo que habrás oído lo que dicen de Nelly

–He oído todas las tristes historias, Evelyn, y me impresionan muy poco. Cuando te cases está la gran casa en que vives con tu marido, y la casa pequeña en que él vive con una de las esclavas o una de las Turlocks, y las dos no tienen por qué encontrarse jamás.

–Dudo que Regis llegara a tomar una de las esclavas.

–Eso es lo malo de él -dijo Rosalind-. De hecho, todo es malo en él, y te ruego que no te cases con él.

–Es mi mejor oportunidad -exclamó angustiada la muchacha, sepultando la cara en la almohada.

Rosalind cogió en sus brazos a la sollozante Evelyn.

–Estamos hablando de una vida humana. La tuya. Tú vivirás muchos años más, y deben servir para algo. Tienes que ser una mujer de carácter.

Estaba claro que estas palabras no significaban nada para la aturdida muchacha, así que Rosalind la sacudió, haciéndola escuchar.

–Dos imágenes flotan en mi mente, y quiero que floten también en la tuya.

La primera se refiere a mis hermanas, Missy y Letty. Eran chicas encantadoras, muy parecidas a ti, y tenían enormes posibilidades, pero se precipitaron a absurdos matrimonios, con jóvenes absurdos, y ahora llevan unas vidas absurdas. Me dan ganas de llorar cuando pienso en ellas. La otra imagen se refiere a una mujer que tú conoces, Mrs. Paxmore.

–¿La vieja que divaga sobre la esclavitud?

–No. La vieja que nunca ha temido dar testimonio acerca de la vida. Como consecuencia, tiene un hermoso lugar, hijos magníficos y nietos mejores aún. Y, lo más importante de todo, un alma hermosa. Sé como ella, no seas como mis hermanas.

Por fin había dicho Rosalind algo que Evelyn podía comprender.

–¿Estás tratando de parecerte a Mrs Paxmore? – preguntó.

Rosalind reflexionó sobre eso. Nunca había expresado abiertamente sus intenciones, pues no conocía a nadie con quien pudiera hablar razonablemente, pero ahora comprendió la pertinencia de la pregunta de Evelyn.

–Sí -admitió lentamente-, supongo que quiero ser como ella -su voz se endureció-. Y mañana podrás juzgar si lo he conseguido.

Cuando Evelyn trató de penetrar en el significado de esta amenaza, Rosalind se inclinó y la besó.

–Eres infinitamente preciosa para mí, y no puedo permanecer ociosa viéndote desperdiciar tu capacidad con un badulaque. Realmente no puedo.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, advirtió a su marido que aquel absurdo matrimonio no debía seguir adelante, pero él hizo caso omiso de sus protestas sobre la base de que detener ahora las cosas resultaría embarazoso. Ella trató de señalar que un momento de trivial embarazo tenía menos importancia que

toda una vida desperdiciada, pero él había llamado ya al sacerdote y a los sirvientes. Los Claxton llegaron tarde, esperando hacer una entrada solemne, pero cuando Rosalind los vio no pudo contener la risa.

–Fitzhugh -murmuró-, no puedes seguir adelante con esto.

–Todo el mundo está aquí -dijo él, alegremente, adelantándose para saludar a Mrs. Claxton.

Pero cuando situó a los dos jóvenes ante el padre Darnley, Rosalind exclamó con voz potente:

–¡Detened esta farsa!

–¿Qué…? – Mrs. Claxton emitió un ahogado sonido y pareció como si fuera a desmayarse.

–¡Largo de aquí! – ordenó Rosalind-. ¡Fuera, he dicho! ¡Todos fuera!

Los esclavos obedecieron primero, retirándose por una puerta abierta. Les siguieron los sirvientes blancos, empujados por Rosalind, que luego se enfrentó a los aturdidos Claxton. Con los brazos doblados por los codos, como si sus puños estuvieran ansiosos de golpear, dijo en voz baja:

–La farsa ha terminado. Vuélvanse a su casa, al otro lado de la bahía.

Y no cedió en su postura hasta que los visitantes estuvieron en el porche, con sus equipajes al lado.

–¡Esto es una infamia! – protestó Mrs. Claxton mientras Fitzhugh intentaba consolarla, pero Rosalind no admitía conciliación alguna.

–Tienen que irse -dijo severamente-. Éste ha sido un terrible error, y me he comportado mal, pero deben marcharse.

Y permaneció en la puerta, como protegiéndola para que no intentaran volver a la casa. Alta y decidida, les miraba con ojos fulgurantes, como una diosa clarividente y al cabo de un rato los

visitantes subieron a su balandra cuya proa puso rumbo a Annapolis.

Fitzhugh se sentía ultrajado por el comportamiento de su esposa, y tal vez hubiera intentado castigarla, si no hubiera sido porque el padre Darnley estaba mirando, haciendo todo lo posible por situarse al margen de aquel escándalo; pero mientras el sacerdote se dirigía a la balandra, que le llevaría también a él de regreso a Annapolis, Rosalind le implicó en su estrategia.

–Buen padre, ya ve lo que ha sucedido. Encuéntrenos un novio para esta muchacha.

Él fingió no oír, así que Rosalind se puso ante él y dijo:

–Diga a los jóvenes que le concedo una gran parte de mi propia dote. Pero, por amor de Dios, haga algo por salvar a esta chica.

Cuando las balandras se hubieron ido y los Steed quedaron absorbiendo las reverberantes conmociones que Rosalind había engendrado, Fitzhugh empezó a tronar, considerando que ése era su deber como hombre de la casa, pero sus intentos eran tan ridículos, que Rosalind no le hizo caso. Abrazando a su hija -realmente su hija-, murmuró:

–Hoy hemos hecho algo bueno. Dentro de cincuenta años, dulce florecilla, volverás la vista atrás y reirás y me bendecirás, pues te he salvado la vida.

En febrero de 1703, cuando se abatieron sobre la bahía de Chesapeake las tormentas anuales, llegó al estero de Devon una pequeña embarcación que transportaba a un solitario viajero, un joven con el pelo revuelto por el viento y la lluvia. No encontrando a nadie en el muelle, se echó su tosca chaqueta sobre los empapados hombros y comenzó a andar hacia la casa.

Uno de los sirvientes le vio demasiado tarde y empezó a gritar:

–¡Ha llegado un forastero!

Y se apresuró a correr en dirección al desconocido, para advertirle que se encontraba en propiedad de los Steed.

–Lo sé -respondió el joven, sin dejar de avanzar-. Me ha enviado el padre Darnley.

Desde la puerta, Rosalind Steed oyó estas palabras y se adelantó bajo la lluvia para saludar al forastero.

–Nos alegra mucho conocerte. – dijo, con gran excitación, cogiendo del brazo al joven y llevándole al porche. Le contempló admirativamente mientras golpeaba el suelo con los pies y movía los brazos para sacudirse el agua de lluvia.

–Me llamo Thomas Yates, del río James. El padre Darnley me dijo que tienen una…

Rosalind le interrumpió, pues no veía necesidad de ocultar su satisfacción.

–¡Evelyn! – exclamó triunfalmente-. Un joven ha venido a verte…, a través de la tormenta.

Ahora podía dedicarse a su jardín. Su hija estaba casada. Su hijo continuaba brillantemente sus estudios en el colegio de Francia. Y su marido había reanudado su rutina de unos días en Devon y otros en la marisma. Hasta el almacén de Patamoke iba prosperando.

Dejó bien claro a los trabajadores que no quería un jardín regular al estilo inglés, como los que había conocido a lo largo del Rappahannock. Ella respetaba las formas geométricas y comprendía por qué agradaban a las damas cuyos dedos nunca tocaban la tierra; mediante un cambio de estaciones y alternando las flores, tales jardines podían ser atractivos, pero a ella le gustaba trabajar la tierra y ver grandes resultados, y esto produjo su estrategia fundamental: Mis flores principales serán los árboles. Porque cuando se plantan árboles, se tiene derecho a pensar que una vivirá eternamente.

Así, pues, estudió primero qué árboles había ya en el lugar, y, afortunadamente, dispersos por la extensión existente entre el muelle y la casa, se alzaban corpulentos arces y olmos, y los podó y

cultivó para que sirvieran de piedras angulares de su plantación. Su orgullo se centraba en un roble blanco de majestuosas proporciones: nueve metros en la base, casi veinticuatro metros de altura y más de cuarenta y cinco metros en la extensión de sus poderosas ramas. Daba sombra suficiente para proteger todo un césped; destacaba ya cuando el capitán John Smith bautizó la isla, y los demás árboles estaban emparentados con él.

No había en el césped ningún arce rojo, así que lo primero que hizo en el otoño de 1703 fue trasplantar tres de esos árboles, dos de los cuales no tardaron en morir.

–No puedes mover árboles de ese tamaño y esperar que vivan -le advirtió su marido, pero ella trasplantó tres más, igual de grandes, y éstos vivieron. En primavera eran heraldos, en otoño la gloria del embarcadero, visibles desde todos los puntos del estero al acercarse por él en lancha.

Sobre este sólido cimiento compuso ella el resto de su magnífico jardín: sanguiñuelo para la primavera, laurel para el verano y grandes macizos de espinos para el otoño, momento en que reaparecerían los sanguiñuelos con racimos de bayas rojas.

–No quiero tulipanes ni malvas -dijo-. Y, ¡por amor de Dios!, nada de boj. No quiero nada que haya que cuidar con mimo.

Rehuyó también la peonía, la alta magnolia, la floxia y el espino blanco. Pero no era contraria a la decoración, pues cuando terminó lo anterior, dijo:

–Ahora, las joyas.

Y en dos docenas de lugares adecuados plantó acebos -dos machos, veintidós hembras-, esperando que las brillantes bayas de los últimos resplandecieran a la luz del sol poniente. Y cuando quedaron plantados los acebos -algunos de los cuales alcanzaban los doce metros de altura-, añadió su toque final, el extravagante gesto que haría de aquella franja de césped su intemporal retrato: en siete zonas despejadas expuestas al sol plantó macizos de

azucenas, sabiendo que, cuando proliferasen, las siete zonas quedarían cubiertas de flores de gran vitalidad y brillantez. Julio en la isla Devon sería inolvidable; las azucenas se encargarían de ello. En 1704 y 1705, sus gigantescos jardines constituían otras tantas decepciones, pues los trasplantados arces estaban economizando sus fuerzas y las azucenas no habían empezado a multiplicarse -cada una de ellas acabaría produciendo cincuenta-, mientras que el sanguiñuelo, rudamente trasplantado, parecía medio muerto. Los jardines pequeños de flores pequeñas pueden ser transformados en cuestión de meses; los jardines de árboles necesitan años. Pero en 1706 parecieron combinarse todas las partes: dominaba el roble, con sus dentadas hojas radiantes al sol, y los arces prestaban su color. Pero era la procesión de las estaciones lo que producía más complacencia: los relumbrantes sanguiñuelos de la primavera; las indisciplinadas amapolas de comienzos del verano; y en otoño la exuberancia de los espinos, el más noble de los arbustos; y los cambiantes colores de los árboles recortados sobre el verde perenne de los pinos.

Su jardín era un triunfo, tan perdurable y generoso como ella, pero a veces sentía que desplegaba su máxima gloria en pleno invierno, cuando lo barrían los fuertes vientos del Noroeste y la nieve lo cubría todo, permaneciendo sólo la nota de color de los pinos: dormía entonces el sanguiñuelo, y las ocultas raíces de las amapolas, y los visibles macizos de laurel. Hasta el roble se tornaba estéril, pero cuando caminaba entre las desnudas ramas y veía los acebos, aquellos magníficos y obstinados árboles a los que acudían los pájaros de invierno en busca de bayas rojas, le daba un vuelco el corazón y exclamaba:

–Cuando desaparecen las últimas bayas, empieza la primavera y todo esto comienza de nuevo.

Y echaba a correr sobre la nieve e imaginaba los hermosos jardines del verano, con el laurel tan pálido y bello como el lirio.

El jardín de su vida personal no florecía. Su marido ya no ofrecía excusas por sus frecuentes ausencias, y ella no podía por menos de suponer que se iba a la marisma. Nunca había visto a Nelly, pero casuales comentarios de algún raro visitante le recordaban que la muchacha era bella y vivaracha, «posee una figura excelente, y es un misterio por qué no se ha casado». La mejor explicación la dio una agria mujer cuyo marido dirigía las oficinas de Steed en Patamoke:

–Es una Turlock, y los Turlock rara vez se casan.

Rosalind había hecho cautelosas investigaciones acerca de los hijos de Nelly, y sabían que eran unos traviesos galopines, con el pelo rubio y los ojos azules de su abuela sueca.

–Lo que no deja de ser raro, ya que son principalmente Turlock.

–¿Qué quiere decir? – preguntó Rosalind.

La informadora era una mujer que envidiaba a los Steed y que en aquellos momentos meditaba sobre la mejor forma de herir a la señora de la isla. Mordiéndose reflexivamente el labio inferior, empezó a hablar, vaciló y, luego, balbuceó:

–Naturalmente, ya sabrá que Flora Turlock, que es la madre de Nelly… ¿La ha visto alguna vez, Rosalind?

Mrs. Steed negó con la cabeza, y la mujer dijo:

–Claro que no, ¿cómo iba a verla? Usted no va a la marisma.

Rosalind sonrió, le ofreció más té y preguntó:

–¿Qué está intentando decir?

–Es desagradable, pero cierto. La madre de Nelly fue Flora. Su padre fue Charley.

–¿Qué Charley?

–Charley Turlock…, el hermano de Flora. – La mujer se llevó la taza de té a los labios y añadió-: Su hermano. Tuvo un hijo de su hermano.

Sin pararse a pensar en lo que decía, Rosalind replicó:

–He leído en alguna parte que los faraones de Egipto se casaban con sus hermanas.

–¿Está defendiendo semejante comportamiento?

–En absoluto. Digo simplemente…

Dejó la frase sin terminar, pues pensó que ninguna palabra satisfaría a aquella mujer y que cualquier cosa que dijese circularía deformada por toda la comunidad.

–Ya sabrá, naturalmente -continuó la mujer-, que Flora fue públicamente azotada por su pecado.

–Parece que son muchas las mujeres a las que se azota en Patamoke.

–Pero…

–Y me pregunto si sirve de algo.

–Mrs. Steed…

–Y esa abominable silla de chapuzar La reservan también para las mujeres, y supongo que si yo no fuese la esposa de Fitzhugh, sería atada a ella y sumergida en el Choptank.

Esto era una herejía, y la visitante la estimó como tal; la horrorizada expresión de su rostro delataba su plan de divulgar ampliamente lo que Mrs. Steed había dicho, pero Rosalind no había terminado.

–No me importa en absoluto que repita lo que acabo de decir. La flagelación de mujeres y la silla de chapuzar son actos odiosos de hombres asustados, y estoy harta de ellos.

Cuatro días después, Fitzhugh regresó turbado de Patamoke.

–En la ciudad no se habla más que de tu desafío a las autoridades.

–¿Te refieres a lo que dije en defensa de Flora Turlock?

Hizo una pausa y añadió:

–La madre de Nelly. La madre de tu Nelly.

Este nombre no había sido pronunciado jamás en presencia de Fitzhugh, y éste se irritó ahora por lo que consideraba falta de

buena educación de su esposa.

–Las esposas no hablan de esas cosas. Ten cuidado con lo que dices sobre los azotes… y la silla de chapuzar.

–¿Me estás amenazando, Fitzhugh? Debes saber que es en vano.

–Te estoy recordando que los magistrados pueden condenarte si quieren.

–No querrán -respondió ella, alegremente-. No les gustaría humillarte.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Que mientras tú vivas yo puedo decir lo que se me antoje.

Mirándole como si fuera un desconocido, añadió:

–Ya no eres mi marido, Fitzhugh, pero eres mi protector. Y bajo tu protección haré lo que me plazca, y me place advertirte que los castigos que los hombres administráis a las mujeres son bárbaros y deben cesar.

–Cuando hablas así, Rosalind, te muestras muy poco femenina. Pues tratas de cosas que no deben interesar a una dama.

Fitzhugh se equivocaba al pensar que su mujer era poco femenina porque era desgarbada. Ninguna señora del Choptank esperaba más ansiosamente que ella la llegada del próximo maniquí, pues siempre que se enteraba de la inminente llegada de un barco procedente de Londres, se esforzaba por ser la primera en subir a bordo para coger el valioso objeto.

Como les habría resultado poco práctico a las casas de modas de Londres publicar libros en que se mostrasen sus creaciones, y como los periódicos y revistas que llegaban a las colonias tenían escasas ilustraciones, los comerciantes habían adquirido la costumbre de construir muñecas articuladas, de 35 centímetros de altura, y vestirlas con reproducciones exactas de la ultima moda. Provistas de sandalias y pelucas, estas encantadoras figurillas eran embaladas y llevadas a los barcos para que las mujeres de las

costas más remotas pudieran conocer la longitud adecuada del dobladillo.

En mayo de 1706, el bergantín Bella Rosalind realizó un apresurado viaje desde Londres y atracó en Devon con una de las muñecas más seductoras que jamás había cruzado el Atlántico. Representaba una acicalada damita que llevaba una cofia azul cielo adornada con seis diminutas tiras de encaje y un vestido que dejaba sin aliento por la innovación que suponía. Sobre un peto bordado en oro pendía una majestuosa túnica hecha de pesada filoseda Rosalind había visto túnicas con anterioridad, y le gustaban sus normales líneas flotantes, pero ésta era diferente, porque justamente debajo de las caderas se ensanchaba en forma acampanada por lo menos, hasta 45 centímetros por cada lado.

–¿Cómo lo hacen? – preguntó a sus fascinadas esclavas costureras, mientras éstas tocaban y examinaban la tela, tratando de averiguar cómo debían cortarla para imitar el modelo.

Diestramente, levantaron las distintas capas, y lo que descubrieron provocó exclamaciones de admiración, pues el pesado tejido descansaba sobre cuatro aros hechos de madera fina y curvada.

–¡Qué maravilloso! – exclamó una de las esclavas, dejando caer la falda, levantándola, y dejándola caer otra vez.

–¡Nosotras podemos hacerlo! – dijo entusiásticamente otra, siguiendo con el dedo una de las costuras.

Pero Rosalind había desarrollado un certero sentido de lo que debía llevar y de lo que debía evitar, y decepcionó a las esclavas diciendo: -Para mí, no. Esos aros me harían parecer más grande aún. Las mujeres suspiraron, mientras ella cortaba los aros con sus pequeñas tijeras; pero hubieron de convenir en que, cuando la pesada túnica pudo seguir su línea normal de caída, quedaba mejor para una mujer alta. – Así debe ser -dijo.

Y antes de que la muñeca llevara dos horas en América, sus líneas estaban siendo reproducidas, no en pesada filoseda, sino en suave cotonía, y, cuando el nuevo vestido quedó terminado, y confeccionada la cofia de encaje, y las zapatillas forradas de rojo, presidió su mesa con renovada seguridad en sí misma, pues sabía que se hallaba tan bien vestida como las más elegantes mujeres de Londres.

El pensar en Inglaterra le recordaba a Mark, y acabó sintiéndose impaciente de que llegara el momento de su regreso. Sólo le conocía como el iniciador de cartas procedentes de Europa, pero su forma de escribir era tan característica, y su ingenio tan evidente, que se estaba convirtiendo en una persona real a la que le gustaría conocer:

Gracias a mi habilidad en leer del revés cartas que reposan en mesas ajenas, estoy informado de que Fithian ha dispuesto que Tom Yates asuma el control de once mil acres a orillas del James. Le han advertido que tal vez sea una tarea superior a sus fuerzas, y también yo contemplo esa posibilidad, pero al pie de su copia de la carta el mayor de los Fithian había escrito: «Este joven parece buen tipo. Creo que no corremos riesgo al confiar en él» Lo que a mí me dio la certeza de ello fue que en su último pedido, Tom y Evelyn encargaban tres cajas de libros.

Por lo tanto, se sintió complacida cuando, en enero de 1707, Mark puso a prueba su suerte una vez más enviando una carta con el capitán del rápido bergantín Bella Rosalind. Al aceptar la carta, el capitán advirtió:

–Necesitaremos mucha suerte para abrirnos paso entre esos demonios.

Pero había escapado de los piratas, y, cuando su llamativamente pintado bergantín atracó en Patamoke, hubo mucha admiración por su audacia, y Fitzhugh mostró por toda la ciudad la carta de Mark y dijo:

–El chico vendrá a casa en el convoy de octubre.

Y los vecinos replicaban:

–Quiera Dios que los barcos logren pasar.

Parece increíble, pero en aquellos años la bahía de Chesapeake se hallaba en un auténtico estado de sitio. Más de cien buques piratas -ingleses de Jamaica, franceses de Martinica- se agolpaban en Cabo Henry, esperando lanzarse sobre cualquier mercante procedente de Virginia o Maryland lo suficientemente temerario como para arriesgarse a romper el bloqueo. Y, si los aterrorizados mercantes permanecían acurrucados en sus muelles, los piratas se aventuraban arrogantemente a penetrar en la bahía, saqueando cualquier plantación que encontraban en promontorios desprotegidos. Muchas familias inglesas establecidas a orillas del río James, o del York, o del Rappahannock, experimentaron el terror de ver piratas franceses desembarcar audazmente en su muelle, invadir la costa y saquear la plantación. Se llevaban vajillas de plata, tabaco y esclavos, y a veces quemaban la casa. Asesinaban granjeros y robaban de sus amarraderos valiosos barcos.

Era una época de terror…, en la que un pirata podía gobernar un barco provisto de cuarenta cañones y una tripulación de doscientos hombres, y nada en la bahía de Chesapeake podía resistir su asalto. Y tampoco era de mucha ayuda la armada británica; estaba empeñada en aquella violenta y fútil guerra de sucesión española; sus barcos eran necesarios para apoyar al duque de Marlborough en su lucha contra los franceses en Flandes, y no había ninguno disponible para hacer frente a los piratas del Caribe. Todo barco inglés que salía de Londres o de Annapolis corría el riesgo de una captura casi segura, y, si se presentaba resistencia, era probable que todos los pasajeros fuesen muertos a tiros o ahorcados.

Los acosados colonos, cuya existencia dependía del comercio con Londres, idearon una estrategia enormemente cara, pero también eficaz; los barcos ingleses cruzaban el Atlántico solamente en convoyes gigantes; uno salía de Londres en octubre, y otro partía de Chesapeake en mayo. Durante el resto del año, ningún barco se aventuraba a zarpar, excepto los capaces de desarrollar gran velocidad, como el Bella Rosalind. Éstos corrían enormes riesgos, confiando en su rapidez para rebasar a los piratas que les esperaban; sí lo conseguían, sus beneficios eran exorbitantes.

Mark Steed salió de Inglaterra en el convoy de octubre. Su barco, un bergantín de dos palos construido hacía años por los hermanos Paxmore, era propiedad de su familia, pero él no buscaba ningún privilegio especial; no era más que un pasajero como otro cualquiera que emprendía una peligrosa travesía. Mientras su barco bajaba por el Támesis advirtió que otros siete parecían moverse al mismo tiempo, y su presencia infundía tranquilidad; pero cuando salieron del Támesis e hicieron su entrada en el Canal, se dio cuenta de que el convoy no iba a constar sólo de ocho barcos. Había unos cincuenta esperando en las caletas, y todos pusieron proa al Sur, moteando el Canal con sus velas.

–Grandioso -dijo Mark a un caballero que regresaba a Annapolis.

–Todavía tenemos que pasar ante la costa de Francia -advirtió el caballero.

Y, mientras el convoy se alejaba de los acantilados de Dover, completamente visibles ya las amenazadoras costas de Francia, el joven Steed se sintió complacido al ver que dos barcos de guerra ingleses se aproximaban para protegerles.

–Con ellos en nuestros flancos -dijo el caballero-, los franceses nunca se

atreverán.

El impresionante convoy viró ahora hacia el Oeste para cruzar el Canal, pero cesaron los vientos, y los sesenta barcos quedaron inmovilizados en el terso mar, tocándose casi unos a otros al quedar a la deriva. Se dio orden a los marineros de proteger las bordas, de tal modo que cuando viesen dos barcos próximos a chocar pudiesen separarlos sin demasiado esfuerzo. Cayó la noche, y se veían brillar débiles luces a través de lejanas portañolas.

–¡Eh! – gritaban los vigías siempre que algún barco se acercaba demasiado, y, si el grito se repetía, corrían los marineros a la barandilla para rechazar al invasor, y parecían todos un montón de juguetes que un niño hubiera abandonado en un estanque.

Pero cuando se levantó el viento y el convoy pudo continuar hacia Plymouth, al extremo del Canal, Mark contuvo una exclamación. Allí, en las aguas en que la Armada española fuera derrotada por Drake y Hawkins, permanecían no menos de 160 barcos, con las velas izadas y sus capitanes esperando la señal.

–¡No sabía que hubiera tantos barcos! – exclamó Mark, dirigiéndose a sus compañeros de viaje.

Y luego, para colmo de su asombro, salió de Plymouth una escuadra de nueve barcos de guerra que se situaron estratégicamente en torno al enorme convoy.

Disparó un cañón, sofocados sus ecos por las mil velas. Un gallardete azul ascendió por la driza del comodoro, y cada uno de los barcos de guerra respondió con un cañonazo a manera de saludo.

–¡Aprisa! – gritó el capitán del bergantín de Steed, y su navío, junto con los más de 220 restantes, viró con el viento y emprendió la marcha hacia el Nuevo Mundo.

Era una travesía inolvidable, una reunión de riquezas, una asamblea de espíritus audaces. En ningún momento podía Mark mirar por la borda de su bergantín y ver menos de cincuenta velas desparramadas por el horizonte, y de noche podía ver el mismo

número de luces, excepto cuando la niebla se posaba sobre el Atlántico. Entonces, en la oscuridad, el barco del comodoro disparaba a intervalos su cañón, y el denso aire remansado sobre las olas amortiguaba el sonido. Parecía a veces como si el cañón hubiera detonado a poca distancia, y Steed cruzaba entonces las manos sobre el pecho en el frío aire de noviembre y experimentaba una sensación de bienestar que jamás había conocido.

–Hemos rebasado la costa francesa -murmuró, pero entonces llegaba el mayor peligro.

Era costumbre que el convoy anual no navegase directamente hasta la bahía de Chesapeake, pues esa ruta era terriblemente tormentosa, sino que pusiera rumbo a las aguas, más tranquilas, de Barbados, donde era posible el reagrupamiento, y avanzara desde allí hacia el Norte, por delante de las fortalezas piratas y hasta Chesapeake. El inconveniente de esta ruta radicaba en que su trecho final atravesaba aguas infestadas de piratas. Sin embargo, con los buques de guerra navegando constantemente en torno a la enorme flota, era posible a veces pasar sin sufrir más que la pérdida de unos pocos barcos.

–Pero debe observarse la más estricta disciplina -dijo el joven alférez enviado desde la goleta del comodoro-. El que se quede rezagado se perderá.

En Barbados despachó instrucciones impresas y dijo que se cambiarían las señales para aquella parte del viaje.

–Dos cañonazos y un gallardete rojo significan que los barcos más rápidos deben orzar y esperar a que los más lentos les alcancen. Si algún barco, y el de usted parece veloz, adelanta al del comodoro, será hundido. ¿Entendido?

El capitán asintió, y el joven continuó:

–Estamos entrando en aguas peligrosas. Mantenga una vigilancia constante. Sabemos que Carpaux está al acecho, y también Jean Vidal. Lo que es peor, tenemos información de que

Bonfleur se halla ahora al mando de tres barcos rápidos. Extreme el cuidado.

Carpaux había invadido con frecuencia la bahía de Chesapeake, y Vidal era un joven y feroz incendiario famoso por su costumbre de quemar los barcos y abandonar a los pasajeros, pero era Bonfleur quien se había convertido en constante motivo de terror. Era ya un hombre viejo, de sesenta y cuatro años, y había sobrevivido a innumerables intentos de apresarle. Era el azote del Caribe, el incendiario de Panamá, el destructor de Belize. Había combatido durante tanto tiempo y tan malignamente que ninguna táctica inglesa podía sorprenderle y se había pasado los cuarenta últimos años entrando a saco en Chesapeake, invadiendo los ríos e incendiando las plantaciones.

Había navegado con frecuencia en unión de Stede Bonnet y L'Ollonais, más bajo de estatura que ninguno de los dos, más brutal que ambos. Una vez se había dirigido contra Cartagena él solo, únicamente con treinta y siete hombres, y había capturado toda la ciudad, despojándola de una fortuna y dando muerte a más de cien personas. En 1705, él y los otros dos barcos que solían navegar con él habían aislado a once mercantes, separándolos del resto del convoy de octubre, y los habían incendiado, matando a docenas de personas que viajaban en ellos.

Los franceses le ofrecieron asilo en Martinica porque esperaban que causase grandes daños a los ingleses, pero muchas veces capturaba también buques franceses y los pasaba a cuchillo, o españoles, u holandeses. Carecía de moral, de compasión y de remordimientos, y era un depravado anciano que había visto a decenas de piratas ahorcados por las distintas autoridades; su guerra contra todas las naciones civilizadas era permanente. A finales de diciembre de 1708 tenía bajo su mando noventa y un cañones y setecientos hombres, y había alardeado de que «haría trizas al convoy inglés».

El comodoro tenía otros planes. Se proponía conducir su enorme colección de barcos por delante de Point Comfort y hasta la relativa seguridad de la bahía de Chesapeake, y para conseguirlo debía apretar su formación para que sus barcos de guerra pudiesen actuar de modo concertado si se producía un ataque. En consecuencia, cursó por señales las instrucciones correspondientes, pero cuando los 220 buques se aproximaron unos a otros, se hicieron inevitables pequeñas colisiones, así como otras no tan pequeñas. Cambiaban los vientos, y los barcos tenían que virar de bordo y, al hacerlo, se abalanzaban lentamente sobre barcos más pequeños, y se quebraban las Vergas y se rompían las velas.

Luego el comodoro ordenaba orzar a los barcos más rápidos, y éstos, entre los que se encontraba el de Mark Steed, se ceñían al viento, izaban una vela de estay y se situaban transversalmente a las olas, bamboleándose así hora tras hora, y todos menos los marineros más expertos acababan mareándose a consecuencia del oscilante movimiento, pero el convoy se reagrupaba.

Los piratas decidieron atacar frente a la costa septentrional de Haití, donde el viento era fuerte: Carpaux desde las Carolinas, con Vidal y Bonfleur desde Martinica, cayó sobre los rezagados, once barcos piratas con dos mil combatientes y más de doscientos cañones. Y tal vez hubieran logrado sus propósitos si el comodoro no hubiera previsto su audaz acción. Haciendo girar su propio navío para enfrentarse a los piratas, ordenó que le siguiesen todos los barcos de guerra e invitó a todos los mercantes armados de cañones a que se situaran en sus flancos. El barco de Steed era uno de éstos, y se dirigió a gran velocidad sobre los dos buques piratas mandados por Carpaux.

Fue un combate breve y violento. Los grandes cañones piratas causaron grandes destrozos en muchos de los pesados mercantes, pero no destruyeron ninguno. La flotilla del comodoro avanzó en línea recta sobre los piratas, dispersándolos y hundiendo uno de los

navíos mandados por Jean Vidal. Los grandes barcos mercantes provistos de armamento pesado dispararon resueltamente contra los piratas, más veloces, y acabaron dejando fuera de combate a la mayoría, pero Henri Bonfleur, vencedor en muchas batallas semejantes, sabía que ningún convoy se hallaba a salvo si se le lograba dispersar, y, con gran heroísmo, lanzó directamente sus tres barcos contra el corazón de la gran masa de navíos.

Navegó a través de ella como un espíritu vengador, escupiendo fuego y amenazando la existencia misma de aquella magna asamblea. Pero cuando llegó al bergantín en que viajaba Steed, se encontró con que el capitán no huía, sino que avanzaba directamente sobre él. Era evidente que ambos buques iban a chocar, pero el capitán de Steed no alteró el rumbo. Su bauprés continuaba acercándose.

–¡Preparados para la colisión! – gritó el primer oficial, y Steed hizo un esfuerzo por mantener el equilibrio mientras la parte delantera de su barco rozaba al barco pirata, derribando hombres y arrancando gran parte del aparejo.

–¡Preparados para rechazar el abordaje! – exclamó el primer oficial, y Steed cogió una cabilla, blandiéndola como si pudiera repeler con ella la pistola de un pirata. Varios de los hombres de Bonfleur trataron de saltar a bordo, odiosas y barbudas criaturas armadas de cuchillos, pero los marineros ingleses les rechazaron mientras los dos buques rozaban uno contra otro y proseguían su camino.

En este momento el joven Mark Steed vio con toda claridad al capitán pirata: un hombre menudo, de barba surcada de hebras grises, un grueso jersey en torno al cuello, dos pistolas colgando junto a sus rodillas, que gritaba ferozmente. Era tan repulsivo que Steed se sintió impulsado por alguna fuerza vengadora a arrojarle su cabilla, pero apuntó mal, y el objeto rebotó inofensivamente en la cubierta. Al separarse los dos barcos, quedando gravemente

dañado el del pirata, Bonfleur clavó momentáneamente la vista en su adversario y, luego, prescindió de él, absorto en la tarea de salvar su nave.

Esto resultó imposible, pues dos de los barcos del comodoro se lanzaron sobre el dañado buque pirata y empezaron a acribillarlo con fuego de artillería tan intenso, que quedó evidentemente condenado. Pero no Bonfleur. Uno de sus otros barcos, viendo el peligro en que se encontraba su jefe, describió un audaz círculo que le llevó junto al costado de sotavento del barco de Bonfleur, que ya empezaba a hundirse, y, al pasar, los piratas cogieron a Bonfleur, poniéndole a salvo.

El comodoro ordenó reorganizar el convoy, y, al caer la noche, los barcos volvieron a reunirse, casi tocándose unos a otros, mientras los buques de guerra vigilaban a su alrededor.

Los piratas habían sido rechazados. Los mercantes pusieron rumbo al Norte, y antes del nuevo año penetraban en Chesapeake. Mientras la gran escuadra avanzaba por la bahía, sus barcos iban separándose para remontar el James, y el York, y el Rappahannock, y el Potomac, y dondequiera que tocaban tierra llegaban personas desde muchas millas de distancia para recibir el correo de aquel año de Inglaterra y reunirse de nuevo jubilosamente con amigos a los que llevaban seis o siete años sin ver. Se disparaban cañones, y, río arriba, los plantadores decían a sus amigos:

–¡Ha llegado el convoy!

Al tercer día de navegación por la bahía, el barco de Steed se separó de la menguante flota y enfiló hacia el Choptank. Los esclavos que vigilaban en el extremo occidental de la isla encendieron fogatas. Otros esclavos, al verlas, prendieron fuego a sus montones de madera, y, antes de que pasara mucho tiempo, alguien estaba disparando un cañón en la plantación, para que los habitantes de la gran casa pudieran correr a la orilla septentrional y

ver cómo regresaba su barco, a salvo de peligro, a salvo de los piratas.

Triunfalmente, el bergantín enfiló los accesos orientales y entró en el estero, donde se tiraron cuerdas a tierra para que los esclavos pudiesen remolcar el barco, y desde la cubierta, Mark Steed, de veintisiete años y versado en religión por su estancia en Francia y en leyes por su estancia en Inglaterra, se dispuso a saludar a su nueva madre.

Ella le vio entonces como siempre le recordaría: un hombre joven, joven de aspecto, joven en valentía y limpieza de espíritu.

–Ahí llega la salvación de los Steed -murmuró, mientras se acercaba.

No se equivocaba. Donde su padre era indolente, él mostraba una absoluta dedicación; y donde sus tíos tenían confusas ideas para dirigir una plantación, él se atenía a unos cuantos principios fundamentales. Cuando trató de explicárselo a los Steed de más edad, se dio cuenta en seguida de que no entendían lo que intentaba hacer; la única que comprendía era Rosalind.

–Debemos ser autosuficientes en todas las cosas -le dijo, y ella vio que tenía razón-. Nunca debemos volver a comprar solamente esclavos…, hombres y mujeres que no saben hacer nada especial. Yo quiero que todo sirviente y todo esclavo de esta plantación sea un experto, y, si no podemos adiestrarles, los venderemos y compraremos otros que se hallen adiestrados ya.

Los Steed tenían a la sazón veintisiete trabajadores blancos y sesenta y ocho negros, a los que dividían entre tres campos de trabajo: uno para los jardineros y los hombres que manejaban los barcos; otro en el extremo occidental de Devon, para los campos de tabaco; y otro en tierra firme cultivando solamente tabaco. Había un cuarto grupo, compuesto de cuatro negros que podían ser enviados a cualquier parte; trabajaban perpetuamente en quemar árboles para que la nueva tierra pudiera ser sometida a cultivo, una

vez que las voraces plantas de tabaco hubieran consumido la riqueza de los campos existentes.

Éstos eran los especialistas que Mark y Rosalind formaron; tejedores para confeccionar las grandes cantidades de tela que necesitaban cada año los Steed y los demás esclavos; encajeros para las telas más finas; sastres; curtidores; zapateros; barberos; ebanistas; marineros; calafateadores; madereros para llevar grandes árboles a los pozos; serradores; carpinteros; fundidores; cordeleros; pescadores; toneleros; y, los más importantes de todos, hábiles trabajadores en los que podía confiarse para arreglar casi cualquier cosa. Después de todo, los Steed estaban dirigiendo lo que venía a ser una pequeña ciudad, y correspondía a Mark la responsabilidad de que todo funcionase.

Se sintió sorprendido cuando su nueva madre insistió en otra especialización: -Me gustaría que adiestrases a dos esclavos en la fabricación de ladrillos. – ¿Para qué? – Voy a necesitar ladrillos.

Y Mark, riéndose de su propia indulgencia, cruzó la bahía hasta St. Mary's City, donde la construcción había entrado en crisis, y compró dos esclavos muy versados en la fabricación de ladrillos. Fue una buena inversión, pues encontraron depósitos de arcilla y suficientes árboles en las proximidades para hacer carbón, y antes de que pasara mucho tiempo estaban produciendo gran cantidad de ladrillos rojos.

Mark se preguntaba qué se propondría su madre hacer con ellos; utilizó algunos para construir una terraza cubierta de musgo y contigua a la casa, y otros fueron empleados en el trazado de agradables caminos entre los árboles. Pero estas diversiones requerían sólo una pequeña parte del producto; el resto iba siendo cuidadosamente almacenado hasta formar un impresionante montón.

–¿Dedicamos los hombres a otro trabajo? – preguntó Mark.

–Ni hablar.

–Pero, ¿qué vas a hacer con los ladrillos? Tienes ya varios miles.

–Serán muy útiles, Mark.

Y los montones aumentaban.

Ningún aspecto de la empresa familiar dejaba de interesarle. Cuando descubrió que los barcos de su familia debían ser desaparejados con frecuencia porque los gusanos habían devorado sus fondos, consultó con los Paxmore, que le dijeron:

–No podemos hacer nada contra la carcoma. Florece en estas aguas y come madera como tú comes maíz molido.

–¿No podemos pintar la madera con algo que la proteja?

–Con pez y resina se puede hacer algo -dijeron.

Y entonces ella dedicó varios equipos de esclavos a la tarea de cortar pinos y obtener resina y trementina para tratar los fondos. Esto era eficaz, pero sólo mientras la pez mantuviera la resina junto a la madera; una aplicación muy intensa podría durar cuatro meses.

–¿Hay alguna forma en que podamos tapar la madera? –preguntó a los capitanes, y éstos le dijeron que un forro de cobre era eficaz, pero que resultaba prohibitivamente caro. En el siguiente convoy de octubre importó grandes láminas de cobre, y, cuando fueron clavadas en el fondo del barco más grande, los hambrientos gusanos fueron rechazados. Pero, como habían advertido sus capitanes, aquello era demasiado caro para las colonias. Un forro de plomo podría servir, pero no había plomo.

Con gesto torvo, como si los gusanos le hubiesen declarado la guerra a ella personalmente, empezó a estudiarlos de nuevo. Se llamaban tarazas, blancuzcas criaturas de cinco centímetros de longitud cuya parte anterior semejaba una concha y con la que podían horadar el roble. Cuando se deslizó bajo un barco colocado en dique seco para inspeccionar su obra, vio que habían perforado las planchas, taladrando en todas direcciones hasta que la madera quedaba llena de agujeros y pronta a disgregarse. Ninguna madera

se hallaba a salvo de su ataque, sólo el cobre o el plomo podían detenerlos.

Pero luego le llegaron casualmente dos informaciones. Uno de sus capitanes dijo:

–Son peores en julio y agosto. Por eso es por lo que conviene que el convoy salga de estas aguas en mayo. El gusano no puede causar daños durante el verano.

Igualmente útil fue el comentario del mayor de los Paxmore:

–Nosotros no sufrimos las consecuencias del gusano tanto como los otros, porque nuestro astillero está corriente arriba, en agua más dulce.

A partir de estos datos, ideó la estrategia que salvó los barcos de los Steed.

–Mark, cuando llegue junio quiero que nuestros capitanes lleven sus barcos aguas arriba del Choptank. Permanecerán allí durante los meses de julio y agosto… y verás cómo no tenemos ningún gusano.

Los capitanes gruñeron al recibir tan absurdas instrucciones de una mujer, pero obedecieron y, con gran asombro por su parte, descubrieron que Rosalind tenía razón: en el agua dulce no nacían nuevos tarazas, y los que ya estaban instalados en los fondos morían y desaparecían. Gracias a este inteligente cambio de fondeadero, los Steed se ahorraron muchas libras antes gastadas en reparaciones, y sus barcos navegaban más rápidamente porque la madera estaba limpia.

Mark se ocupaba de todos los asuntos financieros, y pasaba mucho tiempo en el almacén de Patamoke haciendo cuentas. Allí estaba cuando, una mañana, apareció Nelly Turlock para elegir numerosas piezas de tela; empujo la puerta con un airoso movimiento del brazo derecho y avanzó hasta el centro del local como si fuese copropietaria de él Era una mujer llamativa, de la misma edad que Mark, pero mucho más mundana, pues, cuando

comprendió que aquel nuevo joven era el hijo de su protector, hizo un esfuerzo especial por atraer su favorable atención y rehusó ser atendida por los empleados.

–Necesito tres metros de paño fuerte para los pantalones de caza de Charlie -dijo con una leve sonrisa, como si riese interiormente de alguna broma que ella entendía y Mark no.

Mientras enrollaba el grueso paño de lana que podía resistir las espinas de los matorrales, Mark trató de observarla disimuladamente, pero ella le sostuvo la vista y sonrió de nuevo.

–Y esta tela irlandesa también -bajó la voz y añadió, a manera de explicación-: Es para mi abrigo de invierno. El casimir es también para mí.

Mientras Mark medía las piezas, ella curioseó entre los demás artículos y volvió con una pesada pieza Osnaburg, tejido muy empleado para la confección de recias faldas de invierno.

–¿Cuántos largos necesito? – preguntó dulcemente, sosteniendo un extremo contra el hombro.

–Hágasela holgada -aconsejó Mark.

Pero el esclavo que atendía habitualmente la sección de telas dijo:

–Ella llevar mitad otra vez. Para hombros.

–Creo que tiene razón -asintió Mark, y sonrió mientras cortaba la tela.

La muchacha encargó muchas más cosas, pero cuando Mark hubo sumado las cifras no hizo el menor ademán de pagar.

–Apúntelo en la cuenta de Mr. Steed -dijo, y extendiendo arrogantemente el dedo índice izquierdo, fue pasando las páginas del libro hasta llegar a la que contenía las cuentas de Fitzhugh Steed. Al anotar las últimas compras, Mark vio que la deuda total era considerable y pensó -a juzgar exclusivamente por lo que la muchacha había comprado ese día- que estaba alimentando y vistiendo a toda la colonia Turlock.

No se sentía capacitado para discutir el asunto con su padre, pero acudió a Rosalind.

–Lo que esa mujer está haciendo no es sino robar.

Y esto inició la cuestión del comportamiento de Fitzhugh.

–En realidad, es muy sencillo, Mark -dijo Rosalind-, y yo no protesto. Ni siquiera de los robos.

–Pero se está portando como un idiota.

Y como Rosalind pusiera objeciones a esta dura calificación, Mark continuó:

–Puedo comprender sus devaneos cuando vivía madre. Las cosas eran más bien horribles entonces. Y después de su muerte no tenía por qué refrenarse. Pero ahora tiene una esposa…, una esposa excelente…

Meneó la cabeza con disgusto y se acercó a la ventana.

–Escucha, Mark Fue adquiriendo malas costumbres poco a poco. Y eso es algo que le ha ido corroyendo poco a poco. Supongo que sabes que él y Nelly tienen tres hijos.

–¡Hijos! ¡Dios mío!

La información le turbó tanto, que empezó a pasear de un lado a otro de la habitación y, luego, se detuvo ante su madre y dijo amargamente:

–Son hermanos míos…, en cierto modo.

La idea le resultó divertida y rió nerviosamente.

–Es realmente estúpido, ¿verdad?

–Sí. Se trata de algo que cualquier mujer debe soportar… lo mejor que pueda. Es decir, cuando no es guapa… Bueno, cuando es fea.

–¡Madre!

Era un sincero grito de protesta, y lo demostraba la confusión que se pintaba en el rostro de Mark. Su nueva madre era sólo seis años mayor que él, y esta escasa diferencia producía perplejidad, pero ella era muchos años más sensata, y sus juicios revelaban con

frecuencia una profundidad que le sorprendía. La verdad era que le agradaba. Poseía todas las cualidades que él había querido encontrar en su padre y ninguno de los defectos que hacían del mayor de los Steed una figura tan patética.

–Te irás volviendo más hermosa -dijo-. Y padre no estará aquí para verlo.

–Él nos sobrevivirá a los dos -predijo Rosalind.

–No me refería a eso.

Cuando Mark regresó a Patamoke para ampliar el almacén tenía la esperanza de que Nelly Turlock no apareciera por allí, pidiendo dividendos para su familia. Pero continuó presentándose, insolente, provocativa e irritantemente segura de sí misma. Parecía tener un olfato capaz de descubrir cualquier nuevo artículo importado de Londres y un apetito tan voraz que buena parte de cada nuevo cargamento parecía destinada a ella. Una tarde, Mark calculó que Nelly Turlock consumía un poco más del doble que Rosalind de los ingresos de Steed, pero cuando le presentó estas cifras a su madre, ella señaló:

–Hay más Turlock en la marisma que Steed en la isla. Esto no era del todo cierto. Henry y Paul, hijos del primitivo Edmund que se había establecido en Jamestown en 1607, habían engendrado ocho hijos entre los dos -el abuelo de Mark, capitán Earl Steed, era uno de ellos-, y aquellos hijos no habían tardado en engendrar su propia prole, por lo que la isla Devon albergaba muchos Steed en la casa central de la plantación y un número igual en otras casitas menores. De hecho, la isla estaba adquiriendo un tal exceso de población. Su marido gruñó y refunfuñó con su habitual fatuidad y dijo: -Cualquier Steed puede vivir en esta isla mientras así lo desee. Pero Rosalind no le prestó atención, sino que recurrió a Mark, y las razones que le expuso para desear despoblar la sobrecargada isla era tan convincentes, que obtuvo su entusiástico apoyo.

Así, pues, esta segunda esposa, esta forastera de Virginia, reunió a la familia en la habitación de la vajilla de estaño y expuso su plan:

–La casa grande permanecerá aquí… -varios de los Steed recordarían más tarde que, al decir esto, vaciló como si no se sintiera plenamente segura de la continuidad de la casa-. Y los jóvenes de la próxima generación que dirijan las fincas pueden permanecer aquí. Me refiero a Mark… y su mujer, cuando tome una. Conservaremos Casa de las Garzas para miembros de la familia, y Casa de los Espinos, pero las demás casitas las convertiremos en alojamientos de esclavos.

Esto suscitó ruidosos comentarios, pero ella se mantuvo inflexible.

–Esas casitas deben desaparecer. Son chozas.

Cuando amainaron las protestas, dijo:

–Mark y yo hemos estado explorando nuestras tierras. En la orilla norte del Choptank hay muchos terrenos excelentes. Cada familia debe elegir el que prefiera. Seiscientos acres de tierra despejada acompañarán a cada casa que construyáis.

Arreciaron las discusiones, en las que una docena de Steed rechazaban el plan, pero Rosalind continuó:

–He encontrado un emplazamiento superior a todos los demás, y me parece que dos o incluso tres familias podrían establecerse allí satisfactoriamente. En realidad, me parece un lugar mejor que la isla. Debidamente cuidado, podría convertirse en un paraíso.

Se calmaron las protestas. No agradaba a los Steed el ascendiente de Rosalind en cuestiones tan vitales para la familia, pero sabían que no tenía un pelo de tonta, y, si afirmaba que uno de los terrenos situados en tierra firme era más atractivo que la isla, le escucharían.

–Navegad hasta el extremo occidental de la marisma de Turlock y entrad en el estero divisorio. Siguiendo más allá de la

ensenada, encontraréis en la orilla occidental una profunda entrada a un espléndido estero. Avanzad durante media milla y llegaréis a una bifurcación. Es la tierra situada entre los brazos de esa bifurcación la que recomiendo. Tengo entendido que allí vivió un jefe indio, y en la escritura en que nuestra familia la compró a Janney se la denomina el Refugio.

Con estas palabras desencadenó una auténtica busca del tesoro, pues muchos Steed mandaron sus balandras por el estero divisorio para evaluar el majestuoso triángulo antaño ocupado por Pentaquod de los choptanks.

Era increíble cómo se había revitalizado aquel selecto fragmento de tierra despojado de sus árboles por los incendios de 1631. Durante ocho años los campos habían producido oronoco moderadamente bueno, pero el tabaco agotó tan rápidamente los minerales que, al final, los Steed consideraron más provechoso abandonar la península y quemar árboles en otros lugares, a fin de que pudieran surgir nuevos campos ricos en elementos nutritivos.

En los abandonados campos, los pájaros habían dejado caer semillas que no habían sido dañadas por el paso a través de sus entrañas, y las semillas se habían convertido en cedros que crecían como la hierba. Con el tiempo, arraigaron unas cuantas raíces de roble y nogal. Llegaron luego las bayas de espino, llevadas por los pájaros, y al cabo de cincuenta años la tierra había recuperado el esplendor de los lejanos tiempos en que Pentaquod la había identificado como su hogar; los gigantescos robles de cuatrocientos años habían desaparecido, naturalmente, y también las monstruosas lobeliáceas, pero sólo unos ojos largo tiempo acostumbrados a los bosques habrían notado su ausencia, pues la tierra se había recuperado: el fuego, y el sobrecultivo, y la privación de minerales, y la filtración, y toda clase de abusos, no habían logrado destruir aquel espléndido terreno. Todo lo que se necesitaba para renovarlo

era el sereno transcurso de setenta años, durante los cuales había permanecido aletargado, restructurándose.

Rebosaba belleza cuando los jóvenes de esta quinta generación de Steeds americanos lo redescubrieron: abundaban el ciervo y el castor; patos y gansos competían por un lugar en que descansar; los últimos osos y lobos de la región establecían allí su hogar; y en las pequeñas marismas de los arroyos que lo abrazaban proliferaban mil especies distintas de vida. Volvía a ser un paraíso de panorámicas fascinantes, y al término de cada noche, cuando el sol comenzaba a aparecer por el Este, las garzas azules volaban de nuevo a su antiguo hogar, escudriñando los fangosos fondos de los esteros y lanzando sus gritos en la semioscuridad cuando encontraban alimento.

En las ocasiones en que Fitzhugh permanecía en Devon, la vida en la isla podía ser sumamente agradable. Era un hombre de buen carácter que amaba a sus hijos y que saboreaba la rutina de la vida en una plantación; se sentía lleno de excitación siempre que llegaba de Haití un nuevo cargamento de esclavos, o cuando uno de los barcos de la familia zarpaba con sus barricas de oronoco rumbo a Londres. Experimentaba especial satisfacción cuando un barco les traía cartas de Europa, lo que en aquellos felices tiempos sucedía una o dos veces al año. Las disponía entonces cuidadosamente sobre la amplia mesa de la cocina, sin abrirlas, tratando de adivinar quién las había escrito y con qué información.

Se mostraba cortés con su esposa e insistía en que todos los que se relacionaran con ella hicieran lo mismo. Como una especie de broma, la llamaba Ama Roz, y parecía complacido con su forma de dirigir la plantación. Por lo menos, nunca intervenía ni trataba de revocar sus órdenes, pero su aquiescencia se hallaba revestida de un cierto aire condescendiente, como si su actividad constituyera un juego carente de importancia y sin interés alguno para él.

Como ya no dormían juntos, su actitud hacia ella era la de un tío indulgente, y Rosalind debía aceptarlo si quería disfrutar alguna clase de vida en Devon. Lo aceptaba, pues, sin quejarse, dándose cuenta de que él la trataba así porque se sabía incompetente. Era Rosalind quien tomaba todas las decisiones difíciles, porque su marido se había sentido inclinado durante toda su vida a las fáciles, y, con ello, había disipado todo el carácter que hubiera podido tener.

Por su parte, Rosalind trataba a su marido con deferencia y alimentaba sus vanidades. Él era el amo; los niños debían respetarle; y cuando llegaban los números anuales del Tatler, era él quien tenía que leerlos primero. Invariablemente, le llamaba por su nombre completo, Fitzhugh, y tuvo buen cuidado de que los hijos se refiriesen siempre a él llamándole padre. Prestaba exagerada atención a sus opiniones, y a menudo las secundaba entusiásticamente delante de los niños, aunque con la intención de ignorarlas en cuanto se hubiese ido.

Fitzhugh nunca había experimentado ninguna clase de amor hacia su mujer; para él, era mujer corpulenta y desmañada, con una voz dos grados demasiado fuerte, y le habría sorprendido descubrir que poseía todas las emociones de una jovencita de diecisiete años. En los primeros meses de su matrimonio, ella había amado realmente a aquel ostentoso y negligente individuo y se había sentido extática durante su primer embarazo, e incluso después de descubrir todas sus deficiencias e incapacidades había intentado conservar su amor hacia él; pero ahora reaccionaba ante su marido en forma muy semejante a como podría hacerlo ante un perrillo alegre y vivaracho; era divertido tenerlo en la casa, pero sin concederle ninguna importancia.

Esta era la decepcionante situación en que vivían los Steed. Pero sus vidas no eran trágicas. En realidad, un espectador no informado podría haber pensado que en la casa de los Steed reinaba

constantemente la alegría, pues Rosalind procuraba mantener el buen humor. Su marido le ayudaba en esto, pues le encantaba jugar con sus hijos y proponerles situaciones absurdas. Con muy poca colaboración de su primera esposa había educado dos excelentes personas en Mark y Evelyn, y ahora estaba haciendo lo mismo con los tres hijos de sus años maduros. Les enseñaba juegos de palabras, emplazamientos de extraños países y personajes mitológicos, y nunca les daba nada ni compartía ideas con ellos sin hacerles participar antes en su juego de Muchas Preguntas.

–He traído algo especial del almacén. Muchas preguntas.

–¿Está hecho de papel?

–No.

–¿Puedo masticarlo?

–Enfermarías si lo hicieses.

A veces les entretenía así durante media hora, siempre obligándoles a aguzar el ingenio, y cogiéndoles luego en brazos cuando resolvían sus adivinanzas.

También procuraba que hubiese siempre en la casa grandes provisiones de alimentos, para lo que encomendó a dos esclavos la tarea de cobrar piezas de caza. En el curso de una semana, los Steed podían comer venado, cordero, pato, pavo y, ocasionalmente, cerdo. Pero el plato que más le gustaba era sábalo adobado con cebolla y ajedrea. Cuando era servido en la mesa, los niños protestaban por las espinas, pero él les hacía callar asegurándoles que «el sábalo desarrolla el cerebro, porque si no eres lo bastante listo para evitar las espinas, no eres lo bastante listo para comerlo».

Él, no Rosalind, tendía a supervisar la cocina, y enseñó a las tres esclavas que trabajaban allí sus preferencias en la forma de cocer pan y preparar jalea de ternera. Se mostraba especialmente atento a la manera en que servían los dos platos permanentes, ostras y cangrejos, y confesaba a sus visitantes que en ninguna

parte de Maryland se podían comer mejores pasteles de cangrejo que en Devon.

Para él, ningún banquete merecía tal nombre a menos que, además de las seis carnes, siete verduras y ocho postres, contuviese ocho platos de ostras y de pastel de cangrejos; y cuando la mesa estaba completamente dispuesta, solía recostarse en su asiento y decir a sus invitados, con su habitual campechanía:

–Cuando Ama Roz cruzó la bahía para casarse conmigo, sus familiares le acompañaron hasta el barco, gimiendo: «¡Te vas a Maryland! ¡Te morirás de hambre!» Y aquí está, muriéndose de hambre.

Fitzhugh se ocupaba también de la bodega y procuraba que hubiese en ella botellas de borgoña, un barril de oporto y una cuba de madeira, y cuando las plantaciones vecinas se quedaban sin alguno de estos dos últimos vinos, él las aprovisionaba generosamente hasta que llegasen los siguientes barcos. Supervisaba a sus esclavos en la fabricación de sidra, que su familia consumía en grandes cantidades, pero preparaba por sí mismo las tres bebidas por las que era famoso Devon. El sillabud se servía en casi todas las comidas: «Una parte de leche, una parte de crema y una parte de cerveza, sazonado con lima y limón y servido con canela.» Los possets se bebían antes de acostarse, pues favorecían el sueño y la buena digestión, pero el persicot estaba reservado para las ocasiones festivas.

Conservado en recipientes de cristal y de un color ambarino, se servía después del postre por el agradable y cosquilleante regusto que dejaba en la boca. Fitzhugh decía de él: «Durante seis semanas advierto a los esclavos que vayan guardando todos los huesos de melocotón y albaricoque, y también de cereza, y cuando tengo suficientes corto cada uno en cuatro partes y los pongo a remojo en coñac francés con clavo y canela. Al cabo de tres meses añado agua azucarada, y cuanto más tiempo pasa, mejor gusto tiene.

Rosalind se ocupaba de asuntos más prácticos, especialmente la atención médica a todos los que pertenecían a la plantación; algunas mañanas, la casita situada tras la mansión se convertía en un hospital, con tres Steed, cuatro plantadores blancos más y doce esclavos formados en fila para recibir sus cuidados. De su larga experiencia en la vida de plantación había reunido los remedios más apropiados para curar las enfermedades que acompañaban al cultivo del tabaco en los remotos campos: ipecacuana para provocar vómitos, sales laxantes para el efecto contrario, aceite de enebro para el pecho, espíritu de azafrán para controlar los espasmos y resina para las quemaduras.

Su específico más eficaz era el aceite de linaza caliente; aplicado generosamente y cubierto con telas, reducía las congestiones. También usaba con gran frecuencia tártaro emético para curar lo que ella llamaba apretura, y en un frasco que sólo ella podía utilizar guardaba láudano para su empleo cuando se precisaba practicar amputaciones o extracciones dentarias.

Pues las plantaciones Steed, a diferencia de otras que había al otro lado de la bahía, eran centros de trabajo. Cualquiera de los chicos Steed próximos a dejar la adolescencia habían aprendido a hacer barriles, curar oronoco y calcular beneficios. La mayoría habían trabajado en algún momento en el almacén que la familia tenía en Patamoke, y muchos habían navegado hasta Bristol como marineros. El desprecio que muchos caballeros ingleses sentían hacia el comercio no formaba parte de la tradición de los Steed; su familia había prosperado, no fundamentalmente por el tabaco, sino por las múltiples actividades relacionadas con él, y en los años en que bajó el precio del oronoco en Bristol o Londres, los Steed continuaron obteniendo satisfactorios ingresos de sus barriles, sus pieles de castor, sus barcos y, sobre todo, su almacén. Difícilmente podía nadie vivir a lo largo del Choptank sin pagar tributo de una forma u otra a los Steed.

Era una buena vida, pero a veces, cuando veía a su colorado marido jugar con los niños, Rosalind no podía por menos de pensar: ¡Si tuviera la capacidad de saber que una mujer fea también puede ser un amoroso ser humano! En tales ocasiones experimentaba un profundo resentimiento por el hecho de que Dios no le hubiera dado belleza; pero cuando más agudo era su dolor, juraba sombríamente: No me rendiré. No caeré hasta su nivel. Fea o no, seré la mejor persona que pueda.

Entre los visitantes del almacén de Patamoke figuraba una delicada y solemne cuáquera de dieciocho años. Pulcramente vestida de gris, con un sombrero cuyas cintas le caían sueltas sobre los hombros, poseía esa claridad de piel que hace hermosa a cualquier mujer; en su caso, sus menudas facciones se hallaban tan armoniosamente equilibradas y resultaban tan agradables, que siempre que entraba en el almacén, Mark Steed, si casualmente se encontraba allí ese día, no dejaba de advertir la diferencia entre ella y la vocinglera Turlock. La comparaba también con su madre y, de conformidad con algo de Shakespeare que su madre le había leído, pensaba: «Puesto que es guapa, seguramente es estúpida.»

Para comprobarlo, trató varias veces de entablar conversación con ella, pero fracasó. La muchacha había ido al almacén para comprar determinados artículos que necesitaban los constructores de barcos y no dejaba que se distrajera su atención. No podía mostrar ningún interés en los alegres tejidos de París, y ni ella ni ninguno de los demás Paxmore necesitaban el encaje de Brujas ni la vajilla de Gante. Parecía casi retrasada, una mera sombra gris que aparecía misteriosamente en el muelle de la ciudad a bordo de una chalupa tripulada por su hermano, sin decir nada, sin sonreír jamás, sin responder jamás a las galanterías.

Una vez comentó en casa su extraño comportamiento, y Rosalind le preguntó de sopetón:

–¿Cuándo te vas a casar, Mark?

–Cuando salí de Londres -respondió él- tenía una especie de compromiso con Louise Fithian.

–¿Londres? Yo creía que querías una esposa local.

–Louise es un encanto, lo es realmente.

Y disertó sobre sus cualidades con un entusiasmo que agradó a su madre. – ¿Tienes una silueta?

–La tenía. Había sido cortada por un francés diestro en la utilización de tijeras pequeñas, y mostraba un perfil estereotipado, una belleza también estereotipada.

–Parece muy atractiva -comentó Rosalind, sin ningún entusiasmo.

Luego, volviendo a la silueta, murmuró:

–Me pregunto si será buena idea importar una esposa de Londres. No estoy muy segura.

–El venerado Edmund importó a Martha por correo. No la había visto hasta que puso los pies en su muelle.

–Ella era una fugitiva. Expulsada de su patria. Por su religión.

–Ése es otro problema. No hay chicas católicas en el Choptank.

–La chica Fithian no puede ser católica.

–No. Pero la conozco.

–También conoces a la chica Paxmore.

–¿La gris?

–No tan gris, Mark.

Y ella insistió en que le acompañase a Acantilado de la Paz, y, cuando su balandra quedó amarrada en el muelle de Paxmore y subieron la colina hasta la casa telescópica, Rosalind le llevó no hasta la joven Amanda, que observaba con intenso interés, sino hasta la vieja Ruth Brinton, que estaba furiosa.

–¡Qué terrible! – exclamó-. En la plaza, enfrente mismo del tribunal.

–¿Qué ha ocurrido? – preguntó Rosalind.

–Vender seres humanos con aprobación oficial.

–Mrs. Paxmore -interrumpió Rosalind-, siempre se ha hecho y se ha hecho humanamente. Deje de desvariar.

–Pero ayer vendieron una madre al Norte, un padre al Sur, y una hija de nueve años río arriba.

–Nosotros no hacemos eso en la isla -dijo sosegadamente Rosalind.

–Lo hacemos todos, mi querida amiga, si uno lo hace.

–¡No! – protestó Rosalind-. Cada familia vive de acuerdo con sus propias normas, y ningún Steed ha abusado jamás de un esclavo. Los necesitamos y los amamos.

–Pero si una familia humana puede ser arrastrada a un muelle en las mismas puertas de la casa de justicia…

La anciana empezó a temblar, por lo que Amanda se acercó para calmarla. Hablando con tono defensivo, dijo:

–La abuela nunca está satisfecha en este punto.

–Ni lo estará jamás -replicó la anciana.

–La asamblea ha rechazado sus propuestas muchas veces -dijo Amanda-. Pero ella continúa. Una voz en el desierto.

Dijo esto con tal sencillez, que parecía una doncella hebrea del Antiguo Testamento.

–Quería que conociese a mi hijo Mark -dijo Rosalind.

–He oído que es un buen muchacho -comentó Ruth Brinton.

–¿Dónde lo ha podido oír?

–Amanda me lo dijo. Suele verle cuando va a comprar clavos.

Rosalind observó que la muchacha cuáquera no enrojecía, sino que siguió mirando al frente sin formular ninguna excusa; en cambio, Mark se ruborizó intensamente, y Rosalind pensó: «Normal. Es una reacción muy humana, y eso le diferencia de su padre.»

Durante el regreso a Devon, Rosalind no dijo nada, pero una vez a solas con su hijo en la casa, le dijo con firmeza:

–Quería que vieses una mujer auténtica.

Y le habló brevemente de la obra de Ruth Brinton en Massachusetts y de la vida ejemplar que había llevado en Patamoke, constituida en conciencia de los cuáqueros y de toda la comunidad en general.

–No me vengas hablando de Mrs. Paxmore. Tú querías que viese a Amanda… en su casa.

–Es cierto. Quería que vieses la entereza e integridad de la familia.

–Me daría miedo tocar a una cuáquera. Esa Amanda podría ser una mujer terrible en el gobierno de una casa. ¿Viste cómo asumía el mando de la situación cuando te estabas metiendo con la vieja?

–No me estaba metiendo con ella. Es sólo que respecto a la esclavitud…

–Claro que te estabas metiendo con ella. Y lo estás haciendo ahora conmigo.

Decidió no volver a tener ninguna relación con la muchacha Paxmore, y cuando ella entraba en el almacén, encontraba siempre excusas para evitarla. Era una joven estirada, difícil y, en cierta indefinible forma, repelente, y le tenía miedo.

Su problema de encontrar una esposa fue tratado de forma poco corriente. En el convoy de octubre Fithian envió a Rosalind una turbadora carta:

Puede que esto resulte inadecuado, pues usted no se halla ya implicada en los asuntos de Virginia, pero consideramos prudente advertirle, de manera absolutamente confidencial, que se halla en peligro la seguridad financiera de la plantación Janney sobre el Rappahannock. La producción de sus campos ha disminuido, y ha descendido también la calidad de su tabaco aromático. En cada convoy nos envía peor tabaco y pedidos más fuertes de costosos artículos. Exponiendo con franqueza la situación, se hallan al borde de la bancarrota, y nadie en Virginia parece darse cuenta de ello.

Hemos observado con admiración el modo en que usted y Mark han cultivado su plantación de Maryland, convirtiéndola en una de las mejores. La diversificación practicada explica gran parte de su éxito, y advertimos que rara vez encargan algo que no contribuya a facilitar el éxito de sus operaciones. ¿Podrían usted y Mark cruzar la bahía e iniciar el mismo programa para sus hermanas y sus maridos? Son ya dos las veces que en el pasado hemos recuperado lo que en la actualidad es la plantación Janney, y no queremos volver a hacerlo en un próximo futuro. Louise Fithian envía recuerdos a Mark y le desea éxito en esta empresa.

Así, pues, se dio orden a los esclavos de que preparasen el Bella Rosalind, y Mark y su madre hicieron en él el largo viaje hasta el Rappahannock. El grado de deterioro comercial que encontraron y la incapacidad de los yernos Janney para corregirlo no fueron los aspectos más memorables de aquel viaje, sino el absoluto desprecio de Rosalind hacia sus hermanas menores.

Missy y Letty tenían a la sazón poco más de treinta años, con varios hijos cada una, y cada uno de ellas tan mentecata como puede serlo una mujer. Afectaban ignorancia de todos los asuntos de la plantación, y cuando Rosalind les habló duramente de la inminente catástrofe, no se les ocurrió nada mejor que ponerse a gimotear. Nunca aparecían por las cocinas, dejando esa clase de cuestiones a las esclavas; no sabían nada de los gastos familiares y consideraban los barcos Janney como simples medios de transporte hasta sus salones de mercancías procedentes de Londres. Lo que tenía que salir de la plantación con destino a Londres no les interesaba.

Lo terrible, para Rosalind y Mark, era que estaban educando a sus atractivas hijas para la misma clase de vida: levantarse a las diez; comida abundante a mediodía; coser un poco, pero nunca en una prenda de uso práctico; siesta; visita; charla; cambiarse de vestido; cena abundante; beber un poco de jerez mientras los

hombres bebían oporto; y nunca, nunca, entrar en un cobertizo en que se estuviese curando tabaco.

Fue Mark quien percibió la terrible consecuencia que derivaba del sistema.

–Las mujeres son ya un caso perdido, y no hay nada que hacer al respecto. Es la destrucción de los hombres lo que resulta especialmente doloroso. Si tus hermanas vuelven a decirme: «Rosalind puede encargarse de esas cosas, ella era la inteligente», me voy a liar a bofetadas con alguien. Cualquiera de ellas podría haber sido tan inteligente como tú, Rosalind. Podrían haberlo sido, lo sé, y han desperdiciado sus vidas, y las vidas de sus maridos, y ahora la plantación.

–No eres completamente justo -dijo Rosalind-. Para que una mujer triunfe… No, quiero decir que para desarrollar su capacidad una mujer necesita un modelo. No puede descubrir la verdad por sí sola.

–¿Qué modelo tuviste tú?

–William Shakespeare.

–¿Qué significa eso?

–Significa que yo era una chica fea, ningún joven me cortejaba, y no podía hacer nada más que leer. Leí entero ese grueso libro que ves sobre la mesa, junto a la ventana, y te aseguro que nadie lo ha abierto desde que yo me marché.

–Yo no podría entender a Shakespeare -dijo francamente Mark.

–Ni yo tampoco… las dos primeras veces. El carácter consiste en lo que se hace al tercer y cuarto intentos.

–Quiero irme de aquí, Rosalind. No podemos hacer nada por esta gente.

–Ahora es cuando nos enfrentamos al tercer y cuarto intentos -dijo su madre.

Y pasaron angustiosos meses tratando de reorientar la plantación Janney. Mark trabajaba con los yernos, los dos, mayores

que él, enseñándoles cómo debían supervisar sus lejanos campos y equilibrar su economía:

–Encargad a Fithian sólo aquellas cosas que os permitan crear nueva riqueza en la tierra que ya tenéis. O producís más riqueza aquí, o perecéis.

Rosalind era mucho más dura. Sin traicionar las confidencias de Fithian, obligó a sus hermanas y a su marido a confeccionar una relación de ingresos y gastos durante cuatro años y les mostró el descenso de sus fortunas.

–Se acabaron los vestidos de Europa, sólo la tela. Podéis aprender a coser. Se acabaron los viajes costosos. Vuestros hijos pueden aprender en Virginia lo que necesiten. Tres esclavos en la casa. Los demás, en un trabajo productivo.

–¿Qué trabajo? – preguntó Letty, con una bobalicona sonrisa.

–¡Maldita sea vuestra estupidez! ¿Preguntas qué trabajo? Y vuestras cuentas ponen de manifiesto que compráis zapatos, barriles, chaquetas y muebles que Fithian importa de Flandes. ¡Basta! Basta de todas esas estúpidas compras y haced vosotras mismas las cosas.

–Yo no sé hacer muebles -dijo Letty.

–Entonces enseña a tus esclavos a hacerlo.

–¿Cómo?

–Hay libros. Si hubierais importado libros…

–Eso tienes que decirlo tú. Siempre fuiste la inteligente.

Disgustada, Rosalind volvió la espalda a sus encantadoras hermanas; no había salvación para ellas. Pero sus maridos todavía tenían una oportunidad…

–Si trabajáis laboriosamente durante cinco años, podéis salvar este lugar. Si no, será la bancarrota, y en uno de los convoyes, Fithian os mandará no grandes paquetes de sedas y encajes, sino un administrador con la misión de supervisar la venta a alguien mejor calificado.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al abandonar la casa en que había pasado su niñez, aquel sereno y encantador lugar en el que los céspedes se extendían interminables, pero aquella sentimental despedida no amortiguó su furor, y, cuando la balandra de los Steed llevaba ya un rato navegando aguas abajo del Rappahannock, dijo a Mark:

–Cuando esta embarcación llegue a Devon, yo desembarcaré en el promontorio y haré andando el resto del camino.

–¿Por qué?

–Porque tú irás en ella hasta Acantilado de la Paz. Y desembarcarás allí. Y subirás aquella colina y le pedirás a Richard Paxmore la mano de su hija Amanda.

–Pero…

–Mark, ya has visto la alternativa. Si los hombres fuertes como tú no se casan con las mejores mujeres disponibles, ¿qué será de la Humanidad?

–Ella no es católica.

–No tengo nada que decir a eso. Simplemente no tengo nada que decir, porque no viene a cuento.

–Pero los cuáqueros… -hizo una pausa-. Mira a la vieja. Es todo fuego.

–Yo soy todo fuego. Cuando tenga setenta años, las gentes del Choptank me odiarán. Porque nunca dejaré de ser tan fuerte como pueda. No toleraré la rendición, y no pienso quedarme viendo cómo el mejor de los Steed, su única gran esperanza, comete estúpidos errores. Louise Fithian acaba de morir. Ahora búscate una verdadera esposa.

Amanda no se sintió sorprendida cuando Mark Steed llegó a su casa proponiéndole el matrimonio, y, más tarde, cuando llegó Rosalind para arreglar los detalles, la muchacha confió:

–Ya me daba cuenta de que estas cosas necesitan tiempo.

Con su aire obstinado, anunció una decisión que cogió por sorpresa a su familia:

–Mark es católico, así que nos casaremos ante un sacerdote.

Y fue la balandra de los Paxmore, no la de los Steed, la que navegó hasta Annapolis para recoger al padre Darnley.

Fitzhugh Steed no participó en aquellos trascendentales asuntos. Respecto a las dificultades por que atravesaba la plantación Janney, dijo:

–Son familia tuya, Roz. Arréglalo tú. – Y cuando su hijo anunció que se casaba con la muchacha Paxmore, dijo-: Una mujer es tan buena como otra. Yo nunca he padecido por haberme casado con una protestante.

Se había vuelto descuidado en su forma de hablar, adoptando el dialecto empleado por los boteros locales. Se pasaba días enteros sin aparecer por Devon, y Rosalind se había acostumbrado a verle subir solo a una lancha y bajar por el estero en dirección a la marisma. Nunca hablaba de la muchacha Turlock, y, sorprendentemente, Rosalind no la había visto aún. Mark, al pasar ahora cada vez más tiempo con su nueva esposa, tenía pocas oportunidades de atender el floreciente almacén de Patamoke, con lo que la fuente de información de Rosalind sobre la amante de su marido se evaporó.

Se encontraba en un mundo extraño: esposa de un hombre al que apenas conocía y cuyo lecho ya no compartía, organizadora de una vasta plantación que pertenecía a otros. Ahora, organizados e independientes ya sus hijastros, toda su vida emocional se concentró en sus tres hijos. Samuel, de ocho años, mostraba señales de convertirse en otro Mark; era inteligente, de reacciones rápidas y animoso, pero tenía ya la propensión de su padre a una galantería irresponsable, por lo que Rosalind se preguntaba a menudo si llegaría a establecer su vida sobre bases sólidas.

Pierre, casi dos años menos, que llevaba el nombre de un amigo que había sido compañero de su marido durante su estancia en St. Omer, era un chiquillo fuerte y tranquilo de pelo rojo. Le gustaban los animales y los lugares tranquilos del boscoso jardín que su madre había creado, y le apasionaba hablar en francés con su padre. Rosalind nunca tuvo la sensación de conocer realmente a Pierre, pues tenía un carácter obstinado y retraído, poco dado a confidencias, pero lo que veía de él le agradaba. «Sería un buen cuáquero», dijo de él una vez en que se había negado tercamente a obedecer.

Rachel era una alegre y risueña niña de cinco años, que tenía todas las trazas de convertirse en una mujer voluble, como sus tías de la plantación Janney. Coqueteaba con su padre, las raras veces que le veía, y tenía una maligna habilidad para manipular a sus hermanos. Parecía de inteligencia muy superior a la media y le encantaba utilizar palabras más complicadas de lo que podía entender. «Pierre es aprensivo», dijo una vez, queriendo decir que se estaba mostrando difícil Siempre que sorprendía a la niña actuando o abusando de sus privilegios Rosalind pensaba: «Cuando crezca, le entrará el sentido común.» Rosalind concedía gran importancia al sentido común y rogaba por que todos sus hijos lo adquiriesen.

El afecto que mostraba hacia ellos sorprendía a veces a los que visitaban Devon. pues estaba muy extendida la creencia de que la inteligencia excluía el amor; este razonamiento inducía a muchos habitantes de Patamoke a justificar los retozos de Fitzhugh con la chica Turlock: «Debe de tener un dormitorio muy frío en casa, con ésa.» Sin embargo, allí había tres niños encantadores que desmentían esa suposición, pues eran fruto de la pasión de Rosalind, no de la de él.

Ella era, ciertamente, la mejor madre que jamás hubieran dado los Janney o los Steed, una mujer amorosa, solícita, comprensiva,

que poseía una clara visión de lo que podrían llegar a ser sus hijos. Les enseñaba aritmética e insistía en que leyesen a un nivel constantemente superior al de su capacidad aparente. Instaba a su marido a que buscase un preceptor para la familia, señalando que si se importaba de Inglaterra uno bueno, todos los niños Steed de la tierra firme podrían trasladarse a la isla para aprender latín, pero Fitzhugh gruñía: «Hiciste todo lo posible para echarlos de la isla, y ahora te propones traer de nuevo a los chicos.» Y se negaba a buscar un preceptor.

Ella no se sentía segura de su capacidad para enseñar a sus hijos por encima de un nivel puramente rudimentario, y cuando estaba pensando en posibles alternativas, oyó hablar de la misión jesuíta establecida en Bohemia, una aislada casa de campo situada en el borde norte de la Orilla Oriental. Había sido emplazada allí para escapar a la atención de agresivos protestantes que propendían a quemar edificios católicos y maltratar jesuítas de quienes sospechaban intentaban hacer volver a Maryland al catolicismo. Sabía que debía considerar la situación de Bohemia, pero iba demorando hacer nada al respecto.

Y entonces, una fría mañana de diciembre de 1710, se encontró al despertar con que la isla se hallaba cubierta de nieve. Estaba contemplando desde su ventana el efecto de la nevada sobre las brillantes bayas del espino y cómo resaltaban sobre ella las ramas del roble, cuando vio a sus tres hijos salir de pronto de la casa y echar a correr en tropel por entre los montones de nieve. Se sintió regocijada al principio y los miró con interés mientras desaparecían en dirección al muelle, para volver en seguida, corriendo también. Rachel protestaba lacrimosamente de que sus hermanos le habían tirado bolas de nieve; pero cuando éstos se acercaron para consolarla, les estampó los mitones en la cara, restregándosela con la nieve que había mantenido escondida a la espalda.

Y de aquella infantil manera, con el rojo sol de diciembre brillándoles en los rostros, advirtieron a Rosalind que había llegado el momento en que debía alejarlos de Devon e introducirlos en la corriente de las matemáticas, Shakespeare y los filósofos católicos. Los chicos tenían solamente ocho y siete años, pero los años estaban desperdiciándose ya.

Tan pronto como dejó de nevar, ordenó a los esclavos que preparasen la balandra y, el primer día en que calmaron los vientos, vistió a sus hijos con ropa de abrigo y los hizo subir a bordo. Constituía un indicio de su determinación el hecho de que no se molestase en consultar con Fitzhugh sobre aquella drástica decisión, pero, aunque hubiera querido, no habría podido hacerlo, pues él estaba en las marismas.

Navegaron rumbo al Norte, más allá de Annapolis, pasaron ante la desembocadura del bello río Chester y enfilaron luego el Elk, que les llevó hasta el río Bohemia, cuyas aguas remontaron a vela mientras les fue posible, antes de recurrir a los remos. Las personas a las que preguntaban por el establecimiento jesuíta les miraban con alarma y no revelaban nada, pero, finalmente, la balandra atracó en un muelle más allá del cual no podían seguir, y una mujer reconoció a regañadientes:

–Los papistas están allí -e indicó un pequeño sendero que se adentraba en el bosque.

Dos esclavos caminaban delante, sacudiendo la nieve de las bajas ramas, y otros dos les seguían llevando las pequeñas posesiones de los niños. En medio iba Rosalind, con la falda atada con cuerdas por encima de las rodillas y cogiendo de la mano a Samuel y Pierre. Fue así como los Steed se acercaron a los jesuítas.

Un sacerdote se hallaba supervisando una extensión de más de ochocientos acres, unos pocos de ellos labrados, y la mayoría en terreno de bosques. La iglesia de la misión era pequeña y hecha de

madera; la rectoría en que vivían el sacerdote y sus ayudantes era poco más que una cabaña batida por el viento.

–No tenemos escuela aquí -se excusó el sacerdote.

–No esperaba encontrar una -dijo Rosalind.

–¿Qué podemos hacer con sus hijos?

–Pueden enseñarles a trabajar… a leer latín… a convertirse en unos jóvenes distinguidos.

Se mostraba tan persuasiva, y ofrecía tan sinceramente pagar a los jesuítas por las molestias que aquello pudiera ocasionarles, que el sacerdote no podía rechazarla arbitrariamente. Invitó a su grupo de siete a que se quedaran allí aquella noche; los esclavos podían dormir en los rincones de la misión, los Steed en el suelo, delante del hogar. Mientras finalizaba el breve día y el fuego proyectaba sombras sobre las ventanas cubiertas de papel, hablaron de Maryland y de los Steed:

–He oído hablar de su familia. ¿No asistió su marido a un seminario en Francia?

–No tiene nada de seminarista -dijo ella suavemente, encogiendo las piernas para conservar el calor-. Pero sí que estudió en Francia, y también mi hijo Mark… en St. Omer.

El sacerdote la miró de reojo al oír esto; por su edad no parecía posible que tuviese un hijo lo bastante mayor como para haberse graduado en St. Omer.

–Mi hijastro -explicó ella-. Se casó con una muchacha cuáquera. Y tampoco yo soy católica.

–¿Pero traería a sus hijos aquí…?

–Padre, no quiero que mis hijos sean unos bárbaros. Es así de sencillo.

–Supongo que sí -respondió el sacerdote, y empezó a recitar las razones por las que sería imposible que se quedaran en la misión: falta de sitio, comida inadecuada, carencia de libros de texto, carencia de profesores, falta de estabilidad en la agreste región.

Siguió hablando y hablando, y, cuando hubo terminado, Rosalind dijo:

–Bien, los dejaré con usted y me marcharé por la mañana.

Fue una suerte que obligara a los jesuítas a quedarse con sus hijos, pues en el viaje de regreso, cuando su balandra se disponía a entrar en el Choptank, el esclavo que patroneaba la embarcación gritó de pronto:

–¡Barcos piratas!

Y justamente delante de ellos, a unas dos millas de distancia, llegaban dos barcos caribeños con portañolas armadas de cañones y cubiertas repletas de saqueadores. Habían elegido el invierno para invadir la bahía, jugando con la probabilidad de que no hubiera ningún buque de guerra inglés, y ahora, con su monstruosa superioridad de armamento, gozaban de plena libertad para dedicarse al pillaje. Rosalind corrió a proa e hizo un rápido cálculo, fruto de los largos años que llevaba en la bahía:

–El viento nos favorece. Podemos escapar por el río delante de ellos.

Y, sin vacilar, ordenó al capitán que aparejase velas y lanzase la balandra a toda la velocidad posible por el Choptank.

Mientras se acercaban a la isla, gritaron e hicieron señales con la esperanza de advertir del inminente peligro a los trabajadores de los Steed, pero nadie les vio ni oyó. Remontaron, pues, el río, mirando constantemente hacia atrás y viendo finalmente, con creciente temor, cómo los dos barcos piratas enfilaban el canal. Los cuatro esclavos, que sabían que los piratas solían capturar negros en su calidad de mercancía de fácil venta en Haití, sentían más miedo que Rosalind y, cuando la tierra firme les privó del viento, remaron vigorosamente, esperando mantener su ventaja sobre los perseguidores.

Para detener a la balandra, el primero de los barcos piratas disparó una andanada, y las pesadas balas de hierro cayeron en el

agua, no lejos de donde Rosalind se encontraba dirigiendo personalmente la huida. Las reverberaciones retumbaron en el aire invernal, y los que estaban en la isla comprendieron el peligro que se cernía sobre ellos.

Durante varios minutos, mientras los grandes barcos se acercaban, no sucedió nada. Y luego Rosalind vio con alivio que alguien estaba botando una lancha tripulada por diez esclavos, y, al irse acercando, Rosalind vio que Mark Steed estaba en su proa gritando órdenes a los remeros. Antes de que pasaran diez minutos, calculó Rosalind, los remeros de refresco estarían a bordo de la balandra y sería posible escapar.

Pero los piratas dispararon ahora otra andanada, que cayó peligrosamente cerca de la lancha de Mark, proyectando un surtidor de agua sobre él y ocultándole momentáneamente a la vista, y Rosalind gritó:

–¡No!

Pero cuando el agua volvió a posarse, vio que Mark continuaba al mando de su embarcación, y se dejó caer en uno de los bancos, como si fuera su propia vida la que se hubiese salvado.

Los refuerzos permitieron a la balandra mantener la distancia que le separaba de los piratas y llegar a un improvisado desembarcadero a poca distancia del estero. Rosalind y Mark bajaron a tierra allí, mientras Mark gritaba:

–¡Dejad los botes! ¡Salvaos!

Y esperó hasta que los catorce esclavos hubieron desaparecido en el bosque. Continuaba allí, cuando los piratas pasaron ominosamente en sus barcos, tomándose tiempo para efectuar un cómodo desembarco, pues sabían que no podían encontrar oposición.

Rosalind y Mark corrieron por los senderos del bosque hasta los campos de tabaco y la casa de la plantación, gritando a todos aquellos con los que se encontraban:

–¡Piratas! ¡Venid a la casa grande!

Cuando llegaron a aquella vulnerable fortaleza, Rosalind preguntó serenamente por su hija, y cuando apareció Rachel, somnolienta a causa de la interrumpida siesta, Rosalind la abrazó y dijo:

–Tienes que ser valiente ahora.

Y le preguntó dónde estaba Fitzhugh, y la niña respondió: -No ha estado aquí desde que te fuiste.

Le dijo a Mark que fuera a buscar a Amanda, y, cuando la esposa cuáquera apareció caminando pesadamente a consecuencia de su embarazo, Rosalind dijo:

–Debes esconderte en el sótano más apartado. Los piratas hacen cosas terribles a las jóvenes, aunque se encuentren en tu estado.

Luego preguntó si había algún otro Steed en la isla, y le satisfizo saber que no había ninguno; se salvarían de aquel horrible día y podrían abordar luego las tareas de reconstrucción.

–Los piratas vienen -dijo sombríamente-, pero también se van. Nuestra misión es impedirles que lo destruyan todo.

Los pesados barcos estaban ya en el estero, surcando arrogantemente las aguas que habrían resultado prohibitivamente peligrosas si hubieran estado presentes los barcos de guerra ingleses. La isla carecía de defensas, y, al acercarse al muelle, el primer barco lanzó una andanada que atravesó las habitaciones superiores de la casa de madera, destrozándolo todo.

–¡Oh Dios! – exclamó Rosalind, desde el lugar que ocupaba en el porche-. Esto va a ser peor…

Los primeros piratas estaban ya desembarcando turbulentamente, hombres flacos y barbudos que blandían espadas. Salieron diez, y luego cuarenta, y luego cien, y se dispersaron por entre los árboles, sembrando la destrucción a su paso. No causaron ningún daño a los esclavos, a los que conducían en grandes rebaños hacia los barcos, pero incendiaron sus casas.

Ochenta o noventa de ellos se dirigieron luego hacia la casa grande, ávidos de botín y sedientos de destrucción. Se acercaron malignamente, esperando que alguien tratara de ofrecerles resistencia, pues tenían el intrépido valor de quienes saben que el enemigo se encuentra desarmado. Uno cogió una rama de una choza incendiada y echó a correr hacia la casa.

–¡No! – gritó Rosalind.

No quería decir que el pirata no debía incendiar la casa; quería decir que Mark no debía intentar oponerse a él. Pero su hijo avanzó para interceptar al incendiario, blandiendo una pistola, y, como el pirata continuase avanzando, con la antorcha ante su cenicienta cabeza, Mark apuntó, disparó y le mató.

Se desató el infierno. Otros piratas, al ver a su compañero caer con la cabeza ensangrentada, se convirtieron en monstruos vengadores. Cuatro de ellos saltaron sobre Mark, apuñalándole y disparando contra él mucho tiempo después de haber muerto. Otro, mientras corría como un loco hacia la casa, describió un amplio arco con su rifle, alcanzando a la pequeña Rachel sobre la oreja y partiéndole el cráneo. Luego se volvió hacia Rosalind, a quien golpeó repetidas veces con la culata de su rifle, dejándola inconsciente.

Al despertar, Rosalind se encontró apoyada contra un árbol; los esclavos habían puesto en peligro sus propias vidas para arrastrarla a lugar seguro. Al centrar la visión, vio la plantación Steed en llamas; la gran casa, los alojamientos de los esclavos, las casitas en que los otros Steed habían sido invitados a vivir; incluso el muelle. Y en el porche del arrasado edificio, del que habían sido robados todos los objetos de valor, pudo ver el destrozado cuerpo de su hija entregado a las llamas.

Sólo cuando la destrucción fue completa, bajó a tierra el capitán de los piratas. Rosalind le miró con frío odio mientras caminaba arrogantemente entre los árboles que ella había plantado. Nunca

olvidaría a aquel hombrecillo viejo y arrugado que caminaba con afectados pasos y sonreía ante la destrucción causada por sus hombres. Se acercó a donde ella estaba y ordenó a sus hombres que la hicieran ponerse en pie. Luego, dando vueltas en torno a ella como si estuviese en un mercado de esclavos, dijo:

–Soy Henri Bonfleur. He conocido antes a tu familia.

Malignamente, le cruzó la cara de una bofetada y, luego, dijo a sus hombres con voz sosegada:

–Soltadla. Es demasiado fea para ocuparse de ella.

Le puso el pie derecho sobre el estómago y la empujó hacia atrás. Mientras Rosalind yacía sobre la marchita hierba, el hombre la miró y dijo:

–Esta vez no envíes barcos a Marigot.

Se disponía a continuar para inspeccionar el botín, pero, en lugar de ello, se volvió y empezó a darle patadas.

–Tus hombres mataron a Griscom. ¡Mira ahora el fuego!

Con el rostro contorsionado de odio, continuó andando y, uno de sus hombres le preguntó:

–¿La matamos?

–No -respondió con desprecio-, dejadla vivir para que disfrute de este día.

Rosalind contempló amargamente cómo los barcos piratas se retiraban triunfalmente.

Luego se incorporó lenta y penosamente y avanzó con pasos vacilantes hasta el lugar en que se hallaban ocultos los pocos esclavos que quedaban. Les ordenó cavar dos tumbas en el cementerio familiar situado más allá del roble, y enterró allí a los hijos en que había depositado sus esperanzas: Mark, que no era de su sangre, pero que era de su mente y de su carácter, y la pequeña Rachel, cuyo díscolo espíritu podría haberle permitido convertirse en heredera. Mientras la tierra caía sobre sus cuerpos, sin ataúd, se

sintió casi estrangulada de dolor, y en aquel terrible momento juró vengarse:

–¡Piratas, vayáis a donde vayáis, os encontraré!

A partir de entonces, todos sus actos se encauzaron a la satisfacción de este odio devorador: los piratas debían ser expulsados del mar y ahorcados. Era intolerable que pudiesen invadir impunemente las casas particulares, y, si el Gobierno de Londres no podía proteger aquella bahía, la protegería ella.

Mandó regresar a los dos barcos de los Steed y los armó con baterías de cañones ocultos. Aumentó el número de marineros por barco e hizo que se adiestraran en la lucha contra abordaje. Encargaron fusiles y machetes, y, a finales del verano de 1711, sus estratagemas dieron fruto. Uno de los barcos fue atacado por un bergantín pirata cuyas velas transversales le permitían maniobrar con vientos suaves. Lo que el pirata no sabía era que el capitán buscaba ser abordado, pues, cuando el bergantín estuvo próximo, sacó a relucir la batería de cañones pesados, cuyos disparos arrancaron la superestructura del barco pirata.

Los piratas no se desalentaron por esto, ya que su táctica fundamental era interceptar barcos mercantes, abordarlos y dominar a la tripulación en combate cuerpo a cuerpo; pero esta vez fueron los marineros mercantes quienes realizaron el abordaje y, con sus machetes y pistolas, dieron muerte a muchos de los piratas. Encadenaron a diecinueve de ellos en las bodegas y los llevaron, juntamente con sus barcos, a Devon.

–Debes entregarlos a las autoridades -advirtió Steed.

Pero Rosalind replicó:

–En esta isla, tú eres la autoridad.

El preguntó qué quería decir con eso, y ella exclamó:

–Tú eres un juez. Dicta sentencia.

Como se negara, ella ordenó que los piratas fueran trasladados a Patamoke, donde pidió que los tribunales condenaran a muerte a

aquellos asesinos, y, cuando así se hizo, se quedó a ver cómo era levantado el patíbulo en el muelle, y allí estaba esperando cuando fueron conducidos los piratas.

A medida que pasaban ante ella, fue diciendo a cada uno de los piratas:

–Si ves a Bonfleur en el infierno, cuéntale lo sucedido.

Estas ejecuciones suscitaron escándalo. Por una parte, eran ilegales, pues los piratas eran responsabilidad de la provincia, y todos estaban de acuerdo en que Mrs. Steed hubiera debido enviarlos a Annapolis. Pero, por otra parte, los piratas habían arrasado la plantación Steed y dado muerte a dos de los hijos de Mrs. Steed, además de llevarse a más de veinte de sus esclavos, y su venganza complacía, evidentemente, a la población. Además, ponía de manifiesto lo que una mujer decidida podía hacer. Se convirtió en una heroína, pero cuando se publicaron hojas relatando la victoria de su barco y la ejecución de los piratas, no quedó satisfecha. Ordenó que miles de esas hojas fuesen distribuidas en todos los puertos del Caribe. Quería que Bonfleur, y Carpaux, y Vidal, supieran quién había ahorcado a sus compañeros. Les desafiaba con el conocimiento de que no descansaría hasta que también ellos fuesen ahorcados.

Su ejemplo impulsó a las autoridades a reunir una pequeña flota de buques corsarios con la misión de destruir, de una vez por todas, los nidos de piratas diseminados por el Caribe, y cuando se hizo un llamamiento a quienes quisieran prestar voluntariamente su colaboración, ella ofreció los barcos de los Steed. Dijo a sus capitanes:

–Se han terminado los viajes para transportar tabaco a Londres. Lucharemos en el Caribe hasta que sea ahorcado el último de esos demonios.

–¿Qué será de nuestras cosechas? – protestó su marido.

–Se pudrirán -respondió ella, secamente-. Desde luego, no serán transportadas a Londres en nuestros barcos.

Y como él se lamentara de tal derroche, dijo despectivamente:

–Si tuvieras un poco de virilidad, Fitzhugh, viajarías en uno de esos barcos.

–¿Yo?

–¡Sí! ¿Es que no tienes sentido de la justicia? ¿Permites que un malvado queme tu casa y mate a dos de tus hijos sin reaccionar de ninguna manera? ¿Quieres que yo capitanee uno de los barcos? Por Dios que recorreré ese mar hasta que le coja por el cuello.

–¿A quién?

–Al pirata. Cualquier pirata. Al grande e inhumano pirata que nos aterroriza y que viene a nuestra bahía para incendiar y asesinar.

–Debes aprender…

–Ya he aprendido. He aprendido lo débil e inútil que eres. He aguantado tu comportamiento en la marisma. Te he perdonado que no estuvieras aquí cuando fue quemada la casa. Y puedo incluso comprender por qué no sentiste especial dolor cuando fueron asesinados tus hijos. Pero no puedo tolerar la cobardía.

–Pero, Rosalind…

–¿Subes al barco? ¿O lo hago yo?

Ella era cinco centímetros más alta que su marido y pesaba varios kilos menos, pero era inconmensurable la diferencia de carácter entre ambos. Rosalind veía el mundo como una unidad en la que todas sus partes se relacionaban entre sí, y que un muchacho no supiera latín constituía una omisión tan grave como que un padre no se preocupase por la totalidad de su familia. Nunca había hecho mucho caso de las habituales manifestaciones de virilidad, como tampoco de las llamadas virtudes femeninas; no consideraba que hubiese gran superioridad en la capacidad de ser coqueta o de cocer pan, pero sí había una superioridad inmortal en ser una mujer decente o un hombre auténtico.

No quiero la venganza como un desquite personal, se dijo a sí misma una vez que su marido hubo partido a regañadientes, pero sí quiero poner un poco de orden en el mundo. No se puede tolerar la piratería.

Esperando que las nuevas disposiciones lograran poner bajo control la intolerable situación reinante en Chesapeake, volvió su atención hacia Devon. No quería lápidas ostentosas para Mark y Rachel, pero sí quería recuerdos del inextinguible amor que había sentido hacia aquellos dos excelentes hijos; nunca conocería nada mejor, y su pérdida nunca se alejaría de sus pensamientos. Sus tumbas se hallaban junto al roble, y a veces iba allí y reflexionaba en su insoportable pérdida, pero sus lágrimas eran escasas, pues no era mujer que llorase con facilidad. Pensaba también en las buenas mujeres negras que habían trabajado en su cocina y habían cosido para ella, y meditaba en su suerte: violadas y saqueadas por los piratas y vendidas en Haití. La crueldad del mundo le abrumaba entonces, y bajaba la cabeza y no pensaba en nada, y al cabo de largo rato suspiraba y volvía a sus tareas.

Principalmente, debía reconstruir la casa, y siempre que apoyaba un lápiz sobre el papel, sentía la pérdida de Mark. Deseaba ardientemente que hubiera estado allí para ayudarle; él conocería las medidas y el coste del bronce; especulaba a veces sobre las causas de su afecto hacia aquel muchacho; no era hijo suyo ni pertenecía a su familia; quizás era porque representaba a todos los hombres, a todos los maridos, a todos los generales y capitanes, y el mundo sería mucho mejor si hubiese más como él.

No teniendo junto a ella a sus hijos, centró su atención en Amanda Paxmore Steed, como invariablemente se la llamaba en la comunidad, y al irse aproximando el momento en que debía dar a luz, Rosalind aceleró la reconstrucción de la casa con el fin de que hubiera una habitación especial para niños. Llegó a mostrarse tan pesada en sus atenciones, que la muchacha cuáquera le dijo un día:

–Rosalind, voy a volver a Acantilado de la Paz.

–Pero eres una Steed.

–No. Soy un ser humano. Y me estás asfixiando.

–¡Qué absurdo…!

–Rosalind, voy a hacerlo para poder tener un hijo normal. Y cuando haya nacido e iniciado realmente su vida, volveremos. Claro que volveremos.

La firmeza de su barbilla hizo comprender a Rosalind que sería mejor que diera su asentimiento, y rápidamente, o perdería un nieto.

–Una idea excelente -dijo-. Estarás fuera mientras trabajan los constructores.

No tenía un arquitecto, y tropezaba además con el inconveniente de que los esclavos conocedores del oficio le habían sido robados por los piratas, pero, merced a juiciosas compras realizadas en Virginia, adquirió varios albañiles y carpinteros y les dio instrucciones de cómo quería que se construyese la casa.

–Debe ocupar el mismo solar que antes, pero sin dar la impresión de desorden.

Trazó planos para cada fachada, para cada habitación, y cuando quedó despejado el terreno y los maderos se secaban al sol, anunció su decisión fundamental:

–Construiremos con ladrillos.

–No tenemos suficientes para toda una casa.

–Los fabricaremos.

Y duplicó el número de hombres dedicados a hacer ladrillos y el de los que cortaban árboles para el carbón, y, con el tiempo, reunió un gran montón de rojizos ladrillos que agregó a los que había estado guardando durante la década anterior.

Pero cuando quedaron echados los cimientos y colocadas las dos primeras filas de ladrillos, no le gustó el resultado:

–Algo falla. No tienen el aspecto que deberían.

En el fondo de su memoria tenía un recuerdo, procedente de algún lugar a orillas del Rappahannock, del aspecto que debía ofrecer una pared de ladrillos, y la suya no lo lograba.

¿Era el color? ¿O el espesor del mortero de conchas de ostra? ¿O la profundidad de las hendiduras entre las hiladas? No sabía decirlo, así que navegó hasta Patamoke y preguntó a todos los que encontró, y finalmente un recién llegado de Holanda dijo que estaba seguro de lo que ocurría, y fue con ella a Devon y examinó la pared:

–Es muy sencillo. Ni siquiera está utilizando el sistema inglés.

– ¿Qué?

Le mostró cómo los ladrillos de sus hiladas habían sido dispuestos todos con la superficie larga hacia fuera, lo que causaba una sensación de monotonía y de falta de solidez.

–Debe seguir el sistema inglés o el flamenco.

Y le enseñó cómo, en el primero, una hilada se componía exclusivamente de ladrillos colocados en sentido longitudinal, mientras que las hiladas superior e inferior utilizaban ladrillos que sólo mostraban sus extremos. Esta alternación resultaba muy agradable, y Rosalind dijo:

–Eso es lo que necesitamos. Tiraremos la segunda fila y volveremos a colocarla con los extremos hacia fuera.

–Pero el sistema flamenco es mejor aún -dijo al holandés, y le mostró una sencilla pero atractiva forma de alternar en cada fila un ladrillo largo con otro corto, de tal modo que la pared no sólo adquiría una nueva solidez, sino que resultaba agradable a la vista.

– ¡Me gusta! – exclamó.

Pero antes de que pudiera dar instrucciones a sus esclavos, el holandés dijo: -Lo mejor es cuando se usan ladrillos claros para la cara larga y los oscuros tipo holandés para la corta.

Pasó dos días buscando por el Choptank algunos de los ladrillos más oscuros, pero cuando los encontró, el resultado era tan

agradable que Rosalind decidió emplearlos para su casa. Le costó más de dos años reunir los ladrillos oscuros que necesitaba, pero cuando tuvo los suficientes, se dispuso a continuar con la casa.

La construcción se vio interrumpida por un acontecimiento que hizo reverberar los cañones por toda la bahía. La flotilla de corsarios formada por plantadores de Virginia y Maryland había conseguido hasta entonces muy escasos resultados; habían realizado unas cuantas incursiones, pero sin entablar combates importantes. Habían sido detenidas las invasiones de la bahía de Chesapeake, pero en alta mar los piratas seguían incendiando y matando con absoluta impunidad. Y luego, en noviembre de 1713, cinco navíos americanos convergieron sobre cuatro barcos piratas que acechaban en las proximidades de Martinica y los empujaron, acosándolos, hasta Marigot Bay. Allí se produjo un furioso combate cuerpo a cuerpo en el que resultaron destruidos todos los barcos piratas. Noventa bucaneros fueron llevados a Williamsburg cargados de cadenas, y al separar los que serían ahorcados en los muelles de Londres se descubrió que un viejo disfrazado de marinero de cubierta era en realidad Henri Bonfleur, de sesenta y nueve años a la sazón, desdentado y rebosante de crueldad.

Fue Fitzhugh Steed quien llevó a Devon la excitante noticia. Le acompañaba un teniente, que dio testimonio de su valor en combate, y cuando ambos subían lentamente desde el muelle en dirección a la improvisada cabaña de madera en que Rosalind vivía sola, quedaron sorprendidos por el ardor con que ella les recibió. Abrazando jubilosamente a su marido, exclamó:

–¿Está encadenado realmente Bonfleur?

–Le hemos seleccionado para Londres -respondió Fitzhugh, dejándose caer

en una silla.

Apretando los puños y paseando de un lado a otro de la habitación, indiferente a la presencia del teniente, murmuró:

–Dios nos lo ha entregado a nosotros.

Luego, se volvió hacia su marido y dijo:

–Debemos salir inmediatamente para Williamsburg.

–¿Por qué?

–Para coger a Bonfleur.

–¿Para qué?

–Para ahorcarle.

Y, antes de que su marido pudiera protestar, añadió:

–Tiene que ser ahorcado en un patíbulo que yo misma levantaré sobre esas cenizas -y señaló hacia el desaparecido porche en que habían sido asesinados Mark y Rachel.

–Eso ya pasó -dijo Fitzhugh desde su silla.

–¡No ha hecho más que empezar! – exclamó ella, moviéndose por la habitación-. Los cogeremos a todos, y los colgaremos.

Nadie pudo disuadirla de su determinación de ver a Bonfleur ejecutado en el escenario de su infamia, pero Fitzhugh rehusó acompañarla a Virginia.

–Estás loca. ¿Dónde está tu dignidad femenina?

Ella replicó que estaba actuando como una madre ultrajada.

–La madre de tus hijos, por cierto.

En Williamsburg, las autoridades inglesas que tenían a su cargo la guerra contra la piratería quedaron horrorizadas ante su propuesta de que le fuese entregado Bonfleur, pero cuando la hubieron visto en el tribunal, firme e inflexible como una pieza de hierro forjado, debieron reconocer que había sido exclusivamente su determinación lo que había expulsado de los mares a aquel cruel pirata. Y cuando escucharon su relato de la devastación que aquel hombre había sembrado en Devon, comprendieron que sería apropiado que su ejecución tuviera lugar allí.

–Pero no en la misma isla, pues eso sería interpretado como venganza privada. En Patamoke, públicamente y con redoble de tambores.

OceanofPDF.com

–Gracias -dijo ella en voz baja, sin ninguna señal de triunfo.

Pero mientras salía a grandes zancadas de la sala del tribunal como una vengadora diosa griega, uno de los jueces murmuró:

–Esa tiene un corazón de bronce. Gracias a Dios que sus iras no van contra mí.

En los días en que Bonfleur era juzgado por su incursión contra la bahía, tenía tiempo libre, y se le ocurrió que Williamsburg no estaba lejos del río River, donde tenían su plantación Tom y Evelyn Yates, de modo que, sin pensarlo dos veces -como hacía la mayor parte de las cosas-, embarcó rumbo a la casa de los Yates para ver a su hija Evelyn. Y cuando vio cómo esta familia había logrado orden y prosperidad y engendrado tres hermosos hijos, la invadía la emoción y se le llenaron los ojos de lágrimas mientras permanecía sentada al sol invernal.

–¿Qué ocurre, madre? – preguntó Evelyn, temiendo que el viaje a Virginia y la excitación de la dura prueba por que había atravesado hubiesen afectado a la salud de Rosalind.

–Así debe ser la vida -respondió su madre-. Una mujer y sus hijos. No la persecución de piratas.

Evelyn rompió a reír aliviada.

–No me vengas con ésas. Tú siempre estarás persiguiendo a algún enemigo. ¿Te acuerdas del día en que echaste a los Claxton?

Dio un beso a su madre y añadió:

–Dijiste que me estabas salvando la vida. Bueno, pues era cierto.

Rosalind recordó aquel día y suspiró.

–Actué con una dureza terrible. Pero hice bien.

Con amplio ademán del brazo, señaló a los niños Yates y la creciente prosperidad de la tierra:

–Este paraíso de acción comparado con Regis Claxton y sus mezquinos temores.

Se enjugó los ojos y añadió:

–Pero también hice bien cuando declaré la guerra a Bonfleur. Y ahora debo irme a casa a colgarle.

Insistió en que el arrugado pirata fuese llevado por la bahía en la bodega de su bergantín, pero cuando la embarcación enfiló el canal Norte de Devon, ordenó a los ingleses que lo subieran a cubierta para que pudiese contemplar de nuevo los escenarios de sus antiguos triunfos.

–Allí desembarcaste, Bonfleur, y esas melladas paredes son las que incendiaste. Ese corpulento roble señala la tumba de mis hijos. Y más adelante está Patamoke, que también asolaste hace años, y esa marisma ante la que estamos pasando es donde robaste la muchacha sueca. ¿Te acuerdas siquiera de ella?

Bonfleur, sosteniendo sus cadenas, miró ferozmente a su atormentadora.

–Recuerdo aquella noche de invierno en que mis hombres querían matarte y yo se lo impedí. Un error lamentable.

Rosalind ordenó que le llevaran de nuevo abajo, y cuando fue sacado en Patamoke, permaneció junto al patíbulo en el intenso frío de diciembre, sin apartar la vista de su cruel rostro. Cuando murió ahorcado, colgando en la noche sus atados pies, dijo:

–Vamos ahora por los otros.

Al regresar a Devon descubrió que Fitzhugh se había marchado. Se había llevado todas sus ropas y armas a la marisma, de la que se negaba a regresar. Ello provocó un escándalo, y, de no haber sido por la elevada posición que había ocupado, probablemente habría sido azotado en público. El padre Darnley llegó de Annapolis para razonar con él, pero cuando el sacerdote entró en la pequeña choza de la marisma, Steed le dijo:

–Nunca volveré. Ésta -y señaló a Nelly Turlock- no lee libros ni me acribilla a preguntas.

Al regresar a Devon, el padre Darnley dijo a Rosalind:

–Aún podemos esperar que cambie de idea y asuma nuevamente sus responsabilidades.

–Él, no -replicó Rosalind, con firmeza-. Es un hombre débil, carente por completo de carácter. Es totalmente incapaz de aceptar responsabilidades.

–Luchó contra los piratas.

–Sólo porque yo le.aguijoneé.

–¿No le habrás aguijoneado demasiado?

–No; es como dos personas en un camino oscuro que sólo disponen de una linterna. Una de ellas avanza constantemente y hace el trabajo. La otra se niega a continuar.

–Pero, ¿y si no puede hacerlo? ¿Y si necesita nuestra ayuda?

–No le preocupa avanzar. Nunca le preocupó su hogar, ni su esposa, ni sus barcos, ni nada.

Se dio cuenta de la dureza de sus palabras y añadió:

–No le estoy abandonando, padre. Hace mucho que él se abandonó a sí mismo. Incluso abandonó la Iglesia. Yo soy ahora la católica. Es…

Agitó expresivamente sus largas manos, sugiriendo una idea de vacío.

Pocas semanas después, el padre Darnley volvió nuevamente allí; Fitzhugh había muerto. Había estado cazando con sus hijos de la marisma, cuando se detuvo bruscamente, se secó el sudor que le caía sobre los ojos y dijo a su hijo mayor:

–Creo que ha llegado mi hora.

Los Turlock estaban dispuestos a enterrarle en el bosque, pero Rosalind recuperó el cadáver para depositarlo al otro lado del roble. Ante su tumba hizo todo lo posible por presentar la imagen de una apenada viuda, pero sus pensamientos eran duros: Estarías entrando en los años buenos de tu vida si me hubieras permitido ser una compañera. Y, mientras el padre Darnley pronunciaba el elogio fúnebre del fallecido libertino, citando piadosamente un ficticio

historial en St. Omer y su supuesto valor en la lucha contra los piratas, Rosalind pensaba con preocupación en el dentado perfil de su nueva casa: Desde aquí es imposible decir si está siendo construida o está siendo derribada. Se encuentra en un instante indescifrable. Pero te aseguro que está siendo construida la familia. Los chicos que se encuentran en Bohemia se encargarán de ello.

Con dos de sus hijos, Mark y Rachel, muertos, y los otros tres ausentes de Devon -Evelyn bahía abajo, Sam y Pierre todavía con los jesuítas de Bohemia-, la incansable energía de Rosalind y su necesidad de dar amor tenían que encontrar nuevos canales, y un día de abril de 1714, al salir del almacén de Patamoke, acertó a pasar por el lugar, situado al otro lado del edificio del tribunal y de la subasta de esclavos, en que se alzaba el poste de las flagelaciones. Allí, para deleite de unos cincuenta o sesenta espectadores, una muchacha de dieciocho años estaba siendo azotada con el látigo de nueve colas. Su espalda estaba ya ensangrentada cuando llegó Rosalind, y se había desmayado al octavo latigazo, pero la multitud urgía al carcelero a que continuase como habían decretado los jueces:

–Bien dado.

–¿Qué ha hecho? – preguntó Rosalind, mirando compasivamente a la ensangrentada figura, desnuda de cintura para arriba y que colgaba fláccidamente del travesaño.

–Es criada de Tom Broadnax.

–Pero, ¿qué ha hecho?

Rosalind reconocía el nombre de un prominente ciudadano, pero eso no servía para determinar el crimen cometido por su criada.

–Ha tenido un hijo bastardo de su cuerpo.

–¿Qué?

A sus treinta y nueve años, Rosalind no aguantaba que le hablasen con rodeos. Exigió saber qué delito había cometido

aquella muchacha que justificase tan salvaje castigo.

–Es lo que dicen en el tribunal. Hijo bastardo de su cuerpo.

Y fue esta arcana terminología lo que le impulsó a investigar.

Se dirigió al tribunal, donde se conservaban las actas de los juicios y las penas aplicadas, pulcramente escritas por el secretario; pero cuando pidió ver el libro, se le dijo que era imposible. Irguiéndose en toda su considerable estatura, tronó sobre el hombrecillo que llevaba el libro:

–Nada es imposible. Exijo ver ese libro.

Y se lo arrancó de las manos, llevándolo a la ventana para examinar sus pautadas páginas.

Lo que vio sobre el caso de Betsy, criada de Thomas Broadnax, le repugnó: -Es una novela. Una novela francesa en cuatro capítulos. Tenía razón, pues las anotaciones más importantes decían:

«26 de marzo de 1714. Hoy, primer día siguiente a Año Nuevo, Thomas Broadnax denunció al tribunal que su sirvienta escriturada Betsy se ha vuelto cada vez más obstinada y reacia a obedecer, y suplica al tribunal la advierta que debe prestarle fielmente servicio durante todo el Año Nuevo.

»28 de marzo de 1714. Thomas Broadnax ha prestado declaración ante el tribunal contra su sirvienta escriturada Betsy en el sentido de que, sin estar casada, se hallaba próxima a dar a luz un hijo bastardo de su cuerpo.

»29 de marzo de 1714. Thomas Broadnax ha comparecido ante el tribunal con el testimonio de que su sirvienta escriturada Betsy ha dado a luz un hijo bastardo de su cuerpo. El tribunal condenó a Betsy a recibir dieciocho latigazos, bien dados, sentencia que se ejecutará cuando se haya recuperado de su parto.

»3 de abril de 1714. Thomas Broadnax ha comparecido en el tribunal con la información de que la criatura nacida de su sirvienta escriturada Betsy es una niña. El tribunal coloca a la citada hija

bastarda bajo la custodia de Thomas Broadnax, para quien deberá trabajar hasta la edad de veintiún años, y él proporcionarle comida, alojamiento y vestido.»

Era una serie de decisiones que podrían haberse adoptado en cualquier tribunal de la Orilla Oriental durante aquellos años, y Rosalind se daba cuenta de ello; las costumbres tal vez fueran bárbaras, pero gozaban de general aprobación. Lo que hacía aborrecible aquel caso era el hecho de que al pie de cada una de las cuatro diligencias figuraban las firmas de los jueces, encabezadas por el nombre del juez presidente: Thomas Broadnax. Se había enojado con su sirvienta; había presentado acusaciones contra ella en su propio tribunal; la había condenado a ser azotada en público; y se había asignado a sí mismo los servicios gratuitos de la niña durante veintiún años.

–¡Qué horribles preguntas acuden a mi mente! – murmuró Rosalind, mientras devolvía el libro al aprensivo empleado, y durante varios días le fue imposible ahuyentar la imagen de Betsy colgando del travesaño, ni sus sospechas de lo que le había llevado hasta allí.

No teniendo otras preocupaciones inmediatas, se quedó en Patamoke, tratando de encontrar a Betsy y hablar con ella, pero la infortunada muchacha estaba encerrada en la casa de Broadnax intentando, en vano, quitarse la sal de sus heridas.

Así, pues, Rosalind fue en busca del juez y le encontró en sus campos, un hombre corpulento vestido de negro y muy digno.

–Era una muchacha infiel y merecía el castigo.

–Pero, ¿sigue trabajando para usted?

–A su escritura le faltan aún tres años.

–¿Y no tiene miedo de que le envenene? ¿Por las terribles cosas que usted le ha hecho?

–¿Envenenar? Cuidado con lo que dice, Mrs. Steed.

–Sí -replicó ella audazmente-, si me hubiera tratado a mí así, yo buscaría venganza.

–Sí, es usted única para la venganza. ¿Sabe cómo le llaman a esa ostentosa casa que está construyendo? *Venganza de Rosalind*. Le irritaba que su marido…

No terminó la frase, dejando en el aire la insinuación.

–Broadnax, es usted un necio. Peor aún, es un necio santurrón.

Fueron estas palabras las que llevaron a Rosalind Steed ante el tribunal de Patamoke, y, como en el caso de Betsy, su acusador, testigo de cargo y administrador de la justicia fue el juez Thomas Broadnax:

«17 de abril de 1714. Thomas Broadnax testificó ante el tribunal que, en relación con los asuntos de la sirviente escriturada Betsy, que tuvo que ser azotada por su indecente comportamiento, Rosalind Steed llamó necio al citado T.B. y aseguró que podría envenenarle. La citada R.S. deberá pagar una multa de trescientas libras de tabaco al citado Broadnax.»

Firmaba la sentencia Thomas Broadnax, juez presidente.

Rosalind llevó personalmente a casa del juez el documento por el que se transfería la propiedad del tabaco, y al abrirse la puerta apareció en ella Betsy. La muchacha se había enterado de la intercesión de Rosalind en su favor, y ahora rompió en un llanto, que Rosalind interrumpió bruscamente.

–Déjame ver tu espalda -dijo.

–Oh, me mataría si viniese.

–¡Tonterías! Está en el tribunal.

–Su mujer es peor.

–¿Te hace pasar hambre?

–Sí. Y me azota también.

–¿Pero tuviste la niña?

–Sí. Lo más precioso que hay en esta casa.

–¿El padre?

Betsy apartó la vista. No hablaba ni se descubría la espalda, pero con inesperado movimiento Rosalind extendió la mano y le levantó la blusa. Las horribles marcas continuaban allí, profundas y lívidas. Rosalind se las quedó mirando unos instantes, y se le llenaron los ojos de lágrimas, contra su voluntad. Se sentía avergonzada de sí misma y murmuró una excusa mientras le bajaba la blusa.

–¿Quién está ahí? – exclamó una voz áspera desde una habitación próxima.

Betsy se ordenó rápidamente la ropa y respondió:

–Entrega del papel del tabaco.

–¿Qué dices? – se oyó a la desabrida voz.

Y al cabo de un momento Mrs. Broadnax, mujer de cincuenta años y expresión dura, salió al vestíbulo para increpar a la criada, cuando vio a Mrs. Steed.

–Me sorprende que haya venido aquí, envenenadora y todo.

–He traído la multa, como ordenó su marido.

–Déjela y váyase. No nos impresionan las gentes como usted.

Y cuatro días después Rosalind descubrió lo vengativos que podían ser los Broadnax, pues, hallándose en Devon, llegó al muelle una chalupa a bordo de la cual viajaba un hombre al que no había visto nunca, pero del que había oído hablar varias veces.

Era delgado y erguido a consecuencia de la vida en los bosques. Caminaba con serena gracia, como si dominase los árboles entre los que se movía. Su rostro estaba profusamente picado de viruelas, y sus blancos cabellos revelaban los setenta y tres años que nada en su porte indicaba. Hablaba con dificultad, como si las palabras -cualquier palabra- le fueran extrañas, y a veces introducía expresiones indias, que Rosalind no había oído nunca.

–Stuby -dijo, dando por supuesto que ella sabría que era un Turlock.

–¿Turlock?

–¡Mmmm!

A cualquier pregunta respondía con un gruñido que indicaba afirmación o negación, y al cabo de unos minutos de estar con él era fácil determinar cuál de las dos cosas quería expresar.

–Es un verdadero placer verle, Stuby. Mi hijo Mark me contó muchas cosas…

Él desechó con un gesto sus cortesías, pues su mensaje era imperativo:

–Ellos azotando Nelly.

–¿Quién es Nelly? – preguntó impulsivamente Rosalind, y se llevó la mano derecha a la boca para corregir su estupidez.

–Chica de Steed. Broadnax azotándola.

–¿Por qué?

–Tres hijos. Tus tres hijos.

Y, lentamente, quedó claro el horror de la visita: el juez Broadnax, furioso por el modo insolente en que Rosalind Steed había reaccionado a su castigo, y enfurecido por el relato de su mujer de cómo había sido pagada la multa, había decidido tomar represalias. Había acudido al tribunal y había acusado personalmente a Nelly Turlock de «haber tenido tres bastardos de su cuerpo», y la había condenado a diez latigazos, bien dados.

–¿Cuándo es?

–Tres días.

Y luego, Stuby dijo algo que revelaba que incluso él podía percibir la insensata venganza de aquel acto.

–Muchos años, nada. Tu hombre muere…, azotes.

–Sí. Broadnax nunca se habría atrevido en vida de mi marido. Ni en la de Mark. Le habrían matado.

Luego, por alguna razón que ella no habría sabido explicar, preguntó:

–¿Era Charley…?

No sabía cómo formular la pregunta.

–¿Eran Charley Turlock y Flora Turlock padres de Nelly?

–¡Mmmm! – murmuró Stuby-. Casa pequeña. Todos vivimos…

–¿Te pareció mal, Stuby?

–Casa pequeña…

Lo dijo con tono tan terminante, que quedó claro que no deseaba seguir explorando el extraño comportamiento de su hermano: la choza de la marisma había sido pequeña y en ella habían tenido lugar extraños apareamientos. Pero esta reserva desapareció luego, y cogió la mano de Rosalind.

–Azotes, tú impide.

–Lo haré si Dios me da fuerzas.

Y, una vez que Stuby se hubo marchado, se pasó todo el día ideando estratagemas para detener aquella aberración de justicia, pero se encontraba impotente y lo sabía. Después, cuando sólo quedaba hora y media de luz solar, se le ocurrió una forma de avergonzar a la ciudad hasta el punto de inducirla a cesar aquellas absurdas flagelaciones de mujeres.

Llamó a sus seis esclavos más fuertes y les ordenó que preparasen su balandra más rápida.

–Se va a hacer de noche -protestó el primer marinero.

–Sólo vamos hasta el acantilado -replicó ella, y zarparon impulsados por el viento a una velocidad de seis nudos.

Esperando impacientemente a que terminara el viaje y observando la desfalleciente luz como si emanara de un puñado de monedas que fueran cayendo una a una en el interior de un tarro, pensó que nunca había visto tanta belleza en aquel río: la primavera acariciaba los árboles a lo largo de la orilla, la brisa coronaba las olas con crestas de espuma que blanqueaban en el ocaso. A lo lejos, una lancha pesquera se dirigía a Patamoke, y, mientras agonizaba el día, los últimos gansos del año se posaban en las ensenadas para descansar antes de su largo vuelo hacia el Norte. Pensó: «¡Qué

placidez la de este río y cuán erróneas algunas de las cosas que hacemos en sus riberas!»

Su cálculo del tiempo resultó correcto, pues llegó a Acantilado de la Paz bastante antes de anochecer y pudo ordenar a los esclavos que buscaran alojamiento en el campamento de leñadores situado estero arriba. Subió hasta la casa telescópica, donde, como había esperado, Ruth Brinton Paxmore se hallaba sentada a la decreciente luz del crepúsculo, contemplando el río que tanto amaba.

–Te he visto venir y estaba tratando de acertar el momento en que llegarías.

–Vengo por un asunto muy grave.

Y expuso el lamentable acontecimiento que iba a tener lugar dos días más tarde en Patamoke.

–Thomas Broadnax se figura que es Nabucodonosor -dijo Ruth Brinton.

–Pero es horriblemente injusto, Mrs. Paxmore. Año tras año, esos hombres se reúnen para administrar latigazos a mujeres que no podrían tener hijos sin su connivencia. Pero los hombres nunca son castigados. ¡Santo Dios!, mi marido se paseó por este río con absoluta impunidad y nadie le puso jamás la mano encima, pero en cuanto muere, esos perversos jueces atrapan a la mujer y la condenan a ser azotada. ¿Por qué? ¿Por qué?

–Has venido a preguntárselo a la persona indicada -dijo la frágil mujer, meciéndose en la grisácea luz, que parecía formar parte de su vestido gris.

–¿Qué quiere decir?

–Yo fui azotada y expulsada de Virginia. Fui azotada por todo Massachusetts atada a la trasera de una carreta.

–¿Usted…? ¿Ruth Brinton? ¿Usted?

La anciana se levantó, fue hasta la ventana, donde aún subsistía un débil resplandor, y se abrió la blusa, dejando al descubierto los

verdugones que ni el tiempo ni el debilitamiento de la memoria curarían jamás.

–¡Oh, Dios mío! – murmuró Rosalind.

Quedó petrificada, intensificado el horror de tales flagelaciones por aquella evidencia en el cuerpo de una anciana. Comprendió entonces con lacerante claridad que los hombres sólo ordenaban azotar a mujeres jóvenes, como si la sexualidad del acto fuese imposible si las víctimas eran mayores…, como sus madres o sus abuelas. El castigo, por tanto, no era simplemente una flagelación; era un acto de lascivia, una purificación de acalorados pensamientos.

Y en esa revelación descubrió cómo podía ponerse fin a todo aquello. Su propuesta era audaz y llena de peligro, pero no dudaba de que sería eficaz:

–Ruth Brinton, el jueves, cuando azoten a Nelly, usted y yo nos adelantaremos y desnudaremos también nuestras espaldas e insistiremos en que nos azoten igualmente a nosotras, pues participamos en su culpa.

Era ésta una afirmación tan extraña, que añadió:

–Participamos en nombre de la ciudad.

–Yo tengo ochenta y un años.

–Es el testimonio lo que hace falta.

Por una feliz casualidad, Rosalind había acertado a emplear la única palabra capaz de activar a la luchadora que había en la anciana: testimonio. Para que su vida tuviera sentido, un ser humano necesitaba dar testimonio: en la oración, en el cuidado del hogar, en la gestión de la vida pública, un hombre o una mujer debían dar testimonio de sus creencias fundamentales cuando se producían momentos críticos. Ruth Brinton siempre lo había hecho así, y por eso se la consideraba en toda la Orilla Oriental una santa cuáquera, difícil a veces, obstinada siempre, pero inspiradora de los esfuerzos humanos en pro de una vida más sana.

–Colaboraré -aceptó.

Aquella noche, las dos mujeres compartieron el mismo dormitorio, y antes de conciliar el sueño, Ruth Brinton le confió:

–Haré esto, Rosalind, porque fuiste tú quien salvó la vida de Amanda cuando vinieron los piratas. Ofreciste la tuya por salvarla, y no hay amor más grande.

Pasaron rezando la mañana del día siguiente, miércoles, y a mediodía, con la más absoluta serenidad, bajaron al muelle de Paxmore y subieron a la balandra de Rosalind. Los hijos de Ruth Brinton se hallaban trabajando en el astillero de Patamoke, por lo que no había nadie para impedirle salir a la anciana, y, llenas de una especie de exaltación espiritual, remontaron el Choptank, pasaron ante las marismas de Turlock y llegaron al puerto de la ciudad. Al atracar, vieron al juez Broadnax, corpulento y severo, pero éste hizo como si no los conociera; en cuatro ocasiones se había visto obligado a multar a los hermanos Paxmore por negarse a prestar servicio militar, lo que le hacía tener de los cuáqueros una opinión peor aún que de los Steed.

Durmieron esa noche en casa del Steed que dirigía el almacén, y el jueves por la mañana se situaron cerca del poste en que se efectuaban las flagelaciones, mezclándose con los excitados ciudadanos que habían acudido a ver finalmente castigada a la Turlock. El sheriff se paseaba de un lado a otro como si fuese el héroe de la ocasión, haciendo restallar el látigo de nueve colas y mirando hacia la puerta de la cárcel, por la que sacarían a la criminal.

A las diez la puerta se abrió y apareció Nelly Turlock cubierta con una camisa parda que podía serle arrancada con facilidad. Desfallecida de terror, fue conducida lentamente hasta el poste, y, mientras pasaba, algunos de los espectadores lanzaban exclamaciones de regocijo, y otros murmuraban maldiciones;

mientras Fitzhugh Steed la protegía se había mostrado insolente, pero ahora había llegado la venganza.

Rosalind la veía entonces por primera vez; era hermosa pero desaliñada, y estaba tan aturdida que no parecía distinguir quién lanzaba improperios contra ella desde la multitud ni quién sufría con ella.

Llegó el momento de atarla al poste, y, una vez hecho esto, el sheriff alargó la mano y le despojó de la camisa, dejándola desnuda de cintura para arriba, pero antes de que pudiera aplicarle el primero de sus diez latigazos, sucedió algo extraordinario. Mrs. Steed se separó de la multitud, caminó gallardamente hasta el poste y se quitó la blusa, situándose semidesnuda junto a la muchacha. Y, mientras resonaban todavía ofendidas exclamaciones, la anciana Ruth Brinton Paxmore se puso a su lado y repitió su gesto. Cuando su ajada espalda quedó al descubierto, sonaron gritos de disgusto entre la multitud.

–¡Echadlas!

–¡Profanación!

La exhibición de las tres mujeres semidesnudas produjo exactamente el efecto deseado por Rosalind. Una era joven y lasciva y merecía ser azotada, pero las otras dos eran diferentes: Rosalind era una dama, era alta, y sus pechos, grandes y nada atractivos; en cuanto a Ruth Brinton, era una bisabuela, horriblemente fuera de lugar en semejante escenario. El momento en que los hombres habrían disfrutado viéndola sometida a flagelación había pasado hacía mucho tiempo: sus pechos se habían ajado; era repugnante, una parodia.

–¡Echadlas! – gritó una mujer-. ¡Obscenas!

Entonces habló Rosalind, sin taparse los pechos con las manos:

–Yo soy tan culpable como ella. Debéis azotarme a mí también.

Y la vieja Ruth Brinton añadió:

–Esta flagelación de mujeres debe cesar.

Pero en aquel momento apareció el juez Broadnax, temblando de rabia por una interrupción que él no había autorizado.

–¿Qué ocurre aquí?

–Otras dos piden ser azotadas.

–¡Pues azótalas!

Pero había pronunciado su sentencia antes de ver quiénes eran las víctimas voluntarias, y al ver a Rosalind y a Ruth Brinton en pie junto al poste, desnudas de cintura para arriba, quedó horrorizado.

–¡Cubridlas y lleváoslas! – rugió.

Y cuando así se hizo ordenó que comenzaran los azotes, pero a cada latigazo Rosalind y Ruth Brinton gritaban de dolor, como si las nudosas cuerdas hubieran caído sobre sus espaldas, y reverberaban sus gritos, y después de aquella mañana no volvió a azotarse más a ninguna mujer en Patamoke.

El incidente tuvo una inesperada consecuencia. Stuby Turlock regresó a Devon para hablar con Mrs. Steed, pero esta vez fue acompañado; mientras subía por el sendero de grava en dirección a la medio terminada casa, caminaban a su lado tres niños rubios de edades comprendidas entre los diez y los diecisiete años. Estaban limpios y, evidentemente, habían recibido severas instrucciones de comportarse adecuadamente, y cuando apareció Rosalind, Stuby dijo:

–Traigo a sus hijos.

Gravemente, Rosalind estrechó la mano a cada uno de los rígidos y suspicaces muchachos y, luego, preguntó:

–¿Dices…?

–De Fitz.

Rosalind preguntó sus nombres y, luego, sugirió que se fueran al patio y cuando lo hubieron hecho preguntó:

–¿Por qué los has traído aquí?

–Nelly ida. Nunca volverá.

–¿Se ha marchado?

–¡Mmmm!

Rosalind tosió y buscó su pañuelo. No era de extrañar que una mujer que había sido tan humillada quisiera abandonar el río.

–Yo me habría quedado a luchar contra ellos -dijo a Stuby, después de sonarse-. Yo habría estrangulado a Broadnax en su propia…

Stuby se tapó los oídos.

–No digas. La próxima te azotarán a ti.

–No tienes que escuchar, Stuby, pero Thomas Broadnax lleva mal camino. Bien, ¿qué hay de estos chicos?

–Sin madre. Sin padre. Se quedan aquí.

Y con esta sencilla declaración, Stuby Turlock planteaba un problema moral a Rosalind Steed: ¿qué hacer con los hijos bastardos de su difunto marido? El testimonio entero de su vida exigía que asumiera la responsabilidad de aquellos tres, y la desaparición de sus propios hijos constituía un argumento adicional en favor de ello. Pero también era realista, y sabía que aquellos chicos habían nacido en la marisma, de la marisma. Su padre era un hombre débil, sin carácter, y su madre era peor. No había sangre buena en ellos. Ofrecían pocas probabilidades de realización; sentía, intuitivamente, que no lograría nada con ellos.

Había llegado a creer que la raza humana que poblaba el mundo era asombrosamente desigual. Cuando indujo a su hijo a casarse con Amanda Paxmore, no había la más mínima posibilidad de que la muchacha cuáquera resultase mal; procedía de una sólida familia, con el fuego de Ruth Brinton en sus venas y la irreductible integridad de Edward Paxmore. Esperaba que sus hijos, allá en Bohemia, se convirtieran en hombres valerosos y resueltos en los que pudiera confiar Devon. Pero los hijos de sus estúpidas hermanas, al otro lado de la bahía…, ¡qué frágiles y tímidas personillas serían!

Los tres Turlock que ahora vagaban por el patio procedían de fuentes taradas, y estaba convencida de que, por mucho amor y energía que les dedicara, no podría haber armonía entre ellos. Pertenecían a la marisma, y sería una crueldad llevarlos a otra parte.

–Vuelve a llevártelos, Stuby -dijo.

–Yo, setenta y tres -repuso él-. Morir pronto. ¿Los niños?

–Saldrán adelante.

–Por favor, Mrs. Steed. Hijos tuyos, no míos.

–No -replicó ella, con firmeza.

No trataría de exponer el razonamiento que respaldaba su decisión, ni se retractaría de ella, pero cuando Stuby indicó que no tenía con qué criar a los niños, prometió:

–Yo pagaré todo.

Y cuando le vio llevarse de nuevo los niños a la balandra, encorvados los hombros y relucientes al sol los blancos cabellos, experimentó la convicción de que, si bien debía sentirse decepcionado en aquel momento, a la larga comprendería que ella tenía razón.

Rosalind cumplió su palabra. Se mantuvo al tanto de lo que sucedía en la marisma y se ocupó de que Stuby tuviera el dinero necesario para criar a los abandonados niños, pero cuando supo que les había dado el apellido Steed le mandó recado de que no lo consideraba acertado, y desaparecieron después entre los Turlock.

Stuby no murió pronto, como había temido. A causa de la vida que llevaba en los bosques y de su capacidad de supervivencia, continuó viviendo, dando a los hijos de Nelly el amor que necesitaban e introduciéndolos en la vida de los pantanos. Para cuando cumplieron los veinte años, los chicos eran ya unos consumados habitantes de la marisma, y, como habían adquirido el intenso interés de Stuby hacia los pájaros y los seres acuáticos, se

convirtieron en los principales suministradores de cangrejos, ostras, patos y tortugas.

Rosalind, observando sus sensibles progresos, pensaba: Tenía yo razón al no sacarlos de su hogar natural. Aquel día eran como olas que se hubiesen adentrado insólitamente en la tierra, llegando hasta un punto que nunca podrían volver a alcanzar. Habían retrocedido ahora al nivel de las mareas normales, y prosperaban allí.

Sus propios hijos prosperaban también. En diciembre de 1718 habían regresado de Bohemia convertidos en refinados estudiantes, pues los jesuítas les habían enseñado latín, griego, italiano y francés, y estaban tan familiarizados con Tucídides y Cicerón como con la versión Douai de la Biblia. Sabían poco de cazar o de atrapar castores, pero entendían las sutilezas de santo Tomás de Aquino y estaban, como decía la carta de los jesuitas, «preparados para los rigores de St. Omer».

Rosalind estaba de acuerdo en que debían continuar en Francia sus estudios -«¿dónde podría un joven encontrar mejor instrucción en el mundo actual?»-, pero le aterrorizaba la idea de mandarlos a través del Atlántico en el convoy de mayo, pues aquéllos eran los años en que el pirata más horrible de todos asolaba la bahía de Chesapeake. Después de las ejecuciones en masa de 1713 se había producido una disminución de actos de piratería, pero en 1716 un oscuro meteoro había fulgurado en el Caribe, Edward Teach, hombre de horribles crueldades conocido como Barbanegra. En Jamaica había rugido:

–Avisad a la Bruja de Devon que iremos a vengar a los buenos hombres que ella ahorcó.

Dos veces se había aventurado en la bahía, pero se había quedado en la orilla de Virginia, causando enorme devastación, y en cada plantación incendiada ordenaba a alguna víctima:

–Dile a la Bruja de Devon que no la hemos olvidado.

La reacción de Rosalind había sido instantánea. Había ofrecido sus cinco barcos a la Marina inglesa, y habían sido sacrificados los rendimientos económicos de tres convoyes mientras sus capitanes merodeaban por el Caribe buscando a Barbanegra. Aquel astuto criminal, que había actuado como corsario británico en la guerra española de sucesión, logró eludirlos y, a finales de 1718, llegó a Virginia la noticia de que había sido acorralado en una ensenada de Carolina del Norte. Se pidieron voluntarios, y Rosalind envió sus barcos, pero no había vuelto a saberse nada más en la bahía.

–No podéis navegar hasta Francia -dijo a sus hijos-, mientras Barbanegra ande suelto. Ha jurado mataros, y a mí también, y debemos esperar.

Entretanto, mantenía a los chicos junto a ella. Eran descendientes de hombres que habían hecho frente a los piratas, y, si les hubiera pedido que fueran a luchar contra Barbanegra, lo habrían hecho, pero le satisfacía que estuviesen en Devon. Samuel tenía casi diecisiete años y se mostraba ocasionalmente rebelde y desabrido; Pierre evaluaba los problemas más sagazmente y se mantenía más cauto en sus reacciones, pero le complacía a Rosalind ver que ambos se respetaban mutuamente y se hacían recíprocas concesiones para mantenerse unidos. Formaban una sólida pareja, y Rosalind pensaba: «Podrán gobernar Devon cuando regresen de Francia.»

Mientras todos esperaban noticias de Carolina, ella instruía a sus hijos con respecto a la plantación.

–No embellezcáis nunca nuestro jardín. Y, cuando os caséis, prometedme que no permitiréis jamás a vuestras mujeres plantar boj en estos hermosos senderos. Huele y es señal distintiva de quienes nunca han amado realmente los jardines. Crean auténticos laberintos con él y les hacen perder el tiempo a sus jardineros recortándolo.

Pierre preguntó qué plantas respetaba, y Rosalind respondió sin vacilar:

–El espino albar. Es largo y recio y de finos colores.

–Te estás describiendo a ti misma -dijo Sam, y ella reconoció la semejanza.

Estaban juntos cuando los gansos se dispusieron a emprender su largo vuelo al Norte, y aunque ella se sentía conmovida por su marcha, los chicos se mostraban indiferentes, y esto le asustó.

–Debéis vivir cerca de la Naturaleza. Los libros y los sacerdotes no son la vida. El ir y venir de los cangrejos por el río…, eso es la vida.

Les llevó a todas las partes de la plantación, señalando las características del terreno, la historia vital de las diversas plantas que se esforzaba en cultivar, y siempre procuraba pasar por la marisma que se extendía al comienzo del estero y se prolongaba desordenadamente tierra adentro con su increíble carga de complicada vida. Estaba allí un día, cuando llegaron las garzas, proyectadas hacia delante sus largas patas a medida que se iban posando en las poco profundas aguas.

–Ésas son las aves que yo amo…, tan pacientes…, tan permanentes.

Sus hijos empezaron a ver su patrimonio a través de los ojos de Rosalind y a apreciar la pesada responsabilidad que debían asumir a su regreso de St. Omer.

–Y mientras miráis las plantas y las aves -les dijo-, no dejéis de estar atentos a las muchachas. ¿Cuáles se adaptarían a una isla? ¿Cuáles serían verdaderas compañeras? ¿Y buenas madres como Amanda? Procurad elegir a la mejor.

Y entonces, cuando parecía que el convoy de mayo no se atrevería ya a zarpar, llegó de Carolina el Bella Rosalind con una noticia que hacía hincarse de rodillas a todos los ciudadanos en señal de acción de gracias: «¡Barbanegra ha muerto!» Los barcos

de Rosalind Steed, apoyados por otros de la Marina colonial, habían acorralado al pirata en una ensenada, y allí el teniente Robert Maynard había trabado con él combate cuerpo a cuerpo y le había dado muerte con un machete. La cortada cabeza del pirata que tantas amenazas había formulado contra la Bruja de Devon realizó su último viaje clavada en el extremo del bauprés de uno de los barcos de Steed.

Cuando llegó la noticia a Patamoke se dispararon salvas de cañonazos y Rosalind ordenó que todos los miembros de la familia Steed asistieran a las oraciones públicas celebradas en el muelle, y allí se encontraba ella, sosteniendo solemnemente las manos de sus hijos, mientras el sacerdote exclamaba lleno de alborozo:

–¡El largo asedio ha terminado! ¡Esta noche dormiremos tranquilos! Ninguna ciudad de Chesapeake ha hecho más que la nuestra por vencer a los piratas, y ahora se halla entre nosotros una mujer que nunca ha desmayado en esa lucha.

En el sosegado viaje de regreso a Devon, Rosalind dijo a sus hijos:

–Si alguna vez os embarcáis en una empresa notable, y lo haréis, procurad terminarla.

–¿Por eso es por lo que los Steed del Refugio te llaman Rosalind Venganza? – preguntó Sam.

Pero antes de que ella pudiera responder, Pierre dijo:

–Yo pensaré en ti como Rosalind Constante.

–Eso me gusta más -respondió ella, y pensó: «No quiero que mis hijos me recuerden como una permanente luchadora contra hombres…, su padre, Bonfleur, Barbanegra, el juez Broadnax. Podría haber sido amiga o asociada de cualquiera de ellos. Si me hubiesen dejado. Si hubieran sido seres humanos decentes.»

En mayo, cuando finalmente quedó formado el gran convoy -doscientos treinta barcos aquel año-, no vaciló en embarcar a sus hijos, pues tenía la seguridad de que, cuando terminasen sus

estudios, regresarían para asumir sus responsabilidades como los nuevos Steed de Devon.

Una vez que sus hijos se marcharon, se encontró completamente sola. Había que terminar la casa, pero ésa no era tarea suficiente para absorber todas sus energías. Lo que necesitaba era vida, el crecimiento de los hijos, así como el desarrollo de los árboles, por lo que, con plena humildad de espíritu, pidió a sus esclavos que preparasen la pequeña chalupa y, cuando llegó un día de calma, embarcó en ella y navegó hasta Acantilado de la Paz, donde, sin haber anunciado previamente su visita, subió la cuesta que conducía hasta la casa telescópica. Allí, buscó a Amanda y anunció sus amistosas intenciones

–Te necesito en Devon. Y creo que Beth necesita la isla.

Su nieta era una vivaracha chiquilla de ocho años, con ambarinas trenzas que emergían bajo su sombrero cuáquero. Tras saludarle y estrecharle la mano, Rosalind pensó: «Será una mujer notable. Tiene la edad justa para beneficiarse de la relajación de un hogar católico después de toda esta severidad cuáquera.» Pero Amanda estaba pensando: «Rosalind es la mujer más honrada y valerosa que conozco, pero es dominadora. Antes de que lleváramos una semana en Devon, querría que nos hiciésemos católicas las dos.»

Así, pues, respondió negativamente:

–Respeto tus intenciones, pero tengo la impresión de que las cosas irán mejor si Beth se queda aquí. Ésta es la vida que tiene destinada, y Devon sólo podría ser una distracción.

No permitió que la discusión se prolongase, y, al final, Rosalind tuvo que bajar nuevamente la colina, subir a su chalupa y regresar sola a su casa.

Mientras cruzaba el Choptank, impulsada su embarcación por una leve brisa, reflexionó en la ironía de los últimos acontecimientos: «Stuby quería darme tres hijos de Fitzhugh, pero

yo los rechacé por la buena razón de que nunca podrían encajar en Devon, y estaba en lo cierto. Ahora pido la nieta de mi marido, y Amanda se niega a ello por la razón, sospecho que igualmente buena, de que no encajaría en Devon. Bueno, tengo mis hijos, y son los mejores de todos…, casta auténtica…, linaje de caballeros.»

Era posible que su preocupación por los niños derivase, no del amor, para el que siempre había poseído enorme capacidad, sino de la necesidad de sentirse partícipe en los procesos de la vida, y constituyó una feliz casualidad el hecho de que, justo en los momentos en que más vacía se hallaba su existencia familiar, se produjese un acontecimiento que la empujó al corazón de los asuntos del Choptank.

En casa del juez Thomas Broadnax, marido y mujer se combinaban para aterrorizar a la niña bastarda consignada a su custodia permanente. Le habían puesto por nombre Penelope -abreviado a Penny-, y la habían convertido en la clase de sierva más ultrajada y despreciada. No le daban ropa suficiente de abrigo, y sólo la comida necesaria para continuar viva. Creían ambos que su dureza venía ordenada por Dios como castigo por haber nacido fuera de matrimonio y que cuando la torturaban estaban realizando Su obra.

La golpeaban por cualquier infracción de las complicadas leyes que habían establecido. Si se atrevía a protestar, era encadenada a la pared de un cuarto oscuro y nuevamente golpeada cuando la soltaban. Sus brazos mostraban cicatrices permanentes, y si alguna persona mayor hacía un movimiento inesperado hacia ella, se encogía. El juez Broadnax le explicaba siempre, en tediosos términos legales, por qué era justo que le golpease hasta hacerle derramar sangre y por qué le apenaba tanto hacerlo, pero era Mrs. Broadnax quien la aterrorizaba. La esposa del juez podía ser un verdadero demonio, pegando, arañando y gritando, hasta el punto de que la niña temblaba siempre que debía acercarse a ella con una

pesada bandeja de comida, que Mrs. Broadnax engullía mientras la hambrienta niña permanecía atenta a su lado.

Un día en que la persecución se tornó insoportable, la niña escapó de casa de los Broadnax, huyendo sin rumbo en busca de cualquier refugio que pudiera preservarla de la furia del juez. Fue a parar por casualidad al astillero de los Paxmore, pero cuando el hermano mayor la vio, y comprendió que había escapado de casa de los Broadnax, se asustó mucho, pues dar albergue a una criada escriturada fugitiva constituía un grave delito, y él no quería verse mezclado en el asunto. Bruscamente, echó de allí a la chica, sabiendo que si le daba cobijo se vería expuesto a la ira del juez.

Aturdida, la niña vagó por el camino hasta llegar al almacén Steed. Dio la casualidad de que Rosalind se encontraba allí examinando unas piezas de paño fuerte con que vestir a sus esclavos, y, al ver a la maltratada niña y las cicatrices que cubrían sus brazos, la cogió impulsivamente en brazos, la besó y le dijo:

–No tienes nada que temer. Cardo, dale a esta niña algo de comer.

Sólo cuando Penny se estaba atiborrando de queso fue cuando Rosalind descubrió quién era.

–¡El juez Broadnax! ¿Te pega así?

No bien había comprobado el hecho de su brutalidad, cuando llegó al almacén Mrs. Broadnax, llena de furia y preguntando si alguien había visto a su fugitiva sirvienta que respondía al nombre de Penny…

–¡Estás ahí, desagradecida!

Pero cuando se disponía a capturar a la pequeña criminal Mrs. Steed se interpuso entre las dos:

–No toque a esta niña.

–Me pertenece. Es una mala pécora desobediente.

–No la toque.

Mrs. Broadnax no captó la ominosa nota que latía en la serena voz de Rosalind y se dirigió imprudentemente hacia Penny con la intención de retorcerle y pellizcarle el brazo mientras se la llevaba. En lugar de ello se encontró ante el vigoroso cuerpo de Rosalind Steed, quien, de un fuerte empujón, la tiró de espaldas entre los barriles, y la mujer cayó por encima de éstos y quedó tendida en el suelo.

–No la toque -repitió Rosalind, con voz terrible-: si vuelve a intentarlo, la mataré.

Fue una declaración horrible, oída por varias personas, las cuales podían testificar también que, una vez dicho eso, Mrs. Steed cogió en brazos a la niña y la llevó al muelle, donde embarcaron en la balandra de Steed, pese a que Mrs. Broadnax le advirtió con voz potente que ella no pudo por menos de oír:

–Si da usted refugio a esa niña, se pudrirá en la cárcel.

Se dictaron las órdenes pertinentes, y el jefe de la Policía se dirigió con ellas a Devon. Al comprobar que la niña Penny se encontraba efectivamente en la isla, regresó con aire consternado.

Es vergonzoso detener a una mujer como Mrs. Steed. Pero ha obrado mal, y supongo que debe pagar por ello.

El juicio causó sensación y fue largo tiempo recordado en Maryland. Presidía el juez Thomas Broadnax, que no veía nada malo en actuar de árbitro en una controversia en la que se hallaba implicada su mujer, y su porte era adecuadamente solemne. Permitió que el acusador expusiera la combativa historia de aquella difícil Steed…, sus estallidos contra la autoridad, su amenaza concreta de matar a la esposa del juez y, especialmente, su indigno comportamiento al desnudarse durante la flagelación pública de la Turlock, una notoria prostituta. A medida que se iban presentando nuevas pruebas, mientras los diversos Steed que se encontraban en la sala enrojecían de turbación, el juez se tornaba más pontifical y serenamente compasivo:

–¿Quiere decir que una dama como Mrs. Steed pronunció semejante irreverencia? – y meneaba la cabeza con aire de consternada incredulidad.

Pero estaba juzgando erróneamente a su adversario. Durante el primer día, Rosalind permaneció en silencio mientras se iban acumulando las pruebas contra ella. Sabía que no estaba siendo juzgada por el secuestro de una sirvienta escriturada, sino por una suma de pequeñas ofensas a la comunidad masculina: que era una protestante que suscribía más o menos la fe católica; que había defendido a la Turlock; que había forzado a veces verdaderas gangas en la compra de tierras; que había enviado a sus hijos a Bohemia y luego a St. Omer; y, sobre todo, que había sido una mujer locuaz cuando hubiera debido guardar silencio. Curiosamente, no menos de seis testigos declararon que estaba construyendo una casa extravagante; eso parecía un auténtico pecado.

Al término del primer día, quedó claro que el juez Broadnax estaría justificado para condenarla a una pena de cárcel o, al menos, a la silla de chapuzar; pero cuando empezó el segundo día, cambió el clima. Con implacable energía, Rosalind presentó testigos dispuestos por fin a declarar contra su infame juez: había pegado cruelmente a la niña durante una cena; la había obligado a trabajar descalza sobre la nieve; le había dado un vestido, y solamente uno, que tenía que lavar los sábados por la noche y llevar todavía mojado a la iglesia el domingo. Los crueles testimonios iban sucediéndose como si la comunidad quisiera purificarse de su secreta connivencia. El juez Broadnax intentó en varias ocasiones interrumpir las declaraciones, pero sus compañeros, cansados de su dominación y viendo una oportunidad de librarse de su testarudez, se lo impidieron.

Uno de los testigos más reveladores fue Amanda Steed, que subió al estrado para describir el estado en que se encontraba la

niña cuando Mrs. Steed la invitó a ir a Devon a verlo por sí mismo. Amanda, mujer menuda vestida de gris, causó una impresión tan poderosa y se mostró tan implacable en su descripción de los cardenales y las cicatrices, que las mujeres que estaban en la sala empezaron a llorar.

El juez Broadnax intervino para señalar que la Biblia ordenaba a los amos castigar a sus siervos si éstos se comportaban mal, y hubiera podido salir victorioso, pues la sociedad de Maryland de 1720 albergaba escasas simpatías hacia los sirvientes fugitivos; la costumbre establecía que fuesen azotados y devueltos a sus amos, además de prolongárseles la duración de su escritura. Todo el que colaborase en su delito era enviado a la cárcel.

–Estamos aquí para preservar la santidad de los contratos -recordó el juez Broadnax al jurado-. ¿Qué valdrían vuestras granjas y vuestros negocios si a los sirvientes que adquiristeis honradamente se le permitiera vagar en libertad? Decídmelo, por favor.

En aquel crítico momento en que el juicio pendía en la balanza, como si la justicia fuese verdaderamente ciega, Rosalind presentó tres testigos que le había costado mucho encontrar. Habían conocido a la sirvienta de Broadnax, Betsy, madre de la bastarda Penny, y en cinco ocasiones distintas ella les había confiado ciertos hechos relativos a Penny.

–Juez Broadnax -preguntó sosegadamente Rosalind, pero con una amenaza y un desprecio que no se molestaba en ocultar-, ¿quiere realmente que testifiquen estas mujeres?

–¡No hace usted más que traer embusteros al tribunal! – tronó Broadnax-. No sirve de nada, pero si quieren ponerse en ridículo…, y ponerle en ridículo a usted, Mrs. Steed…

Se encogió de hombros, y subió al estrado la primera mujer, una sirvienta de mala reputación.

–Betsy me dijo que fue el juez quien se metió en su cama.

La siguiente mujer, de no mejor reputación, declaró:

–Betsy me dijo que el juez hacía con ella lo que quería.

Y la otra mujer dijo lo mismo, y luego subió al estrado la propia Penny, que dijo con voz débil:

–Antes de morir, mi madre me dijo que el juez era mi padre.

Cuando le llegó el turno, Rosalind admitió todas las acusaciones formuladas contra ella: en un arrebato de ira había dicho que el juez debería ser envenenado, y en otro arrebato mayor aún, había golpeado a Mrs. Broadnax y amenazado con matarla…

–Pero lo hice porque había maldad entre nosotros.

–¿Cómo sabía usted eso? – preguntó uno de los jueces auxiliares.

–Lo supe cuando leí las actas. Y usted debió saberlo cuando permitió que se escribieran.

–¿Qué actas?

–Las de este tribunal.

Y recitó, lo mejor que pudo, el horrible expediente de un juez que había testificado contra el embarazo de su propia criada, había hecho que la azotaran, había entregado a su hija a una vida de servidumbre y había maltratado luego a la niña con extraordinaria crueldad.

–Al pegar a la niña, el juez Broadnax estaba castigándose a sí mismo por su propio pecado. Al maltratar a esta chiquilla, Mrs. Broadnax trataba de vengarse de su marido. Hay aquí perversidad y culpa, pero no por mi parte.

La decisión de los jueces puede todavía leerse en los archivos judiciales de Patamoke:

11 de noviembre de 1720. Por cuanto que se ha encontrado a Rosalind Steed de Devon culpable de formular amenazas violentas contra Thomas Broadnax, de esta ciudad, y contra su esposa Julia, y debido a su empecinado comportamiento, queda condenada a tres inmersiones en la silla de chapuzar.

Thomas Broadnax, presidente
Alloway Dickinson, juez
Samuel Lever, juez

El Choptank estaba frío aquel día. El viento que soplaba del Oeste ponía crestas de espuma en las olas y obligaba a las embarcaciones a permanecer amarradas. El aire era un poco más cálido en el puerto, donde se hallaba instalada la silla de chapuzar, sujeta al extremo de la larga pértiga, pero el agua estaba helada. Una gran multitud se apiñaba en la orilla para ver a la Steed recibir su castigo, pero no había júbilo entre los espectadores. Existía acuerdo general en que Tos jueces habían actuado correctamente: Penny había huido y debía ser devuelta como advertencia a otros sirvientes; Mrs. Steed le había dado cobijo, y eso era, evidentemente, un delito; y había sido una mujer locuaz e injuriosa. Pero su delito había sido insignificante en comparación con el del juez Broadnax, y éste no sólo no era castigado, sino que volvía a recibir la niña para maltratarla a su antojo durante los doce próximos años. Había algo mal orientado en Patamoke, y los ciudadanos lo sabían.

Así, pues, Rosalind caminó en silencio hacia la silla de chapuzar, con la cabeza erguida y oponiéndose todavía a Broadnax en todas las cosas. Se mantuvo arrogante mientras la ataban a la silla y se negó a cerrar los ojos en el momento final. En lugar de ello hizo una profunda inspiración y miró fijamente a Thomas Broadnax con un odio que casi inflamó el aire de noviembre. Y, luego, la silla se precipitó hacia las oscuras aguas.

Lo que sucedió después se convirtió en tema de interminables y complacidas conversaciones. Cuando se zambullía a una mujer difícil que había irritado a los hombres de la ciudad, era costumbre mantenerla bajo el agua hasta que sus pulmones estaban a punto de estallar; era un castigo terrible, acompañado de burlonas voces. Pero aquel día, en virtud de previo acuerdo entre los ciudadanos, la

silla entró y salió del agua tan rápidamente, y el acto se repitió con tal celeridad que, como dijo aprobadoramente una mujer, «apenas si se ha mojado».

Cuando los hombres volvieron la silla hacia tierra y desataron a su víctima, la muchedumbre aplaudió, y varias mujeres se adelantaron para abrazarla, y el juez Broadnax tronó:

–¡Eso no ha sido una zambullida! La orden del tribunal decía claramente…

Pero la gente le había abandonado. Estaban todos con Rosalind, felicitándola y besándola, mientras él permanecía junto al puerto…, solo.

Era costumbre en la Orilla Oriental poner nombres a las casas de ciudadanos prominentes, y algunos de ellos poseían tan sarcástico encanto, que persistirían mientras subsistiera la tierra: un hombre litigioso y discutidor encuentra finalmente la paz en una remota granja y la bautiza como Fin de la Controversia; una parcela de tierra es transferida en circunstancias discutibles, y la casa construida en ella recibe el nombre de Intención Perversa; no lejos de la isla Devon un hombre construye la casa de sus sueños y la denomina Cruz de Oro, pero lo hace en francés, Croix d'Or, y se convierte al cabo de poco tiempo en Crosiadore; y a lo largo del Choptank, tres granjas contiguas resumen la experiencia colonial: Locura de Bell, Persistencia de Bell, Triunfo de Bell.

Por tanto, era comprensible que se hiciera permanente el nombre puesto con ánimo burlón a la mansión de la isla Devon: *Venganza de Rosalind*. De noche, en las tabernas, algunos sostenían que aludía a la implacable persecución del pirata francés Bonfleur llevada a cabo por su constructora. Otros recordaban que las palabras fueron pronunciadas por primera vez cuando Fitzhugh Steed abandonó la isla para irse abiertamente a vivir con la muchacha Turlock. Pero la mayoría creían, o querían creer, que

representaba el triunfo de Mrs. Steed sobre el cruel juez Thomas Broadnax:

–Él tenía poder para ordenar que fuera sumergida, pero ella entró y salió como un ánade silvestre y vivió para verle huir de la ciudad, caído en desgracia. Empezamos a reírnos de él y de la bruja de su mujer, y no pudieron soportarlo. Rosalind tuvo su venganza.

Era una casa extraña, totalmente desacertada y desequilibrada. El sistema flamenco, en vez de producir una bella fachada, parecía pesado y carente de gracia. Pero quizás el fallo radicaba en el diseño básico, que era por entero atribuible a Rosalind. Varios observadores, entre ellos los hermanos Paxmore, habían señalado que lo que estaba construyendo no era más que un cubo desprovisto de adornos.

–Cada uno de los cuatro lados es un cuadrado de tamaño idéntico. Eso resulta monótono y no añade belleza.

Uno de los hermanos le recordó la tradicional sabiduría choptank:

–Al principio, una casita pequeña para ti y tu mujer. Cuando empiezan a llegar los niños, un poco mayor. Y cuando llega el dinero, añades una casa de verdad. De esa manera, cada parte confiere belleza al resto.

Ella había hecho caso omiso de las críticas y durante nueve años había continuado obstinadamente en su plan de erigir un cubo perfecto sobre los cimientos de la primitiva casa Steed. Pero al ver el error que estaba cometiendo con las dos chimeneas, los observadores tuvieron que protestar. Uno de sus capitanes de barco, que había visto las refinadas casas de Inglaterra, indicó:

–Para conservar el equilibrio, las chimeneas deben estar situadas en los dos extremos de la casa, no una junto a otra en la parte trasera.

Cogió un papel y trazó un boceto de lo que decía y era superior a lo que ella estaba haciendo.

–Al menos -rogó-, si no pone las chimeneas en el lugar adecuado, ponga algunas ventanas en las paredes laterales. Cree un agradable equilibrio.

Ella ignoró sus recomendaciones, y en 1721, diez años después de haber comenzado, su cubo quedó terminado. Sólo un aspecto era satisfactorio: la fachada anterior tenía un equilibrio clásico, con una puerta central de austera elegancia, flanqueada a ambos lados por un par de bien proporcionadas ventanas. En el segundo piso había cinco ventanas, más pequeñas que las inferiores, pero centradas con toda exactitud, la de en medio situada sobre la puerta. De alguna manera, estas diez aberturas proporcionaban estabilidad y serena elegancia al cubo. Sin ellas la casa habría sido un desastre total; con ellas era simplemente un fracaso.

Ruth Brinton Paxmore dio su último testimonio un frío Primer Día de noviembre de 1721. Tenía ochenta y ocho años, pero podía caminar sin ayuda desde el muelle de la ciudad hasta la casa de reunión y subir con pasos firmes hasta la silla que le esperaba en el banco situado frente a la congregación. Vestía de gris, como de ordinario, y llevaba un pequeño sombrero cuyas cintas le colgaban sobre los hombros, costumbre que había copiado de su nieta Amanda.

Su aparición suscitaba encontradas emociones entre los cuáqueros de Patamoke: era la voz más eminente de la Orilla Oriental, mujer de acreditada santidad, pero era también una pelma. Pese a las amonestaciones y las incesantes derrotas, insistía en introducir la esclavitud en casi toda conversación privada o declaración pública. La Reunión de Patamoke había rechazado repetidamente su sugerencia de que la posesión de esclavos descalificase a un cuáquero para pertenecer a la sociedad. La Reunión Anual de la Orilla Oriental había hecho lo mismo, al igual que las asambleas generales, más amplias, de Annapolis y Filadelfia. Los cuáqueros estaban deseosos de señalar que un amo

debía tratar bien a sus esclavos, como ordenaba la Biblia, y desarrollaron una doctrina que irritaba a muchos no cuáqueros: el amo justo debía procurar la salvación cristiana de sus esclavos y atender a su educación. Pero nadie apoyaba las radicales reformas que Ruth Brinton quería emprender, y se la consideraba generalmente una pelmaza. «Es nuestra túnica de estameña», decían muchos, y cuando ahora se levantó para hablar, rebulleron en sus asientos:

«Los hechos son pocos e irreductibles. La esclavitud, en todas sus manifestaciones, debe ser erradicada. No es beneficiosa para el granjero ni justa para el esclavo. Su existencia afecta negativamente a todos los aspectos de la sociedad, y si en la Orilla Oriental persistimos en esta extravagancia, mientras otros lugares se apoyan en el trabajo libre, debemos retroceder.

»Durante toda mi vida he escuchado atentamente los argumentos aducidos contra mí y no encuentro solidez en ninguno de ellos. El programa cuáquero debe ser claro y sencillo. Mientras el africano sea todavía esclavo, edúcale. Tan pronto como sea posible, manumítele. Si esto no es posible, libértalo en tu testamento a tu muerte. Y dentro de una década declara de modo que todos puedan oírlo: "Ningún hombre o mujer que posea esclavos puede ser cuáquero."»

Delicadamente, como si le fuera indiferente la acogida que encontrase su mensaje revelado, volvió a sentarse, y dos días después murió.

Su muerte tuvo consecuencias imprevistas para Rosalind. Cuatro días después del entierro, llevado a cabo en el pequeño cementerio existente tras la casa de reunión, Amanda llegó a Devon, llevando consigo a Beth. La niña tenía ahora diez años y estaba preparada para adquirir una sólida instrucción en los libros que habían dado a Rosalind un carácter tan firme.

–Queremos vivir contigo -dijo Amanda, con el tono preciso y reservado de su abuela-, y Beth y yo consideramos conveniente contratar un preceptor.

–Compraremos uno -se apresuró a decir Rosalind.

Y llevó a Amanda y la niña a Annapolis, donde numerosos jóvenes más o menos cualificados como profesores estaban ofreciendo en venta sus escrituras.

–Compraremos el mejor -dijo Rosalind-, y él puede fundar una escuela para todos los Steed.

Y así lo hizo. El joven era una joya, graduado en Cambridge, Inglaterra, y católico practicante. Philip Knollys era la clase de osado muchacho que no sabía nada a fondo, pero que poseía conocimientos acerca de todo a un nivel que le permitía disertar con aplomo. Era sólo un poco más brillante que Beth, pero sabía mantener disciplinados a los chicos y las chicas, y, tan pronto como hubo fundado su ruidosa pero eficaz escuela para los diecisiete niños Steed, Rosalind dijo a sus primos del Refugio:

–Éste es un joven que debemos conservar.

Aquéllos fueron años felices para Rosalind. Apreciaba sinceramente a Amanda como una de las jóvenes más juiciosas que había conocido, y encontraba un placer casi malicioso en ser una protestante renegada que amaba la complejidad del catolicismo. Beth, desde luego, se sentía encantada con Knollys, y bajo su tutela se estaba inclinando hacia el catolicismo; cuando sus tíos regresaron de St. Omer, la encontraron muy versada en doctrina católica.

–Es una pena que las chicas no puedan recibir instrucción -se lamentó Pierre a su madre-. Nuestra pequeña Beth es de inteligencia más viva que nosotros a su edad.

La pequeña Beth tenía sus propios planes para continuar su instrucción; cuando cumplió los diecisiete años informó a su madre y a su abuela que se proponía casarse con el preceptor. Éste fue

llamado y compareció ante Rosalind y Amanda con seductora arrogancia; tenía veintinueve años y le faltaba uno para concluir el plazo de su escritura, y Rosalind preguntó:

–¿Es correcto que un hombre que todavía es sirviente pretenda la mano de una joven a la que está obligado a enseñar?

Antes de que pudiera responder, intervino Beth:

–Estás haciendo tres preguntas distintas. ¿Cómo puede contestarlas de una sola vez?

–¿Qué tres preguntas?

Como un abogado, proyectando su mandíbula hacia el banquillo, respondió:

–Primera, ¿es correcto? Todo lo que se hace con recta conciencia es correcto. Segunda, ¿tiene una obligación moral hacia mí como alumna suya? Sí, y ya la ha cumplido. Tercera, ¿le descalifica el hecho de ser un sirviente? Sí. Pero eso puede remediarse fácilmente.

–¿Cómo? – preguntó combativamente Rosalind.

–Poniendo fin a su escritura. Ahora.

Amanda accedió, y la muchacha corrió a los brazos de Knollys y le llenó de azoramiento con sus besos.

La boda se celebró bajo el roble y fue jovialmente oficiada por el padre Damley, que se había convertido ya en un anciano. Amanda quedó sorprendida, pues las bodas cuáqueras eran solemnes, pero como el padre Darnley le había casado a ella hacía muchos años, estaba dispuesta a mostrarse tolerante con él.

Rosalind tenía ahora tiempo para continuar con la construcción de su casa, y cuando se contrató un nuevo preceptor para hacerse cargo de la escuela Steed, Mr. Knollys se encontró en disposición de prestar su ayuda. Poseía considerables conocimientos de geometría y carpintería y asumió alegremente el mando de los esclavos reunidos para el esfuerzo final.

Al ir pasando los meses y revelar Rosalind sus intenciones, Knollys se contagió de su entusiasmo y aseguraba a todo el mundo en Patamoke:

–Va a ser la mejor casa de toda la Orilla Oriental.

Los que se habían reído de su achaparrado cubo original, con sus mal situadas chimeneas y sus insatisfactorias paredes laterales, pudieron ver por fin lo que ella se había propuesto desde el principio. Utilizándolo como sólido centro de su construcción, erigió a cierta distancia al Este y al Oeste dos cubos ligeramente menores, cada uno de los cuales contenía dos habitaciones en la planta baja y otras dos en el primer piso, pero con tejados más bajos que el edificio principal. Cuando quedaron terminados, tenían un aspecto tan peculiar como el cubo central: edificios pesados y achatados, sin ningún adorno más que la rigurosa disposición de sus fachadas principales, en las que cuatro ventanas, un poco más pequeñas que las de la casa central, daban equilibrio al conjunto.

Cuando se le preguntaba qué eran aquellos dos extraños apéndices, Rosalind respondía:

–Habitaciones para los hijos que todos vamos a tener.

Y llegaron los hijos, por lo que el nuevo preceptor continuó ocupado instruyendo a una provisión aparentemente interminable de Steed, mientras Rosalind continuaba medicándolos. A su botiquín de urgencia había añadido gotas de opopónaco, muy eficaces en el tratamiento de la fluxión, y meladura de Venecia para toses infantiles. Una mujer de Patamoke le había dado a conocer las sales amoniacales, que daban buenos resultados para combatir congestiones, y ya se podían obtener de Londres suministros de cúrcuma, que curaba la flojedad de la sangre. Pero la medicina que hacía soportable la vida entre los mosquitos era la llamada, simplemente, «la corteza». Y eso era, la corteza de algún árbol mágico, sumamente amarga, que atacaba todas las fiebres y las hacía desaparecer.

–Un niño puede estar postrado por la fiebre, temblando como si le estuviera acosando un perro, y cinco aplicaciones de la corteza le hacen ponerse de nuevo en pie -explicó Rosalind a los Steed del Refugio, y cuando siguieron su consejo, se encontraron con que los veranos eran el doble de agradables que antes.

La corteza era un milagro, y en la isla Devon sólo Mrs. Steed podía administrarla, cosa que siempre hacía con una promesa:

–Saborea su amargor. Va a luchar por ti.

Y entonces, en 1729, reveló el plan final para su hogar. Utilizando un gran montón de ladrillos reunidos durante los dos últimos años e impulsando a nuevos esfuerzos a los esclavos de Knollys, adoptó varias audaces medidas. En el cubo original derruyó grandes segmentos de las dos paredes extremas, e hizo otro tanto en cada uno de los edificios que lo flanqueaban. Parecía como si estuviera decidida a demoler los edificios en cuya erección había invertido tanto tiempo; pero cuando todo estuvo dispuesto, dedicó a los esclavos a la excitante tarea de levantar dos bajos y sólidos pasadizos, cada uno de ellos con tres ventanas, que unían todo el conjunto. Cuando le preguntaron qué eran, Rosalind dijo:

–Los días de sol me sentaré a coser en esas cálidas y confortables habitaciones.

Estos bellos elementos de comunicación eran lo que convertía el conjunto de los cubos en una espléndida casa.

Cuando fueron retirados los escombros, rastrillado el césped y colocados pequeños matorrales para ocultar las cicatrices del edificio, quedó de manifiesto *Venganza de Rosalind*, y ninguna parte de la bellamente equilibrada estructura en cinco secciones estaba más idealmente adecuada a su finalidad que el cubo original que tan cínico regocijo había suscitado. Estaba claro ahora por qué había colocado las chimeneas en la parte posterior: no se habrían podido añadir los pasadizos si las chimeneas hubiesen estado en las paredes laterales. Y era también evidente por qué había dejado tan

lisas las paredes laterales: desde un principio había tenido la intención de horadarlas para construir los pasadizos.

La gran casa resultaba majestuosa, con cinco alturas distintas de tejado, con veinticuatro ventanas a juego en una fachada que avanzaba por el centro, ligeramente retrasada en los extremos y muy atrasada en los pasadizos. Especialmente satisfactoria era la forma en que la casa armonizaba con los árboles que ella había plantado mucho antes de que comenzara la construcción, de tal modo que cuando un visitante llegaba al muelle y miraba hacia el Norte, veía una extensión de césped no demasiado espaciosa, un conjunto de árboles no demasiado numerosos, una casa no demasiado adornada, por lo que se veía tentado a exclamar: «¡Qué bien proporcionado está todo!»

Lo que el visitante no podía ver era que en un rincón de la sala principal Rosalind había hecho construir un armario, y allí conservaba los platos de estaño recuperados cuando los piratas incendiaron la casa anterior. Varios de ellos se habían fundido parcialmente a causa de las llamas, pero todos eran utilizables, y al llegar marzo y terminar el año viejo, gustaba de reunir a todos los Steed en un banquete de gratitud por el hecho de que el año hubiese finalizado sin desastre. Luego dejaba que los niños comieran de los platos de estaño y sintieran la densa mano de la Historia, y les decía:

–Nunca se puede prever cómo va a resultar una casa o un ser humano hasta que queda terminada la obra.

Y una vez que los Steed del Refugio se marchaban en sus embarcaciones, reunía a su propia familia para instruir a los niños en su herencia y les contaba cómo Edmund Steed había llegado a América con un valeroso corazón católico para crear aquella plantación, y cómo su mujer *Martha Keene* había abandonado Inglaterra para compartir con él la vida de la Naturaleza silvestre, y les hablaba del rey Carlos, que había muerto decapitado, y esta

parte les gustaba a los niños por su horror cuando describía el descenso del hacha. Luego, con la mezcla justa de epopeya y parodia, les contaba quién era el príncipe Ruperto, y cómo había galopado por toda Inglaterra para salvar a su rey, y luego preguntaba:

–¿Y quién creéis que cabalgaba con él? – ¡Chilton Janney! – gritaban los niños.

–Sí, vuestro tatarabuelo. Era un caballero, y cabalgó con Ruperto en Martson Moor.

Y entonces, uno de los niños decía:

–Pero tú siempre has dicho que era un borracho perdido,

–Nunca le vi sereno -confesaba Rosalind.

–Y no era un auténtico caballero -decía otro niño.

Y ella respondía:

–En el fondo de su corazón lo era.

En diversos lugares de esta crónica se han empleado, en relación con el Choptank, frases que podrían inducir a considerarlo como un río pacífico: «Subió a su chalupa y navegó hasta Acantilado de la Paz», o «Navegaron plácidamente río abajo, pasando por delante de la marisma». Y en veintinueve días de cada treinta, estas descripciones eran apropiadas, y esas acciones posibles. El Choptank era una espléndida extensión de agua; de hecho, la espaciosa superficie comprendida entre la isla Devon, al Oeste, y Patamoke, al Este, era prácticamente un lago, y en días apacibles, una marinera experimentada como Rosalind Steed podía atravesarla con toda impunidad.

Fue en un día de ésos, en octubre de 1732, cuando salió de *Venganza de Rosalind*, bajó al muelle y pidió a sus esclavos que preparasen su chalupa.

–Voy a Patamoke.

Uno de los esclavos de más edad dijo:

–Mejor mañana. Nubes sobre la bahía.

Ella rechazó este consejo:

–Siempre tenemos nubes en alguna parte.

Mientras bajaba por el apacible estero, vio una ensenada llena de gansos que regresaban procedentes del Norte y pensó en lo hermosos que eran, pero luego una solitaria garza llegó al borde de una pequeña marisma para pescar cangrejos, y pensó: «Siempre quise ser un majestuoso ganso, pero estaba destinada a ser una desgarbada garza. Bueno, el ganso vuelve de vez en cuando con un alarde de esplendor, pero la garza se queda para siempre.»

El río presentaba un aspecto de increíble belleza cuando entró en él para el plácido recorrido hasta Patamoke; las orillas estaban flanqueadas de robles y arces con infinitos matices de rojo, y por encima de ellos, sobre el acantilado, se alzaba la gris serenidad de la casa telescópica de los Paxmore, tan distinta de la que ella había construido, tan perfecta en su dignidad cuáquera, y pensó: Un apartado rincón como éste, y en sólo unas millas tenemos dos de las casas más señoriales de América. Sus ojos se posaron en la casa gris, e imaginó a Ruth Brinton moviéndose por la sencilla cocina y a la enérgica Amanda aprendiendo sus lecciones de integridad.

Pero al pasar ante el farallón y enfilar hacia la marisma, se oscureció el cielo y empezó a soplar un fuerte viento. Y luego, en cuestión de minutos, una furiosa tormenta engulló su pequeño mundo. La lluvia caía en oblicuas sábanas, el viento rugía a sesenta kilómetros por hora, luego a ochenta; olas espumosas tan grandes como las del océano recorrían de un lado a otro el río, y su chalupa se bamboleaba, zarandeada en todas direcciones.

Antes de que pasara medio minuto, había arriado la vela y la chalupa era empujada por el viento. Dejaré que me lleve a la orilla… en alguna parte. Me empaparé al bajar a tierra, pero no importa. Estaba siguiendo el procedimiento habitual en el Choptank; como toda la Orilla Oriental era de formación aluvial, el marinero no debía tener miedo de que su embarcación chocara

contra las rocas, pues no había ninguna. Cuando se veía en peligro, el marinero dejaba que su lancha se acercara a la orilla hasta tocar fondo y, luego, saltaba y caminaba a través de las olas hasta ponerse a salvo.

Pero aquel día de octubre las olas no permitían esta táctica; agitaban violentamente la chalupa hasta que Rosalind tuvo que abandonar el timón y aferrarse a la cinta para evitar ser lanzada por la borda, y, hallándose en esta posición, vio que se aproximaba una sucesión de olas realmente monstruosas y comprendió d peligro en que se encontraba.

Saldremos del trance, se dijo, preparándose para el impacto de la primera ola, y se aferró a la zarandeada lancha.

Cuando pasó la última de las enormes olas, musitó con voz entrecortada:

–He estado cerca, muy cerca.

Y empezó a hacer profundas inspiraciones, viendo con desaliento cómo se derrumbaba su mástil, arrastrando al agua la botavara. Aún tenía la posibilidad de hacer encallar la embarcación y saltar a tierra, por lo que volvió a empuñar la caña del timón, esforzándose por orientar la chalupa en un rumbo razonable, y tal vez lo hubiera conseguido si no hubiese llegado de la bahía una fuerte ráfaga de viento que sumió en confusión a todo el río. Las olas que se movían en una dirección entrechocaban con las que ahora levantaba el aullante viento; la chalupa se alzó en la cresta de una ola, giró en el aire y volcó violentamente.

Rosalind salió despedida, pero aún luchó por llegar a la orilla, y no habría tenido dificultad en lograrlo si el roto mástil no le hubiera golpeado por detrás, enredándole los pies en sus cuerdas y arrastrándola hacia el fondo.

Los niños Turlock, que inspeccionaban su marisma después de la tormenta, avistaron la naufragada chalupa y gritaron a sus mayores:

–¡Lancha encallada!

Y cuando toda la familia corrió a la marisma dispuesta a robar cualquiera de los elementos de la embarcación, encontraron a Mrs. Steed medio enterrada en la arena, con las manos enredadas en los obenques contra los que había estado luchando cuando murió.

SEXTO VIAJE: 1773

Uno de los viajes más importantes jamás emprendidos a lo largo de la bahía de Chesapeake fue también uno de los más cortos. Cubrió menos de veinte kilómetros, pero el término de su repulsiva misión señaló el comienzo de una revolución.

Los lores propietarios de Maryland siempre habían poseído el derecho de patronato, privilegio feudal que a veces ejercían de forma inimaginable. Todos los ciudadanos de la colonia admitían que los lores tenían derecho a nombrar su propio clérigo para cualquier vacante de la Iglesia de Inglaterra que se produjese, pero nadie podía comprender cómo un propietario que vivía en Londres y ni siquiera había visto nunca Maryland podía haber designado para la iglesia rural de Wrentham a un hombre tan totalmente desprovisto de convicción religiosa como Jonathan Wilcok.

Este monstruo llegó al rico beneficio emplazado a pocos kilómetros al norte del Estero Divisorio un día de noviembre de 1770, ciento treinta kilos de chantaje, simonía y sibaritismo. El chantaje explicaba que hubiese obtenido aquella envidiable sinecura: había sorprendido al joven Lord Baltimore en una situación que no sólo era comprometedora, sino también claramente peligrosa, a menos que se mantuviera el secreto, y, al indicárselo así al libertino, sugirió también:

–Si me concedierais el beneficio de Wrentham, al norte del Choptank, yo no constituiría ninguna amenaza a vuestra seguridad.

La simonía consistía en vender, con el máximo provecho para su bolsillo, todos los servicios de la Iglesia. No casaba, bautizaba ni enterraba a nadie sin percibir sustanciales emolumentos, que debían

ser pagados en tabaco selecto, y abusaba también de su posición para adquirir terrenos destinados a su uso personal y en condiciones extraordinariamente beneficiosas. No había ninguna transacción tan venal a la que no recurriese, con tal de que ofreciese perspectivas de lucro.

Pero fue su sibaritismo, su afición a los placeres, lo que le dio mala reputación entre sus feligreses. Posesionado de un cargo del que ninguna fuerza sobre la Tierra podría apartarle -ni el obispo de Londres, que le despreciaba, ni Lord Baltimore, que le temía, ni, ciertamente, su congregación, que carecía de todo derecho, fuera del de pagarle su magnífico sueldo y guardar silencio-, era libre de comportarse como se le antojase. Esto incluía emborracharse ligeramente siete noches a la semana, engendrar dos hijos bastardos, mantener una deslenguada esposa y una amante y lanzar su inmensa y sudorosa mole en cualquier problema cuya resolución pudiera producirle alguna ganancia.

Era detestable que la Iglesia de Inglaterra se viera obligada a sufrir los desmanes de Jonathan Wilcok, pero las tradiciones de la época le absolvían, y, si bien los escándalos que creaba perjudicaban a la Iglesia, no enturbiaban la espléndida obra realizada por otros fervorosos clérigos cuyos nombramientos tenían un origen similar. El rector de Wrentham y sus cofrades representaban a la Iglesia Oficial de Maryland; su existencia estaba aprobada por el rey y el Parlamento, y su conducta se hallaba por encima de toda reprobación. En conjunto, el resultado era aceptable, en la proporción de siete ministros dignos por cada tres rectores de Wrentham.

Al amanecer de un frío día de enero de 1773, este clérigo, que había sobrepasado ya los 140 kilos de peso, se envolvió en gruesas fajas de confección casera, sobre las que deslizó un traje clerical con cuello almidonado y camisa blanca, se contempló admirativamente y dijo a su mujer:

–Hoy vamos a poner un poco de orden en esta comunidad.

Informó luego a sus cuatro esclavos que se dirigía a Patamoke para asistir a la sesión del tribunal que debía tener lugar a mediodía.

–Es necesario que yo esté allí. Se halla en juego el futuro del Choptank.

Así, pues, los esclavos enjaezaron dos caballos y sacaron el tosco palanquín, que quedó colgado entre ellos. A continuación, informaron al rector:

–Todo listo, amo.

Y, con anadeantes pasos, se dirigió hasta donde le esperaba su artilugio.

Le habría sido completamente imposible recorrer a pie la distancia que separaba su iglesia del extremo del Estero Divisorio, cinco kilómetros, pero era capaz de caminar los pocos pasos necesarios para llegar hasta el palanquín. Sin embargo, al llegar a él, se vio en la imposibilidad de subir, pues el objeto se balanceaba continuamente. En vista de ello, uno de los esclavos se situó entre los dos caballos, manteniéndolos quietos, así como al palanquín; dos cogieron al rector por los brazos y le echaron hacia atrás, mientras el cuarto permanecía delante, sujetándole su enorme vientre.

–¡Ya! – gritaron los hombres, y, con extraordinaria habilidad, colocaron a su amo sobre el vehículo.

Gruñendo y sudando aun en aquella fría mañana, el rector exclamó:

–¡Adelante!

Y uno de los esclavos comenzó a andar delante, conduciendo a los dos caballos, mientras otros dos empujaban desde atrás: el cuarto se mantenía atento a cualquier emergencia para evitar que el voluminoso cuerpo de su amo cayese al suelo.

La peregrinación llegó de este modo al lugar en que esperaba la barcaza episcopal, y allí surgieron nuevas complicaciones, pues el corpulento clérigo tenía que ser ahora descendido de su palanquín, conducido a través de un resbaladizo muelle y depositado en la embarcación. Se consiguió finalmente, con el acompañamiento de órdenes gritadas por todos, y, tan pronto como quedó instalado sano y salvo en la barcaza, el rector se puso cómodo, se recostó sobre siete almohadones y rugió:

–A Patamoke.

Cuando llegó a aquel floreciente centro comercial, niños y ociosos que allí se encontraban transmitieron la noticia:

–¡Viene el rector de Wrentham!

Y todos corrieron al muelle para saborear una vez más el extraordinario espectáculo de su traslado a tierra. Fueron necesarios los servicios de seis hombres: desde la barcaza, los cuatro esclavos empujaban y gruñían, mientras en la orilla otros dos echaban una cuerda, que fue pasada en torno a la espalda del gordo rector y por debajo de sus sobacos, sosteniendo un extremo cada uno de los hombres. Luego, mientras los que estaban en tierra contaban, «¡uno, dos, tres!», ejercieron todos su máxima fuerza posible, y el rector se elevó majestuosamente de la barcaza, como si volara, y se posó en el muelle.

Tan pronto como sus pies tocaron la seguridad de tierra firme, volvió a mostrarse sosegado y grandioso, componiendo la figura tradicional de un clérigo benévolo. Echándose encima el abrigo, saludó con afable inclinación de cabeza a los congregados y echó a andar con grave dignidad en dirección al tribunal, mientras contorsionaba el rostro en porcinas sonrisas. Al entrar en el bajo edificio de piedra observó con satisfacción que todo estaba preparado: ocupaban el estrado jueces bien dispuestos hacia su causa, y los tres acusados aguardaban el momento de recibir sus justas condenas.

Los acusados formaban un trío inverosímil, sin nada que les uniera, más que su común culpabilidad. Hasta en sus ropas eran distintos. Simon Steed, de cuarenta y tres años, era un hombre alto, austero, de delgados hombros, que trataba con igual desdén al tribunal, a los espectadores y a sus compañeros. Las prendas que vestía seguían el estilo francés, gusto que había desarrollado en St. Omer. Llevaba la peluca empolvada; su cuello estaba almidonado; su camisa tenía catorce botones y estaba ribeteada de encaje; su casaca de terciopelo azul le llegaba hasta las rodillas y sus pantalones le llegaban justamente debajo, abrochados con pequeñas hebillas plateadas. En sus muñecas emergía un borde de encaje gris que confería un cierto aire de elegancia a los movimientos de sus brazos. Era un caballero, el hombre más rico de la comunidad, y verle en el banquillo como un delincuente común resultaba un espectáculo excitante para los ciudadanos, pero por la deferencia que le mostraban era evidente que sus simpatías estaban de su parte y no de parte de su acusador.

Junto a él se hallaba un hombre de poco más de cuarenta años, caracterizado por el aplastado sombrero de ala ancha que llevaba puesto y que se negaba a quitarse, incluso cundo el ayudante del tribunal se lo indicó con un leve codazo. Se trataba de Levin Paxmore, uno de los principales pilares de Reunión de Patamoke y jefe del «Astillero Paxmore», cuyos obreros estaban trabajando en doble horario durante aquellos años de dificultades. Era un hombre de aspecto sombrío, vestido con una larga casaca gris abrochada con nueve alamares, sin encaje en las muñecas ni hebillas de plata en los zapatos, pero también él manifestaba una cierta elegancia, pues el paño de su casaca y sus pantalones era de la mejor clase. Se sentía evidentemente ofendido por haber sido citado ante el tribunal y rehusaba corresponder a los gestos de buena voluntad que se le dirigían.

El tercer hombre había comparecido con frecuencia ante aquel tribunal. Delgado, rápido de movimientos y aire truhanesco, capitaneaba un viejo y lastimoso falucho que comerciaba a lo largo de la bahía de Chesapeake. Venía de la marisma e iba vestido en consecuencia: improvisados zapatos hechos de piel de animal; pantalones bombachos sujetos a la cintura por una deshilachada cuerda; gruesa camisa de lana, pero no llevaba casaca ni sombrero; y lucía una oscura barba. Era Teach Turlock, y hasta su nombre constituía una ofensa para la comunidad, pues el bribón que había sido su padre le había puesto el nombre del pirata Barbanegra, «un hombre que sabía lo que quería». Cuarenta años atrás, cuando le fue puesto ese nombre, Barbanegra era todavía un temible recuerdo, pues había asolado los océanos, y dos caballeros habían acudido al tribunal para obligar al viejo Turlock a poner a su hijo un nombre adecuado, y así lo había ordenado el tribunal; figuraba en el registro con el nombre de Jeremiah Turlock, pero era conocido universalmente como Teach, que hasta sus enemigos tenían que admitir que era más adecuado, pues poseía la mayor parte de las cualidades permanentes de aquel pirata.

Los principios sociales y morales de los tres acusados eran tan variados como sus ropas. Simon Steed era un confesado defensor del rey; no soportaba a los agitadores de Massachusetts y Virginia, cuyas palabras rezumaban traición, y esperaba fervorosamente que los nombres mal intencionados tanto de América como de Inglaterra no tardaran en volver a la sensatez; pensaba que los Gobiernos estaban instituidos por Dios y que los hombres no tenían ni siquiera derecho a opinar sobre ellos, y mucho menos a protestar. Era Teach Turlock quien representaba el nuevo espíritu que comenzaba a extenderse por las colonias; era un revolucionario en potencia, no por principios, sino por un maligno deseo de igualarse a los situados por encima de él. Cuando los hombres hablaban en susurros de rebelión, él acariciaba su escopeta.

Sólo la intervención de una fuerza extraña tan poderosa como el rector de Wrentham hubiera podido alistar a aquellos tres dispares compañeros en una causa común, y ahora el gigantesco y jadeante servidor de la Iglesia avanzó trabajosamente hasta la parte delantera de la sala, se sentó cautelosamente en una amplia silla e hizo seña a los jueces de que comenzara el juicio.

Prestó testimonio en primer lugar el recaudador de impuestos.

–Desde tiempo inmemorial, todos los buenos ciudadanos de este distrito me han entregado antes del último día de diciembre treinta libras de tabaco selecto para su entrega al rector de Wrentham en concepto de sueldo por mantener la Iglesia Oficial en nuestro distrito.

–¿Ha sido siempre ésa la ley de esta colonia? – preguntó el juez presidente.

–Desde la época de sus padres y los míos. Sus señorías me entregaban el tabaco, como deben hacerlo los cristianos honrados.

Y los tres jueces asintieron farisaicamente.

–¿Ha dejado alguien de pagar? – preguntó el juez presidente.

–Esos tres.

–Usted es el recaudador de impuestos. ¿Por qué no tomó ninguna medida?

El recaudador de impuestos enrojeció de turbación, bajó los ojos y dijo luego, con voz aguda y quejumbrosa:

–El otro rector me dijo: «Deje en paz a esos malditos papistas y cuáqueros. Dios les castigará.» Pero nuestro nuevo rector -y miró aprobadoramente al corpulento clérigo- se propone enderezar las cosas.

–¿Cómo? – preguntó el juez.

–Cada uno de esos tres debe pagar diez años de diezmos. Nuestro rector insiste en percibir lo que se le debe.

–¿Y ha pedido usted a esos hombres su tabaco?

–¿Y se negó Simon Steed a pagar sus trescientas libras?

–Sí. Dijo que era católico y que se negaba a pagar.

–¿Tampoco entregó su parte Levin Paxmore?

–Tampoco. Dijo que era cuáquero.

–¿Y también se negó Teach Turlock?

–Sí.

–¿Y pidió usted a cada uno de esos tres hombres en tres ocasiones distintas, como prescribe la ley, que pagasen sus impuestos?

–Sí.

–¿Y se negaron tres veces?

–Sí.

El condestable testificó que tan pronto como el recaudador de impuestos puso el delito en su conocimiento, él personalmente hizo cuanto pudo por recaudar las trescientas libras, pero las respuestas habían sido negativas.

–Mr. Steed, si el tribunal me permite, se mostró indiferente por completo… no quiso hacerme caso… dijo a uno de sus hombres: «Echa a ese individuo de mi propiedad.» Amigo Paxmore, el del sombrero en la cabeza, se comportó de modo muy distinto. Ya anteriormente me había visto obligado a detenerle por no querer servir en la milicia, y cuando me vio llegar, preguntó en voz baja: «¿Qué quieres ahora?», y cuando yo le dije: «Trescientas libras para la capilla», respondió: «Sabes que no puedo pagar eso.»

–¿Y qué dijo usted?

–Dije: «Tú sabes que te pueden enchironar por eso.»

El público rió, y hasta Paxmore dejó que una leve sonrisa distendiera sus labios.

–¿Ofreció pagar Turlock? – preguntó el juez.

–Ofreció pegarme un tiro.

También esto provocó risas, pero el condestable añadió:

–No tenía ningún arma y consideré que era sólo una forma de hablar.

–¿Pero ofreció pegarle un tiro?

–De palabra, sí.

Llegó el momento de que prestara testimonio el rector. Se incorporó gravemente de su silla, se ajustó el blanco y almidonado cuello de la camisa bajo la fláccida garganta y dijo, con tono preciso y educado:

–Desde tiempo inmemorial ha sido costumbre respetada en esta colonia que todo hombre, mujer o niño de más de dieciséis años contribuya a pagar el sueldo del rector. Ello suministra fondos para los pobres, mantiene los edificios eclesiásticos destinados al culto y constituye la prueba de que todos los ciudadanos pertenecen a la Iglesia y se ofrecen a protegerla. Con sólo una persona que se niegue a pagar, toda la estructura de nuestra fe cristiana se ve comprometida, y así lo han reconocido siempre los tribunales. Estos tres hombres han negado persistentemente el derecho de la Iglesia a recaudar sus justos honorarios, y yo pido que se les multe con diez veces treinta libras y se les condene a pena de cárcel por su contumacia.

–Ya han oído los cargos -dijo el juez-. Turlock, ¿tiene algo que decir?

El botero se encogió de hombros.

–Amigo Paxmore, ¿puede ofrecer alguna justificación?

El alto cuáquero negó con la cabeza.

El juez preguntó luego a Steed, pero, antes de que el plantador pudiera responder, se opuso el rector.

–Señoría, yo creo que sería prudente no permitir que este hombre hable en sesión pública de un tribunal. Se ha educado en Francia, donde se impregnó de las perniciosas y debilitantes doctrinas del ateísmo. Ha importado libros de Voltaire y Montesquieu y se los ha prestado a cualquiera que supiera francés. Ha llegado, incluso, hasta el extremo de encontrar un ejemplar de

Cándido en inglés y lo ha divulgado también. Cualquier cosa que diga será sediciosa e irrelevante.

Pero los jueces convinieron en que se le permitiese hablar a Steed, quien, con la forma serena y eficaz con que solía abordar todos los problemas, comenzó a interrogar al rector.

–¿Sostiene usted que incluso los católicos y los cuáqueros deben pagar él diezmo anual?

–Sí.

–¿Aun cuando el tabaco sea tan difícil de obtener?

Antes de que el rector pudiera responder, Steed preguntó:

–¿De dónde sacaría tabaco Turlock?

–Otros lo hacen.

–No ha respondido a mi pregunta. ¿De dónde?

–Los problemas domésticos de Teach Turlock no son cosa mía.

Y con la mirada de desagrado que dirigió al botero, indicó que tampoco le habían interesado nunca los problemas morales de Teach.

–En una época en que escasea grandemente el tabaco, todas las demás dependencias gubernamentales han aceptado recibir sus impuestos en lino… o maíz… Sólo usted insiste en el tabaco. ¿Por qué?

–Porque los lores Baltimore celebraron un contrato solemne con Dios para darle treinta libras de tabaco selecto por cabeza al año.

Steed se dirigió al lugar en que se encontraban sentados un granjero y su mujer. Situándose junto a ellos, preguntó al rector:

–¿Aceptó usted de este hombre parte de su granja como pago de su impuesto?

–Él ofreció hacerlo.

–¿Cuántos acres?

–Sesenta y siete.

–¿Posee usted actualmente, a su nombre, no a nombre de la Iglesia, un total de trescientos setenta acres de la mejor tierra de labor de Choptank?

–El rector de cualquier parroquia tiene derecho a vivir en una casa confortable y a cultivar su tierra.

–¿Con una extensión de trescientos setenta acres?

–Es tierra que ha llegado honorablemente a mi poder.

–¿Me propuso usted el año pasado que le cediera cincuenta y tres acres al oeste del Estero Divisorio?

–Usted me lo debía.

–¿Y qué extensión calcula que tendrán sus posesiones a finales de este año?

El rector apeló al tribunal, y los jueces convinieron en que aquello era infamatorio, por lo que Steed cambió de táctica.

–¿Qué limosnas ha realizado usted en los doce últimos meses?.

–Si alguien ha acudido a mí…

–¿No acudió a usted Peter Willis?

–Su mala reputación era notoria. Haberle ayudado…

–¿A quién ayudó usted?

La insistencia de Steed irritó al clérigo, que replicó:

–¿Quién? ¿Quién? ¿Y quién es usted para interrogarme de esa manera?

Sosegadamente, Steed dijo:

–Simplemente, quería conocer qué limosnas ha hecho.

El grueso clérigo apeló de nuevo al tribunal, y de nuevo le apoyaron los jueces.

–Mr. Steed, no estamos juzgando al rector de Wrentham. Le estamos juzgando a usted.

–Les ruego me disculpen -dijo humildemente Steed-. Pero debo formular una nueva pregunta, que es quizá más importante aún que las anteriores.

–Cuide su comportamiento -advirtió el juez presidente.

–Rector Wilcok, éstos son años difíciles. Se están atando voces extrañas en el país…

–¡Eso es sedición! – advirtió el rector.

–Puede estar próximo el día en que Inglaterra necesite de todo defensor…

–¡Eso es sedición francesa!

–¿No cree que sería prudente el que, en tiempos tan difíciles, cuando usted posee ya tan extensas propiedades…?

–¡Sedición! ¡Sedición! No tolero este interrogatorio.

Los jueces asintieron.

–Mr. Steed, se ha excedido usted. Ha formulado preguntas de tendencia sumamente perniciosa y ha intentado introducir en el sosegado recinto de este tribunal las pasiones que excitan a las multitudes en el exterior. Debe sentarse.

–Esas pasiones, señor…

–Condestable, hágale sentarse.

El funcionario no necesitó intervenir; Steed se inclinó ante los jueces, se inclinó ante el rector y, con una elegancia que sólo podría calificarse de exquisita, se volvió y se inclinó ante el matrimonio de granjeros cuyas tierras les habían sido robadas. Luego, regresó a su asiento con los otros acusados, donde Levin Paxmore le apretó la mano.

–Pónganse en pie los acusados -salmodió el juez presidente.

Y cuando estuvieron ante él, dijo gravemente:

–Especialmente en estos turbulentos tiempos es necesario que sean observadas con extrema diligencia las tradiciones en que se basa nuestra colonia. Desde tiempo inmemorial, los hombres buenos han pagado parte de sus beneficios a la Iglesia que les protege y les guía. Ahora más que nunca necesitamos esa protección y esa guía, y quienquiera que incumpla esa obligación, sea católico o cuáquero, está infringiendo sus deberes ciudadanos. Simon Steed y Levin Paxmore, este tribunal os ordena entregar a la

Iglesia de Wrentham trescientas libras de tabaco debidamente envasadas.

Los acusados asintieron con la cabeza.

–En cuanto a usted, Teach Turlock…

Ante este portentoso comienzo, el desgreñado botero se volvió hacia los espectadores y sonrió, como diciendo: «Están hablando de mí.» El juez continuó:

–Usted no tiene tabaco, ni medios de ninguna clase para adquirirlo. Carece de bienes personales que valga la pena embargar, pero tiene una deuda de trescientas libras, por lo que este tribunal ordena que ceda al rector de Wrentham ochenta acres de la tierra firme que posee al norte de la marisma.

La sonrisa se desvaneció. El huesudo botero miró consternado a los jueces en silenciosa apelación contra aquella terrible sentencia: le estaban arrebatando tierra que amaba, tierra que sus antepasados habían adquirido a los indios y protegido con sus vidas contra lobos y mosquitos y recaudadores de impuestos y Steed que habían querido sembrarla de tabaco. Un sofocado grito brotó de su garganta. Lanzándose hacia el banco de los jueces, exclamó:

–¡No!

El condestable le apartó de un empujón, pero al hacerlo le envió en dirección al rector, que se encontraba en aquel momento levantando de la silla su pesada mole.

Sin reflexionar en la gravedad de su acto, Turlock saltó contra él y empezó a golpearle en la cara. Se organizó un alboroto tremendo en el tribunal, y, una vez que el condestable y dos granjeros hubieron aplacado al furioso botero, el juez presidente dijo tristemente:

–A la cárcel. Seis semanas.

Y Teach Turlock fue conducido afuera.

Cuando los espectadores hubieron abandonado la sala del tribunal, los jueces acompañaron al rector hasta el muelle, donde,

con la ayuda de seis hombres, fue cargado de nuevo en su barcaza. El juez presidente echó a andar por la orilla, enviando obsequiosos saludos de despedida al clérigo, pero sus dos compañeros permanecieron gravemente en el muelle, y uno dijo:

–Créeme, el año que viene no volveré a respaldar las pretensiones de ese individuo.

–Es la ley.

–Pues habrá que cambiar la ley.

–Esas ideas son peligrosas, Edward -y el segundo juez miró a su alrededor para ver si alguien había oído la traición.

–Estamos en tiempos peligrosos. Por nacimiento, por educación, soy inglés, pero últimamente he empezado a pensar que Londres…

–Sé razonable. Teach Turlock merecía la cárcel…, por muchas razones.

–Pero no que le quiten su tierra.

–¿Qué le importa a él la tierra?

–¿Le viste cuando Arthur pronunció la sentencia? ¿Y a Steed y Paxmore? Son hombres buenos.

–Son disidentes. Está llegando el momento en que todos debemos unirnos.

El juez que había hablado primero miró en dirección a la calle principal de Patamoke y, luego, indicó a su compañero que mirase también. Simon Steed y Levin Paxmore caminaban cogidos del brazo y conversando animadamente.

–¿Te das cuenta -preguntó el primer juez- de que hoy hemos realizado aquí un milagro?

–Extraña palabra, milagro.

–Sí, nosotros, jueces, hemos hecho inevitable que tres hombres tan diferentes como Steed, Paxmore y Turlock se alien sobre una base común. Te advierto que veremos el día en que esos tres y otros

como ellos despojarán de sus tierras al gordo rector de Wrentham, y después…

–¡Edward! No acabes esa frase, por favor.

El segundo juez se tapó los oídos con las manos para no escuchar lo que su colega iba a decir.

–Se pondrán en movimiento ideas que todos los jueces de este condado se verán impotentes para detener.

TRES PATRIOTAS

Los dos jueces se equivocaban si suponían que Steed y Paxmore estaban hablando de traición. De lo que estaban hablando era de cuestiones comerciales, y cuando llegaron al astillero, Paxmore invitó a su compañero de juicio a entrar en la sencilla oficina de paredes de madera desde la que dirigía sus negocios.

–¿Qué te hace pensar que los barcos vayan a aumentar de valor? – preguntó Paxmore mientras se sentaban en sillas que él había tallado en roble.

–El odio que vi en los ojos de Turlock… cuando los jueces le quitaron su tierra.

–Los Turlock siempre son salvajes.

–Pero esto era diferente. Esto era una declaración de guerra, y, francamente, Levin, tengo miedo.

–¿A qué? Turlock es impotente…

–Al espíritu. Anda suelto un espíritu maligno, Levin, que tarde o temprano acabará envolviéndonos a todos.

–¿Y por eso es por lo que quieres barcos? ¿Para hacer frente a días turbulentos?

–Exactamente. Creo que llegará el día en que las personas como tú y yo que quieran mantener los lazos con Inglaterra, se verán acorraladas por la chusma entre la espada y la pared.

–Tú me llevas ventaja. Yo no he estudiado en Francia.

–Los perros rabiosos…, los Turlock. No tardarán en gritar que las colonias deben separarse de Inglaterra. Inglaterra resistirá,

como es su obligación. Y temo que incluso pueda haber guerra.

Vaciló, miró nerviosamente al suelo y murmuró:

–Si estalla la guerra, necesitaremos navíos.

Paxmore, tratando de ignorar la terrible carga que contenían aquellas palabras, se refugió en la pedantería náutica.

–Amigo Steed, no utilizas las palabras con propiedad. Un *navío* es un barco muy grande, con tres palos, o más. Las naciones poseen navíos. Los hombres de negocios tienen *bergantines* y *balandras*.

Steed, deseoso también de evitar toda referencia a la guerra, preguntó:

–¿Cuál debo construir?

–Ninguna de las dos. Necesitas una *goleta*. Capaz de moverse con velocidad.

Y los dos hombres contuvieron el aliento, pues ambos sabían que se había ofrecido y aceptado un encargo, y ello no era asunto trivial, pues si Steed estaba dispuesto a pagar una goleta, debía dedicar a ello una parte importante de su riqueza, y si Paxmore emprendía la tarea de construirla, debería prescindir de proyectos de menor entidad de los que dependían sus ingresos normales.

Así, pues, los dos hombres permanecieron en silencio, meditando en las obligaciones que estaban a punto de contraer, y, finalmente, habló Steed. Acercándose con pasos rápidos a la mesa, apoyó en ella el dedo índice.

–Velocidad, Levin. Por encima de todo, debemos tener velocidad.

Le correspondía ahora a Paxmore actuar con decisión, y esto constituía para él un intenso proceso. Sin levantarse, empezó a contraer el cuerpo, girando los hombros y ladeando los codos hacia atrás y hacia delante en una serie de movimientos que podrían haber parecido grotescos a quien no se hallara familiarizado con lo que estaba haciendo. Años antes, Steed había dicho a los hombres del almacén: «Cuando Levin Paxmore piensa en una goleta, se

convierte en esa goleta.» Y ahora el sagaz constructor se enfrentaba a los mismos problemas que habían inquietado a los más antiguos constructores de buques. Finalmente, al término de sus contorsiones, dijo:

–Puedes tener velocidad, pero no puedes tener velocidad y carga máxima. Puedo estirar las líneas así -e indicó la longitud del navío proyectado-, pero eso significa que debo estrecharlo aquí, justo donde tú querrías estibar los barriles.

–Olvida los barriles. Esta goleta transportará una carga comprimida de valor triple.

–La obra muerta debe tener poca altura, pero los mástiles habrán de ser muy altos. Necesitaremos una gran extensión de velamen.

–Necesitaré una superestructura muy sólida.

–Eso disminuirá la velocidad.

–Pero debo tenerla. Para el cañón.

Al oír esta palabra, Paxmore apoyó las dos manos en la mesa.

–No puedo aceptar poner un cañón en uno de mis barcos, Simon.

–Tampoco te lo pediría. Pero haz una construcción sólida, de tal modo que, cuando hayas terminado, pueda yo colocar el cañón.

–Yo no podría acceder…

–Tú sólo dejas los espacios…, cuatro.

–Pero eso lo haría muy pesado -advirtió Paxmore.

Y nada más pronunciar estas palabras, se dio cuenta de que Steed le había engatusado para colaborar en un asunto de índole militar, y se echó atrás:

–No voy a construir un gran buque de guerra -advirtió.

–¡Por supuesto! – asintió Steed-. El nuestro será una pequeña goleta de paz.

Durante dos días, los hombres planearon el barco que habría de convertirse en el contraste de los astilleros de Paxmore: esbelto,

rápido, máximo de lona, mínimo de manga, fondo afilado, timón ligero, bauprés fantásticamente largo. Iba a ser una goleta definida por un hombre de negocios y ejecutada por un poeta, y en todos los puntos críticos cada hombre tomaba sus decisiones teniendo en cuenta una visión del futuro que él mismo había elaborado tras detenido análisis de lo que veía estaba sucediendo en las colonias.

Simon Steed veía que hombres vehementes y acalorados como Teach Turlock iban a empujar cada vez más a las colonias a una confrontación con la madre patria, y que agitaciones de proporciones descomunales iban a poner fin al comercio y al uso normal de los océanos. Esta probabilidad influía sobre él de dos modos. Sabía que en tiempos de turbulencia prosperaban los comerciantes aventureros, pues estaban dispuestos a comprar y vender cuando otros quedaban inmovilizados por la ansiedad. Se sentía también aguijoneado a emprender audaces aventuras por el recuerdo de la obstinada lucha de su abuela contra los piratas; al igual que ella, creía que debía mantenerse la libertad de los mares. Por tanto, estaba dispuesto a correr riesgos y a pagar, no sólo el barco que él y Paxmore estaban diseñando, sino también otros tres, en rápida sucesión, pues veía que una flota de cuatro navíos le depararía una gran ventaja para comerciar en aquellos agitados tiempos. Pero no tenía la más mínima duda de que lo haría bajo el pabellón británico, entonces y siempre.

En sus cuarenta años en Patamoke, Levin Paxmore había construido muchos barcos capaces de cruzar el océano, pero todos habían sido pesadas y poco perfectas embarcaciones: bergantines de ridículos mástiles gemelos, o de mástiles cortos y achaparrados. Siempre había sabido que los mejores buques aguardaban entre los bosques y los pinos de sus bosques, y, a veces, al ver entrar en puerto por delante de su astillero a un gran barco británico de líneas esbeltas y mástiles precisamente proporcionados, experimentaba punzadas de resquemor artístico: Yo. podría construir mejor que

eso, si alguien me lo comprase. Y ahora tenía su cliente, un hombre de percepciones tan profundas, por lo menos, como las suyas, y estaba ansioso por comenzar. Lo haría como cuáquero pacifista que aborrecía la guerra, y nunca se le ocurrió que su cooperación con Steed le llevaría poco a poco a comprometer esas convicciones.

Así, pues, aquellos dos hombres de buena intención pusieron en marcha su proyecto en la creencia de que podrían desarrollarlo sin renunciar a pasadas fidelidades. No habían llegado aún a un acuerdo sobre las dimensiones de su goleta, pero al término de aquel segundo día propusieron concretar las medidas a la mañana siguiente; sin embargo, poco después del amanecer llegaron a la rampa del astillero dos esclavos con la excitante noticia de que había llegado a Devon un mercante procedente de Londres, a bordo del cual viajaban Guy Fithian y su esposa, que realizaban un viaje de inspección.

–¿Se les ha dado la bienvenida?

–La esposa de amo Isham les ha recibido.

Simon Steed no se había casado, y a sus cuarenta y tres años no tenía el menor interés en hacerlo; llevaba los negocios de la familia, leía libros de pensamiento recibidos de París y dejaba que su hermano menor Isham y su mujer supervisaran la vida social del imperio Steed. Si Isham se había encargado de las cortesías, no había ninguna necesidad de abandonar el excitante trabajo de diseñar una gran goleta, por lo que Simon dijo a sus esclavos:

–Regresad, y asegurad a Fithian que estaré allí para el anochecer.

–No, amo. Él decir ir ahora.

Y uno de los esclavos entregó a Steed una breve nota de su hermano en la que le comunicaba que habían llegado graves noticias de Londres. Era imperativa su presencia. Así, pues, Steed dijo a Paxmore:

–Tenemos dos horas para hacer el trabajo de dos días. ¿Qué tamaño tendrá nuestro nuevo navío?

Los dos hombres, en mangas de camisa, pese al frío de enero, empezaron t medir las dimensiones propuestas.

–Lo quiero más largo que antes -dijo Paxmore-. He estado pensando en que debe tener veinticinco metros y varias decenas de centímetros más.

Y clavó dos estaquillas para indicar esa considerable distancia.

–Largo, mejor que corto -indicó Steed, y movió ligeramente las estaquillas. – Estrecho de manga, por debajo de los seis metros -y Paxmore movió de nuevo sus estaquillas.

–Eso me gusta -dijo Steed-. Proporciona sitio suficiente para hacer girar

el cañón.

El cuáquero hizo como si no hubiera oído la referencia a la artillería, pero, situándose en medio del boceto, dijo:

–Creo que debemos poner una profundidad de dos metros y medio o tres en

la bodega. Naturalmente, Steed, no podrás navegar por las aguas superficiales de la bahía.

–Seguimos el canal… hasta el océano. Haz el fondo tan afilado como sea

preciso.

–Calculo que tendrá unas ciento sesenta toneladas.

Se pasaron las dos horas restantes revisando todos los aspectos de su decisión y, cuando tuvieron la convicción de haber alcanzado un adecuado compromiso en muchos puntos conflictivos, Paxmore llamó a uno de sus sobrinos y dijo:

–Martin, ese gran roble que hemos estado reservando. Empieza a formarle una quilla.

Y, antes de que Steed saliera del astillero, se oían ya los tranquilizadores sonidos de una azuela.

En el rápido y agradable viaje de vuelta a Devon, trató de adivinar qué clase de información podría haber inducido a su hermano a enviar aquella imperativa nota: Puesto que procedía de Fithian, debe de tener su origen en Londres Y, como ya no hay guerra con Francia, debe referirse a las colonias. Algo sobre política. Luego frunció el ceño. ¿Podría tratarse de negocios? El Parlamento no puede haber aprobado una legislación que perjudique a nuestro comercio.

Estaba convencido de que Londres no sería tan necio, y su razonamiento era original. Las únicas personas en que el rey debe apoyarse tienen que ser hombres como Paxmore y yo. Sólo nosotros podemos contener a la chusma. Y al pensar esto vaciló, pues la balandra estaba pasando ante la marisma de Turlock, e imaginó a aquel ardiente radical en la cárcel, planeando venganza, y esto le estimuló a resumir ideas que había estado considerando desde hacía meses: La sociedad debe ser un compromiso entre hombres nuevos y no sometidos a prueba, como Turlock, que quieren destruir los viejos moldes, y hombres viejos y probados, como Paxmore y yo, que tienden a aferrarse durante demasiado tiempo a los moldes que estamos tratando de proteger.

Continuó especulando sobre esto durante varios minutos y, fiel a su costumbre siempre que manejaba conceptos tales como *sociedad*, *Humanidad* y *cambio*, empezó a pensar en francés, y éste era el cáncer fatal de su carácter: todos los signos externos hacían de él un caballero inglés, salvo que había aprendido a leer libros franceses, y éstos le habían corrompido.

Se sentía enormemente cautivado por Montesquieu, y había pasado un verano evaluando la desafiante teoría del francés, según la cual el Gobierno del hombre se realiza mejor dividiendo la autoridad en tres compartimientos estancos: ejecutivo, legislativo, judicial. Nunca se le había ocurrido que ésas fuesen las funciones

del Gobierno, pero bajo la exquisita dirección de Montesquieu comprendía que era así.

No obstante, al llegar a esta conclusión, se abstenía de continuar a sus consecuencias lógicas: «La mejor forma de lograr el equilibrio es seguir el sistema inglés. Un rey justo, un Parlamento fuerte, un sabio grupo de jueces.» Resultaba contradictorio: en todas sus aplicaciones prácticas era un inglés; en todas sus actitudes básicas hacia la bondad de la vida era un francés. Y ahora se tornó práctico: Sería un día trágico si nuestras colonias se sintieran tentadas a alejarse de Inglaterra, y cuando su embarcación llegó al muelle Steed subió el sendero, ansioso por conocer qué clase de crisis había llevado a Guy Fithian a través del Atlántico.

Los que se encontraban en el interior de *Venganza de Rosalind*. le oyeron llegar y se apresuraron a salir a la puerta a su encuentro, y allí, por primera vez, vio a Jane Fithian, muchos años más joven que él, alegre, y rubia, y encantadora del brazo de su competente marido. Resultaba tan atractiva en su vestido azul cielo de indiana, con corpiño de encaje delicadamente aplicado, que pareció flotar hacia él, extendiéndole la mano y diciendo con voz dulce:

–Hola, soy Jane Fithian.

–¡Bien venida a Devon, Mrs. Fithian!

–¡Oh, no! – rió alegremente-. Soy su hermana, no su mujer.

Al oír estas palabras enrojeció tan intensamente, que todos los presentes, incluso los esclavos, comprendieron que se hallaba excitado por aquella muchacha inglesa, y tan pronto como quedó a solas con Guy le preguntó:

–¿Por qué la has traído?

Y Fithian respondió, sin la menor turbación: -Porque ya es hora de que te cases, Simon.

Las palabras, y la intención que subyacía a ellas, eran tan claras y manifiestas, que Steed volvió a ruborizarse, y se disponía a

protestar cuando Fithian dijo: -Lo que realmente me trae aquí es un desastre… doble.

Y procedió a exponer las situaciones, cada vez peores, que le habían obligado a cruzar el océano.

–La caída de los precios del tabaco significa que muchas de las grandes plantaciones con las que hemos negociado…, bueno, están en quiebra. Y si continuamos concediéndoles crédito, quebraremos nosotros también.

–Nosotros tenemos una posición sólida -dijo Steed, en tono defensivo.

–Ojalá todas las plantaciones americanas estuviesen en vuestra situación. Isham y tú sabéis trabajar, mantener las cosas en equilibrio.

Meneó gravemente la cabeza.

–Simon, ¿te interesaría hacerte cargo de la de Janney…, esa gran plantación a orillas del Rappahannock?

Sin reflexionar ni un instante, Simon respondió:

–No.

–¿No está relacionada en cierto modo con tu familia?

–Vagamente. Pero no nos interesa. ¿Es por eso por lo que has venido?

–La de Janney es sólo una entre una veintena de ellas. ¿Te das cuenta de que comisionistas como nosotros poseen la mayor parte de Virginia? Yo represento un consorcio. Seis comisionistas de Londres, y se nos pide que absorbamos deudas americanas por valor de varios millones. Tú llamas a esos lugares Maryland y Virginia. En realidad, son Fithian y Goodenough.

Presa de gran agitación, empezó a pasearse por la estancia, meneando la cabeza y diciendo:

–Poseemos las malditas plantaciones, y no queremos. Simon, ven por lo menos a ver qué puede hacerse con la de Janney. Me debes eso.

De nuevo protestó Steed que para un hombre de la Orilla Oriental entrometerse en una plantación de Virginia era una locura, pero Fithian le cortó en seco.

–Te guste o no, Simon, todos estamos envueltos en la locura.

Y la gravedad con que aquel buen amigo pronunció estas palabras, forzó a Steed a escuchar.

–Tú te sientes seguro porque administras prudentemente tu plantación y tus almacenes. Bien, pues el Gobierno de Londres parece decidido a expulsarte de los negocios. A ti y a los perezosos Janney.

–¿De qué se trata?

–El té. Te van a rebanar el pescuezo con el té. Y si eso da resultado, luego, paso a paso, todo lo demás.

–¿Por qué té?

–Porque la «East India Company»…

–Lo sé. Lo sé. Una de las Compañías peor administradas del mundo. Pero tiene el monopolio concedido por el Gobierno.

–Y va a ejercerlo. El truco es el siguiente: Si vosotros, los comerciantes americanos, queréis comprar té en Londres, tendréis que pagar un fuerte impuesto. La «India Company», no. No podréis competir. La Compañía desembarcará su té en vuestros muelles y venderá a bajo precio.

Cuando quedaron claras las interioridades e injusticias de aquel plan, Steed se dejó caer en su silla, se cubrió la frente con las manos y dijo:

–Parece como si el Parlamento estuviera decidido a hundir precisamente a los habitantes de las colonias de los que Inglaterra debe depender.

Y, con evidente frustración, pasó revista a la sucesión de leyes que ya determinaban una discriminación contra los comerciantes de Maryland: las restricciones al tráfico mercantil, los impuestos injustificados, las ventajas concedidas a los monopolistas de

Londres a costa de los hombres de negocios coloniales, las absurdas leyes marítimas, la arrogancia de los recaudadores de impuestos.

–¿Os habéis propuesto destruir a vuestros amigos? – estalló.

–Creo que sí -admitió Fithian.

Bajó la voz, y la conversación abandonó el terreno mercantil, en que Steed y él se veían amenazados por fuertes pérdidas, para abordar cuestiones de tipo más espiritual.

–Lo que Inglaterra debería hacer inmediatamente, Simon, antes del verano, es decir a las colonias con sonriente buena voluntad: «Seguir vuestro camino, hijos. Creced y compartid más tarde vuestra munificencia con nosotros.»

Steed no dijo nada. La idea era tan radical, tan contraria a sus propias conclusiones, que apenas podía digerirla. Fithian continuó:

–Si hacemos eso, os ligaremos a nosotros para siempre. Depositaréis vuestro dinero en Londres, y compraréis allí vuestras mercancías, y enviaréis vuestros hijos a Oxford. Créeme, una unión así podría constituir una fuerza poderosa en este mundo.

–¿Piensan muchos como tú? – preguntó Steed.

–Te daría ganas de vomitar oír a los imbéciles. Ellos no pueden imaginar un futuro diferente del pasado. Yo hablo del futuro del comercio a través del Atlántico, y no oyen nada. Ese tal Burkes habla de la situación legal, y tampoco le oyen.

–¿No es posible ninguna concesión?

–Todas serían posibles si los hombres fuesen razonables. Haremos las insignificantes. ¿Pero las importantes que podrían rehacer el mundo…? Imposible.

–O sea, que los plantadores nos iremos quedando cada vez más acorralados.

–Sí. Porque sois visibles.

–Sería un terrible error que el Parlamento continuara abusando de nosotros, los comerciantes. Somos vuestro lazo con la cordura.

Somos leales a un hombre. Amamos a Inglaterra, pero no toleramos indefinidamente los abusos.

Y la discusión continuó, el inglés propugnando la separación y el colonial reafirmando su fidelidad. Terminó cuando Fithian dijo bruscamente:

–Dejemos esto. Debes venir conmigo a la plantación de Janney.

–Te lo he advertido. No la tocaré.

–Pero, por tu propio bien, debes ver el problema. Además, quiero enseñarle a

Jane la costa de Virginia.

–¿Va a venir ella?

–Naturalmente. Quiero que te conozca. Quiero que se case contigo.

–Me sorprendes.

–Es mi hermana menor. Una chiquilla preciosa y maravillosa. Y llevamos tanto tiempo relacionados con las colonias, que he creído llegado el momento de intensificar los lazos.

–Yo soy católico.

–Tenemos una amplia provisión de protestantes en las otras ramas de la familia -dio a Steed unos golpecitos en el pecho-. Todos nosotros necesitamos sangre nueva, ideas nuevas. Y tú necesitas una esposa.

Steed empezó a protestar, pero Fithian le interrumpió.

–En Londres yo leo cartas de todo el mundo, y al cabo de unos años me formo una imagen de quiénes las escriben. Y la imagen que tengo de ti, Simon, es la de un calculador imperturbable, honrado y nada excitante, que se siente a veces profundamente conmovido por los sucesos contemporáneos, pero de corazón seco. No desperdicies la vida contemplándola sólo a distancia.

La travesía hasta el Rappahannock fue una pacífica égloga universal: volaban en lo alto los patos en vastas congregaciones, y el cielo emanaba una luminosidad gris; ocasionalmente aparecía

como la neblina algún barco que navegaba rumbo a Baltimore, con sus nueve velas apenas hinchadas, y al cabo de un rato pasaba de largo. El tiempo era fresco, y todas las mañanas las mejillas de Jane Fithian presentaban un intenso color rojo y ella se excusaba:

–Estoy segura de que parezco una lechera.

Era una muchacha inteligente, perfectamente capaz de participar en las elevadas conversaciones que dirigía su hermano.

–Yo creo que el rey debería enviar a las colonias dos ejércitos, uno que marchase desde Nueva York hacia el Norte, y el otro desde Nueva York hacia el Sur. Entonces veríamos de lo que son capaces esos obstinados rebeldes.

Decía esas cosas para fastidiar a Simon, que era veintiún años mayor que ella, pero no lo conseguía.

–Sus ejércitos, mi querida Miss Fithian, nunca llegarían ni a Boston ni a Filadelfia. No somos niños, ¿sabe?

–Son bárbaros, eso es lo que son, y si nosotros detuviéramos nuestros barcos nada más que durante seis meses, ustedes perecerían… por falta de alimentos… y de ideas.

–Y si nosotros detuviéramos los nuestros durante seis meses, Fithian se derrumbaría… por falta de dinero.

–Sería una estupidez que actuáramos de esa forma -reconoció ella-, y estoy segura de que no lo haremos.

Pero cuando llegaron a la plantación de Janney y vio su lamentable estado, se sintió profundamente agitada.

–Parecen todos unos necios. ¡Oh, Guy, si pudiéramos quedarnos aquí uno o dos años para enderezar esto…!

Su hermano señaló que la culpa no la tenían sólo los infortunados Janney, sino también los políticos de Londres.

–Y yo también tengo culpa por concederles crédito.

Sólo Simon permaneció imperturbable ante el hundimiento de los Janney.

–Siempre han sido ineptos, y el destino les ha sorprendido ahora en forma de un interés al diez por ciento.

En su opinión, Fithian debía ejecutar sus créditos, asumir el control de las vastas tierras y venderlas a bajo precio a quienes supieran administrarlas mejor.

–No podemos hacer eso -protestó el inglés-. Porque, si forzamos a Janney a la quiebra, tendríamos que hacerlo también por lo menos con otros diecinueve. ¿Y cuál sería el resultado? Pánico en Virginia. Y Fithian con más plantaciones de las que podría supervisar.

–¿Qué vas a hacer? – preguntó Steed.

Guy Fithian, representante espiritual y legal de muchos hombres de negocios ingleses, bajó la cabeza, se frotó la barbilla y dijo:

–Rezar. Eso es lo que haremos, rezar.

–¿Para qué?

–Bueno, mi primera oración ha sido para pedir que lograse encontrar alguien como tú para dirigir la plantación de Janney. Y las otras diecinueve. Para ayudarnos a aguantar hasta que empiece la guerra.

Al oír mencionar la guerra, Simon parpadeó.

–Y después rezaría por que, al término de la guerra, las colonias libres hagan honor a sus deudas.

–Hablas como si la guerra fuese inevitable -dijo Steed.

–Lo es -repuso serenamente Fithian.

Y después de haber inspeccionado una serie de plantaciones que se bamboleaban al borde de abismos que los propietarios apenas comprendían, Jane preguntó a su hermano:

–¿No podemos hacer algo?

–Como he dicho antes, podemos rezar.

–De modo que la guerra de que yo hablaba en broma va a ser realidad, ¿no?

–Creo que sí -respondió su hermano.

Las visitas a las grandes plantaciones eran como un sueño; la balandra remontaba lentamente los ríos; en los muelles aguardaban esclavos para coger las amarras; al frente se extendía el impecable césped; se veían a un lado los alojamientos de los esclavos, y en medio de todo se alzaba la hipotecada mansión, a veces con columnas que relucían bajo el sol invernal. El recibimiento era invariablemente generoso, con selectas bebidas y una intrascendente conversación acerca de Londres, pero en los ojos de los propietarios había un silencioso terror ante la presencia de aquel comisionista que era el dueño ya de la plantación.

Guy Fithian no era un destructor; estaba allí para saber si podía instalarse todavía algún reinado de la razón para salvar tanto a los propietarios aparentes como a él mismo, pero nunca había un plan racional.

–Hay que dar de comer a los esclavos, Mr. Fithian. El tabaco se recuperará, sin duda. No sabemos cultivar trigo ni maíz. Se ha hablado de cultivar manzanas, pero sólo para sidra. Y cada mes nuestras deudas parecen hacerse mayores.

Sin embargo, eran aquellas buenas gentes, tan gravemente perjudicadas por Londres, quienes más entusiásticamente apoyaban a Inglaterra y al rey.

–Nunca habrá rebelión aquí. Algo se ha hablado en Richmond y Williamsburg. Jefferson no es de fiar, y Patrick Henry es un camorrista nato sin la menor importancia. No, señor, Virginia está firmemente con el rey.

–Eso es más de lo que yo haría -confesó Fithian a Steed mientras se disponían a regresar a Devon.

Steed no respondió, y Fithian, cambiando bruscamente de tema, preguntó:

–¿Y qué hay de Jane?

–En estos inseguros tiempos…

–Precisamente es cuando hay que poner en orden los asuntos personales propios. ¿Piensas casarte con ella?

–¡Santo cielo!

–Simon, durante las seis últimas semanas hemos estado visitando a personas incapaces de tomar decisiones. No te vuelvas como ellas a tu edad.

La mención de la edad fue algo desafortunado, pues le proporcionó a Simon una excusa.

–Después de todo, tengo ya cuarenta y tres años y ella sólo tiene veintidós. Soy lo bastante viejo…

–Una bonita excusa -saltó Guy-. Y se me ocurren una docena más de ellas. Y ninguna sirve.

–¿Por qué no? – preguntó Simon, casi petulantemente; no le gustaba ser puesto en ridículo.

–Porque vivimos en una época de tensión. Todo es inseguro, y en momentos así los hombres sensatos atienden a las cosas fundamentales…, como el matrimonio.

–Pensaré en ello durante el viaje de regreso -prometió Steed.

Y cuando la isla asomó a lo lejos, en el Este, semioculta entre la bruma del río, Guy le llamó a la popa de la balandra y preguntó:

–¿Cuál es tu decisión?

–Podría hacerlo -respondió Steed, con tono vacilante.

–¡Jane, ven aquí! – exclamó Guy.

Y cuando ella acudió, llena de vida y con las mejillas coloradas, su hermano dijo:

–Simon quiere casarse contigo.

Y ella besó a Steed, le dio unos cariñosos golpecitos en las costillas y dijo:

–No necesitabas proponérmelo. Lo iba a hacer yo cuando llegásemos a la isla.

Steed se sintió aliviado ante el hecho de haber llegado tan fácilmente a una decisión importante; cuanto más veía a Jane en las

mansiones de Virginia, más había llegado a amarla. Era una mujer vigorosa y seductora, de arraigadas creencias y vivo interés en las empresas Fithian. Él estaba seguro de que habría podido casarse con un hombre más joven -en Virginia, varios habían parecido deseosos de proponérselo-, y le halagaba que le hubiera elegido a él.

–Tú podrías haber puesto orden en cualquiera de esas plantaciones -le dijo, mientras subían por el sendero desde el muelle-. Quiero que administres ésta.

Pero, en obediencia a algún profundo sentido de propiedad, ella respondió:

–No he venido a administrar. He venido a amar.

Pero, más allá de estas consideraciones prácticas, inglesas por naturaleza, Steed se sentía también sexualmente atraído hacia Jane, y no experimentaba la menor turbación para expresar ese anhelo, hecho que él atribuía a su herencia francesa. Jane fue tornándose cada vez más deseable cuando se iban a la cama en la gran habitación cuadrada que antaño ocupara la amarga soledad de Rosalind Janney Steed, y una noche en que las llamas se retorcían en pequeñas espirales en la chimenea del dormitorio, ella dijo:

–Pensabas que tu vida había terminado, ¿verdad, Simon? Pero estaba sólo preparándose para comenzar.

Y se echó a reír.

Mientras Simon Steed se hallaba ausente en Virginia, viviendo su reticente noviazgo, Teach Turlock bufaba en la cárcel, y a todo preso que compartía su celda le dirigía palabras de velada traición:

–Quizá tengamos que echar de Maryland al rector gordo. Ese ladrón de tierras.

Sugería que los jueces eran ladrones también, y siempre que se mencionaba a algún inglés, incluso el rey, hablaba con aspereza de él.

Algunos de sus compañeros de celda, dándose cuenta de la finalidad a que tendían sus pensamientos, trataban de apaciguarle argumentando contra sus excesos, pero él rechazaba sus consejos.

–Está llegando el momento… -decía, y les confiaba que, cuando él saliese de la cárcel, ya podían andarse con cuidado los ingleses.

El carcelero tuvo un atisbo de su cada vez más dura actitud cuando le fueron entregados unos documentos para que los firmase Turlock; en ellos se transfería la propiedad de ochenta acres al rector de Wrentham, pero cuando Turlock lo supo, se negó a estampar su marca:

–Ningún rector me quita a mí mi tierra.

–Pero el tribunal dice que debes firmar -explicó pacientemente el carcelero, mientras el secretario asentía.

–¡Al diablo con el tribunal!

Los dos funcionarios contuvieron el aliento, pues en Patamoke no se empleaba ese lenguaje. La ley era terminante en tales casos: por hablar irrespetuosamente de cualquier tribunal, encarcelamiento; por una segunda transgresión, marcado de la lengua con un hierro candente; por una tercera, horca.

–No les cuentes su blasfemia a los jueces -suplicó el carcelero cuando él y el secretario estuvieron a solas-. Es un chiflado que ama su tierra.

Pero, naturalmente, los jueces tenían que saber que Turlock se había negado a firmar, y se enfurecieron. Dos de ellos se presentaron en la cárcel para advertirle del peligro en que se estaba poniendo, pero él permaneció sombrío y sucio, sentado sobre sus manos para no sentir la tentación de coger la pluma.

–Podemos prolongar tu condena. O quitarte tu falucho -le advirtieron.

Pero él era obstinado, y ni halagos ni amenazas le indujeron a tomar la pluma, por lo que los jueces se retiraron, y poco después

fue informado de que su condena había sido doblada; debía permanecer en la cárcel hasta abril.

Empezó a reírse de los jueces, del rector y de sí mismo. Se daba cuenta de que las cosas habían ido terriblemente mal y que no podía hacer gran cosa al respecto. En aquel momento podría haber sido salvado de la rebelión; un solo gesto conciliatorio le habría aplacado. En lugar de ello, su mujer le visitó en la cárcel con la noticia de que los agrimensores habían apeado los ochenta acres.

–No tierra pantanosa junto al estero. La mejor. Con los árboles grandes.

Sorprendentemente, no se enfureció ni prorrumpió en insultos. Cuando su mujer se hubo marchado, quedó inmóvil en su taburete, entumecido, ardiendo interiormente, de tal modo que uno de los presos dijo:

–Cuando le quitan un trozo de su tierra le quitan un trozo de intestino.

Cuando aparecieron dos jueces, acompañados del condestable y provistos de los documentos que debía firmar, les dejó que le esposaran y le cogieran el brazo derecho y obligaran a sus dedos a trazar las abiertas equis que enajenaban su tierra. Pero más tarde, cuando los jueces rememoraron todo lo que había sucedido, recordaron que durante el acto de la forzada firma Turlock había observado los dos documentos con una animal ferocidad: «No sabía leer, pero estaba reteniendo en su memoria el aspecto que presentaban los papeles.»

El 6 de abril de 1773 fue puesto en libertad, y el 7 de abril fue saqueada la rectoría de Wrentham. Al principio, el grueso clérigo no pudo descubrir qué le habían robado, pues sus candelabros y su plata parecían intactos, y pasaron varios días antes de que se diera cuenta de que había desaparecido su título de propiedad de los ochenta acres de la marisma; cuando tuvo la seguridad de que así era, llamó a sus esclavos y les ordenó que le llevasen a Patamoke lo

más rápidamente posible. Bufando y resoplando, informó a los jueces que había sido robado el documento firmado por Turlock, y cuando los jueces dijeron: «Haremos que el secretario le extienda una copia», descubrieron que también el suyo había desaparecido.

–¡Fue Turlock! – recordó el secretario-. Estuvo aquí la tarde siguiente a su salida de la cárcel. Pidió ver la escritura que había firmado.

–Pero si no sabe leer.

–Lo olvidé. Me llamaron afuera…

Se interrumpió, mientras trataba de recordar lo sucedido aquel día, y entonces comprendió la estratagema de que había sido objeto.

–¡Era Mrs. Turlock! Vino a la otra puerta. Preguntó si estaba aquí su marido.

–¿Y no se cercioró usted de que la escritura era devuelta a los archivos?

–¿Quién roba escrituras?

Evidentemente, Turlock lo hacía, así que los jueces ordenaron extender unos duplicados, pero cuando el condestable fue a la marisma para informar a Teach de que el tribunal le había multado con veinte acres más por robo y que esos veinte acres debían añadirse a la propiedad del rector, montó en una cólera tan violenta, que resultó vana toda esperanza de hacerle estampar su señal en el documento.

–He tenido suerte de escapar con vida -informó el condestable, por lo que que los jueces firmaron ellos mismos la escritura, y Turlock fue despojado de otra nueva porción de su tierra.

Furioso, se retiró a su falucho, ennegrecido y próximo ya al fin de sus días: tenía la popa arqueada, las velas rasgadas y el fondo agujereado por la carcoma, pero Turlock había aprendido a navegar en él con sorprendente destreza, e incluso lo había llevado a Barbados para transportar ron de contrabando y a Tortuga por sal.

El falucho estaba previsto para una tripulación de diez hombres, pero a menudo navegaba sólo con dos, pues Turlock podía permanecer varios días seguidos despierto, o casi despierto, manteniendo a flote su destartalada embarcación. En su actual viaje llevaba ahora una tripulación de dieciocho hombres, pues se proponía realizar algo más que una travesía a Barbados para practicar contrabando. Durante la noche, abandonó sigilosamente la marisma, pasó ante Devon y salió a la amplia extensión de la bahía de Chesapeake, donde se prometía permanecer por algún tiempo.

Un barco de carácter muy diferente estaba siguiendo el mismo plan. El teniente Copperdam, de la Armada Real de Su Majestad, llevaba varios meses dominando la costa de Massachusetts y había capturado varios navíos americanos que intentaban evadir las aduanas. Tenía por costumbre abordar el buque, confiscar su contrabando y enviar a los marineros a Londres, cargados de cadenas. Este despótico comportamiento había enfurecido tanto a los ciudadanos de Massachusetts, que Copperdam había decidido probar fortuna en Chesapeake.

El primer barco colonial que avistó fue un viejo y destartalado falucho que renqueaba con todos los indicios de transportar contrabando. Al principio, Copperdam pensó en dejarle pasar de largo, pues, dado su estado, no podía llevar gran cosa, pero como no se veía nada más en el horizonte, avanzó, dispuesto a una fácil captura.

Sin embargo, al aproximarse al maltrecho barco, sus costados se abrieron súbitamente y tronó el fuego de seis cañones. Los disparos fueron contenidos, y Copperdam vio con estupefacción que el enemigo se proponía el abordaje y la lucha cuerpo a cuerpo. Demasiado tarde, trató de separarse, pero, al hacerlo, embarrancó, y a continuación el falucho, mejor acondicionado para navegar por aguas poco profundas, se acercó y sus hombres saltaron a bordo.

¡Y entonces ocurrió un milagro! En vez de capturar el barco inglés y arrestar a su tripulación, los invasores se limitaron a saquear cuanto había en él de valor y continuaron bulliciosamente su travesía hacia el Atlántico. El teniente Copperdam, al informar de su humillante experiencia a las autoridades inglesas de Nueva York, dijo:

–Era como luchar con las manos desnudas contra un puerco espín. Ellos dijeron que llevaban una tripulación de dieciocho hombres solamente. Mas parecía como si fuesen ochocientos.

Cuando le preguntaron acerca de su capitán, dijo:

–Barbudo, descalzo, sucio y no pronunció una sola palabra.

Y, mientras estaba informando de lo sucedido, llegó a Nueva York otro buque inglés con una historia similar.

–Un falucho negro que parecía a punto de hundirse nos llamó, vació nuestra bodega y se alejó.

–¿Era su capitán un hombre descalzo y de espesa barba?

–El mismo.

Cuando circuló por Chesapeake esta descripción, los marineros comprendieron que Teach Turlock había declarado su guerra privada a los ingleses, y lucubraron acerca de cuánto tardaría en generalizarse la guerra. Los propietarios de plantaciones, consternados ante la posibilidad de una ruptura abierta con Inglaterra, gruñeron:

–¿Qué ha hecho ese maldito imbécil? ¿Expedir su propia patente de corso y represalia? Deberían colgarlo.

Pero, una oscura noche, el falucho entró sigilosamente por el Choptank, y, antes del amanecer, los habitantes del lugar habían tomado su botín, desmontado sus mástiles y ocultado la embarcación en el interior de la marisma. Turlock era su adalid.

Hacia finales de 1773, Levin Paxmore trabajaba catorce y quince horas diarias. El yugo del barco en construcción había sido ya tallado y pintado *(Whisper)*, y la sobrequilla había quedado

sujeta a la quilla. Se había dado forma a los dos enormes mástiles -cuadrado a octógono a círculo- y estaban hechos los resaltes en que finalmente encajarían. Pero la tablazón estaba muy retrasada. La razón era vieja: cortar tableros de pino, arquearlas de conformidad con la silueta de la goleta y ajustar una plancha de babor con otra ya cortada para estribor eran tareas difíciles y que requerían largo tiempo. Había un límite a lo que dos serradores podían hacer en un día, y un barco de aquel tamaño consumía madera a un ritmo de unas seis veces más que las embarcaciones más pequeñas que Paxmore se había acostumbrado a construir.

Y, sin embargo, cada nueva información que llegaba a Patamoke confirmaba a Steed en su primitiva convicción de que el trabajo debía ser terminado rápidamente. Como Paxmore explicó a su mujer:

–Los augurios son aterradores. Ayer vino hasta Patamoke un barco de guerra inglés. ¡Acosándome para saber si era uno de los nuestros el que había atacado al teniente Copperdam! Queriendo saber por qué estaba construyendo yo el *Whisper.* Tomando nota de todo.

–¿Qué crees que ocurrirá? – preguntó Ellen.

–Tengo la mente en blanco. No hago más que trabajar día tras día.

Hizo una pausa y, luego, añadió:

–De lo único que estoy seguro es de que cuando acabe éste será necesario otro.

Vaciló de nuevo.

–Lo que he hecho es enviar mis hombres al bosque. Han cortado tres quillas más y otros seis mástiles, y ahora estoy mirando hacia los que seguirán a éstos.

–¿Ves guerra?

Paxmore paseó la vista por la cocina para asegurarse de que no estaba escuchando ninguno de los niños y dijo:

–Veo confusión.

–Entonces, ¿por qué hacen falta tantos barcos?

–No lo sé. Pero en tiempos de confusión…

–Levin, con frecuencia es en esas ocasiones cuando se realiza la obra buena del Señor.

–¡No! – exclamó él, levantándose de la silla y empezando a pasear por la estancia, agitando las manos como si quisiera impedirle que dijera lo que sabía que estaba resuelta a decir-. No puedo tratar de tus preocupaciones esta noche.

–Ha llegado el momento, Levin. Dios nos proyecta a tiempos difíciles para que podamos dar testimonio de Él.

Hablaba con tan dulce insistencia, y con tanta lógica, que Paxmore se rindió. Dejándose caer junto a ella en una silla, dijo:

–Adelante.

–El año pasado, en Reunión de Patamoke, la moción fue derrotada por sólo trece votos. En la Reunión Anual de Baltimore, por menos de cien. Dios nos impone la obligación de lograr que esto termine.

–Yo no lo propondré.

–Levin, yo lo he propuesto tres veces. La gente lo espera de mí. Pero si tú lo planteas esta vez, será una voz nueva…, tu apoyo bastará para convencer a la mitad de los que se oponen.

–Estoy demasiado cansado, Ellen. He trabajado todo el día en el astillero y toda la noche en mis planos. Discutir contigo me pone un nudo en el estómago.

–Pero ha llegado el momento, Levin. Redobla ya un gran tambor, y debemos avanzar…

–Estás muy militarista.

Ella hizo caso omiso de su observación y dijo:

–Cuando Ruth Brinton pidió que Edward Paxmore manumitiese a sus esclavos, él protestó diciendo que arruinaría su negocio si lo hiciese. Y el efecto producido fue exactamente el contrario.

Cuando Thomas Steed dio la libertad a los suyos, sus vecinos predijeron su quiebra. Ahora posee el doble de tierra.

–Yo no puedo dictar normas a los demás.

–En eso es en lo que consiste el testimonio -dijo Ellen, con profunda convicción-. Yo no doy testimonio para avergonzar a mis vecinos. Lo hago porque Dios no me permitirá hacer otra cosa. Es injusto que los cuáqueros posean esclavos. Es injusto mantener a los negros en la ignorancia. Es injusto separar familias. Es injusto comprar y vender seres humanos. Y, si te niegas a encabezar este movimiento, no estás condenando lo injusto.

–No haré tu trabajo en la reunión -dijo él.

Y, como Ellen continuara insistiéndole, salió de la casa dando un portazo y se refugió en el astillero, donde podía enfrentarse a problemas que tenían una solución concreta. Permaneció allí varias horas, inspeccionando con aprobación la sólida goleta que ya iba tomando forma definitiva, y, mientras la veía, emergiendo su mole entre las sombras, la imaginó en el agua, con sus dos mástiles erectos, y se le ocurrió que, si la rapidez era el requisito esencial, podría lograrse abandonando la rigurosa costumbre de aparejar toda goleta con grandes velas triangulares dispuestas en sentido longitudinal y sustituirla por un diseño mucho más ingenioso: Envergar esas velas de tal modo que el calcés de cada palo fuera susceptible de acoger un par de velas de cruzamen, y añadir otro foque a proa. Con esa mezcla… Con un trozo de madera esbozó en el suelo el aparejo en que estaba pensando, y le pareció bien, pero cuando se imaginó a sí mismo en el interior de una goleta así aparejada, empezó a percibir limitaciones.

Así, pues, acomodó sus imaginarias velas, desplazándolas a vergas invisibles: «Quiero que esta goleta sea capaz de maniobrar con cualquier viento, y nada mejor para eso que la vela redonda. Pueden detener un barco en plena travesía. O incluso hacerlo retroceder. Pero también quiero ceñir el viento y para eso

necesitamos velas longitudinales mayores.» Continuó investigando en abstracto las propiedades de la vela, pero cuanto más racionalmente pensaba, más opresivo se tornaba el nudo en su estómago, hasta que, al fin, se estremeció en la noche, tan abrumadores eran los problemas que le acosaban.

De pronto, exclamó en voz alta:

–¡No daré testimonio en la reunión!

Pero, aun mientras pronunciaba estas evasivas palabras, debía reconocer que el hostigamiento moral de Ellen acerca de la esclavitud no era la causa de su confusión moral. Ésta surgía, curiosamente, de sus especulaciones sobre el aparejo, y era una perplejidad que sólo podía atormentar a un cuáquero: ¡Rapidez y maniobrabilidad! Ningún hombre necesitaría las dos cosas si estuviese, simplemente, importando mercancías de Londres. Pero tendría esa doble necesidad si se propusiera utilizar su barco para la guerra. Lo que estoy construyendo es un barco de guerra.

Al comprenderlo así, cayó de rodillas, entrelazó las manos y empezó a rezar: No estoy construyendo barcos de guerra. No estoy construyendo plataformas para cañones. Dios Todopoderoso, soy un pobre hombre que trata de vivir con sus vecinos de acuerdo con Tu ley. Ejerce todo Tu poder para mantenernos en paz. Rezó durante largo tiempo, pidiendo orientación respecto a lo que debía hacer con aquella goleta y con las otras tres que la seguirían. No quería construir para la guerra, y, sin embargo, cada mejora que había introducido en la *Whisper* la hacían más apta para aquélla.

Estaba de rodillas cuando se abrió la puerta del gran cobertizo y entró por ella un hombre que parecía llevar una brazada de herramientas. Si su dirección hubiera sido la contraria, Paxmore habría sospechado que se la robaba, pero, evidentemente, se las estaba devolviendo…, y eso resultaba desconcertante. Guardando silencio, Paxmore observó al hombre mientras se acercaba y, para su sorpresa, vio que se trataba de Gideon Hull, uno de sus mejores

trabajadores y cuáquero de toda confianza; efectivamente, llevaba toda una brazada de herramientas utilizadas en la construcción de barcos.

–¿Qué estás haciendo, Gideon? – preguntó, con voz serena.

El trabajador soltó las herramientas, miró con desaliento a su alrededor y vio a Paxmore, arrodillado entre las sombras. Ninguno de los dos dijo nada, así que Paxmore empezó a recoger las herramientas.

–¿Para qué eran, Gideon?

–Las estaba devolviendo.

–Si me las hubieras pedido, te las habría prestado.

–No eran para mí, Levin.

–¿Para quién entonces?

Hull permaneció mudo. Sabía que, si pronunciaba una sola palabra, se descubriría toda la historia, y no quería que ocurriese tal cosa, pues había otros que resultarían afectados. Pero Levin Paxmore, como su mujer, era persistente, y, después de muchas preguntas, Hull cedió.

–Es Teach Turlock. Ha vuelto a la marisma con el costado de su barco agujereado de un cañonazo. Hemos ido hasta allí para ayudarle a arreglarlo.

–¿Hemos?

–Leeds y Mott.

Paxmore estaba sorprendido. ¡Tres de sus mejores hombres implicados en la ayuda a un forajido! Comprendiendo los peligros legales que esa delictiva conducta entrañaba, se disponía a reprender a Hull, cuando se le ocurrió que él era tan culpable como Hull, y quizá más: En este astillero estamos construyendo barcos para la guerra. Nuestros actos constituyen traición, y ayudar a un pirata a reparar su falucho es la menor de nuestras fechorías.

Hull estaba ahora alardeando:

–Todo el mundo sabe que fue Turlock quien atacó a Copperdam. Ya ha vendido en Baltimore dos cargamentos de mercancías capturadas.

–¿Cómo recibió un cañonazo a través de las hiladas?

Hull rehusó dar más detalles, y Paxmore consideró preferible no insistir.

–¿Le hiciste la reparación?

–En estos momentos navega hacia Chesapeake -respondió Hull, con sombría satisfacción-. Voy a guardar esto.

Y, sin decir nada más, volvió a colocar en su sitio las valiosas herramientas, le hizo una inclinación a Paxmore y salió.

Paxmore permaneció allí hasta el amanecer, profundamente agitado por la acción de Hull, y vio entonces los tres grandes robles que esperaban ser convertidos en quillas, y recordó el aforismo de sus antepasados: Un barco Paxmore conserva la quilla intacta. Los barcos que él había construido tenían quillas de ésas, y ello explicaba el hecho de que no se hubiesen arqueado ni hubieran envejecido antes de lo debido.

Pero la quilla de su vida personal distaba mucho de mantenerse firme; su barco estaba generando un alto grado de oscilación. Sabía que su mujer tenía razón en lo que se refería a la esclavitud y que había llegado el momento de que los cuáqueros anunciaran inmediatamente que la posesión de esclavos descalificaba a un hombre o a una mujer para pertenecer a la sociedad, pero también sabía que un solo hombre no podía hacer gran cosa, y su trabajo era construir goletas para hacer frente a la inminente crisis. Pero al hacer esto aprobaba tácitamente la guerra, que veía a la vez como deplorable e ineludible. Los patriotas tendían a ser gentes irresponsables como Teach Turlock; procuraban inflamar al populacho con actos que serían lamentados. Los hombres honrados como Levin Paxmore y Steed evitaban tales excesos, y él rogaba por que lo siguiesen haciendo siempre.

Pero aquella noche había descubierto lo fácilmente que podía uno ser inducido a ayudar a la rebelión, y estaba confuso. Terminó su larga vigilia con una oración más: «Dios Todopoderoso, mantén a estas colonias en una quilla lisa.»

El precario equilibrio saltó hecho pedazos durante la fragante primavera de 1774. Guy Fithian, con las mejores intenciones y el deseo de obtener una ganancia comercial, envió a su cuñado Simon esta entusiástica carta:

¡Por fin una luz en las tinieblas! Como te dije cuando visitamos Virginia, me preocupaba la acción del Parlamento al conceder el monopolio del té a la «East India Company». La Compañía manejaba mezquinamente las cosas, y en perjuicio de los comerciantes honrados como nosotros. Me alegra comunicarte que he encontrado una forma de soslayar el monopolio de la Compañía, de tal modo que ahora podrás vender té en tu parte de Maryland con un impuesto mucho menor que antes y con beneficio considerable, tanto para ti como para mí. Por tanto, me he tomado la libertad de cargar en tu viejo bergantín *Bella Rosalind* 3.200 libras de la hoja más selecta. Como tu bergantín no es un buque rápido, sin duda llegará después que esta carta, pero estoy seguro de que no tendrás dificultades en vender su cargamento a estos precios tan atractivos.

Steed no preveía ninguna dificultad para la venta de aquel cargamento que no había pedido; Fithian enviaba hojas de primera calidad muy apreciadas por los clientes; y, como indicaba Londres, con el nuevo sistema costaba menos que el té importado de Holanda o Francia. Pero antes de que llegara, empezó a tropezar con dificultades en su casa.

Jane Steed estaba demostrando ser una esposa más deliciosa aún de lo que él había esperado; era una compañera fascinante, una anfitriona encantadora. Mejoraba cualquier vestido que caía en sus manos, y sus tres esclavas parecían disfrutar dando nuevas formas a

sus vestidos viejos, o adornándolos con trozos de encaje o de raso. Se mostraba también innovadora en la cocina, aderezando el pato y el venado de nuevas formas y encontrando deliciosas aplicaciones para el maíz molido. Preparaba salsas excelentes y empleaba sabiamente nueces y frutas. Devon nunca había conocido comidas mejores que las que ella supervisaba, y cuando visitantes llegados de Europa pasaban una temporada en *Venganza de Rosalind*, siempre felicitaban a los Steed por la excelencia de su mesa. «Hay que agradecérselo a Simon -decía modestamente Jane-. Ha vivido en Francia, ya sabes, y allí aprendió los secretos de la buena cocina.» Era una divertida mentira; Simon compartía la honesta actitud americana hacia los alimentos: «Pon mucho y guísalo hasta que quede negro.» En los primeros tiempos de sus relaciones, Jane había ridiculizado a veces las pretensiones coloniales de ilustración de su futuro marido; después de vivir algún tiempo con él, descubrió que leía realmente en cinco idiomas: inglés, francés, alemán, latín y griego. Su biblioteca incluía los mejores libros disponibles en cada uno de esos idiomas, y los había estudiado todos. Sus conocimientos eran extraordinarios, y le complacía ver que eso no le había convertido en un radical; se mostraba conservador en todos sus juicios, y cuando hablaba vehementemente en defensa de Inglaterra, él la apoyaba.

Pero Jane se había ido sintiendo crecientemente preocupada por un hecho al que no había dado importancia durante los breves días de su noviazgo: Simon se dedicaba al comercio. Poseía tiendas en Patamoke, Edentown, Oxford y St. Michaels. Él y sus hermanos habían trabajado realmente en esas tiendas, sirviendo al público en general, y los sobrinos de la familia trabajaban ahora en ellas, adquiriendo los conocimientos prácticos que habían mantenido en prosperidad a la familia durante más de siglo y medio.

Los Steed no sólo tenían tiendas, sino que también ofrecían en venta los trabajos manuales de sus esclavos. Los negros de los

Steed hacían barriles, como los negros de todas las plantaciones, pero cuando habían hecho los suficientes para uso de la familia, continuaban haciéndolos, y los jóvenes comerciantes Steed iban vendiéndolos por Chesapeake. Vendían también madera, y telas tejidas por las esclavas de Devon. Lo que era más degradante aún, en dos ocasiones diferentes Simon había cargado hasta la borda uno de sus barcos, navegado con él hasta Martinica y vendido «carga y casco» a un emprendedor francés que, de una sola vez, adquiría varios barriles de tabaco, efectos navales diversos que eran de gran necesidad en las islas y un sólido barco construido por Paxmore. En el primero de estos insólitos tratos, Steed había ganado mil libras, pagadas en monedas españolas, y en el segundo, cinco mil.

Jane encontraba desagradables esos negocios. Los caballeros no se dedicaban al comercio; dejaban la dirección de tiendas y el regateo de precios de artículos concretos a individuos de menor categoría. De hecho, un verdadero caballero rara vez llevaba dinero encima, y nunca hablaba de él con otros. El manejo del dinero -la transmisión de monedas de una persona a otra- era contaminante, y ella detestaba que su marido se mezclara en aquellos sucios asuntos.

–Fithian no hace otra cosa -protestó Simon un día.

–¡Ah, pero nosotros lo hacemos en general, nunca en detalle!

–No veo la diferencia -repuso Steed.

–La verías si te hubieses educado en Inglaterra. El comercio es repulsivo. Los caballeros se limitan a la dirección de grandes negocios.

Ella se mantenía inflexible en este punto, y Steed descubrió que para la clase acomodada inglesa era poco elegante la venta al por menor de un solo objeto, mientras que el movimiento al por mayor de mil de esos objetos era aceptable.

–Todo se reduce a una simple pregunta -dijo su mujer-. ¿Te inclinas servilmente ante cualquiera que tenga un chelín, o manejas

tus negocios como un caballero… con una contabilidad anual y de manera digna?

–¿Es eso lo que hace tu hermano? – preguntó Simon.

–Naturalmente. Dudo que haya manejado dinero en toda su vida. Hay libros y liquidaciones anuales de cuentas, y todo lo arreglan los empleados que escriben cartas.

Steed se echó a reír.

–¿No viste cuando estuvimos en Virginia que aquellas refinadas personas corrían peligro de perder sus plantaciones porque no sabían nada de negocios? ¿Y que los Steed hemos salvado los nuestros porque sí sabíamos? Nosotros sabemos administrar establecimientos comerciales y hacer trabajar a los esclavos para obtener un beneficio. Todos y cada uno de mis sobrinos saben fabricar un barril, como yo a su edad.

–¿No te parece… -trató de encontrar la palabra-, sucio? ¿No te hace sentirte degradado esa actividad de tendero?

–No, cuando nos proporciona solvencia económica. Y nos permite comprar los libros que queremos.

Si, como aseguraba, Jane se sentía «mancillada por los sucios dedos del comercio», debía reconocer que éste no se limitaba a una extensión superficial reducida. Desde luego, la fortuna de la familia descansaba en los mercados de la Orilla Oriental y operaciones colaterales de manufacturado de tabaco, pero los niveles de beneficios venían determinados por las exportaciones a Europa: tabaco, efectos navales y madera a Inglaterra; pescado, trigo y carne a otros países. No era raro que un barco mercante llegara a la bahía de Chesapeake con documentos comerciales de hasta cincuenta ciudades europeas distintas interesándose por cargamentos de géneros de los Steed. En Gran Bretaña, las cartas podían proceder de ciudades como Oxford, Cambridge, Edimburgo; en España, de ciudades como Barcelona, Cádiz, Sevilla; en Portugal, de Lisboa o de la ciudad de sal de Setúbal; en

Bélgica, de Gante, Ostende, Yprés; en Holanda, de Amsterdam, Utrecht, Haarlem; y en Francia, por haber estudiado allí Simon, de cualquiera de treinta y cuatro ciudades como Bergerac, Dunkerque, Metz, Besancon y, especialmente, Nantes. Trabajar en 1774 en la isla Devon era estar en contacto con los centros más refinados de Europa.

Pero en la primavera de aquel año, un acontecimiento comercial arrinconó a todos los demás; la llegada a la boca de Chesapeake del crujiente, casi anegado y viejo bergantín *Bella Rosalind,* cargado de paquetes de té que habían evadido el impuesto normal de Londres. Todo lo que se necesitaba para hacer legal aquella transacción era el pago de un pequeño impuesto simbólico, destinado por el Parlamento a constituir la prueba de que las colonias continuaban prestándole acatamiento. El otoño anterior se habían producido en Boston ciertos disturbios a causa de ese pequeño impuesto, y una partida de té había sido arrojada al agua, pero los ánimos se habían calmado, y los habitantes de Maryland leales al rey confiaban en que no ocurriría nada semejante en su colonia.

De hecho, los plantadores responsables con los que habló Steed manifestaron su favorable acogida a aquel té barato. Los jueces expresaron firmes sentimientos probritánicos y le dijeron:

–Ya era hora de que la madre patria ejerciese su autoridad. Ha hecho un buen trabajo, Steed, trayendo ese té.

Los Paxmore estaban desasosegados. Amaban su té, y, como no bebían nada más fuerte, se habían sentido privados al quedarse sin él. Pero, como los cuáqueros en general, reflexionaban sobre las consecuencias aun de la ley más transparente, y aquel impuesto sobre el té era mucho más complicado que eso.

–Yo quiero el té -dijo Levin Paxmore-, pero verme obligado a pagar un impuesto sobre el que no he sido consultado es algo que va contra la esencia de mis principios republicanos.

Concluyó que debía pagar el impuesto, tomar el té y temblar por lo que podría ocurrir después.

–Sé lo que hará Steed. Sé lo que haremos nosotros. Pero ¿quién puede predecir lo que vayan a hacer los Turlock?

¿Quién, realmente? Desde aquel día fatal de 1765 en que el Parlamento impuso arbitrariamente una Ley del Timbre que exigía una pequeña tasa sobre los documentos legales y comerciales, periódicos y almanaques, Teach Turlock y los habitantes de Maryland como él habían percibido intuitivamente que Bretaña trataba de poner su dogal a los colonos, y él se resistía como un perro salvaje. Jamás había utilizado uno solo de los objetos sujetos a impuesto -¿cómo podía hacerlo si era analfabeto?-, pero había percibido el peligro. «No es justo.» Había continuado resistiéndose a cada nueva ley del Parlamento que violaba su libertad, pues comprendía con primitiva lógica que, si Londres triunfaba en la cuestión del té, la estrategia se iría aplicando a nuevos campos hasta que quedaran estrangulados todos los derechos.

Teach no habría podido expresar en un frase razonada ni una sola de sus conclusiones, pero su astuta y analítica mente reconocía la tiranía en cualquier forma sutil que adoptase.

–El rector y el rey, igual. Él roba mi tierra. Él roba mis impuestos. Juntos, roban mi libertad.

Representaba la forma de pensar de muchos colonos, y ahora, al introducirse audazmente en su negro falucho por el Choptank, aplaudieron, pues era su adalid espiritual, aunque su carencia de instrucción le impedía ser su portavoz. Siguió al *Bella Rosalind* hasta su fondeadero de Patamoke; no penetró en el puerto, sino que ancló en el Choptank, desde donde pudo observar las celebraciones que tenían lugar en tierra al efectuar su atraque el barco que transportaba el té, cómo eran entregados sus papeles a las autoridades y la bienvenida a bordo dispensada al recaudador de impuestos inglés, que inspeccionó el té, calculó su valor y presentó

una factura a Simon Steed en su calidad de consignatario. Sólo cuando el impuesto hubo sido pagado, y la sumisión a Inglaterra legalizada, se dirigió Turlock a tierra a fuerza de remos.

Su llegada causó conmoción, pues su audaz comportamiento en el mar le había elevado a la categoría de héroe, pero su figura no daba el papel. Tenía cuarenta y dos años, sumamente delgado, barbudo, descalzo, vestido con dos toscas prendas que le caían mal y completamente sucio, a consecuencia de los meses pasados en el mar. No llevaba cinturón, pero la cuerda que sujetaba sus pantalones, sostenía también dos pistolas, y al andar le golpeaban las caderas, iba sin sombrero, pero como era más alto que la mayoría de los hombres, su peluda cabeza destacada sobre las demás, delatando una tosca especie de jefatura.

–¿Dónde está Steed? – preguntó al llegar a la oficina de la aduana.

–He ido a su tienda.

Moviéndose con la flexible desenvoltura de quien se ha deslizado por las marismas y los caminos del bosque, echó a andar en dirección al establecimiento de Steed, seguido por tres de sus marineros, pero al llegar a la tienda dijo a sus hombres que le esperasen fuera mientras él entraba. No se veía allí a Steed.

–¿Dónde está? – preguntó.

Y el joven sobrino Steed que regentaba el establecimiento indicó una habitación situada en la trasera.

–Hola, Simon.

–¡Turlock! ¿No es una temeridad que vengas **a puerto?**

–El té.

–¿Qué hay de él?

–¿Has pagado el impuesto?

–Sí.

–No lo vendas.

–Pero está pagado. La gente lo quiere.

–No lo vendas, Simon.

Continuaron hablando así durante algún tiempo: usa súplica de Turlock de que no vendiese, una respuesta de Steed de que se trataba de una transacción comercial normal. No llegaron a ningún acuerdo así que Turlock se encogió de hombros y se marchó, pero cuando los empleados de Steed intentaron descargar el té para llevarlo al almacén de la familia, los marineros de Turlock se lo impidieron. Se produjo una pequeña refriega, y el joven Steed que dirigía la tienda corrió al muelle y llamó a los tripulantes del *Bella Rosalind* para que echasen a los alborotadores, pero cuando esos tripulantes se acercaron con el propósito de ayudar a descargar el té, se interpuso la delgada figura de Teach Turlock.

–No toquéis -dijo, con voz reposada.

No hizo ningún ademán de empuñar sus pistolas, Simplemente permaneció, erguido y descalzo, ante el extremo de la pasarela que se apoyaba en el muelle, y aconsejó a los marineros de Steed que soltaran sus bultos de té y se retirasen. Así lo hicieron.

Turlock permaneció de guardia durante todo aquel día, y al anochecer llegó a tierra un bote de remos del falucho llevando a nueve marineros más, que se situaron alrededor de la pasarela.

La tensión creció durante los dos días siguientes. Llegaron al muelle los jueces y advirtieron a Turlock que no debía obstaculizar la descarga de una mercancía debidamente pagada y por la que se había satisfecho el tributo correspondiente, pero el resuelto capitán se limitó a decir:

–No té.

No había unidades militares destacadas en Patamoke, y el único ayudante del condestable no podía oponerse a la voluntad de aquellos bandidos, pero si se lograba movilizar al público en general, los filibusteros podrían ser castigados, y desembarcado el té.

Así, pues, los jueces apelaron al pueblo de Patamoke…, y ocurrió algo extraño. La gente escuchó respetuosamente, consideró lo que los jueces tenían que decir…, y concluyó que ellos estaban equivocados y que Turlock tenía razón. Un hombre recordó a la multitud:

–Ellos cogieron su tierra, y él coge su té.

–No estamos hablando de tierra -protestaron los jueces-. Estamos hablando de té.

Entonces habló Turlock:

–No té. No impuesto. Pronto perdemos todo.

Las complejidades parlamentarias rebasaban la comprensión de la gente corriente, pero todos comprendían el peligro que acechaba en aquel insidioso tributo, y los intentos de los jueces por alistarles en la oposición a Turlock fracasaron.

Éste no se recreó en su derrota. En lugar de ello, se dirigió a la tienda de Steed e inició allí una conversación que decidiría el posterior comportamiento de todos los que vivían a orillas del Choptank. Ni Steed ni Turlock permitieron que la discusión se tornase acalorada, y las amenazas que llegaron a formularse lo fueron en los suaves tonos utilizados por dos viejos adversarios que se esforzaban en alcanzar una solución sensata a su situación.

–El té será desembarcado -advirtió Steed-. Enviarán soldados desde Annapolis.

–No encontrarán té.

–¿Por qué?

–Hablamos hoy. Hablamos mañana. Mañana por la noche quemamos tu bergantín.

–¡Eso es destrucción!

–Es viejo. Setenta años. Todo remiendos.

–¿Quemarías el *Rosalinda*

–Es la guerra, Simon. Hombres de Massachusetts me lo dijeron en Barbados.

–Inglaterra nos aplastará. Teach, si quemas mi bergantín. Inglaterra te echará de los mares.

Por primera vez en sus discusiones, Turlock sonrió, y era una sonrisa llena de seguridad en sí mismo. Cuatro veces se había enzarzado con los ingleses en acciones navales, y, si bien era cierto que en tres de ellas le habían obligado a huir, tenía la seguridad de que cuando hubiera en el mar cien corsarios como él, sería imposible eliminarlos a todos. No intentó refutar los argumentos de Steed; sonrió.

Y con esa silenciosa arrogancia transmitió al comerciante un mensaje que ningún conjunto de palabras hubiera podido transmitir. Steed dijo:

–¿Crees que es inevitable la guerra?

–¡Mmmm!

–Crees que podemos ganar?

–¡Mmmm!

–¿Crees que deben mantenerse libres los mares?

–¡Mmmm!

–¿Crees que Boston se mantendrá firme?

–¡Mmmm!

Una y otra vez, estos dos hombres, que solamente habían actuado juntos con ocasión de su comparecencia en juicio en el caso de los diezmos, pasaron revista a la situación, y, al cabo de dos horas, Steed dijo:

–Me gustaría que estuviese aquí Paxmore.

Turlock asintió, así que mandaron llamar al cuáquero, y éste apareció, gris y cauteloso.

–Turlock piensa que va haber guerra -dijo Steed.

Se dibujó una expresión de inquietud en el rostro de Paxmore, que dijo:

–Espero que no.

–¿Tienes miedo? – gruñó Turlock.

–Sí, porque Inglaterra nos destruirá.

–Pero, ¿y si no llegamos a tener una verdadera guerra? –preguntó Steed-. Sólo escaramuzas. ¿Podemos mantener abiertas las vías marítimas?

Paxmore se vio precisado a hablar como un orgulloso constructor de barcos,

–La *Whisper* no será capturada. Su velocidad asombrará a todos.

–¿Cuándo estará lista?

–Tres semanas.

–¿Y empezarás con las otras?

–Ya he empezado.

Y Paxmore comprendió que al decir aquello se había comprometido a la guerra. Se enjugó la frente.

Los tres hombres permanecieron sentados en silencio en el pequeño despacho. Zumbaban las moscas, y Turlock seguía su vuelo con los ojos, desde la ventana a la puerta y al techo, esperando que los otros dijeran algo sensato. Finalmente, Steed preguntó:

–Paxmore, si la guerra llega, ¿podemos ganar?

–No.

–Pero pareces resignado a que estalle.

–Inglaterra vencerá, pero aprenderá que debe tratarnos mejor.

–Eso es exactamente lo que creo -exclamó Steed-. Tendremos guerra. Turlock se encargará de eso. Pero no tenemos ninguna probabilidad de vencer. Podríamos obtener algunas pequeñas concesiones.

–Ganaremos -dijo Turlock con energía.

–¿Cómo? – preguntaron los otros dos.

–Resistiendo. Mañana noche empezamos. Quemamos el *Rosalind.*

–¿Qué? – exclamó Paxmore.

Turlock se puso en pie y, desde lo alto de su estatura, miró serenamente a sus dos asustados compañeros.

–Cuando estuvimos en el tribunal sabíamos que ocurriría esto. Tú construyes goletas, Levin. Tú, Simon, las armas. Eso es guerra. Mañana noche llega a Patamoke.

Se volvió y se marchó.

Paxmore, estremecido ante la posibilidad de que el bergantín pudiera ser incendiado intencionadamente, preguntó:

–¿Lo ha dicho en serio?

–Sí. Es un acto simbólico, y yo no haré nada por impedirlo.

Hizo una pausa para dejar que sus palabras quedaran bien claras y añadió:

–Y tú tampoco, Levin. Nos iremos a Acantilado de la Paz… ahora… para buscar mástiles.

Y, para protegerse, anunció a varias personas que se encontraban en la tienda que él y Paxmore se dirigían a los bosques situados tras Acantilado de la Paz en busca de árboles altos. Se hallaban en el porche de la casa telescópica, contemplando cómo iban cayendo sobre el río las sombras de la noche, cuando el cielo resplandeció a sus espaldas y brotaron destellos de luz rojiza por el Este. Paxmore inclinó la cabeza en silenciosa oración, pero Steed observó los parpadeantes fogonazos hasta que se extinguieron.

–Hemos iniciado algo grande -dijo, pero Paxmore, aterrado ante las consecuencias, guardó silencio.

Era característico de los Steed de Devon que una vez resueltos a seguir una dirección determinada, la siguieran hasta llegar al algún desenlace, y en las agitadas semanas que sucedieron al incendio del té, Simon robusteció sus ideas sobre la amenaza de guerra.

–Siempre permaneceré leal al rey -confesó a su mujer.

–No esperaría otra cosa -dijo ella, como si no hubiese alternativa.

–Pero si el Parlamento persiste en violar nuestros derechos naturales…

–¿Qué derechos naturales tienen los colonos?

–Hablas como aquel miembro del Parlamento que dijo: «En Londres, la cabeza que piensa; en América, las manos y los pies que trabajan.»

–¡Naturalmente! La finalidad de una colonia es proporcionar riqueza a la madre patria, y me parece vergonzosa la forma en que has permitido a un sucio pirata quemar tu té.

Ella no tenía palabras lo bastante duras para condenar su estúpida rendición.

–La gente rechazaba el té.

–Lo habría cogido si tú hubieses luchado.

Despotricó contra la pusilanimidad de las autoridades y dijo que tres soldados ingleses de uniforme habrían sido suficientes para poner fin a todo aquel asunto. – Es más -añadió-. Creo que Turlock te comunicó previamente su intención de incendiarlo. Para que tú y ese morboso Paxmore pudieseis escabulliros. Haciendo caso omiso de esta inteligente deducción, él dijo: -Mi verdadera irritación proviene del hecho de que las colonias no están siendo utilizadas adecuadamente. La única justificación posible para la posesión por parte de Inglaterra de una colonia es experimentar aquí métodos que no pueden ser introducidos en la madre patria. – Estás diciendo tonterías, Simon.

–Yo quiero que Maryland continúe formando parte de Inglaterra, pero sólo si conservamos el derecho a nuestro peculiar desarrollo.

–Maryland se desarrolla como se desarrolla Inglaterra, y no hay más que hablar. Tu trabajo es servir al rey.

Una oportunidad de ello se presentó en el verano de 1774, cuando se reunió un comité de once destacados ciudadanos de Patamoke y los territorios circundantes para discutir los

acontecimientos que tenían lugar en diversos puntos de las colonias. Dos de los miembros integrantes del comité se habían prestado voluntariamente poco tiempo antes a colaborar como informadores locales con el Comité de Correspondencia de Maryland, cuya misión era mantener contacto con comités de intenciones similares existentes en otras regiones. Incendiarios documentos procedentes de Boston habían sido enviados a Carolina del Sur, y los corresponsales de ese Estado informaron que también ellos se habían opuesto a la importación de té.

En julio, el comité de Patamoke envió una delegación a Devon para discutir la posibilidad de que Steed presidiera una reunión que pasara revista a la situación imperante en las colonias y redactase una declaración de intenciones. Dos lanchas navegaron por el estero, y cuando los sombríos hombres subieron por el sendero hacia la mansión, Jane Steed se mostró rígidamente cortés. En el pasado había agasajado a aquellos hombres en ocasiones más venturosas y los conocía por sus nombres, pero ahora adivinaba sus intenciones, y le repelían.

–Pasen, caballeros -dijo, con evidente reserva-. Dejen los sombreros sobre la mesa. Mi marido viene en seguida.

Los hombres se sentían complacidos ante la posibilidad de ver una vez más la mansión principal de su distrito y comentaron distraídamente su excelente decoración. Jane permaneció unos instantes con ellos y, luego, se excusó, pues no quería participar en aquella sediciosa reunión. Su marido fue derecho al grano nada más llegar.

–Estoy seguro de que no han venido hasta aquí para tratar de temas triviales.

–No -respondió el que presidía el grupo, y pidió a los dos corresponsales que expusieran la situación general de las colonias.

–En Massachusetts, continuos problemas con el gobernador. En Carolina del Sur, casi rebelión. En Nueva York, confusión. Y en

Virginia…

Al llegar a este punto, uno de los corresponsales se detuvo, abandonó su pomposo estilo y dijo:

–Caballeros, podemos dar las gracias a Dios por Virginia. **Esa colonia tiene patriotas notables.**

–¿Qué están haciendo?

–Escribir. Discutir. Defendernos a todos con su fuerza moral.

–¿Quiénes?

–Jefferson…

–No le tengo en mucho aprecio -dijo Steed.

–Madison, Wythe.

–¿Ha hablado Byrd?

–No. Parece temeroso.

–Mal asunto. Los Byrd son los mejores de todos.

–Y los más timoratos.

–¿Y qué proponen para la Orilla Oriental?

–Para la orilla entera, nada. Para Patamoke, todo.

Y aquellos sosegados y conservadores hombres de negocios, la mayoría de ellos autodidactas, expresaron sus temores y sus esperanzas. Los acontecimientos iban empeorando. Como en Nueva York, todo era confusión. Las colonias eran como un barco sin timón al garete entre las olas, y correspondía a los hombres de buena voluntad manifestar con firmeza su posición. Los hombres de Patamoke estaban resueltos a hacerlo.

–Convocaremos una asamblea en el tribunal para el jueves próximo -dijo uno de los comerciantes-. Creemos que tú debes presidirla, Simon, y que debemos dejar constancia de nuestras decisiones.

–Es un asunto grave -repuso Steed-. Si firmamos y publicamos un documento que…

–Corremos riesgos -interrumpió el portavoz.

–Pero -intervino uno de los corresponsales-, para el jueves por la noche podríamos enviar nuestras resoluciones a todas las colonias. Los hombres de New Hampshire sabrían nuestra postura, y también los de Georgia.

Steed pensó: «Quiere despachar cartas porque su oficio es despachar cartas.» Y, en voz alta, dijo:

–Con eso estaremos poniendo el cuello en el tajo, ya lo saben.

El presidente de la delegación captó el significado del plural utilizado por Steed.

–Entonces, ¿estarás con nosotros?

–Sí.

–Gracias a Dios. No queríamos actuar sin ti.

Pero cuando se hubieron ido los once patriotas, fortalecidos por la aceptación de Steed, pero asustados sin duda por su referencia al tajo, Jane quiso saber de qué habían tratado, y, cuando Simon se lo dijo, se puso furiosa.

–¿Qué estáis haciendo, comerciantes de tres al cuarto? ¿Estáis desafiando al rey?

–Yo no lo había pensado de esa manera -respondió serenamente Steed.

–¡Más te vale! ¿Un puñado de palurdos provincianos de Patamoke van a decirle al rey de Inglaterra lo que debe hacer? ¿Es eso lo que os proponéis?

–Yo no lo había expresado de esa forma.

–¿Cómo expresas la traición?

Simon reflexionó unos instantes y, luego, respondió:

–Prefiero imaginar que un grupo de hombres que están sobre el terreno quieren informar al Parlamento de ciertos hechos que, en otro caso, podrían ser pasados por alto.

–¡Qué presunción! – exclamó Jane-. ¡Tú! ¡Tú vas a informar al Parlamento!

–Si viviese en Inglaterra, estaría en el Parlamento. No hay nadie en el Parlamento, Jane, que se aproxime siquiera a mi conocimiento de Maryland.

–Eso es pura vanidad, Simon.

–Lo expresaré de otra manera. Cada uno de esos once hombres que se han reunido aquí sabe más que cualquier miembro del Parlamento acerca de lo que debe hacerse en Maryland.

–¡John Digges! ¡Se dedica a coger ratas almizcleras!

–Y las conoce, y sabe curtirlas, y venderlas, y lo que es bueno para otros como él.

OceanofPDF.com

–Simon, si te atreves a reunirte con esos hombres y enviar resoluciones insultantes al rey, no me extrañaría que vinieran aquí soldados para detenerte y, quizás, ahorcarte.

–Ése es exactamente el riesgo que corro -admitió Steed, pero nada consiguió alterar su decisión.

El jueves por la mañana pidió a dos esclavos que le llevasen a Patamoke, donde desembarcó a mediodía. Tras pasar por la tienda para cerciorarse de que no había té en sus estanterías, se dirigió al astillero, donde Paxmore tenía la *Whisper* casi lista para ser botada; era un elegante navío, y las finas líneas del calafateado formaban bellos dibujos en su fondo. Pero cuando Steed le preguntó si tenía intención de asistir a la asamblea a celebrar en el tribunal, Paxmore respondió con firmeza:

–No. Te estás dirigiendo a aguas por las que no puedo seguirte.

–Me gustaría tener tu firma -dijo Steed.

–Mi mujer también quería que asistiese, pero no me agrada firmar peticiones. No sé adonde va a llevar todo esto.

–Ya oíste a Turlock. Lleva a la guerra. Y la guerra no lleva a ninguna parte. Pero estamos en un rumbo que no puede ser alterado.

Paxmore repitió que él no participaría en la reunión, pero sorprendió a Steed mostrándole tres quillas cortadas en roble y un montón de perchas que aguardaban junto al borde del cobertizo. El día en que fuese botada la *Whisper* comenzaría la construcción de una nueva goleta.

Se reunieron catorce hombres. Steed no habló; permaneció sentado solo en el estrado, con semblante grave, y cuando el secretario empezó a tomar nota de lo que decían los diversos oradores, meneó firmemente la cabeza, y las anotaciones cesaron; explicó que no quería que quedase constancia permanente de quién formulaba las propuestas, a fin de que no pudiera utilizarse con fines perversos en el futuro.

La asamblea fue tan ridícula como había predicho Jane: un grupo de granjeros parcialmente instruidos y de pequeños comerciantes atreviéndose a aconsejar al rey, pero forcejeaban con ideas explosivas, y las sencillas verdades que exponían formarían uno de los más significativos compendios de agravios de América. Cuando terminaron los discursos, Steed se levantó y recordó al comité:

–Estamos aquí para afirmar nuestra lealtad al rey y buscar su comprensiva cooperación. Yo no firmaré, a menos que se incluya una manifestación de lealtad.

Todos se mostraron de acuerdo, y cuando esto quedó bien claro, se dio lectura al documento:

«Alarmados ante la situación actualmente imperante en América, y preocupados por las incesantes usurpaciones cometidas contra nuestras libertades, estamos resueltos no sólo a quejarnos, sino igualmente a ejercer nuestros máximos esfuerzos para impedir se efectúen usurpaciones tales como privarnos de nuestra preciada nacionalidad inglesa. Impulsados por la lealtad y el fervor más calurosos hacia nuestro Gracioso Soberano, estamos resueltos, serena y firmemente, a actuar de común acuerdo con nuestros compatriotas de las colonias para poner en práctica todas las medidas legales y constitucionales tendentes a impedir la pérdida o menoscabo de nuestras libertades y promover una unión y una armonía más intensas aún con la madre patria, de la que debe finalmente depender la preservación de ambas.»

Trece hombres se adelantaron, uno a uno, para firmar, y luego la pluma fue entregada al presidente, que firmó resueltamente en el espacio a él reservado, Steed de Devon, y, antes de que se pusiera el sol, los dos activos corresponsales se hallaban ya camino de Annapolis, portando el documento que denominaron *La Resolución de Patamoke.*

En los primeros meses de 1775, la guerra privada de Teach Turlock contra Inglaterra se vio bruscamente interrumpida. Perdió su falucho.

Regresaba perezosamente de Barbados con un cargamento legal de *azúcar,* sal y esclavos, cuando fue interceptado por una fragata aduanera británica, cuyo capitán deseaba realizar un registro de rutina. Dado que no transportaba contrabando, Turlock podría haberse sometido, pero era tal su antagonismo a la autoridad, que se resistió. Cuando el capitán inglés sacó sus cañones, Turlock emprendió la huida.

En un barco decente hubiera podido escapar, pues era mucho mejor marinero, pero su viejo y quebrantado falucho se encontraba en muy mal estado y no tardó en ser alcanzado; pero como se aproximaba la noche, existía aún una probabilidad de que Turlock escapase, por lo que la fragata empezó a disparar, y una pesada bala dio en el palo mayor de Turlock, destrozándolo y dejando las gavias aleteando al viento.

Esto permitió al capitán inglés acercarse, pero, en vez de encontrar un castigado mercante esperando ser abordado, encontró un pequeño barco de guerra que se disponía al combate cuerpo a cuerpo.

–¡Bajad esos cañones! – gritó el capitán inglés cuando los dos barcos estaban a punto de tocarse, pero, antes de que pudiera repetirlo, se intercambiaron disparos y comenzó una batalla naval en regla.

Ganó el inglés. Tres de los marineros de Turlock resultaron muertos, y, cuando los demás fueron conducidos a bordo de la fragata, el viejo y negro falucho pirata fue incendiado y Turlock, apresado, tuvo que ver cómo se hundía en el Atlántico, mientras su tripulación era encadenada para su transporte a Londres.

–Piratería, motín, fuego contra un barco de Su Majestad -recitó el capitán-. Os ahorcarán a todos.

Pero cuando entraban en el Atlántico Norte, la fragata fue alcanzada por un veloz corsario salido del puerto de Boston, y se produjo una segunda batalla, en la que perdió el inglés. Los prisioneros americanos fueron despojados de sus cadenas, y el barco inglés, después de haber sido desvalijado, fue entregado a Turlock y su cuadrilla, que tenían ahora una magnífica fragata londinense en lugar de su maltrecho falucho, y con ella capturaron un mercante inglés que se dirigía a Plymouth.

Pero cuando entraban victoriosamente en Chesapeake, les salió al encuentro una lancha patrullera de Virginia que les condujo a Jamestown, donde su botín fue confiscado por el Gobierno. Desde allí fueron enviados a Patamoke, donde Turlock anunció:

–Libré dos batallas. Perdí dos barcos. Me he quedado sin nada.

Durante varias semanas trató de encontrar un barco, pero, aunque era un héroe para la plebe, era un pirata para las gentes acomodadas, y eran éstas quienes poseían buques. Así, pues, se retiró a la marisma y estaba cazando ardillas un día cuando acertó a mirar por encima de la ondulante vegetación y vio, regresando de una subrepticia travesía a Jamaica, la goleta más hermosa que había visto jamás, la *Whisper,* de Mr. Steed, alargada, esbelta y repleta de velamen. Pasó rápidamente ante la marisma, pareciendo flotar por encima de las aguas, y, al desaparecer en dirección a Patamoke, Turlock dijo:

–Ése es mi próximo barco.

Su campaña empezó aquel mismo día. Cuando Simon Steed bajó al muelle a inspeccionar su goleta, allí estaba Teach Turlock, inclinándose cortésmente y diciendo:

–Bonita goleta, señor. Si me dejara sacarla…, beneficios… beneficios.

La idea era tan absurda, que Steed hizo caso omiso de ella, pero cuando la *Whisper* hubo sido descargada, allí estaba Turlock, sugiriendo:

–Nunca me cogerían en ésta.

Steed no tenía intención de arriesgar su fuerte inversión confiándosela a un bribón descalzo, pero un día en que fue a visitar su tienda de Patamoke Turlock, le expuso una razón convincente:

–Pronto tendremos guerra…, guerra de verdad…, ¿y cree que él puede capitanear la *Whisper?* -y señalaba con el pulgar en dirección al capitán Allworthy.

La pregunta había turbado a Steed. Allworthy era un hombre valioso y buen marinero, pero carecía de cualidades para el mando de un navío importante si existía amenaza de guerra. No derrocharía valor para romper bloqueos, y así quedó echada la primera semilla.

Germinó ésta unos días después, cuando la *Whisper* comenzó a cargar perchas para su venta en Francia, pues mientras Steed miraba desde el muelle, Turlock se le acercó y dijo en voz baja:

–Déjame ir a Francia. Aprender las aguas. Luego dale al capitán Allworthy el nuevo barco de Paxmore.

La idea era tan sensata, que Steed vaciló unos instantes y clavó sus ojos en los de Turlock. Lo que vio en ellos fue una dedicación y una entrega tan absolutas, que, con súbito impulso, capituló en el acto.

–Está bien. Sube a bordo como segundo oficial. Observa todo lo que puedas aprender.

Cuando la *Whisper* navegaba aguas abajo del Choptank hacia la bahía, Teach Turlock iba a bordo, barbudo y descalzo, sintiendo su balanceo, percibiendo su potencia y sus problemas. Al pasar ante la isla Devon, saludó y murmuró:

–Simon Steed, te sentirás orgulloso de lo que va a hacer esta goleta.

Y por la noche permanecía tendido en su hamaca, siguiendo con la memoria la trayectoria de todas las cuerdas, recordando cómo pasaba cada cabo por las poleas y dónde quedaba sujeto. Y

podía sentir cada uno de los movimientos de la nave y cómo tomaba las distintas olas.

Sumamente interesante era su relación con el capitán Allworthy, de quien había hablado tan despreciativamente. Manifestaba gran respeto hacia él, siguiéndole siempre que le era posible y escuchando todo lo que tuviese que decir, pues se daba cuenta de que aquel hombre conocía el mar. Durante generaciones, que se remontaban hasta mucho antes de que fueran escritas las primeras palabras de la Biblia, ciertos hombres como Allworthy habían adquirido merced al estudio y la experiencia el conocimiento de lo que un barco de madera podía hacer. Este conocimiento, transmitido de generación en generación -de fenicio a griego, a galo, a anglosajón, al pescador de Terranova-, constituía la ciencia del mar, y cuando se observaban sus reglas, los barcos navegaban; cuando no, se estrellaban en las rocas. Y ningún capitán de esa ininterrumpida sucesión habría podido explicar exactamente lo que sabía. En esta travesía, Teach Turlock se sumó a la procesión de los que le habían precedido.

Cuando la *Whisper* regresó a Patamoke, él se hallaba al timón, con el corazón palpitante de excitación, pues vio que Paxmore había botado la siguiente goleta; sus mástiles estaban ya colocados. No dijo nada, pero observó como un águila de la marisma cómo el capitán Allworthy descendía por la pasarela para informar a Mr. Steed, y contuvo el aliento cuando el propietario subió a bordo.

–Bien, Mr. Turlock, ¿está listo?

–**Sí.**

–La *Whisper* es suya.

–Tendrá buenas noticias de ella -prometió Turlock.

Pero más tarde, cuando se dirigió en un pequeño bote a la isla Devon para discutir las estrategias, tropezó con dificultades, pues a Jane Fithian le mortificaba que su familia pusiese una excelente goleta bajo el mando de semejante hombre.

–¡Mírale! ¡No sabe leer ni escribir! Apenas si habla dos palabras seguidas. Es la peor clase de americano.

Cuando Simon trató de explicar que Turlock era precisamente la clase de hombre que se necesitaba en aquellos inciertos tiempos, ella replicó, indignada:

–¿Te lo imaginas llegando a Londres y entrevistándose con el capitán de un decoroso barco inglés? Ridículo.

–En los años que se avecinan, Jane, mis capitanes no irán a Londres.

–¿Estás hablando de traición?

–Estoy haciendo frente a los hechos. Teach Turlock es el hombre que necesitamos.

–Entonces, que Dios tenga piedad de nosotros.

–Y de Inglaterra.

Lo dijo con tan honda emoción, que hasta ella pudo comprender que había llegado a una gran encrucijada de un camino imaginario que había estado recorriendo, y, por un momento, deseó compartir su experiencia, pero luego dijo:

–Lanzar a Turlock al Atlántico con una goleta armada es como arrojar una bomba encendida entre las sábanas del rey Jorge.

Y cuanto más reflexionaba Steed en esta frase, más apropiada le parecía. Pero aún no estaba preparado para algunas de las cosas de que su imprevisible capitán era capaz, porque, cuando llegó el momento de zarpar, Steed subió a bordo para una última inspección, y lo que vio le agradó. Los marineros estaban encantados de trabajar para un héroe local como Turlock y bajo su dirección habían estibado magníficamente la *Whisper.* Los barriles estaban atados con cuidado exquisito, y todo estaba en perfecto orden, pero cuando se disponía a irse, satisfecho ante el estado que todo presentaba, vio en un rincón de la cámara del capitán a un chiquillo pelirrojo que no podría tener más de siete años.

–¿Quién es ése?

–Matt.

–¿Quién es?

–Mi hijo.

–¿Viajará contigo?

–Alguna vez tiene que aprender -y dijo al niño-: Acompaña a Mr. Steed a la pasarela.

Y el chiquillo echó a andar por los corredores con una segundad que demostraba que ya había detenido en su memoria su porción de la *Whisper.*

El hecho de que Jane Steed discutiera con su marido en torno al comportamiento colonial hacia Inglaterra, no significaba que su vida conyugal fuese tensa o desagradable. Amaba a su pomposo marido y consideraba divertidos sus intentos de ser un caballero inglés. Era generoso y afable y consentía los pequeños gastos que tanto placer le proporcionaban a ella. Jane había deseado desde el principio una esclava que supiese coser al estilo francés, así que le había comprado una en Annapolis. Cuando se enteró de que se había construido un teatro en esa ciudad, Jane quiso cruzar la bahía para verlo personalmente, y él la llevó. Y cuando protestaba si alguien la llamaba americana o marylandesa, insistiendo en que era inglesa, él asentía:

–Jane es de Londres. Una Fithian, nuestros comisionistas.

Y, siempre que lo decía, ella parecía resplandecer y sentirse mejor, pues siempre se había considerado una dama inglesa.

Por su parte, él la amaba más que cuando viajaban juntos por primera vez a Virginia. Su sonrisa era tan pura e iluminaba tan totalmente su rostro, que le fascinaba. Era amable y risueña; cualquier habitación en que ella entrase se iluminaba, y le agradaba ver la forma en que los hombres la seguían inconscientemente con ojos de admiración. Bajo sus cuidados *Venganza de Rosalind* se convirtió en la principal casa de la Orilla Oriental por lo que a generosa hospitalidad se refería, y cuando quedó visiblemente

embarazada, ella y Simon se movían con majestuoso orgullo, y su amor hacia ella aumentó.

–Cuando pienso en los años que podríamos llevar casados… -dijo quejumbrosamente un día.

Y ella respondió:

–No era posible que me hubiese casado ni un solo día antes. No estaba preparada.

Cuando le preguntó cómo era que una muchacha tan encantadora se había ido a América, «quiero decir, ¿por qué no estabas casada ya?», ella respondió:

–Desde niña, Guy me dijo que mi destino era venir a América y casarme contigo. Solía llevar a casa tus cartas y me las dejaba leer…, tabaco y lingotes de hierro… Me convertí en una verdadera experta sobre la plantación de Maryland.

Se alisó el delantal sobre el abultado vientre y dijo:

–También me dijo que eras rico y bueno.

Alargó la mano y le pasó la uña del pulgar por la barbilla.

–Y dijo que en Francia habías adquirido modales perfectos. Te hacía parecer irresistible. Así que esperé.

–Me salvaste la vida -dijo él, simplemente, y ella lo aceptó, pues se daba cuenta del cambio producido en él desde su llegada. Sabía que antes de su visita la vida de Simon había estado enclaustrada en una férrea rutina: cada día se había levantado, leído los clásicos, escrito sus cartas a Europa, desayunado y salido a la tarea de dirigir una gran plantación. Él había supuesto que ése era su destino permanente y que, si conservaba la riqueza de la plantación, ésta pasaría a manos de sus sobrinos, que vivirían de modo semejante a como él estaba viviendo.

La llegada de Jane había revolucionado esa plácida rutina. Ella le había impulsado a nuevas ocupaciones, tales como practicar la navegación de recreo o invitar a matrimonios de plantaciones vecinas a pasar seis o siete días en su casa. También los pedidos

remitidos a Londres por los capitanes de Steed eran muy diferentes ahora, y cuando llegaron los refinados muebles el interior de *Venganza de Rosalind*, pasó a ser tan elegante como el exterior.

–Has desencadenado una revolución -le dijo afectuosamente una mañana de febrero.

Pero Jane, en vez de aceptar su cumplido como habitualmente hacía, le sorprendió diciendo bruscamente:

–No utilices esa palabra cuando yo esté delante. Estas malditas colonias no quieren nada más que revolución.

Deseoso de tranquilizarla, le aseguró que Maryland nunca se separaría del rey mientras le quedara aliento.

–Tal vez tengamos discusiones -dijo, sosegadamente-, y quizás incluso intercambio de disparos. Pero siempre haremos honor a nuestra lealtad al rey.

Ella rechazó sus palabras, afirmando que todo lo que los colonos estaban haciendo implicaba deslealtad al rey, pero él le recordó que en la *Resolución de Patamoke* era él quien había insistido en las frases que reafirmaban la lealtad.

–¡Palabras! – exclamó ella, y la fuerza con que lo dijo hizo comprender a Simon que llevaba ya algún tiempo reflexionando sobre las acciones de las colonias.

Pocos días después le fue entregada a Simon una carta sin cerrar para su envío a Londres. Iba dirigida a Guy Fithian, y, como tanto Simon como Jane tenían por costumbre añadir posdatas cada uno en las cartas del otro dirigidas a Guy, desdobló distraídamente el pliego y quedó sorprendido ante su contenido:

La vida aquí se ha tornado casi insoportable. El marylandés medio es un campesino sin modales y sin deseo de adquirirlos. La conversación es tan aburrida, que dan ganas de ponerse a gritar. Nada de política, ni de modas, ni cotilleos, ni comentarios sobre la vida de una ciudad. Crucé la bahía para ver lo que llaman su teatro

«Sheridan», y ni una sola persona de las que se encontraban en el escenario sabía actuar, y los violines estaban desafinados.

No he comido carne decente en dos años, y si alguien vuelve a darme ostras, se las tiro a la cara. Comida horrible. Y aún podría soportar esto si los ciudadanos fuesen pacíficos, pero no se habla más que de guerra contra Inglaterra y de combates navales. Simon, que es un buen hombre, me asegura que este lastimoso país suyo permanecerá siempre leal a nuestro amado rey. Yo, en su lugar, les dejaría que se fueran al diablo.

Guy, explícame porqué los ingleses pudimos sojuzgar a los rebeldes escoceses en el 15 y el 45, y a los franceses en el 63, y permitimos ahora que estos ridículos colonos, sin escuadra, ni ejército, ni ciudades, ni jefes, estén buscándonos complicaciones. ¿Por qué no manda el rey un ejército, como hizo con Escocia, y les da una buena lección a estos idiotas? Te advierto que si estos estúpidos rebeldes, y deberías ver al imbécil que Simon ha puesto al mando de uno de sus barcos, empiezan a adoptar medidas contra el rey, saltaré al primer barco inglés que atraque aquí y me iré. a Inglaterra hasta que los idiotas sean sancionados. Voy a tener pronto un hijo, y lo llevaré también.

Gravemente, temblándole la mandíbula, llevó la carta a su mesa, encendió una vela, fundió la cera y la selló, sin añadir la habitual posdata. La puso luego sobre el abultado montón de correspondencia destinada a Europa y la dejó en su parte superior, para que Jane tuviera la seguridad de que era cursada. No le dijo nada acerca de su contenido, pero redobló sus atenciones hacia ella, escuchando sus quejas contra sus vecinos y correspondiendo a cada una de sus pequeñas peticiones.

Cuando llegó a Chesapeake la noticia de cómo se habían deteriorado las condiciones en Massachusetts después de Lexington, con rebeldes que seguían disparando contra los hombres del rey, Jane cayó en un estado de abatimiento del que Simon no

podía arrancarle. Empezó a despotricar abiertamente contra la monotonía de la vida en Maryland:

–No hay modales ni sentido de la posición social. Y esas detestables visitas de palurdos de plantación que duran un mes. Y lo que, simplemente, no puedo aguantar ni un día más, la monotonía de la grasienta comida.

Steed estimó prudente no recordarle que hacía sólo un mes que había estado alabando la cocina de Maryland. En lugar de ello, hizo todo lo posible por aplacarla, pero nada podía compensar el hecho de que insolentes colonos habían disparado contra los soldados del rey. Sus impresiones se intensificaron cuando el capitán Turlock arribó a Patamoke con triunfales noticias sobre el *Whisper.* En un momento de irreflexión, Simon le invitó a Devon, donde sus toscos modales **y su malignidad de campesino enfurecieron a Jane. Turlock dijo:**

–¡Esta goleta puede hacer cualquier cosa! Velas de cuchillo, ceñir el viento. Vela mayor desplegada, ante el viento como un halcón.

Narró entusiásticamente una escaramuza con una fragata inglesa **y cómo la *Whisper* le había mostrado la popa.**

–¿Disparó usted contra el barco del rey? – preguntó Jane.

–No hizo falta.

Turlock recordó el incidente **y sonrió, mostrando sus quebrados dientes por entre la barba.**

–Matt estaba a popa, riéndose de los ingleses mientras nos largábamos.

–¿Quién es Matt? – preguntó Jane.

–Mi hijo.

–¿Cuántos años tiene?

–Pronto hará ocho.

Jane se estremeció levemente y salió de la estancia.

–Creo que será mejor que vuelvas a la *Whisper* -dijo Steed, y, un tanto confuso, el larguirucho capitán se marchó.

Había esperado quedarse a cenar, pero en el muelle aseguró a Simon:

–Estoy dispuesto a zarpar en cualquier momento.

Y se quedaron junto al barco, trazando planes.

–Siempre los mismos problemas -dijo Steed, con un pie en la borda-. No

hay sal. No hay dinero.

–En Jamaica dicen que el puerto portugués de Setúbal tiene mucha sal.

–Nuestros barcos no han navegado nunca hasta allí. Demasiado cerca de Inglaterra.

–Me gustaría probar Setúbal. Carga grande, beneficio grande.

–¿Estás dispuesto a correr el riesgo?

–Con *Whisper,* sí.

Se acordó, pues, que Turlock intentara una arriesgada travesía a un nuevo puerto cuyas minas de sal estaban consideradas como las mejores, después de las de Polonia y Austria.

Cuando Steed decía que su problema constante era el dinero, no se refería a que las plantaciones de Devon se hallasen en apuros económicos; estaban construyendo dos goletas más, y las manufacturas seguían encontrando mercados. El problema radicaba en que los hombres ricos del Gobierno inglés se negaban a acuñar moneda suficiente como para permitir el funcionamiento de las colonias. Durante un siglo se había utilizado como moneda el tabaco, pero después de las terribles caídas de precios de los últimos años, ya no servía como medio de cambio; en lugar de ello, las transacciones comerciales se realizaban con ayuda de una increíble mezcla de documentos y monedas europeas. Cartas de crédito de un comerciante a otro eran puestas en circulación como billetes de una libra, y ninguna era más apreciada que las de John

Hancock, Robert Morris y Simon Steed. Pero éstas resultaban inadecuadas para satisfacer las necesidades del incipiente comercio, por lo que cada colono tenía que ingeniárselas de alguna manera para hacerse con dinero auténtico.

–¿Pudiste adquirir monedas? – preguntó Steed.

–Para eso es para lo que he venido realmente -respondió Turlock.

Y llevó a Steed a un banco situado junto a la orilla y, una vez solos allí, le confió:

–Capturamos un mercante. Español. Mira.

Y, cuidadosamente, desenvolvió un gran paquete que llevaba escondido en la casaca. Soltó los extremos de la tela y extendió a la luz del sol un montón de monedas de oro.

–¡Tienes *big-joes*! – exclamó excitadamente Steed, pues había pasado tiempo desde la última vez que viera esas espléndidas monedas de oro de Portugal; habían sido acuñadas en 1723 durante el reinado del rey Juan, y llevaban su empelucada efigie y su nombre en latín, Ioannes, del que derivaba el nombre americano. Una moneda entera, pesada y de un valor de unos treinta dólares, era llamada popularmente un *big-joe*; cuando, como era más frecuente, estaba serrada por la mitad, se llamaba *half-joe*.

–Y éstas -dijo orgullosamente Turlock, revolviendo el montón para mostrar los doblones españoles, los soberanos ingleses y la masa de libras tornesas, la moneda francesa, más pequeña, que circulaba como unidad de medida.

–Ha sido una travesía rentable -dijo Steed.

Y, mientras ataba de nuevo el paquete y se lo devolvía a su capitán para que lo depositase en las oficinas centrales de Patamoke, reflexionó en lo extraño que resultaba el hecho de que se celebrase en Devon la captura de un barco mercante: «Lo que nuestra familia condenaba como piratería, nosotros lo ensalzamos como patriotismo.»

La larga travesía que el capitán Turlock emprendió a finales de **1775 fue notable por una caótica sucesión de acontecimientos: los grandes beneficios obtenidos con la sal portuguesa, el combate con la fragata inglesa *Chancery,* los dos meses que permaneció en una cárcel de Lisboa por falta de documentación adecuada, la captura de un rico mercante que regresaba del Perú, el comienzo de la educación de Matt.**

Su maestro era el segundo oficial, un hombre del Choptank llamado Semmes, a quien había enseñado a leer el obeso rector de Wrentham. Cuando el capitán Turlock se enteró de que su oficial había estudiado con el rector, surgió una sabrosa conversación en torno a las costumbres del clérigo, y Mr. Semmes explicó:

–Me enseñó a leer, esperando adquirir así gratuitamente un siervo. Cuando le dije que me iba a la mar, intentó hacer que me detuviesen como siervo desertor.

–¿No le partiste la cara?

–No.

–Lástima.

Mr. Semmes tenía un agudo instinto marinero, y un día, cuando el pequeño Matt le llevaba el desayuno, le cogió del brazo y preguntó:

–¿Quieres ser capitán algún día?

–Sí -respondió Matt.

–Entonces tienes que aprender a leer y escribir.

Y el chico replicó:

–El capitán no sabe leer ni escribir.

Al oír lo cual, el capitán Turlock le dio un empujón al chiquillo y gruñó mientras éste se levantaba:

–Sería mejor capitán si supiese.

Así, pues, comenzaron las clases. Mr. Semmes escribió el alfabeto y los números sobre una tabla lisa, y Matt los estudió durante tres días para aprendérselos de memoria. Al poco tiempo

sabía escribir no sólo su propio nombre, sino también los de los tripulantes; se tendía sobre una escotilla y escribía el nombre de todo marinero que pasaba, y en poco tiempo conoció la ortografía de cada uno.

Pero lo que le fascinaba era el Diario de navegación, pues comprendía que contenía datos mucho más importantes que simples nombres.

–La vida del barco está escrita aquí -decía Mr. Semmes al hacer sus anotaciones, y Matt procuraba estar presente siempre que se anotaban observaciones: «Rumbo Este Nordeste. Día sereno. Velamen desplegado.» Y para entender mejor lo que significaban las palabras, aprendió el manejo de la brújula, y sabía cuartearla tan bien como cualquier marinero, orientándola a los ciento veintiocho puntos como si estuviera jugando.

–Escuche, Mr. Semmes, voy a hacer la segunda cuarta.

Y se ponía firmes y recitaba monótonamente:

–Este, una cuarta Sur, Este media Sur, Este tres cuartos Sur, Este por Sur. ¡Y ahora la difícil! Este sudeste tres cuartas Este.

Y al completar cada cuarta, Mr. Semmes aplaudía.

Llegó el día en que el capitán Turlock tomó la altura del sol a mediodía y, luego, se dirigió a donde se guardaba el Diario de navegación y, en vez de ladrarle sus datos a Mr. Semmes, se los dio a Matt y se quedó contemplando con satisfacción cómo su pelirrojo hijo escribía con grandes letras infantiles: «Latitud 39° 10' Norte. Longitud 29° 15' aprox.» Teach anotaba sus posiciones de esta forma porque gracias a un buen sextante capturado a un mercante español podía estar seguro de su latitud, pero, careciendo de un reloj en cuya precisión pudiera confiar, tenía que adivinar su longitud.

Pero cuando vio terminada la anotación, tan exactamente como Mr. Semmes hubiera podido hacerla, tuvo que volverse para no delatar su emoción, pues Matt era el primero de su estirpe en cinco

mil años que sabía escribir, y su llegada a la ciencia le parecía muy semejante a la llegada de las colonias a la nacionalidad: las perspectivas que se abrían eran ilimitadas.

En la primavera de 1776 quedó claro que los combativos abogados de Massachusetts y los patriotas filosóficos de Virginia estaban resueltos a arrebatar las trece colonias al Imperio británico, y no se prestaba atención a nada que pudieran advertir los realistas de Pensilvania y Maryland, más prudentes. Llegaban hasta la Orilla Oriental ecos de reuniones que se celebraban en Filadelfia, en las que hombres tan estables como el marylandés Charles Carroll hablaban realmente de revolución, pero no se les concedía crédito, pues la mayoría de los habitantes de ciudades como Patamoke o de plantaciones como Devon querían permanecer unidos a Inglaterra. Veían toda clase de razones para hacerlo así y calculaban cada ventaja.

Levin Paxmore era un caso típico. Como cuáquero, había vivido para ver su religión aceptada sin graves limitaciones; cierto que tuvo que pagar una multa por negarse a alistarse en la milicia, y aún tenía que contribuir con treinta libras de tabaco al año a la Iglesia de Inglaterra, pero consideraba todo esto sólo como irritantes imposiciones. Era libre de rezar como quisiera, de casarse con quien le agradara, de expresar su opinión en la asamblea y de educar a sus hijos en su fe, y éstas eran libertades que tenía en muy alta estima. Su negocio prosperaba también bajo el dominio británico; durante los últimos diecinueve años se había levantado todas las mañanas con más trabajo en perspectiva del que podía completar, y si bien había tenido que esperar con frecuencia para poder cobrar, ya que no circulaba ningún dinero, nunca se había visto defraudado. En aquellos momentos, las cosas estaban mejor de lo que habían estado en muchos años; había terminado dos goletas para Simon Steed y tenía dos más en construcción, con investigaciones adicionales de funcionarios de Filadelfia. Hacía

tiempo sabía que era inevitable la lucha con los ingleses, pero aún confiaba en que fuese breve y sin consecuencias nocivas. Pero ahora empezó a oír rumores de separación, y algunos de sus vecinos más aprensivos hablaban de volver a la madre patria, Inglaterra, si las cosas empeoraban. Cuando dos cuáqueros de la asamblea le abordaron con un plan de repatriación, reunió a su familia en la habitación de Acantilado de la Paz en que Ruth Brinton Paxmore había sentado los principios conforme a los que viviría su descendencia.

–Yo creo que debemos permanecer con la tierra -dijo-. Nuestra tarea es crear aquí la república de Dios.

–¿Aunque Maryland se separe de Inglaterra? – preguntó Ellen.

–No habrá separación -respondió, con firmeza-. Espero disturbios, graves disturbios tal vez, pero siempre seremos ingleses.

Y levantando la mano derecha, como para silenciar cualquier réplica, impidió la pregunta de su mujer en el sentido de que, si habían de ser ingleses, por qué estaban construyendo barcos destinados a luchar contra los ingleses.

Para Simon Steed tales decisiones eran más difíciles. Todo su ser estaba unido a Europa; sus intereses comerciales se hallaban centrados en Inglaterra, a la que se sentía ligado por los más cordiales lazos. En Londres, Fithian preservaba su riqueza. En Berkshire, sus antepasados habían defendido su fe; y, si bien se había educado en Francia, era a Inglaterra a la que volvía sus ojos en busca de orientación. A todo lo largo de la costa atlántica, miles de hombres como él estaban haciendo el saldo de sus cuentas espirituales y decidiendo permanecer leales al rey. En el caso de Simon, el impulso para ello era mayor, porque estaba casado con una muchacha inglesa que deseaba desesperadamente volver a su patria.

A Steed le afligía que conservase su animosidad contra las colonias: Ellen aborrecía ahora la Orilla Oriental y lo que ella

llamaba su provincianismo. No la convencía la repetida afirmación de su marido de que desde allí podía mantenerse en contacto con todo el mundo. Los americanos que ella veía eran unos patanes y amenazaban convertirse, además, en traidores. El horrible capitán Turlock que había llevado al despacho sus *big-joes* nunca confesó qué barcos ingleses había saqueado para conseguirlos, y pensar en aquellos miserables idiotas que ella había visto en Virginia atreviéndose a gobernar una nueva nación era una cosa absurda, el colmo de la insensatez.

El alumbramiento de su hija no había sido fácil, y la niña estaba mostrando complicaciones. Jane se hallaba convencida de que era el agua del Choptank lo que irritaba a la pequeña, y llegó a aborrecer el nombre de aquel río que la rodeaba por todos los lados.

–El Támesis, el Avon, el Derwent, ésos son ríos de verdad. ¿Quién ha oído hablar nunca de un río cuyas aguas sean siempre saladas?

–El Edentown es dulce -adujo su marido.

–¿Y quién ha oído hablar nunca de mosquitos en el Támesis? –exclamó, furiosa-. Te lo advierto, Simon, si esos necios de Filadelfia pronuncian una sola palabra contra el rey, yo me vuelvo a Inglaterra.

En julio llegó la sorprendente noticia de que los hombres de Filadelfia, entre los que se hallaban Charles Carroll y Samuel Chase, de Maryland, no sólo habían declarado su independencia de Inglaterra, sino que se habían atrevido a poner por escrito la insultante lista de cargos contra el rey.

–¡Qué insolencia! – se enfureció-. ¡Esos presuntuosos advenedizos!

Cuando se aplacó su cólera, dijo fríamente:

–Te lo advierto, Simon. Será el mismo escarmiento que a los escoceses.

Y desde el momento en que le llegó la noticia de la Declaración, dirigió todas sus energías a realizar los preparativos para su marcha. Se negaba a permanecer en aquella colonia rebelde y se complacía en la perspectiva de que arribaran a Chesapeake barcos de guerra ingleses para someterla.

Teach Turlock no tuvo conocimiento de la Declaración formal hasta finales de agosto, pero esto carecía de importancia, pues él venía librando su guerra particular hacía ya más de un año. En enero había llevado su audacia hasta el extremo de aventurarse por el Támesis, confiando en que la *Whisper* no hubiese sido identificada aún como barco corsario, y la jugada le había salido bien, pero había decaído tanto el comercio con las colonias, que le fue imposible encontrar ningún cargamento rentable y había abandonado Inglaterra con las bodegas vacías. Cuando llegó a Setúbal, se encontró con que los barcos mercantes habían cargado toda la sal disponible, y quedó claro que los beneficios de aquella travesía se limitarían a lo que pudiese robar a mercantes franceses o españoles.

No encontró ninguno, así que la *Whisper* permaneció navegando por el Caribe, pero cuando atracó en Martinica para ver si podía hacerse con algún cargamento, por insignificante que fuese, varios capitanes franceses le informaron que las trece colonias se habían convertido en los Estados Unidos de América y estaban empeñadas en guerra abierta contra la madre patria.

–¡Unidos! – resopló Turlock, recordando las constantes disensiones de Maryland con Virginia-. Nunca estaremos unidos.

Luego cuadró la mandíbula, haciendo que se le erizase la barba, y dijo.alegremente al francés:

–¡Ya hay guerra en serio!

Y regresó a su goleta.

Al norte de Barbados capturó y hundió a un pequeño mercante inglés, dejando a sus tripulantes abandonados al garete en botes

salvavidas. Navegó luego rumbo Nordeste para interceptar cualquier barco inglés que se dirigiese a Martinica o Guadalupe, y aquí capturó otro pequeño mercante inglés, a cuya tripulación abandonó también próxima a tierra.

Su tercera captura se produjo casi a cubierto de Caracas; era un buque español bien cargado, al que, después de saquearlo, dejó partir. Y su cuarta interceptación fue un importante mercante inglés que se dirigía de Panamá a Jamaica. Aquella noche el pequeño Matt Turlock escribió en el Diario de navegación las palabras que glorificaban al corsario: «Por cada cañón, un barco.» La *Whisper* llevaba cuatro cañones, y con ellos había capturado cuatro presas. Ningún corsario podía presentar mejores resultados.

Turlock regresó triunfalmente a Chesapeake, y sus hazañas fueron pregonadas de orilla a orilla. Tenía una pequeña arqueta de *big-joes* y libras tornesas, pero cuando las extendió sobre la mesa de la oficina, su jefe le dio una noticia desconcertante:

–Capitán, el Consejo de Seguridad de Annapolis ha requisado la *Whisper.* Tienes que llevar a las familias a Inglaterra.

–¿Qué familias?

Se le quebró la voz a Steed al tratar de explicarlo, y se volvió para serenarse, pero cuando intentó nuevamente hablar con su capitán, enrojeció y salió apresuradamente de la oficina.

–¿Qué ha pasado? – preguntó Turlock al hombre que llegó para contar las monedas.

–Las familias leales al rey van a ser llevadas a Inglaterra.

–¿Se va Steed?

–No, pero su mujer sí… y la niña.

Turlock no podía entenderlo. En su mundo, un hombre decía a una esposa lo que debía hacer, y ella lo hacía si no quería ser golpeada con el lado ancho de una pala. Que una mujer abandonara a su marido para irse a otro país y se llevara además a su hijo era algo sin precedentes.

–No está bien -murmuró, mientras el otro se llevaba las monedas.

Pero sucedió. La *Whisper* navegó hasta Baltimore, donde subieron a bordo dos familias; una mujer se arrodilló y besó la cubierta, exclamando:

–Es una bendición estar en un barco inglés.

Pero, al ver al capitán Turlock, preguntó lacrimosamente:

–¿Ése nos va a llevar a Inglaterra?

En Annapolis subieron nueve familias, y en las plantaciones ribereñas, otras seis; en Patamoke se les agregaron dos grupos, cuyos voluminosos equipajes eran transportados por los esclavos. Mientras la esbelta goleta descendía por el Choptank, salió de la isla Devon una barcaza en la que iban Jane Fithian Steed, su hija y su marido. Fue echada una escala de cuerda desde la cubierta de la *Whisper,* pero, antes de que Mrs. Steed pudiera trepar por ella, su marido la cogió del brazo y dijo:

–Me reuniré contigo en Inglaterra. Por el momento debo atender la plantación.

A lo que ella respondió gravemente:

–Tú nunca volverás a Inglaterra, y yo nunca volveré a ver Maryland.

–¿Pero qué…?

Antes de que pudiera formular su pregunta, ella subía ya al barco, y cuando llegó a la cubierta su marido levantó en el aire a la niña, que fue pasando a lo largo de los marineros que se inclinaban para cogerla. Los esclavos lanzaron a bordo el equipaje, y la *Whisper* continuó su marcha, dejando a la barcaza en medio de la corriente.

Pero la lista de pasajeros no estaba completa. Cuando la *Whisper* se aproximaba a la bahía, apareció desde la dirección de Patamoke una rápida balandra, que disparó un pequeño cañón para

llamar su atención, y cuando atracó al costado, los pasajeros vieron que el gordo rector de Wrentham solicitaba ser admitido a bordo.

–No quiero saber nada de estas puercas colonias. Yo soy inglés.

Y se echaron cuerdas para que doce hombres pudieran izarle a bordo, después de lo cual se hizo lo mismo con diecinueve cajas y paquetes.

Sólo cuando estuvo instalado a bordo, sin posibilidad de retirada, descubrió que el dueño del barco en que huía era Simon Steed, y su capitán, Teach Turlock, a quien había estafado. Descendió apresuradamente al interior del barco, y no se le volvió a ver más sobre cubierta.

Durante la travesía a Londres se encargó a Matt la tarea de cuidar a la niña Steed, y dejó de llevar comida y té al comedor para llevar leche y galletas a la pequeña, a la que servía como niñera y vigilante. Había mujeres que hubieran podido ocuparse de ello, pero unas se hallaban atacadas de mareo y otras dedicadas a cuidar a Mrs. Steed, que se derrumbó en el camarote del capitán tan pronto como la *Whisper* salió de la bahía, y nadie habría podido atender a la niña mejor que Matt.

La daba de comer, la llevaba por cubierta y la entretenía con sus juegos. La ciña tenía menos de un año, y cuando quería gatear hacia los mamparos, él la vigilaba atentamente. Mientras la pequeña dormía en su capazo, él se sentía en libertad para continuar sus estudios con Mr. Semmes, pero había agotado ya todos los conocimientos del primer oficial, y encontró a un caballero de Annapolis que regresaba a una casa de Sussex de la que había salido cincuenta años antes, y este hombre se complacía en enseñarle operaciones matemáticas y formas verbales.

Sin embargo, casi todos los días Matt y la niña permanecían en la proa, meciéndose acompasadamente al paso de las anchas olas del Atlántico. Fueron días aquéllos que atesoraría en su memoria, días en los que se abrían ante él nuevos horizontes de

conocimientos, en que tuvo un atisbo de la penosa tragedia que se había abatido sobre aquellas buenas familias y en que cuidaba a la niña Steed, que rara vez lloraba y que parecía disfrutar estando con él.

Pero lo que más recordaría Matt fue algo que ocurrió no en cubierta, sino en el interior. Una mañana, mientras vigilaba a Penny Steed, se dio cuenta de que no veía por ninguna parte a su padre, y al cabo de un rato se le acercó Mr. Semmes, que le preguntó en voz baja:

–¿Quiere acompañarme, Mr. Turlock?

Y Matt bajó al interior del barco, donde oyó gorgoteantes sonidos. Procedían del camarote ocupado por el rector de Wrentham, y, al entrar, vio al grueso clérigo bañado en sudor y con su padre inclinado sobre él. Un papel preparado por Mr. Semmes se hallaba extendido sobre la mesa, ante el desventurado hombre, y el capitán Turlock estaba diciendo:

–Firma, o te tiro a los tiburones.

–No renunciaré a la tierra que me pertenece legítimamente -gimió el clérigo.

Un fuerte golpe en la nuca provocó nuevos gemidos, y el rector chilló:

–¡Me estás matando!

–Tu única salvación es firmar -replicó Turlock.

Con la mano izquierda echó hacia Wurlok la pluma de ave y gruñó:.

–Firma, o te comerán los tiburones.

–¡Firmaré!

X estampó su firma en el siguiente documento:

A bordo de la *Whisper* 10 de agosto de 1776

Por mi propia y libre voluntad y sin coacción alguna, confieso por la presente que obtuve del capitán Teach Turlock, de Patamoke, cien acres de su mejor tierra por medio de fraude, engaño,

malversación y robo, y por medio de este documento se los devuelvo en su totalidad al citado capitán.

JONATHAN WlLCOK

Rector de Wrentham

Testigos: John Semmes

Matthew Turlock

Cuando el grupo salió del camarote y subió a cubierta por la escala, el capitán Turlock llevó a su hijo al timón y le mostró una caja en la que se guardaban los documentos del barco.

–Esto lo protegeremos con nuestra vida -dijo a su hijo.

Para Levin Paxmore, los años 1776-1777 fueron un desastre. Incitado por Simon Steed, terminó cuatro réplicas de la *Whisper,* pero supo con consternación que tres de ellas habían sido rápidamente capturadas por los ingleses y convertidas en barcos de guerra británicos para atacar a los navíos de los colonos. La cuarta, la goleta *Good Hope,* fue enviada al Atlántico con una inexperta tripulación de granjeros del Choptank y no tardó en ser hundida, haciendo que la mordaz Ellen Paxmore dijese a su marido:

–Te advertí que no construyeras barcos de guerra. Has mandado un grupo entero, y todos se han perdido.

–El de Turlock, no.

–Pero ése no fue construido como barco de guerra -le recordó ella cáusticamente.

Le insistía continuamente para que dejara de apoyar aquella vana lucha; los británicos se mostraban victoriosos en todas partes, y ella interpretaba la rápida pérdida de las goletas de Paxmore como prueba de que Dios miraba desfavorablemente la rebelión. Predecía que no tardaría en desmoronarse.

Pero su marido continuaba trabajando.

–Es mi oficio -dijo, mientras ponía la quilla de su sexta goleta, bautizada ya por Isham Steed como la *Victory.*

–¿Prevés la victoria? – preguntó, mientras se tallaba el yugo.

–En combate, no. Pero creo que demostraremos al rey la justicia de nuestra postura y que disfrutaremos de muchas más libertades cuando **esto termine.**

En aquellos primeros años de la rebelión, Simon Steed hubo de hacer frente **a críticas decisiones. Para costear la guerra, el Gobierno de Maryland y el Congreso Continental emitieron papel moneda; se exhortó a los patriotas a que entregasen su moneda metálica y aceptasen aquellos pagarés, y muchos lo hicieron. Rudos hombres con sólo unos pocos chelines en metálico se apiñaban ante la aduana y cambiaban su dinero bueno por malo, y eran aplaudidos por su patriotismo.**

–¿Entregaremos nuestras monedas? – preguntó Isham una tarde en que **los jueces y funcionarios de Annapolis habían ejercido presiones en ese sentido.**

–Aún no -respondió obstinadamente Simon, resistiendo a todos los argumentos-. Ese papel moneda no vale nada. Nosotros continuaremos con nuestro dinero y veremos cómo se derrumba el papel.

Y tenía razón. Al cabo de pocos meses, el papel se depreció, primero en proporción de un dólar y medio en papel por uno en moneda; luego, de dos y medio, y no tardó en llegar a diez dólares en papel por uno de moneda. Cuando se llegó **a este nivel, y como continuasen las presiones patrióticas, Isham preguntó:**

–¿No podríamos comprar algo ahora?

Pero Simon se limitó a mirarle fijamente y, luego, predijo:

–Veremos vender el papel en proporción de treinta a uno.

Y antes de que acabara el año estaba a cuarenta. – ¿Ahora? – preguntó Isham.

Simon meneó de nuevo la cabeza, pero un día entró en el despacho con claras muestras de excitación.

–El papel ha caído a ochenta a uno. Ahora es el momento de comprar.

–¿Pero no se desplomará del todo? – preguntó Isham-. ¿Quinientos a uno?

–No -explicó Simon-. Maryland es un Estado orgulloso. Rescataremos nuestro papel. Compra todo lo que puedas encontrar.

Y los Steed empezaron a entregar su sólida moneda al tipo de ochenta **a uno, y Simon demostró tener razón. Maryland era orgulloso y rescató su papel al tipo de cuarenta a uno, lo que significaba que Simon había duplicado la fortuna de la familia. El haberlo hecho a costa de los patriotas sentimentales no le afectaba, pues, como él dijo, «la administración del dinero es una habilidad y debe ser practicada como tal».**

Para el capitán Turlock, los primeros años de la revolución fueron un caleidoscopio; un amanecer tropical ante las costas de Panamá esperando a un mercante inglés; una rápida travesía a Nueva York con provisiones; largos y plácidos viajes a Setúbal en busca de sal; una incursión por el Canal de la Mancha en persecución de una balandra inglesa; una visita a Nantes para adquirir los herrajes y las cuerdas que tanto se necesitaban en Baltimore.

La *Whisper* llegó a ser conocida como «la goleta del niño pelirrojo», pues varios capitanes informaron que al lanzarse al abordaje los filibusteros americanos iban acompañados por un chiquillo que les aguijoneaba.

–Lleva un gorro de lana estirado sobre las orejas y habla con una voz insólitamente grave para un niño de su edad. Al principio creí que era un enano, pero cuando se me acercó y dijo: «Capitán, está atrapado», vi que era un niño. Extraordinario.

El capitán Turlock tenía sólo una vaga idea del curso de la guerra; sabía que el general George Washington estaba inmovilizado en algún lugar del Norte y que los americanos parecían perder más batallas que las que ganaban, pero cuando un marinero inglés capturado dijo desafiantemente: «Cuando termine

la guerra, los traidores como tú y Ben Franklin seréis ahorcados», preguntó:

–¿Qué barco manda el capitán Franklin?

Para sorpresa de sus hombres, la guerra le enseñó a ser cauteloso. No iban con él las intrépidas incursiones en puertos enemigos, ni las luchas inútiles contra fuerzas superiores. La *Wbisper* poseía rapidez y maniobrabilidad, y estas cualidades encontraban su mejor aplicación en la táctica de atacar y huir; estaba perfeccionando en el mar la misma estrategia que los generales americanos iban adoptando en tierra: el ataque súbito, la rápida retirada, la espera, el cauteloso avance.

Pues en cualquier plan que se trazase debía tener presente que, si bien la *Whisper* podía confiar en su velocidad para huir del barco inglés medio, tres copias de ella dotadas de idéntica capacidad habían sido capturadas por el enemigo y enarbolaban ahora pabellón inglés. Su constante temor era que algún día las otras tres goletas de Paxmore convergieran en el Caribe y le plantasen combate. Eso explicaba su cautela y por qué a veces regresaba a Chesapeake con las manos vacías y, en ocasiones, incluso con graves daños que era preciso reparar.

Y entonces, a comienzos de 1777, cuando peores eran las perspectivas, Mr. Steed tuvo oportunidad de observar de cerca la destreza de su descalzo capitán.

Un tal teniente Cadwallader había llegado desde Nueva York con un mensaje urgente del general Washington, cuyas esperanzas de resistir ante los ingleses se iban desvaneciendo:

–El general tiene la seguridad de que no podemos sobrevivir otro año más si no se nos une Francia. Y con una ayuda importante, además. Steed, debe usted ir a Francia.

–Creía que Franklin estaba allí.

–Sí. Está haciendo un trabajo excelente en París. Pero los hombres de negocios, los hombres solventes de puertos como

Nantes, están convencidos de que no tenemos ninguna probabilidad de vencer.

–Yo no sería eficaz -dijo Steed, pensando en su propia incertidumbre acerca de la guerra.

–Pero podría hablar con ellos. Debe ir.

–Lo intentaré.

Y cuando Cadwallader hubo continuado viaje a los puertos más meridionales, Steed pensó: Resulta irónico. Los protestantes ingleses de Filadelfia y Nueva York siempre se burlaban de los chicos católicos que íbamos a estudiar a St. Omer: «¿Por qué no vais a un colegio de verdad como Oxford?» Pero ahora es el francés quien resulta esencial. No tenía deseo de realizar aquella misión, ni esperanza alguna de que fuese fructuosa. Creía que las colonias estaban perdidas y sólo se preguntaba qué clase de paz concedería Inglaterra. Pero tenía un alto sentido del deber, y, como se le había encomendado aquella delicada tarea, procuraría cumplirla lo mejor posible.

Era fácil para Cadwallader decir: «Vaya a Francia», pero no era tan fácil para el capitán Turlock llegar allí, pues cuando la *Whisper* se aproximó a la boca de la bahía, encontró esperando un grupo de barcos ingleses, cada uno de ellos armado con dos cañones pesados.

–¡Son siete! – gritó el joven Matt desde su posición a proa.

–Ya los veo -dijo su padre.

–¿Qué hacemos? – preguntó Steed.

–Esperar.

–¿Qué?

–El buen momento -respondió Turlock, y esperaron.

Durante cinco tediosos días, la *Whisper* navegó de un lado a otro al abrigo de las puntas de tierra, mientras los barcos británicos se mantenían en mar abierto. En dos ocasiones llegaron por el Este corsarios americanos, divisaron a los barcos ingleses y se retiraron

hacia otros puertos a lo largo de la costa, pero la *Whisper* no podía utilizar esa estratagema. Estaba atrapada en la bahía de Chesapeake y habría de continuar atrapada hasta que su capitán idease algún truco para escapar.

Durante esta irritante espera, Simon Steed se comportó como el paciente negociador que el general George Washington había supuesto que sería. Tenía cuarenta y siete años, de porte grave, erguido, y se sentía profundamente herido por la marcha de su mujer y desolado por la ausencia de su hija. Nunca se quejaba. Al comienzo del viaje había dicho a su capitán que la velocidad era esencial, y daba por supuesto que Turlock lo comprendía. A él correspondía ahora la responsabilidad de romper el bloqueo, y ninguno de los que se encontraban a bordo de la *Whisper* sabía mejor que él cómo conseguirlo.

–Lo que estamos esperando, Mr. Steed, es un viento fuerte del Oeste que se levante a las dos de la mañana.

–¿Qué se conseguirá con eso?

–Ya lo verá.

Y el séptimo día, al atardecer, el capitán Turlock se reunió con Mr. Semmes mientras el sol se hundía sobre Virginia, y observaron las nubes, y Turlock dijo:

–Esta noche, creo.

Se dirigieron al propietario y dijeron:

–Quizás esta noche. Será peligroso.

–¿Fuego de cañón?

–Mucho -respondió Turlock, y al caer la noche alertó a sus artilleros, que dispusieron balas adicionales y nuevos sacos de pólvora.

A medianoche, Steed no podía percibir ninguna alteración en el viento, pero a la una, mientras aparecía por el Este la luna menguante, notó que una leve agitación recorría las tranquilas aguas de la bahía y, luego, una serie de ráfagas dispersas, seguidas

de calma chicha. Pensó que el esperado viento nocturno se había extinguido, pero el capitán Turlock, que conocía a fondo la bahía, se movió entre sus hombres para advertir:

–Antes del amanecer. Estaremos en medio de ellos.

Contaba con que si el viento se levantaba bruscamente, como estaba seguro que sucedería, batiría la bahía de Chesapeake treinta o cuarenta minutos antes de llegar al Atlántico; en la oscuridad, los ingleses ni siquiera sabrían que él estaba en camino, a menos que conociesen mejor que él las variaciones meteorológicas, y, sin indicaciones visibles, eso era muy poco probable. En esa media hora de viento más fuerte, se proponía lanzar su goleta a toda velocidad directamente sobre el centro del bloqueo. Si chocaba con algún barco enemigo, la lucha se produciría allí, siempre con una posibilidad de huida. Lo que esperaba era que la *Whisper* pudiera escabullirse por entre los navíos congregados y enseñarles la popa en el ancho Atlántico.

A las dos menos cuarto aumentó sustancialmente la fuerza del viento, y Turlock dijo a sus hombres:

–A las cuatro será casi frescachón. Vamos.

Se izaron todas las velas útiles, es decir, los tres foques delante, las dos cangrejas y las dos cuadras bajas. Las dos cuadras de pico quedarían en reserva hasta el último momento, cuando se necesitara la máxima velocidad; largarlas en el fuerte viento que parecía avecinarse resultaría peligroso, y Turlock no quería correr ese riesgo hasta que se produjese el combate. Entonces, lo arriesgaría todo.

A las tres y media se encontraba justo al oeste de la boca de la bahía, escondido, por así decirlo, entre las bajas colinas de Virginia, pero llegado ese momento hizo girar la *Whisper* directamente hacia el Este, y, mientras la nave adquiría velocidad bajo el pálido fulgor de la luna, gritó:

–¡A toda vela, Mr. Semmes!

Y el pequeño Matt estiró de las cuerdas, mientras las cuadras altas se elevaban majestuosamente, restallando la lona al viento.

–¡A los cañones! – gritó Turlock, y se lanzó con su nave en dirección Este hacia el océano abierto.

Eran las cuatro y veinte de la mañana antes de que los bloqueadores británicos se diesen cuenta de que una gran goleta avanzaba hacia ellos. Sonaron cornetas y se gritaron órdenes, pero, con las velas mayores plegadas, los barcos de vigilancia no pudieron reaccionar rápidamente, y se produjo una gran confusión. El navío americano continuaba avanzando, con nueve velas desplegadas en el fuerte viento, la cubierta a flor de agua y la proa cortando las encrespadas olas.

–¡Fuego! – rugieron los capitanes ingleses, y los cañones dispararon…, sin dar en el blanco.

–¡No disparéis! – gritó Turlock.

Su propósito no era hundir ni averiar los barcos del bloqueo; lo único que quería era sortearlos; y lo fue haciendo con destreza sin par hasta el momento en que el capitán del séptimo barco inglés, viendo a la pálida luz que aquel temerario necio estaba a punto de escapar, ordenó a su timonel que virase y lanzara directamente su buque sobre la derrota que seguía la goleta.

–¡Ahí viene! – gritó Matthew.

No había nada que el capitán Turlock pudiera hacer, sino continuar avanzando y esperar que su superior peso y mayor superficie de hinchado velamen causaran más daños que los que fuera a recibir.

–¡Listos para el choque! – gritó, y Simon Steed, propietario de aquel excelente navío, parpadeó.

Pero en el último momento, cuando el bauprés de la *Whisper* comenzaba prácticamente a hundirse en el costado de babor del barco inglés, Turlock giró la rueda del timón lo más violentamente que pudo a estribor, acción que en alta mar habría hecho volcar a la

goleta, dada la gran extensión de velas que llevaba desplegadas en aquel viento. Pero, como había calculado, su veloz goleta chocó lateralmente con el barco inglés, más pequeño, babor con babor, y se oyó un estruendo de maderas partidas mientras el bloqueador mantenía erecta a la *Whisper.* El impacto fue tan súbito, y de tan breve duración, que la *Whisper* pareció rebotar, sin sufrir apenas daños.

El capitán Turlock giró de nuevo la rueda del timón, esta vez a babor, y mientras su navío se separaba del maltrecho enemigo, con el viento casi de través y lo bastante fuerte como para volcar a la *Whisper,* la proa se volvió majestuosamente; remitió la presión sobre las velas, el barco se enderezó y Turlock dijo a Mr. Semmes que fuera a buscar a su hijo. Cuando Matt apareció, todavía sofocado a consecuencia de la victoria lograda, su padre dijo:

–Al principio del combate pensé: «Mi hijo es un maldito imbécil.»

–¿Por qué?

–De pie en la proa, como un estúpido mascarón. Pero cuando llegó el momento de largar las velas, allí estabas tú, manejando las cuerdas. Matt sonrió.

–Y cuando sonaron los cañonazos no te escondiste.

El capitán Turlock alargó la mano y revolvió los rojos cabellos de su hijo. – Vas a ser un marinero.

Hacia el final del viaje, Steed tuvo un mal día. Se hallaba inspeccionando distraídamente una carta marina que mostraba la desembocadura del río Loira, a cuyas orillas estaba Nantes, cuando se le ocurrió que en aquel momento se encontraba a muy poco tiempo de navegación al sur de Inglaterra, y empezó a ver las gratas imágenes que ese nombre evocaba: su mujer inglesa, su hija, los honrados hombres de Fithian, la serenidad. Pensó en el sobresalto que se llevaría el capitán Turlock si le dijese: «Naveguemos dos días hacia el Norte y estaremos en Inglaterra.» Y pensó: «Cuando

termine la guerra tal vez me traslade a Inglaterra. Jane sería feliz allí, **e Isham podría dirigir la plantación.»**

Y tan pronto como formuló estos pensamientos, quedó claro que estaba imaginando, no la victoria total de que había hablado el teniente Cadwallader, la dase de victoria que al parecer quería el general Washington, sino una especie de tregua negociada a partir de la cual pudieran restablecerse las relaciones que existían antes de la guerra: «Eso es lo que yo quiero. Las colonias e Inglaterra de nuevo juntas, pero sobre una base mejor» Y luego reconoció por qué lo quería: «Porque no podemos derrotar a Inglaterra. Estamos destinados a vivir con ella. Y deseo que termine esta maldita guerra.» Volvió la vista hacia el Norte y murmuró:

–¡Inglaterra, Inglaterra!

Mientras tanto, estaba obligado a obtener de Francia la mayor ayuda posible para que los colonos pudieran ganar algunas batallas y presentarse en buena situación en la mesa de negociación. «Haré mi trabajo», se prometió, sin percatarse de que aun en aquel crítico momento todavía llamaba a su nueva nación *las colonias.* Estaba destinado a ser un poco brillante embajador.

Se encontraba allí, apartado y abrumado por la soledad, cuando **el joven Matt abandonó su puesto de vigía y fue a hablar con él.**

–Pronto avistaremos Francia -le informó el chico.

Steed hizo caso omiso de ello, así que Matt preguntó directamente:

–¿No ha vivido usted en Francia?

–Sí.

El pelirrojo chiquillo no se desalentó ante esta fría acogida.

–Allá está Inglaterra -señaló.

La solitaria figura no respondió, así que Matt continuó:

–Les gustaría saber dónde estamos. Les gustaría capturar este barco.

De nuevo silencio, y el chico siguió parloteando.

–Yo fui a Inglaterra una vez, Mr. Steed.

Silencio…, salvo el chillido de una gaviota.

–Recuerde, yo llevé a Londres a Mrs. Steed y a Penny.

Al oír el nombre de su hija, Steed perdió su indiferencia.

–¿Hizo bien la travesía? – preguntó.

–Estaba en un capazo a proa. Yo la cuidaba.

–¿Sí? Nadie me lo había dicho.

–Sí, Mrs. Steed no salía de su camarote, mareada, creo. Pero Penny y yo estábamos a proa día tras día. Le gustaba el mar.

–¡Y tú la cuidabas!

Steed meneó la cabeza y, luego, rebuscó en el bolsillo, del que sacó un brillante *half-joe*.

–Quisiera darte esto por la molestia -dijo, entregando a Matt la moneda.

El chico no se hizo de rogar; conocía el valor de un *joe* portugués y se lo guardó con un:

–Gracias, Mr. Steed.

–¿Dónde solía estar? – preguntó Steed.

–El capazo estaba aquí. Yo lo sacaba todas las mañanas.

Y Simon Steed se pasó el resto del día en la parte delantera del barco, mirando primero al Norte, hacia Inglaterra, y luego a la cubierta en que había reposado el capazo.

Entraron en el Loira por St. Nazaire, donde un tosco fuerte fingía proteger la integridad del río, pero era dudoso que los cañones tan orgullosamente visibles pudieran resultar muy eficaces. Un piloto francés que subió a bordo para ayudarles a remontar el hermoso río no hizo sino aumentar el pesimismo de Steed al decirle:

–No concedemos muchas esperanzas a las colonias. Serán los barcos los que venzan, e Inglaterra los tiene.

Cuando llegaron al muelle de Nantes encontraron a los comerciantes ingleses sumamente interesados en el caviar que

llevaban, pero despectivos respecto a su misión principal.

–No les vemos salida a los americanos. En realidad, Steed, creemos que haría usted mejor en permanecer con Inglaterra.

–Entonces, ¿por qué luchan ustedes por proteger su independencia? Guerra tras guerra, y siempre contra Inglaterra.

–Nosotros somos una nación. Con un ejército. Con barcos. El destino de ustedes es colonial.

Adondequiera que iba en Nantes, era lo mismo. Todos los comerciantes franceses esperaban que algún día les ocurriera algo malo a los ingleses, y si resultaba que las colonias eran la causa del desastre, estupendo. Steed oyó muchas expresiones de hermandad y buena voluntad, seguidas por fríos cálculos de que Inglaterra no podía por menos de ganar la guerra. Cuando cenó con los Montaudoin, dictadores de la economía del Loira, su sobrino, que había conocido a Steed de estudiante, se deshizo en alabanzas a las colonias del Sur.

–Hermosa tierra, gente magnífica. Estamos encantados de tenerte con nosotros, Simon.

–¿Informarás de tu entusiasmo a París? – preguntó bruscamente Steed.

–Socialmente, desde luego. ¿Políticamente? Me temo, mi querido amigo, que no tenéis la más mínima probabilidad.

Recurrió a cada una de las firmas con las que había sostenido relaciones comerciales -los Bailly, los Brisard du Marthres, los Pucet Fils-, y de todas recibió la misma respuesta:

–Las colonias no pueden ganar. Acepten la mejor paz posible y olviden lo demás.

Realizó el largo viaje por tierra hasta Lorient, puerto en que mantenían oficinas otras firmas más emprendedoras, pero también éstas se mostraron dubitativas:

–Nosotros, los franceses, somos prácticos. Si existiera alguna probabilidad de que lograran mantener su independencia respecto

de los ingleses, les apoyaríamos al diez mil por ciento. No hay ninguna probabilidad.

La firma de Berard, con la que Steed había realizado numerosas transacciones comerciales, organizó una cena de gala en honor de Steed, no en su calidad de negociador político, sino en la de apreciado cliente, y cuando los importantes caballeros de la región estuvieron reunidos, un tal Monsieur Coutelux resumió la actitud general:

«Hemos seguido con extrema atención los acontecimientos de las colonias y hemos tomado nota con aprobación de su decisión, comenzada en 1774, de liberarse de la dominación comercial ejercida por Londres. Su resistencia a los diversos impuestos, su insistencia en gozar de libertad para enviar su tabaco directamente a Francia, en lugar de hacerlo vía Bristol, su acusada inclinación a un estilo francés de autogobierno…, todo esto nos estimula. Están ustedes en el camino adecuado, Steed. Pero cuando desafían el poderío militar inglés, especialmente su superioridad naval, están cometiendo una auténtica estupidez, y no deben esperar que les respaldemos en su locura.

»Compréndalo, Steed, somos tan opuestos a Inglaterra como siempre. Simplemente, nos limitamos a esperar el momento adecuado para asestarle el golpe de gracia. Puede ser en España, o en Italia, o en algún lugar desconocido, como la India, pero en alguna parte, de alguna manera, estamos destinados a gobernar Europa, e Inglaterra a quedar relegada a un papel secundario. Pero el lugar adecuado no pueden ser las colonias. Ustedes no poseen las fuerzas de combate, el ejército, la industria ni la Marina. Lo mejor que puede hacer, y esto se lo digo desde el fondo de mi corazón, es regresar, hacer la paz con Londres y esperar el día en que Francia aseste a Inglaterra el golpe mortal. Entonces, y sólo entonces, serán ustedes libres.»

Descorazonado, Steed regresó a Nantes, subió a bordo de la *Whisper* y consultó con su tripulación.

–Yo debo quedarme en Francia hasta que consiga obtener ayuda. Pero vosotros sois libres de marcharos. Capitán Turlock, ¿está dispuesto a romper otra vez el bloqueo?

–Siempre.

–Puede terminarse su buena suerte.

–Tengo trucos que aún no he utilizado.

Quedó convenido, pues, a crédito, que el capitán Turlock cargase la *Whisper* con telas, herrajes, sal, brújulas náuticas y todos los artículos manufacturados que tanto necesitaban las colonias, volviese a América y regresara para recoger a Steed. Así, pues, un radiante día, Turlock zarpó Loira abajo y salió al Atlántico.

Cuando se hubo ido, Steed comenzó su trabajo serio. Volvió pacientemente a visitar a cada comerciante, explicándole en francés coloquial por qué los colonos merecían ser ayudados en su resistencia ante Inglaterra.

–Sé que llevamos luchando contra ellos desde 1775 sin ningún resultado. Pero continuamos en el campo de batalla y nos vamos haciendo cada vez más fuertes. Créame, querido amigo, nos vamos haciendo más fuertes.

Cuando se echaban a reír, preguntaba:

–Entonces, ¿por qué confió su cargamento a mi capitán? Porque sabe que logrará pasar a través del bloqueo. Dentro de siete meses volverá para recoger nueva carga. Usted lo sabe.

Regresó a Lorient, bajó por la costa hasta La Rochelle, y cuanto más hablaba, menos conseguía. Era quizá demasiado francés para exponer bien la causa de las colonias; no podía transmitir la extraordinaria realidad del granjero de Blue Ridge o de un tejedor de Massachusetts. Y entonces, cuando mayor era su desaliento, fue salvado por un compatriota americano que hablaba el idioma local.

Benjamín Franklin, principal abogado de las colonias en Francia, llegó a Nantes para reunirse con los dirigentes de esa ciudad, de Lorient y de La Rochelle. Los Montaudoin pusieron a su disposición un pequeño castillo, y allí fue donde le conoció Steed.

Tenía más de setenta años y era calvo, barrigudo, bizco y tan vivaracho como una castaña en el fogón. Llevaba un atuendo agresivamente americano, con un sombrero de piel de mapache y un nudoso bastón de cerezo. Hablaba un abominable francés con un vigor que hacía que sus declaraciones sonaran nuevas y desafiantes. En las solemnes cenas que daba, rechazaba el sentimentalismo y nunca hablaba de la valiente lucha de América; apelaba siempre a los intereses fundamentales de Francia, y cuanto más materiales los hacía parecer, mejor.

–Nosotros estamos haciendo vuestro trabajo sucio, y lo único que buscamos es un apoyo tangible. Buscamos el privilegio de comerciar libremente con vuestras ciudades portuarias, con beneficios para vosotros. Queremos establecer en el Nuevo Mundo un contrapeso al Viejo, y esto será ventajoso fundamentalmente para vosotros.

Era un hombre sorprendente. Había traído de París una misteriosa mujer a la que presentaba, simplemente, como Madame de Segonzac; no se explicaban su identidad ni sus relaciones con Franklin, pero éste la trataba con suma deferencia y contaba con ella para persuadir a sus huéspedes. Le gustaba también pasear por las calles de Nantes y visitar a los tenderos que habían importado para la ocasión los extraordinarios objetos de recuerdo que inundaban París: tazas de té con el retrato de Franklin montado en porcelana; cajitas de rapé decoradas con esmaltados gorros de piel de mapache; cojines de seda con retratos bordados; y hojas que contenían su rostro y citas de *Poor Richard.* Estos groseros y pragmáticos aforismos era lo que hacían que los franceses apreciaran a aquel grotesco americano; a su bárbara forma, hablaba

su idioma. Pero nada de cuanto logró en Nantes superó su actuación una tarde en que paseaba por una abarrotada calle próxima al puerto. Allí, un emprendedor comerciante de Córcega había importado tres de los grandes orinales de porcelana que contenían en su exterior retratos de Franklin, y en su interior, esmaltadas representaciones de la gorra de piel de mapache. Centenares de ellos habían sido vendidos ya por toda Francia, pero aquéllos eran los primeros en Nantes, y, al verlos, Franklin se detuvo, habló con el corso y contempló aprobadoramente cómo uno de los orinales era colocado en medio de la calle. Luego, entre risotadas de los marineros, les mostró el aspecto que tendría sentado en su propio instrumento. La algazara fue grande, y al cabo de dos días la historia había llegado a la mayor parte de los puertos occidentales.

En sus grandes reuniones nunca parecía serio, pero siempre lo era. Transmitía un solo y único mensaje: los Estados Unidos vencerán. Y antes de llevar una semana en la costa empezó a convencer a aquellos tenaces comerciantes de que les interesaba ayudar al joven país, no porque los Estados Unidos se apoyaran en principios filosóficos derivados de Francia, ni porque existiese una intrínseca hermandad entre los dos países, sino porque, haciéndolo, los franceses podrían fastidiar a los ingleses y, al mismo tiempo, ganarse una buena cantidad de libras tornesas.

Franklin y Steed trabajaron juntos durante dos meses, y cuando Turlock hubo vuelto con la *Whisper* a Nantes y llegó el momento de partir, el anciano dijo:

–Simon, tu ayuda ha sido inestimable.

Steed, consciente de que sólo tibiamente había apoyado a Franklin, ya que no creía en una victoria final americana, murmuró:

–Yo no he hecho nada. Era a ti a quien querían oír.

–Yo era el payaso que atraía su atención. Era necesario que tú estuvieses allí para representar la otra cara de nuestro esfuerzo.

Se echó a reír, y luego le acarició a Steed la barbilla como si fuese un chiquillo.

–Tú eras el elemento respetable, y, créeme, Steed, los hombres de negocios franceses están hambrientos de respetabilidad. Nunca tratan con Bancos que se hallen en dificultades.

Luego se puso serio. Con mano firme, obligó a Steed a darse la vuelta, hasta que ambos quedaron frente a frente.

–Cuando empezamos nuestro trabajo no creías que pudiéramos vencer. Me daba perfecta cuenta de ello. ¿Lo crees ahora?

–Estoy confuso. Me parece que deberíamos permanecer con Inglaterra.

Franklin no protestó.

–Vamos a tu goleta -sugirió.

Y cuando tomaron asiento en el camarote del capitán Turlock, dijo con vehemencia:

–Simon, estamos destinados a vencer. Sé que nuestros ejércitos se baten en retirada en todas partes y que no tenemos Armada. Pero el gran impulso de los deseos humanos está de nuestra parte, y no podemos ser derrotados.

Señaló hacia la puerta del camarote y dijo:

–Mírale. El nuevo americano.

Y allí estaba el capitán Turlock, descalzo, mugriento por el trabajo en el barco, vestido casi de harapos, pero presto a abrirse paso hasta el puerto de Bristol si así se le pedía.

–¿Por qué le elegiste como capitán? – preguntó Franklin.

–Porque sabe…, sabe lo que puede hacer un barco.

–El general Washington te eligió a ti para venir aquí porque tú sabes. Sabes lo que una plantación puede hacer. Ahora, abre los ojos, hijo, y observa lo que una colección de hombres como tú y el capitán Turlock pueden conseguir.

Se levantó en un estado de euforia y peroró, como si estuviera tratando de persuadir a los comerciantes de Nantes:

–Nosotros podemos rehacer el mundo. Vamos a vencer, Simon.

Y a partir de aquel momento en el puerto de Nantes, Simon Steed no volvió a dudar jamás; desechó su cauteloso amor a Inglaterra, su romántico anhelo de las viejas seguridades y se lanzó a la pleamar de la revolución.

Como resultado de lo que él y Franklin consiguieron la semana siguiente, la sólida comunidad comercial de la costa francesa despertó a la probabilidad de que los Estados Unidos pudieran realmente ganar su guerra de desgaste y convertirse en un importante centro comercial. Disminuyó la oposición a la participación francesa en lo que hasta entonces se había considerado un simple alzamiento idealista más, y quedó preparado el camino para la intervención de aquel extraordinario trío de genios militares franceses que se unirían a Lafayette en la ayuda a los Estados Unidos para el mantenimiento de su independencia: Rochambeau, Bougainville y, sobre todo, De Grasse.

Cuando llegó el momento en que Steed debía regresar a Devon, Franklin le confió:

–He escrito al Congreso sugiriendo que seas nombrado agente para los Estados meridionales.

–¿Para qué?

–Para la adquisición de pertrechos.

–No entiendo.

–Barcos. Hombres como el capitán Turlock. Dispérsalos por la faz del océano. Adquiere mosquetes y pólvora y balas y tela para uniformes. Steed, un ejército sobrevive a base de cosas… como pollos y cañones de bronce. Consigue esas cosas.

Simon Steed era la clase de hombre para quien una sugerencia concreta era una orden, y en el impulso del momento preguntó:

–¿Qué debo llevarme ahora?

Y la respuesta le dejó atónito:

–Nada. Sal de Nantes con las bodegas vacías.

–Es desperdiciar…

–Irás a St. Eustatius.

–¿Esa minúscula isla?

–Minúscula, pero poderosa. Es propiedad de los holandeses, y hemos estado reuniendo allí un conjunto de materiales y pertrechos que no imaginas.

–¿Qué vamos a utilizar como dinero?

–Crédito. Tu crédito.

–Parece muy arriesgado.

–Estamos metidos en un riesgo tan grave, que me asusta. Tu riesgo se encuentra en St. Eustatius.

Se separaron, empeñado cada uno de ellos en una jugada de dimensiones vertiginosas: fracasar significaba la ruina y la muerte en el patíbulo; vencer significaba la creación de una nación fundada en nuevos principios cuyas posibilidades sólo borrosamente se vislumbraban. En el hostil puerto de Nantes, donde nadie creía que América pudiera sobrevivir, Simon Steed se había convencido de aquellos nuevos principios, y estaba dispuesto a consagrarlos su fortuna y su vida.

–Zarpamos esta noche -dijo al capitán Turlock.

–¿De vacío?

–Sí. A St. Eustatius.

–Nunca he estado allí -dijo Turlock, pero se mostró dispuesto a ir.

Que cualquier marinero pudiera encontrar St. Eustatius era un milagro, pero mayor milagro le esperaba cuando la encontraba. En primer lugar, era una de las islas más pequeñas de la Tierra, una volcánica y rocosa punta de alfiler perdida en un enjambre de islas del norte de Guadalupe. El capitán Turlock, buscándola a través de un banco de nubes, casi había decidido ya que no existía, cuando su hijo gritó:

–Capitán, tierra a babor.

Y allí, emergiendo del mar como un misterioso centinela, se alzaban las melladas costas de St. Eustatius.

Mientras la *Whisper* maniobraba para entrar en el diminuto puerto, Simon Steed quedó desconcertado ante lo que veía: un litoral abarrotado de grandes almacenes; tanto cordaje y algodón, que las balas permanecían al aire libre, sin protección; no había Policía, ni soldados, ni cañones navales protegiendo el lugar; y en las angostas aguas entre los promontorios, no menos de sesenta barcos. Se enteró de que todos los días llegaban a puerto cinco o seis buques con las bociegas llenas de mercancías procedentes de Europa y África, al tiempo que un número igual zarpaba con esas mercancías a bordo, rumbo a las colonias americanas combatientes. Como se lamentó un almirante británico, furioso ante la insolencia del lugar: «Es el islote más rico que jamás ha existido sobre la Tierra.»

Se desenvolvía en una atmósfera de cuento de hadas; era propiedad de los holandeses, que no estaban en guerra con nadie, pero las mercancías que allá llegaban eran remitidas por comerciantes de todas las naciones: Rusia, Suecia, Portugal y, especialmente, Francia e Inglaterra. Esto último resultaba particularmente irritante para los británicos: proveedores ingleses de efectos navales que se negaban a abastecer barcos ingleses en Plymouth consignaban subrepticiamente sus mejores mercancías a St. Eustatius, donde eran vendidas a barcos americanos que luchaban contra Inglaterra. Asimismo, muchos mercantes que zarpaban de Londres con documentos que señalaban Italia o Grecia como puntos de destino, cambiaban súbitamente de rumbo al sur del Canal y se apresuraban a dirigirse a St. Eustatius, donde triplicaban sus beneficios.

El capitán Turlock no podía atracar en ningún muelle; tenía treinta barcos delante de él. Pero desde su fondeadero se dirigió a tierra en un bote de remos para adquirir el material de guerra que se

necesitaba a lo largo de la bahía de Chesapeake: los más fuertes cordajes ingleses, bronces franceses de doble grosor, mosquetes de Austria y sal de Polonia. Compró sabiamente, a una veintena de comerciantes que hablaban muchos idiomas distintos, y cuando se sumaron todas las facturas, Mr. Steed expidió cartas de crédito. Con la *Whisper* tan pesadamente cargada como lo permitía su maderamen, levó anclas y puso rumbo al Norte, sin la más mínima idea de cómo atravesar el bloqueo inglés ni en qué puerto entrar si lo conseguía.

Fue una plácida travesía con vientos favorables, pero terminó bruscamente, pues una nutrida escuadra inglesa patrullaba ante la bahía de Chesapeake, y ni siquiera un astuto simulador como Turlock podía deslizarse a su través. Continuó navegando con rumbo Norte hacia Boston, pero fue interceptado por una fragata americana, una patética embarcación de inexperta tripulación y con pocos cañones, cuyo capitán gritó por el megáfono:

–¡Vuélvase! No puede entrar en Boston.

Así, pues, la *Whisper* y su preciada carga derivaron hacia el Sur, esperando atracar en algún lugar de las Carolinas, pero también éstas se encontraban ribeteadas de barcos de guerra ingleses, y, en un acceso de desesperación, Turlock dijo al propietario:

–Mr. Steed, lo mejor que podemos hacer es vararla en alguna playa de los condados de Delaware y llevar la mercancía por tierra.

Mr. Semmes convino en que no cabía otra estrategia, de modo que Steed hubo de dar su aprobación.

–Pero se perderá el veinte por ciento de la carga.

A lo que Turlock respondió:

–Aumente un cuarenta por ciento el precio.

En consecuencia, la *Whisper* avanzó cautelosamente hacia el Norte, muy alejada de tierra para que la escuadra formada ante Chesapeake no la detectara, y al llegar a la latitud de Lewes, en la

costa de Delaware, viró bruscamente hacia el Oeste y se dirigió velozmente a tierra. Allí, en la desembocadura de un pequeño río, echó el ancla, se arriaron los botes y comenzó la tarea de descarga. Antes de que fuera desembarcada la primera partida, aparecieron hombres de los condados de Delaware, y se organizaron grupos para acarrear aquellos cruciales pertrechos militares a través de la península hasta la costa oriental de Chesapeake, desde donde serían transbordados a Baltimore.

–Se os pagará -prometió Steed a los hombres de Delaware.

–Se nos pague o no, llegaremos a Baltimore.

Eran hombres que llevaban tres largos años combatiendo contra los ingleses; la victoria parecía más lejana que nunca, pero rendición era una palabra que jamás usaban.

Cuando la goleta quedó vacía, Steed dijo a su capitán:

–Vuelve a St. Eustatius. Haz todos los viajes que puedas.

Y así comenzó el tráfico entre el almacén holandés y las colonias. En los años subsiguientes, siempre que un cargamento atravesaba el bloqueo británico, Simon Steed se hacía cargo de él. Tomaba nota de cada objeto, le atribuía el máximo valor posible, lo entregaba al inexperto Gobierno y se reservaba una comisión del treinta por ciento sobre el inflado coste de las mercancías. Si la guerra continuaba, y si el capitán Turlock proseguían sus audaces correrías, los Steed serían millonarios; y no en dólares, sino en libras esterlinas.

Pero a fines de 1777, los acontecimientos tomaron mal cariz; intrépidos capitanes ingleses convirtieron la bahía de Chesapeake en un lago inglés. Se adentraron audazmente hasta el fondo de la bahía, desembarcaron allí un enorme ejército y avanzaron sobre Filadelfia, esperando cortar en dos a las colonias, poner fuera de combate a las del Norte y, luego, hacer lo mismo con las del Sur.

Llegó al Choptank la noticia de que se había librado una importante batalla a lo largo de las orillas de un río llamado

Brandywine y que había caído Filadelfia, y que el general Washington sólo había logrado salvarse de la aniquilación retirándose a los alrededores de una herrería llamada Valley Forge. Era dudoso que pudiera recuperarse lo suficiente como para oponerse a los ingleses; parecía próximo el colapso de la revolución.

Una escuadra de barcos ingleses remontó audazmente el Choptank, fondeó frente a Patamoke y bombardeó la ciudad. Como no surgiera ninguna oposición, bajaron a tierra grupos de desembarco, y un teniente de flamante uniforme oro y azul anunció:

–Hemos venido a quemar ese infame nido de sedición que es el Astillero de Paxmore.

Y con llameantes antorchas, sus hombres prendieron fuego a los cobertizos de madera y se retiraron.

En aquellos momentos se encontraba en las anguilas la casi terminada *Victory;* las perchas no estaban aún colocadas y faltaba una pequeña labor de calafateo, pero era casi una goleta, y se la necesitaba desesperadamente. Así, pues, cuando más intensas eran las llamas y parecía que aquel precioso navío iba a quedar reducido a cenizas, Levin Paxmore, contorneados por el fuego sus oscuros cabellos, se precipitó al sentenciado astillero y empezó a cortar las traviesas que sujetaban a la *Victory* sobre las anguilas, confiando en que, una vez que quedase libre, se deslizara por la vía hasta las aguas del puerto, donde se podrían apagar las llamas que llegasen a alcanzarla.

Cuando quedó claro lo que Paxmore se proponía, varios hombres de la ciudad se congregaron para alentarle, indiferentes a las salvas finales disparadas por los barcos ingleses al retirarse, pero ninguno hizo ademán de penetrar entre las llamas para ayudarle a cortar las traviesas, pues el calor era demasiado intenso.

Ellen Paxmore, enfurecida por el bombardeo, y alertada por el resplandor de las llamas que iluminaban el cielo, había ido al astillero y comprendido al instante lo que su marido intentaba hacer. También ella se sentía consternada ante la idea de que aquella magnífica goleta quedase destruida por el fuego, y, como nadie ayudaba a Levin, cogió un hacha y desapareció entre las llamas, pero había elegido un punto que nadie habría podido dominar; el fuego era muy intenso, y tuvo que retirarse.

Un esclavo llamado Pompeyo -nombre que, con ánimo de mofa, le había puesto algún plantador versado en los clásicos- presenció el valeroso intento de Mrs. Paxmore y apagó con sus manos desnudas las chispas que amenazaban su vestido gris. Luego cogió el hacha y se lanzó entre las llamas, donde partió dos de las traviesas.

–¡Se está moviendo! – rugió la multitud, y la *Victory* se deslizó por las anguilas, cogió velocidad y llegó al agua, con un chapoteo.

Los hombres estaban ahora más que dispuestos a saltar a pequeños botes y congregarse en el barco prematuramente botado, arrojando agua sobre las vacilantes llamas y amarrándolo a la costa. Levin Paxmore se cercioró de que su nueva goleta estaba a salvo, aunque su astillero había quedado reducido a cenizas y se dirigió tristemente a casa, esperando ser curado allí de sus quemaduras. En lugar de ello, se vio enfrentado a la discusión más profunda de su vida, pues su mujer le estaba esperando, sin ocuparse de sus propias quemaduras.

Ellen: ¿Te has dado cuenta, Levin? El único hombre lo bastante valiente como para prestar ayuda ha sido el esclavo Pompeyo.

Levin: No le he visto.

Ellen: Tú nunca ves. Pompeyo saltó al fuego. Pompeyo me ayudó a apagar las llamas que me quemaban el vestido. Pompeyo cortó las traviesas. ¿No significa eso nada?

Levin: Significa que hemos salvado la *Victory.*

Ellen: Significa que es un hombre, un hombre bueno. ¿No puedes ver la terrible injusticia que es mantener en la esclavitud a un hombre semejante?

Levin: Me duelen las manos.

Ellen: A mí me duele el corazón. Levin, no puedo soportar un día más en esta situación. Estas colonias están luchando por la libertad. Hombres como Simon Steed realizan milagros en nombre de la libertad, pero ignoran el problema más grave de todos. Justo en la puerta de su casa.

Levin: Pompeyo es un buen esclavo. Cuando me lo alquilan, lo trato con justicia.

Ellen: ¿Con qué derecho te consideras facultado para tratar justa o injustamente? ¿Eres un Dios porque eres blanco?

Levin: ¿Qué quieres que haga?

Ellen (bajando la voz y cogiendo las quemadas manos de su marido): El próximo Primer Día quiero que te levantes y propongas que, en lo sucesivo, ningún cuáquero que posea un esclavo pueda continuar perteneciendo a nuestra asamblea.

Levin: Lo has intentado ya una docena de veces.

Ellen: Pero tú no; y tu palabra tendrá mucho peso.

Levin: Estoy ocupado construyendo goletas. Steed ha dicho, extravagantemente, supongo, que están ayudando a garantizar la libertad.

Ellen: Una guerra mayor que la que se está librando en Chesapeake.

Levin: ¿Qué quieres decir?

Ellen: Sin duda, estas colonias tendrán su libertad, de una forma u otra.

Inglaterra, o una confederación, ¿qué importancia tiene realmente? Pero la libertad de los hombres…

Levin: Eso también llegará…, a su debido tiempo.

Ellen: ¡No! (Su voz volvió a elevarse.) Hace más de cien años, en esta dudad, Ruth Brinton Paxmore suplicó a los cuáqueros que dieran la libertad a sus esclavos. Nada sucedió. Hace cincuenta años, tu abuela formuló la misma petición y con los mismos resultados. Dentro de cincuenta años, mi nieta pronunciará las mismas palabras en el desierto, a menos que tomemos…

Levin: La esclavitud desaparecerá por sí sola, tú lo sabes.

Ellen: Sé que persistirá eternamente, a menos que las personas buenas luchen contra ella. Levin, debes dar testimonio el Primer Día.

Levin: No puedo injerirme en una discusión que no me concierne…

Ellen: ¡Levin! Un hombre negro me ha salvado hoy, ha saltado entre las llamas como una salamandra. ¿Le dejarías tú en el fuego?

Levin: No puedo seguir cuando te entregas a hipérboles.

Ellen: Y yo no puedo descansar ya en esta casa mientras un solo miembro soporte la esclavitud. Levin, debo hacer mi cama en otra parte.

Levin (dejando caer la cabeza sobre la desnuda mesa): He perdido mi astillero, mis herramientas. Y me arden las manos. Necesito ayuda, Ellen.

Ellen: Y perderás tu alma inmortal si le vuelves la espalda a Pompeyo. También él necesita ayuda.

Levin (poniéndose en pie de un salto): ¿Qué pides?

Ellen: Tu testimonio… en público… el próximo Primer Día. (Silencio y, luego, con voz dulce.) Levin, te has estado preparando para este día. Te he visto observar a los negros de esta ciudad. Ha llegado el momento. Creo que el fuego ha servido de señal… para el futuro.

Levin: ¿Puedes ponerme un poco de grasa de oso en las manos? Me queman. Me queman terriblemente.

Ellen (aplicando la grasa): ¿Significa esto que hablarás?

Levin: No quería. En estos asuntos Dios se mueve despacio. Pero Pompeyo es un hombre decente. ¿Dices que fue él quien cortó las maderas de sujeción?

Ellen: Sí. Pero él no justifica tu apoyo con su comportamiento. Lo justifica con su sola existencia.

Levin: Supongo que ha llegado el momento. Daré testimonio por ti.

Ellen: No por mí, ni tampoco por Pompeyo, por la ayuda que ha prestado. Por el gran futuro de esta nación…, el futuro que vio Ruth Brinton.

Así, pues, un Primer Día de finales de 1777, la Asamblea de Patamoke se sobresaltó al encontrarse en medio de un debate que destrozaría la iglesia. Los miembros habían acudido a la reunión esperando que se le ofrecieran palabras de consuelo a Levin Paxmore por la pérdida de su astillero, o que se elevaran oraciones en acción de gracias por haberse salvado la ciudad de la acción de los ingleses. En lugar de ello, después de nueve breves minutos de silencio, Levin Paxmore se levantó, con las manos vendadas y el pelo chamuscado:

«La Biblia dice que a veces vemos por un espejo y oscuramente. Para mí fue necesario que un gran fuego destruyese mi obra, pero en aquellas llamas se movía una figura comparable a Shadrach, Meshach y Abednego. Era el esclavo Pompeyo, propiedad de un miembro de esta asamblea que lo alquila a otros. Yo no vi lo que Pompeyo realizó, pero se me ha dicho que demostró gran valentía y que a él corresponde el mérito de haber salvado la goleta.

»En los días transcurridos desde el incendio no he dejado de preguntarme cómo podía ser que un esclavo sin nada que ganar y con todo que perder se arrojase al fuego para salvar mi goleta. Y la única respuesta aceptable consiste en que Pompeyo es un hombre exactamente igual que yo. Respira como yo, y come, y trabaja, y

duerme cuando está cansado. ¿Cómo lo sé? Porque ayer le vi junto al muelle, y sus manos estaban vendadas como las mías. El fuego le quema a él igual que me quema a mí. (Al decir esto, levantó en alto las manos, y muchos empezaron a sentirse incómodos.)

»Por lo tanto, hoy me retracto de todo cuanto anteriormente he alegado en esta asamblea. Los esclavos deben ser liberados. En el nombre de Dios y de Jesucristo deben ser liberados, y ningún hombre se atreva a llamarse a sí mismo cuáquero y también dueño de esclavos.»

La asamblea se disolvió en un espíritu de consternación. Levin Paxmore era su miembro más próspero, y también uno de los más sensatos. Los que se oponían a cambiar habían contado siempre con disfrutar de su apoyo: «Avancemos poco a poco. Dejemos esto para estudiarlo en la próxima Asamblea Anual.» Y ahora había roto el pacto y exigido sin rodeos la manumisión inmediata bajo pena de expulsión.

En la Asamblea trimestral de diciembre de 1777, los cuáqueros del Choptank se convirtieron en el primer grupo religioso importante del Sur que proscribía la esclavitud entre sus miembros. Pese al gran prestigio de Levin Paxmore, la propuesta fue encarnizadamente combatida, y se necesitaron dos días para que el secretario averiguase la voluntad general; aun entonces, siete hombres obstinados abandonaron violentamente la sala jurando renunciar al cuaquerismo antes que a sus esclavos.

Habían sido necesarios más de cien años para que ésta, la más liberal de las sectas cristianas meridionales, decidiese que la esclavitud humana era incompatible con los principios cristianos; las sectas más conservadoras necesitarían un siglo más.

Cuando se anunció la decisión, Levin Paxmore se tocó las manos cubiertas de cicatrices y dijo a su mujer:

–El ardor ha cesado.

Y ella sabía por qué.

Para los americanos que vivían en el interior de la bahía de Chesapeake, la crisis culminante de la revolución se produjo en 1781. Realmente, el futuro de América, y quizá del mundo, se encontraron entonces en peligro, pues parecía que el intento de autogobierno iba a ser aplastado, y, con él, las esperanzas de millones de personas en toda Europa de poder disfrutar de una vida mejor.

En el aquel año, el Ejército inglés, consolidado al fin bajo una sucesión de audaces generales, empezó a machacar al Sur. Victoria tras victoria, aplastaron a los tenientes del general Washington en Georgia y Carolina del Sur, y quedó claro que unos cuantos granjeros coloniales, por valientes que fuesen, no tenían nada que hacer contra centenares de bien adiestrados soldados regulares ingleses, apoyados por grandes cañones.

Y cuando el general Cornwallis empezó a asolar Virginia, y el almirante Rodney congregó una escuadra de barcos de guerra en el Caribe, listos para invadir la bahía de Chesapeake, pareció evidente que la rebelión estaba condenada. Nueva York, se hallaba en manos inglesas; Filadelfia estaba neutralizada; Boston y Newport se hallaban imposibilitados de enviar ayuda, y ningún puerto importante a lo largo del Atlántico estaba abierto a los navíos americanos, aunque alguno hubiera conseguido romper el bloqueo.

Los hombres habían empezado a hablar abiertamente de derrota y a calcular entre ellos qué clase de condiciones podrían obtener de los victoriosos ingleses. Hasta el general Washington había vacilado en su obstinado optimismo, enviando a Steed de Devon una carta que resumía la situación:

¿Dónde, por amor de Dios, está la escuadra francesa que usted y Franklin me aseguraron acudiría en nuestra defensa? Sin su ayuda, y pronto, temo que estamos perdidos. Mis hombres se amotinan. El número de desertores supera al de los nuevos reclutas. No tienen comida, ni armas, ni uniformes para mantener su

dignidad ni, sobre todo, salarios. Sólo la férrea voluntad de nuestros jóvenes oficiales mantiene unido este ejército, y hay pocas esperanzas de que puedan prolongar este milagro durante el resto del año.

Amigo Steed, debemos recibir inmediatamente ayuda de Francia. ¿Tiene alguna forma eficaz de transmitir este mensaje a París? En caso afirmativo, póngase inmediatamente en marcha y dígales que el destino de la guerra está en la balanza, la cual se desplazará en sentido adverso a nosotros si nuestro empobrecimiento continúa. Necesitamos armas, alimentos, ropas y dinero, y, especialmente, una Armada francesa que levante el estrangulamiento que nos amenaza. Se lo imploro, Steed, haga algo.

No había nada que él pudiera hacer. No podía enviar cartas implorantes a Nantes, pues ningún correo podía romper el bloqueo. No podía intentar ir él mismo a Francia, pues el capitán Turlock se hallaba ausente en el Caribe. Y ni siquiera podía subir a bordo de su balandra y navegar hasta Virginia para ayudar en la lucha contra Cornwallis, porque las lanchas patrulleras inglesas dominaban la bahía. Impotente, se veía obligado a permanecer en Devon, contemplando el desastre; ni siquiera conocía el otro desastre mayor que había caído sobre sus goletas en St. Eustatius.

El capitán Turlock, en la *Wbisper,* se había sentido sumamente complacido con el sobrino de Simon Steed, Norman, como piloto de la nueva *Victory.* Era osado, pero obediente a las instrucciones, audaz, pero prudente, para proteger su barco.

–Será un excelente capitán -dijo Turlock a su hijo, mientras observaba al joven.

Habían hecho juntos tres travesías a St. Eustatius, transportando cargamentos enormes que Simon Steed vendía a los hambrientos ejércitos del general Whashington, obteniendo un beneficio en la transacción. Estaban ahora comenzando un cuarto viaje, y si

conseguían llevar las dos goletas a Boston o Savannah, podían hacer una fortuna. Así, pues, navegaron plácidamente hacia el Sur, a través de las Islas Vírgenes, manteniéndose atentos a la presencia de merodeadores ingleses. El capitán Turlock invitó a su colega a subir a bordo de la *Whisper* para una deliberación final.

–Esta vez, el plan es entrar y salir lo más rápidamente posible.

–Antes siempre nos hemos tomado tiempo.

–Algo me dice que las cosas han cambiado -repuso Turlock.

–¿En qué sentido? – preguntó el joven.

–Inglaterra se está preparando para el golpe definitivo. Demasiado movimiento.

–Yo no he visto nada.

–Yo tampoco -gruñó Turlock-. Pero las cosas han cambiado. Entrar rápido. Salir rápido.

Norman Steed no comprendía cómo un hombre podía no ver ni oír nada y, sin embargo, percibir de alguna manera que el mundo había cambiado. Presentó sus respetos al capitán Turlock y regresó en el bote de remos a la *Victory;* pero cuando las dos goletas pasaron ante St. Maarten, aquella extraña isla, medio francesa, medio holandesa, vio que el capitán Turlock había arriado un bote que se acercó rápidamente con un imperativo: «En St. Eustatius, la *Whisper* entrará primero. Estad atentos.»

Pero al aproximarse a la dorada isla, nada había cambiado. Allí estaba el bosque de mástiles, los ajetreados porteadores, la tranquilizadora bandera holandesa colgando pesadamente en el aire inmóvil. Soplaba tan escaso viento que cuando la *Victory* del capitán Steed llegó a la boca en buenas condiciones para virar a estribor, el buque realizó ese viraje, que le llevó al interior del puerto a cierta distancia por delante de la *Whisper.* Pero cuando la flamante goleta se dispuso a fondear, pues seguía sin haber sitio en ninguno de los muelles, estalló una andanada de cañonazos, fue

arrancado el mástil de la *Victory* y su joven capitán cayó muerto con dos balazos en el pecho.

El capitán Turlock decidió entrar al asalto en el puerto y vengar aquel cobarde ataque, pero no bien hubo sacado sus cuatro cañones, cuando Mr. Semmes gritó:

–¡Capitán! ¡Todos esos barcos son ingleses!

Era cierto. El almirante Rodney, comandante de la escuadra del Caribe, había acabado enfureciéndose por la insolencia de los holandeses al mantener aquel traicionero depósito de mercancías, y con una escuadra lo bastante grande como para hacer volar por los aires la isla entera, la había capturado. Luego, astutamente, mantuvo ondeante la bandera holandesa, atrayendo a filibusteros como el joven Norman Steed dentro del radio de acción de sus cañones. St. Eustatius ya no era dorada; era plomo y hierro.

Lleno de furia, Teach Turlock se alejó con la *Whisper,* dejando al joven Steed muerto, la *Victory* perdida y a su tripulación del Choptank camino de la prisión de Old Mill, en Plymouth. Ciego de ira por haber sido engañado así, recorrió el Caribe atacando a todo barco inglés que encontraba. En una gloriosa travesía, años antes, había cobrado una presa por cada uno de sus cuatro cañones, lo mejor que un filibustero podía esperar. Ahora cobró dos por cada cañón, y el botín acumulado en las entrañas de su goleta se hizo enorme… y acabó constituyendo un auténtico tormento.

Pues no podía desembarcarlo en ninguna parte. La razón principal por la que había podido campar a sus anchas a través de la miríada de islas era que Inglaterra había desplazado sus navíos hacia el Noroeste con el fin de encerrar a las colonias en un cerco de hierro. El estrangulamiento que el general Washington había temido se estaba produciendo, y no había forma de que Teach Turlock pudiese desembarcar su botín.

Y entonces, un día de finales de agosto, mientras languidecía ante las Carolinas esperando encontrar algún refugio, alcanzó a un

pequeño pesquero americano, y sus tripulantes le dieron una noticia formidable:

–¡Han venido los franceses!

Hablaron del general Lafayette, aquel hombre engreído, pero valiente, que había penetrado en Virginia, restaurando el orden y maniobrando tan brillantemente, que había copado al general Cornwallis en la península de York. Hablaron de un poderoso esfuerzo en todas las colonias para apoyar a Lafayette y lograr el fin de la guerra. Y luego comunicaron la noticia más excitante de todas:

–¡Dicen que ha llegado una escuadra francesa para despejar la bahía de Chesapeake!

–¡Eso significa que podemos volver a casa! – exclamó Turlock, y antes de que transcurrieran cinco minutos tomaba ya las disposiciones necesarias para dirigirse rápidamente hacia el Norte.

La *Whisper* presentaba una bella estampa mientras navegaba veloz rumbo a Cabo Hatteras, con el viento de babor, la proa cortando las olas, traveseada la cubierta, y el pequeño Matt escrutando la lejanía desde la proa para avistar Cabo Henry. Las gaviotas seguían su estela, describiendo círculos y lanzándose en picado, y el sol refulgía en las jarcias. Era bueno regresar a casa en tiempos agitados, permanecer con los suyos contra el enemigo.

Frente a Hatteras interceptaron otra lancha, y sus ocupantes confirmaron lo increíble:

–¡Barcos franceses protegiendo la bahía! ¡Podrás entrar sin dificultad!

Rebasados ya los bajíos de Hatteras, el capitán Turlock largó más velas, con lo que la *Whisper* saltaba a través de las aguas, logrando la velocidad que Levin Paxmore había predicho, pero al aproximarse a su término el viaje, Turlock comprendió que su balance distaba mucho de ser triunfal, pues había perdido su barco

gemelo, y maldijo a los ingleses, esperando que los franceses los aplastaran.

Entonces se oyó a proa el grito de Matt:

–¡Capitán! ¡Barcos de guerra! ¡Todos ingleses!

Y allí, moviéndose majestuosamente hacía la entrada de Chesapeake, avanzaban cuatro grandes buques en fila: *Royal Oak,* 74 cañones; *London*, 90 cañones; *Invincible,* 74 cañones; *Intrepid,* 64 cañones. Con augustos e indiferentes movimientos, se mecían sobre las olas, indómitos, tenaces. Vieron a la *Whisper,* pero hicieron caso omiso de ella; sabían que no podían capturarla en mar abierto. Su misión era aplastar al intruso francés; hecho eso no sería difícil dar buena cuenta de inoportunos barcos como la *Whisper.*

Pero Matt volvió a gritar: -¡Capitán! ¡Más!

Y siete gigantescos navíos más asomaron por el horizonte, los buques más poderosos de la Armada británica.

–¡Capitán! ¡Vienen más!

Y otros ocho altivos navíos aparecieron, aterrorizando a los marineros de la pequeña *Whisper: Monarch, Centaur, Montagu, Ajax.* Llegaron como plataformas de muerte, monstruosas máquinas de guerra meciéndose en el mar como ballenas indiferentes a los pequeños peces que las rodeaban. Cuando hubo pasado la fila, el capitán Turlock pidió a Mr. Semmes que anotara en el Diario de navegación:

4 de setiembre de 1781. Al amanecer, y al este de cabo Henry, hemos sido adelantados por diecinueve grandes navíos ingleses que se dirigían hacia Chesapeake. Que Dios en su misericordia fortalezca a los franceses, pues mañana viviremos o moriremos con sus barcos.

Los franceses no hubieran podido encontrarse en posición más débil para luchar contra la escuadra inglesa. El almirante De Grasse había llegado a la boca de la bahía de Chesapeake con una escuadra

de veinticuatro buques, pero, imprudentemente, había fondeado su flotilla en el interior; peor aún, había dado libertad a casi la mitad de sus tripulantes, que se encontraban ahora explorando las orillas de la bahía en busca de víveres y agua. Peor todavía, como ninguno de los barcos tenía los fondos revestidos de cobre como los ingleses, comenzaban a sufrir los efectos de los gusanos. Y, lo peor de todo, su posición no le permitía espacio de maniobra. Estaba atrapado, y cuando las lanchas de exploración acudieron con la noticia de que llegaba el almirante Rodney con toda la escuadra del Caribe, comprendió el peligro en que se encontraba.

Si De Grasse hubiera sido un hombre prudente, tal vez se hubiese rendido allí mismo y en aquel instante, pues el enemigo tenía de su parte todas las ventajas menos una: los buques británicos tenían fondos lisos y libres de gusanos; sus tripulaciones estaban completas y curtidas en combate; tenían a su favor la ventaja del viento y la amplitud del océano para maniobrar; y poseían cañones de enorme poder destructivo manejados por los mejores marineros del mundo. La única desventaja de los ingleses radicaba en que el almirante Rodney, jefe de acreditada eficacia en combate, no se encontraba a bordo de los barcos; su lugar había sido ocupado por un indeciso caballero de escasa experiencia bélica llamado Gatch.

La circunstancia que originó esta sustitución fue una de esas fatalidades que ocurren de cuando en cuando, como para demostrar que la historia humana no puede ser jamás una ciencia exacta: el Gobierno inglés había enviado al Caribe a su mejor almirante, Rodney, y a una plétora de sus mejores navíos. La victoria sobre De Grasse estaba asegurada. Pero cuando capturó St. Eustatius, Rodney quedó tan deslumbrado por las riquezas allí existentes y tan mortalmente tentado por la posibilidad de apoderarse de unos cuantos millones de libras, que se quedó merodeando entre los almacenes y perdió el tiempo entre las tiendas abarrotadas de

géneros, y, al final, incluso requisó una pequeña escuadra de los mejores navíos para que le llevasen con toda pompa a Londres. Su ausencia, y especialmente la ausencia de los barcos que había apartado para su uso personal, daba a la atrapada escuadra francesa una pequeña oportunidad de escapar.

Naturalmente, el capitán Turlock ignoraba la ausencia de Rodney, y al despuntar el alba en la mañana del cinco de setiembre, se estremeció. Mirando desde distancia segura de la costa, «como un mosquito observando a unas águilas», dijo, vio los grandes navíos ingleses formar en flecha y avanzar hacia la boca de la bahía, donde los atrapados barcos franceses podían ser destruidos en su totalidad.

–Va a ser una matanza -dijo a Mr. Semmes, y, volviéndose hacia su hijo, le aconsejó-: Cuando seas capitán, nunca te dejes coger en la boca de una bahía.

Luego, recordando su desastre en St. Eustatius, añadió:

–Ni en la boca de un puerto tampoco.

–¡Mire, capitán! – gritó Matt, y a lo lejos, apenas visible, apareció el primero de los barcos franceses.

–¡Dios mío! – exclamó Mr. Semmes-. ¡Van a salir!

Y allí llegaban, una fila de barcos sin apenas posibilidad de escapar, sin sitio para maniobrar ni para practicar las artes de la guerra, avanzando ciegamente fuera de su trampa con la confianza de tener una oportunidad de llegar a mar abierto: *Languedoc,* 80 cañones; *Saint Esprit,* 80 cañones: *Marsellais,* 74 cañones.

–¡Mira! – gritó Matt, y apareció el barco más poderoso de todos, el gigantesco *Ville de París,* 110 cañones.

–¡Van a lograrlo! – exclamó Mr. Semmes, dando una palmada en la espalda al capitán Turlock, pero éste no dijo nada.

Permaneció allí durante más de una hora, contemplando aquella increíble escena de veinticuatro buques franceses en inferioridad de condiciones invirtiendo el signo de la batalla mediante un acto de

supremo coraje. Cuando el último de los navíos estuvo lejos de los límites de la bahía, Turlock se volvió hacia Mr. Semmes y dijo:

–Lo hemos visto. Nadie nos creerá, pero lo hemos visto.

Como un ciervo escapando de los perros, De Grasse había saltado sus barreras y ganado espacio.

El almirante inglés reaccionó tardíamente. Su presa había salido de su encierro, pero había maniobras acreditadas para contrarrestar la acción.

–¡Virad todos! – ordenó.

Y los hombres que se encontraban a bordo de la *Whisper* contemplaron, aun a su pesar con admiración, la forma en que respondían los pesados buques ingleses. En un momento se encontraban enfilados hacia la boca de Chesapeake, y al momento siguiente estaban virando, y cuatro minutos después habían girado en su propia estela, enfilados en dirección opuesta, con un rumbo que debía llevarles a chocar con los barcos franceses, a menos que éstos se apartasen.

Con esta maniobra los ingleses recuperaron su ventaja. Recibían el viento por la cuadra de popa de babor; sus pesados cañones apuntaban a los franceses; conservaban la iniciativa.

–¡Mira bien! – murmuró Turlock a su hijo-. Nunca volverás a ver esto.

Majestuosa, solemnemente, las dos hileras de barcos se iban aproximando; a la máxima velocidad, avanzaban a menos de tres millas por hora, pero su peso era tan formidable, que Matt podía casi oír el rechinar de los mástiles.

Cada hilera tenía unas cinco millas de longitud. Los últimos navíos estaban separados por unas cuatro millas, lo cual significaba que no se aproximarían lo suficiente para participar en la batalla. Pero los que encabezaban las respectivas formaciones se iban acercando cada vez más…, cuatrocientos metros…, doscientos…,

cien… Y, finalmente, lo bastante próximos unos a otros como para poder intercambiar disparos de pistola.

–¿Cuándo van a disparar? – preguntó Matt.

–Pronto -dijo su padre.

Y una súbita e impresionante llamarada brotó de los barcos ingleses, y balas de cañón rebotaron con terrorífico efecto sobre las cubiertas francesas. La batalla por el futuro de América había comenzado.

Matt nunca olvidaría el impacto de aquella primera andanada inglesa. Se habían utilizado balas de madera con la esperanza de que despidiesen agudas astillas contra los cuerpos de los marineros franceses, y eso fue lo que sucedió. Antes de que despejara el humo las cubiertas de los barcos franceses se habían vuelto rojas y jóvenes marineros se apresuraban con sacos de arena para ayudar a los artilleros a mantener el equilibrio, pero antes de que éstos pudiesen preparar sus cañones, estalló una segunda andanada de balas de madera, que aumentó la devastación.

–¿Por qué no responden a los disparos? – exclamó Matt, lleno de frustración.

–Luchan de forma distinta -explicó su padre-. Observa los mástiles ingleses.

Y, al fijarse, Matt vio que, si bien los artilleros franceses no causaban graves daños en las cubiertas de sus enemigos, estaban empezando a derribar sus mástiles y velas.

–¿Quién está ganando? – preguntó Matt.

–Nadie lo sabe -respondió su padre.

Y, durante dos angustiosas horas, los cañones rugieron bajo el sol de verano, y los implacables buques se fueron acercando más aún; incluso se oían estampidos de pistolas. Los barcos ingleses provocaron una inimaginable devastación en las cubiertas francesas, ya escasas de hombres, y durante algún tiempo pareció que los franceses iban a derrumbarse. Pero hacia el anochecer la

terrible eficiencia de su cañoneo empezó a cobrar su tributo. Se derrumbaron los altivos mástiles ingleses, cayeron las gallardas velas. Uno tras otro, los barcos ingleses empezaron a renquear y, finalmente, acabaron alejándose.

Era curioso que en aquella culminante batalla de la revolución, en aquel combate previsto por Washington como el que había de decidirlo todo, no interviniera un solo americano. Participaron artilleros de Marsella y Burdeos, y jóvenes oficiales de Kent y Sussex, pero no americanos. No había marineros de Nantucket, ni tiradores de New Hampshire, ni balandras o fragatas de Boston. El destino de América estaba siendo decidido por franceses empeñados en mortal combate con ingleses.

Cuando terminó el día, ninguna de las dos escuadras había vencido. Ninguna bandera fue arriada. Ningún buque fue hundido. Naturalmente, los almirantes ingleses decidieron incendiar el *Terrible*, gravemente dañado, pero más tarde se consideró que esto había constituido un acto de cobardía. El capitán Turlock, que se hallaba lo bastante cerca como para ver el *Terrible* mientras se bamboleaba a merced de las olas, expresó su opinión de que «seis barqueros del Choptank podrían haber llevado ese barco hasta el Canal y capturado cuatro presas por el camino». Pero fue incendiado.

Este combate constituyó una de las batallas decisivas de la Historia, pues cuando terminó, con la línea de batalla francesa todavía inexpugnable, los ingleses tuvieron que retirarse, dejando abierta la bahía Chesapeake a la escuadra francesa. Rochambeau pudo entonces llevar millares de soldados franceses al Sur para el ataque final contra Cornwallis; el férreo bloqueo de los puertos atlánticos había quedado roto.

Fue una batalla sin nombre, un triunfo sin celebración. No consiguió nada más que la libertad de América, la creación de un nuevo sistema de gobierno con el que todos los demás acabarían

comparando los suyos y una revisión de la teoría del imperio. El único americano en situación de percibir estas consecuencias mientras sucedían era un descalzo barquero del Choptank que, en la mañana del 6 de setiembre de 1781, contemplaba cómo los grandes navíos ingleses viraban lentamente hacia el Norte y se batían en retirada.

–Ya podemos volver a casa -dijo Mr. Semmes-. No regresarán.

Entre los soldados franceses transportados por la escuadra del almirante De Grasse se hallaba un joven coronel que llevaba el ilustre nombre de Vauban, descendiente colateral de aquel mariscal Vauban que en 1705 había establecido las reglas de la guerra por asedio. El joven Vauban había ido a América para realzar su reputación, y le llenó de alegría descubrir que el general Cornwallis se había retirado a una posición fortificada de la que solamente podía ser desalojado mediante un prolongado asedio. Presentándose al general Washington, proclamó:

–Mi general, yo le mostraré cómo vencer a ese inglés.

Y, antes de que le fuera concedido permiso, aquel enérgico joven había formado un improvisado equipo cuya Biblia sería *Método de Asedio,* un manual compilado por él mismo sobre los principios del gran Vauban e impreso en París. Tan pronto como vio dónde se había instalado Cornwallis, supo lo que había que hacer.

–General Washington, es realmente muy sencillo. Un asedio clásico.

Por su propia cuenta cruzó la bahía de Chesapeake para conseguir la ayuda de Simon Steed.

–Necesito un intérprete para poder hablar con los hombres, y usted habla francés. Necesito cien trabajadores más que también sepan disparar rifles, y me han dicho que sus hombres del Choptank son los mejores.

En cuanto a la primera petición, Steed indicó que tenía cincuenta y un años y no resultaba el hombre más adecuado para un combate cuerpo a cuerpo, a lo que el joven Vauban respondió alegremente:

–Mi tatarabuelo organizó grandes asedios cuando tenía setenta años. Todo lo que usted tiene que hacer es hablar y encontrarme cien hombres.

Para reclutar a los tiradores, Steed buscó la ayuda del capitán Turlock, que dijo:

–¡Diablos!, tenemos cien Turlocks a los que les encanta luchar.

En realidad, cuando cargaron la *Whisper* de hombres y municiones, había once Turlocks a bordo, una colección de truhanes tan mugrientos y zarrapastrosos, que el coronel Vauban dijo:

–Me está usted trayendo ratas.

Cuando Steed se lo tradujo, Turlock replicó:

–Ratas almizcleras. Espere a verlas cavar.

Contingentes similares emprendieron la marcha hacía Yorktown desde todos los puntos de la Orilla Oriental, y cuando Vauban los reunió, dijo con ñorida exuberancia:

–Señores, vamos a enseñarle a América lo que es un asedio.

Llevaba un uniforme blanco y dorado, al que protegía cuidadosamente de toda mancha, por lo que los andrajosos y a menudo descalzos barqueros le despreciaban; pero cuando hubieron terminado de cavar las trincheras diseñadas por él, vieron con sorpresa que los accesos a las fortificaciones inglesas habían sido tan inteligentemente trazados que podían moverse con total impunidad, pues los tiradores ingleses nunca podían acertarles con sus disparos.

Simon Steed comprendió que el general Cornwallis estaba perdido; los soldados franceses, que dominaban la acción, no tenían más que avanzar y ocupar la posición, y así lo dijo en las

entrevistas con el general Washington. Esto enfureció al coronel Vauban.

–¡Caballeros! Debemos dirigir adecuadamente el asedio.

Y sacó el manual en que se explicaba cómo debía comportarse un caballero en las fases finales de un asedio.

–Debemos demostrarles nuestra fuerza -dijo-, y luego debemos abrir una brecha en el muro.

–No necesitamos abrir una brecha -protestó uno de los ayudantes de Washington-. Podemos reducirles por hambre.

–¡Hambre! – estalló Vauban-. ¡Esto es un asedio, caballeros!

Y procedió a formar a sus hombres ante los muros del fuerte inglés y les hizo practicar unos ejercicios de instrucción que él había inventado. Los hombres eran barbudos, sucios, andrajosos e insolentes, pero realizaron los ejercicios, razonando que «éste sabe algo». Cuando los tiradores ingleses apostados en los parapetos empezaron a disparar contra los harapientos coloniales, Vauban los ignoró altivamente y continuó practicando su instrucción. Al terminar, dijo:

–Ahora conocen nuestra fuerza.

Dijo al comité de generales que, de conformidad con las reglas, debían esperar ahora ciertos acontecimientos:

–El general Cornwallis está obligado a intentar una salida. Esta noche.

–¡Sería un suicidio! – protestó un general americano.

–¡Pero tiene que hacerlo! – insistió Vauban.

Y, hojeando su manual, encontró el pasaje que regulaba la conducta del comandante sitiado:

«El honor militar exige que el oficial sitiado haga por lo menos un auténtico esfuerzo por atravesar las líneas del ejército sitiador y causar todo el daño posible a las instalaciones del sitio. Abstenerse de tales salidas es renunciar al honor.»

–Pero le achicharraremos -dijo el americano.

–¡Eso no es cosa que deba preocuparle! Se trata de una cuestión de honor.

–Al diablo con el honor, no tiene nada que hacer.

Semejante observación no resultaba correcta, y Vauban hizo como si no la hubiera oído.

–La segunda obligación es nuestra. Debemos intentar abrir brecha en las fortificaciones. Empezaré mañana por la mañana.

–No necesitamos ninguna brecha -argüyeron los americanos.

Y tenían razón. Con la bahía de Chesapeake controlada por los navíos del almirante De Grasse, Cornwallis estaba perdido. Tendría que rendirse antes de una semana, y abrir brecha en las fortificaciones, era un ejercicio inútil, pero Vauban sacó de nuevo su *Método de Asedio:*

«El general atacante que se abstenga de abrir brecha en las fortificaciones enemigas, o, al menos, de intentar hacerlo, incurre en una falta de honor. Para vencer con dignidad, debe asaltar los muros.»

Aquella noche, como Vauban había predicho, el general Cornwallis organizó una salida. Sus hombres avanzaron en línea recta ante el fuego americano, y siguieron avanzando hasta llegar a un cañón, que clavaron al suelo. Luego se retiraron al interior de sus muros, y el asedio continuó. Para el mediodía siguiente, el cañón estaba de nuevo en funcionamiento, y sólo habían muerto once ingleses y cuatro coloniales.

Para disgusto de Vauban, no fue necesario proceder a abrir una brecha en las fortificaciones. Había dado instrucciones para ello a sus hombres, con los once Turlock preparados con cargas de pólvora y las trincheras excavadas, pero, antes de que los hombres pudieran pasar a la acción, el general Cornwallis se rindió. Llegó entonces el momento más glorioso de Vauban.

Surgió la cuestión de cómo debían los ingleses entregar su fuerte y sus cañones a los vencedores, y se produjo una vehemente

discusión en cuyo centro se encontraba el coronel Vauban, ayudado por su intérprete, Simon Steed. El general Cornwallis pedía plenos honores militares, incluido el tradicional derecho de hacer marchar a sus hombres con banderas desplegadas y mosquetes al hombro, mientras la banda inglesa interpretaba alguna pieza americana en muestra de respeto al valor de quienes habían forzado la rendición.

–¡No! ¡No! – protestó Vauban, y, mientras Steed le apoyaba en una mezcla de francés e inglés, sacó su libro y lo abrió por uno de los profundos pasajes:

«Al término del asedio, si resulta victorioso, el general derrotado tiene derecho a salir al frente de sus hombres, armados y con las banderas orgullosamente desplegadas, y es tradicional que la banda del grupo derrotado interprete al mismo tiempo alguna marcha militar apreciada por los vencedores, como testimonio del valor mostrado en el asalto.»

Los ingleses presentes mostraron entusiasmados sus asentimiento a esta justificación de las exigencias del general Cornwallis, pero Vauban pidió a Steed que leyera el resto del pasaje:

«Pero esta tradición sólo es observable si el ejército derrotado puede salir de su fuerte a través de una brecha que haya obligado a hacer al ejército atacante. Si la rendición se produce cuando los muros se hallan intactos, ello sólo puede significar que los defensores demostraron falta de decisión en la defensa de sus posiciones y que renuncian a todo honor militar. Saldrán desarmados y con las banderas plegadas. No se le permitirá a su banda interpretar una pieza de los vencedores, pues se habrán revelado carentes de honor militar.»

Al oír estas duras palabras, uno de los generales ingleses dio un salto hacia delante y arrancó el libro de las manos a Steed.

–No ha habido carencia de honor militar, señor.

Pero el coronel Vauban intercedió. Acercándose al inglés, dijo:

–Yo traté de conseguir que quedara abierta una brecha en sus muros, pero ellos no quisieron colaborar -y señaló a los americanos-. Y su Cornwallis ha sido demasiado rápido en izar bandera blanca. Un día más, y habría abierto la brecha.

Besó al general y se retiró, con los ojos llenos de lágrimas, pero no permitió que los ingleses franquearan las intactas puertas con honores militares. Sus fusiles fueron arrojados en montón, sus banderas fueron plegadas, y su banda tuvo que interpretar una de sus propias piezas, *El mundo vuelto del revés.*

Pero los generales ingleses tuvieron su venganza. Aquella noche se negaron a cenar, como exigían los honores de la guerra, con los vencedores americanos.

–No nos han derrotado los americanos. Nos han derrotado los franceses.

Cenaron con Rochambeau y su Plana Mayor, pero mientras tomaban después vino, el coronel Vauban dijo:

–Esos tipos descalzos que he traído del otro lado de la bahía son una gentuza detestable. Llenos de piojos, y ninguno de ellos sabe leer. Pero tenían su propia clase de virtud. Dudo que la América libre sea un lugar agradable. Pero desarrollará su propia virtud.

La victoria hubiera debido reportar a Steed honores y recompensas. No fue así.

En Nantes había servido bien a las colonias, y había demostrado sumo ingenio para hacer llegar las provisiones y pertrechos necesarios, sacrificando cuatro de sus buques para ello. Además, había llevado más de cien hombres al asedio final, donde había servido con el general Washington, y cuando se empezaron a repartir cargos al término de la guerra, se sintió con derecho a uno en el que pudiera al menos resarcirse del coste de sus cuatro goletas. No obtuvo nada.

Circulaban numerosos rumores de que había obtenido ganancias extraordinarias con la guerra; era conocida su especulación en las diversas emisiones de papel moneda, y algunos sectores le admiraban de mala gana, pues siempre había acertado en sus cálculos, duplicando sus inversiones. Pero su especulación con los pagarés de los soldados era cosa distinta, pues allí estaba obteniendo beneficios a costa del heroísmo de otros.

En realidad, la acusación era injusta, como demostró el caso de Wilmer Turlock. Había combatido durante los cinco años de guerra, siempre quejándose, pero siempre presente. También se había ofrecido voluntario para el asedio final de Yorktown, y había recibido por sus servicios una promesa impresa del Congreso Continental de que, en algún futuro, recibiría 480 dólares. Las dificultades comenzaron cuando dijo a su tío Teach:

–Necesito el dinero ahora.

–No lo pagan ahora.

–¿Cómo voy a conseguirlo?

–Hay hombres que compran los vales -dijo el capitán.

–¿Quién?

–Sam Deats, río arriba.

Turlock había acudido a Deats, un hombre despreciable, que gruñó:

–Pago uno a ocho.

–¿Qué quiere decir eso?

–Te doy sesenta por tus 480.

–¡Eso es un robo!

–Yo no te pedí que vinieras aquí. Soy yo el que corre el riesgo, no tú.

–Pero el Congreso pagará.

–Entonces, espera al Congreso y déjame en paz.

Y cuando recurrió a otros especuladores, Wilmer se encontró con que ofrecían uno a diez.

Fue entonces cuando su tío sugirió:

–Vete a Devon. Simon Steed es un hombre difícil, pero es honrado.

Y el joven soldado se dirigió a la isla, donde Mr. Steed redactó un escrito a cuyo pie Wilmer puso su marca.

El 19 de enero de 1785 me dirigí a Simon Steed con el ruego de que aceptase mi Cédula de Pago. Mr. Steed me aconsejó por tres veces que la conservara, asegurándome que el Congreso pagaría, pero al decirle yo que necesitaba inmediatamente el dinero, me advirtió que sólo podía pagarme a razón de uno por seis. Le dije que otros estaban pagando sólo uno por ocho o uno por diez, así que tomó mi Cédula de 480 dólares y me entregó ochenta dólares, que yo acepté de buen grado.

Steed poseía un montón de recibos como éste, todos los cuales demostraban que siempre había aconsejado a los jóvenes soldados que conservasen su pagaré y luego les había abonado una cantidad superior a la que otros daban. Pero al final sólo se tuvo en cuenta una cosa: como él tenía dinero y los soldados no, había podido comprar sus pagarés por la sexta parte de su valor. Y cuando el Congreso redimió los pagarés a la par, como él siempre había predicho que ocurriría, ganó un interés del seiscientos por ciento en lo que equivalía a un préstamo por un plazo de catorce meses.

Pero ni siquiera esto habría servido para descalificarle; muchos financieros de Maryland y otros nuevos Estados habían obtenido grandes beneficios de esta manera, mas en el caso de Simon intervenían sus tratos con el propio Gobierno. En 1777, en la ciudad de Nantes, Benjamín Franklin había propuesto que Simon Steed actuara como agente comprador en nombre del Gobierno, y se habían despachado órdenes nombrándole para ese puesto.

Todos estaban de acuerdo en que Steed había actuado competentemente, logrando transportar las provisiones necesarias en sus distintos barcos. De hecho, su *Whisper* se había tornado

legendaria por sus hazañas al entrar y salir de St. Eustatius; su aportación era heroica, y, sin los recursos de combate que transportaba a Baltimore y Boston, el curso de la guerra hubiera podido ser distinto.

Pero ahora se estaba divulgando el hecho de que cuando una de las goletas de Steed arribaba a St. Eustatius, tenía lugar la siguiente clase de transacción: Dos balas de cordelería selecta de los Países Bajos, comprada a 50 libras esterlinas. Las mismas, vendidas en Baltimore por 120 libras. Comisión para Simon Steed por su intervención, 33 1/3 %, ó 40 libras esterlinas. Así, pues, con un cargamento de cordelería que costaba 50, Steed obtenía un beneficio de 110. Cierto que corría riesgos con la *Whisper* y que tenía que pagar al capitán y la tripulación, pero aun con esas deducciones los beneficios habían sido enormes.

Cuando finalizaron los cálculos, el Congreso se encontró con que aquel modesto caballero de la Orilla Oriental había extraído al Gobierno más de cuatrocientas mil libras esterlinas, y su nombre se convirtió en anatema: «Más rico que Simon Steed.» «Se vende patriotismo a seis centavos el dólar.» Se desvaneció cualquier esperanza que hubiera podido albergar de participar en el nuevo Gobierno.

Se retiró a Devon, donde vivía solo en la gran casa, en la que pasaba las tardes vagando por el espacioso jardín de árboles diseñado por su abuela Rosalind. El roble iba adquiriendo mayor nobleza al paso de las décadas, y en otoño llameaba el espino. Los acebos eran ya corpulentos árboles, cargados de rojas bayas las hembras, y los machos, severos y retraídos como su dueño. Y a principios de verano, cuando el oro tostado de las azucenas inundaba las orillas, Simon pensaba que ningún lugar de Maryland podía ser más hermoso.

En tales ocasiones, en que la Naturaleza se mostraba tan benigna, pensaba en su esposa y su hija ausentes; su soledad no le

producía resentimiento, pues comprendía por qué Jane Fithian había encontrado tan desagradable la América rural, pero a veces se entregaba a sarcásticas reflexiones: «Ella nos despreciaba. Solía preguntar cómo podían atreverse unos patanes como Washington a negociar con un rey. Hemos negociado.»

Echaba de menos a Penny. Cada año, durante la larga guerra -nueve años, desde 1775 hasta 1883-, se las había arreglado para conseguir remitir a Inglaterra cartas de crédito que pudieran cobrar su mujer y su hija, y todo lo que recibió a cambio fue una silueta de una niña de cinco años peinada con coletas. La había enviado a Annapolis pera que fuese esmaltada en oro, y ahora colgaba de una cadena junto a su cama.

Desde el final de la guerra había pensado con frecuencia en marcharse de Maryland e irse a Inglaterra para vivir con su familia, o quizá llevarse a su mujer y su hija a Francia, pero después de consultar por correo con Guy Fithian, desechó el plan, porque el comisionista escribió:

La franqueza es la mejor ayuda que te puedo prestar. Mi hermana no está por completo en su sano juicio, pese a que le hemos proporcionado los mejores cuidados que Inglaterra puede proporcionar. Se entrega a diatribas tan furiosas contra los traidores de América, que el verte de nuevo sería desastroso. Penny se encuentra perfectamente y no da muestras de seguir a su madre en su parcial, pero doiorosa locura. Te ama por el dinero que mandas todos los años.

Cuando reflexionaba en esta penosa situación, pensaba a veces que su patriotismo le había impuesto sacrificios demasiado grandes: había perdido a su mujer, a su hija, a su sobrino, su flota y su honor.

Se volvió solitario y retraído, poseedor de más de doscientas mil libras esterlinas y sólo Dios sabía cuántas libras tornesas, doblones españoles y *big-joes* portugueses. Dos o tres veces al año

daba una fiesta en *Venganza de Rosalind*, *y* embarcaciones procedentes de toda la bahía de Chesapeake se congregaban entonces en el puerto de Devon, y los esclavos llevaban maletas a las grandes habitaciones, y se llenaban las dos alas de la mansión, y se reunían cuarenta comensales en el espléndido salón erigido por Rosalind Janney Steed, y presidía Simon, escuchando las conversaciones, pero sin intervenir en ellas.

En las primeras horas de la mañana del miércoles, 15 de abril de 1789, un caballero de uniforme llamado mayor Lee llegó apresuradamente al muelle de Mount Vernon, en Virginia, donde dos remeros le estaban esperando para conducirle a través del río Potomac.

Tan pronto como le depositaron en la orilla de Maryland, corrió a donde otros dos hombres vestidos de uniforme militar le estaban esperando con caballos de refresco. El mayor Lee montó en uno de ellos y emprendió la marcha a galope en dirección a Annapolis. En todas las posadas o iglesias en que podía haber gente reunida, proclamaba la excitante noticia:

–El general Washington va a ser nuestro presidente.

Invariablemente, quienes le oían prorrumpían en vítores y aplausos, y mientras continuaba su marcha, Lee podía ver a los marylandeses dispersándose para comunicar a sus vecinos la buena noticia, la única noticia, en realidad, que habría tenido algún sentido en aquel histórico día. ¿Quién sino Washington tenía el grado de aceptación y habilidad necesarias para poner en marcha la nueva Constitución?

En el palacio legislativo de Annapolis, el mayor Lee descubrió, con decepción, que la noticia de la elección se había extendido ya, pero le agradó observar a las clamorosas multitudes que acudían a recibirle como al mensajero que había visto a Washington en Mount Vernon.

–Mañana pasará por aquí, camino de la capital -aseguró Lee a sus oyentes-. Empezará su reinado tan pronto como preste juramento en Nueva York.

Pero el mayor Lee no había cabalgado desde Mount Vernon para conversar con los políticos de Annapolis. Después de felicitarles por la forma en que sus representantes habían contribuido a elegir al nuevo presidente, espoleó a su caballo y se dirigió al muelle, donde le esperaba una pinaza tripulada por cuatro marineros. Saltando a ella, ordenó a los hombres:

–A la isla Devon. ¡Rápido!

Los marineros izaron pequeñas velas en los dos cortos mástiles, y luego largaron un foque a proa, pero el viento era flojo, y aun después de haber rebasado el espigón que protegía el puerto, su avance era espasmódico, y la noche les sorprendió vagando a la deriva en la amplia extensión de la bahía de Chesapeake. Aparecían ocasionalmente algunas estrellas, pálidas y distantes sobre la batiente lona, pero no se levantaba un viento que les ayudase a efectuar la travesía.

A las cuatro de la mañana, el mayor Lee preguntó al capitán de la pinaza:

–¿Remamos?

El capitán estudió la situación, escrutando la oscuridad en todas direcciones.

Antes de obligar a sus hombres a la desagradable tarea, preguntó:

–¿Zarparemos inmediatamente rumbo al Norte?

–Sólo pasaremos unas horas en Devon. Luego, al Norte.

–Entonces no les diré a los hombres que remen. Se levantará viento.

–Pero, ¿cuándo? – preguntó Lee en la oscuridad.

–Se levantará -le aseguró el oficial.

Lee permaneció, pues, consumiéndose de impaciencia durante toda la larga noche, y a las cinco y media, cuando el horizonte comenzaba ya a clarear por el Este, quedó dormido. Al despertar había amanecido, y un viento vivo soplaba del Noroeste. El capitán de la pinaza no comentó: «Ya se lo dije.» Le bastaba con que sus hombres se hubieran librado de tener que mover a fuerza de remos aquella pesada embarcación.

Eran las ocho de la mañana cuando la pinaza avistó Devon, y tan pronto como entró en el estero, los esclavos saludaron su llegada gritando: «¡Amo! ¡Amo!», pero sin dar ninguna información concreta. Cuando la pinaza arribó al muelle de Steed, unas treinta personas se hallaban esperando para recibir al mayor, el cual las ignoró, se abrió paso a través de ellas y corrió hacia Simon Steed, a quien abrazó:

–El general Washington le envía sus saludos. ¡Él va a ser nuestro nuevo presidente!

Negros y blancos aplaudieron estas palabras, y Steed inclinó gravemente la cabeza, como si los aplausos hubieran estado destinados a él. Dirigiéndose al grupo, inquirió:

–¿Cómo hubiéramos podido elegir a otro?

Y todos prorrumpieron nuevamente en vítores.

El mayor Lee traía noticias excitantes:

–El general se dirige de Annapolis a Chestertown y espera conversar con usted antes de ir a Nueva York para abordar sus nuevas obligaciones.

Al oír estas palabras, Steed experimentó un acceso de renovada confianza; sin duda, el presidente había decidido otorgar un puesto importante a su delegado de la Orilla Oriental. Y, mientras todos se apiñaban en torno al mayor Lee, pidiendo más información, Steed se retiró, como en trance, especulando acerca de cuál podría ser la responsabilidad que se le fuera a encomendar: «He trabajado con barcos toda mi vida, y podría dirigir la Marina. O también

desempeñaría con eficacia algún puesto relacionado con el comercio o el dinero de la nación.»

Sus ensoñaciones quedaron interrumpidas cuando Lee le estiró del brazo.

–El general quiere ver también a Paxmore y Turlock.

Esto diluía la intimidad de la entrevista, y Steed preguntó, con **cierto desaliento:**

–¿Iremos en su embarcación?

Lee echó un nuevo jarro de agua fría a sus expectativas diciendo:

–No, tengo que recoger a otros por el camino.

Y Steed pensó: «No va a ser una entrevista. Va a ser una asamblea.»

–Prepararé inmediatamente mi balandra -dijo a Lee.

–No deje de llevar a Paxmore y Turlock -le recordó el mayor.

Tomando una pequeña embarcación, Simon navegó directamente a Acantilado de la Paz, donde informó a Paxmore de la entrevista, y, juntos, se dirigieron a las marismas. Les costó al principio encontrar la entrada a la miríada de arroyos que segmentaban la marisma, pero Paxmore recordaba ciertas señales distintivas que indicaban el camino al estero Turlock, y avanzaron cautelosamente, los hombres de la Orilla Oriental habían aprendido a acercarse con cuidado a aquel lugar.

–¡Eh! – gritó uno de los marineros de Steed.

No hubo respuesta.

–Llama otra vez -ordenó Steed.

Pero el esclavo se mostraba reacio a hacer nada que pudiera irritar a los moradores de la marisma.

–¡He dicho que llames! – ordenó Steed.

–¡Eh! – vociferó el esclavo, y no bien se habían extinguido los ecos, sonó un disparo. Los que se encontraban en la lancha oyeron el silbido de los perdigones entre la hierba seca.

–¡Quietos ahí! – advirtió una voz fantasmal.

–¡Capitán Turlock! – llamó Steed-. Soy yo. Steed.

Sonó un segundo disparo, y esto enfureció a Simon.

–¡Maldita sea! El presidente Washington quiere verte. En Chestertown.

Una espectral voz respondió desde la marisma;

–El capitán Turlock no está aquí.

–¿Dónde está?

–En el porche.

Y apareció entre las hierbas un larguirucho joven de diecinueve años, armado con un mosquete y seguido de un perro. Llevaba poca ropa e iba descalzo y sin sombrero. Su expresión era hosca, pero al ver a Steed se le distendió el rostro en una amplia sonrisa y dijo:

–Le conocí en Yorktown.

–¿Luchaste allí?

–No luché. Me desriñoné cavando trincheras.

–¿Dónde está Teach? – preguntó Steed, y el joven le precedió por tortuosos caminos hasta la cabana.

Allí, descalzo, vestido con toscas y remendadas ropas, rascándose la barba, estaba el hombre que había aterrorizado al Caribe.

–Mr. Steed, ¡qué alegría verle!

–El presidente Washington quiere que le visitemos en Chestertown.

–¿Cuándo?

–Esta noche.

–Entonces habrá que salir ya.

Y el entrecano capitán abandonó el porche, permaneció unos minutos en el interior de la cabana y reapareció con un atuendo pasable: abolsados pantalones de confección casera, una gruesa camisa tejida con lino y algodón, zapatos hechos con piel de rata almizclera y un sombrero de piel de mapache.

Mostró a los esclavos de Steed un atajo a través de la marisma, y al cabo de una hora los tres hombres se encontraban a bordo de la balandra, navegando en dirección Noroeste hacia el estrecho de Knapps, donde Steed anunció la noticia a la gente de Bay Hundred. Una vez en la bahía, enfilaron hacia el Norte, rumbo al difícil paso del estrecho de Kent, con la intención de llegar a Chestertown aproximadamente al mismo tiempo que Washington.

Pero la mala suerte les sorprendió al socaire de la isla Kent; el viento quedaba detenido por los árboles, y perdieron allí toda una tarde, mientras Steed sentía crecer su impaciencia.

–¿No puede mover este barco?

–Los hombres podrían remar.

–Pues que remen.

Pero poco se consiguió con ello, y el día terminó con los hombres del Choptank perdiendo el tiempo en la desembocadura del río Chester, mientras el nuevo presidente celebraba la ocasión con sus amigos en Chestertown.

Al día siguiente, al amanecer, Steed estaba fuera de sí de frustración.

–¿Podemos conseguir caballos? – preguntó a su capitán.

–No hay caballos, ni caminos.

–¡Maldito viento!

Para cuando los tres llegaron a Chestertown eran ya las diez de la mañana, y, como Steed había temido, Washington se había marchado al amanecer en dirección a Warwick, la siguiente etapa de su viaje a Nueva York. Steed preguntó al posadero si se podrían encontrar tres caballos, y el hombre respondió:

–Los hombres de Washington se los han llevado todos.

–¡Encuentre algunos! – ordenó Steed.

–¿Quién pagará?

–Yo.

–¿Y quién es usted?

–Simon Steed de Devon.

El posadero asintió con la cabeza y dijo;

–En ese caso, tal vez los granjeros tengan algo.

–Tráigalos aquí.

Así, pues, el posadero mandó a dos de sus hombres a buscar caballos, pero los dueños acudieron con ellos exigiendo que se les pagara al contado por los nada satisfactorios animales. No estaban en alquiler.

–Los compraré -aceptó Steed.

Pero Levin Paxmore se opuso:

–El precio que pedís es excesivo -reprendió, mientras los dos granjeros le miraban-. Mr. Steed necesita estos caballos para alcanzar al general Washington…, para una reunión sumamente importante.

Uno de los granjeros señaló a Teach Turlock y sonrió.

–¿Ése va a ir a ver a Washington?

–Sí -respondió Paxmore-. Fue un extraordinario luchador en la guerra.

–¿Cómo se llama?

–Teach Turlock.

Los granjeros contuvieron una exclamación y, luego, empezaron a gritar a los que se encontraban por allí:

–¡Eh, éste es Teach Turlock!

Y le cogieron la mano al capitán, gritando excitadamente:

–Casi abrasa usted esta bahía con la *Whisper.* Capitán Turlock, era usted un hombre poderoso.

Y uno de los granjeros dijo:

–Si quiere alquilar caballos, Turlock, aquí tiene los nuestros.

Y los tres hombres del Choptank se pusieron en marcha para alcanzar a su presidente. En Georgetown cruzaron el río Sassafras, galoparon hacia el Norte hacia Cecilton y, por un angosto y

polvoriento camino, entraron en Warwick, donde los campesinos se apiñaban en las encrucijadas.

–¿Dónde está el general? – preguntó Steed.

–Ha parado en la casa de Heath.

–Yo le he visto llegar a caballo -dijo reverentemente una mujer.

Y los niños gritaron:

–Está durmiendo en esa casa.

En el camino, con los brazos cruzados, se hallaba el mayor Lee, protegiendo la granja en que dormía su general. Cuando Steed llegó, el mayor indicó que debía desmontar y dejar allí el caballo.

–Le hemos echado en falta -dijo.

–El maldito viento.

–Sí, empezaba a amainar justo cuando salíamos del estrecho.

–He dormido de pie, maldiciendo al viento -explicó Steed.

–El general se alegrará de verle. Ha preguntado varias veces por usted.

El rostro de Steed resplandeció al oír esto, pero lo que Lee dijo luego le desinfló.

–El general suspira por una buena partida de cartas, y cuando se levante estará deseando jugar. Duerma un poco en el banco, Steed. Tal vez quiera jugar toda la noche.

No era esta clase de visita la que Simon había esperado. De hecho, durante toda la larga noche en que la ausencia de viento les había detenido, había pasado revista a los temas que quería comentar con el presidente, y los juegos de naipes no eran uno de ellos. Pero estaba resuelto a lograr dos objetivos en aquel viaje: presentarse a sí mismo bajo la mejor luz posible y obtener ciertas seguridades sobre cómo iba a ser gobernada la Orilla Oriental.

Por consiguiente, no aceptó el banco ofrecido por el mayor; en lugar de ello, llevó su bolsa de lona a la casa de baños, donde se enjabonó, peinó, perfumó y se puso ropa limpia. Cuando hubo terminado presentaba la atractiva figura de un patriota de cincuenta

y nueve años ansioso de prestar sus servicios en la calidad de lo que el nuevo presidente tuviera a bien decidir.

Washington no se levantó hasta las seis y media de la tarde, momento en que el mayor Lee le informó de que habían llegado los hombres del Choptank. Sin ocuparse de su atuendo, Washington se apresuró a salir de sus aposentos, vio a Steed en posición de firmes y le hizo un breve gesto de saludo. Luego vio a Levin Paxmore, el constructor de barcos, y corrió hacia él. Cogiéndole las manos, aún cubiertas por las cicatrices que causara el fuego, Washington dijo:

–Construyó usted unos navíos extraordinarios.

–Cuatro de ellos acabaron luchando del lado de los ingleses.

–¡Ah, pero la *Whisper* que luchó para nosotros decidió la batalla! Conserve puesto el sombrero, amigo Paxmore. Se ha ganado el privilegio.

Vio luego al capitán Turlock y se acercó a él admirativamente, con las manos en las caderas e incapaz de hablar. Al fin, le cogió por los hombros y le estrechó vigorosamente diciendo:

–Confieso que siempre he sentido especial debilidad por los hombres valientes -y empezó a recitar algunas de las aventuras que Turlock había vivido-. Casi le atrapan en St. Eustatius, ¿no?

–Cogieron mi barco gemelo. Fue una dura derrota.

–Todos las hemos tenido -respondió Washington-. Debería usted ser almirante, señor.

–No sé leer ni escribir -repuso Turlock.

Washington se echó a reír y preguntó:

–¿Qué planes tiene ahora?

–Pescar -respondió Turlock, y Washington soltó la carcajada.

–¡Mayor Lee! – exclamó con fuerte voz-. Tome nota de este hombre, y tome buena nota. El único hombre de América que no busca un nombramiento.

Volvió a reír y, luego, se inclinó profundamente, añadiendo:

–Prestó usted unos inestimables servicios, capitán.

Se volvió hacia el coronel Steed y dijo alegremente:

–Me alegro mucho de que nos haya alcanzado, Steed. Estoy deseando jugar una partida de cartas.

Y les precedió hasta una pequeña habitación, que el mayor Lee había acondicionado para aquella noche. Contenía una mesa, seis sillas, dos lámparas colocadas en altos soportes y tres escupideras. Dos plantadores de la región de Warwick llevaban esperando desde las cinco y estaban impacientes por comenzar la partida. Un tal coronel Witherspoon, que acompañaba a Washington, tomó una silla, pero cuando el general y Steed se sentaron, aún quedaba un sitio vacío.

–A mí me gustan las partidas de seis -dijo Washington-. Amigo Paxmore, ¿quiere jugar?

–No -respondió el cuáquero.

–¿Y el mayor Lee? – preguntó Steed.

–No le permitiré que pierda más -replicó Washington.

El coronel Witherspoon señaló al capitán Turlock.

–¿Juega?

–Algo…

–Siéntese.

Y Turlock ocupó la sexta silla. Cuando se repartió la primera mano, miró sus cartas y murmuró:

–¡Cristo!

Washington se interrumpió en la tarea de ordenar sus cartas y miró al hombre del pantano, y el coronel Witherspoon dijo reprobadoramente:

–Nosotros no empleamos juramentos, capitán Turlock.

–Lo harían si viesen estas cartas -replicó Turlock, y Washington sonrió.

Después de la tercera mano, el general dijo afablemente:

–Steed, le agradezco más de lo que puedo expresar el hecho de que haya venido a visitarnos. Una de mis primeras tareas en Nueva

York será pedir al Congreso que le indemnice por los barcos perdidos.

–Le quedaría muy reconocido -dijo Steed.

Y esperó, sabiendo que aquél era el momento en que el presidente debería decir algo sobre un nombramiento en el Gobierno que había de formarse, pero no dijo nada, y Turlock rompió el hechizo, gruñendo:

–Usted da, general.

Cerca de la medianoche, el mayor Lee acompañó a Levin Paxmore fuera de la casa, donde permanecieron hablando durante varias horas, mientras los habitantes de la región se hallaban sentados a lo largo del camino, mirando la casa en que su héroe celebraba consultas con las figuras más destacadas de la comarca.

–¡Cómo me gustaría estar en esa partida! – confesó Lee.

–¿Tanto te gustan las cartas?

–Soy un fanático, pero parezco perder siempre, y el general me ha prohibido jugar.

Anduvieron unos minutos por el oscuro camino, y luego Lee dijo:

–Claro que él también pierde. Pero dice que la diferencia estriba en que él puede permitírselo.

–¿Tanto juega?

–Antes de la guerra, casi todas las noches. Llevaba un libro de cuentas en que anotaba los resultados de cada noche, y de él se desprende que sus pérdidas eran muy elevadas. Durante la guerra no le vi jugar más que una sola vez. Durante los fríos días en Valley Forge. Y, naturalmente, perdió. Y perderá esta noche, puede estar seguro, y yo lo anotaré en el libro. *Chestertown, perdidas tres libras, dieciséis chelines, nueve peniques.*

–Esto es Warwick.

–Todas parecen iguales. Nos acercamos a las ciudades y la gente sale a nuestro encuentro y le llena de adulación. Esta tierra

nunca ha visto un héroe como Washington, ni lo volverá a ver.

–¿Tan grande es?

–Ya le ha visto. Un metro noventa. Destaca por encima de los demás.

–Moralmente, quiero decir.

–Me desconcierta -confesó Lee-. Pone todo su destino en manos de **Dios, le sirve con devoción. Pero como soldado, no como un piadoso clérigo.**

En la oscuridad, el mayor Lee dejó que el silencio revelara su confusión.

–¿Será buen presidente?

–El mejor. Ningún hombre podría igualarle. Es único, un monumento a la integridad.

Otra pausa, y, luego:

–Pero hay contradicciones. Como usted sabe, fue muy aplaudido su gesto de negarse a aceptar ningún sueldo como general de los ejércitos coloniales. Es cierto, jamás aceptó un solo chelín como paga. Siempre ha dicho que un patriota debe servir a su país en tiempo de guerra sin reparar en sacrificios.

–Eso fue admirable -admitió Paxmore, pero no indicó que en los oscuros días de la guerra él había construido tres buques para la Armada continental, además de los de Steed, y que, como los revolucionarios carecían de fondos, los había costeado casi por entero él mismo. Y su astillero había sido incendiado, y sus mejores trabajadores, alistados en el Ejército.

Aunque siempre le habían gustado las cartas, no se habría atrevido a jugar esta noche, pues la guerra le había empobrecido notablemente; pero resultaba alentador saber que el general Washington no había percibido paga alguna por sus servicios. Pero luego el mayor Lee añadió:

–Lo que Washington hizo fue rechazar un sueldo, pero pedir una cuenta de gastos. Yo le ayudé a confeccionarla, y relacionó

todo…, los gastos de su hijo, vino para el rancho, un carruaje para él y cuatro más para sus amigos, raciones, pistolas, cordoncillo para sus guerreras, hachas para los bosques. Pensando ahora en aquellas cuentas, resultan extraordinarias.

–Yo también podría presentar una relación de cuentas semejante por mi astillero -dijo Paxmore-, y lo haría si me lo pidiesen.

–Sí -concedió Lee-. Todas las partidas incluidas eran auténticas. Pero es dudoso que algunas de ellas hubieran debido incluirse. Todo lo que sé es que cuando se habló de que Washington fuera nombrado presidente, él volvió a ofrecerse a prestar sus servicios sin ninguna remuneración…, sólo con gastos pagados. Y el comité le dijo con firmeza: «¡Oh, no, señor! ¡Esta vez debe usted aceptar un sueldo!» Y más tarde me dijeron: «Ninguna nueva nación podría sobrevivir a otra de sus malditas cuentas de gastos.»

Dieron media vuelta y pasaron de nuevo ante la casa, donde los jugadores seguían atentos a sus cartas. Pudieron ver al general Washington observando con disgusto las que el capitán Turlock acababa de repartir, y Paxmore preguntó:

–¿Es capaz de gobernar? Quiero decir que los soldados son a veces obstinados y sin muchos conocimientos.

–No ha leído mucho -confió Lee-. Rara vez le he visto con un libro. Desde luego, no es un Adams o un Jefferson, pero quizás éstos leen demasiado.

Pasearon por la silenciosa carretera, comentando todos los aspectos del nuevo puesto que Washington iba a ocupar: los nombramientos militares, las finanzas, los cargos judiciales, la creación de una marina mercante, la admisión de nuevos Estados formados en las tierras occidentales, toda la gama de las tareas de gobierno…, mientras el general continuaba jugando a cartas.

–Yo nunca conocí a mi padre -le confió Lee hacia las dos de la mañana-. Por eso, quizá mi buena opinión del general no es

realmente imparcial. Pero he servido con él desde chico, en 1774, y no ha pisado el suelo de este continente hombre mejor que él. Tal vez no resulte un presidente capaz, pero sí será un presidente justo. Y proporcionará un símbolo, más fuerte y más brillante cada año.

Reflexionó sobre esto, y, tras pasar de nuevo ante los jugadores, dijo:

–En las asambleas relacionadas con la revolución tuvimos muchos oradores excelentes, y yo oí hablar a la mayoría. Nunca he oído a nadie de inteligencia tan aguda como aquel rechoncho abogadillo de Filadelfia, James Wilson. Ben Franklin sabía dar también en el clavo, y John Adams podía ser devastador. Pero el mejor discurso que oí jamás fue pronunciado por George Washington, que nunca dijo mucho.

»Creo que fue en 1774, cuando los ingleses estaban bombardeando Boston, y nosotros en el Sur no sabíamos cómo responder. Aquel día la oratoria contuvo mucho fuego y mucha confusión, pero cuando todo parecía ir a sumergirse en el caos, Washington, creo que era coronel entonces… -vaciló-. Debía de estar en la milicia de Virginia.

»El caso es que, cuando parecía que deberíamos dejar abandonada a Boston en su lucha, este hombre se puso en pie y pronunció una sola frase. Sólo una frase, y cuando se sentó, la historia entera de las colonias quedó modificada.

–¿Qué dijo?

–Caballeros, yo reuniré mil hombres, los equiparé y les pagaré de mi propio bolsillo, y marcharé al frente de ellos en auxilio de Boston.

–Creo que necesito dormir -dijo Paxmore-. Voy adentro.

–Yo me quedaré aquí de guardia -dijo el mayor Lee.

Cuando Paxmore entró en la habitación en que se desarrollaba la partida de naipes, eran las tres y media, y Teach Turlock tenía sólo unos pocos chelines sobre la mesa.

–Si es tan buen presidente como jugador -dijo admirativamente a Washington-, este país va a ir de maravilla.

Turlock perdió aquella mano y decidió abandonar la partida.

–Vamos, amigo Paxmore -dijo-, durmamos un poco.

Y se echó en el suelo ante la puerta, mientras el cuáquero se dirigía a una habitación trasera en la que se hallaban tendidos una docena de hombres.

Llegaba ahora la parte que más le gustaba al general Washington. Eran las cuatro de la mañana, y la noche estaba totalmente silenciosa, salvo en aquella habitación, en la que parpadeaban las velas. La partida había quedado reducida a sólo cuatro jugadores, ya que uno de los terratenientes locales había abandonado, y cada uno de los que quedaban conocía ya las peculiaridades de los otros. Simon Steed jugaba conforme a las cartas que tenía, sin faroles. El coronel Witherspoon procuraba aprovechar todas las oportunidades, estudiaba cada carta y cada adversario con detenida atención y ganaba muchas manos. El plantador era un buen jugador, dispuesto a correr riesgos extraordinarios si percibía aunque sólo fuese una mínima probabilidad a su favor. Y el general Washington estaba demostrando ser lo que siempre había sido, un cauteloso y obstinado defensor de sus chelines, avaro cuando se trataba de pujar, audaz cuando veía la oportunidad de ganar una buena cantidad, pero tan transparente en sus posturas, que estaba destinado siempre a perder si el juego continuaba durante suficiente tiempo.

–Majestad -dijo Steed a las cinco de la mañana-, creo que ya le hemos ganado bastante.

–No me agrada ese tratamiento -replicó Washington, acercándose las cartas a la sudada camisa.

–Este país está deseoso de adornos reales, majestad -insistió Steed.

–Prefiero señor.

–El pueblo no lo permitirá. Créame, nosotros, los americanos, nos habremos librado de una realeza, pero anhelamos adoptar otra…, una mejor. Y esa mejor es usted.

Washington se dio unos golpecitos en la barbilla con las cartas.

–Otros han dicho lo mismo que usted. Steed, y hay mucho sentido común en ello. Quizás al final debamos tener una realeza. Pero en esta partida no debe usted llamar majestad a un hombre cuando su intención es cortarle el cuello. ¿Qué cartas son las que opone a las mías, Steed de Devon?

La partida terminó a las seis menos cuarto. El mayor Lee, al oír el revuelo, se acercó a la puerta de la habitación para anunciar:

–Los caballos están preparados, señor.

–Será mejor que continuemos hacia Wilmington -respondió Washington-. ¿Nos tomamos treinta minutos para lavarnos, Witherspoon?

–¿Ha vuelto a perder? – preguntó maliciosamente Lee.

–Puedes anotar en el libro que he perdido doce libras, doce chelines y tres peniques -respondió Washington.

–Warwick ha resultado caro -dijo Lee.

–Ha valido la pena reunirme de nuevo con mi compañero de armas en Yorktown -repuso Washington, pasando su largo brazo derecho por el hombro de Steed.

No habría conversaciones confidenciales en torno a posibles puestos en el Gobierno, pero Washington no era un hombre insensible, y al volver del lavabo y ver la expresión de Steed, se acercó a él, le cogió la mano y dijo bruscamente:

–Mi querido amigo, daría un brazo por tenerle a mi lado.

Hizo una pausa

–Pero los escándalos… Imposible. Imposible.

Y se dirigió a los caballos.

Pero antes de llegar a ellos le salió al paso Teach Turlock, que sacó de una sucia bolsa un papel que atesoraba desde 1776; era la cesión de los cien acres de Turlock por parte del rector de Wrentham.

–Por favor, general Washington, devuélvame mi tierra.

El presidente examinó el papel, hizo varias preguntas a Turlock y a Steed y, luego, pidió al mayor Lee que le diera una pluma. Sentándose en un banco a la puerta de la granja, añadió el siguiente aval al precioso documento:

A mi viejo camarada de armas, gobernador John Eager Howard:

Rara vez he visto un documento tan penetrado de fraude, coacción y falsedad como éste, pero rara vez he recibido pruebas tan sólidas por parte de testigos dignos de toda confianza como las que respaldan esta pretensión.

Te ruego que prestes oído a la súplica del patriota Teach Turlock de que le sean devueltas sus tierras.

Geo. Washington

Centenares de personas esperaban afuera para aplaudir a su héroe, que, con su casaca roja y azul, componía una elegante figura, inclinándose gravemente a derecha e izquierda. El mayor Lee le acercó un taburete para ayudarle a montar, y, cuando quedó a horcajadas sobre su gran caballo zaino, presentaba un aspecto más noble que nunca.

–Le formulo mis mejores deseos, majestad -dijo Steed, al tiempo que empezaban a llenársele de lágrimas los ojos.

–Todos nosotros habremos de enfrentarnos a difíciles tareas -repuso Washington, mientras se alejaba, acompañado por vítores que no cesarían hasta su llegada a Nueva York.

Los tres hombres del Choptank, sin haberse consultado previamente unos a otros, montaron en sus caballos y le siguieron durante varias millas, como atraídos por un potente imán. Cuando

llegó el momento de regresar, el mayor Lee se acercó a ellos para despedirse. A Steed le dijo:

–El general me ha encargado que le diga que usted siempre tendrá acceso a él mientras ambos vivan. Le tiene en muy alta estima como uno de los más fieles y auténticos servidores de esta nación.

Pero a Levin Paxmore le susurró, mientras sus caballos se movían bajo la luz del amanecer:

–Ayer hablé demasiado libremente quizá bajo las estrellas. ¿Guardará secreto de cuanto le dije?

–Puede estar seguro -respondió Paxmore, y Lee le puso en la mano al cuáquero una comunicación personal de Washington.

Paxmore esperó a abrirla hasta que hubo regresado a su oficina en el astillero. Luego, desdobló el papel, lo extendió y leyó:

Amigo Paxmore:

Debe usted presentar lo ante posible una detallada relación de los gastos que le supuso construir barcos para nuestra causa, con deducción de los fondos que pudieran haberle sido anticipados por el Congreso. Y yo haré cuanto esté en mi mano para lograr que le sean reintegrados en su totalidad, porque todos los hombres libres se encuentran en deuda con usted.

Geo. Washington

Aquel día, Levin Paxmore confeccionó una honrada relación de hasta el ultimo chelín que había gastado en la revolución, incluyendo la reconstrucción de sus cobertizos y un sueldo para su mujer, y cuando él presidente Washington firmó la autorización de pago, Paxmore quedó enteramente resarcido de sus gastos, y fue este dinero militar lo que constituyó la base de la fortuna de los Paxmore.

SÉPTIMO VIAJE: 1811

El tiempo solía ser benigno en la Orilla Oriental. Una ocasional helada de algún río de agua dulce o una pequeña nevada que no

tardaba en derretirse, indicaban que había llegado el invierno, pero, debido a los efectos modificadores del Atlántico y de la bahía de Chesapeake, las temperaturas nunca bajaban mucho.

Pero en enero de 1811 cayó una súbita nevada, que cuajó con una profundidad de varios centímetros, y los granjeros de la orilla permanecieron en el interior de sus casas hasta que pasó. Thomas Applegarth, de veintisiete años, soltero, arrendatario de una franja próxima a Patamoke propiedad de los Steed, utilizó aquellos días de forzado ocio para estudiar un libro que le había prestado Elizabeth Paxmore, para la que realizaba ocasionalmente algún que otro trabajillo. Se trataba de una geografía de los Estados orientales, y lo que le llamó la atención fue la forma en que las montañas de Pensilvania seguían una acusada dirección de Nordeste a Sudoeste. Hasta la mente menos perspicaz habría deducido de aquel nuevo mapa que alguna fuerza extraordinaria había determinado la dirección de aquellas montañas, pero Applegarth carecía aún de instrucción suficiente para descubrir qué había podido ser.

Pero mientras estudiaba el mapa, recordó vagamente algo que había leído recientemente sobre acontecimientos producidos en Europa mucho tiempo atrás, sin que le fuera posible concretar con exactitud de qué se trataba. Y luego, al anochecer, cuando llegó el momento en que debía alimentar al ganado, dejó el libro, salió al exterior y se dirigió al granero caminando por un sendero helado, y, mientras lo hacía, se fijó en una pequeña acumulación de hielo formada bajo un árbol y, de pronto, comprendió con claridad todo el misterio de las montañas de Pensilvania y la formación de la bahía de Chesapeake. Fue como si alguien hubiese encendido una monstruosa cerilla en un valle oscuro: «¡Hielo! Eso es lo que talló las montañas de Europa. ¡Y eso es lo que excavó nuestros valles en América!»

No podía entender lo que era una Edad del Hielo, ni la inmensidad de la capa que en otro tiempo había cubierto Pensilvania, pero veía con claridad un hecho: que la capa de hielo debía de haber contenido una enorme cantidad de agua y que, al derretirse finalmente el hielo, esa agua debía de haber formado un río gigantesco, antecesor del actual Susquehanna. Y ese río había abierto la bahía de Chesapeake y depositado el fango que, con el tiempo, se había convertido en la Orilla Oriental.

Su concepción era tan grandiosa, y todas sus partes encajaban tan precisamente, que mientras ordeñaba a las vacas en las sombras proyectadas por su linterna, se hallaba sumido en una radiante exaltación.

–Así debió de ocurrir -murmuró-. Al Norte, el mundo se encontraba aprisionado bajo un manto de hielo que, al derretirse, modeló las montañas y llenó los valles con tremendos ríos.

La idea le preocupaba tanto, que el primer día despejado se dirigió a Acantilado de la Paz para devolver el libro de Mrs. Paxmore y preguntarle si le parecía posible que América hubiera atravesado una Edad del Hielo.

–¿Una qué? – preguntó ella.

–Leí que el norte de Europa…, bueno, hace mucho tiempo, estaba cubierto de hielo.

–Supongo que en Rusia hay hielo todos los años -repuso ella.

–No, este libro dice que toda la tierra estaba sepultada bajo centenares de metros de hielo.

–Nada podría haber vivido -protestó ella.

–Exactamente -admitió Applegarth-. El hielo tenía que ser muy grueso para cincelar los valles.

–¿Para qué?

–¿Se ha fijado alguna vez en las montañas de Pensilvania? – preguntó Applegarth.

–No he estado nunca en Pensilvania.

–Quiero decir, un mapa.

–Nunca he visto un mapa de Pensilvania.

–Hay uno aquí, en su libro.

–¿Sí?

A la cuáquera le irritaba que pudieran existir ideas o mapas que ella no conociera, y cogió con cierta rudeza el libro de manos de Applegarth y lo hojeó.

–Sí, aquí está -dijo, y observó el mapa con atención.

–¿Ve cómo las montañas van todas en la misma dirección? –preguntó el granjero.

–¿Y qué significa eso?

–Fueron cinceladas por una pesada capa de hielo que se movía hacia el Sudoeste.

La idea era tan nueva, que Mrs. Paxmore carecía de antecedentes para juzgarla; pero era una de aquellas mujeres cuáqueras para las que todo conocimiento era importante, así que permaneció firmemente apoyada en el pie izquierdo, con el derecho ladeado en ángulo recto, y consideró la extraordinaria tesis que formulaba el hombre, y cuanto más reflexionaba en sus palabras, más intrínsecamente razonables le parecían.

–Puede que ocurriera así -admitió.

–Y sí eso es lo que ocurrió -continuó Applegarth-, entonces todo el valle del Susquehanna, tal como lo conocemos hoy… Bueno, debió de ser un río prodigioso. Cien veces mayor que el que vemos ahora.

Con un robusto dedo esbozó sobre el mapa las características principales de su teoría, llegando, por fin, a la propia bahía de Chesapeake.

–Nuestra bahía debió de ser la desembocadura de ese inmenso río. ¿Qué opina usted?

En las semanas que siguieron, y durante las largas noches de invierno, Thomas Applegarth y Elizabeth Paxmore estudiaron todo

lo que pudieron encontrar sobre edades glaciales y montañas; encontraron poco. La especulación sobre la formación del relieve terrestre no había hecho más que empezar en los Estados Unidos; las fascinantes revelaciones que estaban surgiendo en Europa no habrían podido ser conocidas en Patamoke, pero un día Mrs. Paxmore se presentó con una interesante información.

Un profesor de filosofía moral de la Universidad de Yale había estado ocupándose de cuestiones científicas. Y propuso la interesante idea de que un río como el Hudson, en Nueva York, podía concebirse como «un valle fluvial ahogado». La frase cautivó a Mrs. Paxmore, y la comentó con su marido.

–¿No es una imagen espléndida? ¡Un valle fluvial que ha sido ahogado, inundado por el mar!

–A mí me parece un uso lamentablemente inapropiado de las palabras -dijo su marido-. Un cerdo puede ahogarse. O un niño que se cae de su canoa. Porque dejan de respirar y se ahogan. Pero, ¿cómo podría ahogarse un río? Dímelo tú.

–No se ahoga -replicó ella-. Es ahogado.

George Paxmore se recostó en su asiento para considerar aquella irrupción en la lógica. Luego, con un brusco ademán, rechazó al profesor de Yale, al río Hudson y a la bahía de Chesapeake.

–Ningún hombre instruido aceptaría semejante gramática.

Pero cuando Mrs. Paxmore expuso su nueva teoría al granjero, éste comprendió inmediatamente su aplicación.

–¡Eso es lo que ocurrió! – exclamó, con voz excitada-. En los últimos años, cuando ya se había fundido casi todo el hielo, el río empezaría a perder su fuerza, y el océano avanzaría poco a poco, y la desembocadura del río quedaría ahogada bajo el peso del agua salada.

Era una idea de tal belleza intelectual y se ajustaba de tal modo a los datos observables, que parecía constituir la respuesta a

especulaciones anteriores. Veía ahora el Susquehanna como el resto de un río que en otro tiempo había absorbido gran parte de un continente cubierto de hielo, un río majestuoso que había terminado vencido por el mar invasor. Decidió investigar más detenidamente la cuestión cuando llegase la primavera.

Mrs. Paxmore, cuyo libro de geografía había originado estas especulaciones, continuó sus propias investigaciones, consultando todos los libros que podía encontrar y hablando obsesivamente con los miembros de la comunidad que se encontraban mejor informados que ella. Una noche, quedó sorprendida cuando su marido se levantó de la mesa y dijo:

–Tal vez tengas razón, Elizabeth. He estado estudiando nuestra bahía… Bien, he estado tratando de compaginar lo que veo con la interesante tesis que propusiste hace unas semanas. Y cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que has encontrado algo.

Expuso las fases de su pensamiento: que si el antiguo río hubiera sido ahogado realmente, la bahía resultante se hallaría determinada en parte por el río y en parte por el océano, en vez de estarlo exclusivamente por este último. Ello significaría que debía existir una ordenada progresión desde un agua totalmente dulce en la boca del Susquehanna -donde desembocaba en la bahía- hasta un agua totalmente salada en el punto en que la bahía desembocaba en el mar.

–Y eso es lo que encuentro -concluyó-. Muy interesante.

–Thomas Applegarth ha estado hablando de realizar una expedición a las fuentes del Susquehanna -dijo ella-. Creo que deberíamos ayudarle.

–Podríamos darle vacaciones. Y buscar otro trabajador.

–Me refiero a dinero.

George Paxmore juntó las manos, formando con ellas una pequeña catedral, y se las contempló durante un rato. Nadie derrochaba dinero en la Orilla Oriental, y menos un cuáquero. Su

mujer estaba formulando una propuesta importante, pero era razonable. Siempre debe buscarse el conocimiento.

–Creo que podríamos darle veinticinco dólares -dijo.

–¿Quieres decírselo?

–Creo que eres tú quien debe hacerlo. Tú has sido quien le ha animado.

Elizabeth decidió que ambos debían informar a su operario de que la familia se complacía en subvencionar su investigación científica con la suma de veinticinco dólares. Él no estaba preparado para semejante noticia, y durante unos momentos no supo qué responder. Luego dijo:

–Tengo quince míos, y puedo ahorrar por lo menos otros veinte para finales de febrero. Me gustaría ver la parte alta del río antes de que se haya fundido la nieve.

Así, pues, el uno de marzo de 1811, Thomas Applegarth, granjero de Patamoke en la Orilla Oriental, zarpó en una pequeña falúa y se dirigió a la desembocadura del río Susquehanna. Los vientos no eran propicios, y necesitó tres días para llegar a Havre de Grace. Allí, dejó su embarcación en custodia al propietario de un astillero y, con sesenta y tres dólares en el bolsillo, dio comienzo a su exploración del río.

Por cincuenta centavos contrató a un hombre con una canoa para que le llevase hasta los turbulentos rápidos de Conowingo, al Norte. Una vez allí, dejó que el hombre regresara, mientras él continuaba a pie a lo largo de la orilla izquierda del río, es decir, la del Este. Se veía frecuentemente obligado a separarse del río, pues el terreno era demasiado escabroso, y algunas noches durmió a varios kilómetros, tierra adentro, de las orillas.

Pero siempre que podía caminar junto al río, o sumergirse en sus heladas aguas, se sentía de alguna misteriosa manera purificado y más próximo a los secretos del pasado. En los raros puntos de cruce pedía que le dejaran ayudar a los remeros, y se pasaba días

enteros yendo de una orilla a otra, de tal modo que cuando llegó al primer transbordador importante de Columbia, era ya todo un experto en cuestiones fluviales.

Pero hasta no rebasar Harrisburg y adentrarse en la región montañosa de Pensilvania, no empezó a ver las pruebas que buscaba. Estaba claro para él que en tiempos pasados aquel poderoso río había sido diez o quince veces más ancho que ahora; la prueba estaba en las tierras lisas que se extendían al este y el oeste de sus orillas. En otro tiempo habían sido, sin duda, el lecho de aquella poderosa y ya desaparecida corriente que había llevado las aguas del hielo derretido. Cada día era una revelación, una prueba.

Cuando llegó a Sunbury, a 215 millas de Patamoke, se vio enfrentado a una difícil decisión, pues al norte de ese asentamiento había dos ríos Susquehanna. Uno le llevaría en dirección Oeste hasta Williamsport; el otro, al Este, hasta Wilkes-Barre, y ninguna de las personas a quienes consultó supo decirle con seguridad cuál era el río principal. Para su asombro, ningún colono de Sunbury había explorado las fuentes de ninguno de los dos.

–¿Cuál trae más agua? – preguntó.

–Cuando vienen crecidos, los dos por el estilo -respondió el hombre más enterado.

–Si tuviese que ir a sus fuentes, ¿cuál elegiría?

–No tengo que ir.

–Pero, ¿cuál le parece?

–Me da igual.

Encontró una mujer, que le dijo:

–En épocas de crecida, el del Este parece arrastrar los árboles más grandes…, como si tuviese que recorrer la mayor distancia.

–O como si atravesase una región más boscosa.

–Ya lo tenía en cuenta -dijo la mujer.

Como ésa era la única prueba importante que había descubierto, dijo:

–Parece razonable. Iré hacia el Este.

Así, pues, el último día de marzo, Applegarth comenzó el largo y difícil viaje a Wilkes-Barre, y desde allí en dirección Norte hasta el poblado indio de Tunkhannock. El trayecto era sumamente penoso; no había lanchas capaces de remontar la corriente, y para largas distancias no había ningún camino junto al río. Durante tres días avanzó trabajosamente a través de espesos bosques, decidido a seguir el curso del río, pero al final hubo de renunciar y caminar por los caminos trazados, por mucho que le apartasen.

Sentía como si estuviese explorando una tierra virgen, y en ocasiones en que llevaba varios días lejos del río, se lo encontraba de pronto precipitándose hacia el Sur, y gritaba con la alegría de quien descubre a un viejo amigo:

–¡Ahí estás! ¡Hermoso río, portador de secretos!

Se quitaba la chaqueta y los zapatos y caminaba por las aguas, y a veces le resultaban éstas tan tentadoras, que se sumergía en ellas, sin preocuparse de su ropa, y luego caminaba por la orilla hasta que se le secaban la camisa y los pantalones. Ocasionalmente subía a la carreta de algún granjero que se dirigía al mercado; de ordinario caminaba solo durante días y días, explorando siempre más al Norte, hacia la fuente de su río.

En el largo y serpenteante camino de Tunkhannock a Towanda, una distancia de casi cuarenta millas, no encontró a nadie, y a veces chapoteaba por las márgenes del río, a falta de senderos. Comía frugalmente, un trozo de pan y un poco de queso, y perdió tres kilos. En este tiempo de soledad fue cuando concibió la idea de poner por escrito sus reflexiones acerca del Susquehanna y de su relación con la masa de agua que tan ardientemente amaba, la Chesapeake. Se pasaba días enteros componiendo un párrafo, tratando de hacer que pareciese importante, como lo que había

leído durante aquel invierno. Pensaba que era una forma adecuada de informar sobre una expedición: nunca debía afirmar demasiado; debía presentar sus conclusiones dejando abierta la posibilidad de que otros pudieran refutarlas más adelante si descubrían datos más fiables que los suyos. Se daba perfecta cuenta de que estaba tratando con conjeturas, y comprendía que los hombres responsables deben identificar las conjeturas y diferenciarlas de los hechos.

Chapoteando en el río y echándose por encima su agua fría, gritó al bosque:

–Estoy buscando el alma de este río.

Y cubrió las últimas millas de Pensilvania como envuelto en una especie de exaltación, el esplendor que a veces experimenta un hombre cuando se halla entregado a la búsqueda de una fuente.

Se había adentrado ya varias millas en Nueva York antes de encontrar a alguien que pudiera aconsejarle, y este hombre no tenía ni idea de dónde podría comenzar el pequeño riachuelo conocido con el nombre de Susquehanna.

–Tal vez lo sepa alguien que cace ciervos -le dijo un granjero.

Y su mujer sugirió al viejo Grizzer. Applegarth lo encontró en una destartalada granja. Era un hombre de casi setenta años, sin dientes ni pelo en la cabeza, pero con una poblada barba.

–¡Vive Dios, hijo! Siempre he querido saber dónde empieza ese maldito río.

Por dos dólares te llevaré todo lo lejos que conozco, y por dos dólares más llegaremos hasta el mismo principio, aunque esté en Canadá.

Emprendieron, pues, su viaje de 28 millas, un viejo que conocía el terreno y un joven que conocía el río. Pasaron junto a maizales que no habían sido aún arados para la siembra de primavera y atravesaron bosques en los que sólo habían penetrado los ciervos y los pájaros raros como el viejo Grizzer. Y el Susquehanna

permanecía siempre obsesivamente delante de ellos, estrechándose hasta no ser más que un arroyuelo, pero firme en una perversa determinación de sobrevivir.

–¡Vive Dios que es un riachuelo condenadamente obstinado, hijo! – comentó el anciano.

Y el cuarto día dijo:

–Hijo, he hecho un mal negocio. Este maldito río no tiene principio, y estoy hecho polvo.

Pero cuando comprendió que debía devolver los dos dólares que había cobrado por su trabajo de guía, encontró nuevas fuerzas.

–Seguiré un poco más. Simplemente, tiene que haber un manantial en alguna parte.

Y continuaron durante otro día, hasta que encontraron lo que bien hubiera podido considerarse un manantial.

–¿Llamarías a eso una fuente? – preguntó el viejo.

–Tal vez -dijo Applegarth-, salvo por ese arroyo que desagua en ella.

–¡Maldita sea! – replicó el viejo-. Esperaba que no lo vieses.

–Me gustaría seguir un poco más -dijo Applegarth.

–Lo harás solo, hijo. Por lo que a mí respecta, proclamo aquí y ahora que éste es el punto en que empieza el Susquehanna. Exactamente aquí.

–Espere. Volveremos juntos.

Así, pues, el viejo se instaló cómodamente junto a la falsa fuente, mientras el joven Applegarth continuaba hacia el Norte, siguiendo el reguero de agua. Durmió aquella noche bajo un árbol, y antes del mediodía del día siguiente, 4 de mayo de 1811, llegó a la fuente final del río. Era una especie de prado en el que no sucedía nada: no había ganado, ni agua brotando misteriosamente, sólo la lenta acumulación de humedad procedente de muchas fuentes invisibles e insignificantes, la acumulación de rocío, por así

decirlo, el comienzo, la anodina congregación de la nada, el origen del designio.

El sol resplandecía brillante sobre el prado, y la humedad reflejaba sus rayos dando una tonalidad dorada a toda la extensión, que adquiría así un cierto aire sagrado, como si la vida misma estuviese comenzando allí. Thomas Applegarth, mirando aquella tierra húmeda y fecunda, pensó: «Así es cómo empieza todo…, las montañas, los océanos, la vida misma. Una lenta acumulación, la congregación de significado.»

No es necesario recordar el nombre de Thomas Applegarth. Ni él ni ninguno de sus descendientes vuelven a figurar en este relato. Fue, simplemente, uno más entre el millar de americanos de su tiempo que intentaban sondear el significado de las cosas: los exploradores, los mecánicos, los agricultores, los constructores de barcos, los hombres y mujeres que fundaban Universidades, los directores de periódicos, los clérigos. Una sola cosa tenían en común: en alguna parte, de alguna manera, habían aprendido a leer, y las exigencias de la vida en la frontera les habían incitado a pensar. De esta fermentante combinación brotarían todas las realizaciones que harían grande a América, todos los inventos y las radicales nuevas formas de hacer las cosas y las ideas germinales que reharían el mundo.

(Desde luego, este estímulo a la creatividad nunca se aplicó a los negros. A éstos rara vez se les permitió leer, o dedicarse a las matemáticas o desarrollar sus facultades inventivas. Sería imposible calcular la pérdida social sufrida por nuestra nación a causa de esta arbitraria privación.)

En 1976, cuando una asamblea de estudiosos del Bicentenario trató de valorar la aportación de aquel pequeño grupo de desconocidos filósofos como Thomas Applegarth, escribieron:

Un pequeño clásico es aquel libro que apenas si llama la atención cuando es publicado y que no suscita ninguna conmoción

entre el público comprador. Aparece en una edición pequeña, quizá dos miembros de la familia del autor compran unos cuantos ejemplares más, y muere de muerte rápida y natural. Pero con el transcurso de las décadas nos encontramos con que todos cuantos en el mundo debieron leer este libro, lo han leído efectivamente. Disfruta de una vida subterránea, por así decirlo, mantenida por eruditos y legos de todas las naciones. Se susurran unos a otros: «Deberías leer ese libro de Fulano. Es una joya.» Y al cabo de cien años nos encontramos con que ese librito de Fulano ha sido leído por más personas que los éxitos populares que causaron sensación en su momento. Lo que es más importante, las personas que leen ese libro serán las que hacen el trabajo del mundo: las que educan a los jóvenes, o toman decisiones nacionales o se esfuerzan por llegar a generalizaciones propias.

Un perfecto ejemplo del clásico menor se halla constituido por *Hacia la Edad del Hielo,* de Thomas Applegarth, publicado en una edición de trescientos ejemplares en Patamoke en 1813. Por lo que podemos saber, Applegarth carecía de instrucción formal. Le había enseñado a leer Elizabeth Paxmore, una dama cuáquera que vivía en las proximidades de Patamoke. Fue ella quien despertó su interés por las cuestiones científicas.

A la edad de veintisiete años este granjero de Maryland, emprendió, con sesenta dólares, la exploración del río Susquehanna, a fin de comprobar, para su propia satisfacción, si el norte de Pensilvania podría haber existido en algún tiempo bajo una capa de hielo. Sus observaciones generales eran extraordinarias para su tiempo. Parece haber anticipado teorías muy adelantadas a su época y haber previsto con toda exactitud lo que demostrarían exploraciones posteriores. Sus conclusiones concretas, naturalmente, han sido abandonadas hace tiempo, cosa que él predijo en un extraordinario pasaje sobre la naturaleza del descubrimiento:

La mente especulativa del hombre avanza en grandes revoluciones, como un punto situado en el borde de una rueda, y si ahora el punto está delante, no puede permanecer así mucho tiempo, porque la rueda, y el carro que ésta mueve, debe seguir avanzando, y, al hacerlo, el punto situado en el borde se desplaza hacia atrás. Este movimiento oscilante, cuya posición temporal rara vez podemos discernir, es lo que llamamos proceso de la civilización.

Lo que hizo Applegarth y nunca se ha abandonado, fue contemplar el sistema fluvial del Susquehanna, pasado y presente, como un todo ecológico. En aquel tiempo no se había inventado esta palabra, pero él inventó el concepto, y ningún equipo de ingenieros y especialistas del medio ambiente contemporáneos ha tenido jamás una imagen más dará del Susquehanna y de sus interrelaciones. Ha constituido una fuente de inspiración para generaciones de científicos americanos, y nadie que haya seguido su exploración de sesenta dólares hasta el día final en que llegó a las verdaderas fuentes del Susquehanna puede olvidar su descripción de aquel momento:

Me detuve en aquel prado, mientras el sol centelleaba en las dispersas gotas de agua, y comprendí que para un río como el Susquehanna no podía existir principio. El indefinible río estaba, simplemente allí, ora ancho, ora estrecho, turbulento ahora, dormido luego, convirtiéndose en una formidable corriente, y después en espaciosa bahía, y más tarde en el océano mismo, formando una cadena ininterrumpida, con todas sus partes tan íntimamente relacionadas entre sí, que existirá siempre, incluso durante la próxima Era Glacial.

OceanofPDF.com

EL DUELO

OceanofPDF.com

En la guerra de 1812, las fuerzas americanas lograron estimulantes victorias en el océano, en Canadá, en el lago Erie y en Nueva Orleáns, pero en la bahía de Chesapeake estuvieron a punto de ser aniquiladas. Un grupo de valerosos y astutos capitanes británicos recorrían la bahía, convirtiéndola en un lago inglés poblado a veces hasta por mil navíos, grandes y pequeños, ansiosos de «castigar a los americanos y enseñarle modales a Jonathan».

Entre los más impetuosos dirigentes del esfuerzo británico en 1813 figuraba un joven de veintiocho años que sentía un desprecio absoluto hacia los antiguos coloniales y estaba resuelto a vengar la victoria de éstos sobre su padre en la batalla de Chesapeake en 1781. Era Sir Trevor Gatch, hijo, nieto y biznieto de almirantes.

Sus ascensos habían sido meteóricos, como cabía esperar en un joven de semejante ascendencia. A los once años se había hecho a la mar en el buque insignia de su padre. A los quince era teniente al mando de una lancha patrullera, y a los diecinueve obtuvo el grado de capitán, de gran importancia en la Marina británica. Era un hombre menudo, de un metro sesenta de estatura y menos de 55 kilos de peso. Tenía pelo rubio claro, facciones un tanto femeninas y voz aguda, pero, pese a su aspecto insignificante, había adquirido un formidable porte militar gracias a su erguida apostura y su amor al mando. Sentía verdadera pasión por la disciplina, y era notoria su inclinación a aplicar castigos corporales a sus subordinados, pero los hombres se hallaban orgullosos de estar a sus órdenes, porque se le conocía como afortunado capitán cuyos inagotables recursos salvaban buques que, en otro caso, se habrían perdido. Sus hombres decían de él: «Navegaría hasta el mismísimo infierno con el *Listo* Trevor», y su ascenso a almirante estaba asegurado.

La tradición familiar explicaba su fogoso temperamento. Los Gatch eran oriundos de Cornualles, «la península que desearía haber sido mar», y generaciones enteras de ellos habían zarpado de Plymouth, atrayendo la favorable atención de los reyes. A finales del XVI, la reina Isabel había querido establecer en Irlanda del Norte una congregación de familias leales a la causa protestante, y los combativos Gatch eran los primeros en los que se había fijado. Instalados en un castillo irlandés, distinguidos por el rey Jaime I con un título de baronet que

posteriormente engendraría dos lores, los Gatch habían continuado en el mar, luchando en apoyo de Marlborough frente a las costas de Flandes, en la captura de Jamaica y contra el almirante De Grasse en la batalla de Chesapeake.

En 1805 se había esperado que Sir Trevor luchara junto a Nelson en Trafalgar, y así lo hizo, capitán de veinte años al mando de un navío de alto bordo dotado con 72 cañones. Cuando su palo mayor fue derribado reaccionó lanzándose contra un barco francés y haciéndolo saltar en pedazos. Ahora se encontraba en la bahía de Chesapeake, ansioso de divisar cualquier navío americano y decidido a ser almirante y Lord.

A finales de agosto de 1813 se hallaba fondeado cerca de lo que en otro tiempo había sido Jamestown, en Virginia, cuando un espía cruzó la bahía con una información que le hizo dar un salto de excitación:

–La *Whisper* ha resultado con graves daños en su última batalla y está ahora en el astillero de Paxmore, en Patamoke, para ser reparada.

–¡La *Whisper*! -exclamó Gatch, cuando logró dominar su entusiasmo-. La encontraremos y la destruiremos.

Azuzando a sus remeros, se dirigió en su falúa hasta el buque insignia del almirante y pidió permiso para realizar una incursión por el Choptank, destruir la *Whisper* y ahorcar a su capitán. El mando británico, que durante dos generaciones había estado al acecho de aquella veloz goleta, prestó su entusiasta consentimiento, y el almirante, recién llegado de incendiar plantaciones a lo largo de la orilla, añadió su bendición:

–Que Dios te acompañe, Gatch, y haz que la banda toque mientras ese diablo dance en el aire.

Y el capitán Gatch, a bordo del *Dartmoor,* ocho cañones y acompañado por siete pequeñas embarcaciones, se puso en marcha para castigar a los americanos y hundir la *Whisper.*

El espía que había informado a los británicos de la situación en que se encontraba la *Whisper,* había dejado huellas al disponerse a cruzar la bahía, y un avispado barquero del río Wicomico, al sur de Patamoke, dedujo cuáles eran sus intenciones y se dirigió al Norte para alertar a los americanos establecidos a lo largo del Choptank.

–La escuadra británica está informada de que la *Whisper* se encuentra en el astillero.

Esta preocupante información era de vital importancia para dos hombres completamente diferentes. El capitán Matthew Turlock, dueño de la *Whisper,* era un hombre pelirrojo y barbitaheño, de cuarenta y cinco años de edad y que llevaba desde los siete luchando en el mar. Con el transcurso de los años había adquirido la convicción de que la responsabilidad principal de un capitán era salvar su barco; cargamento, beneficios, documentos, incluso las vidas de sus hombres, todo estaba subordinado a la gran orden: «Salva tu barco.» Y así lo había hecho él en difíciles circunstancias y en muy distintas condiciones meteorológicas. Había visto perderse muchos barcos, pero nunca uno que estuviese bajo su mando. Ahora, atrapada en tierra para revisión, la *Whisper* se encontraba en peligro, y él se proponía salvarla.

El otro americano turbado por la noticia era George Paxmore, el joven cuáquero que se hallaba ahora al frente del astillero de la familia, pues comprendía que si los ingleses se internaban por el Choptank y encontraban la *Whisper* en su cobertizo, quemarían tanto la nave como el astillero; de niño, había oído muchas veces la historia de cómo en 1781, dos años antes de nacer él, un destacamento británico había penetrado en el río e incendiado los astilleros de Paxmore, y no quería que aquello se repitiese.

Así, pues, tan pronto como el leal espía comunicó su noticia, los dos hombres se pusieron inmediatamente en acción.

–Primero debemos sacarla de las anguilas -dijo Paxmore.

Era un joven delgado, resuelto y sumamente enérgico. Con un enorme martillo se deslizó por entre los travesaños, soltando los soportes, y luego trepó por los costados de la grada, dirigiendo la retirada de los puntales principales.

Mientras tanto, el capitán Turlock había reunido a sus hombres y les había hecho improvisar un aparejo de modo que haría moverse la *Whisper* por el agua, aunque sus palos y perchas no se hallaban aún colocados. Cuando los hombres quedaron instruidos de lo que debían hacer, se unió a Paxmore en la tarea de liberar la goleta y contempló con satisfacción cómo se deslizaba hacia el puerto. Tan pronto como tocó agua, ordenó a veintiocho de sus hombres, instalados en dos

falúas, que empezasen a remar, y, lentamente, remolcaron la bella nave hasta el Choptank, donde fueron levantados cortos e improvisados mástiles que permitieron a la pesada goleta avanzar hacia las marismas.

Llegó entonces el momento de poner en práctica la estratagema de la que dependería el éxito de aquella aventura. Mientras la *Whisper* descendía lentamente por el curso del río, George Paxmore condujo a dos docenas de hombres a los bosques, donde sus hachas se hincaron en los recios troncos de los árboles. Tras comprobar que caían suficientes árboles verdes, Paxmore se apresuró a regresar al astillero, donde reunió a otros doce hombres para que transportasen maderos a un tosco almacén situado a unos doscientos metros río arriba del edificio principal. Tan pronto como llegaron los maderos y se suministraron escalas, Paxmore saltó a una pequeña chalupa y salió al río.

Estuvo yendo de un lado a otro, siguiendo con atención el trabajo de los dos equipos. A última hora de la tarde, comenzó a llegar al astillero el primer grupo de hombres con sus cortados troncos, que clavaron contra la fachada del cobertizo principal, ocultándolo y formando un bosque simulado: «No me parece real. Vamos a necesitar el doble de árboles.»

Se dirigió luego al almacén, cuya fachada estaba siendo modificada para que pareciese un cobertizo de barcos: Aquellos maderos no engañarían a nadie. Demasiado verdes.

Así, pues, regresó al puerto y se pasó toda la noche supervisando la tala de nuevos árboles, y el embadurnamiento con pintura del nuevo astillero, y cuando, al amanecer, volvió al Choptank, vio que había hecho el trabajo lo mejor posible, dadas las condiciones: «Tal vez les engañe. Tal vez no. No puedo hacer más.»

Pero luego se le ocurrió algo absolutamente vital: «¡Vuelta a la orilla! ¡Rápido! ¡Rápido!» Y cuando la chalupa llegó al muelle, saltó a la tierra y corrió al astillero auténtico, gritando a los leñadores:

–¡Volved a buscar ramas secas!

Y a los carpinteros les dijo:

–Ayudadme con la trementina.

Y estaban sudando como cerdos bajo el ardiente sol de agosto, cuando los centinelas gritaron:

–Están remontando el río.

El bombardeo británico de Patamoke, efectuado el 24 de agosto de 1813, fue una acción salvaje. El capitán Gatch había tenido intención de desembarcar junto a la ciudad y asediarla a pie para poder destruir a placer el infame lugar, pero un escuadrón de barqueros que no habían hecho otra cosa en toda su vida más que cazar conejos -y entre los que se hallaban unos treinta Turlocks de las marismas- opusieron un fuego tan intenso, que Sir Trevor se vio obligado a reconocer:

–¡Maldita sea, no tienen nada que envidiar a Napoleón!

Y, con gran disgusto por su parte, hubo de permanecer en el río, alejado de la orilla, y bombardear la zona con cañones de largo alcance, porque los fusileros de tierra estaban empezando a acertar a sus marineros.

–¡Prended fuego a toda la ciudad! – ordenó con su aguda voz, y fueron dirigidas balas incendiarias contra los edificios principales. Esto no provocó espectaculares incendios, así que ordenó a sus hombres que dirigiesen todos sus esfuerzos contra el astillero, donde pensaban que se encontraba la *Whisper,* y cuando las candentes balas de cañón cayeron sobre la desparramada estructura, estalló un incendio de gran intensidad, y los marineros británicos prorrumpieron en aclamaciones, y el capitán Gatch exclamó:

–Esta vez les hemos dado.

En su opinión, las balas incendiarias habían caído sobre la trementina y los depósitos de aceite utilizados para reparar la *Whisper.*

Mientras las ondulantes llamas se elevaban y retorcían en el aire, destruyendo el cobertizo y cuanto había en su interior, Sir Trevor se mantenía erguido, sonriendo torvamente. Volviéndose hacia su ayudante, dijo:

–Mi padre fue humillado en la batalla de Chesapeake. Y toda una generación de compatriotas nuestros ha intentado cazar a la *Whisper,* pero ahora, ¡por Dios que ya está lista!

Ya mediodía ordenó a su flotilla que regresara aguas abajo del Choptank, manteniéndose alejada de las orillas, desde las cuales la milicia local continuaba hostigándoles.

–¿Lanzamos unos cuantos disparos de despedida contra la ciudad? – preguntó el ayudante.

–¡Claro que sí! – respondió Sir Trevor, y fueron lanzados diecinueve disparos más, que sembraron la destrucción en la ciudad, mientras los marineros británicos saludaban con aclamaciones su victoria.

Pero cuando se retiraban, el espía que les había llevado allí, conocedor de las argucias de las gentes del Choptank, y especialmente de los Turlock, escrutó con atención la marisma y, mientras el capitán Gatch compartía una botella de ron con sus artilleros, gritó:

–¡Capitán, ahí está la *Whisper*!

Y Gatch se atragantó.

Era la *Whisper,* oculta entre las hierbas de la marisma, donde ningún inglés la habría descubierto. Pero ahora, a las dos de la tarde, Sir Trevor se hallaba frente a frente con el fantasma de la goleta que él había hundido unas horas antes.

–¡A los cañones! – ordenó.

Y la flotilla entera se aproximó a la marisma, pues no había allí ningún promontorio desde el que la milicia local pudiera operar, y, lentamente, fue colocado en posición de tiro el pesado cañón.

La primera andanada dio en el blanco, y saltaron las planchas de cubierta. La siguiente alcanzó el costado de babor de la fondeada goleta en la zona conocida como «entre mar y cielo», y los daños fueron tremendos.

A la quinta andanada, un vigía gritó:

–Está haciendo agua. Fuerte escora a babor.

Y luego, mientras los otros cañones ingleses, más pequeños, destrozaban la maltrecha goleta, el vigía gritó:

–Hay un hombre a bordo. Pelo rojo, barba roja.

Y el cañoneo se concentró en aquella grande y esquiva figura, y, finalmente, una bala de cañón le dio en el brazo izquierdo, estrellándolo contra un mamparo, y el vigía vio brotar la sangre y gritó:

–Ha sido alcanzado, señor. Ha caído.

Y cuando cogió el catalejo, el capitán Gatch vio la goleta escorada a babor, la destrozada madera, la mancha de sangre y, sobre la cubierta, una mano cortada.

–Ha muerto -anunció a la tripulación.

Y ordenó que fueran arriados los botes y varios hombres fueran a tierra remando y prendieron fuego a la *Whisper* para que nunca más volviese a asolar los mares. Y brotaron las llamas, y se consumieron el destrozado mástil y la mano cortada, y quedó consumada la venganza de todas las fechorías cometidas por aquella airosa goleta.

A la mañana siguiente, mientras la victoriosa escuadra británica navegaba por el canal existente al norte de la isla Devon, el espía dijo:

–Ahí es donde viven los Steed. Eran los dueños de la *Whisper.*

–Es mucha distancia -exclamó el capitán Gatch-, pero otro premio para el que dé en el blanco.

Fueron disparados los cañones, y grandes balas volaron hacia la casa, pero sólo dos de ellas las alcanzaron. Al término de una larga parábola se alojaron entre los ladrillos de la parte superior del segundo piso, cerca del tejado, donde quedaron empotradas, sin haber conseguido nada.

El bombardeo británico de Patamoke afectó de encontradas formas a tres ciudadanos locales. Paul Steed, nieto de Isham y sobrino nieto de Simon, dirigía ahora el vasto sistema de la plantación, ayudado por varios primos mayores de los Steed del Refugio, y a sus veintidós años era lo bastante joven como para haber disfrutado con el cañoneo de *Venganza de Rosalind.* De hecho, durante las salvas de disparos había danzado alegremente mientras las balas pasaban por encima, fallando el blanco, y cuando, finalmente, lo alcanzaron, sin causar daños, gritó triunfalmente:

–¡Son impotentes! Miradlos cómo se largan.

Y cogió un mosquete y corrió a la orilla septentrional, disparando infructuosamente contra la flotilla. Los perdigones de su arma cayeron a más de una milla de los barcos ingleses, pero más tarde se jactaría ante la comunidad:

–Los rechazamos, y tuvieron que irse.

Paul era el primer varón Steed que no había realizado al menos parte de sus estudios en Europa, generalmente en el gran centro católico de St. Omer, pero había sido educado más o menos eficientemente en el nuevo colegio de Princeton, en Nueva Jersey, donde ahora estaban recibiendo instrucción gran número de caballeros meridionales. La acusada tendencia presbiteriana del colegio había

ejercido un deletéreo efecto sobre la pura vena de catolicismo que los Steed habían cultivado hasta entonces, y el carácter del joven Paul se había visto afectado por ello. No estaba seguro de sus creencias; carecía de convicción acerca de las cuestiones básicas, y sus vacilaciones se manifestaban en su renuencia a casarte o a asumir verdaderas responsabilidades en la dirección de la plantación.

De hecho, los Steed de Devon se hallaban en peligro de convertirse en otra familia ribereña en decadencia, y Paul no denotaba capacidad para alterar esa tendencia. El problema era intelectual; Paul y su generación eran los primeros en no disponer de cómodo transporte de ida y vuelta a Europa; no había ya barcos familiares que zarpasen de muelles familiares para realizar travesías regulares y relativamente rápidas a Inglaterra y Francia; los niños no podían ya bajar, simplemente, hasta la orilla para hacer una visita a Londres, y esta falta de impacto civilizador estaba perjudicando a la fibra del joven. No era que Europa ofreciese una cultura superior o una educación más refinada que la que un muchacho inteligente podía adquirir en Yale o en William y Mary; lo que Europa proporcionaba era el desafío de ideas diferentes expresadas en diferentes idiomas por hombres educados en tradiciones diferentes, y Paul Steed era un ejemplo típico del daño causado cuando estas nuevas ideas no formaban ya parte de la educación de un joven. En lo sucesivo, las grandes familias de la bahía de Chesapeake se tornarían provincianas.

Pero el joven amo tenía ingenio. Cuando los ingleses se hubieron perdido de vista, aplicó unas escalas para inspeccionar las dos balas de cañón alojadas en la pared norte de su casa, y cuando vio que estaban profundamente empotradas entre los ladrillos, ordenó a los esclavos que rellenaran de yeso los espacios rotos, de modo que las balas pudieran quedar permanentemente alojadas allí, y siempre que llegaban invitados a *Venganza* se convirtió en un ritual que Paul les llevase hasta su dormitorio para mostrarles los proyectiles de la incursión británica, que emergían a medias de la pared.

–Ese maldito Gatch quería matarme en la cama -decía riendo-, pero el *Listo* Trevor calculó mal y disparó demasiado alto. Un metro más abajo, y las balas de cañón habrían entrado por esa ventana y me habrían matado mientras dormía.

Nunca reveló que sólo después del ataque había instalado allí su dormitorio.

George Paxmore se sentía lleno de júbilo por el hecho de que los ingleses hubieran dirigido sus cañones contra su falso almacén, que ardió sin graves pérdidas, y no hubieran disparado sobre su camuflado astillero, que resultó intacto. Se sentía tan agradecido, que a cada uno de los hombres que habían cortado árboles o construido el almacén pagó una prima de una semana de salario.

–Habéis hecho posible un milagro -les dijo-. Sin vuestro esfuerzo, el astillero de Paxmore ya no existiría.

Pero también sufrió una derrota psicológica, porque el *Dartmoor,* que había causado aquella destrucción a Patamoke e incendiado la *Whisper,* era un producto Paxmore. Su abuelo, Levin Paxmore, el famoso constructor, lo había creado en la década de 1770, y había volcado en él sus más exquisitas atenciones; era el último navío de la estimada serie *Whisper* que tan perfectamente había llevado a cabo.

Había sido bautizado con el nombre de *Victory* y había caído en una trampa tendida por el almirante Rodney en St. Eustatius. El capitán Norman Steed había resultado muerto por disparos de mosquete, y la *Victory* había sido capturada. Rebautizada con el nombre de *Dartmoor* y dotada de seis poderosos cañones, había disfrutado de años de gloria como miembro de la escuadra británica y había ayudado a derrotar a los franceses en Trafalgar.

Hacía ya varios años que era el navío preferido del capitán Gatch, pues en él podía moverse con sorprendente rapidez, lanzándose contra buques mayores y reduciéndolos antes de que tuvieran tiempo de maniobrar sus cañones para rechazarle. El *Dartmoor* poseía gran potencia de fuego; el capitán Gatch había montado recientemente dos cañones pesados más en la parte de proa, lo que hacía un total de ocho, y había pasado semanas enseñando a sus artilleros a sacar el máximo partido de sus armas.

Así, pues, durante las horas en que la flotilla había permanecido ante Patamoke, sembrando la devastación, Paxmore se había sentido confuso: le irritaba ver al capitán Gatch tratando de incendiar su astillero, pero, al mismo tiempo, apreciaba la oportunidad de observar profesionalmente al *Dartmoor,* y hubo de admitir que muchas de las

alteraciones introducidas por Gatch habían fortalecido al buque: ha elevado los costados de madera para proporcionar mayor protección a sus artilleros. Y ha desplazado los cañones para poner más peso delante. Eso mantiene baja la proa. Da a los artilleros una plataforma más estable. Pero sus expertos ojos detectaron inmediatamente el peligro: «Creo que lo hace navegar con la proa demasiado baja. Debe tener cuidado.» Finalmente, hizo una curiosa concesión: «En combate debe de ser formidable. – Vacilación-. Pero, por supuesto, no fue construido para el combate.»

Se había conducido a sí mismo a la situación que atormenta a todo el que debe diseñar un navío o tomar una decisión: cada mejora lleva en sí el germen de su propia destrucción; se ha alterado un equilibrio vital, y las consecuencias son imprevisibles. Sin embargo, el cambio es esencial, ineludible; la tarea del hombre reflexivo es sopesar el bien probable frente al mal posible y decidir si el cambio hará que merezca la pena correr el riesgo. El capitán Gatch había optado por un mayor peso a proa que le deparase mejor artillería, y la precisión de su reciente cañoneo confirmaba esa decisión.

En los momentos culminantes de los gritos y los estampidos, George Paxmore concluyó: Tengo en proyecto un navío que triplicará las ventajas de la *Whisper* y sólo levemente aumentará sus riesgos. Y empezó a rezar audiblemente en súplica de que los vigías del capitán Gatch no reparasen en el camuflado astillero, pues ardía en deseos de comenzar la construcción, y cuando la flotilla se retiró, no le avergonzó en absoluto dejarse caer de rodillas y dar gracias por su salvación.

Luego empezaron a llegar rumores a Patamoke: «La *Whisper* ha sido detectada.» «El espía la descubrió oculta entre los cañaverales.» «Quedó destruida por cañonazos disparados a corta distancia.» «Al final, fue incendiada.»

Cuando Paxmore oyó esto, quedó tan agitado que su mujer preguntó:

–¿Qué ocurre, George? Hemos salvado el astillero.

Y él respondió:

–Han hundido la *Whisper.*

–¡No! – gritó ella, y salió corriendo a examinar el río, como si en él pudiera haber alguna prueba de lo contrario, pero no había ningún

indicio de nada en las grises e indiferentes aguas.

Llegaron luego varios trabajadores, que confirmaron la noticia.

–El capitán Turlock ha muerto y ha ardido con su barco.

Y se generalizaron los lamentos, pues todos los hombres que han trabajado en un barco y conocen sus cualidades, llegan a amarlo y deploran su muerte final. Empezaron a recordar sus hazañas, y Elizabeth Paxmore sirvió la primera sidra de aquel año, y George Paxmore se sonó, se mordió el labio y dijo:

–Matthew Turlock era el mejor navegante que este río ha producido jamás.

Y empezaron a recordar episodios de su vida.

Pero Matthew Turlock no murió en el incendio de su barco. Cuando perdió la mano izquierda, se sintió mareado por el dolor y por la vista de su propia sangre, y estuvo a punto de desmayarse. Quizás esto fue su salvación, pues al tenderse sobre la cubierta, tratando de contener la hemorragia, quedó oculto a la vista de los tiradores británicos.

Cuando vio que la *Whisper* no podía salvarse, se arrastró hasta el costado que daba hacia tierra y se dejó caer a la marisma, tratando todavía de envolverse la herida con el faldón de su camisa, y cuando el grupo de desembarco llegó para quemar el navío, él estaba escondido entre las hierbas. Más tarde, se dirigió tambaleándose a tierra firme, donde dos muchachos Turlock que estaban contemplando el incendio le descubrieron. Fueron llamados otros más para llevarle a lugar seguro, pero él se negó a separarse de la orilla y permaneció allí hasta que su espléndida goleta hubo ardido hasta la línea de flotación.

¡La *Whisper*! El navío más altivo de la resistencia de América contra el rey, el errante buque mandado por su padre, su propio hogar desde los siete años, el azote del corsario, insolente burlador de almirantes ingleses, el rápido y reluciente progenitor. ¡Qué pena verla morir en las aguas poco profundas de una marisma, cañoneada sin poder responder! Salobres lágrimas humedecieron su barba y cayó al suelo inconsciente, lo que permitió a sus parientes llevarle a lugar seguro.

Rachel Turlock, de setenta y siete años y jefa del clan, echó un vistazo al ensangrentado muñón y dijo:

–Pala caliente.

No había cerca ningún médico al que se pudiera llamar, y la herida estaba sangrando demasiado copiosamente como para detener la hemorragia por medios corrientes.

–Pala caliente -repitió Rachel, y fue encendida una hoguera y colocada sobre ella una pala, hasta que el hierro estuvo al rojo vivo.

Luego, cinco Turlocks sujetaron a Matthew contra el suelo de tierra de la cabaña, mientras Rachel supervisaba los movimientos de uno de sus nietos. Éste retiró la pala de las brasas, escupió en ella para comprobar su incandescencia y la aplicó con fuerza contra el irregular muñón. Matthew, al sentir cómo el dolor le recorría el cuerpo, se desmayó otra vez, y al recuperar el conocimiento vio que su muñón había sido embadurnado con grasa de oso y envuelto en trapos sucios.

Y mientras sentía el sordo dolor recorrerle el brazo, un Turlock de Patamoke llegó con la peor noticia de todas:

–Al disparar la última andanada, dieron a tu casa.

–¿Fue herida Merry?

–Muerta.

Y en el furor de saber que también su esposa había desaparecido, al igual que su barco y su mano izquierda, Matt Turlock juró vengarse, y comenzó el duelo.

Cuando el muñón cicatrizó, Matt se lo envolvió en lona y se dedicó a golpearlo de vez en cuando contra mesas y sillas para endurecerlo, y al cabo de algún tiempo la cicatriz se volvió como hueso, y juzgó que había llegado el momento.

Se acercó a la caja en que guardaba su tesoro: la escritura de su tierra, la renuncia firmada por el rector de Wrentham y el presidente Washington, la bolsa de monedas europeas, todas de plata. Fue esta plata lo que llevó a un artesano de Patamoke, con la orden: «Fúndelas», y cuando hubo plata suficiente en el crisol, explicó el artilugio que quería.

–Hazme una taza pesada, tiene que ser pesada, que encaje sobre este muñón. Deja dos agujeros para unas correas de cuero… atadas al codo.

Cuando quedó moldeada la taza, encontró que era exactamente lo que quería, pero aún necesitaba más detalles:

–En cada uno de los puntos cardinales, una estrella; en el lado liso, un águila.

Ycon pesados martillos, el artesano grabó cuatro estrellas en el puño y, luego, añadió un águila en el lado liso que cubría el extremo del muñón. Cuando las correas de cuero fueron pasadas por los agujeros y sujetadas por encima del codo, se encontró equipado con una pesada copa de metal que podría resultar mortal en una pelea.

***Puño de Plata,* le llamaban los marineros de Patamoke, pero no hacían nada por desafiarle a que utilizara su pesado brazo izquierdo. Matthew tenía cuarenta y cinco años cuando perdió su barco y era un hombre alto y corpulento, de barba roja y ojos hundidos bajo hirsutas cejas rojas. Había navegado desde su nacimiento por la bahía de Chesapeake; de hecho, la había recorrido solo a los cuatro años, y se proponía continuar. Lo que necesitaba ahora era un barco.**

Cuando entró en la oficina de George Paxmore encontró al cuáquero deseoso de remplazar a la *Whisper.* El joven se hallaba tan turbado por el incendio de la obra maestra de su familia, que parecía dispuesto a trabajar sin un encargo concreto. Pero no del todo. Tras dominar su entusiasmo, preguntó:

–¿Tienes dinero para pagarlo?

Y se sintió aliviado cuando Turlock respondió: -Suficiente.

Paxmore no quería detalles del capitán; su único deseo era construir un navío superior a todos, pero mientras exponía de mala gana sus planes, se detenía de vez en cuando para preguntar:

–¿Comprendes lo que quiero conseguir?

Sorprendentemente, Turlock estaba dispuesto a dejarle hacer a su antojo, pues había aprendido de su padre que los éxitos de la *Whisper* se debían en una tercera parte a lo que Turlock hizo con ella, y en dos terceras partes a lo que Levin Paxmore había puesto en ella.

–Lo que quiero -dijo al joven Paxmore- es lo mejor que tu familia haya construido jamás.

–Lo tendrás, pero el coste no será pequeño.

Y sacó un papel en el que había calculado hasta el coste de la última clavija. – El total asciende a 2.863,47 dólares.

–¿Qué dimensiones? – preguntó Turlock.

–Veinticinco metros de largo y siete de ancho. Tres metros de calado a proa y cuatro y medio a popa.

–Bien. No lo quiero pesado de proa.

–Ni yo tampoco.

Esperó una confirmación, pero, en lugar de hablar, Matt Turlock se sacó de la cintura una bolsa de lona llena de monedas de plata y empezó a contar, agrupándolas en montones con el extremo de plata de su brazo izquierdo. Cuando el importe llegó a mil dólares americanos, dijo:

–Constrúyelo. Tengo el resto.

Y desapareció.

A principios de 1814, cuando el barco estuvo terminado, Paxmore dijo: -Navegará con cualquier brisa, pero con viento largo volará materialmente. Y, por eso, sus hombres le llamaron volador, y ése fue el nombre que Paxmore pintó en el yugo. Pero, cuando lo vio, Turlock dijo con firmeza: -A mi buque le pongo el nombre yo.

Y fue repintado como el *Ariel:* «El espíritu del mar. Vive junto al corazón de los océanos.»

Reunió una tripulación de treinta y cuatro competentes marineros, y un frío día de enero les dijo:

–Vamos a probarlo en el Choptank.

Pero después de zarpar, enfiló la bahía de Chesapeake y, luego, hizo deslizarse el barco por la margen oriental de la bahía, lejos de los amodorrados barcos de guerra británicos, y cuando llegó al cabo Henry sorprendió a los hombres adentrándose en el ancho Atlántico, gritando:

–¡Mirad cómo toma las olas!

Pasaron antes de que regresara a la bahía, llevando consigo una tripulación endurecida para la guerra. Llegaba sin botín; el *Ariel* había capturado dos pequeños mercantes ingleses, pero había obtenido poca cosa de ellos, justo lo suficiente para alimentar a la tripulación. En Patamoke pidió a Paxmore que introdujera unos cuantos cambios, recogió un encargo de Paul Steed y se hizo de nuevo a la mar.

Navegaba rápidamente por la bahía, cuando el vigía exclamó:

–Dos barcos ingleses tres cuartas a estribor.

Y cuando cogió el catalejo, Matt se quedó sin aliento, pues vio que el primero de los barcos era el *Dartmoor,* el buque insignia de su mortal enemigo el capitán Gatch.

–Tiene ocho cañones por dos nosotros -gritó a sus hombres-. Y quizá dos o tres más en el otro barco que le sigue. Pero podemos hacerlo.

Sin dar tiempo a que sus marineros calculasen la enorme ventaja que esto podría significar para Gatch, Matt echó un rápido vistazo a su mapa y vio que la batalla podía quedar limitada a la ancha franja de bahía comprendida entre el río York, al Oeste, y el cabo Charles, al Este, y le satisfizo el hecho de que no tendría que preocuparse por la posibilidad de que acudieran más buques británicos desde el río James, pues la desembocadura de éste quedaba muy al Sur. El destino le había dado espacio en que desenvolverse, un viento vivo que soplaba de la orilla occidental y una buena tripulación. No pedía más.

Con voz tensa, dijo a sus hombres:

–Interceptaremos a ése y lo hundiremos.

Y señaló la balandra armada con cuatro cañones. Tras dar esta breve orden, hizo virar el *Ariel* a estribor en un rumbo que le llevaría entre los dos barcos británicos, y a bastante distancia de la popa del más peligroso, que marchaba en primer lugar. Calculaba que podría deshacerse de la balandra antes de que el capitán Gatch tuviera tiempo de virar con el *Dartmoor* y sacar a relucir sus cañones.

El *Ariel* surcaba ahora las olas, con la cubierta inferior a flor de agua y los altos mástiles doblegados bajo el peso del velamen, y tan expertamente pilotó el navío, que Turlock culminó conforme a sus deseos la primera parte de su plan: sus dos cañones dispararon contra la balandra, obligándola a detenerse, y luego viró y se acercó a ella. Nueve hombres del Choptank la tomaron al abordaje, lucharon contra sus tripulantes y la incendiaron.

Era imposible recuperarlos sin detenerse y permitir que el *Dartmoor* disparase a placer, así que Turlock hizo a sus hombres un gesto de despedida con la mano y vio con aprobación que arriaban unos botes. Ellos quedarían fuera de la batalla.

Al hacer virar el *Dartmoor,* con la intención de echar a pique a aquel insolente barco americano, el capitán Gatch vio con

estupefacción que se hallaba capitaneado por un hombre al que creía haber matado hacía tiempo.

–¡Santo Dios! ¡Es Turlock!

Dándose cuenta inmediatamente de que Turlock sólo tenía dos cañones, mientras el *Dartmoor* llevaba cinco, gritó:

–Ése es el nuevo barco al que llaman clíper. ¡Lo hundiremos ahora!

Todas las ventajas estaban de parte de Gatch. Al virar hacia el Norte se había situado a barlovento del *Ariel;* tenía ocho artilleros bien adiestrados y una tripulación convencida de su invencibilidad. Y, lo que era más importante, en el bombardeo de Patamoke había demostrado mayor astucia que Turlock y confiaba volver a hacerlo. No podía perder, y así se lo dijo a sus hombres.

Antes de que Turlock pudiera desprenderse del combate entablado con el primer barco británico, el capitán Gatch se dirigía ya sobre él desde el Norte, con las velas firmemente controladas y los cuatro cañones de babor apuntados con toda precisión contra su navío. La maniobra fue una obra maestra de pericia náutica, y los artilleros de Gatch, instalados en su sólida plataforma, devastaron las cubiertas del *Ariel;* pero no dañaron ninguno de sus dos mástiles, por lo que Turlock tuvo la oportunidad de navegar hacia el Este y aprestarse para el próximo ataque. Con cierto desaliento observó que ninguno de sus astilleros había disparado siquiera contra el barco británico durante la primera acometida. No quería que eso volviese a suceder; sería él quien eligiese el momento y las condiciones del próximo contacto.

Así, se mantuvo moviéndose ágilmente por la sección oriental de la bahía sin dejar de vigilar atentamente al *Dartmoor,* pero observando también con satisfacción cómo la balandra británica ardía hasta su línea de flotación: «Has perdido la mitad de tu escuadra, Gatch. Ahora, la otra mitad.»

Mientras esperaba la oportunidad que le permitiera tener el *Dartmoor* a babor, ordenó a sus artilleros que girasen los cañones a ese lado y advirtió:

–Esta vez, tenemos que alcanzarle.

Y a sus marineros les dijo:

–Haced fuego graneado con los mosquetes.

Obediente a su plan, el *Ariel* viró rápidamente a estribor, interceptando casi el rumbo que seguía la goleta de Gatch, y, al pasar, disparó todas sus armas. Una bala de cañón rozó el trinquete, agujereando algunas de las velas de proa; los mosquetes acribillaron la cubierta. Había sido una acción notable, y no se había producido ninguna baja entre los americanos.

Lo prudente para Turlock habría sido retirarse en ese momento; había causado daños a su enemigo, y no había esperanzas razonables de que en una batalla prolongada su clíper pudiese seguir barriendo con sus disparos al *Dartmoor,* provisto de armamento más nutrido y pesado. Pero Turlock no estaba pensando con prudencia; estaba tan decidido a tomarse venganza, que el escapar no formaba parte de su plan.

–¿Acabamos con ellos? – preguntó a sus hombres, y éstos le gritaron su asentimiento.

Así, pues, modificó el rumbo y costeó el lado occidental de la bahía, con la intención de aproximarse por babor al *Dartmoor.*

Pero Gatch se dio cuenta del plan y reconoció que por el momento, con el trinquete tocado, su barco era más lento, así que se dispuso a situarse estribor con estribor y obsequiar al insolente americano con una rociada de balas que no olvidaría con facilidad. Los hombres de Turlock comprendieron en seguida cuál era su táctica y se dieron cuenta de que todo dependía de. que lograran salvar aquel diluvio de fuego. Situaron sus dos cañones en posición de máxima y flanquearon la amurada de estribor con mosquetes de todas clases. Aquélla sería una prueba de voluntades.

Era también una prueba de capitanes. Gatch tenía la ventaja de su superioridad de fuego; Turlock tenía el viento, la velocidad, el sabor de la victoria parcial. Y ambos tenían el apoyo de su tripulación, conscientes los ingleses de que Trevor era un jefe afortunado y confiados los americanos, como siempre, en el valor de *Puño de Plata.*

Las dos goletas de Paxmore presentaban una estampa de impresionante belleza mientras maniobraban a través de la bahía de Chesapeake: el viejo *Dartmoor,* gallardo como ninguno de los barcos que había producido la bahía; el *Ariel,* presagiando un futuro en que los clipers dominarían los mares desde China hasta Murmansk.

Surcaban la bahía como esos insectos de verano que danzan sobre el agua sin que sus milagrosas patas rompan jamás la superficie. Sus mástiles estaban acribillados; sus cuerdas, tensas; surcaban las aguas como ansiosos de trabarse en una prueba de fuerza, y por unos momentos Gatch pensó: «Dios mío, ¿intenta embestirme?» Consideraba al americano capaz de cualquier locura.

Pero en el último instante, Matt Turlock viró para presentar su flanco de estribor ante el *Dartmoor,* y empezó el cañoneo. Los artilleros americanos eran buenos y decididos y dieron muerte a dos marineros ingleses; pero los cañones pesados del *Dartmoor* eran de una eficacia aterradora y barrieron al *Ariel.*

Se astilló la madera. Los hombres fueron arrojados confusamente unos contra otros. El clíper pareció estremecerse, y se desplomó una verga. Esta vez el fuego inglés había sido irresistible, y el frágil *Ariel* estaba perdido.

Es decir, habría estado perdido si Turlock hubiera sido lo bastante estúpido como para esperar a una tercera confrontación. No lo fue. Un rápido vistazo le convenció de que había sufrido graves daños y de que un nuevo ataque perdería ventajas de maniobrabilidad y rapidez. Sin vacilar, huyó.

–¡Ya lo tenemos! – gritó Gatch, mientras sus hombres prorrumpían en aclamaciones.

Y se dispuso a perseguir al maltrecho *Ariel* hasta su refugio del Choptank y destruirlo, como había hecho con su predecesor.

Pero el capitán Turlock no tenía intención de refugiarse en ninguna parte. Sin reflexionar en dónde ni cómo procedería a las reparaciones necesarias, renqueó hacia la boca de la bahía, confiando, como habría hecho su padre cuarenta años antes, en que el *Ariel* encontraría albergue en algún lugar de aquel gran océano. Maltrecho, desordenados sus aparejos y con las cubiertas llenas de escombros, el buque salió al océano, donde ni siquiera un rápido *Dartmoor* podía alcanzarle y donde podría recuperarse.

–Se hundirá allí -profetizó Sir Trevor mientras lo veía alejarse, pero no creía su propia predicción; sospechaba que, de alguna manera, Matt Turlock repararía el esbelto clíper y que en algún punto de los océanos del mundo los dos navíos volverían a encontrarse.

Sin embargo, al informar de la batalla al Almirantazgo, aseguró haber obtenido una victoria. «Cierto que perdimos una balandra de poca importancia, pero el *Ariel* recibió un severo castigo, y esto es esencial, pues los americanos habían empezado a poner gran confianza en su nuevo barco. Lo hemos expulsado de los mares.» Tenía ya en su haber dos victorias sobre el capitán Turlock y ninguna derrota, y cuando sus hombres se reincorporaron a la escuadra del almirante Cockburn para el ataque a Washington, alardearon:

–El astuto Trevor sabe cómo manejar a los americanos. Los aplasta.

De todos los lugares del Atlántico adonde Matt Turlock habría podido ir para reparar su barco, eligió el menos adecuado. Se dirigió a St. Eustatius, la insignificante isla holandesa del Caribe Septentrional. Ya no era un rico centro comercial; uno de los tratados de paz que periódicamente se firmaban en Europa había devuelto la isla a los holandeses, y volvía a ser lo que había sido a lo largo de los siglos: un soñoliento e insignificante puertecito con dos o tres tiendas que arrastraban una lánguida existencia. Naturalmente, seguían alzándose junto al mar los inmensos almacenes que durante unos pocos y excitantes años de la década de 1770 habían albergado la riqueza del mundo, pero ahora se encontraban vacíos, y los ratones roían su maderamen.

Los pocos artesanos disponibles se sintieron encantados de encontrar trabajo, y repararon el *Ariel,* con lo que al cabo de tres semanas volvía a ser tan recio como siempre, pero él problema era entonces qué se podía hacer con él. No podía regresar a la bahía de Chesapeake, pues a mediados de 1814 se hallaba tan infestada de barcos de guerra británicos, que ningún buque americano podía moverse por ella, y esa situación se mantendría durante más de un año. Otros puertos estaban bloqueados, por lo que comenzó la tediosa tarea de recorrer el océano de un lado a otro, esperando la oportunidad de transportar algún cargamento.

El capitán Turlock hizo una travesía desde la isla francesa de Martinica hasta el puerto español de Veracruz, en México, y allí cargó madera destinada a Halifax, pero una cañonera inglesa le había identificado como americano y le había impedido acercarse a la costa. Descargó los troncos al otro lado del mar, en Portugal, pero no pudo

encontrar allí mercancía alguna consignada para alguno de los puertos en que le era posible entrar. Con un veloz clíper y una tripulación de 34 hombres a los que alimentar, estaba siendo expulsado de los mares.

Y un día, mientras vagaba al azar por el Atlántico, recordó su viaje final en la *Whisper;* había depositado un cargamento de carne en La Habana y se disponía a abandonar el puerto cuando un comerciante de efectos navales se dirigió a él en un bote de remos para informarle de que tres esclavos estaban esperando para ser transportados a Virginia y que recibiría una cantidad importante si los llevaba. Así lo hizo, y el dinero había incrementado sustancialmente sus beneficios, por lo que empezó a interesarse por el tráfico de esclavos y aprendió los principios básicos: «Llena tu barco con cualquier clase de mercancías, vete a África, saca a los esclavos de los barracones, llévalos a Brasil, carga ron y azúcar en cualquier puerto comercial… y repite el proceso.»

En la imposibilidad de dedicarse a un comercio honrado a causa del bloqueo británico, le tentaba la oportunidad de ganar dinero fácilmente en África, pero le contenía el conocimiento de que estaba vedado por la ley. Desde 1792 se había prohibido a los capitanes americanos importar esclavos a la nueva nación y se les juzgaba por piratería si lo intentaban. En 1808 quedó proscrita toda importación, con independencia de cuál fuese la nación propietaria del barco, y Maryland, con su excedente de esclavos, incluso prohibió su compra a Estados vecinos, como Virginia.

Y, sin embargo, el tráfico continuó. Audaces capitanes obtenían enormes beneficios dirigiéndose a África y desembarcando sus cargamentos en Cuba o Brasil, e incluso transportando clandestinamente buenos operarios a lugares secretos de desembarco situados en los pantanos de Georgia. Y Matt Turlock decidió entrar en este nefando comercio.

–No permanentemente -aseguró a su primer oficial, Mr. Goodbarn, mientras navegaban rumbo a África-. Sólo un viaje de vez en cuando hasta que vuelva la paz.

Y cuando llegaron al puerto portugués de Luanda, en Angola, explicó a los comisionistas locales:

–Yo no soy un negrero. Sólo este viaje a Brasil.

Y un tal senhor Gonçalves dijo:

–¡Estupendo! Tenemos 216 esperando pasaje.

Pero cuando inspeccionó la desnuda estructura de las bodegas del *Artel,* Gonçalves se echó a reír.

–Si quiere llevar esclavos, tiene que disponer de corrales adecuados.

Contrató un equipo de carpinteros portugueses conocedores del procedimiento, los cuales se internaron en las entrañas del barco, instalando sólidas barreras, y una tarde, mientras el ruido de los martillazos reverberaba por todo el barco, Turlock tuvo una premonición: «Están clavando mi destino.» Comprendió que una vez que su barco quedara acondicionado para el tráfico de esclavos, se haría irresistible el impulso para continuar: Uno no reforma la bodega entera para un solo viaje. Pero sin parar mientes en el dinero que había por medio, juró: «Cuando termine esta guerra, desaparecerán esos tabiques. Volveremos al comercio honrado.»

Una vez finalizado el trabajo, el senhor Gonçalves le invitó a bajar para que diera su visto bueno a la obra de los carpinteros, y quedó espantado ante la siniestra solidez de los mamparos y el poco espacio asignado a los esclavos. En el punto en que el trinquete atravesaba la cubierta para ir a encajar en la sobrequilla, había sido construida una recia pared. A la altura del palo mayor se había erigido un enjaretado vertical, y a poca distancia a popa otra pared delimitaba la zona de la bodega. Pero lo que sorprendió a Turlock fue que entre el fondo de la bodega y la cubierta se había construido todo un nuevo piso y las alturas de los techos eran increíbles. «En la bodega inferior no puede haber más de un metro veinte.» («No llega por muy poco», respondió Gonçalves.) «Y aquí, en la superior, no puede pasar de uno cuarenta.» («Uno cuarenta y cinco», dijo orgullosamente Gonçalves, demostrando a Matt que un hombre podía mantenerse más o menos erecto si doblaba el vientre.)

–Así tiene usted -continuó- cuatro compartimientos. Dos arriba y dos abajo. Hay sitio para 460 esclavos en total. A los más fuertes, a los revoltosos, los echa abajo. A los otros, los pone aquí arriba.

Turlock se sentía asfixiado, como si hubiese construido una cárcel para él mismo; le horrorizaba lo que aquellos carpinteros habían hecho con su barco. Sintió deseos de abandonar en aquel mismo instante el

tráfico de esclavos, pero el senhor Gonçalves le dijo tranquilizadoramente:

–Capitán, tenían que hacer dos superficies para que pueda usted cargar más esclavos. Ahí es donde se obtiene el beneficio. Y tenían que hacerlas sólidas. Debe recordar que durante 115 días, fuertes y corpulentos negros permanecerán detrás de esos barrotes maldiciendo, tratando por todos los medios de romperlos y adueñarse de su barco. En este oficio hemos aprendido una cosa. Si logran liberarse… y tarde o temprano romperán hasta esos barrotes, lo único que cabe hacer es disparar contra ellos… y rápidamente.

Cuando los esclavos fueron conducidos a su barco y hacinados en los cuatro compartimientos, Turlock experimentó una nueva revulsión, pensando que ningún orgulloso habitante del Choptank aceptaría semejante indignidad; al cabo de unos minutos se produciría un motín. Pero éstos no son naturales allá, racionalizó, y cuando quedaron fijados los listones de los encerados de las escotillas y completamente cerradas las bodegas, a excepción de pequeñas aberturas a través de las cuales se pasaría agua y comida, levó anclas y zarpó rumbo al puerto brasileño de Belem, a poca distancia al este del Amazonas. Cuando atracó allí, en enero de 1815, los plantadores portugueses se mostraron encantados de quedarse con los esclavos y le aseguraron que sus ganancias serían prodigiosas, pero, como sucedía frecuentemente en tales casos, el pago fue demorado, y se vio obligado a permanecer allí.

Cuanto más veía de aquella calurosa ciudad tropical y de su relación con el Amazonas, más le gustaba. Empezó a frecuentar una taberna llamada «Infierno» -su puerta estaba flanqueada pot dos demonios tallados en ébano que parecían guiñarle un ojo cuando entraba, como si fuesen una anticipación de lo que los negreros podían esperar en la otra vida-, y allí oyó fantásticos relatos sobre el Amazonas: «El treinta por ciento de toda el agua que vierte en los océanos del mundo sale de aquí. Sesenta millas mar adentro, el agua sigue siendo dulce. Echa tu cubo y bebe. Ningún hombre ha llegado jamás hasta el final del río. Tiene pájaros y animales que te dejarían estupefacto.»

Estaba escuchando uno de estos monólogos, cuando un marinero inglés dijo algo increíble:

–Nuestros hombres han entrado en Washington, incendiado la ciudad y capturado a todo el Gobierno americano. Los Estados Unidos ya no existen.

Cuando Turlock gritó su incredulidad, el marinero dijo:

–Los barcos como el tuyo desaparecerán de los mares. Están colgando a capitanes como tú…, ahora mismo.

Aun después de haber cobrado su dinero, Turlock continuó visitando día tras día el «Infierno» en busca de información. No podía creer que una nación tan prometedora se hubiese derrumbado, pero antes de zarpar en un tercer viaje a África llegó a Belem un oficial francés que confirmó la noticia:

–Vosotros, los americanos, debéis aprender a no desafiar nunca a Inglaterra sin nuestra ayuda. Ahora lo habéis perdido todo.

Por primera vez en su vida, Turlock se hallaba desconcertado. Necesitaba el fácil dinero que proporcionaba la trata de esclavos, pero también necesitaba información sobre su país. Sentía que si América había sucumbido ante los ingleses, él debería encontrarse allí para ayudar al nuevo sistema, cualquiera que fuese. Sabía que el herido país necesitaría hombres expertos y barcos sólidos para desarrollar sus intereses comerciales.

Así, pues, no obstante las atractivas comisiones de los traficantes de esclavos brasileños, zarpó, no rumbo a África, sino a la bahía de Chesapeake. Llegó allí en abril de 1815 y no encontró ningún barco de guerra inglés patrullando ante la costa, ni obstáculo alguno en los cabos. Se internó cautelosamente en la bahía y llamó al primer barco que vio. Él y el otro capitán hablaron.

–¿Derrotados? ¡Diablos, no! Obligamos a los casacas rojas a volver a Londres.

–Me dijeron que Washington había sido incendiada.

–Sí, y no se perdió nada. La construiremos mejor que antes.

–¿No nos gobierna Inglaterra?

–Ni nos gobernará nunca.

Terminaron de cruzarse los dos barcos. Turlock permaneció junto a la barandilla, golpeando rítmicamente en la madera con su puño de plata.

Cuando llegó a Patamoke se encontró con que le consideraban un héroe, el hombre que había mantenido en alto la bandera americana. No contó a sus vecinos su segunda derrota ante el capitán Gatch, ni su ignominia como negrero. Se sentía tan aliviado por el hecho de que América continuase siendo libre, que aceptó los aplausos.

Con el triunfo se convirtió en un hombre adusto y sombrío, tan eficaz a los cuarenta y siete años, como jamás llegaría a serlo. Pero no tenía mujer, ni hogar ni, realmente, trabajo; y nunca borraría de su mente aquellos meses de vagar por el Atlántico, cuando no tenía ni siquiera un puerto que pudiera considerar propio. Pensó: Me quedaré algún tiempo en Patamoke… y le daré un buen repaso al *Ariel.* Luego ya se presentará algo.

Mientras tanto, había considerable excitación en la isla Devon, y se encontró yendo allí cada vez con más frecuencia.

Tan pronto como terminó la guerra, Penelope Steed Grimes había informado a su círculo de Londres que se disponía a llevar a su bella hija Susan a Maryland, en las Américas, para contraer matrimonio. Llevaba varios años en comunicación con su lejana familia, los Steed de Devon, y se había enterado de la muerte de su padre. Simón Steed había gozado de buena consideración entre los Fithian, su familia de Londres, pues se había mostrado generoso en ayudarla. Cuando se casó con el capitán Grimes, Simón le había mandado cinco mil libras, suma enorme que había ayudado a su marido a comprar una coronelía en un buen regimiento. Había muerto luchando contra Napoleón, pero también Simón había muerto ya para entonces.

Su corresponsal en Devon había sido Isham Steed, hermano de su abuelo, un encantador anciano que había visitado Londres en 1794 para asistir a la boda de Penelope con el capitán Grimes; había fascinado a la comunidad, que había visto en él un ingenioso y bien educado caballero que sabía reírse de las pretensiones americanas. Penelope le había caído simpática, y a lo largo de los años la había ido informando sobre la mitad Steed de su ascendencia.

Había escrito con la proposición de que la joven Susan fuese a América y se casase con su nieto Paul. Al principio la idea le había parecido absurda a Penelope. «Son primos, en cierto modo. Y Paul habrá ido a alguna estúpida escuela de América, donde no habrá

aprendido nada, estoy segura.» Siguió divagando, como hacía a menudo, pero al final empezó a tomarse en serio la sugerencia de su tío abuelo.

Los Fithian le aseguraron que los Steed eran una de las mejores familias de América y que, si podía darse crédito a los rumores, Simón había duplicado su fortuna durante la rebelión. La familia era estable, como daba testimonio tío Isham, y ahora que la paz se había asentado en aquella región, la vida en Maryland podía ser perfectamente aceptable. Un retratista había enviado a Londres un cuadro del joven Paul, y, habida cuenta de todo, un matrimonio Steed-Grimes parecía algo práctico, no obstante la consanguinidad.

Así, pues, en el verano de 1816 Penelope Grimes, animosa viuda de cuarenta y un años, tomó pasaje en uno de los buques Steed acompañada de su hija Susan, de veintiún años, y, tras una travesía tan plácida como las buenas relaciones a la sazón existentes entre Inglaterra y América, el barco fondeó en Devon. Susan, de pie ante la barandilla, vio con agrado que *Venganza de Rosalind* era una atractiva residencia de plantación, tal como se le había prometido.

–¡Está protegida por un centenar de árboles! ¡Es una mansión espléndida!

Su voz musical se deslizó sobre las aguas, y, al acercarse a él, Paul quedó más fascinado aún por su refinado estilo, por la belleza de sus facciones.

Siguieron días de exploración y embeleso, durante los cuales Penelope se sintió tan complacida como su hija por la inesperada dulzura de Devon.

–Realmente, podría ser trasplantada a la Inglaterra rural, y nadie podría notar la diferencia. Hemos venido a un pequeño paraíso, Susan.

Las dos mujeres se sentían fascinadas ante la idea de poseer, literalmente, sirvientes a los que se les podían decir que hicieran algo sin miedo a que se despidieran llenos de irritación. Pero aun así, cuando el viejo Isham y el joven Paul aparecieron un día precediendo a una huraña chiquilla negra de trece años, ninguna de las visitantes inglesas se hallaba preparada para enfrentarse a la realidad de la esclavitud.

Empujando hacia delante a la niña, descalza y cubierta sólo por un taparrabo, Paul dijo, con evidente orgullo:

–Es tuya, Susan. Se llama Eden.

–Eden ¿qué?

–Eden sólo. Los esclavos no tienen apellidos.

E Isham añadió:

–Cose de maravilla. Y es lo bastante joven como para que la eduques a tu manera.

Eden, sin el menor indicio de comprensión en sus bellas facciones, permaneció silenciosa mientras las Grimes la examinaban.

–¡Es una joya! – exclamó Penny.

Pero su hija estaba desconcertada respecto a lo que se podía hacer con una esclava.

–¿Cómo…?

–Eres su dueña. Duerme ante tu puerta -explicó Paul-. Hace todo lo que quieras. Porque te pertenece.

Volviéndose hacia la niña negra, dijo bruscamente:

–Vuelve a la cocina.

Y la muchacha se desvaneció.

–¡Paul! – exclamó Susan cuando se hubo ido la muchacha-. ¡Qué regalo tan encantador! Y las magníficas fiestas que has estado dando.

–Habrá más -le aseguró él, y aquella noche Susan conoció personalmente a varios de los capitanes de Steed.

Figuraba entre ellos Matthew Turlock, que no trabajaba ya para los Steed, pero era un personaje de cierta importancia en la comunidad.

–Éste es nuestro héroe local -dijo Paul, con un leve tono de regocijo-. Luchó contra los ingleses.

–Estoy segura de que lo hizo bien -admitió Penelope, mientras le cogía la mano derecha-. Me han dicho que algunos de sus hombres de mar se comportaron heroicamente.

–Sí -exclamó Susan-. Mi prima está casada con Sir Trevor Gatch, y él nos dijo…

Al oír el nombre de Gatch, el capitán Turlock se puso rígido.

–Era un enemigo formidable -dijo-. Fue él quien disparó el cañón contra esta casa.

–¿Esta casa? – exclamó Penelope, con tono de incredulidad-. ¿Llegó hasta aquí la guerra?

–Sí -respondió Turlock.

–Tenéis que ver lo que nos hizo vuestro amigo Sir Trevor -exclamó Paul, con voz más alta de lo que había querido.

Y, con una lámpara, les precedió por la escalera hasta su habitación, donde las dos balas de cañón se hallaban incrustadas en la pared, junto a su cama.

–Si el capitán Gatch hubiera bajado un metro el alza, yo habría resultado muerto.

–¡Oh, mirad esas horribles cosas! – exclamó Susan-. Justo hasta dentro de la habitación. ¿Podría verlas?

Miró a su alrededor en busca de una silla a la que subirse, pero luego se volvió bruscamente hacia el capitán Turlock y dijo:

–Levánteme. Tengo que verlas.

Y, antes de que nadie pudiera protestar, se había situado ya delante del barbudo marinero, que la rodeó con sus brazos. Tomando impulso, la elevó hacia el techo, sosteniéndola en alto sin dificultad. Mientras observaba el contorno de las balas de hierro, Susan exclamó:

–¡Oh, Paul! Podrían haberte matado, realmente.

Cuando la hubo depositado nuevamente en el suelo, el capitán Turlock se volvió hacia Mrs. Grimes y se excusó.

–Yo no me habría atrevido…

–No tiene importancia -respondió Penelope-. Susan hace lo que quiere, y no hay por qué preocuparse.

–Nos agrada mucho que vaya a vivir entre nosotros -dijo él, galantemente.

Y era tan cortés, tan rudo y tan auténtico, que Mrs. Grimes empezó a interesarse por él; durante toda aquella primera cena estuvo hablando con él casi todo el tiempo, oyéndole contar sus años pasados en el mar y las aventuras a que Paul había aludido. En la tercera cena en que estuvieron juntos le hizo varias preguntas bastante personales, pero no estaba preparada para el asombroso hecho que él reveló:

–Yo nunca he olvidado a usted, Mrs. Grimes. Cuando salió usted de Devon para su exilio en Londres…

–Yo no lo llamaría exilio, capitán.

–Abandonaba su hogar. Eso es exilio.

–Encontré un nuevo hogar. Eso es buen sentido. Pero ¿cuándo nos conocimos usted y yo?

–Cuando marchó a Londres, lo hizo en el barco de mi padre. Y yo también iba en él. Y mi trabajo era cuidarle.

Hizo una pausa, recordando aquellos excitantes días en que América estaba naciendo y todo era nuevo.

–Yo la tenía en un capazo, y le daba de comer y le llevaba a las mujeres cuando lloraba.

Lo dijo tan sencillamente y con tan afectuosa remembranza, que Mrs. Grimes se sintió conmovida.

–La llamábamos Penny entonces. Yo tenía ocho años.

–Y después nos sucederían muchas cosas a los dos -dijo ella, impulsivamente-. ¿Cómo perdió usted su mano?

–El capitán Gatch me la arrancó de un disparo. El día en que puso esos huevos en la pared de arriba.

Ella se echó a reír de la expresión que había utilizado, y luego preguntó:

–De modo que ha estado luchando contra los ingleses toda la vida, ¿no?

–Pero no rencorosamente -respondió él-. La cosa se fue alargando…, año tras año, nosotros…

–Pero usted odia al capitán Gatch, ¿verdad?

–Sí. Esa guerra nunca termina.

La llevó por la bahía, mostrándole las plantaciones situadas a orillas del estero divisorio y que eran propiedad de otras ramas de la familia Steed, y luego la condujo hasta Patamoke, donde le enseñó su clíper, el *Ariel,* que permanecía en dique seco en el «Astillero Paxmore».

–¡Mire qué pureza de líneas! Se mueve por el mar igual que una garza por el aire.

–¿Y qué es una garza?

Empezó a explicárselo, cuando George Paxmore, alto y con una grave expresión en el semblante y tocado con su achatado sombrero, «e acercó a ellos desde el astillero con un problema que, evidentemente, era importante.

–Debo hablar contigo, Matthew.

–Cuando haya terminado de enseñarle el río a Mrs. Grimes -repuso Turlock-. Su hija va a ser la nueva señora de Devon.

–Afortunada muchacha -dijo Paxmore, sin quitarse el sombrero ni extender la mano-. ¿Volverás?

–Sí.

–¿Qué es una garza? – preguntó de nuevo Penelope, una vez que se hubo marchado el solemne cuáquero.

–¿Nunca ha visto una marisma?

–No, pero me han dicho que usted vive en una. Me gustaría mucho verla.

Así, pues, en el viaje de regreso, él torció por el estero de Turlock y dirigió la balandra hacia las angostas y excitantes vías acuáticas en que las hierbas crecían a dos metros y medio de altura, creando un mundo de misterio, y, mientras navegaban silenciosamente por aquel país de las maravillas, pasó volando una garza, con las patas colgando muy por detrás de las plumas de la cola, y Matthew dijo:

–Ahí va el gran pescador. Nuestros indios le llamaban Pescador Patilargo.

–¿Tenían ustedes indios… en los viejos tiempos?

–Tenemos indios ahora…, en los nuevos tiempos.

–¿Qué quiere decir?

–Yo mismo soy parcialmente indio. La cosa se remonta a hace mucho tiempo, desde luego.

–¡Usted, indio!

Se sentía fascinada por esta exótica información y se propuso comunicársela a su hija tan pronto como regresara a Devon, pero antes de que esto pudiera suceder, se produjo un nuevo desvío en su ruta.

–Yo vivía allí antes -dijo Matthew, señalando la cabaña de troncos que los Turlock habían ocupado durante dos siglos.

–Me encantaría verla. ¿Podemos ir a pie?

–Si no le importa estropearse los zapatos…

–¡Ni lo más mínimo!

Y saltó de la balandra antes que él, y echó a correr por el sendero en dirección a la destartalada casa del bosque.

Al aproximarse las voces a la cabaña, apareció una Turlock de carácter indefinible, tras cuyas faldas se escondían dos niños.

–¡Oh, eres tú, Matt! – dijo-. ¿Qué te trae aquí?

–Ésta es Mrs. Grimes. Su hija se va a casar con Paul Steed.

–Una chica con suerte.

–Mrs. Grimes, ésta es una de mis primas. Se llama Bertha.

Penelope trató de decir algo cortés, pero el impacto producido por la cabaña y sus ocupantes era demasiado fuerte. Aquello era América, la América caricaturizada en los chistes británicos, y le repelía.

–Creo que será mejor que nos volvamos.

–¿No quiere entrar? – preguntó Bertha, abriendo la puerta de una patada.

–No, gracias. Nos esperan -y se retiró.

Este incidente hubiera debido preparar a Turlock para lo que sucedió más tarde. Ante la insistencia de Mrs. Grimes, había permanecido en Devon tres días, durante los cuales tuvo oportunidad de observar más detenidamente a Penelope y su hija. La joven Susan era todavía una niña; con un buen marido podría convertirse en una mujer fuerte; con un hombre esencialmente débil como Paul Steed, probablemente cedería y se volvería vulgar. Pero a sus veinte años era bella y despierta. Deseaba que todo le fuera bien.

Penelope era una mujer madura dotada del plácido encanto que deriva de tener unos ingresos de cuatro mil libras al año. Sus cabellos eran hermosos, sus dientes estaban en perfecto estado, su piel no se había marchitado, y tenía una instrucción aceptable. Sobre todo, era reactiva, ávida de nuevas aventuras en aquel nuevo mundo. Si algo de él como la cabaña de Turlock, le repelía, podía, no obstante, apreciar la vida a orillas del Choptank y comprender las fuerzas que habían forjado a los distintos capitanes Steed. Ninguno era más impresionante que Matthew Turlock, y mediante actos diversos, ella le dio a entender que ésa era su opinión.

Por tanto, al término del tercer día el capitán fue a su habitación, se lavó cuidadosamente, inspeccionó sus uñas y se presentó ante Mrs. Grimes. Habló con toda sencillez.

–He estado pensando que tal vez considerase usted la posibilidad de quedarse en América…, quizás incluso podría haber pensado en… Bueno, el *Ariel* me pertenece… He sido cuidadoso con mi dinero…

Mrs. Grimes rió nerviosamente, pero no de modo ofensivo.

–¿Es esto una declaración, capitán Turlock?

Como dama educada, trató de contener su risa nerviosa, pero ésta acabó convirtiéndose en una risita insultante.

–¿Yo? ¿Vivir en Maryland? ¿Durante el resto de mi vida?

Se dominó y, luego, apoyó la mano en el brazo de Turlock, diciendo, casi en un susurro:

–Soy una londinense, capitán.

Y después añadió algo, que jamás habría dicho en otras circunstancias: -¿Puede imaginarme en una cabaña? ¿Con Bertha?

–Yo no vivo ahora en una cabaña -respondió él gravemente, manteniendo a la espalda el puño de plata para evitar que también eso la irritara.

–Querido capitán Turlock… -empezó ella, pero luego volvió la risita nerviosa.

Se sintió avergonzada, trató por dos veces de calmarse y luego se levantó y le besó en la mejilla.

–Es completamente imposible…, indios…, en Londres…

Con un aleteo de la mano le indicó que debía marcharse, y así lo hizo él, tras una profunda inclinación.

Tan pronto como Turlock se hubo ido, Penelope informó a los Steed que quería zarpar inmediatamente rumbo a Londres.

–Me he comportado mezquinamente, y me avergüenzo de mí misma.

–¿Te ha ofendido ese Turlock? – preguntó amcnazadoramentc Steed, como si pudiera correr tras el capitán y darle una paliza.

–No. Me ha hecho el honor de declarárseme.

–¿Declararse?

Cuando la familia fue informada de aquella torpeza, la carcajada fue general, a excepción de Susan, que dijo:

–Me encantaría tenerle por padre. Ese gran puño de plata golpeando la mesa, estableciendo la ley.

–Es un hombre de la marisma -repuso Paul.

Y comenzó la labor de preparar los equipajes, pero, antes de que Mrs. Grimes pudiera zarpar, murió el viejo Isham Steed, y después de su funeral, al proceder a examinar sus papeles para que no se pasara por alto ningún pagaré de valor, Paul encontró una copia de su carta al

presidente Jefferson, y cuando ésta circuló por los distintos miembros de la familia, Mrs. Grimes obtuvo una mejor imagen de los indios que la nueva familia de su hija había conocido en siglos pasados:

Isla Devon, Maryland

13 de julio de 1803

Señor presidente:

Nada más recibir su petición de que le enviase un informe sobre la tribu choptank, formé una improvisada comisión compuesta por los ciudadanos mejor informados de esta región a fin de que procediera a investigar sobre las cuestiones planteadas por usted. Ninguno de nosotros es un experto, y ninguno habla la lengua india, pero nosotros y nuestros antepasados hemos vivido durante generaciones con esa tribu, por lo que, aunque nuestra información no sea científicamente exacta, es la mejor disponible. Tras esta explicación, continúo.

En la actualidad sólo tenemos conocimiento de la existencia de este planeta de un único indio choptank superviviente. Se trata de Mrs. Molly Muskrat, de unos ochenta y cinco años de edad, inválida de cuerpo, pero de mente sorprendentemente despejada. Vive en dieciséis acres de tierra moderadamente buena en la orilla izquierda del río Choptank, enfrente de nuestra capital de Patamoke. Por lo que podemos saber, es una choptank de pura raza, hija de un conocido trabajador de esta región y descendiente de jefes. Conserva casi toda su dentadura y posee una cabellera abundante y un vivo interés por las cosas. Le agradó hablar con nosotros, pues sabe que es la última superviviente de su pueblo. Su edad, naturalmente, no está determinada con exactitud, pero presenció personalmente acontecimientos ocurridos hace unos ochenta años, por lo que no dudamos en atribuirle alrededor de ochenta y cinco.

La leyenda sitúa el momento culminante de la sociedad choptank en la primera década del siglo XVII, cuando la tribu contaba unos 260 miembros, 140 de los cuales vivían en un poblado emplazado en el lugar que actualmente ocupa Patamoke, y 120 aguas arriba del río, donde hoy se encuentra Dentón. Eran inferiores en número, poderío e importancia respecto a los meridionales nanticokes, y más aún con respecto a las tribus asentadas en la orilla occidental de la bahía.

Una persistente tradición de los choptanks aseguraba que el gran hombre de su historia fue un tal Pentaquod, figura mítica que se supone llegada del Norte. Mrs. Muskrat cree que era un susquehannock, pero esto parece poco probable, ya que el capitán Smith encontró un auténtico *werowance* llamado Pintakood, y, sin duda, la mujer ha confundido los dos nombres.

Eran una tribu pacífica y jamás guerrearon contra los blancos. De hecho, el momento más destacado de su historia tribal se produjo en 1698, cuando el Gobierno de Maryland les acusó de haber matado a un granjero blanco en el curso de una discusión a causa de una vaca. Aunque más tarde se demostró, sin lugar a dudas, que en la reyerta habían participado nanticokes, no choptanks, se celebró un consejo tribal, y el *werowance* dijo a su pueblo: «Es necesario que alguien se presente como autor de este crimen y se deje ahorcar para que el resto de nosotros podamos disfrutar de paz.» Dos jóvenes se adelantaron, montaron en sus canoas, remaron río abajo y se entregaron voluntariamente para ser ahorcados.

Se acomodaban mal a la civilización. Poseedores, en un principio, de algunas de las mejores tierras de Maryland, fueron siendo constantemente obligados a retroceder, hasta que nuestros antepasados tuvieron que confinarlos en miserables enclaves, donde fueron consumiéndose. Un hombre llamado Turlock, cuya voluminosa familia tuvo infusiones de sangre choptank en tres épocas distintas de la historia, resume la idea local de lo que los blancos hicieron a esta tribu: «Nos casamos con algunos, matamos a otros y al resto los dejamos morir de hambre.»

Fueron perdiendo sus tierras pulgada a pulgada, pues nunca entendieron lo que significaban arrendamientos, hipotecas ni ventas, y cuando se establecieron en las proximidades de su río, se produjo una difícil situación. Los blancos les decían que cercaran sus campos, como hacían siempre los granjeros decentes, pero cuando los indios seguían el consejo, otros granjeros derribaban las cercas para que su ganado pudiese pastar, y entonces los enfurecidos indios mataban a veces a la vaca invasora, y se seguían dificultades sin fin. No había ninguna posibilidad de que blancos e indios viviesen juntos.

No fueron muertos en guerra, pues nunca hubo una guerra choptank. Simplemente, perdieron el deseo de vivir. Sus familias fueron haciéndose más pequeñas. Los hombres se casaban cada vez más tarde, pues no tenían terrenos de caza. Y al final sólo sobrevivieron unas cuantas mujeres viejas. Parecían acomodarse mejor que los hombres. Y ahora únicamente queda Mrs. Muskrat.

Reflexionando sobre las vicisitudes por las que había atravesado su pueblo, nos dijo: «Por pobre que fuera la tierra que nos dabais, siempre hubo alguien que la quería.» Nos mostró siete ofertas distintas de compra de sus dieciséis acres, pero dijo: «No venderé. Moriré a orillas de mi río.»

En nuestro apéndice presentamos una lista de todas las palabras choptanks que Mrs. Muskrat pudo recordar, así como algunas que se han incorporado al inglés. Nos dijo que la palabra *Cboptank* significa *donde el agua fluye impetuosamente hacia atrás,* pero no supo explicar nada, y yo señalaría que, si bien existe movimiento de mareas en Patamoke, éste no es considerable. No se nos ocurre ninguna otra cosa por lo que se refiere a la etimología.

Y ahora, sin pretender mostrarme confianzudo ni jactarme de nuestra amistad, debo confesarte, Tom, que todos los que estudiamos Derecho contigo bajo la dirección de George Wythe durante nuestra estancia en William y Mary nos sentimos orgullosos de tus logros, y, si el destino decide que ejerzas un segundo mandato como presidente, eventualidad que parece probable, estamos seguros de que desempeñarás tus funciones con la misma eficiencia que ahora.

Tu compañero de debates

Isham Steed

***Posdata.* Compré a Amsterdam el telescopio que me recomendaste y, como predecías, he disfrutado muchas horas explorando el firmamento.**

Si Matt Turlock estaba disgustado cuando se alejó de Penelope Grimes, con su nerviosa risa clavada en la memoria, al separarse de George Paxmore estaba furioso. Había navegado directamente hasta el astillero para inspeccionar la marcha de las reparaciones, pero encontró al clíper de nuevo en el agua sin haber sido tocado.

–¿Qué ha ido mal? – preguntó, ceñudamente.

–Todo -respondió Paxmore.

Y, como no diera muestras de ofrecer más explicaciones, Matt le cogió bruscamente del brazo y preguntó:

–¿Dónde están los carpinteros?

–No están trabajando. No trabajarán.

–¿Y por qué no?

–Porque fueron abajo, Matt. Todos fuimos abajo.

–¿Y qué ocurrió abajo?

Paxmore llamó a uno de sus operarios, un mecánico cuáquero de gran destreza y religiosidad.

–Dile al capitán Turlock lo que viste, Lippincott.

–Vi la bodega compartimentada de un barco negrero -respondió Lippincott.

Miró desafiantemente al pelirrojo capitán, y se alejó.

–Matthew, te has convertido en traficante de esclavos.

Antes de que Turlock pudiese responder, Paxmore dijo, con profundo resentimiento:

–Cogiste el mejor navío que jamás he construido…

–¿Y qué vamos a hacer al respecto? – preguntó Turlock, como si formulara un reto.

–Mi propuesta es la siguiente, Matthew: Si permites que mis hombres suban a bordo de tu clíper y desmonten esas instalaciones para esclavos, haremos el trabajo de balde, y te haremos luego las otras reparaciones. Si te niegas a abandonar el tráfico de esclavos, nunca volveremos a tocar nuestro barco, aunque se esté hundiendo comido por los gusanos.

Ser rechazado dos veces en otros tantos días era demasiado para Turlock. Apartando a un lado a Paxmore de un empujón, gruñó:

–Haré que lo arreglen carpinteros con agallas…, que sepan lo que es el mundo y lo condenadamente difícil que resulta encontrar un cargamento y un puerto abierto.

Pero Paxmore no se dejaba rechazar tan fácilmente. Volviendo a donde Turlock se hallaba mirando con expresión ceñuda al *Ariel,* dijo, con voz sosegada:

–Matthew, quisiera rezar contigo. Y Elizabeth también. Ven a nuestra casa.

–No necesito oraciones. Necesito un carpintero.

–Todos necesitamos oraciones.

–Lárgate de aquí, Paxmore. Me pones enfermo.

–Entonces, rezaré solo.

–No te molestes en rezar por mí. Ya no lo necesito.

–No rezaré por ti. Rezaré por mí mismo. Pediré perdón por haber construido el clíper. Tú has manchado…, ya no es un barco mío.

Miró gravemente al hermoso clíper, compendio de la tradición de su familia, y, con un torpe movimiento de la mano izquierda, lo excluyó del puerto. Estaba contaminado y nunca volvería a entrar en los «Astilleros Paxmore».

Con un barco negrero que diariamente corría el riesgo de ser capturado, Matt Turlock navegó furtivamente por el Atlántico, tratando de introducirse en St. Eustatius para el repaso general que tanto necesitaba. Cuando, finalmente, llegó allí, tuvo que supervisar el trabajo, e intervino personalmente en muchas de las reparaciones, pero cuando él y los carpinteros holandeses hubieron terminado, el *Ariel* se encontraba en excelentes condiciones, con una tercera cureña en cubierta y mamparos reforzados abajo, cada uno de ellos con argollas de hierro para una firme sujeción de las cadenas.

Cuando el trabajo quedó terminado, dijo al proveedor holandés:

–Con este barco haremos cien viajes a África.

–Tendrá suerte si termina uno. Los barcos de guerra ingleses han empezado a patrullar.

–¡Idiotas! Nunca lograrán impedir el tráfico. No mientras Brasil y América estén sedientos de esclavos.

–Han hecho ya cuatro…, cinco capturas. Un tal capitán Gatch trajo un…

–¿Quién?

–Capitán Gatch… *Dartmoor*… ocho cañones.

–¿Vino aquí?

–Capturó a un barco negrero español y lo trajo aquí para reparar los daños que habían causado sus cañones. Demasiado graves. No pudimos hacer nada. Así que Gatch se lo llevó afuera y lo incendió.

–¿Está en estas aguas?

–Sí. Y le colgará aunque su bodega esté vacía… Es decir, si es usted un negrero.

–¿Va a volver a St. Eustatius?

–Cubren el océano entero.

Cuando zarpó, Turlock permaneció en las proximidades, rogando por que Sir Trevor volviera con alguna captura, pero no fue así. En vista de ello, Matt se dirigió a Luanda y allí cargó rápidamente doscientos esclavos destinados a Georgia, y en su siguiente viaje cargó más de trescientos para La Habana.

En este puerto fue donde conoció a Spratley, un malhablado, maloliente y mellado marinero inglés procedente de los barrios bajos de Londres. Había abandonado su barco en Haití y conseguido llegar a Cuba desde allí. Matt se hallaba a la puerta de una taberna de los muelles, cuando él se le acercó de lado, estiró de la manga que cubría el puño de plata y susurró:

–Tú eres el capitán Turlock, ¿verdad?

–Sí -respondió Matt, bajando la vista hacia el hediondo desconocido.

–Me gustaría navegar contigo.

–No necesito a nadie.

–Me necesitas a mí.

Matt retrocedió un paso, observó al inverosímil solicitante y *c echó a reír.

–Tú arruinarías cualquier barco que tocases.

El marinero rió también y, luego, murmuró:

–Eso es lo que decía el capitán Gatch.

–¿Sir Trevor Gatch?

–El *Listo* Trevor. Tú le buscas. Yo le busco.

–¿Cómo sabes que le busco?

–Todo el mundo lo sabe.

–¿Y tú?

–Yo quiero matarle. Quiero sostener su cabeza bajo un cubo de fango y ver sus ojos mientras intenta respirar.

–Porque te azotó -dijo Turlock, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su desprecio-. ¿Cómo te llamas?

–Spratley.

–Bien, Spratley… -y agarró al hombre por la camisa, atrayéndolo hacia sí-. Yo también te azotaría si me hicieses una pifia. Y ahora lárgate.

Pero Spratley vio cómo había reaccionado el capitán Turlock al oír el nombre de su enemigo y tuvo la seguridad de haber encontrado quien le diera su próximo trabajo.

–Yo sé lo que tú no sabes, capitán.

–¿Qué?

–Sé dónde está el capitán Gatch.

–¿Lo sabes?

–Me muero de ganas de echar un trago, capitán.

Y cuando se sentaron en la cantina, Spratley habló de sus experiencias con Gatch. – Tiene un aire elegante y acicalado en tierra, o en combate. Muy erguido y todo eso. Pero en las travesías largas es un demonio. ¿Quieres ver mi espalda?

–Ya te he dicho que yo te habría vapuleado -repitió Turlock.

Su larga experiencia le había enseñado a no dar crédito nunca a las historias de brutalidad en el mar; los narradores eran invariablemente bribones que se habían merecido el castigo, en el mar o en tierra. Pero cuando Spratley habló de cómo el capitán Gatch había conducido el grupo que le había enrolado en las calles de Londres, y cómo se había negado Gatch a pagar a sus hombres sobre la base de que «retén el salario y retendrás al hombre», y de las vociferantes diatribas a que Sir Trevor acostumbraba entregarse, se le aguzó el apetito a Turlock, y, aun a sabiendas de que no debía hacerlo, contrató al marinero.

Le despreciaba y, sin embargo, en el viaje de regreso de Cuba a Luanda buscaba con frecuencia su compañía, ávido de oír cualquier rumor referente al hombre que había jurado derrotar, y mientras Spratley hablaba -«si nos enzarzamos, déjame saltar a bordo el primero; quiero clavarle mi cuchillo»- Turlock comprendió que aquella rata de muelle albergaba un odio tan intenso como él.

En realidad, el pequeño inglés demostró ser un buen marinero; conocía sus obligaciones y las cumplía bien. También era artillero, y rogó a Turlock que le dejase manejar el tercer cañón.

–Quiero sacarle los ojos de un disparo.

–Dijiste que querías encabezar el grupo de abordaje.

–Quiero matarle -respondió Spratley.

Y era tan convincente, que Turlock rompió sus propias reglas y empezó a simpatizar con él, y pidió ver las cicatrices que el hombrecillo había estado t«n ansioso por mostrar, y cuando quedaron expuestos los entrecruzados verdugones, Turlock sintió náuseas.

–¿Qué ocurrió? – preguntó.

–Diez golpes un día. Veinte, otro. Luego, den.

–Ningún hombre puede sobrevivir a cien latigazos.

–Eso es lo que dijo el primer oficial, pero *Listo* Trevor gritó: «Yo le curaré, o le mataré.»

–¿Curarte de qué?

Se pintó una expresión extraña en los ojos de Spratley, que dijo, con lo que parecía sincera perplejidad:

–No lo sé. Estaba en uno de sus arrebatos.

Reflexionó unos instantes y, luego, añadió:

–A los diecinueve latigazos, el primer oficial mandó parar.

Turlock asintió con un gesto:

–Ningún hombre podría…

–Está en la Ensenada de Benin.

–¿Por qué no me lo dijiste antes?

–Antes, no me habrías creído.

–¿Cuánto tiempo estará allí?

–Es su puesto de operaciones. Un año en la Ensenada. Luego, vuelta a Inglaterra.

–¿Suele salir?

–Mucho. Yo escapé en Haití. Nos pasamos siete semanas persiguiendo a un barco americano.

Luego, añadió algo que confirmaba su veracidad:

–Ya sabes que desprecia a los americanos. Os llama desagradecidos rebeldes.

–¿Me mencionó alguna vez?

Spratley se echó a reír.

–Decía que te había derrotado dos veces y que volvería a hacerlo otras dos, si no te mataba primero.

El hombrecillo rió de nuevo.

–Así fue cómo empecé a pensar en ti. Me hablaron de tu puño de plata…, que no matas con facilidad.

Pero al aproximarse el *Ariel* a la costa de África, el capitán Turlock tuvo una pesadilla sumamente turbadora. No estaba dormido; en realidad, sólo amodorrado en su hamaca, cuando un nebuloso pensamiento cruzó su mente: Spratley había sido depositado en La Habana por el propio Trevor, y todo lo sucedido después no había sido más que un deliberado engaño. Se le estaba induciendo a entrar en la Ensenada de Benin, donde Gatch tendría una flotilla esperándole, cien cañones contra tres.

Sin reflexionar, se precipitó hacia proa, donde Spratley dormía, le tiró de su hamaca y empezó a golpearle con su puño de plata. Cuando el aturdido marinero logró soltarse, gritó:

–¡Capitán! ¡Capitán!

Y Turlock pareció recuperar la razón.

Pero esto no le sirvió de nada a Spratley, pues Turlock le agarró por la nuez y empezó a golpearle la cara contra el mamparo, hasta que Mr. Goodbarn acudió apresuradamente para ver qué ocurría.

–Déjenos en paz -gritó Turlock, y en la oscuridad del castillo de proa acusó al inglés-. Gatch te dejó en tierra, ¿verdad? Él te aleccionó para que dijeras todo lo que has dicho, ¿verdad?

Estaba denunciando la falsedad de Spratley, pero el hombre seguía aturdido, incapaz de comprender la acusación.

Sin embargo, Turlock creía que la pesadilla constituía un aviso y se negó a navegar hacia el Norte, rumbo a Benin; fondeó audazmente en Luanda, desafiando a cualquier patrulla naval británica que pudiera estar apostada para impedir el tráfico de esclavos. Y, con la misma audacia, bajó a tierra y regateó con los portugueses la venta de los esclavos que habían capturado en el interior. Y cuando hubo reunido unos quinientos a buen precio, supervisó personalmente su embarque y levó anclas para una rápida travesía hasta La Habana. Sabía que hubiera debido dejar a Spratley en tierra, pero lo conservó consigo, y cuanto más escuchaba los relatos de la locura de Gatch, más se convencía de que Spratley era ni más ni menos que lo que había dicho desde el principio: una rata callejera de Londres impresionada por el

servicio naval y maltratada allí hasta el momento de su deserción. No había duda de que ardía en deseos de vengarse de su cruel capitán.

Así, pues, desde La Habana Turlock zarpó no rumbo a Luanda, sino a Benin, y como Belem se hallaba en la ruta, hizo escala allí para adquirir una provisión adicional de pólvora y balas, pues con el tercer cañón que ahora llevaba la provisión habitual podría agotarse pronto en combate. Spratley se mostró entusiasmado ante la idea de tener más municiones y dijo a los hombres cómo se proponía utilizarlas:

–¡Una! ¡Abajo las velas de Sir Trevor! ¡Dos! ¡Abajo el mástil de Sir Trevor! ¡Tres! ¡Abajo Sir Trevor!

Para obtener municiones, Turlock tuvo que fondear a cierta distancia del puerto, lejos del tráfico normal, y una calurosa tarde, tras cerciorarse de que sus hombres podían ocuparse de las labores de carga, se dirigió a tierra en un bote de remos para volver a tomar contacto con el «Infierno», cuyos demonios de ébano le guiñaron un ojo como si fuese su hermano. Él correspondió al guiño y luego, según su costumbre, observó el firmamento antes de entrar. «Puede que se levante tormenta. Nos quedaremos aquí unos días, hasta que pase.» Y estaba sentado tranquilamente ante una jarra de cerveza adobada con especias cuando se produjo una leve conmoción en la puerta; oyó ruido de voces alborotadas, y al levantar la vista vio que había entrado el capitán Sir Trevor Gatch, acompañado de cinco de sus oficiales. Por unos instantes pensó huir antes de que el inglés pudiera verle, pero desechó la idea en el acto. Firmemente sentado en su silla, colocó sobre la mesa su puño de plata, de modo que no pudiese pasar inadvertido.

Los oficiales entraron ron aire fanfarrón, mirando insolentemente en derredor, pero no le identificaron como Matt Turlock. Sin embargo, al sentarse, un joven pensó que el solitario bebedor debía de ser americano y dijo a sus compañeros, en voz alta:

–En todas partes a donde uno va, ve americanos.

El capitán Gatch estaba de espaldas a Turlock y no podía verle, pero cuando les sirvieron sus bebidas, preguntó con arrogancia:

–¿Decía usted, Comton, que compartimos este lugar con americanos?

–En efecto, señor.

–Una desgracia.

Turlock ignoró la observación, pero Gatch no tardó en volver sobre el tema.

–Uno habría pensado que los americanos se mantendrían alejados de los mares, después de la paliza que les dimos.

Como siguiera sin haber respuesta, añadió:

–Especialmente desde que capturamos a dos negreros americanos la semana pasada y los mandamos a Inglaterra para ser ahorcados.

Los oficiales se echaron a reír, y esto estimuló a su capitán, quien dijo, con voz tan alta y chillona que nadie podía dejar de oírla:

–¡Negreros y piojosos mercaderes, eso es lo que son!

–¿Quiénes? – preguntó serenamente Matt.

Gatch se puso tenso, y su apostura marcial se reveló en ros erguido» hombros. Con voz más baja ahora, dijo:

–Los americanos. No sirven absolutamente para nada más que…

No terminó la frase, porque Turlock le interrumpió secamente:

–Es usted un maldito estúpido, señor.

Gatch se puso en pie de un salto, giró sobre sí mismo y se encontró cara a cara con el capitán Turlock. No manifestó sorpresa ni se retiró. Miró la roja barba y luego bajó la vista hacia el puño de plata. Se daba cuenta de que su grupo ofrecía una superioridad sobre Turlock de seis a uno y que era necesaria alguna clase de magnanimidad, pero también odiaba a aquel hombre y no pudo contenerse.

–Entiendo, capitán Turlock, que se está usted buscando una tercera paliza.

Con un amplio giro de su brazo izquierdo, Turlock asestó en el hombro a Sir Trevor un golpe con su cargado muñón, que resbaló hacia arriba y le dio en la parte superior de la cabeza, derribándole. Cuatro de los oficiales saltaron hacia Turlock, y hubieran podido matarle, si el capitán Gatch no les hubiera contenido desde el suelo.

–Dejad a ese patán. No le queremos a él. Queremos su sucio barco negrero.

Los jóvenes oficiales soltaron a Turlock, permitiéndole regresar a su mesa para coger su gorra. Cuando hubo pagado su cuenta, retrocedió lentamente de espaldas hacia la puerta, mientras el capitán Gatch anunciaba a los clientes del bar:

–Esta noche vamos a expulsar del Atlántico a otro barco negrero.

Entonces, Turlock salió dando un portazo y echó a correr hacia el muelle, donde saltó a su bote y empezó a remar furiosamente. Recortándose sobre el cielo crepuscular, pudo ver a los seis ingleses que corrían hacia el *Dartmoor,* oculto tras un recodo en dirección opuesta.

Le dolían los brazos, pero mientras impulsaba el bote sobre el agua empezó a gritar:

–¡*Ariel*! ¡Izad velas! ¡Levad anclas! ¡Nos vamos!

–No podemos irnos -respondió una voz-. Steve Turlock está en tierra con otros tres.

Remando con más rapidez que nunca en toda su vida, Matt rugió:

–¡Nos iremos sin ellos!

Y tan pronto como el bote chocó contra el costado del *Ariel,* supervisó los cabos, y los marineros izaron el bote a bordo, con él dentro. Saltando a cubierta, gritó:

–¡En marcha!

Mr. Goodbarn, hombre cauteloso, se acercó para preguntarle;

–¿Qué ocurre, señor?

–¡Gatch! El *Dartmoor* está escondido corriente arriba.

Mr. Goodbarn se atragantó y, luego, señaló:

–No tenemos por qué abandonar el puerto, señor. El Gobierno brasileño no permitirá que Gatch nos ataque mientras permanecemos dentro.

–Yo le quiero fuera -replicó Turlock, mientras el barco empezaba a moverse.

–¡Eh, *Ariel*! – gritaron desde la costa.

–¡Nadad! – gritó Turlock, y Steve Turlock saltó al agua, seguido de sus compañeros.

–No nos han despachado aún nuestros papeles -advirtió Mr. Goodbarn.

–¡Al diablo los papeles!

Y, poco a poco, el *Ariel* fue cogiendo la brisa del anochecer y empezó a moverse con más rapidez, y un guardacostas brasileño zarpó para protestar por la marcha, pero su atención fue desviada por el hecho de que también un buque de guerra inglés abandonaba el puerto sin que se le hubiera despachado la documentación necesaria.

La velocidad del *Ariel* aumentó cuando la costa quedó atrás, pero el *Dartmoor,* esperando incrementar su propia velocidad cuando se intensificase el viento, no tenía intención de permitir que su enemigo se alejara. A la débil luz del crepúsculo, una andanada trató de derribar el aparejo del *Ariel,* pero quedó corta. Antes de que los artilleros pudieran recargar los cañones para un nuevo intento, el *Ariel* había salido fuera de su radio de acción y así se mantuvo durante toda la larga noche.

Al amanecer, los dos barcos conservaban sus posiciones relativas, porque por rápidamente que navegase el *Ariel,* el viento, cada vez más intenso, permitía al *Dartmoor* mantener la distancia, y un preocupado Mr. Goodbarn dijo a su capitán:

–No le estamos dejando atrás, señor.

–Eso es lo que quiero.

–Pero con este viento pueden alcanzarnos.

–También pretendo eso -respondió Turlock.

Y Mr. Goodbarn, que también sería ahorcado si el *Ariel* era capturado, volvió la vista hacia el amenazador *Dartmoor* y se estremeció.

–Largue las gavias, Mr. Goodbarn -ordenó Turlock.

–Está aumentando el viento, señor. t

–Es lo que necesitamos.

Y Turlock contempló aprobadoramente cómo las dos velas cuadradas ascendían a las puntas de sus palos.

–Ahora veremos si es buen marinero.

Era un día nublado, con un fuerte viento que soplaba de tierra, y durante nueve horas los dos barcos avanzaron hacia el Este, con las cubiertas a flor de agua y un viento que empezaba a aullar. Al atardecer continuaban separados, y el capitán Turlock mantuvo izadas todas las velas durante la larga noche, aunque el *Ariel* escoraba peligrosamente a estribor. Dos veces preguntó Mr. Goodbarn si quería arriar las gavias, y dos veces preguntó él:

–¿Ha arriado Sir Trevor las suyas?

En la oscuridad, el *Ariel* empezó a estremecerse bajo el impacto del desplegado velamen y de las encrespadas olas, y varios de los marineros manifestaros temor:

–Nos está llevando al fondo del mar.

–Sabe lo que se hace -replicó uno de los hombres del Choptank.

Pero, en ese mismo instante, la goleta sufrió una súbita e impresionante caída hacia estribor, giró en el seno entre dos olas y se elevó con una violenta sacudida a babor.

–¡Jesús! – exclamó el hombre del Choptank.

El único marinero que disfrutaba realmente con la persecución era Spratley, que se mantenía junto a su cañón como si la acción fuera inminente, volviendo la vista hacia atrás para divisar al *Dartmoor.* Cuando despuntó el alba bajo las veloces nubes, y el sol asomó unos instantes, bañando en dorada luz a los perseguidores, gritó:

–¡Todavía los tenemos!

Parecía un pescador tratando de atraer hada su bote a una presa importante, con el fin de poder echar la red. Cuando pasó el capitán Turlock, inspeccionando la cubierta, Spratley le guiñó un ojo y le dijo:

–Hoy los cogeremos.

Y Matt asintió con la cabeza.

La persecución continuó durante todo el día, y siempre que parecía que el *Ariel* iba a distanciarse, merced al excelente manejo de sus velas, Turlock viraba a una o dos cuartas respecto al viento, permitiendo que el *Dartmoor* acortase la separación. Uno de los marineros se quejó:

–¡Maldita sea, deberíamos llevarles medio día de ventaja!

Pero Spratley le corrigió:

–No queremos dejarles atrás. Estamos atrayendo a ese bastardo a las fauces del infierno.

Y siguió sin apartarse de su cañón.

Durante la tercera noche, el capitán Turlock tuvo que dormir un poco, y entregó el mando a Mr. Goodbarn, diciéndole: -Creo que sabe lo que hay que hacer.

Y el primer oficial asintió.

Al amanecer, el *Dartmoor* estaba más cerca, y Turlock se sintió complacido al percatarse de ello. Durante todo aquel día continuó navegando a través de la naciente tormenta, de tal forma que la goleta británica se hallara en una posición desde la que tal vez quisiera hacer uso de sus cañones, pero como él no arriaba sus velas, el capitán Gatch tampoco podía arriar las suyas.

A mediodía, el capitán Turlock observó al *Dartmoor* a través de su catalejo y preguntó a Mr. Goodbarn:

–¿Ha desplazado a proa su cañón?

–Dos de ellos. Los demás están fijos.

–Pero, ¿están a proa?

–Sí, señor.

–Estupendo. ¿No parece un poco inclinado de proa?

–Siempre lo ha estado, desde que lo capturaron los ingleses.

–¿Usted también lo ve?

–Tiene la proa baja, señor.

–Lo suponía. Gatch es un necio.

Y ordenó que el cañón móvil de Spratley fuese desplazado más a popa. Luego viró levemente, de modo que su clíper alcanzase el máximo de velocidad.

Un barco, como un ser humano, se mueve mejor cuando recibe el viento ligeramente de través, cuando tiene que mantener las velas tensas y vigilar el rumbo. Los barcos, como los hombres, no obtienen buenos resultados cuando reciben el viento directamente por detrás, de tal modo que no se requiere ninguna atención para la maniobra de timón o de las velas; el viento parece favorable, pues sopla en la dirección que uno sigue, pero, en realidad, es destructivo porque induce a una relajación de la tensión y de la propia destreza. Lo que se necesita es un viento que sople en dirección ligeramente opuesta al barco, pues entonces puede mantenerse la tensión, y fluir los humores corporales, y germinar las ideas, porque los barcos, como los hombres, reaccionan ante el desafío.

A las tres de la tarde, el capitán Turlock, haciendo caso omiso de los indicios que señalaban la proximidad de un violento temporal sobre el Atlántico meridional, desplegó todas sus velas y fijó el rumbo de modo que el viento le llegase desde dos cuartas a proa por la banda de estribor. Mantenía un rumbo de babor, pues, como la mayor parte de los barcos, el *Ariel* resultaba más eficaz por una banda que por otra y alcanzaba mayor velocidad en dirección a babor. Por el largo tiempo que había mandado la *Whisper,* sospechaba que también el *Dartmoor* navegaba mejor con rumbo de babor. Así, pues, los dos buques se encontraban ahora en una posición de máxima eficacia.

Comenzó el duelo. No se disparó ningún cañón, porque el capitán Turlock se mantenía justamente fuera del alcance de la artillería enemiga, pero, por la forma en que navegaba, parecía que estaba a punto de perder su ventaja y que los ocho pesados cañones podrían acribillarle. Como quiera que fuese, el *Dartmoor* continuó su persecución, y mientras le veía surcar las olas con la proa baja el capitán Turlock dijo a Mr. Goodbarn:

–Antes de que se ponga el sol.

A las cuatro, el viento empezó a soplar en ráfagas tan fuertes que el primer oficial dijo, con tono apremiante:

–Tenemos que arriar las gavias.

–Se quedan donde están.

–Está poniendo en grave peligro a nuestro barco, señor.

–Y al de él -repuso Turlock.

A las cinco el cielo empezó a oscurecer, y para las cinco y media estaba tan encapotado y amenazador como ninguno de los que había visto el *Ariel.* Spratley, convencido de que los dos barcos se hallarían próximos uno a otro para antes del anochecer, había ordenado a su ayudante que subiera a cubierta seis balas de cañón más, y los otros dos artilleros habían hecho lo mismo, pero cuando Turlock lo vio se enfureció.

–¡Todas las balas sobrantes, al fondo de la bodega! ¡Y todo lo demás de peso!

Durante los quince minutos siguientes, los tripulantes amontonaron bajo cubierta todo lo que se podía transportar, mientras el capitán Turlock gritaba en la bodega:

–¡Ponedlo todo a popa! ¡Todo a popa!

Y, mientras los hombres lo hacían, dijo a Mr. Goodbarn:

–Nosotros seguiremos con la popa baja. Que sea él quien la lleve alta.

No era suficiente. Turlock, tanteando la cubierta con los pies, notó que su barco se hallaba en peligro y gritó:

–¡El cañón de Spratley! ¡Al agua!

–¿Señor? – protestó el menudo inglés, pero Mr. Goodbarn y sus hombres arrastraron el pesado cañón hasta la borda y lo arrojaron al

mar. Mientras se hundía, sin haber sido utilizado, Spratley soltó un gemido.

Poco antes de que cayera la noche con la increíble rapidez con que sucede en los trópicos, el sol asomó bajo el manto de nubes e iluminó el *Dartmoor* como si fuese un barco de oro pintado en una bandeja de porcelana usada por una reina, centelleantes sus palos, sus velas, sus cubiertas. La luz duró sólo unos instantes. Luego, mientras comenzaba a desvanecerse y grandes vientos barrían, rugientes, el océano, la hermosa goleta empezó a sepultar su pesada proa en una poderosa ola, adentrándose más y más en ella, hasta desaparecer por completo.

No flotaba ni una gorra sobre el oscuro Atlántico. El sol se desvaneció. Desapareció el oro.

Una espontánea aclamación se elevó del *Ariel,* sonaron luego gritos individuales de victoria, y Spratley comenzó a bailar en torno al cañón que quedaba, gritando al capitán:

–¡Se hunde!

Pero Turlock, con una agitación que era incapaz de dominar, describió violentamente un círculo con su brazo izquierdo, arrojando al artillero sobre la cubierta.

–Tú no eras digno ni de atarle los cordones de sus zapatos.

Spratley no estaba dispuesto a renunciar a su victoria. Poniéndose en pie de un salto, e ignorando al capitán, aplicó una cerilla a uno de los cañones, y una bala sobrevoló las turbulentas olas, rebotó una vez y se hundió para reunirse con el *Dartmoor* en las oscuras profundidades del mar.

–Puede arriar las velas, Mr. Goodbarn -dijo Turlock-. Esta noche capearemos un temporal.

OCTAVO VIAJE: 1822

En los remotos desiertos del norte del Canadá, donde rara vez se veía un hombre, salvo cuando se había extraviado y estaba a punto de perecer, una familia de grandes gansos fijó su hogar en una olvidada extensión de brezal ártico a finales del verano de 1882. Madre, padre y seis pequeñuelos: por un capricho de la Naturaleza habían llegado a un momento de terrible peligro.

Los dos pájaros adultos, espléndidas criaturas que pesaban cerca de siete kilos y poseían alas capaces de permitirles volar durante ocho mil

kilómetros, no podían despegar del suelo. En unos momentos en que debían alimentar y proteger a su prole, se hallaban imposibilitados de volar. No obedecía esto a un accidente, ni era resultado de ninguna infortunada experiencia con los lobos; como todos los ejemplares de su especie, todos los veranos perdían las plumas de sus pesadas alas y se veían obligados a permanecer en tierra durante unas seis semanas, tiempo en el que no podían hacer sino ocultarse de sus enemigos y caminar trabajosamente por el brezal, en espera de que volviesen a salirles las plumas. Ésta era la razón de que hubieran puesto sus huevos en un lugar tan remoto, pues durante su época de muda se hallaban casi indefensos.

Onk-or, el padre de aquella familia, caminó contoneándose por entre los matorrales en busca de semillas, mientras su compañera permanecía junto al nido para cuidar a los pequeños, cuyo apetito era insaciable. Ocasionalmente, cuando Onk-or les llevaba alimento, su compañera recorría largas distancias, como si le agradara escapar a las obligaciones que le imponía su prole, pero esta vez, al llegar a la cumbre de un hermoso montículo, echó a correr con más rapidez, agitó las alas, que no había usado desde hacía seis semanas, y regresó a su nido volando, a la par que emitía sonoros gritos.

Onk-or levantó la vista, vio el vuelo y comprendió que dentro de uno o dos días también él podría remontarse en el aire; las plumas de ella siempre crecían más rápidamente que las suyas. Cuando pasó a su lado, él le habló.

Manteniéndose a media altura, ella se dirigió hacia el Norte, hasta donde un brazo de mar se adentraba en tierra, y, una vez allí, se posó en el agua, proyectándola en salpicaduras hacia delante al actuar sus patas a manera de frenos. Otros gansos solían posarse también allá para comer las semillas que flotaban sobre las olas, y, después de todas aquellas semanas de soledad, le agradaba su compañía, pero al cabo de un rato se elevó en el agua, agitó lentamente sus largas alas, cogió velocidad en medio de un gran chapoteo y se remontó en el aire, dirigiéndose nuevamente hacia su nido. Según vieja costumbre, aterrizó a poca distancia de donde se encontraban sus pequeños, dio unos cuantos pasos con aire despreocupado para engañar a cualquier zorro que pudiera estar acechando y, luego, recogió comida que llevó a

sus hijos. En cuanto apareció, Onk-or se alejó caminando, todavía incapaz de volar, para buscar más comida.

El y su compañera eran pájaros espléndidos, grandes y lustrosos. Tanto ellos como sus hijos tenían largos cuellos con plumas color azabache y pecho de nevada blancura. Cuando sus alas se hallaban plegadas, como estaban la mayor parte del tiempo, el pesado cuerpo era compacto y bien proporcionado, y caminaban sin anadear de un lado a otro como los patos. Sus cabezas eran de proporciones delicadas, con picos afilados, pero no grotescamente largos, y había belleza en las líneas de sus cuerpos, en los que convergían plumas de diferentes tonalidades de gris. De hecho, sus apagados colores armonizaban de tal modo con el brezal ártico, que un observador, caso de haber existido, podría estar al lado mismo de su nido sin advertir su presencia.

Aquel día había un observador, un zorro ártico que llevaba algún tiempo sin comer y estaba empezando a sentir las punzadas del hambre. Cuando, desde cierta distancia, divisó el tosco nido instalado en el suelo, con los seis pequeñuelos caminando torpemente y, a todas luces, incapaces aún de volar, no emprendió ninguna acción precipitada, pues había aprendido a respetar los afilados picos y las poderosas alas de gansos adultos como Onk-or.

En lugar de ello, se retiró y echó a correr en grandes círculos, alejándose del nido, hasta que encontró otro zorro, al que persuadió para que le acompañara en la cacería. Juntos, regresaron sigilosamente a través de la tundra, avanzando de matorral en matorral, explorando el terreno que se extendía ante ellos y desarrollando la estrategia que utilizarían para capturar a aquellos jóvenes gansos.

Durante la parte más luminosa del día permanecieron a la espera, pues hacía mucho que habían aprendido que era más fácil atacar de noche, ya que entonces serían menos visibles sobre la hierba ártica. Por supuesto, durante la época en que anidaban los gansos no había noche auténtica; el sol permanecía constantemente en el firmamento, descendiendo hacia el Norte, pero sin desaparecer por completo. En lugar de tinieblas, que se mantenían interminablemente durante el invierno, había sólo una difusa luz grisácea en las horas centrales, una espectral penumbra en la que los gansos, jóvenes y viejos, permanecían medio dormidos. Ése era el momento de atacar.

Así, pues, mientras el sol descendía por el Oeste en una larga y deslizante trayectoria que nunca llegaría a trasponer el horizonte, y mientras el brillante resplandor del verano se difuminaba en un exquisito gris que hacía juego con las plumas de los gansos, los dos zorros avanzaron lentamente hacia el nido, en el que los seis pequeñuelos se ocultaban bajo las amplias alas de su madre. Onk-or, observaron los zorros, yacía tendido a cierta distancia, con la cabeza bajo el ala izquierda.

El plan de los zorros consistía en que el más fuerte de los dos atacase a Onk-or desde una dirección tal que el gran ganso se viera obligado a alejarse más aún del nido, y, mientras se desarrollaba la lucha, el otro zorro se lanzaría contra la hembra y, mientras ésta intentase torpemente defenderse, cogería uno de los pequeños y huiría. En la confusión tal vez pudiera el primer zorro apoderarse de otro de los jóvenes gansos. Si no, compartirían el que tenían.

Cuando los zorros hubieron llegado a una posición estratégica, el primero de ellos se abalanzó sobre Onk-or, atacando por el lado en que tenía escondida la cabeza, con base en la lógica suposición de que, si el gran ganso no reaccionaba instantáneamente, el zorro podría tener la suerte de aferrarle por la garganta y poner fin a la lucha en el mismo instante. Pero tan pronto como el zorro apretó el paso, apartando las hierbas en su carrera, Onk-or despertó y comprendió lo que estaba sucediendo. No intentó eludir el ataque ni hacer nada insólito para proteger su cuello; en lugar de ello, giró sobre su pata izquierda, describió un pequeño círculo con su desplumada ala izquierda y, con su huesudo borde, golpeó de lleno a su adversario.

Onk-or sabía que el zorro trataría de alejarle del nido, así que, en vez de seguir golpeándole, se retiró hacia el bajo montón de palos y hierbas que constituía su nido, al tiempo que emitía agudos sonidos para alertar a su familia. Su compañera, comprendiendo que la familia estaba siendo atacada, recogió a los pequeños bajo sus alas y escrutó la ominosa penumbra.

No tuvo que esperar mucho. Mientras el primer zorro se abalanzaba de nuevo contra Onk-or, el segundo atacó el nido. Ella tuvo sólo un fugaz instante para determinar de dónde procedía el ataque, pero lo calculó con exactitud, se levantó, extendió las alas y giró para

hacer frente al zorro. Cuando éste saltó contra ella, le golpeó en la cara con su poderoso pico, dejándole momentáneamente aturdido.

Tan pronto como se recuperó, atacó de nuevo. Esta vez ella estaba preparada, y un violento golpe asestado con el borde del ala le hizo caer despatarrado, pero esto asustó a la hembra, pues el instinto le advertía que quizás hubiera fingido astutamente caer para engañarla. Si volvía a golpearle, se escurriría por detrás de ella y cogería a uno de los pequeñuelos. Por eso, mientras el zorro caía, giró sobre su pata derecha, situándose con las alas extendidas entre él y el nido. En cuanto a la retaguardia, debía confiar en que Onk-or lo protegiera del otro zorro.

Era lo que estaba haciendo. A la media luz, luchaba contra el astuto zorro, impidiéndole el paso con violentos picotazos, derribándole con poderosas embestidas de sus alas y llenando el aire ártico con breves gritos de ira y desafío. El zorro, que nunca había confiado en poder vencer a un ganso macho adulto, empezó a perder toda esperanza en poder resistir siquiera contra el enfurecido pájaro. Además, vio que su compañero no había conseguido nada en el nido y que, en realidad, estaba recibiendo una paliza parecida.

Esperando en vano que los dos gansos cometieran algún error fatal, los dos zorros continuaron luchando un rato, comprendieron la futilidad de su ataque y se retiraron, intercambiando mientras tanto entre sí breves y locuaces sonidos.

Cuando llegó el día, los dos gansos adultos comprendieron lo necesario que era que sus seis hijos aprendieran a volar. Así, pues, ese día Onk-or no abandonó el nido para buscar comida que dar a su familia; permaneció junto a la estrafalaria colección de ramas y hierbas y fue empujando a sus hijos hacia el brezal, observándoles mientras trataban torpemente de mover las alas.

Formaban un conjunto de torpes y desgarbadas avecillas, tropezando y cayendo y batiendo en vano sus largas alas, pero, poco a poco, fueron alcanzando el dominio y la destreza que les permitiría volar hacia el Sur, hasta las aguas de Maryland. Dos de ellos lograron incluso elevarse en el aire, manteniéndose en vuelo durante cortas distancias y luego aterrizando con torpeza y alegría extraordinarias.

Un tercer pequeñuelo, viendo el éxito de sus hermanos, agitó torpemente las alas, echó a correr por el rocoso suelo y, con un gran esfuerzo, se elevó en el aire, pero nada más hacerlo, Onk-or experimentó un acceso de terror, pues vio algo que el pequeño no había visto.

¡Demasiado tarde! El ansarino, incapaz de mantener el vuelo, descendió aleteando pesadamente, y fue a parar al lugar exacto en que los dos zorros estaban esperando. Pero cuando empezaban a correr en dirección al caído pájaro, Onk-or, con un supremo esfuerzo, batió sus alas, no enteramente dispuestas aún para el vuelo, se elevó en el aire y trató de ahuyentar a los zorros. Sus alas no estaban a la altura de la tarea, y él también cayó, pero, antes de que el polvo se hubiera aclarado ante sus ojos, estaba de nuevo en pie y cargando contra los dos zorros. El primero de éstos atrapó insolentemente al ansarino, lo mató de una dentellada y escapó a toda velocidad. El segundo zorro empezó a correr en círculos, obsesionando a Onk-or, y, luego, desapareció para unirse al festín de su compañero.

¿Qué pensaba esta familia de siete miembros al agruparse de nuevo? Onk-or y su pareja constituían un caso insólito en el reino animal, por cuanto que se apareaban para toda la vida. Estaban tan firmemente casados como cualquier matrimonio humano de Patamoke; cada uno de ellos se preocupaba desesperadamente de cuanto le sucedía al otro, y Onk-or sacrificaría sin vacilar su propia vida por salvar la de su compañera. Cuatro veces habían volado juntos desde el Ártico hasta la Orilla Oriental, y cuatro veces habían regresado. Juntos habían localizado lugares seguros para descansar a lo largo del este del Canadá y en todos los Estados costeros de América. Durante el vuelo se comunicaban instintivamente entre sí, sabiendo cada uno de ellos lo que el otro quería, y en tierra, bien cuando anidaban en el Ártico o se alimentaban a lo largo del Choptank, cada uno se sentía siempre responsable de la seguridad del otro.

En este hábito de unión permanente se diferenciaban de la mayor parte de las demás aves, y ciertamente de los patos más pequeños, que se unían a su antojo y permanecían juntos sólo mientras su prole necesitaba protección. Era ésta una singularidad característica de los grandes gansos. Los castores también se casaban de forma vitalicia -

quizá porque tenían que vivir juntos durante sus inviernos en madrigueras completamente heladas-, pero muy pocos animales más lo hacían. Onk-or estaba casado con su compañera, eternamente.

Por tanto, su primera reacción cuando los zorros desaparecieron con una de sus hijas fue una intuitiva comprobación para asegurarse de que su compañera se hallaba ilesa. Satisfecho acerca de este punto crucial, su atención se desplazó hacia sus restantes cinco hijos. Debían aprender a volar -en seguida- y no meterse de cabeza en las trampas tendidas por sus enemigos.

Su compañera, que había permanecido en tierra durante la pérdida de la pequeña, no había podido ver lo que estaba sucediendo con los zorros, pues el incidente se había producido detrás de un matorral, y por unos terribles momentos había temido que hubiera podido ser él el cazado por los zorros. Se sintió aliviada cuando le vio regresar dando trompicones, pues él constituía la mitad de su vida, el pájaro valiente e intrépido de quien ella dependía.

Pero también sentía una acuciante urgencia de proteger a su prole; daría su propia vida por lograrlo, y ya le había sido robado uno de sus hijos. No estaba afligida, como lo habría estado si Onk-or hubiese muerto, pero experimentaba una terrible sensación de pérdida y, como su compañero, se hallaba decidida a que los otros cinco aprendiesen rápidamente a volar. Durante los días siguientes sería una maestra inflexible.

En cuanto a los ansarinos, sabían que un zorro había robado a su desaparecido hermano. Sabían que había caído sobre ellos la tragedia de la que sus padres trataban de protegerles, y se intensificaron los nacientes impulsos que les habían inducido a intentar volar. Nunca habían realizado la larga peregrinación a los terrenos de Maryland, pero sabían intuitivamente que esos terrenos debían de estar en alguna parte y que tenían que prepararse para la increíble migración. Estaban resueltos a dominar el uso de sus alas; resueltos a protegerse por sí mismos de los zorros.

Naturalmente, estos pájaros eran demasiado jóvenes para haber elegido compañeros, y no se habían asociado tampoco con otros gansos. Pero aun en esa temprana fase percibían la diferencia entre los sexos, por lo que los tres jóvenes machos estaban buscando algo

completamente distinto de lo que esperaban las dos hembras restantes, y según pasaban en lo alto otras familias de gansos, cada uno de los pequeños podía diferenciar a los componentes de las bandadas. Sabían. Era increíble lo que aquellos jóvenes gansos sabían al cabo de siete semanas, y si por alguna desventurada casualidad sus padres murieran dejándolos huérfanos en el Ártico, sabrían cómo volar hasta Maryland y encontrar la ensenada del Choptank que les había sido destinada como hogar. Lo único que necesitaban para alcanzar la madurez era fortalecer sus alas y elegir un compañero de entre los demás gansos nacidos aquel año. Eran una raza valerosa, unos de los grandes pájaros del mundo, y se comportaban de acuerdo con su condición.

A mediados de setiembre, como cada año de su vida, Onk-or y su compañera comenzaron a experimentar impulsos irresistibles. Observaban el cielo y reaccionaban al acortamiento del día. Advertían con satisfacción que sus cinco hijos eran grandes y poderosos pájaros, con notables dimensiones de punta a punta de las alas, sustentadas por acumulaciones de grasa; estaban en condiciones de emprender cualquier vuelo. También advertían el oscurecimiento de las hierbas y la maduración de ciertas semillas, señales inequívocas de que la partida era inminente.

Esta misma agitación se estaba produciendo en todos los nidos del Ártico, y los pájaros reñían entre sí. Los machos se elevaban de pronto en el firmamento y recorrían largas distancias sin motivo aparente, regresando más tarde a tierra entre nubes de polvo. No se celebraban reuniones; no había ninguna congregación visible de familias. Pero un día, por misteriosas e inexplicables razones, grandes bandadas de pájaros se elevaron en el cielo, describieron amplios círculos y, luego, formaron en compañías y comenzaron a volar hacia el Sur.

Esta migración hacia el Sur era una de las maravillas de la Naturaleza: centenares, miles, millones de estos enormes gansos integrados en escuadrones que formaban una perfecta V volando a altitudes diferentes y en diferentes momentos del día, pero todos saliendo de Canadá por uno de los cuatro principales corredores aéreos que conducían a distintos rincones de América. Unos volaban a ocho mil metros del suelo, otros sólo a novecientos, pero todos huían de los fríos brezales del Ártico, en busca de terrenos más clementes en que

alimentarse, como los de Maryland. Volaban en silencio durante largo tiempo, pero generalmente se mantenían en ruidosa comunicación, discutiendo, protestando, exultando; de noche especialmente, lanzaban gritos que retumbaban para siempre en el recuerdo de los hombres que les oían surcar el fresco aire del otoño: *Onk-or, onk-or!*

El grupo en que Onk-or y su familia partieron aquel año hacia el Sur se componía de ochenta y nueve pájaros, pero no permanecían constantemente juntos como una unidad cerrada. Unas veces se les unían otros grupos, hasta que la formación contenía varios centenares de pájaros; otras, se disgregaban de ella secciones que acababan uniéndose a otra unidad. Pero, en general, la cuña se mantenía unida.

Los gansos volaban a una velocidad de unos 72 kilómetros por hora, lo cual significaba que si se mantuvieran en el aire durante todo un día entero podrían recorrer más de 1.700 kilómetros. Pero necesitaban descanso, y a lo largo de los siglos en que habían seguido la misma ruta hacia el Sur y hacia el Norte, habían aprendido a identificar diversos estanques, lagos y orillas de ríos que les proporcionaban lugares seguros en que reposar y alimentarse. Había lagos en el alto Quebec y pequeños ríos que desembocaban en el San Lorenzo. En Maine había centenares de sitios a elegir, y lugares adecuados en el oeste de Massachusetts y por todo Nueva York, y los gansos de más edad, como Onk-or, los conocían todos.

A veces, cerca del mediodía, cuando el sol del otoño se hallaba en su cenit, los gansos descendían bruscamente y se posaban en un lago que sus antepasados habían utilizado durante mil años. Los árboles que flanqueaban la orilla habrían cambiado, y nuevas generaciones de peces poblarían las aguas, pero las semillas serían de la misma clase, y también las suculentas hierbas. Los pájaros descansaban allí seis o siete horas, y luego, al aproximarse el crepúsculo, los conductores de la bandada graznaban sus señales, y todos se deslizaban velozmente sobre la superficie del lago, se elevaban en el aire y remontaban el vuelo. Formaban automáticamente en una alargada V, en cuyo vértice se situaba algún pájaro sabio y viejo como Onk-or, y volaban durante toda la noche hacia el Sur.

¡Maine, Nueva Hampshire, Massachusetts, Connecticut, Nueva York, Pensilvania! Los Estados dormían abajo, con sólo unas débiles

lámparas delatando su existencia, y los pájaros pasaban en lo alto, gritando en la noche *onk-or, onk-or,* y ocasionalmente, en las afueras de un poblado o en alguna granja, se abría una puerta y la luz iluminaba por unos momentos el exterior, y los padres sujetaban a sus hijos y escrutaban el oscuro firmamento, escuchando el paso inmortal de los gansos. Y muy de vez en cuando, en una noche así en que había luna llena, los niños veían realmente la cuña volante pasar entre ellos y la Luna, y oían a los gansos en su vuelo, y hablaban de ello durante el resto de sus vidas.

Ningún ganso, ni siquiera uno fuerte como Onk-or podía volar durante largos períodos en el vértice de la cuña. Era demasiado intensa la violencia del viento mientras el vértice de la V abría un sendero a través de la turbulencia del aire. Lo más que un pájaro experto podía resistir era unos cuarenta minutos, durante los cuales recibía un gran castigo. Después de ese tiempo en su puesto, el exhausto ganso se situaba en la parte posterior de uno de los brazos de la cuña, donde se habían congregado los pájaros más débiles, y allí, protegido del aire, se deslizaba tras los demás, recuperando sus fuerzas hasta que le llegara de nuevo el momento de ocupar el primer lugar. Macho y hembra aceptaban por igual esta responsabilidad, y cuando terminaba el vuelo del día, se sentían satisfechos de descansar. En lagos especialmente favorables, con alimento abundante, permanecían a veces una semana.

Durante los primeros días de octubre, los gansos solían ir a algún lugar de Nueva York o Pensilvania y les agradaba estar allí. El sol era cálido, y los lagos, risueños, pero cuando comenzaban a soplar los vientos del Noroeste, trayendo consigo la escarcha nocturna, los pájaros más viejos se tornaban inquietos. No les agradaba la idea de una súbita helada, que presentaría problemas, y comprendían vagamente que la disminución de la fuerza del sol les obligaba a continuar más al Sur, hasta una región segura.

Pero esperaban hasta que llegaba el día y, luego, se elevaban para formar su V final. Cualquiera que fuese el lago en que habían permanecido descansando, los gansos del corredor aéreo oriental enfilaban hacia el río Susquehanna, y cuando veían su ancha y serpenteante silueta, se sentían a salvo. Aquél era su guía inmemorial, y lo seguían confiadamente, irrumpiendo al fin en Chesapeake, la más

considerable extensión de agua que verían durante su migración. Brillaba trémulamente bajo el sol otoñal y tenía remembranzas de hogar. Sus mil estuarios y ensenadas les prometían alimento y refugio para el largo invierno, y les alegraba verlo.

Tan pronto como llegaban a Chesapeake, empezaban a disgregarse las formaciones de gansos, conscientes de haber alcanzado sus lugares designados. Cuatro mil tomaban tierra en Havre de Grace, veinte mil en el Sassafras. El río Chester atraía a más de cien mil, y el Miles a otros tantos. Enormes concentraciones elegían Tred Avon, pero el conjunto más numeroso esperaba hasta el Choptank, más de un cuarto de millón de pájaros, y llenaban todos los campos y estuarios.

Durante más de cinco mil años, los antecesores directos de Onk-or habían mostrado preferencia por una marisma situada en la orilla norte del Choptank. Era espaciosa, provista de abundante vegetación productora de semillas y dotada de múltiples canales que deparaban escondites seguros. Era adecuada tanto para los campos, en los que los gansos podían buscar semillas, como para el río, donde podían posarse y despegar con facilidad. Constituía un lugar ideal donde invernar en todos los aspectos, menos en uno: era propiedad de los Turlock, los más inveterados cazadores de Maryland, cada uno de cuyos miembros nacía ya con un insaciable apetito de gansos.

–Yo lo puedo comer asado, o picado con cebollas y pimiento, o en lonchas aderezadas con setas -estaba diciendo Lafe Turlock a los hombres en el almacén-. Os podéis quedar con los demás meses del año. A mí dadme noviembre con un buen ganso en el fogón tres veces a la semana.

Lafe había adquirido de su padre y del padre de su padre los secretos de la caza de gansos.

–Los pájaros más astutos del mundo. Tienen un sexto sentido, un séptimo y un octavo. Yo he visto a un viejo ánsar guiar a su bandada directamente hacia el puesto en que me encontraba, divisar mi escopeta, pararse en seco en el aire y hacer girar a todo su grupo en el espado de una moneda de seis peniques, sin que me fuera posible disparar un solo tiro.

Dio una patada a la estufa y expuso su resumen de la situación:

–Un ganso asado sabe tan bien porque es condenadamente difícil de cazar.

–¿Y eso por qué? – preguntó un cazador más joven.

Lafe se volvió para mirar al que había hablado, le observó despectivamente, considerándole un intruso, y luego explicó:

–Te voy a decir una cosa, hijito, conozco tu granja río abajo. Estupenda granja para la caza de gansos. En una semana pueden pasar por allí cien mil, doscientos mil acaso. Pero eso no te sirve de nada, porque, a no ser que puedas hacer que uno solo de esos gansos baje hasta ponerse a tiro de donde tú estás, nunca matarás ninguno. Vuelan por allá -agitó sus largos brazos-, o por allá, o allá abajo, más de cien mil gansos a la vez…

Sobresaltó al joven al levantarse bruscamente de su silla y pegar un puñetazo en la pared.

–Pero ni un maldito ganso donde tú quieres que esté. Es cabreante.

Se sentó, carraspeó y habló como un abogado presentando un caso difícil.

–Así que lo que tienes que hacer, hijito, es elegir un lugar donde sea probable que se posen y construirte un puesto…

–Eso ya lo he hecho.

Lafe ignoró la interrupción.

–Y ocultarlo entre ramas que parezcan vivas, y, todo alrededor, poner reclamos de madera tallados en, por lo menos, ocho posturas diferentes para que parezcan reales, y luego aprender a lanzar graznidos que engañen hasta al más listo de los gansos que jamás hayan vivido. Y si no haces todo eso, hijito, nunca probarás ganso, porque pasarán de largo ante ti, día y noche.

Lo atractivo de Lafe era su inextinguible entusiasmo. Cada mes de octubre, como ahora, tenía la convicción de que ese año superaría la astucia del ganso, y no temía hacer públicas sus predicciones.

–Este año, caballeros, todos comeréis ganso. Voy a matar tantos, que os saldrán verrugas en los dedos de desplumarlos.

–Eso es lo que dijiste el año pasado -gruñó un barquero poco caritativo.

–Pero este año tengo un plan.

Y con un dedo mojado en melaza empezó a exponer su estrategia. – Ya conocéis el puesto que tengo junto al río.

–Yo he estado allí muchas veces, y no he cazado nada -dijo uno de los hombres.

–Y conocéis el del estanque que hay en el extremo oeste de la marisma.

–Yo estuve esperando allí tres días, y lo único que conseguí fue mojarme d culo -dijo el mismo hombre.

–Y eso es lo único que conseguirás en ese puesto este año. Porque voy a poner los dos igual que siempre, con reclamos y todo. Quiero que ese astuto conductor de la bandada los vea y se desvíe.

–¿Adonde? – preguntó el escéptico.

Lafe sonrió, y en su rostro se dibujó una profunda satisfacción.

–Ahí es donde viene mi plan. Aquí, al borde de este maizal donde todo parece tan inocente, instalo mi tercer puesto con los mejores reclamos que yo o mi padre hayamos tallado jamás.

Y con un goteante dedo dejó que la melaza formase su nuevo puesto. – No creo que dé resultado -espetó el cínico.

–Voy a cazar tantos gansos…

–Como el año pasado. ¿Cuántos cogiste el año pasado? Sinceramente.

–Nueve…

En seis meses había cazado nueve gansos, pero este año, con su nueva táctica, estaba seguro de conseguir docenas de ellos.

Así, pues, cuando Onk-or regresó a las marismas del Choptank con su escuadrilla de ochenta y nueve gansos, le esperaban peligrosas innovaciones. Naturalmente, en su primera pasada sobre las tierras de Turlock divisó el tradicional puesto instalado junto al río y el otro, mal escondido, a la orilla del estanque; durante generaciones, su familia había estado evitando aquellos toscos señuelos. Vio también los mismos viejos reclamos apilados en la orilla, los botes esperando para llevar a los cazadores por el río y los perros que aguardaban junto a los botes. Todo era familiar; estaba en casa.

Dando una señal, descendió en cerrado círculo, manteniendo el ala izquierda casi inmóvil, y, con leve chapoteo, se posó en un claro abierto en el centro de la marisma. Enseñó a sus cinco hijos cómo instalarse y,

luego, se abrió paso por entre las hierbas de la marisma para ver qué alimento había en los campos. Su compañera le acompañaba, y al cabo de unos minutos ambos tuvieron la certeza de que aquél iba a ser un buen invierno. De regreso a la marisma, observaron la cabaña. No había cambios allí; la misma ropa puesta a secar detrás de la cocina.

Mientras los gansos se instalaban para disfrutar de las marismas, los jóvenes oyeron por primera vez la reverberación de disparos de escopeta, y Onk-or tuvo que pasar mucho tiempo alertándolos de los especiales peligros que acompañaban a aquellos terrenos pródigos en alimentos. Él y otros gansos veteranos enseñaron a los recién llegados a distinguir el brillo del metal, o a oír el crujido de una ramita bajo la bota de un cazador. Y ningún grupo debía ponerse nunca a comer sin apostar por lo menos tres centinelas, cuyo trabajo consistía en mantener erguidos los cuellos para que sus ojos y oídos pudiesen explorar todos los accesos.

La constante vigilancia constituía la clave de la supervivencia, y ninguna clase de aves adquirió jamás mayor destreza en la tarea de protegerse. Aves más pequeñas, como las palomas, que presentaban difíciles blancos para un cazador, podían confiar frecuentemente en la suerte de que un humano no detectado fallase al disparar contra ellas, pero los grandes gansos presentaban un blanco tan atractivo, ya fuese de frente o de costado, que el cazador se encontraba en posición ventajosa siempre que se le permitiera situarse a tiro. La maniobra a que debían recurrir los gansos era ponerse fuera del radío de acción de las armas siempre que se acercasen los hombres, y Onk-or adiestró concienzudamente a su bandada en esta táctica, pues todo ganso que frecuentase las marismas de Turlock se hallaba amenazado por algunos de los más resueltos cazadores de la Orilla Oriental.

Para mediados de diciembre estaba claro que los gansos habían burlado una vez más a Lafe Turlock; ninguno se había posado junto al puesto del río, y sólo unos cuantos rezagados lo habían hecho junto al estanque. Para finales de la primera semana, Onk-or había descubierto la artimaña del maizal, y Lafe sólo había podido matar tres gansos.

–Esos malditos bichos deben de usar gafas en Canadá -dijo a los hombres del almacén.

–Ibas a darnos de comer a todos este invierno -le recordó uno de los hombres.

–Y lo haré. Lo que necesito es introducir unos cuantos cambios en mi plan.

Reunió a sus cinco hijos y a otros cuatro buenos tiradores y les dijo:

–Vamos a cazar tantos gansos, que tendréis grasa en la cara durante todo el invierno. Vais a ver cómo.

Una hora antes del amanecer, llevó en bote a su hijo menor hasta el puesto del río, ante el que colgaban una docena de reclamos desordenadamente dispuestos, y le dijo:

–Quiero que los gansos te vean. Hazles seguir.

A otro hijo lo colocó junto al estanque, con la misma descuidada organización y las mismas instrucciones.

–Claro que, si se te pone uno a tiro, no desaproveches la ocasión, hijo. Pero no es eso lo que esperamos de ti.

Junto al maizal apostó a otro hijo más, esperando que lo vieran, y se llevó a los otros seis hombres a larga distancia a través de la vegetación, hasta llegar a una ensenada donde dijo que los astutos gansos tendrían que posarse.

–Se trata de pensar como un ganso. Abandonarán el maizal, volarán en semicírculo, verán los reclamos al otro lado de los pinos y bajarán aquí.

Cuando descendiesen, aterrizarían en medio de una descarga de las cuatro escopetas más rápidas, seguida inmediatamente por una segunda salva de las tres más lentas, tiempo durante el cual las cuatro primeras serían cargadas de nuevo para rematar a los tocados, y mientras tanto cargarían también, a su vez, las otras tres.

–Está garantizado el éxito -prometió Lafe-, si ese maldito avechucho no se da cuenta.

Los gansos se mostraban lentos aquella mañana para ir a buscar alimento. Había pendencias entre los más jóvenes, pero los mayores no protestaban, pues se acercaba la época del apareamiento y había muchos gansos de dos años que aún no habían elegido compañera, por lo que la confusión era inevitable. Pero hacia las seis y media, Onk-or y otro viejo ánsar empezaron a realizar los movimientos que pondrían en marcha a la bandada. Cesó la agitación, y ochenta y tantas aves

comenzaron a situarse en posiciones desde las que podrían elevarse en el aire.

Onk-or abría la marcha, y al poco rato la bandada había formado en dos uves que describían círculos y buzaban al unísono. Se dirigieron hacia el río situado al sur de la marisma, y Onk-or vio que algún cazador estaba todavía tratando en vano de atraer a los gansos al viejo puesto allí emplazado. Los grandes pájaros aterrizaron a bastante distancia comente arriba, se alimentaron de hierbas durante algún tiempo y luego despegaron en busca de comida mejor. Volaron hasta el estanque, donde sonaron inofensivos disparos, y luego hacia el maizal, donde Onk-or divisó en seguida al solitario cazador instalado allí. Se alejó del maizal, voló a la izquierda y vio varios gansos junto a un arroyo flanqueado de pinos. Como aquellos gansos habían demostrado ya que el lugar era seguro, llevaría allí a su bandada.

Descendieron los gansos, con las alas extendidas y las patas listas para frenar, pero, justo en el instante en que Onk-or se disponía a tomar tierra, percibió movimientos entre los pinos que flanqueaban la orilla y, con un rápido giro a la izquierda, se puso fuera del alcance de las armas, al tiempo que lanzaba sonoros graznidos de aviso. Él escapó, y los que le seguían inmediatamente detrás giraron también, pero muchos de los demás no reaccionaron a tiempo; volaron directamente hacia las escopetas que les esperaban, y una salva de furiosos disparos los abatieron.

Resultaron muertos siete gansos, entre ellos, dos de los hijos de Onk-or. Era un desastre, y él había sido el responsable. No debía volver a suceder.

En el almacén, Lafe se regodeó en su victoria.

–Para cazar a un ganso hay que pensar como un ganso -dijo a sus compañeros.

Pero su gloria fue efímera, pues durante el resto de la temporada no logró cazar ningún ganso de sus propias marismas, y sólo dos cuando organizó una expedición a bastante distancia aguas arriba.

–¡Nunca he visto gansos tan listos! – gruñó-. Voy a alquilarle señuelos a Amos Todkill.

Así, pues, en enero de 1823 se dirigió a Patamoke para tratar con Todkill, que estaba especializado en rastrillar las marismas en busca de

gansos jóvenes heridos, a los que domesticaba, utilizándolos luego como reclamos vivos para atraer a los gansos silvestres directamente a los cañones de las escopetas que aguardaban.

Todkill dijo que permitiría a Turlock alquilarle quince de sus gansos domesticados a razón de dólar y medio cada tres días.

–Muy caro -se quejó Lafe.

–Pero sabes que el resultado es seguro. Los llamamos «Nuncafalla».

Turlock les ató las patas, los echó al bote y regresó a la marisma.

–Quiero quince o dieciséis buenos tiradores -anunció en el almacén-. Estos malditos reclamos me han costado mucho dinero, y espero obtener varios gansos a cambio.

Reclutó una verdadera batería, a cuyos miembros situó en lugares estratégicos, de modo que el fuego cruzado de las escopetas fuese impenetrable. Luego esparció cuatro docenas de los mejores reclamos de madera, tras lo cual soltó los quince vivos de Todkill.

–Un espectáculo tan hermoso como el que jamás ha visto un ganso, y tan mortal -dijo aprobadoramente cuando todo estuvo instalado.

Después, él y los otros dieciséis cazadores esperaron. Nada sucedió. Varios gansos de las marismas pasaron de largo, haciendo caso omiso de los señuelos, que cloqueaban para atraerlos. En una o dos ocasiones, grandes bandadas, dirigidas por el viejo ánsar, se aproximaron a distancias que quedaban justamente fuera del alcance de sus armas, alejándose luego como si obedecieran a una señal, y transcurrieron tres días sin poder hacer blanco en ningún ganso.

Onk-or había divisado desde el principio la extraña congregación de señuelos de madera y reclamos vivos, y no pasó mucho tiempo antes de que advirtiera la presencia de escopetas ocultas entre los cañaverales. No sólo mantuvo a sus propios gansos alejados de la letal zona; alertó también a otros, con lo que Lafe y su artillería se veían en la imposibilidad de capturar los gansos que él había prometido.

En el almacén, uno de los cazadores dijo:

–Esos reclamos me engañaron a mí, y engañaron a Lafe, pero estoy condenadamente seguro de que no han engañado a ese viejo macho.

–Lo que han hecho -dijo Lafe- es dejarme sin mi dólar y medio. Sólo por milagro me he podido contener de estrangular a estos bichos antes de devolvérselos a Todkill.

Los hombres se echaron a reír. Resultaba absurda la idea de Turlock causando daño a un ganso de forma distinta que disparando contra él. Amaba a los grandes pájaros, les echaba maíz molido cuando la nieve cubría el suelo, rescataba ejemplares heridos al término de la estación y se los daba a Todkill. Una vez, después de una reunión religiosa, dijo:

–La vida del hombre se divide en dos estaciones: «Los gansos están aquí. Los gansos no están aquí.»

Por eso, cuando los hombres le gastaron bromas a cuenta de su costoso fracaso, quedaron sorprendidos al ver que él no reaccionaba.

Guardaba silencio por una buena razón: estaba dispuesto a pasar a la fase tres de su magno plan. A principios de marzo reunió a sus hijos y les dijo:

–Los Turlock comemos gansos porque somos más listos que los gansos. Y mucho más que esos idiotas del almacén, porque yo sé algo que les fastidiaría si tuviesen cerebro para entenderlo.

Sus hijos esperaron. Miró por la puerta hacia el cielo de marzo y dijo:

–He estado pateando los bosques y creo que he encontrado el sitio donde hacen sus galanteos.

Se estaba refiriendo a los pocos gansos que habían sido heridos por algún disparo poco certero o se habían sentido seducidos por la clemencia del Choptank; ésos no volarían hacia el Norte con los demás, sino que se quedarían allí, criando en las marismas situadas al sur a sus familias nacidas en Maryland. Y cuando se apareasen serían vulnerables, pues, como Lafe explicó a sus hijos:

–Los gansos son como los hombres. Cuando están pendientes de eso pierden toda precaución, y la semana que viene vamos a cazar gansos suficientes para alimentarnos durante todo el mes de julio.

Turlock era de temperamento profundamente vehemente por lo que a la caza y la pesca se refería: las ostras estaban allá abajo, pero se las podía sacar; los cangrejos podían esconderse, pero era posible cogerlos.

–¿Cómo lo vamos a hacer, padre?

–Estrategia -respondió Lafe.

También Onk-or estaba pensando en la estrategia. Debía sacar indemne a su bandada del frenesí de aquella estación, y para

conseguirlo debía mantenerlos apartados de los terrenos de apareamiento, pues había aprendido que cuando los jóvenes gansos rodeaban a sus contemporáneas en la danza nupcial se volvían descuidados, y sus mayores no eran mejores, pues también ellos se quedaban cloqueando y contemplando la escena, sin ocuparse de las escopetas que acechaban.

Así, pues, tanto para Lafe como para Onk-or los últimos días de invierno adquirieron un matiz crítico, pues el hombre tenía que encontrar el terreno de apareamiento, y el ganso tenía que mantener a su familia alejada de él. Transcurrieron nueve días sin que las escopetas de Turlock causaran una sola baja.

–No os preocupéis -aseguró Lafe a sus hijos-. Los gansos tienen que aparearse, y cuando lo hagan intervendremos nosotros.

Había anticipado, casi mejor que los jóvenes gansos, dónde realizarían sus galanteos los que no volaban al Norte, y allí, junto a un herboso campo situado en el interior del bosque, se apostó con sus hijos, armado cada uno de ellos con tres mosquetes.

Los jóvenes gansos, respondiendo a sus impulsos interiores, eran atraídos al lugar, y allí comenzaron sus danzas.

Dos machos centraban su atención en una hembra, que se mantenía apartada, alisándose pudorosamente las plumas con el pico, como si estuviera ante un espejo. Conservaba los ojos fijos en el suelo, fingiendo ignorar acontecimientos que iban a determinar cómo viviría durante el resto de su vida.

Los machos se tornaban mientras tanto más y más activos, saltando el uno hacia el otro y siseando, avanzando y retirándose y haciendo gran ostentación de furia. Por último, uno de ellos se lanzaba realmente al ataque, batiendo las alas desplegadas y descargando fuertes golpes sobre la cabeza y los hombros del otro. Comenzaba así la auténtica lucha, en la que ambos pájaros trataban mutuamente de herirse en la cabeza con sus poderosos picos.

De conformidad con algún complicado sistema de tanteo, quedaba claro para ambos contendientes, para el resto de la bandada y, especialmente, para la hembra que aguardaba, que uno de los pájaros había triunfado. El otro se retiraba, y comenzaba entonces la parte más conmovedora de la danza.

El macho victorioso se acercaba a la hembra caminando con afectados pasos, contoneándose, y al aproximarse extendía lo más posible el cuello y lo hacía ondular suavemente hacia delante y hacia atrás, y ella extendía también el suyo, y ambos se entrelazaban, sin apenas tocarse, y permanecían así, ondulando y retorciendo sus cuellos en una de las más bellas y delicadas manifestaciones de la Naturaleza.

Al aproximarse la danza a su climax, los jóvenes gansos del grupo de Onk-or empezaron a dirigirse instintivamente hacia el terreno de apareamiento, y aunque Onk-or y su compañera se adelantaron frenéticamente para impedírselo, acabaron llegando al espacio abierto.

–¡Ahora! – ordenó Turlock.

Retumbaron las escopetas. Antes de que los sobresaltados gansos pudieran elevarse en el aire, los seis Turlock soltaron sus escopetas, cogieron otras y volvieron a disparar, y soltaron también éstas para coger las siguientes. Numerosos gansos cayeron abatidos, y para cuando Onk-or logró que su bandada remontara el vuelo, yacían muertos una cantidad suficiente como para llenar la despensa subterránea.

Cuando se reagruparon en la marisma, Onk-or descubrió que uno de sus hijos había muerto, y se disponía a lamentarse por ello cuando advirtió con terror que también faltaba su esposa. Había visto a los gansos titubear y caer entre las hierbas de la orilla y comprendió intuitivamente que los hombres estarían ya rastrillando esa margen para encontrar a los heridos.

Sin vacilar, se separó de la bandada y regresó velozmente al terreno de apareamiento. Su llegada desconcertó a los hombres, que, como había esperado, se hallaban buscando pájaros heridos. Volando directamente sobre sus cabezas, se posó en la zona en que había visto caer a los gansos, y allí encontró a su compañera, gravemente herida en el ala izquierda. Le era del todo punto imposible volar, y sería cuestión de minutos que los perros y los hombres la encontrasen.

Aguijoneándola con fuertes empujones de su pico, la llevó a través de las mal definidas vías de agua, dirigiéndola siempre hacia la seguridad de las marismas interiores. Cuando desfallecía, él la picoteaba en las plumas, sin permitirle nunca detenerse.

Llevarían recorridos unos doscientos metros cuando un perro amarillento de raza indefinida, pero dotado de olfato excepcional, captó su olor y comprendió que había un herido en algún punto de los matorrales que se extendían ante él. Silenciosamente, fue aproximándose al ave herida, hasta que, con un salto final, cayó sobre ella.

Lo que no había previsto es que se hallara acompañada de un vigoroso macho resuelto a protegerla. De pronto, desde el agua próxima a la herida, Onk-or se elevó y descargó violentamente su pico contra el perro. El sorprendido animal se retiró conmocionado, pero luego percibió la situación y se lanzó contra Onk-or.

Se produjo una lucha a muerte entre chapoteos, en la que el perro tenía a su favor todas las ventajas. Pero Onk-or hizo acopio de fuerzas; estaba luchando no sólo para protegerse a sí mismo, sino también para salvar a su herida compañera, y en las entrañas de la enmarañada marisma atacó al perro con fulgurantes aleteos y picotazos. El perro se retiró.

–¡Hay uno herido allí! – gritó Turlock a sus hijos-. *Tigre* mismo ha resultado herido.

Pero el perro apareció sin nada más que un corte en la cabeza.

–¡Eh! A *Tigre* le ha herido un ganso. Id allá a buscarlo.

Tres muchachos con sus perros se adentraron chapoteando en la marisma, pero esta vez Onk-or había guiado a su compañera hasta lugar seguro. Se escondieron entre los cañaverales, mientras los hombres chapoteaban ruidosamente y los perros, sin muchas ganas de enfrentarse a cualquier cosa que fuese lo que había herido a *Tigre*, no se esforzaban gran cosa por encontrarlos.

Una semana después, cuando el ala herida se hubo curado, Onk-or reunió a sus gansos, y comenzaron su preceptivo vuelo al Ártico: Pensilvania, Connecticut, Maine, y, luego, los helados brezales de Canadá. Una noche, al sobrevolar una pequeña ciudad de la parte central del Estado de Nueva York, lanzaron fuertes graznidos, y los ciudadanos salieron a las calles para seguir su misterioso tránsito. Había entre ellos un chiquillo de ocho años. Contempló las oscuras formas y escuchó su distante conversación. Como consecuencia de esta única experiencia, se desarrollaría en él un gran afecto hacia los

pájaros, estudiaría todo lo referente a ellos, y en su vida adulta los pintaría y escribiría sobre ellos y daría los primeros pasos para proporcionarles albergues seguros, y todo porque una noche de luna había oído a los gansos pasar en lo alto.

LA ATALAYA DE LA VIUDA

***Venganza de Rosalind* no tenía una verdadera atalaya de la viuda. Este agradable ingenio arquitectónico había proliferado principalmente en Nueva Inglaterra, donde las familias de los navegantes acostumbraban erigir sobre el tejado de su casa una plataforma cuadrada y cercada por una valla desde la que la esposa podía otear la bahía para divisar la llegada del barco de su marido al regresar después de años dedicado a la pesca de la ballena en el Pacífico Sur. El nombre *atalaya de la viuda* derivaba de románticas historias de fieles mujeres que continuaban acechando la llegada de un buque desaparecido mucho tiempo atrás en el fondo de algún mar de coral.**

Pero la gran casa de la plantación de los Steed sí tenía una improvisada atalaya de la viuda. En 1791, cuando Isham Steed siguió el consejo de su compañero de estudios Tom Jefferson y se compró un telescopio de Amsterdam, quiso instalarlo en un lugar desde el que pudiera observar las estrellas, así que abrió un agujero en el tejado y construyó allí una plataforma, rodeándola de una hilera de estacas y convirtiéndola en un agradable punto desde el que contemplar no sólo el firmamento, sino también los buques que navegaban de un lado a otro de la bahía.

Durante un día insólitamente cálido de finales de marzo de 1823, Susan Grimes Steed subió a la cercada plataforma y se dejó caer lánguidamente en la silla de mimbre que tenía allí. Permaneció casi un cuarto de hora mirando hacia la bahía, esperando divisar algún buque que se dirigiese a Baltimore, pero su atención se distrajo al oír una especie de susurro en el aire, sobre ella. Cuando levantó los ojos, vio que grandes cantidades de gansos se estaban congregando en alargadas formaciones en V; iban elevándose de todas las ensenadas y rincones del Choptank, en preparación para su largo vuelo hasta Canadá.

Sabiendo que esta vez los gansos se marchaban de veras y que no se les volvería a ver hasta los fríos días del otoño, se levantó de la silla y

apretó las manos contra la cerca de estacas.

–¡Oh, Dios! ¡Ojalá volara con vosotros!

Alzó la mano izquierda y la agitó en dirección a los lejanos pájaros que cruzaban el aire; luego se los quedó mirando hasta que desaparecieron en el horizonte.

Volvió a desplomarse en su silla y miró inexpresivamente hacia la bahía. No se veía ningún barco; ningún navío llegaba de España; sólo la vasta extensión de agua, lisa y tranquila hacia la orilla occidental que se desplegaba ante ella, y el hastío que la poseía desde hacía varios meses aumentó.

Pero entonces, en la extremidad meridional del agua visible desde el tejado, vio lo que podría ser un barco. Por lo menos, era una manchita en movimiento, y durante media hora mantuvo enfocado sobre ella su pequeño telescopio.

«Podría ser una lancha pesquera -pensó, ansiosa de encontrar algún ejercicio mental en que ocuparse-. No, es un buque. Es un buque de tres palos.» Y, a la palabra *palos,* retornaron las obsesivas fantasías sexuales.

Ella interpretaba el buque como un hombre que llegaba para acostarse con ella, para forcejear furiosamente con ella, rasgarle las ropas y perseguirla por los bosques de Devon. Mientras continuaban las imágenes, se le secaron los labios, y cuando el barco llegó a la altura de la isla, tendidas sus velas en dirección a Baltimore, se levantó de la silla y se asomó a la cerca, con los ojos fijos en los altos mástiles y el cuerpo consumido de deseo.

«¡Ojalá estuviera yo en ese barco!», se lamentó. Y, mientras el navío se alejaba, recortándose contra el sol sus grisáceos palos, se imaginó en el camarote del capitán, desnudo y ávido de poseerla.

«¡Esto es morboso!», pensó, sacudiendo violentamente la cabeza. Se echó sobre los ojos los agitados rizos, como para velar las temidas visiones, pero éstas persistieron, y se apoyó pesadamente en la cerca, dejando que las puntas pincharan sus manos.

Permaneció en esta postura hasta que el barco se desvaneció, llevándose consigo su imaginería fálica. Sólo entonces descendió por la escala y se dirigió lentamente a su dormitorio, donde se tendió sobre el cubrecama de seda, mirando hacia las dos balas de cañón incrustadas

en la pared: «Si al menos hubieran llegado a menos altura y le hubieran alcanzado en la cama…»

Pero quedó horrorizada ante la idea de que pudiera desear la muerte de su marido, y se tapó la cara con las manos y exclamó:

–¡Qué desdichada soy!

–¿Llamaba usted, señora? – preguntó Eden desde la puerta.

–No. Vete.

La muchacha negra desapareció, y ella quedó a solas con sus fantasías.

Derivaban éstas de la terrible decepción que había sufrido con su marido. Veía ahora a Paul Steed como un *dilettante,* un disipador de sí mismo y de todo con lo que entraba en contacto; siempre desmerecía en comparación con ella, pues ella había heredado la altamente organizada rectitud de propósito de su abuelo Simón. Cuando llegó a Devon, tal vez pareciera una niña atolondrada, pero nunca había tenido intención de continuar así. Sospechaba que esta alteración había sorprendido y, en cierto modo, decepcionado a su marido, pues poco después de la boda él le había dicho: «Cuando te vi por primera vez en el muelle, tú eras una niña bella e inocente. No dejemos que los años nos cambien.» Pero ella había cambiado, y él, no.

Y, sin embargo, debía reconocer que en los primeros días de su matrimonio él había resultado casi excitante. Era evidente que la amaba, y la había dejado embarazada casi en seguida. Al principio habían disfrutado en su amplia cama, pero ésta no tardó en convertirse en escenario de rutinarias actuaciones por parte de él, ya que no de ella. Habían seguido otros dos embarazos -cómo, se preguntaba ella a veces-, y para el final del quinto año su matrimonio se había convertido en pura rutina, una rutina monótona y terriblemente aburrida.

Se había dado cuenta de su debilidad moral cuando empezó a mimar a los niños con su falta de energía y a echar a perder el negocio familiar por su falta de atención. Ella había intentado ser una buena madre, castigando a los niños cuando él no lo hacía, pero esto sólo consiguió que esperasen de ella toda orientación y guía: Paul debería estar hablando con ellos. «¡Maldita sea!, tenemos tres de los más espléndidos niños de Maryland, y él los ignora.» Había un chico de seis años, una chica de cuatro y un alborotador chiquillo de dos, y los tres

parecían muy inteligentes; ya había enseñado a Mark, el mayor, a leer y hacer cuentas, y la niña le imitaba con sorprendente facilidad.

–Deberíamos ser una familia feliz -murmuró un día-. Están todos los ingredientes necesarios.

Pero Paul absorbía una cantidad tan pequeña de sus intereses y sus aptitudes que se sentía desperdiciada, como si fuese un embalse de gran capacidad, pero sin desagües. Él era un hombre estúpido, y a menudo se preguntaba qué podían haberle enseñado los profesores de Princeton, si es que se habían tomado alguna molestia en ello. Sus ideas eran fragmentarias; sus objetivos, errabundos; sus creencias, evanescentes. Imponía escaso respeto entre los Steed y tenía pocas probabilidades de mantener bajo control el sistema de la plantación.

Ella se aproximaba ya a los treinta años, a lo que hubiera debido ser el umbral de su madure2, y la aterrorizaba la perspectiva de vivirla con un hombre que desperdiciaba su talento. No era que se encontrara a disgusto lejos de Londres, como le había pasado a su madre. Le gustaba Maryland, y la víspera de su salida de Inglaterra todos los miembros de su familia le habían advertido que no debía seguir los pasos de la infortunada Jane Fithian Steed. El viejo Carstairs Fithian le dijo:

–Tu abuela era hermana mía, y tanto Guy como yo intentamos prepararla para las colonias. Le advertimos que era ella quien debía hacer concesiones, no su marido. No debía esperar encontrarse con otro Londres, ni que su trabajador marido fuese un dandy de París. Tu abuela era una muchacha testaruda, y al final acabó perdiendo el juicio. Si te casas con el joven Steed, debes acomodarte a su forma de vida.

No fue preciso realizar ninguna acomodación, al menos en el terreno que le había llevado a la abuela Jane a destruirse a sí misma; Susan amaba la libertad de Maryland. Los variados tipos de personas que veía a lo largo del Choptank, las nuevas clases de comida, la diversión de visitar Annapolis. Le gustaba especialmente la bahía y la vida silvestre que abundaba en sus orillas; la isla Devon contenía aún más de una veintena de ciervos, y cuando los gansos ocupaban el río, se sentía fascinada. Un grupo de viejas chismosas parloteando al sol.

Su malestar no se basaba en el egoísmo, ni en una mezquina indulgencia. Era una buena anfitriona, y cuando los vecinos de la

plantación acudían a pasar allí una o dos semanas, les hacía sentirse como si le estuvieran honrando a ella con su presencia; se encargaba de que sus hijos se divirtiesen y de que los esclavos los llevasen a pasear en burro por el extremo de la isla o a realizar excursiones en bote por la bahía. Bajo su dirección había gran felicidad en *Venganza de Rosalind;* era una castellana excelente, y, si hubiera tenido cincuenta y cinco o sesenta años, no habría habido ningún problema. Por desgracia, tenía veintinueve.

En febrero de aquel año se había dejado llevar a un hábito destructivo. Una noche, mientras yacía en la cama, irritada por la falta de atención de su marido, acertó casualmente a sacar el pie izquierdo de debajo de las sábanas, como si se dispusiera a abandonar la cama, y la sensación de libertad que este sencillo acto engendró la dejó atónita: si quisiera, podría sacar el otro pie y alejarme de esta casa.

Así, pues, adoptó la costumbre de dormir con un pie fuera. Una mañana, Eden la encontró durmiendo así y la reprendió:

–Se va a enfriar, señora.

Pero ella no dio ninguna explicación, y Eden observó que continuaba durmiendo con un pie destapado.

Las balas de cañón constituían también un problema. Según diversas informaciones recogidas de los esclavos, resultaba evidente que Paul no había estado durmiendo en aquella habitación durante el bombardeo realizado a primera hora de la mañana, y que cuando corrió a la orilla, blandiendo su mosquete, la flotilla del capitán Gatch había desaparecido ya hacía tiempo. Pero las dos balas permanecían en la pared, sujetas con cemento en la pared para admiración de los vecinos, un monumento a su heroísmo.

Recordó la primera vez que las había examinado. «¿Hay una silla a la que pueda subirme?», había preguntado, pero antes de que nadie pudiera contestar se había vuelto, y el capitán Turlock la había levantado en alto, y ella había sentido la presión de su puño de plata contra su pierna…

¡Tengo que detener esto! Pero su mente era incapaz de obedecer.

Una vez que se hubieron ido los gansos, se alargaron los días y el tiempo se tornó más cálido. Ahora subía al tejado casi todos los días, instalándose en la silla de mimbre como un capitán de barco, usando el

telescopio para observar a los buques que pasaban al Norte y al Sur y tratando en vano de ver qué ocurría en la orilla occidental. Podía ver el perfil de los árboles, y en los días despejados podía incluso identificar edificios concretos, pero las personas que los ocupaban permanecía invisibles, dos o tres grados demasiado pequeñas para distinguirlas.

–¡Salid, maldita sea! – gritaba a veces, como si los granjeros se estuviesen ocultando maliciosamente de ella.

Luego se recostaba y clavaba la vista en el cielo -sin pájaro, sin nubes, infinitamente remoto- y pensaba: «Soy tan invisible para los de allá arriba como lo son para mí quienes están al otro lado de la bahía.»

Pero siempre que empezaba a sentirse dominada por la compasión hacia sí misma, se apresuraba a bajar del tejado para ponerse a trabajar en su jardín, aquel vasto espacio semisalvaje de árboles y arbustos floridos. Después de aquel primer verano de 1816 en que las azucenas habían estallado por todo el césped, ella había trabajado pacientemente por confinarlas a zonas limitadas, arrancando las que traspasaban éstas y bordeando los macizos deseados con orlas de guijarros.

Se trataba de un trabajo duro, y normalmente habría sido encomendado a los esclavos, pero a ella le gustaban las flores, especialmente las robustas azucenas, y a veces trabajaba hasta el anochecer, escardando, cavando y remplazando guijarros. No intentaba embellecer el lugar. La vieja Rosalind Janney Steed había dejado instrucciones escritas para todas las mujeres que la siguieron como dueñas de aquel jardín:

Os lo ruego, nada de rosas, ni laberintos, ni senderos regulares, ni estatuas de mármol de Italia ni, por el amor de Dios, nada de boj.

Pero los árboles morían, y, a menos que se previera adecuadamente esta contingencia y se plantaran otros nuevos que ocupasen su lugar cuando hubieran desaparecido, un jardín arbolado no podría durar más de dos o tres generaciones. Susan estaba resuelta a que después de ella el jardín pudiera mantenerse otros cincuenta años.

Se encontraba allí un día, trabajando en la linde, cuando advirtió una gran cavidad en uno de los cedros que flanqueaban los límites exteriores del jardín, y cuando introdujo en ella su rastrillo, vio que estaba condenado. Así, pues, se internó en el bosque situado al norte de

la casa, en busca de árboles pequeños que pudiera utilizar para sustituir al que se estaba muriendo, y había recorrido cierta distancia hacia la orilla norte de la isla cuando vio en el canal algo que le alegró y afligió a la vez: se trataba del clíper *Ariel* que regresaba por fin. Le agradaba poder hablar de nuevo con el capitán Turlock; le afligía no haber estado en el tejado para celebrar su llegada a la bahía, pues ése era el barco que había estado esperando desde el deshielo.

No agitó la mano en dirección al clíper, ni salió de entre los pinos; simplemente, se quedó en la sombra observando todos los aspectos del barco, tratando de imaginar por qué mares había navegado, con qué carga y a qué puertos en los que el inglés era desconocido.

Permaneció allí más de una hora, acercándose a la orilla para poder ver entre los árboles y seguir el avance del majestuoso clíper…, por delante de Acantilado de la Paz, por delante de las marismas de Turlock, donde habían estado los gansos, y hacia Patamoke. Una cosa que había visto le animaba: el *Ariel* estaba muy sucio y tendría que permanecer varias semanas en puerto para las necesarias tareas de limpieza.

El capitán Turlock había regresado a Devon por dos razones: quería saber si Paul Steed había acumulado tabaco para su transporte a Francia, adonde los buques de los Steed no solían ir de ordinario, y quería reanudar su trato con Mrs. Steed. En su última visita, ocho meses antes, se había sentido halagado por su atención. No se había tratado de algo meramente casual, estaba convencido de ello; y a menudo, durante las largas travesías del Atlántico o cuando permanecía fondeado ante las costas de África, le martilleaba la cabeza un obsesivo pareado que le obligaba a recordar la provocativa manera en que ella le había mirado, como si le invitara a abordarla:

Y *brotaban mil miradas con ardor*
de sus ojos, firmamento del amor…

Le atormentaban las imágenes evocadas por aquellas miradas, y solía poner término a sus ensoñaciones diciéndose sin piedad: «Tienes cincuenta y cinco años.» Ella es una niña. Pero persistía el pensamiento de que ella representaba su última esperanza de una mujer que pudiese aplacar sus anhelos. Ardía en deseos de volverla a ver.

Así, pues, cuando su barco atracó en el muelle, saltó a tierra de mejor humor que de costumbre y, aunque se apresuró a ir al despacho desde el que Paul dirigía la plantación, su atención se mantuvo especialmente centrada en el jardín, con la esperanza de que Susan estuviese trabajando allí. No la vio, y esto le turbó, pues por fuerza tenía que haberse enterado de su llegada.

Y entonces, justo en el momento en que se disponía a entrar en la oficina de Paul, acertó a levantar la vista, y allí, en el tejado, tras la baranda de estacas, Susan, con un vestido grisazulado y un pañuelo en la cabeza y apoyadas las manos en la baja cerca, estaba mirando hacia él. No mostró ninguna señal de haberle reconocido; simplemente, permaneció allí, mirándole. Tampoco él mostró señal alguna, pues ignoraba qué otras personas podrían estar mirando, pero antes de entrar en la oficina se rascó reflexivamente la nariz, utilizando su puño de plata.

Paul no tenía ninguna consignación para París.

–El trigo no se vende allí mejor que en Inglaterra, pero le diré lo que podría utilizar, capitán Turlock. Veinte barriles de sal.

–Los traeré en el próximo viaje.

–¿Cuándo será?

–Saldremos la semana que viene.

–¿Tan pronto?

–Hacer unas cuantas reparaciones en el *Ariel,* y nos vamos.

–Espero que le veamos por casa antes de que zarpe.

–Será un placer.

–¿Y qué tal si come hoy con nosotros?

–Encantado.

Paul terminó de examinar varios papeles y, luego, le precedió hasta el porche delantero, donde Tiberio, un viejo esclavo vestido de librea, les abrió las puertas a los dos hombres.

–¿Está dentro Mrs. Steed? – preguntó Paul.

–Está en el tejado -respondió el esclavo.

–¡Maldito tejado! Dile a Eden que vaya a buscarla.

Y poco después bajó Susan la escalera, sin el pañuelo en la cabeza y con los ojos brillantes.

–Aquí está el capitán Turlock, que ha vuelto -dijo Paul.

Y ella, mirando a Turlock, dijo:

–Espero que haya tenido un buen viaje.

Almorzaron no en el salón, sino en uno de los pasillos de intercomunicación construidos por Rosalind Steed hacía más de un siglo. Cumplía la finalidad exacta que ella había pretendido; el sol caía sobre una pequeña mesa a la que se ajustaban perfectamente tres sillas, y los que ocupaban las sillas podían mirar al exterior y ver tan cerca los árboles del jardín que parecían al alcance de la mano.

–Me encanta comer aquí -comentó Susan, mientras cuatro esclavos servían la comida.

Y ya no dijo más, pues los hombres empezaron a hablar, y el capitán Turlock contó sus aventuras, y, después que hubo hablado de una docena de lugares, ninguno de los cuales vería ella jamás, hizo una sola pregunta:

–¿No dijo usted la primera vez que nos vimos, hace años, que se hallaba empeñado en una especie de duelo con el capitán Gatch, que estaba casado con una de mis primas? Nunca me ha dicho qué sucedió al final.

Turlock carraspeó levemente, se revolvió en la silla y dijo:

–Luchamos durante años uno contra otro. Y, al final, no ganó nadie.

–Pero yo oí que había muerto… en el mar.

–Murió valientemente, Mrs. Steed. Intentando hacer lo imposible.

–¿Qué quiere decir?

–Intentaba hacer que su goleta navegase a más velocidad de lo que podía.

–¡Qué forma tan extraña de morir! ¿Has oído eso, Paul?

–Su goleta se hundió -exclamó Paul-. Eso es lo que oí hace años.

Reflexionó unos instantes, y añadió:

–Y se llevó consigo toda su tripulación.

–¿Formaba eso parte del duelo? – preguntó Susan.

Turlock carraspeó nerviosamente.

–Era su carácter, señora. Tenía que hacer lo que hizo.

Llegó un esclavo para avisar a Mr. Paul que le necesitaban en la oficina. Paul se excusó y salió, pero Susan y el capitán permanecieron en el soleado pasillo, y él habló con gran cuidado, pues no quería

delatar la intensidad de su afecto, pero al mismo tiempo quería que ella supiese su existencia. Ella dijo:

–Un hombre de Patamoke que navegaba en el *Ariel* me contó que usted y el capitán Gatch se enzarzaron en combate no lejos de aquí, y que él le derrotó con gran derramamiento de sangre.

–Es cierto.

–Pero al final…

–Sobreviví.

–Y él, no. ¿Es porque fue usted más inteligente que él…, más valiente?

–Fue un duelo, señora.

–Quisiera haber estado en aquel barco.

–No permitimos la presencia de mujeres a bordo, señora.

–Me refiero al de él. Cuando le estaba persiguiendo. Y usted le seguía atrayendo como un señuelo.

–¿Qué dice?

Susan rió nerviosamente.

–Capitán Turlock, sé todo lo referente a la primera batalla. Él le derrotó, y usted huyó.

Turlock sonrió.

OceanofPDF.com

–En efecto.

–Pero luego le esperó en Brasil…

No estaba segura de lo que iba a decir luego, pero de pronto brotó de sus labios un torrente de palabras.

–Cuando nos contó todas aquellas cosas sobre el Amazonas…, las aves, las grandes inmensidades…, estaba en realidad tratando de impresionarme, no sobre el Amazonas, sino sobre la batalla.

–¿Por qué iba a hacer eso? – preguntó él inexpresivamente.

–Porque sabe que yo…

Le miró fijamente, pero en aquel momento un movimiento en el césped distrajo su atención y exclamó con tono alegre:

–¡Mire! Paul tiene que ir a la otra orilla.

Y permanecieron juntos, mirando a través del jardín mientras Paul bajaba al muelle. Cuando la balandra hubo desatracado, un esclavo corrió a la casa y habló con el viejo Tiberio, que acudió luego a informar a su ama:

–El amo ha tenido que ir al otro muelle. – Podéis retirar la mesa -dijo en voz baja.

Y cuando la estancia quedó en silencio, meditó largo rato sobre lo que debía decir.

–¿Recuerda dónde nos vimos por primera vez?

–En el porche, ¿no? Con su madre.

–Me refiero a cuando adquirimos conciencia el uno del otro. – No recuerdo muy bien…

–Sí. Sé que sí. Lo recuerda tan vivamente como yo… Titubeó, y fue él quien respondió:

–Fue con las balas de cañón. Usted quería verlas, y yo le levanté… y «partir de ese momento no he dejado nunca de tenerte entre mis brazos. – Me gustaría verlas otra vez -dijo ella, con suavidad.

Y, cogiéndole de la mano, le condujo hasta el desierto salón y, luego, por la escalera, hasta su dormitorio, y, una vez allí, le echó

los brazos al cuello, se puso de puntillas y dijo:

–Tendrás que levantarme.

Turlock cerró los brazos, y, mientras la levantaba en el aire, ella se apretó más fuertemente aún contra él. Luego, le pasó las manos por la despeinada cabeza y murmuró:

–No me sueltes, Matt.

Y, cuando él la bajó, cayeron, entrelazados, hacia la cama.

Desgraciadamente, la esclava Eden no pudo permanecer ignorante de lo que había sucedido en la habitación, pues al caer la tarde, a la hora en que acostumbraba abrir las camas, se los encontró desnudos a los dos. Sin el menor azoramiento, inclinó gravemente la cabeza en dirección a su señora, se volvió y salió.

A lo largo de las semanas siguientes, cuando el capitán Matt acudía a Devon con excusas divertidamente inverosímiles, o Mrs. Steed se dirigía a Patamoke, ostensiblemente para hacer compras y quedarse a pasar la noche en casa de algunos amigos, Eden comprendió lo ardientes que se habían tornado sus relaciones. Y suponía que Mr. Steed sabía lo que estaba haciendo su mujer.

Durante todo el mes de junio, Paul fingió ignorancia, continuando con su modo de vida habitual, pero cuando el capitán Turlock envió insolentemente el *Ariel* a África bajo el mando del primer oficial Goodbarn -a fin de poder él retozar libremente en tierra-, Paul no pudo ya mantener la ficción. Se tornó malhumorado y negligente en las obligaciones de su negocio; despachaba con malos modos a los esclavos que se veían en la precisión de pedirle instrucciones. Rehusaba enfrentarse directamente con el capitán y con Susan; dejó que su amargura se fuese enconando, y esto le hizo cada vez más difícil de trato.

Lo manifestó de una forma que nadie podía haber previsto, y él, menos que nadie. Los Steed habían sido siempre famosos en toda la Orilla Oriental por la benevolencia con que trataban a sus esclavos; en realidad, ello había constituido desde hacía mucho una

doctrina familiar: «Los esclavos de Devon comen bien y van bien abrigados.» No eran castigados con frecuencia, y nunca azotados. Esta tradición era honrada incluso por los remotos Steed del Refugio, pues si alguien maltrataba allí a los esclavos, era llamado a *Venganza de Rosalind* y advertido:

–Los Steed no hacen eso, y, si persistes, tendrás que abandonar el Choptank.

Pero ahora Paul Steed, el dueño de Devon y representante de la familia, dio en pegar a Eden por un imaginario mal comportamiento. Su furor contra ella se acrecentaba cada vez que Susan no estaba en casa; le pedía a Eden una explicación, y, como ella se limitara a bajar la cabeza, fosca y silenciosa, perdía el dominio de sí mismo y la golpeaba en la cabeza hasta que sus violentos sollozos le hacían recobrar el juicio. Pero una mañana en que Susan se hallaba nuevamente ausente de la cama, llamó a Eden y, al persistir ésta en su silencio, se puso tan furioso que, por primera vez, sacó una gruesa correa, con la que la azotó violentamente.

–¡Amo, yo no sé lo que ella hace!

–¡Sí que lo sabes, maldita pécora!

Y continuó golpeándola, suplicando la verdad y, al mismo tiempo, temiendo oírla.

A partir de aquel día practicó el juego de querer saber dónde estaba su mujer y qué hacía, y siguió pegando e interrogando a Eden, temiendo siempre que ella se lo dijera. Eden tenía veinte años, y era de facciones tan delicadas y piel tan clara como cuando abuelo Isham se la ofreció a Susan como regalo de la familia. No había engendrado aún ningún hijo, lo cual resultaba sospechoso, pero había llegado a conocer mejor que ningún otro esclavo las complejidades de la vida de la plantación. Sabía coser primorosamente, ordenar una habitación y cuidar a los niños cuando la esclava encargada de ello estaba ocupada. Se había

convertido en un valioso elemento auxiliar de la gran casa, algo así como un mueble cómodo y útil, y era una humillación que Paul Steed la azotase.

Pero nada podía hacer ella. Era propiedad de Steed, para toda la vida, y si él se sentía disgustado con ella, la sociedad le permitía apalearla hasta el agotamiento.

La dificultad de su situación se veía aumentada por el hecho de que sabía lo que su ama estaba haciendo, y lo aprobaba. Cuando Paul le pegaba, podía encontrar una especie de consuelo interno en el hecho de que su mujer le estaba poniendo los cuernos y de que los otros esclavos lo sabían. Cuando él se enfurecía y la azotaba con especial dureza, podía apretar los dientes y pensar: Sabe por qué hace esto. Y alentaba a su ama en su conducta, y llegó a considerar al capitán Matt un héroe por llevar excitación y amor a *Venganza de Rosalind*,

Finalmente, Susan acabó descubriendo lo que le pasaba a su doncella; un día vio a Eden hacer un gesto de dolor al levantar una maleta llena de vestidos para una estancia de una semana en Patamoke y preguntó:

–¿Qué ocurre, Eden?

Y como la muchacha guardara silencio, Susan le bajó la blusa y vio los verdugones.

–¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Y la vergonzosa historia quedó al descubierto. Susan se puso furiosa con su marido y le increpó al instante:

–¿Qué te ha pasado para pegar así a mi doncella?

Paul no dio ninguna respuesta razonable, pero dijo algo acerca de su insolencia, y ninguno de los dos quiso exponer la verdadera causa, aunque ambos sabían perfectamente cuál era.

Pero Susan era una mujer con arrestos; llevó a Eden a Patamoke y la vendió a un plantador que la trataría decentemente, pero tan pronto como se enteró Paul, se fue derecho al plantador y

le dijo que no tenía ningún derecho a comprar a su esclava, que ésta pertenecía a Devon, y le exigió que la devolviese. Cuando el hombre tartadumeó: «Pero pagué cuatrocientos…», Paul le metió el dinero en la mano, y Eden pasó a ser propiedad suya.

Durante el viaje de regreso a Devon dijo a Eden que nunca había tenido intención de causarle daño, que la apreciaba realmente y que la consideraba uno de sus mejores sirvientes. Prometió no volver a importunarla en relación con Mrs. Steed y su paradero, y tomó otras decisiones, tendentes todas ellas a demostrar que en lo sucesivo sería un amo considerado. Pero apenas llevaba ella unos días en Devon cuando él subió lleno de furia las escaleras que conducían a la amplia habitación, exigiendo de nuevo saber dónde estaba Susan, y como Eden guardara silencio, empezó a azotarla con una correa, y ella resistió sin exhalar un solo grito, hasta que la correa cayó de las manos de Paul y éste sollozó:

–No quiero hacerte daño, Eden. Pero, ¿dónde está mi mujer?

Y cuando ella le miró, sin burla, sin desprecio, sólo con tristeza, Paul trató de desagraviarla, pero Eden hizo un gesto de dolor mientras le corrió por la espalda un reguero de sangre, y él lo vio y la cogió entre sus brazos y murmuró:

–No quería hacerte daño. No quería…

Y cayó con ella en la cama, y le arrancó la ropa y le enjugó la magullada espalda, y la consoló y permaneció con ella allí, día tras día.

Era verano. Volaban velozmente los cardenales entre los árboles, y las garzas azules caminaban sosegadamente de puntillas por los lugares donde tan ruidosamente habíanse congregado los gansos. Los esclavos cogían con satisfactoria frecuencia cangrejos de caparazón blando, y los insectos zumbaban al sol de la tarde. Los mosquitos constituían un grave problema, pero Paul había ideado un saco de lona en el que hombres y mujeres podían introducir los pies, con los zapatos puestos, y ceñírselo luego a la

cintura. Con esta protección, sólo las manos y la cara necesitaban atención personal, y dos esclavos permanecían apostados en los salones donde se reunía gente, agitando abanicos para mantener alejados a los feroces insectos.

Susan disfrutaba con los chistes a cuento de los mosquitos. Mr. Landis, del río Miles, decía haber oído hablar a dos mosquitos que se llevaban a rastras a uno de sus terneros y se disponían a comérselo. El primero dijo: «Llevémoslo hasta el Choptank, y nos lo comeremos a la orilla del agua.» Pero el segundo replicó: «¡No! Allí nos lo quitarían los grandes.»

En julio, el tiempo se tornó brutalmente tórrido. Pasaban días enteros sin que se levantara la menor brisa, y los barcos permanecían inmovilizados en la bahía mientras sus capitanes maldecían por que soplara un poco de viento. Cuando se movían, los barcos dejaban estelas que se mantenían visibles durante varias millas a medida que las olas se alejaban de la proa. Reposaba sobre el río un trémula calina, y pocos pájaros estaban dispuestos a desafiar el intenso calor que reverberaba. A veces, poco antes del ocaso, podía verse al águila blanca patrullando el vitreo río en busca de peces.

Las plantas permanecían inmóviles, y la vida humana parecía hallarse también en suspenso. Tiberio, en su puesto de vigilante ante la puerta, dormitaba en su silla sin desear especular sobre dónde podría estar su ama esta vez; apreciaba a Susan y había conocido la generosidad con que trataba a los esclavos. La había visto mostrarse amable con Eden y dedicar sus atenciones a los niños negros cuando caían enfermos. En cuanto a la propia Eden, siempre la había considerado un ser humano excepcional, mejor dotada que la mayoría de los esclavos para protegerse a sí misma, y si había elegido aquella forma de conducta para escapar a las palizas que estaba recibiendo, él no protestaría por ello. A veces, cuando permanecía durante largos períodos en el gran dormitorio

con el amo, deseaba que se hubiera quedado en los campos, llevando una vida normal de marido e hijos, pero en manera alguna podía reprocharla.

–Las chicas tienen muchas oportunidades -le dijo una vez, al llevarle comida a la amplia habitación y encontrarla sola-. Es mejor aprovecharlas.

Cuando sus caminos se cruzaban, cosa que ahora ocurría con menos frecuencia, la trataba con respeto.

Matt y Susan pasaban el largo verano en una especie de mundo mágico y feliz. La mayor parte de las veces permanecían en la casita que él tenía en Patamoke, y la primera noche que estuvo allí, Susan preguntó:

–El capitán Gatch bombardeó realmente esta casa, ¿verdad? ¿Es cierto que una de las balas de cañón mató a tu mujer?

–¿Quién te ha dicho eso?

–Eden.

–Cayeron cinco. Todavía se puede ver el lugar en que rompieron la pared.

–¿No consideraste necesario conservarlas allí? ¿Para demostrar lo valiente que

fuiste?

–Olvídale, Susan.

Durante los días más calurosos de agosto se entregaron a una pasión que parecía inextinguible; después de sus turbulentas sesiones y de su sueño, Susan se entretenía en pasarle la uña del pulgar por la frente, la nariz y el labio superior.

–Despierta, Matthew. Estás desperdiciando el día.

Una tarde, él se la quedó mirando con soñolienta incredulidad.

–¿Te dijo alguna vez tu madre…? Parece ridículo, pero le propuse que se casara conmigo.

Susan lanzó un chillido de placer y le pegó en el pecho con los puños.

–¡Viejo horrible! ¿Te acostaste con mi madre?

–¡Cielos, no! No puedes imaginar lo correctos que éramos.

–¿Vino ella aquí alguna vez? ¿Así?

–Eres una chiquilla perversa. Quería casarme con tu madre. Era muy guapa, ¿sabes?

Rió entre dientes.

–¿No te ha dicho nadie que yo la cuidé cuando era niña?

Y entonces la idea de estar acostado con la hija de Penny Steed se tornó abrumadoramente maravillosa, y no supo qué más decir.

Susan adivinó lo que estaba pasando por su mente.

–Estabas reservado para mí. Mi madre se encargó de la exploración, como un indio. Dios mío, ojalá estuviéramos sólo empezando…, con toda una vida por delante de nosotros.

Si bien carecían de todo freno cuando hacían el amor, se esforzaban por mantener al menos una apariencia de decencia en la comunidad. Se comportaban con circunspección, nunca hacían alarde en público de sus relaciones y daban a los vecinos la oportunidad de ignorarlas si lo deseaban. De hecho, Susan más parecía una perfecta ama de casa que una amante, y después de cinco o seis días de placer en la casa de Patamoke, regresaba discretamente a Devon, donde reanudaba su papel de sumisa madre.

El espectáculo dado por Paul al comprar de nuevo a Eden era hasta el momento el único incidente que había creado algo parecido a un escándalo público, y había sido rápidamente anulado por el digno comportamiento de Matt. Se trataba de un curioso enredo, y por el momento permanecía dentro de límites controlables. Como predijo una avispada ama de casa de Patamoke: «Terminará el verano, y volverá el *Ariel,* y el capitán Matt se hará a la mar, y ahí acabará todo.»

La carga de las dos aventuras amorosas recaía pesadamente sobre Paul. Nunca había sido hombre de carácter, y ahora se reveló

como extraordinariamente débil. Corrían rumores de que estaba sosteniendo prolongadas relaciones con la doncella negra de su mujer, y eso regocijaba a la gente. Pero la prosperidad de la plantación empezó a declinar, y toda la atención que dedicaba a Devon se limitaba a irrumpir hecho una furia en la oficina, despotricar contra los sirvientes y tomar decisiones estúpidas. Los jóvenes Steed del Refugio, que estaban realizando la mayor parte del trabajo, habían empezado a considerar la posibilidad de que hubiera que sustituirlo. «No sólo está arruinando su plantación. Está empezando a afectar también a la nuestra.»

Su problema más difícil radicaba en Eden. En la cama, ella podía ser extraordinariamente excitante; fuera de la cama, constituía un enigma exasperante, y, a menudo, cuando ella se movía por la habitación, ordenando el armario en que se guardaban los vestidos de Susan, Paul tenía la impresión de que se estaba riendo de él. Una vez que Susan llevaba cinco días ausente, se sintió dominado por una inmensa melancolía y empezó a gritarle a Eden: -Mi mujer es la que debe estar aquí, no tú.

Y levantó la mano para pegarle. Pero esta vez ella le agarró insolentemente por la muñeca y dijo:

–Ya no, amo.

Y se le quedó mirando, y él dejó caer lentamente el brazo a un costado. Se afirmaba a sí misma de otras formas también, exigiendo prerrogativas, pero en sus relaciones físicas con él se mostraba impecable.

–¿Quieres quedarte más tiempo, cariño? Muy bien, nos quedamos, y luego te vuelves a dormir.

Cuando despertaba, ella solía estar sentada en el borde de la cama, con las manos cruzadas sobre el regazo. Observó que nunca osaba ponerse ninguno de los vestidos de Susan, aun cuando él le invitaba a que lo hiciese.

–Ese vestido es de París. Pruébatelo, Eden,

–No, es de la señora.

–Te quedaría bien.

–Duérmete.

Él se pasaba casi toda aquella calurosa temporada durmiendo, pero ocasionalmente se lanzaba ávidamente sobre la lectura: John Locke, Alexander Pope y David Hume. Luego hablaba de grandes planes para una nueva teoría de gestión de la plantación, pero no tardaba en quedarse dormido de nuevo. Admiraba a Pope y trataba de leerle algunos pasajes a Eden, eligiendo aislados versos que compendiaban gran parte de la común moralidad inglesa:

Los necios irrumpen donde los ángeles temen entrar…

Brota eterna la esperanza en el corazón humano…

Un poco de ciencia es una cosa peligrosa…

El adecuado tema de estudio de la Humanidad es el hombre.

Eden escuchaba atentamente, pero Paul ignoraba si captaba lo que el poeta quería decir; era buena oyente, y si Tiberio llegaba a la puerta con una jarra de limonada, le advertía que la dejara rápidamente, sin interrumpir.

Pero una tarde de agosto en que el calor era casi insoportable, Paul estaba leyendo a Pope en voz alta cuando llegó a una cuarteta que inició decididamente y, luego, tartamudeó y terminó lleno de confusión:

El vicio es un monstruo de tan horrible semblante,

que basta para odiarlo sólo el tenerlo delante;

mas si, de mucho verlo, con él nos familiarizamos,

primero lo soportamos, lo compadecemos luego y al final lo aceptamos.

Dejó caer el libro, miró a Eden como si la viera por primera vez y experimentó una visible revulsión.

–¡Largo de aquí! ¡Sal de este cuarto, maldita!

Y cogió la correa, con intención de cruzarle la cara y la espalda, pero ella volvió a rechazarle. Lentamente, con gesto de intenso

desprecio, se retiró hacia la puerta, la abrió en silencio y salió al pasillo, mientras todos los esclavos que trabajaban ea la casa podían oír los enfurecidos gritos del amo:

–¡No vuelvas nunca por aquí, maldita zorra!

La persiguió por el pasillo, hostigándola con la correa, pero evitando deliberadamente alcanzarla con ella. Al llegar a la escalera que utilizaban los blancos Eden empezó a bajar lentamente, y Tiberio gritó, con voz lo bastante alta como para que el amo le oyese:

–No bajes por esas escaleras, descarada.

Y fingió abofetearla, empujándola hacia la parte trasera de la casa.

Aquella noche, ella estaba de nuevo en el dormitorio, sonriendo a las balas de cañón, mientras su amo lloraba y le pedía perdón.

Gamo con tanta frecuencia sucedía en Patamoke, fueron los cuáqueros quienes pusieron un toque de sentido común en los ridículos comportamientos que estaban teniendo lugar a lo largo del río. Una mañana, a finales del verano, Georges Paxmore llamó a la puerta de la casa del capitán Turlock y dijo:

–Matthew, mi esposa y yo queremos hablar contigo.

–Hablad -replicó Turlock, sosteniendo la puerta de modo que su visitante no pudiera atisbar en el interior.

–En nuestra casa. Elizabeth está esperando.

–Creo que no me apetece hablar con Elizabeth. Ella habla y nunca escucha.

–Como amigo, te ruego que vengas conmigo.

Y cogió a Turlock del brazo y le hizo salir.

El trayecto hasta la casa de Paxmore, junto al astillero, resultó bastante embarazoso. Ninguno de los dos hombres deseaba decir nada importante donde no se le pudiera prestar plena atención, por lo que Paxmore se limitó a observar que los barcos que se dirigían a Baltimore parecían mucho más numerosos que antes, y expresó

su opinión de que aquel nuevo puerto había supuesto la anulación de Annapolis.

–Y también de Patamoke. No veremos en el futuro venir por aquí muchos barcos como el tuyo.

–Mientras sea mío, lo veréis.

Cuando pasaron ante el *Ariel*, Paxmore preguntó:

–¿Por qué dejaste que Mr. Goodbarn…?

Pero esto era acercarse demasiado al tema de su visita, y no terminó la frase.

Cuando llegaron a la casa de Paxmore, un pequeño edificio blanco cercano al puerto, George cedió el paso a su acompañante; después de todo, el capitán Turlock era quince años mayor que él,

–Entra, por favor. Nos alegra tenerte como huésped.

Elizabeth Paxmore, toda de gris, tenía aún la misma bella tez de su juventud, no mancillada por afeites ni coloretes; era una atractiva mujer de treinta y nueve años, y Turlock se sorprendió a sí mismo pensando: «Si no estuviese liado con la otra, ésta sería sumamente aceptable.» Le hizo una inclinación de cabeza y tomó la silla que le ofrecía, observando que la casa era austera, pero relajante, con sólo las sillas fabricadas por el dueño y sólo los adornos bordados por la dueña.

George: Queremos pedirte una vez más, Matthew, que abandones tu abominable comercio.

Matt: ¿Qué comercio?

George: La esclavitud. Y es el único comercio a que se dedica tu barco.

Matt: Acabo de decir a Paul Steed que me dé un cargamento de trigo.

George: Sabemos que transportas un poco de trigo y muchos esclavos. Estamos enterados de tus escalas en África y Brasil.

Matt: ¿Qué demonios…?

Elizabeth: Somos vecinos, Matthew. Lo que haces nos afecta también a nosotros.

Matt: No debería afectaros.

Elizabeth: Es inevitable. Eres mi hermano. Mandas mi barco. Traes tus esclavos adonde yo estoy.

Matt: Yo diría que estás metiendo la nariz en mis asuntos.

Elizabeth: Cierto. Si tú no quieres preocuparte por tu alma inmortal, yo debo hacerlo.

Matt: Y supongo que Dios te ordena hacerlo, ¿no?

Elizabeth: Sí, Matthew. Y también te lo ordena a ti, pero tu no escuchas.

Matt: ¿Cómo puedes estar tan condenadamente segura…?

George: Si tus argumentos son débiles, Matthew, el hecho de proferir juramentos no los fortalece.

Matt: Disculpe, señora.

Elizabeth: ¿Quieres un poco de té?

Matt: Gracias.

George: La esclavitud es un mal terrible. Ejerce consecuencias horribles en las personas, origina desajustes en ellas. (Al oír esto, Matt Turlock se miró las manos, pensando en lo que Susan le había dicho sobre el extraño comportamiento de su marido.)

Elizabeth: No podemos hablar contigo lógicamente, Matthew, a menos que reconozcas que la esclavitud es un gran mal. Eso lo comprendes, ¿no?

Matt: Lo que comprendo es que los campos necesitan personas que los trabajen, y los mejores peones inventados jamás para esa tarea son los negros de África. Dios no habría permitido…

Elizabeth: Él actúa misteriosamente. A veces pienso que ha permitido que exista esta generación para prepararnos.

George: Tu comercio te está corrompiendo, Matthew. Tú no eres el hombre para quien construí el *Ariel.* El tiempo ha corroído…

Matt: A todos nos corroe. A ti, tanto como a Mrs. Paxmore.

George: Nosotros nos hemos esforzado por atenernos a los principios de humanidad.

Matt: Tal como tú lo defines. Dime una cosa, ¿crees realmente que viviremos para ver el día en que la esclavitud sea abolida en Maryland?

George: Ya ha sido abolida en alta mar. Tarde o temprano, la patrulla británica te capturará y te ahorcará.

Matt: Jamás. Y nunca verás el fin de la esclavitud.

Elizabeth (revolviéndose en la silla para indicar que estaba cambiando de tema): Cuando George dice que tu profesión corroe, se refiere a tu lamentable comportamiento con los Steed.

Matt: Eso no tiene relación…

Elizabeth: Sí que la tiene. Una vida humana constituye en sí misma una totalidad. Lo que haces en África determina lo que harás en Patamoke.

Matt: Creo que os estáis comportando como unos malditos estúpidos.

George: Vemos a un alma humana destruyéndose a sí misma. Nuestra angustia no es menor que la tuya.

Matt: Yo no siento ninguna angustia, ni en África ni en Patamoke.

George: Sí que la sientes, Matthew, porque noto la agitación, y soy tu hermano. Elizabeth y yo te queremos. Queremos tu fuerza y tu voluntad. Te pedimos, como amigos y compañeros, que abandones este mal. Termina con todo eso. Vuelve al mar. Quema el *Ariel* por su contaminación. Yo te construiré un nuevo barco, uno mejor. Matthew…

Elizabeth: ¿Rezarás con nosotros?

Matt: Rezad cuando yo me haya ido.

Elizabeth: ¿Cuándo te irás?

Matt: Dentro de un minuto.

Elizabeth: Quiero decir de Patamoke.

Matt: Eso es cosa mía.

Elizabeth: En absoluto. ¿Es que no ves lo que les estás haciendo a los Steed?

Matt: Yo no pedí…

Elizabeth: Pero no puedes impulsar conscientemente a dos seres humanos a destruirse. Matthew, estamos hablando de dos almas inmortales.

Matt: Ocúpese usted de su alma, Mrs. Paxmore. Yo me ocuparé de la mía.

Elizabeth: Rezaré para que Dios te envíe su luz. Rezaré.

Matt: ¿Sabe lo que creo, Mrs. Paxmore? Creo que es usted una maldita entrometida. Rece por usted misma, y déjeme en paz.

Salió de la pulcra casa disgustado con sus ocupantes, pero cuando se dirigía a la suya, donde le esperaba Susan, reflexionó en la prolongada relación de su familia con los Paxmore y en los relatos que había oído sobre los cuáqueros, y se le ocurrió que los hombres cuáqueros se hallaban condenados a la compañía de algunas de las entrometidas de lengua más viperina que Dios había puesto jamás sobre la Tierra. A juzgar por los rumores que corrían por la ciudad, tenía entendido que incluso se levantaban en la iglesia y manifestaban sus opiniones, mas, por lo que a él se refería, esas mujeres sólo representaban austeridad, predicación y beatería. Pero era extraño… Generación tras generación, esas apacibles mujeres, con su aire mojigato y su osada inteligencia, parecían formar la clase de esposas duraderas. Sus maridos parecían amarlas a los setenta años tanto como a los diecisiete: ¿Tendrá algo que ver con la forma en que son educadas? ¿Siempre diciendo lo que piensan y participando en las cosas? Comparadas con las mujeres Steed, o las Turlock, aquellas esposas cuáqueras parecían funcionar a plena capacidad hasta que Dios les enviaba la muerte.

Cualquier incipiente compasión que Turlock hubiera podido sentir hacia los cuáqueros se desvaneció aquella tarde cuando tuvo lugar en el puerto una escena deplorable. Mientras él se encontraba fuera de la ciudad, visitando a la viuda de un Turlock que había muerto en el mar, George Paxmore se tropezó casualmente con Mrs. Steed, que salía de una tienda, y se sintió invadido de un espíritu evangélico tan intenso, que la abordó.

–Susan, ¿querrás hacerme el honor de una breve visita?

–No quiero ir a su casa -replicó ella, ásperamente-, visto lo que ha dicho del capitán Turlock.

–No te invitaba a mi casa, sino a mi clíper.

Esto la sorprendió tanto que asintió vagamente, pero al llegar al puerto y ver por el bote de remos que él se dirigía al *Ariel,* se negó a subir.

–Ese barco no es suyo. Es del capitán Turlock.

–Yo lo construí -dijo Paxmore, y la cogió del brazo y la persuadió a que le acompañara.

Durante el corto viaje hasta el *Ariel,* Paxmore guardó silencio, pero cuando el marinero de guardia le preguntó la finalidad de su visita, dijo:

–Vengo a inspeccionar mi clíper.

E hizo a Susan subir la escala.

La dejó estar en cubierta sólo unos momentos, durante los cuales ella admiró la pulcritud del barco; luego la llevó a la escotilla y pidió una escala. Cuando el marinero la trajo, la ajustó de modo que Susan pudiese bajar por ella, y una vez que Susan llegó al entrepuente, la siguió.

Susan tardó unos momentos en acostumbrarse a la oscuridad; luego, cuando sus ojos empezaban a taladrar las tinieblas, oyó a Paxmore decir:

–En este compartimiento a proa del mástil, donde ni siquiera se puede estar de pie, ciento sesenta esclavos.

–¡No!

Había sabido vagamente que Matt se dedicaba al tráfico de esclavos, lo mismo que sabía vagamente que había presenciado grandes batallas durante la Revolución, pero un hecho era tan nebuloso como el otro. Para ella, él era simplemente Matt Turlock, que navegaba por los océanos; la esclavitud en el mar no tenía más realidad que la esclavitud en la isla Devon. En aquel momento no habría podido decir a Paxmore cómo vivían los esclavos de Steed; existían, y no formaban parte de su consciencia.

–Y a popa del palo mayor, ochenta más.

–¡Dios mío!

–Sí, sólo invocando la misericordia de Dios podemos comprender lo que este barco significa.

Y la obligó a tenderse de bruces y atisbar en el interior de la bodega inferior. – A proa, ciento veinte hombres. A popa, otros cien.

Susan empezó a levantarse, pero él la retuvo.

–Mira el espacio en que una mujer embarazada debe intentar estar.

Se disponía ella a responder, cuando oyó arriba una rugiente voz.

–¿Qué diablos estás haciendo ahí abajo?

Con voz sosegada, Paxmore respondió:

–Le estoy enseñando a tu dama cómo te ganas la vida.

Soltando un juramento, Matt Turlock saltó a la bodega, agarró a Paxmore por el cuello y le empujó hacia la escala.

–¡Fuera, maldito sermoneador!

Y, después de haber sacado a cubierta al cuáquero, que no oponía la menor resistencia, corrió tras él y le empujó hacia la pasarela.

–¡No vuelvas a poner los pies en este barco!

–Es mío también, Matthew.

Dijo esto con aire tan santurrón, que Turlock perdió la cabeza y lanzó un violento puntapié hacia él. No le dio, y Paxmore dijo:

–Dios te condena a ti y a tu barco negrero.

Y remó hasta la orilla.

Dos marineros ayudaron a Susan a subir de la bodega, y Turlock esperaba que se sintiera turbada por lo que había visto, pero en lugar de ello se hallaba evidentemente llena de excitación erótica.

–Siempre he deseado visitar el *Ariel* -dijo-. Es una intensa experiencia.

Y dejó que él la llevara a su camarote, y se extasió ante las cartas náuticas, las figurillas de marfil y la cama dotada de sistema de suspensión. Aquello era la esencia de Matt Turlock.

–Paxmore me ha hecho un favor al enseñarme las bodegas.

–Esta mañana dijo que yo te estaba destruyendo.

–¡No! Me estás creando. Matt, hace siete años que me levantaste en alto para que viese las balas de cañón. Desde entonces, no ha pasado día en que no sintiera la presión de tus brazos, porque me sostuviste más tiempo del necesario. Me sostuviste porque me deseabas…, y yo siempre te he deseado.

Aquella primera tarde, en la amplia cama de *Venganza de Rosalind,* él le había preguntado:

–¿Suelto las correas y me quito el puño?

Y ella había protestado:

–¡No! Quiero sentirlo sobre mi cuerpo…, en todas partes.

Desde entonces, siempre que empezaban a hacer el amor, ella besaba el águila de plata como en una especie de saludo; se había convertido en el símbolo de su pasión.

Ahora la besó de nuevo y murmuró:

–¡Pobre Paxmore!, debió de creer que enseñándome los espacios destinados a los esclavos mataría mi amor hacia ti. Te

quiero más aún por tu peligrosa vida. Ahora sé por qué necesitas un puño de plata.

Más tarde, mientras reposaban en la equilibrada cama, se oyó un estruendo en cubierta, y, antes de que ella hubiera podido vestirse, se abrió de golpe la puerta del camarote de Matt y apareció su marido, lleno, finalmente, de un furor que rayaba en la locura. Empuñaba un hacha y vociferaba amenazas de muerte.

Se produjo una violenta refriega, con gritos que podían oírse desde tierra. Susan nunca supo exactamente qué había ocurrido; recordaba sólo haber visto a Matt saltar de la cama y arrebatarle a Paul su arma. Al final, Matt, con sólo una toalla a la cintura, agarró a Paul y lo tiró al agua, y la mayoría de los habitantes de la ciudad estaban en el muelle para cuando logró llegar nadando a tierra. Una mujer que había presenciado la escena desde un bote de remos la resumió así:

–Estaban desnudos los dos.

El escándalo era ya de dominio público.

Cuando los jóvenes Steed que trabajaban en la oficina de Devon tuvieron conocimiento de esta vergonzosa escena -hasta los esclavos gastaban bromas a cuenta de ella- comprendieron que debían actuar. Ordenando a uno de los negros que informase a Paul de su marcha, se dirigieron gravemente al muelle, subieron a bordo de una balandra y zarparon en dirección al Refugio. Al pasar ante Acantilado de la Paz ensayaron lo que debían decir, y para cuando llegaron a la marisma y enfilaron el estero divisorio, estaban preparados.

Con expresión severa, fueron deteniéndose en cada una de las plantaciones del Refugio y avisando a los titulares de que debían acudir inmediatamente a la gran casa de Herbert Steed, y allí expusieron la vergonzosa historia.

–Antes de que os cuente lo que sucedió ayer en Patamoke, supongo que sabéis que Paul está destrozado…, como si le hubiese

alcanzado una bomba.

–Yo no sé nada -replicó Herbert Steed, con tono engolado.

Era un hombre rotundo y pomposo que sorbía aire por la nariz antes de cada frase.

–Le ha dado por pegar a Eden, la doncella de su mujer, con una gruesa correa.

–¡Pegando a una esclava!

–Y después de pegarle, se acuesta con ella.

–No se lo habréis dicho a las mujeres -exclamó Herbert.

–Todo el mundo lo sabe. Debes darte cuenta de que tía Susan está prácticamente viviendo con el capitán Turlock.

El rumor había llegado hasta e) Refugio, y Herbert Steed ya sabía lo que pensaba de eso: «Basura del pantano.»

–Ayer las cosas llegaron a su punto culminante. Después de tolerar prácticamente esas relaciones durante meses, Paul irrumpe en Patamoke, intenta matar a Turlock y acaba de cabeza en el agua del puerto.

Para sorpresa de todos, Herbert soltó la carcajada.

–Paul Steed pensando que podría dar muerte a alguien… Sería incapaz de matar a una mosca. Me sorprende que la doncella… ¿cómo se llama?, permita que le pegue.

–Ya no se lo permite. Uno de los esclavos me dijo que le agarró la muñeca y le dijo: «Ya no», y él no se atrevió a seguir.

Los jóvenes reanudaron la conversación seria.

–Podemos soportar el escándalo. Pero Paul está arruinando las plantaciones de Devon. Y antes de que pase mucho tiempo, sus patéticas decisiones empezarán a afectar también a las tuyas.

–¿Qué quieres decir? – preguntó ásperamente Herbert; siempre que había dinero por medio se sentía interesado.

–Las tiendas, por ejemplo. Nadie las supervisa realmente. Los empleados andan vagando a las nueve. El mes pasado visité las

cuatro…, llenas de moscas, sucias…, no parecían propiedad de un Steed.

Intervino entonces el otro sobrino:

–¿Te das cuenta de que la cuadrilla encargada de despejar los campos no ha quemado un solo acre este año? Nadie les obliga a trabajar.

–¡Basta! – exclamó Herbert.

Y experimentó una notable transformación; cuadró los hombros, centellearon sus ojos y su boca adquirió un gesto decidido. Tenía cincuenta y tres años y creía haberse retirado ya de las responsabilidades cotidianas, pero la posibilidad de que las plantaciones Steed llegaran a derrumbarse le galvanizó. Se levantó vivazmente de la silla y anunció:

–Voy a hacerme cargo de las plantaciones de Devon… ahora.

No admitió discusión alguna por parte de sus primos. Metiendo unas cuantas cosas en una bolsa de lona, se dirigió a la balandra, y se disponía a partir con sus sobrinos cuando le asaltó una idea prudente:

–Timothy, ve a traernos tres buenos rifles.

Y cuando hubieron llegado las armas, zarpó rumbo a Devon.

A última hora de esa tarde, Paul Steed se levantó de la cama, dejó a Eden y bajó caminando al azar hasta la oficina, donde, para su sorpresa, encontró al hombre que llamaban tío Herbert, un tipo pomposo y aparentemente inútil, instalado en su sillón.

–¿Qué haces aquí? – preguntó, con temblorosa autoridad.

–He venido a dirigir las cosas.

–¿Qué cosas?

–Vete con tu zorra, Paul. Y no dejes que el capitán Turlock vuelva a poner los pies en la isla Devon.

–¿Me estás dando órdenes?

–Lárgate de aquí, Paul. Ya no mandas en esto.

Instintivamente, los dos Steed más jóvenes se situaron detrás de su tío, y el trío formaba un muro de oposición tan formidable que Paul no pudo reunir fuerzas para combatirlo.

–No conseguirás… -empezó a gallear.

Pero Herbert Steed se levantó de la mesa, dirigióse serenamente hasta el antiguo dueño y le condujo a la puerta.

–Vuelve con la chica, Paul. Ésa será tu vida en lo sucesivo.

Expulsado de su despacho, caminó a trompicones hacia la *Vengaza,* pasando, sin verlo, a través de un jardín de extraordinaria belleza. Albergaba la vana esperanza de que cuando se reuniese con Eden ella le inspiraría de algún modo para oponerse al despojo de sus prerrogativas; pero, al abrirle Tiberio la puerta, con sus habituales palabras corteses, «Pase, amo Paul», la cerró de una patada y se alejó.

No se dirigió hacia el muelle, donde ya no era bien recibido, sino hacia el Oeste, en dirección a aquellos trigales que siempre habían sido los más productivos; los Steed habían aprendido hacía generaciones que para producir tabaco, un campo necesitaba varios años de descanso de vez en cuando, o bien la alteración de cosechas ricas en nitrógeno, y estos campos habían sido conservados. Mientras vagaba por ellos se sintió orgulloso de haberlos mantenido viables: quizá los mejores campos de Maryland.

Pero al llegar al extremo occidental de la isla, quedó atónito al descubrir que los campos parecían mucho menos extensos que cuando era niño; pero se trataba de algo tan inverosímil, que se preguntó si estaría recordando bien. Llamó a gritos al capataz, pero no apareció nadie, así que continuó hasta la orilla, pateando el suelo e inspeccionando la línea en que las aguas de la bahía tocaban la isla, y, mientras lo hacía, vio a uno de los esclavos pescando. El hombre supuso que el amo había ido a vigilarle y echó a correr para no ser castigado, pero Paul gritó:

–¡Espera!

Y, como el hombre hiciera caso omiso de sus gritos, Paul echó a correr tras él, pero el esclavo era más rápido, y Paul no pudo alcanzarle.

Así, pues, reanudó su solitario vagabundeo y llegó al pinar en que él y sus primos habían acampado de niños, escuchando los sonidos de la bahía mientras aparecían las estrellas: ¡Dios mío! ¡Cuántos árboles faltaban! Y debajo de él, en las aguas de Chesapeake, yacían pinos podridos.

Llamó de nuevo al capataz, y esta vez apareció un viejo esclavo.

–Sí, señó, ¿qué desea, señó?

–Esta orilla. ¿Se está desmoronando?

–Sí, señó. Todo lo año. Cada vé má.

–Y esos árboles. Antes había un bosquecillo, ¿no?

–Sí, señó. Cuando yo era shico había arbole allá.

Y señaló un punto tan lejano de la bahía, que Paul contuvo el aliento.

–¿Y no hacéis nada?

–No, señó. No se pué hasé náa.

Paul despidió al esclavo y continuó su paseo, presenciando la invasión de la bahía, y le pareció que en su breve vida había desaparecido una valiosa parte de la isla: «Tengo que hacer algo. Tengo que hablar con los que cuidan de estos campos.»

Al regresar a la casa encontró gran excitación. El capitán Turlock había bajado por el Choptank en una pequeña embarcación, llevando a casa a Mrs. Steed, pero Herbert Steed le había esperado en el muelle, negándole permiso para desembarcar. Se había producido una refriega; los dos Steed más jóvenes habían defendido a su tío, y Turlock había golpeado a uno de ellos con su puño de plata, arrojándole al agua antes de subir solemnemente por

el sendero hasta la gran casa, adonde llegó en el preciso momento en que Paul regresaba de sus exploraciones por el Oeste.

–Buenas tardes, Paul -saludó Turlock.

Los confusos acontecimientos de los últimos días eran demasiado para Steed -su destitución, el desmoronamiento de la tierra, y ahora su arrogancia-, y exclamó estúpidamente:

–¡Maldito seas! Te voy a apalear.

–¿Qué vas a hacer? – preguntó Turlock.

Steed se abalanzó contra él y agitó impotentemente los brazos. El capitán le rechazó un par de veces, y como eso no bastara para detener el ridículo ataque, hizo girar casi suavemente el brazo izquierdo y, con su puño de plata, empujó, más que derribó, a Paul, que cayó de rodillas. Se disponía a ayudarle a incorporarse, cuando oyó una ominosa orden a su espalda:

–Quédese donde está, Turlock.

Sin dejar de ofrecer su ayuda a Paul, volvió la cabeza y vio a Herbert Steed, de pie en el sendero de grava y flanqueado por dos sobrinos, uno de ellos chorreando agua, y todos armados con rifles.

–¿Qué diablos…?

–Fuera de aquí -dijo sosegadamente Herbert Steed.

–Baje esos rifles -exclamó Turlock, apartando su atención de Paul y dejándole caer hacia atrás-. ¿Qué se figura que está haciendo?

–Sé lo que estoy haciendo, Turlock. Voy a contar hasta cinco, y si entonces continúa usted en ese porche, le volaré las tripas. Preparados para disparar, muchachos.

Y empezó a contar: -Uno, dos, tres…

–¡Steed! – rugió Turlock-. Se está comportando como un…

Sin alterarse, Herbert interrumpió la cuenta.

–¿Cree que algún jurado nos condenaría? ¿Después de eso?

Y, con expresión de invencible repugnancia, señaló con su rifle a Susan.

–Cuatro. Apuntadle a la barriga, muchachos.

Antes de que Herbert pudiera dar la orden de fuego, el capitán Turlock se separó del porche, miró con desprecio al caído marido y echó a andar lentamente por el sendero de grava. Había recorrido sólo unos pasos cuando Susan lanzó un grito y empezó a correr tras él, pero los tres Steed se interpusieron con sus rifles.

–¡Tú te quedas! – ordenó Herbert-. Ha terminado la función.

Y le cortó el paso. Cuando Turlock llegó al muelle, subió a la balandra y la dirigió lentamente hacia la bahía, pero tres días después estaba de vuelta llevando consigo los barriles de sal que Paul Steed había encargado. Herbert se presentó en el muelle con el dinero, pero Turlock le ignoró, dejando que Mr. Goodbarn realizara la negociación.

–Voy a la casa -dijo Turlock.

–Ni hablar -replicó serenamente Herbert Steed.

–Creo que sí -dijo Turlock.

Y tres de sus marineros empuñaron sendos rifles para neutralizar a los hombres del edificio. Mientras ellos montaban guardia, Matt Turlock ascendió gravemente por el sendero, fijándose en las últimas azucenas, que se marchitaban ya en sus tallos pardoverdosos. Llamó cortésmente a la puerta e informó a Tiberio que deseaba presentar sus respetos a Mrs. Steed.

Hasta ese momento Susan no había tenido conocimiento de su llegada, pero al resonar su voz en el vestíbulo, se apresuró a salir de su habitación, bajó corriendo las escaleras y se precipitó en sus brazos. Su marido la siguió.

Después de abrazar a Susan, Turlock la apartó a un lado.

–Me voy a África. Pasarán años antes de que vuelva.

–¡Oh, no! – exclamó ella, volviendo a abrazarle.

–Debo hacerlo. Todos hemos llegado ya al fin del camino.

–¡No, Matt!

Le cogió los brazos, rogándole que no se fuera, pero él estaba decidido. Volviéndose hacia Paul, dijo:

–Lo siento. Espero que en lo futuro las cosas nos vayan mejor a todos.

Paul no respondió, pero Susan se negó a aceptar esto como final del verano, d final de todo aquello en lo que tan desesperadamente había soñado.

–No puedes irte, Matt -suplicó.

Entonces se le ocurrió una seductora idea.

–Iré contigo. ¡Eden! ¡Haz las maletas!

Y se separó de los dos hombres y echó a correr escaleras arriba, llamando a su doncella.

–Debo detenerla -dijo Matt, y subió tras ella, alcanzándola en el dormitorio, cuando empezaba a bajar cajas y sacar sus vestidos. Eden, de pie en un rincón, contemplaba el alboroto, esbelta, silenciosa y seria.

–¡Susan! – exclamó ásperamente Matt-. Se ha terminado. Es absolutamente imposible que vayas en mi barco.

–Pero yo…

–Inimaginable.

La apartó de su frenética recogida de ropas y la sostuvo por los hombros, Haciendo caso omiso de Eden, dijo con ternura:

–Susan, tú has sido la cosa más preciosa de mi vida.

–Debo quedarme contigo -murmuró ella-. No hay nada en la vida, Matt. Nada. Estos tres últimos días… -se estremeció.

–Empezaremos de nuevo, todos nosotros.

–No puede haber ningún comienzo más.

–Podrías ayudar a Paul a recuperar el control de…

–¿A él?

El manifiesto desprecio era más revelador que el fin del verano, pero Matt se mostró inflexible. Empezó a dirigirse hacia la puerta, pero ella lanzó un grito tan lastimoso, que tuvo que detenerse.

Luego, Susan se echó hacia él, sollozando:

–Matt, levántame como hiciste aquel primer día.

Cogiéndole de la mano, le llevó hacia la cama y esperó a que le rodeara con sus brazos, como había hecho hacía tanto tiempo.

Lentamente, él la levantó en el aire hasta que sus hombros quedaron a la altura de las incrustadas balas de cañón.

–Sosténme mucho tiempo, como hiciste entonces -rogó ella.

Pero él empezó a bajarla. Frenéticamente, Susan se aferró a él, no consiguió detenerle y se encontró resbalando hacia abajo. Sus pies tocaban de nuevo el suelo; su vida había terminado. No formuló ninguna protesta cuando él se marchó, pero oyó cómo le decía a Eden:

–Cuídala. Es digna de amor.

Matt Turlock descendió pesadamente las escaleras, le hizo una inclinación a Paul Steed y regresó a su balandra.

–Al *Ariel* -dijo a Mr. Goodbarn-. Zarpamos por la mañana.

Los marineros soltaron sus rifles, mientras Matt saludaba a los tres Steed que miraban desde la puerta de la oficina.

El día siguiente, al amanecer, el *Ariel* salió de Patamoke rumbo a Londres-Luanda-Belem. Había reunido encargos que le mantendrían en la mar durante cuatro años, y, mientras navegaba lentamente por el río, el capitán Turlock miraba, por lo que sospechaba podría ser la última vez, los detalles del familiar escenario, los faros que habían guiado su vida. A un lado quedaban los astilleros de Paxmore, donde había sido creado su clíper; era una pena que hubiese terminado su asociación con aquellos honrados constructores cuáqueros; nadie cuidaba los barcos tanto como ellos.

Allí estaba el pantano de la familia; el primo Lafe estaría rastreando ciervos tras las altas hierbas; las garzas estarían pescando en las poco profundas aguas. Y en su eminencia se alzaba el Acantilado de la Paz, aquel noble y sereno refugio, tan diferente

de la llamativa ostentación de Devon. Se acordaba de cuando la madre de George Paxmore le había invitado a aquella casa telescópica y le había dado un libro para que lo llevara en sus viajes durante la guerra. «No necesitas ir a la escuela para aprender. Un barco también puede ser una escuela. Pero si no aprendes, mueres joven.»

Había decidido no volver la vista hacia *Venganza de Rosalind* con el fin de que no turbara sus sueños; pero cuando las isla Devon quedó a babor, sus ojos fueron atraídos hacia aquella majestuosa casa, y vio lo que había temido ver. En la atalaya de la viuda, agitado por la brisa su vestido azul, se hallaba Susan, imperceptible su rostro a aquella distancia, pero inequívoca su bella figura. Mientras el *Ariel* se mantuvo en contacto con la isla, el capitán Turlock miró fijamente aquella solitaria figura. Nunca conocería otra como ella; ella había sido la cúspide de su deseo, una mujer de pasión y amor excepcionales. Sin darse cuenta, miró un instante en dirección hacia su camarote: ¡Dios, cómo deseo que estuviese ahí!

Meneando la cabeza ante la imposibilidad, volvió a mirar hacia Devon…, ¡y ella había desaparecido! Decepcionado, se encogió de hombros. No hubiera creído que bajaría antes de que nos perdiésemos de vista.

No lo había hecho. Sabiendo que el *Ariel* saldría de Patamoke al amanecer, había dormido aguadamente, con el pie izquierdo fuera de la ligera colcha, siempre dispuesta a huir de aquella terrible cama. Al amanecer se había levantado y había pedido a Eden que le llevara el vestido azul que el capitán Turlock había elogiado en su primera entrevista seria. Eden, pasando fácilmente de doncella a amante y, de nuevo, a doncella, sacó el frágil vestido y ayudó a Susan a ponérselo; luego la peinó y le adornó el pelo con cintas azules, consciente de que Mrs. Steed se estaba preparando para un rito de despedida.

Le fue imposible a Susan desayunar, y, cuando hubo clareado el día, subió al tejado y permaneció allí, bajo el ardiente sol de setiembre, mirando hacia el Este, aguas arriba del Choptank, en dirección a Patamoke. Sujeto con una correa a la silla de mimbre, para que no se cayese, estaba su pequeño telescopio, en su estuche impermeable. Lo sacó y observó el río; el *Ariel* no era más grande que un punto en un papel cuando lo identificó por primera vez. Luego fue aumentando, con velas auténticas y amuradas visibles. Ahora podía ya dejar a un lado el telescopio y contemplar el hermoso clíper, con cinco velas desplegadas, enfilar hacia la isla. No podía distinguir a simple vista las figuras que se movían en él, pero con su telescopio vio al capitán Turlock, en cuya mano izquierda refulgía de vez en cuando el sol. Era un hombre impresionante, con sus revueltos cabellos rojos, su barba, su macizo puño; durante su última y desapasionada estancia en su casa de Patamoke, él le había dicho que estaba empezando a sentirse viejo: «De joven podría haber estado retozando contigo cuatro días seguidos, sin ninguna interrupción para comer.»

Cuando pasaba por el canal, recordó las palabras de aliento que él siempre le había dicho: «Eres como un manantial inagotable al borde de un desierto.»

Y allí iba. El *Ariel* estaba saliendo ya del canal y entrando en la bahía, pero aún podían verse algunas formas en movimiento.

–¡Oh Dios! ¡No te lo lleves! – exclamó en voz alta.

–¡Se va! – dijo una voz a su espalda, y se volvió para enfrentarse a su marido.

Con violento ademán, Paul Steed dio un manotazo al telescopio y se quedó mirando cómo rebotaba ruidosamente por el inclinado tejado, hasta estrellarse en el suelo.

–¡Puta! – exclamó-. Llorando desconsolada por semejante hombre…

Señaló con la mano en dirección al negrero que se alejaba y dijo, con desprecio:

–¡Un gran héroe! Un hombre que trafica con carne humana.

Humillada por su burla y afrentada por la destrucción de su telescopio, se abalanzó contra él, sin saber exactamente qué esperaba conseguir; quería vagamente hacerle daño, borrar aquel burlón desprecio. Paul la vio ponerse en movimiento, y, si bien había tenido miedo de enfrentarse a Matt Turlock o a tío Herbert, estaba dispuesto de buen grado a luchar con Susan. Con un fuerte golpe de sus dos manos juntas, la derribó hacia la baranda, donde ella basculó un instante, perdió el equilibrio y empezó a caer del tejado.

Afortunadamente, el pie derecho se le quedó trabado entre las estacas, y esto la salvó. Pero cuando Paul la vio allí colgando del pie y cabeza abajo, perdió el poco juicio que tenía y forcejeó para soltar el pie. Sosteniéndolo, gritó:

–¡Vete con el capitán Turlock!

Y, de un empujón, la hizo rodar por el inclinado tejado, viendo cómo desaparecía por el borde. Los gritos de Susan comenzaron cuando desapareció de la vista y terminaron en un penetrante aullido cuando chocó contra el suelo.

Paul, sin plena conciencia de lo que había hecho, la oyó caer y, luego, con un súbito grito, saltó tras ella. No salvó la cerca. Un pie chocó contra ella; tropezó, cayó violentamente contra las pizarras del oblicuo tejado, rodó un trecho y, luego, cayó por el borde hasta el suelo.

No es fácil matar a un ser humano. Un pretendido asesino apuñala seis veces a su víctima y no logra acertar en ningún órgano vital. Una mujer enloquecida, sedienta de sangre, dispara tres veces a bocajarro contra un hombre y le hiere en distintos puntos, pero sin graves daños. Los dos Steed, en su caída desde la atalaya de la

viuda, habían chocado con el canalón que bordeaba el tejado e ido a parar pesadamente sobre unos macizos de flores.

Herbert Steed, al oír la conmoción poco después de haberse puesto a trabajar, salió del despacho y preguntó a sus sobrinos:

–¿Qué están haciendo ahora esos malditos estúpidos?

En ese momento, llegó Tiberio corriendo desde el porche y gritando:

–Señor, señor, se han suicidado.

Esto hizo acudir a toda prisa a los esclavos, y para cuando tío Herbert y sus sobrinos llegaron al lugar, Eden acunaba a Mrs. Steed en sus brazos, diciendo suavemente:

–No vas a morir. No querías morir todavía.

Cuando se aclaró la situación y quedó de manifiesto que ni Paul ni Susan se hallaban mortalmente heridos, surgió el problema de qué hacer con ellos. Herbert Steed resumió la cuestión diciendo:

–Ese maldito imbécil nunca hizo nada bien. Ahora nos deja a nosotros la tarea de hacer que vuelvan a andar.

Y ordenó que fueran llevados hasta el amplio dormitorio, donde una esclava quedó atendiéndolos hasta que pudiera llamarse a un médico. Cuando éste llegó en una embarcación procedente de Patamoke, se encontró con que la esclava había reducido las dislocaciones y lavado las heridas con agua caliente y jabón.

–No puedo yo hacer mucho más -dijo.

Pero informó a tío Herbert que no necesitaba preocuparse por Paul.

–Se le curará la cadera. La pierna le quedará un poco más corta que la otra, pero nada más. La que necesita cuidados es Mrs. Steed. Parece que tiene una grave lesión en la columna.

Sus pronósticos resultaron correctos. Paul curó, pero con acortamiento de una pierna y una torticolis permanente, que le hacía mirar la vida de soslayo. Sin embargo, Susan quedó inválida; varios huesos críticos de la espalda se hallaban permanentemente

afectados, y, aunque podía dar unos cuantos pasos por su habitación, era totalmente incapaz de un movimiento prolongado.

Para sorpresa de su familia, tío Herbert había desarrollado una voluntaria disposición a tomar decisiones sobre cualquier cosa.

–Esos dos no pueden educar a sus hijos. Mandaré a los dos mayores a esa escuela que Mrs. Paxmore tiene en Acantilado de la Paz.

Cuando Susan protestó, dijo ásperamente:

–Los cuáqueros son gente despreciable, pero saben enseñar. Tu Mark parece tener inteligencia, y ella se la cultivará.

Susan no pedía nada, pero necesitaba constante atención, y Eden se la daba; de hecho, cuidaba también a Paul, y a medida que la pareja se tornaba más excéntrica, ella iba haciéndose más comprensiva. Seguía sin tener marido ni hijos; adoptó a los lisiados Steed como si fueran su familia, y trataba a ambos con igual compasión. Paul se volvió sumamente desagradable, formulando exigencias absurdas, pero ella no le hacía caso, y, cuando le importunaba en exceso, prescindía de él y se iba a atender a sus quehaceres.

Su afecto se centró en Susan, a la que vestía con cuidado y atendía con el indulgente amor que una madre derrocha sobre un hijo enfermizo. Fue ella quien insistió en que Susan volviese al tejado.

–Aunque no le agrade como antes, debería hacerlo. Podemos llevarla.

–No quiero que mi mujer esté en ese tejado…, nunca más - exclamó Paul.

Pero Eden replicó:

–¡Calla!

Llamó a dos esclavos para que subieran a la inválida hasta la atalaya de la viuda, y allí permanecía durante tres estaciones del año, y aun en invierno, cuando el tiempo era benigno, se sentaba en

la silla de mimbre y, con un nuevo telescopio que les había comprado tío Herbert, contemplaba el paso de los barcos de un lado a otro de la bahía.

Y algunos días, cuando retornaban sus fuerzas, se incorporaba, agarraba las estacas y observaba atentamente a los barcos. Se adueñaba entonces de ella -al igual que tanto tiempo atrás- el fálico simbolismo de los mástiles, y escrutaba la parte meridional de la bahía y gritaba:

–¡ Devolvédmelo!

Un día de octubre de 1825 se encontraba así, fijos los ojos en el Sur, cuando oyó un lejano susurro en lo alto, y, sin cambiar la dirección de su mirada, murmuró:

–Ya vuelven. Los gansos están de nuevo aquí.

Y allí se hallaba, mirando hacia el vacío Sur, cuando la primera bandada pasó volando sobre su cabeza, anunciando con sus ruidosos y alegres graznidos el hecho de que estaban de nuevo en casa.

NOVENO VIAJE: 1832

Para el final de la tercera década del siglo XIX, las naciones negras que bordeaban el golfo de Guinea, en el África Occidental, formaban un grupo altamente sofisticado. Los ibos, benin, yorubas y fantis habían llegado a comprender la tragedia de la esclavitud y eran capaces de adoptar imaginativas medidas para proteger de ella a sus pueblos. Habían pasado ya los viejos tiempos en que bandas despiadadas podían caer sobre un confiado poblado para llevarse a algunos de sus mejores hombres y mujeres.

Pero como ese comercio seguía produciendo elevados beneficios, continuó habiendo audaces traficantes de esclavos dispuestos a correr el riesgo de ser capturados por las patrullas británicas, y esos predadores se veían ahora obligados a atrapar a sus negros en remotos poblados situados muy al sur del Congo, donde los jefes nativos eran a menudo ignorantes y susceptibles de

soborno. Allí, sociedades de crueles hombres de negocios merodeaban por las junglas, remontando corrientes hasta las fuentes de ríos poco conocidos en busca de su presa.

Un experto traficante llamado Abu Hassan seguía una complicada ruta para capturar a sus esclavos. Entraba en el río Congo por su desembocadura en el Atlántico, muy al sur del golfo de Guinea. Sin detenerse en las tierras limítrofes, pues se hallaban ocupadas por los pueblos kongos, tan sofisticados como los ibos o yorubas al Norte, avanzaba seiscientos kilómetros aguas arriba del Congo hasta el lugar en que afluía a él un enorme río procedente del Sur, el Kasai, pero tampoco allí tomaba esclavos, pues esas tierras estaban ocupadas por los inteligentes kubas. Pero después de remontar, a fuerza de remos, el Kasai durante 550 kilómetros, llegaba a un gigantesco río llamado Sankuru, aunque tampoco allí intentaba capturar esclavos, pues este río se hallaba protegido por la nación luba. Ahora bien, tras recorrer ochocientos kilómetros aguas arriba del Sankuru, encontraba su objetivo, el río Xanga, de anchura y longitud enormes, pero tan remoto que ningún capitán de barco negrero había oído hablar jamás de él. A lo largo de la parte alta del Xanga se apiñaban numerosas aldeas, cuyos habitantes desconocían la existencia de los mercados de esclavos.

Fue a estas aldeas adonde Abu Hassan llegó en la primavera de 1832. Era un hombre alto, triste, fatigado por cuarenta y siete años de difícil y peligroso comercio africano. Vestía ropas árabes, cubiertas por una chilaba de reluciente blancura, y se comportaba siempre con extraordinaria elegancia, lavándose las manos después de cualquier trance desagradable. Hablaba muchos idiomas -árabe, francés, inglés y, especialmente, portugués y los diversos dialectos del Congo- y era capaz de concluir acuerdos comerciales tanto con un cabecilla del Xanga, como con un negrero de Boston. Había nacido al otro lado de África, en un asentamiento árabe existente al norte de Mozambique, y había trabajado al principio transportando

esclavos al Océano índico para su posterior traslado a Arabia, donde la demanda era constante; pero al irse tornando más difícil la captura de negros, había empezado a internarse cada vez más en el corazón del continente, hasta el día en que descubrió que sería más sencillo y cómodo conducir a sus esclavos hacia el Oeste, hacia el puerto portugués de Luanda, donde se apiñaban barcos que luego zarparían para Cuba, Brasil y los Estados Unidos.

En 1832, mientras remontaba lentamente el curso de los ríos a bordo de canoas cargadas con una amalgama de chucherías destinadas a ser utilizadas como moneda de compra, no sabía que se dirigía a una confrontación con un inteligente joven xanga llamado Cudjo que vivía en un poblado próximo al lugar en que ese río desembocaba en el Sankuru. Cudjo se encontraba en dificultades.

Su propio pueblo llevaba ya algún tiempo sospechando de él. Sus movimientos habían sido observados por espías que informaban luego de cualquier cosa desacostumbrada al jefe de la aldea, y en los consejos tribales había sido desdeñado su voto. Más alarmante aún, la familia de la muchacha Luta, a la que había elegido para que fuese su esposa, rehusó súbitamente concederle permiso para comprarla.

Estaba siendo empujado a la conclusión de que tal vez tuviera que abandonar aquella tribu que había hecho todo menos proscribirle públicamente, pues había visto con frecuencia lo que les pasaba a los hombres declarados proscritos y estaba resuelto a escapar a las penalidades que ellos habían sufrido.

Pese a su peligrosa posición, no sentía el menor deseo de abandonar aquel hermoso río a lo largo de cuyas orillas sus antepasados habían sido tan felices. Sabía vagamente que el río Xanga desembocaba en otros ríos mayores, y éstos, a su vez, en otros mayores aún; vivir en su poblado era ver el sosegado tráfico

de un continente y estar en contacto con multitud de tribus situadas al Norte y al Sur.

Y, además del río, estaban las asociaciones del poblado. Desde tiempo inmemorial, sus antepasados habían sido figuras destacadas, fuertes en la guerra y volubles en la paz. Habían gobernado su porción del río, dispensando justicia a su pueblo y asegurando comida y provisiones adecuadas. En el orden normal de las cosas, él ocuparía su puesto y pasaría a ejercer las tareas de gobierno.

Las complicaciones que habían surgido misteriosamente para amenazarle no provenían de su propio poblado, sino de otra procedencia distinta. En los viejos tiempos los mercaderes árabes remontaban el Xanga con talante pausado, deteniéndose quizá durante unos veinte días para intercambiar mercancías y chismorreos, pero recientemente había aparecido un nuevo tipo de mercader, el hombre llamado Abu Hassan, por ejemplo. Llegaba con canoas, hablaba en secreto con el jefe, despachaba en un santiamén sus trueques y se esfumaba. Además, introducía artículos desconocidos: rifles, brebajes y ropas de diferente hechura. Era arrogante y daba órdenes, y los porteadores que reclutaba para ayudarle a transportar sus mercancías no regresaban a sus aldeas.

Cudjo había cobrado rápidamente una gran aversión hacia Abu Hassan; los antiguos mercaderes aceptaban cualquier cosa que los nativos ofreciesen a cambio, pero esta nueva casta comunicaba en estridentes términos lo que necesitaba, y los negros se sentían obligados a proporcionarlo. Cudjo trató de persuadir a los suyos para que se opusieran a semejante dominación, pero sólo tenía veinticuatro años, y no le escuchaban. A veces se preguntaba por qué se mostraban tan insistentes en defender a Hassan cuando su efecto general era tan negativo, y se mantenía en su oposición.

Acabó convirtiéndose en un estorbo, un agitador que no sería tolerado por mucho tiempo, y hacía unos meses, cuando Abu

Hassan llegó al Sankuru con sus canoas, Cudjo había estado preparado para oponerse a él cuando comenzaran los intercambios, pero, para su sorpresa, el árabe no se detuvo. Continuó remontando la corriente hasta las fuentes del Xanga, deteniéndose tan sólo el tiempo suficiente para conferenciar rápidamente con los tres jefes y ofrecerles regalos.

–Comerciará con nosotros al regreso -explicaron los jefes, y el convoy continuó su camino.

–No deberíamos comerciar con él -protestó Cudjo, y los ancianos cruzaron miradas de inteligencia entre sí.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que existía una especie de conspiración contra él. Los jefes tribales empezaron a reunirse subrepticiamente, negándose a admitirle en sus discusiones, y se sintió particularmente inquieto cuando se le concedió preferencia a Akko, un joven no mayor que él mismo.

Este Akko era un hábil manipulador, más dado a astutos trucos que al trabajo duro, y Cudjo comprendió que la tribu se vería en dificultades si seguía los consejos de aquel hombre. Pero Akko sabía manejar las cosas en beneficio propio, y quedó claro en todo el pueblo que los ancianos habían decidido elevarle a un puesto de mando que hubiera debido corresponder a Cudjo.

Así, pues, cuando llegó la noticia de que Abu Hassan bajaba por el Xanga con sus hombres, Cudjo comprendió que había sido tomada la decisión: Akko quedó encargado de reunir los artículos del poblado destinados al comercio, un puesto de confianza, mientras que Cudjo se veía excluido de cualquier tarea importante. Tuvo que permanecer en amarga ociosidad, mientras Akko recogía el marfil, las plumas, el cuero parcialmente curado y los polvos de cuerno de rinoceronte, tan valioso en el comercio con el Este: facultaba a los viejos para casarse con muchachas jóvenes.

En su ociosidad, Cudjo decidió una curiosa estratagema. Llevaría a cabo su propio viaje de exploración hasta las fuentes del

Xanga para averiguar qué clase de artículos pedía esta vez Abu, y regresaría para alertar a los suyos sobre la clase de objetos que eran de especial valor, a fin de que pudiesen disponer de importantes cantidades de ellos cuando llegasen los árabes. Eso demostraría su voluntad de ser útil, aunque Akko hubiese sido elevado a una posición por encima de él.

Era un hombre vigoroso, capaz de remontar a remo la corriente del Xanga, o de recorrer a pie largos trayectos después de haber atracado su canoa. Tenía piernas fuertes, cuello muy grueso y hombros más poderosos que la mayoría. Si la pugna entre él y Akko hubiese llegado al terreno de la lucha personal, habría vencido fácilmente.

Así, pues, no tuvo dificultades en remontar el río, y al sexto día escondió su canoa y caminó a través de la espesa selva, atisbando por entre la vegetación para ver lo que sucedía en la aldea en que los árabes realizaban sus transacciones. Allí estaban las chozas, los montones de marfil y las rayadas tiendas desde las que los mercaderes llevaban a cabo su tráfico y en las que dormían durante la noche.

Lo primero que advirtió fue el número insólitamente grande de árabes que formaban la expedición. En los viejos tiempos, cuando algún errabundo mercader llegaba al poblado, llevaba como máximo un ayudante, dependiendo de los porteadores negros para transportar los colmillos de elefante. El propio Abu Hassan había llevado solamente dos ayudantes blancos en sus dos viajes anteriores; esta vez tenía nueve. Cudjo escudriñó en torno para ver el enorme montón de mercancías que justificasen semejante caravana, pero no pudo encontrar nada.

La segunda cosa inexplicable era la gran hoguera que ardía junto a una de las tiendas, delante de la cual se hallaban sentados dos hombres blancos con la cara embadurnada como si jugaran a ser negros. No pudo entender tan extraño comportamiento.

Debido a su incertidumbre sobre lo que estaba sucediendo, durmió aquella noche en el bosque, y al despertar, antes del amanecer, vio con sorpresa que habían dejado apagarse la hoguera. Mientras miraba, los árabes salieron de las rayadas tiendas para encenderla de nuevo. Aquello resultaba realmente desconcertante; en su aldea las hogueras eran mantenidas durante la noche para ahuyentar a los animales, y se las dejaba apagadas al amanecer.

Cuando salió el sol, tuvieron lugar dos acontecimientos en rápida sucesión, y el pacífico mundo que él había conocido saltó hecho pedazos. Desde el Sur, donde se hallaban situadas las aldeas más pobres que apenas tenían bienes con los que comerciar, llegó una lastimera fila de veintidós negros, sujetos unos a otros con cadenas y aros de hierro en torno al cuello. Avanzaban en silencio, custodiados por tres nuevos árabes que llevaban largos fusiles y látigos.

Al acercarse la fila al poblado, se oyó una señal, y los jefes negros, ayudados por sus compinches, bloquearon las rutas de huida y señalaron a varios corpulentos jóvenes de ambos sexos para que fuesen esposados. Mientras Cudjo contemplaba horrorizado la escena, los jefes negros entregaron estos jóvenes a los árabes, que los llevaron a la tienda en que *había* estado ardiendo la hoguera. Allí, dos árabes, ayudados por varios negros, colocaron argollas de hierro en torno a los cuellos de los cautivos y las unieron unas a otras por medio de cadenas, cuyos eslabones fueron cerrados luego a martillazos.

Un joven negro, aparentemente tan fuerte como Cudjo, observó que cuando los ancianos le señalaban las consecuencias eran perniciosas, así que se zafó, y habría huido a la selva si el propio Abu Hassan no hubiera levantado su rifle y, tras apuntar cuidadosamente, le hubiera matado de un certero disparo. Una joven empezó a gritar, y mientras se limitó a eso, los árabes la ignoraron, pero cuando trató de correr hasta donde yacía el cuerpo

de su compañero muerto, Abu Hassan describió un violento círculo con la culata de su rifle y la hizo caer inconsciente. Mientras permanecía tendida en el polvo, le fueron colocadas una argolla con su cadena.

Diecinueve de los mejores jóvenes del pueblo fueron así reunidos y encadenados. Los jefes negros ofrecieron vender otros seis, pero no eran tan fuertes, y los árabes los rechazaron. Uno de ellos una mujer embarazada trató de quedarse con su encadenado marido y cuando acabó mostrándose demasiado importuna Abu Hassan la mató de un tiro.

La cadena que sujetaba a los diecinueve prisioneros fue luego soldada a la de los veintidós que eran llevados hacia el Norte desde las empobrecidas aldeas y una procesión de cuarenta y un futuros esclavos inició su larga marcha en dirección Oeste hacia Luanda, el puerto portugués del Océano Atlántico en que los cargamentos de esclavos serían congregados en los barracones hasta que se hubiera reunido un número suficiente como para llenar un barco destinado a Cuba.

Cudjo, viendo cómo los árabes que custodiaban a los encadenados esclavos los azotaban para hacerles caminar, temblaba de rabia. Los mejores jóvenes del río estaban siendo apresados y quienes les habían designado para ese destino eran sus propios jefes, que recogían ahora el premio a su traición en forma de una vulgar colección de cuentas, telas y hachas de hierro. Abu Hassan había llevado a sus ayudantes, no para comerciar, sino para forjar argollas de hierro y transportar a los barracones largas filas de esclavos. Cuando la procesión hubo desaparecido, Abu Hassan y sus ayudantes cargaron sus canoas y se dispusieron a caer sobre la aldea de Cudjo.

Para anticiparse a ellos, partió rápidamente y, a toda velocidad, cruzó la jungla a pie, esperando llegar hasta su canoa antes de que los árabes rebasaran ese punto, pues, si no, no podría adelantárseles

y dar la alarma en su aldea. Por lo tanto, corrió hasta casi estallarle los pulmones.

Llegó a tiempo al río, botó la canoa y empezó a remar vigorosamente. Nunca había percibido con tal claridad la belleza del Xanga, sus combados árboles y sus veloces pájaros. Era un río digno de ser amado, y todos los que vivían a lo largo de sus orillas se encontraban ahora en peligro.

Continuó remando sin descanso hasta doblar por fin el recodo que protegía a su aldea. Varios niños le vieron aproximarse, remando como si le persiguiera algún enemigo, y gritaron que Cudjo estaba ya de vuelta. Esto produjo un resultado inesperado: los ancianos del consejo acudieron presurosos a la orilla, recelando del mensaje que pudiera traer. Y cuando su canoa se acercó al desembarcadero, fueron ellos quienes se adelantaron para rodearle.

–¡Abu Hassan! – gritó.

Pero antes de que pudiera seguir hablando, advirtió la presencia de un hombre, Akko debía de ser, que se deslizaba tras él. Al volverse para hacer frente a su adversario, el hombre le golpeó en la cabeza con un pesado garrote, y perdió el conocimiento.

Al despertar se encontró amordazado y sujeto por una pesada argolla de hierro, de la que una cadena llevaba hasta un árbol. Estaba custodiado por un árabe armado con un fusil, y no había ninguna forma en que pudiera comunicarse con sus paisanos; si intentaba gritar, la mordaza le ahogaba la voz; si intentaba escapar, la argolla de hierro le estrangulaba. Pero tenía que advertir de alguna manera a los jóvenes del peligro que se cernía sobre ellos.

Antes de poder idear alguna táctica, hubo de contemplar horrorizado cómo los jefes del poblado reunían a la gente, mientras los árabes, incluido el que había estado vigilándole, tomaban posiciones, con las armas listas para disparar. Trató de gritarles una advertencia, pero no pudo emitir ningún sonido. Volvió su atención a la cadena que rodeaba el árbol, pero ni siquiera él podía romperla.

Impotente, vio cómo los ancianos empezaban a designar los jóvenes que estaban dispuestos a vender: este muchacho fornido, aquella prometedora muchacha, el joven que había robado la vaca, cualquiera de quien la aldea quisiera desembarazarse. Luego contuvo el aliento. Los ancianos señalaban a Luta, la muchacha que él había intentado comprar como esposa. Ella gritó, pero Abu Hassan la redujo al silencio con un garrotazo.

En ese momento, Cudjo logró quitarse la mordaza de la boca, y con potente voz gritó:

–¡Luchad contra ellos! ¡No aceptéis las cadenas!

Al oír la peligrosa alarma, Abu Hassan ordenó a uno de sus hombres que silenciara al negro, pero cuando se acercaba el árabe, Cudjo hizo un esfuerzo sobrehumano y rompió la cadena que le sujetaba al árbol. Haciendo girar sobre su cabeza el extremo de la cadena, se abalanzó contra el hombre y lo derribó. Luego corrió hacia los prisioneros, intentando inducirles a rebelarse, pero antes de que pudiera dar más de unos cuantos pasos, Abu Hassan levantó su rifle para abatirle. No fue necesario, ya que, por segunda vez, Akko asestó un garrotazo a Cudjo, que cayó de rodillas, y su colgante cadena fue rápidamente soldada a la de un hombre al que conocía desde la infancia. Harían juntos el largo camino hasta el mar.

Componían el convoy veintitrés hombres y mujeres, pero los herreros habían preparado veintisiete argollas, y sería un derroche no utilizarlas. Así, pues, cuando la columna estaba ya formada y se disponía a emprender la marcha hacia el Oeste, Abu Hassan apartó a un lado a los ancianos a quienes había pagado por su ayuda y señaló a tres jóvenes bien parecidos y a una mujer de aspecto saludable.

–Añadidlos a la cadena -ordenó.

Y los guardianes cogieron a los cuatro y los esposaron hasta que las argollas pudieran ser cerradas en torno a sus cuellos. El

primero en ser esposado fue Akko.

–¡Ése no! – exclamó uno de los desleales jefes-. ¡Es mi hijo!

–Cogedle -ordenó Hassan, y se completó la labor de soldadura.

Pero cuando el anciano vio encadenado a su hijo, destinado a una tierra de la que nadie podía saber nada sino que estaba muy lejos, empezó a sollozar, y a agarrar a Hassan, y a convertirse en un estorbo.

Hassan lo apartó de un empujón, pero los padres de los otros tres inesperados cautivos empezaron a montar una confusa manifestación, y era tal el ruido, que Hassan perdió los estribos y tomó una extraordinaria decisión.

–Llevadlos a todos a Luanda.

–¿El pueblo entero? – preguntó uno de los herreros.

–¿Todos?

–Son más de nueve mil kilómetros. Es imposible que vivan.

–Algunos vivirán.

Así, pues, la aldea entera fue obligada a formar tras los encadenados jóvenes. Ciento diecinueve niños y ancianos iniciaron una inverosímil caminata a través de las junglas del Congo, rumbo a un objetivo al que la mayoría de ellos jamás llegaría. Delante de los prisioneros iban dos guardianes árabes armados. Detrás seguían otros dos, con los rifles preparados. A continuación caminaba la masa de aldeanos, vigilados por el propio Abu Hassan, con dos guardianes a cierta distancia por detrás, listos para matar a tiros a cualquiera que intentase huir. Los dos árabes restantes habían bajado por el Xanga en dirección al Congo, con canoas cargadas de marfil y cuerno de rinoceronte.

Era una marcha absurda, un petulante acto de venganza nada infrecuente en aquellos últimos días del tráfico de esclavos. En 1832, todas las etapas del vil negocio eran cínicas, crueles e ilegales. Jefes negros vendían a sus súbditos a cambio de unas baratijas; árabes que salmodiaban el Corán organizaban las

marchas; cristianos dedicados a salvar almas dirigían los barracones; capitanes renegados transportaban los esclavos en barcos proscritos; y en Cuba, traficantes parias se arriesgaban a comprarlos con el fin de intentar introducirlos clandestinamente en los Estados meridionales, donde estaba prohibida la importación de nuevos esclavos.

Naturalmente, el rapto de negros en África había sido declarado fuera de la ley hacía tiempo, en 1792 por los Estados Unidos, en 1807 por Gran Bretaña y en 1815 por Francia, pero esas prohibiciones no hacían sino añadir mayor atractivo a la remuneración del contrabando; plantadores del Caribe, Brasil y los Estados meridionales continuaban ofreciendo precios exorbitantes por peones de buena calidad, y siempre podían encontrarse capitanes dispuestos a romper el bloqueo.

Abu Hassan participaba ahora en una de las fases del vasto negocio. Había salido del Xanga con veintisiete escogidos negros cargados de cadenas y 119 más como masa indiferenciada. Esperaba conseguir llevar a Luanda por lo menos a veintidós de los esclavos encadenados y no menos de treinta de los otros. Si lo lograba, podía obtener sustanciosos beneficios, junto con los cargamentos que había despachado desde poblados situados más al Sur. De hecho, si no tropezaba con dificultades inesperadas, era posible que llenase todo un barco exclusivamente con sus esclavos, caso en el cual podría regatear con el capitán hasta arrancarle el máximo precio posible.

Por tanto, no se sintió preocupado cuando los negros más viejos empezaron a morir. Por razones de conveniencia estaba incluso dispuesto a abandonar a los que se hallaban próximos a la muerte, de modo que, a medida que los caminantes vadeaban un río tras otro, la columna iba haciéndose más pequeña y compacta. Era una buena marcha, una de las mejores, pues aún no había perdido un

solo negro encadenado, y ésos eran de los que dependían sus beneficios fundamentales.

Para los negros así encadenados, la marcha constituía una horrible experiencia. Durante más de cuarenta días, con calor y con lluvia, cada hombre caminaba, dormía y evacuaba sus intestinos atado a otros dos; para una joven encadenada entre dos hombres, el viaje era casi insoportable, pero la procesión continuaba.

Cudjo, encadenado hacia la mitad de la columna, soportaba mejor que la mayoría la larga caminata, pero los guardianes se dieron cuenta de que, pese a sus cadenas, se esforzaba constantemente por situarse de modo que pudiera matar a Akko, el desgraciado que le había traicionado dos veces. Akko pedía protección a los guardianes. Éstos habrían preferido matar a Cudjo, pero constituía un bien demasiado valioso, así que se conformaban con azotarle o pegarle en la cara con las culatas de sus rifles cada vez que hacía un movimiento en dirección a su enemigo.

Impedido de avanzar hacia allí, se hallaba igualmente impotente de ayudar a Luta, que estaba encadenada a Akko, pues cualquier movimiento en su dirección era interpretado, tanto por Akko como por los guardianes, como un ataque contra él. Una vez, uno de los árabes golpeó a Cudjo en el pie con su fusil, y pareció durante algún tiempo que Abu Hassan se vería obligado a matarle, ya que cojeaba de tal modo que no podía seguir a los demás. Pero hizo acopio de fuerzas y continuó, arrastrando el pie.

Sus padres murieron, casi al mismo tiempo, el trigésimo día. Abu Hassan, mirando los cuerpos caídos, no sintió en absoluto su pérdida. Habían muerto ya cincuenta y uno, dejando sólo los más fuertes, y parecía probable que consiguiera llegar a Luanda con bastantes más de los treinta adicionales que había calculado.

Pero el cuadragésimo día cayeron grandes lluvias, y se produjeron muchas muertes a consecuencia de la malaria. Murieron doce de las mujeres encadenadas y doce de los otros, por lo que

quedaron reducidos los potenciales beneficios de Hassan. Esto le enfureció, y cuando hubo que quitar las cadenas a las dos mujeres muertas insultó de tal modo al herrero que el pobre hombre se limitó a arrancar las argollas, lacerando horriblemente los cadáveres. La columna continuó avanzando.

El diez de junio, quincuagésimo noveno día, Abu Hassan llegó con su caravana a las afueras de Luanda, la floreciente ciudad portuguesa encaramada a orillas del océano Atlántico. Dejando a sus prisioneros en un improvisado campamento cercano a la ciudad, se dirigió solo a Luanda para concertar la venta de sus negros. Descubrió con irritación que no había en aquel momento ningún buque negrero en el puerto, porque dos barcos de guerra británicos estaban patrullando el mar para mantener alejado a cualquier capitán que pudiera hallarse planeando una rápida y rentable travesía hasta los puertos del Caribe dedicados al tráfico de esclavos. Su única alternativa sería llevar a sus esclavos a uno de los barracones próximos al puerto que dirigían los jesuítas, por lo que trató de descubrir en cuál de ellos estaban las remesas que anteriormente había enviado desde el Xanga, y al final los encontró.

–Hemos tenido un buen viaje -informaron sus guardianes.

Como habían partido de las aldeas situadas más al Sur, donde los ríos que afluían al sistema del Congo eran menos profundos, no habían sufrido muchas bajas; además, conducían solamente negros jóvenes de perfectas condiciones físicas, por lo que su tasa de supervivencia tenía que ser superior.

–Menos del diez por ciento de bajas -dijeron, felicitándose a sí mismos.

–Salir a recoger a los recién llegados -ordenó Hassan.

Los guardianes le acompañaron al campamento provisional, donde sus expertos ojos evaluaron a los hacinados negros.

–Los veinticinco encadenados parecen buenos -dijeron a Hassan-. Pero, ¿y esos otros cuarenta y uno? No valen gran cosa.

–Ayudarán a llenar el barco -dijo Hassan, a la defensiva.

–No durarán mucho tiempo en Cuba -predijeron profesionalmente los negreros-. Pocos de ellos serán introducidos en América.

–Ayudarán a llenar el barco -repitió Hassan.

–¿Les quitamos las cadenas? – preguntó uno de los guardianes.

–No. Puede que pasen muchas semanas antes de que llegue un barco -advirtió Hassan-. Ésos malditos ingleses…

Tenía razón en su suposición de que los ingleses mantendrían inmovilizados durante mucho tiempo a sus esclavos, pero se habría enfurecido si hubiese sabido por qué. Había entre los sacerdotes que dirigían los barracones un joven portugués de extracción campesina; se llamaba padre Joao y padecía una aflicción incurable: se tomaba en serio a Jesús. Lo que veía del tráfico de esclavos le repugnaba, y, con gran riesgo por su parte, había ideado un sistema de señales para avisar a los buques británicos cuando los barracones estaban llenos o cuando algún barco negrero especialmente audaz se disponía a cargar rápidamente una partida de esclavos.

Al anochecer del día en que llegó la primera remesa de esclavos procedentes del Xanga, el padre Joao había puesto un trapo blanco en las ramas de un árbol, a consecuencia de lo cual un vigía del *Bristol* informó a su capitán:

–Señor, han llegado esclavos a los barracones.

Ninguna comisión internacional había nombrado al *Bristol* perro guardián de los mares; una enardecida opinión pública había exigido que se pusiera fin a aquel tráfico, y el capitán estaba dispuesto a hacerlo.

Durante dos semanas, su barco, fuertemente armado, patrulló las costas de Angola, imponiendo respeto a los capitanes de varios

rápidos navíos eme acechaban más allá del horizonte. Si el *Bristol* les requería para ser registrados, accedían sin la menor oposición, sabiendo que si sus bodegas no contenían esclavos, el vigilante no podía hacer nada. El barco negrero podía contener argollas para sujetar cadenas y un entrepuente para el hacinamiento de negros, datos de los que hasta un idiota hubiera podido deducir a qué se dedicaba, pero si no había esclavos en él, no existía delito alguno, y aunque los oficiales ingleses mirasen con desprecio a los americanos que tripulaban el barco, se veían impotentes para hacer nada.

Continuó el bloqueo, con los ingleses manteniendo una expresión sombría, los americanos maldiciendo, los mercaderes árabes desesperándose por el coste que les suponía alimentar a los esclavos, y los negros de los barracones tratando en vano de protegerse. Como aquellos grandes recintos carecían de tejado, cuando llovía -como era frecuente a consecuencia de las nubes que llegaban del Atlántico-no podían hacer otra cosa más que acurrucarse unos contra otros y esperar que escampase. Cuando cesaba la lluvia, el sol caía sobre ellos con ferocidad tropical, y Abu Hassan empezó a inquietarse, pues no sólo comenzaban a morir algunos de los más viejos, sino que también comenzaban a enfermar los esclavos jóvenes.

Nadie padecía más pesadamente que Luta la degradación del barracón. Durante más de trece semanas había permanecido encadenada entre dos jóvenes apenas poco mayores que ella; todas sus funciones corporales se habían desarrollado a la vista de ellos y viceversa. No temía las palizas; ocasionalmente, los guardianes árabes no podían soportar por más tiempo el tedio y los lamentos y enloquecían temporalmente, golpeando a todo el que encontraban, pero los esclavos inteligentes aprendieron a ponerse a salvo de aquellos súbitos ataques.

Pero Luta carecía de defensa contra la terrible indignidad de permanecer encadenada en el barracón de espera. Hubiera podido morir de pura abdicación del espíritu si Cudjo no la hubiese observado desde su distancia, dándole ánimos y nuevas fuerzas. A veces le gritaba palabras de aliento por encima de las cadenas, hasta que uno de los guardianes le hundió en las costillas el cañón de su rifle, ordenándole que guardara silencio. Luego, durante las largas lluvias, se limitaba a mirarla, y, poco a poco, ella le hizo saber que ahora estaba decidida a sobrevivir a aquella terrible experiencia, y él gritó a pleno pulmón para que lo oyesen todos que la amaba.

Habían transcurrido ya seis semanas desde que las diversas cadenas de esclavos procedentes del Xanga habían sido arrojadas a los barracones y Abu Hassan estaba empezando a padecer las consecuencias del coste que le suponía mantener su propiedad. Se enfrentaba a un difícil dilema: alimentarles menos y ahorrar dinero, o continuar alimentándoles para que presentasen mejor aspecto en la subasta de Cuba. Rechazó ambas alternativas y recurrió a una estratagema que ya había usado anteriormente; vendió todo el contenido de su barracón a los padres jesuítas que eran sus propietarios. «Que ellos corran con los riesgos», dijo a sus ayudantes.

Así, pues, los árabes se desembarazaron de los esclavos xangas, se embolsaron una buena cantidad de dinero y fueron a los bazares para reunir artículos destinados a sobornar a otras tribus situadas al sur del Congo. Abu Hassan conocía otros diecinueve ríos que desaguaban en el Sankuru, cada uno de ellos con un puñado de pequeñas tribus cuyos ancianos jefes podrían ser inducidos a vender como esclavos sus mejores jóvenes.

–Volveremos -aseguró a los jesuítas.

Podía ver el lucrativo comercio continuándose indefinidamente en el futuro; los ingleses tal vez trataran de interrumpirlo, por

razones que no se le alcanzaban, pero siempre habría audaces capitanes dispuestos a correr los riesgos que acompañaban a los enormes beneficios.

–¡Ojalá se hubiera presentado uno de ellos! – dijo tristemente, mientras salía de Luanda con su grupo-. Tendríamos ahora bolsas enteras de oro.

Los jesuítas a los que habían vendido su cargamento no deseaban participar en el tráfico de esclavos; se trataba sólo de que los barracones eran suyos y habían descubierto que, con frecuencia, redundaba en beneficio de todos que ellos actuasen como intermediarios, pagasen a los negreros árabes una cantidad razonable y asumieran ellos mismos el riesgo de alimentar a los negros y, finalmente, entregárselo a algún capitán de barco a cambio de un pequeño pero sustancioso beneficio.

No era ese beneficio económico lo que los jesuítas buscaban; mientras tenían a los salvajes a su cargo, los cristianizaban, y esto era loable porque significaba que cualquier negro que muriese en la larga travesía a Cuba lo haría en los brazos de Cristo. Su alma se salvaría.

Así, pues, las palizas cesaron, y amables y jóvenes clérigos criados en granjas de Portugal visitaban diariamente los barracones, explicando con chapurreadas frases africanas cómo Jesús cuidaba de todos, incluso de aquellos encadenados, y cómo, en una futura y mejor vida, los esclavos le conocerían personalmente y verían por sí mismos su radiante generosidad. Cudjo se mantuvo firme ante los fervorosos jóvenes portugueses, pero Luta empezó a hablar con el padre Joao, y la sincera compasión que brillaba en sus ojos hacía consoladoras sus palabras; cuando ponía en relación todo lo que el padre Joáo prometía, resultaba algo con sentido, pues siempre había creído que tenía que haber algún dios que ordenase el movimiento de las estrellas y de las personas, e incluso de los animales de la selva. Y no resultaba difícil aceptar que ese dios o

conjunto de dioses hubiera enviado como intermediarios a un determinado hijo. Que ese hijo hubiera nacido de una virgen no constituía para ella un problema insuperable; en las últimas semanas, encadenada a sus dos compañeros, había deseado con frecuencia ser incorpórea.

Tan atentamente escuchaba al joven sacerdote, que el padre Joáo informó entusiásticamente a sus superiores:

–Estamos haciendo muchos conversos en el barracón. La muchacha que se llama Luta está dispuesta a abrazar la verdadera religión.

Así, pues, a última hora de la tarde de un día en el que se habían producido fuertes tormentas, además de un tórrido calor, se presentaron en el barracón dos jesuítas mayores que, tras pasar cuidadosamente por entre los cuerpos perezosamente tendidos en el suelo, llegaron hasta el lugar en que Luta permanecía encadenada. Apartando a un lado a sus dos compañeros todo lo que permitían las cadenas, los sacerdotes se dirigieron a ella y le preguntaron si estaba dispuesta a aceptar a Cristo como preceptor suyo. Cuando ella asintió, expresaron una auténtica *alegría* espiritual y le dijeron que Jesús la tomaría ahora bajo su cuidado personal, y que conocería la vida eterna. Podría soportar sus padecimientos en la Tierra a causa del paraíso que le esperaba después; en su nuevo hogar, encontraría el amor y la atención de Dios.

Luego, la bendijeron y le pidieron que se arrodillase, cosa que hizo con dificultad, ya que sus compañeros de cadena tuvieron que arrodillarse con ella. Esto, a su vez, obligó a arrodillarse a los esclavos unidos a esos dos, hasta que, al fin, todos los negros supervivientes de aquella cadena se hallaban de rodillas mientras la muchacha Luta era admitida en el seno de la Iglesia. Cudjo, que había tenido que prosternarse con los demás, habría protestado si la receptora de aquella gracia hubiera sido otra persona distinta de

Luta; pensaba que, si ella necesitaba esa seguridad, él no haría nada por turbarla.

–Eres ahora hija de Dios, la amada de Jesús -salmodió el sacerdote de más edad.

Y cuando se hubo marchado, los veinticinco esclavos se incorporaron, y los dos hombres encadenados a Luta la miraron con especial interés para ver si las bendiciones de los sacerdotes la habían afectado de alguna manera. Solamente pudieron percibir la tranquila resignación que siempre había manifestado.

Un curioso cambio se produjo entonces entre los negros que se encontraban en el barracón: habían llegado a estar tan hartos de la absurda rutina de tormentas y sol, que empezaron a esperar que llegase a Luanda la cosa que los sacerdotes llamaban barcos. Ninguno de los allí congregados podía imaginar qué nuevos terrores podría traer ese barco, pero lo deseaban. Cudjo estaba realmente sediento de un cambio.

Al amanecer del segundo día de agosto llegó a Luanda un barco de carácter muy distinto. Era bajo y esbelto. Llevaba las velas aparejadas al estilo de bergantín goleta -cuatro foques muy grandes sujetos al largo bauprés, cuatro velas cuadradas en el trinquete, dos cangrejas en el palo mayor-, lo cual significaba que podía sacar el máximo partido de cualquier viento. Lo principal, sin embargo, era la impresión de seriedad que daba; los negreros que se encontraban en tierra se dijeron:

–Ahora sucederá algo.

A las ocho de la mañana botaron del barco una pequeña lancha, que se dirigió a una ensenada y depositó en tierra a un hombre de avanzada edad, cargado de hombros y de andares pausados, pero su llegada tranquilizó a los negreros.

–Éste tiene intención de comprar -dijeron, mientras el hombre caminaba con pasos decididos a lo largo de la orilla.

–¡Hola! – saludó, al llegar a la plaza-. Soy Goodbarn, del *Ariel*, capitán Turlock.

–Le hemos reconocido -dijo uno de los agentes.

El visitante se dejó caer en una silla de mimbre y pidió algo de beber. Parecía cansado y muy envejecido desde la última vez que le habían visto, por lo que no se sintieron en absoluto sorprendidos cuando dijo:

–Éste es nuestro último viaje. Vamos a llevar la máxima carga posible y obtener grandes beneficios.

–Los barracones están llenos.

–No queremos ni viejos ni enfermos.

–Para usted, Mr. Goodbarn, centenares de jóvenes negros y fuertes.

–Vamos a cargar cuatrocientos sesenta bajo cubierta. Y nos arriesgaremos a llevar cincuenta y siete arriba. Éstos tienen que estar encadenados para poder sujetarlos.

–Una carga muy grande -dijo el agente.

–Queremos retirarnos ricos.

–¿Cuántos años tiene Puño de Plata?

–Más de sesenta, pero nadie lo diría.

–¿Cuándo piensa cargar?

–Hoy.

–Imposible.

–Dijisteis que estabais esperando.

–Pero no podríamos preparar a tiempo la silla roja.

–¡Al diablo con la silla roja! – replicó Goodbarn.

Estaba cansado y más deseoso aún que su capitán de terminar con aquella última jugada.

–Sin la silla roja, no saldrá ningún esclavo de este puerto, se lo aseguro.

–¿Cuándo podemos hacerlo?

–Mañana; pero, ¿qué planes tienen para escabullirse a tierra?

Goodbarn tomó un largo sorbo de caliente cerveza, lo retuvo unos instantes en la boca y miró hacia la bahía.

–Llegamos aquí en 1814 a fin de acondicionar el *Ariel* para el tráfico de esclavos…, sólo para ese viaje. Dieciocho años después, seguimos traficando con esclavos, diciéndonos a nosotros mismos que se trata del último viaje.

Miró cautelosamente a su alrededor e indicó que deseaba hablar a solas con el agente.

–¿Que cuáles son nuestros planes? El capitán Turlock piensa que hay algún espía que hace señales desde tierra a la patrulla inglesa. No se ría. No hay otra explicación a la rapidez de su reacción siempre que intentamos un desembarco.

–Totalmente imposible -dijo el agente-. Los funcionarios portugueses…

–Así que lo que vamos a hacer es pagar a un capitán español para que haga una falsa salida varias millas más arriba a lo largo de la costa. El *Bristol* le seguirá, y nosotros actuaremos entonces.

–El capitán inglés es demasiado listo como para caer en esa trampa.

–No será una trampa. Porque hoy serán conducidos trescientos esclavos hacia el Norte, hasta el lugar en que podría atracar el español. Y si el *Bristol* no le sigue, el español carga sus esclavos, los vende en La Habana y se reparte el precio con nosotros. Pero vamos a hacer esto tan real, amigo mío, que el *Bristol* tendrá que navegar hacia el Norte.

–¿Quién paga los esclavos… si el *Bristol* los sigue?

–Yo. Corremos un gran riesgo en este viaje, y tenemos la posibilidad de obtener grandes beneficios. El capitán Turlock siempre está dispuesto a pagar dinero para ganarlo.

Y volcó sobre la mesa un pequeño montón de monedas de plata.

Después de pesarlas, contarlas y considerar la complicada oferta, el agente llamó a los otros.

–Podemos sacar la silla roja mañana -dijo-. El *Ariel* cargará 517 a las nueve.

A mediodía, otros trescientos esclavos emprendieron la marcha hacia el Norte para servir como señuelo; a la una, el padre Joao los vio y transmitió una señal a los ingleses; a las dos, el *Bristol* zarpó rumbo al Norte.

En los barracones, los esclavos entre los que el *Ariel* seleccionaría su carga fueron cuidadosamente preparados para la expedición. Cada uno de ellos recibió un cubo de fétida agua en la cara y otro en medio de la espalda. En el centro quedaron cubos adicionales para los que quisieran lavarse más; Cudjo y Luta los utilizaron. Mientras se lavaban, varios sacerdotes introdujeron cubas suplementarias de comida, cosa que nunca había sucedido hasta entonces, y Cudjo murmuró:

–Quieren que tengamos un aspecto limpio y saludable. Mañana nos venderán.

Esa noche los esclavos se acostaron sabiendo que por la mañana ocurriría algo importante.

Al amanecer fueron sacados de los barracones y conducidos al muelle, donde Cudjo vio por primera vez a un corpulento anciano de barba roja que tenía una protuberancia de plata en el lugar en que hubiera debido estar su mano izquierda; y su porte autoritario, hombros encorvados, pero ojos fulgurantes, indicaban que era un amo. Cuando observó la forma respetuosa con que los demás blancos le trataban, Cudjo susurró a los esclavos de su cadena:

–Cuidado con ése.

El hombre se movía ahora por entre las largas filas de negros no encadenados, aceptando a unos y rechazando a otros:

–Sí, sí, sí. Ése, no.

Por la seguridad y el aplomo con que tomaba sus decisiones, Cudjo comprendió que lo había hecho muchas veces anteriormente.

Cuando hubo aceptado a unos cuatrocientos esclavos, se volvió hacia los que estaban encadenados, pero antes de empezar a recorrer la fila, llamó a otro hombre de avanzada edad y vestido con un traje negro -*Goodbarn,* le oyó decir Cudjo-, y juntos, inspeccionaron a los robustos esclavos. Aceptaban a la mayoría, pero cuando el hombre corpulento llegó al esclavo situado junto a Cudjo, un tipo fornido que había estado enfermo desde que llegaran al barracón, se dio cuenta al instante de que aquél no era una buena adquisición e indicó que debía ser retirado de la cadena, pero Goodbarn, si ése era su nombre, explicó por qué no se podía hacer, y el hombre corpulento se encogió de hombros.

Llegó entonces ante Cudjo y, por alguna razón inexplicable, le cogió de la barbilla, miró fijamente sus oscuros ojos y dijo algo a su compañero. Evidentemente, no le gustaba lo que veía en el rostro de Cudjo, y de nuevo preguntó si se podía separar a Cudjo y al esclavo enfermizo, pero Goodbarn respondió negativamente. Con la mano todavía en la barbilla de Cudjo, gruñó alguna advertencia y dio un empujón al esclavo.

Cuando terminó de pasar revista a los esclavos encadenados, ordenó a Mr. Goodbarn que reuniese a todos los que él había aprobado y caminó con ellos, moviendo afirmativamente la cabeza y dirigiendo breves frases a Goodbarn. Luego se retiró a poca distancia, observó a la multitud y asintió. La compra quedaba concertada.

Empezó entonces la parte espiritual del largo viaje desde las aldeas del Xanga. Los 517 esclavos seleccionados fueron congregados en una pequeña extensión, donde permanecieron de espaldas al mar y frente a una elegante silla roja colocada sobre fardos de mercancías, formando una especie de tosca catedral al aire libre. Llegó hasta ella una procesión de sacerdotes que abrían

paso a un hombre alto y de gesto severo que vestía de rojo. Cuando hubo sido ayudado a subir a la plataforma en que se encontraba la silla, levantó las manos y se hizo el silencio en la multitud.

–Vais a iniciar un viaje a una tierra desconocida -dijo en portugués-. Pero adondequiera que vuestro destino os lleve, Dios estará velando por vosotros, pues sois sus hijos. Él os guiará y os confortará.

Continuó hablando durante varios minutos, mientras Mr. Goodbarn se consumía de impaciencia, sin dejar de mirar al océano. El obispo opinaba que los negros eran realmente afortunados por emprender aquel viaje, pues se dirigían a regiones en las que Dios prevalecía, y allí conocerían su misericordia sin límites.

Llegó entonces la parte importante del ejercicio, el simbólico momento que justificaba la erección de los barracones y su más o menos humana administración. El obispo extendió los brazos en toda su amplitud y clamó:

–En el nombre de Jesucristo, yo os bautizo en el seno de la Santa Iglesia Cristiana. Si, por ventura, murieseis durante el viaje que vais a emprender, seréis recibidos en el Cielo y os sentaréis a la derecha de Dios.

Cuando terminó, haciendo la señal de la Cruz, siete sacerdotes se apresuraron a pasar por entre los apiñados esclavos, ungiéndoles con agua bendita y prometiéndoles vida eterna. Cuando finalizaron, el obispo impartió su bendición a la asamblea, deseó una feliz travesía a la tripulación del barco y descendió de los fardos de algodón. Tan pronto como se hubo marchado, Mr. Goodbarn gritó:

–¡Llevad ya a bordo a esos bastardos negros! ¡Rápido!

Los esclavos fueron obligados a dar media vuelta, de cara al océano, y vieron por primera vez el barco que les llevaría a las bendiciones de que había hablado el obispo, pero sólo se les

permitió examinarlo unos instantes, pues varios miembros de la tripulación empezaron a empujarles en la espalda, gritando:

–¡Andando! ¡Andando!

Pasaron por entre dos filas de marineros y negreros, todos los cuales les apremiaban a subir al barco, a cuya pasarela fueron empujados. Sobre la cubierta se encontraba el capitán Turlock, moteada de gris su barba roja y reluciendo al sol su puño de plata. Observaba con ojos certeros a los esclavos para comprobar que no había sido introducido ningún sustituto enfermizo, y con amplio ademán de su mano metálica indicó a los esclavos no encadenados el camino de la bodega.

Allí, Mr. Goodbarn supervisaba su adscripción a uno de los cuatro compartimientos, procurando que los más fuertes y los posibles alborotadores fueran enviados a la bodega inferior. Abajo, un tal Jenkins supervisaba las soldaduras de las cadenas según iban llegando, y cuando estos hombres concluyeron sus tareas, 460 esclavos quedaban instalados en recintos que habrían podido dar cabida a sesenta hombres en condiciones razonablemente decentes. Se echó el cerrojo al enjaretado del palo mayor. Se cerró con llave el paso que comunicaba las dos bodegas. Los blancos subieron por una escala que retiraron luego tras ellos. Y la escotilla que daba a la cubierta fue cerrada por fuera. Los negros navegarían en medio de la oscuridad, el mareo y la suciedad.

Mientras tanto, en cubierta, el capitán Turlock estaba intentando hacer algo que no había hecho nunca; encontrar espacio para 51 hombres y mujeres, la mayoría de ellos encadenados. A éstos los encadenó a las amuras, a babor y a estribor. A los otros les ordenó situarse a proa, custodiados por un guardián que tenía instrucciones de disparar contra ellos si originaban tumultos.

–Es nuestro último viaje -dijo a Goodbarn-. Procure que se desarrolle bien.

Empezó mal. La señal del padre Joáo había enviado al *Bristol* hacia el Norte, pero tan pronto como el sacerdote comprendió que había sido engañado, desplegó audazmente una amplia sábana, que alertó al *Bristol* sobre la invasión. Y ahora regresaba velozmente, resuelto a interceptar al negrero antes de que pudiera hacerse a la mar.

–¡Viene el *Bristol*! – gritó el vigía del capitán Turlock.

–¡Todos a sus puestos! – rugió Turlock, y no fue necesaria ninguna orden más, pues todos los marineros americanos sabían que debían sacar el clíper de Luanda o arriesgarse a pasar varios años en una cárcel de Londres.

Con rapidez sorprendente, la tripulación dispuso el *Ariel* en condiciones de navegar, y, mientras los portugueses que se encontraban en el muelle, deseosos de que los barcos negreros continuasen llegando a su puerto, soltaban los cabos, Mr. Goodbarn supervisaba la preparación de «la delicia del negrero», como se llamaba al aparejo de bergantín goleta.

–Si esto no te puede hacer volar sobre las aguas, nada puede hacerlo.

El *Bristol,* ya en marcha, se hallaba en posición ventajosa, especialmente con sus formidables cañones, pero el *Ariel* no tenía intención de dejarle acercarse a una distancia en que pudiera hacer uso de ellos, y en los primeros momentos del combate anuló la ventaja inicial del *Bristol* cogiendo un viento que le llevó mar adentro. El padre Joao, que observaba a los dos barcos, rezó para que cesase el viento y pudiera ser capturado el negrero. Pero su oración no fue atendida. El viento se mantuvo, y el capitán Turlock salió del puerto.

–¡Izad las gavias! – dijo a Mr. Goodbarn.

Y cuando así se hizo, el barco saltó hacia delante, pero debía mantener un rumbo que le llevaba a las proximidades del *Bristol,* que ya había situado en posición sus cañones.

Entre los esclavos encadenados en cubierta se hallaban Cudjo y Luta, y el primero, siempre atento a cuanto sucedía a su alrededor, dedujo que el disciplinado comportamiento de los tripulantes significaba que se enfrentaban a alguna clase de peligro, así que se incorporó todo lo que su cadena le permitía y atisbo por encima de la borda.

–¡Oh! – exclamó, conteniendo el aliento, pues allí, a no mucha distancia, vio un barco mucho mayor con las velas hinchadas por el viento.

Hasta ese día no había visto nunca un barco, por lo que no podía comprender sus características, pero sabía intuitivamente que aquel otro navío era la causa del temor que veía en los rostros de sus aprehensores. Sólo pudo estudiar durante unos instantes la posición relativa de los dos barcos, pues el capitán Turlock rugió:

–¡Abajo ése, Jenkins!

Y Jenkins golpeó a Cudjo con una cabilla. Pero después de caer sobre la cubierta, Cudjo pudo gritar a los otros negros:

–¡Aquél está intentando capturar a éste!

Los esclavos de ambos grupos forcejearon para ponerse en pie y ver a qué se refería Cudjo, y este concertado movimiento de los negros aterrorizó a los marineros blancos, pues desde su primer día a bordo del *Ariel* se les había enseñado que «lo que hay que temer no son las tormentas ni los patrulleros británicos, sino una rebelión. Aplastadla antes de que empiece.»

–¡Mr. Jenkins -gritó Goodbarn-, derribe a esos esclavos!

Los marineros recorrieron toda la longitud de la cubierta abatiendo a los negros con sus cabillas y golpeándolos luego mientras yacían sobre la cubierta. No les importaba a los blancos romper cabezas, pues sabían que era de esperar un cierto número de muertes, y hubieran podido matar a Cudjo si el capitán Turlock no hubiese gritado:

–¡Mr. Jenkins! Vuelva a las cuerdas.

La salvaje paliza silenció a los negros, pero Cudjo continuó observando al buque británico a medida que el *Ariel* se bamboleaba en mar abierto, dejándoselo entrever de vez en cuando, y quedó encantado al ver que el otro barco se iba acercando. Pero entonces empezaron a suceder cosas desconcertantes. Una serie de hábiles maniobras realizadas por el hombre del puño de plata empezó a alejar a su barco del perseguidor. Fue disparado un rifle mucho mayor que ninguno de los utilizados jamás por Abu Hassan, y una bala de enorme tamaño, a juzgar por el sonido que produjo, silbó por entre el cordaje, en lo alto.

Uno de los esclavos encadenado directamente a Luta miró por encima de la borda y vio lo que estaba sucediendo.

–¡Están disparando un cañón contra nosotros! – gritó.

–¡Abajo con ése! – gritó el capitán.

Privados de su vigía, los acurrucados negros no podían ya seguir la acción, y su deseo de saber se hizo tan grande, que Cudjo se incorporó desafiantemente… a tiempo para ver al buque británico renunciar a la persecución. Disparó dos cañonazos contra el fugitivo *Ariel,* pero las balas cayeron inofensivamente en el océano y los marineros americanos prorrumpieron en una ovación.

Cudjo comprendió que la persecución había terminado. Comprendió que aquel hombre de barba roja tenía poderes extraordinarios. Y comprendió, sobre todo, que había desaparecido toda posibilidad de escapar.

Una vez que el *Ariel* se hubo alejado de África y de la acechante amenaza de los guardacostas británicos, se estableció la rutina diaria. Todos los días al amanecer, algún marinero arrojaba varios cubos de agua salada sobre los negros encadenados. Aproximadamente una hora después se colocaban cubos de bazofia en lugares en que los esclavos pudieran comerla por sí mismos. Hacia el mediodía eran retiradas las tablas que conducían a las fétidas escotillas, y un grupo de esclavos no encadenados

pertenecientes al contingente de proa era enviado a las bodegas para recoger los cadáveres de quienes hubieran muerto en el curso de las veinticuatro horas anteriores. Los cuerpos eran arrojados a una espuerta de cuerdas, que se vaciaba luego volcándola por la borda; en varias ocasiones, jóvenes encadenados a popa veían caer al mar los cadáveres de sus padres.

Al anochecer se sacaban de nuevo los cubos de comida, pero el constante movimiento del barco mareaba de tal modo a los esclavos, que la mayoría de ellos, incluido Cudjo, sentía violentas náuseas ante la sola vista del alimento. Vomitaban y defecaban y permanecían tendidos en la inmundicia hasta que el matutino cubo de agua la eliminaba por lo menos parcialmente. Cudjo, que adelgazaba sin cesar, se preguntaba cómo serían las condiciones de vida en las bodegas. Sólo encontró dos pistas: a mediodía, cuando eran retiradas las tapas de las escotillas, el hedor era tan terrible, que los marineros blancos se cubrían la nariz con trapos mojados, y una vez que los esclavos de proa bajaban para sacar los cadáveres, pasaron junto a Cudjo, y éste preguntó:

–¿Cómo son las cosas abajo?

Y un anciano respondió:

–Déjate matar aquí arriba.

Enfermo como estaba, Cudjo seguía con gran interés todo lo que sucedía sobre cubierta. Empezó a apreciar la capacidad del capitán Turlock y cómo modificaba el conjunto de sus velas. Comprendía las obligaciones del timonel, e incluso aprendió las palabras inglesas utilizadas para dirigir sus acciones: «Firme avante», cuando la estela del barco mostraba indecisión, o «todo a estribor», cuando había que girar al otro lado la botavara para coger más eficazmente el viento. Era capaz de determinar la importancia relativa de los marineros y quién era el que asumía el mando cuando el capitán dormía. Aprendió las campanadas y pasó muchas infructuosas horas tratando de averiguar qué había en la caja negra

situada ante la caña del timón que el capitán y el timonel estudiaban tan atentamente. No se le ocurría aún que tuviese algo que ver con la dirección, pues él siempre sabía dónde estaba el Norte, salvo cuando la niebla se instalaba sobre el océano, pero observó que los blancos consultaban con mucha más frecuencia aquella caja en las ocasiones en que él mismo se hallaba desorientado, y de esta observación extrajo una conclusión: la caja negra tenía algo que ver con impedir que el buque se perdiese. Abu Hassan había llevado una vez a las aldeas del Xanga un objeto que les había dejado atónitos y maravillados: un imán con una colección de limaduras de hierro. Solamente en una ocasión le habían dejado a Cudjo manejar el imán antes de que se perdiesen las limaduras, pero su misterio había permanecido con él. Concluyó ahora que en la caja secreta debía de haber un imán que impulsaba al barco en la dirección adecuada.

Pero, al tiempo que se familiarizaba con el manejo del barco, empezó a sentirse también obsesionado con lo que debía de estar sucediendo bajo cubierta, y una vez en que fueron retiradas las tablas que cubrían las escotillas para que pudieran ser sacados seis cadáveres, estiró de sus cadenas, esperando obtener por lo menos un atisbo del horror que sabía que existía, pero no pudo ver nada. Sin embargo, este acto no pasó inadvertido, pues el capitán Turlock vio lo que estaba haciendo y ordenó a Mr. Jenkins que lo derribara a golpes.

Mientras yacía inconsciente sobre la cubierta, Turlock se irguió sobre él y dijo a los temblorosos esclavos:

–Queréis ver lo que pasa abajo. Pues lo vais a ver en seguida.

Mandó abrir la escotilla de proa y ordenó a sus hombres que arrojaran por ella a todos los negros encadenados. Si sus amigos los recogían, estupendo. Si se partían la espina dorsal, ¡al diablo con ellos! Ordenó luego a su carpintero que soltase las cadenas que sujetaban a los dos grupos de popa, y después hizo que sus

hombres arrojaran abajo a aquellos negros; los dos hombres encadenados a Cudjo se vieron obligados a arrastrarle.

Despertó en las entrañas del barco. Imperaban allí la oscuridad y el horror, y cuando se levantaba una tormenta, la informe masa de brazos y piernas y torsos rodaba a un lado y a otro. Los esclavos no encadenados de la parte anterior de la cubierta buscaron el espacio que pudieron en aquella zona, que era tan angosta que no podían estar de pie; tenían que permanecer tendidos día tras día.

Los esclavos encadenados se enfrentaban a un problema más difícil. Dado que se veían obligados a moverse como una unidad, lo único que podían hacer era agazaparse miserablemente en los rincones dejados libres por los numerosos muertos, pero durante la primera noche que pasó allí, Cudjo consiguió acercarse a Luta, y, por primera vez desde su captura, tuvieron la oportunidad de hablar.

–Quería bajar aquí -le dijo.

–¿Por qué?

–Porque sé cómo tripular este barco.

–¿Para qué?

–Porque nos apoderaremos de él y volveremos a casa.

–¿Cómo? – y señaló la sofocante bodega llena de demacradas sombras.

–¡Nos apoderaremos de este barco! – repitió obstinadamente.

Y durante toda la larga noche se movió entre los demás que ocupaban aquella bodega superior, hablándoles en susurros. Uno le dijo algo extraordinario:

–En la bodega de abajo, que es peor aún, un hombre de otra aldea llamado Rutak ha estado diciendo lo mismo.

El informante le condujo hasta una rendija existente en el maderamen; Cudjo se tendió de bruces, mientras sus cadenas obligaban a los hombres más próximos a él a tenderse también, y murmuró:

–¿Está ahí Rutak?

Y, al cabo de un rato, una fuerte voz respondió:

–Yo soy Rutak.

Hablaron durante casi media hora, y en la bodega superior por lo menos seis esclavos pudieron oír lo que Cudjo estaba diciendo, al tiempo que en la inferior otros tantos oían a Rutak, por lo que, antes de que finalizara la noche, todos los negros sabían que Cudjo y Rutak se proponían algo.

Entre los encadenados con Cudjo que no podían por menos de oír lo que se decía estaba Akko, el joven responsable de la captura de Cudjo. En su calidad de hijo de un jefe de aldea siempre había gozado de una posición ventajosa, por lo que las experiencias como esclavo encadenado en la marcha desde el Congo y la indignidad del barracón, y ahora el horror de este barco, ejercieron sobre él un efecto más profundo que en la mayoría de los demás. Estaba destrozado; su más íntima sensibilidad había sido profanada, y se hallaba dispuesto a vengarse.

Moviendo sus cadenas, y arrastrando consigo a sus dos compañeros, se acercó a Cudjo y dijo en la oscuridad:

–Yo te ayudaré a tomar el barco.

Este ofrecimiento, tan inesperado, planteaba un difícil dilema. Hacía dos meses Cudjo había deseado matar a aquel hombre; ahora, la llegada de peores agonías había borrado de la mente de Cudjo toda idea de simple venganza personal. Pero, ¿podía confiar en un hombre que le había traicionado? En la oscuridad, no podía ver a Akko ni valorar su sinceridad, pero sabía por su propia situación que los acontecimientos de la esclavitud eran capaces de obligar a cambiar a cualquier hombre o mujer. Estiró de sus cadenas y cogió a Akko de las manos.

–Te necesitaremos -dijo.

A mediodía del día siguiente, cuando fueron abiertas las escotillas, la radiante luz del sol iluminó la bodega superior en que

se hacinaban Cudjo y sus compañeros. El espacio tenía metro y medio de altura, y carecía de ventilación. Un rincón estaba reservado como letrina, pero la orina se filtraba hasta las cabezas de los negros que se encontraban en la bodega inferior. Todo el que moría en un período de veinticuatro horas, era depositado en otro rincón. Cuando se abrió la escotilla que daba a la bodega inferior, Cudjo vio que aquello era un verdadero infierno. Se estremeció. Todos los detalles eran peores.

Y entonces, el capitán Turlock, que siempre estaba vigilando, acertó a mirar al interior de la bodega y vio con horror que los esclavos encadenados arrojados allí el día anterior no habían sido asegurados a las argollas.

–¡Han gozado de libertad para vagar por todo el maldito barco! – gritó.

Y, a continuación, mandó llamar al carpintero.

–¡Vete a buscar al herrero y bajad ahí para inmovilizar a esos negros! – gritó.

Y mientras estos dos especialistas, protegidos por cuatro marineros armados con cabillas, se aplicaban a su tarea, continuó vociferando:

–Dejáis que esos negros, que lo han visto todo aquí arriba, se reúnan libremente abajo…, ¿quién sabe lo que podría suceder?

Bajó la vista para ver cómo avanzaba el trabajo y vio el rostro de Cudjo, su mortal enemigo, que le miraba fijamente.

–¡No! – gritó-. A ése no le pongáis en la bodega superior con los demás que estaban en cubierta. Llevadles abajo a él y su pandilla y colocadlos bien estirados.

Así, pues, Cudjo, Luta y Akko fueron arrojados más profundamente aún en las entrañas del barco que habían decidido capturar, y el herrero sujetó los extremos de su cadena a argollas situadas a la distancia máxima que su longitud permitía. Aquel grupo de esclavos no podría ahora rascarse los piojos, ni frotarse

los ojos, ni alimentarse, ni cuidar sus cuerpos de ninguna manera. Fueron soldados los eslabones de la cadena. Se cerró la tapa de la escotilla, y todo quedó en tinieblas.

Cudjo, Akko y Rutak conspiraron en aquella impenetrable oscuridad. Rutak era un hombre vigoroso que ya había ideado una forma de arrancar las cadenas del mamparo, y cuando, con la ayuda de todos los hombres que gozaban de libertad de movimientos en la bodega, lo hizo, enseñó a Cudjo y Akko a soltar también las suyas. Era necesario luego que los tres hombres se separasen de los otros, pero resultó imposible romper la cadena. Por tanto, decidieron transformar en ventaja ese impedimento. Utilizarían las dos cadenas como arma, y adiestraron a sus dos grupos, siempre encorvados, sin poder ponerse en pie, a realizar complicadas maniobras que serían apoyadas por los esclavos no encadenados.

Cuando su plan quedó ultimado, Cudjo y Rutak permanecieron horas enteras con los labios pegados a las tablas del techo, instruyendo a los hombres y mujeres que estaban encima de ellos.

El día que habían fijado para su intentona de mediodía se levantó una violenta tempestad, y el mareo se tornó epidémico bajo la cubierta; hasta Cudjo y Rutak se hallaban dominados por las náuseas. No podían vomitar nada porque no habían comido apenas, y decidieron renunciar a la idea de llevar adelante su plan.

Fue Akko, el hombre menudo y musculoso a quien tan intensamente afectaba el confinamiento, el que persistió.

–Los blancos estarán tan mareados como nosotros -argüyó-. Estarán poco atentos. Este día nos ha sido regalado por los dioses.

Razonó tan persuasivamente, que Cudjo y los otros comprendieron poco a poco que una tempestad era el mejor momento posible para su intento. En consecuencia, Cudjo y sus hombres hicieron saltar el cierre de la escotilla que conducía a la otra bodega, y su grupo y el de Rutak subieron silenciosamente a

ella. Allí, cuatro fornidos hombres habían organizado su parte de la operación.

Mientras aguardaban en la oscuridad, formaban un extraño ejército: cuatrocientos setenta y nueve negros desarmados, los más fuertes de ellos trabados con cadenas, proponiéndose vencer a cuatro astutos oficiales y treinta y dos marineros armados con rifles, cuchillos y cabillas. Los esclavos sabían que muchos de ellos tendrían que morir para apoderarse de aquel barco, pero estaban seguros de que muchos de sus aprehensores morirían también.

La retirada de los muertos se retrasó ese día a causa de la tempestad, y eran ya más de las dos cuando el capitán Turlock ordenó a sus hombres abrir las escotillas. Como no quedaban ya sobre cubierta esclavos que realizasen la labor de recogida de cadáveres, se había tomado la costumbre de que dos marineros bajasen en la espuerta que luego serviría para arrojar los cadáveres al mar. Una vez abajo, los marineros debían inspeccionar también el estado de los esclavos, entrando en cada una de las bodegas. Debido al hedor imperante, la tarea no era del agrado de nadie.

Aquel tormentoso día, dos marineros bajaron de mala gana en la espuerta, inspeccionaron la bodega superior y descubrieron que dos grupos de encadenados habían escapado de la inferior. No pudieron comunicar este alarmante hecho a sus compañeros, ya que cuando empezaron a abrir la boca, grandes manos cubrieron sus rostros y los estrangularon.

Con notable autodisciplina, Rutak y sus hombres se instalaron silenciosamente en la espuerta, esperaron el tiempo que siempre se tardaba en recoger los cadáveres y, luego, hicieron la señal acostumbrada a los hombres de cubierta para que izasen la espuerta. En el preciso instante en que el grupo de Rutak salía de la bodega, pero antes de que nadie en cubierta pudiese dar la alarma, Cudjo y su grupo se agarraron a las cuerdas de la espuerta y

saltaron a cubierta. En menos de diez segundos, los dos grupos de esclavos encadenados estaban fuera de la bodega.

Sería imposible la victoria a menos que utilizasen eficazmente sus cadenas, y eso fue lo que hicieron. Las cadenas describieron arcos curvados en dirección a los marineros, enroscándose en torno a ellos, decapitando a unos, hiriendo a otros y dejándolos caer sobre cubierta, donde eran estrangulados por los negros no encadenados.

El más diestro de los dirigentes era Akko, que tenía un innato sentido de lo que podían lograr las cadenas; él y Luta mataron a tres marineros. Fue también Akko quien primero vio al capitán Turlock precipitarse pistola en mano a cubierta. Vio a Puño de Plata contemplar fríamente la escena para decidir dónde se le necesitaba más; el corpulento Rutak luchaba como un loco, pero, al parecer, Turlock consideró que otros podían encargarse de él. Luego, divisó a Cudjo, el hombre al que había temido desde el principio, y comprendió que debía matarle, o perder su barco.

–¡Cudjo! – gritó Akko cuando el capitán le apuntó con su pistola, y, como Cudjo no le oyese, él y Luta se abalanzaron por detrás contra el pelirrojo.

Envolviéndole con sus cadenas, intentaron estrangularle, pero fracasaron. Cayó pesadamente sobre cubierta, gritando:

–¡Mr. Goodbarn! ¡Socorro!

Pero el primer oficial había caído ya muerto.

Akko, Luta y Turlock rodaron, pues, por cubierta, y el capitán consiguió apartarlos agitando su pistola y su puño de plata. Forcejeando por ponerse en pie, se incorporó sobre una rodilla, apuntó la pistola contra el pecho de Akko y disparó. Luego, con el puño de plata, empezó a golpear a Luta en la cara, convirtiéndosela poco a poco en una horrible pulpa.

Apartando de un empujón sus cadáveres, trató de reunirse con sus hombres, y tal vez lo hubiera conseguido si Cudjo no se

hubiese vuelto y visto la muerte de Luta. Con un grito terrible, arrastró consigo a sus compañeros de cadena, y saltaron sobre Turlock, derribándole. Cudjo hundió sus rodillas en el pecho del capitán, y apretó hasta que oyó crujir los huesos.

Esto hubiera debido matarle, pero, con un supremo esfuerzo, apartó a Cudjo de una patada, se puso en píe y empezó a blandir el brazo izquierdo en letales arcos, pero cuando caminaba por la cubierta para reunirse con sus hombres, un súbito borbotón de sangre le llenó la boca. Apretándose contra ella el dorso de la mano derecha, vio que era imposible contener la hemorragia.

–¡Mr. Goodbarn! – llamó con débil voz-. ¡No deje que se apoderen del barco!

Pero Cudjo se lanzaba de nuevo contra él, ayudado por sus compañeros, y Turlock esperó a tenerle cerca. Entonces le atacó con su puño de plata v le golpeó en la cabeza con la pistola, pero Cudjo continuó avanzando con un grito de victoria. Inmovilizándole con las cadenas, lo derribó al suelo y le estranguló.

Estaba golpeando la ensangrentada cabeza de Turlock contra la cubierta, cuando Rutak rugió:

–¡Cudjo! ¡Atento al barco!

Se había convenido desde el primer momento de la conspiración que Cudjo capturase el timón, pero la muerte de Luta y su venganza sobre Turlock le habían distraído de su objetivo. Mientras sacudía la cabeza, tratando de orientarse, el timonel disparó su mosquete casi en la misma cara de un esclavo encadenado con Cudjo, pero este negro, con extraordinaria resolución, continuó su movimiento hacía delante y rodeó al timonel con sus encadenados brazos, haciéndole caer a cubierta y muriendo sobre su pecho. El timonel trató de liberarse, pero tres mujeres encadenadas se abalanzaron sobre él y le degollaron.

La vista de esta violencia despejó el cerebro de Cudjo, y saltó, todo lo que sus cadenas le permitían, para tomar el mando del barco.

Todos los negros estaban ya fuera de la bodega y redujeron a los marineros. El carpintero, que les había clavado a los mamparos, murió decapitado; el herrero, que había cortado las cadenas de los que morían para que pudiesen ser arrojados por la borda, fue ahora envuelto en sus propias cadenas, cargado con todos los objetos de hierro que los esclavos pudieron encontrar, y lanzado al mar.

Fue Rutak quien detuvo la matanza y ordenó:

–Arrojad a todos los blancos a las bodegas. La mitad en la de abajo, la otra mitad en la de arriba.

Luego ordenó que los marineros muertos fuesen echados al tempestuoso mar, y así se hizo, pero cuando cuatro negros cogieron de las manos y los pies al capitán Turlock, Cudjo les detuvo.

–Él era valiente -dijo.

Y miró los vidriosos ojos del muerto y colocó sus dos manos bajo su espalda. Suavemente, el viejo cuerpo fue dejado caer al Atlántico, océano que durante tantos años había combatido. El puño de plata, tan valioso que hubiera podido rescatar a muchos de los esclavos, fue a parar estérilmente a las profundidades.

Llegó luego el triste momento de dar el último adiós a los 48 esclavos que habían dado su vida por la libertad. Todos los supervivientes tenían por lo menos un amigo entre los muertos, pero ninguno experimentó tanta angustia y confusión como Cudjo cuando Akko y Luta fueron desprendidos de las cadenas en que habían vivido codo a codo durante 164 días. El muerto había sido causa de aflicción, astuto conspirador y heroico guerrero en los momentos culminantes. La mujer muerta…, ella constituiría siempre el eco de aquella pacífica aldea situada a orillas del Xanga. Apartó la vista mientras sus cuerpos eran entregados al descanso eterno en un océano que nunca habían conocido.

Abandonó la fúnebre escena y regresó junto al timón, resuelto a llevar aquel barco a puerto seguro. En la oscura bodega había asegurado a los esclavos que si capturaban el barco, él sabría cómo tripularlo.

En efecto, sabía. Al empeorar la tormenta ordenó arriar incluso las rizadas velas, y, como su tripulación negra no comprendiera en seguida sus órdenes, soltó la caña del timón y les mostró lo que quería. Confió el gobierno del barco al hombre de la cubierta superior que aquella primera noche le había orientado, Rutak.

Cuando el barco estabilizó su rumbo, y cuando Rutak y sus decididos ayudantes hubieron explorado todos los rincones, experimentando con los diversos elementos que encontraron, Cudjo volvió su atención a la misteriosa caja cuyo uso sabía que debía aprender si quería que aquella aventura tuviese éxito. No pudo sacar nada en limpio. En torno a la negra esfera encerrada dentro del arco protector aparecían cifras dibujadas con caracteres blancos, pero eran un misterio. Una larga aguja reposaba en medio del misterioso objeto, y se movía.

Cudjo concluyó que debía de haber alguna relación entre el movimiento que se producía en el interior de aquella caja negra y el viento, o quizá las velas, o la oscilación del barco, y no fue hasta la noche siguiente, cuando hubo cesado la tormenta y las estrellas salieron con desacostumbrado brillo, cuando logró resolver el enigma. Dejó que Rutak pilotara el barco hacia algún desconocido destino, con sólo una vela izada, mientras él observaba la caja negra, y hacia el final de la estrellada noche, cuando todas las hipótesis se habían revelado erróneas, pues el movimiento no coincidía con ningún fenómeno que él pudiese percibir, levantó la vista hacia las estrellas que tan familiares le habían sido en la jungla, y cuando localizó la fiel estrella de que los hombres se servían para viajar de noche, comprendió de pronto que controlaba

a la movediza aguja, de tal modo que adondequiera que la aguja pareciese señalar, mantenía una dirección constante.

No podía decidir qué hacer con este conocimiento, ya que no tenía noción del mundo ni de a qué lugar de aquel gran océano deseaba ir.

Rutak y los demás hombres y mujeres liberados se le acercaron en aquel momento para discutir esa misma cuestión: ¿Adonde hemos de ir? No supo qué responderles, y sus combinadas especulaciones tampoco proporcionaron ninguna respuesta.

Sabían que los árabes eran sus mortales enemigos, siempre acechantes para someterles a la esclavitud. Sabían que personas que hablaban lo que era portugués eran también enemigos suyos, ansiosas de venderles a barcos negreros. Los sacerdotes les desconcertaban; algunos les habían ayudado, e incluso habían permanecido en el barracón cuando caían enfermos, pero otros habían sido responsables de su traslado al barco; el jefe vestido de rojo que les había lanzado tantas palabras finales y les había salpicado de agua…, a ése no podían entenderle en absoluto. De lo único que estaban seguros era de lo que Cudjo les dijo: había en aquel océano por lo menos un barco que había intentado ayudarles. Su misión era encontrar ese barco.

Así, pues, mantuvieron el arbitrario rumbo que Cudjo había fijado aquella primera y estrellada noche; navegaban hacia el Norte, siempre al Norte, y a medida que transcurrían, las semanas fueron adquiriendo mayor destreza en desplegar y rizar las velas. Descubrieron lo que era un ancla y cómo usarla, y sacaron de las bodegas a tres marineros para que les enseñasen el manejo de las cuerdas. Estos marineros, cada uno de ellos veterano de cinco o seis travesías transportando esclavos, quedaron sorprendidos al ver el orden que los negros eran capaces de mantener; les habían inculcado la idea de que los esclavos eran animales.

Pero los marineros se negaron a ayudar a los negros a tripular su presa. Como el tiempo se iba haciendo cada vez más frío, dedujeron que se dirigían hacia el Norte, pero no podían adivinar la distancia recorrida en esa dirección, ya que no podían ver las estrellas. Supieron también que sólo habían sobrevivido los tripulantes encerrados bajo cubierta, lo que significaba que los amotinados habían dado muerte por lo menos a diecinueve americanos. Volvieron abajo decididos a recuperar el barco y ahorcar a todos los malditos negros, pero Rutak, que ya había realizado su propio acto de piratería, no estaba dispuesto a facilitar otro. En consecuencia, ordenó que cuarenta negros, hombres y mujeres indistintamente, se instalasen bajo cubierta para vigilar las bodegas, y estos suspicaces centinelas, habiendo escapado del horror que los blancos habían mantenido en aquellos reducidos recintos, estaban resueltos a que no se repitiese.

Finalizaba el mes de octubre de 1832 cuando el clíper de Baltimore *Ariel*, que navegaba a cierta distancia de las costas de Marruecos, fue saludado por la corbeta francesa *Bordeaux*. El capitán del barco interceptado no sabía, naturalmente, lo que significaba ser saludado por un buque de guerra y se sintió desconcertado sobre qué debía hacer. Consideró que lo mejor era continuar navegando y evitar una colisión.

Al final, la corbeta hizo cuatro cosas en rápida sucesión: disparó un cañonazo sobre la proa del *Ariel;* disparó otro cañonazo; luego, se aproximó y gritó órdenes en inglés y francés; y, finalmente, botó dos lanchas de remos con veinte marineros fuertemente armados, y cuando éstos subieron a bordo del extraño barco gritaron en francés:

–¡Está tripulado por negros! ¡No hablan ningún idioma civilizado!

Cuando los oficiales subieron a bordo, necesitaron sólo unos minutos para comprender que se encontraban en un barco en el que

se había producido un motín; descubrieron bajo cubierta a los diecisiete prisioneros, y empezó a desplegarse una historia de horror.

–Navegábamos pacíficamente hada el Oeste.

–¿Adonde?

–A Cuba.

–¿Con la bodega llena de esclavos?

–Bueno…, sí.

–Adquiridos, ¿dónde?

–Unos negreros árabes los habían llevado a Luanda.

–Yo creo que enviasteis grupos de desembarco a África para capturarlos.

–¡Oh no, señor! Se lo juro por mi honor. Nos los vendieron los portugueses. Ya sabe, el obispo de la silla roja que los bendice antes de que los subamos a bordo.

–¿Cuántos?

–Quinientos diecisiete.

–¡Santo Dios! Sólo hemos encontrado 431.

–Ya sabe cómo son los negros. Se mueren muy fácilmente.

El portavoz se dio cuenta de que, al ser traducidas, estas palabras suscitaban una impresión desfavorable, por lo que se apresuró a añadir:

–Y no olvide que muchos resultaron muertos en el motín.

Sí, un importante barco había sido capturado en alta mar, y todos sus oficiales habían sido asesinados. Se trataba de una cuestión gravísima; sus ramificaciones solamente podían ser valoradas por un tribunal. Así, pues, el capitán del *Bordeaux* puso a bordo del *Ariel* a varios oficiales, que ostentarían su mando hasta que ambos buques pudieran llegar a un puerto francés, pero al cabo de dos días apareció el patrullero inglés *Bristol,* que identificó al *Ariel* como el barco negrero que los ingleses llevaban tantos años intentando detener y exigió a los franceses que se lo entregaran.

Amenazaba con producirse un incidente internacional, pero los dos capitanes, que se habían enfrentado en antiguas guerras, comprendieron que era aquélla una situación que debía resolverse mediante un compromiso; y, mientras tomaban una copa de oporto y un trozo de tarta a bordo del *Bristol*, llegaron a un acuerdo razonable: los franceses habían capturado el barco, y éste era, evidentemente, presa suya, y, si el tribunal que juzgara el motín se lo concedía a ellos, el esbelto clíper se convertiría en parte de la escuadra francesa. Los esclavos amotinados, que habían dado muerte nada menos que a diecinueve marineros británicos, entre ellos cuatro oficiales, serían entregados a los ingleses, que tenían un interés tradicional en suprimir el tráfico de esclavos y en quienes podía confiarse que manejaran inteligentemente aquel complicado caso. Los diecisiete supervivientes americanos serían, naturalmente, liberados por los franceses, pero serían retenidos por los ingleses como testigos en el juicio de los esclavos rebeldes y, más tarde, como reos de la acusación de trata de esclavos.

El *Ariel* ingresó en la Marina francesa, donde su gran velocidad y la austeridad de sus líneas cautivaron a todos cuantos prestaron servicios en él. El infame entrepuente fue eliminado, y la cubierta principal elevada ligeramente para acomodar ocho carroñadas. Continuó durante años navegando por el Atlántico, a menudo con la misión de impedir la trata de esclavos, y con el tiempo regresó a la ciudad misma en que había sido construido.

Los esclavos volvieron a ser encadenados, y el *Bristol* los transportó a Plymouth, donde el 13 de junio de 1832 un extraordinario tribunal pronunció una extraordinaria sentencia:

Ha quedado probado que el clíper *Ariel*, de matrícula americana, se ha dedicado durante muchos años a la trata de esclavos, con considerables beneficios para sus propietarios y su tripulación. Por otra parte, en este incidente el buque fue bien dirigido y conforme a las mejores tradiciones marítimas. No se nos

ha presentado ninguna prueba, demostrativa de haberse empleado crueldad excesiva o severidad prolongada. La tripulación, desde el capitán Matthew Turlock hasta el grumete, fue responsable.

Hacia el uno de agosto de 1832, el *Ariel* llegó a Luanda, en el África portuguesa, con la evidente intención de recoger un cargamento de esclavos depositado en los barracones de esa ciudad. Estos esclavos, en increíble número de quinientos diecisiete, habían sido tomados de entre las aldeas que se extienden a lo largo del río Xanga, uno de los afluentes menores del Sankuru, afluente, a su vez, del Congo. Eran propiedad del negrero árabe Abu Hassan, cuyas actividades han sido Llevadas ya anteriormente a conocimiento de los tribunales británicos.

El *Ariel* tomó su prohibida carga pese a los esfuerzos del buque de Su Majestad *Bristol* para impedirlo, y, luego, escapó ante los cañones del *Bristol* y con pleno conocimiento de su ilegal conducta. El 22 de setiembre, los esclavos encerrados en la bodega se amotinaron y se apoderaron del barco. Más de un mes después, el 24 de octubre, fue capturado por la corbeta francesa *Bordeaux*, siendo de destacar el hecho de que sus velas se hallaban adecuadamente desplegadas y estaba siendo manejado de conformidad con las normas marítimas. Este tribunal declara confiscado al citado clíper *Ariel* y felicita al *Bordeaux* por haber tomado posesión de él.

En cuanto a las personas implicadas: Declaramos a los diecisiete marineros americanos supervivientes culpables de cooperación en el delito de trata de esclavos. Si la travesía hubiese finalizado felizmente, reconocen que iban a compartir el dinero ganado con la venta de sus esclavos en Cuba. Todos y cada uno de ellos quedan condenados a dos años de cárcel.

Los esclavos presentan un problema más difícil. Habrá muchos en esta nación y en otras que consideren loable su intento de escapar a la esclavitud, pero el hecho solemne es que, al hacerlo

así, cometieron un acto de motín en alta mar, robaron un barco que había sido debidamente matriculado y asesinaron a cuatro oficiales y quince marineros. ¿Pueden las naciones marítimas del mundo condonar un comportamiento que hiere en lo más vivo el corazón mismo de la tradición naval? Este tribunal considera que no.

A causa del destacado papel que jugó en el motín el esclavo conocido con el nombre de Rutak será ahorcado. El esclavo conocido con el nombre de Coboto será ahorcado. El esclavo conocido con el nombre de Betana será ahorcado… (y así sucesivamente, hasta un total de diecinueve esclavos.)

El esclavo conocido con el nombre de Cudjo, que parece haber desempeñado un papel importante en el motín, desempeñó también un importante papel en la tarea de salvar al buque. Él y todos los demás serán transportados a La Habana y entregados a sus legítimos propietarios.

Como era de esperar, esta dura decisión levantó un auténtico clamor tanto en Inglaterra como en Francia, pero las objeciones procedían sólo de un limitado número de críticos. En el primero de esos dos países se estaba produciendo en el año 1832 una vigorosa reforma política, a la que se oponía el gran duque de Wellington, y en que el movimiento antiesclavista iba adquiriendo el impulso que, antes de que finalizara el año, prohibiría la posesión de esclavos en todo el Imperio británico. Los ciudadanos estaban tan preocupados por hacer el bien a los negros en general, que no les quedaba energía para proteger los derechos de negros concretos.

En Francia, la nación estaba haciendo todos los esfuerzos posibles por digerir el peculiar comportamiento de su nuevo rey, Luis Felipe; designado por los radicales porque era revolucionario, no tardó en convertirse en el favorito de los conservadores, porque en el fondo siempre había sido un reaccionario. Alternativamente confusos y alborozados, los ciudadanos de Francia no podían preocuparse de lo que les ocurriera a un grupo de esclavos, habida

cuenta, en especial, de que su abortada acción permitía a Francia adquirir un excelente barco de guerra.

El 15 de junio de 1833, Cudjo y cuatrocientos once negros más fueron sacados de la cárcel de Plymouth y cargados en un barco británico destinado a Cuba, donde, en un gran cobertizo instalado junto a los muelles, fueron puestos en venta.

Naturalmente, se había extendido la noticia de que aquéllos eran los amotinados que habían asesinado a los tripulantes del *Ariel*, por lo que una morbosa fascinación acompañó su venta, y en torno al subastador se congregaron más compradores de lo habitual, pero habían ido a mirar, no a pujar. Los plantadores eran reacios a llevar a sus tierras esclavos que ya habían provocado disturbios, y los especuladores temían que ninguno de ellos pudiera ser introducido en América, donde un levantamiento de esclavos encabezados por el predicador Nat Turner había terminado en la matanza de cincuenta y cinco virginianos. Los dueños de esclavos americanos estaban aterrados.

En la venta, traficantes brasileños compraron todo el lote, a excepción de seis de los jóvenes más fuertes. Tras detenido examen, éstos fueron adquiridos por un enjuto americano que llevaba un traje de lino blanco abotonado casi hasta la barbilla. Chupaba constantemente un mondadientes de plata y hablaba en voz baja, al estilo de un caballero:

–Me llamo T. T. Arbigost, Savannah, Georgia, y pago al contado.

Cuando, después de la venta, el subastador preguntó por qué había adquirido los seis hombres que prometían ser los más difíciles, Arbigost dijo:

–Sé cómo amansarlos. Según mis cálculos, puedo introducirlos en Georgia y, luego, ir sacándolos al mercado, de uno en uno, en distintas partes del país… Nadie necesita saber que organizaron un motín.

Pagó su dinero, condujo a sus seis esclavos, entre los que figuraba Cudjo, hasta su balandra, los arrastró a la bodega y ordenó a su carpintero que los inmovilizara. Este hombre era un tipo influyente del interior de Georgia que esperaba dirigir algún día su propia plantación y que tenía teorías concretas sobre la forma de manejar a los negros. Con ayuda de cuatro robustos marineros, extendió a Cudjo en la cubierta inferior del barco, donde el espacio a proa era sólo de cuarenta y cinco centímetros. Ordenó a sus hombres que le sujetaran con correas cada tobillo, separándole las piernas lo más posible. Otro tanto hizo con las muñecas de Cudjo. Luego, le puso en torno al cuello una pesada argolla de hierro de la que colgaban dos pequeñas cadenas, las cuales fueron sujetadas al suelo. Y cuando el corpulento esclavo quedó así amarrado, el carpintero empezó a darle puntapiés, al tiempo que le maldecía y le desafiaba a que intentase amotinarse a bordo de aquel barco. Y continuó haciéndolo hasta que Cudjo se desmayó. Con una serie de puntapiés finales, el carpintero gruñó a los otros cinco, a los que inmovilizó de forma semejante:

–A ver cómo os amotináis ahora.

En esta postura, Cudjo, de veinticinco años de edad, entró en América.

EL DOMADOR DE ESCLAVOS

La mayor parte de las naciones han tolerado y practicado la esclavitud en alguna época de su historia. Grecia y Roma fundaron sus sociedades sobre ella. India y Japón trataron este estado de cosas creando clases intocables que continúan existiendo en la actualidad. Arabia mantuvo la esclavitud formal durante más tiempo que la mayor parte, mientras eran famosos países como Etiopía y Burundi. En el Nuevo Mundo, cada potencia colonial elaboró un sistema adecuado a sus peculiares necesidades y ajustado a sus costumbres nacionales.

El más práctico fue el de Brasil. Como su fe católica disuadía a las mujeres portuguesas de emigrar a un país nuevo y salvaje, los portugueses tomaban sus esposas entre la población esclava, y así se desarrolló una sociedad singular, fuerte y viable. Las esclavas eran esclavas, y como tales eran tratadas hasta que engendraban hermosas hijas; entonces se convertían de pronto en los padres de la novia. A los catorce años, el hijo del amo recibía su propia esclava, la mujer de dieciocho años más atractiva de toda la plantación, y la agradable tarea de ésta era iniciar al muchacho en el significado esencial de la esclavitud.

El sistema más razonable era el inglés. Como muchos de los mejores jóvenes debían encontrar su destino en ultramar, se hizo tradicional que muchas de las mejores jóvenes les siguieran; aunque era inimaginable el matrimonio con esclavas, era obligatorio dispensarles un trato decente, y no es sorprendente que Inglaterra se convirtiera en la primera gran potencia que proscribió la esclavitud en su territorio y la castigó fuera de él.

Los franceses fueron quizá los mejores administradores de su sistema de esclavitud; se situaba en un punto intermedio entre la asimilación total de Brasil y el rígido exclusivismo de Inglaterra, y originó una especie de afable y flexible sociedad en Guadalupe y Martinica, donde una familia de cierta distinción podía tener un primo casado con una antigua esclava. De hecho, corrían insistentes rumores de que Josefina de Beauharnais, la exquisita muchacha martiniqueña que se casó con Napoleón y se convirtió en emperatriz de Francia, tenía sangre de esclavos entre sus antepasados. La suerte del esclavo francés no era en manera alguna agradable, y también en aquellas islas se produjeron insurrecciones, pero fueron apaciguadas mediante el compromiso y la concesión.

El sistema más estólido e inflexible era el de los holandeses. No trataban a sus esclavos peor que otros, pero lo hacían con tan implacable opresión y dureza, que se tornaron frecuentes las

rebeliones de esclavos en sus colonias. Ser esclavo en una isla holandesa era vivir sin esperanza; día tras día giraban los trapiches, sometiendo a los negros a una sombría sumisión hasta que no podían aguantar más. Se producía entonces la feroz insurrección, las salvajes represalias y la fría y persistente trituración del molino.

Los españoles constituían una anomalía. En México y Perú sus primeros esclavos fueron indios, a los que bautizaron y aniquilaron. Los negros vivían relativamente bien en algunas de las posesiones españolas, donde a menudo cumplían las funciones de maestros, administradores y amigos de las familias. En las islas españolas, su vida en los campos de caña de azúcar era horrible y breve. Muchos que habían conocido la esclavitud en islas como Cuba, daban las gracias a sus olvidados dioses cuando el destino los llevaba a los Estados Unidos.

Por todos los conceptos, y en opinión de todos, la isla que representaba la esclavitud humana en su acepción absoluta era Haití. Allí, bajo una remota administración francesa que no respondía ante nadie, una banda de crueles explotadores aceptaba a los esclavos turbulentos que nadie más podía dominar, los hacían trabajar dieciséis horas diarias como animales, les daban poco de comer, les apaleaban constantemente y los enterraban al cabo de cuatro o cinco años. Para un esclavo, ser enviado a Haití equivalía a una condena a muerte lenta.

La esclavitud americana abarcaba una superficie tan extensa, que no se podrían formular fáciles generalizaciones. En los Estados tabaqueros del Norte dotados de clima templado, como Virginia, reproducía los mejores aspectos del modelo inglés; en los Estados meridionales, más remotos, como Mississippi y Louisiana, con sus abrasados campos de caña de azúcar y jiquilete, florecían las peores características de los sistemas holandés y haitiano. Y los Estados del algodón, como Georgia y Alabama, presentaban algunas de las mejores y algunas de las peores.

Maryland constituía una categoría propia. En realidad, comprendía dos categorías: la Orilla Occidental, cuyas plantaciones se hallaban muy modificadas por influencia de las presiones antiesclavistas ejercidas desde Pensilvania; y la Orilla Oriental, que permanecía aislada de las presiones exteriores y semejaba un feudo de las Carolinas. En 1833 tuvo lugar el momento culminante de la esclavitud en las vastas posesiones de los Steed.

Había cuatro plantaciones fundamentales: la grande de isla Devon, con sus operaciones accesorias al norte del Choptank, y los tres establecimientos del Refugio, con sus campos circundantes, que llegaban hasta el río Miles. En conjunto, abarcaban una amplia extensión de tierra, más de treinta mil acres, labrada por 693 esclavos. Y éstos, cuyo número no tardaría en ascender a más de ochocientos, eran controlados por dieciocho hombres blancos.

Nadie pudo ver jamás a todos los esclavos de los Steed. Unos trabajaban en campos tan remotos, que rara vez se tropezaban con un capataz blanco. Otros atendían los diversos almacenes. Los afortunados, por lo que a la ropa y la comida se refería, trabajaban en las cuatro mansiones. Otros estaban especializados en oficios que requerían refinada habilidad; permanecían toda su vida en escondidos talleres. Pero la mayoría se dedicaban a las cosechas de la plantación: trigo, maíz, verduras, un poco de tabaco. Cavaban, escardaban y segaban, y continuaban haciéndolo hasta su muerte.

La mayoría vivían en una serie de cabañas de madera, toscas y con suelo de tierra apisonada, cuyas tablas no ajustaban unas con otras y por entre las cuales se filtraban los vientos del invierno. Se les permitía quemar algo de madera, pero no mucha. Se les daba algo de comida, pero nunca mucha. Recibían medicinas cuando caían enfermos, pero sólo las que les daban el capataz o su mujer. Y recibían ropa, un traje razonablemente bueno para las ocasiones especiales y un mono de trabajo para todos los demás días del año. No tenían iglesia, ni hospital ni, sobre todo, escuela.

Los primeros esclavos habían llegado a la isla Devon en 1670; habían pasado ya 163 años, y casi nada había cambiado. Si aquellos primeros negros pudieran regresar y subir nuevamente desde el muelle un martes por la noche, el miércoles por la mañana no habrían tenido ninguna dificultad para integrarse en el sistema. En realidad, hacía más de ocho años que no llegaba a Devon ningún esclavo procedente directamente de África; los últimos llegados habían nacido en América, a menudo en plantaciones famosas por su éxito en la crianza de negros.

En Devon sus vidas estaban gobernadas por los capataces; en las plantaciones remotas, un esclavo de los Steed podía pasarse tres años desbrozando y roturando nuevos campos sin llegar a ver a un solo miembro de la familia Steed. Los capataces solían ser alemanes o escoceses; tenían un sentido pragmático de la vida, y la religión luterana de los primeros y el calvinismo de los segundos les predisponía a creer que los pecadores debían ser castigados. Por ello, estaban siempre dispuestos a sancionar al esclavo moroso y a mantener trabajando a los peones; tendían también a ser honrados.

En 1833, el capataz en la isla era un tal Mr. Beasley, un escocés que gozaba de impecable reputación de severidad y justicia. Conocía por su nombre a cada uno de sus esclavos y procuraba encomendarles tareas para las que estuviesen especialmente dotados. En sus primeros tiempos, en una plantación de Virginia había azotado con frecuencia a los esclavos, porque así lo exigía el amo; pero después de caer bajo la influencia de los Steed, no volvió nunca a pegar a un esclavo. Pero exigía obediencia inmediata, y si un esclavo se mostraba díscolo, Beasley recomendaba su venta a alguna otra plantación. También le gustaba que sus esclavos asistieran a las reuniones de oración que él dirigía… «La palabra de Dios conforta al espíritu turbado.»

Algunas de las distantes plantaciones tenían capataces muy diferentes; los había verdaderamente crueles que azotaban y

pegaban sin compasión. Pero las noticias comprobadas de su salvaje comportamiento llegaban hasta Mr. Beasley, éste los despedía en el acto, por lo que los Steed estaban justificados para jactarse, como hacía repetidamente: «Nuestros esclavos son los mejor tratados de Maryland. No se les pega si se los maltrata.»

Lo lastimoso de la esclavitud tal como existía en la plantación Steed era su trivialidad. Sobre blancos y negros por igual pesaba la carga de la costumbre que inducía a todos a aceptar como inevitables las situaciones más extraordinarias. Una ininterrumpida cadena de hombres y mujeres negros era adquirida para la plantación o engendrada en ella, y existían a través de los siglos sin apellidos, antecedentes escritos, instrucción, variación ni esperanza. Los braceros formaban una interminable sucesión de Toms, Jims, Joes; en la casa grande se preferían los nombres clásicos, pues éstos daban una especie de distinción a la vida social: Pompeyo, César, Aníbal, Napoleón, Bruto. Las mujeres de los lejanos campos tenían a menudo nombres que rara vez eran pronunciados por sus capataces blancos: Pansy, Prissy, Pammy, Petty, Puss. Generación tras generación, todos eran considerados igual; tratados igual…, vestidos igual…, ignorados igual… y enterrados igual.

Los blancos que supervisaban este sistema acabaron también volviéndose iguales en sus formas de conducta. La mayoría de las esposas eran amables y condescendientes, pero, al mismo tiempo, se cuidaban de asegurar que en los alojamientos de los esclavos se fuera formando una nueva promoción de costureras. Los dueños de plantación se mostraban retraídos, pero considerados; se avergonzarían si alguien anduviese diciendo que trataban mal a sus esclavos: «Nosotros nos esforzamos por ser buenos amos, y despedimos a todo capataz que toque a un esclavo.» El hecho de que en Devon el propio amo hubiera perdido el juicio durante algún tiempo, llegando a azotar a su esclava Eden, era aludido sólo de

forma indirecta: «Tuvimos un pequeño problema, pero lo arreglamos.» La verdadera carga que pesaba sobre los amos blancos era psicológica: acababan creyendo que eran intrínsecamente superiores y que habían sido depositados en sus manos los destinos de aquellos menos afortunados.

Los capataces blancos de los Steed ocupaban una curiosa posición, medio esclavos, medio libres. En cien años ningún capataz había comido jamás a la mesa de un Steed, ni se había sentado tampoco en presencia de un Steed sin que previamente se le hubiera invitado a ello. Habría sido inimaginable que Mr. Beasley quebrantase alguna de estas dos costumbres.

Había cinco niveles de vida social a lo largo del Choptank, y los miembros de cada una de ellas conocían su puesto. Estaban primero los Steed y otros plantadores semejantes; infinitamente por debajo de ellos se situaban los esclavos. En la ciudad estaban los comerciantes y artesanos, como los Paxmore, a quienes los propietarios de esclavos aludían siempre como «esos pobres desventurados»; y por todas partes aparecían los blancos pobres, como los Turlock, cuya mención suscitaba de ordinario la misma respuesta: «¡Oh, ésos!»

Había en la esclavitud un aspecto que desafiaba toda explicación: a lo largo del Choptank, sólo una familia de cada ocho poseía esclavos, y, sin embargo, todos creían que su existencia misma dependía de la permanencia de la esclavitud. Era como si los Steed hubiesen recurrido a la brujería para persuadir a los granjeros carentes de esclavos a que defendieran un sistema que no les beneficiaba a ellos, sino a los ricos, y cuando George Paxmore trataba de razonar que la vida económica del río adquiriría nuevo impulso si los negros fuesen puestos en libertad para, así, poder trabajar a cambio de un salario, le consideraban un necio irresponsable no sólo los Steed, que poseían esclavos, sino, especialmente, los Turlock, que no poseían ninguno y cuya

posición relativamente baja era causada de modo fundamental por la insistencia de la región en utilizar esclavos como mano de obra.

–Todo lo que necesito saber sobre los negros -dijo Lafe cuando llegó a Patamoke la noticia del motín sobrevenido a bordo del *Ariel*- es que mataron a mi primo Matt. Si uno de ellos me mira con malos ojos, lo mato.

El sistema de esclavitud de los Steed estaba desprovisto de rigor, y daba satisfactorios grupos. Encontraba su mejor expresión en la época de Navidad; entonces, de acuerdo con una larga tradición, los esclavos recibían una semana de vacación y Mr. Beasley se ocupaba de que en todas las comunidades se asaran cerdos en hogueras encendidas en hoyos abiertos en la tierra, a la vez que se tostaban docenas de pollos, a su lado. En la casa grande se hacían confites y pasteles. Se preparaban cientos de hogazas de pan, y las mujeres Steed se encargaban de que todo esclavo recibiese un juego de ropas nuevas; a los muchachos que habían cumplido dieciocho años ese año les daban su primer traje de buena tela, y a las muchachas de esa edad, dos vestidos.

Mr. Beasley, aunque era totalmente abstemio, permitía que se llevaran botellas e, incluso, barricas de whisky, y los festejos eran incesantes: peleas de gallos, carreras, combates de lucha libre, reuniones de costureras, competiciones culinarias y toda clase de juegos para los niños. Cada plantación tenía por lo menos un hombre que sabía tocar el violín, y a veces tocaba durante nueve horas seguidas. Con frecuencia los blancos de las casas grandes acudían para contemplar las danzas; se sacaban sillas, y los amos presenciaban con gesto aprobador cómo se divertían sus esclavos.

Durante este período festivo no se realizaba ningún trabajo, sólo las rutinas inevitables, como ordeñar las vacas, recoger huevos y sacar los orinales de la casa grande. Eran unos días de jubilosa alegría, y cincuenta años después, negros de alguna remota parte de

la nación recordarían la vida en la plantación: «De no haber sido por la Navidad, creo que me habría muerto.»

Los Steed disfrutaban con las fiestas casi más que sus esclavos; realzaban la ilusión de que eran buenos amos. La alegría que mostraban los oscuros rostros demostraba que la vida en las cabañas era tolerable, y la evidente satisfacción cuando se distribuían las nuevas ropas y los alimentos extras demostraba que, al menos en aquellas plantaciones, los esclavos amaban a sus amos.

Había solamente una ominosa nube: Elizabeth Paxmore, la señora cuáquera, había sido sorprendida enseñando a niños negros a leer y escribir. Naturalmente, no los admitía en la improvisada escuela que dirigía en Acantilado de la Paz para los blancos de la plantación, pero los acogía en el cobertizo situado en la trasera de la casa telescópica, aunque ello quebrantaba las costumbres locales. Lo que era peor aún, había permitido a dos negros mayores introducirse en sus clases y les estaba enseñando a leer la Biblia, y ambos pertenecían a los Steed.

Cuando la noticia de este criminal comportamiento llegó a conocimiento de tío Herbert, que supervisaba ahora la plantación entera de los Steed, quedó horrorizado. Preguntó a sus sobrinos si estaba en lo cierto al suponer que nunca se les había enseñado a los esclavos a leer la Biblia, y éstos le aseguraron que así era. Llamó entonces a Mr. Beasley, que permaneció en pie, con el sombrero en la mano, para recibir sus instrucciones:

–Tiene que ir a razonar con esa difícil mujer. No podemos permitir un escándalo… Dios sabe que le hemos enviado a ella nuestros hijos. Pero tenemos que poner fin a este pernicioso asunto.

Así, pues, Mr. Beasley subió a su balandra y se dirigió a Acantilado de la Paz. Inclinándose cortésmente, dijo:

–Mrs. Paxmore, vengo a tratar de un desagradable asunto.

–Como siempre -replicó ella hoscamente, pero con una pincelada de adusto humor.

Tenía ya cuarenta y nueve años, y era pulcra y erguida como un olmo, y casi tan bella. Sus facciones habían adquirido una hermosa serenidad, como armonizando con los grises vestidos que llevaba, y sus modales se habían suavizado. Su actitud desarmaba a sus interlocutores, y, a su edad, poseía la viveza de una muchacha. Sonriendo cordialmente, invitó a Mr. Beasley a pasar y sentarse, y ella se sentó frente a él en una silla de respaldo recto.

–Háblame de tu problema.

–Es sobre esos esclavos a los que está enseñando a leer la Biblia, señora.

–¿Es malo enseñar a otro ser humano a leer la Biblia?

–Mrs. Paxmore, no parece usted comprender que desde los problemas con Nat Turner en Virginia… Las cosas ya no son iguales, y este entrometimiento con los negros tiene que cesar.

Elizabeth Paxmore cruzó las manos sobre el regazo y dijo con firmeza:

–No cesará.

Mr. Beasley hizo caso omiso de su desafío y continuó:

–También tiene que dejar de enseñar a los hijos de nuestros negros.

Mrs. Paxmore empezó a responder, pero el capataz dijo apresuradamente, como sí se hubiese aprendido de memoria sus argumentos:

–Todos los Estados están de acuerdo en que los esclavos no deben leer la Biblia. Se centran en determinados versículos, y eso les turba. Lo adecuado es que les enseñe la Biblia un ministro blanco… o el amo de la plantación.

–¿Ellos no se centran en determinados versículos?

–Pero dan una idea equilibrada. Que Dios ordenó el mundo. Que algunos fueron destinados a ser esclavos.

–¿Y que el esclavo debe obedecer al amo?

–Por supuesto. La Biblia lo dice específicamente.

Mrs. Paxmore miró compasivamente al capataz y preguntó:

–¿Crees que voy a dejar de difundir la palabra de Dios?

–Sería mejor que lo hiciese La palabra de Dios solamente debe ser enseñada por quienes son capaces de explicar su verdadero significado.

Habían llegado a un punto muerto. Mr. Beasley no tenía nada más que decir. Se excusó cortésmente, se encasquetó el sombrero y caminó hasta su balandra. Mrs. Paxmore creyó haberle vencido, pero al final fue él quien triunfó, pues ella no volvió a ver más a sus alumnos, nombres o niños. Esperó a que apareciesen en el cobertizo de la trasera, pero nunca regresaron allí. Un día, en Patamoke, paró a una esclava de los Steed para preguntarle dónde estaban sus alumnos, y la mujer no se atrevió a responderle allí, en la calle, donde podía verle el personal de la tienda Steed, pero con un movimiento de los ojos indicó que se reuniría más tarde con Mrs. Paxmore, detrás de una tapia.

–Fueron vendidos en el Sur.

Esta frase representaba el terror final entre los esclavos -las plantaciones de caña de azúcar de Louisiana, los campos de algodón de Mississippi-, y Mrs. Paxmore, acometida por una súbita debilidad, se apoyó en la pared, con las manos sobre los ojos. Los dos jóvenes tan prometedores, los niños que estaban empezando a aprender sus primeras letras…

–Todos fueron vendidos en el Sur.

Fue a esta sociedad a la que Cudjo llegó a mediados de diciembre de 1833, y su llegada causó sensación, pues era el primer nativo de África que veía ninguno de los que vivían en Devon.

Llegó al Choptank ilegalmente. Después de haber expulsado a los dos aprendices de la Biblia, Mr Beasley los expidió a Baltimore, junto con cuatro niños separados de sus padres, con la idea de venderlos a todos para el Sur. Pero al acercarse a la sala de subastas, fue interceptado por un tratante de esclavos de Savannah

que se presentó como «T. T. Arbigost, con una proposición muy interesante». A Mr. Beasley no le agradaba aquella clase de hombres ni sus negocios, pero Arbigost susurró:

–¿Por qué pagar al subastador una comisión innecesaria?

–¿Qué se propone?

–Véndame a mí sus esclavos, privadamente.

–No ofrecerá usted tanto.

Mr. Beasley tenía buenas razones para recelar de los tratantes de Georgia, y Mr. Arbigost, con su blanco traje de lino y su mondadientes de plata colgándole de una comisura de la boca, parecía especialmente sospechoso. Pero ofreció un trueque atractivo:

–Mire, sé que los negros de los que usted quiere deshacerse son unos revoltosos. Me doy perfecta cuenta. Pero yo me los quedaré en forma muy ventajosa para usted. Por los dos hombres le daré uno de los mejores negros que usted haya visto jamás, dócil y muy hábil con las máquinas. Y por los cuatro niños le daré mis dos mujeres.

–Eso no parece…

–Y cuatrocientos dólares.

Cerraron el trato, y, después de cambiarse de sitio en la boca el mondadientes de plata, Mr. Arbigost le confió:

–Para serle sincero, Mr. Beasley, yo mandaría a las dos tías a trabajar en los campos. Resultarían un poco descaradas en la casa grande.

–¿Hay el mismo problema con el hombre?

–¡No, señor!

Se acercó al capataz y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

–Yo personalmente lo he introducido aquí de contrabando. Directamente de un barco llegado de África.

Beasley nunca había tenido un esclavo traído directamente de África, y preguntó:

–¿Es eso una ventaja?

–¡Sí, sí! – exclamó entusiásticamente Mr. Arbigost-. Significa que aún no ha aprendido las formas que tienen los negros de armar jaleos.

Seducido por la perspectiva de tratar con una nueva clase de esclavo, Mr. Beasley inspeccionó al hombre. Aparentaba unos veinticinco años y era robusto, con buena dentadura y grandes bíceps. Sus ojos tenían la mirada de plácida resignación que preferían los capataces.

–¿Debo encadenarle a la embarcación?

–¿Encadenarle, Mr. Beasley? ¿Espera que un buen chico como éste se amotine? Mírelo, tan manso como un cordero.

Mr. Arbigost dio a Cudjo un puñetazo en las costillas, y el esclavo ni pestañeó.

Los tres esclavos fueron conducidos al muelle, y comenzó la larga y plácida travesía hasta Devon. Cudjo recordaría todos los detalles: las enormes dimensiones del puerto de Bahimore, la multitud de barcos amarrados en él, la amplitud de la bahía, la belleza de la Orilla Oriental elevándose suavemente en el horizonte, la serena quietud de la isla Devon. Observó también a los cuatro esclavos semidesnudos que tripulaban la embarcación, y pensó: yo he dirigido un barco mayor que éste. Pero se fijó en que los hombres parecían a gusto, y que sus espaldas no presentaban cicatrices, como la suya.

Al ser entregado en Devon, fue asignado a una de las plantaciones exteriores, de la que procedían los dos hombres que habían sido sorprendidos aprendiendo a leer, y allí, lejos de la indulgente influencia de los Steed, fue colocado bajo la vigilancia de un tal Starch, el más feroz de los capataces. Al llegar, todos los esclavos realizaban su aprendizaje con Starch, que poseía una

extraordinaria habilidad para introducirles en el sistema Steed. Cuando tuvo por primera vez ante sí a Cudjo y su impresionante físico, supuso que aquel hombre podría resultar difícil, pero durante sus semanas en Georgia, el gran xanga había dominado la estrategia de ser esclavo.

Obedecía. Comprendía la situación más rápidamente que la mayoría, observaba atentamente para determinar qué era lo que complacía a un capataz irascible, y lo hacía. Y ello por una razón poderosa: estaba resuelto a aprender. Sus 33 días al mando del *Ariel* le habían enseñado toda una vida de lecciones; que podía manejar una complicada máquina, que podía manejar a las personas, que debía aprender a leer, que debía aprender a calcular, que su vida carecería de sentido a menos que aprendiese de alguna manera a ser libre. Sobre todo, había adquirido esa confianza interna que puede hacer a un hombre infinitamente más poderoso que lo que normalmente permitirían los azares del nacimiento, Ninguna clase de malos tratos temporales le apartarían de sus dos objetivos de aprender y obtener la libertad. No comprendía la esclavitud, salvo la verdad fundamental de que los negros eran esclavos, y los blancos no, y que todo lo que estos últimos dijesen era correcto. Incluso durante su breve estancia en Savannah había visto con asombro cómo los blancos daban a los negros instrucciones sumamente defectuosas e ineficaces para hacer un trabajo; hasta el negro más estúpido podía darse cuenta de que no darían resultado, pero ni aun el negro más listo podía corregir al amo blanco. «¡Sí, señó! ¡Sí, señó!» Eran las primeras palabras inglesas que Cudjo había aprendido, y las utilizaba constantemente sin sentirse humillado por ello. Si «¡Sí, señó!» era el salvoconducto para la existencia, no tenía inconveniente en emplearlo.

Blancos y negros se sentían igualmente fascinados por aquel extranjero procedente de África. Los primeros, esperando encontrar la prueba de que los negros nacían salvajes y sólo eran rescatados

por la esclavitud, y los segundos, tratando de descubrir algo acerca de sus orígenes. Él decepcionó a ambos grupos, pues no era un salvaje ni sentía el menor interés por África; su problema era América. Durante su aprendizaje en Georgia había aprendido las suficientes palabras inglesas como para poder comunicarse, y en cuanto quedó instalado como uno de los braceros de Mr. Starch, empezó a hacer preguntas: «¿Quién es el gran jefe?» «¿Dónde vive?» «¿Alguien sabe leer aquí?»

Cuando fue formulada esta última pregunta, los otros esclavos dieron muestras de miedo. Explicaron que los predecesores de Cudjo habían sido sorprendidos leyendo y habían sido vendidos en el Sur. Contándole un centenar de historias, trataron de inculcarle la idea de que lo peor del mundo que podía sucederle a un esclavo era ser vendido en el Sur, y él, después de haber escuchado sus relatos, dijo:

–Yo estado en el Sur.

E indicó que había muchas cosas peores.

Siempre que veía algo escrito lo estudiaba, ávidamente, tratando de descifrar su misterio. Su primera instrucción sólida le llegó cuando se estaban preparando unos barriles con mercancías para su envío a Londres. Apareció entonces un esclavo de la tonelería con una plantilla de hierro y un montón de virutas de madera. Encendiendo una pequeña fogata, el hombre arrojó sobre ella gruesos maderos hasta obtener una gran hoguera sobre la que puso la plantilla de hierro. Cuando ésta estuvo al rojo vivo, la aplicó a la parte superior del barril, dejando que la chamuscara hasta que la inscripción quedó profundamente grabada: DEVON PLN FITHIAN LONDRES 280 LB.

Se aprendió de memoria el letrero, incapaz de descifrar absolutamente nada de lo que representaba. Sin embargo, podía reproducirlo, letra por letra, cosa que hacía en la arena cuando nadie miraba. Luego, por algo que Mr. Starch dijo, dedujo que

aquel barril estaba destinado a Londres, y experimentó una extraña sensación de triunfo, pues él había estado en Londres. Eso por lo menos, lo sabía.

Oyó también al capataz de otra plantación: «No estoy muy seguro, Starch, de que aquel barril contenga de verdad 280 libras», y Mr. Starch se había acercado hasta él, dado unos golpecitos en las cifras y dicho: «Cuando nosotros zarpamos doscientos ochenta, queremos decir doscientas ochenta.» Cudjo apartó rápidamente la vista, pero tan pronto como los hombres se alejaron, se apresuró a ir hasta el barril, observó los signos que Mr. Starch había señalado y aprendió que 280 significaba doscientas ochenta. Durante los siguientes días, escribió estos símbolos en el polvo muchas veces, y los pronunció. Ellos fueron su primer paso.

Cuando fue llenado el siguiente barril, y estaba a punto de ser colocada su tapa, Cudjo se acercó al barril y preguntó, de modo que Mr. Starch pudiera oírle:

–¿Éste tiene doscientos ochenta?

Sin pensarlo, el capataz respondió:

–Más.

Luego se detuvo, miró a Cudjo y meneó la cabeza. Pero le recordó.

Era tan excitante la sensación de poder que experimentaba al saber que aquel barril iba dirigido a Londres y que contenía doscientas ochenta, que Cudjo buscó algún otro escrito que descifrar; no había ninguno. Así, pues, empezó a preguntar cómo habían aprendido los dos esclavos expulsados, y, lentamente, descubrió que les había enseñado una mujer blanca llamada Mrs. Paxmore. Rápidamente, dejó de hacer preguntas, con el fin de que algún esclavo inteligente no descubriera sus planes, pero en otra parte del campo completamente distinta empezó a indagar discretamente quién era aquella Mrs. Paxmore, y se lo dijeron.

Un día de principios de diciembre de 1834 se escapó del trabajo, corrió hasta la orilla del estero divisorio, lo cruzó a nado y corrió a lo largo de la ribera oriental hasta llegar a Acantilado de la Paz. Sin vacilar, subió a la colina, llegó hasta la puerta trasera, llamó con los nudillos y esperó.

Apareció una mujer de edad madura, delgada y vestida severamente de gris. Lo que siempre recordaría él era que la mujer no se sintió ni sorprendida ni asustada, como era lo habitual ante la llegada de esclavos desobedientes.

–¿Sí?

–¿Yo aprender leer?

–Desde luego.

Cerrando cuidadosamente la puerta de la cocina, ella le condujo hasta el cobertizo en que había impartido anteriormente sus enseñanzas y le hizo sentarse en una silla.

–¿A qué plantación perteneces?

Esto era demasiado difícil, así que ella preguntó:

–¿Quién es el gran jefe?

–Señó Starch.

Ella se recostó en su asiento, juntó las yemas **de los dedos y dijo sosegadamente:**

–¿Conoces las palabras *vendido en el Sur?*

–He estado en el Sur.

Ella inclinó la cabeza, y, cuando la levantó, **Cudjo pudo ver lágrimas en sus ojos.**

–¿Todavía quieres aprender?

Cudjo asintió con la cabeza, y, sin más comentarios, ella cogió una cartilla -una tabla en la que había sido grabado a fuego el alfabeto-, pero, antes de que pudiera decir nada, él escribió con el dedo las palabras grabadas en los barriles de tabaco. La mujer no pudo seguirle y, cogiendo lápiz y papel, le dijo:

–Escribe.

Por primera vez en su vida, Cudjo puso palabras en un papel: DEVON PLN FITHIAN LONDRES 280 LB. Ella sonrió. Imaginaba con qué esfuerzo había «prendido esas letras aquel esclavo analfabeto, y estaba a punto de explicársela, cuando él la contuvo con un gesto y señaló el 280.

–Doscientas ochenta -dijo, y ella le felicitó.

Pasó luego a cada grupo de letras, y Cudjo se sintió lleno de júbilo cuando descubrió cuál de los símbolos significaba Londres. Repitió varias veces el nombre, miró a Mrs. Paxmore y rió:

–Yo estado Londres.

Ella consideró esto sumamente improbable y supuso que estaba confundiendo el nombre con alguna localidad del Sur. Cuidadosamente, explicó qué era Londres y dónde estaba, y él exclamó:

–Yo estado Londres.

Y con unas cuantas palabras y gestos le convenció de que había estado realmente en aquella gran ciudad que ella nunca había visto, pero cuando le preguntó cómo había llegado allí algo en su interior le advirtió que nadie debía saberlo jamás, y fingió no entender la pregunta.

Ella se encogió de hombros y continuó con la clase, señalando las cuatro enes y mostrando que el símbolo tenía el mismo sonido en cada una de las cuatro palabras en que aparecía. Cudjo repitió la enseñanza, y a la segunda repetición se le iluminó el rostro con una luz que irradió a toda la habitación. ¡Aquél era el secreto! Todos aquellos símbolos contenían su propio sonido, y leer no era sino descifrar esos sonidos.

Mrs. Paxmore y él se pasaron toda la tarde examinando las letras del letrero estampado en los barriles hasta que las hubo aprendido todas. Ella se daba cuenta intuitivamente que eso era más importante que empezar con el alfabeto, pues el propio Cudjo

le había llevado aquel problema; era algo que brotaba de su vida, por lo que su solución tendría triple sentido.

OceanofPDF.com

Al anochecer volvió a la cartilla y pronunció los sonidos de las letras, y él ya conocía letras como la D de Devon y la F de Fithian, pero al llegar a la letra L se sintió confuso. En LONDRES se había pronunciado como ella decía ahora, pero en LB tenía sonido de P [2]. Repitió el sonido: Pouttd. *Pound.*

Ella se detuvo, miró el letrero y comprendió que no era sencillo explicarle lo que era una abreviatura.

–Verás…

Recurrió a la palabra PLN y explicó que se trataba de una forma más corta de escribir plantación, y esto Cudjo lo entendió fácilmente. Pero quedaba el problema de LB significando *pound.*

–Aprende las letras -dijo ella, dándole la cartilla.

Y, antes de que se fuera, le pidió que leyese el alfabeto, y Cudjo leyó correctamente 21 de las letras. Era, dijo aquella noche Mrs. Paxmore a su marido, uno de los seres humanos más inteligentes a los que jamás hubiera intentado enseñar.

Llegó la Navidad, y los negros tuvieron su semana de vacaciones. Mientras otros se atiborraban de cerdo asado y whisky, Cudjo se escabullía a Acantilado de la Paz, donde se pasaba horas dando clase con Mrs. Paxmore. Conoció a Mr. Paxmore y a su hijo Bartley y fue invitado a comer allí el día de Navidad. Fue una ocasión solemne, con silencios que él no podía comprender, pero había un cálido ambiente de espiritualidad y la comida era abundante. Bartley se mostró especialmente atento, un chico de quince años ávido de conocer el mundo.

–¿Has estado en el Sur?

–Sí.

–¿Cómo era?

–Trabajo, poca comida, latigazos.

–¿Se está mejor aquí?

–Sí.

–¿Te casarás algún día?

Esto rebasaba la capacidad de comprensión de Cudjo, y bajó la vista hacia su plato, el primero que veía en su vida.

–Dadle un poco más de pavo -dijo Mrs. Paxmore, y tan pronto como finalizó la comida, Cudjo manifestó su deseo de volver al cobertizo.

–Bartley te dará clase -dijo Mrs. Paxmore.

Y el muchacho se mostró tan capacitado para enseñar como su madre. Le encantaba hacer que Cudjo recitara el alfabeto lo más rápidamente posible; hicieron carreras, y quedó claro que Cudjo dominaba todas las letras, todos los sonidos, pero al llegar a los números se sintió desconcertado.

Bartley era muy bueno en aritmética, y había ayudado con frecuencia a su padre a calcular tonelajes en el astillero, por lo que podía explicarla, y si Cudjo había destacado en su capacidad para aprender las letras, con los números se reveló francamente extraordinario. En tres días de trabajo intensivo, durante los cuales no vio apenas a Mrs. Paxmore, dominó a la perfección los principios del cálculo sencillo.

–Es admirable -observó Bartley a sus padres, cuando los negros se apresuraron a regresar a la plantación al terminar las fiestas.

Era admirable también que Cudjo continuase aprendiendo cuando disponía de tan escasos materiales con que hacerlo. Se sabía al dedillo la cartilla. Podía escribir en sueños el mensaje que figuraba en la contraportada: «Jovencillo emponzoñado de whisky, ¡qué figurota exhibes!» Mrs. Paxmore le había informado que lo curioso de aquella frase era que contenía todas las letras del alfabeto; se la recitaba a sí mismo a todas horas, viendo asomar por orden las veintiocho letras.

Pero necesitaba algo más sustancioso, y en marzo de 1835, en una de sus infrecuentes entrevistas, pues Mr. Starch recelaba de su nuevo peón y le vigilaba de cerca, Mrs. Paxmore le dijo:

–Puedes dejar ya el alfabeto. Estás en condiciones de leer un libro. Y le entregó un pequeño volumen, mal impreso, titulado *El vademécum del niño aplicado.*

Cudjo cogió el libro con las dos manos, lo miró fijamente, leyó el título casi «la perfección y se lo apretó contra la mejilla.

–Aprenderé todas las palabras.

Y señaló la palabra «aplicado», y Mrs. Paxmore explicó que él era aplicado porque estudiaba y aprendía bien. Luego, señaló «vademécum», y ella empezó a explicar que aquello era latín, pero su experiencia docente con niños le había enseñado que resultaba excesivo; lo único que necesitaba saber era su significado.

–Quiere decir «ven conmigo». Es tu ayudante.

Pero al abrir el libro, Cudjo lo hizo por una página que contenía problemas matemáticos, muchos de los cuales ya le habían enseñado Bartley, y empezó a decirlas soluciones a una velocidad que Mrs. Paxmore no habría podido igualar.

Ha sucedido un milagro en ese cobertizo -dijo aquella noche a su marido.

Luego, dirigió una sonrisa a su hijo y dijo:

–Eres mejor maestro que yo -y rompió a llorar-. Figúrate, predicando a la gente que los negros no pueden aprender.

Permaneció sentada, completamente inmóvil, durante un rato, y luego empezó a tabalear nerviosamente sobre la mesa.

–Nunca lo entenderé -dijo.

Fue ese libro lo que causó la perdición de Cudjo. Era tan pequeño, que podía esconderlo en el pantalón, no en el bolsillo, porque no lo tenía, sino junto a la nalga izquierda, sujeto allí por una cuerda que pasaba entre sus páginas centrales. No podía compartir su secreto con nadie, pues tenía conciencia de que, si descubrían que sabía leer, lo venderían en el Sur, por lo que sólo miraba al libro cuando podía disponer de unos minutos a solas.

El libro había sido escrito para niños de nueve y diez años y hablaba de héroes seleccionados a quienes los niños debían imitar: Roberto Bruce y la araña; Rolando y la última batalla; George Washington en Valley Forge. El grado de dificultad era exactamente el adecuado para Cudjo, pero su rápida mente no tardó en asimilar los mensajes morales, y ansiaba hablar con alguien acerca de Roberto Bruce y de por qué luchaba. No había nadie. Así, pues, se aprendió de memoria los textos seleccionados, encontrando gran placer en los sencillos poemas que enriquecían el texto:

El bravo Roberto estuvo en su celda viendo
a la araña afanosa su tela tejiendo
hasta que al combate la llamada oyó.
Y ganó el día, como ganarlo debemos tú y yo.

Pero una mañana de noviembre en que se estaban haciendo rodar los barriles por el muelle de la plantación, Mr. Starch oyó a Cudjo leer la nota de envío:

–Plantación Devon. Para Fithian, Londres. Doscientas ochenta libras.

Saltó de su caballo y agarró a Cudjo.

–¿Dónde has aprendido a leer?

–Yo no lee, señó.

–Acabas de leer ese letrero.

–Oí desilo a uté, señó.

–Eres un embustero. Quédate aquí.

Y cabalgó entre los esclavos, haciendo preguntas. Al poco rato, volvió, rugiendo:

–Has estado yendo a casa de Mrs. Paxmore.

–No, señó.

–¡Maldito embustero!

Y se inclinó y empezó a azotar a Cudjo en la espalda. Cudjo retrocedió hasta ponerse fuera de su alcance, y esto enfureció al capataz. Saltando de su caballo, se abalanzó hacia el esclavo y le ordenó que se quitase la camisa para recibir los latigazos que se merecía. Cudjo se mostró remiso, por lo que Mr. Starch le arrancó la camisa y, al hacerlo, dejó al descubierto una cuerda que asomaba por la parte superior de los pantalones.

–¿Qué es eso? – bramó.

Y le rasgó los pantalones de un tirón, y el libro escondido cayó al suelo. – ¡Maldito! – rugió, y azotó al esclavo hasta que se le cansó el brazo.

Haciendo subir al esclavo a la balandra de la plantación, se dirigió a isla Devon para informar a Mr. Beasley de la infracción, pero tío Herbert le interceptó en el muelle.

–¿Qué le trae por aquí? – pregunto.

–He cogido a este esclavo leyendo. Ha estado en casa de Paxmore.

–¡Oh! – suspiró Steed-. Realmente, debemos hacer algo con respecto a esos malditos cuáqueros.

–¿Dónde está Beasley? – preguntó Starch.

–Retirado. Y si desempeña usted bien sus funciones, puede ocupar su puesto. – Herbert hizo una pausa solemne y añadió:

–Y quizás el mío también, a su debido tiempo.

Starch, estimulado por esta insinuación, dijo bruscamente:

–Lo primero que debemos hacer es darle unos buenos latigazos a éste.

–Véndalo en el Sur. No quiero en mis tierras a ningún negro que sepa leer.

–Soy de la misma opinión -dijo titubeando Starch-. Pero…

–Pero, ¿qué?

–Tiene mucha habilidad para arreglar máquinas. Tiene verdadero talento.

–¿Qué propone?

–Vale la pena conservarlo, Mr. Steed. De veras que vale la pena.

Mr. Starch carraspeó y dijo:

–Sugiero alquilarlo a Cline por un año.

Tío Herbert juntó las yemas de los dedos y se las llevó a los labios. Mandarle un esclavo a Herman Cline era una decisión terrible, a tomar sólo en los casos peores.

–Los Steed procuramos mantenernos apartados de hombres como Cline.

–Pero cura a los negros.

–¿Cree que puede curar a éste?

Antes de que Starch pudiera responder, Herbert añadió:

–Detesto a los negros que saben leer.

–Cline terminará también con eso, créame.

Y Starch se puso en marcha para ir a buscarle.

Cline vivía a orillas del río Pequeño Choptank, al sur de Devon. Su mujer y él ocupaban allí una franja de tierra baja y húmeda, medio campo, medio pantano. Con sus escasos ahorros había logrado comprar a precios de ganga cuatro esclavos de los que nadie podía sacar partido, y, aterrorizándolos con el látigo y los puños, los había convertido en trabajadores aceptables. Habían desecado parte de los pantanos, creando una granja bastante productiva, y su éxito con aquellos renegados le confirió un título que significaba dinero: Cline, el Domador de esclavos. Los plantadores de la región estaban convencidos de que por 150 dólares Herman Cline podía domar al esclavo más difícil y transformarle en un siervo dócil.

Apareció una mañana en el muelle, cuarenta y siete años de edad, no excesivamente alto ni corpulento. Mientras subía por el sendero que

conducía a la oficina, con su andrajoso sombrero, sus maltrechos zapatos, rotos pantalones y tosca camisa, llevaba un gran bocado de tabaco de mascar en la mejilla izquierda y un garrote labrado en la mano derecho. Lo insólito de éste era que terminaba en una correa de cuero de dos metros. Lo sostenía flojamente en la mano, de tal modo que la correa oscilaba airosamente; cuando hablaba, apuntaba con el garrote a su interlocutor, cimbreando el látigo en el aire. Iba sin afeitar, sin lavar y se le notaba mal alimentado, pero sus ojos se movían con tal rapidez, captando todos los aspectos de la situación, que producía una impresión de energía extraordinaria y fuerza de voluntad ilimitada.

–Aquí estoy -dijo.

Tío Herbert lo encontró tan desagradable que no hizo ningún intento por darle la bienvenida, pero esto no turbó al domador de esclavos. Había ido a hablar de negocios y deseaba concluirlos rápidamente.

–Las mismas condiciones que antes. Me quedo durante un año con su esclavo. Usted me paga cincuenta dólares cuando lo devuelva. Cinco meses después, si está curado, me da los otros cien.

Steed asintió con la cabeza, y Cline revolvió su bocado de tabaco, buscando algún sitio en que escupir. Steed le señaló la puerta, y cuando hubo escupido Cline añadió, golpeándose la mano izquierda con el garrote:

–Y si no está domado cuando lo devuelva, se queda con los cien.

Tío Herbert no deseaba participar en aquella desagradable transacción, así que Mr. Starch dijo:

–De acuerdo, Cline. Pero esta vez se trata de un tipo realmente difícil de manejar.

–Ésos son los que me gustan.

Sonrió pensando en el desafío y, luego, añadió:

–El acuerdo es el mismo de siempre. Si tengo que matarle para curarle, la culpa no es mía.

–Corremos ese riesgo -dijo Starch.

Y, cuando sacaron a Cudjo, a Cline le bastó una sola mirada para comprender que aquél iba a ser un año difícil. No dijo nada; simplemente condujo al corpulento xanga hasta el muelle, le indicó que subiese a la balandra, y él subió detrás. Pero antes de soltarle, levantó

de pronto el garrote y empezó a pegar a Cudjo en la cabeza, derribándole al primer golpe. Después continuó sacudiéndole mientras yacía allí tendido, golpeándole especialmente en la cara.

Mr. Steed y Mr. Starch, que se encontraban en el muelle, quedaron sorprendidos ante la violencia del ataque, pero el segundo de ellos dijo:

–Así es como empieza siempre.

–¡Es horrible! – exclamó Herbert Steed.

Pero su capataz le dio un leve codazo y dijo:

–Mire atrás. Es bueno que se les recuerde a nuestros negros lo que puede suceder.

Y allí, en la hierba existente tras el muelle, se hallaban siete u ocho esclavos de la casa grande, contemplándolo todo, pero sin decir nada. Mr. Starch, al ver a Eden, se dirigió a ella y la cogió del brazo.

–No seas tan descarada con Mr. Paul, o acabarás pasando un año con Mr. Cline.

Ella no trató de soltarse, ni reaccionó de ninguna manera ante su amenaza. Simplemente, se quedó mirando la embarcación que se dirigía hacia el Sur, hacia el Pequeño Choptank.

Herman Cline era un buen granjero. Tras hacerse con novecientos acres de tierra baja que nadie quería, había ido talando pacientemente los árboles de los puntos elevados, construyendo así una serie de campos diversos. Mediante una cuidadosa labranza y un incesante esfuerzo, había logrado que aquellos campos produjesen importantes cosechas, y si consiguiera obtener en los próximos veinte años tanto como había obtenido en los veinte últimos, algún día tendría una granja capaz de producir grandes ingresos.

Toda la ayuda de que disponía consistía en su esposa, sus dos caballunas hijas, los cuatro esclavos que había comprado y cinco esclavos más que le habían sido enviados para que los domara. Estos nueve negros vivían en un pequeño cobertizo, sin ventanas, ni suelo de madera, ni muebles de ninguna clase, a excepción de una fila de clavos en los que colgar la ropa. No había chimenea, ni utensilios de cocina; la comida les era entregada en un cubo, del que comían con las manos.

En la granja de Cline no había domingos. Durante los 365 días del año, incluida la Navidad, Mrs. Cline golpeaba una barra de hierro media hora antes del amanecer, como advertencia a los esclavos de que

debían de estar listos para el trabajo treinta minutos después. Bregaban hasta la puesta del sol, con diez minutos de descanso a mediodía, y después de anochecer cada uno de ellos era responsable de ciertas tareas adicionales, tales como cortar leña o limpiar las pocilgas. Los cuatro esclavos que Mr. Cline poseía debían trabajar así durante el resto de su vida.

Los otros cinco esclavos eran tratados con dureza adicional. Todas las mañanas del año Mr. Cline aducía alguna arbitraria excusa para golpear al menos a uno de ellos: «No has limpiado bien los cerdos.» La tercera mañana le tocó el turno a Cudjo:

–Te he sorprendido mirando a mi hija. Cuando ella pase, tú miras al suelo.

Golpeó veinte veces a Cudjo con su correa y, luego, preguntó:

–¿Qué tienes que hacer cuando pase mi hija?

–Mirar al suelo -respondió Cudjo.

–Cuando hables conmigo, di *señó.*

Y le azotó otras diez veces.

Día tras día, los esclavos recibían como alimento un cubo de gachas de maíz. Cada tres días se les daba una tira de carne de cerdo ahumada que colgaban del clavo que tenían asignado, mordisqueándolo de vez en cuando, con el fin de conservar algo hasta que apareciese la tira siguiente.

Las palizas matutinas eran sólo el principio. Mr. Cline merodeaba durante todo el día por sus campos y, de vez en cuando, y en los lugares más inesperados, caía sobre sus trabajadores, saltando contra ellos por su pereza y azotándolos hasta hacerlos sangrar. Debían trabajar cada minuto y cuidar cada objeto de la granja tan esmeradamente como si fuese suyo. Mr. Cline tenía una costumbre frecuente entre los dueños de esclavos: se echaba una larga siesta durante la tarde y, luego, una hora antes de terminarse el trabajo, aparecía espabilado y fresco. Rascándose, se dirigía a cualquier labor que se estuviese realizando en aquel momento y se ponía a trabajar como un demonio durante veinte minuto», hasta que el sudor le bañaba la cara. Luego, se interrumpía y decía:

–Así es como trabaja un verdadero hombre, malditos.

Y elegía algún esclavo que hubiese remoloneado y le azotaba diez o doce veces, gritándole:

–Ya te he enseñado cómo se trabaja; pues hazlo, maldita sea.

La Navidad mostraba el sistema de Cline en su peor aspecto. Los nueve esclavos sabían que en todos los demás lugares a orillas del Choptank otros esclavo» disfrutaban una semana de fiestas, pero ellos no cesaban de trabajar. El día de Navidad, media hora antes de amanecer, como de costumbre, sonaba el gong de hierro, emergían los esclavos de su cabaña de suelo de tierra y eran llevados a alguna tarea particularmente odiosa. A mediodía, Mrs. Cline hacía sonar nuevamente el gong, y su marido se acercaba a los esclavos y decía:

–Bien, no habéis dado ni golpe en toda la mañana, pero hoy es Navidad.

Cuando llegaban a su miserable cobertizo encontraban un cubo de gachas y, en un grasiento trozo de papel, un pollo asado.

Cuando Cudjo vio esto, la tarde de Navidad, tuvo que hacer un esfuerzo para no estallar en amarga risa. «¡En las plantaciones de Devon hay cerdos enteros y montones de pollos!» Se sentía tan ultrajado que rehusó luchar por un fragmento de aquel festín. Comió sus gachas y se quedó mirando cómo los otros ocho esclavos desgarraban la pequeña ave.

Mr. Cline tampoco repartía nuevas ropas por Navidad. Cada uno de sus nueve esclavos tenía un solo atuendo, y eso era todo. Lo llevaban todos los días, hasta que se les caía a pedazos. Entonces, Mr. Cline gritaba:

–Hueles como un buey. ¿Por qué no cuidas de tus cosas?

Y le azotaba con la correa y le arrojaba a regañadientes prendas nuevas.

Las estaciones eran horrendas a lo largo del Choptank. En verano, los mosquitos eran tan numerosos que centenares de ellos se posaban entre el codo y la muñeca, picando todos a la vez. En invierno soplaba de la bahía un fuerte viento, que penetraba en el desprotegido cobertizo en que se acurrucaban los nueve esclavos. Se filtraba por entre las rendijas de las paredes, como una hilera de agujas clavándose en la piel. Cuando la temperatura era de dos grados bajo cero, los esclavos dormían en el suelo, cubiertos cada uno de ellos tan solo con una

delgada manta. Trabajaban descalzos en los campos. Las plantas de sus pies tenían grietas de dos centímetros de anchura y otros tantos de profundidad.

¿Por qué nueve vigorosos negros permitían que Herman Cline, que pesaba menos que cualquiera de ellos, los maltratara tan brutalmente? La pregunta sólo puede ser respondida dentro de un contexto más amplio. Fueron exportados de África unos once millones de esclavos, y más de la mitad encontraron amos crueles; las razones de su sumisión son complejas y terribles. Fundamentalmente, fue posible mantenerlos bajo control porque nunca funcionaron como una unidad de once millones de seres humanos; eran distribuidos a razón de unos cuantos cada vez, cien aquí, cincuenta allí. Y, una vez repartidos, todos los organismos de la sociedad conspiraban para mantenerlos en la esclavitud.

Los blancos de Patamoke estaban dispuestos a apalear a cualquier negro que se enfrentara a su amo, e incluso estaban deseosos de ello. Las leyes de Maryland «probaban ese castigo, y los sheriffs ayudaban a imponerlo. Todos los clérigos que predicaban en territorio de esclavos salmodiaban las antiguas lecciones de la Biblia:

–«Ese siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no se preparó ni hizo conforme a ella, recibirá muchos azotes.» Son palabras del propio Jesús.

Los blancos que holgazaneaban en los almacenes, las mujeres que charlaban en las reuniones de costura, los niños que estudiaban en la escuela y, especialmente, los jueces que protegían la ley, todos apoyaban el sistema y se unían para advertir a los esclavos que debían obedecer.

Pero este razonamiento no explica por qué los nueve negros de la helada choza toleraban la brutalidad de Cline. Sus cuatro esclavos personales habían servido a otros amos sólo ligeramente menos crueles, y tenía la seguridad de que si se les enviaba a cualquier granja similar, serían tratados de forma muy parecida. Así, pues, aguantaban. Los cinco esclavos de plantación que se le habían cedido temporalmente se sentían estremecidos ante el salvajismo de Cline, pero sabían que sus condenas eran limitadas; si lograban sobrevivir a aquel terrible año, podían esperar una vida mejor en el futuro. Así, pues, también ellos aguantaban. Pero la razón básica por la que Cline podía caminar solo

por entre sus fornidos negros era que, a excepción de Cudjo, todos habían sido adoctrinados desde su nacimiento en un hecho fundamental: si le creaban complicaciones, tenía derecho a matarlos.

Naturalmente, había leyes que prohibían esto. Todos los Estados esclavistas las exhibían orgullosamente, y el código de Maryland era uno de los más humanos: ningún esclavo podía ser maltratado; debía recibir alimentación adecuada, así como ropas y albergue; ninguno podía ser mutilado; y quien matara a un esclavo debía responder por ello. En las grandes plantaciones públicas, los códigos sobre esclavitud se respetaban generalmente, pero, como todo el mundo estaba de acuerdo en que la granja de Mr. Cline era una especie de institución correccional, el código no se aplicaba allí.

La prueba de esto se produjo una mañana de abril de 1836, cuando se hallaba ya próximo a su fin el período de permanencia de Cudjo con el domador de esclavos. Un díscolo negro procedente de una plantación situada a orillas del río Miles y que había sido enviado allí para que aprendiera disciplina, se sintió tan irritado con Mrs. Cline, que le había ordenado barrer el patio por el que correteaban las gallinas, que finalmente le dijo:

–¡Pero, señora, ya lo he limpiado!

–¡No te insolentes! – gritó ella.

Y, cogiendo un grueso palo, empezó a golpearle con él, y el ruido era tan grande, que Mr. Cline acudió, y su mujer gritó:

–¡Me ha amenazado!

–¡Yo te enseñaré a pegar a una blanca! – rugió su marido.

Y corrió al interior de la casa para coger su látigo, e hizo llover sobre su esclavo una serie de golpes tal que el hombre, desesperado, se arrojó a las aguas del Pequeño Choptank. Al verlo, Mr. Cline rugió:

–Intentando escapar, ¿eh?

Y tomó su rifle, apuntó y le voló al hombre la cabeza.

Fue necesario realizar una encuesta. Un juez y un sheriff de Patamoke estudiaron los hechos, escucharon a la propia Mrs. Cline declarar que el esclavo la había amenazado, y pronunciaron rápidamente un veredicto que el secretario ni siquiera se molestó en poner por escrito: «Mr. Cline hizo sólo lo que debía.»

Durante los días siguientes desfogó su ira especialmente sobre Cudjo, pues notaba que, si bien había aterrorizado al corpulento xanga, no había llegado a doblegarle realmente; los Steed tenían muchas plantaciones, y si hacía un buen trabajo con Cudjo, podía esperar que los encargos se repitieran. Así, pues, vigilaba constantemente a Cudjo, pegándole sin motivo, privándole de su ración de comida y encomendándole las tareas más pesadas. Hacia las once de la noche de un día de junio en que Cudjo había estado trabajando desde las cinco, sin más interrupción que diez minutos de descanso al mediodía, Mr. Cline le sorprendió dormitando cuando hubiera debido estar dedicado a la tarea especial de limpiar la embarcación de la granja, y se abalanzó sobre él, azotándole con la correa como castigo a su indolencia. Finalmente, Cudjo cayó de rodillas, sin poder aguantar más, y, mientras yacía tendido en el barro, junto al muelle, Mr. Cline dijo:

–Ahora quizás atiendas a lo que digo.

Y Cudjo se arrastró hasta la cabaña y se durmió sobre el suelo de tierra para volver a levantarse al amanecer del día siguiente.

¿Cuál fue el efecto de once meses de esa clase de tratos? Todas las mañanas Cudjo se levantaba con la firme decisión de componer mentalmente antes del mediodía una docena de frases en las que interviniera el mayor número posible de letras difíciles.

Por la tarde repasaba las historias de Robert Bruce, Rolando y George Washington, inventando incidentes que les ocurrieron cuando eran esclavos: «Rolando dijo al amo: Caballo bajó allí.»

Y, después de coger del cubo la mayor cantidad posible de gachas, v de mordisquear su trozo de tocino -que ningún otro esclavo tocaba jamás, no por miedo al castigo, sino porque era un rasgo de honradez en que todos se habían puesto de acuerdo-, hacía mentalmente largas sumas.

Y una noche de setiembre, mientras yacía tendido sobre la fría tierra, imaginó que ésta se movía bajo él y que se encontraba de nuevo en el bamboleante barco. Recordó aquellos espléndidos días pasados con Rutak, cuando se reunían y resolvían tantos extraños problemas, y retornó la vieja sensación de competencia, y se consoló con la idea de que era un hombre capaz, y dijo en voz alta:

–Esto va a terminar. Voy a ser libre otra vez.

No bien había pronunciado estas palabras, cuando un huraño negro recién llegado a la granja de Cline le dijo en la oscuridad:

–Si puedes, vete a Pensilvania.

Había oído antes ese nombre. Era la palabra sagrada para todos los esclavos del Sur, pues si se conseguía llegar a Pensilvania, que estaba al Norte, había esperanza. Cudjo habló al recién llegado de Mrs. Paxmore, y el hombre le aseguró:

–En Pensilvania hay muchos como ella.

–¿Cómo sabes?

–Estando allí.

–¿Cómo estás aquí ahora?

–Blancos me cogieron. Me vendieron otra vez.

Cudjo no supo qué decir ante esta horrible noticia. Ser libre y, luego, ser traicionado, debía de ser la peor experiencia de todas, pero empezó a murmurar para sí, como miles de esclavos lo hacían durante la noche:

–Pensilvania.

Trató de escribirlo en el polvo, cuando no le veía nadie, y consiguió poner correctamente casi todas las letras. La libertad aguardaba al Norte. A Pensilvania se llegaba huyendo hacia el Norte.

Siempre que pronunciaba la palabra le costaba conciliar el sueño, por agotado que estuviera, pues pensaba en los días en que había sido capitán de un barco; también entonces la salvación se hallaba al Norte, y a veces se levantaba de su lecho de tierra y miraba la estrella polar, y le parecía como si le llamase.

En noviembre de 1836, Mr. Cline hizo subir a Cudjo a bordo de su lancha y se dirigió a Devon, por donde le condujo, evidentemente domado, hasta la oficina.

–Mr. Steed, le traigo un negro reformado.

–¿Ha resultado difícil?

–Uno de los peores. Insolente.

–Pero, ¿le ha domado?

–Sí.

Permaneció allí, sintiéndose incómodo en presencia de aquel hombre de clase acomodada, y esperando que Mr. Steed abordara la

cuestión del dinero, pero tío Herbert encontraba un perverso placer en desconcertarle. Fingió volver a sus papeles y, luego, levantó la vista, como sorprendido de que Cline continuase allí.

–¿Deseaba algo?

–El dinero. Mr. Starch dijo…

–¡Oh, por supuesto! Pero Mr. Starch no está aquí ahora.

Cline interpretó aquello como un intento de evadir una justa obligación, y se le ensombreció el rostro y apretó los puños, como hacía cuando se enfrentaba a un esclavo difícil, pero, antes de que pudiera cometer ninguna estupidez, Mr. Steed llamó:

–¡Mr. Starch!

Y, mientras esperaba a que apareciese el capataz, sonrió condescendientemente a Cline.

Cuando Starch llegó, Steed preguntó:

–¿A qué acuerdo llegamos para pagar a Cline?

–Cincuenta ahora. Cien más tarde, si el negro está domado.

El domador de esclavos suspiró y aflojó los puños. Despectivamente, Mr. Steed contó cincuenta dólares y los empujó con una regla hacia Cline, que los recogió, saludó con la cabeza y regresó a su lancha.

–Un tipo horrible -observó Herbert, cuando hubo desaparecido.

–Pero necesario -repuso Starch.

Luego, recordando que no le había hecho a Cline una importante pregunta, fue hasta la puerta y exclamó:

–Cline, ¿qué aptitudes tiene el negro, en su opinión?

–Arreglar cosas -respondió el hombre.

Mr. Starch había descubierto un año antes la habilidad mecánica de Cudjo y le complació que Cline confirmase su idea.

–Podemos utilizarlo en la plantación lejana -dijo a tío Herbert-. Necesitamos mecánicos allí.

Pero este plan quedó frustrado por una intromisión que ninguno de los dos hombres hubiera podido prever.

Paul Steed, consciente de la avanzada edad de su tío y su cada vez más débil energía, y comprendiendo que pronto debería recuperar la dirección de sus vastas posesiones, había empezado a interesarse en diversas decisiones. Por eso, cuando Edén le dijo aquella mañana: «He

oído que han traído otra vez a ese Cudjo; dicen que es bueno arreglando cosas», se dirigió cojeando a la oficina y preguntó:

–¿Tenemos un esclavo llamado Cudjo?

Tío Henry, sorprendido ante la aparición de Paul, dijo que sí, que lo tenían, y añadió:

–Pero Starch lo va a llevar al otro lado del río.

–No -exclamó secamente Paul-. Lo necesitaré en la fragua.

Y cuando el esclavo fue bajado de la balandra de Starch, Paul le condujo a un pequeño y oscuro edificio situado al oeste de la mansión donde un esclavo muy viejo, llamado Aníbal manejaba una herrería, afilando guadañas, reparando ruedas y herrando caballos. En un rincón había una fragua, cuadrada, sólida y cercana al suelo; estaba activada por un gran fuelle hecho con dos pieles de vaca y alimentada de un montón de carbón vegetal apilado en otro rincón. Era un recinto cerrado y unificado, tórridamente caluroso en verano, resguardado en invierno, y Cudjo no tardó en asimilar las complejidades del trabajo sobre hierro. Un día, mientras martilleaba la llanta de hierro de una rueda, levantó los ojos y vio en el vano de la puerta a una atractiva mujer, de más edad que él y que sonreía.

–Me llamo Eden -saludó.

–Como él no respondiera, añadió:

–Tú sabes leer. Mrs. Paxmore me dijo.

Y se sacó de la falda un libro, que le ofreció.

Cudjo se sintió aterrado. Un libro como aquél le había condenado a un año en el infierno; a duras penas había logrado escapar con vida. Pero ella se lo ofrecía, un regalo de ella y de Mrs. Paxmore, y lo cogió con manos temblorosas. Al cabo de unos momentos, se lo llevó a la mejilla y lo sostuvo allí, mientras ardientes lágrimas se deslizaban sobre su encuadernación.

–¿Qué libro es? – preguntó ella.

–*Lecciones de Plutarco* -deletreó Cudjo.

Y, con hondo sentimiento, se lo devolvió.

–No -dijo.

–Puedes tenerlo, Cudjo. Ha dicho el amo.

–¿Amo Herbert?

–No, amo Paul.

Y añadió:

–Quiere verte…, ahora.

Y le condujo hasta la casa grande, a la que nunca se le había permitido acercarse, y en la puerta de entrada Tiberio, anciano ya, pero todavía impresionante con su uniforme dorado y azul, le dijo:

–Ten las manos a los costados, hijo, y no tropieces con nada.

Hizo entrar a Cudjo, franqueándole el paso a la majestuosa grandeza del vestíbulo.

–Por aquí -dijo, conduciendo a los dos esclavos al agradable corredor occidental construido generaciones atrás por Rosalind Janney Steed.

A la entrada de una sala de bellas proporciones y en la que la luz del sol penetraba a través de unas cortinas de encaje, el viejo portero anunció:

–¡Amo Paul, ama Susan! Tengo el honor de presentarles a dos esclavos, Eden y Cudjo.

Y, con una solemne reverencia, se retiró.

En la sala se hallaban sentadas dos personas delgadas y de aspecto elegante. Sobre la mesa situada junto al amo había un montón de libros; la mesa ante la que Miss Susan descansaba en su pesada silla contenía un servicio de té.

–Amo Paul -dijo Eden-. Éste es Cudjo. Sabe leer.

Sus antepasados habían vivido en la isla Devon durante más de 150 años, y en ese tiempo habían desarrollado las fascinantes formas de hablar utilizadas por los esclavos y los granjeros pobres, con sus truncamientos, sus palabras especiales, sus formas verbales simplificadas y sus musicales cadencias. Era una imaginativa forma de hablar, y Cudjo había adquirido los rudimentos.

–Entra, Cudjo.

El hombre tenía la cabeza inclinada a un lado; con una pálida mano indicó dónde debía situarse Cudjo.

–Soy tu amo, Cudjo. De ahora en adelante harás lo que yo diga.

–Sí, amo.

–¿Es cierto lo que me dice Eden? ¿Sabes leer?

Fue un momento de angustia. Antes, cuando un blanco descubrió que sabía leer, había sido enviado para un año a la granja de Mr. Cline.

Si confesaba ahora, podría ser enviado de nuevo allí, y con pocas posibilidades de sobrevivir, pues Cline habría perdido sus honorarios. Permaneció mudo.

El hombrecillo de la silla cogió el libro que llevaba Eden y se lo dio a su esclavo.

–Lee el título -dijo, señalando las letras.

Poder leer era un don casi tan precioso como la libertad misma, y Cudjo quería desesperadamente exhibir sus conocimientos, pero era tal el terror que le inspiraba Mr. Cline que no podía mover los labios.

–No pasará nada -dijo Eden.

Y Cudjo leyó, orgullosamente: -*Lecciones de Plutarco.*

–¿Sabes quién era Plutarco? – preguntó Susan desde su silla, y sólo entonces se dio cuenta Cudjo de que estaba lisiada, pues se movía con dificultad en su silla y parecía incapaz de usar las piernas.

–No, señora.

–¿Eres un buen trabajador?

Y, antes de que pudiera responder, añadió:

–Quiero decir, con herramientas…, maquinaria.

–Sí, señora.

–Quiero que me fabriques una silla…

Y explicó su sueño, largamente acariciado: una silla que ella pudiera impulsar por la sala con sus propias manos y que le ayudara a sostenerse en pie siempre que se sintiera con fuerzas para ello, y no bien hubo terminado sus instrucciones, cuando Cudjo se arrodilló en el suelo, miró debajo de, la silla y empezó a formular sugerencias sobre cómo podrían realizarse sus deseos.

–¡Dios mío, Paul -exclamó ella, entusiasmada-, es el primero que comprende lo que he estado intentando decir!

Se echó a reír y dijo burlonamente, como si amase a su marido:

–No, Paul. No finjas. Tú tampoco entendías.

Paul enrojeció y, luego, dijo a Eden:

–Me has dicho la verdad. Este hombre es muy hábil.

Se dirigió luego a Cudjo.

–Puedes tener el libro. Mi esposa te dará otros si puedes hacerle su silla.

Pero ninguno de los dos pensó en los libros mientras regresaban a la herrería. Hablando rápidamente y con gran vehemencia, Eden dijo, en voz baja y cautelosa:

–Cudjo, sé lo tuyo.

El se asustó, pensando que había llegado a enterarse de su participación en el motín. No. Ella se refería a cómo había logrado sobrevivir a Cline.

–Los esclavos corren la noticia. Tú muy obstinado.

Cudjo no dijo nada. Luego, para su sorpresa, sintió que ella le cogía la mano y la oprimía contra las suyas.

–Cudjo, tú, yo, vamos a escaparnos.

Él mantuvo la mirada fija al frente, pues aquéllas eran palabras de horca según quién las pronunciase. Eden parecía tan familiarizada con la casa grande que bien podría ser una espía, una de esas personas que traicionaban a los negros que trataban de huir. Pero ella siguió con el mismo tono bajo e imperativo.

–Tú mira bien todo lo de la casa grande. Aprende todo. Tú, yo, vamos a escapar a Pensilvania.

La palabra estalló entre las sombras del atardecer. ¡Pensilvania! ¡Cuántas veces había susurrado él aquel mágico nombre!

Ella continuó precipitadamente:

–No descansaremos, Cudjo. Tenemos que ser libres. He ahorrado dinero…, pistola…, cuchillo. Nunca volveré aquí.

Hablaba con una furia que él no había oído jamás en una mujer; era como el gran Rutak en el motín, una fuerza de irresistible poder moral. Estaba dispuesta a matar…, a sí misma o a otros. Era un animal salvaje en su determinación de no permanecer enjaulada por más tiempo.

–Te he estado esperando, Cudjo. Vi a Cline casi matarte en la lancha. Y me dije: «Si vuelve, lo haré con él.»

Quedó en silencio y empezó a temblar con el fuego de su resolución, largo tiempo reprimida, de ser libre. Luego le apretó con más fuerza la mano y murmuró:

–Necesito alguien que me ayude… que vigile… que me diga cuándo.

Vaciló.

–Tú eres ése, Cudjo.

–Conozco la granja de Cline -respondió Cudjo-. Mira mi espalda. Tengo miedo.

No temía la huida ni el castigo si fracasaba; lo que temía era admitir a otro ser humano en su intimidad. No podía confiar en nadie, pues aún resonaba en sus oídos la voz de aquel esclavo diciendo por la noche en la granja de Cline: «Blancos me cogieron. Me vendieron otra vez.» Solamente había un poder en el mundo en el que pudiera confiar, y era él mismo.

Así, pues, rechazó la propuesta de Eden y se separó fríamente de ella. Ésta, furiosa, tiró al suelo el libro y se mofó de él cuando se agachó a recogerlo.

–¿Para qué aprendiste a leer? ¿De qué te sirve si no eres libre?

Aquella primera entrevista terminó tristemente, pero al atardecer siguiente, mientras Cudjo se lavaba después de su trabajo en la fragua, Eden volvió a aparecer en la puerta y dijo, atrevidamente:

–Aníbal, ¿nunca sueles pescar allí?

–A veces.

–Vete a pescar.

Y cuando el hombre se hubo marchado, se acercó a Cudjo y lo derribó sobre la paja en que dormía y empezó a besarle y a enredar con sus ropas, y cuando, por primera vez en su torturada vida, él experimentó el misterio de lo que podía ser una mujer, Eden hizo que le pusiera las manos en su desnuda espalda para que tocase sus cicatrices, y le preguntó:

–¿Crees que sólo te han azotado a ti?

Y, mientras sus manos se demoraban allí, ella reanudó su letanía:

–Iremos al Norte. Si amo Paul o amo Starch intentan detenernos, los matamos.

Quedó trazado el plan, y cuando Aníbal regresó sin haber pescado nada, miró a los amantes y dijo:

–Me alegro, Miss Eden. Todos sentíamos que usted no tuviera un hombre. Estoy muy complacido esta noche. Muy complacido.

Paul y Susan Steed también se sintieron complacidos cuando su bella esclava empezó a frecuentar la herrería en que dormía el nuevo peón, Cudjo. Habían comentado con frecuencia por qué no se habría casado aquella espléndida mujer; a sus treinta y cuatro años era más

hermosa aún que de muchacha. Su porte majestuoso y reservado despertaba admiración siempre que se presentaba en una cena para ayudar a Miss Susan.

Todo el mundo advertía lo amablemente que se portaba con su lisiada ama y cómo se prestaba voluntariamente a hacer cualquier cosa que pudiera facilitarle la vida a Susan, y todos se sentían regocijados ante la forma en que Eden trataba a Paul Steed. Con el paso de los años había perdido su carácter quisquilloso, y ahora aceptaba las consecuencias de su extraordinario comportamiento en el tejado. Su pierna izquierda era más corta que la derecha, pero, con la ayuda de un zapato de suela reforzada, caminaba casi sin cojear, y, aunque su cuello se inclinaba acusadamente a la derecha, como para dar a su cuerpo un equilibrio compensador, no le impedía hacer lo que más le gustaba: leer las hileras de grandes libros que había adquirido en Princeton. Tucídides, Platón, Montesquieu, Rousseau, Locke, Adam Smith, Plutarco…, había llegado a familiarizarse con sus ideas tanto como si hubiesen vivido a unas millas Choptank abajo y se hubieran reunido a charlar con él en las tardes soleadas.

Tenía muy pobre opinión de los teólogos en cuanto escritores, y despreciaba la típica colección de sermones; disfrutaba con un buen sermón, pero como no había cerca de Devon ninguna iglesia católica, no podía satisfacer muy a menudo esa predilección. La familia Steed seguía haciendo, naturalmente, lo mismo que había hecho durante siglos: invitar a clérigos a hospedarse en la isla e instruir a la familia en las enseñanzas del catolicismo, y un verano Paul dejó asombrados a los Steed más conservadores al triunfar sobre un predicador metodista itinerante que pasó cinco días en Devon, predicando a los esclavos durante el día y discutiendo con los Steed por la noche. Fue una experiencia instructiva, y cuando el hombre, un tipo flaco y trasijado de Virginia, se marchó, se llevó consigo cien dólares donados por Paul.

El lisiado Steed se había convertido, en otras palabras, en un típico caballero del Sur; leía incesantemente; pasaba mucho tiempo meditando sobre los problemas del Sur; y se sentía cada vez más furioso ante la fundamental injusticia de las relaciones Norte-Sur:

–Los criminales del Norte nos obligan a vender trigo y algodón a Europa a bajo precio, pero no nos permiten comprar baratas nuestras

manufacturas en Inglaterra. No, imponen elevados aranceles, impiden la entrada de productos europeos y nos obligan a comprar en Massachusetts y Nueva York a precios enormemente caros. Los del Norte nos están estrangulando, y si continúan haciéndolo pondrán en peligro a la Unión.

Susan se había convertido en un hermoso camafeo inglés, una sosegada dama sentada en su silla y derramando sobre todos una plácida dulzura. Prestaba mucha atención a sus vestidos, deseando siempre estar lo más bella posible, y se veía alentada en ello por Eden, que decía:

–Encargue seis vestidos nuevos a Baltimore.

Y si Susan no los pedía, lo hacía Eden.

Fue esta libertad de acción lo que originó graves complicaciones a la esclava. Una mañana, al regresar a la casa grande después de haber pasado la noche con Cudjo, Susan la reprendió cariñosamente:

–Hazle casarse contigo, Eden. Las mujeres siempre se arrepienten si dejan que los hombres se aprovechen.

Y era tal el afecto que sentía hacia su esclava, que dijo:

–Eden, llévate esos dos vestidos que hemos recibido de Londres. Suelta las costuras y póntelos tú.

–¿Habla en serio, señora?

–Sí. Has sido muy buena, y quizá cuando Cudjo te vea con un vestido nuevo abra los ojos.

Así, pues, Eden cogió los costosos vestidos, soltó los dobladillos y los adoptó a su atractiva figura. Desgraciadamente, la primera vez que se puso uno de ellos, de un color tostado que armonizaba exquisitamente con el de su piel, la primera persona con la que se encontró fue Mr. Starch, que estaba empezando ya a sentir su poder como futuro administrador de las plantaciones Steed.

Ninguno de los esclavos de isla Devon le apreciaba; le consideraban más adecuado para dirigir una de las remotas plantaciones, en donde sus desagradables modales no trascenderían, y temían también los cambios que podría introducir. Él se daba cuenta de este desafecto, y estaba decidido a terminar con él en aquellos días finales de su aprendizaje, por lo que cuando la descarada Eden pasó por el sendero

de grava ante él, ataviada con su lujoso vestido, supuso que se lo había robado a su ama.

–Es una insolente -murmuró.

Interrumpió su trabajo para verla entrar en la herrería, y su aplomo y su seguridad en sí misma le enfurecieron tanto, que juró: «Lo primero que haré será desembarazarme de ésa.»

El uno de abril de 1837, Herman Cline regresó para recoger sus cien últimos dólares por domar a Cudjo, y cuando entró en el despacho, tío Herbert le mantuvo un rato allí esperando, con el látigo bajo el brazo, y luego levantó la vista y preguntó:

–¿Sí?

–He venido por mis cien.

Tío Herbert no dijo nada, así que Cline preguntó ansiosamente:

–Le habrá encontrado debidamente amansado, ¿no?

–Sí, sí.

–Entonces, ¿puedo recibir mi dinero?

–Desde luego.

Y Steed apartó los billetes y de nuevo se los empujó con una regla, como si entregárselo con la mano le hiciera partícipe del sucio negocio de Cline. El domador de esclavos contó el dinero, lo que irritó a Steed, y permaneció ante la mesa, con aire un tanto azarado, sin mostrar intención de marcharse.

–¿Ocurre algo? – preguntó Steed, evidentemente irritado.

Cline se apoyó alternativamente en una pierna, y luego en la otra, y dijo, muy despacio:

–Tengo un problema.

La actitud de tío Herbert cambió por completo. Inclinándose hada delante, dijo:

–Quizá yo pueda ayudarle.

Era la clase de reacción que los Steed habían tenido siempre, desde que comenzaron sus plantaciones; invariablemente, desde el propio Edmund, todos se habían preocupado por los problemas que surgían a lo largo del Choptank, y a medida que envejecía fue aumentando el interés de tío Herbert por estas inmemoriales dificultades. Suponía que Cline quería pedirle consejo sobre la mejor forma de explotar una

granja compuesta en su mayor parte de marismas, y tenía muchas ideas sobre el particular.

–Me agradaría conocer su problema, Cline.

–Verá… Tengo cuatro negros, unos tipos difíciles que nadie más podría manejar. Los compré baratos y, a fuerza de látigo, los he convertido en esclavos de auténtico valor.

Todo el mundo lo sabe. ¿Cuál es el problema?

Bueno… El otro día se nos ocurrió a la parienta y a mí que estamos desperdiciando la mitad del valor de esos negros.

Herbert Steed creyó adivinar lo que iba a decir luego y decidió atajarlo.

No, nosotros no los alquilaríamos, Cline. Trabajan para usted, pero dudo

que lo hiciesen para nosotros.

–Espere un momento, señor. Espere un momento. No era ésa mi idea. Lo que estaba pensando… ¿No tendrá alguna negra joven que quiera vender? ¿Alguna que le esté buscando líos? Necesito parideras.

–¿Qué ocurre? – preguntó una voz a su espalda.

¡Oh, Mr. Starch! He venido por mi dinero.

–Se lo ha ganado. Cudjo está muy dócil estos días, gracias a usted.

–Se ha quedado a preguntar -dijo tío Herbert- si teníamos alguna hembra joven que pudiéramos venderle… como paridera.

–Hace tiempo que esperaba que lo pidiese -dijo Starch-. De otra manera, está desperdiciando sus negros.

–Justo lo que pensábamos la parienta y yo. ¿Tienen alguna rebelde que quieran vender?

–No…

Mr. Starch vaciló. Cruzó ante sus ojos la imagen de la insolente Eden con su vestido robado, y dijo lentamente:

–Pero vuelva a primeros de junio. Quizá podamos llegar a un acuerdo entonces.

Cuando Cline se hubo marchado, tío Herbert preguntó:

–¿En quién piensa?

Y Starch dijo que en la alejada plantación de Estero Ancho tenía una mala pécora que estaba organizando líos, y que allí mismo, en

Devon, llevaba algún tiempo pensando que convendría deshacerse de aquella Eden.

Herbert Steed hizo chascar los dedos.

–Es lo que yo pienso también. Esa negra se está volviendo cada vez más arrogante.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa y preguntó:

–¿Qué le ha hecho fijarse en ella?

–Cuando iba por el sendero, la vi pasar con un vestido que sé que le ha robado a Miss Susan.

–Mande llamarla.

Fueron enviados varios esclavos para buscar a Eden, y la encontraron en la herrería, estorbando el trabajo de Aníbal y Cudjo.

–¿De dónde has sacado ese vestido? – preguntó severamente Herbert, cuando ella entró en la oficina.

–Me lo dio Miss Susan.

–¡Mentira! – intervino Starch-. Lo robaste.

Ignorando por completo a Starch, y mirando fijamente a tío Herbert, Eden replicó con firmeza:

–No he robado nada. Usted lo sabe.

Haciéndola volverse de un violento tirón, Starch rugió:

–No vuelvas a hablar en ese tono. Y ahora lárgate de aquí, y quítate ese vestido.

Cuando se hubo ido, tío Herbert dijo:

–Tiene razón, esa insolente debe ir con Cline. Él la curará.

Pero Eden no se fue a su cuarto para quitarse el vestido. En lugar de ello recurrió a Miss Susan, y, al poco rato, un esclavo llamó a la puerta de la oficina, portavoz de un imperativo mensaje:

–Miss Susan quiere verles, caballeros.

Y, cuando hubieron llegado a la mansión, la frágil dama les dijo secamente:

–Yo le di a Eden los vestidos, y se quedará con ellos.

Así, pues, de vuelta a la oficina, Starch dijo malhumorado:

–Nunca nos dejará mandar a Eden a la granja de Cline.

Pero tío Herbert respondió con voz suave:

–Ya no es la dueña de Eden. La vendió para librarla de Paul, y él la volvió a comprar. Es esclava de Paul, no de Susan.

Al oírlo, Starch rió entre dientes. Y acordaron enviar a Eden a la granja de Cline antes de que Paul pudiese intervenir.

Cudjo, ignorante de lo que había sucedido, estaba centrando toda su atención en la silla de Miss Susan. Hizo las ruedas tan grandes que podían salvar fácilmente cualquier prominencia del terreno y, luego, les puso una llanta de madera de roble. Forjó el eje con su mejor hierro, rematando los extremos en cuadrados perfectos en los que encajarían las ruedas. Hizo de mimbre el respaldo y el asiento de la silla, reforzando este último con una nueva fila de mimbres, pero su ingenio se manifestó en la forma en que ideó una palanca que, al ser empujada hacia delante, inclinaba la silla de tal modo que Miss Susan quedaba de pie y podía, así, echar a andar. Denotaba una gran imaginación, y, cuando estaba próximo a terminarla, fueron llegando numerosos visitantes a la herrería para verla.

Herbert Steed dijo:

–Valía la pena pagar a diñe sus 150 para salvar a este negro. Sólo con esta silla ya ha ganado la mitad.

Más tarde, Mr. Starch dijo a su patrón:

–Lo que no me gusta de Cudjo es que anda liado con Eden. Será mejor que la larguemos cuanto antes.

–Cline volverá hacia primeros de junio.

Pero Starch, deseoso de desembarazarse de aquella posible buscalíos antes de asumir el control de la plantación, envió sigilosamente una balandra al Pequeño Choptank, avisando al domador de esclavos que si iba por allí la primera semana de mayo, por ejemplo, podía llevarse a bajo precio dos o tres buenas parideras.

Para mediados de abril estaba ya terminada la silla mágica, y el día 15 fue llevada a Miss Susan a la soleada sala del ala occidental. Cudjo la introdujo orgullosamente, resplandeciendo al sol las numerosas capas de barniz. Levantó suavemente a la lisiada ama y la depositó sobre el cuidadosamente preparado asiento.

–Es muy fuerte, pero también muy suave.

Ella se acomodó y notó lo confortable que resultaba.

–Para mover la silla, esta rueda.

Y le mostró cómo guiarla de un lado a otro del pasillo que comunicaba el ala occidental con la sección central. Ella había deseado

durante mucho tiempo una silla así y la movió con agilidad, mientras le resplandecía el rostro.

–Lo hace muy bien, Miss Susan. Pero ahora viene lo mejor.

Acercó la silla hasta la ventana, desde la que se veía el jardín, y explicó el misterio:

–Agarre este asa, empuje, y la silla le pondrá de pie.

Mientras la silla se movía hada arriba, haciéndola incorporarse hasta quedar de pie, su rostro mostró una expresión de asombro, pero no dijo nada; se limitó a coger las manos de Cudjo para indicar que debía repetir sus instrucciones, y de nuevo volvió a quedar de pie.

–Ahora déjame intentarlo a mí -murmuró.

Y él la llevó nuevamente a la mesa ante la que había permanecido inmóvil durante los catorce años de su invalidez. Cautelosamente hizo girar las grandes ruedas impulsándose hasta la ventana. Allí frenó la silla, se apoyó en la palanca y sintió cómo la silla la empujaba hacia delante. Alargando las manos hacia el alféizar, quedó erguida y, luego, recorrió la corta distancia que le separaba desde la ventana, desde la que miró al jardín en que tan asiduamente había trabajado. Nadie hablaba. Se le llenaron de lágrimas los ojos, y, finalmente, se volvió hacia su marido.

–Hubiera debido tener esta silla hace doce años.

Y dio las gracias a Cudjo y dijo a Eden:

–Di en la cocina que sirvan algo especial en la herrería esta noche.

Y hubo danzas de alegría cuando llegaron los dos pollos asados.

Pero, por la mañana, un esclavo que había estado ausente varios días llegó hasta la herrería con una información estremecedora.

–He estado en la granja de Cline, en el Pequeño Choptank.

Instintivamente, Cudjo se estremeció al oír mencionar aquel infierno. El hombre continuó:

–Eden, te han vendido a Mr. Cline.

–¿Qué? – exclamó Cudjo.

–Sí. Cline me dijo que vendrá a buscarla dentro de una semana.

Tan pronto como el informante se hubo ido, Cudjo contó a Eden lo que nunca había contado a nadie. Describió la horrible realidad de la granja de Cline: el miserable cobertizo en que dormiría; las horribles mujeres de Cline, cada una peor que la otra; el látigo de cuero, la

repugnante comida; los años sin el más mínimo descanso, ni siquiera en Navidad.

–Un hombre difícilmente puede resistir así un año. Tienes que matarte antes que ir.

Sus labios se cerraron, pues no se atrevía a hablar mientras imaginaba la alternativa; se vería obligada a realizar algún acto terrible por el que sería ahorcada en alguna lúgubre encrucijada.

–Eden -dijo, en voz baja-. No puedes ir.

Y comenzó la confabulación.

Dar los toques finales a la silla se convirtió en una excusa válida para que Cuajo se presentara en la casa grande, y en una de estas ocasiones, mientras Paul y Susan subían a echar una siesta en el dormitorio de las dos balas de cañón, Eden condujo a Cudjo, no a la soleada estancia en que trabajaba habitualmente, sino a la poco utilizada ala oriental, donde, en una pequeña y encortinada habitación, había encontrado hacía tiempo un armario vacío en el que esconder las cosas que guardaba para el día de su huida; contenía una pistola, un sable, cuchillos, una cuerda y una colección sorprendentemente grande de monedas en una bolsita de lona.

Cudjo quedó aterrorizado.

Eden, si Mr. Cline le encuentra a un esclavo nada más que la hoja de un cuchillo, lo apalea durante tres días hasta que no puede andar ni levantar los brazos. Te matarán por esto.

–Si alguien intenta detenerme, lo mataré. Si amo Paul se pone en mi camino, lo mato.

–No digas eso, Eden. Amo Paul ha sido bueno con nosotros. – Ahora es bueno. Pero, ¿por cuánto tiempo?

Y le obligó a que introdujera la mano bajo su blusa para que tocase los familiares verdugones de su espalda.

–¿Quién crees que hizo eso?

Incrédulamente, Cudjo preguntó:

–¿Amo Paul?

–Hace mucho tiempo.

–Eden, todo el mundo sabe que en Devon no se azota a los negros.

–A mí me azotaron -replicó ella, simplemente.

Y le convenció de que si alguien, aunque fuera la propia Susan, trataba de mantenerla por más tiempo en la esclavitud, ella lo mataría.

–Pero Miss Susan es amiga tuya. Ella te dio el vestido que llevas.

–Nadie es amigo mío. Si hablas así, tampoco tú lo eres.

El plan que fraguaron consistía en esperar a que llegara en mayo el buen tiempo, ya que entonces la temperatura sería lo suficientemente cálida como para poder dormir en los campos. Se matendrían en el lado oriental de la bahía, pues habían oído que era más fácil pasar por Wilmington que por Baltimore, y con un poco de suerte podrían estar en Pensilvania al cabo de dos semanas. Una vez allí, no dudaban de que serían capaces de ganarse la vida, pues Eden sabía atender una casa, y Cudjo podía trabajar casi en cualquier cosa.

Calculaban que Mr. Cline iría a buscar a Eden el primero de mayo, ya que los negocios de la plantación solían llevarse a cabo alrededor de esos días, así que en la última semana de abril fijaron una fecha concreta para su huida.

–Dentro de cinco días nos vamos -anunció Eden.

Y la decisión era irreversible.

La mañana del cuarto día, mientras Cudjo trabajaba distraídamente en la fragua, el viejo Aníbal se acercó y murmuró:

–Espero que vayas al Norte la primera noche que puedas.

Cudjo siguió martilleando una herradura, y el viejo dijo:

–Espero que te lleves contigo a Eden.

Cudjo continuó en silencio, así que el hombre empezó a retirarse, pero se detuvo y dijo:

–Tienes mis oraciones, hijo. Haces bien.

Un aspecto cruel de la huida era que ni Cudjo ni Eden podían preguntar a ningún ser humano dónde estaba exactamente Pensilvania, ni qué podían esperar si llegaban allí. Cualquier esclavo podía contar una docena de casos en que los intentos de huida habían sido frustrados por la traición de supuestos amigos: «Varios braceros se reunieron y fueron a hablar con el capataz para hacer mejor las cosas, pero una chica que trabajaba en la casa avisó al amo. Los vendieron a todos.» O el caso del viejo Jesse: «No podía aguantar más, se fue al Norte. Tenía todo preparado, pero un negro que estaba enfadado con Jesse se lo dijo al capataz, y Jesse murió de la paliza.»

Los que buscaban la libertad se hallaban expuestos a los peligros de un accidente, de la rencorosa venganza de alguien o de su propia incompetencia. Ir desde Maryland hasta la frontera de Pensilvania era un acto que requería enorme valor y extraordinaria fortaleza; llegar allí desde Alabama o Louisiana exigía una determinación casi imposible de describir. Además, que un macho y una hembra realizaran juntos ese intento exigía no sólo valor, sino también una increíble cantidad de buena suerte.

Eden era cinco años mayor que Cudjo, y las decisiones importantes le estaban reservadas, pero se sentía impresionada por el innato poder de Cudjo; aún no sabía que se había apoderado de un barco y lo había capitaneado felizmente durante más de un mes, pero, por varios indicios que había captado, juzgaba que había sido un hombre de extraordinario valor en su vida anterior. A él correspondió la tarea de atender a los pequeños detalles: la lima, la bolsa para la comida, los dos cayados.

Para el anochecer del 28 de abril se habían tomado ya todas las precauciones, y los dos esclavos cenaron juntos en la herrería. El viejo Aníbal cenó con ellos, y, al terminar, se le llenaron los ojos de lágrimas, y Cudjo le obligó a ir en busca de más carbón para que Eden no creyera que había descubierto su secreto. Regresó con una brazada de carbón y sus emociones ya dominadas.

Y entonces, sin ningún preámbulo, Aníbal dijo:

–Pensilvania está a diez días hacia el Norte.

Nadie habló. Atizando el fuego, añadió:

–He oído decir: «No vayas a Wilmington.» Yendo hacia el Oeste están los cuáqueros.

Se hizo de nuevo el silencio, y, al cabo de un rato, Eden se inclinó, dio un beso de despedida a Cudjo y regresó lentamente a la casa grande, sabiendo que para el día siguiente a esa misma hora habrían robado un esquife, navegando con él hasta el río Tred Avon y encontrado un escondite en las proximidades de Easton. Al volverse para mirar el jardín y el plácido paisaje del muelle, se juró: «Nada nos detendrá. Ni los perros ni la muerte.» Cuando entró en la casa vio que Miss Susan estaba ya arriba y que Mr. Paul se encontraba leyendo, como de costumbre, en su estudio.

Al oírla llegar, Paul Steed levantó la vista de sus libros y preguntó:

–¿Eres tú, Eden?

Luego volvió su torcido cuello y le miró de forma extraña; era como si el tiempo hubiera retrocedido catorce años y él se dispusiera una vez más a azotarla con la correa. Pero tampoco era exactamente esa clase de mirada. Se sintió asustada y corrió a su habitación, pensando que después del día siguiente no volvería a ver más a aquel retorcido hombrecillo.

La última mañana, Cudjo y Eden emprendieron sus quehaceres con una inocencia especial. Se forzaban a hablar con naturalidad, pero sus voces eran tan bajas, que en varias ocasiones Miss Susan tuvo que decir a Eden que hablase más alto. El almuerzo de mediodía se desarrolló sin incidentes, y también las siestas de la tarde, pero hacia las cinco, Cudjo corrió tembloroso a la casa grande.

–¿Qué quieres, Cudjo? – preguntó Tiberio, protegiendo su puerta.

–Tengo que ver a Eden.

–Está con Miss Susan en el ala Este, probando tu silla.

Se trataba de la peor noticia posible, pues allí era donde estaba escondido el material preparado para la huida Sin saber qué podría verse obligado a hacer, corrió al pasillo oriental y, al entrar en la estancia, vio a Miss Susan conduciendo su silla directamente hacia el armario que contenía la pistola y los cuchillos.

–¡Miss Susan! – exclamó-. Tengo que hablar con Eden.

–Adelante -dijo ella, casi con alegría, y le mostró la destreza que había adquirido en el manejo de la silla conduciéndola hasta la puerta y saliendo de la habitación.

Tan pronto como se hubo marchado, Cudjo murmuró, con voz trémula:

–Mr. Cline ha venido antes de tiempo para llevarte.

Miraron por una de las pequeñas ventanas y vieron una balandra en el muelle y al domador de esclavos que subía por el sendero para entrevistarse con tío Herbert y Mr. Starch.

Eden no se estremeció ni lanzó ninguna exclamación. Se limitó a coger la mano de Cudjo y susurrar:

–Nunca me cogerán.

Déjame pensar -dijo Cudjo-. Calla. Tengo que pensar.

Ella podía ver casi el torrente de ideas circulando por su mente, y comprendió por primera vez que Cudjo tenía otras aptitudes además de su destreza con las máquinas.

–Nadie va a tocar esa pistola, porque quizá nos registren. Y nadie va a huir, porque tenemos que seguir un plan.

Su puño derecho temblaba, mientras sopesaba las alternativas. Luego, al mirar hacia la amenazadora balandra, creyó ver una solución.

–Pronto anochecerá, Eden. Cline no regresará esta noche. Dormirá aquí, con Starch. Tú y yo nos quedamos, esperamos una hora y, luego, robamos un bote en la oscuridad y nos vamos.

Haciendo caso omiso de su consejo en contra de cualquier acto sospechoso, Eden se dirigió al armario y cogió uno de los cuchillos.

–Probaremos tu plan, Cudjo. Pero si falla, nadie me cogerá a mí.

Respirando profundamente para dominar su aprensión, Cudjo dio un beso y regresó a la herrería. Tenía razón, Mr. Cline había concluido la compra de Eden y de dos díscolas muchachas, pero como ya estaba oscureciendo fue invitado a pasar la noche con Mr. Starch; los fugitivos tenían un descanso. Pero, poco antes de la puesta del sol, Mr. Cline dijo a tío Herbert:

–Quisiera cerciorarme de que esa Eden está todavía en edad de criar. No quiero llevarme a casa algo demasiado viejo para ser de utilidad.

Así, pues, tío Herbert envió dos esclavos a la casa grande para que buscaran a Eden.

Pero cuando los mensajeros llegaron a la mansión fueron interceptados por Tiberio:

–Esperad. Amo Paul acaba de enviar un hombre en busca de Cudjo, y no me moveré de aquí hasta que vuelva.

Cuando supo que debía ir a la casa grande, Cudjo se echó a temblar, no por miedo a lo que le fuera a ocurrir a él, sino porque casi podía ver los sangrientos acontecimientos que podrían producirse en breve. No tenía la más mínima duda de que él acompañaría a Eden hasta el árbol de la horca. Escondiéndose una aguzada lima en la pernera del pantalón, se dirigió lentamente a la mansión.

Allí, el viejo Tiberio les estaba gruñendo a los esclavos que habían sido enviados en busca de Eden.

–¿Por qué has tardado tanto, Cudjo? ¡Estás en un lío! ¡Pasa!

Y le precedió hasta la sala. Abrió la puerta e introdujo a Cudjo de un empujón.

Mr. Paul y Miss Susan estaban sentados, y junto a ellos se encontraba Eden, y cuando Cudjo la miró de soslayo, ella se tocó suavemente el corpiño, indicando que tenía preparado el cuchillo. Él, por su parte, apoyó los dedos de la mano derecha sobre la afilada lima; Eden asintió, esperando la señal.

Pero no se produjo ninguna. Paul Steed carraspeó y dijo con voz suave:

–Mi esposa y yo nos alegramos mucho de verte.

Con un movimiento de su mano derecha, añadió:

–Puedes sentarte.

Cudjo vaciló; rara vez se había sentado en una silla, y nunca en una tapizada con brocado. Paul rió y dijo:

–Siéntate. No muerde.

Y los dos esclavos se sentaron en la seda.

–Mi esposa y yo hemos estado pensando en vosotros -dijo sosegadamente Paul-. Nunca hemos conocido persona más bondadosa que Eden. Y la semana pasada, Miss Susan propuso…

–Lo que propuse… -empezó a decir ella, y, luego, se volvió e impulsó su silla a través de la sala, la frenó y, accionando la palanca, quedó en pie ante Cudjo.

En esta posición, dijo:

–Nos proponemos manumitir a Eden, Cudjo. Y a ti te permitiremos comprar tu libertad.

Libertad. **La palabra retumbó como un trueno en sus oídos, aunque había sido pronunciada quedamente por las mismas personas que ellos estaban dispuestos a matar. Confuso, Cudjo miró a Eden, pero ésta permanecía con las manos cruzadas sobre su regazo y la mirada baja.**

–Lo haremos del modo siguiente -dijo Paul, con su voz lenta y educada-: Manumitimos a Eden con este documento, que firmaremos los dos esta noche. En virtud de él, queda liberada como muestra de

agradecimiento por los extraordinarios servicios que ha prestado a mi esposa.

–¿Yo libre? – preguntó en voz baja Eden.

–Sí, eres libre.

Carraspeó, pues lo que iba a decir luego era amargo y embarazoso a la vez.

–Te debemos mucho, Eden. En un oscuro período de nuestras vidas…

–Lo que Mr. Steed intenta decir -le interrumpió su mujer- es que queremos corresponder a tu amorosa bondad.

Y, antes de que Eden pudiera hablar, añadió:

–Naturalmente, es mi deseo que continúes aquí para ayudarme. Todavía te necesito, aun con la silla nueva de Cudjo.

Paul recuperó el dominio de sus emociones y dijo, con aire desenfadado:

–Te pagaremos un pequeño salario, que iremos guardando nosotros. Y cuando el total llegue a trescientos dólares, puedes comprar la libertad de Cudjo.

–Ya tengo veinte dólares -repuso Eden.

–¿Tienes veinte dólares? – exclamó Paul, sorprendido.

–Sí, he ido ahorrando céntimo a céntimo desde que nací -hizo un gesto con las manos, como si agarrara algo-. «Toma, Eden, por cuidar el caballo.»

–Mi consejo es que guardes esos dólares. Los necesitarás cuando Cudjo se establezca por su cuenta.

–¿Qué quiere decir? – preguntó Eden.

–Cuando él sea libre iréis a Patamoke seguramente, y seguramente trabajará en el astillero. O tal vez ponga su propio taller de carpintería.

–¿Cuándo seré libre yo? – preguntó Eden, con voz firme y desprovista de toda excitación.

–Ya lo eres -respondió Paul-. Y Cudjo lo será dentro de poco…, cuando tu hayas ganado su precio.

Y tras decir esto, sacó un documento de manumisión que él y su mujer habían acordado; pero, antes de que pudieran firmarlo, se oyeron voces en la puerta y entró en la casa tío Herbert, acompañado de Mr. Starch, y preguntó a Tiberio dónde estaba Eden. Las voces

subieron de tono, y al poco rato irrumpió en la estancia tío Herbert, seguido de Mr. Starch.

–¡Ahí estás! – exclamó Herbert, con cierta petulancia-. ¿Por qué no respondisteis cuando llegaron los esclavos?

Paul y Susan quedaron consternados ante aquella intrusión, y el primero dijo:

–La verdad es, tío Herbert, que estábamos…

–No nos interesáis ni tú ni tu mujer -replicó insolentemente Herbert-. Lo que queremos es esa chica.

–¿Para qué? – preguntó Paul, volviendo con dificultad la cabeza para mirarle.

–Mr. Cline quiere inspeccionarla. Para ver si es apta para engendrar.

–¿Qué? – exclamó Susan desde su silla.

–Ha sido vendida a Cline. Se marcha por la mañana.

–No se atreva a vender mi esclava.

–Mrs. Steed, esta chica ya no es propiedad suya. Hace años que no lo es. Su propietario es Mr. Steed, y hemos decidido venderla.

Antes de que Susan pudiera protestar por esta asombrosa información, Paul dijo sosegadamente:

–Nadie me ha consultado para eso.

–Claro que no -respondió tío Herbert, con tono condescendiente-. Starch y yo nunca te molestamos con detalles. Nosotros dirigimos la plantación y hacemos lo que consideramos que es mejor.

Paul se levantó; sus hombros se cuadraron y su voz se hizo más firme. Mirando a su tío directamente a los ojos, dijo:

–Tío Herbert, tú y Mr. Starch ya no dirigís la plantación. Vuestra responsabilidad concluye esta misma noche.

–Pero, Paul, le he estado enseñando a Mr. Starch a llevar las riendas cuando yo…

–¿Cuando tú qué?

–Cuando me retire. Tengo sesenta y dos años, ya sabes.

–Y te acabas de retirar.

Con pasos rápidos, se acercó a su tío y le estrechó las dos manos.

–Fuiste de gran ayuda, tío Herbert, en mis días de confusión. Devon se habría derrumbado sin ti. Pero la confusión ha terminado ya, y

también han terminado tus funciones. Debes marcharte de la isla mañana.

–Pero Mr. Starch necesita…

–No necesita nada. ¿Crees que yo pondría a Devon en manos como las suyas? Mr. Starch, ha dejado usted de estar a mi servicio. Estoy seguro de que Mr. Herbert le encontrará algún puesto en una de las plantaciones del Refugio.

–Pero, Mr. Paul… -empezó Starch, con voz plañidera.

–No le necesito, Mr. Starch, ni a nadie como usted.

–¿Quién va a dirigir la plantación y las tiendas? – preguntó tío Herbert, con tono de profundo abatimiento en su voz de ordinario pomposa y petulante.

–Yo -respondió Paul-. Con ayuda de mi mujer.

–¿Tu mujer?

Como atraídos por un imán, Herbert y Starch miraron a la frágil figura sentada en la silla, pero ella accionó el freno, empujó la palanca y, para su asombro, quedó en posición vertical y caminó hasta ellos sin ninguna ayuda.

–Sí -dijo-, hemos descuidado durante demasiado tiempo esta espléndida plantación.

Tío Herbert empezó a decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Finalmente, sus ojos se posaron sobre Eden.

–Bueno, la venta de ésa ha quedado ultimada. Mr. Starch, custódiela durante esta noche.

Pero cuando el capataz avanzó hacia la muchacha, Paul exclamó:

–¡Atrás, maldita sea! Le he dicho que ya no está a mi servicio, Starch.

–¿Qué vas a hacer con la chica? – preguntó tío Herbert.

–Vamos a manumitirla -respondió Paul, y con lenta y paciente energía Susan caminó hasta la mesa.

–¡Pero nosotros la hemos vendido ya! Paul, esa chica es una buscalíos.

–Sé que no lo es -replicó serenamente Paul.

Tío Herbert perdió entonces los estribos.

–Tú la conoces mejor que nadie… y deberías estar avergonzado de ello.

–Lo estoy -dijo Paul-. Lo he estado durante catorce años.

Susan le cogió la mano y dijo:

–Y ahora firmaremos el documento. Tío Herbert, puesto que técnicamente tú estabas a cargo de Devon cuando se redactó este documento, hace tres días, me parece justo que firmes como testigo.

Y pidió a Eden que le acercara la silla, y se sentó, evidentemente fatigada, cogió la pluma y firmó la renuncia a su derecho de propiedad sobre la esclava. Paul mojó la pluma en el tintero y firmó también. Luego se la tendió a tío Herbert, que bufó y gruñó hasta que Paul dijo, secamente:

–Queremos tu firma, Herbert. Tu último acto oficial en Devon.

Y cuando el hombre firmó a regañadientes, Paul dijo:

–Pareces muy cansado. Hubiera debido aliviarte de esta tediosa carga hace tres años.

Mr. Starch, que se sentía ultrajado por cuanto había sucedido, no pudo guardar silencio por más tiempo.

–Comportarse así delante de dos esclavos… ¡Vive Dios, señor, es indecente!

–Tiene razón -dijo Herbert, mirando con disgusto a Eden y Cudjo.

Luego, volviéndose de espaldas a ellos, miró a Paul y Susan.

–Hice cuanto pude por salvar la plantación.

–Te necesitábamos -dijo Paul-. Pero lo que ahora le hace falta a Devon es una nueva clase de dirección.

–¿Y crees que estás en condiciones de suministrarla?

–Sí. Con ayuda de Susan.

Despectivamente, Herbert se volvió hacia ella.

–Desde luego, te dio una buena dirección, ¿verdad? De cabeza desde el tejado.

–Los años pasan -repuso serenamente Susan-. La pasión se esfuma y prevalece la sabiduría. Vamos a convertir Devon en una plantación aún mejor.

–No será con él al frente -exclamó Herbert, y, disgustado por las flaquezas de su familia, salió violentamente de la habitación.

Cuando la puerta se cerró de golpe a su espalda, se produjo un embarazoso silencio. Paul sabía que nunca hubiera debido hablar así a un blanco en presencia de esclavos, pero lo hecho hecho estaba, y Eden,

comprendiendo sus pensamientos, empezó a arreglar la sala, como si se tratara de un día normal.

–Cudjo, ordena esos libros.

Y mientras los dos esclavos se movían de un lado a otro, Paul dijo:

–Mañana empieza nuestro trabajo.

–¿Podré coger mañana mi papel y llevarlo al tribunal? ¿Para que lo escriban en el libro? – preguntó Eden.

–¡Oh, sí! – exclamó Mrs. Steed-. Yo iré contigo.

Y cuando su marido le miró con sorpresa, dijo:

–Me siento mucho mejor, Paul. Y quiero ver casados a estos dos. Insisto en que Eden comience debidamente su nueva vida.

Paul asintió con la cabeza, y, al mirarle, Eden vio que había en sus ojos la misma enigmática mirada que había percibido la noche anterior y que le había asustado. Y comprendió que nunca podría ser descifrada: él le había pegado, amado y dado la libertad.

No le daría las gracias por su generosidad. Tras arreglar el último almohadón, salió con vivos pasos de la estancia, pero Cudjo se dirigió a cada uno de sus benefactores, inclinando su poderoso torso y diciendo:

–Muchas gracias.

Durmieron aquella noche en la herrería, aturdidos, desgarrados por una confusión de emociones que no podían comprender. Hacia el amanecer, Cudjo dijo:

–Antes de ir a Patamoke, quizá vaya al armario para deshacerme de la pistola y los cuchillos.

Pero Eden tenía una visión distinta:

–No. Algún día los necesitaremos.

DÉCIMO VIAJE: 1837

Fue un viaje que Bartley Paxmore recordaría durante el resto de su vida. Para 1837, las pequeñas ciudades desparramadas a lo largo de la Orilla Oriental se hallaban enlazadas por toscas e inadecuadas carreteras; era ya posible, aunque muy poco confortable, conducir una carreta desde Patamoke hasta la capital del condado, en Easton.

Pero las aisladas casas situadas en los remotos extremos de las penínsulas seguían siendo accesibles principalmente por embarcación. Desde luego, había senderos que conducían hasta el centro de cada península, pero le resultaba difícil a un caballo recorrerlo. Desde la

casa de Paxmore en Acantilado de la Paz hasta Patamoke había una distancia de siete millas de cómoda navegación; utilizando los tortuosos senderos terrestres, la distancia se convertía en trece escabrosas millas.

Así, pues, cuando el joven Paxmore, de dieciocho años y lleno de seguridad en sí mismo, decidió abandonar Acantilado de la Paz para efectuar una visita a un asentamiento existente en las fuentes del río Miles, eligió como medio de transporte la pequeña balandra de su familia. No informó a nadie de sus planes ni de su marcha. Simplemente, bajó al muelle a primera hora de la mañana de un jueves y zarpó.

Nadie le echó en falta hasta la hora del almuerzo. Los chicos pequeños fueron enviados al muelle y volvieron con la esperada noticia.

–¡Ha desaparecido la *Emerald*! – gritaron.

Y cuando se reanudó la comida, hicieron múltiples preguntas acerca de adonde podría haberla llevado Bartley. Sus canosos padres mantenían la vista fija al frente, rehusando hacer ningún comentario, pero hacia el final de la comida George Paxmore no pudo contenerse más. Dando sobre la mesa una palmada tal que saltaron todos los platos, exclamó:

–¡Que me ahorquen!

Y se levantó apresuradamente de la mesa para no estallar en carcajadas.

Elizabeth Paxmore trató de calmar a los niños, que la acribillaban a preguntas. Amy, la más joven, opinaba que se había ido a Oxford a comprar cerdos, sugerencia que hizo sonreír a su madre. Pero no quería decir a los niños adonde, en su opinión, había ido su hermano.

Éste se encontraba en aquellos momentos enfilando hacia Blackwalnut Point, en la extremidad meridional de la isla Tilghman, largando el foque y la vela mayor para la larga travesía hacia el Norte. Se recostó en la popa de la embarcación, con la caña del timón bajo el brazo y las cuerdas de las velas amarradas junto a su mano derecha. Soplaba un viento tan vivo por la cuarta de babor, que le resultaba fácil mantener el rumbo de la Emerald. Y así permaneció durante toda la larga tarde.

Desde Acantilado de la Paz hasta el nacimiento del río Miles había una distancia de 47 millas, y no podría recorrerla antes del anochecer,

porque el rumbo, como todos en la Orilla Oriental, exigía muchas maniobras diferentes, y durante una considerable distancia navegaría hacia el Sur para poder poner luego proa al Norte. Nadie podía predecir cómo evolucionaría el viento en esa distancia, pero, ciertamente, las últimas veinte millas serían una combinación de ceñidas y bordadas.

No le preocupaba la necesidad de pasar la noche en su embarcación. Simplemente, se acercaría a la orilla, amarraría la proa a algún árbol y dormiría lo que pudiese. No tenía hambre ahora, ni la tendría al anochecer, pues su mente se hallaba tan agitada que habría sido repugnante pensar en comida.

Había visto a Rachel Starbuck sólo una vez, en la Asamblea Anual que los cuáqueros celebraban en la venerada y vieja casa de reunión llamada Tercer Albergue, en Easton. La familia Paxmore no había intentado ir allí en carreta; habían subido todos a la balandra, abandonado el Choptank a la altura de Oxford y recorrido el riachuelo del Tercer Albergue hasta Papermill Pond, donde atracaron en el muelle perteneciente a Mordecai Swain. Caminaron luego hasta la casa de reunión, y, al entrar, Bartley gimió. Los perplejos cuáqueros estaban todavía debatiendo los problemas de la esclavitud, pues las asambleas alejadas se hallaban en esta cuestión muy retrasadas con respecto a Patamoke, y familias como los Paxmore debían tener paciencia mientras las demás les alcanzaban. Pero Bartley se quedó atónito al oír a Swain argumentar desde el banco delantero que los cuáqueros no debían hacer nada para enajenarse a los propietarios de grandes plantaciones que aún mantenían siervos sujetos a esclavitud:

«A la larga, queridos amigos, y es con esta perspectiva como debemos contemplar el asunto, nunca lograremos abolir la esclavitud, a menos que tengamos la sincera cooperación de los buenos cristianos que en la actualidad poseen esclavos. Nosotros nos hemos convencido a nosotros mismos. Debemos ahora convencerles a ellos, y no lo haremos proclamando la destrucción de sus derechos de propiedad.»

Al pronunciar la expresión «derechos de propiedad», Swain había adoptado irreflexivamente el vocabulario de quienes defendían la esclavitud -«este esclavo es propiedad legítima mía, y no puedes privarme de su trabajo»-, y la asamblea le reprendió. Tres oradores

distintos le reprocharon por haber caído en el error, después de lo cual él se levantó de nuevo y dijo, con tono suave y conciliatorio:

«Precisamente porque la esclavitud está protegida por la ley como un inviolable derecho de propiedad es por lo que nos enfrentamos a difíciles problemas cuando tratamos de ella. Todos los hombres juiciosos, tanto en el Norte como en el Sur, convienen en que es inmoral. Para combatirla debemos utilizar sólo medios legales. Y eso requiere convencer a los dueños de que la sociedad en general ha cambiado, que lo que es legal debe ahora convertirse en ilegal. Es una cuestión, insisto, de persuasión.»

Antes de que Swain pudiera sentarse de nuevo, un hombre al que Bartley no había visto nunca, se puso en pie con violencia impropia de un cuáquero y se lanzó a un vigoroso alegato en favor de que la asamblea adoptase una postura diametralmente opuesta a la preconizada por Mordecai. Propuso que los cuáqueros alentasen a los esclavos a huir de sus amos y los ayudasen luego en su huida a la libertad hasta Pensilvania. Bartley notó que una corriente de excitación recorría el Tercer Albergue mientras el hombre hablaba, y preguntó a su padre, con un susurro:

–¿Quién es?

–Un hombre de creencias muy arraigadas y natural de río Miles. Se llama Starbuck.

Y entonces, mientras Bartley miraba atentamente al apasionado orador, vio, sentada en la fila opuesta, en la sección destinada a las mujeres, a una muchacha de extraordinaria belleza. Tenía ojos grandes y oscuros y cabellos castaños claros, y llevaba vestido gris de cuello blanco y un sombrero azul y amarillo. Ella y su madre miraban tan fijamente y con tanto orgullo al orador, que Bartley supuso que eran su familia; no podía apartar los ojos de la joven Starbuck.

Era más joven que él -suponía-, pero su rostro mostraba una insólita madurez y una gran firmeza de carácter. Mientras escuchaba a su padre, se inclinó hacia delante, como si le instara a continuar, pero Bartley vio que su madre, casi tan hermosa como ella, le apoyaba la mano en el codo, haciéndola volver a una postura más correcta.

No oyó más del debate. «No importa», pensó. Continuaría repitiéndose monótonamente durante los próximos veinte años. Sólo

podía ver a la muchacha Starbuck, y si escuchaba con atención, creía oír su respiración. Era el ser humano más impresionante que había visto jamás, y sentía vértigo al mirarla.

Durante el descanso de mediodía se sorprendió a sí mismo dirigiéndose audazmente a ella y preguntando:

–¿Eres la hija de Starbuck?

–Sí.

–Yo soy Bartley Paxmore. De la Asamblea de Patamoke.

–Lo sé -respondió ella.

Y el hecho de que aquella incandescente muchacha se hubiera tomado la molestia de averiguar quién era él, le inmovilizó por completo. Permaneció allí bajo el sol, en los escalones de la casa de reunión, sin que se le ocurriese nada que decir.

–¿Quieres almorzar con nosotros? – preguntó ella.

Y cuando trató de encontrar alguna clase de respuesta para indicar que no había llevado comida, la muchacha añadió plácidamente:

–Siempre traemos de sobra.

Y se unió a ellos.

Fue una fiesta. Los Starbuck tenían cinco hijos, dos de ellos casados, y, una vez hechas las presentaciones, Bartley tuvo que decir, lleno de azoramiento:

–Nadie me ha dicho tu nombre.

–Rachel -dijo ella.

Era en Rachel en quien pensaba ahora durante su larga travesía hacia el Norte. Desde aquel día, hacía tres meses, había llenado por completo su mente; de hecho, no podía pensar más que en su soberbia figura con el vestido gris, moviéndose entre los árboles de Tercer Albergue, con su bello rostro coronado por el sombrero azul y amarillo. Su recuerdo le cautivaba, y podía verla entre las olas mientras su embarcación avanzaba; sentía el empuje de su sonrisa en las cuerdas de las velas. Nunca había oído un nombre tan plenamente apropiado, tan eufónico como Rachel Starbuck.

Pasó aquella noche de verano en su balandra, amarrada a un árbol caído de la orilla situada frente a St. Michaels, y, como no podía dormir, estuvo viendo las erráticas luces del pueblecito de pescadores, las idas y venidas de hombres con faroles, y pensó: «Pronto tendré un

hogar propio, y por la noche iré al corral a coger huevos para Rachel.» Y la imagen reflejaba una tal felicidad que rompió a cantar:

Es la chica más bella del campo,
y yo el hombre más fuerte en la lucha.
Me darán esos labios sus besos,
y los petirrojos cantarán: «Tuya es esta noche.»

Rió entre dientes: «Padre me regañaría si me oyese cantar estas palabras militares.» Y luego empezaron a desvanecerse las movedizas luces del otro lado del ancho río, y todos quedaron dormidos, excepto él, y el corazón le latía con la fuerza de cien martillos, porque antes de que aquel nuevo día terminara, él atracaría su lancha ante la casa de Rachel Starbuck.

Llegó a la granja a las once de la mañana, y los dos Starbuck más pequeños le vieron en cuanto dirigió la embarcación a la costa.

–¡Es Paxmore! – gritaron.

Y sus gritos hicieron salir a su hermana a la puerta, y cuando vio quién había llegado, supo inmediatamente cuál era su misión. Sin alisarse el delantal, ni embellecerse de ninguna otra manera, bajó a su encuentro por el sendero, le tendió la mano y le dio la bienvenida.

Él se sentía desfallecer de emoción y apenas podía hablar.

–¿Está tu padre en casa? – preguntó bruscamente.

–Sí -respondió ella.

Sin decir nada más, Bartley Paxmore se dirigió a grandes zancadas hacia la casa, entró y buscó a Micah Starbuck. Según la tradición cuáquera, tuteó también al hombre.

–Micah, he venido a pedir la mano de tu hija.

El abolicionista juntó los dedos y se los llevó a la boca como si fuera a silbar.

–Bien -dijo, para sorpresa de Paxmore-, alguna vez tiene que irse. ¿Qué dices tú, chiquita?

Rachel alargó el brazo y cogió la mano de Bartley.

–Creo que estoy dispuesta.

–Lo anunciaremos en la reunión del domingo -dijo Starbuck, y eso fue todo

Cuando Prudence Starbuck bajó, terminado el trabajo que había estado realizando en el piso alto, fue informada del compromiso de su

hija.

–Hemos oído que eres un muchacho excelente, Bartley -dijo.

–Gracias, Prudence -respondió él.

Las cosas en que con tanto ardor había soñado estaban sucediendo tan rápidamente, que estaba aturdido y no sabía qué hacer.

–Puedes besarla ahora -dijo Micah.

Y Bartley tembló, se inclinó torpemente y besó a Rachel en la mejilla.

–Más adelante lo harás mejor -rió Micah, y Bartley sintió que se le doblaban las rodillas y preguntó:

–¿Puedo sentarme?

Sucediera lo que sucediese en los años futuros, Bartley Paxmore recordaría que a los dieciocho años de edad había estado tan enamorado de Rachel Starbuck que cuando la rozó con sus labios estuvo a punto de desmayarse. Había recorrido 47 millas sin anunciarse previamente para pedirla en matrimonio, atraído como por una docena de imanes, y el fuego de aquel día nunca se extinguiría en la ceniza gris.

Al día siguiente los Starbuck dispusieron que el anuncio del compromiso se leyera en dos reuniones decisivas, y el matrimonio se celebrase lo antes posible. Esto significaba que Bartley debería permanecer en la granja durante esos once o doce días, y lo que accidentalmente sucedió el sexto día cambió su vida.

Estaba la familia cenando, pocas horas antes de anochecer, cuando Micah oyó una insólita conmoción cerca de los gallineros, y cuando envió a su hijo menor a investigar lo que ocurría, éste regresó y se detuvo rígidamente en el vano de la puerta, con los pies juntos y las manos a los costados, como si comunicara una importante noticia a un general o a un rey.

–Otro negro. Escondido en los cañaverales.

Nadie habló, pero todos se levantaron en silencio mientras Micah salía de la estancia. Tras una breve ausencia, volvió y dijo simplemente:

–Ya sabéis lo que hay que hacer.

Se olvidaron todos de la cena, y cada miembro de la familia se puso serena y decididamente en acción. Prudence, la madre, echó en una

escudilla toda la comida que había en los platos y se la entregó a Rachel.

–Tendrá hambre -dijo.

Y Rachel salió. Mrs. Starbuck y su otra hija se movieron por la estancia, arreglando las cosas para crear una impresión de normalidad; sabían por experiencia que esa noche su casa sería minuciosamente registrada. Cuando se cercioró de que todo estaba bien, Mrs. Starbuck se detuvo ante Bartley y dijo, casi severamente:

–Ahora depende de ti.

–¿Qué debo hacer?

–Dominarte. Quizá tengas que soportar extraños insultos, Bartley. ¿Eres fuerte?

–Lo intentaré.

–Intentar no es suficiente -y ordenó a Rachel-: Vigílale.

Al cabo de un rato, Micah regresó a la casa.

–Ha sido horriblemente apaleado.

Cuando su mujer le preguntó si debía ponerle algún emplasto, dijo:

–No, puede vivir con lo que tiene. Vamos a llevarle al otro bosque.

Bartley ignoraba qué significaba esto, pero lo que sucedió después le dejó atónito.

Starbuck cogió a su hijo menor, un chiquillo de diez años, y dijo:

–Quédate con él, Comly. Al amanecer le llevarás por caminos apartados a la granja de Pidcock, en isla Wye.

–Sí, señor -dijo el chico.

Y se fue arriba, de donde volvió con un jersey que se puso bajo el brazo, pues aún no hacía frío.

–Tú -exclamó perentoriamente Starbuck, dirigiéndose a su futuro yerno-, coge una pala y entierra esos vergonzosos harapos. Y extiende por encima estiércol de vaca para ocultar el olor.

De esta accidental manera fue como Bartley Paxmore se encontró implicado por primera vez en la tarea de favorecer la huida de un esclavo fugitivo. En Acantilado de la Paz su familia había estado filosóficamente entregada a acabar con la esclavitud en general; los Starbuck estaban dispuestos a arriesgar sus vidas por un negro individual. En realidad, sólo fugazmente vio al esclavo que había originado aquello. Starbuck le había quitado sus harapos y se disponía

a entregarle un par de fuertes pantalones y una camisa de lana, pero ahora el esclavo se erguía desnudo a la media luz, un hombre corpulento de no mucho más de veinte años, con los costados y la espalda surcados de latigazos. Se miraron unos instantes en la sombra, y luego Starbuck dijo a su hijo de diez años:

–Guíale hasta los bosques lejanos.

Y el niño dijo:

–Le llevaré por el centro del arroyo para eliminar el olor, por si traen perros.

Y el esclavo se fue.

Los Starbuck se reunieron entonces en la cocina para esperar. Permanecieron en silencio, y Bartley pensó: «Ésta es otra reunión cuáquera.» Pero no tardaron en oír los gritos del sheriff y pisadas que corrían hacia la casa. Los perseguidores de negros abrieron la puerta de una patada y empezaron a gritar:

–¿Dónde está el negro?

Tres perros sujetos con una correa entraron gruñendo, y Bartley se sintió turbado al ver que los llevaba un hombre de Patamoke que le conocería, el viejo Lafe Turlock, de las marismas, desdentado, enjuto y ávido de la recompensa que recibiría si capturaba al fugitivo. Perseguía esclavos porque los odiaba desde que uno de ellos matara a su primo Matt durante el motín producido a bordo del *Ariel,* y alardeaba: «Yo tengo los mejores perros cazanegros de la Orilla Oriental. Dadles a mis perros un zapato o una camisa, y le seguirán la pista a un fugitivo hasta Canadá.»

Instintivamente, Bartley se situó detrás de Rachel para evitar que Lafe le viese.

El sheriff dijo:

–Sabemos perfectamente que ayudas a los negros a huir a Pensilvania, Starbuck. Pero esta vez nos proponemos hacer volver a nuestro hombre. Pertenece a este caballero. Ha pagado cuatrocientos dólares por ese negro, y tiene derecho a recuperarlo.

El propietario dio un paso hacia delante; era un hombre delgado y fuerte, vestido con ropas gastadas y andrajosas, y llevaba en la mano izquierda un látigo cuya correa estaba enrollada en dos vueltas y le

colgaba a la altura de la rodilla. Tenía los dientes negros de mascar tabaco, y llevaba el sombrero caído sobre los ojos.

–Soy Herman Cline, Pequeño Choptank, y usted, ¡maldito sea!, está escondiendo a mi negro.

–Descríbalo -dijo el sheriff.

Mirando directamente a Starbuck, Cline dijo:

–Responde al nombre de Joe. Hombre fuerte, con cicatrices en la espalda.

–Tenía que haber cicatrices -observó serenamente Prudence.

Los tres hombres se volvieron hacia Mrs. Starbuck, fulgurando en sus ojos el odio que sentían hacia ella, y Herman Cline preguntó:

–¿Dónde lo ha escondido?

–Yo no he visto ningún esclavo -respondió Prudence.

¿Lo jura? – preguntó el sheriff.

–Sí.

El sheriff se echó a reír.

–Claro que lo jura. Porque tienen al negro afuera, con las gallinas.

Vamos a ver -dijo Lafe, colocando en posición a sus perros.

Y a la débil luz del crepúsculo los rastreadores de esclavos inspeccionaron el gallinero, y el granero, y los campos, buscando concienzudamente indicios reveladores del paso del negro. En un momento dado, los perros pasaron justamente encima de donde habían sido enterradas sus ropas, pero no detectaron nada.

De pronto, el sheriff se volvió, cogió del brazo a Bartley y gritó:

–¿Quién diablos eres tú? ¿Algún agitador del Norte?

Micah empezó a explicar:

–Ha venido a casarse con mi hija…

Pero Lafe Turlock le interrumpió:

–Yo conozco a ése. Es un Paxmore. Mala gente.

–¡Otro maldito cuáquero! – gruñó el sheriff, sacudiendo a Bartley como si fuese un niño recalcitrante-. ¿Dónde está?

–¿Quién? – preguntó Bartley, intentando soltarse.

–¡No gastes bromas conmigo! – rugió el sheriff-. Soy la ley -y le cruzó la cara a Bartley de una bofetada.

Esto era demasiado. Bartley cerró los puños, y los habría descargado en el rostro del sheriff, pero Micah había previsto esa

posibilidad y le agarró el brazo para contenerle.

–Has tenido suerte, hijo -dijo amenazadoramente el sheriff-. Si llegas a tocarme, te mato de un tiro. Bien, ¿dónde tenéis a ese negro?

–Mr. Starbuck -dijo Cline, con su voz quejumbrosa-, somos hombres razonables. Sabemos que mi negro está en su propiedad. Le hemos visto cruzar a nado el Pequeño Choptank, y Lafe le vio atravesar el Gran Choptank en un bote robado.

–Es cierto -dijo Lafe-. Mis perros captaron su olor y nos han traído hasta su casa, Mr. Starbuck. Usted tiene a ese negro, y lo sabemos.

–Ese fugitivo pertenece a Mr. Cline -dijo el sheriff-. Y yo tengo una orden del tribunal en la que se impone a usted o cualquier otro buen ciudadano a ayudarme a recuperar la propiedad de Mr. Cline. Si decide usted desobedecer las leyes de esta tierra…

–¿Qué haces? – gritó Micah.

Y Bartley se volvió, para ver que Lafe Turlock se disponía a arrojar en el granero una tea encendida.

–O me entrega a ese negro -amenazó-, o quemo el granero.

La vista de la llama, y la posibilidad de que pudiera ser incendiado un granero de excelentes maderas, irritó al joven Paxmore. De un salto, se soltó del sheriff y se arrojó sobre Turlock, derribándole al suelo, donde le inmovilizó los brazos y le quitó la tea.

Esto enfureció tanto al sheriff, que se llevó la mano al cinturón para sacar la pistola, pero Micah impidió tan drástica acción.

–No hay ningún esclavo en mi propiedad -dijo sosegadamente.

–Tú jurarías cualquier cosa, igual que tu vieja -dijo el sheriff, casi complacido, en cierto modo, por el hecho de que Micah le hubiese impedido utilizar la pistola; no quería a matar muchachos blancos.

–Yo creo que está en aquellos bosques -dijo Lafe, sacudiéndose el polvo y recuperando sus perros.

–¿Por qué no lo encuentran tus malditos perros? – exclamó Cline, en una explosión de impaciencia.

–Porque, probablemente, han llevado al negro por el arroyo. Para eliminar el olor.

–Pues mete a tus malditos perros en el arroyo para que lo encuentren cuando salga -gruñó Cline.

Turlock hizo como si no hubiera oído la estúpida sugerencia; nunca había participado en la persecución de un esclavo en compañía de un hombre tan desagradable. Normalmente, una persecución era como una fiesta; se comía, se bebía, y cada hombre instaba a los otros a continuar, y todos animaban a los perros. Pero Cline…, era despreciable.

Había caído ya la noche, y los rastreadores de esclavos se sentían frustrados.

–Volvamos a Patamoke -sugirió uno de los hombres.

Pero el sheriff se negó a renunciar.

–Todos a la cocina -ordenó.

Y cuando los Starbuck estuvieron sentados, dijo:

–Sabemos que ese negro está aquí, en alguna parte. Yo personalmente le he visto entrar en tu propiedad, Starbuck, como si supiera que si lograba llegar aquí estaba a salvo. Mientras llegábamos nosotros, tú le has escondido. Y vive Dios que vamos a encontrarlo.

Y comenzaron a registrar la casa, revolviéndolo todo. Una vez, el sheriff cogió a la hija pequeña de los Starbuck y le gritó:

–Tú le has llevado comida, ¿verdad?

–No -respondió ella-. No ha estado aquí.

Al final, los hombres tuvieron que admitir su derrota, pero el sheriff advirtió a Micah:

–No te voy a perder de vista. Porque sé que ayudas a los negros a escapar al Norte. Y eso va contra la ley…, la ley de Maryland, la ley de los Estados Unidos y la ley de la decencia común.

Herman Cline miró con ojos suplicantes a Mr. Starbuck, y al comprender que esto no le serviría de nada, se volvió hacia Lafe y resopló:

–Tú y tus malditos perros…

Había pagado a Turlock diez dólares…, sin recuperar su esclavo.

Al marcharse los tres hombres, el sheriff cogió del brazo a Paxmore.

–Hijo, has estado a punto de morir esta noche. Vas a emparentar con mala gente. Un día de éstos te meteré en la cárcel.

La boda se celebró la tarde del lunes siguiente al segundo domingo. Se congregaron en Tercer Albergue cuáqueros procedentes de numerosas granjas, las mujeres a la izquierda, los hombres a la

derecha. Había dos filas de bancos enfrente. En la superior se sentaban dos hombres y dos mujeres de avanzada edad. No tenían ningún parentesco entre sí. Los hombres llevaban puesto el sombrero. En la fila inferior se hallaba sentado Bartley Paxmore, soltero de Acantilado de la Paz, de dieciocho años, con el sombrero puesto, y Rachel Starbuck, soltera de Río Miles, de dieciséis años, tocada con un sombrero azul y amarillo.

Durante los veinte primeros minutos de la ceremonia, nadie habló. Varias moscas, atrapadas dentro de la casa de reunión, zumbaban perezosamente, pero no molestaban. Afuera, parloteaban las aves del verano, pero a tanta distancia que apenas se las oía, y tampoco ellas molestaban. Hombres y mujeres permanecían con la vista fija ante sí, recordando otras bodas en que habían participado, pero nadie se movía.

Finalmente, Bartley Paxmore se puso en pie y declamó las palabras que hacían correr un escalofrío por la espina dorsal de todo cuáquero:

–En presencia de Dios y de nuestros amigos aquí reunidos, yo, Bartley Paxmore, te tomo a ti, Rachel Starbuck, como esposa…

Había más, dispuesto según determinaba cada asamblea. Aquel día Paxmore dijo:

–En la felicidad y en la desgracia, en la riqueza y en la pobreza, en la enfermedad y en la salud, hasta que la muerte nos separe.

Tembloroso, se sentó.

Tras una larga pausa, Rachel se levantó y dijo, con voz clara:

–En presencia de Dios y de nuestros amigos aquí reunidos, yo, Rachel, te tomo a ti, Bartley…

Sus promesas eran levemente diferentes, y, una vez formuladas, se sentó.

OceanofPDF.com

Tras prolongado silencio, la joven pareja se puso en pie, y Paxmore le puso a ella en el dedo un anillo de oro y la besó. Volvieron a sentarse, y de nuevo se hizo el silencio.

Transcurrieron veinte minutos, y, luego, una de las ancianas sentadas en el banco delantero se levantó y dijo, con voz firme:

«El matrimonio es un santo sacramento instituido por Dios y de un valor precioso ante sus ojos. Pero es también la unión de dos cuerpos jóvenes, y si olvidamos eso frustramos la misión de Dios. Rachel y Bartley, encontrad deleite el uno en el otro. Tened hijos. Tened alegría en vuestro hogar. Amaos el uno al otro cada vez más, pues cuando haya desaparecido el ardor de la juventud, persistirá el recuerdo del gran amor y hará gloriosos todos los años de vuestra vida. En esta casa de reunión se encuentran hoy muchos matrimonios de avanzada edad, cuyas vidas han sido soportables y fructíferas por la pasión que mutuamente conocieron, y así será con vosotros cuando volváis la vista atrás dentro de cincuenta años.»

Se sentó y nadie dio muestras de aprobación ni desaprobación hacía sus extraordinarias palabras. Constituían su resumen de en qué consistía un matrimonio, y se había sentido impulsada por Dios a compartirlo con aquella pareja. Tras varios minutos de silencio, un hombre muy viejo, mucho más que la mujer que había hablado, se puso en pie y dijo, con voz alta y clara:

«Hombres prudentes de todas las naciones y religiones han considerado inadecuado que un matrimonio gaste en alquiler más del veinte por ciento de sus ingresos. Nunca toméis una hipoteca por ningún motivo, salvo para la adquisición de una granja, y nunca paguéis más del cinco por ciento por la hipoteca. Y nunca, nunca, firméis el pagaré de un amigo. Durante sesenta años he visto a hombres firmar por sus amigos, y el resultado es siempre desastroso. Se pierde el pagaré, se pierde el amigo, se pierde el dinero, y sólo queda la aflicción. Rachel, nunca dejes que tu marido

firme un pagaré a un amigo. Si la otra parte necesita el dinero y lo merece, dáselo. Pero no firmes su pagaré.»

Cuando el anciano se sentó, un vecino le susurró algo, y tras reflexionar unos instantes, volvió a levantarse y añadió:

–También sería permisible tomar una hipoteca para comprar un inmueble en la ciudad, pero sólo si fuese esencial para un negocio, y nunca con más del cinco por ciento.

Cuando se hizo de nuevo el silencio, los presentes permanecieron inmóviles, hasta que una mujer más joven se puso en pie para decir con voz vacilante:

–Cuando tengáis hijos, pues ésa es la finalidad del matrimonio, aseguraos de enseñarles a conocer a Jesús. Es terrible educar hijos que no conozcan la fe cristiana.

Ése fue todo su discurso, y no hubo más.

Finalmente, los dos hombres sentados en el banco superior se levantaron y se estrecharon la mano. Todos los demás cuáqueros estrecharon la mano de su vecino y se adelantaron luego para firmar el documento de matrimonio, que sería depositado en el Registro de Easton. Cuando concluyó el acto de la firma, Bartley Paxmore estaba debidamente casado con Rachel Starbuck.

EL FERROCARRIL

A mediados de la década de 1840, los ciudadanos que vivían a lo largo del Choptank se encontraban divididos en dos grupos bien definidos, representados por las dos familias más destacadas de la región. Paul y Susan Steed se habían convertido en paladines declarados de los acomodados plantadores que estaban convencidos de que Maryland debía seguir el ejemplo de las Carolinas y Georgia, aunque ello significara disolver la Unión, mientras que George y Elizabeth Paxmore eran los portavoces del gran conjunto de granjeros y negociantes de la clase media que consideraban la Unión como algo único y precioso que debía conservarse. En poder intelectual y económico prevalecía la

facción Steed; en obstinada fuerza moral, el grupo Paxmore se revelaría importante.

De ordinario, los respectivos caminos de los Steed y los Paxmore divergían, dedicados los primeros a sus plantaciones, y los segundos, a la construcción de barcos; pero en imprevisibles ocasiones sus intereses convergían, y entonces surgían las dificultades.

En aquellos años Devon se convirtió en una de las plantaciones mejor consideradas de América. Ello se explicaba por tres razones. Primera: Paul Steed la había dirigido con previsión y acierto extraordinario, buscando los mejores capataces de Maryland y Virginia y pagándolos bien. Poseía ya cerca de novecientos esclavos y los utilizaba con el máximo provecho. No había palizas ni crueldades; cuando descubrió cómo dirigía Mr. Cline su granja correccional del Pequeño Choptank, no volvieron a enviarse allí más esclavos de Devon. Sus sabias decisiones contribuyeron a la prosperidad de su plantación; alternaba las cosechas, mantenía ocupados sus barcos y amplió el número y la esfera de actividad de sus tiendas. Sus años de sosegado estudio le habían permitido adquirir grandes conocimientos, y se le veía con frecuencia cojeando por los más remotos rincones de sus plantaciones en el continente, metiendo su torcido cuello en toda clase de problemas, que le encantaba resolver.

Segunda razón: En un viaje realizado en 1842 al otro lado de la bahía acertó a ver el funcionamiento del ferrocarril Baltimore y Ohio y quedó tan entusiasmado ante la idea de enlazar con raíles a toda la nación que, sólo por curiosidad científica, hizo en tren el recorrido hasta Harpers Ferry y vuelta. Esa experiencia le convenció de que la única esperanza para la península de la que la Orilla Oriental era una parte radicaba en unir sus tres segmentos por medio de un amplio sistema ferroviario.

Desde los primeros tiempos de la nación, cualquiera con dos dedos de frente comprendía que la península debería estar unida en un solo Estado, pero los accidentes históricos habían decretado que una porción fuese asignada a Maryland, cuyos ciudadanos despreciaban la Orilla Oriental; otra, al llamado Estado de Delaware, que nunca pudo encontrar ninguna justificación razonable a su existencia; y la última, a Virginia, que permitió que su fragmento meridional de la Orilla Oriental se convirtiese en el huérfano más digno de lástima de toda América.

Todos los que vivían allí esperaban continuamente que al año siguiente las tres secciones se unieran para formar un Estado viable, con sus propios intereses, historia, tradiciones y perspectivas. Año tras año, las esperanzas se frustraban. Paul realizaba su propia campaña en el Congreso para lograr que se procediese a una estructuración razonable, y todos aquellos a quienes abordaba convenían en que debía efectuarse el cambio, pero no se hacía nada, pues, como le dijo una tarde el senador Clay: «Mi querido Steed, lo más permanente del mundo es una organización temporal.»

Pero ahora, con la posibilidad de un sistema ferroviario que recorriese toda la longitud de la península y enlazara el Norte, en Filadelfia, con el Sur, vía Norfolk, la Orilla Oriental tenía ante sí un brillante futuro, y el organizador y director de ese futuro sería Paul Steed. Y para la consecución de ese grandioso designio, él y Susan empezaron a invitar a los dirigentes de la nación a visitarles en Devon. La balandra de los Steed cruzaba la bahía y navegaba hasta la desembocadura del Potomac, cuyas aguas remontaba luego hasta Washington, donde esperaba para transportar a famosos senadores y congresistas a *Venganza de Rosalind* y ser allí sus anfitriones durante ocho o diez días. Mientras los visitantes filosofaban, Paul les llevaba figuras destacadas del Choptank para que conversaran persuasivamente con ellos.

Los locales citaban todas las razones que un hombre lógico podía idear en apoyo de la necesidad de que se uniesen las tres fragmentadas partes, y no conseguían nada, aparte la satisfacción de conocer grandes hombres y oírles hablar. Con frecuencia, los senadores hablaban durante dos minutos sobre el problema de unir la Orilla Oriental y, luego, disertaban durante cinco horas sobre los insolubles problemas de la esclavitud.

Tercera: Fue en este terreno de creciente interés por la esclavitud donde más hizo Steed por atraer una atención favorable sobre Devon. Empezó inocentemente: una larga y analítica carta a Fithian, en Londres, explicando que, si bien sería adecuado que Inglaterra aboliese la esclavitud, sería un suicidio hacerlo en el Sur americano. Noel Fithian respondió con un erudito análisis de ciertos puntos flacos en el razonamiento de su amigo, y Paul le envió luego su refutación.

Más tarde entabló correspondencia con caballeros de Massachusetts, Ohio, Louisiana y, especialmente, Carolina del Sur. Sus cartas estaban tan bellamente redactadas y tan llenas de lógica y de elevados argumentos, que circulaban entre amigos de los destinatarios, y lectores casuales de distintas partes del país escribieron a Paul sugiriendo que compilara sus cartas y las ofreciera como la declaración de un realista del Sur, pero hasta que le escribió el senador Calhoun, de Carolina del Sur, no se interesó Steed activamente en el asunto. Con su habitual perspicacia, el gran defensor de los derechos de los Estados y de la Esclavitud decía a Paul:

Rara vez he encontrado un conjunto de cartas que exponga tan concisamente la postura moral del **Sur. Es usted convincente y firme en su defensa de nuestra postura, y sería beneficioso que recopilase las demás cartas que, según he oído, ha escrito usted y las presentase reunidas en libro, a fin de que todos aquellos**

que en el Norte deseen conocer nuestro razonamiento, puedan encontrarlo bellamente expresado.

En 1847 publicó Paul su colección de veinte cartas *Reflexiones de un plantador de Maryland.* Suscitó tan entusiásticas alabanzas en el Sur y tan enérgico rechazo en el Norte, que muchos lectores quisieron saber cómo un plantador provinciano como Steed, aislado en uno de los más remotos rincones de la nación, podía haber adquirido tan elevada instrucción. La explicación era sencilla.

En los oscuros años de su retiro espiritual, cuando se le ridiculizaba a todo lo largo del Choptank por sus relaciones con la esclava Eden y por su renuncia a intervenir en la escandalosa conducta de su esposa, encontró consuelo en la obra de tres autores que habían moldeado su educación. Jean Jacques Rousseau le recordó de nuevo la honorable condición en que podrían vivir los hombres si se atuvieran a las lecciones básicas de la tierra. Había adquirido en Rousseau su apasionado amor a la libertad humana y su determinación de protegerla tanto en el Sur como en el Norte. Platón le recordó las nobles proposiciones en que debe fundarse toda sociedad ordenada. Pero donde más aprendió fue en las novelas de Sir Walter Scott.

Como muchos caballeros del Sur, encontró en las obras de Scott una defensa de los principios en que se basaba la nobleza de la vida meridional: el bravo terrateniente escocés de buena intención, la casta mujer que le inspira y a la que él protege, el siervo leal cuyo trabajo, gustosamente prestado, permite al terrateniente dominar la tierra y la fidelidad de todos a los ideales de una hidalguía carente de egoísmo. Una memorable tarde de 1841, mientras se hallaba en la sala de las cortinas de encaje leyendo *El corazón de Midlothia,* se puso en pie y juró: «Aquí, en esta isla, yo puedo ser un nuevo Guy Mannering, un Quentin Durward local.»

A partir de aquel solemne momento, se consagró a lograr la buena sociedad de Platón, la libertad de Rousseau y la caballerosidad de Walter Scott. Era inevitable que sus cartas compendiaran estas creencias, y en su primera epístola a Noel Fithian, al abordar los temas más peliagudos que turbaban a la nación, no temió expresar sus convicciones personales:

… El negro es genéticamente inferior, necesita un amo, tiene muchas buenas cualidades cuando es adecuadamente guiado y no puede existir fuera de algún sistema de esclavitud.

…Contrariamente a lo que dicen ciertas personas mal intencionadas, la esclavitud es un bien económico, pues permite a los propietarios de tierra mantener en cultivo extensiones que, en otro caso, no podrían ser utilizadas. Ningún hombre blanco podría trabajar al aire libre en zonas como las dos Carolinas, Alabama y Louisiana.

… Es perfectamente posible que un sistema de esclavitud en el Sur coexista con un sistema de trabajo libre en el norte, siempre que el norte no insista en imponer precios bajos a nuestras materias primas meridionales y precios altos a sus productos manufacturados.

…Es también posible que la esclavitud exista junto a un sistema de manumisión gradual de esclavos, pues esto ha sido probado con gran éxito. El objetivo lógico sería adiestrar a los negros en oficios que pudieran desempeñar en cualquier lugar de América. Probablemente, serán necesarios unos doscientos años para que adquieran el nivel de educación preciso.

…Es esencial para el ordenado funcionamiento del sistema que los negros que escapen de sus legítimos amos les sean devueltos a éstos, cualquiera que sea el lugar de los Estados Unidos al que huyan. El derecho de propiedad es sagrado, y debe ser respetado tanto por la ley federal como por la local.

… Se ha hablado de secesión de la Unión, pero esto sólo ocurrirá si los del norte persisten en imponer tarifas elevadas, en estimular la abolición y en dar refugio a los esclavos fugitivos. Si se pone fin a tales antagonismos, las dos secciones pueden coexistir provechosamente y gozar de un futuro ilimitado.

En sus veinte cartas, Paul se refería invariablemente al Sur, con mayúscula, y a la malhadada persecución de que era objeto por los «del norte», sin mayúscula, como si el primero fuese una entidad espiritual y el segundo una combinación casual de fuerzas heterogéneas. Pero nunca ridiculizó la postura nordista, y en la Carta VIII la expuso bastante mejor que algunos de sus propios apologistas. Sin embargo, la carta que más amplia difusión obtuvo fue la XIII, en la que se enfrentaba directamente a la acusación de crueldad meridional hacia el esclavo. Esta carta fue reproducida miles de veces en los periódicos del Sur y sirvió de objeto a miles de refutaciones en los del Norte. El siguiente párrafo llegó a hacerse especialmente famoso:

Ha existido brutalidad, pero nunca en las plantaciones de mi familia ni de mis amigos. Ha existido desatención a las necesidades de comida y vestido y protección contra los elementos, pero no en ninguna plantación que yo conozca. Y ha existido en ocasiones flagelación desmedida de esclavos díscolos, pero el plantador culpable de ello es despreciado por sus iguales, rehuido por sus aparceros y acosados por su propia conciencia. Su destino es el ostracismo entre los de su clase y el desprecio de la sociedad en general. La única forma en que puede redimirse es dando continuadas pruebas de que ha abandonado su mal comportamiento, pues si persistiese en él después de habérsele reprochado, sería proscrito por la colectividad de caballeros.

En un lugar posterior de la misma carta admitía que existían tipos execrables como Mr. Cline, y que en sus granjas se habían producido en ocasiones desagradables incidentes, pero despachaba

su brutalidad con una frase que deparaba escaso consuelo a los negros que sufrían bajo su látigo: «No se atreven a asociarse con caballeros.» Daba a entender que ello constituía castigo suficiente, pero añadía también que todos los Estados del Sur tenían severos códigos en relación con la esclavitud, «que observan todos, salvo los depravados», y citaba a Maryland como prueba de que bajo su benévola protección un esclavo quizá tuviera que trabajar duramente, pero era bien alimentado, abrigadamente vestido, confortablemente alojado y defendido contra los malos tratos.

Por azar, la otra carta que alcanzó considerable difusión fuera del libro era la XIX, que había redactado en un acceso de irritación. El esclavo Frederick Douglass, que había nacido en una plantación próxima al Choptank y que había servido en diversos lugares contiguos a las posesiones de los Steed, había escapado hacia el Norte y lo habían adoptado los más repugnantes elementos del movimiento abolicionista. En 1845 escribió un insolente libro con objeto de presentar la verdadera situación de la esclavitud en el distrito del Choptank y, merced a él, había alcanzado una cierta fama como orador en las iglesias del Norte. El Sur se sintió ultrajado y, a la vez, perjudicado por este libro, pues Douglass escribía convincentemente; se creía en Patamoke que el libro se lo había escrito algún blanco. Así, pues, en una carta dirigida a un amigo de Ohio, Paul Steed demolía las pretensiones de aquel agitador de la chusma. Su ataque se centraba en cuatro puntos, que resumía al principio de su carta:

Primero: No debes creer que su escrito demuestra que los negros pueden alcanzar un alto nivel de capacidad mental, pues es predominantemente blanco, como él mismo confiesa: «Mi padre fue un hombre blanco. La opinión general es que mi amo era mi padre.» Evidentemente, cualquier poder intelectual que pueda manifestar deriva de su ascendencia blanca.

Segundo: Es un impostor, pues siempre ha navegado bajo nombres falsos, llamándose primero Bailey, luego Stanley, después Johnson y más tarde Douglass. ¿Cuál podemos esperar que sea el próximo nombre? «El verdadero Mr. Johnson había estado leyendo *La dama del lago* y sugirió que mi nombre fuese Douglass. Desde aquel momento hasta ahora me he llamado Frederick Douglass.»

Tercero: Es un ateo, por lo que no puede aceptarse ninguna prueba de malos tratos que ofrezca. ¿Quién ha pronunciado jamás profanación más horrible que ésta: «La religión del Sur es una mera cobertura de los crímenes más horrendos, un justificante de la brutalidad más espantosa, un santificador de las supercherías más odiosas y un oscuro cobijo bajo el que encuentran la más firme protección los actos más siniestros, más viles, más repulsivos y más infernales de los propietarios de esclavos.»? ¿No son éstas palabras del Anticristo?

Cuarto: Es un falsificador convicto: «La semana anterior a nuestra planeada huida hacia la libertad redacté varios salvoconductos para cada uno de nosotros.» Lo que quiere decir es que falsificó cinco pases para engañar a las autoridades, y los firmó con el honorable nombre de William Hambleton, de St. Michaels, escribiendo con falta de ortografía el nombre, en su ignorancia.

El valor perdurable de las cartas de Steed radicaba en sus observaciones sobre temas económicos y de administración. No había ninguna carta concreta que se centrase en ellos, sino que de una manera u otra se contenían en todas; se mostraba como el mejor tipo de plantador…, informado y deseoso de dirigir sus vastas posesiones con beneficio para todos. Revelaba en distintos detalles su determinación de proporcionar a sus esclavos medios de vida decentes y una participación cuidadosamente regulada en los buenos resultados obtenidos con su dirección. Cada esclavo recibía más ropas y alimento que en otras plantaciones. Prestaba especial atención a la santidad de la vida familiar y abolió la vieja

costumbre, mantenida por tío Herbert, de vender en el Sur un marido díscolo sin consideración alguna a la esposa y los hijos que quedaban allí. Explicaba su razonamiento:

Un esclavo sano representa, al mismo tiempo, una importante inversión y una buena oportunidad de obtener un beneficio, pero la inversión queda destruida y el beneficio perdido si el esclavo resulta de alguna manera incapacitado a consecuencia de malos tratos, y entiendo por éstos no sólo las lesiones físicas, sino también las mentales que pueden sobrevenir por la separación de las familias o la falta de atención para con los niños esclavos. Si los dictados de la Humanidad no protegen al esclavo, deben protegerlo los principios de una prudente administración.

La carta que más difícil de digerir les resultaba a los analistas del Norte era la XX, pues en ella Steed explicaba a Noel Fithian su teoría de que la libertad en los Estados Unidos dependía del mantenimiento de la esclavitud. Citaba unos quince poderosos argumentos extraídos de la experiencia de Grecia, Roma y la América primitiva. Estaba convencido de que sólo podían florecer hombres libres si se apoyaban en una clase esclava y alegaba que no era la libertad del caballero blanco lo que estaba defendiendo, sino el bienestar del esclavo. Nunca abandonó esta convicción; nunca admitió la más mínima concesión que pudiera refutar su tesis. Una de sus citas obtuvo amplia difusión:

La libertad disfrutada por los ciudadanos de los Estados Unidos, para envidia de todo el mundo conocido, ha sido fundamentalmente obra de caballeros del Sur que poseían esclavos. De los hombres que redactaron la Declaración de Independencia, los que efectuaron la mayor aportación eran propietarios de esclavos. De los que forjaron nuestra Constitución, la mayoría de los dotados de auténtico talento procedían del Sur. De los doce presidentes que han guiado nuestra nación hasta su actual nivel de envidiable éxito, nueve han sido propietarios de esclavos, y su

gobierno ha sido el más juicioso y el más apreciado por la nación en su conjunto.

Aducía que era sólo el caballero, liberado de los asuntos mundanos merced al duro trabajo de sus esclavos, quien podía valorar adecuadamente los movimientos de la sociedad y separar los buenos de los malos. Decía que eran las esposas de esos dedicados caballeros quienes inclinaban a la sociedad hacia los valores más elevados:

Han sido las mujeres del Sur quienes han mantenido encendidos los faros de nuestra nación: caridad, galantería, compasión, gracia y todas las demás cosas agradables. Podían hacerlo porque -gracias a la existencia de los esclavos de la familia- se hallaban en disposición de atender a asuntos de más importancia que lavar y limpiar. No son las mujeres del Norte quienes han establecido las normas de nuestro comportamiento nacional, pues han estado preocupadas con asuntos insignificantes. Son nuestras graciosas damas del Sur quienes han fijado las pautas.

Y volvía de nuevo a su tema básico de que era la existencia de la esclavitud lo que permitía a los hombres y mujeres negros ser libres:

Lo que encontramos, pues, es que la mujer negra del Sur goza de más libertad para dedicarse a sus verdaderos intereses de maternidad y cuidado de la familia que la llamada mujer libre del Norte que trabaja en algún taller en condiciones que la impiden disfrutar de la vida. La verdadera libertad se halla en una sociedad disciplinada en la que cada participante tiene un lugar y sabe cuál es ese lugar.

Se veía a sí mismo como el heredero número 1.847 de Pericles de Atenas, y Marco Aurelio de Roma, y George Washington de Virginia, y se esforzaba por atenerse a las austeras normas de comportamiento fijadas por aquellos hombres. «Su libertad de movimientos en el mundo -solía decir- se basaba en la existencia de

esclavos que realizaban las categorías inferiores de trabajo.» Pero no era insensible a la insistente pregunta de los abolicionistas: «¿Debe el esclavo vivir sin esperanza toda su vida?» Abordaba esta cuestión hacia el final de la Carta XX:

Te acordarás seguramente, Noel, de la linda esclava Eden que te atendió la última vez que nos visitaste. Era en todos los aspectos una persona superior, y los amorosos cuidados de que colmó a Susan después de nuestro accidente fueron la razón principal de que mi esposa sobreviviese. Liberamos a Eden, y le pagamos un salario que podía acumular para la compra de su marido, aquel magnífico mecánico xanga que conociste en la herrería. Residen ahora en nuestro poblado de Patamoke, donde el marido ha establecido un buen negocio como carpintero y reparador en general. Eden, quizá te interese saberlo, se ofreció voluntariamente a continuar su trabajo en Devon y atender a Susan, que bajo sus cuidados puede ahora caminar con una perfección que te costaría creer. Me atrevo a sugerir que tanto Eden como su marido son más felices aquí, en Maryland, de lo que hubieran podido serlo en África.

De hecho, Paul Steed se convencía a sí mismo de que protegía la libertad de todos los hombres, especialmente la de los esclavos puestos bajo sus órdenes. «Como amo suyo, contribuyo a su propio bien», razonaba, y se mostró tan vehemente en la propagación de esta teoría, que todos cuantos vivían a lo largo del Choptank llegaron a creer que «nuestros esclavos son más felices bajo nuestros benévolos cuidados de lo que lo serían si fueran puestos en libertad». Todo el mundo creía esto, es decir, excepto los propios esclavos y los trabajadores como George Paxmore.

Paul Steed sabía desde hacía tiempo que algún día tendría disgustos con los Paxmore en torno a la cuestión de la esclavitud, y a finales de 1847 fue visitado por Thomas Cater, el administrador de Correos de Patamoke. Mr. Cater navegó hasta Devon, con su

traje oscuro y una expresión sombría en el semblante, para colocar ante Mr. Steed la prueba de que los cuáqueros de Acantilado de la Paz estaban recibiendo correspondencia sediciosa.

–No lo habría creído, señor, si no lo hubiese visto con mis propios ojos.

Y arrojó sobre la mesa un pesado sobre que había sido enviado desde el Norte con un ejemplar del *New York Tribune*, un provocativo periódico dedicado a sembrar la agitación.

–Ahí tiene -señaló Mr. Cater.

Steed no quiso tocarlo, pues la ley de Maryland prohibía explícitamente la circulación de cualquier material «calculado para suscitar descontento entre nuestras gentes de color», y más de un hombre había sido condenado a diez años de cárcel por ese delito. Al principio, la ley se había aplicado solamente a inflamatorios periodicuchos como *The Liberator,* pero ahora comprendía incluso a diarios razonables que cuestionaban de cualquier manera la moralidad y la economía de la esclavitud.

–¿Qué debo hacer con él? – preguntó Mr. Cater.

–La ley dice que debe quemarlo.

–¿Cada vez que llegue?

–No tiene usted ninguna obligación de alentar levantamientos negros.

Mr. Cater, no queriendo llevarse de nuevo a Patamoke el ilegal periódico, preguntó a Mr. Steed si tenía una cerilla, y, cuando se la entregó, fue al césped, se arrodilló y prendió fuego al periódico. Cuando sólo quedó un montoncito de cenizas negras, regresó a la casa.

–Tomaré nota de todo lo que reciban y le mantendré informado.

La preocupación de Steed por la posible traición de Paxmore quedó relegada a segundo término cuando llegó a Devon la noticia de que el senador Clay había encontrado, por fin, una fecha en la que podría cruzar la bahía para tratar sobre el propuesto ferrocarril.

Se realizaron extraordinarios preparativos para asegurar su comodidad, pues era un hombre ya anciano, y el viaje sería penoso; en realidad, ya no era senador, pero conservaba el título y tenía tanto poder que, si él aprobaba un ferrocarril en la Orilla Oriental, sus antiguos colegas del Senado lo apoyarían probablemente. Así, pues, se adornó con flores el gran dormitorio de huéspedes del ala occidental; se instruyó a los esclavos sobre cómo atender al famoso senador por Kentucky; fueron cursadas invitaciones a importantes ciudadanos de la región; y Susan Steed condujo su silla a partes distantes de la mansión, cuidando aquellos pequeños detalles que explicaban la distinción social de los Steed.

Era media tarde cuando llegó la balandra con el senador, y al bajar éste a tierra, un hombre alto, delgado y distinguido, de setenta y un año, ondulantes cabellos y boca grande y expresiva, lo hizo con una dignidad que delataba sus largos años de servicio a la nación. Característicamente, se detuvo en el muelle, observó la plantación, haciendo una rápida estimación de la forma en que era dirigida y empezó a subir por el sendero de grava con paso firme e, incluso, impaciente.

–Tiene usted una excelente plantación -comentó aprobadoramente a Paul, que, con su pierna más corta que la otra, debía esforzarse para no quedar rezagado-. Yo echo de menos mi granja de Kentucky…, especialmente los animales. Me gusta una buena dirección agrícola. Es señal de que hay una buena cabeza.

Al acercarse a la mansión, el viejo Tiberio se adelantó, con su uniforme azul y sus guantes blancos, e hizo una profunda reverencia.

–Bien venido a *Venganza de Rosalind.*

–¿Qué venganza tomó? – preguntó Clay, deteniéndose en el porche para contemplar la plantación desde aquella perspectiva.

–Varias -explicó Paul-. Ahorcó al pirata Henri Bonfleur.

–He oído hablar de él -dijo Clay, admirando la forma en que el jardín descendía hacia el arroyo.

–Y fue su barco el que capturó a Barbanegra. Le cortó la cabeza. Era terrible.

–¿Y ella construyó esta hermosa casa?

–Sí.

Veo que utilizó el sistema flamenco.

Nada escapaba a los ojos del gran hombre. Cuando vio a Susan Steed acercarse en su silla de ruedas, se volvió todo galantería y se apresuró a adelantarse para ayudarla mientras ella se levantaba merced al mecanismo ideado por Cudjo.

–Es una satisfacción que me haya invitado a su casa -dijo, no con tono solemne, sino con el intenso entusiasmo de un granjero de Kentucky a quien agradaba ver plantaciones bien abastecidas.

–Hemos invitado a varias figuras locales a venir a saludarle -dijo Steed-. No tardarán en llegar sus embarcaciones.

–Muy complacido.

–¿Quiere descansar de las molestias del viaje? – preguntó Steed.

–No. Estoy acostumbrado a viajar. Pero me agradaría oír su exposición de los asuntos que me traen aquí.

E, instintivamente, se dirigió hacia la soleada sala, donde la luz del atardecer se filtraba a través de las cortinas de encaje, haciendo la estancia cálida y acogedora. Allí, en un confortable sillón, se tomó dos whiskies y, luego, preguntó:

–¿Y qué hay de ese ferrocarril?

Steed había preparado una mapa de la Orilla Oriental, y siempre que lo miraba se le encendía la ira.

–Señor, es evidente para cualquiera que esta península debería constituir una unidad gubernativa.

–Yo lo he intentado en vano -repuso Clay, riendo entre dientes al pensar en la obstinación con que había tropezado al patrocinar un

proyecto de ley destinado a refundir en un solo Estado las tres partes de la península-. ¿Pero ha intentado usted alguna vez decirle algo a un Estado soberano? Y no digamos a tres.

Meneó la cabeza y, luego, estudió el mapa.

–¿Cuál es su idea?

–Simplemente, ésta.

Y con gestos decididos, Paul bosquejó lo que pensaba que debía suceder.

–Que el Gobierno federal autorice una sólida línea ferroviaria desde Wilmington hacia el Sur, hasta la punta de Cabo Charles. Eso unirá toda la península con Norfolk, al otro lado de la bahía. Que cada ciudad construya derivaciones que empalmen con esa línea principal. Y aquí arriba, un transbordador hasta Baltimore.

–Steed, lo que usted dice es muy sensato, como siempre. Pero pasa por alto un hecho importante. Baltimore está destinada a ser la metrópoli de esta región, y como el trigo ha suplantado al tabaco como cosecha fundamental, la atención de Baltimore se volverá hacia el Oeste, no hacia el Sur. Cuando construyamos un gran ferrocarril hasta Chicago, el empuje hacia el Oeste será irresistible. Mire a Baltimore, no a Norfolk.

Estaba deseoso de desarrollar esta idea, pero empezaron a llegar los demás invitados, importantes hombres de negocios procedentes de diversas partes del Choptank, y Clay les fue saludando a cada uno con cortés deferencia, al tiempo que escuchaba atentamente a Steed explicarle quiénes eran.

Tras una copiosa cena, regada con tres clases de vino, Mrs. Steed se separó de la mesa en su silla de ruedas y dijo:

–Señoras, creo que debemos dejar a los caballeros con sus cigarros.

Y salió, precediendo a las demás.

–Mr. Steed me ha estado hablando de sus esperanzas, es decir, de las esperanzas de ustedes, en el ferrocarril -dijo Clay, con un

tono de voz que daba a entender que él apoyaba la idea.

–¡Sí! – exclamaron varias voces.

Y cuando se desplegó el mapa, cada hombre explicó lo que él y su grupo estaban dispuestos a aportar con destino a la realización del gran designio.

–Seguramente, no habría forma de que los raíles cruzaran el Choptank -dijo Clay.

–Desde luego, señor -convino un comerciante de Dorchester County-. Nuestro plan es traer este ramal a Patamoke y finalizarlo allí. Terminal. Construimos en nuestra orilla sur con dirección hacia el Este y empalmamos con la línea principal.

–Por supuesto, senador Clay -intervino un hombre de Patamoke-, habría un transbordador a través del Choptank. En realidad, ya lo hay -e indicó el lugar por donde discurría el pequeño transbordador.

–Parece una idea espléndida -admitió Clay.

–¿Nos ayudará usted?

–Desde luego.

La promesa complació a los hombres de la Orilla Oriental, porque la palabra de Henry Clay era como un montón de lingotes de oro guardados en una caja fuerte incrustada en roca viva. Era un político que hacía cosas, el despejador de obstáculos, el poseedor de esclavos que comprendía al Norte, el único hombre que veía la nación como un todo.

Pero los hombres del Choptank querían asegurarse de que Clay estaría en posición de llevar adelante su promesa.

–¿Es cierto que la legislatura de Kentucky le enviará de nuevo al Senado?

La brusquedad de esta pregunta, al tocar la delicada cuestión de su incierto futuro, debió de resultarle embarazosa a Clay, pero no lo manifestó. Volviéndose hacia quien la había formulado, dijo plácidamente:

–Desde que entré por primera vez en la legislatura de Kentucky, siempre he estado a disposición de mi país, señor. Y, aunque ya soy viejo, si Kentucky desea llamarme a su servicio, corresponderé.

Y añadió:

–Si vuelvo al Senado, apoyaré su ferrocarril. Pero yo no quiero sólo esos ramales relativamente cortos. Quiero toda una red de vías férreas que unan por completo esta nación. Quiero poner fin a las diferencias entre Norte y Sur, entre Este y Oeste. Muy especialmente, quiero poner fin a nuestra enconada pugna en torno a la esclavitud.

No se volvió a hablar de ferrocarriles.

–Ustedes, buenos hombres de Maryland, se encuentran en la frontera entre las dos posturas. Algunos, como Steed, son plantadores del Sur. Imagino que la mayoría de ustedes no tienen esclavos.

Pidió que alzaran la mano quienes se hallaran en esa situación, y las dos terceras partes de los presentes indicaron que no tenían ninguno.

–Ustedes que están al margen díganme, entonces, qué debemos hacer para unir a esta nación.

Se inclinó hacia delante un hombre viejo, muy viejo realmente, pues estaba gastado por las continuas luchas, y fue señalando por turno a cada uno de los hombres, pidiendo su consejo.

Las respuestas fueron variadas; algunos querían que se les reconociera a los dueños de esclavos el derecho a llevar éstos a todos los nuevos territorios que se abriesen en el Oeste; otros querían que fuesen reducidos los aranceles impuestos por los congresistas de Nueva Inglaterra; dos hombres sugirieron que se fijara un plazo al término del cual todos los esclavos deberían ser liberados, doscientos años, por ejemplo. Y todos convinieron en que se suavizasen las diferencias a la sazón existentes entre el Norte y el Sur.

Clay inició entonces un detenido interrogatorio.

–Supongamos que un esclavo huye de esta plantación.

–Ocurre a veces -admitió Paul, inclinándose hacia delante para ver cómo enfocaba Clay aquel delicado problema.

–Supongamos que el esclavo de Mr. Steed llega hasta Boston.

–Algunos llegan hasta Canadá -dijo rápidamente un propietario de esclavos.

–¿Debería incitarse a Mr. Steed…, mejor dicho, se le debería permitir legalmente ir a Boston para recuperar su esclavo?

Todos convinieron en que tenía ese derecho; incluso los dos hombres que pensaban que todos los esclavos debían ser liberados en un remoto futuro estaban de acuerdo en que, conforme a la ley vigente, Steed tenía derecho a recuperar su propiedad.

–Pero ahora llegamos a la parte delicada -dijo Clay-. Cuando Mr. Steed llegue a Boston, ¿se le permitirá recabar la ayuda de los comisarios de los Estados Unidos destinados allí? ¿O de la Policía local? ¿O los servicios de cualquier transeúnte?

Cada una de estas preguntas obtuvo contestaciones unánimemente afirmativas, pero antes de que el senador pudiera responder, uno de los hombres más liberales añadió:

–Quisiera reconsiderar mi respuesta a esa última pregunta. Sobre lo de recabar la ayuda de los transeúntes. ¿No sería provocativo? Quiero decir…, ¿los actos serían visibles, en público?

Clay se recostó en su asiento mientras los hombres expresaban sus reacciones a ese hipotético caso, y observó que, al final, todos convenían en que era obligatorio devolverle a un hombre su propiedad legítima. Tres veces propuso Clay casos ilustrativos con ligeras variaciones, y tres veces los hombres del Choptank confirmaron su primera decisión: la propiedad de un hombre era inviolable, y si huía, la fuerza entera de la sociedad debía ser movilizada para devolvérsela.

En ese momento se abrieron las puertas del comedor y apareció el viejo Tiberio.

–Caballeros, vuelven las señoras.

Y se hizo a un lado, mientras Susan entraba con su silla de ruedas en el salón. A los pocos minutos demostró saber tanto como cualquiera de los hombres, excepto el senador, sobre aquel problema de regionalismo, pero la costumbre había impuesto que se retirase de la parte seria de la conversación.

Los invitados durmieron esa noche en la mansión, y en el desayuno el senador Clay reanudó su interrogatorio a los caballeros. Permaneció hablando con ellos durante toda la mañana, durante la comida de mediodía y toda la tarde. Una hora antes de anochecer dijo que le gustaría ver la plantación y caminó por ella unas dos millas, observándolo todo. En un momento dado dijo a Steed, que renqueaba junto a él:

–Una de las mejores cosas que he hecho en mi vida ha sido importar buenas teses de Inglaterra. Nada fortalece más a una nación que una sólida agricultura.

Aprobó la dirección de Steed y le sorprendió diciendo:

–He estudiado sus *Reflexiones,* Steed, y me complace ver que practica lo que predica.

Por la noche Clay estaba dispuesto para otra sesión de tres horas, pero el ferrocarril sólo fue mencionado una vez.

–Díganme, caballeros, cuando construyamos ese ferrocarril, ¿hacia dónde irán sus simpatías? ¿Hacia Norfolk, al Sur, hacia Filadelfia, al Norte, o hacia Baltimore y Chicago, en el Sur?

–Siempre seremos hombres del Sur, señor -dijo Steed.

Clay empezó a responder, pero Tiberio estaba ya abriendo las puertas para dar paso a las señoras. Esa noche Susan dijo:

–No sé si sabrá, senador, que soy inglesa.

Clay se levantó y le hizo una inclinación.

–Su país nos envía generales valientes y hermosas mujeres.

–Y a veces creo que esta rivalidad entre el Norte y el Sur es una estupidez.

–Yo también lo creo, señora, como la diferencia entre Irlanda e Inglaterra.

–Ah, pero ésos son dos países distintos.

–Y debemos procurar que el Sur y el Norte no se conviertan en dos naciones distintas.

–¡Cierto! – exclamó uno de los hombres de negocios.

Clay tomó la campanilla de plata que reposaba sobre la mesa, junto a Paul Steed, y la agitó. Cuando apareció Tiberio, preguntó:

–Buen Tiberio, ¿podrías traer copas para las señoras?

Cuando así lo hizo y se hubo servido el vino, Clay propuso un brindis.

–Rara vez he conversado con ciudadanos más juiciosos que los aquí reunidos esta noche.

Vaciló.

–¿Es usted ciudadana americana, Mrs. Steed?

–Desde hace muchos años -respondió ella.

–Señoras y caballeros, ¡por la Unión!

Bebieron en silencio, mirando todos los presentes por encima de sus copas a aquel hombre extraordinario que se había convertido en el símbolo de todas las fuerzas que pugnaban por mantener unida la nación: Clay, el hombre que sabía llegar a un compromiso, el hombre que acudía para escuchar.

Por la mañana, mientras bajaba lentamente hacia el muelle, dijo a Steed:

–No será fácil conseguir su ferrocarril. Nuestra prioridad máxima es terminar el de Chicago.

–¿Y después?

–Yo sólo puedo prever con un año de antelación, Steed. Siempre me aterrorizan los doce meses siguientes.

Naturalmente, los Paxmore no eran invitados nunca a las reuniones sociales de *Venganza de Rosalind,* y era comprensible, pues su actitud hacia la esclavitud discrepaba tanto de la de los plantadores, que ninguna de las dos partes se habría sentido cómoda. Los esclavistas, como eran caballeros, vacilarían en irritar a los cuáqueros recitando los problemas con que tropezaban al intentar administrar económicamente a los esclavos, mientras que los cuáqueros, como no eran caballeros, no tendrían ningún reparo en exponer ante ellos las incongruencias morales del sistema.

–Es casi como si rechazaran la ley instituida de la tierra -se lamentaba Paul.

Y Susan respondía:

–Alimentan sus prejuicios con esa perniciosa literatura que les envían desde Boston y Nueva York. Simplemente, se niegan a aceptar el testimonio de sus propios ojos.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, la forma en que novecientos esclavos viven con nosotros en total armonía.

Había identificado la trágica diferencia que separaba a las dos familias: los Steed señalaban su bien dirigida plantación y creían que compensaban los campos de horror como el de Herman Cline, mientras que los Paxmore señalaban un campo de horror en el Pequeño Choptank y consideraban que contrapesaba los centenares de plantaciones bien dirigidas. No había confluencia de criterios. La dificultad que Paul Steed había previsto surgió cuando los Paxmore se suscribieron a *The Liberator* y pidieron que Mr. Cater se lo entregara, cosa que estaba prohibido hacer. Por ello, siempre que llegaba el vapor de Baltimore con ediciones del *New York Tribune* o *The Liberator,* los quemaba: «No quiero sedición en Patamoke.»

Cuando George Paxmore supo que el correo de los Estados Unidos estaba siendo destruido, protestó, pero Cater le advirtió:

–Amigo Paxmore, parece no darse cuenta de que estoy actuando en defensa de usted. Suponga que le entrego los periódicos, y que aviso al sheriff. Iría usted a la cárcel.

Los Paxmore presentaron una protesta en Annapolis y se les respondió: «El administrador de Correos Cater está cumpliendo con la ley.» Escribieron al Administrador General de Correos en Washington, que remitió su denuncia a un subordinado, el cual respondió: «Los del Norte pueden insistir en que llevemos su correo al Sur, y así lo hacemos, pero es comprensible que los administradores del Sur lo quemen de acuerdo con la ley local.»

Esta contestación irritó tanto a los Paxmore, que buscaron un arbitraje en el inflexible campeón de la rectitud de Nueva Inglaterra, John Quincy Adams, antiguo presidente de la Unión y su principal defensor a la sazón en el Congreso. Había estado buscando un caso así que explotar, y envió un investigador, un caballero de Illinois, para comprobar las acusaciones de Paxmore. El comisario, antiesclavista, regresó a Washington con pruebas de que el administrador de Correos había estado quemando correspondencia de los Estados Unidos.

Hubiera podido producirse un escándalo, porque Adams, pendenciero y combativo viejo guerrero de ochenta y un años, estaba decidido a luchar contra semejante irregularidad. No fue necesario. Se llegó a un compromiso en virtud del cual el administrador de Correos Cater fue destituido de su puesto en Patamoke, para pasar a ocupar uno mucho mejor que le habían ofrecido los patriotas de Carolina del Sur, donde continuó quemando todo correo que considerase sedicioso.

Su marcha tuvo una curiosa secuela. Cuando Cudjo ganó su libertad, se trasladó a Patamoke y estableció su propio negocio. Era carpintero, mecánico, constructor de lanchas, reparador, jardinero y pescador de ostras. Se le ofreció un trabajo permanente en el astillero de Paxmore, pero tenía un deseo tan insaciable de libertad,

que quería ser su propio jefe, aun cuando eso significara la existencia de ocasionales períodos sin trabajo.

Gamo Eden continuaba trabajando en *Venganza de Rosalind*, para estar cerca de la lisiada Susan, se desarrolló una curiosa organización familiar. Durante unas dos semanas al mes, Eden vivía con Cudjo en la cabaña de Patamoke, ayudando a educar a sus dos hijos; luego subía a una de las lanchas de Steed y regresaba a Devon otro par de semanas, y fue durante uno de estos viajes cuando Paul Steed le dijo:

–Eden, ahora que tú y Cudjo sois libres, tenéis que tomar un apellido.

Era una sugerencia razonable por cuanto que la posesión de apellido era una de las características de un negro liberado, pero ni Eden ni Cudjo habían tenido jamás apellido.

–No tengo ni idea -repuso Eden.

Y sucedió que en ese momento Paul estaba mirando una carta, y se sintió irritado al pensar que los Paxmore habían sido capaces de poner en apuros a un administrador de Correos que con tanta eficiencia había desarrollado su trabajo. Entonces se le ocurrió la idea:

–Eden, Mr. Cater fue trasladado al Sur. Su apellido no es necesario. Así, pues, Cudjo y Eden se convirtieron en los Cater, y siempre que los Steed lo mencionaban recordaban su antagonismo con los Paxmore.

Paul Steed intentó tres veces atraer a Daniel Webster a Devon, y ello era importante, pues en la lucha por conseguir el ferrocarril era esencial el apoyo del gran hombre de Nueva Inglaterra. Era el miembro más poderoso del Senado y tenía el fiel acatamiento de los dirigentes de la industria.

Estaba demasiado atareado por las cuestiones gubernamentales para realizar el largo viaje desde Washington, aunque se daba por supuesto que Steed enviaría el barco de la plantación a recogerle. Y

entonces, un día, sin previo aviso, apareció en la isla un tal Mr. Walgrave, de Nueva Hampshire, con excitantes noticias:

–Si pudiera usted ver la forma de invitar a la reunión a estos caballeros…,

Y entregó a Paul una lista de nombres en la que se contenían los de los más prósperos hombres de negocios de la Orilla Oriental, Delaware y Baltimore.

–Me sentiría orgulloso de invitar a esos señores -confesó Steed-. ¿Pero vendrían?

Y Mr. Walgrave, activo y nervioso hombrecillo que hablaba continuamente en susurros, respondió:

–Creo que podrían estar interesados en hablar directamente con el senador. Creo que los encontrará usted muy receptivos.

–Si está usted tan seguro -dijo Paul, con cierta perplejidad-, ¿por qué el senador Webster mismo no…?

–¡Oh no! – replicó Walgrave-. Eso sería muy poco correcto. Pero si la invitación llegara de usted…

–Lo intentaré, desde luego -dijo Paul-. Ese ferrocarril…

–¡Oh! – exclamó el hombre de Nueva Hampshire-. Encontrará usted al senador muy interesado en los ferrocarriles. Sí, verdaderamente.

Así, pues, fueron cursadas las invitaciones, y casi todos los hombres que las recibieron contestaron que sería un verdadero placer para ellos entrevistarse con el gran senador. Se tomaron medidas para alojar a los visitantes en todas las partes de la mansión, en la oficina e incluso en las dos casitas de los capataces, remozadas para la ocasión.

Los invitados empezaron a llegar dos días antes de la conferencia prevista, y se colocaron mapas en lugares adecuados para estudiar en ellos las rutas proyectadas. Se habló mucho de un ramal que empalmaría con un transbordador a Baltimore, insistiendo los hombres de esa ciudad en que el comercio fuera

encauzado allí, más que al Norte, a Filadelfia, y se acordaron rápidamente concesiones. El día anterior a la reunión apareció Mr. Walgrave, todo blandura y susurros confidenciales. Aseguró a cada uno de los hombres que Daniel Webster iba a cruzar la bahía para verle personalmente a él, porque el senador tenía en muy alta estima su juicio comercial, y se pasó la tarde sembrando entusiasmos para la llegada del gran hombre.

En el desayuno expuso, con su voz suave, cuál debería ser el programa del día, y a las diez, cuando llegó el barco, él se encontraba en el muelle, presidiendo el comité de bienvenida.

–¡Hip, hip, hurra! – gritó, alentando a los esclavos que esperaban a coger las cuerdas de amarre.

Cuando el barco quedó atracado, Mr. Walgrave fue el primero en subir a bordo, y, después de que varios marineros de cubierta hubieran bajado a tierra con el equipaje, gritó, sin susurrar ya:

–¡Aquí está el senador Webster!

Y del camarote salió un hombre corpulento, de cabeza grande y calva, ojos penetrantes y oscuras cavidades bajo los pómulos. Su boca estaba plegada en un perpetuo gesto de desprecio, y, como un emperador, cruzó la pasarela, descendió al muelle y avanzó con pasos vivos para estrecharle la mano a su anfitrión.

–Mi buen amigo Steed -exclamó, dirigiéndose a un hombre a quien jamás había visto-, muy amable por su parte haber venido a recibirme.

Le estrechó solemnemente la mano, saludó a cada uno de los componentes del comité de bienvenida, se detuvo un momento, extasiado ante el paisaje y dijo, con voz profunda y sonora, que pareció retumbar entre los árboles:

–Caballeros, estoy ansioso de hablar sobre ferrocarriles.

En la sesión celebrada antes del almuerzo se mostró irresistible, no por su voz, que mantuvo baja, ni por las dimensiones de su cuerpo, que movía poco, sino exclusivamente porque era un

hombre de inteligencia impresionable. Un plantador del otro lado del Choptank empezó casi humildemente a explicar las ventajas de tener un ferrocarril…

–Mr. Stallworthy, no tiene por qué titubear conmigo. No tengo absolutamente ningún elector en Massachusetts cuyo negocio no se beneficie a causa del ferrocarril. Yo creo que toda industria americana…

Sus palabras fluían rotundas y espléndidas, llenas de una convicción que levantaba el ánimo a sus interlocutores.

Y conocía a fondo los datos. Si alguien hablaba del interés de Baltimore en la Orilla Oriental, Daniel Webster aducía las cifras que apoyaban esta pretensión y se convertía en abogado más hábil que el hombre de Baltimore. Él mismo era un hombre de negocios, introducido en los procesos de comprar y vender. Pero en la sesión celebrada tras el almuerzo del mediodía, mostró el otro aspecto de su política:

–Es esencial, en mi opinión, que construyamos todas las líneas férreas posibles hacia el Norte y hacia el Sur, pues ellas han de constituir el entramado que mantendrá unida a nuestra nación.

Cuando empezó a explayarse sobre los problemas de la Unión, hablaba como un dios, y Steed reflexionó en el hecho de que se mostraba extraordinariamente persuasivo en sus compromisos personales, mientras que Henry Clay, en cambio, se había mantenido en un plano apartado e intelectual.

–Los necesitamos a los dos -murmuró en voz baja, mientras Webster continuaba hablando, desechando dificultades que Steed sabía que no podían sortearse tan fácilmente.

Pero cuando más brillante estuvo fue durante la cena. Sentado a la derecha de Susan, disertó sobre su visión de una Unión más poderosa extendida a todas las partes del continente, abastecida por los Estados del Sur, aprovisionada de productos manufacturados por los del Norte y provista de materias primas por los del Oeste.

En medio de su florido discurso, soltó su servilleta, apoyó las dos manos sobre la mesa y dijo, con resonante voz:

–Caballeros del Sur, he venido aquí para conocer qué es lo que ustedes desean de la Unión.

Apareció el viejo Tiberio para escoltar a las señoras hasta el saloncito en que tomaban café, pero Webster le interrumpió:

–Creo que las señoras deben quedarse -y él personalmente supervisó la colocación de la silla de Susan.

La conversación abarcó numerosos temas. No había ido, como Henry Clay, a escuchar, sino más bien a captar fugaces imágenes de los problemas, a los que daría nueva formulación e incorporaría de forma permanente a su arsenal. Ningún dueño de esclavos se proponía otra cosa sino que Daniel Webster comprendiera sus dilemas, simpatizara con ellos y les diera seguridades de que haría todo lo posible por aliviarlos. Cuando Steed planteó la cuestión suscitada por Henry Clay -¿qué debe hacerse con el esclavo fugitivo?-, Webster respondió con energía: «Devolverlo, naturalmente.» Cómo y en qué circunstancias y con qué efecto sobre los organismos federales encargados de hacer cumplir la ley, era cosa que le resultaba ajena.

Se retiró temprano, abandonando la sala como un tornado, con la cabeza inclinada, como doblegado por la pesada carga de sus responsabilidades. Al llegar a la puerta se volvió, dirigió una sonrisa a Susan y miró a los ojos a cada uno de los hombres que allí se encontraban.

–Caballeros y bellas señoras, esta noche su ferrocarril está mucho más cerca que nunca de Patamoke.

Cuando se hubo ido, dejando un evidente vacío, el grupo empezó a disgregarse, pero Mr. Walgrave indicó imperiosamente a Steed que Tiberio debía acompañar a las señoras al saloncito del café. Cuando se hubieron cerrado las puertas del comedor y fueron

encendidos los cigarros, Mr. Walgrave dijo desde la cabecera de la mesa, con su susurrante voz:

–Y ahora, caballeros, hablemos de negocios.

–¿A qué se refiere? – preguntó un comerciante de Patamoke.

–Al senador Webster, caballeros. A eso es a lo que me refiero.

Y procedió a pronunciar un discurso que asombró a cuantos se encontraban en la sala, a excepción de uno de los hombres de Baltimore. Steed observó que aquel caballero continuaba fumando su cigarro, mirando desdeñosamente al techo, y Paul tuvo la impresión de que ya había oído antes todo aquello.

«Caballeros, dejémonos de rodeos. Ustedes saben tan bien como yo, que Daniel Webster es el único hombre de los Estados Unidos que representa nuestros intereses. Y no me digan que es uno de los defensores de los aranceles elevados y no puede, por tanto, representar los intereses de ustedes, habitantes del Sur. Sólo él ha mantenido el arancel dentro de límites razonables. Pero, lo que es más importante, ha respaldado todo buen proyecto de regulación legislativa comercial presentado al Congreso en los 38 años que les ha estado sirviendo a ustedes.»

Un invitado señaló que había servido en Massachusetts, no en Maryland, y que, en realidad, había sido enemigo de las principales leyes que hubieran podido ayudar a los plantadores. Mr. Walgrave adoptó un tono de desprecio ante semejante observación:

«Indigno, señor, indigno. Mr. Webster tal vez haya tenido que votar, como buen representante de Nueva Inglaterra, contra uno u otro de sus proyectos legislativos, ¿pero no ha votado consistentemente en favor de los intereses comerciales? ¿No goza cada uno de ustedes de una posición más acomodada porque él ha sido su perro guardián en el Senado, combatiendo los proyectos de ley que sólo servían para excitar a la chusma a costa del hombre de negocios?»

Se dirigió de uno en uno a todos los presentes y demostró que Webster había cumplido con su deber, pues interrogó a cada uno sobre las leyes mercantiles concretas que Webster había patrocinado para ayudar a los negocios del interrogado. Todos se vieron obligados a reconocer que Daniel Webster había sido el defensor de los plantadores, así como de los propietarios de fábricas. Luego, fue al grano:

«Y yo estoy aquí esta noche, caballeros, para recabar su apoyo a este hombre que tan firmemente les ha apoyado a ustedes. Me dispongo a recoger sus promesas de aportación económica que permitan a Daniel Webster pagar algunas de sus deudas personales, a fin de que pueda continuar defendiéndoles en el Senado. Quiero que cada uno de ustedes se pregunte a sí mismo: "¿Qué beneficios me han reportado los esfuerzos de este gran hombre en el senado?", y quiero que contribuyan en consecuencia.»

Uno de los plantadores del norte de Patamoke preguntó:

–¿Qué cantidad tiene prevista?

Y, sin vacilar un instante, Mr. Walgrave susurró:

–Quinientos mil dólares.

La cifra provocó contenidas exclamaciones, por lo que añadió rápidamente:

–Caballeros, como ustedes saben, el senador Webster tiene muchos gastos. Tiene granjas, parientes. Organiza fiestas y recepciones, tanto en Boston como en Nueva York. Y cuando ustedes vayan a Washington, cenarán y tomarán vino con él. Sus gastos son grandes porque su corazón también lo es.

La reunión se disgregó temporalmente en pequeños grupos, en los que las discusiones eran vigorosas, y Mr. Walgrave no trató de interrumpir este necesario proceso de formación de opinión, como él lo denominaba; había presidido muchas reuniones semejantes en todas las partes de la nación y habían descubierto que nunca obtenía promesas de grandes aportaciones a menos que se les diese

a los hombres de negocios locales tiempo suficiente para discutir entre ellos. Y eran grandes aportaciones lo que quería.

–¿Está usted pidiéndonos el medio millón entero? – preguntó un plantador.

–¡Cielos, no! – exclamó Walgrave-. Colaboradores inteligentes de toda la nación están efectuando sus aportaciones.

–¿No prohibe la Constitución una colecta de este tipo? – preguntó un abogado de Patamoke.

–¡Ciertamente! – convino Mr. Walgrave al instante.

Había aprendido que ésa era la manera de abordar aquella delicada cuestión, que nunca dejaba de surgir en las sesiones de recaudación de fondos.

–Entonces, ¿por qué nos pide…?

–Mi querido amigo, si usted contribuye… digamos que con dos mil dólares esta noche y espera que el senador Webster vote afirmativa o negativamente a algún proyecto de ley que a usted le afecte en sus intereses, eso sería cohecho, soborno del Senado, y ciertamente sería una conducta punible. Pero el senador Webster no practica, ni ha practicado jamás, el cohecho ni la venta de su voto. Todo lo que yo les prometo esta noche es que si consideran oportuno apoyar a este gran hombre y mantenerle en su puesto…

–No se presenta nadie contra él.

–Gracias a Dios. No, no tiene que luchar por la reelección, y si debiera hacerlo, nadie en Massachusetts podría derrotarle.

–Entonces, ¿por qué necesita…?

–Señor, nos sirve a todos como senador. Representa a la nación entera. Sus gastos personales…

–Deben de ser muy altos para necesitar medio millón.

–Lo son -replicó Mr. Walgrave secamente, y luego volvió a su tono susurrante-. Lo son, porque debe trabajar extraordinariamente para proteger a los hombres poseedores de propiedades. Caballeros, o apoyan a Daniel Webster, o arrojan sus fortunas a los lobos.

Era el momento de obligar a aquellos potenciales contribuyentes a mantener una sesión ordenada. Dio la vuelta a la mesa, colocando ante cada uno de ellos una hoja de papel impreso en la que habían de escribir la cantidad de dinero que estaban dispuestos a aportar, y Webster se había mostrado tan impresionante, tan comprensivo con sus problemas, que todos firmaron una promesa de aportación. Paul Steed daba tres mil dólares.

–Usted no ha firmado -dijo Mr. Walgrave al hombre que había estado mirando al techo.

–No -respondió éste-. Ya di hace tres años, en Pittsburgh…, ¿recuerda?

–No, no recuerdo -replicó Mr. Walgrave, con cierta aspereza.

–Aquella noche estaba usted haciendo su colecta entre industriales siderúrgicos… Cuatrocientos mil dólares entonces.

Mr. Walgrave tomó nota de aquel hombre. En ninguna circunstancia volvería a ser invitado a otra reunión social con Daniel Webster.

Para Eden Cater, la década de 1840 fue una época de perplejidad. Era una mujer Ubre, con un buen marido, dos hijos preciosos y una compasiva ama que la necesitaba. Miss Susan, con la ayuda de diversos aparatos que le había construido Cudjo, se movía bastante bien por la mansión, y a medida que envejecía se iba haciendo más amable y comprensiva:

–Soy inglesa, como sabes. Se supone que nuestras damas deben adquirir una cierta gracia.

Hablaba a menudo de las mujeres Fithian, de Londres y de las curiosas formas en que habían supervisado su infancia.

–Teníamos niñeras, ¿sabes?, y siempre hablaban francés y nos daban a hurtadillas novelas para leer. «Paga que sepas como haceg el amog… cuando llegue el momento.»

Siempre añadía, mientras Eden escuchaba sus monólogos:

–Pero, naturalmente, también soy medio americana. Y se supone que las mujeres americanas que viven en una isla deben adquirir un cierto valor.

Algunos días incluso salía al jardín, donde permanecía sentada en su silla de ruedas, observando cómo los esclavos cuidaban los caminos. Era un ama bondadosa, y los esclavos la trataban indulgentemente. Pero conservaban la belleza del jardín, con los altos espinos alargándose hacia quien pasara por los caminos y las tostadas azucenas situadas tras los bordes de hierro en que sus macizos se hallaban ahora encerrados.

Paul y Susan habían añadido numerosos acebos, y estos árboles, rojos en otoño y verdes en invierno, daban una nueva pincelada al césped. De hecho, Paul había logrado un acebo que daba enormes racimos de brillantes bayas rojas, y estaban vendiendo a sus vecinos plantas arraigadas a las que había puesto el nombre de Susan Fithian. A todo lo largo del Choptank florecían numerosas Susan Fithians… «Un árbol robusto. Resiste cualquier adversidad.»

Eden no era realmente necesaria en la mansión; dos esclavas más jóvenes habían sido adiestradas para atender a Miss Susan, pero siempre que se iba a Patamoke a pasar una temporada con su familia se la echaba de menos. «Es tan inteligente… -decía Susan a las otras chicas-. A veces se comporta como si ésta fuese su casa, no la mía.» Al reflexionar en este fenómeno, añadía: «Es comprensible. Nació en esta isla. Empezó a vivir en la mansión el mismo año que yo.»

Eden se sentía atraída a Patamoke no sólo por causa de su familia, sino también porque percibía que se hallaban en marcha movimientos que no tardarían en engullirla a ella y a Cudjo. Le encantaba sentarse al atardecer en el banco que había delante de la cabaña e intercambiar ideas con él, pues ella desarrollaba sus conocimientos en la mansión, y él en el astillero.

Su conversación seguía extrañas pautas, pues ella había aprendido el inglés señorial en *Venganza de Rosalind*, mientras que él había aprendido el suyo en los campos y en el cobertizo de Cline, mezclado con lecturas de Plutarco. Su pronunciación variaba también, pues Eden lo hablaba lentamente y con acento dulce, mientras que la de Cudjo era más dura e inculta. Pero, pese a estas diferencias, lo importante era que conversaban a un elevado nivel de interés y enseñaban a sus hijos a hacer lo mismo.

En una de sus estancias en casa, Eden dijo a su marido:

–Cuando esos grandes senadores o lo que sean van a *Venganza*, hablan diez minutos sobre ferrocarriles y diez horas sobre la esclavitud. Están completamente desorientados, Cudjo.

–¿Qué opinas tú?

–Todos los blancos buenos, como Mr. Steed y esos Clay y Webster, quieren hacer las cosas bien. Se les nota en la voz. Pero no saben nada, Cudjo. La verdad es que creo que saben menos que tú y que yo.

–¿Y los otros?

–La mayoría de los grandes propietarios del Choptank son completamente estúpidos. Se figuran que nada va a cambiar nunca.

Repitió sus ideas a sus hijos y luego se volvió hacia Cudjo.

–Y los peores de todos son Lafe Turlock y Herman Cline. Cazadores de esclavos. Debes andarte con cuidado con ellos, Cudjo. Intentarán matarnos… algún día.

–¿Por qué? Nosotros no hemos hecho nada.

–Porque somos libres. Odian a todos los negros, pero a los que somos libres nos odian más que a ninguno.

Cudjo preguntó qué opinaba de los Paxmore, y ella dijo:

–Se esfuerzan, Cudjo, pero están hechos un lío.

–A mí me ayudaron.

–Pero creen que pueden cambiar las cosas a buenas. Miss Elizabeth y Mr. George no quieren hacer daño a nadie. Turlock y

Cline quieren hacer daño a todo el mundo.

–Pero Mr. Bartley y Miss Rachel valen mucho. ¿Te acuerdas de la noche en que aquel esclavo llamó a nuestra puerta?

¡Y qué bien la recordaba! Aquella noche había marcado un hito para los Cater. El esclavo había cruzado a nado el Choptank, lo que constituía una hazaña extraordinaria, y había llegado chorreando a su puerta. Cudjo, consciente de que podría verse nuevamente reducido a la esclavitud si era sorprendido ayudando a un fugitivo, quiso echarle, pero Eden estableció la norma a seguir. «Á menudo pienso qué habría sucedido si hubiéramos huido la noche en que Miss Susan firmó mi papel. Me parece ver los perros…, nosotros en el pantano… sin amigos.» Había hecho entrar al esclavo en la cabaña y había dicho: «Cudjo, ningún esclavo que llame a esta puerta dejará de encontrar ayuda.»

–Ese Bartley -continuó Cudjo-, quizá no quiera luchar, pero no le tiene miedo a nada. Yo y el esclavo huíamos hacia el Norte. Lafe Turlock y sus perros nos seguían. Lafe disparó contra mí. Bartley salió de detrás de un árbol. Pelearon. Lafe lanzó sus perros contra Bartley. Salió Rachel y golpeó a los perros con su remo. Detuvieron a todos, menos a mí y al esclavo. Llegamos a Pensilvania. A Bartley le echaron dos semanas de cárcel.

–Sí -dijo reflexivamente Eden-, en las pequeñas cosas son fuertes. Pero en las grandes serán como todos los demás.

–La vieja Mrs. Paxmore, no. Ella me enseñó a leer. Todo el mundo le advertía: «Te meterás en líos si enseñas a un negro a leer.» Pero me enseñó.

Eden no quiso hacer ningún comentario sobre aquella mujer que se había atrevido a tanto. Pero en cuanto a los demás blancos, se estaban precipitando en la oscuridad, por la que caminaban a trompicones, hacia un conflicto que Eden veía como inevitable.

–Porque, cuando escucho en la mansión, Cudjo, todo lo que oigo es que ni aun los senadores saben lo que hay más adelante en

el camino.

Pero Eden lo sabía.

Las semanas finales de 1849 estuvieron llenas de confusión. El Senado, impulsado por Daniel Webster y Henry Clay, que recientemente había regresado a él por la legislatura de Kentucky, estaba preparando un vasto compromiso aceptable para el Sur, Norte y Oeste, que suprimiría las rivalidades regionales, la amenaza de secesión y la posibilidad de guerra. Raramente se habían esforzado dos grandes líderes por conseguir un fin más deseable.

Pero la Cámara de Representantes era un bebedero de patos. A lo largo de cincuenta y ocho torturadoras votaciones prolongadas durante semanas, había sido incapaz de elegir un presidente, mientras sus miembros se atacaban mutuamente como perros callejeros. Y no se vislumbraba ninguna solución. Naturalmente, la causa era la esclavitud, como lo seguiría siendo durante la década siguiente. La Cámara, menos filosófica que el Senado, no podía, simplemente, reconciliar sus diferencias regionales, y el fútil debate se prolongaba indefinidamente.

Durante este punto muerto, uno de los más grandes talentos que nuestro Senado había de producir jamás escribió a Paul Steed diciendo que, puesto que hacía tiempo que deseaba conocer personalmente al autor de las *Reflexiones*, estaba dispuesto a cruzar la bahía, aun cuando su salud no era muy buena, y, un soleado día de finales de diciembre, el vapor de Baltimore atracó en el muelle y descendió de él una de las augustas figuras de la Historia americana.

Ciertamente, no había nada de augusto en su aspecto. Salió lentamente de su camarote, apoyado en los brazos de dos marineros. Llevaba una larga capa negra, con un capotillo adicional sobre los hombros; el hecho de no llevar sombrero permitía que su gran cabellera blanca destacase en muchas direcciones, pero eran

su demacrado rostro y sus ardientes ojos los que creaban la impresión más duradera, pues formaban una especie de mascarilla.

–¡Dios mío! – murmuró Paul, mientras bajaba por la pasarela-. ¡Se está muriendo!

Era John C. Calhoun, senador de los Estados Unidos por Carolina del Sur, ardiente defensor del Sur. Era cinco años más joven que Henry Clay, pero aparentaba noventa y cinco o más. Sin embargo, cuando tuvo la certeza de que sus pies tocaban tierra firme, avanzó rápidamente para estrechar la mano de Paul.

–Mi querido Mr. Steed -saludó con tono bajo y precavido, como si supiera que debía administrar la escasa fuerza que tenía-, es para mí un placer conocer a un hombre al que tanto he admirado.

Mientras caminaban hacia la mansión, seguidos por los plantadores que habían acudido para presentar sus respetos a aquel defensor de su causa, se detuvo de vez en cuando, para recobrar el aliento, y en esos intervalos dejó que los dueños de esclavos le felicitasen por sus diversas intervenciones en el Senado. Steed se sintió conmovido al ver el cariño que le mostraban.

Era cerca de mediodía cuando el grupo llegó a la mansión, pero Calhoun quería comenzar inmediatamente las entrevistas, así que los hombres se reunieron en la sala principal, mientras las mujeres se retiraban a descansar. No bien se habían sentado los hombres, cuando Calhoun sorprendió a Paul diciendo de pronto:

«Steed, quiero que abandone usted esas bobadas sobre el ferrocarril. Son una invención del Norte calculada para alejar al Sur de sus tradicionales virtudes. Si ponen un ferrocarril en esta península, convertirán la excelente tierra meridional en un montón de chozas del Norte. El futuro del Sur radica en la agricultura y en una estabilizada economía esclavista.»

No volvió a hablar de ferrocarriles, y, antes de que Steed pudiera hacerle ninguna objeción al respecto, el flaco anciano paseó la vista por los plantadores congregados como si estuviese

comprobando su lealtad. Luego, seguro de estar hablando con amigos, expuso su filosofía:

«Nosotros, los del Sur, vamos a enfrentarnos con una grave crisis en la próxima sesión del Congreso. Tengo la seguridad de que Clay y Webster están intrigando para presentar algún monstruoso y amplio proyecto de ley que le dará todo al Norte y nada al Sur. Se nos despojará de nuestros derechos, otorgados por Dios. Seremos expulsados de los territorios. Texas será dividida en dos, exclusivamente porque es un Estado esclavista. Se habla de prohibir la venta de esclavos en Washington. Dicen que es degradante para la capital de la nación. Nos estamos batiendo en retirada en todos los frentes.»

Cuando los dueños de esclavos preguntaron qué debían hacer, él fue clavando en cada uno de los hombres sus fulgurantes y hundidos ojos y, luego, preguntó si estaban resueltos a proteger sus derechos.

–Sí -respondieron todos al unísono, y él expuso su programa de defensa:

«Debemos insistir en el derecho de llevar con nosotros nuestros esclavos a todos los territorios. Debemos conservar las máximas dimensiones posibles de Texas. No debemos rendirnos en la cuestión referente a Washington, pues también es nuestra capital. Y, sobre todo, debemos exigir al Congreso que apruebe una ley sobre esclavos fugitivos. Si un esclavo de ustedes, o mío, huye al Norte, debe hacerse caer todo el poder del Gobierno federal sobre ese esclavo, y debe ser devuelto a su legítimo dueño.»

Surgieron admirativos comentarios a esta estrategia, elogiando un plantador tras otro a Calhoun por su clara visión, pero él desechó las alabanzas, cambió de postura en su silla y pasó a exponer el cuerpo principal de su pensamiento:

«Adopto mi postura no como hombre del Sur, sino como hombre preocupado por el destino de mi país. Somos diferentes de

otras naciones. Somos una minoría, y llegará el día en que las demás naciones del mundo se coliguen contra nosotros, simplemente porque somos una minoría entregada a la libertad, mientras que ellas se apoyan en la cruel opresión de sus pueblos. Se producirá entonces un gran debate filosófico sobre cómo pueden preservarse los derechos de una minoría frente a las abrumadoras presiones de una mayoría. Los Estados Unidos se hallarán solos, caballeros, y se enfrentarán entonces al mismo problema con que nos enfrentamos hoy. ¿Cómo puede una minoría justa protegerse contra la insensata tiranía de la mayoría?»

Pasó una radiante media hora desarrollando este tema, que aquello con lo que el Sur se enfrentaba en 1849 era lo mismo con lo que la nación entera se enfrentaría en 1949. Se mostró deslumbrante en la brillantez de sus argumentos, en su selección de antecedentes clásicos. Él era el ardiente protector de la libertad, el hombre que veía el futuro casi como una revelación. Luego, extendió sus temblorosas manos sobre los brazos de su sillón y dijo:

–Éste es, caballeros, el problema en que nos hallamos comprometidos.

El viejo Tiberio apareció en la puerta para anunciar que la comida estaba servida, y los hombres se dirigieron a saborear la tortuga, las ostras y el venado.

Fue una comida relajada y afable, en la que la política sólo surgió cuando una de las esposas contó al senador el desgraciado asunto del administrador de Correos Cater.

–Lo único que hacía era protegernos de la inmundicia vomitada desde Nueva York y Boston.

–¿Encontró trabajo en alguna parte el buen hombre? – preguntó Calhoun.

–Sí, en Carolina del Sur.

–Siempre hemos sido el último refugio de los hombres libres - comentó Calhoun.

Las conversaciones continuaron durante toda la tarde y todo el día siguiente. Calhoun informó a sus oyentes de que, en su opinión, los Estados Unidos se encontraban en peligro; existía una posibilidad real de que el Sur tuviera que separarse de la Unión porque el Norte se negaba a respetar sus derechos. Y, mientras hablaba, todos los que le escuchaban se dieron cuenta de que tenían ante sí un senador enzarzado en los últimos días de su vida con los más profundos problemas; era un hombre que vivía en un mundo diferente del suyo, en el que los hechos influían en las ideas, y las ideas sobre la estructura de la vida nacional. Vivía en un grado de intensidad que ninguno de ellos podía igualar, y un plantador de Dorchester County dijo, mientras regresaba en su falúa a través del Choptank:

–Es como un volcán que ha estado arrojando fuego durante tanto tiempo, que se le han cuarteado los costados.

Cuando los invitados se marcharon, Paul supuso que el anciano querría descansar durante un par de días, pero no era éste el estilo de Calhoun.

–Steed, me ha traído usted solamente gentes del Sur, hombres y mujeres ya convertidos a nuestra causa. Me gustaría conocer a algunos de sus apologistas del Norte. Necesito saber lo que piensan.

–¿Ahora?

–Esta tarde. Cuando vuelva a Washington, y si la Cámara consigue por fin organizarse, debo iniciar un gran debate sobre el futuro de esta nación. Me gustaría conocer lo que dicen los del otro bando.

–Los únicos…

Una audaz idea cruzó por la mente de Paul.

–Senador, tenemos una familia de cuáqueros justamente enfrente…

–Mande llamarlos. Nunca he hablado con cuáqueros.

Así, pues, fue despachada una embarcación a Acantilado de la Paz. Regresó a las dos de la tarde con cuatro Paxmore: George, el constructor de barcos; Elizabeth, la sosegada portavoz de la familia; el joven Bartley, rebosante de ideas; y Rachel, hija del abolicionista declarado Starbuck. Parecían muy estirados mientras subían por el sendero de grava que conducían a la casa, las mujeres, de gris y con sombrero; los hombres, de negro y con sombrero de copa achatada sobre sus austeros rostros, pero los cuatro caminaban con una vehemencia que agradó a Calhoun.

–Parecen antiguos cristianos de Roma yendo hacia los leones.

Se echó a reír y añadió:

–Bien, hoy yo soy su león.

En su carta de agradecimiento a Steed, Calhoun escribiría:

Rara vez he conocido una mujer que me impresionara tan favorablemente como su Elizabeth Paxmore. Parecía mojigata y severa al principio, pero cuando escuché sus amables explicaciones, tan enérgica aunque inteligentemente expresadas, me encontré a mí mismo deseando que estuviese de nuestra parte. Me dijo usted que rara vez ve a esa familia. Si ve a Elizabeth, dele mis recuerdos.

La sesión fue memorable porque se centró exclusivamente en las diferencias más ostensibles entre las partes, como si todos los participantes conviniesen en que la tarde era demasiado preciosa como para desperdiciarla en trivialidades:

Calhoun: Creo que la mejor forma de empezar es convenir en que el negro es un ser humano inferior, destinado a servir al hombre blanco en una condición secundaria.

Elizabeth: Me niego a admitirlo. Yo doy clases a negros. Sí, infringiendo la ley. Pero les doy clases, y te aseguro, senador, que

aprenden tan rápidamente como tu hijo.

Calhoun: Me consterna pensar que se sitúa usted fuera de la ley. Mrs. Paxmore, como si su juicio fuese mejor que el del Congreso.

Rachel: En esta cuestión, así es.

Calhoun: ¿Tan joven y tan segura de sí misma?

Rachel: Atormentada, Mr. Calhoun. Últimamente me parece que no sé nada, salvo la inevitabilidad del conflicto.

Calhoun: ¿Cuántos años tiene usted, señora?

Rachel: Veintiocho.

Calhoun: Debería estar cuidando a sus hijos. Bien, si, como insisto, el negro es inferior, entonces la mejor forma de tratarle jamás ideada es la esclavitud. Ésta le da su libertad.

Bartley: ¿Cómo puede un hombre en su sano juicio decir eso?

Calhoun: Porque así lo han creído desde el principio de los tiempos las mentes más selectas. Jesucristo, Platón, George Washington. La esclavitud fue inventada por la sabiduría antigua, y nunca ha sido mejorada por nada.

Bartley: ¿Estás satisfecho con la forma en que funciona en Carolina del Sur?

Calhoun: Es la salvación de Carolina del Sur, la base de todo nuestro progreso.

Elizabeth: ¿Enseñáis a los esclavos a leer la Biblia?

Calhoun: El esclavo no necesita instrucción. La Biblia debe ser interpretada para él. ¿No es verdad, Steed?

Elizabeth: Antes de que Paul responda, creo que debo advertirte que sé cómo interpreta él la Biblia cuando se la lee a sus esclavos. «Esclavos, obedeced a vuestros amos.»

Calhoun: Es lo que dice la Biblia.

Rachel: Pero dice mucho más.

Calhoun: Y la enseñanza incontrolada de ese *más* no haría sino trastornar a los esclavos, desconcertarlos. Durante los dos últimos siglos hemos aprendido cuál es la mejor forma de tratar a los

negros. Son niños, niños encantadores cuando no son descarriados por algún predicador semi instruido como Nat Turner.

Elizabeth: Son hombres y mujeres, tan capaces de comprender la Biblia como tú o yo.

Calhoun: Ahí está usted en un error. Yo puedo imaginar el día, dentro de cien años, en 1949, por ejemplo, en que el negro haya ganado alguna especie de libertad, pero le aseguro, Mrs. Paxmore, que ese día que usted desea, el negro no será libre en su propio interior. Vivirá, no de la caridad de la plantación, sino de la caridad del Gobierno. Nunca podrá gobernarse a sí mismo, ni ahorrar dinero, ni regular su vida. Se apiñará en las ciudades y recibirá su limosna, y será el esclavo que siempre ha sido.

Elizabeth: Irá a Harvard y Princeton con tus nietos, senador, y apenas habrá diferencia alguna, si es que la hay, entre ellos.

Calhoun: Ningún negro puede reunir conocimientos suficientes para ingresar en Yale, que es donde yo estudié.

Rachel: ¿Y qué hay de Frederick Douglass? ¿Has leído su libro?

Calhoun: Steed ha resuelto el caso Douglass. Ha demostrado que su libro fue escrito por blancos.

Rachel: Señor, ¿siempre prescindes de la evidencia que va contra tus prejuicios?

Calhoun (dirigiéndose a George): ¿Los maridos cuáqueros…? Nunca he conocido a otros cuáqueros, ¿sabe? ¿Siempre permiten ustedes que sus mujeres lleven el peso del debate?

George: Es muy difícil impedírselo, señor. Especialmente cuando tienen razón.

Calhoun: ¿Está usted de acuerdo con estas mujeres?

George: Totalmente.

Calhoun: Entonces me temo que nos encontramos en tiempos peligrosos. He hablado con los plantadores de esta región, y estaban plenamente de acuerdo conmigo. ¿No ven el conflicto que

están favoreciendo? Se me había dicho que los cuáqueros amaban la paz.

Elizabeth: Así es, y constantemente somos alejados de ella. Por la esclavitud.

Calhoun: Usted sabe, naturalmente, que en algunos Estados podrían meterla en la cárcel por dar clases a negros. Debe usted darse cuenta de eso, Steed. (Antes de que ninguno de los Paxmore pudiera responder, cambió bruscamente de tema.) ¿Ha leído alguno de ustedes el excelente libro de Mr. Steed sobre esta cuestión?

Rachel: Todos lo hemos leído. Por consideración hacia un distinguido vecino.

Calhoun: ¿Y qué les ha parecido su impresionante lógica?

Rachel: Balbuceos de un caballero de buen corazón v completamente desorientado, que no sabrá qué ha sucedido cuando se desate el huracán.

Calhoun: ¿Son abolicionistas ustedes cuatro?

Rachel: Yo, sí. Los otros…

Calhoun: ¡Por favor, señora! Déjeles que hablen por sí mismos.

Elizabeth: Nosotros no nos autoclasificamos.

Calhoun: Pero eran ustedes quienes recibían por correo la literatura sediciosa.

Elizabeth: La libertad no es sedición, señor.

Calhoun: Lo es cuando priva a Steed de su legítima propiedad.

Elizabeth: Paul Steed no puede poseer seres humanos.

Calhoun: La ley dice que puede. El Congreso dice que puede.

Rachel: Entonces, hay que quitar de en medio la ley, del mismo modo que los vientos del otoño se llevan las hojas. Fueron verdes en un tiempo, y sirvieron a una finalidad útil, pero ha llegado el invierno, y han caído.

Calhoun: Díganme. Si el Congreso aprueba una ley exigiendo a los ciudadanos de todas las partes de la nación, me refiero a Boston, y Filadelfia, y Chicago… Esos ciudadanos deben,

conforme a la ley, devolver a sus legítimos dueños a todo esclavo fugitivo.

Rachel: ¡Dios mío!

Calhoun: No es usted reacia a tomar el nombre del Señor en vano.

Rachel: ¿Piensas dar tu aprobación a una ley semejante?

Calhoun: El proyecto será presentado antes del año que viene por estas fechas. ¿Y qué harán ustedes, los Paxmore, al respecto? Necesito saberlo.

George: Nos opondremos a ella con todas nuestras fuerzas. Lo digo como habitante de Patamoke. Puedes imaginar lo que será en ciudades como Boston. Toda…

Calhoun: ¿Aunque sea la ley de la nación?

George: Si esa ley se aprueba en el Congreso, senador, sucumbirá por sí misma el mismo día.

Calhoun: Contendrá penas de cárcel para los que se opongan a su cumplimiento.

George: Construya cárceles muy grandes, senador.

Calhoun: Comprendo que esto podría sorprender a ciertos…, bien, cuáqueros como ustedes. Pero, ¿y con el paso del tiempo?

George: Cada día que pase aumentará la resistencia. Te aseguro, senador, que no puedes obligar a cumplir una ley semejante.

Calhoun: ¿Prevén entonces ustedes lo mismo que yo? ¿La posibilidad de una guerra entre los dos bandos?

Rachel: Sí.

Calhoun: Pero yo creía que los cuáqueros…

Elizabeth: Como tú, senador, nosotros vivimos confusos. Sabemos de tu intenso patriotismo en 1812. Y de tus fuertes simpatías por la Unión en los años siguientes. Eras un hombre diferente entonces.

Calhoun: La intransigencia del Norte me obligó a cambiar.

Elizabeth: Debió de ser a costa de un terrible precio filosófico. (Calhoun se encogió de hombros.)

George: Siempre nos ha pasado igual. Nuestra familia ha predicado invariablemente la paz. Pero tuvimos que ir a la guerra contra los piratas. Tuvimos que construir barcos para luchar contra los ingleses en 1777. Nuestros barcos volvieron a guerrear en 1814. Y ahora nos enfrentamos a una posibilidad más espantosa aún. No es fácil ser cuáquero, y supongo que no es fácil ser senador.

Calhoun: ¿No harán ninguna concesión?

Rachel: Ninguna.

Calhoun: Usted no ha dicho mucho, joven.

Bartley: Estoy mirando al frente. No hay mucho que quiera decir. (Indicó que en aquellas circunstancias, con Paul Steed escuchando, prefería guardar silencio.)

Calhoun: Quiere darme a entender con eso que ya ha comenzado operaciones clandestinas…, el secuestro de esclavos pertenecientes a otras personas.

Bartley: Si llega a mi puerta un esclavo, yo siempre le ayudaré.

Calhoun (a Elizabeth): Si sigue usted los principios que ha enunciado, sin duda que no incitará a los esclavos a huir…, ni ayudará a los que lo hayan hecho.

Elizabeth: Mi religión no me permitiría robar la propiedad de otro hombre. Pero educaría al esclavo para que pueda ganar su propia libertad.

Calhoun: Me alegra oír a alguien que defiende la propiedad.

Rachel: ¿Crees de veras, senador, que puedes mantener perpetuamente en la esclavitud a millones de negros?

Calhoun: Es la ley de la Naturaleza, señora, y la ley de esta Unión.

Rachel: Entonces, la guerra es inevitable.

Calhoun: ¿Asume usted, la más joven de las personas aquí presentes, la responsabilidad de declarar la guerra?

Rachel: No, señor. Tú lo has hecho.

Calhoun: ¿Cómo es eso?

Rachel: Al decir que la esclavitud era inmutable.

Calhoun: Lo es, mi querida señora. Es la ley de Dios, la ley de todo hombre razonable. El negro debe ser protegido, debe ser guiado, debe ser aumentado y vestido por alguien.

Elizabeth: Puedo citar ahora mismo un negro que sería digno de sentarse contigo en el Senado de los Estados Unidos.

Calhoun: No existe ni existirá jamás un negro semejante. Dígame, Mr. Paxmore, ¿cómo ve usted la próxima década?

George: En mi astillero de Patamoke oí decir que cuando Daniel Webster estuvo aquí…

Calhoun: ¿Le visitó, Steed?

George: Dijo al parecer, en contestación a una pregunta directa, que él apoyaría una ley contra los esclavos fugitivos. Daniel Webster dijo eso.

Calhoun: Por una vez, demostró buen sentido.

George: Cuando me enteré, llegué a la conclusión de que esa ley se promulgará, y la consecuencia será una guerra entre las dos partes.

Calhoun: ¿Cree que los Estados del Sur se separarán?

George: Todo lo que has dicho hoy conduce a la secesión.

Calhoun: ¿Qué podría hacer el Sur, Mr. Paxmore, para aliviar las presiones que parecen empujarnos a todos en esa dirección?

Rachel (cuya intrusión irritaba al senador): Ofrecer un plan para la liberación garantizada de todos los esclavos. No inmediata quizá, pero segura.

Calhoun: Veo que lee usted *The Liberator.*

Rachel: Cuando el administrador de Correos me permite recibir un ejemplar.

Calhoun: Lo que espero no ocurra con frecuencia. ¿De modo que quiere que renunciemos a nuestra propiedad? ¿Que tiremos por

la borda el fruto de nuestros trabajos? Aquí, Steed, tiene novecientos esclavos que ha pagado con el sudor de su frente. ¿Todos ellos tienen que irse?

Rachel: No puede haber paz duradera hasta que eso ocurra.

Calhoun: ¿E ir adonde? ¿A la libertad tal como usted y yo la conocemos? Jamás. Si alguna vez sucede, Dios no lo quiera, irán a una nueva definición de esclavitud…, privación, ignorancia, caridad bajo alguna nueva forma. (Hizo una pausa. Luego, se dirigió a Elizabeth.) Si sabe usted tanto acerca de las luchas de la conciencia cuáquera con el problema de la guerra, debe saber también lo insistente que debe ser siempre una minoría en la defensa de sus derechos. En conjunto, el pueblo de esta nación no ha profesado simpatías hacia los cuáqueros. Su pacifismo en 1812, cuando nos esforzábamos por proteger a esta Unión, me irritó considerablemente. Pero ustedes han persistido porque sabían que una minoría prudente debe defenderse contra la tiranía de una mayoría. ¿No es cierto?

George: Hemos procurado existir sin irritar a los demás. Ésa ha sido tal vez nuestra fuerza.

Calhoun: Precisamente. El Sur es una minoría que se esfuerza por defender sus derechos. Y hemos podido hacerlo porque hemos controlado el Senado. Y puedo ver una época en que los Estados Unidos serán una minoría entre las naciones, y ese día emplearán todos los recursos que el Sur emplea ahora para proteger su derecho a la existencia. Yo lucho por el futuro, Mr. Paxmore. Tengo una visión que…

Rachel: ¿Incluye la esclavitud perpetua para el hombre negro?

Calhoun: El negro siempre será esclavo. Prefiero la versión sudista a la que impondrán los del Norte.

Cenaron temprano, escuchando los rugidos del viento que soplaba desde la bahía de Chesapeake, y se fueron a la cama. Por la mañana se congregaron todos en el muelle para despedir a John

Calhoun, que marchaba al Senado, a las grandes batallas que le esperaban allí y a su próxima muerte. Cuando la oscura capa y la poblada cabellera desaparecieron en el camarote, Rachel Starbuck Paxmore comentó:

–Uno de los mejores hombres que ha producido esta nación, y equivocado en todo.

Ningún ejemplar de la odiosa legislación llegó a Patamoke hasta la primera semana de octubre de 1850, y cuando llegó por correo desde Baltimore para ser fijada en el tablón de anuncios del tribunal, todos pudieron ver lo que Daniel Webster había hecho. En el astillero, George Paxmore rehusó hacer ningún comentario hasta tener oportunidad de tratar con su mujer acerca de la nueva ley. A mediodía dejó su oficina a cargo de sus empleados, la mayoría de los cuales eran favorables al proyecto, y se dirigió a Acantilado de la Paz, donde reunió a su familia en la cocina.

–Han aprobado algo peor aún de lo que habíamos imaginado - dijo, sacando el cuaderno de notas en que había garrapateado los puntos principales de la ley.

–¿Es ley? – preguntó Rachel.

–La ley de la nación. Cualquier amo de esclavos puede ir a cualquier parte de los Estados Unidos y recuperar cualquier negro o negra que asegure es un fugitivo.

–¿Incluso a ciudades como Boston?

–A todas partes. Estados, territorios, Distritos de Columbia. O a tierras que no son aún territorio. Lo único que tienen que hacer es declarar que el negro es suyo, y la afirmación queda probada. El negro no puede testificar en su propio favor. No puede llamar a otros testigos.

–¿Qué puede hacer?

–Puede escuchar atentamente mientras el juez pronuncia la sentencia que le devuelve a la esclavitud. Incluso los hombres y mujeres manumitidos pueden ser obligados a volver a ella. Se

encomienda a todos los comisarios de los Estados Unidos la tarea de imponer el cumplimiento de la ley. Y se ha introducido un nuevo horror. Todo ciudadano debe, bajo pena de cárcel, ayudar al comisario en la captura del fugitivo, o en la detención del liberado, si el comisario se lo ordena.

–Semejante ley es inimaginable -dijo Elizabeth, meneando con incredulidad la cabeza mientras permanecía sentada junto al fogón, con las manos entrelazadas.

–Evidentemente, no es inimaginable -replicó su marido, con desacostumbrada ira-. La han aprobado. Pero nosotros podemos hacerla inoperante.

–¡George!

–No debemos apresurarnos -dijo Elizabeth-. Debemos rezar piara que el Señor nos ilumine.

–¿En qué estabas pensando? – preguntó Bartley a su padre.

–Nos opondremos a ella -intervino Rachel-. Con todas las fuerzas a nuestro alcance, nos opondremos a ella.

–Desde luego -convino George, estremeciéndose sus blancos cabellos mientras su cuerpo se tensaba.

–Yo creo que deberíamos rezar -opinó Elizabeth.

Y, durante unos minutos, permanecieron en silencio, tras lo cual dijo ella.

–Debo pediros una promesa a cada uno de vosotros. No habrá violencia. No podemos resolver este problema con la violencia.

–Pero si un esclavo llama a nuestra puerta, seguramente le ayudarás a escapar, ¿no? – preguntó Rachel.

–Yo no privaré a otro hombre de su legítima propiedad.

–Pero te harás a un lado mientras Bartley y yo…

Elizabeth accedió a ello, y su hogar se convirtió en refugio de los oprimidos. Incluso en el Profundo Sur circulaba la consigna: «Ve al Choptank, orilla blanca alta, Paxmores.» Si el esclavo podía llegar hasta allí, Bartley y Rachel se las arreglarían para llevarlo a

casa de los Starbuck, donde el joven Comly le conduciría hacia el Norte, hasta Pensilvania.

Las actitudes de los cinco cuáqueros implicados en esta ruta de huida variaban entre sí. Elizabeth, la incansable mujer que llevaba medio siglo luchando contra la esclavitud, creía que era suficiente la persuasión moral; ella daría clases a los esclavos, con el considerable riesgo que tal proceder implicaba; los alimentaría a su propia costa; los vestiría con camisas cosidas por ella misma; y les daría medicinas y vendaría sus heridas. Pero no les incitaría a abandonar a sus amos, pues eso constituía privación de un derecho legal. Continuaba siendo lo que siempre había sido: la sosegada y tradicional cuáquera, la maestra, amiga y consoladora, pero nada más.

George Paxmore aportaría siempre dinero; ocultaría fugitivos; y, llegado el caso, él mismo los guiaría hasta la casa de los Starbuck. Pero aborrecía la violencia y ni siquiera se quedaría a pasar la noche con los robustos Starbuck, que no la aborrecían en absoluto.

A los treinta y un años, Bartley Paxmore era el cuáquero moderno, activamente dedicado a luchar contra la esclavitud y dispuesto a correr grandes riesgos tanto con su propia vida como con la de los fugitivos. Era excesivamente audaz y había trazado una ruta de huida a todo lo largo de la península, a través del corazón de las plantaciones del Refugio. Había realizado ya siete viajes a casa de los Starbuck y suponía que haría más, pero, como su padre, rehuía la violencia y no iba armado.

Su esposa Rachel era completamente diferente. Al igual que todos los Starbuck, consideraba la esclavitud como la abominación definitiva y se negaba a hacer concesiones. Estaba dispuesta a matar al dueño de esclavos que le diese alcance mientras ella conducía esclavos hacia el Norte; por consiguiente, Bartley nunca le permitía colocarse en situaciones peligrosas. Ella era la

incitadora, la estimuladora, la inflexible enemiga del cazador de esclavos, y era con frecuencia su resuelto valor lo que daba ánimos a los fugitivos para continuar durante las diez últimas millas hasta la frontera.

Comly Starbuck no sólo se negaba a rechazar la violencia, sino que la esperaba, y siempre estaba dispuesto a abrirse paso luchando si se le interponían los cazadores de esclavos. Era un joven corpulento, más alto y fuerte que Bartley y dedicado a fines muy distintos: «Cuando el Sur se separe, porque lo hará, se producirá una vasta insurrección de los esclavos. Entonces dominaremos este mal.» Esperaba alistarse algún día en un ejército nordista.

Los principales adversarios de los liberacionistas se dividían en tres grupos. Estaban los grandes plantadores, cuya riqueza se hallaba conectada a los negros y con los que siempre se podía contar para financiar una persecución. No eran hombres brutales, pero no entendían por qué una pandilla de agitadores del Norte estaban tan resueltos a privarles de su legítima propiedad. Ellos querían paz con el Norte, querían que el comercio continuase y se multiplicase. Los más prudentes veían que, al ir extendiéndose los Estados Unidos hacia el Oeste, los Estados no esclavistas superarían ampliamente algún día a los esclavistas, y querían que cuando ese momento llegase fuesen respetados sus heredados derechos. Eran hombres razonables en todos los temas, menos en el de la esclavitud; al igual que Paul Steed, su portavoz, creían que para que todos los hombres fuesen libres, los negros debían aceptar la esclavitud.

En el otro extremo de los hombres favorables a la esclavitud estaban los rastreadores profesionales, como Lafe Turlock con sus perros y Herman Cline con su látigo. Odiaban a los negros. No había muchos como ellos dos, pero cada ciudad de la Orilla Oriental daba varios ejemplares iguales. Una de las diversiones

más fáciles de organizar a lo largo de los salados ríos era una caza del negro.

Entre ambos se hallaba la mayoría, un grupo difícil de interpretar. Eran blancos; no poseían mucha tierra ni otras formas de riqueza; pocos de ellos tenían esclavos, y aun entonces sólo uno o dos. Pero habían sido convencidos por los filósofos sudistas de que su bienestar dependía de la perpetuación de la esclavitud, y reaccionaban con dureza cuando gentes del Norte hablaban mal de su peculiar institución. No les impulsaba a ello el miedo a los esclavos, sino su aversión a los negros liberados, a los que consideraban perezosos, indisciplinados y disolutos. Un granjero expresó el sentir general de todos ellos cuando dijo: «No tengo nada que objetar a un esclavo que conozca su puesto, pero no puedo soportar a un negro que sepa leer. Un tipo así causa siempre líos.»

Este grupo intermedio se sorprendía cuando personas que vivían realmente en el Sur, como los Paxmore, hablaban contra la esclavitud y se alegraban de que los negros huyesen. Los componentes de ese grupo no se contrataban como cazadores de esclavos, pero si se organizaba una persecución, se unían a ella, y cuando el esclavo quedaba acorralado y ladraban los perros, disfrutaban tanto como cuando quedaba acorralado un mapache. Pero si alguien sugería que la Orilla Oriental tal vez tuviera que separarse de la Unión para defender la esclavitud, estos hombres y mujeres se tornaban reflexivos y decían: «Nosotros estamos con Daniel Webster. La Unión debe ser preservada.»

En la década de 1850, tras la aprobación de la Ley de Esclavos Fugitivos bajo el patrocinio de los senadores Clay y Webster - Calhoun no la consideraba suficientemente rigurosa-, estalló una guerra sutil y no declarada entre los propietarios de esclavos y los enemigos de la peculiar institución. Se libraba incesantemente; un esclavo huía de alguna plantación de South Dorchester, se dirigía al

Choptank, conocía por secretas instrucciones dónde vivían los Paxmore y en el silencio de la noche cruzaba el ancho río, tocaba tierra al pie del blanco acantilado que relucía con apagados tonos bajo la luz de la luna y subía hasta la puerta de la cocina.

En los años posteriores, muchos hombres y mujeres blancos preguntarían a menudo incrédulamente: ¿Por qué aceptaban los negros la esclavitud? En la década transcurrida desde 1851 hasta el final de 1860, unos dos mil de ellos recorrieron la Orilla Oriental luchando contra fuerzas incalculablemente superiores, tratando de abrirse paso hasta la libertad. Una anciana de setenta y tantos años decía una mañana: «Quiero morir libre.» Y se iba. Se les decía a los niños, con tono intimidante: «Si hacéis ruido, nos matarán a todos.» Morían en los pantanos se ahogaban en los ríos; eran colgados de los árboles; eran quemados en postes. Pero continuaban llegando, y algunos se detenían brevemente en casa de los Paxmore.

Por segunda vez en la Historia, un Turlock estaba aprendiendo a leer. El pequeño Jake, de once años, se levantaba cada mañana, se lavaba la cara junto al banco de la parte posterior de la cabaña, situada en las afueras de la ciudad, y corría a la escuela. La existencia de esta academia, y especialmente la presencia de su extraordinario maestro, era uno de esos accidentes que cambian la faz de la historia, no la gran Historia, como las guerras y las elecciones, sino la pequeña historia de una ciudad como Patamoke o un río como el Choptank.

Paul Steed había ido fortaleciendo su carácter, y, pese a la irritante indiferencia del Gobierno federal, persistía en su creencia de que era posible construir un ferrocarril a lo largo del espinazo de la península, pero se preguntaba cómo, cuando empezase el trabajo, iban a encontrar las compañías constructoras suficientes obreros especializados para tender las vías. Esclavos con mulas podían encargarse de la explanación, pero se necesitaría mucho más que esclavos para la construcción propiamente dicha.

Su problema quedó resuelto cuando los periódicos de Baltimore empezaron a publicar noticias sobre el hambre en Irlanda y el obligado éxodo que se estaba produciendo en aquel país.

Una noche, en su estudio, elijo a Susan:

–¡Maldita sea! ¡Podríamos ir a Irlanda y recoger mil hombres!

La idea le excitó tanto, que no pudo conciliar el sueño. Después de retirarse a sus habitaciones, ella le oyó pasear de un lado a otro toda la noche, hablando consigo mismo.

Por la mañana, subió a uno de sus barcos, que estaban cargando trigo, ordenó al capitán que se olvidara de la carga y preparase el barco para zarpar a mediodía, y al anochecer se encontraba en la boca de la bahía de Chesapeake, tras haber dado órdenes de que se construyeran en Patamoke cabañas destinadas a alojar a los inmigrantes que se proponía importar.

Cuando desembarcó en Cork vio un espectáculo que le obsesionaría durante el resto de su vida: filas de familias próximas a la muerte por inanición esperando, impotentes, alimento o transporte a alguna parte.

–Se irían hasta las mismas puertas del infierno -dijo a Steed el jefe del puerto.

–Yo podría encontrar sitio para trescientos hombres.

–Debe llevarse las familias,

–Yo no quería mujeres ni niños.

–Nadie quiere, pero si los deja aquí, se morirán.

Así, pues, Paul se situó al píe de la pasarela y contempló cómo desfilaban ante él 77 familias, de ojos vidriosos y con un número sorprendentemente grande de demacrados niños. Trató de elegir familias con hijos adultos, pero el jefe del puerto no permitía mucha selección, y al final Steed tuvo una mezcla de varios hombres que posiblemente serían capaces de construir un ferrocarril y muchos familiares que podrían sobrevivir con lo que

sus padres lograsen ganar. – ¡A casa, rápido! – ordenó Steed a su capitán.

Y cuando el barco levó anclas, comenzó a realizar la labor de alimentar a los hambrientos. Trabajó doce y quince horas en las cocinas, ayudando a preparar comidas e ideando formas de distribución de tal modo que nadie se diese un atracón que podría resultar mortal. Su cojera y su torcido cuello se convirtieron para los irlandeses en símbolo de salvación, y cuando llegó el domingo, organizó funciones religiosas para los trescientos siete católicos que estaba importando a su tierra natal.

No había ningún sacerdote a bordo, y Steed no sentía ningún deseo de dirigir las preces, pero encontró a un hombre locuaz y zanquilargo llamado Michael Caveny, para quien rezar era tan natural como maldecir:

«Dios Todopoderoso, que enviaste Tu plaga a Egipto y Tu hambre entre los hebreos, de tal modo que la Tierra tembló de penitencia, sabemos que Tú enviaste también los años de abundancia para que Tu pueblo prosperase. Por Tu gracia estamos embarcados en este bendito navío que nos llevará a un inimaginado paraíso donde el alimento es abundante y donde nuestros hijos podrán retozar en verdes pastos sin temor a la escasez.»

Y siguió rezando, un melifluo torrente de fantasía y fragmentos bíblicos, tan lleno de esperanza que Steed pudo oír sollozos por todas las partes de la abarrotada cubierta. Durante la perorata, en la que se entremezclaban menciones a Dios, y a los niños, y a corderos y a fiestas de acción de gracias, Paul se encontró a sí mismo enjugándose los ojos, y ese día repartió raciones dobles de comida.

Michael Caveny -su nombre había sido originalmente Cavanaugh, pero un proceso de abreviación mantenido durante varios siglos lo había reducido a su actual forma musical-, era un hombre muy poco frecuente. A los treinta y tres años, con tres

hijos, había conocido el tormento del hambre, pero jamás la desesperación. Para alimentar a sus hijos había hecho cosas que borraría de su memoria en los años subsiguientes, no deseando echar sobre su familia la carga de tales imágenes, y les había obligado a sobrevivir en condiciones que habían exterminado a docenas de sus vecinos.

Era un hombre lírico, para quien la más mínima manifestación de la Naturaleza se convertía en justificación de largos poemas en prosa: «¡Mirad el pez que vuela por el aire! Dios le envía a lo alto con una canción, y el diablo lo hace caer de nuevo en su ardiente caldera.» Cuanto más veía Steed a aquel hombre, más le agradaba, y para cuando el barco llegó a Patamoke, Michael Caveny había sido nombrado capataz de los obreros del ferrocarril.

Resultó ser un título meramente honorífico, pues no existía ningún ferrocarril. La nación estaba demasiado preocupada con la construcción de líneas realmente importantes al Oeste como para asignar fondos para la construcción de una insignificante línea a lo largo de la península Delmarva, adecuada denominación que se le había dado, formada con las primeras sílabas de los tres Estados que la compartían. El ferrocarril no llegó a Chicago hasta 1853, y tenía que continuar hacia el Sur, pues, pese a los recelos del senador Calhoun de que pudiera traer consigo la herejía nórdica, comerciantes del Sur insistían en tener ellos también caminos de hierro sobre los que hacer circular sus mercancías. Así que, una vez más, la Orilla Oriental fue ignorada. Pero no todo fue perjuicio, ya que, en el aislamiento resultante, pudo confirmar y ahondar sus singulares formas de vida.

La decisión de no construir el ferrocarril dejó a Paul Steed con su horda de católicos irlandeses desempleados apiñados en un grupo de cabañas a lo largo del límite septentrional de la ciudad. No tenían sacerdote, ni ocupación, ni ahorros, y sólo las ropas que podían suministrar los plantadores de!a región, pero, al cabo de

unas semanas, resultó asombroso ver cuántos de ellos habían encontrado trabajo. Once se marcharon de la ciudad para desempeñar el cargo de capataces; llegaron a hacerse famosos por dos características: les echaban en seguida el ojo a las esclavas más guapas y cogían periódicamente titánicas borracheras, pero eran fundamentalmente hombres buenos, y cuando eran despedidos de una plantación, no tardaban en encontrar trabajo en otra: «McFee jura que esta vez se mantendrá sereno, y yo creo que deberíamos darle una oportunidad.»

Naturalmente, Paul Steed ofreció a Michael Caveny un buen trabajo en Devon, pero, para su sorpresa, el jactancioso irlandés lo rechazó.

–Tengo la impresión, Mr. Steed, de que el propio san Mateo se habría sentido honrado de trabajar para usted, pero mi lugar está en la ciudad, con mi pueblo. Tenemos que construir una iglesia y encontrar un sacerdote, y tengo que pensar en los pequeños.

–Ya ha hecho maravillas con ellos.

–¡Ah, jamás se pronunciaron palabras más ciertas, Mr. Steed, pero estoy pensando ahora en su educación! La escuela de Patamoke necesita un maestro, y yo podría serlo.

Steed le advirtió que los metodistas locales podrían mostrarse reacios a contratar a un católico, pero Caveny repuso, dulcemente:

–Cierto como la palabra de Dios, pero estoy seguro de que usted me dará una buena recomendación.

Y así fue como el joven Jake Turlock despertó una mañana con la orden de presentarse al maestro Caveny.

–Si esos chicos papistas pueden aprender a leer -dijo su abuelo Lafe-, tú también.

Los conocimientos que durante más tiempo recordaría Jake no los obtuvo en lectura, sino en geografía. Mr. Caveny había adquirido quince ejemplares de un espléndido librito titulado *Geografía Moderna,* publicado en Nueva York en 1835. Había sido

compilado por un tal profesor Olney, y resumía la información más reciente sobre el mundo, con atractivos grabados en los que se ilustraba cómo un tigre devora a un hombre en la India o los perros esquimales arrastran trineos en Siberia.

La contribución más valiosa aparecía en la última página de cada sección, en un párrafo precedido del epígrafe *Carácter,* pues allí, en unas cuantas y concretas palabras, el profesor Olney decía a los alumnos lo que podrían esperar de los habitantes de cada país. El profesor Olney, de extracción británica, recordaba a los alumnos cómo habían sido sus antepasados:

Ingleses: Inteligentes, valerosos, trabajadores y emprendedores.

Escoceses: Sobrios, trabajadores, audaces y emprendedores. Famosos por su cultura general y su moralidad.

Galeses: Apasionados, honrados, valerosos y hospitalarios.

Jake advirtió que estos favorables términos describían a las personas que él conocía en Patamoke, y al recitar las descripciones a su abuelo, Lafe gruñó:

–Ese profesor sabe de qué está hablando.

Sin embargo, cuando Olney tenía que referirse a pueblos no británicos, especialmente a los de ambientes católicos, era más severo:

Irlandeses: Rápidos de comprensión, activos, valerosos y hospitalarios. Pero apasionados, ignorantes, vanos y supersticiosos.

Españoles: Sobrios, graves, corteses y fieles a su palabra. Pero ignorantes, orgullosos, supersticiosos y vengativos.

Italianos: Afables y corteses. Destacan en música, pintura y escultura. Pero afeminados, supersticiosos, mezquinos y vengativos.

Jake no veía en estas descripciones nada de qué quejarse. Ciertamente, los irlandeses que vivían en el límite norte de la ciudad eran apasionados, ignorantes y hospitalarios, pero Mr. Caveny tenía una opinión distinta.

–Quiero que cada uno de vosotros coja su pluma y tache las palabras que hay después de *Irlandeses,* porque el autor sabía muy poco acerca de éstos. Escribid: «Ingeniosos, devotos, excesivamente generosos, perspicaces, fieles hasta la muerte. Pero de genio violento, especialmente cuando son maltratados por los ingleses.» Para los italianos y los españoles no hacía falta ninguna corrección. Pero era al tratar de otras razas menores cuando Olney soltaba realmente su veneno:

Árabes: Ignorantes, salvajes y bárbaros. Los de la costa son *piratas;* los del interior, *ladrones.*

Persas: Corteses, alegres, refinados y hospitalarios. Pero indolentes, vanos, avariciosos y traidores.

Hindúes: Indolentes, apáticos y supersticiosos. Mansos y serviles con los superiores, altivos y crueles con los inferiores.

Siberianos: Ignorantes, sucios y bárbaros.

Mr. Caveny exigía a sus alumnos que aprendiesen de memoria estos perceptivos resúmenes, y en cada examen formulaba alguna pregunta como ésta: «Compara un inglés con un siberiano.» Y Jake respondía: «Los ingleses son valerosos, inteligentes, trabajadores y generosos, pero los siberianos son ignorantes, sucios y bárbaros.» Jamás había visto a un siberiano, naturalmente, pero estaba seguro de que reconocería a uno si alguna vez iba a Siberia. Viajaban en trineos tirados por perros.

En su libro, el profesor Olney no caracterizaba a los negros que vivían en América, pero de los que permanecían en África decía sucintamente: «Gente ignorante, sucia y estúpida.» Mr. Caveny dijo:

–Si bien esa descripción es, desde luego, cierta para África, sería deseable que elaborásemos nuestra propia descripción de los negros que viven aquí, en Patamoke.

Y escribió en la pizarra las palabras que los chicos aportaban como descriptivas de los negros que ellos conocían; en lo sucesivo,

en cualquier examen, cuando Caveny preguntaba a sus alumnos: «¿Cuál es el carácter del negro?», Jake y los demás debían formar sus respuestas a partir de esta descripción:

Negros: Perezosos, supersticiosos, vengativos, estúpidos, irresponsables. Con tendencia a escaparse, pero les gusta mucho cantar.

Mientras viviesen, los alumnos de Mr. Caveny considerarían a los británicos Turlock valerosos, honrados, hospitalarios, trabajadores, audaces y emprendedores, y a los negros Cater, totalmente irredimibles, salvo su aptitud para cantar.

La ciudad de Patamoke había adoptado ya su forma definitiva. Todo se centraba en el puerto, que no solamente proporcionaba un buen fondeadero para los barcos, sino también un polo alrededor del cual giraba toda la vida de la ciudad, compuesta a la sazón por 1.836 habitantes. El borde septentrional del puerto se hallaba flanqueado de comercios. En la calle situada detrás se alzaban tres impresionantes edificios oficiales, el tribunal, la cárcel y, entre ambos, el nuevo mercado de esclavos, una espaciosa superficie cubierta por un techo, pero desprovista de paredes.

A lo largo del borde oriental del puerto se erguían las irregulares edificaciones del Astillero Paxmore, y al Oeste, como con tanta frecuencia sucedía en las ciudades americanas, se congregaban las mejores casas residenciales; la combinación de las soberbias vistas que desde allí se divisaban y los puros vientos del Sur hacían deseable aquella zona, y era allí donde vivían los propietarios blancos de la ciudad. En medio se hallaban las casitas de los artesanos, los marineros, los granjeros retirados y las patronas de casas de huéspedes.

Las disposiciones fundamentales habían sido acordadas hacía más de un siglo; lo que hacía diferente al Patamoke de 1855 era que se habían añadido dos nuevos y vitales elementos. Al Norte, más allá del distrito comercial, se arracimaban las familias

irlandesas, y habían tenido la desfachatez, o el buen sentido, de construirse una iglesia católica bastante grande, en la que los servicios religiosos eran oficiados por un flamígero sacerdote de Dublín. Como varios ciudadanos observaron: «En los viejos tiempos, los católicos eran caballeros que cenaban a la luz de los candelabros en isla Devon. Ahora son personas reales, y muy ruidosas.» Los Steed contemplaban esta nueva evolución no con franca aversión, pero sí con notorio desconcierto. Ningún miembro de la familia se sentía a gusto con el impetuoso y joven sacerdote, pues predicaba un catolicismo completamente extraño para aquellos cuyos antepasados habían alternado con los lores Baltimore.

La otra innovación se hallaba situada en una zona pantanosa que se extendía al este del astillero, donde había surgido toda una serie de chozas y cabañas. Se llamaba Cuello de Rana y estaba ocupada principalmente por negros emancipados, con unos cuantos colgadizos para los esclavos que eran alquilados a los comercios de Patamoke durante el día. A veces, un hombre o una mujer trabajaba fuera de su plantación durante dos o tres años seguidos, sin ver jamás ningún salario, que era pagado directamente al propietario. No obstante, si un propietario instruido, como Paul Steed, alquilaba uno de los esclavos de Devon, se encargaba que el esclavo recibiese parte de su salario, y eran varios los que de esta manera habían ganado dinero suficiente para comprar su libertad. Existía un contacto formal entre el barrio negro y el astillero, un poco con la zona comercial, mucho con la zona residencial en que trabajaban buena parte de los esclavos, pero absolutamente ninguno con el distrito irlandés.

Había también una zona final, pero no estaba delineada. Sus habitantes vivían donde podían, unos con los irlandeses, otros en casuchas existentes dentro del distrito comercial y otros con los

negros. Había 41 Turlock repartidos por Patamoke, y nadie podía desentrañar las relaciones que existían entre ellos.

Era una buena ciudad, y florecía en paz durante los mismos años en que las pasiones extremas excitaban al resto de la nación. Una pragmática armonía impregnaba el lugar, explicable en buena parte por el ejemplar comportamiento de sus dos principales ciudadanos. Paul Steed dirigía una buena plantación en Devon y una tienda mejor aún en Patamoke; daba empleo a muchos de los irlandeses, y buenos precios a todos. Era firme en su apoyo a la esclavitud como principio y al partido liberal como la salvación del país, pero generalmente constituía una fuerza de equilibrio. Cuando iba a la ciudad los fines de semana, asistía a misa, sentado solo en la segunda fila de bancos, un austero y pulcro hombrecillo con la cabeza inclinada a un lado, como si sopesara lo que decía el sacerdote.

La otra figura, George Paxmore, era ya un anciano, erguido y canoso a sus setenta y dos años. Ya no trabajaba todos los días en el astillero, sino que acudía de vez en cuando allí desde Acantilado de la Paz para cerciorarse de que la construcción de barcos progresaba debidamente. Tendía a emplear negros, más que irlandeses, en el astillero, pero había ayudado mucho a los segundos a construir su iglesia y efectuaba generosas aportaciones a las colectas que realizaban para sus numerosas obras de caridad. Deploraba su afición a la bebida y envidiaba su alegría. Fue él quien dispuso las cosas para que fuese nombrado comisario, y nunca se arrepintió de ello, pues Caveny demostró ser un hombre templado que prefería convencer a un hombre de que se portase debidamente, antes que emplear un arma: «Un hombre como usted que pega a su mujer debería tener barba más larga, Mr. Simpson; pues, ¿cómo va a atreverse, si no, a mirarse en el espejo?»

Las relaciones establecidas de esta pequeña ciudad saltaron en pedazos una calurosa tarde, cuando T. T. Arbigost, con su traje

blanco y su mondadientes de plata, llegó al puerto a bordo de un sucio vapor procedente de Baltimore y descargó diecisiete esclavos, a los que hacinó en los chiqueros del mercado. Hecho esto, se sacudió el polvo, miró con desprecio al destartalado barco que le había traído y envió recado a Isla Devon de que había adquirido un lote de escogidos negros de las plantaciones del sur de Maryland.

Como las plantaciones Steed siempre podían utilizar más peones, Paul fue a Patamoke preparado para comprar toda la remesa, pero cuando los examinó, los encontró en tan excelente estado que no pudo comprender por qué Arbigost los había llevado allí, en lugar de a los mercados de Louisiana, más rentables.

–Bueno, sí -admitió el untuoso traficante, balanceándose en la silla del mercado en que se había sentado-. Es la clase de aguda pregunta que yo haría si me tropezase con ejemplares tan valiosos como éstos.

Y con su látigo de montar señaló casualmente a los negros encerrados en el mercado.

–Sin duda, se han mostrado rebeldes -sugirió Steed.

–¡Se equivoca! – exclamó Arbigost, con sonrisa congraciada-. ¿Me arriesgaría yo a cruzar la bahía en ese…?

Señaló el barco con su mondadientes.

–¿Cuál es su secreto?

–Dinero, Mr. Steed. Pura y simplemente, dinero.

–Sacaría más en Louisiana.

–Y lo perdería para pagar el viaje. Mr. Steed, adondequiera que iba en Baltimore, me decían: «Steed de Devon, necesita esclavos.» Es usted muy conocido, señor.

Paul quería efectuar la compra, pero al examinar a los hombres no pudo aceptar el testimonio que se le presentaba.

–Éstos son hombres rebeldes que usted ha introducido desde Georgia.

–¡Mr. Steed! – protestó el astuto traficante.

Y eludió hábilmente la cuestión de la procedencia, centrándose en la referente a la rebeldía, y fue lo que finalmente dijo en apoyo de su estrategia lo que inflamó a Patamoke.

–¿Alguna vez en mi vida le he vendido un negro recalcitrante?

Hizo una dramática pausa para dar tiempo a Steed a reconocer su ejemplar comportamiento y, luego, reveló una prueba adicional en su favor.

–¿Recuerda cuando le vendí a Mr. Beasley aquel magnífico xanga que respondía al nombre de Cudjo y que era tan bueno con la maquinaria? Mr. Beasley tenía las mismas dudas acerca del xanga, pero yo le aseguré entonces, como se lo aseguro a usted ahora, que Cudjo estaba domado…, que demostraría ser un buen esclavo.

Sonrió, tocó a Paul en la muñeca con su mondadientes y añadió:

–Lo que no le dije entonces a Mr. Beasley, porque no necesitaba saberlo, es que fue ese mismo Cudjo quien dirigió aquel famoso motín a bordo del *Ariel.* ¿Recuerda?

–¿El *Ariel?*

Arbigost asintió.

–Un lance sangriento. Se apoderaron del barco.

Steed se sentó pesadamente en el bloque de piedra en que los esclavos serían subastados si él no los compraba.

–Ese barco fue construido aquí. Su difunto capitán era de esta ciudad.

¡Resultaba increíble! Cudjo Cater había acaudillado el motín, y Paul Steed le había dado la libertad.

–¿Pero no demostró ser un esclavo excelente? – insistió Mr. Arbigost-. Y le aseguro, Steed, que estos hombres lo demostrarán también, porque en mi granja sabemos amansar esclavos.

Paul quería alejarse de aquel insidioso hombre con su acicalado traje, pero necesitaba esclavos. Y en aquel momento Mr. Arbigost

desplazó el mondadientes de plata a la comisura de la boca y formuló una sorprendente oferta:

–Podríamos regatear sobre cada uno de los individuos, pero, como caballeros, resultaría desagradable. Por 21 dólares cada uno, son suyos.

Una vez que los esclavos fueron destinados para su envío a las plantaciones lejanas, Steed advirtió a Arbigost que lo más prudente sería no decir nada acerca de Cudjo y el *Ariel.*

–Ya se lo he dicho a los hombres encargados de los esclavos.

–Entonces, vamos a tener complicaciones -dijo Steed.

Y decidió no regresar a Devon, sino quedarse a dormir en Patamoke. Se hallaba en la casa contigua al almacén cuando Lafe Turlock, acompañado de sus cinco hijos, hombres adultos ya, se presentó allí, pidiendo verle.

Lafe era un hombre anciano, de hombros encorvados y mandíbula floja, pero tenía la fogosidad de la marisma.

–Steed, he oído que fue su negro Cudjo quien tomó el *Ariel.*

–Eso dice Mr. Arbigost.

–Vamos a colgarlo. Mató a mi primo Matt.

–¿Por qué me lo dice a mí?

–Porque queremos que venga. Para contener al comisario.

–Yo creo que Mr. Caveny cumplirá con su deber.

–También nosotros, y no queremos complicaciones.

–¿No están amenazando causar muchas y graves complicaciones?

–Todo lo que vamos a hacer es colgar a un negro. No vamos a irritar a la comunidad.

–Yo pienso que eso irritaría considerablemente a la comunidad.

–No cuando les digamos lo que hizo.

Paul se retiró al interior de su casa e invitó a los Turlock a pasar. Entró en la cocina y dijo a su sirvienta que corriese a decir a Mr. Paxmore y a Cudjo Cater lo que se estaba tramando. Luego se

volvió para hablar con los Turlock. No consiguió nada. Lafe insistió en que él personalmente ataría la cuerda en torno al cuello de Cudjo, y sus hijos le instaron a que lo hiciera.

Así, pues, se marcharon al negarse Steed a participar en el linchamiento. Cuando los vio por última vez, los seis estaban recorriendo la comunidad para reunir gente.

Paul reflexionó durante unos minutos sobre lo que debía hacer, y al final decidió buscar a Mr. Caveny. El comisario había sido advertido de la acción de los Turlock y comprendió al instante que aquélla iba a ser la primera ocasión en que sería puesto a prueba su poder en la ciudad. Para él, el *Ariel* era un barco más; y el motín, un incidente trivial, mucho menos importante que la indigencia que había visto en Irlanda. Calculaba que la mayoría de los habitantes de Patamoke opinaría igual y que gozaría de relativa libertad para habérselas con aquella turbulenta familia.

Pero cuando Mr. Steed llegó, evidentemente asustado, la inquietud del plantador se contagió al comisario. Entró luego Mr. Paxmore, alto y grave.

–No queremos disturbios -dijo-. Mr. Caveny, ¿estás dispuesto a disolver a esa chusma?

–Sólo son seis -repuso Caveny. – Habrá más -replicó Paxmore-. Será mejor que vayamos a Cuello de Rana.

Así, pues, los tres hombres caminaron lentamente y sin agitación visible por las calles, desde la cárcel hasta el extremo de la marisma, y se encontraron con que habían huido todos los negros, menos Eden y Cudjo Cater.

–Nos quedamos -dijo Eden, mientras se acercaban los tres blancos.

–No debéis mostrar armas -advirtió Mr. Paxmore.

–Nos quedamos -repitió la negra, y, por su actitud, parecía estar bien armada. Cudjo no dijo nada. Se limitaba a permanecer junto a la puerta de su cabaña.

–¿Estabas a bordo del *Ariel*? – preguntó Steed.

–Sí.

–¡Oh, Dios mío!

Steed meneó la cabeza. Aquélla iba a ser una mala noche.

Entonces aparecieron los Turlock, y parecía como si media ciudad se hubiese unido a la impetuosa familia. Pero cuando se acercaron más, Steed vio algo que le enfureció más aún. Al frente de todos, codo a codo con Lafe Turlock, marchaba Mr. Arbigost, que, evidentemente, consideraba que el castigo de negros en cualquier lugar y en cualquier momento era cuestión que le afectaba.

–¡Arbigost! – gritó Steed-. ¡Qué diablos…!

–Queremos a ese negro -rugió Lafe.

Pero Mr. Steed le ignoró.

–¡Arbigost! ¿Qué está haciendo con estos hombres?

Y entonces el ardor de la noche se desplazó de Turlock hacia aquel forastero de traje blanco, y se produjo un breve y apasionado diálogo, durante el cual los ánimos tuvieron una oportunidad de calmarse.

–¡Caballeros! – exclamó Mr. Caveny cuando terminó el primer intercambio de palabras-. Sería una pena echar a perder una noche de verano como ésta. Propongo que volvamos todos a la ciudad a tomar unas copas por cuenta de Mr. Steed.

–Quiero a ese negro.

–Lafe -dijo Mr. Steed-. Eso fue hace mucho tiempo. Cudjo ha demostrado…

–Voy a colgar a ese negro por lo que le hizo a mi primo Matt.

Fue este nombre lo que puso fin a la situación, pues cuando fue pronunciado, todos se volvieron a mirar a Paul Steed, y muchos de los presentes recordaron su ignominia. El capitán Matt, el corpulento y alborotador pelirrojo que en otro tiempo había arrojado a Steed a las aguas del puerto.

Steed, consciente de lo que estarían pensando, cogió a Lafe del brazo, le hizo volverse y dijo, sosegadamente:

–¿Por qué no nos vamos todos al almacén a tomar algo?

Cuando la muchedumbre retrocedió y se alejó, Eden entró en la cabaña, sacó el cuchillo y el revólver que llevaba ocultos bajo la ropa y, sin manifestar ninguna emoción, los dejó sobre la mesa. Al ver las armas, Cudjo se sintió aterrorizado al pensar en lo que habría podido ocurrir y trató de cogerlas, pero Eden las cubrió con las manos.

Fue en marzo de 1857, cuando parecía a todos los americanos que el compromiso elaborado por Henry Clay y Daniel Webster antes de morir iba a salvar a la nación -es decir, a todos menos a los obstinados abolicionistas, que aceptarían nada menos que el desmembramiento de la Unión- cuando el magistrado presidente Roger Brooke Taney, hombre de Maryland, leyó en el Tribunal Supremo una decisión que destruyó el tambaleante edificio tras el que habían estado trabajando los conciliadores. En términos sencillos e incontrovertibles, el docto magistrado presidente, uno de los hombres más fuertes que jamás habían formado parte del tribunal, delineó el futuro.

El caso, como todos los que sientan jurisprudencia, era complicado. Este esclavo Scott había nacido en un Estado esclavista, había sido llevado a otro libre, luego a un territorio en el que la esclavitud estaba prohibida, de nuevo a un Estado en que se hallaba permitida y, finalmente, a Massachusetts, donde los esclavos eran automáticamente libres. ¿Cuál era su *status?* El tribunal habría podido decidir lógicamente casi cualquier cosa.

El magistrado presidente Taney y sus compañeros encontraron una solución fácil, aunque evasiva; anunciaron que como Dred Scott era negro, no era ciudadano de los Estados Unidos y no tenía derecho a defenderse en un tribunal federal. Su *status* volvía a ser

el que había sido tres décadas antes. Nació esclavo, y debía continuar siéndolo durante toda su vida.

Si Taney hubiese dejado ahí el asunto, simplemente habría privado a un negro de su libertad, pero el viejo sudista llevaba ochenta años en el corazón de las luchas políticas, y no era propio de él escabullirse. Decidió abordar de lleno el problema más explosivo de su tiempo. Resolvería de una vez por todas aquel pernicioso problema de la esclavitud. Respaldado por magistrados que también poseían esclavos, como los había poseído siempre su propia familia, el anciano introdujo en su decisión fundamental una serie de consideraciones que sobresaltaron a la nación: ningún organismo oficial, en ningún lugar de los Estados Unidos, podía privar a nadie de su legítima propiedad; el Compromiso de Missouri era nulo; el Congreso no podía impedir la esclavitud en los territorios; y los Estados carecían de facultad para liberar esclavos.

Cuando la decisión llegó al Choptank, los plantadores se sintieron complacidos; tenían ahora todo lo que siempre habían deseado del Gobierno federal, y hombres como Paul Steed pensaron que debían cesar las discusiones que no hacían sino desunir. Mandó fijar en todos los almacenes Steed de la región sendos ejemplares de la decisión, y dijo a sus capataces:

–Ahora podemos combatir el problema de los fugitivos con un arma real. Explicad a vuestros esclavos que, aunque logren escapar durante unos días, acabarán siendo devueltos. El problema queda definitivamente resuelto, y podemos continuar con nuestro trabajo.

El grupo medio de ciudadanos quedó complacido con la decisión; pondría fin a las disensiones. Los irlandeses se mostraban indiferentes. Y los negros emancipados, como Eden y Cudjo Cater, comprendieron que debían andarse con mucho cuidado, pues en cualquier momento podía alguien reclamarles como esclavos, presentar en el tribunal documentos falsificados y llevárselos a

alguna plantación de algodón. Eden revisó sus documentos de manumisión, pero revisó más detenidamente sus cuchillos y sus revólveres.

Los Paxmore se sintieron turbados por esta extraordinaria decisión, y, cuando recibieron una copia, tropezaron con el sorprendente pasaje en que el magistrado presidente Taney escribía:

Los esclavos han estado considerados durante más de un siglo como seres de orden inferior, tan inferior, que carecían de derechos que el hombre blanco estuviese obligado a respetar.

Cuando George Paxmore oyó estas terribles palabras, inclinó su canosa cabeza, y no se le ocurrió forma alguna de refutarlas. Por dos veces empezó a hablar, pero era inútil. Si el más alto tribunal de la nación juzgaba que un negro no tenía derechos que un blanco debiera respetar, entonces no había ninguna esperanza para aquel país. Habría de caer en la barbarie.

Rachel Starbuck Paxmore encabezó la lucha contra la Decisión Dred Scott. Adondequiera que iba predicaba contra su inhumanidad. Se levantaba en las asambleas y arengaba a los cuáqueros que habían supuesto que se había logrado alguna especie de paz con el compromiso anterior. Discutía con los clientes en el almacén de Steed. Escribía cartas. Citaba las perniciosas palabras de Taney como prueba de que debía disolverse pronto la Unión: «No podemos soportar esas teorías. Los hombres y mujeres de buena, conciencia debemos alzarnos y destrozarlas.»

Y el lado triste de su cruzada era que el magistrado presidente Taney nunca dijo aquellas palabras. Simplemente, las citó como opiniones de una generación anterior, pero cuando así se le indicó a Rachel, ésta replicó: «Quizá no las dijera, pero escribió su decisión de acuerdo con ellas.»

En octubre de aquel año tuvo su oportunidad de combatir la Decisión Dred Scott. Se encontraba en su casa de Acantilado de la Paz, con su marido y los viejos Paxmore. Habían estado leyendo

juntos varios escritos de Horace Greeley, de Nueva York, y George Paxmore encontraba en ellos motivos de esperanza.

–Greeley piensa que hay un cierto aplacamiento de las pasiones.

Y Elizabeth dijo, sosegadamente: -Eso espero.

Se disponía Rachel a apagar las lámparas y conducir a los demás a la cama, cuando oyó llamar a la puerta. Sin decir nada, volvió a dejar sobre la mesa la lámpara que llevaba, avivó cuidadosamente el pabilo y dijo a los otros:

–Tenemos trabajo.

Cuando abrió decididamente la puerta, se encontró con un trabajo con el que nunca se habían enfrentado los Paxmore. Nueve corpulentos negros se apiñaban ante ella en la oscuridad.

–Somos de Cline -dijo su portavoz.

Y cuando Elizabeth vio su lacerada y ensangrentada espalda, lanzó un débil grito y se desmayó.

–No quería asustarla -empezó a decir el herido negro, pero Rachel le cogió del brazo y le hizo entrar en la casa.

Con un movimiento del codo, indicó que George atendería a su postrada esposa; luego condujo a la cocina a los otros ocho fornidos esclavos. Llenaban la estancia y miraban consternados a la mujer caída; ésta era vieja y frágil, pero cuando volvió en sí, se apoyó en la mesa y, con mano temblorosa, le hizo darse la vuelta al primer negro para poder examinar su destrozada espalda.

–¡Dios mío! – murmuró-. Debemos llevar a estos hombres a la libertad.

Durante toda su vida se había opuesto a ayudar a los fugitivos; sus principios religiosos le decían que la esclavitud sólo podría ser erradicada mediante una lenta persuasión. Había estado dispuesta a enseñar y estimular; ahora, al ver por primera vez a un esclavo realmente apaleado, alcanzó una nueva comprensión.

–No aguantamos más -dijo el esclavo que llevaba la voz cantante.

–¿No le matarás? – preguntó cautelosamente George.

–No te preocupes -replicó ásperamente Elizabeth.

Y empezó a moverse por la cocina, preparando comida. Cuando los esclavos se hubieron saciado, se apresuró a subir las escaleras para recoger las ropas que Rachel había estado reuniendo para un caso así.

–Vamos al Norte -dijo uno de los esclavos.

–Desde luego -aprobó Rachel-, pero ¿cómo?

¡Nueve hombrachones! ¿Cómo podían escabullirse ante los guardianes que vigilaban los caminos?

Fue Bartley quien expuso un plan, y lo hizo con tan serena autoridad, que convenció a todos de que podía dar resultado.

–Evidentemente, no podemos cruzar por entre los vigilantes un grupo tan numeroso. Y no podemos arriesgarnos a tenerlos aquí e irlos pasando de uno en uno. Así que vamos a hacer lo siguiente: Rachel, ve a buscar a tu hermano Comly y apresuraos a ir a Filadelfia para preparar nuestra llegada. George, vete a la ciudad y haz que Parrish imprima el anuncio de una subasta. Mercado de esclavos de Patamoke. Describe a estos nueve hombres y a Eden Cater.

–¿Por qué Eden? – preguntó su padre.

–Porque voy a llevar a estos hombres al Norte como si fuesen propiedad mía. Abiertamente. Adquiridos en pública subasta, como indicará la factura de venta. Voy a llevarlos a mi plantación a orillas del Sassafras, y si viene una mujer con nosotros, parecerá más natural.

–Tendrás que partir esta noche -advirtió Rachel-. Cline te seguirá los pasos.

–Mr. Cline cree que hemos cruzado la bahía -dijo el esclavo que dirigía a los demás-. Si Cline sigue nuestras huellas, estará en

Virginia.

Esta falsa pista daba una pequeña oportunidad de éxito a la estratagema de Bartley. Antes del amanecer, Rachel se encontraba camino de casa de los Starbuck, y George navegaba hacia Patamoke para obtener la impresión del anuncio. Bartley dijo que escondería a los esclavos en los bosques situados detrás de la casa, pero su madre se negó a permitirle mover al hombre herido antes de que le aplicase un emplasto en la ensangrentada espalda. El hombre yacía en el suelo, y ella tuvo que arrodillarse para limpiarle las heridas, una canosa dama de setenta y tres años moralmente ultrajada por el fundamental salvajismo de un sistema que ella había creído entender.

En Patamoke su marido encontró al impresor cuáquero John Parrish y le confió el plan de la familia. Trabajando febrilmente, Parrish compuso el anuncio de una subasta pública supuestamente celebrada en la ciudad hacía cuatro días. Utilizó un grabado que representaba a un negro apoyado en un azadón. El vendedor era T. T. Arbigost, de Georgia, y entre los esclavos había una mujer que respondía al nombre de Bossie y que era descrita con cierto detalle.

Mientras se imprimía este cartel y se cumplimentaba una factura de venta, George se dirigió en silencio a la cabaña de los Cater, llamó cortésmente y aguardó hasta que Cudjo abrió la puerta una rendija.

–Los esclavos de Cline se han escapado.

Cudjo no dijo nada, pero los poderosos músculos de su cuello se tensaron. Escuchó mientras Paxmore explicaba la propuesta de su hijo, y, luego, dijo entusiásticamente:

–Eden ha venido a casa esta noche, vamos los dos.

–No. Bartley teme que eso resultaría demasiado llamativo. Alguien notaría tu ausencia. Debes estar aquí cuando llegue Cline, dentro de dos o tres días.

Cudjo volvió a quedar en silencio, pero Paxmore le vio apretar los puños.

–Mi querido amigo, no debes tocar a Mr. Cline. Nuestra tarea es llevar sus esclavos a Pensilvania.

–¿Quiere que Eden vaya a Acantilado de la Paz?

–Inmediatamente.

–Irá. Esos esclavos llegarán a Pensilvania.

Así, pues, quedó montada la expedición. Rachel estaba ya camino de Filadelfia. Elizabeth entregó el dinero que había estado ahorrando para comprar semillas, y Bartley se quedó con los esclavos, enseñándoles cómo debían repetir «sí, señó» a cualquiera que les hiciese una pregunta.

Luego, llegó Eden.

Había descendido por el río en su propio esquife, vestida de doncella. Estaba tensa y ansiosa por emprender la marcha; al mirar los rostros de los fugitivos les aseguró: «Vamos a llegar a Pensilvania», pero su actitud era tan agresiva, que Bartley se negó a aceptarla como miembro de su grupo hasta que Elizabeth la hubo registrado, quitándole la pistola que llevaba bajo el vestido y el cuchillo sujeto a la pierna.

–No debe haber violencia -advirtió Bartley a los esclavos-. Estaremos protegidos por la gracia de Dios.

Pero Elizabeth, de pie en la puerta de la cocina mientras los esclavos pasaban, fue diciendo a cada uno de ellos:

–No dejes que te capturen.

La cadena de esclavos, unida por el ansia de libertad, marchó en silencio hasta el río, donde Bartley había fondeado un gran queche, y remontaron en él el Choptank, manteniéndose junto a la orilla más alejada de Patamoke. Cuando hubieron rebasado la ciudad, atracó el queche y dijo a los hombres:

–Ahora empieza la parte peligrosa.

Era un viaje arriesgado, un solo hombre blanco, nueve negros y una esclava. Caminaban en fila india, procurando evitar ciudades y posibles preguntas. Al finalizar la mañana del primer día, cuando ya habían rebasado Easton, fueron abordados por un granjero que preguntó adonde se dirigían.

–Al Sassafras -respondió Bartley.

Y el granjero dijo:

–Espero que tengas algún negro en el que puedas confiar.

–Tom y Nerón son excelentes peones -repuso Bartley.

Dormían en los campos, pero al ir estrechándose la península no podían ya sortear las ciudades, por lo que, tras adiestrarles minuciosamente, Bartley condujo su fila de esclavos por el centro mismo de una población, volviéndose de vez en cuando para inspeccionar a los negros, como si fuesen suyos.

–¿Adonde vas? – preguntó un agente.

Como ya estaban al norte del Sassafras, Bartley respondió:

–A Head of Elk. Hay mucho que arar allí.

El agente observó a los esclavos y preguntó:

–¿Tienes los papeles de estos negros?

–Desde luego.

Y mientras los negros permanecían rígidamente atentos, tratando de no mostrar su miedo, Bartley sacó los documentos que había falsificado John Parrish.

–Tiene buen aspecto esa tía -dijo el agente.

–Y sabe cocinar, además -dijo Bartley.

–Se ven por aquí muchos fugitivos. No dejes de tener los ojos bien abiertos con éstos.

Gratuitamente, dio un golpe con su porra al último esclavo de la fila, y por un momento Bartley temió que toda la estratagema se fuera al traste, pero el esclavo se agarró un mechón de pelo, se inclinó varias veces y murmuró:

–Sí, señó. Sí, señó.

Llegaba entonces la parte más peligrosa. Se encontraban al norte de Head of Elk, no lejos de la frontera de Pensilvania, pero era precisamente allí donde rastreadores mercenarios de esclavos patrullaban los caminos, esperando sorprender a fugitivos que caminasen sin precauciones en aquel último tramo hacia la libertad, y, como Bartley había previsto, varios de los hombres querían separarse, para realizar cada uno su propio intento final.

El argumentó en contra, advirtiendo a los esclavos que, si se dispersaban, perderían la ventaja general que había logrado. Para su sorpresa, su más ardiente colaboradora fue Eden, que dijo a los hombres:

–No seáis estúpidos. Estáis a cinco millas de la libertad. Tened valor.

Pero un esclavo llamado Pandy se negó a compartir el riesgo común Predijo que un grupo tan grande llamaría la atención y sería descubierto. Quería hacer solo el recorrido final, y se fue.

Bartley no sabía muy bien qué haría si se le interceptaba en aquellas últimas millas, y se sintió lleno de consternación al ver acercarse tres hombres montados a caballo que, evidentemente, eran rastreadores de esclavos.

–¿Qué haces con todos esos esclavos? – preguntó el que mandaba.

–Llevarlos a mi hacienda de Rising Sun.

–¿Por qué estás tan al Este?

–Los he comprado en Patamoke. Mucho más baratos que en Baltimore.

–Es cierto -admitió uno de los hombres.

–¿Tienes papeles que demuestren que son tuyos?

–Completamente en regla -afirmó Bartley.

Estaba temblando, pues sabía que aquellos ocho esclavos no tenían intención de dejarse apresar, y temía una acción violenta por parte de Eden si se realizaba algún intento en tal sentido. Escarbó

en el suelo con la punta de su bota, fingiendo indiferencia, mientras los hombres leían los documentos. *Dios mío, ¿nunca pasará este momento?*

–A mí no me parecen negros de Georgia. Parecen peones de Maryland.

–Los han domado -explicó Bartley.

Y le levantó la camisa al hombre que más recientemente había sido apaleado. Los rastreadores de esclavos, al ver los verdugones, comprendieron que se trataba de un negro difícil. Con un violento puntapié, el jefe derribó al esclavo en el polvo, mientras los otros dos jinetes daban muestras de querer lanzarse contra toda la fila.

Si el esclavo caído hubiera reaccionado, aun mínimamente, al puntapié, se habría producido una batalla generalizada, con pérdida de vidas, pero el hombre permaneció tendido, y los jinetes pasaron por encima.

Cuando se hubieron ido, Bartley exclamó:

–Lo más aprisa posible. Al Norte hasta la frontera.

Y habían avanzado mucho, cuando oyeron tras ellos ruidos de cascos de caballo; los rastreadores se dirigían sobre ellos.

–¡Sabemos que estáis escapando! – gritaron al alcanzar al último esclavo de la fila.

Ahora fue Eden quien tomó el mando de la situación. De un salto, se abalanzó contra el primero de los jinetes, derribándolo al suelo. Cayó en mala postura, lo cual le permitió a ella coger una piedra y estrellársela en la cabeza. Cuando levantó la vista, vio que los esclavos de Cune habían desmontado también a los otros dos jinetes, y antes de que Bartley pudiera intervenir, habían sido maniatados,

–Coged sus caballos -ordenó Eden.

Pero Bartley advirtió vehementemente a los esclavos que si introducían los caballos en Pensilvania serían ahorcados.

–Robar caballos es un grave delito -dijo, y Eden se echó a reír, pero Bartley continuó-: Nunca os dejarán marchar. Los hombres os seguirán hasta Francia para castigar a un ladrón de caballos.

–Llévalos al bosque -dijo Eden a los esclavos.

Y los tres rastreadores fueron obligados a caminar. Eden no permitió que Bartley les siguiera, y éste esperó angustiado hasta que reaparecieron los hombres. Pero no les dejó coger los caballos.

–Soltadlos -insistió.

Y cuando así se hizo echaron todos a correr hacia la frontera, pero se detuvieron al ver algo que les estremeció. Dos cazadores de esclavos avanzaban hacia ellos, hostigando a un negro que llevaba una cuerda alrededor del cuello y las manos atadas a la espalda. Era Pandy, a quien Mr. Cline llevaba siete años maltratando. Estaba a una milla de la libertad cuando cayó justamente en la clase de trampa que Bartley y Eden había previsto.

Pasó ahora ante sus compañeros, con los ojos bajos. Se había delatado a si mismo, pero no les delataría a ellos.

–¿Qué lleváis ahí? – preguntó Bartley, en tono casual.

–Un maldito fugitivo. Significa cincuenta pavos para nosotros.

–Parece un tipo insignificante.

–¿Adonde vas tú?

–A Rising Sun.

–No está lejos, pero vigila a esos negros. Les gusta huir.

–Tengo dos guardianes -replicó Bartley.

–¡Guardianes! – los hombres se echaron a reír-. No se puede confiar en ningún negro.

Y continuaron adelante, camino de la granja de Herman Cline.

Ninguno de los esclavos habló durante la última milla, y Bartley vio que la mayoría tenían lágrimas en los ojos, pero cuando se hubieron internado en Pensilvania, uno de los hombres empezó a cantar:

Dulce Jesús, protégele.

Dulce Jesús, salva a nuestro hermano.
Dulce Jesús, déjanos morir en paz.
Dulce Jesús, llévanos a casa.

En Filadelfia estaban excitados, los abolicionistas que dedicaban su tiempo y su dinero a rescatar esclavos. Las autoridades de Wilmington habían transmitido por telégrafo la noticia de una fuga criminal: un hombre blanco y urja mujer negra habían conducido a ocho esclavos varones a la libertad reduciendo a tres capturadores de esclavos en las proximidades de la frontera de Pensilvania y atándolos cabeza abajo de las ramas de un corpulento roble, donde no fueron encontrados hasta que sus caballos no regresaron a la cuadra, alertando a los grupos de exploración.

Bartley había previsto esa conmoción, y tan pronto como puso a los ocho hombres en el camino que conducía a Kennett Square, donde estarían esperando los cuáqueros para integrarlos en el sistema establecido, él y Eden se dirigieron sigilosamente hacia el Oeste, en dirección al poblado de Nottingham.

Allí se pusieron en manos de una familia cuáquera apellidada Hicks, a la que hubieron de confiarse: «Sería fatal que dierais a conocer cómo falsificamos los documentos. Mrs. Cater y yo necesitamos nuevas ropas, nuevos documentos y dinero suficiente para volver los dos a casa a través de Baltimore.» Se falsificaron papeles y se adquirieron pases para un caballero que regresaba a Richmond con la doncella de su mujer. Y los dos conspiradores emprendieron la marcha hacia el Sur.

Rachel y su hermano tomaron entonces a su cargo la situación. Ambos eran decididos, y cuando los esclavos llegaron a Filadelfia, los dispersaron rápidamente por diversos escondites, de modo que nadie pudiera deducir que aquéllos eran los hombres que habían humillado a los rastreadores. Rachel, siempre anticipándose a posibles complicaciones, hizo circular el rumor de que los ocho

esclavos habían llegado a Lancaster, y otro de que estaban ya en Nueva York, donde ella había dispuesto las cosas para que los abolicionistas celebrasen una fiesta en que habrían de ser exhibidos los ocho.

Pero había subestimado al enemigo, pues, mientras bajaba por Market Street, después de haber tomado las medidas necesarias para que tres de los hombres fuesen transportados en barco a Boston, vio con horror que Lafe Turlock y Herman Cune se acercaban en su dirección, seguidos de dos policías. Volviéndose rápidamente, se aplastó contra el escaparate de una tienda y allí permaneció hasta que se perdieron de vista. Aquella noche leyó en el periódico su anuncio:

OceanofPDF.com

FUGITIVOS
Ocho selectos esclavos, cuatro de ellos
con cicatrices
en la espalda y en la cara. Cien
dólares
de recompensa por cada uno que sea
devuelto a
Herman Cline de Pequeño Choptank,
Maryland,
al que pueden encontrarse en la pensión
de
Mrs. Demson, en Arch Street.

Conforme a la ley, todo ciudadano de Pensilvania estaba obligado a ayudar a Herman Cline a recobrar sus esclavos. Algún informante le había advertido sobre el hecho de que, pese a las falsas pistas extendidas por Rachel, los fugitivos habían llegado a Filadelfia y se encontraban escondidos allí. Los comisarios federales estaban ya registrando las casas de huéspedes, y un grupo proesclavista de meridionales residentes en la ciudad había aumentado la recompensa ofrecida por Cline. Sería sólo cuestión de días antes de que los fugitivos fuesen apresados, y los hombres hablaban ya de que debían ser devueltos primeramente a la parte norte de Maryland, para que se les diera allí el castigo debido por haber golpeado a los rastreadores.

Pero los abolicionistas no carecían de poder, especialmente si Rachel Paxmore les incitaba. Lo que hicieron fue buscar un impresor cuáquero no sólo dispuesto, sino positivamente ansioso de ayudarles. Imprimió grandes carteles, en número de cuatrocientos, proclamando la llegada a Filadelfia de los notorios esclavistas Lafe Turlock -con una descripción gráfica- y Herman Cline, uno de los amos más crueles del Estado de Maryland. El cartel mostraba caricaturas de la odiosa pareja y terminaba con esta admonición:

Se advierte a todo ciudadano que tenga cuidado con estos monstruos, estos ladrones de cadáveres. Cuando vayan por la calle, láncense gritos de aviso. Cuando se detengan a comer, avisen a cuantos

se encuentren cerca de su identidad. Indíquese dónde duermen, y hágasenos saber a los demás. Y, si alguna vez se acercan a un ciudadano negro, láncense gritos de socorro, porque estos hombres secuestrarán negros emancipados si no pueden encontrar a sus antiguos esclavos.

Estos carteles fueron distribuidos por todas las posadas, todas las casas de comidas, fijados en postes y pegados en las fachadas de las tiendas. Cada dirigente del movimiento abolicionista recibió cuatro ejemplares, que debían ser exhibidos en lugares destacados.

Rachel y su hermano Comly contaron más tarde a su madre lo que sucedió en los días siguientes.

–Sabíamos dónde dormían, en casa de Mrs. Demson, así que, cuando aparecían en la calle, teníamos allí grupos de jóvenes que les rodeaban gritando: «¡Esclavistas! ¡Esclavistas!» Cuando entraban en algún sitio a comer, nos situábamos cerca de su mesa y les mirábamos. Si querían una cerveza, sólo podían tomarla si todas las personas que se encontraban en la posada sabían quiénes eran, y muchos hombres escupían en el suelo y se negaban a beber mientras ellos estuvieran allí. Los convertimos en auténticos apestados.

¡Lafe Turlock y Herman Cline! Resistieron el tormento durante tres días y luego abandonaron la ciudad. Al principio pensaron en intentar encontrar sus esclavos en Nueva York, pero uno de los abolicionistas les grito mientras cenaban: «¡No creáis que podéis escapar de nosotros! Hemos avisado a los comités de Lancaster y Nueva York.»

Así, pues, al final tuvieron que regresar a Baltimore. Mientras mi barco se alejaba de la ciudad, Cline miró el perfil de ésta sobre el firmamento y casi se echó a llorar.

–¡Imagínate, Lafe! Me parto el lomo trabajando en esos pantanos. Logro ganarme decentemente la vida. Y luego mi propiedad se fuga. Nueve estupendos esclavos. Más de veinte mil dólares. Mis malditos negros están escondidos en esa ciudad, en alguna parte.

Lafe dijo:

–Fueron esos carteles. Levantaron a la gente contra nosotros.

–Todos los ahorros de un hombre, destruidos. No es justo, ¡maldita sea!

Pero todavía continuaba en pie la recompensa por los ocho esclavos, y Rachel se daba cuenta de que había numerosos aventureros deseosos de conseguir el dinero.

–¿Qué podemos hacer? – preguntó a los miembros del comité de rescate de Filadelfia.

–Sólo hay una cosa segura -afirmó un anciano y prudente caballero cuáquero-. Debes llevarlos a Canadá.

–Pero yo pensaba que Boston…

–Ni siquiera allí están seguros. Un negro no puede encontrar seguridad en ningún lugar de este país. Debe ir a Canadá.

Así, pues, Rachel Paxmore y su hermano organizaron la salida del país de los ocho esclavos. Se necesitó tiempo, dinero y valor. Fue surgiendo una improvisada ruta: «Hay un médico en Doylestown, y luego vas a Scranton, y más allá de Nueva York el lugar seguro es la casa de Frederick Douglass en Rochester.»

Rachel permaneció con los hombres durante todo el camino hasta la frontera canadiense, y sólo cuando la cruzaron sin incidentes, dejó que se manifestara la tensión que le había agarrotado durante tres semanas. Se sentó en el caído tronco de un árbol y lloró, temblándole los hombros a consecuencia de la congoja que le dominaba.

–Hermana -dijo Comly, sentándose en el tronco a su lado-, todo ha terminado. Están a salvo.

Pero ella dijo:

–Es indigno que unos hombres de los Estados Unidos que buscan la libertad deban huir a Canadá para encontrarla.

La huida de nueve esclavos de la granja de Herman Cline en el Pequeño Choptank enfureció tanto a los demás propietarios de la región, que se reunieron en la isla Devon para considerar qué medidas podrían adoptarse para impedir tales bajas en su capital.

–Cline perdió veinte mil dólares en una sola noche -dijo un plantador de St. Michaels-. Una repetición podría eliminarnos a los pequeños propietarios.

–¿Se ha pensado seriamente en expulsar a los Paxmore de este territorio? – preguntó un hombre corpulento que se había visto obligado a perseguir a dos de sus esclavos hasta la frontera de

Pensilvania antes de recuperarlos-. Las cosas han ido mucho mejor a lo largo del río Miles desde que David Baker…

Se interrumpió, no queriendo sugerir abiertamente que los Paxmore debían ser asesinados.

–Lo que podríamos hacer -sugirió uno de los Steed del Refugio- es recurrir a la religión. Recordar a los esclavos sus obligaciones morales hacia nosotros.

Esta propuesta obtuvo general aprobación, y muchos de los plantadores se volvieron hacia Paul Steed. Uno de ellos preguntó:

–Paul, ¿no podrías dar una serie de sermones? Estoy seguro de que te encantaría venir a mi plantación y hablar a mis peones.

Otros secundaron esta sugerencia, pero Steed objetó:

–Yo no hablo muy bien en público. Los asistentes fijan la vista en mi cuello torcido y no escuchan lo que digo.

–No deja de tener razón -admitió el hombre de St. Michaels-. Pero la idea de los servicios religiosos sigue siendo buena.

Y entonces alguien se acordó de un ministro metodista alto, delgado y de tendencias sudistas del otro lado de la bahía; había obtenido resonantes éxitos en su tarea de reavivar la fe religiosa y pronunciado lo que se consideraba como «el mejor sermón para negros en su género».

–¿Está pensando en el reverendo Buford? – preguntó Paul.

Y cuando los plantadores dijeron que ése era el hombre que necesitaban, Paul dijo:

–Yo le conozco. Estuvo unos días con nosotros aquí, en Devon.

–No es católico -repuso un plantador.

–Yo quería discutir de religión con él. Es convincente.

Se convino que dos hombres del Choptank cruzarían la bahía para reclutar la ayuda del reverendo Buford, y cuando le vieron en la pequeña ciudad de Hopewell, a orillas del río James, tuvieron la certeza de que aquél era el hombre que necesitaban. Alto, fúnebre, con una mata de abundante pelo negro y una prodigiosa manzana de Adán que puntuaba sus más simples frases, haciéndolas parecer más vividas de lo que eran, constituía, como habían recordado, un hombre fogoso.

–Lo que queremos -le dijeron- es su mejor sermón para negros.

El clérigo se mostró reacio a salir de Virginia, donde encontraba que había mucho trabajo que hacer, pero al saber que la invitación procedía de Paul Steed, dijo, con cierta avidez:

–Iré. Es el católico más inteligente que jamás he conocido.

–Bueno, él le necesita, y también todos nosotros.

–¿Complicaciones con los negros?

–Nueve de los esclavos de Herman Cline se escaparon. Ocho de ellos fueron rastreados hasta Filadelfia.

–¿Fueron recuperados?

–No. Los abolicionistas de allí echaron a Lafe Turlock y a él de la ciudad. Los esclavos se desvanecieron en el aire. Veinte mil dólares perdidos en una sola noche.

–He oído hablar de Cline -dijo Buford-. Hay en este Estado quienes le envían sus esclavos, y no tengo intención de cruzar la bahía para ayudar a un monstruo. Probablemente merecía perder sus esclavos, a todos ellos.

–Reverendo, no es Cline quien nos preocupa. Somos nosotros mismos. Hombres decentes como Paul Steed están en peligro de perder toda su inversión. Necesitamos ayuda. Pacificación.

–Todos la necesitamos -respondió Buford, con sorprendente ansiedad-. ¿Quién sabe adonde nos conducirán las pasiones actuales? Todas las noches rezo en petición de una guía.

–Y nosotros pedimos la suya -dijo uno de los plantadores-. Venga con nosotros y ayude a calmar las cosas.

–Si creen ustedes que serviría de algo, estaría dispuesto a pronunciar mi sermón *El robo de uno mismo.*

–Ése es el que queremos. Yo se lo oí en Somers Cove hace tres años. Muy convincente.

El reverendo Buford empezó a pronunciar *El robo de uno mismo* en las plantaciones más pequeñas, situadas al este de Patamoke, con la intención de ir aumentando la expectación a medida que se acercaba a los centros principales de población. El formato era invariable. Al caer la tarde, cuando ya había concluido el trabajo del día, todos los esclavos eran reunidos en algún espacio abierto flanqueado de árboles. Buford insistía en que asistieran todas las personas blancas de la plantación, sentadas a la sombra y vestidas con ropas de domingo.

Empezaba su predicación desde un estrado, pero a medida que crecía su entusiasmo se movía de un lado a otro, gesticulando ampliamente y utilizando tonos implorantes.

Su mensaje era sencillo y eficaz. No rehuía el tema que le había llevado a la Orilla Oriental:

«Sé, como sabéis vosotros, que la otra semana nueve esclavos huyeron de su amo, tratando de encontrar en las ciudades del Norte lo que ellos llamaban libertad. Supongo que incluso algunos de los que estáis ahora delante de mí podéis haber tenido pensamientos semejantes. Confieso que quizá los hubiera tenido yo también si estuviera en vuestro lugar. Pero, ¿qué dice Dios acerca de tal comportamiento?»

Y exponía con tremendo vigor las enseñanzas de la Biblia sobre la esclavitud. Dios la había establecido; Jesús la había aprobado; san Pablo decía que era una de las puertas que conducen al cielo. Se mostraba especialmente impetuoso cuando llegaba a la cuestión del castigo, pues algunos esclavos estaban empezando a preguntar por qué alentaba Dios las palizas si era infinitamente misericordioso. Como todos los predicadores que pronunciaban sermones para negros, se extendía sobre el versículo 29:19 del Libro de los Proverbios, en el que se declaraba concretamente que «no con solas palabras se corrige el esclavo, porque entiende bien, pero de obedecer, nada».

Y desarrollaba la tesis de que cuando un amo golpeaba a un esclavo, estaba realizando la obra del propio Dios. «Dios ordena al amo que te castigue con flagelos cuando no obedeces.» Dedicaba también mucho tiempo al curioso pasaje de la I Epístola de san Pedro, 2:18, favorito de los predicadores sudistas. Ese librito era uno de los más triviales de la Biblia, pero pasajes ocasionales de él condenaban a toda una raza.

«¿Qué te dice la Biblia? Que debéis obedecer a vuestros amos, y no sólo a los buenos amos, sino especialmente a los malos, porque cuando os sometéis a su castigo acumuláis oro en el cielo. Y la Biblia dice, además, que, si sois castigados injustamente cuando no habéis cometido ninguna infracción, y sé que esto sucede a veces, causando grandes animosidades, debéis someteros con corazón alegre, porque Dios lo ve y os lo tiene en cuenta en los cielos. Ésa es la ley de la Biblia.»

Durante toda su vida se les había hablado a los esclavos acerca del Libro de los Proverbios y de la Epístola de san Pedro, y ahora, aunque el reverendo Buford los glosaba con su especial retórica, se tornaban inquietos. Algunos miraban los bruscos movimientos de su manzana de Adán y murmuraban: «¡Se va a atragantar!» Y otros empezaban a revolverse. Buford sabía cómo hacer frente a esta situación; tenía dos flechas adicionales en su aljaba, y cuando las lanzaba sobre los esclavos, éstos escuchaban, pues la primera contenía una terminante amenaza:

«Miráis a Mr. Sanford, sentado allí, y pensáis: "¡Él sí que lo tiene todo fácil!" Pero no sabéis que Mr. Sanford tiene obligaciones en el Banco, y debe reunir el dinero, dólar a dólar, trabajando de firme para ello, y pagar ese dinero al banquero, so pena de perder esta plantación. El banquero vendrá aquí, y se quedará con ella, y os venderá a todos y cada uno de vosotros a las plantaciones de Louisiana o Mississippi.»

Recitaba otras pesadas obligaciones de los blancos sentados a la sombra; éste tenía que superar unos exámenes en Princeton, aquél debía cuidar a los enfermos, y él, el reverendo Buford, se hallaba obligado para con las excelentes personas que dirigían su iglesia. El mundo estaba lleno de deberes, y algunos de los más livianos eran los soportados por los esclavos.

Era su segunda flecha la que daba a Buford su extraordinaria eficacia en la pacificación de esclavos, y era de ella de donde tomaba nombre su famoso sermón:

«Hoy, durante la comida, me decía Mr. Sanford que nunca ha visto un grupo de esclavos mejores que vosotros. "Se matan a trabajar -me decía-. Se interesan por las cosechas. No robarían ni una sola de mis gallinas." Sí, eso es lo que me decía Mr. Sanford. Decía que vosotros sois los esclavos más honrados de todo Maryland, pero luego añadió algo que me sorprendió. Dijo que algunos de vosotros habéis estado pensando en escapar. ¿Y qué es en realidad escaparse? Decidme, ¿qué es? Es el robo de de uno mismo. Sí, te robas a ti mismo, y te arrebatas a tu legítimo propietario, y Dios considera eso pecado. De hecho, es un pecado peor que robar una gallina, o una vaca, o una lancha, porque el valor de lo que robas es mucho mayor. Mr. Sanford te posee. Le perteneces. Eres propiedad suya, y, si escapas, le estás robando tu

persona. Y ése es un pecado terrible. Si cometes ese pecado, arderás en el infierno.»

Al llegar a este punto, el reverendo Buford gustaba de pasar unos quince minutos describiendo el infierno. Estaba lleno fundamentalmente de negros que habían pecado contra sus amos; había algún que otro blanco que había matado a su mujer, pero nunca uno como Herman Cline, que había matado a dos de sus esclavos. Era un lugar horrendo, mucho peor que ningún campo de esclavos, y podía ser evitado mediante una sencilla táctica: obediencia. Y, luego, el predicador llegaba a su epílogo, resultaba entonces claro por qué insistía en que asistiesen los amos blancos:

«Mirad a vuestro amo sentado allí, ese buen hombre rodeado de su familia. Pasó largos años trabajando y ahorrando y, al final, tuvo suficiente dinero para compraros. Para que pudierais vivir aquí, a orillas de este hermoso río, en lugar de en un pantano. Mirad a su bella esposa, que acude por las noches a vuestras cabañas para daros medicinas. Y esos encantadores niños que vosotros ayudasteis a criar para tener buenos amos en los años futuros. Ésas son las buenas personas que son vuestros dueños. ¿Queréis ahora agraviarles robándoles vuestras propias personas y ocultándoos en el Norte, donde no os pueden encontrar? ¿Queréis privar a Mr. Sanford de la propiedad que él ha comprado y pagado? ¿Queréis ir contra la palabra de Dios, los mandamientos de Jesucristo y hacer que esas excelentes personas pierdan su plantación?»

Prefería que, llegado este momento, los propietarios empezasen a llorar, pues entonces algunos de los esclavos más viejos llorarían también, y esto le daba oportunidad para una retumbante conclusión, con los blancos llorando, los esclavos gritando «¡amén, amén!», y todos resueltos a una nueva y más firme entrega al deber.

Era un placer oír hablar al reverendo Buford; pronunció su sermón *El robo de uno mismo* en ocho grandes plantaciones, para finalizar en la isla Devon, donde Paul Steed le agasajó en la mansión antes de su actuación.

–Ha madurado usted desde la última vez que nos vimos -dijo Steed.

–Usted se ha convertido en todo un dirigente -respondió Buford-. La última vez todo eran libros. Ahora todo es trabajo.

–¿Qué se comenta por Virginia? – preguntó Steed.

Buford no era ningún necio. Se movía en los mejores círculos y mantenía los oídos atentos.

–Nos encontramos resistiendo a los agitadores de ambos extremos.

–¿Qué quiere decir?

–Los abolicionistas nos presionan desde el Norte para que liberemos a nuestros esclavos, y los secesionistas de Carolina del Sur nos presionan para que abandonemos la Unión.

–¿Qué harán ustedes?

–¿Virginia? Decidiremos por nosotros mismos.

–Hacer ¿qué?

Por primera vez durante su incursión por la Orilla Oriental, el reverendo Buford no encontraba palabras. Se recostó en su silla, miró a los bellos jardines y, tras larga vacilación, respondió:

–Si hombres como usted y yo mantenemos las cosas en calma durante un poco más de tiempo, estabilizaremos esta agitación. Lograremos un equilibrio entre el Norte y el Sur. Luego podemos proceder de forma…

–¿La esclavitud? – interrumpió Steed.

–Dentro de cien años caerá por su propio peso.

–¿Ha leído a Hinton Helper?

–Sí, y he leído la réplica de usted.

–¿Cuál prefiere?

El delgado clérigo volvió a quedar en silencio y, finalmente, reunió el valor necesario para decir:

–Helper. Nos irá mejor a todos cuando la esclavitud termine.

–Yo tengo casi un millón de dólares inmovilizado en mis esclavos.

–*Inmovilizado* es la expresión adecuada.

–Entonces, ¿por qué continúa con sus sermones?

–Porque todos debemos tratar de ganar tiempo, Mr. Steed. Debemos mantener las cosas en equilibrio, y, créame, tener varios millones de antiguos esclavos vagando en libertad por el país no conservará ese equilibrio.

–Respóndame sin rodeos. ¿Tienen razón los cuáqueros? ¿Debo liberar ahora a mis esclavos?

–De ninguna manera.

–¿Cuándo?

–Dentro de unos cuarenta años. Su hijo Mark parece un muchacho juicioso. El querrá liberarlos, estoy seguro.

–¿Y mi millón de dólares?

–¿Lo ha tenido realmente alguna vez? Suelo predicar con frecuencia en la gran plantación de Janney, a orillas del Rappahannock…

–Algunos de mis antepasados fueron Janneys.

–Creo haberlo oído. Bien, se dice de ellos que tienen un millón de dólares. Y les cuesta trabajo encontrar unas monedas para pagarme. Son ricos, pero son pobres. Y la Historia acostumbra de vez en cuando sacudir el manzano, y la fruta débil cae, y el propietario ve que nunca tuvo muchas manzanas. No realmente.

–Aquí se le pagará a usted -dijo Steed, sacando un puñado de billetes-. Hablar con usted me resulta vivificante. No puedo comprender cómo predica en la forma en que lo hace.

–Soy un hombre viejo dentro de una vieja tradición.

–¡Si apenas tiene sesenta años!

–Procedo de un siglo diferente Y temo al que va a venir.

Su sermón en la isla Devon fue, con mucho, el mejor de su viaje, pero difirió de los demás en que Paul y Susan Steed sólo consintieron en sentarse en la sombra si prometía no aludirles de ninguna manera. Por tanto, hubo de renunciar a su lírica y atenerse a su lógica, y presentó la esclavitud como un ordenado método de realizar las intenciones de Dios. A petición de Steed, expuso también los deberes del amo para con el siervo, citando versículos bíblicos que habitualmente pasaba por alto, y cuando terminó, sus oyentes tenían los ojos llenos de lágrimas, y algunos gritaban, y al abandonar el estrado, muchos negros le rodearon para decirle que, ciertamente, sabía predicar. Pero cuando se dirigía hacia el muelle, donde le esperaba un barco para llevarle a Virginia, fue abordado por dos blancos en los que no se había fijado durante el sermón. Se habían introducido de alguna manera entre los flecos de la multitud.

–Soy Bartley Paxmore -dijo el hombre, extendiendo la mano-. Ésta es mi esposa, Rachel.

–He oído hablar de ustedes -dijo cautelosamente Buford.

–¿Cómo has podido deformar tan groseramente la palabra de Dios? preguntó Bartley.

–Mis buenos amigos -repuso Budford, sin perder la calma-, todos necesitamos tiempo, ustedes y yo. ¿Están dispuestos a hacer descender el holocausto?

–Me avergonzaría retrasarlo en tus condiciones -respondió, Rachel.

–Entonces, no se retrasará -dijo Budford-. Ustedes se encargarán de ello.

Y estaba tan ansioso por escapar a las enmarañadas pasiones de la Orilla Oriental, que echó a correr, literalmente, hacia el barco y saltó a él.

Cuando Elizabeth Paxmore, en su lecho de muerte, oyó el relato de Bartley sobre *El robo de uno mismo,* del reverendo Buford, pidió su Biblia y pasó largo tiempo hojeándola, tratando de hallar un pasaje que había aprendido de memoria en su juventud.

Al fin exclamó, con voz lo bastante alta como para que le oyesen cuantos se encontraban en la habitación:

–¡Lo he encontrado!

Y cuando su familia se congregó a su alrededor, incluidos los nietos, que recordarían aquello hasta muy entrado el siglo siguiente, preguntó:

–¿Por qué insisten en censurar el versículo de la Biblia que parece más apropiado?

Y leyó del Deuteronomio, 23:15:

«No entregarás a su amo un esclavo huido que se haya refugiado en tu casa.»

Dijo que quería que su familia continuase, ayudando a los fugitivos, aun cuando ello les alejara de Acantilado de la Paz durante lo que sabía era su última enfermedad.

–Podré arreglármelas -les aseguró.

En 1859, dos acontecimientos contradictorios indujeron a Paul Steed a detenerse a evaluar la base económica en que descansaban las plantaciones de Devon. El primero fue la excitación que provocó en toda América el convincente libro de un ciudadano de Carolina del Norte, Hinton Helper, que tenía el temerario título de *La inminente crisis,* como si la esclavitud se encontrara en una situación desesperada. En esta inflexible obra, Helper, habitante del Sur provisto de sólidas

credenciales, afirmaba que el Sur siempre sería derrotado en la competencia con el Norte si persistía en utilizar mano de obra esclava, en lugar de libre Presentaba estadísticas tendentes a demostrar que los plantadores saldrían ganando si liberaban a todos sus esclavos y luego los contrataban.

El libro causó sensación en Maryland, pues aquéllos eran los años en que los hombres estaban tomando partido, y los propagandistas del Norte citaban a Helper para demostrar su tesis de que les sería más conveniente a los Estados fronterizos permanecer con la Unión. Se aprobó una legislación que declaraba delito la difusión de la obra de Helper o de *La cabaña del tío Tom*, y cuando el negro emancipado que vivía al lado de Cudjo Cater fue sorprendido leyendo un ejemplar de esta última, fue condenado a diez años de cárcel.

Muchos sudistas escribieron a Steed recordándole que, como sus *Cartas* le habían erigido en paladín de los propietarios de esclavos, estaba obligado a replicar a Helper; sus corresponsales argüían: «Sabemos que Helper ha utilizado datos erróneos para respaldar sus falaces conclusiones, y debe usted rectificarlas.»

El habría preferido evitar la lucha, pero intervino un segundo acontecimiento, que le forzó a hacer precisamente lo que sus corresponsales querían: sopesar desapasionadamente los pros y los contras del sistema de esclavitud. Lo que sucedió fue lo siguiente: la agricultura del Sur se había visto gravemente afectada durante la prolongada depresión de la década de 1840, y muchas plantaciones se habían encontrado próximas al colapso; este período fue el que había suministrado a Helper sus estadísticas, las cuales demostraban, ciertamente, que la esclavitud era una carga; pero a partir de 1851 se había producido un auge extraordinario, y en años como 1854 y 1856 los cultivadores meridionales de tabaco, algodón, azúcar, arroz e índigo cosecharon grandes fortunas.

El valor de los esclavos aumentó; cuando Paul consideró aconsejable alquilar unos cuantos a sus vecinos, descubrió con asombro que debía pagar hasta un dólar diario por sus servicios, y suministrarles además comida, ropa y medicinas. Durante la recolección, el precio saltó a un dólar y medio, y empezó a preguntarse si los rendimientos de su cosecha compensarían semejante gasto:

Así, pues, me retiré a mi estudio y, con todas las cifras disponibles ante mí, traté de calcular cuál había sido la experiencia de las plantaciones Steed tanto en los años malos como en los buenos. A principios de 1857, yo poseía un total de 914 esclavos, distribuidos por edad, sexo y valor del modo siguiente:

OceanofPDF.com

LOS ESCLAVOS DE LOS STEED

	Machos		Hembras		
	Número	Valor individual	Número	Valor individual	Valor Total
Clasificación					
Bebés, 0-5	44	0	47	0	0
Niños, 6-13	135	300	138	250	75.000
Adultos, 14-52	215	2000	161	1.800	719.800
Mayores, 53-66	72	1200	65	300	105.900
Ancianos, 67	16	0	21	0	0
	482		432		900.700

OceanofPDF.com

Cualquier propietario de esclavos se dará cuenta en seguida de que mis cifras son moderadas, y así las he mantenido deliberadamente. Deseo presentar en este análisis el valor más bajo posible para mis esclavos y los costes de mantenimiento más altos posible, pues si en tales circunstancias aún producen un beneficio a las plantaciones, se habrá demostrado que la esclavitud es económicamente plausible. Por consiguiente, quisiera añadir unas cuantas observaciones a la tabla anterior:

Bebés. **Evidentemente, son de considerable valor, y es ridículo estimarlos en cero, pero los bebés mueren, quedan inválidos o se revelan inútiles de cualquier otra manera, por lo que es prudente inscribirlos en los libros de la plantación como carentes de valor.**

Niños. **Los niños sanos se están cotizando estos últimos años a precios mucho más altos que los indicados, especialmente los mayores. Si quisiera, podría vender en el Sur los niños Steed a precios considerablemente superiores a estos, pero los Steed no vendemos nuestros niños.**

Adultos. **Las cifras de las ventas realizadas en Patamoke han venido siendo superiores a éstas, como lo demuestran los precios de alquiler de los últimos años. Si un propietario de Alabama puede alquilar un peón adulto hasta por cuatrocientos dólares al año, y si el esclavo tiene cuarenta años y buena salud, su valor actual podría ser astronómico.**

Mayores. **Estas cifras tal vez sean altas. Yo no podría vender en el Sur nuestros esclavos mayores a tales precios, porque no durarían mucho en los campos de arroz y de caña de azúcar, mas para lo que podríamos llamar servicio doméstico en una ciudad como Baltimore, podrían alcanzar precios aún más elevados que los que indico.**

Ancianos. **Todo propietario de esclavos recordará a los negros de edad avanzada que desempeñaban perfectamente sus funciones con más de ochenta años. Nuestra plantación tiene un portero, que responde al nombre de Tiberio, que es uno de los adornos de la isla. Los invitados, al marcharse, le elogian invariablemente por su estilo cortesano, y cuando los visitantes regresan a sus casas, sus cartas incluyen generalmente alguna referencia a Tiberio. Si los esclavos han sido bien tratados durante su edad adulta, proporcionan años de**

valiosos servicios a los setenta años, pero en una subasta no obtendrían ninguna oferta, así que les adjudico un valor nulo.

Artesanos. **No incluyo en mi análisis ninguna clasificación para los mecánicos altamente especializados que tanto pueden contribuir al feliz funcionamiento de una plantación. Los Steed tenemos quizás unas dos docenas de hombres que producirían más de 3.500 dólares cada uno si fuesen ofrecidos en venta, y tres o cuatro que doblarían ese precio. Puede calificarse de perezoso al administrador de una plantación si no asegura el desarrollo constante de tales peones dentro de su fuerza de trabajo, pues adquirirlos en el mercado abierto resulta caro, cuando no imposible.**

Así, pues, el valor de los esclavos de los Steed rebasa los novecientos mil dólares, utilizando las cifras más moderadas, y cerca de un millón y cuarto con valoraciones altas. Pero, ¿qué significa realmente esta cifra? ¿Podría yo salir mañana y obtener novecientos mil dólares por la venta de mis esclavos? Ciertamente, no. Poner en subasta un número tan elevado en Patamoke destruiría todos los valores; lo que yo tengo realmente en mis esclavos no es un millón de dólares, sino la oportunidad de ganar con su trabajo un interés de aproximadamente un trece por ciento al año.

El arte de la guerra utiliza un concepto de valor que comprende esta situación, *la escuadra en esencia.* Una escuadra semejante no está realmente en la mar, y no se halla plenamente armada ni tripulada, y nadie conoce su condición exacta, pero el enemigo debe tenerla en cuenta en todos sus planes, porque los barcos existen y, en cualquier momento, podrían unirse en una escuadra real. Mientras permanecen dispersos no constituyen una escuadra, pero son una escuadra en esencia. Mis 914 esclavos son riqueza en esencia, y muchas veces se me ocurre que ellos me poseen a mí, más que yo a ellos, pues, como he indicado, no puedo venderlos. En realidad, es posible que la familia Steed nunca obtenga los novecientos mil dólares existentes en estos esclavos; todo lo que podemos hacer es hacerles trabajar bien y obtener un buen beneficio anual de su trabajo. El trece por ciento de novecientos mil dólares equivale a una renta anual de 117.000 dólares. He de confesar que raramente obtenemos tales ingresos, pero nos va bien.

Pasaba luego a citar sus gastos -aproximadamente, 122 dólares anuales por esclavo, pues los alimentaba y vestía mejor que el promedio de los plantadores-, las pérdidas ocasionadas por accidentes y muchos otros factores. Y demostraba al final que mediante una cuidadosa administración, que incluía prestar a sus esclavos por lo menos tanta atención como prestaba a sus cerdos, era posible utilizarlos más provechosamente que a la mano de obra contratada. Refutaba cada uno de los principales argumentos de Hinton Helper, y añadía como conclusión:

Concedo a Mr. Helper que si un plantador fuese perezoso, o indiferente, o cruel con sus esclavos, o no prestara atención a todos los pequeños e irritantes detalles que exige una buena administración, tal vez fuese mejor que alquilase sus peones, en lugar de poseerlos. Pero el verdadero caballero del Sur no sólo acepta la posibilidad de obtener un justo beneficio, sino también la obligación de crear en su plantación un armonioso estilo de vida en el que cada hombre y cada mujer tiene sus deberes que cumplir y sus recompensas que disfrutar. Le gusta tener cerca de él a sus esclavos, observar el crecimiento de sus familias y participar en sus esparcimientos. Se enorgullece del hecho de que ellos se enorgullecen de para quién trabajan; oye con frecuencia a sus esclavos presumir ante los negros de otras plantaciones: «Éste es el mejor lugar para trabajar.» Yo dirijo mi plantación hacia esa aprobación y obtengo al mismo tiempo buenos beneficios para todos.

Yo abriría sin reserva alguna las plantaciones Steed a la comparación con las fábricas del Norte. Mis esclavos viven al aire libre, comen bien, están calientes en invierno y son atendidos por mis médicos. Su suerte es en todos los aspectos superior a la de los llamados trabajadores libres del Norte, que se levantan antes del amanecer, trabajan en condiciones horribles y se acuestan, después de ponerse el sol, en un camastro miserable.

Los hombres desprovistos de prejuicios que comparen los dos sistemas deben llegar a la conclusión de que el nuestro es mejor.

Para mayo de 1860, los Estados Unidos se encontraban sumidos en una confusión tal, que las naciones europeas empezaban a especular sobre cuándo comenzaría una guerra y a cuál de los bandos debían

apoyar. Tanto Londres como París recibían ominosos informes de sus enviados. El embajador francés había escrito:

La elección presidencial de este otoño no puede escapar al caos. Hay hasta cinco partes contendientes, pues los demócratas se encuentran en lastimoso desorden y no podrán llegar a un acuerdo sobre un solo hombre. Se espera que presenten dos candidatos, uno en el Norte, otro en el Sur, y que, por consiguiente, pierdan la elección. Los liberales se han convertido en los unionistas constitucionales y no tienen ninguna posibilidad de ganar. Pero los republicanos están divididos también, y tal vez presenten, asimismo, dos candidatos, por lo que 1860 puede muy bien pasar a la Historia como el año en que nadie ganó.

Debido a una extraordinaria conjunción de razones contradictorias, la mayor parte de las naciones europeas se pusieron de lado del Sur y confiaban activamente en que ganase. Inglaterra veía en los Estados del Norte a los auténticos herederos de las primitivas colonias y desfogó sobre ellos las animosidades contenidas desde 1776 y 1812. Además, los industrialistas británicos dependían en alto grado del algodón del Sur e instaban a su Gobierno a que apoyase a esos Estados. Austria respaldaba al Sur porque estaba considerado patria de caballeros y de excelentes caballos. Y Francia se mostraba acusadamente prosudista, porque esta región estaba civilizada, y el Norte, no. Rusia y Alemania deseaban vagamente dar una lección a la advenediza nación.

Cuando Europa decidió que la guerra era inevitable, se hizo necesario realizar alguna estimación de las probabilidades de victoria que tenía el Sur, y a finales de mayo el Gobierno francés envió uno de sus barcos de guerra en una gira casual por siete puertos del Sur cuidadosamente elegidos para obtener una amplia muestra de la opinión. Recordando las amistosas relaciones que en otro tiempo había sostenido Francia con la familia Steed, cuyos hijos habían asistido a St. Omer, los funcionarios ordenaron que el pequeño buque finalizara su viaje en el puerto de Patamoke, donde se agasajaría e interrogaría a la burguesía local.

El barco era el *Ariel,* capturado en 1832 a la flota negrera y convertido en una corbeta de ocho cañones. Era ya un barco viejo, pero su maderamen era tan sólido y su quilla tan perfecta, que los hombres ambiciosos gustaban de servir en él, y sus capitanes, de ordinario

jóvenes, obtenían rápidos ascensos. Su actual comandante, el capitán De Villiers, no conocía la bahía de Chesapeake pero su tío abuelo había servido a las órdenes de De Grasse; el apellido se mantenía constante en las crónicas familiares.

Su llegada a Patamoke no fue anunciada. Paul Steed estaba empujando la silla de su esposa durante un paseo por el jardín septentrional cuando el *Ariel* pasó por el canal de Devon, y aunque ambos Steed habían estado antaño relacionados con el barco, no lo reconocieron. El ministro de Marina francés había levantado las amuradas para acomodar los cañones y sustituido su antiguo aparejo por el de bergantín.

Pero cuando el navío se aproximó a Acantilado de la Paz, el viejo George Paxmore, que lo había construido, lo observó con su catalejo, como hacía con todos los barcos grandes que remontaban la corriente, y gritó a su hijo:

–Bartley, creo que es el *Ariel.* ¡Mira lo que le han hecho!

Bartley se reunió con su padre en el porche mientras el elegante barco pasaba ante ellos; él no había nacido aún cuando fue botado en 1814, pero las conversaciones familiares le habían hecho conocer su historia, y pudo apreciar ahora el sólido diseño y la abundancia de madera y lona que había hecho memorable aquel barco.

Hasta que hubo atracado no produjo el *Ariel* su verdadero impacto, pues su nombre proclamaba su leyenda, y ciudadanos de todas partes de la ciudad acudieron a ver al legendario navío. Acudieron también una veintena de Turlock; su familia había poseído en otro tiempo el *Ariel.* Y jóvenes cuyos padres habían trabajado en su construcción se acercaban para estudiar sus líneas. Y, mientras miraban, un hombre muy viejo se fue abriendo paso hasta el borde del muelle.

Era Lafe Turlock, de setenta y siete años y retirado hacía tiempo de las expediciones de caza. Había vendido sus perros y dado sus botas a su nieto, pero cuando vio el *Ariel* le brillaron los ojos:

–Era el barco de mi primo. El mejor capitán que este río ha producido jamás. Asesinado por unos negros que no quiero nombrar.

La gente permaneció durante toda la larga tarde contemplando con admiración el bello barco y recordando sus aventuras. Vieron al joven capitán De Villiers bajar a tierra para presentar sus respetos y enviar

una lancha para transmitir sus saludos a los Steed. Buscó también a los Paxmore, pero los jóvenes que dirigían el astillero le advirtieron:

–Los Steed y los Paxmore no coinciden en reuniones sociales.

Y como ésta era precisamente la clase de sutileza que quería investigar, el capitán De Villiers dijo afablemente:

–¡Oh, me proponía invitar a su distinguido tío al barco, no a Devon!

–Le encantará ir -dijo el joven.

–Y ustedes. Y sus esposas.

Así se acordó. La primera noche, los oficiales del barco serían llevados a Devon para asistir a una cena de gala con los plantadores más destacados. La segunda noche, los Paxmore y sus amigos serían agasajados a bordo del barco que había construido el viejo George. Y la última noche los Steed y unos cuantos escogidos amigos de convicciones similares asistirían a una fiesta de despedida en el barco. Para entonces, el capitán De Villiers tendría una idea de cuáles eran las lealtades a lo largo del Choptank.

Todas las tardes se permitía la entrada en el barco del público en general, y una turba de Turlock se agolpó en la cubierta que antaño gobernara su primo Matt. Revivieron sus hazañas y escucharon con la boca abierta, mientras Lafe señalaba el lugar en que había caído el valeroso pelirrojo:

–Los negros eran tan estúpidos, que ni siquiera le quitaron el puño de plata.

Había una familia que no subió a bordo del barco. Cudjo Cater y sus hijos se quedaron en tierra, pues, como explicó Eden: «Seguro que no quieren vernos en ese barco.» Cudjo llevó a sus hijos a un punto de la costa desde donde podían ver los mástiles, y mientras permanecían allí les contó sus aventuras.

–¿Estuviste amarrado allí? – preguntaron.

–Encadenado y encerrado -respondió Cudjo.

–¿Y el techo sólo tenía esta altura?

–Menos. Baja más la mano.

–Nadie puede vivir en esa altura.

–Nosotros vivimos -dijo Cudjo.

–Y luego subisteis.

–A cubierta. Rutak abría la marcha. Nunca olvidaré su nombre. El hombre más valiente que he conocido jamás. Vosotros estáis aquí gracias a Rutak.

Los chicos veían a la gente de Patamoke afluir masivamente al barco, y dijeron con tono pensativo:

–Ojalá pudiéramos ir nosotros.

–De ninguna manera -replicó Cudjo.

Y llevó los chicos a Eden.

–No quiero que salgan de casa -dijo-. Si todo el mundo conserva la calma, no pasará nada.

La gala celebrada en Devon fue de aquellas de las que las familias hablaban durante años. Los oficiales franceses resplandecían en sus dorados uniformes y sus centelleantes espadas; Paul y Susan eran anfitriones atentos, conversando con los invitados en francés y traduciendo luego sus palabras para los invitados del Choptank. Susan se sentía tan exultante, que prescindió por completo de su silla de ruedas y caminó orgullosamente hasta la cabecera de la mesa, ayudada solamente por el brazo de su marido. El viejo Tiberio, de más de ochenta años ya, actuaba con una elegancia que pocos mayordomos franceses hubieran podido igualar, y se formularon extravagantes brindis por la grandeza de Francia.

–¿Maryland es del Sur? – preguntó el capitán De Villiers.

–Todas las personas de importancia.

–¿Y si…, bueno, si surgen disturbios?

–Todos los hombres de esta sala… Pregunte a mi hijo Mark. Él dirige ahora la plantación.

Mark Steed tenía cuarenta y tres años, tan elegante en su discreto estilo como el capitán en el suyo.

–Seguiremos los pasos de Carolina del Sur. Todos nosotros.

Cuando los demás asintieron, De Villiers señaló:

–Sí, pero ustedes son hombres importantes. ¿Qué hay de la plebe en general?

Paul Steed, con su tradicional capacidad para ignorar a la mayoría -aquellos obstinados metodistas que le habían advertido que permanecerían con la Unión-, prometió al capitán:

–En todo Patamoke, el 95 por ciento se apresuraría a luchar con el Sur…, por la libertad.

La conversación era agradable, y un manjar seguía a otro, llevados en bandejas de plata por esclavos de guante blanco. En un momento dado, el capitán De Villiers preguntó:

–Si tuviera que aconsejar a mi tío, en el Ministerio, ¿cómo podría explicarle la superior fuerza del Sur?

–La valentía de sus hombres -respondió Steed-. Está usted cenando con caballeros, capitán, y estos hombres cumplirán su palabra. Si van a la guerra contra el Norte, lo harán hasta la muerte.

El capitán levantó entonces su copa para el brindis final:

–¡Por los caballeros del Sur!

La cena con los Paxmore fue menos alegre. Una vez que el viejo George hubo explicado cómo había sido construido el barco, y hubo llevado a los oficiales a la bodega para mostrarles los expedientes a que había recurrido para evitar cortar la quilla, no quedaron ya más temas intrascendentes que tratar. El capitán De Villiers tenía la nítida impresión de que los cuáqueros, con los que era la primera vez que se entrevistaba, prestaban poca atención a los temas intrascendentes. De hecho, la velada fue arrastrándose tediosamente hasta que él carraspeó y dijo:

–Si las cosas se deterioran… Quiero decir, si estalla la guerra…

Rachel Starbuck Paxmore, recatada y bella mujer de poco más de cuarenta años, le interrumpió:

–Apoyaríamos al Norte, resueltamente.

–Pero, ¿la generalidad?

–Creo que se nos unirían más de la mitad. Los buenos metodistas aman a nuestra Unión.

–En Devon me han dicho otra cosa.

–En Devon predominan los sueños. No te dejes confundir por sueños.

–Pero los hombres de negocios, incluso los que no tienen esclavos, estaban de acuerdo.

–Por eso es por lo que sería tan terrible una guerra. Sueños luchando contra realidad.

–Si estallara la guerra, ¿podría el Norte obligar al Sur a permanecer en la Unión?

–Rogamos por que no se llegue a eso.

–Y todos nosotros también -respondió De Villiers.

Se sintió aliviado cuando finalizó la velada, pero cuando los resueltos Paxmore se dirigían a la pasarela y vio la austera firmeza con que caminaban, pensó que habría podido tener una buena conversación con aquellas personas si hubiera sabido dar con la clave adecuada: Pero, ¿qué puede uno hacer con hombres que no beben y mujeres que no coquetean?

Al llegar junto a la barandilla, preguntó:

–¿Volverán mañana?

–No -respondió Rachel-, pero ha sido muy amable por tu parte preguntarlo.

La tercera noche planteaba un difícil problema a los Steed. Una cosa era invitar a los oficiales franceses a una fiesta en Devon, y otra muy distinta ir hasta Patamoke y subir públicamente al barco que tan íntimamente relacionado con sus vidas había estado en otro tiempo. Allí había culminado la notoria aventura amorosa de Susan; desde la cubierta del *Ariel* había sido arrojado Paul al agua del puerto, en presencia de casi todo Patamoke.

Con la delicadeza que había presidido sus vidas desde el accidente ocurrido en la atalaya de la viuda, Paul se abstuvo de suscitar la cuestión de si sería correcto que asistiesen a la cena final, pero Susan no sentía esas cohibiciones.

–Paul, me encantaría ver ese barco de nuevo.

–¿Sería correcto?

–¡Paul! – apoyándole suavemente la mano en el brazo, se echó a reír-. Hemos sido muy correctos durante estos últimos treinta y siete años, y dudo que haya una persona en Patamoke… No -dijo, con tono desafiante-. ¡Me importa un bledo que alguien de Patamoke se acuerde de nosotros y del *Ariel*! Quiero ver ese barco.

Así, pues, a mediodía de la última jornada metieron en maletas sus mejores ropas y subieron a la balandra, y, a medida que la embarcación avanzaba hacia el río, Paul vio cómo iba aumentando la

animación de su mujer. Era como una colegiala escapándose, a. su primera cita.

¡Paul! Estoy segura de que no hay ningún inconveniente en que vayamos.

Es un barco que significó mucho para nosotros, y yo soy ya una mujer vieja y deseo establecer contacto con el pasado.

Era una persona exquisitamente armonizada, pensó Paul, animada, vivaz, una compañera deliciosa. Su navegación río arriba era un epitalamio, una reafirmación del constante amor que había caracterizado los últimos años de sus vidas, y cuando apareció ante ellos el *Ariel,* ambos podían considerar lo que había sucedido en él como un incidente, importante pero en manera alguna abrumador.

La cena de gala no comenzó bien. Cesó el viento, y los mosquitos atacaron ferozmente, pero el capitán De Villiers había ido preparado. Tan pronto como los plantadores invitados hubieron subido a bordo, mandó levar anclas y situar el *Ariel* en medio del río, donde el número de insectos era mucho menor.

Luego anunció:

–Buenas noticias, señoras. Nuestros químicos franceses han consumado un milagro Lo llaman *essence de citronelle.* A ustedes les encantará el aroma de sus naranjas y limones, pero a los mosquitos, no.

Y ordenó a sus hombres que rociasen el lugar en que habían de sentarse sus invitados, y la velada fue galante y agradable, la última de su especie que aquellos plantadores conocerían en muchos años. Las damas eran hermosas 5. se comportaban como si sus esclavos fueran a servirles siempre; los hombres hablaban bien de sus adversarios del Norte, y dijeron a De Villiers:

–Todos debemos rogar por que prevalezca el sentido común.

Y la luna llena brillaba en todo su esplendor sobre el Choptank.

Pero el hombre que más obtuvo de aquella noche no lo vieron ni los invitados ni los tripulantes. Permanecía en tierra, en la oscura sombra que proyectaba un árbol, observando el barco que tan bien había llegado a conocer. La primera vez que subió a él, cargado de cadenas, la pasarela había estado en aquel lado. Había pasado sus días de aprendizaje encadenado a la amurada de este lado. Su primer encierro

bajo cubierta debía de haber estado allí atrás. El segundo, donde había conspirado con Rutak, debajo de aquél.

Allí estaba la bodega desde la que había irrumpido violentamente con Luta… Al pensar en ella, siempre encadenada hasta que las cadenas fueron retiradas de su cadáver, no pudo pensar ya más. Sólo sus ojos continuaron el recuerdo. Por encima de aquella barandilla la había tirado al mar. Tuvo que sentarse. Su cabeza quedó tan baja, que ya no podía ver el barco.

Al cabo de largo rato miró hacia popa, hacia el timón que había aprendido a manejar y hacia la brújula cuyos secretos había desentrañado. ¡Qué tremendos habían sido aquellos días de navegación hacia el Norte! Se puso en pie, lleno de excitación, e imaginó que las velas estaban siendo desplegadas por orden suya: ¡Rutak! ¡Las cuerdas! Y las velas habían ascendido hasta las puntas de los mástiles, y él había gobernado aquel barco.

Paralizado por la belleza de su navío, permaneció entre las sombras, observándolo hasta que fue levada el ancla. Contempló cómo regresaba al muelle y fue diciendo el nombre de cada invitado que bajaba la pasarela. Luego, la noche quedó en silencio, sólo interrumpido por la campana que daba las medias horas. ¡Qué. bien la conocía! En las horas más oscuras, encadenado en el fondo del barco, había seguido las campanadas; su augusto ritmo había gobernado su vida.

Dieron las doce, y las dos, y las cuatro, y el barco yacía dormido en el muelle. Vio cómo el sol estival comenzaba a elevarse aguas arriba del Choptank, proyectando sus rayos cada vez más profundamente en el río. Un rumor de voces resbaló sobre la superficie del agua, y los habitantes de Patamoke no tardarían en congregarse a lo largo de la orilla para ver partir a su barco.

Llegó Lafe Turlock para recordar a su miríada de nietos que aquel barco había sido suyo en otro tiempo, y el ancla fue levantada por última vez, y el capitán De Villiers apareció sobre cubierta, y, lentamente, la hermosa corbeta se adentró en el río y se alejó. Pero el hombre que antaño poseyera realmente aquel barco, por derecho de captura, permaneció en las sombras, mirando, hasta que las puntas de sus mástiles se perdieron de vista.

El capitán De Villiers abandonaba Patamoke con las opiniones de todos los que se verían envueltos en la lucha que se avecinaba…, excepto las de los esclavos y los negros emancipados. Nunca se le había ocurrido pensar que también podría haber indagado las suyas.

Cuando desembarcaron los invitados a la cena, dos de ellos se quedaron a bordo. El capitán De Villiers insistió en que Paul y Susan Steed pasaran la noche en su camarote.

–Les dejaré en la isla Devon y luego pondré proa a Francia.

Así, pues, ambos entraron de nuevo en el camarote que había sido escenario de su escándalo.

–Ha pasado mucho tiempo -dijo Susan, cuando se cerró la puerta-, Pero nuestras vidas no se han desperdiciado.

Paul no pudo encontrar una respuesta adecuada, pero estaba tan agitado, que no deseaba acostarse aún.

–Me sentí muy orgulloso cuando dijiste que no necesitarías la silla esta noche.

–No quería venir a bordo de este barco… -su voz se extinguió en un murmullo.

–Pensaba que la conversación de estas dos noches… No es extraño que mis antepasados prefiriesen a Francia.

–Sólo eres antibritánico, Paul. Siempre lo has sido.

–Hay algo en la forma en que un francés lleva un uniforme…

Susan se dejó caer sobre la cama que antaño conociera tan bien y miró a la puerta del camarote. «El terror que este barco ha conocido.» Reflexionó sobre ello, y dijo:

–Se me acaba de ocurrir, Paul. No he visto a Cudjo ni a Eden en el muelle.

–Probablemente, ni siquiera sabían que estaba en el puerto.

–¿Crees que realmente lo capturó él? ¿Y mató…?

–Alguien lo hizo.

–¿Podría una pandilla de negros analfabetos…?

–Lo gobernaron, ¿no?

–Supongo que te has dado cuenta de que el capitán De Villiers nos estaba sondeando, ¿no?

–Su Gobierno quiere saber. Hace cien años, la intervención de Francia fue decisiva en la bahía de Chesapeake. Y puede volver a serlo.

Reflexionó sobre ello unos instantes, y añadió:

–Creo que los plantadores hemos dejado bien clara nuestra postura.

–Hablaba como si la guerra fuese inevitable.

–Yo creo que puede evitarse. Con sólo que pudiéramos imponer silencio a agitadores como los Paxmore.

–¿Qué le habrán dicho ésos? Como sabes, anoche los recibió a ellos solos.

–Por algo que dejó caer, me parece que le aburrieron mortalmente. No beben, ¿sabes?

Susan no podía dormir, y en las horas más oscuras de la noche se dirigió sola a la puerta, la entreabrió y miró hacia el lugar en que uno de los hombres dijo que había caído vencido el capitán Matt. Deseaba ardientemente salir y tocar el maderamen del suelo, pero estaba en camisa y estimó preferible no sobresaltar al vigilante de noche.

–¿Qué haces, Sue?

–Paul, tan pronto como nos dejen mañana en Devon, quiero que me ayudes en una cosa. Haz que Eden y los criados me suban al tejado. Quiero ver a este barco descender por la bahía.

–Es razonable -admitió Paul, y Susan volvió a la cama, y quedaron dormidos los dos.

Por la mañana mandaron a un grumete en busca de Eden; ésta podría ir a la isla con ellos. Eden subió orgullosamente al barco, observándolo todo para poder informar más tarde a su marido, y cuando el capitán francés se despidió de los Steed en Devon, ella se fijó en su comportamiento. Al advertirlo, él la ayudó galantemente a descender al muelle, pero un instante después la mujer había desaparecido. Su ama le había dado órdenes tajantes durante la travesía: «En cuanto toquemos tierra, quiero que des instrucciones a los criados para que me lleven al tejado.»

Y allí estaba cuando el *Ariel* pasó por el canal y salió a la bahía. No era el barco de antaño; ella no podía descifrar los cambios operados en el velamen, pero seguía siendo un navío que se aventuraba por los grandes océanos, y su lento paso por la bahía la excitaba como nada le había excitado en muchos años.

–¡Qué elegancia! – exclamó ella.

Pero cuando el barco desapareció tras un lejano promontorio, apareció un nuevo y poderoso buque que se dirigía al Norte, rumbo a Baltimore, y ella quedó petrificada ante su majestuosidad. Era uno de los clipers de cuatro palos utilizados en el comercio con China. Había sido construido en Nueva Bedford y llevaba doble velamen que cualquier barco construido jamás en Choptank.

–¡Mira! – exclamó con voz entrecortada, mientras el barco avanzaba resueltamente por la bahía.

Y cuando Eden quiso que abandonara el tejado, ella insistió en quedarse. – ¡Mira qué barco tan formidable, Eden!

Permanecieron una al lado de otra durante casi una hora, y, mientras miraban, decayó el viento, por lo cual los marineros izaron lo que las gentes del Choptank llamaban «las alas», aquellas hinchadas velas sujetas a los extremos de las vergas; cuando se añadían a todo el velamen ya desplegado, daban al barco el aspecto de estar adornado con encajes que flotaban en un viento imperceptible.

–Es hermoso -dijo Susan-. Y muy grande.

–Los construyen en el Norte -explicó Eden.

El cuatro palos desapareció también, y Susan dijo:

–Ya puedes llamar a los criados.

Y cuando, exhausta, quedó arropada en la amplia cama, Eden temió que nunca volviera a levantarse, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿Qué ocurre, Eden? – preguntó la frágil anciana.

Y como no hubiera contestación, dijo:

–Ver un barco así… Dos barcos así… Es suficiente para toda una vida.

Cuando Carolina del Sur demostró su voluntad de luchar contra el Norte bombardeando las posiciones federales de Fort Sumter, en Charleston Harbour, un estremecimiento recorrió las plantaciones de la Orilla Oriental, y los hombres responsables dieron por supuesto que Maryland se sumaría rápidamente a la rebelión en defensa de la libertad. Como dijo Paul Steed a los demás plantadores: «El gobernador es de una ciudad situada no lejos del Pequeño Choptank. Tiene los calzones bien puestos.» Y Patamoke esperó la declaración de guerra.

Ésta no se produjo. Los condados esclavistas comprendían que su destino estaba con el Sur, pero el grueso de Maryland estaba próximo a Pensilvania y había sido corrompido por el sentimiento nordista. Además, como la capital, Washington, se hallaba completamente rodeada por Virginia y Maryland, era imperativo para la causa nordista que por lo menos Maryland permaneciese en la Unión; se ejercieron presiones increíbles, especialmente por parte del nuevo presidente, Lincoln, y pareció como si el Estado fuera a escindirse.

No ocurrió así. Entre vacilaciones, que Paul Steed contemplaba con desaliento, Maryland se inclinó primero a un lado, luego al otro y, finalmente, se alineó en el bando nordista.

Es decir, la postura oficial apoyaba al Norte, y hasta un regimiento de la Orilla Oriental combatió vistiendo el uniforme azul, «para su eterna vergüenza», opinó Steed, pero los honrados plantadores y sus partidarios se alinearon con el Sur, al igual que la gente de las marismas. Pues, emocionalmente, Maryland era un Estado del Sur, siempre lo había sido; sus tradiciones, simpatías e intereses económicos estaban en el Sur.

Por tanto, cuando se formaron regimientos nordistas, los partidarios del Sur replicaron enviando clandestinamente voluntarios a Virginia, donde se alistaban con orgullo en los ejércitos del Sur, y fue en una misión de este tipo cuando el coronel Rupert Janney emprendió la marcha desde el Rappahannock para consultar con su primo lejano Paul Steed, aguas arriba de la bahía.

Zarpó furtivamente, en su propio barco de 110 toneladas, pues los cañones federales habían empezado ya a patrullar la bahía de Chesapeake, y se suponía que allí se librarían muchas de las batallas más importantes de la inminente guerra. Con el mapa desplegado sobre las rodillas, instruyó a su capitán sobre cómo encontrar el Choptank y remontar el canal que conducía al muelle de Devon. Tan pronto como fue tendida la pasarela, saltó a tierra, vestido de uniforme, y preguntó:

–¿Dónde está Steed?

El coronel Janney era un hombre atractivo, de unos cuarenta y cinco años, delgado, bien afeitado y de elegantes modales.

–En realidad, estoy en Caballería, Paul. Como mis antepasados. Ya sabes que me pusieron el nombre del príncipe Ruperto, antepasado

tuyo y mío. Él nunca titubeó, y estoy seguro de que tú tampoco lo harás.

Janney era un hombre vehemente, estimulado por las batallas que se avecinaban.

–Estoy sirviendo a las órdenes de un hombre llamado Jeb Stuart, el príncipe Ruperto de nuestros tiempos. Entiende de caballos, Paul. Y de táctica. Haremos pedacitos a los yanquis y nos largaremos antes de que sepan que estuvimos allí.

Era difícil lograr que el coronel Janney se atuviera a un tema; había leído el libro de cartas de Steed y su importante folleto sobre la economía del propietario de esclavos.597

–Me enorgullezco de ser tu primo. Ves las cosas con absoluta claridad. Imagínate un renegado como Helper afirmando que los esclavos constituyen una carga financiera, cuando tú y yo sabemos que nuestras plantaciones… ¿Es cierto que tienes casi mil esclavos? Increíble.

Paseó de un lado a otro del amplio comedor y, de pronto, preguntó:

–¿Qué vas a hacer ahora… esta casa y todo…, fallecida Susan?

–Mi hijo Mark…

–Él es a quien he venido a buscar.

–¿Quieres llevarte a Mark contigo?

Paul hizo la pregunta sin delatar la emoción que le causaba.

–£s la clase que buscamos. Si los caballeros no marchan delante, la chusma no irá.

–Estoy seguro de que Mark querrá ayudar a la causa de la libertad.

–Exactamente. Paul, lo que decías en tu libro… Es un libro condenadamente bueno, Paul. Las cosas claras y concretas. Tú y yo estamos luchando por la libertad humana. Todo está en la balanza…, la buena vida…, la administración decente… ¿Cuándo puedo ver a Mark?

–Estará en la oficina.

–No estaba cuando he desembarcado.

–Seguramente estaría revisando la fila de esclavos.

–Tenéis que vigilarlos.

Paseó por la sala y, luego, formuló su segunda pregunta importante:

–¿Cuántos efectivos crees que puedo llevarme conmigo?

–¿De esta región quieres decir?

–Exactamente. He oído decir que tenéis aquí varios fusileros extraordinarios. Los quiero a todos.

Hablaba con tal entusiasmo y tanta energía, que Paul se preguntó cómo podía haber dejado que su plantación permaneciera tan descuidada.

–Yo creo que la mayoría de los hombres de las marismas querrán unirse a ti. Son excelentes con los rifles, y les encantan las batallas.

–¿Me ayudarás a reclutarlos?

–Todo lo que sea necesario por la causa.

–Estupendo. Jeb Stuart va a necesitar caballos.

–Te daré cien. Mándame los papeles.

–Paul, mientras venía por la bahía, sabía…

Miró el torcido cuello de su primo.

–¿Qué ocurrió?

–Me caí de un tejado.

–¡Cristo! ¿Reparando tu propio tejado? ¿Para qué tienes esclavos?

Le miró el cuello y la acortada pierna.

–Es extraño que no te mataras.

–Se me quedó enganchada la pierna en el canalón.

–Lo apuntaremos como un milagro.

Cuando Mark regresó a la oficina, Janney le bombardeó con razones por las cuales debía alistarse en la Caballería del Sur, pero Mark le interrumpió:

–Ya me he alistado en Infantería.

–¿Qué? – exclamó su padre.

–Sí, he escrito a Beauregard, a Richmond. Quiero combatir con el grado de mayor, y me gustaría cruzar la bahía con usted, señor.

–Primero tenemos que reclutar tropas.

Y los tres caballeros se dirigieron a Patamoke, donde el coronel Janney arengó en el muelle a una excitada asamblea:

–La libertad de esta nación depende de vosotros. La decencia que hemos conocido está siendo desafiada por las fuerzas de la represión. Os invito a que os unáis a mí en nuestra cruzada para proteger los derechos de los hombres honrados.

Sesenta y siete hombres, la cuarta parte de ellos Turlock, se presentaron voluntarios, y, mientras estampaban sus signos en las hojas de alistamiento, Janney vio a Bartley Paxmore y a dos chicos Starbuck que estaban mirando.

–Son unos jóvenes magníficos -dijo a Paul-. ¿Por qué no se alistan?

–Son cuáqueros -explicó Steed.

–¡Hmmm! – resopló Janney-. No quieren luchar con nosotros, y tienen miedo de luchar contra nosotros. Una calamidad.

Cuando los alistados fueron conducidos a bordo y todo quedó preparado para el peligroso viaje hasta Richmond, el coronel Janney se situó ante el capitán del barco, saludó militarmente y exclamó:

–Adelante, río abajo. Trataremos de cruzar en la oscuridad.

Se acercó luego a la borda, elegante en su uniforme gris perla con una faja roja en torno a la cintura, y saludó a Paul, quien correspondió al saludo. A continuación caminó hasta la proa, donde permaneció erguido, flotando al viento sus negros cabellos, procurando aprender cada maniobra para el día en que, por alguna razón imprevista, tuviera que llevar un barco confederado por un tío. Resplandecía casi bajo el sol de la tarde, un eficiente y audaz oficial ansioso por volver a montar su caballo y avanzar sobre el Norte.

Como todos los hombres que se encontraban a bordo de aquel barco, estaba convencido de que se hallaba entregado a la sagrada misión de defender la libertad humana. De los 68 hombres que abandonaron el Choptank, contando a Mark Steed, sólo dos poseían esclavos, pero todos estaban convencidos de que sólo imponiendo permanentemente la esclavitud podría preservarse la libertad de la nación.

Desde el muelle, Paul gritó a su hijo:

–Cuídate, Mark. Te necesitaremos cuando todo esto haya acabado.

El 22 de setiembre de 1862, el presidente Lincoln proclamó una medida que había decidido algún tiempo antes: todos los esclavos residentes en los Estados que se encontraban en guerra contra la Unión serían libres el uno de enero de 1863.

–¡Gracias a Dios! – exclamó Paul Steed cuando supo la funesta noticia-. Ese idiota ha tenido, por lo menos, el sentido suficiente como para no tocar a los nuestros.

Tenía razón. Lincoln, que experimentaba una aversión personal hacia los negros y temía que nunca pudieran ser absorbidos en una sociedad blanca, quería verlos establecidos en algún lugar lejano. Se había abstenido prudentemente de liberar a los que vivían en Estados fronterizos importantes como Kentucky y Maryland, cuyos gobiernos apoyaban al Norte; sólo eran liberados los esclavos de Estados como Alabama y Louisiana. En su alivio, Paul escribió a su hijo, a la sazón en campaña a lo largo del Mississippi:

Con su intemperante acción corre el riesgo de enajenarse a las potencias europeas y lanzarlas a la guerra junto a nosotros, pues éstas verán la emancipación como una incitación á los esclavos a rebelarse. ¿Querrá Austria que la libertad negra en América encienda fuegos de resistencia en sus vastas posesiones? Te aseguro, Mark, que Lincoln ha cometido un terrible error, pero, gracias a Dios, no ha tocado a los esclavos de Devon. Tiene demasiado sentido como para hacerlo.

La proclamación, que carecía de fuerza obligatoria y no liberó a un solo esclavo, sí tuvo la virtud de hacer caer los precios de los esclavos en los Estados fronterizos. Los plantadores de Choptank se preguntaban: «Si tiene dificultad para liberar esclavos en las Carolinas, ¿por qué no en Maryland?» Y al cabo de un mes el valor de un esclavo adulto había bajado de 2.300 dólares hasta 900. Para finales de diciembre, era de 600. En ese breve espacio de tiempo los Steed perdieron el setenta por ciento de su riqueza negociable.

En junio, cayó el golpe que habían temido los plantadores de Maryland. Un destartalado barco de la Unión arribó a Patamoke, y un mayor de Connecticut, vestido con un sucio uniforme azul, empezó a reclutar esclavos para el Ejército del Norte. Cumplió el trámite de pedir permiso a los propietarios y de entregarles certificados que garantizaban un posterior reembolso de trescientos dólares por esclavo, pero pocos creían que tales promesas serían cumplidas.

Era irresistible la invitación a escapar de la esclavitud y luchar contra el Sur. Casi doscientos esclavos de Steed pidieron a Paul permiso para alistarse, y él se encontraba impotente para negarse. Pero sólo fueron aceptados los más fuertes, y cuando éstos subían al barco, incluso los que habían sido rechazados aplaudieron, pues aquella

fuerza expedicionaria estaba destinada a ganar la libertad para todos los negros.

Paul Steed, viendo con desaliento cómo se alejaban sus esclavos, encontró un cierto consuelo en comparar aquel sucio barco, aquel desaliñado mayor y aquellos reclutas negros con el programa de alistamiento confederado anteriormente realizado en aquel muelle: Ese mayor es una vergüenza. El coronel Janney no le permitiría acercarse a su caballo. En cuanto a los negros que querían ser soldados…, un solo Turlock podía dar buena cuenta de todos.

Al oír la conmoción, Cudjo Cater salió de su cabaña y, seguido de Eden y sus dos hijos, se presentó al oficial de reclutamiento:

–Yo sé tripular un barco.

–Eres demasiado viejo, abuelito -repuso el nordista.

–Sé manejar máquinas.

–Abuelito, echa un vistazo a la clase de muchachos que necesitamos.

Y, como Cudjo continuara importunándole, señaló a varios que habían sido rechazados y que tenían la mitad de su edad.

–Y ahora vuelve con tu amo.

–Yo soy libre.

Esto no significaba nada para el reclutador, pero entonces se fijó en los dos hijos de Cudjo.

–De ésos son de los que necesitamos. ¿Queréis luchar por la libertad? – preguntó a los muchachos.

Eden los empujó hacia delante.

–Son buenos luchadores -dijo.

Los dos muchachos Cater fueron aceptados, pero cuando finalizó el día, aún estaba Cudjo tratando de alistarse. Esto regocijó al reclutador, que llamó con un silbido al mayor.

–Este hombre dice que tiene que venir con nosotros.

El hombre de Connecticut se acercó a la zona de reclutamiento, examinó los dientes de Cudjo y exclamó:

–¡Diablos, este hombre debe de tener más de cincuenta años!

–Sé manejar máquinas.

–No necesitamos mecánicos, amigo. Necesitamos hombres que puedan caminar. Anda, vuélvete con tu amo.

Mientras el barco zarpaba, Cudjo miró a los animosos jóvenes que se alineaban en las barandillas y se preguntó cuántos de ellos serían capaces de caminar seiscientas millas con una cadena en torno al cuello… y tener todavía fuerzas para capturar su barco.

Habiéndose marchado los esclavos varones más fuertes, y quedando sólo los rechazados y las mujeres para trabajar en sus vastas plantaciones, Paul hizo un esfuerzo por mantener vivo el espíritu de Devon. Todas las noches dejaba que el viejo Tiberio, que frisaba ya en los noventa años, le hiciera pasar al comedor en que con tanta frecuencia había agasajado a sus invitados. Se sentaba solo a la cabecera de la mesa, erguido y firme, mientras dos ancianos sirvientes, enguantadas de blanco las manos, le servían la cena. Invariablemente miraba a la silla en que una vez se sentara Calhoun; se hallaba ahora apartada, protegida por un cordón de oro adornado con borlas.

Resultaba sardónico -pensaba Paul- que los tres hombres más grandes que había conocido -Clay, Webster, Calhoun- hubiesen aspirado cada uno de ellos a la presidencia y hubieran sido derrotados: «Siempre elegimos hombres de inferior calidad.» Pasó revista tristemente a la siniestra procesión de incompetentes que habían ocupado la Casa Blanca durante aquellos años de crisis: Van Buren, carente de entereza; el general Harrison, carente de talento; John Tyler, Dios nos libre; Polk, que dejaba que todo se le fuera de las manos; el general Taylor, desprovisto de toda capacidad de mando; el inefable Millard Fillmore; Franklin Pierce, que era ridículo; James Buchanan, que pudo haber evitado aquella guerra; y ahora Abraham Lincoln, traidor a todos los principios que en otro tiempo había profesado.

Recordaba con afecto la grandeza moral de Clay, la majestad de Daniel Webster, la superioridad intelectual de Calhoun, y meneaba la cabeza: ¿Por qué tenemos que rechazar siempre a los mejores?

Y entonces, cuando más abatidos estaban sus ánimos, los ejércitos del Sur obtuvieron una serie de victorias que culminaron en Chancellorsville, bahía abajo, y sus esperanzas renacieron. El general Lee, a fuerza de audacia y talento, estaba derrotando a ejércitos nordistas superiores en número, y Mark Steed escribió desde el campo de batalla:

Se ha confirmado nuestra creencia de que cualquier compañía de cincuenta hombres del Sur puede derrotar a cualquier contingente yanqui tres veces mayor, y hemos recibido un vital aliento para invadir el Norte y poner fin a esta guerra. Entonces conoceremos nuestras viejas libertades, y tú y yo reconstruiremos las plantaciones.

A finales de junio de aquel año creció la excitación en el Choptank, pues se corrió la noticia de que los ejércitos sudistas estaban empeñados en una gran marcha hacia el Norte, en un esfuerzo por formar una tenaza que envolviera a Filadelfia, Baltimore y el propio Washington. El final de la guerra parecía estar a un paso.

Paul subió a la atalaya de la viuda, donde su mujer había montado guardia en otro tiempo, y clavó la vista en el Norte, al otro lado de la bahía, hacia aquellos invisibles campos de batalla que se extendían más allá del horizonte, donde, como decía a sus amigos plantadores «se está forjando nuestro destino». Era torturante; estaban teniendo lugar acontecimientos de importancia suprema, pero él sólo podía oír los ecos, como si no se le permitiera a la Orilla Oriental desempeñar un papel trascendental.

En los primeros días de julio una inmensa quietud descendió sobre la bahía. Bullían enjambres de mosquitos, y varias esclavas pescaban cangrejos. Circulaban rumores de que se había entablado una violenta batalla en Gettysburg, a pocas millas al norte de la frontera de Maryland.

Y entonces llegaron los golpes: «Pickett condujo a sus hombres adonde ningún hombre podía llegar, y casi lo consiguen…» «Lee estuvo a punto de lograrlo, pero ahora se bate en retirada…» «Lee dice que podemos resistir, pero se ha perdido toda posibilidad de invadir el Norte…» «En el Shenandoah están ardiendo…» «El mayor Mark Steed murió como un héroe…»

Paul continuó frecuentando la atalaya de la viuda. Permanecía junto a la barandilla y contemplaba sus dominios, miles de acres que se extendían más allá de donde la vista podía abarcar. Pero la mayoría de los esclavos se habían ido; Susan se había ido; Mark no volvería; el ferrocarril no había sido aún construido.

Durante los primeros fríos días de noviembre de 1864 Lafe Turlock se sentaba en su cabaña junto a la marisma y oía conversar a los

gansos.

–Voy a cazar tantos gansos -prometió a sus biznietos- que vais a tener grasa por toda la cara.

Tenía ochenta y un años y era tan delgado como el tronco superior de una lobelia. Sus viejas pasiones habían desaparecido: no tenía perros; ya no salía por la noche para ver los incendios que consumían casas; pescaba poco y ya no se ocupaba de las ostras. Pero cuando los gansos volvían cada otoño, recobraba el ánimo y engrasaba sus rifles.

Con la mayoría de los buenos cazadores ausentes en los campos de Virginia, el número de gansos se había elevado desde los ochocientos mil normales hasta casi un millón, pero seguía siendo tan difícil como siempre atraer a una bandada concreta al lugar en que uno estaba escondido. Decía a los muchachos que se apiñaban a su alrededor en la estación de los gansos: «Los viejos enseñan a los jóvenes, y no cogeréis un ganso a menos que seáis más listos de lo que creo que sois.»

Lo que le habría gustado sería salir con sus hijos, pero la mayoría de ellos habían muerto, o con sus nietos, pero éstos estaban muriendo en Virginia. «¿Cuántos calculáis que hemos perdido?», preguntaba a los hombres en la tienda. «He contado diecinueve Turlock muertos. ¡Cristo Todopoderoso!, los gansos se están desatando.»

No estaba seguro de poder confiar en los chicos; apenas podían sostener los rifles. Pero podían ocupar puestos, y quizá tuvieran suerte. Los hacía salir antes del amanecer; en la temporada de los gansos, la escuela carecía de importancia. Y cuando parecía que los gansos podrían acercarse, les instruía severamente: «No podéis acertarle a un ganso a cien metros. Tenéis que hacerle bajar.» Soplaba su silbato con su antigua destreza, y los gansos se sentían tentados. Descendían, y, cuando estaban a distancia segura, gritaba a los chicos: «¡Ya!» Era un año malo, pero los Turlock comerían.

UNDÉCIMO VIAJE: 1886

Las peores tempestades que se abaten sobre la bahía de Chesapeake son los huracanes que se engendran en el Sudeste, sobre el océano Atlántico. Allí, giran y se retuercen, acumulando fuerza y levantando de las olas enormes cantidades de agua, que llevan hacia el Norte en turbulentas nubes.

Golpean primero el cabo Charles, en el extremo meridional de la Orilla Oriental, y luego explotan ferozmente sobre las aguas de la bahía, obligando a retirarse a los pescadores de cangrejos y de ostras. Sus vientos, que alcanzan con frecuencia los 150 kilómetros por hora, azotan las aguas de la bahía, levantando olas tan violentas, que cualquier embarcación pequeña corre grave riesgo de volcar.

A finales de agosto de 1886, uno de estos huracanes se formó justamente al sur de Norfolk, pero, en lugar de devastar la bahía, saltó hasta el Norte, depositando en el valle del Susquehanna, una increíble cantidad de lluvia. En menos de un día cayeron 482 milímetros en algunas partes de Pensilvania, y todo se inundó, incluso en el Estado de Nueva York. Las casas ribereñas de Harrisburg quedaron sumergidas; Sunbury se inundó; la pobre Wilkes-Barre vio cómo las oscuras aguas engullían sus malecones; e incluso Towanda, mucho más al Norte, quedó anegada por violentas avenidas de ríos que un día antes habían sido meros arroyuelos.

La gran avenida se formó a partir de un millar de estos riachuelos y, al encresparse rumbo al Sur, hacia Chesapeake, sepultó pequeños poblados y puso en peligro grandes ciudades. Devastadora embestida de iracundas aguas, avanzaba arrolladoramente, llenando todas las depresiones. Rebasó Harrisburg, y Columbia, y los pequeños poblados próximos a la frontera de Pensilvania. Finalmente, en el norte de Maryland, explotó con destructora furia sobre Chesapeake, elevando basta metro y metro y medio las aguas de esa considerable bahía.

La tormenta continuó durante tres días, produciendo extraños y arbitrarios resultados. Norfolk quedó completamente de lado: un simple aguacero. Crisfield no tuvo problemas: una llovizna sin importancia. La isla Devon y Patamoke apenas si se vieron afectados: su mayor problema fue que no tuvieron sol durante tres días. Pero la bahía propiamente dicha quedó casi destruida: estuvo a punto de ahogarse a consecuencia de los torrentes que se desplomaban desde el Norte. Se asfixiaba en su propia agua.

Para comprender lo que estaba ocurriendo, es preciso contemplar la bahía como algo cuidadosamente estructurado en tres dimensiones distintas. De Norte a Sur, las aguas de la bahía se hallaban meticulosamente graduadas conforma a su contenido de sal, y

cualquier alteración de esta salinidad estaba llena de peligro. En Havre de Grace, por donde el Susquehanna desembocaba en la bahía, debía de haber habido en otoño una proporción de sal de un tres por mil; no había nada. En los ostreros próximos a la isla Devon hubiera debido de haber un quince por mil para que pudiesen vivir los moluscos; la proporción era sólo de dos por mil. Y en los criaderos de cangrejos situados más al Sur, los crustáceos estaban acostumbrados a diecinueve partes de sal por mil de agua; tenían que arreglárselas con menos de seis. Todos los seres vivos de la bahía se hallaban en peligro, pues la gran avenida había alterado las bases de su existencia. Les estaba siendo negada la protección que dispensaba el agua salada, y si la situación no se aliviaba rápidamente, perecerían millones y millones de criaturas de la bahía.

Era esencial una pronta restauración de la tradicional relación Norte-Sur, pero la bahía estaba también dividida en una parte inferior y otra superior. La zona más baja contenía agua muy salada, profunda y fría, con frecuencia deficiente en oxígeno, que penetraba desde el océano Atlántico, llevando consigo numerosos componentes esenciales para la vida. Desplazándose a gran profundidad, tendía a moverse en dirección Norte, y su presencia era vital para la salud de la bahía. Arriba descansaba el agua más caliente, menos salada, menos pesada, bañada pot el sol y con un buen contenido de oxígeno. Tendía a moverse en dirección Sur, deslizándose sobre el agua fría. Llevaba consigo muchas de las formas menores de vida marina de las que se alimentaban los cangrejos y los peces, y depositaba las sustancias nutritivas que necesitaban las ostras abajo.

Pero estas dos vastas capas de agua no debían considerarse desprovistas de toda relación entre sí, como hojas de acero mutuamente excluyentes moviéndose en direcciones opuestas y cada una independiente de la otra. Corrientes convectivas, generadas por el sol, podían en un momento dado atraer hacia arriba la capa fría y obligar a descender la caliente. Un fuerte viento de superficie podía estimular este intercambio; la hélice de un gran barco podía aumentar las presiones normales que desde abajo y desde arriba actuaban constantemente sobre las dos cwpas, haciéndolas mezclarse.

Pero, en general, el agua del fondo era más fría, más salada y más lenta; el agua próxima a la superficie era más caliente, menos salada y con un mayor contenido de oxígeno. Había otra diferencia: el agua de la superficie se movía libremente, incluso caprichosamente, por toda la superficie de la bahía; pero el agua profunda se mantenía junto al invisible canal abierto unos cien mil años atrás por el prehistórico Susquehanna al arrastrar las aguas de la primera Era glacial. En el fondo de Chesapeake, recorriendo toda su longitud y adentrándose en el Atlántico, continuaba existiendo este primigenio álveo, a veinte metros más de profundidad que las aguas que le rodeaban, pero tan claramente definido como cuando por primera vez lo abrieron los rodantes peñascos.

Cualquier brusca dislocación de los niveles superior e inferior de la bahía tendría consecuencias desastrosas, pues a lo largo de muchos milenios la vida marina había aprendido a acomodarse a las condiciones existentes, y había muchas criaturas que vivían en la capa superior de agua caliente y ligera que no podrían sobrevivir si el agua fría y pesada del fondo las envolviese de pronto.

Había una última división, la existente entre la mitad occidental de la bahía y la oriental. La primera era alimentada por cinco ríos más importantes -Patuxent, Potomac, Rappahannock, York, James-, algunos de los cuales recibían ks aguas de amplias zonas tierra adentro que llegaban hasta los Montes Azules. La gran cantidad de agua dulce aportada por estos ríos hacía a la mitad occidental de la bahía mucho menos salina que la oriental, más fangosa, más llena de accidental vegetación no marina y, en general, más activa.

Los llamados ríos de la Orilla Oriental no merecían ese nombre. No eran ríos en el sentido habitual: no recibían aguas de grandes zonas situadas tierra adentro; no tenían gran longitud; no tenían desnivel pronunciado; no recibían aportaciones de agua dulce; se hallaban sujetos en casi toda su extensión al influjo de las mareas; y eran notablemente salados en la mayor parte de su longitud y salobres en el resto. Eran en realidad brazos de mar -*estuarios* era el nombre adecuado- que penetraban y se curvaban tierra adentro, creando bajíos y marismas.

Gamo depositaban sólo una fracción del agua producida por los ríos occidentales, la mitad oriental de la bahía tenía que ser más salada, más plácida, más dada a las marismas y mucho más productora de las pequeñas plantas de agua salada que mantenían la vida marina. Otro fenómeno natural contribuía también a la salinidad de la mitad oriental; el movimiento de rotación de la Tierra ejercía una fuerza constante que empujaba hacia el Este al agua más pesada, de tal modo que si un científico trazase las isohalinas -líneas que unen todos los puntos al Este y al Oeste que contienen idénticos porcentajes de agua salada-, éstas se inclinarían ostensiblemente de Sudeste a Nordeste. Esto significaba que una línea trazada al Oeste de la isla Devon, con su concentración salina del quince por mil, encontraría agua mucho menos salada en el centro de la bahía, y mucho menos aún en la costa occidental. De hecho, para encontrar en la orilla occidental agua dotada de una salinidad igual a la de Devon, habría que descender veinticinco millas al Sur.

Los hombres acostumbrados a interpretar las variaciones de Chesapeake tenían presente que existían en realidad tres secciones distintas: la parte ribereña occidental, moderadamente profunda; el canal central, muy profundo, sobre el que navegaban los vapores y que representaba el curso del prehistórico y ya sumergido Susquehanna; y los excitantes estuarios de la porción oriental, donde abundaban el plancton, el sábalo, los cangrejos y las ostras.

Un clérigo episcopaliano de Patamoke, con tiempo libre y una excelente educación en Princeton, llevó este análisis hasta su conclusión lógica:

Tenemos tres dimensiones: Norte-Sur, Oeste-Este, arriba-abajo. Si dividimos cada una de ellas en diez gradaciones, de 0 a 9, podemos construir un sistema de numeración que localizará con exactitud dónde nos encontramos en esta diversa masa de agua. El punto más septentrional, occidental y superficial sería 0-0-0. El punto más meridional, oriental y profundo, sería 9-9-9. Tenemos, pues, en realidad mil Chesapeake distintas. La isla Devon, que es para nosotros un centro de atención, estaría a menos de mitad de camino bahía abajo de Norte a Sur y se clasificaría como 4. No se halla totalmente en el borde extremo oriental, así que obtiene un 8. La barra donde viven las ostras

está en el fondo, lo cual le da un 9. Por consiguiente, la posición que nos interesa es 4-8-9.

¿Qué sucedió en 1886 en el número 4-8-9 de la bahía de Chesapeake? La magnitud de esta tempestad batió todas las marcas existentes, no por triviales porcentajes, sino por multiplicadores enormes. Por ejemplo, la mayor descarga de agua dulce sobrevenida hasta entonces en la desembocadura del Susquehanna había sido del orden de los 11.500 metros cúbicos por segundo, y eso representaba una crecida devastadora. Ahora, el vertido fue más de tres veces superior, la inaudita cantidad de 35.000. Esto produjo un volumen de agua no salada tan prodigioso que desplazó las isohalinas 115 kilómetros al Sudoeste, lo cual significaba que las aguas que rodeaban a la isla Devon habían quedado prácticamente libres de sal.

Cuando estalló la tormenta, existía en un pequeño banco de arena situado en el extremo occidental de la isla Devon -punto 4-8-9, según el cálculo del clérigo- una congregación de ostras que se habían afianzado firmemente en el sólido fondo. Allí se habían producido durante generaciones las ostras más grandes y sabrosas de la bahía; las huevas se desplazaban a un lado y otro a merced de las lentas corrientes hasta que se fijaban en el fondo para desarrollar las conchas en que crecerían durante los años de su existencia.

A lo largo de este banco de arena, bien conocido de los pescadores de Patamoke, pero mantenido en secreto por ellos, las ostras habían medrado durante todas las generaciones en que los pescadores habían explorado la bahía; por muchos kilos de grandes ostras que fueran pescadas en aquel lugar, otras las remplazaban. Aquél era el banco de arena de que dependían.

En sus primeros momentos, la avenida del Susquehanna no afectó a estas ostras. Cierto que descendió la salinidad del agua, pero a la profundidad en que vivían ese descenso no les puso en peligro durante aquellos primeros días. Otro aspecto de la avenida, en cambio, sí. El Susquehanna, al descender desde Nueva York, recogía una extraordinaria cantidad de fino cieno; por ejemplo, una casa situada junto a la orilla en Harrisburg podía permanecer inundada sólo durante siete horas, pero cuando sus dueños regresaban a ella, encontraban en los dormitorios del segundo piso 15 centímetros de

cieno. ¿Cómo podía haber llegado allí? Cada centímetro cúbico de agua marrón llevaba su carga de polvo casi invisible levantado de las granjas de Nueva York y Pensilvania, y era este polvo, suspendido en el agua, lo que quedaba atrás.

El cieno que caía en el dormitorio de un carnicero de Harrisburg podía ser barrido cuando se secaba; pero el que caía sobre un banco de ostras, no.

Descendía silenciosa, insidiosa y muy lentamente. En cuatro días cayó más cieno que en los sesenta años anteriores. Todo el Choptank, hasta Patamoke, presentaba un color achocolatado a consecuencia del turbulento fango, pero tan pronto como las aguas empezaron a calmarse, su carga de cieno quedó liberada y cayó persistente e ineludiblemente sobre las ostras.

Al principio no fue más que una finísima capa, como la que las hélices del transbordador hubieran podido depositar cualquier noche. Esa cantidad no ocasionaba ningún problema, e incluso podría llevar consigo plancton para alimentar a las ostras. Pero esta fina capa fue seguida por un perceptible espesor, y luego por más, hasta que las ostras empezaron a agitarse dentro de sus pesadas conchas. Naturalmente, las huevas habían perecido hacía tiempo. Toda una futura generación de ostras había sido asfixiada.

Y el fino cieno seguía descendiendo en una interminable lluvia de desolación. El fondo del Choptank se hallaba cubierto por el pardogrisáceo sedimento; los granos eran tan diminutos, que el fango resultante más parecía cemento, salvo que no se endurecía; simplemente, alisaba todo aquello sobre lo que caía, oprimiéndolo con dedos tan delicados que su peso no se notaba hasta que había ocupado todos los espacios con una sutil fuerza mucho más terrible que una torre de piedra.

Las ostras habrían podido resistir a una intrusión similar de arena; las partículas habrían sido entonces tan gruesas, que el agua continuaría circulando y seguiría obteniéndose plancton. La sumersión aun durante un mes era tolerable, pues con el tiempo la arena desaparecería sin mayores perjuicios para los moluscos. Pero el cieno aportado por la riada era distinto, y al décimo día, cuando las oscuras aguas llevaban su más densa carga de cieno, hasta las maduras ostras

de Devon empezaron a morir. No les llegaba agua nueva, no les llegaba plancton. Se hallaban sepultadas bajo una horrible cascada de fango, y no podían dirigirse a otro emplazamiento ni a un nivel distinto. Aprisionadas en sus valvas, tenían que confiar en que las mareas se llevasen el fango. Pero no fue así.

El duodécimo día, las aguas de Chesapeake alcanzaron su máxima fangosidad; el cieno procedente de la Pensilvania central estaba llegando ya, en un estallido final de destrucción, y cuando entró en las relativamente tranquilas aguas del Choptank se liberó del impulso de la corriente y fue descendiendo lentamente hacia el lecho del río. Éste fue el golpe final. Las ostras se hallaban ya sumergidas bajo cinco centímetros de fango; ocho más se añadieron ahora a éstos, y uno a uno los bancos infinitamente ricos de la isla Devon quedaron cubiertos por un fango impenetrable. Las ostras perecieron en sus conchas.

Con el tiempo, año y medio tal vez, las corrientes del Choptank eliminarían el fango, y volvería a quedar al descubierto el banco en que florecerían incalculables generaciones de ostras. Las conchas de las ostras muertas estarían allí, nudosas y ásperas, invitando a las huevas que buscasen una cornisa en que establecerse. Las huevas encontrarían un hogar; el nutritivo plancton sería impulsado hasta allí; los ostreros de la isla Devon volverían a existir, pero mientras tanto permanecerían destruidos en el cieno de la gran tormenta.

Otro habitante de Chesapeake se vio también intensamente afectado por la tempestad de 1886, pero se hallaba en mejores condiciones para enfrentarse al desastre, pues podía moverse y, tomando precauciones, acomodarse a las modificadas circunstancias.

Era *Jimmy,* el tradicional nombre dado en Chesapeake al cangrejo azul macho, aquel delicioso crustáceo del que en tan buena parte dependía la riqueza de la bahía.

Mientras la tormenta permanecía aún frente a Norfolk, haciendo acopio de agua y de velocidad, *Jimmy,* que reposaba en las herbosas aguas del borde de la marisma Turlock, percibió que estaba a punto de producirse un cambio radical en la atmósfera. Y probablemente llegaría en el peor momento para él. ¿Cómo podía conocer estos dos hechos? Era extraordinariamente sensible a los cambios de presión atmosférica o a cualquier otro factor que afectase a las aguas de la

bahía. Si se estaba gestando una tempestad de violencia insólita, él se daría cuenta por el brusco descenso de la presión barométrica y se dispondría a adoptar las medidas protectoras que le habían salvado en el pasado. Sabía también intuitivamente cuándo debía salir trabajosamente de su viejo caparazón, hecho de materia inerte que no podía aumentar de tamaño a medida que él crecía. Tenía que desprenderse de él y prepararse para la construcción de un nuevo caparazón, más adecuado a las aumentadas dimensiones de su cuerpo. El momento de esa muda estaba próximo.

Cuando estalló la tormenta y no cayó sobre el Choptank ninguna gran masa de agua, *Jimmy* no percibió señal alguna de que se avecinara una crisis, por lo que se dispuso a salir de su viejo caparazón, complicado proceso que requeriría hasta cuatro horas de penosos retorcimientos y contorsiones. Pero, antes de que pudiera comenzar la muda, advirtió un aterrador cambio en la bahía. El nivel del agua estaba ascendiendo. La salinidad estaba disminuyendo. Y al continuar esos dos fenómenos, y a un ritmo acelerado, comenzó a sentirse inquieto.

Durante cualquier muda, que podría tener lugar tres o cuatro veces al año a medida que aumentaba de tamaño, él prefería un sitio seguro, como la marisma Turlock; pero si ésta se veía inundada de agua dulce, podía resultar una trampa mortal, más que un refugio, por lo que empezó a nadar vigorosamente hacia el centro de la bahía.

Un cangrejo adulto como *Jimmy* podía nadar a una velocidad de casi una milla por hora, pero cuando salió de la isla Devon y fue alcanzado por la embestida de agua dulce, se vio obligado a nadar con frenética energía para protegerse. No perecería en la primer» afluencia de agua dulce, y podía acomodarse a sorprendentes variaciones de salinidad durante breves períodos, mas para existir en la forma en que había sido construido su cuerpo, necesitaba agua con un adecuado contenido de sal.

Pero el moverse en aguas más profundas significaba que perdería la protección de la marisma para su crítica muda. Tendría que realizar toda esta complicada maniobra en la bahía, donde se hallaría indefenso. Pero no tenía opción.

El cieno no planteaba ningún problema insuperable. Oscurecía su visión, desde luego, pero no se posaba sobre él ni le inmovilizaba en el fondo, como hacía con las ostras. Podía agitar sus numerosas patas y desembarazarse de él, por lo cual no se hallaba aún en peligro, pero notaba que debía continuar nadando hacia el océano, a fin de encontrar la salinidad necesaria para su supervivencia.

Estas cuestiones revestían poca importancia ante la que se le presentaba de forma inmediata. Nadando suavemente hasta el fondo de la bahía, encontró una zona arenosa, un lugar que nunca habría considerado adecuado para la muda en tiempos normales, y empezó allí sus contorsiones. En primer lugar, tenía que romper el cierre que se extendía a lo largo del borde de su actual caparazón, y lo hizo contrayendo y distendiendo su cuerpo, haciendo que penetrara agua a través de su sistema y acumulando una considerable presión hidráulica que obligó lentamente al caparazón a separarse, no espectacularmente, pero sí lo suficiente como para pasar a la parte difícil de la muda.

Comenzó entonces la lenta y casi angustiosa tarea de extraer sus mollares patas de sus envolturas protectoras y accionarlas de forma que emergiesen por la pequeña abertura. Mediante múltiples torsiones, desencajó la parte principal de su cuerpo, empujándola hacia la abertura, que se ensanchaba ahora bajo la presión de las patas. Carecía de esqueleto, naturalmente, por lo que podía contorsionar y comprimir su cuerpo en la forma que resultase más eficaz, pero continuó creando presiones hidráulicas a través de distintas partes de su cuerpo para que el caparazón se separase.

Tres horas y veinte minutos después de haber iniciado esta singular actividad, quedaba libre de su viejo caparazón y se movía a la deriva por las aguas profundas de la bahía, desprovisto por completo de protección. No tenía estructura ósea alguna en ninguna parte de su cuerpo, ni tegumento más grueso que el más fino papel de seda, ni posibilidad alguna de autodefensa, aparte una muy reducida capacidad de nadar. Cualquier pez que se lo encontrara en su camino podría engullirlo de una sola vez; si hubiera estado en aguas más superficiales, cualquier pájaro habría podido capturarlo. En aquellas fatales horas, todo lo que podía hacer era ocultarse.

Y, sin embargo, aun en su momento de mayor indefensión, estaba empezando a formarse su nueva armadura. Ochenta minutos después de la muda tendría un tegumento del espesor de un papel. A las tres horas tendría el comienzo de un sólido caparazón. Y al cabo de cinco horas volvería a ser un cangrejo protegido por un duro caparazón, y así continuaría hasta la próxima muda.

Pero, mientras esperaba su nueva vida en las profundidades de la bahía, los resultados de la tempestad continuaban haciéndose sentir, y ahora el agua estaba tan desprovista de sal que comprendió que debía desplazarse al Sur. Nadó resuelta y enérgicamente, manteniéndose próximo al borde oriental de la bahía, donde las nutritivas hierbas producían el mejor plancton, y al cabo de un día notó que el equilibrio del agua se acercaba más a la normalidad.

No tenía tiempo para recrearse en esta recién encontrada seguridad de agua adecuada y caparazón sólido, pues le estaban asaltando urgencias de carácter primordial, y olvidó sus propias preocupaciones para nadar entre las hierbas, buscando las hembras que habían sido pasadas por alto en anteriores períodos de apareamiento. Estas hembras, mientras se dirigían hacia el Sur para pasar el invierno cerca de la entrada de la bahía, donde las hembras fértiles se disponían tradicionalmente a poner sus huevos, enviaban frenéticas señales a todo macho que pasara por las proximidades, pues aquél era el período final en que podían ser fecundadas.

***Jimmy,* explorando las marismas, detectó esas señales y nadó con extraordinaria energía hacia los cañaverales, desde los que una agradecida hembra salió velozmente en su dirección. Tan pronto como vio que había logrado atraer a un macho, se volvió tiernamente pasiva y le dejó que la volviera con sus patas y la montara desde atrás, formando con sus numerosas patas una especie de cesto en que la acunaría durante los tres días siguientes.**

Era la época de su muda, y *Jimmy* le dio una protección que él no había tenido. Cubriéndola por completo, podía rechazar a cualquier pez que quisiera atacarla y alejar a cualquier pájaro. También podían ser evitadas las tortugas y las nutrias, que gustaban de alimentarse con cangrejos desprovistos de caparazón. Durante tres días la protegería,

sosteniéndola suavemente mientras efectuaba las difíciles contorsiones de la muda.

Cuando logró escapar de su viejo caparazón, dejó que *Jimmy* lo apartara a un lado con sus patas. Se encontraba ahora completamente indefensa, una criatura sin esqueleto ni ninguna estructura ósea, y en ese momento se hizo posible que los dos cangrejos, él con caparazón y ella no, se entregaran a la actividad sexual, acto que requería seis o siete horas.

Cuando finalizó, él continuó meciéndola suavemente durante dos días, hasta que se formó su nuevo caparazón. Sólo cuando la sintió segura bajo él, la soltó, y los dos cangrejos se separaron entonces, ella para nadar hasta el extremo meridional de la bahía para madurar allí sus huevos fertilizados; él, hacia las zonas septentrionales para pasar el invierno en las profundidades.

Pero en 1886 no sería todo tan sencillo, pues cuando el Susquehanna desbordó su cauce, inundando las tierras que se extendían a ambos lados del río durante varias millas, surgió un grave problema: las aguas de la riada invadieron letrinas, inundaron pozos sépticos y arrastraron montones de estiércol, arrojando a las rápidas aguas del río una increíble acumulación de inmundicias. En cada ciudad que el río inundaba en su carrera hacia el Sur, barría de extremo a extremo las alcantarillas hasta que al final, cuando vertía en Chesapeake, no era más que una gigantesca cloaca que transportaba venenos suficientes como para contaminar a toda la bahía.

El efecto resultó agravado por el hecho de que en las grandes ciudades el río recogía grandes cantidades de desperdicios industriales, especialmente los aceites recientemente desarrollados, que extendían el veneno por toda la superficie de la bahía. Rara vez se le había exigido a Chesapeake que absorbiera una tal concentración de agentes letales. Fracasó.

Desde la desembocadura del río hasta la boca de la bahía, la masa entera de agua quedó inficionada con una docena de nuevos venenos. Las afortunadas ostras que consiguieron escapar al cieno no escaparon a los gérmenes fatales, y aquel mes de octubre todos los que comían las escasas ostras que se pescaban, corrían peligro de muerte, y muchos murieron. Los peces quedaron contaminados, y con el tifus se extendió

allá donde eran comidos. Los cangrejos resultaron gravemente afectados, pues su delicada carne actuaba como un verdadero papel secante para absorber los gérmenes. En Nueva York y Baltimore murieron familias enteras que los habían comido.

La industria pesquera de Chesapeake quedó arruinada, y pasarían dos años antes de que afluyeran nuevamente a la bahía aguas limpias del Susquehanna, el Rappahannock y el James, volviéndola a hacer habitable para las ostras y los cangrejos.

***Jimmy,* buscando refugio en el fondo de la bahía, y su fecundada compañera, dirigiéndose al Sur para criar su prole, habían realizado su apareamiento en un remanso de agua fuertemente inficionada por los detritos de aquella inmensa letrina, y también ellos murieron.**

LOS BARQUEROS

La Edad de Oro de la Orilla Oriental tuvo lugar durante el lapso de las cuatro décadas transcurridas entre 1880 y 1920, cuando el resto de la nación permitió que los condados marismeños durmiesen tranquilos. Cierto que en aquellos años el mundo experimentó pánicos y guerras, revoluciones y disputadas elecciones, pero no ejercieron apenas impacto sobre los somnolientos estuarios y las apartadas caletas. Las ciudades importantes situadas en las cabeceras de los ríos se hallaban ahora comunicadas por carreteras, pero éstas eran estrechas y polvorientas, y las carretas tardaban días en recorrer distancias que una embarcación rápida podía cubrir en una hora. Cuando, al final de esta feliz Edad, llegaron las carreteras pavimentadas con conchas de ostra, solían tener sólo la anchura de un coche y no constituían un medio razonable de comunicación, sino una vigorosa invitación al suicidio.

Había, desde luego, excitación, pero rara vez procedía del mundo exterior. Un sirviente negro fue acusado de asaltar a una mujer blanca, y un grupo de linchamiento compuesto principalmente por Turlocks y Cavenys irrumpió en la cárcel para colgar de la rama de un roble al acusado pero el juez Hathaway Steed no estaba dispuesto a tolerar semejante baldón en su jurisdicción; armado sólo con una pistola, se enfrentó a la chusma y la ordenó dispersarse. El aterrorizado negro fue entonces transportado a un condado vecino, donde fue adecuadamente ahorcado.

La liga de béisbol de la Orilla Oriental, compuesta por seis rivales naturales, entre los que se hallaban Easton, Crisfield, Chestertown y Patamoke, alcanzó gran auge y se hizo famosa por haber producido a Home Run Baker, que logró en un solo año el nunca conocido total de doce *borne runs.* Un lujoso transbordador salía de Baltimore todos los sábados y domingos a las siete y media de la mañana para transportar excursionistas hasta un embarcadero de Claiborne, donde la multitud abandonaba el barco y abarrotaba los vagones del Ferrocarril Baltimore, Chesapeake, Atlántico, para un viaje de dos horas a través de la península hasta Ocean City, a orillas del Atlántico. A las cuatro y media de la tarde volvían a llenarse los vagones y el tren regresaba lentamente a Claiborne, los pasajeros subían de nuevo al transbordador y llegaban finalmente a Baltimore a las diez y media de la noche…, todo por un dólar y cincuenta centavos.

Uno de los sucesos que más excitación causaron se produjo en 1887, cuando un barco mandado por el capitán Thomas Lightfoot, buscalíos empedernido, arribó a Patamoke con su cargamento de hielo serrado de los lagos de agua dulce de Labrador. Cuando hubo sido retirado el polvo de hielo y almacenados los verde-azulados bloques en las neveras de los muelles, el capitán Lightfoot presentó un objeto que había de causar tantos y tan interminables problemas como la manzana de oro que París necesitó para premiar a la diosa más bella.

–Tengo algo especial para ustedes -anunció Lightfoot, mientras ordenaba a uno de sus cargadores negros que bajase a recoger el objeto-. Antes de mostrárselo deseo informarles de que está en venta, a diez dólares al contado.

Un momento después apareció en cubierta el cargador, llevando de una correa uno de los perros más bellos vistos jamás en Maryland. Era de color negro azabache, de cuartos delanteros vigorosos, patas traseras esbeltas y fuertes y una cara tan inteligente, que parecía como si fuera a empezar a hablar en cualquier momento. Sus movimientos eran rápidos, sus oscuros ojos seguían con atención cuanto ocurría a su alrededor, y, sin embargo, su talante parecía tan plácido, que siempre daba la impresión de ir a sonreír.

–Se llama un labrador -explicó Lightfoot-. El mejor perro de caza jamás desarrollado.

–¿Qué? – exclamó Jake Turlock.

–El mejor perro de caza conocido.

–No puede compararse con un tomador de Chesapeake -dijo Turlock, refiriéndose al bronco perro rojo utilizado en la bahía.

–Este perro -dijo Lightfoot- cogerá a su chesapeake y le enseñará el ABC de la caza.

–Ese perro no vale un pimiento -replicó Turlock-. Demasiado rechoncho por delante.

Pero había algo en aquel nuevo animal que cautivó a Tim Caveny, cuyo rojo chesapeake acababa de morir sin hacer realidad la promesa que parecía anunciar de cachorro… «Excelente en el agua y persistente en la detección de pájaros abatidos, pero no demasiado inteligente. Completamente estúpido si quieres que te diga mi opinión.» Este nuevo perro exhibía una visible inteligencia, que tenía todo el aire de desarrollarse más aún, y Caveny anunció:

–Me gustaría verlo.

El capitán Lightfoot, sospechando que había encontrado en Caveny un cliente seguro, soltó al labrador, y, con una comprensión casi psíquica de que su futuro estaba con aquel irlandés, el perro corrió hacia Caveny, se apoyó contra su pierna y le frotó la mano con el hocico.

Era un presagio. El corazón de Tim estaba ganado y dijo:

–Me lo quedo.

–Mr. Caveny, acaba usted de comprar el mejor labrador que jamás haya existido.

Con ampulosos ademanes, entregó el animal a su nuevo dueño, y el perro, percibiendo que había encontrado un amo permanente, permaneció junto a Tim, le lamió la mano, se frotó contra sus piernas y levantó hacia él sus oscuros ojos desbordantes de afecto.

Tim pagó los diez dólares y, luego, se agachó y dio unas palmaditas a su nuevo compañero de caza.

–Vamos, *Lucifer* -dijo.

–Vaya un nombre para un perro -gruñó Turlock.

–Es negro, ¿no?

–Si es negro, llámale *Carbón.*

–Es negro del Antiguo Testamento -replicó Tim. Y, para sorpresa del capitán Lightfoot, recitó-: «¡Cómo has caído de los cielos, oh, *Lucifer,* hijo de la mañana!»

Volviendo la espalda a los demás, se inclinó sobre el perro, le rascó la cabeza y dijo en voz baja:

–Te levantarás por la mañana, *Lucifer,* temprano, temprano.

Lightfoot sorprendió entonces a la multitud sacando otros tres perros de aquella nueva raza, un macho y dos hembras, que vendió también a los cazadores de Patamoke, asegurando a cada comprador:

–Huelen los patos, y no se sabe de ninguno que haya perdido ninguna pieza tocada.

–A mí me parecen puro estiércol -dijo Turlock.

–¿Qué? – preguntó Caveny.

–Digo -repitió Turlock- que tu perro negro me parece una mierda.

Lentamente, Tim entregó la correa a uno de los hombres que estaban junto a él. Luego, de un fortísimo puñetazo, derribó a Turlock sobre las húmedas y salobres tablas del muelle. El hombre se tambaleó al tratar de ponerse de nuevo en pie, y mientras pugnaba aún por recuperar el equilibrio, Caveny vio la oportunidad de asestarle en la mandíbula otro puñetazo que estuvo a punto de tirarle al agua. Nunca partidario de permitir rehacerse a un enemigo caído, Caveny dio un salto y asestó una patada a Turlock en el sobaco izquierdo, levantándole en el aire, pero esto fue un error, porque, al caer, la mano de Turlock fue a dar sobre un montón de maderos apilados para su carga en el barco del capitán Lightfoot, y, después de tantear rápidamente tres o cuatro de ellos, encontró uno de su agrado y arreó con él un garrotazo tal en la cabeza del irlandés, que el nuevo dueño del labrador retrocedió tambaleándose, trató de controlar sus desorganizados pies y cayó al Choptank.

Así fue como empezó la enemistad entre Tim Caveny, dueño de un labrador negro, y Jake Turlock, dueño de un chesapeake rojo.

La primera prueba a que se vieron sometidos los dos perros tuvo lugar en el otoño de 1888, en la caza de palomas organizada en la granja del viejo Lyman Steed, que había pasado su larga vida dirigiendo una de las plantaciones del Refugio y se había retirado ahora a una franja de tierra cercana a Patamoke.

Diecinueve de los mejores cazadores de la zona se reunían a intervalos regulares durante la temporada de la paloma para disparar contra aquellas interesantes aves de caza menor: caballeros como Lyman Steed, comerciantes de la clase media y rudos ribereños como Jake Turlock y Tim Caveny. Pues la caza de la paloma era una de las formas de deporte más republicanas inventadas hasta el momento. Allí, la valía de un hombre se determinaba con arreglo a dos criterios: la forma en que disparaba su escopeta y cómo dirigía a su perro.

A cada cazador se le permitía llevar un solo perro, y el animal tenía que estar bien adiestrado, porque los pájaros llegaban volando a baja altura, describiendo giros y quiebros en increíble confusión, y, en las afortunadas ocasiones en que resultaban tocados, caían maliciosamente en lugares imprevisibles. Si había un pantano cerca, como en la granja de Steed, allí caerían las palomas. Si había zarzas, las agonizantes palomas parecían buscarlas, y la única forma práctica de que disponía el cazador para cobrar su paloma, si alcanzaba a una, era tener un perro adiestrado en saltar hacia delante cuando veía caer del cielo una paloma y encontrarla, cualquiera que fuese el lugar de su caída. El perro debía también levantar el ave caída entre sus dientes, llevarla sin herirla contra las espinas y depositarla a los pies de su amo. Una cacería de palomas era más una prueba para el perro que para el amo.

Jake Turlock tenía un animal bien adiestrado, un gran chesapeake de pelo rojo, especialmente enseñado a abrirse paso por las heladas aguas de la bahía en otoño y en invierno. Estos perros tenían la singularidad de desarrollar una doble capa de pelo y de producir una cantidad adicional de grasa para lubricarlo. Podían nadar durante todo el día, les encantaba zambullirse en el agua en busca de un ganso caído y eran particularmente hábiles en abrirse paso a través del hielo. Como la mayoría de los ejemplares de su raza, el chesapeake de Jake tenía un genio endiablado y solamente se dejaba dirigir por su amo. Todos los demás cazadores eran sus enemigos, y despreciaba a sus perros, pero se mostraba obediente al seco grito de Jake: «¡Eh tú, busca!»

Su nombre era *Eh-Tú.* Jake había empezado a llamarle así cuando llegó por primera vez a la choza de los Turlock y no era aún más que un travieso y saltarín cachorro, sin señales visibles de que se le pudiera

adiestrar convenientemente. De hecho, Jake le había prestado tan poca atención que no se ocupó de ponerle nombre. «¡Eh tú! ¡Coge la paloma!» El cachorro parecía mirarle con guasa, esperaba, reflexionaba si quería obedecer o no, y luego echaba a correr de un salto cuando Jake le daba una patada.

Así, pues, durante su inútil juventud fue simplemente ¡*Eh-Tú,* al agua por el ganso! Pero a la edad de tres años, tras muchos golpes y patadas, se convirtió de pronto en un maravilloso perro de caza, un algarero como su amo, un animal turbulento y sin civilizar que parecía hecho para Chesapeake. *«¡Eh-Tú!* Baja a coger la paloma.» Por eso, cuando el pelirrojo perro entró contoneándose en el terreno de caza aquel día de octubre, estaba considerado como uno de los mejor adiestrados de toda la región de Patamoke.

***Lucifer,* el labrador de Tim Caveny, era una incógnita, pues nunca había participado en una caza de palomas; además, había sido adiestrado de forma completamente distinta que *Eh-Tú.* «Mis hijos fueron criados con amor -decía el irlandés-, y mi perro es adiestrado de la misma manera.» Desde el momento en que descendió del barco del capitán Lightfoot, *Lucifer* no había conocido más que amor.**

Su reluciente pelaje se mantenía alimentado por una diaria provisión de grasa de la mesa de Caveny, y llevaba las uñas cortadas. En correspondencia, él daba todo su afecto a la familia Caveny. «Yo creo que ese perro daría su vida por mí», decía Mrs. Caveny a sus vecinas, pues cuando le daba de comer, siempre le miraba con sus grandes ojos negros y se frotaba contra su mano. Un día, un buhonero se presentó inesperadamente en la puerta de la casa. A *Lucifer* se le erizó el pelo, y se inclinó hacia delante, tensamente, esperando una señal. Sobresaltada al ver al hombre, Mrs. Caveny emitió una breve y entrecortada exclamación, e inmediatamente *Lucifer* se lanzó como un rayo hacia la garganta del hombre.

–¡Quieto, *Luciferl* -gritó ella, y el perro se detuvo casi en el aire.

Pero si podía o no adiestrarse en cobrar palomas, era cuestión muy distinta. Jake Turlock pregonaba por todas partes: «El estúpido irlandés ha echado a perder a su perro, aunque tampoco era nada bueno.» Otros cazadores que habían adiestrado a sus animales

conforme a la tradición de Turlock asentían, añadiendo: «No va a sacar gran cosa de ese como se llame… *Labrador.»*

Pero Caveny persistía, hablando a *Lucifer* con dulces expresiones irlandesas, tratando de convencer al estúpido animal de que se esperaba de él un gran éxito en la caza de palomas. *«Luke,* tú y yo vamos a cobrar más palomas de las que esta ciudad ha visto jamás. *Luke,* cuando yo diga "¡Busca la paloma!" tienes que ir derecho al lugar en que te parezca que ha caído. Luego, echas a correr en círculos cada vez más amplios.» No era posible saber si el perro lo haría así o no, pero Tim había intentado al máximo situar al animal en un estado de ánimo tendente al éxito. Ahora, mientras lo llevaba hacia la granja de Steed, rogaba por que sus lecciones hubieran ido bien dirigidas, pero cuando dobló el último recodo y vio a los otros dieciocho hombres con sus chesapeakes esperándole, ansiosos por ver lo que había conseguido con aquel extraño animal, su corazón empezó a latir violentamente, y sintió un vahído.

Tirando suavemente de la cuerda atada al collar del perro, le hizo retroceder, se arrodilló junto a él y susurró, con su melodioso acento irlandés:

–*Lucifer,* esto es una prueba para ti y para mí. Todos nos están mirando.

Acarició el reluciente cuello del perro y dijo:

–Siempre pegado a mí, amigo. No te muevas hasta que dispare. Y cuando lo haga, *Luke,* ¡por amor de Dios misericordioso!, encuentra esa paloma. Sin apretarla, *Luke,* sin apretarla, y déjala junto a mis pies, como hacías con las muñecas de trapo.

Como si entendiese lo que su amo estaba diciendo, *Luke* se volvió y miró a Tim con impaciencia, cual si dijese: «Sé mi oficio. Soy un labrador.»

El campo contenía unos veinte acres y había sido segado recientemente, por lo que constituía una extensión amplia, Usa y completamente despejada, pero se hallaba rodeado por una marisma a un lado, por un dilatado zarzal al otro y por un bosquecillo de lobelias sobre una extensión de espesa maleza, a un tercero. Las palomas llegaban volando sobre las lobelias, descendían, oían los disparos y viraban hacia las zarzas. El emplazamiento de los tiradores era un arte

reservado al juez Hathaway Steed, que cazaba vestido con un costoso traje de Harris, importado de Londres.

El juez había sido cazador toda su vida y había criado chesapeakes, que luego vendía a sus amigos. Había adquirido una intuición referente a las palomas mucho mejor que la que tenía sobre la ley, y ahora se proponía distribuir estratégicamente a sus dieciocho subordinados, a unos sesenta metros unos de otros y siguiendo una línea que cubriría bastante bien el perímetro del campo. Hacia el final de su asignación de puestos, llegó a Tim Caveny.

–Tú, el del perro como se llame.

–Labrador -explicó Caveny, levantando respetuosamente su sombrero, como había hecho su padre en su país natal cuando hablaba el terrateniente.

–Como no podemos estar seguros de que un perro así sepa cazar…

–Sabe cazar.

El juez hizo caso omiso de sus palabras.

–Ponte en aquel rincón -dijo, y Tim sintió deseos de quejarse de que las palomas rara vez iban a aquel rincón, pero, como estaba a prueba, mantuvo la boca cerrada, aunque se sintió consternado al ver que Jake Turlock recibía uno de los mejores puestos.

Y entonces todos dejaron de hablar, pues por la carretera que bordeaba el campo se acercaba un carruaje conducido por un negro. Sentado a su lado iba un caballero muy viejo con una escopeta sobre las rodillas. Se trataba de Lyman Steed, propietario del campo. Tenía ochenta y siete años y un aspecto tan frágil que quien no le conociese se habría preguntado cómo podía levantar una escopeta, cuanto más dispararla. Detrás de él, ojos y oídos atentos, iba un gran chesapeake rojo.

El carruaje se detuvo cerca de donde Hathaway Steed estaba adjudicando los puestos, y el cochero negro descendió, desplegó una silla de lona y colocó sobre ella al anciano.

–¿Dónde nos sentamos hoy? – preguntó Steed, con voz aguda y temblorosa.

–Llévale junto a aquel árbol -dijo Hathaway.

Y el negro transportó la silla y su contenido hasta el lugar indicado. Una vez allí, restregó el suelo con el pie, formando una superficie lisa, y

depositó sobre ella al propietario de la granja y uno de los mejores tiradores de la reunión.

–¡Estamos listos! – exclamó el negro.

Y el juez dio sus últimas instrucciones:

–Si veis una paloma que los hombres que tenéis cerca no han visto, gritad: «¡Pieza!» Mantened los perros bajo control. Y si las palomas vuelan bajo, prohibido terminantemente disparar en dirección al hombre de la derecha o de la izquierda.

Los hombres ocuparon sus puestos. Era la una y media de la tarde. El sol, en lo alto, era cálido; zumbaban los insectos. Los perros estaban inquietos, pero todos se mantenían junto a sus amos, y los hombres se preguntaban si aparecería alguna paloma, porque había días en que no se dejaba ver ninguna.

Esta vez no fue así. Procedentes de los bosques, surgieron seis palomas zigzagueando en vuelo bajo, ora en esta dirección, ora en la contraria. Jake Turlock, cogido por sorpresa, disparó y falló.

–¡Pieza! – gritó con todas sus fuerzas.

Tim Caveny disparó y falló.

–¡Pieza! – rugió.

En rápidas evoluciones, las palomas viraban, calaban y quebraban el vuelo, y otros tres cazadores dispararon infructuosamente contra ellas, pero cuando las aves se disponían a abandonar el campo, allí estaba el viejo Lyman Steed esperando con su escopeta. Con un espléndido disparo, dio en el blanco, y su gran chesapeake saltó antes de que la paloma tocara el suelo y la cobró antes de que pudiera siquiera aletear. Llevándola orgullosamente en la boca, sin tocar su carne con los dientes, regresó al trote, con la cabeza alta, hasta donde se encontraba su amo, y depositó el ave a los pies del anciano.

–Así es cómo se hace -murmuró Tim Caveny a su labrador.

Hubo una larga espera, y los cazadores empezaron a preguntarse si verían más palomas, pero Hathaway Steed, recorriendo los puestos, aseguraba a cada hombre:

–Vamos a ver bandadas.

Tenía razón. Empezaron a llegar sobre las dos y media.

–¡Pieza! – gritó un cazador cuando pasaron sobre él antes de que pudiera disparar.

Jake Turlock estaba esperando y derribó una. *Eh-Tú* saltó a campo abierto, se lanzó sobre el caído pájaro y lo llevó orgullosamente. Jake miró a Tim, pero el irlandés mantenía los ojos fijos en el cielo. Susurró a *Lucifer:*

–Cualquier perro puede cobrar pieza en un campo abierto. Espera a que caiga una entre las zarzas.

En la siguiente pasada, Tim no tuvo oportunidad de disparar, pero Turlock sí, y esta vez alcanzó a una paloma que había llegado sobre el campo y se había vuelto al oír los disparos. Esta paloma cayó sobre las zarzas.

–¡Coge la paloma! – ordenó Jake a su chesapeake, pero los matorrales er*n demasiado espesos. Aquel pájaro se perdió.

Pero una nueva paloma se puso ahora a tiro de Tim, y cuando disparó, también ésta cayó entre las zarzas.

–¡Busca la paloma! – dijo sosegadamente Tim, anhelando con todo su corazón que realizase una buena toma.

***Lucifer* se lanzó directamente en busca del pájaro caído, pero no pudo penetrar la espinosa espesura. A diferencia del chesapeake de Turlock, no desistió, pues oía a su amo decirle suavemente: «¡Rodea, *Luke*! ¡Rodea!» Y corrió en amplios círculos hasta que encontró una entrada a las zarzas. Pero de nuevo se vio detenido, y de nuevo exclamó: «¡Rodea, *Luke*!» Y esta vez halló una brecha que le permitía vagar libremente, pero con tanto desplazamiento había perdido la orientación hacia el pájaro caído. Sin embargo, oía la voz de su amo implorando: «¡Rodea, *Luke*!», y comprendió que eso significaba que aún tenía una oportunidad.**

Así, pues, en lo más profundo del zarzal, pero fuera del alcance de las espinas, corrió y gateó y se arrastró, y, finalmente, encontró el pájaro de Caveny. Emitió un tranquilo *yup,* y cuando Tim lo oyó, se le ensanchó el corazón. *Lucifer* había superado su primera gran prueba, pero mientras salía del zarzal, el perro olió otro pájaro caído, el de Turlock, y lo cogió también.

Cuando depositó las dos palomas a los pies de Tim, el irlandés sintió deseos de arrodillarse y besar su áspera cabeza negra, pero sabía que todos los cazadores de su zona le estaban mirando, así que dio unas palmaditas al perro y se preparó para su momento de triunfo.

Era costumbre en la caza de la paloma que si un cazador abatía una pieza que su perro no podía cobrar y la encontraba el perro de otro hombre, el segundo cazador estaba obligado a entregar la paloma al hombre que la había abatido. Era una hermosa tradición, pues permitía al segundo hombre llevar ostensiblemente la paloma a su legítimo propietario, mientras todos los demás cazadores observaban su acto de deportividad. Implícito en el gesto, iba el desafío: «Mi perro puede tomar, y el tuyo, no.»

Orgullosamente, Tim Caveny recorrió los ciento y pico de metros que le separaban de donde estaba Jake Turlock. *Lucifer* empezó a seguirle, pero Tim le ordenó secamente:

–¡Quieto!

Y el perro obedeció. Los otros cazadores tomaron nota de esto y contemplaron luego cómo Tim entregaba gravemente el pájaro, pero en ese instante otro cazador gritó:

–¡Pieza!

Y pasó toda una bandada.

Automáticamente, Jake y Tim abrieron fuego, y cayeron dos pájaros. *Eh-Tú,* de Jake, estaba alerta y echó a correr orgullosamente para cobrar la paloma que su amo había abatido, pero *Lucifer* se encontraba muy lejos del lugar desde donde había disparado su amo, y era tan obediente a la orden anterior, «¡quieto!», que no se movió. Pero cuando Tim gritó: «Busca la paloma», saltó de su puesto. Corrió directamente hasta el pájaro caído y lo llevó, no adonde estaba Tim, sino de nuevo a su puesto asignado.

El cazador contiguo a Tim en la parte baja del campo exclamó:

–Tienes todo un perro, Tim.

Cuando regresó a su puesto y vio la paloma pulcramente depositada junto a su zurrón, sintió desesperados deseos de volcar su afecto en el animal; en lugar de ello, se limitó a decir:

–Buen perro, *Luke.*

–¡Pieza! – se oyó gritar, y se alzaron las escopetas.

El día fue un triunfo. *Luke* cazó en la marisma tan bien como había cazado entre las zarzas. Demostró tener una boca suave. Sabía describir círculos entre la vegetación, y en el campo abierto era

soberbio. Y con todo ello mostró el bondadoso y afable talante de los labradores y los caveny.

Era tradición en aquellas cacerías de palomas que, al final del día, uno de los participantes suministrara refrescos. A las cinco menos cuarto, religiosamente, la caza cesaba. Los perros volvían a ser sujetados con sus correas, y si sus dueños habían acudido en carro, eran depositados en la parte trasera, mientras los amos comían pato frío y bebían cerveza de Baltimore. Turlock y Caveny, que habían ido a pie, ataron sus perros a unos árboles, y, mientras lo hacían, el primero de ellos murmuró:

–Las palomas no son nada, Caveny. Es lo que un perro hace en el hielo lo que importa.

–*Lucifer* se las apañará en el hielo -dijo confiadamente Tim.

–En la bahía, mi chesapeake lo dejará en ridículo. Allí hay olas.

–Tu labrador parece una raza de la que estar orgulloso -dijo el viejo Lyman Steed, mientras el criado negro le colocaba en posición adecuada para que pudiese compartir el pato.

–Tiene posibilidades -dijo el juez Hathaway Steed-. Pero no lo sabremos seguro hasta que le veamos tras los gansos.

Cada hombre felicitó a Tim por lo que había conseguido con aquel extraño perro, pero cada uno predijo también:

–Probablemente no hará gran cosa en la bahía. No tiene el pelo lo bastante espeso.

Tim no discutió, pero cuando llevó a casa a *Lucifer,* le abrazó, le dio hígado de pollo y susurró:

–*Lucifer,* los gansos no son más que palomas que han crecido. Te encantará el agua, fría o no.

Durante toda la temporada de la paloma, en la que aquel magnífico perro negro tuvo una extraordinaria actuación, Tim repetía su certeza:

–Harás lo mismo con los gansos.

La prueba llegó en noviembre. Mientras los cuatro hombres y sus perros se introducían en un puesto de las marismas Turlock, Jake les recordó:

–Los gansos no son ya tan abundantes. No se pueden permitir ningún error, ni hombre ni perro.

Tenía razón. En otro tiempo, el Choptank y los otros ríos habían constituido un hogar para un millón de gansos; ahora la población había disminuido a menos de cuatrocientos mil, y se había hecho más difícil capturarlos. Jake, maestro consumado del reclamo de gansos, se esforzó, desde el amanecer hasta las diez de la mañana, por atraerlos, pero fracasó. Los cazadores tomaron una frugal comida, y hacia el atardecer, cuando parecía que ya no conseguirían nada, aparecieron nueve gansos, que bajaron sus alas, extendieron las patas y se dirigieron en línea recta hacia el puesto. Tronaron las escopetas, y antes de que el humo se hubiera disipado, el chesapeake de Jake había saltado ya fuera del puesto y, nadando vigorosamente, había cobrado el ganso que su amo había matado. *Lucifer* se metió también en el agua, pero muchos segundos después que *Eh-Tú*, y chapoteó ruidosamente para tomar el ganso de Tim.

–No le gusta el agua fría -dijo, desdeñosamente, Jake.

–Ni al tuyo tampoco cuando empezó -replicó Tim.

–Un chesapeake nace amando el agua, cuanto más fría mejor.

Después de ocho mañanas en el puesto, quedó claro para los cazadores que, si bien el nuevo perro de Tim Caveny era excepcional con las palomas en días cálidos, dejaba mucho que desear como auténtico cazador en la única forma del deporte que realmente importaba…, el ganso en el agua. Manifestaba una perceptible renuencia a zambullirse en las frías olas, y empezaron a preguntarse si llegaría a meterse siquiera en el hielo.

En el almacén, las conversaciones se centraban en sus defectos: «Ese labrador es demasiado blando. No puede compararse con un chesapeake cuando se trata de un trabajo duro. Si quieres que te diga mi opinión, yo creo que Caveny compró un perdedor.» Algunos cazadores le decían esto a la cara.

Tim escuchaba y no decía nada. A lo largo de su vida había tenido cuatro perros principales, todos ellos chesapeakes, y conocía esa raza casi tan bien como Jake Turlock, pero nunca había poseído un perro con el encanto de *Lucifer,* con su cordialidad, su afecto, y eso significaba algo.

–Voy a casa, y la habitación es más grande cuando el perro está en ella.

–La cosa es -argüyó un hombre- que un perro de caza no debería estar en una habitación. Su lugar está fuera.

–Tú no conoces a *Lucifer.* Además, ha engendrado la mejor carnada de cachorros de esta región. Esta raza va a tener mucha aceptación.

Los cazadores de Patamoke eran gente suspicaz. Lo más importante de sus vidas, más importante que la esposa, o la iglesia, o el partido político, era la totalidad de la temporada de caza: «Hay que tener la escopeta adecuada, los compañeros adecuados, el puesto adecuado, la puntería adecuada y, sobre todo, el perro adecuado. Y, francamente, yo dudo del labrador.» Los cachorros no se vendían.

Tim tenía fe. Hablaba constantemente con *Lucifer,* animándole a saltar con más rapidez al agua fría. Le mostraba lo que era el hielo y cómo debía el perro romperlo con sus patas delanteras para abrirse un camino hasta el ganso ahogado. Utilizando todas las tácticas conocidas en el Choptank, trató de adiestrar paso a paso a aquel hermoso perro.

Fracasó. En enero, cuando se formó verdadero hielo a lo largo de las orillas del río, los hombres salieron a cazar a la bahía, y cuando Jake Turlock abatió un magnífico ganso, éste cayó sobre el hielo a unos doscientos metros del puesto.

–!*Eh-Tú,* coge el pájaro!

Y el gran chesapeake demostró su excelente casta saltando al agua, nadando rápidamente hasta el borde del hielo y abriéndose a través de él un camino hasta,el ganso. Aferrando orgullosamente al enorme pájaro con sus mandíbulas, volvió a zambullirse en el agua helada, apartó los flotantes pedazos de hielo y regresó al puesto, en el que entró de un potente salto, salpicando agua a su alrededor.

–Eso es lo que yo llamo un perro -dijo orgullosamente Jake, y los hombres asintieron.

***Lucifer* no lo hizo tan bien. Cobró su ganso, ciertamente, pero titubeando y casi con protestas. En primer lugar no quería saltar al agua; no le agradaba romper hielo; y cuando volvía al puesto corría por el hielo el mayor tiempo posible, antes de introducirse de nuevo en las frías aguas.**

–Cogió el ganso -admitió condescendientemente Jake.

Y durante el resto de aquel largo día en Chesapeake los dos perros se comportaron de esa forma: *Eh-Tú* actuando tan bien como podía

hacerlo un perro de agua, y *Lucifer* pasando simplemente.

Tim no pronunciaba jamás una palabra áspera. *Lucifer* era su perro, un animal espléndido, cariñoso, reactivo, y si no le gustaba el agua fría, eso era un asunto entre él y su amo. Y al atardecer, el perro encontró una oportunidad de corresponder a la confianza de Tim. Jake había abatido un corpulento ganso, el cual había caído en una especie de marisma llena de zarzas de donde *Eh-Tú* no podía extraerlo. El perro lo intentó, nadó valientemente en varias direcciones, pero no consiguió nada.

Entretanto, *Lucifer* permanecía en el puesto, temblando de ansiedad, y Tim comprendió que su labrador sabía dónde estaba aquel ganso. Cuando *Eh-Tú* hubo regresado de vacío, Tim dijo suavemente:

–*Luke,* hay un pájaro ahí fuera. Demuéstrales cómo se coge.

Como un rayo, el perro saltó al agua, se abrió paso chapoteando entre el hielo hasta la juncosa zona… y no encontró nada.

–*¡Luke!* -rugió Tim-. ¡Rodea! ¡Rodea!

Y el perro chapoteó y nadó en ruidosos círculos, y siguió sin encontrar nada, pero no desistía, pues su amo continuaba suplicando:

–¡Rodea, *Luke*!

Y entonces encontró el ganso, lo apresó con su suave boca y regresó orgullosamente a nado hasta el puesto. Cuando se disponía a depositar su ganso a los pies de Tim, el irlandés dijo, sosegadamente:

–¡No!

Y el perro estaba tan atento a su amo, que se inmovilizó, queriendo saber qué hfjbía hecho mal.

–Allí -dijo Tim.

Y *Luke* le llevó el ganso a Jake, depositándolo a sus pies.

Continuaba la enemistad entre los dos ribereños. Los hombres en el almacén la alentaban con ásperos comentarios sobre los defectos de *Lucifer,* pero en una o dos ocasiones Caveny percibió indicios de que su animosidad se debilitaba, pues en algún inesperado momento un hombre veía en el perro de Tim una cualidad que le hacía contener el aliento. Exteriormente, todos los cazadores gruñían: «Yo quiero que mi perro sea rudo y capaz de resistir el mal tiempo y dispuesto a saltar contra cualquiera que me ataque», pero interiormente la mayoría quería también que el perro les amara. Y la forma en que *Lucifer* se

mantenía pegado a Tim, ansioso por detectar cualquier matiz en el humor del irlandés, constituía la envidia de los hombres. Lo más que concedían abiertamente era: «Quizá Tim tenga algo en ese perro negro.» Pero Jake Turlock no admitía ni siquiera eso. «Lo que tiene es un buen perro faldero, y no hay más. Por mi parte, a mí sólo me interesa la caza.»

Aparte este desacuerdo en torno a los perros, y de alguna pelea a puñetazos de vez en cuando, los dos ribereños mantenían una cordial amistad. Cazaban juntos, pescaban juntos y explotaban los ostreros cuando llegaba la temporada. Pero fue la gran escopeta la que cimentó su asociación, confiriéndole contenido y permitiendo que floreciese.

En aquellas décadas en que la Orilla Oriental prosperó, prosperó también la ciudad de Baltimore. Algunos críticos la consideraban la mejor ciudad de América, ya que combinaba la nueva riqueza del Norte con 1a vieja nobleza del Sur. La ciudad ofrecía compensaciones adicionales: gran número de colonos alemanes que le proporcionaban distinción intelectual; abundantes italianos que la daban cordialidad. No obstante, para la mayoría de los observadores, su verdadera excelencia derivaba de la forma en que sus hoteles y restaurantes mantenían una tradición de sabrosa cocina: platos del Sur, platos del Norte, especias italianas y cerveza alemana.

En 1888 se había abierto el hotel más noble de todos: el «Rennert», de ocho pisos de altura y tres pisos adicionales, que formaban una cúpula en un extremo y un amplio mirador en el otro. Era un espléndido parador que blasonaba: «Nuestros cocineros son negros. Nuestros camareros llevan guantes blancos.» Desde el día mismo de su inauguración se hizo famoso por la exuberancia de su cocina: «Dieciocho clases de caza. Catorce formas de servir ostras. Y el mejor pato silvestre de América.» Cenar en el «Rennert» era participar de lo más exquisito que la bahía de Chesapeake podía dar.

Jake Turlock y Tim Caveny no habían visto nunca el nuevo hotel, pero iba a desempeñar un importante papel en sus vidas. Sus cocineros negros exigían las ostras más frescas, que eran entregadas diariamente durante la temporada por ribereños del Choptank que metían sus capturas en bolsas de yute y las enviaban al otro lado de la bahía en barco especial. Cuando el barco estaba cargado de ostras, su transporte

principal, el capitán solía encontrar sitio en cubierta para unos cuantos barriles llevados en el último momento y abarrotados de patos: patos rojos, crestudos, mandarines y, los más sabrosos de todos, los negros. El suministro de estos patos al «Rennert» fue lo que permitió a Jake y Tim empezar a ganar un poco de dinero extra, que iban ahorrando para el proyecto que tenían planeado.

Una noche, en el almacén, después de discutir sobre los méritos comparativos de sus perros, dijo Jake:

–Conozco un hombre que tiene una escopeta larga, que tal vez quiera vender.

Caveny se sintió excitado.

–Si tú consigues la escopeta, yo puedo conseguir un par de esquifes.

–Supongamos que conseguimos la escopeta y los esquifes. Conozco un capitán que nevará nuestros patos hasta el «Rennert». Muchos dólares.

Caveny completó la autohipnotización añadiendo:

–Si ahorramos dinero suficiente, podemos hacer que Paxmore nos construya nuestro propio barco, y meternos en negocios.

Así, pues, ambos se dirigieron río arriba hasta el embarcadero de una granja propiedad de un anciano llamado Greef Twombly, y le propusieron:

–Ya no utilizas mucho tu escopeta, Greef. Queremos comprarla.

–¿Cuánto dinero? – preguntó el desdentado hombrecillo.

–Te daremos diez dólares al contado, que Tim Caveny tiene ahora mismo en su bolsillo, y cuarenta más cuando empecemos a reunir patos.

–El cañón de esa escopeta está hecho con hierro forjado especial. Mi abuelo la compró en Londres hace 62 años.

–Está muy usada.

–Vale más ahora que cuando la trajo.

–Te daremos sesenta.

–Sesenta y cinco, y lo pensaré.

–Sesenta y cinco, y nos la llevamos ahora.

Twombly se balanceó de un lado a otro, considerando los aspectos del trato, y luego les llevó hasta una de las más espléndidas escopetas jamás utilizadas a medianoche sobre los hielos. Era un objeto

monstruoso, de tres metros y medio de largo y unos cincuenta kilos de peso, con una culata enorme que no podría encajar en el hombro de ningún hombre, lo cual era una ventaja, porque si alguien intentaba sostener aquel cañón al ser disparado, el retroceso le arrancaría el brazo.

–¿Has disparado alguna vez una de éstas? – preguntó el viejo.

–No, pero he oído -respondió Turlock.

–Oír no basta, hijo. Se carga con 350 gramos de pólvora negra, ni uno menos, o no funcionará. Luego se le meten setecientos gramos de perdigones del número 6, y un puñado más. Se aprieta todo con algodón untado de grasa, así, y ya está lista. El gatillo está muy duro, para que la carga no pueda explotar por accidente, porque si ocurriera, arrancaría la fachada entera de una casa.

Los dos hombres admiraron el enorme cañón, los recios herrajes y la imponente culata de madera de roble; mientras examinaban su adquisición, el viejo preguntó:

–¿Sabéis instalarla en un esquife?

–Yo he visto -respondió Turlock.

Pero Twombly quería cerciorarse de que aquellos dos hombres se hacían cargo de toda la complejidad de su poderosa escopeta, así que les pidió que la llevaran al embarcadero, donde tenía un esquife de cuatro metros, de proa sumamente afilada y casi sin arrufadura, unos calzos ocupando lo que normalmente habría sido el asiento central y un curioso artilugio de yute instalado a popa.

El viejo cazador se introdujo diestramente en el esquife y se arrodilló en la popa. Sacó un remo de dos palas como los que usan los esquimales, y también dos canaletes sumamente cortos. Acomodando su peso y comprobando el remo doble, dijo a Jake:

–Podéis dejarla aquí.

Mientras los dos ribereños forcejeaban con el absurdo peso de la escopeta, el viejo dijo:

–No es para niños.

Recibió la escopeta en el esquife, dejó caer su cañón entre los calzos, accionó un cierre de madera que lo afianzó y luego encajó la pesada culata en un hueco formado por una bolsa de yute llena de agujas de pino.

–Lo que hay que hacer -dijo Twombly- es utilizar el remo grande para colocarse en posición, pero al llegar cerca de los patos, se mete y se sacan los dos canaletes, así.

Y con los dos canaletes, que semejaban pequeñas escobillas, movió silenciosamente el esquife.

–Cuando estás en posición, te echas boca abajo, sin soltar los canaletes, y miras a lo largo del cañón de la escopeta. No apuntas la escopeta; apuntas el esquife. Y cuando tienes setenta u ochenta patos a tiro, aprietas con fuerza el gatillo y…

La escopeta explotó con tal potencia, que pareció abrir un agujero en el cielo. El retroceso estuvo a punto de arrancar la popa del esquife, pero las agujas de pino absorbieron la presión, mientras se elevaba una densa nube de humo negro.

–La primera vez que disparo esta escopeta a la luz del día -dijo el anciano-. Es auténticamente mortal.

–¿La venderás?

–Tú eres el nieto de Lafe Turlock, ¿no?

–Sí.

–Yo apreciaba mucho a Lafe. Era único para rastrear negros. La escopeta es tuya.

–Tendrás tus cincuenta y cinco -prometió Jake.

–Más te vale -repuso ominosamente el viejo.

Caveny obtuvo los dos esquifes que había prometido, y su modo de actuación adquirió unas características fijas: al anochecer, Jake inspeccionaba su esquife para cerciorarse de que en la bolsa de yute había suficientes agujas de pino para absorber la fuerza del retroceso; limpiaba también la enorme escopeta, preparaba la pólvora, comprobaba su provisión de perdigones; entretanto, Tim estaba preparando su propio esquife y dando de comer a los dos perros.

***Eh-Tú* comía como un cerdo, engullendo todo lo que Caveny sacaba, pero *Lucifer* era más melindroso; había ciertas cosas, como las tripas de pollo, que se negaba a comer. Pero los dos animales habían aprendido a existir juntos, cada uno con su propio cuenco, gruñendo amenazadoramente si el otro se acercaba. Nunca se habían enzarzado en una verdadera lucha; *Eh-Tú* habría matado probablemente a**

Lucifer si hubiera surgido una, pero se lanzaban alguna que otra dentellada, y se mantenía una especie de respetuosa disciplina.

Cuando veían a Jake engrasar la escopeta, se ponían tensos, no dormían y observaban todos los actos de sus amos. Tan pronto como quedaba claro que esa noche habría caza de patos, saltaban de alegría y se mantenían pegados al esquife en que Caveny los llevaría al agua.

La caza del pato con una gran escopeta era una ciencia que encontraba su mejor realización en la parte más fría del invierno, sin luna, pues entonces los cazadores disponían de varias ventajas: podían encubrir la mayor parte de su trayecto deslizando sus esquifes a través del hielo; cuando llegaban a zonas de aguas libres, encontraban a los patos apiñados en amplias balsas de hielo; y la ausencia de luz lunar les permitía acercarse sin ser vistos. La táctica requería un absoluto silencio; el simple crujido de una bota bastaría para ahuyentar a los patos. Especialmente los perros, debían permanecer en silencio, encaramados en el esquife de Caveny, escrutando la noche.

Cuando los dos esquifes llegaban a aguas libres, hacia la una de la mañana y con temperatura de once grados bajo cero, Tim vigilaba atentamente los cuellos de los dos perros; casi siempre la primera indicación de que había patos en las proximidades se producía al erizarse el pelo de _Eh-Tú._ Estaba tan sintonizado con la bahía, que una noche Tim concedió graciosamente: «Jake, tu perro puede ver patos a cien metros y en plena oscuridad», a lo que Turlock replicó: «Por eso es un perro de caza, no un perro faldero… como alguno que yo conozco.»

Cuando los patos eran localizados, grandes concentraciones de aves acurrucadas para protegerse del frío, Turlock tomaba el mando. Deslizando su esquife por el agua helada, equilibraba su remo de dos palas, se lo ponía sobre las rodillas para mantener bajo el centro de gravedad y avanzaba hacia las inmóviles aves. A veces tardaba una hora en recorrer un cuarto de milla; mantenía el cañón de la escopeta embadurnado de hollín para impedir que reflejase la luz que pudiera haber, y avanzaba centímetro a centímetro en la fría oscuridad.

Apartaba luego el remo y se tendía de bruces, con la mejilla junto a la culata de la enorme escopeta y accionando los canaletes. Era un momento de tensión, pues el más mínimo ruido alertaría a los patos y escaparían.

Lenta, muy lentamente, empezaba a dirigir la proa del esquife hacia el centro de la congregación y, una vez cerciorado de que el cañón de la escopeta apuntaba en la dirección adecuada, metía los canaletes y realizaba una serie de profundas inspiraciones. Luego, con la mejilla próxima a la culata, pero sin tocarla, y con la mano derecha en el gatillo, extendía el dedo índice, engarfiaba el pesado gatillo… y esperaba. Lentamente, el esquife derivaba y se estabilizaba, y cuando todo estaba en línea, oprimía el gatillo.

Nunca estaba preparado para la magnitud de la explosión, que desgarraba la noche. Era monstruosa, como el disparo de un cañón, pero a la luz de su breve llamarada siempre podía ver patos que salían despedidos del agua, como si un centenar de expertos tiradores hubiesen disparado sobre ellos.

Caveny se convertía entonces en el centro de la acción. Remando furiosamente, hacía avanzar a gran velocidad su esquife a través de las oscuras aguas, mientras los dos perros temblaban a impulsos del deseo de saltar a las olas para cobrar los patos. Pero él quería llevarlos mucho más cerca de donde éstos estaban, e imponía una rígida disciplina. «¡No! ¡No!», era todo cuanto decía, pero los dos perros obedecían, sentados sobre sus cuartos traseros y con las patas delanteras apoyadas en la borda, como dos mascarones de proa gemelos, uno rojo, el otro negro.

«¡Buscad!», gritaba, y los perros saltaban al agua y comenzaban su tarea de llevar los patos hasta los dos esquifes. *Eh-Tú* iba siempre al de Turlock, y *Lucifer* al de Caveny.

Como era misión de Tim manejar su escopeta y derribar a los patos ya tocados, solía estar demasiado ocupado para preocuparse de su perro, así el labrador había perfeccionado una técnica mediante la cual accionaba vigorosamente sus patas traseras, emergía del agua y arrojaba sus patos al esquife.

De esta manera, ambos ribereños, con una sola explosión de su gigantesca escopeta, conseguían a veces hasta sesenta mandarines, diez o doce negros y una veintena de otras clases. En raras ocasiones, tenían oportunidad de disparar doce veces en una sola noche, y sus ganancias eran entonces extraordinarias.

Tan pronto como los dos esquifes llegaban a Patamoke, los ribereños introducían sus capturas en barriles aireados, que alineaban en el muelle. Una vez allí, compraban a otros cazadores nocturnos patos adicionales en cantidad suficiente para formar barriles completos, que entregaban luego al capitán del barco que transportaba ostras al «Rennert», y a fin de mes recibían del hotel un cheque por sus servicios.

Noche tras noche, Jake y Tim acechaban al borde del hielo, esperando que los patos se posaran para poder disparar la escopeta, y mientras los barriles se llenaban de mandarines y crestudos, sus bolsillos se llenaban de dólares, y empezaron a pensar seriamente en adquirir un barco con el que ampliar su negocio.

–Hay un hombre en la isla Deal que tiene una nueva clase de barco -dijo Turlock una mañana en que estaban embalando sus patos.

–¿Qué tiene de especial?

–Dice que es lo mejor jamás construido para Chesapeake. Hecho especialmente para dragar.

Ese barco arribó un día a Patamoke, y Turlock corrió al astillero de Paxmore y pidió a Gerrit Paxmore que le acompañara para inspeccionarlo.

–Es muy notable -dijo el cuáquero.

Y empezó a analizar lo que habían hecho los hombres de la isla Deal.

–Muy poco calado, para poder pasar cualquier bajío. Un solo mástil muy a proa, ¡pero fíjate qué inclinado está! Eso da una vela triangular. Más sitio en cubierta. También deja que la punta del mástil quede sobre la bodega, para poder dejar caer un cabo y halar la carga. Botalón enorme para darle potencia de dragado. Borda muy baja para no tener que levantar demasiado las ostras, y parece como si pudieran dormir seis.

Pero luego sus expertos ojos vieron algo que no le gustó.

–No tiene quilla saliente, lo cual explica su poco calado, pero tiene una orza retráctil. No me gusta eso, no me gusta nada en absoluto.

–Ha de tenerla -dijo Turlock-. Para contrapesar la vela.

–Lo sé, pero para insertar una or2a hay que perforar la quilla.

–¿Qué tiene eso de malo?

–En Paxmore nunca tocamos la quilla.

Volvió la vista hacia un viejo barco amarrado al muelle, que tenía la espina dorsal arqueada.

–Nuestros barcos no hacen eso.

No quiso hablar más del nuevo barco y regresó a su astillero; sin embargo, Turlock preguntó al capitán si podía participar en la próxima salida a buscar ostras, y el hombre de la isla Deal asintió, así que Jake permaneció seis días dragando, y cuando volvió a tierra dijo a Caveny:

–Es el mejor barco jamás construido. Ayuda a trabajar.

Regresaron, pues, adonde Paxmore, y Tim escuchó mientras su socio ensalzaba el nuevo barco.

–Mr. Paxmore, ese barco ayuda a dragar. Se puede sentir cómo ese enorme botalón se dobla al hacerlo.

Pero Paxmore se mostró inflexible.

–Nunca me sentiría a gusto construyendo un barco cuya quilla estuviese medio cortada.

–Supongamos que no se siente usted a gusto. ¿Y nosotros? Nosotros vamos a comprar el barco.

–Yo construyo con arreglo a mis propios principios -dijo Paxmore-. Si alguien puede utilizar mi barco una vez construido, estupendo. Si no, estoy dispuesto a esperar hasta que se presente un comprador.

Jake retrocedió un paso, miró al engreído cuáquero y dijo:

–Se va a quedar usted sin clientes antes de seis meses.

–Estamos ya en nuestro tercer siglo -replicó Paxmore, y se negó a hablar más del asunto.

En realidad, la cuestión se tornó casi académica una ventosa noche de febrero en que los dos ribereños habían salido a una espaciosa laguna abierta en el hielo; debía de haber tres mil patos congregados bajo la helada luz de la luna. Caveny se dio cuenta del frío que hacía cuando *Lucifer* abandonó su puesto en la borda y se acurrucó en el fondo del esquife. *Eh-Tú* se volvió dos veces para mirar a su pusilánime compañero y luego se situó en medio de la proa, como si se viera obligado a realizar el trabajo de dos.

Jake, al ver aquel enorme blanco ante sí -más patos juntos de los que nunca había encontrado-, decidió utilizar no setecientos gramos de perdigones, sino casi el doble. «Abriré un túnel a través del universo de

patos.» Mas para impulsar semejante peso necesitaba una carga adicional, así que metió en la monstruosa escopeta más de medio kilo de pólvora negra, que comprimió también con doble cantidad de algodón. «Éste va a ser un disparo de los que hacen época. Rennert nos deberá dinero suficiente como para pagar nuestro barco.»

Cautelosamente, situó en posición su letal esquife, esperó, hizo una profunda inspiración y apretó el gatillo.

***¡Buuuuuum!* La escopeta despidió una llamarada, que se hubiera podido ver en varias millas a la redonda, y una detonación que retumbó a través de la bahía. La tremenda carga de perdigones mató a más de 110 patos y siete gansos. También reventó la trasera del esquife de Jake, golpeó a éste, dejándole inconsciente, y le arrojó a veinte metros de distancia hacia popa en las oscuras y heladas aguas.**

Los minutos siguientes fueron una pesadilla. Caveny, habiendo visto a su socio volar por el aire durante el breve resplandor de la explosión, empezó a remar inmediatamente en dirección al lugar en que podría caer el cuerpo, pero los dos perros, adiestrados durante toda su vida para cobrar pájaros abatidos, se encontraron metidos en la mayor caída de patos que habían visto jamás y se negaron a ocuparse de un hombre desaparecido.

–¡Maldita sea! – aulló Caveny-. ¡Dejad en paz a esos patos y buscad a Jake!

Pero los perros tenían otras ideas. Nadaban de un lado a otro en su jubilosa misión, recogiendo patos a un ritmo que nunca habían imaginado ni en sus más desbocados sueños.

–¡Jake! ¿Dónde infiernos estás?

En la helada oscuridad no podía encontrar forma alguna de localizarlo; lo único que sabía era la dirección general del vuelo de Jake, y con cierta desesperación empezó a rastrear la zona…, sin apenas ninguna posibilidad de encontrar a su compañero.

Pero entonces *Lucifer* nadó ruidosamente hasta el esquife, casi reprendiendo a Tim por haberlo alejado de los abatidos patos, y, después de haber echado dos piezas en el esquife, nadó despreocupadamente unos metros, apresó por un brazo al inconsciente Turlock, que comenzaba ya a hundirse, lo remolcó hasta el esquife y regresó rápidamente hacia los restantes patos.

Cuando, finalmente, consiguió Tim izar a bordo a Jake, no se le ocurrió nada mejor que abofetear al inconsciente hombre con su helado guante, y al cabo de unos minutos, Jake revivió. Con los ojos turbios, trató de determinar dónde se encontraba y cuando al fin percibió que estaba en el esquife de Caveny y no en el suyo, gritó:

–¿Qué has hecho con la escopeta?

–¡Te he estado salvando! – rugió Tim, turbado por todo el asunto y por los destrozados patos que seguían amontonándose en su esquife.

–¡Al diablo conmigo! ¡Salva la escopeta!

Y ambos empezaron a remar furiosamente, sin plan determinado tratando de localizar el otro esquife, y después de muchos e infructuosos esfuerzos Jake tuvo el buen sentido de gritar:

–*¡Eh-Tú!* ¿Dónde estás?

Y de una dirección que no hubieran podido prever, ladró un perro, y cuando remaron hasta allí, encontraron un maltrecho esquife casi hundido por el peso de su enorme escopeta y de los numerosos patos que *Eh-Tú* había cobrado.

Durante el triste y, sin embargo, triunfante regreso a Patamoke, Tim Caveny no pudo por menos de señalar que había sido su labrador quien había salvado la vida de Turlock, pero Jake gruñó, por entre el hielo que festoneaba su barbilla:

–Cierto, pero fue *Eh-Tú* quien salvó la escopeta, y eso es lo importante.

Los socios tenían ya suficiente dinero para pagarse un barco ostrero, pero antes de concluir un contrato con cualquier constructor, Jake quería que Tim subiese a una de las embarcaciones de la isla Deal, así que embarcaron con un mezquino caballero de aquella isla y Tim volvió convencido de que no le satisfaría ningún barco que no fuese de aquel tipo.

Pero también había aprendido que los mejores barcos de la bahía eran los construidos por Paxmore, siempre lo habían sido, y no estaba dispuesto a conformarse con menos. Por tanto, lanzó una campaña para convencer a su socio de que debían de llegar a un acuerdo con el cuáquero, cualquiera que fuese su idiosincrasia.

–Déjale que construya el barco como quiera. Lo hará bien.

Jake se mostró inflexible.

–Los tres barcos que he visto son exactamente lo que necesitamos. No sacrificaré ningún detalle a ningún testarudo cuáquero que se figure que puede mejorar la raza.

Durante una semana, los dos ribereños no pudieron ponerse de acuerdo ni siquiera para salir a cazar patos, y no fue enviado ningún barril al «Rennert». Luego Tim contó lo que tenían ahorrado, concluyó que podían llevar adelante el asunto y accedió de mala gana a que, puesto que Paxmore se negaba a hacer lo que ellos querían, dieran su encargo a algún otro constructor de barcos. No le agradaba a Tim esta decisión, pero estaba dispuesto a ponerla en práctica. Y entonces, una mañana, mientras discutían sobre cuál de los otros constructores elegir, llegó un muchacho con la noticia de que Mr. Paxmore quería verles.

Era un trío extraño, pero muy característico del Choptank, el que se reunió. Gerrit Paxmore era el más joven de los tres…, estirado, vestido con zapatos negros, pantalones negros y chaleco. Tenía un semblante grave, que rara vez se iluminaba con una sonrisa, y hablaba con extraordinaria precisión, como si archivase cada palabra en previsión de una futura impugnación, momento en el que estaría dispuesto no sólo a explicarla, sino también a cumplirla. Los clientes no tardaban en descubrir que negociar con Paxmore no era fácil, pero era tranquilizador.

Jake Turlock tenía la delgadez, la estatura y el huraño rostro de su familia. Llevaba zapatos gastados, pantalones bombachos, camisa rasgada y aplastado sombrero, prendas que raramente se cambiaba. Sabía leer y escribir, pues le había enseñado el primer Caveny llegado de Irlanda, pero se las daba de analfabeto. Odiaba a negros y católicos, pero siempre se encontraba mezclado con ellos y, con gran sorpresa por su parte, le agradaban los individuos con quienes trabajaba. Por ejemplo, estaba convencido de que Tim Caveny, como papista, era un tipo insidioso, pero nunca había conocido ningún otro hombre con quien fuese tan satisfactorio trabajar.

Tim le había forzado a ahorrar dinero; le había salvado la vida cuando la gigantesca escopeta le arrojó del esquife por los aires; y había demostrado siempre que se podía confiar en él en momentos de apuro. Pero Jake estaba seguro de que cuando llegara una auténtica crisis, Caveny no daría la talla.

Tim era muy parecido a su padre, el viejo Michael, el maestro de escuela de optimismo indomable. Tendía a ser rechoncho, perezoso y descabellado. Amaba a su iglesia y su familia; pero amaba más aún la idea de perseverar siempre en el trabajo que tuviese entre manos. Era, a su manera, tan puritano como Gerrit Paxmore, y por eso ambos hombres se comprendían el uno al otro. Tim estaba invariablemente dispuesto a apostar su dinero a que *su* negro vencería en pelea al otro, a que *su* perro cobraría más palomas, a que *su* lancha ganaría en una regata a cualquiera otra de la bahía. Existía en un mundo de perpetuo desafío, en el que constantemente se enfrentaba a hombres que eran más corpulentos que él o que tenían más dinero. Pero como era irlandés, un fiable margen de buena suerte pendía sobre él como un aura. Se esforzaba en conseguir lo mejor, y a veces sucedía lo mejor.

Fue él quien inició la conversación aquella mañana:

–Mr. Paxmore, hemos decidido…

–¡No hemos decidido nada! – interrumpió Turlock.

–Quizá pueda ayudaros -dijo suavemente Paxmore-. He consultado con mis hombres, y queremos probar con uno de esos nuevos barcos. ¿Cómo lo llamáis?

–*Skipjack* -respondió Turlock.

OceanofPDF.com

–Por el pez que salta sobre el agua -intervino Tim-. Y lo hace, Mr. Paxmorc. Ese barco salta [3].

–Pues hemos decidido, aquí, en Paxmore…

Carraspeó, apoyó las manos en la mesa como si lo confesara todo, y dijo:

–Construiremos vuestro barco.

–¿Con la orza en posición? – preguntó Turlock.

–Desde luego.

–¿Cuánto? – preguntó Caveny.

–Creemos que podemos hacerlo…

Con un estremecimiento casi visible, miró a los dos peticionarios, que estaba claro que no podían tener el dinero necesario y dijo en un susurro:

–Podríamos hacerlo por mil doscientos dólares.

Tan pronto como las palabras fueron pronunciadas, Tim Caveny sacó un fajo de billetes.

–Podemos pagar quinientos cuarenta dólares a cuenta.

Esto era más del doble de lo que Paxmore había esperado y, con un asombro que le fue imposible ocultar, preguntó:

–¿De dónde habéis sacado tanto?

Y Caveny respondió con suficiencia:

–Lo hemos estado ahorrando.

Jake Turlock detestaba entregar dinero.

–¿Sería más barato, Mr. Paxmore, si Tim y yo le proporcionásemos la madera?

–¡Por supuesto!

–¿Cuánto más barato?

–¿Incluiríais la quilla, el mástil y el botalón?

–Usted denos las medidas. Nosotros tenemos los árboles.

Paxmore estudió un papel que delataba el hecho de que quería construir aquel barco, cualquiera que fuese el beneficio: tenía un boceto completo de un *skipjack* perfeccionado, que esperaba ser transformado en flamante barco.

–El mástil, por lo menos de veinte metros de altura, sesenta centímetros de diámetro en la marca de los nueve metros para permitir el aparejo.

–Le tengo echado el ojo a un árbol así -dijo Jake.

–Botalón, dieciséis metros.

–Es un botalón muy largo. Más que el propio barco.

–Ése es el proyecto. Bauprés de siete metros.

–Va a tener mucho peso arriba con esas dimensiones -dijo Turlock.

–Irá lastrado -le aseguró Paxmore, pero aún no había dicho cuánto reduciría el precio si Turlock cortaba la madera de los bosques situados detrás de su marisma.

–¿La rebaja? – preguntó Jake.

–Os ahorraréis trescientos cincuenta dólares.

–Tim -dijo Jake-, vamos por hachas.

Durante las semanas siguientes, los dos hombres trabajaron de firme, pues no sólo talaban robles y lobelias durante el día; también sacaban todas las noches su larga escopeta, porque sólo suministrando constantemente al «Rennert» sus barriles de patos podían pagar el resto del precio del *skipjack.* Además de todo esto, Tim Caveny estaba construyendo en los ratos libres algo que sorprendería a la bahía.

Trabajaba en secreto con su chico mayor, martilleando tubos, pasando horas enteras en una fragua de la ciudad. La única indicación que tuvo Jake de que su socio preparaba algo se produjo un amanecer en que ayudaba a sacar crestudos y mandarines del esquife de Tim.

–¿Qué estás haciendo con esos tubos?

–Tengo una idea -respondió el irlandés, pero no dijo más.

Y una noche, al bajar a sus esquifes los dos ribereños, Caveny reveló su obra maestra. Por la proa de su embarcación sobresalían no una, sino siete escopetas, cada una con un cañón de cinco centímetros de diámetro. Se desplegaban en abanico como la cola de un pavo, confluyendo en el lugar en que normalmente hubieran debido estar los gatillos. No había ningún gatillo.

–Ése es mi invento. Lo que hacemos es cargar los siete cañones…, pólvora, pólvora, perdigones y tapón, todo en su orden.

–¿Cómo los vas a disparar? – preguntó Jake.

–¡Aja! ¿Ves este canalito de hierro?

Jake lo había visto y se había preguntado para qué serviría; no podía haber imaginado la insana propuesta que Tim hizo a continuación.

–El canal encaja aquí, justo debajo de las bocas de pólvora de las siete escopetas. Lo llenamos de pólvora. Lo encendemos por este extremo, y ¡zas!, dispara las siete escopetas por orden, y matamos tantos patos, que necesitamos dos esquifes más.

–Te explotará en las narices y te abrasará vivo -predijo Jake.

–No lo ha hecho aún.

–¿Quieres decir que has disparado esta batería?

–Tres veces. Y esta noche vamos a dispararla contra la concentración de patos más grande que podamos encontrar.

Remaron por el centro del Choptank, buscando un fuerte banco de hielo a cuyo través pudieran empujar su arsenal. Al norte de la isla Devon, donde confluían las corrientes que penetraban tierra adentro, encontraron uno, adosaron a él sus esquifes e iniciaron el largo y paciente movimiento hacia el interior. *Eh-Tú* y *Lucifer,* cada uno en su esquife, se mantenían en absoluto silencio, y cuando los cazadores llegaron a las aguas de la bahía, todos permanecieron inmóviles durante una media hora, acomodando los ojos a la oscuridad y dejando que se tranquilizaran los patos que pudieran estar acechando delante de ellos.

A *Eh-Tú* se le erizó el pelo, y Tim susurró:

–¡Es una bandada!

–Avanzaremos juntos -propuso Jake.

–Pero yo dispararé primero -dijo Tim.

–De acuerdo. Iré a recogerte cuando saltes en pedazos.

El plan era que Tim prendiera su canal de pólvora, y, a la explosión del primer cañón, Jake hiciese fuego con su monstruo. Calculaban que las siete escopetas de Tim, secundadas por la de Jake, dispararían tan simultáneamente que se tendería sobre la bahía una cortina de plomo; pocas aves escaparían.

Cada uno de ellos se instaló en su esquife, indicó a su perro dónde debía sentarse y empezó a maniobrar con los canaletes. Apenas podían verse uno a otro, pero una ocasional señal hecha con la mano indicaba el rumbo más adecuado, y fueron aproximándose lentamente a los inmóviles patos. Había tantos, que Tim no podía ni siquiera estimar su número; lo único que sabía era que presentaban un blanco magnífico.

Cuando llegó el momento de encender su reguero de pólvora, murmuró una breve oración:

–Buen Dios que proteges a los cazadores, no les dejes escapar.

Los patos dormían. Los dos esquifes se situaron silenciosamente. Los perros permanecían con todos los músculos tensos. Y los hombres yacían tendidos de bruces, con los rostros próximos a sus armas. No había luna, ni nieve.

Suavemente, pero con manos temblorosas, Tim Caveny extendió a lo largo de su canalito de hierro la cantidad de pólvora calculada, lo revisó para cerciorarse de que encajaba adecuadamente bajo los orificios de sus siete escopetas y, luego, encendió el extremo de la derecha. Con un violento fogonazo, la pólvora saltó de escopeta en escopeta, y al detonar la primera, Jake Turlock disparó su monstruo.

Desde el punto de vista de la matanza de patos, la sincronización había sido perfecta, pues la pólvora había hecho ignición en tres de las escopetas de Tim antes de que Jake pudiera disparar la suya. Esto significaba que a la primera llamarada centenares de patos se habían elevado en el aire, sólo para ser abatidos por la enorme escopeta de Jake y rematados luego por las cuatro últimas del arsenal de Tim.

Nunca se había producido semejante carnicería en Chesapeake. De hecho, los dos perros llevaron tantos patos a los esquifes, que éstos empezaron a dar muestras de hundirse; los dos hombres transportaban los pájaros muertos hasta el banco de hielo, los descargaban y volvían por más. Los perros estaban exhaustos.

A la mañana siguiente, cuando se hizo el recuento, los socios tenían 69 crestudos, 32 mandarines, 30 negros, 29 cercetas y 13 gansos, que podían enviar a Baltimore. Tenían además 22 dafilas que venderían por unos centavos cada uno a los negros que vivían en Cuello de Rana y una veintena de mergos, que nadie quería comer porque se alimentaban de pescado. El imaginativo arsenal de Tim, tan peligroso de utilizar, tan letal cuando era utilizado, había demostrado su excelencia, por lo que los dos socios siguieron cortando árboles durante el día y disparando su cañón por la noche. Todo el dinero que recibían de Baltimore se lo entregaban a Paxmore.

Al finalizar el invierno y emigrar los patos al Norte, Gerrit Paxmore terminó de construir su primer *skipjack*, y cuando fue botado dijo a los

dos ribereños:

–Este barco navegará mejor que ningún otro en toda la bahía.

Turlock y Caveny estaban dispuestos a creerlo, pero quedaron desconcertados cuando el cuáquero añadió:

–He guardado vuestro dinero en mi oficina. Estoy dispuesto a devolvéroslo, porque no tenéis obligación de quedaros con este barco… si no queréis.

–¿Por qué no íbamos a quererlo? – preguntó airadamente Turlock.

–Porque -respondió sosegadamente Paxmore- he hecho algo con la orza.

Los tres hombres subieron a bordo y bajaron a la bodega, donde podían inspeccionar el fondo del barco, y Turlock y Caveny vieron la cosa más endiablada que sus ojos habían visto jamás. En lugar de colocar la orza en el centro de la quilla -abriendo un agujero de cuatro metros de largo a través de la médula del roble y construyendo luego a su alrededor lo que los barqueros llamaban el cofre para impedir que entrase agua-, Paxmore había dejado la quilla intacta, como exigía la tradición de su familia, pero había abierto un agujero paralelo a ella, desplazando así la orza unos dos metros a estribor.

–¡Maldito imbécil! – gritó Turlock-. Este barco está descentrado. Nunca…

–Amigo -dijo suavemente Paxmore-, no necesitas jurar. Tu depósito te está esperando.

–Pero, ¡maldita sea!, yo le pregunté claramente acerca de la orza. Y usted me dijo con sus propias palabras… ¿No es verdad, Tim?

–¡Que me ahorquen si no lo dijo. Pero este puñetero trasto…

–Por favor, caballeros. Hablen menos groseramente. Su dinero…

–¡Al diablo con nuestro dinero! Queremos nuestro barco.

–No están obligados…

Reinaba la oscuridad en las entrañas del *skipjack*, y los tres hombre parecían iracundos fantasmas. La orza estaba lamentablemente desviada. Todo el equilibrio del barco quedaba destruido, y Caveny se lo podía imaginar ya navegando de lado por la bahía. Se le llenaron los ojos de lágrimas y le mostró a Paxmore sus manos, cubiertas de ampollas durante meses.

–Nosotros hemos cortado toda la maldita madera de este barco. ¿Y qué recibimos a cambio?

–Una… gamella -dijo Turlock, empleando la palabra más obscena que se le ocurrió.

Fue esta última obscenidad lo que hizo comprender a Paxmore que se encontraba en un verdadero apuro. Había supuesto que simplemente con ofrecer a los hombres su dinero se vería libre de dificultades con su insólito barco; ciertamente, podría vendérselo a algún otro, con una pequeña pérdida quizá, y con el dinero así recibido pagar a los dos hombres su trabajo al cortar árboles.

–¡No! – replicó sombríamente Turlock-. Queremos nuestro barco, y lo queremos ahora. Va usted a quitar esa maldita orza de ahí y ponerla aquí, donde debe estar.

–No lo haré -negó Paxmore, y al decirlo, su mano derecha se posó protectoramente sobre la intacta quilla, y sólo entonces comprendió Tim Caveny que aquel desagradable cuáquero amaba a la nueva embarcación tanto como él y Jake.

–Lo que podríamos hacer -sugirió Tim- es salir a probarlo.

Turlock no quería hacerlo, no fuese que le gustasen los resultados, pero Paxmore alentó la idea. Sin embargo, a Tim se le ocurrió otra cosa más:

–Supongamos que lo aceptamos tal como está. ¿Cuánto bajaría el precio?

–Ni un centavo -replicó Paxmore-. Éste es el mejor barco de la bahía, y, a decir verdad, deberían pagarme doscientos más.

–¡Es usted un hijo de perra! – gruñó Turlock, y mientras salía de la bodega dijo-: Me largo de este barco. No quiero saber nada de esta maldita gamella.

–Vamos a probarlo -suplicó Tim, y empezó a izar la vela mayor, y todas las poleas, todas las cuerdas funcionaban tan perfectamente, que dijo-: Están bien. Una vela así se levanta más fácil.

Largaron el foque y luego hicieron girar el gigantesco botalón, dos veces más largo que el barco que lo sostenía, y percibieron la potencia del velamen sobre sus cabezas. Soplaba una fresca brisa, y Caveny y Paxmore llevaron el *skipjack* al centro del Choptank -Turlock se negaba a tocar ni la vela ni el timón-, y el barco empezó a ceñir a estribor, y el

agua abría su surco de espuma, y las gaviotas seguían al nuevo navío, y al cabo de un rato Turlock se dirigió pesadamente a popa y apartó a Caveny de la rueda del timón.

Paxmore permanecía sentado sobre la tapa de la escotilla, sin decir nada. Sentía cómo su barco respondía a las olas y podía ver casi cómo se acomodaba al viento. Cuando Turlock exclamó desde el timón: «Creo que necesita más lastre a proa», Paxmore dijo: «Yo también lo creo.»

Lo bautizaron *Jessie T,* en recuerdo de la madre de Turlock, y, antes de que efectuase su primer viaje a la pesca de ostras, se establecieron las convenciones que gobernaban los *skipjacks:* «Nada de color azul a bordo de este barco. Ningún ladrillo rojo, ni siquiera para utilizarlo como lastre. No se comerán nueces. Ninguna puerta de escotilla será dejada nunca vuelta del revés sobre cubierta.» Y, debido a la pequeña altura de la borda y a las grandes dimensiones del botalón, mucho mayor que el de ningún otro tipo de barco que navegase por Chesapeake: «Sobre todo, cuando trabajéis en cubierta, ¡cuidado con el botalón!»

El *Jessie* T llevaba una tripulación de seis hombres: el capitán Jake Turlock, al mando de la nave y responsable de su seguridad; el primer oficial Tim Caveny, que se ocupaba del dinero; tres Turlock, que manejaban las dragas en que eran capturadas las ostras; y el miembro más importante, el cocinero. Desde el día en que el barco fue planeado hasta el momento en que fueron contratados los tres Turlock, sólo había habido un único candidato a cocinero: un extraordinario negro famoso a todo lo largo del Choptank.

Se trataba de Big Jimbo, un negro insólitamente alto, hijo de los esclavos Cudjo y Edén Cater. Había aprendido de su padre a leer y de su madre a comportarse con arrogante orgullo. Era un hombre afable, dado al humor, y a causa de su rara habilidad en la cocina de un barco, sabía que era tan bueno como el capitán y mejor que los tripulantes.

Nada más llegar a bordo resolvió una posible dificultad. En un *skipjack,* los tres marineros dormían a proa en un espacio muy reducido. El capitán, el cocinero y el oficial -por ese orden- se repartían las tres buenas literas de popa, y había llegado a ser tradicional que el capitán eligiese la litera más larga, situada a estribor; el cocinero, la

situada a babor, quedándose el oficial con la no tan buena instalada transversalmente en la parte posterior de la cabina; pero en el *Jessie T* las cosas se desarrollaron de forma ligeramente distinta: uno de los Turlock que hubieran debido dormir a proa era primo cercano de Jake y anunció que él dormiría a popa, porque estaba seguro de que al negro no le importaría dormir en el recinto más reducido.

Así, pues, cuando Big Jimbo subió a bordo, encontró su litera ocupada. Sin vacilar ni un instante, levantó cortésmente el equipaje, lo depositó sobre cubierta y comentó:

–Ningún hombre puede cocinar si duerme a proa.

Había cometido un error, y un error grave. El equipaje que había sacado de la cabina de popa no era del intruso, sino de Tim Caveny, del copropietario del *skipjack*. Cuando el joven Turlock decidió trasladarse a popa, Tim había visto la oportunidad de pasarse a una litera mejor, por lo que se había adelantado a ocupar la del cocinero, relegando al primo de Jake a la otra litera de popa. Cuando Tim vio que su equipaje era tirado a cubierta, empezó a armar bronca, pero Big Jimbo dijo suavemente:

–Mr. Jim, si es suyo, le presento mis excusas.

Y extremó su cortesía al volverlo a meter en el camarote, donde lo colocó, no en la litera que Tim había elegido, sino en la posterior.

–Yo había pensado dormir ahí -dijo, tanteando, el irlandés, mientras señalaba la litera del cocinero.

–El cocinero duerme aquí -replicó Bíg Jimbo, y pronunció las palabras tan dulcemente, que hasta el desplazado propietario quedó cautivado.

Y entonces, antes de que pudiera crearse ninguna clase de resentimiento, Jimbo reunió a la tripulación sobre cubierta y dijo:

–He traído un poco de leche y un poco de crema, así que vamos a tomar el mejor estofado de ostra del mundo. ¿Lo quieren macho o hembra?

–No se puede distinguir una ostra macho de otra hembra -dijo uno de los Turlock.

–No me refiero a las ostras. Me refiero a los comensales -sonrió benévolamente a los presentes y preguntó-: ¿Qué va a ser, macho o hembra?

–¿Cuál es la diferencia? – preguntó uno de los hombres.

–No se puede preguntar.

–Que sea macho.

–La mejor elección que han hecho jamás -dijo Jimbo, y desapareció por la escotilla que llevaba a su cocina de leña.

Un estofado hembra era el tradicionalmente servido por toda la bahía de Chesapeake: ocho ostras por barba, hervidas ligeramente en su propio jugo, luego en leche y espesadas con harina, sazonadas con un poco de apio, sal y pimienta. Era un gran plato, aunque algo flojo para trabajadores.

Un estofado macho era algo completamente distinto, y Big Jimbo empezó a murmurar en voz baja mientras preparaba su versión:

–Cogemos primero un trozo de tocino y lo freímos.

Al hacerlo, aspiró el aroma y se convenció de que en la tienda de Steed le habían vendido lo mejor. Mientras chisporroteaba, picó ocho cebollas grandes y dos gruesos tallos de apio y esperó a que el tocino se hiciese del todo. Diestramente, sacó el tocino y lo dejó a un lado, al tiempo que echaba las hortalizas en el aceite caliente para saltearlas. Al poco rato, las retiró también, dejándolas con el tocino. A continuación echó en la sartén las 48 ostras, tostándolas sólo un poco para dar sabor, y añadió rápidamente el jugo de las ostras, dejándolas cocerse hasta que se les rizaron las branquias.

Otros cocineros de barco seguían hasta aquí la receta, pero Big Jimbo realizó a continuación las dos cosas que hacían inolvidable su estofado macho. De una preciosa caja comprada a la «McCormick Spice Company» en el muelle de Baltimore, sacó primero un bote de polvo de tapioca. «Lo mejor que se ha inventado jamás para los cocineros», en su opinión. Cogiendo un pellizco sorprendentemente pequeño del blanquecino polvo, lo echó en la leche, que estaba a punto de romper a hervir, y a los pocos minutos la humedad y el calor habían extendido el fino polvo de tapioca hasta convertirlo en una gran masa traslúcida y gelatinosa. Cuando quedó satisfecho del proceso, echó las ostras en la leche, añadió las verduras y luego desmenuzó el tocino entre los dedos, dejándolo caer encima de todo.

El plato estaba casi listo, pero no del todo. De la caja de «McCormick» sacó un paquete de azafrán, que espolvoreó sobre el

estofado, dándole una dorada suculencia, aumentada por la media libra de mantequilla que añadió en el último momento. Ésta se derritió mientras llevaba la mixtura a la mesa, de tal modo que cuando los hombres metieron la cuchara, se encontraron con uno de los estofados más sabrosos y alimenticios jamás ideado por un cocinero de barco.

–¿Vamos a comer esto todos los días? – preguntó Caveny.

Y Big Jimbo respondió:

–Usted me trae los ingredientes, y yo le traigo los platos.

Dragar ostras era un trabajo duro, como demostraron los acontecimientos sucedidos durante el invierno de 1892. La temporada se dividía en dos mitades: de octubre a Navidad, en que las ostras abundaban, y desde enero hasta finales de marzo, en que eran más difíciles de encontrar. Como toda la tripulación del *Jessie* T era de Patamoke, el barco regresaba a ese puerto todos los sábados por la noche, llevando grandes cantidades de ostras para su venta en las plantas de envasado locales, y como los que tripulaban el *skipjack* eran devotamente religiosos -incluso los blasfemos Turlock-, no volvían a zarpar al atardecer del domingo, como hacían algunos, sino que esperaban hasta la mañana del lunes, acto de devoción por el que confiaban que Dios les condujera a los mejores bancos.

El capitán Jake había disfrutado de la Navidad y dormía profundamente aquel primer lunes siguiente al Año Nuevo, pero a las tres de la madrugada su hija Nancy le sacudió del hombro y murmuró:

–¡Papá! Es hora de embarcar.

Él masculló una protesta y, luego, se incorporó.

–¿Qué hora es? – preguntó.

–Las tres -respondió su hija, cerrándose el camisón en torno a la garganta-. Las tres.

Jake saltó de la cama, se vistió, entró en la habitación contigua, donde dio un beso a sus otros dos hijos mientras dormían. Su mujer estaba ya en la cocina preparando una olla de café y sirviendo un cuarto de leche para que se lo llevara al barco. También tenía varias lonchas de tocino y un puñado de cebollas con destino a Big Jimbo para el estofado de ese día.

El capitán Jake echó a andar por las oscuras calles de Patamoke en dirección al muelle, y al acercarse a los bamboleantes mástiles de la

flota ostrera, vio converger a una veintena de hombres vestidos como él, y cada uno llevando algo especial de comer. Se movían como sombras en el aire helado, gruñendo saludos al encontrarse, y cuando Jake llegó al *Jessie T,* le agradó ver que Big Jimbo estaba ya a bordo con el fuego encendido.

–Traigo un poco de leche -dijo, medio arrojando su paquete sobre la oscilante mesa.

El cocinero gruñó algo y alargó el brazo en dirección a un cubo de ostras escogidas que había guardado para aquella ocasión. Poniéndose un gastado guante en la mano izquierda, empezó a desbullar las ostras, echando el cuerpo en una sartén, mientras vertía en otra la mayor cantidad posible del líquido.

–Las cosas parecen estar bien -comentó el capitán Jake, mientras depositaba su equipo y subía a cubierta.

El primer oficial Caveny estaba listo, y mientras él y el capitán despejaban la cubierta, subieron a bordo los tres marineros Turlock, que dejaron sus equipos en el camarote de proa.

–¡Largad trapo! – exclamó Jake, y cuando sus dos velas fueron izadas, el *skipjack* comenzó su lento y seguro movimiento hacia el centro del río, y luego hacia el Oeste, en dirección a la bahía. El sol empezaría a salir tres horas más tarde, pero por el momento permanecerían en la oscuridad.

Hacía mucho frío en cubierta. Soplaba de la bahía un viento bastante fuerte, procedente del Noroeste, como de costumbre. El capitán Jake estaba al timón, situado delante de él y moviéndolo con la mano izquierda a la espalda. Los Turlock patrullaban la cubierta, mientras Caveny permanecía abajo, ayudando al cocinero.

Pasaron ante Acantilado de la Paz y enfilaron el canal situado al norte de la isla Devon. Apareció Blackwalnut Point a la débil luz, mientras se extendía al frente la gran bahía cuyas aguas rizaba el fuerte viento. En la fría oscuridad, las crestas de las olas, al romper, despedían gotitas de espuma que cortaban la cara.

Pero Big Jimbo hizo sonar ya su campana, y bajaron todos, menos el más joven de los Turlock; éste quedó a cargo del timón, de pie ante él, como había estado el capitán.

En el abarrotado camarote Big Jimbo había preparado uno de sus mejores estofados machos, y cuando la sabrosa mezcolanza fue vertida en sus cuencos, brillaron los rostros de los hombres. Pero, al igual que en la mayor parte de los *skipjacks,* nadie movió una cuchara hasta que el cocinero hubo ocupado su puesto a la pequeña mesa y extendido sus grandes y negras manos para coger las del capitán Turlock y el primer oficial Caveny, cuyas manos libres buscaron, a su vez, las de los dos marineros. Completado así el círculo, los cinco hombres inclinaron la cabeza, mientras el capitán Turlock recitaba la bendición protestante:

Dios es grande. Dios es bueno.

Y le damos gracias por nuestra comida.

Su mano nos alimenta a todos.

Gracias, Señor, por nuestro pan cotidiano.

Cuando terminó, todos los hombres dijeron «amén», pero no se soltaron las manos, pues correspondía ahora a Tim Caveny recitar la bendición católica:

"Bendícenos, Señor, por estos dones que vamos a recibir de Tu bondad, por Cristo Nuestro Señor, amén.

De nuevo los hombres respondieron «amén», pero continuaron con las manos unidas, pues, además de las dos bendiciones formales, era costumbre a bordo del *Jessie* T que Caveny añadiera una oración personal, y con su rico acento irlandés pidió ahora a Dios atención especial:

«Hemos observado Tu día con oraciones y hemos pedido Tu bendición sobre nuestras familias. Te pedimos ahora que guíes este barco hasta donde las ostras esperan nuestra llegada. Señor haz que nuestra recolección sea abundante. San Pedro, patrón de los pescadores, protégenos. San Patricio, que cruzaste el mar, vela por este barco. San Andrés, que pescaste en el Mar de Galilea, guíanos hasta nuestra pesca.»

–Amén -murmuraron todos, y las cucharas se sumergieron en el dorado estofado.

Necesitaban oraciones, pues su trabajo era duro y peligroso. Cuando el capitán Jake consideraba que el *Jessie T* se hallaba adecuadamente situado sobre los invisibles bancos ordenaba a Caveny y a los tres Turlock que echaran las dos dragas, una a babor, otra a

estribor, y cuando las aguzadas púas de estos colectores rebotaban durante tiempo suficiente por el fondo, comprobaba los cables que las sostenían, calculando si la carga era adecuada, y cuando quedaba satisfecho, ordenaba que subieran las dragas.

Empezaba entonces el trabajo muscular. A babor y estribor había dos cabrias, accionadas a mano, y en torno al rodillo de cada una estaba arrollado el cable del que pendía su draga. Los hombres, dos en cada cabria, comenzaban a dar vueltas a las pesadas manivelas de hierro, y, mientras giraban los rodillos, eran izados los cables que sostenían las sumergidas dragas. El peligro se producía cuando las púas de la draga se enganchaban en la roca, haciendo girar la manivela en sentido contrario y saltándole a un hombre los dientes, o rompiéndole un brazo. Pocos pescadores habían trabajado en los ostreros sin acabar sufriendo algún daño por causa de manivelas moviéndose en dirección inversa; uno de los jóvenes Turlock tenía un amplia cicatriz en la frente. «Parecía que me iba a morir desangrado. Si no llega a ser porque tengo la cabeza tan dura como una piedra, ahora estaría muerto.»

Cuando las dragas eran finalmente izadas a bordo, chorreando fango, volcaban su carga sobre la cubierta, excepto cuando esa carga era demasiado sucia para poder trabajar; entonces los hombres se dedicaban a una maniobra que casi les arrancaba los brazos. Bajando y subiendo alternativamente la draga unos metros por debajo y por encima de las aguas, sacudían la gran red hasta que quedaba libre de fango. Sólo entonces la Í2aban a bordo con su cargamento de ostras y conchas.

Las dragas eran rápidamente vaciadas sobre cubierta y arrojadas de nuevo al mar para otra captura. Tan pronto como volvían a introducirse en el agua, los hombres se arrodillaban en la cubierta para hacer la clasificación, y con manos hábiles, llenas de cicatrices de las heridas producidas por los afilados bordes de las otras, iban eligiendo entre la masa de conchas muertas y algas, aislando las ostras vivas que representaban su captura. Sus dedos parecían danzar por entre los despojos, conociendo instintivamente cuándo tocaban una ostra buena; con curiosa destreza cogían cada una y la echaban detrás de ellos, hacia

los invisibles montones, que iban creciendo a medida que progresaba el dragado del día.

Era costumbre a bordo de los *skipjacks* que cada uno de los cuatro hombres que clasificaban la captura arrojase sus ostras al rincón del barco situado detrás de él; esto distribuía equilibradamente el peso de la captura por la cubierta del barco, a proa, a popa, a babor y a estribor. Cuando finalizaba el largo día -desde el alba hasta el crepúsculo, seis días a la semana-, el *Jessie* T solía estar cargado con grandes montones de ostras, pero seguía flotando equilibradamente sobre el agua, gracias a la forma en que se habían distribuido.

Hacia el final de cada jornada, el capitán Jake que no participaba en el trabajo de clasificación, empezaba a buscar un barco que enarbolara en su mástil una enseña con el dibujo de un cesto. Era el barco comprador, y siempre solía haber uno en las proximidades. Cuando ambos barcos abarloaban, los hombres del *Jessie T* tenían que trabajar a doble velocidad. Iban echando las ostras recogidas en el cubo que servía de unidad de medida y que era depositado en su cubierta por un botalón del otro barco, y Tim Caveny llevaba en voz alta la cuenta cada vez que el cubo de hierro se elevaba en el aire y regresaba al barco comprador, depositando las otras en su bodega.

Al anochecer informaba a la tripulación del número de cubos recogidos, y cada hombre calculaba entonces lo que le había reportado el trabajo de la jornada.

El *Jessie T* trabajaba a la parte. El propio *skipjack* recibía un tercio, repartido por igual entre los dos propietarios, Jake y Tim, pero éstos tenían que pagar la comida, el cordaje, las dragas. El capitán recibía otro tercio, que se repartía también con Caveny, el cual hubiera podido hacer igualmente de capitán. Y los cuatro marineros se repartían el tercio restante, si bien Big Jimbo era reconocido como cocinero tan excelente, que recibía de los demás una cantidad adicional.

Su posición era anómala. Los cuatro Turlock odiaban a los negros y nunca se recataban de expresarlo en voz alta. «Los malditos negros mataron a mi primo Matt; como uno de ellos se ponga tonto conmigo, lo liquido.» A menudo formulaban esta amenaza en presencia de Big Jimbo, dando a entender que sabían perfectamente que descendía del homicida; pero le apreciaban mucho como amigo, como útilísimo

ayudante en cubierta y como el mejor cocinero de la flota. «A bordo del *Jessie T* se come, muchacho. Nuestro negro guisa mejor de lo que ha guisado nunca el vuestro.»

La extraordinaria contribución de Big Jimbo quedó de manifiesto una gris mañana de febrero en que los hombres estaban desayunando mientras el Turlock más joven permanecía al timón. El *skipjack* estaba escorando a estribor, por lo que los platos resbalaban sobre la mesa, y el capitán Jake exclamó a través de la puerta del camarote.

–¿Todo bien ahí arriba?

–¡De maravilla! – respondió el hombre que maniobraba el timón.

Pero poco después, gritó, con tono de alarma:

–¡Capitán! ¡Nubarrones muy oscuros!

Y, casi inmediatamente:

–¡Necesito ayuda!

El capitán Jake echó a correr hacia la escala, pero Ned Turlock, uno de los tres marineros, se le adelantó. Con el corazón palpitante, el joven subió de un salto los cuatro escalones y salió a cubierta justo a tiempo para ser golpeado en la cara por el botalón, que había girado sobre cubierta al producirse un cambio en la dirección del temporal. Ned cayó a las turbulentas aguas y en cuestión de momentos quedó muy alejado a popa del barco y sin salvavidas, pero el capitán Jake, tomando el mando del timón, hizo girar en redondo el *skipjack*, mientras todos los demás se esforzaban con las velas tratando de dominar el barco.

Tan pronto como el *skipjack* se situó en un rumbo que podría llevarle hasta el hombre que se agitaba en el agua, Big Jimbo se ató una cuerda alrededor de la cintura y, luego, pidió a Tim Caveny que hiciese una especie de arnés con cuerdas más pequeñas que le pasaban sobre los hombros y le unían a la cuerda principal. Tras comprobar su resistencia, el corpulento cocinero se cercioró de que el extremo de la cuerda quedaba bien sujeto a una cornamusa y, luego, sin vacilar, se zambulló en las profundas y heladas aguas. Manoteó furiosamente para estabilizarse, y uno de los Turlock exclamó:

–¡Diablos, tampoco él sabe nadar!

–Los negros nunca saben nadar -gruñó el capitán Jake-. Atento con el bichero.

Big Jimbo, accionado violentamente con los brazos y los pies, se acercó al hombre que se agitaba en el agua, pero la fuerza de las oías y el irresistible movimiento del *skipjack* le impedían efectuar el salvamento, y pareció como si Ned Turlock fuera a ahogarse. Pero, en cubierta, el capitán Jake estaba dispuesto a correr grandes riesgos, por lo que, en medio de la furiosa borrasca, hizo girar su barco, volcándolo casi, y lo enfiló en un rumbo que interceptaría a su primo.

Con gigantesco abrazo, Big Jimbo agarró al exhausto hombre, lo estrechó contra su pecho y le expulsó el agua de los pulmones, al tiempo que los demás tiraban de la cuerda para izar a los dos hombres a bordo del *Jessie* T. Aquella noche, al sentarse a cenar, después de haber calculado el total de ostras vendidas y los beneficios obtenidos, los seis hombres juntaron sus manos, mientras Caveny pronunciaba su acción de gracias:

«Dios Todopoderoso, Tú enviaste la tormenta, muy semejante a la que se abatió sobre los pescadores de Galilea, y en Tu sabiduría arrebataste de entre nosotros a nuestro marinero Ned. Pero, así como rescataste a Jonás después de cuarenta días y cuarenta noches en el vientre de la ballena, así también impulsaste a nuestro negro Big Jimbo a lanzarse a las embravecidas olas para salvar a Ned. San Patricio, santo patrón de los pescadores, te damos gracias por tu intervención. No hay amor más grande.»

Cuando finalizó la oración, todos formularon objeciones:

–Los cuarenta días y cuarenta noches fueron cuando Noé y el arca, no con Jonás.

–Las dos veces fue mucho tiempo -dijo Caveny-. Yo creía que habíamos perdido a Ned.

–La semana pasada dijiste que san Pedro era nuestro santo patrón.

–Un pescador necesita toda la ayuda que pueda obtener -replicó Caveny.

–Deberías haber acabado la última frase -y el capitán Jake recitó-: «No hay amor más grande que el de quien da la vida por su hermano.»

–No ha sido por olvido. Es que he pensado que Ned podría tomarse a mal que le dijeran que era hermano de un negro.

Con el accidente de Ned Turlock, se difundió tanto la sospecha de que el *Jessie T* era un barco con mala suerte, que el capitán Jake

empezó a encontrar dificultades para enrolar una tripulación. En el almacén, un cínico recordó a los hombres:

–Como os dije, ese *skipjack* estaba condenado desde el principio. Tiene la orza descentrada. El culo torcido, podríamos decir.

Y uno de los Turlock que navegaban en él confió:

–Con lo que realmente hay que tener cuidado es con el capitán Jake. En otoño, cuando hay muchas ostras, paga un sueldo a los tripulantes. Y en invierno, cuando ya no hay tantas, te sonríe como un ángel y dice: «Muchachos, será mejor que trabajemos ahora a la parte.» Yo no vuelvo a navegar con él.

Cuando un *skipjack* de la Orilla Oriental se veía en la imposibilidad de enrolar tripulantes, era tradicional que el capitán tomara la gran decisión que ahora tomó el capitán Jake:

–Caveny, vámonos a Baltimore.

Acompañados solamente por Ned y Big Jimbo, atravesaron la bahía, pasando ante Lazaretto Light y ante el fuerte McHenry, donde había ondeado la bandera estrellada aquella turbulenta noche, y arribaron a uno de los mejores fondeaderos del mundo, el puerto interior de Baltimore. Tres eran sus virtudes: se hallaba situado en el centro mismo de la ciudad; estaba rodeado de hoteles, tiendas y almacenes; y se encontraba tan protegido por sus altos edificios, que ningún temporal podía hacer peligrar a un barco fondeado allí. Además, era un motivo de alegría para cualquier cocinero de barco arribar a aquel puerto, ya que en él se encontraba la enorme «McCormick Spice Company», cuyos aromas impregnaban la zona, con sus estanterías repletas de condimentos que los cocineros buscaban.

Al acercarse el *Jessie T* al muelle situado en el ángulo que formaban Ligh Steet, donde atracaban los blancos vapores, y Pratt Street, donde amarraban los *skipjaks* y proliferaban los bares, el capitán Jake advirtió a sus compañeros que se mantuviesen especialmente alerta.

–Quizá tengamos que largarnos a toda prisa -dijo-. Jimbo, tá cuida el barco, mientras Tim y yo bajamos a tierra para atender nuestros asuntos.

–Capitán -dijo el cocinero-, yo cuido el barco, pero primero tengo que comprar algunas especias.

Y tan pronto como el *Jessie T* hubo atracado, Big Jimbo se dirigió a la tienda de McCormick, de donde regresó con un pequeño paquete que guardó abajo.

Turlock y Caveny echaron a andar entonces hacia la fila de bares, y, mientras caminaban por el muelle, Jimbo exclamó:

–Buena suerte, capitán. Estaré esperando.

Había un bar, «El Pingüino Borracho», en el que los capitanes que buscaban tripulantes siempre obtenían buenos resultados, así que era natural que los dos hombres se dirigiesen allí.

–¡Qué muestra tan bonita! – exclamó Caveny, al ver por primera vez el embriagado pingüino que le miraba socarronamente. Turlock, haciendo caso omiso de la crítica de arte, empujó con el hombro los batientes de la puerta y penetró en el oscuro bar, deteniéndose un momento a contemplar la familiar escena. Cuando se dirigió a una mesa del fondo, dos jóvenes que le reconocieron como un capitán de la Orilla Oriental se levantaron en silencio y se escabulleron por una puerta lateral.

Él y Caveny tomaron una cerveza y, luego, un plato de comida de la barra libre.

–¿Viene mucha gente por aquí? – preguntó Jake al camarero.

–No -respondió el hombre, secando un vaso durante mucho más tiempo del necesario-. La mayoría van a otros sitios.

–Ya vendrán -dijo Jake, mientras se disponía a atacar su comida-. Tim, tráeme otro huevo escalfado.

No había ninguna actividad aquella primera tarde, y Caveny propuso ir a explorar otros bares, pero Jake se negó.

–Otros años he encontrado aquí lo que quería. También esta vez lo encontraremos.

Al anochecer empezaron a llegar los trabajadores de los lugares próximos, que acudían a tomarse su cerveza vespertina, y Caveny dijo:

–Me recuerda los primeros versos de *Energía,* de Gray:

A casa al terminar el día
regresan los cansados obreros,
exhaustos por su honrado trabajo,
y totalmente achispados de ron.

Se aproximaba la medianoche, y nada ocurría.

–Ya les dije que estaban en los otros bares -dijo el camarero.

–Ya lo he oído -gruñó Jake.

Y esa noche él y Tim durmieron sentados a su mesa. Amaneció, y empezaron a llegar por Light Street carruajes con pasajeros para los primeros vapores, y al poco tiempo Pratt Street hervía de carromateros. Se reanudaban la ajetreada vida de Baltimore.

Hacia las nueve de la mañana, los dos ribereños estaban completamente despiertos, y Tim propuso:

–Nunca he visto el hotel «Rennert». Acerquémonos a ver dónde van a parar nuestras ostras.

Y los dos hombres recorrieron una docena de manzanas en el puro y fresco aire de la mañana, atravesaron un parque y se detuvieron sobre las baldosas belgas que pavimentaban todas las calles contiguas al gran hotel.

–El esplendor bajado del cielo a la Tierra -dijo Caveny.

Como Turlock no respondiera, el irlandés señaló la imponente fachada y el uniformado portero.

–Es un honor suministrar ostras a un establecimiento así.

Siguió sin haber respuesta, por lo que Tim le estiró de la manga a su capitán.

–Jake, yo creo que san Pedro, patrón de nosotros, los marineros, consideraría benévolamente que nos tomásemos una cerveza en el «Rennert» para ver cómo podemos ayudarle a continuar en los negocios.

–San Pedro acaso lo consideraría benévolamente, pero ese fulano, no -dijo Jake, señalando sus toscas ropas y la cara sin afeitar de Tim.

–Un honrado trabajador siempre es bien recibido -replicó Caveny.

Y echó a andar hasta donde se encontraba el portero y dijo:

–Escuche, buen hombre. El capitán Turlock y yo suministramos las ostras que sirven en este establecimiento. ¿Tendría usted la bondad de permitirnos tomar una cerveza?

Antes de que el sorprendido empleado pudiera responder, Caveny añadió, rumboso:

–A nuestra cuenta, por supuesto.

–¿De veras son ustedes pescadores de ostras? – preguntó el portero.

–Claro que lo somos -respondió Caveny-, los mejores de la bahía. Por eso nos las compra a nosotros el «Rennert».

–Caballeros, el bar de ostras está al otro lado de esa puerta. Tengo la seguridad de que serán bien recibidos.

Cautelosamente, Jake Turlock entró en el salón, de paredes chapeadas en caoba. Allí estaba el reluciente mostrador de que había oído hablar, el negro que desbullaba los moluscos, la pizarra que anunciaba las numerosas variedades de ostras disponibles y tres hombres de negocios tomándose un piscolabis. Era una sala elegante, ideal para el fin a que estaba destinada.

–Buen hombre -dijo Caveny al camarero-, mi compañero y yo pescamos las ostras que usted vende aquí.

–¿De veras? – preguntó el hombre.

–Tan de veras como que estoy ante usted como el honrado pescador que soy.

–¿Y querrían probar las ostras que han pescado?

–No faltaba más que venir hasta Baltimore para comer ostras. Lo que queremos es una cerveza fría.

–Al instante -dijo el camarero-. Obsequio del «Rennert».

–Podemos pagar -repuso Caveny.

–No lo dudo, pero rara vez vemos a nuestros proveedores de ostras, y esta cerveza corre por cuenta de la casa.

Caveny sorbió su cerveza como si fuese un caballero, formulando varias observaciones sobre la calidad del hotel. Al dejar su vaso en el mostrador, depositándolo suavemente con los diez dedos a su alrededor, preguntó:

–¿Se ofendería usted, señor, si le diésemos una propina más espléndida de lo habitual?

–De marineros como ustedes…

–Ribereños -corrigió Caveny.

Y echó sobre el mostrador una cantidad en monedas que habría bastado para cubrir no sólo el precio de las dos cervezas, sino también una generosa propina.

–Es un magnífico hotel -comentó a Turlock, cuando salían de nuevo a la calle.

Pero Turlock se limitó a decir:

–Volvamos al «Pingüino Borracho». Nunca se sabe cuándo acabarán cayendo por allí.

El primer candidato llegó a las dos de la tarde, un inglés de unos veinticuatro años, andrajoso, legañoso y desnutrido. Tenía el dinero justo para pagarse una cerveza, la cual le daba derecho a atiborrarse con la comida de la barra libre.

Turlock, viendo su voraz apetito, hizo una seña a Caveny, que se acercó al mostrador.

–De la hermosa ciudad de Dublín, estoy seguro.

–Londres -rectificó el inglés.

–No hay ciudad mejor en el mundo, siempre lo he dicho. ¿Le molesta que le invite a otra cerveza?

El joven no estaba dispuesto a discutir acerca de tal invitación, pero cuando la bebida fue pagada y el vaso quedó vacío sobre el mostrador, descubrió el elevado precio de aquella cortesía, pues, de pronto, se sintió agarrado desde atrás por los fuertes brazos de un hombre al que no podía ver, y su generoso amigo Tim Caveny empezó a machacarle la cara a puñetazos. Perdió el conocimiento, y cuando lo recobró se encontró atado de pies y manos en el camarote de un barco desconocido, vigilado por un corpulento negro que amenazó con acuchillarle si hacía el más leve movimiento.

Jake y Tim regresaron al «Pingüino Borracho», se sentaron de nuevo a la mesa y esperaron. Después de anochecer, entró un joven en el bar y anunció en voz alta que era de Boston y que estaba esperando que su barco llegara de Nueva Orleáns; se paseó unos momentos por el local, tomó una cerveza y probó las remolachas picantes, chupándose los dedos al terminar. Era un joven robusto, y Caveny dudaba que se le pudiera reducir fácilmente, por lo que, mientras el bostoniano miraba distraídamente a su alrededor, Tim se acercó al camarero y le susurró una oferta. Fue aceptada, y cuando Tim se situó junto al joven para proponerle un brindis en honor del gran puerto de Boston, donde Tim había servido en muchos barcos distintos, el vaso ya estaba preparado.

El bostoniano tomó un sorbo, miró las burbujas y dejó el vaso sobre el mostrador.

–¡Bebe! – exclamó animadamente Tim, echándose al coleto un largo trago de su propia bebida.

–Quisiera una remolacha picante -pidió el marinero.

–Lo mejor del mundo para tomar con cerveza -admitió Caveny, mientras le acercaba la fuente.

El marinero comió dos remolachas, bebió dos tragos de cerveza y cayó en redondo al suelo.

–¡Cógelo por los pies! – ordenó el capitán Turlock, y los clientes del bar, que ya habían visto otras veces esa operación, se apartaron respetuosamente mientras Jake y Tim llevaban su segundo tripulante al *Jessie T.*

Cuando una tripulación había sido reunida de esta manera, el capitán no se atrevía a tocar puerto en los fines de semana, por miedo a que sus hombres desertasen. Permanecía en la bahía durante toda la temporada de otoño, cargando ostras en los barcos compradores, recibiendo provisiones de ellos cuando era necesario y vigilando constantemente a sus marineros para impedir que escapasen.

–No os compadezcáis a vosotros mismos -dijo el capitán Turlock a los dos hombres-. Se os pagará como a todos los demás. Para Navidad, seréis ricos.

Los apresados marineros tenían que trabajar como esclavos. Echaban las dragas al agua; las izaban; las sacudían cuando había fango; permanecían de rodillas horas y horas y días seguidos, seleccionando las capturas; y cuando llegaba el barco comprador, eran ellos quienes cargaban las ostras en los cubos metálicos.

Los pescadores de ostras tenían un centenar de tretas para engañar a los marineros que habían enrolado a la fuerza: «Bueno, verás, las ganancias de que te he hablado no son todo beneficio limpio. Tienes que pagar las ropas que facilitamos, los guantes, etc.» También tenían que pagarse la comida. Y se les deducía, igualmente, lo necesario para reparar las dragas y el coste de cuerdas nuevas.

El capitán Turlock practicaba un método más sencillo: «Os estáis haciendo ricos día a día.»

–¿Cuándo podemos desembarcar? – preguntó el inglés.

–¿Quieres decir que cuándo podéis abandonar nuestro barco?

–Sí, por así decirlo.

–En Navidad -prometió Turlock.

Y Caveny añadió:

–Todos los hombres anhelan estar con sus familias en ese sagrado día.

Durante la tercera semana de diciembre, cuando el hielo se solidificaba sobre los dedos, los dos marineros fueron al camarote de popa y solicitaron hablar con Turlock.

–Queremos su promesa de que estaremos fuera de este barco para Navidad.

–Tenéis mi solemne promesa -aceptó Turlock.

Y luego, para hacer obligatorio el acuerdo, añadió: -Mr. Caveny lo jurará, ¿verdad, Tim?

–Tan cierto como que la luna se eleva sobre el lago Killarney -aseguró Caveny-, que estaréis fuera de este barco para Navidad.

Dos días antes de esa festividad, cuando el último barco comprador se hubo llevado las ostras, el capitán Turlock reunió a sus hombres en la cocina y dijo alegremente:

–Jimbo, si uno de los muchachos te trae un poco de leche de la isla Deal, ¿podrías prepararnos un estofado macho?

–Encantado -respondió el cocinero.

Y Turlock estudió a los dos tripulantes. – Ve tú -dijo al bostoniano.

Luego, como si cambiara de opinión por alguna profunda razón filosófica, dijo al hombre más débil:

–Será mejor que vayas tú. Quiero hablar de los salarios con éste.

Así, pues, el inglés cogió el cubo y subió a cubierta.

Caveny, Jimbo y Ned Turlock le siguieron para hacer la maniobra de aproximación del *Jessie T* a la isla Deal, a fin de que el inglés pudiera saltar al muelle para ir a buscar la leche. Mientras esto sucedía, el capitán Turlock entabló una grave conversación con el bostoniano.

–¿Adonde irás con el dinero que te vamos a dar?

–A casa. Tengo una familia esperando.

–Se sentirán orgullosos del dinero que les vas a llevar.

El joven sonrió amargamente, y Turlock dijo, con tono tranquilizador:

–No debes enfadarte. Son cosas del mar. Has aprendido a pescar ostras y has ahorrado dinero.

Semejante moralización resultaba repugnante, habida cuenta del duro comportamiento de Turlock, y el bostoniano se puso en pie, enfurecido, para subir a cubierta, pero el capitán le contuvo, agarrándole del brazo.

–Siéntate, muchacho. Hemos cogido muchas ostras en este viaje, y te vas a llevar un montón de dinero a Boston.

Añadió varias farisaicas perogrulladas más y, al final, el joven dijo:

–Capitán Turlock, es usted un estafador. Es un mal hombre, y lo sabe.

Disgustado, se movió hacia la escala, pero esta vez Turlock se interpuso físicamente, diciendo:

–No puedo permitir que te marches enfadado…, antes de que hayamos hablado de tu salario.

Y la conversación continuó.

En cubierta, los otros sabían por qué su capitán retenía abajo al bostoniano, pues cuando el inglés desembarcó con su cubo Caveny gritó: -La casa del final.

Y mientras el joven echaba a andar hacia el pueblecito de pescadores, el irlandés hizo una señal, y Ned Turlock, al timón, apartó el *skipjack* del muelle, adentrándose en la bahía.

–¡Eh! – gritó el joven, al ver alejarse su barco, y su salario-. ¡Esperadme!

No se le esperó. El barco siguió alejándose de la isla, y el joven se quedó en tierra, con su cubo vacío. Se le había «pagado con arena», como decían los ribereños de esta frecuente costumbre, y, si tenía suerte, podía llegar a Baltimore al cabo de dos o tres semanas, sin recursos y sin la menor posibilidad de recuperar los salarios de sus largos meses de trabajo. Tim Caveny, viéndole allí, de pie en la orilla, dijo a sus dos compañeros:

–Ya le dije que estaría en tierra para Navidad.

Cuando el *Jessie T* se hubo alejado del muelle lo bastante como para que no se le pudiera ver ya al hombre abandonado, el capitán Turlock rugió desde abajo:

–¡Mr. Caveny, baje aquí y páguele a este hombre!

Cuando Caveny apareció en la cocina, Turlock dijo:

–Este hombre tiene honrados agravios, que ha expresado abiertamente. Calcule hasta el último céntimo que le debemos y páguele todo. Quiero que nos recuerde con afecto.

Y subió a cubierta, donde se hizo cargo del timón.

Con todo el encanto irlandés de que era capaz, Caveny tomó sus libros de cuentas, los extendió sobre la mesa y aseguró al bostoniano:

–Has trabajado de firme y te has ganado tu dinero.

Pero cuando se disponía a entregarle los billetes, se oyó un violento estruendo en cubierta. Ruidos inidentificables estremecieron el aire, y se oyó el angustiado grito del capitán Turlock:

–¡A cubierta! ¡Todos a cubierta!

El joven marinero de Boston saltó automáticamente hacia la escalera, sin reparar en que el pagador permanecía impasible, sentado a la mesa. Abrió de golpe la puerta del camarote, presto a ayudar en cualquier cosa que pudiera estar ocurriendo, y llegó a la cubierta justo a tiempo para ver cómo el impresionante botalón se abalanzaba sobre él a una velocidad increíble. Lanzando un grito, se puso las manos delante de la cara, no logró esquivar el golpe, y el botalón le arrojó violentamente a las fangosas olas.

Los cuatro hombres de Patamoke se alinearon entonces en la borda y le gritaron sus instrucciones:

–Puedes llegar a tierra. No tienes más que andar. Baja los pies y anda.

Les preocupó verle agitarse, demasiado asustado por su súbita inmersión como para poder controlarse.

–¡Vete andando! – rugió el capitán Turlock-. ¡No cubre!

El pobre hombre comprendió al fin lo que querían decirle desde el barco, que se alejaba. Tambaleándose y maldiciendo, tocó fondo, descubrió que el agua no le llegaba más arriba de los sobacos y comenzó la larga y gélida caminata hasta la isla Deal.

–Es una Navidad que no olvidará jamás -dijo Tim Caveny, mientras d marinero avanzaba trabajosamente hacia tierra.

Ya eran sólo cuatro para repartirse las ganancias de la temporada, y cuando se reunieron a cenar, dos días antes de Navidad, juntaron sus manos y escucharon atentamente mientras Tim Caveny rezaba:

«Dios misericordioso, que todo lo ves y que proteges a los que surcan las olas; somos unos pobres pescadores que hacemos todo lo que podemos. Salimos en nuestro barco para que otros puedan comer. Nos afanamos bajo las ventiscas para que otros puedan permanecer en sus casas. Te damos gracias porque nos has conservado sanos y salvos durante esta larga y peligrosa travesía, y te pedimos que continúes bendiciendo a nuestras esposas y nuestros hijos.»

La pesca de ostras había terminado por lo que quedaba de 1892; aquella noche, los barcos compradores descansarían en Baltimore. Suavemente, el *Jessie T* viró, tensó las velas y puso proa a casa. Los ribereños recordarían siempre aquella Navidad como una de las mejores de su vida, pues el tiempo era fresco, con un sol radiante durante el día y una útil neblina durante las noches sin luna. Tenían mucho que cazar, porque la custodia de sus secuestrados marineros les había impedido disfrutar de sus escopetas durante los meses de noviembre y diciembre; salían todas las noches.

Fue durante el viaje de regreso cuando, una mañana, Tim Caveny señaló el gran peligro que podrían correr si el capitán Jake llevaba adelante su plan para cubrir la plantilla del *Jessie T* ahora que se habían ido el inglés y el bostoniano. Turlock le había mencionado el problema a Big Jimbo, el cual le dijo:

–No es problema, capitán. Yo conozco dos hombres a los que les gustaría.

Pero cuando el cocinero volvió con los dos aspirantes, Tim vio que los dos eran negros y muy corpulentos.

Sin molestarse en llevarse a un lado a su socio, preguntó:

–¿Crees que es prudente contratarlos a los dos, Jake?

–Parecen fuertes.

–Pero eso haría tres blancos y tres negros. Y ya sabes lo que les gusta a los negros conspirar contra los blancos.

Jake observó a los tres negros, y, aunque la expresión de sus rostros era plácida, no le fue difícil imaginárselos desencadenando un motín. Volviéndose hacia Big Jimbo, preguntó bruscamente:

–¿No fue tu padre quien mató al hermano de mi abuelo?

–¿Acaso fue tu abuelo quien robó como esclavo a mi padre? –replicó el cocinero, sin alterarse.

–Está bien -dijo Turlock-. Nos quedamos con éste. Cogeremos otro blanco en Baltimore.

Así, pues, el primer día de dragado, el *Jessie T* no se hallaba faenando. Estaba entregando un cargamento de patos al «Hotel Rennert», en Baltimore, y, una vez hecho esto, Turlock y Caveny regresaron al «Pingüino Borracho» para inspeccionar lo que había por allí. No tuvieron que esperar mucho, pues entró en el bar un gigantesco alemán vestido con jersey gris de cuello alto y pantalones tan gruesos que parecían capaces de resistir un tornado. Estaba evidentemente hambriento, pues devoró tres huevos escalfados antes de que el camarero pudiera servirle su cerveza, y mientras engullía un bocadillo, el capitán Turlock le asestó un botellazo en la cabeza. Cuando se desplomó sobre el serrín del suelo, Caveny salió a la calle y llamó a Big Jimbo con un silbido para que ayudara a sacarlo.

Continuaba inconsciente cuando el *Jessie T* zarpó, pero una vez que el *skipjack había* rebasado Lazaretto, Jake llamó al joven Turlock y dijo:

–Ponte al timón. Éste puede armar gresca cuando despierte.

Con la ayuda de Tim, tendió sobre la cubierta al alemán inconsciente y luego cogió una cabilla y aconsejó a Caveny que hiciera lo mismo. Una vez situados en posiciones seguras desde las que pudieran defenderse, Turlock ordenó al marinero negro que echase un cubo de agua en la cara del alemán; pero cuando el hombre se disponía a hacerlo, Jake, prudentemente, llamó a Big Jimbo.

–Será mejor que estés aquí, con nosotros. Éste podría resultar difícil.

Así, pues, el cocinero se agregó al círculo, y se arrojó el agua.

El caído marinero sacudió la cabeza y, paulatinamente, fue tomando conciencia de que se encontraba a bordo de un barco en movimiento. Se sentó, secándose el agua salada que le cubría la cara, y miró al círculo de rostros, dos blancos y dos negros. Suponiendo que Turlock era el capitán de aquel barco, preguntó, con fuerte acento:

–¿Adonde voy?

–A pescar ostras -respondió Jake.

El alemán estaba evidentemente dispuesto a pelear, pero vio las cabillas y recapacitó.

–¿Cuánto tiempo? – preguntó.

–Tres meses. Y cuando te demos la cuenta te llevaremos otra vez a Baltimore.

El alemán continuó sentado, y, después de haberse estrujado el jersey para escurrir el agua, dijo:

–Otto Pflaum, Hamburgo.

–Encantado de tenerte aquí, Otto. El café está puesto.

Era una espléndida aportación a la tripulación, un hombre de extraordinaria energía y destreza sorprendente para entresacar lo que las dragas extraían del fondo. Ignorante de las tradiciones de la bahía, no le pareció extraño que el *Jessie T* permaneciera en la mar semana tras semana; disfrutaba cuando los barcos compradores se acercaban a recoger la pesca, pues eso significaba que durante los días siguientes la comida sería excelente, y tenía un apetito voraz.

–Si se le dejara, se estaría sentado a la mesa veinticuatro horas diarias -dijo admirativamente Big Jimbo.

–Lo único decente que hay en este barco es el cocinero -observó Pflaum.

En el invierno de 1893 los tripulantes del *Jessie* T se dieron cuenta de la suerte que habían tenido al encontrar a Otto Pflaum, pues se vieron enfrentados de nuevo a su viejo enemigo: los pescadores de Virginia que invadían las aguas de Maryland, aunque un convenio entre los dos Estados reservaba claramente aquellos bancos de ostras para los ribereños de la Orilla Oriental.

Los virginianos tenían tres ventajas: como su Estado era mayor, eran más numerosos; sus barcos eran mucho más grandes que los *skipjacks;* y, por una curiosa razón que nadie podía justificar, se les permitía utilizar barcos de vapor, mientras que los marylandeses estaban limitados a la vela. Sus rápidas y piratescas naves podían arrasar un banco de ostras en una sola tarde.

Naturalmente, los hombres del Choptank intentaron rechazar a los invasores, pero los virginianos eran buenos marineros y sabían cómo desplazar a los pequeños *skipjacks.* También llevaban rifles, y como no temían usarlos, los disparos eran frecuentes; dos hombres de Patamoke habían resultado ya muertos.

Al principio, no hubo represalias por parte de los *skipjacks,* pero el año anterior, después de varios ataques, algunos de los barcos del Choptank habían salido armados, y se habían producido esporádicos tiroteos. Pese a que los barcos de Patamoke navegaban bajo la constante amenaza de ser atacados, el capitán Turlock se había mostrado reacio a armar el *Jessie T.*

–Nuestro trabajo es pescar ostras, no luchar contra los virginianos - dijo a los hombres en el almacén.

–¿Qué harás si te disparan?

–Largarme.

Uno de los capitanes dijo:

–Resulta extraño oírte decir eso, Jake. ¿No fueron tus antepasados los que lucharon contra todo el mundo en la bahía?

–Sí, y nos sentimos muy orgullosos de lo que hicieron, piratas, ingleses y todo.

–Entonces, ¿por qué no te armas?

–Porque un *skipjack* no es un barco de guerra.

Así, pues, el *Jessie T* continuó desarmado, y la estrategia de Jake dio resultado, pues se dirigía a los bancos de ostras a primera hora de cada lunes, y, después de las oraciones, izaban sus dragas con grandes capturas. Cuando los barcos de Virginia empezaban a acercarse, y veía que estaban armados, se retiraba, conformándose con trabajar en los pequeños bancos del Choptank. Pero su retirada no hizo sino envalentonar a los invasores, y antes de que pasara mucho tiempo estaban ya merodeando insolentemente por la desembocadura del río.

Los virginianos eran acaudillados por un osado barco cuya arrogancia era irritante. Era un gran buque llamado el *Sinbad,* identificable por dos características. Llevaba como mascarón de proa un gran rocho tallado, la fabulosa ave de poderosas garras, y el barco entero estaba pintado de azul, color prohibido a los *skipjacks.* El *Sinbad* era formidable.

Aquel invierno desafió al *Jessie T,* echándole casi a pique en una pasada sobre los bancos de ostras.

–¡Aparta, imbécil! – rugió el capitán virginiano, mientras se situaba.

–¡Lánzate contra él! – gritó Ned Turlock a su tío, pero el *Sinbad* era demasiado pesado para semejante táctica, y el *Jessie T* se retiró prudentemente.

Esto animó a los otros dragadores de Virginia; se paseaban con absoluta impunidad sobre los bancos de ostras de Maryland, rastrillándolos con sus barcos de vapor. Era una triste experiencia para los hombres del Choptank, empeorada por el hecho de que los barcos compradores de Virginia se acercaban arrogantemente para recoger las ostras robadas y llevarlas al mercado de Norfolk.

Había que hacer algo. Una noche, cuatro *skipjacks* de Patamoke se reunieron en uno de los bancos para discutir la estrategia que pudiera alejar a los virginianos, y un capitán que tenía una tripulación segura, en la que ninguno de sus miembros había sido enrolado a la fuerza, dijo que, como se dirigía a tierra, telegrafiaría al gobernador de Maryland en petición de fuerzas armadas para rechazar a los virginianos. Pero cuando Pflaum oyó la conversación, preguntó:

–Ellos van a tierra. ¿Por qué nosotros tenemos que quedarnos aquí?

–Porque vuestro barco coge las ostras más grandes -explicó rápidamente uno de los capitanes, conocedor de la situación de Pflaum.

Más tarde, los tripulantes del *Jessie T* se rieron al ver al corpulento alemán, solo en la proa, tratando de descifrar aquella curiosa explicación.

El telegrama no consiguió nada, por lo que los *skipjacks* que habían fondeado en Patamoke para el fin de semana adquirieron rifles, que estaban dispuestos a usar, y durante dos días el capitán Jake dejó que los otros *skipjacks* de Patamoke patrullasen el Choptank mientras él navegaba desarmado; pero cuando los virginianos advirtieron esta estrategia, se dirigieron al *Jessie T* y le obligaron a abandonar los ostreros buenos.

Otto Pflaum ya estaba harto. Al anochecer, irrumpió en el camarote y gritó:

–¡Maldito Turlock! No vas a Patamoke porque tienes miedo de que me largue del barco. No nos compras rifles porque tienes miedo al *Sinbad.* Pues yo no soy ningún pato para dejar que otros me disparen, bang-bang. ¡Yo quiero un rifle!

Tuvo uno. La tarde siguiente, cuando el *Jessie* T abordó a un barco comprador del Baltimore, el capitán Jake preguntó si tenían algún rifle de sobra para vender, y le fueron facilitados cinco, por lo que a la mañana siguiente, cuando el azul *Sinbad* se lanzaba sobre ellos a toda máquina, se encontró con Otto Pflaum disparando desde la proa con un rifle de repetición.

–¡Les ha dado! – gritó Turlock, mientras los sorprendidos virginianos se dispersaban por cubierta.

Durante los días siguientes la pesca se desarrolló plácidamente, y mientras navegaban de un lado a otro, el capitán Jake tuvo tiempo de reflexionar en el excelente trabajo que los Paxmore habían realizado con el *Jessie* T: Tiene la orza desplazada a un lado, pero navega mejor que ningún otro barco en toda la bahía. Recordó haberle dicho a Caveny: «Ningún hombre en su sano juicio construiría un barco con el palo mayor tan a proa, pero funciona. ¿Y sabes por qué? Por lo inclinado que está a popa.» Era un mástil curioso; no sólo surgía de las entrañas del barco en un pronunciado ángulo, de modo que casi parecía inclinarse hacia atrás, sino que su calcés se doblaba hacia delante, formando un arco que parecía fuese a romperlo. El mástil luchaba, así, contra sí mismo, inclinándose hacia atrás, pero curvándose hacia delante, y era esta tensión lo que le hacía tan poderoso; de él pendía una de las velas más grandes utilizadas jamás en un barco pequeño, y, debido al diseño del mástil, la vela se deslizaba con facilidad. «Es un barco magnífico -pensó Jake-. Lástima que no le dejen dedicarse solamente a pescar ostras.»

Pero bajo la dirección del enfurecido *Sinbad* los virginianos habían montado un esfuerzo combinado para expulsar a los marylandeses de sus propios bancos, y todo *skipjack* que se arriesgase a desafiarlos era repelido violentamente. Los tiroteos se convirtieron en cosa habitual, y el capitán Jake siempre se sentía inclinado a retirarse, para proteger su barco, pero Otto Pflaum y el joven Ned Turlock se negaban a permitir que se expulsara al *Jessie T.*

Se convirtió en un objetivo para el *Sinbad.*

–¡Atrás, bastardos! – rugía el capitán, mientras lanzaba su barco a toda máquina.

–¡No cambies el rumbo! – gritaba Pflaum, y el *Jessie T* se mantenía firme mientras Pflaum y Ned Turlock disparaban desde la proa contra el invasor.

No se consiguió nada, pero una noche, al reunirse los tripulantes para recitar las oraciones, Ned Turlock dijo:

–Tío Jake, cuando cogiste a ese alemán, hiciste algo bueno.

La camaradería reinante en el camarote era una cosa extraña, pues, como señaló Ned una noche:

–Nunca pensé que trabajaría con dos negros, y los dos muy buenos en la pesca de ostras.

Estaba sentado entre el cocinero y el marinero negro, comiendo de una cazuela común.

–¿Dónde aprendiste a navegar? – preguntó al más joven.

–Big Jimbo me enseñó.

–Él no tiene barco.

–Me traía al *Jessie T.* Cuando estabais cazando patos.

–¿Nunca habías navegado antes?

–No.

–Aprendes de prisa. Ándate con ojo, Jake, estos condenados negros se van a hacer los dueños del mundo.

–¿Tú habías navegado antes? – preguntó Caveny al alemán.

–En muchos barcos -respondió Pflaum.

–¿Abandonaste tu barco en Baltimore?

–Quería ver América.

–Ésta es la mejor parte -intervino Ned.

–Y te estás ganando buen dinero -dijo el capitán Turlock.

Todos los hombres que participaban en esta conversación recordarían más tarde que siempre que Jake hablaba de los salarios, Otto Pflaum escuchaba atentamente, con las manos entrelazadas sobre el vientre, sin decir nada.

–Se mostraba especialmente atento -informaría Ned Turlock en el almacén.

Estaba atento también cuando el *Sinbad* entró de nuevo en acción, pues cuando tronaron los rifles virginianos y una bala alcanzó a Ned, derribándole peligrosamente cerca de la borda, Pflaum le sujetó con su poderosa manaza, arrastrándole a lugar seguro. Luego, utilizando su

propio rifle y el de Ned, disparó una descarga cerrada contra el barco de Virginia.

–¡Creo que le ha dado a uno! – gritó Caveny, pues en el calor de la batalla Otto se comportaba heroicamente.

Por eso, se planteó un grave problema moral cuando llegó el momento de tirarle por la borda. En las susurradas consultas, Caveny dijo:

–Debemos recordar que, más o menos, le salvó la vida a Ned.

–Eso no tiene nada que ver -gruñó el capitán Turlock-. La temporada termina. Debemos deshacernos de él.

Caveny hizo intervenir a Ned en la discusión, esperando que votase por conservar a Pflaum a bordo y pagarle honradamente, pero el joven era un verdadero Turlock, y dijo:

–¡Al agua! Necesitamos su parte.

Se convino, pues, que durante la primera semana de abril, al finalizar la temporada, Ned se pondría al timón, Caveny retendría al alemán en el camarote tratando acerca de sus salarios, y el capitán Turlock y Big Jimbo esperarían en cubierta armados con cabillas por si algo salía mal cuando el botalón arrojase a Otto por la borda.

Era un día gris, y, como ocurría con tanta frecuencia, el viento soplaba desde el Noroeste. Las olas proyectaban fangosas salpicaduras, y las dragas permanecían depositadas a babor y estribor, después de haberse arrastrado por el fondo durante tres meses ininterrumpidos. Todo el mundo estaba cansado, y hasta los barcos compradores se habían retirado a sus fondeaderos de verano. El largo viaje había terminado, y los pescadores regresaban a casa para repartirse las ganancias.

Tim Caveny estaba en el camarote, con sus libros extendidos sobre la mesa, explicando a Pflaum cómo debía repartirse el dinero.

–Hemos tenido una buena temporada, gracias a ti, en buena parte, Otto. El dinero lo dividimos así. Un tercio para el barco, lo cual es justo. Otro tercio para el capitán. Y el otro tercio para tí, el joven Turlock y los dos negros; y, aparte, todos darán una cantidad para el cocinero.

–Me parece bien. Es el mejor cocinero con que he navegado jamás.

–Y ahora te voy a pagar…

–¡Todos a cubierta! – gritó el capitán Turlock, al tiempo que se oía arriba un terrible estruendo.

Más tarde, Caveny, confesó: «Puede que fuese culpa mía. Lo que pasa es que yo sabía que se iba a oír el grito, y no reaccioné. Otto se dio cuenta al instante que yo no tenía la menor intención de subir a cubierta, aunque se suponía que se trataba de una emergencia. Así, pues, me lanzó una mirada que nunca olvidaré, se subió los pantalones, metió la mano derecha bajo el cinturón y subió lentamente la escalera. Y ya sabéis lo que pasó cuando llegó a cubierta.»

Lo que pasó fue que Otto sabía que el botalón giraría hacia él; estaba preparado y, cuando llegó, lo sujetó con el brazo izquierdo y lo hizo continuar sobre la bahía, al tiempo que con la mano derecha sacaba una pistola, que apuntó a la cabeza de Turlock.

«Una de las jugarretas más astutas que he visto jamás», dijo más tarde Turlock, pues mientras el botalón salía por estribor, Otto Pflaum avanzó lentamente a lo largo de él hasta llegar al mástil. Con sumo cuidado, se agachó sobre la cubierta, caminando lentamente hacia popa, en dirección al camarote. Continuaba apuntando con la pistola a la cabeza del capitán Turlock, y cuando llegó a la altura de Jake dijo:

–Me quedo en el camarote. Solo. Tú lleva este barco a puerto. ¡Rápido!

Con pasos calculados, tanteando el terreno, retrocedió hasta la puerta del camarote, la abrió y gritó por la escotilla:

–¡Caveny, tienes dos segundos para salir, o te mato!

Esperó a que el aterrorizado irlandés saliera precipitadamente a cubierta. Luego, descendió con pasos lentos al camarote y cerró la puerta tras de sí.

Los cinco hombres que se encontraban en cubierta permanecieron día y medio sin agua ni alimentos. Llevaron el *Jessie T* a Patamoke tan rápidamente como les fue posible, furiosos y maldiciendo la doblez de aquel alemán que se había apoderado de su barco, y cuando atracaron en el muelle y Caveny regresó al camarote para pagarle a Pflaum su salario, el corpulento alemán subió la escalera, pistola en mano, y se dirigió lentamente al costado del *skipjack*. Sin despedida de ninguna clase, saltó de espaldas a tierra, sin dejar de apuntar a la cabeza de Turlock, y entró en un bar próximo.

–¿Cómo puedo ir a Baltimore? – preguntó a la chica que servía las mesas.

–En el *Queen of Sheba* -explicó la chica-. Cuando llegue de Dentón.

Era una muchacha de diecinueve años, excepcionalmente guapa y que se ufanaba de su aspecto.

–¿Cómo te Damas? – preguntó Pflaum, alentado por el dinero que tenía, ganado pescando ostras.

–Nancy Turlock. Mi padre es el dueño de ese *skipjack.* -Es un hombre excelente -dijo Pfkum.

Y se quedó durante dos días en el bar, esperando la llegada del *Queen of Sheba* y contando extraordinarias historias a la hija del capitán Turlock.

La última tarde, mientras sacaba su billete para Baltimore, acompañado por Nancy Turlock, que vestía la capa amarilla que él le había comprado, Otto Pflaum observó una conmoción en la carretera que conducía al muelle y fue con Nancy a ver qué ocurría.

Era un espectáculo sorprendente. Un carretero, con su carro cargado de barriles, se hallaba en medio de la carretera, junto a las cabezas de sus dos caballos, mientras una anciana vestida de gris y tocada con un extraño sombrero le reprendía tan vigorosamente, que Pflaum pensó que podría llegar a golpearle realmente con su plegada sombrilla. Resultaba extraño. El carretero se encogía ante su ataque, aunque pesaba el doble que ella. Los niños se arracimaban para contemplar la escena. Y la frágil anciana se alejó con un vigor que habría sido sorprendente en un joven.

–¿Quién es? – preguntó Pflaum, desconcertado.

–Rachel -respondió la muchacha Turlock.

–¿Rachel qué?

–Rachel Paxmore. Ella me enseñó a leer. En los viejos tiempos echaba discursos acerca de liberar a los esclavos. Creemos que está chiflada, pero nadie intenta pararle los pies.

Habiendo sido liberados ya los esclavos, le había dado por responder a los carreteros sorprendidos maltratando a sus animales.

La buena reputación que el *Jessie T* hubiera podido ganar por su buena campaña ostrera, quedó destruida cuando Otto Pflaum fue proclamando por los bares de Patamoke que el capitán Turlock había

intentado ahogarle y que él, Pflaum, se había visto obligado a capturar el *skipjack* y mantenerlo contra cinco adversarios durante más de un día.

–Se ha lucido Jake -dijeron los ribereños, y ya nadie quiso navegar con él.

Normalmente, Turlock y Caveny se habrían ido a Baltimore para enrolar por la fuerza una tripulación, pero temían que Pflaum acechase por allí; así que se tragaron su orgullo y permitieron que Big Jimbo les llevara a otro de sus negros. Así, el *Jessie T* se convirtió en el primer barco de Patamoke que tenía tres blancos y tres negros; era una tripulación muy unida, pues Big Jimbo disciplinaba a sus hombres advirtiéndoles: «Si os portáis bien, habrá muchos marineros negros. Si armáis líos, no se verá a ningún negro dentro de un *skipjack.»*

Pero cualquier satisfacción que el capitán Jake hubiera podido encontrar en su tripulación se desvaneció cuando, al llevar el *Jessie T* a puerto un sábado de finales de diciembre, se enteró de que su hija Nancy se había escapado a Baltimore.

–Entré en sospechas -dijo Mrs. Turlock- cuando empezó a planchar sus vestidos. Luego observé que siempre que llegaba al muelle el *Queen of Sheba* hacía muchas preguntas. Así que la vigilé estrechamente, pero el martes pasado me engañó yéndose a Trappe y cogiendo allí el barco. Se ha ido, Jake, ¿y sabes con quién?

–¿Lew? – preguntó Jake. Las chicas Turlock tenían la costumbre de fugarse con hombres Turlock.

–¡Ojalá fuese así! ¡Con Otto Pflaum!

–¡Dios Todopoderoso! – exclamó Jake.

Y se dispuso a zarpar inmediatamente para Baltimore a fin de recuperar a su hija, y Tim Caveny le animó a ello, pero llegó entonces a su conocimiento una noticia terrible que les impidió salir. Dos capitanes de *skipjacks* habían arribado a Patamoke con las superestructuras de sus barcos destrozadas.

–Estábamos pescando en nuestras aguas, frente a Oxford, cuando llegaron los virginianos, con el *Sinbad* al frente. Y empezaron a disparar contra nosotros para que nos largásemos.

–¿Quieres decir que entraron en nuestro río?

–En efecto.

–¿Algún herido?

–Dos de mis hombres están en el hospital.

–¿Qué vamos a hacer? – preguntaron los exasperados capitanes.

–¿Hacer? Vamos a echarles del Choptank.

El lunes por la mañana el *Jessie T* zarpó de Patamoke con una sombría tripulación. Los seis hombres iban armados, y Big Jimbo aseguró al capitán Jake que sus dos marineros negros eran excelentes cazadores de ardillas. Si surgía una batalla, el *skipjack* estaba preparado.

Pero no estaba preparado para lo que hicieron los virginianos. Cuatro de sus barcos de vapor acechaban en las proximidades de la isla Tilgham, y mientras el *Jessie T* bajaba por el Choptank, estos adversarios, encabezados por el *Sinbad,* se dirigieron hacia él, juzgando que si lograban expulsar del río a Jake Turlock, el resto de la flota les daría poco trabajo.

Fue una lucha sumamente desigual. El capitán Jake permaneció al timón, mientras sus cinco tripulantes, incluido Big Jimbo, se situaban a lo largo de la borda. Los hombres de Patamoke luchaban bien, y algunos de sus disparos inquietaron a los virginianos, pero los barcos invasores eran demasiado rápidos y su fuego demasiado concentrado.

En una pasada, las balas acribillaron la popa del *Jessie T,* y el capitán Turlock habría muerto si no se hubiese tirado ignominiosamente sobre la cubierta. Furioso, rugió a Ned que tomara el timón, mientras él se acurrucaba tras una de las dragas para disparar contra el *Sinbad.*

En ese momento, uno de los barcos de Virginia se acercó por la banda de babor e hizo llover un diluvio de balas sobre el *skipjack.* Jake, arrodillado tras la draga, vio a uno de los hombres de Big Jimbo girar en el aire, dejar caer su rifle por la borda y desplomarse en medio de un charco de sangre.

–¡Cristo todopoderoso! – exclamó Jake, olvidando su propia seguridad y corriendo hacia proa, pero, mientras tanto, los marineros del azul *Sinbad* dispararon contra la rueda del timón, pensando herir al capitán. En lugar de ello, alcanzaron a Ned Turlock, que cayó sobre una rodilla, se agarró a la rueda del timón, hizo describir un círculo al *skipjack* y murió.

Fue una derrota terrible, y no había nada que el capitán Jake pudiera hacer para vengarse. Hubo de contemplar, impotente, cómo la flota de Virginia continuaba adelante, buscando otros *skipjacks* que quisieran impugnar su presencia. No hubo ninguno.

Cuando el *Jessie T* comenzó su lúgubre regreso a Patamoke, los cuatro supervivientes se reunieron en el camarote para rezar sus oraciones, y Caveny hojeó su Biblia buscando el pasaje que le había enseñado un viejo marinero, con el que por primera vez había recorrido la bahía:

«"Gemirán también los pescadores, y cuantos echan en los ríos sus anzuelos se lamentarán, y se desesperarán cuantos tienden sus redes en las aguas."

»Dios Todopoderoso, ¿qué hemos hecho para merecer Tu ira? ¿Qué podemos hacer para recobrar Tu amor? Bienaventurado san Andrés, patrón de los pescadores, acoge bajo tu protección las almas de Ned y Nathan, buenos ribereños de este río. Bienaventurado san Patricio, seca las lágrimas de sus mujeres y protégenos.»

El *Jessie T* habría de encontrar una nueva tripulación, y reinaba una profunda tristeza a lo largo del Choptank, mientras sus hombres estudiaban lo que debían hacer para repeler la invasión procedente de Virginia.

Jake Turlock estaba verde de ira. Manifestaba la furia que había mantenido a sus antepasados en sus obstinadas luchas contra los piratas y los barcos de guerra británicos, pues no sólo se había visto obligado a presenciar la muerte de sus dos tripulantes, sino que había visto también a los insolentes virginianos invadir su propio río. Juró violentamente vengarse, y se entregó con tal intensidad a idear un plan, que se olvidó de su perro, no prestaba la menor atención a los gansos que poblaban su marisma e incluso descuidó su gigantesca escopeta.

Pero fue el astuto Tim Caveny quien ideó la táctica con la que podrían dar su escarmiento al *Sinbad,* y era tan fantástica y audaz que, cuando la oyó, Jake preguntó:

–¿Crees que podríamos hacerlo?

–Seguro -respondió Tim, brillándole de alegría los ojos al imaginar la sorpresa que había preparado para los virginianos-. Pero como ellos

tienen cuatro potentes vapores, será mejor que busquemos cinco o seis tripulantes del Choptank que estén dispuestos a trabajar con nosotros.

Cuando Turlock abordó a los otros hombres, los encontró sedientos de venganza.

–Y así será -les aseguró Jake-. Ellos pueden tener sus máquinas. Lo que Tim y yo hemos preparado es mejor que sus máquinas.

Pero al aproximarse el día de Año Nuevo, con el comienzo de la temporada de invierno, Turlock hubo de enfrentarse al hecho de que el *Jessie T* adolecía de un defecto.

–Tim, lo que necesitamos es un hombre sin nervios.

Quedaron ambos silenciosos, mientras revisaban su estrategia, y finalmente Turlock dijo, con tono vacilante.

–Lo que realmente necesitamos…

–No me lo digas -le interrumpió Caveny-. Otto Pflaum.

–El mismo. Y, ¡maldita sea!, me tragaré mi orgullo e iré a buscarle.

Fueron a Baltimore y, nada más llegar, se dirigieron al «Pingüino Borracho». Naturalmente, Big Jimbo no les acompañó al interior, pero se quedó esperando en las proximidades, por si las cosas se ponían feas. Se sentaron con aire inocente en su acostumbrada mesa del fondo, bebiendo cerveza como dos pacíficos marineros de la Orilla Oriental, cuando apareció Otto Pflaum. Seguía llevando sus gruesos pantalones y su pesado jersey de cuello alto, y tenía un impresionante aspecto. En cuanto vio a los hombres del Choptank, pensó que había ido a quitarle su chica, así que hizo lo más prudente. Sin apartar los ojos de sus enemigos, agarró una botella, la rompió contra la esquina de una mesa y, sosteniéndola hacia delante con la mano derecha, avanzó. Luego, con la mano izquierda, partió otra botella. Así armado, se acercó, y Caveny preguntó con voz de suave razonamiento irlandés:

–Otto, mi buen amigo, ¿no confías en nosotros?

El corpulento alemán no respondió. Se acercó más, situándose en una posición desde la que podía herir con las quebradas botellas cada uno de los rostros. Luego se detuvo, manteniendo las botellas junto a los ojos de los hombres que habían intentatado matarle.

–Otto, siéntate a hablar con nosotros -rogó Caveny.

–¿Queréis contratarme otra vez?

–¡Sí! – exclamó ansiosamente el irlandés.

–¿El mismo salario que antes? ¿Un botalón oscilante?

–Otto, interpretaste mal…

Caveny deseaba explicar que todo se había debido a un malentendido, pero el alemán le apuntó con la botella y gruñó:

–Cierra el pico.

–Necesitamos tu ayuda -dijo Turlock.

–¿Para qué?

–Siéntate. Deja esas botellas.

Take habló con tal autoridad, que el corpulento marinero obedeció.

–¿Cómo está Nancy? – preguntó Turlock.

–Está embarazada.

–¿Os habéis casado?

–Quizá más adelante.

–Otto, necesitamos tu ayuda. Tienes que volver a navegar con nosotros.

–Hay marineros de sobra. ¿Por qué yo?

–Los virginianos. Nos están echando de la bahía.

Turlock había dicho las únicas palabras que podían excitar a aquel gigante. Pflaum había visto al arrogante *Sinbad* y había, luchado contra él, y le atraía la perspectiva de un nuevo combate.

–¿Sin botalón esta vez?

–Tampoco lo hubo entonces -dijo gravemente Caveny-. Un brusco golpe de viento.

–Esta vez me pagáis antes de salir de Baltimore.

–¡Un momento! – estalló Caveny.

Semejante exigencia equivalía a dudar de la honradez del *Jessie T,* pero Pflaum se mostró inflexible.

–Le damos el dinero a Nancy. Pero tiene que recibirlo antes de que zarpemos.

Se acordó así, y el último día del año el *Jessie* T regresó a Patamoke para efectuar los acondicionamientos que Jake y Tim habían ideado.

Cuando Otto Pflaum vio la magnitud de la escopeta que Jake proponía situar en la proa, quedó estupefacto.

–¡Eso es un cañón!

Jake no dijo nada; se limitó a señalar las pequeñas balas de cañón que tenía preparadas, y antes de que Pflaum pudiese hacer ningún

comentario, le mostró tres escopetas más, varios barrilitos de pólvora negra y otros, más grandes, de perdigones de plomo.

–¿Qué intentáis hacer, destruir el *Sinbad?*

–Exactamente -dijo Jake, con gesto torvo.

E invitó a Tim Caveny a que mostrara a Otto la verdadera sorpresa, pues el irlandés había llevado al *skipjack* tres de sus mortales armas, cada una con una batería de siete cañones y una capacidad de muchas libras de perdigones. Otto quedó cautivado por la ingeniosa manera en que Caveny se proponía detonar sus escopetas y exclamó:

–Tenéis que dejarme disparar una.

–Nuestro plan es que dispares dos -repuso Caveny.

Pero Jake intervino:

–No, será mejor que reservemos a Otto para los dos cañones de proa.

–¿Apunto a la cámara?

–A la línea de flotación. Vamos a hundirlo.

Así. pues, Jake pasó los dos primeros días de enero entrenando a sus cómplices; dispararon varias salvas de prácticas a bastante distancia a lo largo del ancho estero para que nadie pudiera verles, y cuando tuvo la certeza de que sus hombres podían manejar su arsenal, puso proa al Choptank.

Las armas fueron cubiertas con una lona, de tal modo que el *Jessie T* parecía simplemente un *skipjack* más de Maryland tratando de ganarse honradamente la vida. El plan era que dos barcos de Patzmoke relativamente desarmados avanzaron en vanguardia en uns casual aproximación a los ostreros en litigio, y dejar que el *Sinbad* los expulsara. Luego, cuando el barco de Virginia se dirigiese hacia el *Jessie T* para completar su acción, Jake debía acercar lo más posible su *skipjack* al enemigo, manteniendo al *Sinbad* a babor, pues los cañones estaban concentrados en ese lado.

Sería una maniobra arriesgada, ya que los marineros del *Sinbad* habían demostrado que no vacilaban en disparar, pero el capitán Turlock había previsto el momento más peligroso:

–Los de las escopetas os mantenéis agachados. Será difícil que os alcancen. Yo me/quedaré al timón y correré mis riesgos.

Había procurado disminuirlos construyendo alrededor de la rueda del timón un semicírculo blindado tras el que podía acurrucarse; su cabeza no estaría protegida, pero, como él dijo: «Si son lo bastante buenos como para acertarme en la cabeza desde su barco en movimiento, merecen ganar.» Fue una confiada tripulación de ocho miembros -cuatro negros y cuatro blancos- la que penetró en la bahía y puso proa al Sur.

Transcurrieron dos días sin incidente.alguno, salvo que el *Jessie T* cogió tantas ostras, que resultaban un estorbo.

–No podemos acercarnos a un barco comprador, o nos verían las escopetas y los dos hombres de más. Por otra parte, si amontonamos bien las ostras, nos servirán de protección.

Así, pues, se reacondicionó la cubierta para que los artilleros pudieran esconderse detrás de las ostras.

El tercer día entró en el Choptank el ominoso *Sinbad,* merodeó en las proximidades de la flota de Patamoke y, luego, enfiló hacia los dos cebos puestos por el capitán Turlock. Como se esperaba, el barco de Virginia ahuyentó a los *skipjacks* y, a continuación, se dirigió en línea recta hacia el *Jessie T.*

–¡Gracias a Dios! – exclamó Turlock-. Viene de babor.

Los escondidos artilleros se mantenían agachados. Jake se acuclilló tras su parapeto de hierro, y los dos barcos se aproximaron.

El primer disparo partió del *Sinbad.* Cuando sus tripulantes vieron que el *Jessie T* no iba a escapar, su capitán gritó:

–Dadles otra pasada.

Rebotaron las balas sobre la cubierta, incrustándose en los montones de ostras. La descarga no consiguió sino enfurecer a los hombres del Choptank y aumentar sus deseos de disparar su batería.

–¡Aún no! – exclamó Jake.

Y sus hombres se mantuvieron firmes mientras el *Sinbad* descuidaba toda precaución y se acercaba mucho más de lo que hubiera debido.

–¡Esperad! ¡Esperad! – exclamó de nuevo Jake, arrodillándose tras la plancha de hierro, mientras las balas silbaban a su alrededor.

Mientras permanecía allí agazapado, sus ojos se encontraron con los de Otto Pflaum, que seguía con el dedo en el gatillo de la gigantesca

escopeta que antaño perteneciera al cazador Greef Twombly. Vio con satisfacción que Pflaum no sólo estaba preparado con su escopeta, sino también listo para saltar hasta su letal hermana, apoyada sobre la amura.

–¡Ahora! – gritó Jake.

Y de todo el costado de babor del *skipjack* brotó una llamarada, que envió una devastadora lluvia de plomo a través de la cubierta del *Sinbad* y contra su línea de flotación. Los virginianos que no fueron derribados quedaron tan desconcertados, que no pudieron reagruparse antes de que Tim Caveny disparase sobre ellos otro de sus monstruos de siete cañones, mientras Otto Pflaum saltaba a su segunda y gigantesca escopeta y apuntaba al boquete abierto por la primera.

El *Sinbad,* mortalmente herido, empezó a escorar por el costado de babor, y sus tripulantes comenzaron a saltar al agua y pedir auxilio.

–¡Dejadles que se ahoguen! – exclamó Turlock.

Y, con absoluta indiferencia, el *Jessie T,* con el culo torcido, como decían sus detractores, se retiró de la batalla.

Fue un regreso triunfal como el que pocos puertos han presenciado, pues el victorioso navío llegó al muelle cargado de ostras, y, mientras Tim Caveny narraba los detalles de la batalla, Otto Pflaum llevaba la cuenta de los cubos de ostras que iban siendo descargados.

Al terminar, informó a sus compañeros que habían batido un récord de pesca. Pero el *Jessie T* había ganado ese día algo más que 198 cubos de ostras. Había ganado el derecho a decir que las riquezas del Choptank serían explotadas de forma responsable.

La victoria de los hombres del Choptank condujo a una serie de acontecimientos que nadie podría haber imaginado.

El hecho de que el capitán Turlock pudiera ahora fondear todos los fines de semana en Patamoke les permitía a él y a Caveny salir a cazar patos, con tan excelentes resultados que ambos aumentaron sus depósitos en el Banco Steed.

Como Jake Turlock estaba ya harto de oír a los demás denigrar su barco -aborrecía especialmente su despectiva descripción «el *skipjack* de culo torcido»-, decidió deshacerse de él y adquirir un barco de verdad, con la orza donde debía estar. Cuando abordó a Gerrit

Paxmore con esta propuesta, encontró al cuáquero dispuesto a escucharle.

–He estado reflexionando sobre el asunto, Jacob, y he llegado a la conclusión de que me mostré obstinado al negarme a construir con arreglo al nuevo estilo. Hay mucha diferencia entre una goleta transoceánica, cuya quilla debe ser mantenida intacta, y un *skipjack* destinado exclusivamente a navegar por la bahía, donde la tensión no es tan grande. Me gustaría tener la oportunidad de construirte uno así.

Cuando quedó redactado el contrato entre Paxmore y la sociedad Turlock-Caveny -«un *skipjack* de primera clase con el tronco de la orza a través de la quilla, 2.815 dólares»-, Gerrit Paxmore preguntó a los propietarios del *Jessie T* qué se proponían hacer con su actual *skipjack*, y Turlock dijo:

–Supongo que encontraremos comprador en alguna parte, aunque tenga el culo torcido.

–Creo que yo os puedo librar de él -respondió Paxmore.

–¿Tienes un comprador? – preguntó Caveny.

–Creo que sí -respondió Paxmore, pero no quiso revelar quién era.

Así, pues, fue construido el nuevo *skipjack*, superior en todos los aspectos al *Jessie* T, y cuando hubo sido botado y se realizaron con él un par de viajes de prueba, Jake y Tim llegaron a la conclusión de que habían comprado una obra maestra, y el primero de ellos dijo, con cierto alivio:

–Ahora podemos contratar una tripulación blanca. Tú, yo, tres Turlocks y Big Jimbo en la cocina.

–Los negros no eran tan malos -recordó Caveny.

–Sí, pero una tripulación blanca es mejor. Menos probabilidad de motín.

–Los negros lucharon bien.

OceanofPDF.com

–Sí, pero una tripulación blanca es mejor.

Jake hizo una pausa y añadió:

–Desde luego, yo no querría navegar sin Jimbo. Es el mejor cocinero que jamás ha producido esta bahía.

Pero cuando fue a Cuello de Rana para avisar a Jimbo que el nuevo *skipjack* zarparía el lunes, descubrió con consternación que el fornido cocinero no iba a ocupar su antiguo puesto.

–¿Por qué no? – tronó Jake.

–Porque…

El corpulento negro estaba demasiado azorado para explicar, y Turlock le acusó de cobardía por la batalla, de falta de lealtad a sus compañeros de tripulación y de ingratitud. Big Jimbo escuchó impasiblemente y, luego, dijo, con voz suave:

–Capitán Jake, voy a salir en mi propio *skipjack.*

–¿Qué?

–Mr. Paxmore me ha vendido el *Jessie T.*

La información desconcertó a Jake, que retrocedió un paso, sacudiendo la cabeza como para despejarla.

–¿Tú has comprado mi barco?

–Sí, señor. Desde que tuve uso de razón, mi padre me dijo: «Agénciate un barco.» Él tuvo su propio barco… durante algún tiempo…, como usted sabe.

–¿Qué barco tuvo jamás Cudjo? – preguntó Turlock, disgustado.

Y Big Jimbo pensó que era mejor no abundar en el asunto. En lugar de ello, continuó:

–Siempre me repetía: «Cuando un hombre tiene su propio barco, es libre. Su única prisión es el horizonte.»

–Diablos, Jimbo, tú no sabes lo suficiente como para poder capitanear un *skipjack.*

–He estado observando, capitán Jake. Le he estado observando a usted, y usted es uno de los mejores.

–¡Maldito negro! – estalló Jake.

Pero las palabras denotaban más admiración que desprecio. Rompió a reír, se palmeó los costados y dijo:

–Todo el tiempo que estabas en cubierta, ayudando a los hombres, estabas observando lo que yo hacía. ¡Maldita sea, sabía que los negros siempre andabais conspirando!

Con la vieja camaradería que había reinado en el camarote, donde aquellos dos hombres habían comido, dormido y trabajado juntos, Jake Turlock le dio a su cocinero una palmada en la espalda y le deseó buena suerte.

–Pero tienes que cambiarle de nombre -dijo Jake.

Big Jimbo se le había adelantado. Cuando él y el capitán Jake fueron al «Astillero Paxmore» para inspeccionar el reacondicionado *Jessie T,* encontraron borrado el antiguo nombre, y, en su lugar, una tabla con las letras *Edén.*

–¿De dónde has sacado ese nombre? – preguntó Jake, admirando el estado en que se encontraba su viejo barco.

–Es el nombre de mi madre -respondió Jimbo.

–Eso está bien -dijo Jake-. Yo le puse el nombre de mi madre. Y ahora tú le pones el de la tuya. Es realmente bonito.

–Ella me dio el dinero para comprarlo.

–Creía que había muerto.

–Hace mucho. Pero siempre estaba ahorrando dinero… cincuenta años. Primero iba a comprar su libertad, y los Steed se la dieron. Luego iba a comprar la libertad de Cudjo, y él mismo se la ganó. Luego iba a comprar la libertad de su hermano, y llegó la Emancipación. Así que me dio a mí el dinero y me dijo: «Jimbo, algún día te comprarás un barco y serás verdaderamente libre.»

En octubre de 1895, el *skipjack Edén,* de Patamoke, hizo su primera salida a los bancos de ostras. Toda la flota lo conocía como «el *skipjack* de culo torcido y con tripulación negra», pero nadie puso el menor obstáculo, pues el capitán Jimbo hubo de ser

reconocido como navegante de primera clase. Naturalmente, había muchas bromas cuando los demás capitanes se reunían en el almacén: «El verano pasado, las cosas le iban mal al *Edén.* El capitán Jimbo lo llevó Choptank arriba para coger un cargamento de sandías con destino al mercado de Baltimore, pero cuando llegó allí la tripulación se las había comido todas.»

Sin embargo, no hubo risas cuando la tripulación negra empezó a descargar grandes cantidades de ostras en los barcos compradores. Y la bahía tal vez se sintiera ofendida, pero no realmente sorprendida, cuando, en el otoño de 1897, Randy Turlock, sobrino lejano del capitán Jake, se enroló como miembro de la tripulación del *Edén*, que quedó compuesta así por cinco negros y un blanco.

–¿Por qué un blanco decente y temeroso de Dios consiente en servir con un negro? – increparon los hombres del almacén al joven.

–Porque sabe pescar ostras -respondió el joven Turlock, y en la temporada de 1899 la tripulación de Big Jimbo era de cuatro negros y dos blancos, y así continuaba al alborear el nuevo siglo.

En tierra, las relaciones entre blancos y negros no eran las mismas que se daban en los *skipjacks.* Durante la pesca de ostras, un hombre era juzgado exclusivamente por lo que hacía; si decía que era cocinero, se presumía que sabía cocinar; y de un marinero de cubierta se esperaba que manejase las dragas. Un hombre se ganaba su puesto exhibiendo su destreza, y el color de su piel carecía de significado.

Pero cuando desembarcaba, el pescador negro no podía participar en las tertulias de los demás, ni mandar sus hijos a la escuela del blanco, ni rezar en una iglesia blanca. Durante siete meses había comido codo a codo con sus compañeros blancos, pero habría sido inimaginable en tierra que almorzase con ellos. Debía mostrarse circunspecto en cuanto decía, en cómo caminaba por las

aceras e, incluso, en cómo miraba a los blancos, no fuera que se ofendiesen y empezaran a circular rumores.

La permanente relación entre las dos razas quedó subrayada a principios de siglo cuando una pandilla de venales políticos demócratas de Annapolis propuso una enmienda a la Constitución de Maryland aboliendo el derecho de los negros al voto. Se hizo esto por la más corrompida de las razones -el deseo de perpetuar el latrocinio de los funcionarios-, pero tras la fachada más honorable y persuasiva. La pandilla no presentó la enmienda bajo su mancillado nombre; empleó los servicios del decano de la Facultad de Derecho, un hombre elegante llamado John Prentiss Pope, que ideó una fórmula para excluirles permanentemente de las elecciones: «Tiene derecho a votar todo habitante de Maryland cuando él o sus antepasados estaban facultados para hacerlo el 1 de enero de 1869, o si puede leer e interpretar un pasaje de la Constitución de Maryland.» Era especialmente eficaz en cuanto que evitaba manifestar abiertamente su carácter antinegro.

–Lo que queremos hacer -explicaron los demócratas cuando visitaron Patamoke- es terminar con esa estupidez de que los negros vayan a las urnas como personas decentes. Vosotros sabéis tan bien como yo que nunca ha habido un negro capacitado para votar, ni nunca lo habrá.

La campaña se tornó virulenta. Periódicos, Iglesias, escuelas y asambleas rurales se unieron en ardiente cruzada para devolver a Maryland su primitivo honor: «Vamos a poner fin a esa farsa de negros fingiendo tener la inteligencia necesaria para entender la política. Poner fin al voto negro y restaurar un Gobierno honrado.»

En realidad, pocos negros votaban, y algunos de los que lo hacían aceptaban dinero, pero el argumento básico contra ellos era que apoyaban al Partido Republicano porque Abraham Lincoln había pertenecido a él, y él era quien había liberado a los esclavos. Los demócratas habían intentado continuamente atraer votantes

negros a su partido, pero habían fracasado; ahora los negros no volverían a votar. La campaña en marcha hacía prever que la enmienda saldría adelante, pues los oradores demócratas recorrían la comarca proclamando: «Si un respetado profesor como John Prentiss Pope dice que los negros no deben votar, ya sabéis cuál es vuestro deber el día de la elección.»

Los Steed se mostraban favorables a la enmienda porque recordaban a John C. Calhoun, líder espiritual de su familia; él había sostenido que el gobierno de los hombres libres debía limitarse a quienes poseyeran instrucción, principios morales y riquezas. «Yo no estoy contra los negros -dijo el juez Steed en un mitin público celebrado en la iglesia metodista de Patamoke-, pero no quiero que depositen su voto sobre cuestiones que sólo afectan a los blancos.»

Los Turlock apoyaban vehementemente las restricciones propuestas y hacían campaña a todo lo largo del río en favor de su aprobación: «Los negros mataron a nuestro primo Matt. Son esclavos por naturaleza, y es mejor que lo sigan siendo.» Hasta los miembros de la familia que habían navegado con Big Jimbo en el *Jessie* T o trabajado a sus órdenes en el *Edén*, proclamaban con vehemencia que ningún negro tenía la inteligencia necesaria para votar; eran ignoradas sus experiencias en sentido contrario a bordo del *skipjack,* y los hombres despotricaban: «Son animales. No tienen derechos.» Solamente Jake Turlock se hallaba confuso en esta cuestión; sabía que Big Jimbo era el hombre más capaz que había servido jamás en el *Jessie* T, más digno de confianza aún que Tim Caveny, pero siempre que se sentía tentado a admitirlo, recordaba la descripción de los negros que tan bien había aprendido de memoria en la escuela, y podía ver las palabras como grabadas a fuego en su cuaderno:

Negros: Perezosos, supersticiosos, vengativos, estúpidos e irresponsables. Les gusta cantar.

Ningún negro que hubiese trabajado jamás con él había sido perezoso, pero en su mente todos los negros lo eran. Ningún negro había sido tan supersticioso como un capitán de *skipjack* que no permitía nada azul, ni ladrillos, ni mujeres, ni nueces, ni una tapa de escotilla vuelta del revés. Ningún negro había sido tan vengativo como el alemán Otto Pflaum, y en cuanto a estupidez e irresponsabilidad, estas palabras nunca podrían aplicarse, ni remotamente, a Big Jimbo ni a los pescadores negros enrolados con él, pero Jake creía firmemente que todos los negros adolecían de esos defectos porque así se le había enseñado en su infancia. Una noche, después de un acalorado mitin en que había hablado en defensa de la enmienda, dijo a Caveny:

–Ahora que lo pienso, Tim, nunca he oído a un negro cantar a bordo de nuestro *skipjack*, pero es sabido que les gusta cantar.

–Son mala gente -respondió Caveny-. Nunca puedes saber lo que están tramando.

Los Caveny, familia que proliferaba ya a lo largo del río, se habían sentido siempre turbados por la presencia de negros en su comunidad. «No teníamos negros en Irlanda. No los admitiríamos si intentaran establererse allí. No son católicos. No creen realmente en Dios. No existe absolutamente ninguna razón por la que deban votar como los hombres normales.» La casta entera de los Caveny se proponía votar en favor de la enmienda y no podía imaginar razón alguna para hacerlo de otra manera.

Los demás habitantes de las orillas del Cboptank eran casi todos opuestos a la concesión de derechos políticos a los negros, y esto ilustraba un singular cambio que estaba modificando la historia de la Orilla Oriental: durante la Guerra Civil, más de la mitad de los hombres del Choptank que habían luchado en ella!o habían hecho en el Ejército de la Unión, pero ahora, cuando sus descendientes rememoraban aquella guerra, aseguraban que más del 95 por ciento habían luchado con la Confederarión. Las razones

que subyacían a este autoengaño eran simples: «Ningún hombre podría enorgullecerse de haber luchado a favor del Norte, codo a codo con los negros. Mi padre era estrictamente del Sur.» Las familias de Patamoke se sentían orgullosas si un antepasado había marchado con Lee o cabalgado con Jeb Stuart, y avergonzadas si había servido con Grant, y se hizo frecuente que las familias mintieran sobre pasadas afiliaciones.

Debido a su selectiva memoria, la Orilla Oriental se convirtió en una de las zon?s más firmemente sudistas, y la gente solía decir: «Nuestros antepasados tenían esclavos y lucharon por conservarlos. La Emancipación fue el peor mal que cayó jamás sobre esta tierra.» Fueron e?tos tardíos sudistas, mezclados con familias de plantación cuyos antepasados habían apoyado honradamente al Sur, quienes ahora se unieron para mantener a los negros fuera de sus escuelas y sus iglesias; participaban en los linchamientos cuando se volvían revoltosos; y se aliaron jubilosamente para adoptar aquella enmienda que les privaría del derecho al voto. Parecía con o si éste pudiera ser el primer paso en el retorno a los buenos y racionales días del pasado, cuando los negros sabían cuál era su puesto y cuándo la vida en la Orilla Oriental era plácida y ordenada. «Si ponemos fin a ese absurdo del voto de los negros, podemos restablecer la paz y la tranquilidad en esta comunidad.»

Los únicos que se oponían a la nueva ley eran los Paxmore y unos cuantos disidentes como ellos, y aun éstos habrían sido reducidos al silencio por la unanimidad de la comunidad, de no haber sido por una formidable maestra de escuela. Miss Emily Paxmore era una de esas mujeres altas y desgarbadas que parecen destinadas a la soltería desde su nacimiento; podría haber enseñado música, o trabajado como empleada en la tienda de algún tío, o dedicado sus esfuerzos a su iglesia, pero en su caso encontró un puesto en la escuela, donde enseñaba con una persistencia que asombraba tanto a los padres como a sus hijos.

Era una mujer corpulenta aficionada a los vestidos severos, con el pelo muy estirado, recogido sobre la nuca y una hosca expresión que repelía en el primer momento a los padres y se suavizaba luego cuando hablaba sobre las posibilidades de educar a sus hijos. La primera vez que oyó hablar de la legislación propuesta, pensó que el reportero le estaba tomando el pelo por su conocida simpatía hacia los negros, y le dio una respuesta frívola: «Considerar siquiera una ley semejante sería como hacer retroceder doscientos años el calendario.»

Esta desafortunada observación se convirtió en la consigna de los partidarios de la enmienda, que declararon: «Eso es exactamente lo que queremos. Volver a como estaban las cosas hace doscientos años, antes de que los negros las embrollasen.»

Cuando Miss Paxmore comprendió que los patrocinadores del proyecto hablaban en serio, dirigió su formidable energía a oponerse a ellos. Se levantaba en las asambleas para pedir el apoyo de sus correligionarios cuáqueros, pero encontró un sorprendente número de ellos favorables al proyecto, defendiendo la furia de que los negros no eran capaces de comprender los problemas.

Convocó mítines públicos, pero cometió el error de invitar a clérigos y políticos del Norte a intervenir en ellos, pues su táctica perdió más votos que los que ganó: «No necesitamos que los del Norte vengan a enseñarnos cómo tenemos que votar.» Se movió por toda la ciudad, abordando incansablemente a todo el que quisiera escuchar, pero no consiguió nada. Desesperada, cruzó la bahía y se fue a Baltimore para consultar con los adversarios del proyecto, y allí no encontró más que pesimismo. «La situación es la siguiente, Emily: Toda la Orilla Oriental se muestra favorable al proyecto. Todos los condados del Sur, leales a la Confederación, votarán a favor de él. Las zonas más occidentales, donde se ha conservado siempre un sentido de libertad, apoyarán el derecho del

negro al voto, y también en gran parte en Baltimore. Pero aunque sume sus votos y los nuestros, ellos ganarán.»

Maryland se convirtió en piedra de toque de los derechos negros; oradores de muchos Estados del Sur acudían al Norte para excitar a los votantes contra los peligros que entrañaban los derechos políticos de los negros, y entrechocaban los sables al recordarse antiguas batallas. Cada semana que pasaba iba quedando cada vez más claro que la enmienda iba a ser aprobada y que, al menos en Maryland, los negros volverían a la situación que habían ocupado durante sus siglos de esclavitud.

Emily Paxmore regresó derrotada a Patamoke, y los hombres del almacén rieron entre dientes al verla dirigirse a su casa, situada junto a la escuela. Y entonces, cuatro semanas antes de la fecha en que debía celebrarse el plebiscito, tuvo una idea, y, sin consultar con nadie, subió a bordo del *Queen of Sheba* y se dirigió a Baltimore. Jadeante, dijo a los hombres y mujeres que dirigían la campaña en contra de la enmienda:

–Es muy sencillo. Podemos derrotar esta falacia mediante una táctica que resultará irresistible.

–¿Qué podría conseguir que cambiasen las tornas?

–Esto. De ahora en adelante no mencionaremos jamás la palabra «negro». En lugar de ello, pondremos de manifiesto que esta enmienda privará de su derecho al voto a los alemanes, judíos e incluso irlandeses. Haremos que sean ellos quienes libren la batalla por nosotros.

–Pero la enmienda no dice eso -objetó un caballero versado en leyes.

Miss Paxmore se puso tensa.

–Pocos alemanes, o italianos, o judíos rusos, tenían derecho al voto el uno de enero de 1869. ¡Piense en eso!

–Pero todos sabemos que la ley no va a ser aplicada contra ellos.

–Yo no lo sé -replicó ella secamente-. Y voy a gritar desde todos los tejados que éste es un plan para despojar de derechos políticos a los inmigrantes.

–¿No sería eso poco honrado?

Miss Paxmore cruzó las manos, consideró la acusación y replicó:

–Si estoy diciendo una mentira, la otra parte podrá refutarla… seis semanas después de la votación.

Estaba en la calle veinte horas al día, una mujer alta y furiosa, vestida de gris, formulando su insolente pregunta en el distrito alemán y en el italiano: «¿Os parece justo que se le niegue el derecho al voto a buenos ciudadanos que pagan sus impuestos?» Redactaba anuncios que aparecían en los periódicos, exigía a los legisladores de extracción alemana e italiana que abrieran los ojos al peligro que amenazaba a sus familias y se pasaba las tardes, al anochecer, en el Tercer Distrito de Baltimore, arengando a los judíos rusos: «Están planeando despojaros de vuestros derechos. Tenéis que luchar contra esta ley.»

Los defensores de la enmienda quedaron consternados ante la tormenta que estaba levantando aquella desgarbada maestra de escuela, y enviaron a John Prentiss Pope para asegurar a todos los inmigrantes que su enmienda sería aplicada juiciosamente. Agentes del partido circulaban por los barrios susurrando que «nuestra enmienda no será jamás utilizada contra vosotros. Va destinada solamente contra *ellos*». Y guiñaban un ojo.

Pero Emily Paxmore tenía una respuesta para eso:

–Vienen como la serpiente del Paraíso y susurran: «Os prometemos que nunca utilizaremos la nueva ley contra vosotros.» Pero puedo aseguraros que en estos momentos tienen planes para privar de derechos políticos a todos los judíos, todos los alemanes y todos los italianos. Una vez que esta enmienda sea aprobada, vuestro voto se habrá perdido para siempre.

Esta acusación era casi criminal; evidentemente, no existían semejantes planes, ni se habían sugerido siquiera cuando la medida fue propuesta por primera vez. «¡Oh, tal vez quisiéramos utilizarla algún día contra esos malditos judíos del Tercer Distrito! Para bajarles los humos. Pero nunca contra los alemanes.» Los defensores de la enmienda se pusieran frenéticos cuando Miss Paxmore hizo circular el rumor de que la nueva ley sería aplicada inmediatamente para eliminar el voto irlandés.

–¡Esa maldita mujer nos está destruyendo con sus mentiras! – tronó un líder demócrata, y reunió un grupo de seis hombres para enfrentarse a ella en el pequeño hotel desde el que trabajaba. Cuando se reunió con ellos en el salón, los encontró listos para la batalla.

–Si repite esas mentiras contra nosotros, la llevaremos ante los tribunales. Irá a parar a la cárcel.

–¿Qué mentiras? – preguntó ella simplemente, con las manos sobre el regazo.

–Que los alemanes serán privados de derechos políticos.

–¿No lo serán? La ley es muy explícita, tal como la habéis escrito.

–Pero no va destinada a los alemanes.

–¿Para quién va destinada?

–Para ellos.

–¿Temes pronunciar su nombre? ¿Te refieres a los judíos?

–¡Maldita sea, Miss Paxmore, no hay en nuestra enmienda una sola palabra dirigida contra los judíos!

–Mis queridos amigos, todas sus palabras podrían aplicarse a los judíos que emigraron aquí desde Polonia, o el Báltico, o Rumanía.

–Pero no vamos a útil arla contra ellos. Le prometemos…

Fríamente, ella recitó los términos del proyecto; podía aplicarse perfectamente a judíos y católicos sin una buena instrucción,

especialmente a húngaros y lituanos, y muy particularmente a polacos e italianos. Concluyendo su cita, dijo:

–Es una ley cruel, caballeros, y deberíais avergonzaros de vosotros mismos.

No estaban avergonzados.

–Mrs. Paxmore, sabe usted condenadamente bien cómo será utilizada esta enmienda. Si un negro intenta votar, le damos la Constitución, y yo soy el juez y digo: «No has pasado.» Si un alemán la lee, digo: «Pasas.»

–Deberíais avergonzaros doblemente por semejante engaño. ¿Cómo puede el negro…?

–¡Maldita sea! – estalló un corpulento político-. Vamos a meterla en la cárcel por libelo, perjurio y ataque a la reputación.

Emily Paxmore no se dejó intimidar. Mirando a cada uno de los hombres, preguntó:

–¿Qué reputación?

Otro político agitó su copia de la enmienda y dijo, casi quejumbrosamente:

–Es injusto, Miss Paxmore, que mienta usted acerca de nuestras intenciones. Sabe muy bien que nunca utilizaremos esta ley contra nuestra propia gente…, sólo contra negros.

Emily Paxmore le cogió el papel de la mano y se lo colocó sobre el pecho.

–Esta enmienda, si es aprobada, será algún día aplicada contra personas como yo. Pero veo por vuestras expresiones que va a ser derrotada, y doy gracias a Dios por ello, pues es un intento criminal.

Tenía razón. Cuando se efectuó el escrutinio, los votantes del Choptank habían apoyado la enmienda por abrumadora mayoría, al igual que el resto de la Orilla Oriental. Las zonas meridionales del continente, donde los esclavos habían sido cosa corriente, votaron también por la privación de sus derechos a los negros, pero en el

resto del Estado el plebiscito se decidió sobre el principio que Miss Paxmore había enunciado: «¿Desea usted privar a los inmigrantes del derecho al voto?» Nunca se mencionó a los negros, y de los condados occidentales en que se habían establecido los alemanes, llegó una mayoritaria votación en contra de la enmienda; en la políglota Baltimore, el voto fue abrumador. La enmienda fue derrotada. Los negros podían seguir votando.

Cuando Emily Paxmore regresó, no habló nunca de su frenética campaña. Volvió a sus clases, produciendo jóvenes estudiosos cuyas vidas estabilizarían la Orilla Oriental, pero una tarde en que le visitó su hermano Gerrit, respondió abiertamente a sus preguntas:

–Mentí, Gerrit, y me siente terriblemente turbada por ello. No tenían ningún plan para privar del voto a los alemanes ni a los judíos. E hice la acusación demasiado tarde para que pudieran combatirla.

–¿Per qué lo hiciste?

–Porque toda persona en esta Tierra se enfrenta a un Armageddon. Cuando todas las fuerzas están dispuestas a favor y en contra. Llega entonces la única gran batalla, y si huyes o no peleas con vigor, tu vida queda empobrecida para siempre.

–Parece muy militar, para ser cuáquera.

–Armageddon es más competente aún cuando se trata de una batalla del espíritu. Esta ley era injusta, Gerrit, y encontré la única forma de destruirla. Me avergüenzo de la táctica que usé, pero si volviera a presentarse la misma situación…

Su voz quedó flotando en el aire. Sacó un pañuelo y se lo llevó a la nariz. Parpadeó varias veces y dijo alegremente:

–Pero no volverá a presentarse. Armageddon solamente llega una vez, y será mejor que no retrocedamos.

En agosto de 1906, cuando los dos ribereños frisaban ya en los sesenta años, Caveny llegó corriendo al almacén con una excitante

noticia:

–Jake, creo que tenemos un contrato para llevar a Baltimore sandías de la granja de Greef Twombly.

Esto era importante, pues los pescadores de ostras se pasaban los mese¿ de verano mendigando consignaciones que mantuvieran ocupados sus *skipjacks;* estos barcos tenían la borda demasiado baja para poder navegar por el océano; si no, hubieran podido transportar madera de las Antillas, como hacían muchas goletas. Además, el batallón era tan largo que en un buen temporal, cuando el estribor quedaba bajo el agua, el extremo del botalón tendía a golpear las olas, y eso era desastroso.

Así, pues, los ribereños rogaban porque se les presentase la oportunidad de Llevar productos de granja a Baltimore y regresar con un cargamento de abonos, o carbón a Norfolk, o lingotes de hierro de los hornos situados al norte de Baltimore. Lo mejor de todo era un cargamento de sandías de algún punto aguas arriba de un río, pues entonces, con una tripulación de tres hombres -Turlock, Caveny y un cocinero negro-, el *skipjack* podía ganar bastante dinero, pasando sobre los bancos de ostras que había trabajado durante el invierno.

Al iniciar este inesperado y lucrativo viaje, Jake estaba de tan buen humor que cuando se disponían a soltar amarras llamó impetuosamente a su perro, y cuando el chesapeake subió a bordo de un ágil salto, Caveny preguntó:

–¿Qué pasa?

–Me ha entrado el capricho de llevarme a mi perro -respondió Jake.

Antes de que hubiera terminado la frase, Caveny había saltado a tierra y gritaba:

–*¡Nerónl* ¡Ven aquí!

Y su voz era tan penetrante, que casi al instante apareció a toda velocidad ra labrador, dispuesto a cualquier aventura que hubiese

en perspectiva.

Fue una travesía agradable. El *skipjack* remontó lentamente las aguas del Choptank hasta la granja del viejo Twombly, donde encontraron esperándoles a Greef y las sandías. Lo primero que el hombre dijo desde el destartalado muelle se refería a la escopeta.

–¿Qué tal va la grande?

Y antes de echar un cabo, Jake respondió:

–Estamos cogiendo unos 77 patos de un solo tiro.

–No usáis bastantes perdigones -replicó Greef, con cierto desprecio.

Cuando se efectuó la carga, el cocinero negro del *skipjack* cogió varios cangrejos desde la popa y preparó unos excelentes pastelillos. Greef sacó cerveza fría y se sentó en la cubierta con los dos ribereños y sus perros, recordando viejas tormentas. Greef hizo una proposición a los dos hombres:

–Hace cinco años planté una fila de melocotoneros, sólo para ver. Están produciendo mucho, y quiero arriesgarme a poner cien cestos en cubierta. Los vendéis y os quedáis con la mitad del dinero.

Pero cuando los melocotones estuvieron a bordo y el *skipjack* se disponía a zarpar, el anciano se llevó aparte a Jake y murmuró:

–Con esa escopeta, si la cargas y la prensas bien, deberías cazar noventa patos de media.

La travesía de la bahía estuvo aromatizada por los melocotones, y cuando el cargamento llegó al Muelle Largo, los mercaderes estaban esperando con sus carretillas, complacidos de recibir sandías, pero encantados, sobre todo, con los inesperados melocotones.

Con sus imprevistas ganancias, los dos ribereños fueron al «Rennert» a comer pato y, luego, visitaron a Otto Pflaum y su mujer, cargaron abonos y emprendieron el viaje de regreso. Al salir del puerto se encontraron casualmente en el centro de un triángulo

formado por tres lujosos vapores, iluminados ahora con electricidad, y admiraron la centelleante elegancia de los airosos navíos.

–¡Míralos! – exclamó Jake, mientras los buques iban cada uno por su lado y sus orquestas deslizaban una suave música sobre las aguas.

–Barcos clásicos -dijo Caveny, y durante cerca de una hora los hombres del Choptank contemplaron los barcos casi con envidia.

No hubieran podido imaginar que aquellos grandes buques desaparecerían algún día por completo de aquella bahía, como se habían desvanecido las goletas y los clípers de Paxmore. El barco clásico no era aquella noche el fastuoso vapor, sino el modesto *skipjack,* la embarcación concebida en la bahía de Chesapeake, ajustada a sus necesidades y adaptada por entero a sus condiciones. Subsistiría después de que se hubiera enmohecido todo cuanto se encontraba aquella noche en la bahía, pues era genérico, nacido de los salinos bajíos y del dragado mientras que los brillantemente iluminados vapores eran innovaciones comerciales útiles para el momento, pero carentes casi por completo de relación con la intemporal bahía.

–Desaparecen muy rápidamente -dijo Caveny, mientras las luces se fundían con las olas.

Se encontraban ahora solos en la bahía, y antes de que pasara mucho tiempo comenzó a divisarse a la luz de la luna el bajo perfil de la Orilla Oriental, una singular configuración de marismas y dispersos estuarios. «Realmente, tenemos la tierra de la vida agradable», pensó Turlock, mientras su *skipjack* se movía lentamente en la noche, pero, al acercarse a la isla Devon, clavó la vista en la extremidad meridional de la isla, donde gran número de árboles aparecían bañados por la marea.

–Nunca me había fijado -dijo-. Esa isla va a desaparecer con una de estas tormentas.

Los ribereños inspeccionaron la erosión, y Caveny dijo:

–Leí en un libro que toda nuestra tierra de la Orilla Oriental es aluvial…

–¿Qué es eso? – preguntó recelosamente Turlock.

–Tierra arrojada aquí por el Susquehanna cuando era cincuenta veces más grande. ¿Sabes lo que creo, Jake? Creo que mucho tiempo después de que hayamos muerto no existirá ninguna Orilla Oriental. La tierra que conocemos se deshará en el océano.

–¿Cuánto tiempo? – preguntó Jake.

–Diez mil años.

Quedaron en silencio. Estaban navegando sobre bancos de ostras por los que habían luchado, bancos cuyo helado producto les había entumecido las manos y herido los dedos, haciendo brotar sangre a través de sus congelados mitones. Más allá de aquella lengua de tierra, apenas visible en la noche, el *Laura Turner* había zozobrado, y habían muerto seis hombres. Poco más lejos, el *Wilmer Dodge*, se había ido a pique, y habían desaparecido seis hombres. A la vuelta del siguiente promontorio, donde se posaban los patos en invierno, el *Jessie T* había rechazado a los invasores llegados de Virginia.

Suavemente, el *skipjack* entró en Choptank. El chesapeake de Jake seguía montando guardia en la proa, listo para repeler a los invasores, pero el labrador de Caveny yacía tendido en cubierta, con la cabeza junto al tobillo de Tim y sus oscuros ojos alzados hacia el irlandés y fijos en él, con una expresión de amor infinito.

DUODÉCIMO VIAJE: 1938

Era principio básico del cuaquerismo que si un hombre o mujer cuidaban el fuego divino que ardía dentro de cada pecho humano, podían establecerse relaciones directas con Dios sin la intercesión de rabinos ni sacerdotes. No se necesitaban cánticos ni oraciones gritadas para atraer la atención de Dios, pues Él moraba en el interior y podía ser invocado con un susurro.

No obstante, se hizo costumbre en todas las reuniones identificar a ciertas personas como poseedoras de una especial devoción, y llegó a conocérselas con el nombre de ministros. En el sentido tradicional de esta palabra, no tenían derecho al mismo, ya que no asistían a seminarios ni recibían de ningún obispo la imposición de manos que les otorgara un don divino cuya legitimidad se remontaba hasta Jesucristo. En todas las demás religiones, el sacerdote así ordenado legalmente podía esperar ser mantenido económicamente por sus feligreses y dedicarse por entero a desarrollar su labor espiritual en beneficio de éstos.

En la fe cuáquera, el ministro no tenía más legitimidad que su propio comportamiento, ni otros ingresos que los que pudiera ganarse con su trabajo. Un cuáquero actuaba como ministro, y entonces se convertía en tal.

Durante la Gran Depresión de la década de 1930, los cuáqueros de Maryland, Delaware y Pensilvania, descubrieron que tenían entre ellos un nuevo elemento en la larga y augusta línea de predicadores cuáqueros. Woolman Paxmore, de cincuenta y tantos años a la sazón, era un hombre alto, delgado, profético, de una nuez insólitamente grande, que le sobresalía como si tuviese dos narices. Había pasado su vida trabajando como granjero, pero su entrega a Dios era tan intensa, que ya de joven empezó a viajar a diversas ciudades, y siempre que aparecía en los cultos del Primar Día, los miembros de la congregación le hacían saber que se sentirían decepcionados si no hacía uso de la palabra.

Se le había puesto, acertadamente, el nombre de uno de los primeros ministros cuáqueros nacidos en América. John Woolman había sido un hombre inspirado, un humilde sastre de Nueva Jersey que. desde la edad de siete años, se había sabido llamado por Dios. Cada año, su rústica vida daba nuevas pruebas de su excepcional fe: asistía a los pobres, elevó el rango de los negros en su parte de Nueva Jersey, viajó hasta el Susquehanna para conocer sobre el

terreno el trato que el Gobierno dispensaba a los indios y, con sus exiguos fondos, fue a Inglaterra para estudiar las condiciones allí existentes, evidenciando siempre una sencilla fe en la bondad de Dios.

Su tocayo, Woolman Paxmore, llevaba una vida muy semejante. Él también auxiliaba a los pobres, llegando a encontrar hogares nada menos que para treinta niños huérfanos. Había ido a Estados como Oklahoma y Montana para ver qué podía hacerse para ayudar a los indios. Y a los cincuenta y seis años de edad, sus pensamientos se volvieron hacia Berlín, la capital de la Alemania nazi.

Estaba un día trabajando en el campo, recogiendo maíz en la orilla norte del Choptank, cuando se le ocurrió una idea sencilla y poderosa: Jesucristo fue judío, un auténtico rabino judío de larga nariz, y ningún hombre consiguió nunca resultados más importantes en esta Tierra. Es injusto que Adolf Hitler persiga a los descendientes espirituales de Jesús. Es completamente injusto.

Aquella semana comenzó predicando este sencillo mensaje: Practicar aun la más pequeña discriminación contra los judíos, es negar la herencia de Jesucristo. Llevó su mensaje a las asambleas rurales de Pensilvania, y a Nueva Jersey, donde había predicado John Woolman, y a todas las que se celebraban en Delaware. Conducía un pequeño «Chevrolet», y los sábados por la tarde los cuáqueros de apartados lugares le veían llegar, un hombre alto y desgarbado, encorvado sobre el volante de su coche, mirando a los lados mientras circulaba lentamente por la ciudad, buscando alguna dirección que recordaba imperfectamente.

Detenía su «Chevrolet» en cualquier parte, dejaba el motor en marcha y caminaba por las calles preguntando a los desconocidos: «¿Podrías decirme dónde vive Louis Cadwallader? ¿No vive en esta ciudad ninguna persona que se llame así? ¿Será entonces Thomas Biddle?»

Cuando encontraba a la persona que buscaba, era objeto de un cálido recibimiento, y se invitaba a otros cuáqueros de la vecindad a una cena informal. Varias de sus mejores predicaciones fueron pronunciadas en aquellas serenas noches de sábado en que los cuáqueros se reunían a tomar una cena fría y a escuchar las reflexiones de su distinguido ministro. Estas reuniones terminaban a menudo con trozos de tarta de manzana y vasos de leche, y los lugareños escuchaban atentamente mientras Paxmore exponía su conclusión:

–Yo creo que si tres o cuatro de nosotros fuésemos a ver a Herr Hitler para señalarle la atrocidad de su conducta, él comprendería. Creo que Dios nos mostraría la forma de rescatar a esas torturadas gentes y sacarlas de Alemania, como en otro tiempo sacó Él de Egipto a sus antepasados.

–¿Crees que Herr Hitler nos escucharía?

–No ha logrado hacerse con el poder en Alemania siendo un estúpido. Y los hombres inteligentes escuchan. Nos escuchará si nos dirigimos a él con nuestro sencillo testimonio.

Acabó obsesionándole la idea de ir a Alemania y hablar directamente con Hitler, y en su recorrido por los Estados del Este convenció a otros dos cuáqueros de que su plan era factible: un comerciante de Pittsburgh dijo que estaba dispuesto a ir, y un famoso maestro de escuela de una pequeña ciudad de Carolina del Norte dijo que estaba convencido de que Hitler escucharía. Así, pues, en 1938 estos tres maduros cuáqueros se reunieron en Filadelfia para discutir los planes de su visita a Berlín.

Woolman Paxmore, en su calidad de predicador reconocido, sentó las bases espirituales:

–Le diremos claramente, pero sin rencor, que lo que está haciendo es inicuo, que no puede serle de utilidad alguna a Alemania y que constituye una afrenta a los cristianos del mundo.

Fue el comerciante de Pittsburgh quien tomó a su cargo la logística del viaje:

–Varios buenos Amigos de Filadelfia han realizado generosas aportaciones para sufragar los gastos del viaje. Iremos este viernes a Nueva York, y zarparemos en el *Queen Mary* con destino a Southampton. Allí nos recibirán Amigos británicos, y pasaremos tres días en Londres. Continuaremos hacia Harwich y cruzaremos el Canal. En Berlín, un grupo de Amigos alemanes nos proporcionará alojamiento, y ya hemos solicitado una entrevista con Herr Hitler.

Y emprendieron la marcha, tres altos cuáqueros sin más credenciales que su sencilla fe. El tercer día de navegación por el océano era domingo, y el maestro de escuela propuso que celebrasen una reunión cuáquera en uno de los camarotes, pero Woolman Paxmore protestó:

–Parece ostentoso que nosotros…

–¿Cómo ostentoso, si nos reunimos en privado?

–Porque hay una reunión formal en el salón -replicó Paxmore-, y debatíamos asistir.

Las tres figuras del Antiguo Testamento, vestidas de negro, añadían atractivo y color a los servicios oficiados por un ministro episcopaliano de Boston, pero se sintieron sorprendidos cuando, al término de las preces, el clérigo dijo:

–Nos honra esta mañana con su presencia en nuestra congregación uno de los más eminentes líderes religiosos de América: el predicador cuáquero de Maryland Woolman Paxmore, y, por mí parte, consideraría un honor que él y sus dos compañeros oficiaran para nosotros un servicio cuáquero esta tarde.

La propuesta fue acogida con entusiasmo. A la hora del almuerzo, muchos de los pasajeros de primera clase bajaron a la clase turista en que viajaban los tres cuáqueros para instarles a que Paxmore celebrara los servicios.

–Nanea hemos asistido a una reunión cuáquera -decían los pasajeros-. Sería un privilegio.

Así, pues, a última hora de la tarde, un grupo de unas sesenta personas se congregó en el salón que había sido utilizado para los servicios de la mañana. Se habían colocado tres sillas en la parte delantera, y se había supuesto que Woolman Paxmore ocuparía la situada en el centro, como puesto de honor, pero él acostumbraba siempre reservar esta silla para el hombre o mujer que hubiera tomado a su cargo los detalles domésticos de la reunión, y ahora insistió en que la ocupase el comerciante de Pittsburgh, pues era él quien había proporcionado los fondos para el viaje.

Durante diez minutos, los tres hombres permanecieron en silencio. Veinte minutos después, seguía sin oírse ningún sonido, y los visitantes que no habían participado nunca en una reunión cuáquera empezaron a sentirse desasosegados. No se revolvían en sus sillas ni arrastraban los pies, pero era evidente que esperaban que sucediese algo. No había cánticos, ni colecta, ni oraciones, ni sermón. Transcurrieron treinta minutos, cuarenta minutos. Luego, el ministro episcopaliano se levantó y dijo brevemente:

–Hermano Paxmore, confiamos en que te sientas llamado a hablar con nosotros. Hemos oído que tus mensajes son sumamente inspiradores.

Esto resultaba muy poco cuáquero y cogió a Paxmore por sorpresa; se había sentido intimidado por la responsabilidad asumida, la de servir de conciencia de la cristiandad, y consideraba inmoderado por su parte hablar en tan sagrado momento. El viaje había comenzado; la obligación había sido asumida; no podía haber vuelta atrás; las palabras no eran ya necesarias.

Pero era un verdadero cuáquero, un hombre de absoluta sencillez, y, si bien le había parecido impropio hablar, no tenía nada de particular que el clérigo de Boston señalase el deseo de los

presentes de oír a un predicador cuáquero. Su inclinación personal era no hablar, pero si otros se lo pedían, lo haría.

Se puso en pie, con una grave inclinación de cabeza en dirección al clérigo, pero el barco estaba navegando por entre grandes y ondulantes olas, y el piso se balanceaba, por lo que agarró el respaldo de la silla y se mantuvo detrás de ella. Alto, vestido de negro, pelo entrecano, rostro anguloso y manos huesudas, se irguió en el oscilante salón y dijo:

–Los hombres y las mujeres debemos hacer frente al desafío concreto de los tiempos, y el ineludible desafío de nuestro tiempo es el trato que Herr Hitler está dando a los judíos de Alemania.

Predijo que, si se le permitía a Hitler maltratar a los judíos alemanes, no tardaría en extender los mismos actos a los judíos de Austria, Polonia y Francia.

–Y luego volverá su atención a los demás inconformistas, como los adventistas del Séptimo Día y los cuáqueros. Y muy pronto la malignidad acabará alcanzándote a ti, y a ti, y a ti.

Al pronunciar estas palabras apuntó con su maciza mano derecha a miembros concretos de la congregación, y tres pasajeros de origen alemán, los cuales consideraban que Hitler *había*, hecho mucho para devolver la dignidad a Alemania, se levantaron, furiosos, y abandonaron el salón.

Woolman Paxmore ni siquiera reparó en ello. Estaba desarrollando una idea que sabía era justa e inspirada por Dios, así que continuó:

–Pero si nombres de buena voluntad se dirigiesen a Hitler para recordarle el hecho de que los judíos y Jesús son descendientes de un tronco común, podría detenerse esta infernal caída en la barbarie.

Procedió luego a exponer lo que se había convertido ya en una idea fija para él:

–Debéis reconocer que el propio Jesucristo era judío. Viviendo bajo el ardiente sol de Palestina, su tez era probablemente más oscura que la de muchos negros americanos. Y sus facciones no podrían haber sido las dulcemente sencillas de nuestros calendarios religiosos. Era judío y, sin duda, se parecía mucho a vuestro sastre, vuestro médico o vuestro profesor. Si los judíos tienen nariz larga, él la tenía también. Si los judíos son morenos, él era moreno. Si gesticulan al hablar, él también. Durante gran parte de su vida, Jesucristo fue un rebino judío, y si olvidamos esto, olvidamos la naturaleza del cristianismo.

Al llegar a este punto, se marcharon otros dos pasajeros. Ignorándolos, Paxmore concluyó:

–Nosotros creemos que si estas sencillas verdades pueden serle señaladas a Herr Hitler, él tendrá que admitirlas.

No expresó qué beneficio podría obtenerse con ello, pero su lógica había sido tan convincente que cuando, al cabo de una hora, terminó la reunión, varios de sus oyentes se apiñaron a su alrededor para preguntarle qué propuestas tenía intención de formular si llegaba a entrevistarse con Hitler.

–Muy sencillo -explicó él-. Le rogaremos que suelte a los judíos, que les deje emigrar.

–¿A dónde? – preguntó un hombre de negocios.

–¿A dónde? – exclamó Paxmore, asombrado-. Cualquier país estaría encantado de recibirlos.

–¿Cree usted? – insistió.el hombre de negocios.

–Desde luego. ¿No darías tú la bienvenida a un grupo así? ¿Hombres y mujeres cultos? ¿Niños provistos de buena instrucción? No hay límites a lo que podrían realizar en América. Y estoy seguro de que Francia e Inglaterra sentirán lo mismo.

Por cortesía, el hombre de negocios no respondió, pero miró a su mujer y meneó la cabeza.

–Estos chiflados religiosos… -le murmuró, mientras salían del salón-. Siempre los tenemos encima.

–Pero ha sido interesante -replicó su mujer.

–Fascinante -admitió él-. Me gusta su idea de hablar directamente con Dios. Siempre he pensado que no hacían falta los sacerdotes.

Hizo una pausa y, luego, añadió:

–Supongo que si uno habla directamente con Dios, podría llegar a identificarse con el asunto judío. Jesús tal vez empezara como rabino, pero fue lo bastante listo como para dejar de serlo.

Otro pasajero se paró a hablar con Paxmore. Este hombre era judío, un comerciante de Baltimore, y preguntó:

–Supongamos por un momento que puede usted llegar hasta Hitler, y supongamos que le escucha, y supongamos que está dispuesto a realizar algún gesto. ¿Qué se propone usted ofrecerle?

–Nos llevaremos a todos los judíos que él no quiera, y los estableceremos en otro país -repitió, pacientemente.

–¿Cree realmente que los demás países los aceptarían?

–Sería inhumano lo contrario.

El hombre de Baltimore no hizo ningún comentario a esto. En lugar de ello, cambió bruscamente de tema.

–¿Ha pensado alguna vez, reverendo Paxmore…?

–Yo no soy reverendo -le corrigió Paxmore.

–Para mí, lo es. ¿Ha pensado alguna vez en la posibilidad de que Hitler ofreciera liberar a los judíos…, es decir, a algunos de los judíos, siempre que el mundo exterior le entregue una suma de dinero?

–¡Eso sería chantaje!

–Exactamente. Y debe usted ir preparado para afrontarlo.

Woolman Paxmore quedó en silencio. Le costaba creer que el dirigente de un Estado recurriese al chantaje, y, tras reflexionar unos instantes en esa perversa posibilidad, llamó a sus dos colegas.

–Este caballero ha planteado una cuestión sumamente desconcertante. ¿Querrías explicárselo a mis amigos?

Mientras los demás pasajeros abandonaban el salón, los tres cuáqueros se sentaron con el judío de Baltimore, quien explicó en términos ásperos y crueles el chantaje que esperaba que propusiese Hitler.

–Hablas de él como si fuera un monstruo -objetó Paxmore.

–Lo es. Reverendo Paxmore, tengo la certeza de que si ustedes no rescatan a los judíos de Alemania, serán todos ejecutados…, ahorcados…, fusilados.

–¡Eso es infame! – protestó Paxmore. Se levantó, presa de gran agitación-. Hablas como si estuviéramos tratando con un loco.

–Así es -respondió el hombre de Baltimore-. ¿Y qué están dispuestos a ofrecerle?

La idea era ajena a todo cuanto Paxmore había considerado. ¿Ofrecerle? Acudían a él para ofrecerle la verdad, una visión del eterno mensaje de justicia y salvación de Dios.

–Mis queridos amigos -dijo el judío-, les pedirá dinero.

–¿De dónde vamos a sacar dinero? – preguntó el maestro de escuela.

–Yo podría vender Acantilado de la Paz -respondió sencillamente Paxmore, sin albergar la más mínima duda de que salvar vidas humanas era más importante que conservar su ancestral hogar a orillas del Choptank.

–Mis queridos amigos -dijo el judío-, Hitler querrá mucho más dinero del que ustedes podrían reunir jamás. Pero, si lo pide, recuerden que yo y mis conocidos estamos dispuestos a recaudar el rescate que pida.

Estrechó la mano a los tres cuáqueros y dio a cada uno una tarjeta suya.

Cuando el grupo llegó a Berlín, fue recibido con extremo desprecio por los funcionarios alemanes y con regocijada

condescendencia en la Embajada americana.

–¿Han venido para persuadir a Herr Hitler de que trate más amablemente a los judíos? – preguntó un joven secretario de Virginia.

–Sí -respondió Paxmore-. Confiamos en que harás todo lo posible por facilitar nuestra misión.

–Escuche, ni siquiera nuestro embajador puede llegar hasta él. Es poco probable que ustedes lo consigan.

–Esperaremos -respuso Paxmore.

Permanecieron en Berlín, tratando de establecer contacto con los pocos cuáqueros que vivían en la ciudad, pero los Amigos alemanes no deseaban descubrirse como colegas de los tres extraños hombres llegados de América. Una familia, sin embargo, tenía parientes ingleses -una hija se había casado con un cuáquero de Londres- y no creían correr ningún peligro. Fueron al hotel en que se hospedaban los americanos y se entrevistaron abiertamente con ellos.

–Somos los Klippstein -anunció el padre, con tono seco.

–El apellido parece judío -dijo Paxmore.

–Lo era.

–¿Se encuentran en situación desfavorable?

Herr Klippstein reflexionó unos instantes, y luego suavizó su talante y sonrió.

–Estamos condenados en tres sentidos -dijo, indicando a su familia que se sentara-. Éramos judíos. Somos cuáqueros. Y siempre hemos sido liberales.

–Condenados es una palabra muy fuerte -objetó Paxmore.

El tono ligero empleado por Klippstein se desvaneció.

–Dentro de dos años, todos habremos muerto… si ustedes no nos ayudan.

–¡Muerto! Eso es imposible. Estamos tratando con seres humanos.

–¿Quiere decir que *ellos* son seres humanos? ¿O que *nosotros* somos seres humanos?

–Herr Paxmore -intervino Frau Klippstein-, éste no es un problema corriente.

Hablaba un inglés balbuceante y recalcando mucho las erres. Dijo que cada día se hacían más duras las restricciones.

–De eso hemos venido a hablar con Herr Hitler -explicó Paxmore-. Para convencerle de que debe dejar Ubres a los judíos.

Herr Klippstein sonrió.

–Imposible -dijo.

–¿Pero los embajadores extranjeros…? ¿No emprenderán ninguna acción?

–La mayoría de ellos aprueba el proceder de Hitler. Creen que es bueno para Alemania. Porque la mayoría de ellos desprecian a los judíos… y a los cuáqueros… y a los liberales de todo tipo.

–El embajador americano, no, ciertamente.

–No le conozco. Pero conozco a algunos miembros de la Embajada. No ayudarían a nadie que no fuese rico, instruido y socialmente importante. Son tan malos como los ingleses.

–La Embajada inglesa, ¿no ayudará?

–¡Herr Paxmore!

Klippstein aconsejó a los americanos que se volvieran a su país. Ninguna autoridad les recibiría; estaba convencido de ello.

Pero el cuarto día apareció en el hotel un mensajero uniformado para informarles que Hermann Goering les recibiría a las dos de la tarde. Esta noticia no sorprendió a Woolman Paxmore, quien siempre había creído que él y sus compañeros acabarían viendo a Hitler y convenciéndole de que debía dejar en libertad a los judíos.

–Hoy veremos a Goering y, probablemente, él nos concertará para mañana una entrevista con Hitler -dijo Paxmore a sus compañeros.

Un «Rolls-Royce» fue a buscarles a la una y media, y fueron conducidos a través de espléndidas calles hasta un palacio en el que hordas de personal uniformado protegían la dignidad del Tercer Reich. Paxmore quedó impresionado.

–¿Verdad que son unos jóvenes muy apuestos? – dijo al maestro de Carolina del Norte.

Los tres cuáqueros fueron introducidos en un enorme salón decorado con mapas de colores que tenían más de obra de arte que de representaciones exactas. Mostraban la consolidación del imperio germánico, con una pesada rotulación gótica que los hacía doblemente impresionantes. Al fondo del salón -dos veces más grande que el mayor que hubieran visto nunca- se alzaba una mesa de escritorio blanca cubierta de pequeños ornamentos dorados. El maestro de escuela murmuró, mientras se acercaban:

–Parece muy poco funcional.

Los condujeron hasta un punto situado a unos tres metros de la mesa, y les dijeron que esperasen, Paxmore observó que se encontraban de pie sobre una alfombra blanca y reflexionó en lo difícil que debía de ser mantenerla limpia.

Tras una espera de quince minutos, durante la cual los tres hombres permanecieron hablando en voz baja entre ellos, mientras seis guardias uniformados miraban al techo, se abrió una puerta y entró en la sala un hombre enorme, vestido de blanco y oro y seguido por una bellísima mujer rubia ataviada con traje de montar.

Un intérprete se situó entre los dos y dijo:

–El general Goering y Frau Goering.

Luego, el general empezó a hablar, con voz profunda y firme.

–El general dice que siempre ha tenido noticia de la existencia de los cuáqueros. Tienen en Alemania una magnífica reputación de justicia y honradez. Está informado de las buenas obras que han llevado a cabo por todo el mundo, sin tomar partido jamás ni poner

en situaciones embarazosas a los Gobiernos respectivos. Les da la bienvenida a Alemania con los brazos abiertos.

Woolman Paxmore se consideró en la obligación de agradecer estas generosas palabras, pero Goering prosiguió.

–El general Goering dice que ha traído consigo a su esposa porque, como dama sueca que es, también ella ha oído hablar de los cuáqueros y quería ver algunos.

–En Alemania también hay cuáqueros -repuso Paxmore.

El intérprete juzgó más prudente no repetir eso, y Goering continuó:

–Debido a su excelente reputación, el Tercer Reich estará siempre deseoso de cooperar con ustedes en cualquier forma práctica.

–Tenemos varias sugerencias… -empezó Paxmore.

–Sentémonos, caballeros -le interrumpió Goering, en inglés.

Les condujo a un rincón del amplio salón, junto a una mesita sobre la que había dispuesto un servicio de té. El intérprete dijo:

–El general sabe que ustedes no son ingleses, pero quizás… una taza de té…

–¡Sí, por favor! – exclamó Frau Goering, en inglés.

–Dudo que haya muchos cuáqueros en Suecia -dijo Paxmore.

–Si los hay, yo no los he visto -respondió Frau Goering, en perfecto inglés.

Era una mujer encantadora, y ofreció té y pastelillos a cada uno de los cuáqueros.

–No venimos como cuáqueros -objetó Paxmore.

–Pero eso es lo que son, ¿no? – la voz del intérprete se elevó-. Por eso es por lo que el general ha consentido en recibirles.

–Claro que somos cuáqueros -admitió Paxmore, indicando a los otros dos hombres-. Pero venimos como cristianos, general Goering, para rogarle que permita a los judíos salir de Alemania.

El corpulento hombre rió entre dientes y, luego, soltó una catarata de palabras en alemán que el intérprete resumía esporádicamente. La sustancia era que los judíos de Alemania tenían absoluta libertad para marcharse en cualquier momento, para llevarse consigo todas sus posesiones, para establecerse en cualquier nación que les aceptase.

–Pero ninguna nación los quiere -concluyó Goering.

Woolman Paxmore carraspeó. Tomando un sorbo de té, se dominó y dijo sosegadamente:

–Por lo que sabemos, son muy pocos los judíos a los que se permite salir de Alemania, y eso sólo si pagan cantidades considerables de dinero.

Goering no se inmutó. Dijo:

–Naturalmente, esperamos que se nos indemnice por la instrucción gratuita que les hemos dado. Verdaderamente, Herr Paxmore, ¿no esperaría usted que dejáramos marchar a esos brillantes y competentes judíos sin alguna clase de compensación? ¿Para que pongan sus conocimientos, que nosotros les hemos dado en nuestras escuelas gratuitas, al servicio de nuestros enemigos?

–Ustedes no tienen enemigos -replicó Paxmore.

Goering reaccionó al oír esto. Alargando la mano, dio a Paxmore una sonora palmada en la rodilla y dijo:

–¡Ustedes, los cuáqueros, amantes de la paz! No ven ustedes nada. Estamos rodeados de enemigos, enemigos rapaces…

El intérprete se atascó con la palabra *rapaces* y balbuceó con ella hasta que le interrumpió Frau Goering.

–Enemigos rapaces, Herr Paxmore. Y son rapaces.

–Podrían ser convertidos en amigos -dijo suavemente Paxmore-. Y la forma de conseguirlo es realizar un gesto hacia los judíos.

–Nos proponemos hacer gestos hacia los judíos -dijo Goering, riéndose de su chiste.

–Y si es razonable que su Gobierno exija…

Se detuvo. La única palabra que se le ocurría era *rescate*, rescate en metálico por los judíos, pero comprendió que no debía emplear esa palabra.

–Rescate en metálico -completó sin rodeos el maestro de Carolina del Norte.

El intérprete titubeó con la palabra, tratando de suavizarla, pero Frau Goering volvió a interrumpirle

–No es un rescate, Herr Paxmore. Es más bien un rembolso de la instrucción gratuita que han recibido.

–Ésa era la expresión que estaba buscando -dijo sinceramente Paxmore-. Y si es ese rembolso lo que impide la emigración de sus judíos, puedo prometerle que se aportarán los fondos necesarios.

El general Goering pidió que le fuese traducida de nuevo esta información, y cuando se cercioró de haber comprendido lo que los cuáqueros proponían, preguntó bruscamente:

–¿Está usted dispuesto a entregar el dinero?

–Sí.

–¿Cuánto?

Esto desconcertó a Paxmore, que nunca había discutido seriamente de esos asuntos con nadie.

–Un millón de dólares -respondió, asombrado de sí mismo por haber pronunciado esa cifra.

–¡Un millón! – repitió Goering-. Un millón… ¡hummmm!

Finalizó la entrevista.

–Deben permanecer ustedes cerca de su hotel -dijo el intérprete.

El hombre era un prusiano, educado en escuelas militares, y todo lo que decía contenía ominosas reverberaciones.

Dos días después, un par de automóviles militares pintados de negro se detuvieron ante la puerta trasera del hotel, y se les dijo a los tres visitantes que preparasen unos maletines con las cosas indispensables para una noche.

–Yo los revisaré -dijo el mismo intérprete que les había acompañado en la entrevista con Goering, y subió a su habitación, donde observó atentamente cómo era introducido cada objeto en los maletines. Luego les condujo rápidamente hasta los coches por una escalera trasera. A continuación fueron conducidos hasta un aeródromo en que esperaba un pequeño avión con sólo cuatro asientos de pasajeros. El intérprete subió con ellos, y únicamente al cabo de un rato de haber despegado el aparato, dijo, con voz tensa:

–Van ustedes a entrevistarse con el Führer… en Berchtesgaden…, y cuando sean llevados a su presencia, deben permanecer firmes, con las manos a los costados, sin decir nada. ¿Entienden? Nada.

Woolman Paxmore quiso responder a tan ridiculas instrucciones, pero el comerciante de Pittsburgh le dio un codazo, así que no dijo nada. Pero en un momento en que el intérprete no miraba, se encogió de hombros para que le viese el maestro. Éste levantó las cejas y sonrió.

Aterrizaron en un aeródromo próximo a un lago y fueron conducidos inmediatamente a un «Rolls-Royce», que empezó a subir por una empinada carretera de exquisita belleza.

–Vamos al Nido del Águila -explicó el intérprete, con adecuado tono de respeto, y, tras una larga ascensión a través de arboladas pistas, el automóvil salió a un paisaje de extraordinaria majestuosidad.

–¡Dios mío! – exclamó Paxmore-. A cualquiera le volvería loco vivir aquí.

Las montañas, los inmensos bosques, las ilimitadas llanuras que se extendían abajo…, ¡qué diferentes de los pequeños y lisos campos de la OriUa Oriental!

–No se parece mucho al Choptank -comentó, sin dirigirse a nadie.

–Por aquí -dijo el intérprete, conduciéndoles a un salón mayor aún que el de Goering.

No se habían acomodado todavía a él, cuando quedaron sorprendidos al ver entrar, por una puerta del fondo, al propio general Goering, vestido con un traje de caza bávaro y pantalones de cuero con tirantes. A grandes zancadas, se acercó a saludar a los tres cuáqueros, diciendo en inglés:

–¡Caballeros! ¡Volvemos a vernos!

Abrazó a Paxmore, dándole unas vigorosas palmadas en la espalda. Dijo en alemán:

–El Führer se ha sentido cautivado por su idea, caballeros. Quiere hablar de ello con ustedes.

Y, antes de que los cuáqueros pudieran responder, apareció Herr Hitler, un hombre de pequeña estatura y pelo muy negro, vestido con un sencillo uniforme marrón, sin medallas ni condecoración alguna. Cuando los dos dirigentes alemanes quedaron situados uno junto a otro, parecían típicos cazadores, relucientes de excitación sus inteligentes rostros.

Y entonces habló Hitler, con voz un tanto fina y aguda, y el intérprete comenzó su trabajo.

–¿Es cierto lo que me dice el general Goering? ¿Pueden ustedes recaudar un millón de dólares para pagar la instrucción recibida por los judíos?

–Sí -respondió firmemente Paxmore.

En aquel momento no tenía la más mínima idea de dónde podría sacar un millón de dólares, pero se había pasado la vida aceptando compromisos que habría de cumplir más adelante y había descubierto que, cuando se trataba de una causa meritoria, Dios siempre encontraba formas de resolver aun la situación más apurada.

–Conseguiremos el dinero.

–Entonces, creo que podemos dejarle llevarse sus judíos -dijo Hitler-. Hemos calculado el coste de su educación. En sus dólares… ¿Cuánto era, Hermann?

–Cinco mil dólares cada judío -respondió Hitler.

Paxmore no era muy bueno en aritmética, y trató trabajosamente de calcular cuántos judíos se rescatarían con un millón.

–Doscientos -intervino el maestro de escuela.

–¡Ofensivo! – protestó Paxmore-. Herr Hitler…

–¡Silencio! – gritó el intérprete.

Paxmore hizo caso omiso de él, y se acercó al dictador.

–Deberían ser cincuenta mil judíos, por lo menos. Es lo mínimo que exigiría un elemental sentimiento de compasión.

El intérprete se negó a traducir esta audaz demanda, pero Hitler vio el efecto que su propuesta había causado en los cuáqueros; en realidad, ya al enunciarla había sospechado que sería inaceptable. Calmó al intérprete y le ordenó que preguntase:

–¿Qué número propone usted?

–Cincuenta mil -respondió Paxmore, con firmeza.

–Dudo que haya tantos que quieran marcharse -objetó Hitler.

–Realizar un gesto de tales dimensiones te granjearía una gran reputación, Herr Hitler -explicó Paxmore, con su tono de sereno razonamiento.

Y el hecho de que aquel desaliñado y desgarbado hombre utilizara la persuasión y apelara al amor propio impresionó al dictador. En el impulso del momento, exclamó:

–Cuarenta mil.

Y salió de la estancia.

–Han hecho ustedes un gran negocio -comentó Goering, con rostro sonriente- Como han visto con sus propios ojos, el Führer es un hombre de sentimientos profundamente compasivos. Díganselo al mundo. Informen de ello.

Y con un saludo, que parecía totalmente fuera de lugar, salió en pos de su jefe. De esta forma, Woolman Paxmore y sus dos amigos compraron las vidas de

cuarenta mil judíos. Reunieron el millón de dólares de distintas fuentes, exclusivamente sobre la base de su reputación y la seguridad de que harían lo que decían que iban a hacer.

Y durante el resto de su vida Paxmore encontraría hombres y mujeres de fuerte acento germánico que le buscaban para decirle: «Usted me salvó la vida. Mi grupo fue el último que escapó de Alemania. Los demás murieron todos en los hornos.» E intentaban besarle las manos, pero él lo impedía.

El asunto de los judíos alemanes no proporcionó a Woolman Paxmore sensación alguna de éxito, y él mejor que nadie sabía que en aquel asunto no había por qué besarle las manos, pues cuando él y sus dos amigos hubieron reunido el dinero y concertado el rescate de los cuarenta mil, no pudo encontrar ningún país que quisiera admitirlos, y se pasó casi medio año viajando de capital en capital, suplicando a los diversos Gobiernos que aceptasen a aquellas personas salvadas de la aniquilación. Fracasó al final, tanto con su propio Gobierno como con todos los demás, de tal modo que de los 40.000 con derecho a escapar -pues se había pagado el precio exigido para ello-, sólo 25.000 llegaron a lugar seguro, porque los otros no eran aceptables en parte alguna.

PRUEBA DE FUEGO

En 1938 se publicó en Patamoke un libro notable. Su mérito no radicaba en su estilo literario, que abusaba del preciosismo y de los signos de admiración. Ni era tampoco memorable por ninguna revelación filosófica, ya que consistía en una serie de pequeños episodios desconectados entre sí, elegidos al azar y expuestos sin orden cronológico.

Se titulaba *Historia de Patamoke*, y había sido redactado, o quizá recopilado, por el hijo mayor del juez Hathaway Steed,

Lawton. Como el desarrollo de la ciudad se contemplaba en él a través de las románticas experiencias de las familias cultivadoras de tabaco, había mucho material sobre frecuentados salones, bellas esposas y caballeros. La lectura del libro daba la impresión de que sólo se podía comprender la historia del Choptank si se visitaban las plantaciones del siglo XVII.

Lo que hacía notable al libro era un logro sorprendente: registraba trescientos años de historia sin mencionar ni una sola vez a los negros que habían participado en esa historia y desempeñado un importante papel en ella. Había capítulos enteros sobre hermosas mujeres Steed y sobre las reformas intentadas por los disidentes Paxmore; había incluso condescendientes párrafos sobre los Turlock, especialmente los de la época de los piratas, pero no había absolutamente nada sobre los esclavos que hicieron posible el funcionamiento del sistema.

Por poner un solo ejemplo: Los Cater se habían convertido en una poderosa fuerza en la historia de Patamoke; la ascensión de Cudjo ejemplificaba una Era; Edén había realizado catorce misiones de conducción de fugitivos a Pensilvania; el capitán Jimbo tripuló su *skipjack* a lo largo de dos generaciones de pescadores, convirtiéndose en el primer capitán de la flota…, pero la familia no era siquiera mencionada. No sería exacto, sin embargo, afirmar que el apellido Cater era ignorado en el libro; en la página 118 aparecía el siguiente párrafo:

En 1847 el administrador de Correos Thomas Cater se vio envuelto en dificultades por la acción de unos fanáticos locales que trataban de importar por medio del Correo federal ejemplares de literatura sediciosa ¡¡¡que él secuestraba legalmente!!! Los agitadores protestaron tan vehemente y continuamente que, en 1849, este hombre fue destituido de su puesto, pero los habitantes de Patamoke de mente clara y desapasionada se sintieron complacidos al saber que había recibido un puesto mucho mejor en

Carolina del Sur, donde se alistó en los ejércitos confederados, ¡¡¡llegando a alcanzar el grado de mayor!!!

Ignorar a los Cater podría haber estado justificado sobre la base de que ninguna familia negra ocupaba una posición dominante, pero Steed ignoraba también a los ministros metodistas negros que tan constructivamente habían servido a la comunidad, estabilizándola con frecuencia a lo largo de turbulentas décadas en que eran lo bastante afortunados como para recibir cien dólares al año como salario. Pasaba por alto también a los pequeños comerciantes, a los trabajadores de las conserverías de ostras, a los negros que trabajaban como capataces en las industrias de explotación del tomate y a los hombres que prestaban dinero, sirviendo de Bancos en épocas de crisis para mantener en funcionamiento a la comunidad.

No se decía ni una sola palabra de las escuelas negras que intentaban educar a los hijos de los antiguos esclavos, ni se mencionaba a los equipos de béisbol que solían derrotar de ordinario a los blancos. No se aludía a las reuniones de finales de verano, en que las noches se llenaban de música, ni a los convincentes evangelistas negros que podían hacer chisporrotear el fuego del infierno en la linde del bosquecillo de pinos.

Siguiendo la costumbre nacional, la experiencia negra quedaba borrada, no porque careciese de importancia, sino porque en la mente de un hombre como Lawton Steed no había existido jamás, y los visitantes de otras partes de la nación que leían plácidamente este libro después de tomar sus pasteles de cangrejos en «Patamoke House», no podían ser objeto de reproche alguno si se marchaban con la impresión de que el Choptank había sido explorado, colonizado y explotado por sagaces hombres blancos que hicieron todo el trabajo y tras los que había aparecido misteriosamente una pandilla de negros, surgidos de la nada, sin historia, sin tradiciones, sin importancia alguna y sin derechos. En 1938, cuando se publicó

el libro, tenía Patamoke 6.842 habitantes, de los que 1.984 eran negros. En el pensamiento de los dirigentes cívicos, el 29 por ciento de la población no existía.

El *Patamoke Bugle* reflejaba esta tradición; pasaban meses sin que se mencionara una sola vez a la comunidad negra, y si se hacía, era invariablemente para relatar jocosamente algún desastre ocurrido en la Iglesia Episcopaliana Metodista Africana o presentar alguna divertida noticia sobre una pelea en una sala de juego. Estaba prohibido utilizar el tratamiento de señor, señora o señorita al referirse a un negro, y, excepto cuando se trataba de casos judiciales, su vida social era ignorada.

Los negros vivían detrás del astillero, al este de la ciudad, estrictamente confinados en esa zona, en que los ocasionales esclavos liberados habían fijado su residencia desde 1700. En los años transcurridos desde entonces, Cuello de Rana había cambiado poco: las casas seguían siendo pequeñas, a menudo sin ventanas; algunas eran pintadas cuando los patronos daban cubos sobrantes de pintura a hombres y mujeres que les habían servido fielmente; y había un pequeño campo de béisbol en el que practicaban los jugadores negros. Pero era un mundo aparte, con su propia iglesia, su propia escuela y sus propias costumbres. No tenía médico, ni dentista, pero tenía un policía negro que hacía gala de un tacto increíble para mantener una apariencia de orden.

Si bien la *Historia* no contenía nada acerca de los negros, su actitud hacia ellos quedaba indicada en dos párrafos que obtuvieron favorables comentarios entre los habitantes de la ciudad:

¡Durante varias felices décadas iniciadas alrededor de 1790, la Orilla Oriental disfrutó de una sociedad estable caracterizada por la afabilidad, la estabilidad, el patriotismo y el orden! Era posible mantener estas nobles tradiciones de Inglaterra porque todo el mundo poseía honrada e incontaminada sangre inglesa. Nuestras grandes plantaciones marcaron la pauta a seguir por las más

pequeñas. Cada hombre conocía su puesto y las obligaciones que éste entrañaba.

¡Este hermoso ideal quedó destrozado a consecuencia de dos desastrosos acontecimientos! ¡La Proclamación de Emancipación y la afluencia de campesinos procedentes de Irlanda y de judíos llegados de los países más indeseables de Europa! ¡Cual plaga de langosta, destruyeron una afabilidad de vida que no podían comprender, introduciendo abominaciones como la agitación laboral, los impuestos sobre la renta, el sufragio femenino, el comunismo, el bolchevismo y el *New Deal*!

En 1938, Patamoke era un mundo pequeño y cerrado, con sus propias costumbres, consignas y fuerzas, pero los negros podían lograr en él una vida que era marginalmente satisfactoria si ideaban estrategias de supervivencia. Era difícil hacerlo, pues debían reprimir las emociones humanas normales para pasar inadvertidos en un medio ambiente blanco. Sobre nadie pesaban con más fuerza los problemas de supervivencia que sobre Jeb Cater, un hombre de cuarenta y dos años delgado y de estatura media, que ocupaba una cabaña de dos habitaciones en el Cuello.

Este año, Jeb tenía especiales problemas. No sólo era su empleo más precario de lo normal, sino que, además, su mujer estaba embarazada, por lo cual faltaba el dinero que ella ganaría normalmente. Durante los últimos meses del año, Jeb trabajaba catorce y dieciocho horas diarias en cualquier cosa que se le presentara, y aun así apenas podía mantener a su familia de cuatro miembros. «Sólo Dios sabe qué vamos a hacer cuando llegue nuestro hijo.»

Tenía ya dos hijas, Helen, de nueve años y casi lo bastante mayor como para trabajar, y Luta Mae, de siete, que era tan inquieta y revoltosa que parecía que nunca podría conservar un empleo fijo, y albergaba la esperanza, acariciada durante las largas horas de sus penosos trabajos, de que su próximo hijo fuese varón.

Su esposa Julia le reprendía por esto: «Hay que aceptar lo que venga.»

Julia había crecido en Cuello de Rana y había conocido a Jeb de toda la vida; eran de la misma edad y habían empezado a salir juntos a los quince años. Ella era entonces una muchacha corpulenta y resuelta, y, una vez que decidió ser la esposa de Jeb, hizo todo lo imposible por impedir que se le escapara. Él quiso probar suerte en algún empleo en Baltimore, pero ella consiguió que se quedara en Patamoke. Durante los últimos días de la Primera Guerra Mundial había hablado de alistarse en el Ejército, pero ella le había cortado en seco amenazando con fugarse con su hermano mayor.

El único verdadero riesgo lo corrió cuando ese hermano abandonó la ciudad, encontró trabajo en alguna parte y regresó con bastante dinero, invitando a Jeb a reunirse con él. «Tu hermano nunca llegará a nada, tenga o no dinero», había argüido ella, tratando de retener a su hombre, y cuando Jeb le recordó que hacía sólo un año que había amenazado con casarse con el hermano que ahora estaba condenado, ella replicó desdeñosamente: «¿Casarme yo con ese inútil…? Te gusta fantasear, Jeb.»

Era una buena descripción de su marido: le gustaba fantasear. Creía que el mañana sería mejor, que encontraría un trabajo permanente con un salario decente, que sus hijas estudiarían en la escuela y que su próximo hijo sería varón. También creía en la bondad esencial de los Estados Unidos y había estado dispuesto a luchar contra el kaiser para defenderlos. Había heredado de su antecesor Cudjo Cater esa sólida fuerza de voluntad que permite sobrevivir a los hombres y las naciones, y de Edén Cater, el valor personal para mantenerse en constante esfuerzo. En muchos aspectos era el mejor negro de Patamoke, pero, pese a ello, nunca podía encontrar trabajo fijo.

Durante los meses de invierno trabajaba en el *skipjack* de un blanco pescando ostras. En los meses de verano se dedicaba a la pesca de cangrejos. No destacaba en ninguna de las dos profesiones, y ganaba poco, pero en las dos estaciones intermedias era cuando su familia sentía la tortura de la verdadera pobreza. En primavera ayudaba al capitán del *skipjack* a transportar madera a Baltimore, y en otoño se llevaba sus herramientas a los bosques circundantes para partir leña. Por una cuerda de pino ganaba veinticinco centavos; por una cuerda de roble, cincuenta.

Independientemente de lo que hiciera, volvía a casa exhausto, pues trabajaba horas que ningún blanco habría tolerado, y siempre en las tareas más penosas. Si el *skipjack* cargaba madera, era Jeb quien la llevaba a bordo en los puertos de los ríos y quien la descargaba luego en Baltimore. Tenía las manos callosas y la espalda ligeramente encorvada, pero seguía trabajando y trabajando, como una máquina que era utilizada a bajo coste y que sería arrinconada a la primera señal de que su rendimiento comenzaba a disminuir.

Pese a su incesante trabajo, habría sido incapaz de mantener a su familia si Julia no hubiese trabajado tan duramente como él. Ella nunca se quejaba, pues se sentía recompensada con haber cazado a Jeb, y esto era comprensible, pues no sólo le respetaba como líder de la comunidad negra, sino que era también el mejor marido de Cuello de Rana. Poseía un carácter plácido en casa, y siempre estaba dispuesto a compartir sus exiguos fondos con cualquier familia que se encontrase en dificultades, y el reverendo Douglass decía de él: «Yo predico la caridad según la Biblia, pero es Jeb quien pone de manifiesto lo que significa esa palabra.» Era también un buen padre y pasaba mucho tiempo con sus hijas, y si la pequeña Luta Mae se mostraba rebelde, no era porque sus padres la ignorasen; la amaban profundamente y procuraba calmar su ira cuando se sentía agraviada por los blancos. «Luta Mae -solía

decirle su padre-, no tienes que luchar contra los blancos. Tienes que apartarte de ellos.» Jeb estaba convencido de que si un negro se andaba con cuidado, no se metería en líos con los blancos.

«Los Turlock odian a la gente de color -advertía a sus hijas-, así que lo mejor es mantenerse lejos de ellos. Y también de los Caveny. Quedaos al margen, como yo, y no tendréis complicaciones.»

Aseguraba repetidamente a su familia que habían pasado ya los viejos y terribles tiempos en que los Turlock y los Caveny podían campar a sus anchas por la comarca: «No ha habido un solo linchamiento a lo largo del Choptank desde hace veinte años, ni lo volverá a haber si se les da de lado.» Los Turlock y los Caveny reconocían las cualidades de Jeb, observando muchas veces: «Es un buen negro. Conoce su puesto.»

Jeb se daba cuenta de que la carga más pesada de la familia caía sobre Julia. Tenía tres oficios. En invierno desbullaba ostras en los cobertizos de Steed, trabajando en el turno de noche para que las latas de mariscos frescos pudiesen ser embarcadas al amanecer. En verano su colaboración era de gran valor en la compañía cangrejera, y en otoño hacía turnos dobles en la conservería de tomate de Steed, pelando a mano las piezas más selectas.

Además de esto, cosía para varias familias blancas y constituía uno de los pilares de la Iglesia Episcopaliana Metodista Africana. Era el principal auxiliar del reverendo Douglass y también una de las primeras sopranos de su coro. Estaba totalmente convencida de que Dios se interesaba personalmente en su iglesia y su familia y aunque, por los relatos transmitidos desde la época de Cudjo y Edén, sabía que el cristianismo había sido frecuentemente utilizado como prisión para los negros, sabía también que Dios no sólo había dispuesto la Emancipación enviando a la Tierra a Abraham Lincoln, sino que había dado también a los negros su Iglesia E. M. A. como prueba de su interés por ellos.

Desde la medianoche del domingo al lunes hasta las seis de la tarde del sábado, Julia Cater trabajaba como pocas personas en el mundo se veían obligadas a trabajar; pero cuando se acercaba el domingo y la iglesia de madera esperaba a que fuera ella a adornarla con las flores de la estación, sabía que el propio Dios le estaba esperando para que celebrase la acción de gracias por el hecho de que hubiera pasado otra semana sin desastres mayores.

Los desastres menores estaban constantemente con ella:

–Ya no entran más cangrejos, Jeb. La semana que viene es la última.

–Quizá Mrs. Goldsborough necesite que se le cosa algo.

–La campaña del tomate empieza tarde este año. Mientras tanto, tenemos que comer.

De inquietud en inquietud, la familia Cater iba pasando de un año a otro, pero a finales de 1938, imposibilitada Julia de trabajar en la conservería hasta que naciese su hijo, y Jeb no ganando apenas nada en el *skipjack*, la situación llegó a ser crítica, y al fin, desesperados, marido y mujer decidieron pedir consejo al reverendo Douglass.

–No tenemos un centavo ni nada de comer en casa -dijo Julia al clérigo.

Jeb permanecía en silencio, mirándose sus encallecidas manos.

El reverendo Douglass se recostó en su silla, entristecido como siempre por la historia tantas veces oída en Cuello de Rana. Pero esta vez se sentía abrumado, pues aquéllos eran los Cater, que tan honradamente habían trabajado para mantener unida a la familia, que, pese a sus pequeños y duramente ganados ingresos, siempre habían colaborado al pago de su salario como pastor de la comunidad e incluso habían encalado su cabaña para conservar una apariencia de decencia y dignidad.

Podía verlos entrando en su iglesia, Jeb unos pasos por delante, vestido con un traje limpio, y detrás Julia, dispuestos a entonar

alabanzas a Dios, y las dos niñas, ataviadas y engalanadas para la festividad. Eran la piedra angular de su congregación…, y ahora estaban hambrientos.

El reverendo Douglass meditó acerca de la forma en que podría ayudar a los Cater. Sabía que ni en los almacenes Steed ni en el Astillero Paxmore había puestos de trabajo para más negros; cada establecimiento tenía su personal dedicado a barrer, limpiar y transportar cosas, pero esos puestos eran altamente estimados y transmitidos de generación en generación, aunque la paga era mínima. A veces, en casos de extrema indigencia, los miembros de la comunidad negra se aliaban como corpúsculos en torno a la herida, y el paciente se salvaba. Pero en aquellos difíciles tiempos las familias apenas tenían lo suficiente para su sustento, y el reverendo sabía que sería inútil pedirles ayuda. Lo único que cabía era el tradicional recurso de Patamoke: los Cater podían acudir a los Steed o a los Paxmore y suplicar ayuda.

Pero cuando se lo sugirió a los Cater, Julia dijo:

–Nosotros tenemos nuestro orgullo.

Y luego, incapaz de soportar la idea de mendigar, continuó:

–Quizá me den algo que coser, y Jeb podría reparar los graneros. O las chicas podrían ayudar en la conservería.

Y Jeb continuó en silencio. Finalmente, el reverendo Douglass dijo: -Iré a pedir ayuda a los Steed.

–Mejor los Paxmore -dijo Julia, y necesitó de toda su rígida autodisciplina para contener las lágrimas.

El reverendo Douglass salió de Cuello y fue a Acantilado de la paz para hablar con Woolman Paxmore, recién llegado de Berlín, donde había ayudado a salvar a 25.000 judíos, y el amable cuáquero dijo:

–John, simplemente, no me queda nada de dinero.

–Mr. Paxmore, esta buena familia se encuentra en una situación muy apurada.

–No puedo hacer nada, John.

–Pero la mujer va a tener otro hijo. No podemos dejar que pase hambre.

El reverendo Douglass, sabedor de que ninguna familia blanca podría comprender la perpetua crisis en que vivían los negros, exclamó con voz angustiada:

–¡Esas buenas gentes se están muriendo de hambre!

Woolman Paxmore se apretó los ojos con las manos, y, como era un ministro, rodaron por su cabeza retazos de frases bíblicas. Pensó en Jesús ayudando a los pobres y exhortando a sus discípulos a ocuparse de los oprimidos, y le afligió la idea de que, si bien había podido ayudar a los judíos en Berlín, no podía hacer lo mismo por los negros en Patamoke. Desolado, dejó caer las manos y miró al reverendo Douglass, a quien aceptaba como un mensajero de Dios.

–Evidentemente, debemos hacer algo -dijo, en voz baja-. Pero, ¿qué?

Y entonces se acordó de un bote en el que su mujer iba guardando pequeñas monedas en previsión de un posible día en que se vieran en gran necesidad, y salió de la habitación para buscar el bote, pero mientras revolvía la casa, su mujer le oyó y preguntó:

–¿Qué ocurre, Woolman?

–Los Cater -respondió él-. Esa buena gente.

Y ella no dijo nada cuando él cogió las monedas.

La entrevista en que los dos ministros salvaron a los Cater tuvo lugar un viernes. Al día siguiente el *Patamoke Bugle* publicó la última de su serie de jocosas anécdotas inventadas acerca de la comunidad negra:

El reverendo Rastus Smiley, de la Iglesia E. M. A., se presentó en el bufete del juez Buford en petición de auxilio:

–Juez, necesito su ayuda. Se me ha acusado injustamente, y si usted no me protege, iré a la cárcel.

–¿De qué se te acusa, Rastus?

–Unos blancos aseguran que he robado dos cerdos, tres pavos y cuatro gallinas.

–¿Y estás dispuesto a jurar que eres inocente?

–Sobre la Biblia, juez Buford.

–Siempre me siento obligado a defender a un caballero del clero, pero tú nunca tienes dinero, Rastus. ¿Qué puedes darme por mis servicios?

–Un cerdo, un pavo y dos gallinas.

Amos Turlock estaba de mal humor. Meciéndose en acompasado balanceo en su cabaña al norte de la marisma, reflexionaba en la triste condición en que había caído su vida. Sólo tenía veintinueve años, un ribereño alto y larguirucho que sólo se afeitaba los sábados; uno de sus incisivos se le había roto recientemente, y otros dientes delanteros amenazaban con seguir el mismo camino. Succionando por el hueco, miró desapasionadamente a su curtida mujer mientras andaba por la cocina preparándole el desayuno.

–No lo puedo creer -dijo, más para sí mismo que para ella-. ¡Maldita sea, es mi cuñado, y no debería haberse portado así!

–¿Ya no es tu primo? – refunfuñó su mujer-. ¿No se casó tu padre con su tía?

–Lo que trato de decir, si alguien quiere escucharme, es que Hugo Pflaum no tiene ningún derecho.

Siguió balanceándose, meditando en las injusticias de la vida, y tenía muchas de que protestar. Durante un breve período a comienzos de siglo, la vida había sonreído a la rama de los Turlock que le correspondía…

–Teníamos la casa de ladrillos de la ciudad. El abuelo Jake tenía su propio *skipjack.*

–Ayer dijiste que Sam Turlock era tu abuelo.

–Lo era, por parte de mi madre, ¡maldita sea…!

Calló, disgustado. Era imposible sostener una conversación seria con aquella mujer, una de los Turlock que vivían aguas arriba, pero tras su sombrío silencio reanudó su letanía.

–Sí, teníamos nuestro propio *skipjack*, ¿y sabes una cosa, Cass? Creo que ese hijo de puta de Caveny nos lo robó. Sí, señor, presentó unos papeles en el tribunal, pero yo creo que los falsificó, y el juez se los pasó.

Se balanceaba en silencio, meneando la cabeza al pensar en los paraísos perdidos: la casa de ladrillo les había sido arrebatada y sacada a pública subasta; el *skipjack* se encontraba ahora en poder exclusivamente de los Caveny; sus hijos apenas sabían leer; y de no ser por la marisma y la caza que proporcionaba, la familia no podría subsistir, ni aun contando con la caridad pública. ¡Y ahora la indignidad final! Su propio primo, Hugo Pflaum, había anunciado en el *Patamoke Bugle* que se proponía confiscar todas las escopetas largas del Choptank y en el almacén había alardeado concretamente: «Aunque no haga otra cosa, tengo que ponerle las manos encima a *La Twombly.»*

–¡Maldita sea! – exclamó Amos, levantándose de su silla-. Estamos avisados. Cass, trae aquí a los niños. Quiero hablar seriamente con todos.

Siempre que se levantaba y hablaba en ese tono, ella sabía que la cosa iba de veras, así que dejó de freír los huevos y gritó desde la puerta:

–Kipper, Betsy, Ben, buscad a Nellie y venid aquí.

Cuatro protestas separadas acogieron sus palabras, y ella exclamó:

–Ya lo habéis oído. Vuestro padre quiere hablaros.

Entraron cuatro sucios chiquillos, procedentes del embarrado patio, y si el viejo capitán Jake hubiera podido verlos -él, dueño de su propio *skipjack* y figura destacada entre los navegantes del Choptank- se habría horrorizado de lo rápidamente que había caído

su familia y se habría sentido confuso al conocer las razones. En primer lugar, se había casado con un«prima carnal, por lo que se habían visto aumentados los defectos inherentes a la estirpe de los Turlock. Y se había echado a reír burlonamente cuando Mrs. Paxmore le advirtió que sus hijos no estaban aprendiendo a leer. Además, mientras Tim Caveny había ido ahorrando cada centavo que caía en sus manos, como el tacaño papista que era, Jake había despilfarrado su dinero en aventuras familiares sin valor. No había vivido lo suficiente para ver la triste transferencia del *skipjack* al astuto Timothy, pero en sus últimos días había sospechado con frecuencia que eso podría suceder.

¿Por qué una familia se elevaba y caía y, a veces, volvía a elevarse de nuevo? La suerte desempeñaba un importante papel. Por ejemplo, si Jake Turlock hubiese vivido tanto tiempo como Tim Caveny, podría haber evitado la dispersión de su familia y salvado tanto la casa de ladrillo como el barco; pero se había ahogado una triste noche en que una carga excesiva de su escopeta larga le había hecho perder el equilibrio y había volcado su esquife.

Pero una familia se eleva o desciende fundamentalmente por la forma en que dirige su herencia genética y la aplica a un uso constructivo. Ninguna familia a todo lo largo del Choptank poseía una fuerza vital más vigorosa que los Turlock; no eran elegantes como los Steed, ni inteligentes como los Caveny, ni de complexión recia como las dos generaciones de Pflaum, ni intelectualmente sólidos como los Paxmore, pero poseían una maravillosa capacidad de supervivencia. Eran flacos, enjutos, sencillos y limpio de espíritu, de ojos y dientes fuertes, si se los hubieran cuidado. Y todos los miembros de la familia poseían una astucia animal que les protegía. Con sus cualidades genéticas hubieran debido ser los amos del río, y así había ocurrido con Turlock como el capitán Matt en la trata de esclavos y el capitán Jake en la pesca de ostras.

Amos podía haberlo sido también, pues había heredado todas las cualidades innatas poseídas por sus antepasados, pero las uniones entre miembros de la familia habían favorecido la multiplicación de sus defectos, al tiempo que disminuían sus virtudes. Había querido comprar de nuevo la casa de la ciudad cuando el precio era razonable, pero nunca hizo nada efectivo al respecto, y ahora necesitaban once mil dólares. Había tenido intención de recuperar la participación de su familia en el *skipjack*, *y* habría podido hacerlo, pues Caveny se lo ofreció, pero un *skipjack* se vendía ahora a seis mil dólares, y era ya imposible volver a comprarlo. También había hablado de mandar seriamente sus hijos a la escuela, pero ante sus primeras protestas los había dejado vagabundear por la marisma.

Estaban ahora delante de él, cuatro ratas de marisma tan desorganizadas y sin remedio como él.

–Hay una cosa importante, y quiero que escuchéis bien. Ninguno de vosotros, y esto te incluye también a ti, Cass, debe mencionar nunca *La Twombly.* No sabéis nada de ella. No sabéis dónde la guardo. No sabéis siquiera si todavía la tengo o no. Y, ¡maldita sea!, nunca debéis dejar que nadie sepa que la uso.

Miró sombríamente a cada uno de sus hijos y, luego, a su mujer.

–Porque si os vais de la lengua, aunque sólo sea una vez, Hugo Pflaum vendrá aquí y se llevará *La Twombly, y* eso quiere decir que ni vosotros ni yo volveremos a comer pato nunca.

En 1918 el Gobierno de Maryland había declarado ilegal la posesión de escopetas largas, pues podía demostrarse que esas letales armas estaban matando patos a un ritmo que hacía imposible su sustitución. Se había confeccionado un censo y se especificaba en él el emplazamiento de cada escopeta; éstas eran conocidas por su nombre propio -*Cheseldine, Reverdy, Oíd Blaster, Morgan*-, generalmente alusivo a la familia que había sido su primera propietaria, pues por muchas que fueran las manos por las que

hubiese pasado una escopeta, siempre se la designaba respetuosamente con el nombre de su primitivo dueño.

El censo de 1918 había mostrado la existencia de diecisiete escopetas largas a orillas del Choptank, y las diligentes presiones de los guardabosques de Maryland, sobre todo de Hugo Pflaum, habían reducido su número a cuatro. La *Herman Cline*, antaño propiedad del domador de esclavos del Pequeño Choptank, había sido confiscada, y también la *Bell*, un magnífico ejemplar de Dentón. La familia Cripton había llegado a grandes extremos para proteger su monstruosa escopeta, *Cripton*, incluso amena2ando de muerte a Pflaum si persistía en sus intentos de apoderarse de ella, pero al final había acabado encontrándola en un granero.

Amos Turlock recordaba ominosamente la fotografía de su captura publicada en el *Bugle*. Se veía en ella a Hugo Pflaum, hombrecillo rechoncho, de anchos hombros y sin cuello, sosteniendo en la mano derecha la *Cripton*, de tres metros y medio de altura, cuyo cañón reflejaba la luz del sol. Su mano izquierda sujetaba a Abel Cripton, con el sombrero echado sobre la cara para eludir la vergüenza de haber perdido una escopeta que había permanecido en poder de su familia durante más de cien años.

Turlock había recortado la fotografía y la había clavado en la pared de la cocina, donde todavía colgaba en jirones; cuando estaba borracho le gustaba escupirle, pues Hugo Pflaum, con su cuello de toro, era su enemigo, y *La Twombly* se hallaba en peligro mientras él continuase actuando.

La Twombly, la más antigua y mejor del arsenal del Choptank, había tomado su nombre del viejo Greef Twombly, de la parte alta del río, cuyos antepasados la habían importado de Inglaterra en 1827. Su cañón continuaba tan limpio como cuando salió de su fundición de Londres; su culata de roble había sido sustituida cuatro veces, pero seguía siendo tan gruesa como el muslo de un hombre. Hugo Pflaum, examinando su censo de las escopetas que

debía capturar, decía de *La Twombly:* «Ha sido utilizada en este río durante 111 años. Calculo que ha sido disparada una media de tres veces a la semana, veinticinco semanas al año. Eso equivale a más de ocho mil disparos. Ahora bien, si matan cincuenta patos con cada disparo, y eso calculando bajo, resulta que esa escopeta ha retirado de la circularon a unos cuatrocientos mil patos, y esto tiene que terminar.»

Los cálculos de Hugo eran moderados; cuando un anciano voraz como Greef Twombly poseía una escopeta tan buena como aquélla, no limitaba su uso a tres noches a la semana, y cuando pasó a manos de un ribereño como Jake Turlock, éste no se conformó con matar una media de cincuenta patos por cada disparo. Un cálculo más exacto daría como resultado que aquella famosa escopeta había dado muerte a casi dos millones de patos y gansos, y ello ayudaba a explicar por qué la población alada había descendido tan acusadamente en las últimas décadas.

–¡Diablos! – se lamentaba Amos en el almacén-, el año pasado, yo y Abel Cripton nos pasamos dos semanas seguidas en nuestro puesto de la marisma, y ¿cuántos creéis que vimos? Ni veinte.

Era totalmente cierto. Donde la región del Choptank había albergado en otro tiempo a más de un millón de gansos cada año, ahora aparecían menos de veinte mil, y éstos se quedaban en las marismas situadas al sur del río. La despoblación era increíble, y muchos caballeros que habían pagado grandes sumas de dinero por sus escopetas inglesas y austríacas, rara vez encontraban nada sobre qué dispararlas, aparte las palomas. Los gansos habían desaparecido; los patos estaban desapareciendo, y la misión de Hugo Pflaum era procurar que unos razonables procedimientos de caza estimulasen su regreso.

Lo que Amos Turlock dijo a su familia fue, en sustancia, lo siguiente:

–Me importan un bledo esos extranjeros que vienen aquí a robar nuestros patos con sus costosas escopetas. Si fallan, no se van a morir de hambre. Pero si nosotros no cazamos nuestros patos como siempre, no comeremos.

El chico mayor, Ben, sabía dónde estaba escondida la escopeta, pero aun antes de que Warden Pflaum empezara a ejercer presiones sobre ellos, había deducido, con la astucia característica de los Turlock, que llegaría el día en que alguien intentara llevarse *La Twombly,* y nunca había hablado de ella a nadie. Lo que era más notable, había empezado a observar los movimientos de Pflaum. Él y los otros niños conocían al guardabosques con el nombre de tío Hugo, y pasaban a menudo por su granja, donde podía contarse con que Mrs. Pflaum, su tía Becky, les obsequiara con dulces alemanes. Les encantaba oír a Hugo contar historias de Alemania, donde su padre había vivido en el campo antes de lanzarse a la mar.

–En Alemania -explicaba tío Hugo- mantienen los bosques tan limpios como el parque que hay delante del edificio del tribunal. Mi padre decía que fusilarían a un guarda si sus bosques tuviesen el aspecto de los de aquí. Un parque, eso es lo que son los bosques alemanes. Y cuando seáis mayores, debéis hacer que el bosque situado detrás de vuestra casa parezca un parque.

–Nos gusta tal como está -decía Ben-. Y también a los ciervos.

–Debéis decir a vuestro padre que ya no debe matar a esos ciervos.

Ben no decía nada, pero comprendía intuitivamente que aquel bronco y amistoso hombre de cuello de toro era enemigo de su familia, y observaba cómo y a dónde iba.

Una noche de octubre de 1938, Ben le cuchicheó a su padre:

–Hugo va a ir a Dentón, en busca de la escopeta que se supone está allí.

–Bien -dijo Amos.

Y cuando cerró la noche, él y Ben caminaron a lo largo de un sendero que conducía hasta el corazón de la marisma, torcieron luego a un lado, volvieron a cambiar de dirección, avanzaron por un sendero apenas perceptible y llegaron, finalmente, hasta una estructura de madera, de menos de sesenta centímetros de altura, y absolutamente invisible desde cualquier distancia. Descansaba sobre unos postes, para mantenerla alejada del agua, y tenía una tapa, que Amos levantó silenciosamente. Dentro, envuelta en una pieza de engrasada arpillera, yacía *La Twombly,* con su cañón inmaculadamente limpio y su pesada culata sólida y nueva. Casi reverentemente, Amos la levantó, la sostuvo en sus brazos y se dirigió hacia los esquifes que esperaban, pero al subir al suyo, depositando en él la escopeta, oyó un ruido, tensó todos sus músculos y, luego, se echó a reír.

–Vamos, *Rusty* -dijo, y su chesapeake rojo saltó al esquife del muchacho, y se alejaron.

El 1.° de enero de 1939, Julia Cater dio a luz un niño, que fue llevado a la iglesia E. M. A. de Cuello de Rana y bautizado con el nombre de Hiram, nombre bíblico que significa «muy noble», y al regresar a casa desde la iglesia el capitán de un *skipjack* abordó a Jeb Cater.

–Jeb, vamos a salir para una campaña larga. ¿Quieres cocinar?

Había sucedido exactamente como él había predicho: «Las cosas van a ser duras en lo que queda de año, Julia, pero en 1939 volverán a su ser.»

No le agradaba la idea de permanecer ausente de su casa durante largo período de tiempo tan inmediatamente después del nacimiento de su hijo, y sus aprensiones aumentaron cuando Julia empezó a trabajar desbullando ostras. «¿No crees que deberías quedarte con el niño? Tenemos la posibilidad de ganar un poco de dinero y debemos aprovecharla.» Trabajaba en el turno de noche, regresaba presurosamente a casa para supervisar a las niñas

mientras se vestían para ir a la escuela y, luego, se ocupaba del niño y le dejaba preparado para que Helen le cuidase mientras ella dormía.

Naturalmente, las niñas iban a la escuela negra instalada en el extremo más lejano del Cuello. Contenía 22 pupitres para 47 alumnos, por lo cual la maestra tenía que derrochar ingenio para alternar a sus alumnos en los períodos de clase en que permanecían de pie y en los que habían de estar sentados. Enseñaba siete grados, y la educación que un niño negro adquiría en su escuela era, de ordinario, toda la que recibiría jamás. Había una pizarra rota, pero pasaban meses enteros sin que hubiera ni un trozo de tiza. No había tinta, pero los chiquillos ingeniosos recogían bayas, de las que se extraían una pálida tintura. Los lápices eran algo precioso, y algunos alumnos se pasaban varias semanas sin tener uno, pero lo que más irritaba a la pequeña Luta Mae era el hecho de que estaba ya en tercer grado y jamás había tenido un libro. La escuela tenía libros, anticuadas ediciones recibidas de las escuelas blancas próximas, pero eran tan pocos, que sólo algunos alumnos podían obtener uno, y hasta el momento la suerte no había favorecido a Luta Mae en los sorteos efectuados para ello.

–Harry tiene uno, y Norman Ellen también -se lamentaba a su madre-, pero yo nunca tengo ninguno.

–Quizás el año que viene, en el cuarto grado, tengas suerte -respondía Julia.

Se negaba a creer que la maestra actuara discriminatoriamente contra su hija, y cuando Luta Mae decía cosas desagradables, Julia le reprendía: «Espera a que tu padre vuelva a casa en marzo…»

Al finalizar la temporada de la ostra, Jeb Cater regresó, cansado a consecuencia de su duro trabajo, pero bien alimentado porque él había sido el cocinero. Su ancho rostro resplandecía de satisfacción al entregarle a Julia sus salarios, pero cualquier idea de castigar a Luta Mae se desvaneció cuando vio a su hijo:

–¡Este crío está creciendo como una mala hierba! Va a ser el mejor.

Se estuvo cuatro horas seguidas jugando con Hiram, sin echarle al aire como hacían algunos padres, pues el niño era demasiado precioso como para tratarle con tanta rudeza, sino hablándole, como si entendiese: «Hiram, tú irás a la escuela. Aprenderás para salir al mundo. Con el tiempo, te alistarás en el Ejército. ¡Quién sabe!, podrías ser general en Francia.»

No había aspiraciones demasiado ambiciosas para aquel niño, y a Jeb se le ensanchó el corazón al ver lo bien formado que estaba el cuerpo de su hijo y lo brillantes que eran sus ojos, pero después de los primeros momentos de alborozo descubrió que un hijo alteraba turbadoramente su vida.

Durante los años en que sólo tuvo hijas pudo ignorar los impedimentos que pesaban sobre todos los negros, pero con un hijo se veía obligado a tener continuamente presentes las discriminaciones, pues, si bien él había debido acomodarse a ellas desde su nacimiento y había acabado acostumbrándose a la injusticia, le irritaba comprender que su hijo estaba condenado a una interminable repetición de tal injusticia. Éstos eran los detalles concretos que empezó a recapitular, sin comentarlos con nadie, ni siquiera con su mujer, pero grabándoselos en la mente:

… Era costumbre en Patamoke que un negro se apartara a un lado en las aceras de la ciudad cuando pasaba una persona blanca superior, aunque ello exigiera meterse en la cuneta.

… Era tradicional que un trabajador como Jeb se llevara la mano a la gorra cuando se acercaba un blanco y que se descubriera por completo ante una blanca.

El blanco o blanca así saludado podía pasar sin corresponder de ninguna manera a la cortesía del negro.

… No había en la región médicos negros, ni dentistas. Un negro podía recibir atenciones médicas mínimas por parte de médicos

blancos, especialmente en el caso de enfermedades contagiosas susceptibles de propagarse a la comunidad blanca, pero se trataba de un sistema malo en el que había falta de confianza por los dos lados.

… Pocos negros se reunían jamás en un edificio que estuviese pintado. La iglesia, la escuela, la tienda de la esquina, las casas, eran grises y destartaladas.

… Las calles en que vivían los blancos estaban pavimentadas; las de los negros eran de tierra surcada de rodadas.

… Todas las cosas pertenecientes a los negros estaban disminuidas. La escuela tenía sólo siete grados, en lugar de doce. El año escolar constaba de 110 días, en lugar de 166. Cinco manzanas de casas negras tenían un solo farol de alumbrado público, en lugar de diez. Y el patio de recreo para los niños del Cuello era un pequeño solar, en vez de un terreno de diez acres con un campo de béisbol completo.

… Casi todos los aspectos realmente deseables de la vida de Patamoke les estaban vedados a los negros. No eran bien recibidos en la biblioteca, ni en las grandes iglesias de piedra, ni en el teatro-cine (excepto en el alto y sucio anfiteatro), ni en el tribunal, ni en la nueva escuela, ni en las zonas de esparcimiento, ni en las reuniones públicas, ni en las oficinas legales. Si se les veía caminando de noche por las calles mejores, se les sometía a interrogatorio, y en el campo de deportes tenían que sentarse en el graderío de sol, en una sección estrictamente delimitada con cuerdas.

… Lo que ponía furiosas a las dos niñas Cater era que cuando habían ahorrado los centavos necesarios y entraban orgullosamente en la «Heladería Oro y Azul», el hombre del mostrador cogía su dinero, las trataba cortésmente y les daba un helado tan grande como el de los niños blancos. Pero, una vez que tenían el cucurucho en la mano, debían abandonar el local, pasando ante las bellas mesas de hierro ante las que se sentaban los niños blancos, y

si daban aunque no fuera más que un lametazo al goteante helado mientras se encontraban todavía dentro del establecimiento, el dueño las reprendía suavemente: «No, no. No debéis tomar el cucurucho aquí. Sólo fuera.» Así que las niñas llevaban sombríamente sus helados hasta la puerta, salían del local y los tomaban en la calle. Luta Mae, de ocho años de edad, se sentía agraviada por esta expulsión. No era el hecho de tener que tomar fuera su helado lo que le irritaba… «Son las mesas, mamá. Todas blancas y como con encajes, con el cristal encima y los chicos sentados allí.» Durante algunos años su visión del paraíso era un vaporoso espacio lleno de infinitas mesas de hierro, todas pintadas de blanco, a las que se sentaban ángeles en posturas de cómoda relajación, no necesariamente tomando helados. «Sólo sentados allí, a las limpias mesas.»

La mayor irritación de Jeb era una que no podía explicar a nadie, pero se trataba de algo tan real que le corroía interiormente, cuando pasaba por alto otras privaciones mucho más importantes. Todos los veranos, un hombrecillo blanco que llegaba a la ciudad desde Baltimore, Mr. Evans, organizaba un crescendo de excitación, e iba primero al *Bugle*, y seguidamente empezaban a aparecer floridos artículos en su primera página: «Barco-Teatro ofrecerá seis grandes éxitos.» Luego contrataba a dos muchachos negros para que pegasen carteles por toda la ciudad: «Barco-Teatro. Dos semanas. Grandes éxitos.» Finalmente, hacía un trato con Steed, en virtud del cual podía pintar todo un lado de su tienda con anuncios de grandes dimensiones y a todo color de los actores y las obras que iban a representar: *Stella Dallas, Romeo y Julieta, En la habitación de Mabel, Calzas rojas* y *La cabaña del Tío Tom.* Los precios de las localidades oscilaban desde un dólar hasta quince centavos los niños en las sesiones matinales.

La excitación crecía durante la semana anterior a la llegada del barco, pues entonces el *Bugle* narraba los fabulosos éxitos

conseguidos por los diversos actores en Europa y Nueva York, y en el local de Steed se instalaba una taquilla en la que se podían reservar butacas para las distintas funciones. Era entonces cuando los negros de Cuello de Rana empezaban a trazar sus planes; no podían reservar butacas, naturalmente, pues sólo les estaba permitido ir a un angosto y caluroso anfiteatro, pero podían expresar sus preferencias: «Los caballeros de Baltimore dicen que a los negros nos gustará esa *Patinando.* Hay un tío muy gracioso, que hace reír.»

Las dos obras favoritas de los habitantes del Cuello eran *Stella Dallas* y *Viejas estampas negras,* y todos los años Jeb Cater sacaba entradas para esta última. «Me gusta esa obra sobre la chica, le rompe a uno el corazón, pero prefiero las *Estampas.»* No intentaba explicar por qué le gustaban, pero no tenía nada que ver con el hecho de que se retratara en ellas a los negros, ni con el de que su humor fuera elemental y fácil de entender. Lo que le agradaba era que el empresario blanco, comprendiendo que su reparto exclusivamente blanco carecía de ciertas habilidades, contrataba siempre a Will Nesbitt, un negro de la localidad, para que tocase los palillos y bailase el claque.

Los palillos eran cuatro trozos de costilla de vaca, endurecidos por el tiempo y de unos 17 centímetros de longitud, un par para la mano derecha y el otro para la izquierda. Cuando se las sujetaba adecuadamente entre el pulgar y los demás dedos se las podía hacer sonar como castañuelas, y un buen intérprete podía obtener ritmos sorprendentes con aquel instrumento musical. Will Nesbitt podía tocar también un auténtico tabaleo, y era este rápido y fundamental ritmo lo que establecía la calidad de una buena función de este tipo.

Así, pues, durante la permanencia del barco-teatro los negros de Patamoke tenían dos noches para ver actuar a su paisano. Nesbitt no decía nada ni tenía asignado ningún papel en la comedia, pero formaba parte de la función, y cuando se le invitaba a adelantarse y

bailar claque, ridiculizando la forma de andar de los trabajadores negros, era un momento de regocijo. Los atletas negros no podían actuar con blancos, ni cantantes negros intervenir en un coro blanco, ni los niños negros competir con los de su edad pertenecientes a las escuelas blancas, pero en el barco-teatro Will Nesbitt podía bailar claque, y eso era algo.

¿Por qué, entonces, le ponía furioso a Jeb Cater el barco-teatro? Porque sólo tenía unos pocos asientos para negros, y ésos, muy alejados del escenario y malolientes. No podían ser reservados; para asegurarse uno era preciso que algún miembro de la familia permaneciera en cola durante horas, y aun entonces, los blancos de las casas grandes tenían plena libertad para colarse y adquirir entradas para sus sirvientes negros.

Si había en todo el año un espectáculo al que los negros de Patamoke hubieran debido ser invitados en pie de igualdad, ése era el barco-teatro, especialmente las noches en que se representaban las *Viejas estampas negras,* pero ésas eran precisamente las ocasiones en que se tenía menos consideración con ellos. Aun con todo, en el verano de 1939, Jeb Cater estaba nuevamente dispuesto a pasar por el trance de intentar obtener dos entradas para la función.

Por la mañana temprano del lunes de la tercera semana de julio, empezaron a sonar silbatos en el Choptank, y pareció en el canal un renqueante remolcador que estiraba de una monstruosa y vieja barcaza en la que se había instalado un teatro. El aspecto de las dos embarcaciones despertaba románticas evocaciones; el pequeño remolcador forcejeando con los tensos cables; el capitán tocando el silbato; la suave zambullida de la maroma bajo el agua; la achatada proa del lanchen; la pequeña y vigorosa banda interpretando airosas marchas sobre cubierta; los saludos de los actores al reconocer a viejos amigos; y los brillantes colores del teatro propiamente dicho, rojo y oro a la luz del amanecer.

El remolcador introducía con cuidado sumo su pesada carga en el puerto, deteniendo su avance para que no chocase contra el muelle y situándolo luego cuidadosamente en la posición adecuada. Se echaban las amarras, que se sujetaban luego a los norays, y se estiraba de ellas para acercar la barcaza y poder tender las pasarelas, una por el centro para los blancos, y la otra, a popa, para los negros.

El empresario, en su decimonovena visita a Patamoke, era lo bastante inteligente como para no ofrecer las *Estampas* durante los primeros días. Éstos se hallaban reservados para la nueva comedia *Patinando,* la vieja favorita *Stella Dallas* y la picaresca farsa *En la habitación de Mabel.*

La primera noche de *Viejas estampas negras,* Jeb se puso en la cola demasiado tarde para poder sacar una entrada, pero la segunda mandó a Luta Mae a que le guardara la vez mientras él salía a pescar cangrejos, con la intención de volver corriendo a casa, vender su pesca, esperar a que Julia terminase su trabajo en la conservería y llevarla luego a ver la función, pero su mujer le sorprendió al anunciarle con voz firme: «No quiero ver más ficciones. Si quieres, llévate a Helen.» Para su sorpresa, también ésta se negó: «Demasiada gente.»

Así, pues, al anochecer fue al muelle y encontró a Luta Mae bastante cerca de la taquilla, no la grande, donde se vendían las verdaderas butacas, sino la pequeña de la parte trasera, destinada a los negros. Situándose junto a ella, avanzó con sus vecinos negros, depositó cuarenta centavos en la taquilla, veinticinco por él y quince por Luta Mae, y recibió sus dos entradas. Subieron cautelosamente las empinadas escaleras, entraron en el pequeño anfiteatro, saludaron a sus amigos y esperaron a que se apagasen las luces.

¡Era algo mágico! Valía la pena todo el tiempo de espera y las molestias y la humillación.

–¿No es estupendo, Luta Mae?

–¡Mira qué uniformes!

La banda se componía de cuatro miembros que tocaban una extraordinaria diversidad de instrumentos, y los tocaban bien. Al llegar a la coda de la *Obertura de Guillermo Tell* hicieron una tal gala de facultades, que parecía como si fuesen cuarenta músicos, y luego se descorrieron las cortinas, y allí estaba el familiar semicírculo de actores con la cara pintada de negro, y en el centro un elegantísimo caballero blanco formulando sus untuosas preguntas:

–Mr. Bones, tengo entendido que persiguió usted con una navaja en la mano a su buen amigo Rastus Johnson. ¿Es cierto?

–Sí, es cierto, señor director.

–¿Y cuál era el motivo, si me permite preguntarlo?

–Entró en mi casa y robó el camisón de mi mujer.

–Vamos, Mr. Bones, uno no persigue a un hombre con una navaja en la mano simplemente porque haya robado el camisón de su mujer.

–Sí, pero es que ella estaba dentro.

Una función de estampas negras se componía de dos mitades: la primera presentaba la tertulia, en la que el director intercambiaba chistes con los dos hombres de los extremos, Mr. Bones y Mr. Sambo. Era en esta parte donde los diversos actores realizaban sus especialidades, y poco antes del intermedio llegaba el momento en que aparecía Will Nesbitt.

–Fíjate en esto, Luta Mae. Es lo mejor.

Nesbitt era un negro alto y delgado, prácticamente sin caderas, y cuando aparecía en escena bailando la jiga y marcando el ritmo con sus palillos, los negros de la galería rugían de entusiasmo. Luta Mae quedó extasiada ante el castañeteo y los intrincados pasos de baile que Nesbitt ejecutaba en la semioscuridad, mientras un haz de luz le seguía por el escenario.

–¡Es maravilloso! – exclamó, agarrando del brazo a su padre.

–Es un tío estupendo -susurró Jeb.

Pero cuando empezó la segunda mitad -una especie de entremés en que todos los intérpretes tenían la cara blanca- Luta Mae no se aclaraba.

–¿Dónde están los negros, papá?

–Ésos eran los negros -explicó Jeb.

–¿Por qué son blancos?

–Son actores -susurró Jeb, pero antes de que pudiera darle una respuesta mejor comenzó a acercarse el momento culminante del espectáculo. Consistía en un solitario bailarín blanco, muy bueno, que aparecía en el escenario con un frac blanco y sombrero de copa también blanco para cantar *Mi sombra y yo,* y mientras cantaba aparecía detrás de él Will Nesbitt, todo de negro, imitando cada paso como una verdadera sombra, y durante unos minutos los dos artistas competían bajo la difusa luz y al sonido de la música y las palabras de una de las canciones de más efecto de América, con el bailarín blanco ejecutando difíciles pasos y el negro igualándolos.

Los tramoyistas colocaban entonces una pequeña escalera, y, mientras subía ágilmente sus peldaños, el blanco cantaba aquel bello pasaje sobre su soledad cuando subía las escaleras a medianoche para encontrar sólo una habitación vacía.

Su negra sombra subía tras él, y en el relativamente pequeño peldaño superior, los dos hombres se enzarzaban en vehemente competición, hasta que, al fin, Will Nesbitt se lanzaba a una furiosa improvisación, que el blanco contemplaba con cara de admiración y, finalmente, se enjugaba la frente y preguntaba al público:

–¿Verdad que no está nada mal?

El anfiteatro prorrumpía en ovaciones, a las que se sumaban los blancos, pues Will Nesbitt, con sus alados pies, era algo digno de verse.

El número final era una reanudación de la tertulia, unos actores de cara negra, y otros, blanca, y Will Nesbitt, el único negro de verdad, haciendo sonar sus palillos y repitiendo su baile de claquetas.

–¿Son negros de verdad esos hombres? – preguntó Luta Mae.

–No.

–Pero el que ganó al otro hombre en el baile, sí, ¿verdad?

–Desde luego.

La niña reflexionó sobre ello y, luego, preguntó:

–Si el negro de verdad es el mejor, ¿por qué les hacen fingir a los otros?

Jeb no supo qué contestar.

En la Orilla Oriental la aviación desempeñó un papel más emocional que económico. Cuando Charles Lindberg realizó su vuelo en solitario a través del Atlántico el 20 de mayo de 1927, la región entera se había sentido desbordada de entusiasmo, pues parecía como si Chesapeake hubiese saltado de la Era del velero a la del avión, dejando el ferrocarril y el automóvil para otras partes de los Estados Unidos. Las carreteras seguían siendo malas; alguien había inventado un desastre un solo carril pavimentado con conchas de ostra que se desmenuzaban bajo el ¡o de un coche. ¡Pero el avión…!

Jefferson Steed revisó la entusiástica creencia de su bisabuelo Paul de que el ferrocarril salvaría a la Orilla Oriental.

–Puedo prever el día -proclamó sonoramente Jefferson en la celebración del cuatro de Julio- en que nuestra península estará unida por veloces aviones que s enlazarán con todas las partes de esta gran nación.

Perdió un dineral financiando una línea aérea, que fracasó a las cinco senas.

La Era de la Aviación habría de ejercer su más poderoso impacto en dos personas: Isaac Paxmore, el constructor de barcos,

y John Turlock, de la cabaña situada tras las marismas.

En 1938, Paxmore, al ver a una avioneta sobrevolar la bahía, dijo a sus hijos a sus sobrinos: «Si hemos construido barcos todos estos años, ciertamente podemos construir un barco volante.» Tenía sesenta años cuando pronunció estas palabras, pero el principio del vuelo le sedujo tanto, que empezó inmediatamente a trazar los planos de un avión hecho de madera finamente pulida, accionado por el mejor motor que pudiera comprar a expertos en la materia e impulsado a través del e por una hélice laminada que él mismo construiría personalmente. Sus cautelosos hijos consideraron aquello un proceder irracional, pero su sobrino Pusey, hijo del predicador Woolman Paxmore y disciplinado joven que se bía graduado en la Facultad de Derecho de Harvard, vio posibilidades en el eco volador y animó a su tío:

–Yo creo que deberíamos intentarlo. Tiene que haber un gran mercado en la Marina para aviones que puedan posarse en el agua, y el padre de un compañero mío de Harvard fabrica motores de avión. En un lugar llamado Scanderville.

–¿Dónde está eso?

–En Pensilvania.

–¿Es ahí donde está la prisión?

–Sí. Su factoría es una sucursal de Lycoming, y construyen un buen motor. Así, pues, en 1939 el joven Pusey Paxmore se puso su mejor traje azul y se presentó en la factoría de Scanderville, donde compró dos motores «Lycoming», que llevó a Patamoke en camión. Un elegante hidroavión les estaba esperando, con sus flotadores toscamente sujetos y sus superficies brillantemente pulimentadas por obreros acostumbrados desde hacía tiempo a construir excelentes barcos.

–Éste es el comienzo de toda una nueva aventura -comentó Isaac-. Este ancho río fue hecho para los hidroaviones.

Cuando llegó el momento de efectuar un vuelo de prueba y hubieron sido llenados de gasolina los depósitos, un aviador de Washington cruzó la bahía en su propia motora, observó detenidamente el hidroavión y declaró, al fin, que era tan bueno como cualquiera hecho en otro lugar.

–Parece que tiene las líneas adecuadas. Ahora veremos.

Preguntó a Isaac si quería acompañarle, pero el viejo cuáquero dijo:

–Pusey quiere ir. Él supervisó la compra de los motores.

–Ha traído unos buenos. Vamos.

Así, pues, Pusey Paxmore, un conservador cuáquero vestido con traje de chaqueta cruzada, se instaló en el segundo asiento y contuvo el aliento mientras el invento de su tío tomaba velocidad sobre el Choptank, dejando una monstruosa estela, y se separaba, finalmente, del agua, elevándose en el aire.

Sin embargo, el duradero impacto de este vuelo no afectó a Isaac Paxmore ni a su sobrino Pusey. La prueba se desarrolló sin incidentes, y el piloto declaró que el aparato era apto para volar; predijo grandes cosas para el hidroavión Paxmore y esperaba que lo adoptasen tanto la flota comercial como la militar. Ninguno de los dos pronósticos llegó a cumplirse, pues los Paxmore carecían de los fondos y la decisión necesarios para dedicarse a la aviación; su prototipo no pasó de ser un asombroso juguete, muy celebrado a lo largo del río, hasta que sus motores se enmohecieron durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero en su tercer vuelo de prueba, el piloto de Washington invitó a que le acompañase cualquiera que quisiese ver lo que era la aviación, y, para sorpresa de todos, el hermano menor de Amos Turlock, John, dio un paso hacia delante. Era entonces un desorientado joven de veintisiete años que había probado suerte en varios empleos y fracasado en todos. Le gustaba cazar y pescar ostras, y eso era todo.

Pero le atraía la aventura y quería ver cómo era aquello de volar, así que cuando se pidieron voluntarios, él se adelantó vigorosamente y fue seleccionado. Apretándose el cinturón para no caerse, sonrió un tanto estúpidamente a los ociosos que le regañaban, saludó con la mano a una chica a la que había estado cortejando y mantuvo la cabeza erguida para no perderse nada.

La media hora siguiente constituyó una experiencia religiosa tan profunda que alteró su vida… «Conmigo, todo empieza en 1939. Antes no ocurrió nada, excepto la vez que atrapé una mofeta. Después, se me abrieron los ojos.»

Lo que sucedió fue que vio por primera vez la Orilla Oriental de Maryland; de hecho, tal vez fuera el primer ser humano que la veía realmente. «Lo que quiero decir es que yo estaba allá arriba, en el cielo, mirando una tierra que creía conocer, pero todo era tan diferente que no podía dar crédito a mis ojos. Miraba y miraba con la boca abierta, y entonces tuve esta clara visión, como si estuviera soñando, y grité a pleno pulmón en medio de los cielos: "¡Cristo! Tenemos un paraíso y no lo sabemos."»

Lo que vio bajo él fue esa fascinante mezcla de amplios estuarios, abrigadas calas y alargadas penínsulas que forman un litoral de centenares de millas de longitud, una mágica combinación de tierra y agua que no tiene par en ningún otro lugar de los Estados Unidos. «Escuchad, sabelotodo -dijo a los hombres en el almacén-, podéis pasaros la vida entera recorriendo estas carreteras y nunca sabréis cómo es realmente la Orilla Oriental. Podéis navegar hasta que se pudran las velas, sin apreciar jamás lo que tenéis. Sólo estando allí arriba, como yo, en el cielo, es como se pueden enlazar todas las partes.» Una vez hubo finalizado, se levantó, tiró al aire su sombrero y gritó: «¡Yo y los gansos silvestres! Somos los únicos que sabemos.»

Pero John Turlock tenía algo más que simple entusiasmo; no sólo había visto la belleza del litoral, sino también sus

posibilidades, y una noche, después de haber ensalzado su esplendor,ante los escépticos del almacén, se sentó en su cabaña con su hermano Amos y empezó a garrapatear en un trozo de papel. Al cabo de un ato, empujó su obra sobre la mesa. – ¿Qué te parece, Amos?

OceanofPDF.com

J. RUTHVEN TURLOCK

Agente inmobiliario
Patamoke, Maryland
Un paraíso en venta

–Tú no te llamas Ruthven -gruñó Amos.

–Suena mejor. La gente se fijará.

–¿Qué gente?

–La gente rica.

–¿Qué vas a hacer tú con la gente rica, John?

–Mi nombre es Ruthven. En lo que estoy pensando es en esos ríos que vi desde el aire. Peacblossom, Tred Avon, Miles, Wye. Amos, hay a orillas de esos ríos suficientes tierras despobladas como para mantener ocupado durante el resto de su vida a un agente inmobiliario con imaginación.

–Sí que las hay, pero ¿quién va a comprarlas?

–Los millonarios. Se cansarán de las grandes ciudades. Querrán sitios como éstos para sus hijos y sus yates.

–Estás loco -dijo Amos.

–Mañana iremos tú y yo a la ciudad, y alquilaré una oficina. Quédate conmigo, y dentro de diez años seremos millonarios los dos.

–¡Te has vuelto loco! ¿Ricos con yates comprando estas tierras pantanosas?

Amos Turlock era demasiado prudente como para dejarse atraer a una operación tan indudablemente ruinosa como aquélla.

La frustrada aventura en el campo de la aviación había producido un impacto secundario en otro joven del Choptank, pues cuando terminaron los vuelos de prueba, el piloto había dicho a Isaac Paxmore:

–Tiene usted un avión magnífico. Lo que debe hacer es vendérselo a la Marina.

–¿Cómo hacemos eso? – preguntó el cauteloso cuáquero.

–Mande a uno de sus chicos al Ministerio de Marina, en Washington. Hable con los almirantes.

–No creo que mis hijos…

–Ese muchacho del traje azul. Sabía mucho de hidroaviones.

–Es hijo de mi hermano.

Se le ocurrió una idea.

–Es abogado. Un joven muy eficaz. Podríamos enviarle a él.

Y fue así como Pusey Paxmore, licenciado en Derecho por la Universidad de Harvard en 1938, llegó a Washington. La excelente reputación de su padre por la labor realizada en Alemania y sus numerosas relaciones entre los jóvenes abogados que inundaban los departamentos administrativos, aseguraban su éxito, y no tardó en descubrir que, si bien no podía vender el hidroavión de su tío, podía venderse a sí mismo.

La primera persona en sospechar que Hiram Cater padecía mastoiditis fue la mujer que hacía de comadrona en Cuello de Rana. Naturalmente, los buenos médicos no estaban al alcance de los negros, en primer lugar porque los médicos eran blancos y no les agradaba que los negros fuesen a sus consultas, donde los pacientes blancos podían verlos, pero también porque los honorarios que cobraban eran muy elevados.

–Este niño tiene infección en el oído -dijo la comadrona el segundo día que la criatura se pasó llorando.

–Yo no veo pus -replicó Julia cuando regresó de su trabajo en la conservería.

–No es como u i divieso corriente. Está muy profundo.

–¿Qué hacemos? – preguntó Julia, moviéndose cansadamente por la cocina, después del largo día de trabajo.

–Se suele usar aceite caliente -aconsejó la comadrona.

Y las dos mujeres prepararon un ungüento, pero no podían calcular una temperatura adecuada, y cuando se lo echaron en el oído a Hiram éste aulló.

Jeb estaba tratando de dormir después de su penosa jornada pescando cangrejos, y los gritos le hicieron presentarse, encolerizado, en la cocina.

–¿Qué le estáis haciendo al niño?

–Curarle el oído -explicó su mujer.

–Parece como si se lo estuvierais arrancando -dijo Jeb, cogiendo en brazos a la criatura.

O el aceite caliente estaba haciendo efecto, produciendo dolor antes de ocasionar alivio, o no había alcanzado en absoluto a la profunda

infección, pero, fuera como fuese, los gritos de Hiram aumentaban. Jeb, incapaz de soportarlos, y atormentado por su propio dolor ante el sufrimiento de su hijo, sacó al niño al patio y lo apretó suavemente contra sí mientras paseaba de un lado a otro, pero como los gritos continuaran, exclamó:

–Voy a llevarle al hospital.

Atravesó los polvorientos caminos del Cuello, con su hijo desgañitándose en sus brazos, y llegó a las pavimentadas calles del barrio blanco. Tres veces le pararon unos negros para preguntarle qué hacía, y las tres veces dijo:

–Mi hijo se está muriendo de dolor. Le llevo al hospital.

El Hospital de Patamoke era un desparramado edificio de ladrillo de dos pisos, que se había ido ampliando a lo largo de las décadas para servir a una comunidad circundante bastante grande. Estaba atendido por médicos locales plenamente entregados a su profesión y enfermeras consagradas al bienestar de sus vecinos, y, aunque el sistema médico no estaba bien preparado para atender a los negros, cuando uno de ellos estaban lo bastante enfermo como para necesitar hospitalización, el sistema se ponía de mala gana en marcha, aunque el paciente fuese demasiado pobre para pagar. El problema era: ¿cómo entraba el paciente negro en el hospital?

Jeb Cater, por ejemplo, llevó su hijo a través de las impresionantes columnas blancas de lo que, evidentemente, era la entrada, pero fue detenido por una enfermera que le dijo:

–¡Por atrás! ¡Por atrás!

No explicó dónde estaba la entrada trasera para negros, y el edificio se componía de tantas alas y pasillos que Jeb no pudo encontrarla con facilidad. Un carretero que transportaba ropa sucia le indicó dónde estaba,, pero cuando llegó a la puertecita donde se recogía la basura, la encontró, cerrada. El carretero dejó su vehículo para ayudar a Jeb a llamar la atención de alguien, y al cabo de un rato se abrió la puerta. Tan pronto como hubo entrado, empezaron a suceder cosas buenas y tranquilizadoras.

–Este niño tiene una infección en el oído -dijo una enfermera blanca, sosteniendo a Hiram tan cuidadosamente como si fuese hijo suyo-. ¿Qué tratamiento se le ha estado dando?

Jeb no entendió la pregunta y vaciló; la enfermera le clasificó como otro negro ignorante y dijo suavemente:

–¿Le habéis dado alguna medicina?

–Le han echado aceite caliente.

La enfermera miró el oído y dijo:

–Probablemente no le ha hecho ningún daño. El doctor tiene que echar un vistazo a esto.

–Quiero el mejor médico -dijo Jeb.

Unas cuantas preguntas hicieron comprender a la enfermera que, si bien aquel padre negro podía pagar algo, no podría, ciertamente, pagar una factura de honorarios completa, por lo que practicó las anotaciones necesarias en la ficha de ingreso. Luego utilizó el teléfono para llamar a un joven médico, que empleó un algodón enrollado para examinar el oído del niño.

–Mastoiditis -diagnosticó.

–¿Es malo eso? – preguntó Jeb.

–Podría serlo, si no lo cuidamos.

Y, con gran solicitud y comprensión, el joven doctor explicó que Hiram padecía una inflamación y, posiblemente, un absceso en el oído interno. Había memos para reducir la infección sin recurrir a la cirugía, siempre que no hubiese penetrado en el hueso, caso en el cual podría ser necesario practicar una intervención quirúrgica. Sus palabras eran tan sencillas y consoladoras, que Jeb se sintió emocionado e intentó darle las gracias, pero el joven le interrumpió.

–Estamos aquí para curar a tu hijo. Haremos todo lo posible.

No dijo nada acerca de los honorarios ni de las formas de pago; simplemente, cogió en brazos al niño y salió de la estancia.

Fue lo que sucedió a continuación lo que hizo imborrable el recuerdo de aquel día. Al salir de la sala de recepción para negros, el doctor no subió, naturalmente, las escaleras que conducían al segundo piso, donde estaban situadas las habitaciones caras, ni se dirigió tampoco a las de la planta baja, donde se atendía a los pacientes de beneficencia, sino que bajó un tramo de escaleras hasta el cuarto de calderas y, pasando éste, hasta una pequeña y angosta sala cuyo techo se hallaba surcado de tubos y cuya iluminación procedía de una

bombilla desnuda que colgaba de un cable. El lugar carecía de ventanas.

Hiram fue depositado allí en una cuna. Cuando el médico se marchó, asegurando a Jeb que pronto irían las enfermeras para hacerse cargo del niño, el padre se sentó junto a la cuna y miró a su alrededor, y al hacerlo advirtió que a lo largo de la pared se alineaban pequeños catres ocupados por negros necesitados de serios cuidados médicos, y se sintió dominado por la ira al contemplar la indignidad de la sala, y cuanto más tiempo esperaba, más intensa se hacía su ira.

Pasaron cuarenta minutos antes de que apareciese la enfermera, y cada uno de esos minutos le fue haciendo patente la inadecuación del lugar. Él no quería una habitación soleada en lo alto de una torre para su hijo; sabía que no tenía dinero para pagarla; pero quería decencia: «Toda mi vida he estado trabajando por el salario que el hombre blanco quería darme. Él decidía mi paga. Si no tengo dinero suficiente para costearme una buena habitación, la culpa es de él. Este sótano no es justo.»

El horno que suministraba agua caliente al hospital se encendió, y la estancia se llenó de un sordo rumor, y luego de una oleada de innecesario calor que se pegaba a los catres, ya que ninguna ventilación se la llevaba. Al cabo de un rato apareció una enfermera negra -no era en realidad enfermera, naturalmente, ya que a las muchachas negras no se les permitía matricularse en los cursos correspondientes-, que levantó suavemente a Hiram, al tiempo que decía a Jeb:

–Quédese aquí, si quiere. Volveremos en seguida con buenas noticias.

Se quedó, pues, en la sala, hablando con las personas postradas en cama, y cada enfermo y cada enferma se sentían tan agradecidos por estar en el hospital, que ninguno se quejaba. Y después de largo tiempo regresó la enfermera con Hiram e informó a Jeb:

–Vamos a tenerle aquí cuatro o cinco días. Se pondrá bien.

Jeb quería darle las gracias a alguien, estrechar la mano de alguien en señal de gratitud, pero no había nadie; vagó al azar por las escaleras, miró a su alrededor en la sala de recepción y se fue a casa.

Cuatro de los médicos que administraban el hospital de Patamoke se sentían furiosos por el trato de que se hacía objeto a los pacientes

negros; habían sido educados en las mejores instituciones médicas de América -el Jefferson en Filadelfia, el Hospital General de Massachusetts- y sabían que lo que estaban haciendo era bárbaro, pero se hallaban impotentes. Cuando se propuso que los negros fueran trasladados a las salas generales, los blancos de Patamoke se enfurecieron tanto, que se puso en peligro el funcionamiento ordenado del hospital.

–Todo el mundo sabe -despotricaba Amos Turlock en el almacén- que la sangre negra está contaminada. Infectada de cólera y cosas parecidas.

El joven médico que con tan afectuosa atención había tratado a Hiram Cater intentó una vez explicar que la sangre era, simplemente, sangre, pero Amos era demasiado listo para dejarse engañar por semejante falsedad.

–Si se pone sangre negra con blanca, se coagula.

El joven médico preguntó cómo era que a todo lo largo de la historia de la Orilla Oriental la sangre blanca y los genes blancos se habían mezclado venturosamente con sangre y genes negros, como demostraba un simple vistazo a las variaciones de color existentes en la comunidad negra del Cuello…

–¡No me venga con argumentos de ésos! – rugió Turlock-. Lo que pasa es que la sangre blanca queda destruida. El cólera y todo eso.

Amos Turlock tenía un miedo cerval al cólera, y él y otros como él no tenían intención de dejar que se introdujera en el hospital de Patamoke.

–Las cosas están bien así. No hay por qué cambiar. Los negros, que sigan en el sótano. Y esterilizarlo todo tres veces antes de que suba a los pisos altos.

Era el mes de diciembre, pero Hugo Pflaum sudaba de excitación. En el sótano del Palacio de Justicia de Patamoke se agitaba en su silla giratoria y miraba con orgullo y, a la vez, con mortificación la fila de quince fotografías de marcos negros que colgaban de la pared..

–Ahí están -murmuró nerviosamente-, quince escopetas que decían que nunca serían capturadas, y padre y yo las hemos cogido todas.

Constituían una galería de la que cualquier guardabosques se habría sentido orgulloso: quince escopetas largas que habían

aterrorizado el Choptank.

–*Cheseldine,* la encontraba escondida debajo de una pocilga en 1922. *Reverdy,* mi padre se presentó y se la arrebató a su dueño en 1924.

En la fotografía siguiente Hugo se detuvo, contemplándola con verdadero afecto, pues mostraba la primera escopeta que él había capturado por sí solo.

–Cogida a orillas del Pequeño Choptank. *Herman Cline,* en otro tiempo propiedad del famoso domador de esclavos.

Pero entonces su rostro se oscureció, pues había llegado a los dos espacios vacíos reservados para la Escopeta Dieciséis y la Escopeta Diecisiete, y le parecía oír las agrias voces de los hombres reprochándole, y no en broma: «Hugo, te muestras muy activo cuando se trata de confiscar las escopetas de otros, pero la gente ha empezado a darse cuenta de que no tocas las escopetas manejadas por tu propia familia. Sí, Hugo, ¿cómo es que tu cuñado Caveny puede seguir teniendo su escopeta? Y tu cuñado Turlock se siente en completa libertad de disparar *La Twombly* cuando le da la gana.»

La escopeta de Amos Turlock era siempre aludida de esta manera, como si el honorífico *La* proclamase su noble ascendencia, la escopeta larga más antigua de Maryland. Hugo comprendía que su reputación de integridad dependía de que capturase aquella escopeta, y se lamentó a su mujer:

–Mis propios parientes me están haciendo quedar como un estúpido, Becky, y esto se tiene que acabar. Vete a ver a tu hermano Amos y a tu hermana Nora y adviérteles que tengo que llevarme sus escopetas.

Había hablado con tan herida dignidad, que ella se había ido a casa de Amos, el cual la había despedido con un bufido.

–Si viene aquí, Beck, te lo llevarán a casa con los pies por delante, y no hablo por hablar.

Así que ella había advertido a Hugo:

–Mantente apartado de Amos, es un mal bicho.

Había tenido más suerte con su hermana Nora Caveny.

–Tienes que ayudarnos a capturar la escopeta, Nora. Pasaron ya los viejos tiempos, y sería terrible que detuviesen a tu hijo Patrick.

La advertencia había resultado eficaz, y Hugo esperaba ahora en su oficina la información que se le había prometido en secreto; ¡antes de una semana tendría la *Caveny* en su poder!

Llegó por fin su informante, Nora Caveny, su cuñada y madre de aquel excelente muchacho que estudiaba en el Colegio San José, de Filadelfia. Estaba temblando.

–He entrado en el Palacio de Justicia como si viniera a pagar mis impuestos -dijo, con aliento entrecortado-. No me gustaría que nadie me viese.

–Estás haciendo lo que debes, Nora. No sólo está legalmente confiscada la escopeta, sino que tú misma has visto cómo estuvo a punto de dejar ciego a tu marido y casi mata al viejo Jake.

–Es un arma monstruosa, Hugo, y no debe estar en manos de un joven destinado al sacerdocio.

–¿Qué tal va?

–Ha sacado mención de honor, y después de las vacaciones de Navidad ingresa en San Carlos Borromeo.

–¿En Roma?

–En Filadelfia. Pero si saca buenas notas ahí, podría ir a Roma.

–Debes de estar orgullosa.

–Todas las madres deberían tener hijos así -bajó la voz-. Y yo procuro proteger al mío.

–¿Dónde tiene la escopeta?

–No permiten que lo sepa. Antes de ir a la cárcel, mi marido se llevó a Patrick aparte y le enseñó dónde estaba escondido el precioso objeto. Ni que fuera de oro. Algunos de los Turlock de la parte alta del río saben dónde está, y creo que la usan a veces. Pero no se lo dicen a ninguna mujer.

–¿Crees que Patrick piensa usarla esta noche?

–Estoy segura, Hugo. Le he oído hablar con Jimmy Turlock, y ya le conoces. No piensa más que en coger ratas almizcleras y en cazar patos.

–¿Adonde van a ir?

–Eso no lo sé. No hay hielo, y Jimmy no tiene tierras de marisma.

–Quisiera tener una pista mejor que ésa.

–Lo único que sé, además…

Vaciló, preguntándose si lo que iba a decir tendría algún significado.

–Le oí decirle a Jimmy que no se llevara su chesapeake. Que no irían a aguas profundas.

–Eso es importante -dijo Hugo-. Significa que no van a la bahía. Eso me simplifica la tarea.

–Algo más -dijo Nora, mientras observaba la galería de bribones-. Me prometiste que no habría foto en el periódico.

–Así es, Nora.

–No estaría bien, siendo un aspirante a sacerdote.

–Habrá una foto, naturalmente. Tiene que haberla para que los otros vean que no pueden seguir usando esas cosas. Pero en ella estaremos sólo la escopeta y yo. La colgaré ahí.

Cuando quedara colocada allí, sólo quedaría libre un hueco, reservado para *La Twombly,* y, mientras se dirigía a casa para echar una siesta antes de la noche de trabajo que le esperaba, Hugo sentía la satisfacción de saber que la fotografía de la *Caveny* no tardaría en ocupar su puesto, pero temía que el decimoséptimo hueco quedaría vacío durante mucho tiempo.

Al irse debilitando los efectos de la Depresión, Julia Cater se encontró ante un desconcertante dilema: en su reconocida calidad de excelente ama de casa, las familias blancas la invitaban a trabajar para ellas, y, de haberlo hecho, hubiera podido ganar más de lo que ganaba en las diversas conserverías. Los Steed habrían podido darle empleo en su casa de la ciudad, y los Paxmore que dirigían el astillero le habían pedido varias veces que trabajase en su casa. Hasta los Caveny que tenían la línea de camiones solicitaron sus servicios, pero ella se negaba siempre.

Dos buenas razones le mantenían dedicada a sus pesadas tareas: encontraba una gran alegría en trabajar con otras mujeres negras y cantar con ellas durante las largas y calurosas horas que pasaban ante las humeantes mesas; y era la mejor obrera de todo el Choptank en el manipulado de cangrejos.

A mediodía, ribereños como su marido llevaban al muelle sus lanchas cangrejeras, y cuando los animales vivos eran sacados a tierra en cestos, allí estaba el jefe de Julia para comprar varios barriles de los

más grandes, a fin de someterlos al proceso especial que él había inventado. Experimentaba siempre una sensación de orgullo al depositar los grandes cangrejos sobre la mesa de Julia: «¡Aquí tenemos nuevas preciosidades!» Y ordenaba a sus hombres que echasen los animales vivos en las calderas de agua hirviendo.

Cuando Julia los sacaba con su red, presentaban un hermoso color rojo, y con estos selectos ejemplares era con los que trabajaba. Diestramente, les quitaba el caparazón y las patas. Después de sacar las entrañas, colocaba el cangrejo con su delicada carne en un caldero de vinagre de manzana hirviendo, y una vez que su sabor había impregnado los cangrejos, sacaba de un armario cuidadosamente guardado un paquetito de especias que había preparado con polvos comprados por su jefe en la tienda de McCormick, en Baltimore. Sólo Julia conocía las proporciones necesarias; otras casas intentaban dominar el lucrativo negocio de los cangrejos en conserva, pero los suyos nunca igualaban los que hacía Julia.

Una vez el misterioso paquete era vaciado en el vinagre hirviente, los cangrejos permanecían sumergidos en él sólo un breve tiempo: el suficiente para que adquiriesen un picante sabor, no excesivo. Luego eran sacados y puestos a secar sobre unos bastidores, después de lo cual Julia los iba cogiendo uno por uno, los examinaba cuidadosamente y los envolvía en pergamino.

El producto final era muy solicitado en los bares de Nueva York y Baltimore. El cliente pagaba 15 centavos por esta golosina, que solía comer fría, tal como venía en el pergamino, o asada a la parrilla con un poco de pimienta y mantequilla. En cualquiera de las dos formas, esta picante y deliciosa carne era uno de los más exquisitos bocados de la Orilla Oriental, y Julia Cater, mejor que ninguna otra obrera de las conserverías, sabía cómo prepararlo.

Era una experta culinaria, una de las mejores de América, y le pagaban por su trabajo ochenta centavos diarios por una jornada de diez horas.

Con este dinero, más el que aportaba su marido, mantenía unida a la familia. Las niñas estaban creciendo y, gracias a Dios, eran muy responsables. Helen, próxima a cumplir los once años, hablaba ya de ponerse a trabajar en una conservería, y Luta Mae, de nueve años,

aunque más dada a protestar de las injusticias, estaba dispuesta, no obstante, a realizar pequeños recados para los blancos y embolsarse los centavos que le daban. Lo que tranquilizaba a Julia era el sentido del deber de las niñas; su padre se hallaba generalmente ausente a bordo de algún *skipjack,* y su madre permanecía fuera casi todo el día, por lo que si las hermanas hubiesen tenido propensión a la delincuencia, les habrían sobrado oportunidades para ello. Por el contrario, cuidaban la casa, atendían a su hermano, progresaban en la escuela y cantaban en la iglesia.

El cantar era importante: «Si una chica de color no sabe cantar - solía decir Julia- se le seca el alma.»

En la conservería de cangrejos, y mientras trabajaba con tomates, Julia cantaba. En la cocina, con sus hijas, cantaba. Y en la iglesia, los domingos y los miércoles, expresaba el amor que sentía hacia Dios y su milagroso mundo. Su voz era fuerte, como su cuerpo, y a menudo, cuando cantaba, echaba la cabeza hacia atrás, como si quisiera que su canto subiera directamente hacía arriba. Cerrando los ojos, apretaba las manos ante sí y cantaba sus alabanzas.

Aunque le hubieran doblado el salario en casa de los Steed, no habría querido trabajar en silencio, una solitaria mujer negra moviéndose por los enmudecidos salones. La forma de limpiar una habitación era moverse por ella lentamente con sus dos hijas, cada una con un paño, cada una con su propia aportación al canto. La única forma decente de preparar un cangrejo era en presencia de una veintena de mujeres, elevándose sus voces en una canción y oscilando sus cuerpos al compás de la música, respirando con ella, pasando las largas horas de trabajo al son de sus ritmos.

Y no siempre era música de trabajo, en absoluto. A veces, hacia el final de una temporada, cuando Julia advertía que su marido no tardaría en regresar a casa y que Hiram, con su cicatriz en el oído ya curado, correría a recibir a su padre, Julia rompía a cantar, hubiese o no alguien para acompañarla.

En la primavera de 1940, los Steed se enfrentaron por fin al problema de la progresiva desaparición de su isla. Jefferson Steed, el congresista que ahora ocupaba *Venganza de Rosalind,* advirtió que no sólo se hallaban en crítico peligro los campos occidentales, sino que la

propia mansión corría también peligro de ser socavada y acabar derrumbándose. Se adoptaron frenéticas medidas para apuntalar las orillas occidentales, donde la erosión era espectacular, pero no bien se hubieron instalado muros de contención, con gran coste económico, cuando las corrientes así desviadas empezaron a corroer los litorales septentrional y meridional.

Las espectaculares tormentas que ocasionalmente barrían Chesapeake nacían de ordinario en el Atlántico, al sur de la bahía, y cuando penetraban tierra adentro, depositaban grandes cantidades de agua; siempre se producía alguna inundación, pero el litoral no sufría daños importantes. El daño lo producían las tormentas menos aparatosas, las persistentes que llegaban sin alardes por el Noroeste, manteniéndose durante días e incluso semanas seguidas, levantando grandes olas que mordisqueaban las puntas noroccidentales de las islas y penínsulas.

La Orilla Oriental se componía de una llana sedimentación aluvial depositada por los glaciares al fundirse al final de las distintas Eras glaciales. El punto más elevado de la zona de Patamoke era Acantilado de la Paz, y en veinte millas a la redonda de la ciudad no podría encontrarse ni una sola roca y apenas algún que otro guijarro. Todo era arenoso fango. Naturalmente, se habían superpuesto a él materias vegetales, conchas de ostras y fino cascajo arrastrado por el Susquehanna, pero la isla Devon, como representativa del conjunto, era cruelmente vulnerable a los embates de las olas.

Éstas no actuaban rompiendo directamente contra la costa y desmoronándola; rompían a cierta distancia y rodaban luego al nivel de la superficie, socavando la orilla a la altura de las aguas. A veces, el corte se extendía sesenta o setenta centímetros bajo lo que parecía ser una sólida extensión de tierra con altos árboles sobre ella, pero estaba condenada, pues su base había sido ahuecada.

Entonces, cuando se desataba alguna tormenta de desusada intensidad, el enorme bloque de suelo arenoso, más su carga de árboles y herbosas riberas, se estremecía, temblaba unos instantes y se derrumbaba lentamente en la bahía. En la isla Devon, esta implacable erosión se había ido produciendo lenta e inexorablemente desde mucho antes de que el capitán John Smith trazara el mapa de la región, en

1608. Gran parte de la isla había desaparecido ya, y se precisaban medidas heroicas si se quería salvar el resto.

–Lo que haremos -dijo Jefferson Steed- es tender un resistente muro de contención a lo largo de todo el sector noroccidental.

Su capataz señaló que esto resultaría excesivamente costoso, pero Steed replicó:

–Hemos estado obteniendo buenos beneficios de las plantaciones de tierra firme, y, de todos modos, si no defendemos el litoral perderemos la mansión.

Así, pues, se llamó a un ingeniero, que gastó más de cien mil dólares en proteger la isla; pero apenas había sido terminado su muro de madera cuando se desencadenó del Noroeste una tempestad, que se abatió contra él durante cuatro días.

–Gracias a Dios, se mantiene en pie -dijo Steed, mientras él y el ingeniero inspeccionaban su trabajo, y tenía razón; los pilotes habían sido hincados tan profundamente y enlazados de forma tan sólida con la tablazón, que el nuevo muro resistió la tormenta.

–Pero mire allí -señaló el ingeniero, con desaliento.

Y lo que Jefferson Steed vio le arrebató toda la seguridad que sentía. Pues la tormenta, incapaz de derribar el muro de contención, lo había rodeado, formando un profundo canal entre el muro de madera y la isla, y la corriente así creada era tan rápida, que erosionó el arenoso suelo casi tan eficazmente como lo habían hecho las olas, pero desde una dirección distinta. En muchos lugares era imposible saltar desde tierra al muro, tan ancho se había hecho el canal.

–¿Qué diablos podemos hacer? – preguntó Steed.

–Podríamos intentar rodear toda la isla con un muro ininterrumpido -respondió el ingeniero. – ¿Cuánto costaría?

Tras calcular en silencio unos momentos, el hombre respondió: -Dos millones de dólares. – ¡Santo Dios!

Y por primera vez Steed se enfrentó con la posibilidad de que su familia llegara a perder aquella isla.

–Podría irse todo al diablo…, La *Venganza*… todo.

Lentamente, se dirigió a la parte Norte y mostró un nuevo tipo de erosión que estaba comenzando allí.

–Parece como si continuamente nos estuviesen atacando nuevas corrientes.

–Así es -afirmó el ingeniero.

El fatalismo de su respuesta enfureció a Steed, que preguntó:

–Bien, ¿qué va a hacer usted?

–Nada -respondió el ingeniero.

–¿Quiere decir… que todo lo que hicimos el año pasado ha sido inútil? ¿Y este año también?

–Así parece. Pero le aseguro, Mr. Steed, que era imposible preverlo.

–Para eso es para lo que contratamos ingenieros. ¡Maldita sea, hemos perdido una fortuna! ¿Qué va a ocurrir?

El ingeniero observó con detenimiento la costa Norte, moviendo tristemente la cabeza al comprobar el vertiginoso ritmo a que estaba desapareciendo en la bahía. Subió con Steed a una motora para navegar en torno a la isla, y quedó claro que hasta la pequeña estela que dejaba la embarcación ponía en peligro la costa, pues sus ondas golpeaban en la vital línea en que la arena recibía el choque del agua.

–Puede imaginar el daño que causa la estela de un buque -dijo a Steed.

Cada centímetro de litoral estaba expuesto al ataque; cada año, la isla se iba empequeñeciendo, a medida que su arena regresaba a la bahía.

–¿Qué significa todo esto? – preguntó Steed.

–Significa que Devon estaba condenada desde el mismo día en que se formó. Toda la Orilla Oriental lo estaba, si nos atenemos a la evidencia.

Se encontraban ahora ante el extremo sudoriental de la isla, el punto desde el que más impresionante resultaba la línea del tejado de *Venganza de Rosalind;* se veía una parte suficiente de la casa como para dar entidad a la estructura, pero lo que más llamaba la atención era la atalaya de la viuda, aquella superestructura rectangular provista de una baja balaustrada. Era inaceptable que aquello desapareciera también con la isla que se desmoronaba, y Steed meneó la cabeza.

Por dos veces intentó hablar, pero las palabras se le agarrotaron en la garganta. Temiendo que las lágrimas acudieran a sus ojos, buscó su

pañuelo y murmuró: -Discúlpeme. Y el ingeniero tuvo el decoro de apartar la vista.

La separación de razas que siempre había caracterizado a la Orilla Oriental continuó invariable durante la década de 1940, y era tremenda la pérdida para la comunidad de lo que hubiera podido conseguirse mediante un esfuerzo conjunto. Los coros habrían sido más armoniosos, los impuestos podrían haber sido más bajos si se hubiera permitido que aumentasen los ingresos de los negros, los equipos de béisbol habrían sido mejores si se hubieran aceptado jugadores negros en ellos, y en casi todas las empresas los resultados podrían haber sido más productivos si se hubieran incorporado las energías de los negros.

Pero la tradición exigía que las dos comunidades coexistiesen en una especie de tregua armada, en la que todas las armas estaban en poder de los blancos. Los que imponían esta política se dividían en dos grupos: en la cúspide de la sociedad, los Steed y sus colegas plantadores -«tomamos el nombre de *plantador* en los viejos tiempos en que nuestros esclavos cultivaban tabaco; ahora cultivamos principalmente tomates, pero conservamos el nombre»- sostenían la creencia de que los negros sólo valían para el trabajo manual y que la sociedad prosperaba cuando se les mantenía en él; en la base de la pirámide, los Turlock y los Caveny definían y hacían cumplir las reglas.

–Los negros deben estar en Cuello de Rana -solía decir Amos Turlock-. Que vengan por la mañana a trabajar en las conserverías, pero al anochecer que se vuelvan a sus casas.

Los Turlock no imponían a ciegas el cumplimiento rígido de las normas. «Lo mejor que ha hecho jamás esta ciudad fue contratar a ese poli negro. Uno de los mejores hombres de esta ciudad. Él se ocupa de que cuando los negros se cargan a alguien sea uno de los suyos.» También pensaban que los negros debían tener una escuela. «No una escuela de verdad. Ningún negro de este mundo es apto para estudios superiores, pero tienen derecho a recibir instrucción. Seis, siete grados. Tienen que aprender a leer.»

Así, pues, las razas vivían en sus mundos separados, excepto en las raras y reverenciadas noches en que alguien organizaba una romería. En el escaparate de la tienda de Steed y en postes situados a lo largo del puerto aparecían los siguientes carteles:

OceanofPDF.com

GRAN ROMERÍA
TERRENOS DE LA IGLESIA E.M.A.
SÁBADO POR LA NOCHE

En la comunidad negra no hacían falta carteles, pues todo el mundo sabía que del éxito de la romería dependía la cantidad de buenas obras que la iglesia podría hacer en la temporada siguiente. Los carteles iban dirigidos a la comunidad blanca, especialmente a los Turlock y los Caveny, pues si éstos acudían en gran número, el éxito estaba garantizado; los Steed y los Paxmore efectuarían su aportación económica asistiesen o no, pero todo resultaba más alegre si el Cuello se llenaba de Turlock, pues, como decía Cater, «ésos saben divertirse».

El sábado, 20 de julio de 1940, se iba a celebrar la gran romería del verano; el jueves y el viernes, todas las familias relacionadas con la Iglesia E. M. A. atendieron a sus acostumbradas tareas. Jeb Cater tenía a su cargo el acotado de una amplia extensión del Cuello, en la que sólo podía entrar mediante el pago del boleto que daba derecho a ello. La banda de Will Nesbitt ensayaba nuevos números, porque había circulado el rumor de que el padre Caveny, recién ordenado, tal vez asistiera a la fiesta. Otros hombres reunían sillas, barrían los terrenos e instalaban luces.

Las mujeres de la comunidad negra, después de haber pasado horas en las conserverías, estaban atareadas cortando pollos para freír, y desmenuzando quingombó para hervir con tomates y cebollas, y preparando las golosinas que tanto gustaban a los niños. Los pescadores negros llevaban a casa de Julia Cater cestos de cangrejos, apio, cebollas y sacos de harina, pues por tradición era ella la encargada de preparar el manjar principal de toda romería: los pastelillos de cangrejo.

El congresista Steed decía de su arte culinario:

–He asistido a romerías y mítines políticos a todo lo largo de la Orilla Oriental, y calculo que habré comido por lo menos doscientos pastelillos de cangrejo al año durante cuarenta años. Eso supone ocho mil pastelillos, y al cabo de los años lo he ido clasificando conforme a una escala de cero a diez. La mayor parte de los restaurantes públicos sirven una porquería que no rebasa la puntuación de 2. Una tira de

carne de cangrejo, un bollo de pan, frito en manteca rancia y bañado en salsa de tomate. ¡Qué parodia! Ahora bien, mi tía Betsy hacía un pastel de cangrejo que alcanzaba ocho coma siete de puntuación. Bocados exquisitos, delicadamente salteados. Nunca me cansaba de comerlos.

»Pero para comer el auténtico pastelillo de cangrejo de la Orilla Oriental hay que ir a casa de Julia Cater, en Cuello de Rana. Cuando vea un cartel anunciando una romería en que ella va a preparar los pastelillos de cangrejo, debe usted ir, aunque sólo sea para probar sus obras maestras. ¿Puntuación? Nueve coma siete, la más alta concedida jamás.

Cuando alguien le preguntaba por qué, si los pastelillos de Julia eran tan exquisitos, sólo le concedía una puntuación de nueve coma siete, explicaba:

–El pastelillo perfecto de cangrejo debe tener un toquecito de cebolla. Julia se niega a ello.

Una vez, un periódico de Baltimore había publicado en primera plana una fotografía del congresista Steed inclinado sobre un horno mientras Julia Cater le hacía una demostración de su especialidad. «Lo que ella hace -se decía en el artículo que acompañaba a la fotografía- es emplear la más selecta carne de cangrejo, una pizca de apio troceado, huevos bien batidos para mantener unida la carne y migas de pan secadas al sol para dar cuerpo al pastel. Una pizca de pimienta, un pellizco de sal y algo de una bolsita marrón que se niega a decir lo que es, y *voilà!* Este cronista nunca ha comido mejores pastelillos de cangrejo en toda la Orilla Oriental.»

El jueves y el viernes las tres mujeres Cater trabajaron picando cangrejos hasta que se les entumecieron los dedos. Otras mujeres se ofrecieron a ayudarles, pero Julia consideraba que aquélla era su oportunidad de servir al Señor con lo que mejor sabía hacer, y ella y sus hijas se pasaron toda la noche picando cangrejos y cantando El trabajo era tedioso y difícil a la vez, un constante entresacar los esquivos trocitos de carne que distinguían a los mejores pastelillos. «Yo he visto pastelillos de cangrejo que eran un desastre -decía Julia-. Todo carne oscura en pequeñas hilachas que yo no echaría en una sartén, y mucho menos me comería.»

Para el sábado por la mañana, las mujeres Cater tenían vatios cubos llenos de blanquecina carne de cangrejo, colocados en la parte más fresca de la casa y tapados con estopillas. Se echaron a dormir durante las horas calurosas del día, y a las cinco de la tarde empezaron su tarea, y se sintieron complacidas al ver cómo iban saliendo del horno los pardodorados pastelillos, redondos como pequeños tomates y con una pequeña protuberancia donde la carne de cangrejo traslucía bajo la corteza.

Al anochecer, dos negros se situaron en la improvisada puerta que conducía al lugar en que iba a celebrarse la romería, y a medida que iba llegando la gente de la ciudad, estos dos hombres iban cobrando la entrada, cuarenta centavos los adultos, veinte centavos los niños, y ocasionalmente, cuando aparecía algún blanco que había favorecido las romerías de aquel tipo a lo largo de los años, el mayor de los dos cobradores se lo llevaba aparte, hacia unos matorrales, y allí le ofrecía una botella de whisky y le invitaba a tomar un trago.

–Agradecemos que haya venido -susurraba el portero, y a menudo bebía con el blanco, compartiendo la misma botella.

Un hombre que nunca se perdía una romería era Amos Turlock. «La mejor cocina de todo el condado, y esos negros saben cantar.» Por su modesta entrada, Amos recibía una opípara provisión de alimentos: pollo frito, melón, ensalada de tomate y cebolla, numerosas empanadas, bandejas de bocadillos y, naturalmente, los pastelillos de cangrejo.

Los visitantes se atiborraron desde las cinco hasta la puesta del sol; luego, Will Nesbitt y su banda interpretaron animadas piezas. Durante esta parte los hombres de Nesbitt se ajustaron a la clase de música que llevaban décadas tocando en esas ocasiones, esperando que apareciese el padre Caveny para interpretar sus números especiales.

En los intervalos actuó el coro, dirigido por el reverendo Douglass, que tenía una buena voz. Estos hombres y mujeres ofrecían principalmente música religiosa, interpretando un ritual de himnos a menudo desconocidos para los invitados blancos, pero tarde o temprano, voces como la de Julia Cater pasaban a los populares espirituales, y a veces la multitud se unía a los cánticos, y en esos momentos de fusión se desvanecía toda idea de blanco o negro.

Eran aproximadamente las nueve cuando corrió entre la multitud la noticia de que llegaba el padre Caveny, y él sabía lo que se esperaba que hiciera, pues llevaba consigo una pequeña caja negra que desconcertó a los blancos, pero que llenó de alegría a los negros allí presentes. Cruzó con desenvoltura por entre la multitud, un joven de veintiséis años, de pelo rubio y vestido con atuendo clerical, el muchacho que había sacado notas excelentes en el colegio y mejores aún en el seminario. Patamoke estaba orgullosa del joven Patrick Caveny, pero le invadía ahora el desconcierto ante su imprevisible comportamiento.

Saludando con una inclinación de cabeza a los Steed y a sus otros feligreses blancos como si estuviera caminando por su iglesia, paseó unos momentos por entre los negros y se dirigió luego hacia el estrado en que se encontraba la banda. La gente empezó a aplaudir, y Will Nesbitt bajó para invitarle a unirse a la banda. Esto provocó más aplausos, y, después de sonreír a la multitud y de pedir un poco más de pastel de cangrejo, abrió la caja negra.

En su interior había un clarinete desmontado en cuatro piezas, y lentamente, con teatralismo irlandés, las sacó y las fue montando: pabellón, cuerpo, boquilla, lengüeta. Tras comprobar el conjunto, pidió a uno de los hombres de Nesbitt que hiciera sonar una nota, que trató de repetir. Satisfecho del estado de su instrumento, hizo una señal a Nesbitt, y la banda eligió las siete bellas notas de una canción que entusiasmaba a los negros, *Adiós, adiós, mirlo,* y cuando sonaron, el público prorrumpió en aplausos.

El padre Caveny no tocó durante la primera parte de esta admirable canción, pero cuando la música llegó a lo que se denominaba el puente, o, como algunos lo llamaban, la laguna, la banda se detuvo, y él interpretó con su clarinete el desolado lamento de un negro atrapado en el Norte y anhelante de regresar a su hogar.

Luego volvió a sonar la banda, y diez minutos después la romería en la E. M. A. se había convertido en una fiesta llena de tumultuoso bullicio.

Los Steed y otros católicos se sentían turbados por el comportamiento de su sacerdote, y la tía del congresista dijo:

–En mi opinión, se está acercando demasiado a los negros en todos los aspectos.

Y otra persona de su generación dijo:

–Es vergonzoso que un miembro del clero toque un clarinete como hacía en la escuela superior.

Pero cuando finalizó la romería, y el reverendo Douglass hubo contado las monedas con las que su iglesia debía subsistir durante los próximos meses, y hubieron sido limpiados los pucheros y retiradas las cuerdas, fue Jeb Cater quien resumió la velada:

–Los cuáqueros como Woolman Paxmore, el mejor hombre de la ciudad, aman a los negros en grandes dosis…, los negros de Alabama, los negros de Georgia… pero el padre Caveny nos ama uno a uno…, tal como somos…, aquí, en Cuello de Rana.

El 22 de febrero de 1941, la fotografía de Amos Turlock apareció en la primera plana del *Patamoke Bugle,* pero no en la forma en que Hugo Pflaum había planeado. Él habría querido ver a Amos a un lado, *La Twombly* en medio, y al otro lado él, el astuto guardabosques que, por fin, había logrado confiscar la ultima y más famosa de las escopetas largas.

No, era una fotografía completamente distinta. Aparecía en ella Amos, sin afeitar, con una escopeta corriente en una mano y un ganso muerto en la otra; al pie decía:

OceanofPDF.com

Un cazador local captura un ganso
en la marisma familiar

El artículo relataba luego cómo Amos había merodeado durante cinco meses por las marismas, esperando hacer blanco en su esquivo objetivo, y se citaban las palabras de varios cazadores en alabanza de su firme determinación:

«Si algún cazador de Patamoke estaba destinado a conseguir un ganso este año -dijo Francis X. Caveny, gran cazador también-, tenía que ser Amos Turlock, pues él sabe más que nadie en toda la región acerca de las costumbres de esta ave.»

Se recordaba más adelante los años en que solían visitar el Choptank grandes bandadas de gansos, y se felicitaba editorialmente a Amos por hacer rememorar aquellos viejos tiempos a los habitantes de Patamoke:

«A Amos Turlock y a los hombres como él les decimos: ¡Bravo! Y, aun a riesgo de pecar de fatuidad, quisiéramos expresar la esperanza de que acaben volviendo algún día las multitudes de gansos que en otro tiempo habitaron nuestra región. Aplaudimos, ciertamente, los empeños de buenos deportistas como Amos Turlock que tan diligentemente se esfuerzan por ayudarnos a conservar los patos que todavía tenemos. ¡Levanta bien alto tu ganso, Amos, y que te aproveche!»

Ningún negro podía vivir en Patamoke ni aun durante un período tan corto como seis días sin que hubiera de recordar la distorsionada sociedad en que se desenvolvía. Los Cater lo comprendieron la tarde del día en que. conocieron la excitante noticia de que Amos Turlock había matado un ganso.

Lo que sucedió aquella tarde fue que Julia tuvo la suerte de ser recibida por el dentista negro itinerante llegado de Baltimore. Hacía algún tiempo que tenía problemas con sus dientes, y como los cuidados odontológicos estaban totalmente fuera del alcance de las familias negras locales -los dentistas blancos no las trataban, y no había médicos negros-, había visto cómo se iba deteriorando su dentadura, cuando sabía que podría salvarse si se la sometía a las atenciones debidas.

–Mal asunto -dijo el dentista, cuya sala de espera rebosaba de clientes-. Lo único que se puede hacer es sacarlos todos.

–Pero, doctor…

–Podrían haberse salvado. Tal vez fuera todavía posible si pudiera verle una vez a la semana durante seis meses. Pero no hay manera. Es mejor sacarlos.

–Pero…

–No tenemos tiempo para discutir, señora. Se los puedo extraer, hacerle un molde y mandarle por correo desde Baltimore una excelente' dentadura artificial. Cuarenta dólares, y no volverá a tener más molestias.

–Pero…

–Decídase, señora. No voy a venir más por aquí en lo que queda de año.

–¿Podría ser en otra ocasión?

–Mire, si no tiene los cuarenta dólares ahora, aceptaré un pago a cuenta. El reverendo Douglass me dijo…

–¡No es el dinero! – le interrumpió ella.

Y, de pronto, le abandonó toda su capacidad de lucha. Los años de intentar mantener unida a su familia, de intentar no engordar demasiado como hacían algunas mujeres negras, la preocupación por su dentadura, y el reciente comportamiento de Luta Mae, y la educación de su hijo. La implacable e interminable lucha era demasiado.

Resignada, se recostó en el sillón, pero cuando las primeras vaharadas de gas llegaron a su nariz, luchó instintivamente contra ellas.

–¡No me voy a desmayar!

–Vamos, vamos -dijo suavemente el dentista, acariciándole la mano.

En realidad, fue mucho menos doloroso de lo que había pensado, y el dentista rió cuando la ayudaba a levantarse del sillón.

–Si la dentadura no le queda bien, ¿sabe lo que haré? Me la pondré yo.

Pero cuando llegó a la calle y sintió el inmenso vacío en su boca, no pudo contener las lágrimas.

–Dios mío, ya no podré volver a cantar.

Si alguien hubiera intentado escribir una fiel historia de Patamoke, probablemente se habría sentido obligado a incluir un pasaje sobre la experiencia espiritual de la región, y se le habría presentado un curioso problema, pues habría sido difícil identificar a ninguno de los presuntos líderes religiosos como el hombre o la mujer que más habían hecho para alentar la espiritualidad en la comarca.

Por ejemplo, un tradicionalista tal vez se sintiera inducido a citar a William Penn, el augusto cuáquero de Filadelfia; llegó a Patamoke a finales del siglo XVII, saludando con ostentosas inclinaciones de cabeza a los habitantes de la localidad y dando pruebas de su espiritualidad, pero sería difícil venerarle, pues para el marylandés medio Penn era un tunante embustero y ladrón que había tenido la desvergüenza de robar la parte septentrional de la colonia en beneficio de Pensilvania y lo había conseguido. Al escribir acerca de aquel período, Paul Steed decía:

El peor enemigo que Maryland ha tenido jamás ha sido William Penn, ese hipócrita santurrón y pontificador religioso. Si mis antepasados no hubieran estado en guardia, habría robado la parte mejor de nuestra colonia hasta la propia isla de Devon. Vino una vez a Patamoke, aparentemente para rezar con sus correligionarios locales, pero a todas luces para ver qué partes podía robar después. Jamás ha aparecido por el Choptank hombre más tortuoso que él.

La animosidad contra el recuerdo de Penn se mantuvo viva a consecuencia de dos infortunados incidentes: en 1765, cuando Charles Masón y Jeremiah Dixon trazaron la línea que delimitaba las tierras correspondientes a Maryland y Pensilvania, comenzaron desde un punto próximo al Choptank, y se rumoreó que los de Pensilvania les habían sobornado para que trazasen una línea favorable a la gente de Penn; y en 1931, cuando un profesor del Penn State College escribió un libro explicando que la bahía de Chesapeake nunca hubiera debido llamarse así, ya que no era sino la prolongación de la desembocadura del río Susquehanna, el *Patamoke Bugle* tronó: «Primero nos roban nuestra tierra, y ahora quieren robarnos nuestra bahía. Nosotros decimos: "¡Al diablo con Pensilvania y con su rapacidad!".»

Cosas mejores podían decirse en favor de Francis Asbury, aquel inspirado clérigo inglés de instrucción limitada, pero de ilimitada

devoción a los preceptos de John Wesley que llegó a Maryland en la década de 1770. Hombre de infatigable voluntad, recorría más de cinco mil millas cada año esforzándose por implantar la nueva religión del metodismo en la nación que estaba a punto de nacer. Su áspero estilo era particularmente eficaz en la Orilla Oriental, que pateó de cabo a rabo, declamando sobre el fuego del infierno y proporcionando a los ciudadanos sencillos una religión mucho más atractiva que las augustas propiedades del episcopalismo, fe de ricos, o que el catolicismo, que se había tomado acusadamente formalizado. Asbury se detuvo tres veces en Patamoke, haciendo auténtico furor entre los ribereños con sus revelaciones del cielo y el infierno, y, debido en gran parte a este entusiasmo, el Choptank acabó convirtiéndose en un río metodista. De una de sus visitas, escribió en su Diario:

Llegué a Patamoke, una bella ciudad a orillas de un bello río, lleno de santo ardor por salvar las almas de estos rudos hombres que pescaban en la bahía como los discípulos de Jesús pescaban en el Mar de Galilea, pero el primer hombre que encontré fue un tal Turlock, que incomodaba a los clientes de nuestra taberna con su ruidosa forma de comer, las voces que daba mientras bebía, lo mucho que fumaba y con su turbulenta conducta. Parecía tan indiferente a la eternidad como si se hallara a cómoda distancia de su borde. El reprobo tuvo la desfachatez de decirme en voz alta que su padre había vivido ciento nueve años y que jamás había usado gafas.

Habiendo sido, así, recibido por un hombre tan impregnado de pecado, ardía en deseos de emprender la tarea de salvar aquel lugar, pero descubrí que Satán había llegado antes que yo y estaba distrayendo a las buenas gentes de Patamoke con una obra a la que asistían ruidosamente y con aparente complacencia. Me sentí profundamente conturbado.

George Fox, el fundador del cuaquerismo, visitó Patamoke en 1672, pero no dejó huella duradera, y el santo padre Ralph Steed se había esforzado hacia la misma época por asentar el catolicismo en los más apartados rincones de la región, si bien su influencia se dejó sentir principalmente en la orilla occidental. También por entonces Ruth Brinton Paxmore había sido una poderosa fuerza del bien, pero su personalidad era tan abrasiva, que no podría considerársela

representativa de la región. Woolman Paxmore, como hemos visto, era de carácter más suave, pero ejerció su influencia fundamentalmente en otras partes del litoral oriental y no fue objeto de especial atención en su comarca.

No, el hombre que dio a la Orilla Oriental su más intensa elevación espiritual fue Jefferson Steed, y lo que hizo fue dejar de plantar tomates.

A finales de la década de 1940 se dio cuenta de que los vastos terrenos de los Steed que durante el pasado siglo y medio habían estado dedicados al cultivo del tomate, no tardarían en dejar de ser rentables. Las grandes conserverías de tomate esparcidas junto a los ríos de la Orilla Oriental estaban anticuadas; en Nueva Jersey y en el Oeste se estaban instalando factorías mucho mejores. Además, la tierra estaba fatigada por el constante asalto de las plantas de tomate, grandes consumidoras de minerales, y una tierra empobrecida daba lugar a plantas débiles susceptibles de ser invadidas por insectos. Más importante aún, con la emigración de la mano de obra hacia las fábricas destinadas al esfuerzo bélico y a nuevos proyectos como el propuesto puente sobre la bahía, ya no resultaba remunerador plantar tomates, así que un decisivo día en la historia de la Orilla Oriental, Jefferson Steed dijo a sus capataces: «Se acabaron los tomates.» Cuando ellos protestaron alegando que las conserverías de metálicos tejados que punteaban las marismas a lo largo de los estuarios no podrían ser destinadas a otros usos, replicó:

–Que se pudran. Ya han cumplido su función.

Y toda una forma de vida se desvaneció.

–¿Qué cultivaremos? – quisieron saber los capataces.

–Maíz -respondió Steed.

Los hombres, expertos agricultores todos ellos, no podían dar crédito a sus oídos. Siempre habían cultivado modestas cantidades de maíz para alimento de sus ganados, pero si añadían extensiones en las que antes habían cultivado tomates, habría que encontrar nuevos mercados.

–¿Dónde lo venderemos?

–A la gente de la Orilla Oriental le gustan los caballos -replicó Steed-. Y lo que sobre, es asunto mío.

Así, pues, con el riesgo de sufrir un auténtico desastre financiero, el congresista Steed plantó sus campos de tomate con un maíz híbrido desarrollado por agrónomos de la Universidad de Maryland, y prendió bien. Pero las notables cosechas que obtuvo no eran consecuencia de la buena semilla utilizada, sino de la audaz decisión que tomó al plantarla: «Desde la época en que los primeros ingleses cultivaron maíz en Maryland, lo hemos plantado en filas separadas un metro entre sí. Siempre se ha creído que tenía que ser de esa forma. Pero, en mi opinión, era sólo para que los caballos pudieran moverse entre las filas a cultivar. Con estos nuevos productos químicos, no necesitamos plantarlo así.» Y, audazmente, había sembrado su maíz en filas tan próximas que incluso un hombre tenía dificultades para pasar entre los tallos.

Dio resultado. Y en otoño, cuando los braceros negros recorrieron las prietas filas, apilaron las mazorcas en montones tres veces más grandes de lo previsto. Steed comprendió que había acertado.

–Lo que tenemos que hacer ahora es encontrar un mercado -dijo a su capataz, y preguntando a otros congresistas descubrió clientes ansiosos por comprar sus excedentes a los bajos precios que él podía ofrecer, y no tardaron otros granjeros de la Orilla Oriental en sustituir los tomates por maíz; a finales de verano, los lejanos campos se hallaban cubiertos de tallos de dos y medio y tres metros de altura, cargados de pesadas mazorcas. La operación de Steed fue una de las más sagaces jamás realizadas en la agricultura de Maryland, y granjeros que hubieran podido perder sus tierras de haber continuado con los tomates llegaron a hacerse moderadamente ricos con el maíz.

Pero una afortunada actuación en la economía rural no calificaría a un hombre para la santificación; lo que Steed hizo después, a finales de los años 50, fue despedir a sus braceros y comprar un escuadrón de gigantescas cosechadoras automáticas que le ahorraban gran cantidad de dinero y le permitían cosechar rápidamente sus campos el lunes y los de sus vecinos el jueves. La cosechadora significaba que era ya posible la agricultura en gran escala, pues arados de reja múltiple preparaban la tierra en primavera, grandes discos la trabajaban a finales de abril, traillas de enormes dientes mantenían limpia la tierra y

dinosaurios de metal reptaban por los campos en otoño, recogiendo el grano.

¿Dónde radicaba la significación espiritual de una operación como ésta? Los braceros negros habían cosechado el maíz lentamente, pero con una eficiencia casi perfecta; las recogedoras mecánicas pasaban rápidamente entre las filas, dejándose tras de sí aproximadamente el tres por ciento del maíz. Éste caía en forma de mazorcas rotas o, granos desparramados, o tallos que quedaban demasiado próximos a las cercas como para que la máquina pudiera alcanzarlos, o una o dos filas quedaban en medio y no valía la pena que el conductor diera media vuelta por eso.

Steed y sus hombres no eran perezosos; sabían que estaban perdiendo maíz, pero al calcular lo que tendrían que gastar para recuperar lo abandonado, descubrieron que era más barato dejarlo.

–Admitamos que trabajando con la cosechadora se pierde un tres por ciento. Pero aun añadiendo a eso la depreciación y la gasolina, la cosechadora mecánica es una ganga. Así, pues, nos olvidaremos de los granos caídos.

Fue una de las más afortunadas decisiones jamás tomadas por un Steed en relación con la tierra, pues cuando los amarillos granos yacían en el suelo en otoño, reflejando los pálidos rayos del sol, los gansos que volaban en lo alto empezaron a verlos. Al principio se detuvieron unos pocos, camino de sus habituales terrenos de invernada en Carolina del Sur, y un estremecimiento recorrió la espina dorsal de toda la Orilla Oriental.

–¡Están volviendo los gansos! Henry ha visto por lo menos cuarenta en el extremo más lejano de su campo.

Amas de casa que iban al mercado se paraban de pronto para mirar algo de lo que sus abuelas les habían hablado, pero que ellas no habían visto nunca… «Estaba doblando la esquina de Glebe Road, y allí, en el campo, había…, bueno, debían de ser cien grandes gansos picoteando en la granja de Childress.»

Un otoño llegaron por lo menos cuarenta mil gansos a las tierras de las orillas del Choptank, y se reavivaron las leyendas de los tiempos en que llegaban casi un millón, y cincuenta Turlock empezaron a engrasar sus escopetas.

Para 1960, doscientos mil gansos pasaban los inviernos a lo largo de los innumerables arroyos que vertían sus aguas al Choptank, y en los años siguientes su número alcanzaría los niveles que el capitán John Smith había observado en 1608. Se formaban grandes balsas al este de Patamoke, diez mil gansos dormitando sobre el agua, y algo alertaba a los situados en el borde, y se elevaban, y todos les seguían, y luego los centinelas se cercioraban de que el peligro no era real y volvían a posarse en el río, y todos los demás les seguían; era como una alfombra mágica de algún punto situado al este de Bagdad, alzándose, desplazándose y volviendo a descender.

En el almacén, los cazadores resumían las consecuencias:

–Elmer está tallando reclamos otra vez. Hay cinco Turlock anunciándose como guías Aquel negro del garaje se ofrece a coger plumas de ganso por veinticinco centavos, y Martin Caveny ha alquilado su orilla a un lechuguino de Pittsburgh por novecientos dólares.

Pero siempre que los cazadores comentaban el fascinante tema de cómo el retorno había vitalizado a la Orilla Oriental -«no queda ni una habitación libre en los moteles para esta temporada»-, llegaba un momento en que quedaban en silencio ante la maravilla de todo aquello, y luego algún viejo meneaba la cabeza y decía:

–Lo mejor de todo es que los gansos han vuelto.

Y de nuevo se hacía el silencio, pues el hombre había resumido, en efecto, lo mejor que le había sucedido a la Orilla desde hacía cien años.

Cuando Hiram Cater tenía siete años empezó su educación seria, no en gramática ni aritmética, sino en la táctica brutal de la supervivencia en un mundo blanco. Su madre, que aún podía recordar linchamientos efectuados a orillas del Choptank en los que negros que tal vez fueran, o no, culpables de algo era sumariamente ahorcados, era su principal instructora:

–Tu tarea fundamental es conservar la vida. Procura pasar inadvertido. No hagas nada que llame la atención. Si te encuentras con un Turlock o un Caveny, apártate a un lado. Nunca desafíes a un blanco.

A la primera indicación de que estaba desarrollando un temperamento belicoso, le advirtió:

–Está bien que hayas pegado a Osear. Es negro. Pero nunca pegues a un niño blanco, porque su padre armará un escándalo.

Y tenía especial cuidado en prevenir a su hijo que no hablara con chicas blancas. – No existen. No están ahí. No vas a la escuela con ellas, no vas a la iglesia con

ellas, y en la ciudad te mantienes siempre apartado.

Mientras observaba a su hijo, se sentía aliviada por el hecho de que las dos mitades de Patamoke estuviesen reparada»; con un poco de suerte, no necesitaría entrar jamás en contacto con una chica blanca.

Su doctrina era: «No existe.» Todo lo que irritase o denigrase debía ser expulsado de la mente, y ninguna insolencia de los blancos era causa suficiente para renunciar a esta estrategia fundamental. Si Hiram no tenía libros en la escuela, olvídalo. Si cuando lograba poner sus manos en un libro, éste se hallaba destro2ado a consecuencia de su largo uso en las escuelas blancas, ignóralo. Si la escuela no tenía cristales en las ventanas, mantén cerrada la boca, porque no puede hacerse nada al respecto. Las respuestas humanas más automáticas debían ser silenciadas, retenidas en el interior. La única respuesta a la humillación era una sonrisa, un paso a un lado, un bajar a la cuneta para que la mujer blanca pudiese pasar, una represión.

–Así es cómo será tu vida -decía Julia Cater a su hijo, y estaba predicando la vieja sabiduría negra, pues a lo largo de las generaciones así era cómo las mujeres negras enseñaban a sus hijos a sobrevivir para que pudieran convertirse en hombres negros.

Las naturales protestas de Hiram, formuladas desde el mismo día en que comenzó este adoctrinamiento, recibían escaso apoyo de su padre.

–Haz lo que te dice tu madre, y seguirás con vida.

En los *skipjacks,* Jeb había aprendido la táctica de llevarse bien con los tripulantes blancos.

–Yo hago mejor el trabajo, y cuando empiezan los líos, mantengo la vista baja.

Como consecuencia, se le consideraba favorablemente un buen negro, y al cabo de algún tiempo no experimentaba resentimiento por tener que desempeñar ese papel.

–El hombre tiene que vivir. El hombre tiene que tener un trabajo. Haz caso a tu madre, Hiram, y algún día serás un hombre listo; quizá llegues a tener tu propio *skipjack*.

El efecto que esta constante represión de los instintos naturales producía en Hiram era mínima, pues dentro de la comunidad negra encontraba adecuadas vías de escape para su turbulento carácter. Si quería luchar, ahí tenía a Osear, ligeramente más corpulento, ligeramente mejor con los puños. Si quería desarrollar juegos violentos, muchos chicos de su estatura frecuentaban los terrenos de la escuela, y sus peleas resultaban a veces bastante duras. Las exhortaciones de su madre en manera alguna hicieron de él un niño sumiso o temeroso al conflicto social. Por el contrario, su apartamiento de la comunidad blanca le obligó a convertirse en una personalidad más fuerte aún dentro de la negra.

Como su padre, era de complexión robusta. Su piel era más oscura que la de la mayoría de sus compañeros de juegos, delatando una raza pura y sin mezclas que se remontaban hasta África, pero no sabía nada de ese continente ni de las aventuras de Cudjo Cater en él. Era un hijo del Choptank, sin herencia, idioma ni conocimiento de costumbres sociales, y era probable que esta condición se mantuviese durante el resto de su vida, como había ocurrido con su padre.

Una exhortación de su madre ejerció profunda influencia en él:

–Límpiate bien los dientes, no quiero que los pierdas como yo he perdido los míos.

Limpiarse los dientes dos veces al día se convirtió en un ritual que observaba por propia voluntad y no porque su madre le obligase. Como consecuencia, advirtió que sus dientes eran más blancos que los de sus compañeros y mucho más brillantes que los de los niños blancos, que tomaban cantidades ilimitadas de dulces.

É1 no podía permitirse tales lujos. Su hermana Luta Mae ahorraba sus escasos centavos y los días de fiesta le llevaba a la «Heladería Oro y Azul», donde permanecían largo rato dudando sobre cuál de los nueve sabores elegir para sus cucuruchos; él pensaba en esos días como los mejores de su vida y no experimentaba el resentimiento de su hermana por el hecho de que, una vez comprados los helados, no pudiesen tomarlos en las bellas mesas de hierro. Él quería salir a la calle, donde

el frío contacto del helado en sus labios contrastaba con el caluroso viento que soplaba del río.

Cuando Luta Mae tenía doce años -una niña vigorosa e inteligente cuyas energías e imaginación superaban con mucho a las de su hermana mayor-, contaba a Hiram historias extraordinarias…, de cómo había volado un día con Charles Lindbergh a través del firmamento, y de cómo había tenido una vez un «Chevrolet» y lo había conducido por las carreteras pavimentadas con conchas de ostras, y de cómo había conocido a aquel chico mayor, Charley, y se habían ido al campo y habían hecho todo lo que les había dado la gana. Resultaba refrescante hablar durante un rato con Luta Mae, pues sus entusiasmos florecían y la transportaban a regiones situadas mucho más allá del Choptank.

A los trece años, confió a Hiram que se negaría a dar por terminada su educación cuando concluyese sus estudios en la escuela negra al final del séptimo grado.

–Iré a Salisbury. Iré a la escuela superior negra y sacaré las mejores notas. Y luego iré a la Universidad.

Había caído bajo el hechizo de una tal Miss Canby, que enseñaba en la escuela negra de Patamoke, y había aprendido de ella a hablar el inglés de los blancos, sin las contracciones propias de las gentes de baja extracción. Se esmeraba también en la pronunciación, vocalizando todas las letras de una manera que pocos profesores universitarios podían igualar. Estaba leyendo a Langston Hughes y la vida de Frederick Douglass, que habían nacido en las proximidades. Y siempre parecía estar arrastrando tras ella a Hiram, como si fuese su educación lo que importara; pero su madre se inquietó al enterarse.

–No escuches a Luta Mae -advirtió Julia-. Ella tiene problemas especiales.

Y entonces, de pronto, la Orilla Oriental fue presa de una excitación que se sobrepuso incluso a las preventivas exhortaciones de Julia. La Segunda Guerra Mundial había llegado y pasado sin afectar apenas a la Orilla; no surgieron fábricas de municiones ni grandes instalaciones militares. La vida no cambió apenas, pese a las convulsiones de Berlín e Hiroshima; el único momento excitante se produjo cuando un submarino se aproximó a los cabos de Virginia y hundió varios

cargueros. Se creía que la verdadera misión del submarino era bombardear Patamoke y destruir el «Astillero Paxmore», y cuando los cínicos dijeron: «No es probable que fueran a molestarse en hacer eso», los viejos les recordaron: «Eso es lo que decían antes de que los ingleses nos bombardeasen en la guerra de 1812.»

La guerra había pasado sin que se produjera la invasión del Choptank, y las cosas habían vuelto a sus soñolientos cauces cuando la legislatura de Maryland, compuesta principalmente por hombres de la Orilla Occidental, aprobó una ley autorizando la construcción de un enorme puente sobre la bahía de Chesapeake. Las imaginaciones se inflamaron ante las posibilidades del proyecto: «¿Es posible que el hombre construya un puente de cinco millas de longitud a través de un importante brazo del Océano Atlántico? Lo es, y nosotros vamos a hacerlo.»

La anunciada justificación del puente era que proporcionaría una nueva ruta entre Washington y Nueva York, pero la verdadera finalidad era permitir a los burócratas de Washington y Baltimore llegar más rápidamente a sus fincas de recreo situadas a lo largo del Océano Atlántico, donde pasaban los fines de semana, y esto significaba que los soñolientos campos de la Orilla Oriental durante tanto tiempo protegidos de influencias exteriores, se convertirían en ruidosas autopistas para servicio de los que realizaban viajes de placer.

La Orilla Oriental se opuso casi unánimemente a este puente, y se celebraron acaloradas asambleas en las que los patriotas locales explicaban que el puente sería realmente costeado por ribereños que no lo querían y por granjeros cuyas viejas posesiones se verían contaminadas por él. El *Bugle* clamaba:

Se trata de una confiscación, y de una confiscación brutal. Contra nuestra voluntad y con nuestros propios fondos, está siendo expoliada nuestra forma de vida. Donde en otro tiempo teníamos unos cuantos automóviles por nuestras bellas carreteras regionales, ahora tendremos miles. Nuestros más preciosos rincones serán invadidos por cualquier mastuerzo de Baltimore que tenga un coche de segunda mano. La consecuencia será ruido, contaminación, gamberrismo y la afluencia de gentes foráneas que no comprenden nuestros valores. Jamás amenazó a

nuestra pacífica tierra un desastre mayor que este vituperable puente, y nos oponemos a él con todas nuestras fuerzas.

Fue reavivada la inmemorial propuesta de que la Orilla Oriental se separase de Maryland para formar un nuevo Estado, y se celebraron en Delaware y Virginia agitadas asambleas para acelerar el plan, pero, como siempre, el resultado fue nulo; Maryland no necesitaba a la Orilla Oriental, ni la entendía ni quería pagar su mantenimiento, pero estaba resuelto a que no se convirtiese en parte de otro Estado. Así, pues, fue autorizado un puente que nadie en la Orilla Oriental deseaba para destruir una forma de vida que todos querían preservar; y ricos norteños que habían comprado fincas a lo largo de los ríos deploraron su llegada como los sureños ricos habían lamentado en otro tiempo la desaparición de la esclavitud.

Un grupo de personas establecidas a orillas de los ríos orientales se sintieron complacidas ante la perspectiva de un puente, pero ocultaron sus sentimientos y esperaron. Eran los negros, que veían en la construcción del puente una oportunidad de trabajo de la que, en otro caso, se habrían visto privados. «Ahora vamos a tener trabajo. Necesitarán muchos hombres para construir ese puente.» Will Nesbitt dijo a los miembros de su banda que harían falta salas de fiesta para que se divirtiesen los obreros, y se proponía tocar en ellas. El reverendo Douglass investigó la posibilidad de encontrar trabajo para la mayoría de sus feligreses desempleados y volvió de las oficinas centrales de Baltimore excitado por la perspectiva.

–Jeb -dijo a Cater-, te daré una recomendación como uno de los mejores trabajadores de esta zona. Eres mayor y más responsable, y estoy seguro de que encontrarás un buen puesto.

Así, pues, Jeb abandonó el *skipjack,* informó a su familia que en lo sucesivo trabajaría en la construcción del puente y se dirigió con Will Nesbitt al centro de contratación situado en el extremo oriental del puente. Mientras el director de la banda negociaba un posible lugar en que tocar, él se presentó en la oficina de colocación, donde había filas de hombres esperando a que se les diera trabajo, y vio con creciente confianza que muchos estaban siendo contratados. El anuncio escrito con tiza decía que se necesitaban conductores, explanadores,

administrativos y capataces, así como otras especialidades que no pudo descifrar.

Se estaban distribuyendo numerosos puestos, pero no a negros. Cuando llegó a la oficina, un joven preguntó:

–¿Has trabajado antes en algún puente?

Al responder negativamente, el joven dijo:

–Lo siento, no hay nada.

En el momento en que era rechazado llegaron dos autobuses, uno de Boston y otro de Nueva York, y Jeb vio que la Compañía estaba importando blancos procedentes de ciudades lejanas antes de emplear a negros que vivían cerca del lugar. Y los hombres no habían llegado sólo para trabajos especializados que él no podía realizar; se quedó un rato por allí y oyó cómo se les encomendaba la clase de tareas que él habría podido hacer: conductores, paleros, vigilantes, limpiadores de herramientas.

Will Nesbitt no tuvo mejor suerte. Se estaban abriendo posadas y albergues de carretera, pero estaban importando también blancos, y cuando los dos hombres emprendieron el camino de regreso se hallaban dominados por una amargura que era difícil disimular. Nesbitt dijo:

–He visto esos autobuses traer a los blancos. Parece como si nos rechazaran ya desde el nacimiento. No nos dejan ir a la escuela, y luego nos dicen: «No habéis ido a la escuela.»

Jeb reprimía su ira, como se había disciplinado a sí mismo hacer, pero cuanto más hablaba Will de las discriminaciones a que se enfrentaban en todos los actos de la vida, más triste se sentía, porque veía esa perpetua injusticia pesar sobre su hijo, y luego sobre el hijo de su hijo, a través de las generaciones. Sin embargo, no habló a su familia del incidente de los autobuses, pero Will Nesbitt lo fue comentando por todo el Cuello, y el jueves por la noche Luta Mae entró en casa hecha una furia.

–Se me ha informado -dijo, vocalizando con extrema precisión- que no están contratando a ningún negro en el puente.

Jeb permaneció en silencio, pero Luta Mae insistió:

–¿Se me ha informado correctamente?

–Bueno…

–¡Maldita sea! – gritó la muchacha.

–¡Luta Mae! No digas esas cosas en esta casa -intervino Julia.

–Madre -exclamó Luta Mae, volviéndose en redondo y empujando hacia atrás a Julia-, guárdate para ti tus maneras bíblicas de hablar. Nosotros estamos hablando de infamias.

Y Julia contempló, asombrada, cómo su hija discutía con su padre como si fuese un hombre enfurecido.

–Dime la verdad, padre. ¿Mandaban autobuses para traer obreros corrientes?

–Sí, sí. Eso es lo que hacían.

–¿Y esos blancos recibían puestos que tú podrías haber ocupado?

–Sí.

–¡Maldita sea! – exclamó la muchacha, con una ferocidad que sus padres nunca le habían visto-. Alguien debería quemar ese puente.

–No ha sido construido aún -protestó su padre, pero ella desechó con un gesto sus palabras, y no la volvieron a ver aquella noche, ni el viernes, ni el sábado.

El lunes, los periódicos publicaban la noticia de que las oficinas de contratación situadas en el extremo oriental del puente habían quedado destruidas por un incendio. Los empleados creían que habría sido originado por una colilla arrojada descuidadamente a una papelera.

Cuando Jeb'y Julia se enteraron del incendio, y vieron a Luta Mae regresar con un sombrío aire de satisfacción en sus oscuros ojos, adivinaron lo que había sucedido, pero no se atrevieron a expresar sus temores, pues lo que su hija había hecho llevaba a la cárcel. Pero Will Nesbitt se acercó a su cabaña y dijo, con tono de complicidad:

–Ha ardido la maldita oficina. Buena cosa.

Esperó a que Jeb respondiera, pero Jeb era demasiado listo para decir nada.

Cuando el director de banda se marchó, Jeb cayó de rodillas, inclinó la cabeza y empezó a rezar, y antes de que hubiera comenzado su súplica, Julia estaba a su lado, rogando que su familia pudiera salir sana y salva de los amenazadores años.

El retorno de los gansos a la Orilla Oriental originó el enfrentamiento de dos hombres. Amos Turlock creía que las grandes aves habían vuelto para él personalmente, y como sus antepasados habían cazado gansos en el Choptank durante más de trescientos años,

se propuso continuar. Además, tenía intención de utilizar la escopeta larga que había tronado sobre aquellas aguas desde 1827, y cuando los gansos empezaron a invadir su marisma, como lo habían hecho en tiempos de su abuelo, consideró llegado el momento de revisar *La Twombly,* escondida como el niño Moisés entre las cañas.

Hugo Pflaum, el guardabosques responsable del Choptank, empezó a recibir indicaciones de que su cuñado Amos podría estar al acecho. Un vecino informó haber oído una tremenda explosión a medianoche, «como el retumbar de un cañón confederado en Chancellorsville», y otro había visto hacia las dos de la mañana luces misteriosas que se movían lentamente por el río. Las familias de la comarca empezaron a comer ganso con más regularidad de lo que podrían haberles deparado sus cazadores legales, y había reveladoras huellas de maíz fresco en campos que los gansos habían dejado totalmente limpios dos meses antes. Y, lo peor de todo, siempre que Amos aparecía por el almacén, estaba sonriendo.

La ley que prohibía esta conducta era explícita, y él la estaba infringiendo de siete maneras: utilizaba una escopeta totalmente ilegal desde 1918; utilizaba una luz nocturna que cegaba a los gansos, cosa que ningún cazador decente había hecho en los cien últimos años; disparaba de noche, estrictamente prohibido; cebaba su marisma y el campo situado tras su cabaña con grandes cantidades de maíz maduro; cazaba en tiempo de veda; no tenía licencia; y vendía comercialmente los gansos muertos. Pero cometía todos estos delitos con tan inocente engaño, que Pflaum nunca podía cogerle.

–El furtivo medio -informó Hugo a sus superiores en Annapolis-, acecha sigilosamente, deja una pista evidente que cualquiera puede seguir, y comete abundantes errores. He capturado todas las grandes escopetas, menos la de Turlock. He detenido a 23 granjeros que cebaban sus campos, y dudo que haya tres focos operando en toda la zona. Pero ese maldito de Amos Turlock lo hace todo, todas las noches, y no puedo cogerle.

–Los rumores que llegan de Patamoke están perjudicando tu reputación, Hugo -dijo el comisario regional-. ¿Quieres más hombres?

–Me vendrían bien.

Así, pues, fueron enviados a Patamoke dos guardas más, vestidos llamativamente como petimetres de Filadelfia, y abordaron a Amos con una interesante proposición para que les sirviera de guía en una cacería de gansos.

–¡Es época de veda! – replicó él.

–Ya lo sabemos. Pero en Chestertown nos aseguraron…

–En Chestertown no saben distinguir un ganso de un pato.

Se separó ele ellos y corrió al almacén para advertir a sus compinches.

–Hay dos nuevos guardas en la ciudad.

–¿Cómo lo sabes?

–Andaban como guardas.

Así, pues, interrumpió sus actividades, y al cabo de dos semanas los forasteros regresaron a Baltimore, donde aseguraron a sus superiores que le habían metido el miedo en el cuerpo a Amos Turlock. Esa noche, *La Twombly* mató 69 gansos de un solo disparo, y los Turlock desparramados a lo largo de ocho millas a orillas del río tuvieron un festín.

La explosión del arma se oyó con toda claridad en varias casas situadas frente a la isla Devon. «Sonó como si un avión hubiera estallado en el cielo. Salimos corriendo, pero todo estaba oscuro. Luego vimos aquella luz en el estero ancho, y mi marido cogió sus prismáticos de campaña, pero la luz se había desvanecido ya para entonces.»

Cuando volvió a su oficina en el sótano del Palacio de Justicia, Hugo estudió sus mapas y llegó a la conclusión de que Amos había desplazado sus operaciones hacia las amplias extensiones de los ríos mayores.

–Bien -murmuró-, eso significa que tiene que recorrer cierta distancia con su cañón, lo cual me da una oportunidad.

Una mañana temprano se deslizó río abajo en su motora para inspeccionar el lugar en que tendería sus trampas, pero en el viaje de regreso vio algo que le inquietó casi tanto como la reaparición de *La Twombly.* En el campo que descendía en declive desde la cabaña de Turlock había cientos y cientos de gansos silvestres cuyos voluminosos cuerpos se movían bajo el sol invernizo, extendiendo de cuando en cuando los largos cuellos negros para detectar la proximidad de

cualquier intruso. Aparentemente llevaban largo tiempo allí, y todo indicaba que su intención era continuar; sin duda alguna, Amos había cebado con maíz aquel campo.

Cautelosamente, Hugo atracó su embarcación, saltó a tierra y avanzó hacia el campo. Al hacerlo, los centinelas de la bandada le divisaron, vieron que no llevaba escopeta y dirigieron sosegadamente a los demás a otra parte del campo. Mantenían una distancia de unos cuarenta metros; si el guarda se paraba, ellos se paraban. Si se movía, se movían ellos también, y esto le permitió inspeccionar el campo.

No se veía ni un grano de maíz; los gansos estaban comiendo hierba. Si el campo había sido cebado, lo había sido con una precisión tal que para dos horas antes de salir el sol todos los granos habían desaparecido.

Pero cuando se disponía a marcharse, enojado, Hugo decidió acercarse al lugar donde ahora se apiñaban los gansos, comiendo furiosamente, y, como antes, al echar a andar hacia allí, los majestuosos gansos se retiraron lo suficiente para mantenerse fuera de su alcance. Tampoco ahora encontró maíz, pero sí encontró algo casi tan interesante: en un zarzal situado en medio de la zona en que los gansos habían estado comiendo ávidamente divisó dos gruesas hebras de las utilizadas para tejer lona.

–¡Diablos! – gruñó, con la barbilla hundida en el cuello de su pelliza mientras miraba las señales: A medianoche desenrolla una pieza de lona, la cubre de maíz, atrae a un millar de gansos y, luego, la enrolla antes de amanecer, sin dejar rastro. Excepto éstos. Levantó cuidadosamente las hebras de entre las zarzas y decidió inspeccionar todas las noches de la semana siguiente aquellos campos en busca de maíz extendido sobre lona, que no dejaba huellas delatoras.

–¡Eh! – exclamó una voz áspera, cuando se guardaba la prueba en su cartera.

Era Amos Turlock, con dos de sus hijos.

–¿Qué estás haciendo en mis tierras?

–Inspeccionando la astuta manera en que pones el cebo para tus gansos.

–No hay ningún cebo aquí.

–La lona, Amos. Es un truco viejo, y te voy a meter en la cárcel.

–¿Qué jurado…?

Dejó la frase en el aire, y Pflaum retrocedió. ¿Qué jurado, en efecto, condenaría a un Turlock del Choptank sobre la base de dos hebras de lona? De hecho, ¿qué jurado de hombres del almacén le condenaría aunque se presentase en el muelle con *La Twombly* y sesenta gansos muertos? La mitad de los componentes del jurado esperarían recibir uno de los gansos cuando pronunciasen su veredicto: «Inocente.»

Hugo comprendió que, como Turlock había sido alertado, sería inútil tratar de sorprenderle en el truco del cebo, pero si seguía utilizando su escopeta, entonces Pflaum podría confiscársela al encontrarle en flagrante uso de ella sin necesidad de un juicio de jurado. Así, pues, dejó que Amos creyese que su interés se centraba en el cebado campo; de hecho, salió dos noches seguidas para que los Turlock supieran que estaba vigilando sus campos, pero lo que en realidad estaba vigilando era la cabaña, en busca de algún indicio del lugar en que la familia guardaba su arma. No halló la más mínima pista.

Un día de San Patricio, después de tomarse varias cervezas con el joven Martin Caveny y saludar a Hugo Pflaum cuando se disponía a regresar en su «Ford» de dieciocho años a su cabaña, Amos Turlock durmió una larga siesta desde las siete de la tarde hasta medianoche. Luego se levantó, buscó a su hijo Ben y a su chesapeake *Rusty* y les llevó a la marisma. El perro había aprendido hacía tiempo a no hacer el menor ruido cuando se aproximaban al lugar en que estaba escondida la escopeta, pero, al verla depositada en el esquife que utilizaba Amos Turlock, saltó alegremente al esquife, más pesado, en que Ben iría a recoger los gansos muertos. Estaba tan entregado a la tarea de ayudar a sus amos en otra cacería, que no advirtió el leve olor de un intruso, un hombre que acechaba en un bote de remos al extremo de la marisma.

Las tres embarcaciones salieron silenciosamente al Choptank, navegaron durante un rato en dirección Oeste, sin percatarse los dos esquifes de la presencia del bote seguidor, que se mantenía a prudente distancia. Hacia las tres de la mañana, después de haberse puesto la luna creciente, los esquiles doblaron un promontorio cercano a Acantilado de la Paz, donde vivían los cuáqueros constructores de barcos, y allí, en el centro del río aguardaba una balsa de unos mil

gansos que parloteaban quedamente en la noche. Los dos esquifes se separaron, quedándose ligeramente rezagado el que llevaba el perro, en espera de la explosión.

El otro esquife, el de la escopeta, se aproximó a la balsa, haciendo mis ruido del que jamás habría hecho el viejo Jake Turlock. No tardó en quedar clara la justificación para esta falta de cuidado: Amos Turlock accionó un conmutador, y un gran reflector, instalado en una caja triangular con paredes de espejos, se encendió, iluminando las masas de gansos e inmovilizándolas. La luz cayó tan súbitamente sobre ellos y con tal intensidad, que no pudieron moverse. Apuntando el esquife directamente contra el centro de los inmóviles gansos, Amos hizo una profunda inspiración, apartó el cuerpo de la zona en que se dejaría sentir el retroceso de su enorme arma y oprimió el gatillo.

Sólo cuando los dos esquifes hubieron sido cargados con los 67 gansos y *Rusty* estuvo de nuevo a bordo, hizo su aparición Hugo Pflaum. Ya los tenía. De noche. Escopeta larga. Luz. Sesenta y siete pájaros. En tiempo de veda. Podía meterles a los dos en la cárcel de por vida, pero cuando se adelantó para practicar la detención vio que su primo Amos Turlock le apuntaba al pecho con una escopeta.

–No has visto nada, Hugo. No has estado aquí esta noche.

Con gran valor, Pflaum dirigió el haz luminoso de su linterna a la escopeta que tan decidido estaba a capturar. Allí estaba, reposando insolentemente en su calzo, encajada su pesada culata en el saco de yute lleno de agujas de pino, la vieja asesina de aves acuáticas, la perpetradora de atrocidades. Pero, protegiéndola, estaba su cuñado Amos, con una escopeta y un gruñidor chesapeake.

–Hugo, ten un poco de cabeza y vuélvete a casa. Yo y Ben no te humillaremos. No diremos ni una palabra en el almacén.

Pflaum hizo una profunda inspiración y se apoyó en los remos, manteniendo su linterna apuntada a *La Twombly.* Estaba casi lo bastante cerca como para poder tocarla. ¡Maldición!, él quería confiscar aquella escopeta, ser fotografiado con ella, poner fin a su escandalosa vida en aquel río. Pero oyó la suave y persuasiva voz de Amos Turlock:

–Convéncete de que nunca la has visto, Hugo. Vete a casa.

Con una pesadumbre que le consumiría durante el resto de su vida, el guardabosques apagó su linterna, accionó la correa de su motor fuera borda y emprendió el ruidoso viaje de regreso a Patamoke.

La calidad de toda vida humana viene determinada por las diferentes experiencias que inciden sobre ella. Por ejemplo, toda la historia de J. Ruthven Turlock después de los veintisiete años había sido alterada por el incidente de aquel viaje en hidroavión; sin él, quizá nunca hubiera llegado a apreciar la grandiosidad de su tierra natal y habría vagado en busca de algo mejor; con él, encontró un motivo a su vida.

El mismo hidroavión ejerció una poderosa influencia en Pusey Paxmore. Sin su posterior iniciación en la política en Washington, probablemente se habría conformado con un moderado éxito en la provisión de servicios jurídicos a los Steed y a los ricos recién llegados que habían sido atraídos a la comarca por J. Ruthven; con él, se convirtió en un elemento indispensable en la capital de la nación, estimado por brillantez en Harvard, respetado por su carácter cuáquero.

En 1958, cuando Hiram Cater cumplió los diecinueve años, Will Nesbitt, director de la banda y siempre pródigo en proposiciones que pudieran ayudar a sus amigos, formuló una interesante a los Cater:

–En la oficina de Correos hay un cartel que dice que el miércoles y el jueves un reclutador de la Infantería de Marina visitará el cuartel de Salisbury.

–¿Qué significa eso para nosotros? – preguntó Jeb.

–Significa que tu hijo Hiram debería presentarse en el cuartel y alistarse.

–¿Y qué probabilidades tiene de que le acepten? – preguntó Jeb, con amargura. Su hijo se había graduado en la escuela superior de Salisbury y durante dos años había estado pasando de trabajo en trabajo, a cuál más despreciable-. Sólo hay un trabajo fijo para un chico de color, segar céspedes desde mayo hasta setiembre.

–Amigo mío -repuso expansivamente el músico-, me han asegurado que van a tomar un puñado de negros. Suponiendo que puedan encontrar a alguien bien preparado.

–Ninguno mejor preparado que Hiram -dijo Julia.

Y tenía razón. Su hijo era sosegado, de buenos modales, rápido en aprender y digno de confianza. Julia solía decir a sus vecinas: «Si ese chico hubiera tenido la suerte de nacer blanco, no habría en toda la ciudad un puesto que no pudiera conseguir. Y quizás una beca para la Universidad también.» Pero cuando reflexionaba en lo que la Universidad negra del sur de Salisbury le había hecho a Luta Mae, dudaba del valor de una educación. «Cuando la mandamos allí era una chica fina y respetable. Se ha convertido en una radical, y vive en alguna parte de Nueva York, donde despotrica sobre la necesidad de incendiar el mundo entero.»

Jeb ignoró la lamentación de su mujer y preguntó a Nesbitt:

–¿Estás seguro de que Hiram puede lograrlo?

No quería que ni su hijo ni su familia sufrieran mortificaciones innecesarias, y si lo que temía era cierto -que la invitación a los negros no era más que una ostentación de tolerancia, de la que se prescindiría si se presentaba algún joven de color realmente valioso-, pensaba que su hijo debía evitar semejante humillación.

–Jeb -dijo Nesbitt-, lo único que sé es que cuando fuimos a tocar a un baile de Salisbury, conocí a un joven al que habían aceptado,

–¿Uno de color, quieres decir?

–Negro como tú y como Hiram.

–¿Un chico de Universidad acaso?

–De la escuela superior de Salisbury.

–No lo creo.

–¡Maldita sea, hombre! Se lo pregunté.

Ese día era lunes, y durante dos noches ninguno de los Cater pudo dormir. Que Hiram fuese infante de Marina, con un uniforme y dignidad y un sueldo regular, era realmente esperar demasiado, pero la perspectiva era tan deslumbrante que debían mantener la esperanza. El miércoles por la mañana, cuando llegó Will Nesbitt para llevar al muchacho a la oficina de reclutamiento, Julia le aconsejó:

–Estáte tranquilo. Antes de entrar, dite a ti mismo: «Yo saqué las mejores notas y fui el más destacado en el equipo de béisbol.»

Jeb quiso darle también algún consejo, pero estaba demasiado excitado, y cuando Nesbitt le preguntó si quería ir con ellos, exclamó:

–¡Santo Dios, no!

Y permaneció todo el día en la cabaña, sin rezar, pero con la cabeza llena de grandes pensamientos.

A las siete de la noche intuyó cuál había sido el resultado, pues a tres manzanas de distancia Will Nesbitt empezó a tocar el claxon y a gritar, y cuando los tres Cater corrieron a la cerca encontraron a Hiram, con la mirada fija ante sí y tratando de no delatar sus sentimientos. Era infante de Marina.

–¡Dios Todopodoreso! Dijeron que no encontraban en todo un mes uno tan bueno como Hiram -contó Nesbitt a las gentes del Cuello-. Les enseñé los papeles, les hablé de su historial y de su respetable familia…, no mencioné a Luta Mae, y le cogieron como si estuviese hecho de plata.

Durante los días siguientes acudieron a la cabaña muchachas deseosas de admirar al héroe, y cuando llegó el momento en que debía presentarse en Baltimore para recibir su uniforme y el dinero del viaje al campo de instrucción, su marcha se convirtió en motivo de amplia celebración. El reverendo Douglass, de avanzada edad y ahora que ya había abandonado su esperanza de obtener un importante púlpito en Wilmington, fue a la casa para advertir a Hiram contra ciertos peligros.

–Estarás representando a toda una comunidad. Eres algo más que, simplemente, Hiram Cater. Si te portas bien, otros jóvenes podrán seguir tus pasos.

Lo hizo bien. A los pocos días de estar en el campo de instrucción, los sargentos vieron que tenían en Hiram uno de aquellos poderosos jóvenes que eran dóciles, no por debilidad, sino porque contaban con una fuerte herencia familiar. El joven recluta absorbía los insultos durante los ejercicios, los ignoraba y se presentaba a la mañana siguiente preparado para más. Su largo adiestramiento en recibir órdenes de blancos sin renunciar a sus convicciones internas hacía de él un infante de Marina ideal, y ningún otro soldado obtenía mejores resultados que él.

Con una rapidez que le aturdió, fue enviado a Corea, no con una unidad formada, sino a un centro de agrupamiento, y desde allí se le envió a una compañía de primera línea que protegía un sector situado a lo largo del paralelo 38. Descubrió allí algo que cambió su vida: vio que

los coreanos ocupaban en Asia una posición muy similar a la de los negros en América. Eran ciudadanos de segunda clase, despreciados tanto por los chinos como por los japoneses, que los tildaban de incivilizados, carentes de educación y propensos al crimen. Pero los coreanos, tal como los vio en acción, aguardaban su oportunidad, aceptaban insultos y, al final, se revelaban más seguros e inteligentes que los chinos o los japoneses.

–Por lo menos han sobrevivido durante dos mil años -dijo a sus compañeros negros-. ¡Se parecen a nosotros!

Tenía razón. El grande y cuadrado rostro coreano, especialmente si carecía del pronunciado pliegue en torno a los ojos, se asemejaba al negro. Por lo que a la personalidad se refería, la similitud era también acusada, ya que el coreano era paciente, sufrido, explosivo ante el ultraje final y de una gran resistencia.

El cabo Cater se dirigió a la biblioteca del campamento para buscar libros sobre los coreanos, y le fascinó el modo resuelto en que había sobrevivido esta pequeña nación, aplastada entre dos gigantes. Pidió luego todo lo que el bibliotecario pudiese encontrar y que presentase una imagen adversa de los coreanos, y mientras leía los juicios japoneses o chinos, reía a menudo entre clientes:

El coreano es perezoso, pasivo y poco merecedor de confianza, con una fuerte tendencia hacia el comportamiento criminal. De joven, su aprovechamiento escolar es muy bajo; de mayor, no se le puede encomendar un trabajo fijo. Parece incapaz de autogobernarse, y es probablemente más feliz cuando alguna gran potencia ocupa su tierra. Si se le vigila cuidadosa y constantemente, puede a veces realizar trabajos productivos, pero es mejor limitarle a tareas sencillas.

Y, sin embargo, los coreanos habían fundado y defendido una pequeña y tenaz nación, derrotando tanto a los chinos como a los japoneses. En algunos siglos habían triunfado, en otros habían sucumbido temporalmente, pero siempre habían luchado, y las condenas citadas contra ellos eran prueba de su permanencia.

–¡Me gusta esa gente! – comentó Hiram a sus compañeros, y empezó a ir al poblado de Dok Sing, no para atiborrarse de cerveza, como hacían otros, sino para conocer a las personas, y cuando una muchacha que trabajaba en una mercería indicó que podría considerar

la posibilidad de acompañarle al cine de la base, se sintió lleno de impaciencia por ir a casa de la muchacha para obtener el consentimiento de sus padres.

–Esta casa es mejor que la mía -dijo a la muchacha, y ella se lo tradujo a sus padres.

Fue el comienzo de una agradable relación; Nak Lee se parecía mucho a Luta Mae, una orgullosa muchacha que podía hablar de política, y de religión, y de la amenaza procedente del Norte, y, mientras conversaban, ella no dejaba de procurar que sus padres participasen en la conversación, traduciendo rápidamente en dos idiomas y, a veces, explicando en japonés alguna sutileza.

Los Lee dejaron bien claro que jamás permitirían a su hija casarse con un norteamericano, ni, desde luego, con un japonés, y cuando se comentó este punto, Hiram descubrió el intenso orgullo que aquellos coreanos sentían por su raza, su disposición para combatir contra el mundo entero en defensa de su tierra, y pensó en lo diferente que eran de sus propios padres, que solamente habían ideado una estrategia de mezquina supervivencia.

Nak Lee estaba evidentemente encariñada con su americano negro; veía que era superior a los demás *marines* negros y a la mayoría de los blancos, y le gustaba acompañarle a los bailes. Cuando ella le besó por primera vez, Hiram creyó oír las tonantes admoniciones de sus padres de que nunca tocara a una mujer blanca, so pena de que le matasen, ¡y maldito si aquella misma noche un soldado blanco no intentó armar bronca por el hecho de que un negro saliera con una coreana!

Hubiera podido organizarse una pelea a puñetazos si Nak Lee no hubiese dicho sosegadamente:

–Eh, Joe, ¿por qué no te vuelves con el Ku-Klux-Klan?

El soldado quedó tan desconcertado, que dio un paso hacia atrás, y el incidente terminó.

–Has sido muy valiente -dijo Hiram, al despedirse.

–Lo aprendimos frente a los japoneses -respondió Nak Lee.

Y, al parecer, también ella había leído cosas, pues de pronto le cogió a Hiram las dos manos y, mirándole a los ojos, preguntó:

–¿Cuándo vais a empezar los negros a luchar?

En la mañana del 11 de junio de 1958, Christopher Pflaum, de trece años, iba a tener una importante experiencia, aunque difícilmente hubiera podido sospecharlo. Se dirigía a la escuela con ánimo alegre, pues era el último día del curso y se abría ante él la perspectiva de unas largas y ociosas vacaciones, y Miss Paxmore -siempre parecía haber una Miss Paxmore enseñando en alguna parte- había prometido a los niños que el ultimo día no tendrían una clase formal, lo cual significaba que chicos vivarachos como Chris se acercaban a la escuela en un estado de euforia.

–¡Eh, Chris! – susurró uno de los chicos Steed-. ¿Puedes sacar el bote de tu padre?

Él pensaba que sí podría, por lo que los otros chicos quisieron saber si podían ir con él a pescar al Choptank. Juzgó que podría.

–Si me permitís que interrumpa vuestras consultas -dijo Miss Paxmore-, he pensado ofreceros hoy algo especial. Durante todo el curso os he estado poniendo poemas famosos para aprender de memoria. *Ni un tambor ni una nota fúnebre se oían…* Algunos de vosotros lo habéis hecho muy bien. *Rompían las olas contra la costa rocosa y escarpada.* ¿Qué os ha parecido eso?

Los chicos que estaban alrededor de Chris gimieron, y Miss Paxmore dijo:

–Dentro de varios años recordaréis esos poemas y os alegraréis.

Los chicos volvieron a gemir, y Miss Paxmore sonrió.

–Hoy mis perezosos muchachos, podéis recostaros tranquilamente y dejar que las palabras floten sobre vosotros, porque no tenéis que aprenderlas de memoria. Pero si escucháis con atención, puede que oigáis algo importante, pues este poema trata del Choptank.

Chris Pflaum se irguió.

–No se titula el Choptank, naturalmente -continuó Miss Paxmore, y Chris se derrumbó de nuevo en su asiento-. Pero se refiere a nuestro río, creedme.

Y hablaba con tal convicción, que incluso los chicos que habían estado mirando cómo las moscas se posaban en los cristales de las ventanas, volvieron indolentemente la vista hacia ella. Tenía un librito en las manos y se inclinó hacia delante sobre su pupitre al abrirlo.

–Sidney Lanier estaba escribiendo para nosotros, pero dio a su poema el nombre de la parte de la región que mejor conocía…, al sur de aquí, las marismas de Glynn.

Chris Pflaum prestó atención de nuevo; él amaba las marismas, pero nunca había imaginado que nadie pudiese escribir poesías sobre ellas. Y entonces, mientras Miss Paxmore leía un poema que había amado desde sus tiempos de estudiante en Earlham, empezó a oír frases que se hundían como afilados cuchillos en el corazón mismo de su existencia:

¡Oh, trenzadas y entretejidas sombras del roble y de la vid!, mientras brillaba el turbulento sol del mediodía de junio. Me apretabais en vuestro corazón y yo os apretaba en el mío…

¡… cuán vastos la marisma y la tierra y el cielo! Leguas y leguas de hierbas marismeñas, altas y anchas, verdes, y todas iguales…

¡Vosotras, marismas, cándidas y sencillas y abiertas, os entregáis al cielo y os ofrecéis al mar!

El poeta, a través de la solemne lectura de Miss Paxmore, estaba expresando pensamientos y conjurando imágenes que el propio Chris había intentado con frecuencia plasmar en palabras. Había captado de su padre algo del misterio del río y cómo, a intervalos arbitrarios, río y orilla se hacían uno en la marisma, que no era ni río ni orilla. Con sus primos Turlock había penetrado en lo más profundo de las marismas del Choptank y, a su manera sencilla, había empezado a codificar sus secretos. Sabía dónde dormía el ciervo y dónde se ocultaba la tortuga. Veía plumas de pato que delataban los lugares en que anidaban los pájaros, y las diminutas huellas del ratón campestre al abrirse paso por entre las hierbas cargadas de insectos.

Pero ahora estaba oyendo sus más profundos sentimientos, exteriorizados por un poeta que había escrito sobre una marisma que Chris nunca vería; sin embargo, era su marisma, y el hombre estaba expresando los más secretos pensamientos del muchacho. Era extraordinario, y se inclinó hacia delante con tremenda intensidad para captar otras fugaces imágenes. Ciertamente, no estaba preparado para lo que sucedió, una verdadera explosión de ideas, tan potente que desgarró su pequeño mundo, permitiéndole vislumbrar un universo total tan espléndido, que no bastaría para agotarlo toda una vida de

estudio. Tenía ante sí nada menos que el alma de la marisma, y él nunca volvería a ser el mismo; a partir de aquel momento compartiría la intrincada grandiosidad del mundo:

Como el rascón construye secretamente en la fangosa tierra,
así me construiré yo un nido en la grandeza de Dios:
Volaré en la grandeza de Dios, como vuela el rascón
en la libertad del espacio entre la marisma y los cielos:
Con tantas raíces como las hierbas de la marisma hincan en la tierra,
me hundiré alegremente en la grandeza de Dios:
¡Oh, cómo la grandeza de Dios es la grandeza que tienen
las marismas, las generosas marismas de Glynn!

Las implicaciones teológicas del poema se le escapaban, y no dedicó su vida ni a Dios ni a su grandeza; tenía todavía ante sí los penosos años de educación y su iniciación en el rudo mundo de Amos Turlock y Martin Caveny, pero aprendió, de una vez para siempre, que una marisma, o un estero, o un río, o una gran bahía, era una obra tan esplendorosa de la Naturaleza, que no debía ser profanada.

La lectura de Miss Paxmore produjo una consecuencia que a ella le habría sorprendido. Cuando Chris Pflaum llegó a casa aquella tarde, encontró a su padre limpiando su escopeta antes de salir a patrullar por los arroyos interiores para imponer el cumplimiento de la ley a los cazadores, y sorprendió al robusto guardabosques de cuello de toro yendo impulsivamente hacia él y balbuceando:

–Papá…, me gusta lo que haces.

–¿Qué hago?

Chris nunca sería capaz de decir: «Proteger las marismas tal como Dios las creó.» En lugar de ello, murmuró:

–Cazar… y todo eso.

En 1959, la familia Steed continuaba dividida en dos ramas: los Steed de Devon, que vivían en lo que quedaba de la isla, y los Steed del Refugio, que ocupaban una serie mucho más agradable de fincas en la tierra firme. La estirpe original se había debilitado; después del juez Hathaway y el congresista Jefferson, la rama de Devon era completamente estéril, y después de Lyman Steed, la línea del Refugio se hallaba casi en la misma situación. La familia, como unidad, seguía poseyendo las tiendas; sus tierras veían aumentar su valor; y si las

conserverías de tomate habían resultado un negocio ruinoso, los campos de maíz las estaban sustituyendo. La prosaica condición de la en otro tiempo dominante familia podía resumirse en un significativo hecho: nadie estaba enojado con ellos.

Los Paxmore mostraban el mismo entumecimiento. Woolman, su última luminaria, había muerto, y un grupo de rutinarios artesanos dirigía el astillero del que en otro tiempo salieran atrevidas goletas y veloces *skipjacks;* ahora estaba construyendo motoras conforme a planos trazados en Boston. Las luchas morales en que estos cuáqueros habían participado antaño estaban ya resueltas, y había poca vitalidad en su religión tal como ellos la abrazaban.

Los Turlock sobrevivían. Durante la Depresión, familias enteras del clan habían padecido largos años sin trabajo, pero habían comido lo que la tierra les deparaba, y mientras pudieron disponer de cartuchos de escopeta, suyos o de otros, tuvieron su ración de ciervos y patos. Los viejos odios contra la autoridad, los Steed y los negros se habían apaciguado bastante, y merced a constantes enlaces matrimoniales con los Caveny, había disminuido hasta su animosidad contra los católicos. Una docena de hombres Turlock experimentarían tres docenas de empleos distintos a lo largo de un período de cuatro años, y algunos incluso llegaron a ser agentes de Policía durante breves períodos. Su genio familiar era producir de vez en cuando bellas muchachas, que pasaban por matrimonio a formar parte de nuevas familias como los Pflaum, y un constante suministro de delgados hombrecillos que sabían disparar con precisión un rifle.

Los Caveny se habían convertido en la columna vertebral de las ciudades ribereñas. Ellos eran los policías, los comisarios, los ayudantes de tribunal, los comerciantes al por mayor, justamente detrás de los Steed, y los maestros de escuela. Con el padre Patrick Caveny como cabeza titular de la familia, prosperaron tanto espiritual como socialmente. Los católicos auténticos como los Steed encontraban algo difícil de aceptar a este sacerdote clarinetista, pero era tan activo y se sentía tan herido por las apostasías, que le apoyaban generosamente. Podría decirse con bastante exactitud que la Iglesia católica era la única institución de Patamoke que iba prosperando, y a medida que

crecía, aumentaba su aceptación entre los protestantes, principalmente a causa del sentido común del padre Patrick.

Pero eran los Cater quienes habían realizado los progresos más importantes. En realidad, ya casi formaban parte del sistema, pues Julia Cater tenía tres buenos empleos y cantaba en el coro de la iglesia E. M. A.; Jeb Cater tenía cuatro empleos, y su hija Helen, tres. Cierto que su segunda hija, Luta Mae, estaba de nuevo en la cárcel, en Boston, por haber encabezado una manifestación de estudiantes de Harvard, Wellesley y el Instituto de Tecnología de Massachusetts, pero su hijo Hiram había ascendido a sargento de Infantería de Marina y estaba mandando dinero a casa. Ninguna hipoteca pesaba sobre la casa. La familia tenía un «Ford» de diez años, que Jeb conservaba en buen estado, y de vez en cuando Will Nesbitt se dejaba caer por allí para tocar el banjo y preguntar cómo le iba a Hiram.

Una sola y ominosa nota turbaba al Choptank al aproximarse el final de la década de 1950. Tres familias habían engendrado hijos de mérito extraordinario, y los tres jóvenes habían considerado necesario construir sus vidas fuera de la región; en los viejos tiempos no hubieran salido de ella.

Owen Steed era el último de la línea de Devon y, en realidad, nunca había vivido en el Choptank desde los doce años. Había ido a Lawrenceville, una excelente escuela que preparaba para Princeton, y después de graduarse en la Universidad se había ido al Oeste para trabajar en una Compañía petrolífera de Tulsa. De haber regresado a Devon, quizás hubiera abierto nuevos horizontes a las empresas familiares, pues demostró ser un buen administrador y llegó a ocupar la presidencia de su Compañía en Oklahoma.

Pusey Paxmore había vuelto al principio, pero su participación en el asunto del hidroavión familiar le desvió a Washington, y, una vez que experimentó los atractivos de esa ciudad, ya no pudo ni quiso abandonarla. Tenía cuatro cargos distintos de cierta importancia, y en cada una de las respectivas tomas de juramento para ocuparlos, el *Bugle* había publicado fotografías en que se le veía acompañado por el presidente Eisenhower o por el vicepresidente Nixon. Siempre parecía el mismo: el licenciado por la Facultad de Derecho de Harvard vestido con el traje oscuro de chaqueta cruzada. De haberse quedado en casa,

podría haber ocupado el puesto de Woolman Paxmore como dirigente espiritual de los cuáqueros, pues tenía una gran predisposición teológica, pero su vida estaba ya vaciada en otro molde, y se había perdido toda posibilidad de que fuera un predicador dentro de la religión cuáquera. El presidente Eisenhower le llamó una vez «la conciencia de la Casa Blanca», y lo parecía, el cauteloso abogado aferrado a la línea recta que los Paxmore habían seguido siempre cuando colocaban sus quillas.

Luta Mae Cater había abandonado también Patamoke para encontrar su destino, pero su marcha había sido algo más frenética que la de sus vecinos varones y de más edad. Un día de verano entró en la «Heladería Oro y Azul», pidió su cucurucho de frambuesa y se sentó audazmente a una de las mesas de hierro para consumirlo.

–No puede tomarlo ahí, señorita -dijo el dueño.

–¿Y por qué no? – preguntó ella, con beligerancia.

–Porque no servimos a personas de color aquí dentro.

–Usted acaba de venderme este helado.

–Eso es para comprar, no para tomar.

–Desde hoy, también es para tomar.

–Señorita, le doy quince segundos para que se levante de esa mesa.

Insolentemente, una muchacha corpulenta, de tez oscura y pelo revuelto que buscaba pelea, continuó sentada a la mesa, lamiendo su helado con lentitud. El dueño mantenía los ojos fijos en su reloj, y cuando hubieron pasado los quince segundos cogió un silbato que había comprado para una ocasión así y lo hizo sonar con fuerza. El silbido fue extraordinariamente potente, y a los dos minutos un par de policías blancos, que también habían sido instruidos sobre cómo manejar tales actos delictivos, entraron sosegadamente en la heladería y dijeron con tono respetuoso:

–Señorita, no puede tomar el helado aquí dentro.

–¿Por qué no? – replicó ella, como desafiándoles a que le pegaran.

–Costumbre -dijo uno de los agentes.

–Pues ya no lo es -respondió Luta Mae-. Se acabó el darle a este tío nuestro dinero y tener que tomar el helado afuera.

–Señorita -dijo el agente, con tono de serena persuasión-, no queremos líos, ¿verdad?

–Puede estar condenadamente seguro de que yo, sí -replicó Luta Mae, y esto fue utilizado contra ella en el juicio, en el que se probó que había opuesto resistencia a la autoridad, empleado lenguaje ofensivo contra el dueño e intentado morder la mano del segundo agente que le estiró de los brazos.

–¿No le da vergüenza? – preguntó el juez-. ¿Hacer caer el deshonor sobre sus excelentes padres, a los que esta ciudad respeta como si fuesen blancos?

No era remordimiento lo que Luta Mae se proponía demostrar aquel día, y cuando insultó al juez, éste abandonó sus intentos de granjearse su buena voluntad y la condenó a treinta días de cárcel. La imputación era interesante: «Alteró deliberadamente la paz.» El juez señaló que a lo largo de los siglos se habían elaborado ciertas reglas aceptadas para las felices relaciones entre blancos y negros; éstas eran conocidas, y cuando se observaban, las dos razas coexistían en perfecta armonía. – No habrá ya más armonía -repuso ella, mientras se la llevaban dos alguaciles.

Jeb y Julia se habían sentido profundamente conturbados por el incidente. Como miembros del orden negro establecido, respetados más aún por los blancos que por los negros, deploraban el comportamiento de su hija. Se daban cuenta de la temeridad que había cometido, del terrible riesgo que había corrido de que sus actos pudieran irritar a los Turlock y Caveny. Su conducta ante el juez merecía una condena de cárcel, y no experimentaban ningún resentimiento contra el tribunal.

Pero se oponían totalmente a la doctrina enunciada por el juez de que las antiguas reglas ideadas para mantener a los negros en una posición de sometimiento hubiesen adquirido sanción moral y no fuera posible modificarlas jamás. Sabían que Luta Mae tenía razón, que ya no era aceptable dar dinero a un comerciante blanco y aceptar a cambio un trato de quinta clase. Sabían que las viejas reglas de Patamoke estaban próximas a desaparecer, pero no querían verse implicados en ello.

–Lo mejor que puede ocurrir -dijo Jeb a Julia cuando llegaron a su cabaña, es que Luta Mae cumpla su condena y se vaya de aquí.

–Yo también lo creo -dijo Julia-. El cambio va a llegar, pero que no pese sobre sus hombros.

–Si Hiram estuviese aquí, él la calmaría. Yo no puedo hacer nada con esa chica. Es obstinada.

–Ella tiene razón -insistió Julia-. Pero el cambio no va a llegar tan rápidamente como ella quiere. Como tú dices, Jeb, es mejor que se vaya.

Luta Mae pensaba lo mismo, y cuando el juez la puso en libertad, diez días antes de cumplir la totalidad de la condena, se despidió de su madre con un beso y se dirigió hacia el Norte.

Cuando este perturbador elemento abandonó la ciudad, Patamoke volvió a la normalidad de uno de los mejores años que había conocido desde la pacífica década de 1890. La gente tenía trabajo. La pesca de ostras rebasaba, con mucho, las cantidades habituales, y abundaban los cangrejos, incluso los altamente estimados de caparazón blando. Los gansos retornaron en octubre en un número tal, que todo granjero que tenía tierras en la orilla para alquilar ganó una pequeña fortuna, y la Navidad a lo largo del Choptank fue como la más benigna semana de setiembre. De esta forma llegaron a su fin los soñolientos años cincuenta.

Hubo un hombre en Patamoke que se alegró cuando se abrió al tráfico el nuevo puente sobre Chesapeake. J. Ruthven Turlock había comprendido hacía tiempo que hordas de gentes procedentes de Baltimore y Washington, por no hablar de Pittsburgh y Harrisburg, afluirían masivamente a la Orilla Oriental en expediciones turísticas. «Y tendremos la oportunidad de ganarnos clientes entre ellos.» Amplió sus oficinas y encargó siete carteles más para la carretera.

Pero su genio se manifestó en un gesto que asombró a todo Patamoke. Concibió su plan una mañana en que había ido a la cabaña de Turlock para recoger dos gansos que su hermano Amos había matado la noche anterior; a cambio de estos obsequios, Ruthven se encargaba de todo el papeleo de Amos y de todos los asuntos legales que pudieran surgir. Se disponía a marcharse, con los desplumados gansos escondidos tras la rueda de repuesto que llevaba en el portamaletas de su coche, cuando acertó a ver bajo una luz muy favorable los 398 acres de la marisma Turlock, y se le ocurrió que él podría destinar aquella tierra inútil a una finalidad constructiva que enriquecería a Amos y su familia.

–Lo que podríamos hacer -explicó, mientras se hallaba con los Turlock a la puerta de la cabaña- es cercar todo el borde delantero, echar un poco de tierra por los costados y anunciar luego que estamos realizando un relleno sanitario.

–¿Qué se conseguiría con eso? – preguntó Amos.

–Pues que de varias millas a la redonda vendrían aquí camiones de escombros y de basura, rellenarían la tierra detrás de las cercas, y en un santiamén tendríamos cuatrocientos acres de excelente tierra costera. Lo llamamos Jardines de Patamoke y se lo vendemos a ricos petimetres de Chicago y Cleveland por más dinero del que nunca hubieras imaginado.

–¿Podríamos hacer eso? – preguntó Amos.

–Claro que sí.

–¿Pero no costará dinero levantar la cerca?

–Conozco formas de obtener dinero -repuso Ruthven.

Y se llegó a un acuerdo en virtud del cual él rellenaría la marisma, la subdividiría en doscientas parcelas y crearía la atractiva y nueva ciudad de Jardines de Patamoke. La belleza de su plan radicaba en que era totalmente práctico. Sabía dónde tomar dinero prestado al cuatro por ciento; conocía constructores ansiosos de participar en un proyecto así; y conocía decenas de médicos y dentistas acomodados que se hallaban interesados en casitas de recreo o en realizar inversiones inmobiliarias. En un abrir y cerrar de ojos, el plan se puso en marcha, fue cercada la marisma y las ondulantes hierbas en que ciervos y patos y mirlos de rojas alas habían morado a sus anchas, quedaron sepultadas bajo escombros para poder formar las nuevas parcelas.

Cuando el proyecto se hallaba ya bastante adelantado, Christopher Pflaum, que regresaba a casa de la Universidad, oyó hablar de su magnitud y se dirigió a la cabaña para ver lo que se proponía su tío Ruthven, y al detenerse al borde de lo que en otro tiempo fuera una marisma, esquivando los camiones que transportaban basura para rellenar la zona, se quedó espantado. Buscó en vano a alguien que se hallara al frente de las operaciones; todo estaba sucediendo automáticamente. El martinete estaba terminando la construcción de la cerca como si tuviera inteligencia propia: levantar el pilón, centrarlo, dejarlo caer sobre el pilotaje y cerrar otro espacio de marisma. Los

camiones-volquetes llegaban con estruendo, se situaban en marcha atrás, levantaban sus cajas y vertían los desperdicios en hoyos que no tardarían en ser rellenados. Otros camiones transportaban tierra para cubrir la basura, y lenta, e inevitablemente iban tomando forma los Jardines de Patamoke.

No había allí nadie ante quien pudiera protestar; la marisma estaba siendo borrada y se estaban creando solares edificables, sin nadie al frente, sin nadie que evaluase las tremendas decisiones que se estaban tomando. Saltó a su coche y regresó a toda prisa a la ciudad, donde se dirigió inmediatamente a la «Agencia Turlock», exigiendo ver a su tío.

–¿Qué diablos estás haciendo?

–Crear riqueza imponible -respondió Ruthven.

Y, con ayuda de mapas y diagramas bellamente rotulados, mostró al joven Chris cómo aquella operación iba a proporcionar doscientas selectas parcelas, que albergarían a doscientas familias, las cuales gastarían durante el resto del siglo un promedio de ocho mil dólares…

–Suma todo, Chris. Esto es lo mejor que le ha sucedido jamás a Choptank. Una nueva colonia. De primera categoría.

Sólo se permitiría la construcción de cuarenta muelles, pero habría también una marina en la que cualquiera podría guardar cómodamente una embarcación.

–¿Escuela? Ya tenemos una…, al otro lado de la cabaña.

Le pasó un brazo por el hombro a su sobrino.

–Lo mejor es que todas esas tierras de atrás aumentarán también de valor. Esa extensión que posee tu padre. Se triplicará. Si tu padre quiere venderla obteniendo un buen beneficio, conozco a un hombre de Baltimore…

Aturdido, Chris regresó a la marisma; sólo quedaba un pequeño trozo, pero se arrodilló en él y dejó que la hierba se retorciera entre sus dedos. Aquella marisma había alimentado durante tres siglos a sus antepasados Turlock, y algunos de ellos habrían preferido morir antes que ceder una sola hoja de hierba. Habían luchado, resistido y protegido, y ahora, en un abrir y cerrar de ojos, todo había desaparecido.

–¡Cristo! – exclamó, golpeando la hierba, y, basado en los estudios realizados en la Universidad, empezó a calcular lo que estaba costando

en términos naturales, la construcción de aquel centro de recreo para médicos y dentistas foráneos. Cincuenta ciervos vivían aquí la mayor parte del año. Quinientas ratas almizcleras. Sesenta nutrias. Treinta visones. Doscientos castores. Dos mil gansos, cuatro mil patos y un número incontable de pájaros. Sesenta tortugas, cinco mil cangrejos, un universo de ostras, lubinas y doncellas, y percas suficientes como para hundir un *skipjack.*

Le dominó la cólera, y chapoteó en el agua que rezumaba de la agonizante marisma. Y la peor pérdida es lo que no podemos ver. Las hierbas acuáticas que alimentan a los peces, y el plancton que nos alimenta a todos. ¡Perdido! ¡Todo perdido!

–¡Eh, tú! ¡Cuidado!

Un camionero que transportaba basura de una abandonada conservería de tomate -retorcidos pedazos de acero y hierro- hizo retroceder su vehículo hasta el lugar donde había estado Chris, y el enorme volquete se elevó mecánicamente en el aire, abrió su compuerta trasera y dejó caer su carga sobre las asfixiadas hierbas.

–¡Oh, Cristo! – exclamó el joven Pflaum, mientras el camión se alejaba para dejar sitio a otro-. ¡Qué mal negocio hemos hecho aquí!

Pese a las ilustradoras experiencias de Hiram Cater en la Infantería de Marina, su padre podría haber conseguido mantener al muchacho socialmente pasivo de no haber sido por un accidente genético que escapaba a todo control: Hiram era uno de esos afortunados hombres que se toman en serio a las mujeres. Esto significaba que su vida adquiría una nueva dimensión; a diferencia de la Luna, él no se movía a través de la oscura noche con un hemisferio perpetuamente en tinieblas, pues su asociación con las mujeres lo iluminaba.

En Corea, Nak Lee había iniciado la peligrosa tarea de educarle; le hizo comprender que era tan bueno como cualquier blanco y, sin embargo, tenía miedo de su propia capacidad. Ahora, dos mujeres de su familia, una en la tumba desde hacía tiempo, y otra en la cárcel, se alzaron para completar su educación.

El primer paso se dio en 1965, cuando el reverendo Jackson, el nuevo ministro, estaba limpiando el ático de la rectoría de la E.M.A., una destartalada choza, y encontró un documento compilado por un clérigo negro que había servido en Patamoke en la década de 1870. Este

joven clérigo, impresionado por las fantásticas historias que circulaban sobre esclavos fugitivos de anteriores generaciones, había escuchado boquiabierto los relatos de los ancianos y comprendido que estaba oyendo la épica de una raza que podría perderse para siempre si no era plasmada por escrito. Su interés empezó a centrarse en una vieja mujer negra llamada Edén Cater, de setenta y tantos años a la sazón; su nombre aparecía en diversos relatos por él escuchados, y con el tiempo fue a verla.

Vivía en la cabaña Cater, en el extremo de Cuello de Rana, y hablaba con tan vehemente comprensión de lo que la esclavitud significaba y de cómo había funcionado su red de evasión, que se dio cuenta al instante de que era su historia la que debía hacer constar por escrito.

–Miss Edén, debe usted escribir sus Memorias, para que sus nietos puedan comprender.

Y cuando ella respondió, como ya suponía él que haría: «No sé escribir», dijo:

–Usted me lo cuenta, y yo lo escribiré.

Se llenaron dos cuadernos con las reconstrucciones de Edén de sus expediciones a Pensilvania, y en sus páginas, siempre que era posible, el ministro había escrito: «Esta parte del relato de Edén ha sido confirmada por John Goldsborough, domiciliado actualmente en New Bedford, Massachusetts.» Más de las dos terceras partes de sus hazañas quedaban así acreditadas, ocasionalmente por testigos blancos. Naturalmente, cuando en las fugas habían participado Bartley y Rachel Paxmore, se podía acudir a esos cuáqueros para una detallada confirmación.

Lo que resultó fue un relato conciso, escrito en académico inglés, de los peligros arrostrados por los esclavos que buscaban la libertad y el valor mostrado por los que huían y por quienes les ayudaban. Cuando el relato quedó terminado, después de un período de varios meses, el clérigo negro le puso un título, *Catorce viajes al Norte,* e identificó a Edén Cater como su autora. Y fue este manuscrito el que el reverendo Jackson entregó al tataranieto de Edén una mañana de julio de 1965.

Hiram se llevó los cuadernos a un banco del extremo del Cuello, donde empezó a hojearlos indolentemente, mucho menos interesado en

el relato de lo que el reverendo Jackson había imaginado. Hiram había oído hablar con frecuencia de Edén Cater, pero todo lo que sabía realmente de ella era que se había propuesto comprar la libertad de su marido, pero había terminado proporcionando dinero para comprar un *skipjack.* Era una remota antepasada esclava, cuya historia se había perdido.

Por eso, el joven infante de Marina no podía encontrar ningún lazo entre aquella indefinida mujer negra y él o sus problemas. La situación actual era tan diferente, que Edén no podría comprenderla, ni aunque la estuviese viviendo, y era improbable que ella ejerciese ninguna influencia. Pero hacia el principio del segundo cuaderno encontró dos párrafos que le recordaron su propia instrucción militar:

Nos hallábamos ya a menos de seis millas de Pensilvania, y estaba próxima la libertad por la que aquellos quince habían suspirado mientras trabajaban en los pantanos de Carolina del Sur, y empezaron a tornarse descuidados, creyéndose ya libres de la esclavitud. Pero yo les advertí que el mayor peligro estaba en el último tramo hasta la frontera, porque el enemigo concentraría allí sus mayores recursos. Para alcanzar nuestro objetivo debíamos emplear astucia, no fuerza, y les instruí sobre cómo hacerlo.

Pero mientras avanzábamos cautelosamente en dirección a la tierra en que otros estarían esperando para ayudarnos, dos cazadores de esclavos se salieron de la carretera y empezaron a cruzar los campos, sospechando que quizás hubiéramos seguido esa ruta, y cuando parecía que iban a descubrirnos, tres fornidos hombres juraron detrás de mí: «Si nos encuentran, tenemos que matarlos», y comprendí que ninguna persuasión por mi parte les detendría. Así, pues, les hice a todos tenderse en la hierba, y los cazadores de esclavos pasaron de largo, y tras esperar un tiempo adecuado, di la señal, y echamos todos a correr hacia la frontera, pero no pude impedir que gritasen mientras corrían.

Hiram conservó un dedo en el viejo cuaderno para no perder la página, y, mientras tendía la vista sobre el Choptank, éste dejó de ser el pardo río que siempre había conocido, para convertirse en una línea divisoria entre el Profundo Sur, donde había florecido la esclavitud, y la zona en que ésta subsistía suavizada y de la que había sido posible la fuga, y quedó claro el papel desempeñado por Edén y su marido: eran

un faro en la noche. Aquella miserable cabaña. Si los esclavos podían llegar hasta allí, estaban en el buen camino.

Volvió al cuaderno, y pese a que era una mañana calurosa, con un fuerte sol que llameaba en un cielo sin nubes, siguió leyendo, buceando en lugares distintos del manuscrito, escogidos al azar, y concibió una ardiente ira que nunca se extinguiría. Aquéllos eran esclavos de carne y hueso que arriesgaban sus vidas por la libertad, y en un momento dado cerró de golpe el frágil cuaderno: que no vuelvan a decirme que los negros se sometían como animales domesticados. Estos bastardos no dejaron de luchar.

Por su deseo de comprender las relaciones entre blancos y negros, le interesó en grado sumo la valoración que Edén hacía de los hombres y mujeres blancos con los que trabajaba:

Los tres blancos de Patamoke en quienes podíamos confiar eran cuáqueros, pero cada uno operaba de manera distinta. Comly Starbuck me daba miedo, pues se atrevía a cualquier cosa. Su hermana, Rachel Starbuck Paxmore, poseía un entusiasmo que contagiaba a todas las personas con las que trabajaba y un sereno valor que a veces me sorprendía. Bartley Paxmore, su marido, era como un roble, tan digno de confianza que construimos nuestras vidas alrededor de él.

Pero el hombre blanco que recuerdo en mis oraciones y al que espero volver a ver en el cielo era un modesto granjero que vivía cerca de Bohemia. Se llamaba Adam Ford, y como no era cuáquero, no estaba obligado a ayudarnos. No tenía dinero ni caballos de sobra, y pocos alimentos que no necesitase para él. Ofrecía solamente su propia persona, pero ofrecía todo, pues era viudo, y sus hijos se habían ido. Cualquiera que fuese el momento y el estado en que llegásemos a su granja, siempre estaba dispuesto a ayudar sin reparar en el riesgo. Yo le he estado mirando a la luz de una vela mientras lavaba las heridas de nuestros niños o llevaba agua para algún anciano. Dos veces le metieron en la cárcel las autoridades de Wilmington por ayudar a esclavos fugitivos, y en una ocasión el sheriff le quitó las escasas pertenencias que tenía como multa por habernos prestado ayuda, pero él perseveró. Que Dios tenga en su gloria el alma de Adam Ford.

Y justo cuando Hiram empezaba a cansarse de estas alabanzas a participantes blancos, Edén añadió el párrafo que él buscaba:

Pero en seis de las catorce huidas no hubo ayuda de hombres ni mujeres blancos. Fueron libertos negros como Cudjo Cater quienes asumieron el riesgo. Fueron resueltos esclavos como Nundo quienes soportaron la carga más pesada. Incluso cuando viajábamos con los nobles cuáqueros seguíamos dos caminos distintos. Si les cogían a ellos, los multaban o les metían en la cárcel por unos meses. Si nos cogían a nosotros, nos devolvían a la esclavitud o nos ahorcaban.

Cuando Hiram terminó de leer este relato, se encontró en posesión de un conocimiento del Choptank que nunca se oscurecería: sus antepasados habían sido esclavos a orillas de aquel río y habían soportado tragedias que él no había imaginado. Especialmente Edén Cater, había combatido el sistema, poniendo en peligro su vida catorce veces, y por sus venas corría la audaz sangre de aquella mujer.

Cuando devolvió los cuadernos al reverendo Jackson, dijo:

–Esto debería ser publicado. Para que todo el mundo lo leyese.

–Por eso te di los cuadernos. Para conocer tu opinión.

–¿Qué podríamos hacer?

–Hay un profesor de Historia en Johns Hopkins. Dice que cree que podría conseguir una subvención…

–¿Qué es eso?

–Una de las grandes fundaciones le daría dinero… Hiram, muchas personas de este país están deseosas de ver reveladas las verdaderas historias de la esclavitud.

–Ésta debería ser una de las primeras.

–Me alegro que opines así. Refuerza lo que yo pienso.

Así, pues, Hiram y el reverendo Jackson fueron a Baltimore para hablar con el profesor, un hombre blanco que dijo con entusiasmo:

–He hecho gestiones con la gente de Nueva York, y estoy seguro de que puedo obtener los fondos necesarios. Mi proyecto es publicar el relato de Edén Cater con profusión de notas históricas, poniendo en relación su tiempo y su experiencia en él con el de Frederick Douglass, que vivió en la misma región, aproximadamente hacia la misma época.

Hiram dio un paso atrás. La experiencia negra de sus antepasados sería utilizada para promover la carrera de un profesor blanco que miraba la historia de Edén no como una vivida exposición de la esclavitud, sino, simplemente, como medio de publicar un libro. Se

disponía a pedir que le devolviera los cuadernos, cuando el profesor dijo:

–Deseo especialmente que el libro sea editado por algún investigador negro. Después de todo, Mr. Cater, se trata de una odisea negra, y creo que tenemos en nuestro Departamento el hombre indicado.

Mandó llamar a un tal profesor Simmons, y tan pronto como vio su exagerado peinado afro, Hiram se sintió satisfecho. Su confianza aumentó cuando supo que el joven era un activista, graduado en la Universidad de Howard y doctorado en Yale. Como había crecido en uno de los condados de mayor población negra de la orilla occidental de Maryland, podía imaginar la estructura esclavista en que habían vivido Edén y Cudjo Cater.

Los tres negros y el veterano profesor tuvieron un excitante almuerzo, a cuyo término el profesor blanco llamó a Nueva York para comunicar al secretario de la fundación que todo estaba arreglado.

–El profesor Simmons se encargará de la edición, de acuerdo con las líneas que sugerimos, y me complace informarle que colaborará el principal descendiente varón de Edén Cater.

Siguió una larga pausa, después de la cual el profesor colgó el aparato y exclamó:

–¡Tenemos el dinero!

Se daría a conocer el relato de Edén Cater, *Catorce viajes al Norte;* quedaría roto el largo silencio sobre la vida negra en el Choptank, y en lo sucesivo sería imposible que nadie escribiese una historia del río sin tener en cuenta la aportación de los negros.

Pero el triunfo de Edén Cater era fragmentario, por lo que a su descendiente Hiram se refería, pues al término del almuerzo se sintió ajeno a la celebración y se excusó:

–Reverendo Jackson, no voy a regresar a Patamoke con usted.

–¿Por qué no?

–Creo que será mejor que me vaya al Norte… por unos días.

–¿A Scanderville?

Era ésta una atrevida pregunta, a la que el clérigo no esperaba respuesta, pero quería tratar del asunto con Hiram si ése era realmente

su punto de destino. El ex infante de Marina no dijo nada, giró sobre los talones al estilo militar y se alejó.

Pero el reverendo Jackson no estaba dispuesto a dejar que se fuera así. Echando a correr tras él, le alcanzó en la linde del campus y dijo con vehemencia:

–Hiram, te encuentras en un estado emocional. Las cosas que Edén Cater relató. No vayas a Scanderville para encontrar un montón de estúpidas conclusiones.

–¿Quién es estúpido? – exclamó Hiram.

–Tu hermana Luta Mae. Ella está en el mal…

–No diga nada sobre Luta Mae.

–Luta Mae está empeñada en una guerra privada, que sólo terminará en desastre. No te mezcles en ella.

–Luta Mae es igual que Edén.

–¡Por amor de Dios, no! No te dejes engañar por semejanzas superficiales.

Pero Hiram se separó de él y se alejó a grandes zancadas, llegando hasta los arrabales de Baltimore, donde empezó a hacer autostop para dirigirse hacia el Norte, a Pensilvania, y a medida que pasaban de largo un automovilista blanco tras otro, fue sintiéndose cada vez más furioso. Finalmente, un viajante negro le llevó hasta Harrisburg, donde un camionero blanco, un hombre brusco y corpulento de unos cincuenta y tantos años, le invitó a subir a la cabina para el viaje hasta Scanderville.

–¿Tienes algún amigo en la cárcel? – preguntó el camionero.

–Mi hermana.

–¿Qué hizo?

–Desobediencia civil. Asunto federal.

–¿Pancartas y cosas de ésas?

–Sí.

–No se lo reprocho. Si yo fuese negro… ¿Cuánto le han echado?

–Dos años. Es decir, de dos a seis. Le dijo al juez que se fuera al infierno. En pleno tribunal.

–¿Es una de ésas de peinados grandes?

–Ella lo hace todo al completo.

Cuando se detuvieron a cenar en Sunbury, el camionero dijo:

–Quédate a cenar conmigo.

Y luego, mientras comían, dijo:

–¿Sabes, hijo? Personas como tu hermana…, esos peinados terribles…, esas vociferaciones… Se ganan enemigos sin ninguna necesidad.

–¿Por qué me recogió en la carretera? – preguntó Hiram-. ¿Y por qué me ha invitado a cenar? ¿Se siente culpable acaso?

–Tengo un hijo en Vietnam. Siento un gran respeto por los soldados, y me he dado cuenta de que tú has estado en el servicio… por tu forma de estar.

–Serví en Infantería de Marina.

–No me sorprende. ¿Y has salido dispuesto a combatir contra el mundo entero?

–Más o menos.

–No luches conmigo, hijo. Dile a tu hermana que baje el pistón también. No es necesario, y no conseguirá nada. Actuad con frialdad y conseguiréis todo lo que queréis.

El conductor se apartó de su ruta para dejar a Hiram delante de la cárcel. Luego levantó la mano con el pulgar hacia arriba y gritó:

–Estoy de tu lado, muchacho.

Y por un momento, mientras veía cómo el camión se alejaba por la carretera, fulgurando en la oscuridad sus luces rojas y verdes, como faros que saludasen la llegada de un día distinto, Hiram albergó una fugaz esperanza de que fuese posible la acomodación propuesta por el camionero, y se pasó la noche imaginando procedimientos que pudieran conducir a una América más justa.

Pero por la mañana, en la sala de espera de la prisión, quedó como electrizado al ver avanzar hacia él a Luta Mae, cubierto su robusto cuerpo con el vestido carcelario y destinada su insolencia a enfurecer a los guardianes, y abandonó toda idea de conciliación. Se trataba de una guerra social, y Luta Mae estaba en vanguardia.

Ella se mostró implacable. Desde detrás de la reja de alambre que los separaba gruñó:

–Hiram, hay que arrasarlo todo.

–¿Te refieres a las viejas costumbres?

–Me refiero a todo. Todo tiene que cambiar.

Hiram empezó a hablarle del libro de Edén Cater sobre los esclavos que huían al Norte, pero ella le interrumpió:

–¿Por qué me hablas de ella?

Y él explicó que veía a su hermana como la heredera de la intrépida y vieja esclava. Luta Mae, con su llamativo peinado y su intransigencia, era la Edén Cater de esta generación, y, mientras miraba cómo el guardián la conducía de nuevo a su celda, sonaban en su mente los ecos de su reto: «Hay que arrasarlo todo.»

Fue en la primavera de 1965 cuando J. Ruthven Turlock tuvo su inspiración final sobre la explotación de Jardines de Patamoke. «Regresaba en mi coche a casa después de haberle vendido una parcela a un médico de Binghamton, cuando me di cuenta de que la mayoría de nuestros compradores eran gente mayor que venía aquí a retirarse…, a pasar en paz sus últimos años. Fue entonces cuando di con el nombre perfecto: Ciudad del Ocaso.»

Naturalmente, una vez que Ruthven hubo completado su proyecto, tenía que desaparecer la vieja cabaña Turlock que ocupaba su hermano Amos. «Es algo que hace daño a la vista. Has sacado buena tajada de la marisma, Amos, y puedes permitirte algo decente.»

Así, pues, este antiguo centro de incesto, analfabetismo, prejuicio, quebrantamiento de la ley, caza furtiva y buena vida, fue arrasado para poder instalar en su lugar una bella casa prefabricada construida en Sheboygan. Ruthven costeó la talanquera blanca que la separaba de las demás casas, más pretenciosas, de Ciudad del Ocaso, pero fue Amos quien compró el grupo escultórico que adornaba el pequeño césped: Santa Claus con ocho renos bellamente dispuestos sobre la hierba, un flamenco púrpura, un oso polar sentado sobre sus cuartos traseros y una cierva con dos adorables cervatillos. Cuando Chris vio el zoológico de cemento de su tío, no pudo por menos de compararlo con los pájaros y animales reales que en otro tiempo habían adornado el lugar.

Chris estaba teniendo sus problemas con la antigua marisma. En el colegio comunitario a que asistía, su instructor de literatura americana era un brillante joven de la Universidad de Brandeis ardientemente dedicado a las mejores obras americanas, y la forma en que despachaba los viejos mitos que llenaban las mentes de sus alumnos impresionó al joven Chris:

«No hay razón alguna por la que ninguna persona en su sano juicio deba leer *Lo que el viento se llevó,* de Margaret Mitchell. Es uno de los peores libros jamás escritos por un americano, falso, ostentoso y desprovisto de todo valor de redención social.»

Cuando Chris había leído el libro, varios años antes, había sospechado que la descripción que Miss Mitchell hacía de los negros era criminalmente injusta, y su presentación de los blancos, sentimental y consecuencia de acusados prejuicios; le agradó ver que su profesor confirmaba sus dudas juveniles. Pero en su clase siguiente el joven de Brandeis atacó toda la poesía americana anterior a Lowell -Robert Lowell, explicó-, y reservó especialmente su desprecio para Sidney Lanier:

«Sentimental y lacrimoso poetastro que representa todo lo que de peor había en el pensamiento sudista de su tiempo, se ha convertido en la piedra de toque de la literatura americana. Si os gusta Lanier, no os gusta la poesía.»

Esta vez, Chris estaba dispuesto a discutir.

–Yo creía que *Las marismas de Glynn* era bastante buena… la parte sobre la grandeza y el cielo.

El joven profesor miró compasivamente a Pflaum y dijo:

–Me alegra saber que has estudiado a Lanier. No hay muchos últimamente que se molesten en ello. ¿Cuántos años tenías entonces? ¿Unos trece? Bien, Pflaum, *La señorita Muffit* es ideal para los niños de cuatro años, y Felicia Hemans lo más adecuado para los de nueve. Sidney Lanier es el poeta por excelencia para la mentalidad de trece años, pero todos somos ya mayorcitos, ¿no?

Procedió luego a poner de manifiesto todos los defectos de aquel largo y viejo poema: sus rimas forzadas, sus quebrados ritmos, las absurdas variaciones en el metro y, sobre todo, su sentimentalismo religioso.

–¿No son buenas algunas de las imágenes? – preguntó Chris.

–Sí, pero terriblemente rebuscadas. Fíjate, por ejemplo, en el rascón construyendo su nido en la grandeza de Dios. Verso tras verso, repetición tras repetición. Un auténtico poeta habría despachado a ese maldito pájaro con cuatro palabras bien elegidas.

Chris no quería dejar aquello así.

–¿Pero no se adelantó Lanier extraordinariamente a su tiempo al abordar un problema ecológico?

El joven de Brandeis mostró ahora una cierta excitación.

–En efecto, Pflaum, y ése es el único mérito de este veterano. Si Lanier hubiera dicho simplemente: «Las marismas merecen ser preservadas», lo habría dicho todo.

Pero no habría tenido resonancia, pensó Chris, y yo nunca lo habría recordado como recuerdo los versos.

Al regresar a casa pasó por la biblioteca pública y descubrió que durante los cuatro últimos meses, 31 habitantes de una ciudad que no leía gran cosa habían pedido *Lo que el viento se llevó,* y al preguntar sobre ello al bibliotecario, éste le dijo:

–Nos hemos visto obligados a tener tres ejemplares. A las mujeres de aquí les gusta hacer creer que sus antepasados vivieron en plantaciones.

Y cuando fue a Ciudad del Ocaso y se detuvo en el lugar en que antaño se extendiera la marisma de Turlock, le pareció oír los ritmos del poema de Lanier, aquellas palabras que habían dado orientación a su vida.

Mientras se hallaba allí, reflexionando en esas contradicciones, vio a un par de cardenales que regresaban a lo que en otro tiempo había sido su hogar. Volaban erráticamente, de un lado a otro, buscando la desaparecida suculencia, y Chris pensó: «Teniendo en cuenta a los dos, deben de ser la pareja de pájaros más hermosa de cualquier país. A veces creo que el macho es más bello, con su llameante escarlata. Pero otras, es la hembra. Esos colores apagados, tan perfectamente combinados… ¡Ojalá pudiera expresar con palabras lo que siento sobre esos pájaros!»

Y entonces una rezagada bandada de gansos pasó volando hacia el Norte, y, mientras los miraba, todo su mundo encajó: Quiero ir a Canadá…, ver dónde nacen los gansos. Si vive uno en el Choptank, sólo conoce la mitad… de octubre a marzo. ¿Quién quiere conocer la mitad de nada? Y, dirigiéndose a los pájaros que desaparecían ya a lo lejos, gritó:

–Voy a ir a ver la otra mitad en Canadá.

La idea de este viaje llevaba algún tiempo germinando; de hecho, desde que su profesor inglés había dicho en clase: «Tal vez no lo sepáis, pero vuestra región ha producido una obra maestra de la literatura americana. *Hacia la Edad del Hielo,* de Thomas Applegarth. Sugiero que la leáis si queréis comprender el lugar en que vivís.» El librito había sido una revelación, y de él dedujo Chris que toda mente joven debería realizar alguna peregrinación. La suya sería al lugar en que anidaban los gansos.

Pero sus ojos volvían a la desaparecida marisma, y su mente, al desaparecido poema, y pensó: Así, pues, me quita Lanier y me da Applegarth. Puede que sea un buen cambio.

Después de separarse de su hermana en la prisión de Scanderville, Hiram Cater pasó dos años viajando por las principales ciudades del Norte, buscando soluciones viables al problema de los negros en la vida americana, y en las vehementes discusiones sostenidas con jóvenes de ambos sexos de Harvard y de la Universidad de Chicago pudo ofrecer ilustraciones específicas que resumían la experiencia negra mucho mejor que sus filosofías:

«Mis padres han trabajado catorce horas diarias, seis días a la semana, durante más de cincuenta años. Todo el mundo dice: «Las mejores personas de la comunidad, blancos o negros.» ¿Y cuál es su recompensa? Una cabaña de dos habitaciones construida en la década de 1840, que se convirtió en una cabaña de tres habitaciones en la década de 1940. Desde el nacimiento hasta la muerte, poco ha cambiado para ellos.»

En ciertas partes del Norte, las condiciones eran ligeramente más prometedoras, pero, en general, encontró incesantemente repetidas a todo lo largo de la nación las crueles desigualdades de Cuello de Rana, y pasó gran parte del tiempo tratando de construir alguna explicación razonable de por qué los Estados Unidos parecían tan resueltos a ignorar y desperdiciar el potencial humano de una parte tan grande de su población. Su experiencia en la Infantería de Marina le había convencido de que él era tan capaz como cualquier blanco de formación comparable, y, sin embargo, la sociedad estaba decidida a impedirle demostrar sus facultades.

Escuchaba atentamente los interminables debates sobre política básica -«¿Debemos convertirnos en serviles subordinados como Booker T. Washington, o en líderes de la rebelión callejera?»- y no sabía qué decisión tomar. No podía borrar de su memoria al camionero que había asegurado que el gradualismo era el camino más adecuado, ni podía tampoco olvidar la estridente llamada al combate de Luta Mae. Nada en limpio salía de los debates, pero él logró formarse una opinión sobre un aspecto fundamental de la vida negra, y para una discusión pública en la Televisión de Boston preparó las siguientes notas:

Moynihan y otros alegan que la vida familiar negra es destructiva porque muchos niños son educados sin la presencia de un padre en el hogar. La primera vez que oí este argumento lo consideré estúpido, porque yo crecí en el seno de una familia en la que había un padre, y muy bueno. Pero de los catorce hombres con los que me reúno, once no tuvieron padre en casa. Malas consecuencias, etcétera.

Sin embargo, si contemplamos las grandes naciones del mundo, podemos dividir las más importantes en dos grupos. En Alemania, Japón, Inglaterra y los Estados Unidos, el padre es jefe. ¿Quién ha oído jamás hablar en televisión de una «bondadosa madre alemana»? Al diablo con mamá, papá es el jefe, y todo el mundo lo sabe. Estas cuatro sociedades son, por tanto, rígidas, militaristas, violentas, crueles.

Pero volvamos la vista a Italia, con su *mamma mia!*, y a los judíos, con su «típica madre judía, toma un poco más de sopa». No es casualidad que estas sociedades sean apacibles, intelectuales, artísticas, filosóficas y antimilitaristas. Predomina la influencia de la madre, los hijos son humanos, y la sociedad también.

No puedo hablar de África, pero si los negros de América llegan a establecer una nación, será ésta semejante a Italia o a un país judío. Predominarán la música, la danza, el teatro, el arte, la alta filosofía. Los negros que conozco y que crecieron solamente con madres son personas bondadosas. A veces tienen que amotinarse, llevados de su frustración, pero son fundamentalmente buenos, consagrados a la música, la danza y el teatro.

Y unas palabras, para terminar, sobre mi propia madre. El alma del hogar. Teníamos un padre, pero muy bien hubiera podido estar

ausente. Pesca de ostras. Largas ausencias. Estaba la madre… Y nada de excusas sobre la familia negra.

Sus observaciones fueron aplaudidas, y cuando se apagaron las cámaras, el moderador blanco dijo:

–Cater, debería usted graduarse en la Universidad.

Pero cuando investigó las posibilidades que en tal sentido se le ofrecían, temió que las barreras fuesen demasiado difíciles de franquear, y su frustración le llevó casi a aceptar el grito de combate de Luta Mae: «Hay que arrasarlo todo.» Pero había sido tan bien recibido por los radicales blancos y por las gentes blancas de la Televisión, que se aferró a su esperanza de que la sociedad pudiese ser nidificada por medios pacíficos. Sumido en estas dudas, regresó a Patamoke, un infante de Marina atractivo, disciplinado, de veintiocho años, y tan competente como cualquier joven que el Choptank hubiese producido recientemente.

Sus padres se alegraron de verle, pues Luta Mae estaba de nuevo en la cárcel, esta vez en Michigan, y habían temido que él llegara a caer también en sus modos revolucionarios.

–¡Qué alto es! – exclamó Julia, intentando aguantarse los deseos de abrazar al joven que tenía delante, seguro de sí mismo y de reluciente y oscura piel.

–Tienes todo el aspecto de un auténtico infante de Marina -observó admirativamente su padre-. Apuesto a que has vivido unas cuantas aventuras en Corea.

Pero Hiram pensó: «¡Cuánto han envejecido! Setenta y un años; consumidas sus vidas por el trabajo.» Y juzgó que había obrado acertadamente al citarlos como epítomes del problema negro.

Sus dos años de vagabundeo no habían mejorado sus probabilidades de encontrar un empleo, pues no había aprendido ningún oficio ni perfeccionado su instrucción en ningún campo concreto. Su aprendizaje había consistido en largas sesiones nocturnas discutiendo filosofías radicales y en retiros de fines de semana con musulmanes negros en los que escuchaba sus teorías. Había regresado preparado sólo para un trabajo: agitar las mentes de negros más jóvenes que él y dirigirlos en el análisis de su comunidad.

Pese a su deseo de no turbar a sus padres, que se habían acomodado al sistema, no pudo evitar formular preguntas que les desconcertaron.

–Papá, supongamos que hubieras sido un holgazán toda su vida. Tu situación vendría a ser la misma que ahora. ¿Te das cuenta de que te han estafado? Ni siquiera un aparato de televisión después de todos estos años de trabajo. Mamá, no he conocido un solo día en que tú no trabajases.

Cuando el viejo Will Nesbitt, el director de banda, fue una noche a advertirles que su hijo estaba suscitando desfavorable atención en las autoridades de la ciudad, Jeb y Julia asintieron:

–También en nosotros.

Preguntaron a Will qué creía que debían hacer con respecto a Hiram, y el hombre dijo:

–Haced que se vaya de aquí. Lo malo es que ha crecido más de prisa que Patamoke.

Durante un breve período de tiempo soñaron que podría encontrar un buen puesto con los Steed, o en el astillero, pero ninguno de esos establecimientos necesitaba un joven filósofo negro que tal vez hubiera sido contaminado por su inexplicable residencia en el Norte, y la gente de la ciudad suponía que permanecería algún tiempo por allí y luego se marcharía, como había hecho su criminal hermana Luta Mae.

Pero en el verano de 1967, Hiram Cater continuaba allí, gastándose de vez en cuando unos centavos -nadie sabía dónde los adquiría- y discutiendo por la noche con otros jóvenes negros, también sin empleo, ni perspectivas de encontrar ninguno. Patamoke tenía entonces dos policías negros, y sus informes sobre Hiram eran ominosos: «Agitador nato, probablemente conchabado con su hermana en Michigan.»

Tal suposición era errónea. Todos los Cater se sentían consternados por el hecho de que Luta Mae hubiera estado ya cuatro veces en la cárcel, y pese a que sabían que era una de las mejores muchachas de Maryland, les avergonzaba que se hubiera situado al margen de la ley. No se les había ocurrido que la culpa era del sistema, no de Luta Mae, y en su vergüenza familiar trataban de olvidarla, aunque sus llameantes palabras continuaban reverberando en la conciencia de Hiram.

Hubiera podido pasar sin incidentes aquel largo verano si el reverendo Jackson y Will Nesbitt no hubiesen organizado una romería

en agosto para sanear los fondos de la iglesia. Se colocaron carteles en la tienda de Steed, se adquirió cuerda para acotar Cuello de Rana, y Julia Cater empezó a realizar los preparativos para la confección de los pasteles de cangrejo que ofrecería a la iglesia que tanto amaba. Esos pasteles de cangrejo fueron causa de complicaciones para Hiram.

Un caluroso viernes por la tarde, mientras miraba cómo su madre y Helen trabajaban afanosamente en la cocina para que la congregación pudiera ganar unos centavos, le pareció el procedimiento tan ridículo y poco remunerador, que preguntó:

–¿Por qué os matáis a trabajar por semejante estupidez?

La vieja Julia, encorvada y fatigada, explicó:

–Porque nos gusta hacer la voluntad de Dios.

–¿Llamas voluntad de Dios a vender por veinticinco centavos un pastel de cangrejo que vale un dólar?

–Muchas veces, Hiram, no podríamos vivir si no fuera por el dinero que nos da la iglesia.

–Yo no aceptaré la vida en esas condiciones -replicó él, con violencia.

No quería permanecer en la cocina, viendo a su madre prestar tan penosa fidelidad a anticuadas costumbres, y salió de la casa a grandes zancadas. A la noche siguiente, mientras las acomodadas familias blancas pasaban con afectados modales ante los quioscos en su anual gesto de condescendencia con los negros de Cuello de Rana, su furia aumentó.

A las nueve, la rechinante banda de Will Nesbitt hizo sonar varios redobles y, a continuación, un sonriente padre Caveny sacó su clarinete para interpretar *Adiós, adiós, mirlo.* Cuando el público rompió en aplausos, no a la música, sino al hecho de que actuase el sacerdote, Hiram murmuró a un larguirucho joven negro llamado LeRoy:

–¡Qué despreciable!

Cuando LeRoy preguntó qué quería decir, Hiram respondió, con voz áspera:

–El condescendiente cura. Vender por unos centavos nuestros excelentes pastelillos de cangrejo. Y, sobre todo, esos piojosos blancos viniendo hasta aquí para ver cómo vivimos los negros.

Muy suavemente, LeRoy susurró:

–¿Por qué no echamos de aquí a toda esa gentuza?

Las palabras fueron como la detonación de un cartucho de dinamita, pues, sin saber cómo había llegado a subirse a una mesa, se encontró a sí mismo frente a la multitud y gritando:

–¡Fuera de aquí! ¡Se ha terminado la fiesta!

Su madre, que vendía orgullosamente los pasteles, fue una de las primeras personas en ver a su excitado hijo, y por su comportamiento durante los últimos días comprendió que se sentía torturado.

–¡Hiram, no! – gritó, pero su voz era débil y llegaba demasiado tarde.

Los dos policías negros habían estado vigilando a Hiram, y ahora echaron a andar rápidamente para hacerle bajar de la mesa y evitar que echara a perder la romería, pero antes de que pudieran agarrarle las rodillas, LeRoy y otros negros de graves rostros se interpusieron en su camino, y LeRoy gritó:

–¡Lárgalos fuera, Hiram!

–¡No queremos vuestra caridad! – rugió Hiram-. ¡Coged vuestros centavos y volveos a casa!

Hasta este momento, su proceder no había causado ningún efecto en la romería, pues sólo unos pocos asistentes le habían oído, pero uno de los policías, irritado y quizás asustado por los actos de LeRoy y sus compañeros, empezó a tocar un silbato, y este penetrante y lastimero sonido originó una gran confusión. Los blancos empezaron a huir de lo que temían podría ser un tumulto, y, mientras abandonaban el lugar, Hiram permaneció sobre su mesa, mirando la antigua y destartalada escuela que las autoridades blancas habían utilizado durante medio siglo como instrumento de opresión y de negación de oportunidades. Todo lo que Hiram podía ver era la desolación de aquel local, las abreviadas clases, los mal preparados maestros y las abarrotadas aulas en las que él rara vez había poseído un libro.

Sin ningún plan, sin idea preconcebida alguna, gritó:

–¡Esa maldita escuela!

Y, antes de que se extinguiera el sonido de las palabras, LeRoy las hizo suyas, gritando beligerantemente:

–¡Deberíamos quemar la maldita escuela!

Hiram, recordando las palabras de Luta Mae, y sabiendo por su propio y paciente análisis que no conseguirían nada, empezó a advertir a LeRoy, pero el grupo iba ya camino de la escuela, donde encendieron fuego y lanzaron salvajes gritos al comenzar a arder en la noche las resecas maderas.

El efecto fue intoxicante, y muchos negros encendieron pequeños haces de ramas para prender fuego a otros edificios, pero cuando el propio LeRoy y otros dos llevaron sus teas hacia la vieja iglesia E. M. A., Hiram saltó de la mesa y trató de cortarles el paso.

–¡Eso no! ¡La necesitamos!

Alguien le derribó, y cuando se puso en pie vio a sus padres entre los que intentaban en vano sofocar el fuego. Pero se hallaban impotentes y tuvieron que retirarse para contemplar desde lejos cómo la iglesia que amaban se estremecía en el fulgor escarlata y acababa derrumbándose.

Ardían varias casas, y la tienda de la esquina, que vendía a crédito, y la subcomisaría de Policía, en que los dos agentes negros tenían su centro de operaciones.

Crepitaban las llamas en la calurosa noche, produciendo una salvaje excitación, y niños irresponsables empezaron a arrojar maderas ya llameantes, y pareció como si todo Cuello de Rana pudiera quedar destruido.

Los coches contra incendios avanzaron por la estrecha carretera que conducía al Cuello, pero un grupo de tumultuosos negros les impidió el paso, por lo que, después de dos frustrados intentos, los bomberos se retiraron con la amenaza: «Dejaremos que se consuma todo el maldito barrio.» Uno de los primeros lugares abandonados que desapareció bajo las llamas fue la cabaña Cater, construida por el liberto Cudjo mucho antes de la Guerra Civil. En una gigantesca llamarada, el fuego devoró lo que podría haberse convertido en un santuario negro, pues contenía la habitación en que Edén Cater había relatado *Catorce viajes al Norte.* Hiram, viendo desaparecer la cabaña, murmuró:

–Edén comprendería.

El incendio de Patamoke fue algo curioso, pues los enfurecidos negros no arrojaron ninguna antorcha contra un solo edificio habitado

por blancos; su furia se dirigía exclusivamente contra las intolerables condiciones en que se veían obligados a vivir. Quemaban, no porque quisieran vengarse de los blancos, sino porque esperaban que, si destruían Cuello de Rana, su lugar pudiera ser ocupado por algo mejor. Por la consecución de este sueño estaban dispuestos a sacrificar sus hogares, su iglesia y su herencia histórica.

Pero mientras proseguía el fuego, alcanzando de vez en cuando a un pino y elevando sus llamas hacia el cielo, el viento impulsaba las chispas hacia el Oeste, y por una infortunada casualidad, varias de ellas fueron a caer sobre la techumbre del «Astillero Paxmore», alojándose entre las tablas que la formaban y haciendo arder la vieja y reseca estructura.

Los bomberos gozaban ahora de libertad para manejar sus bombas, pues ningún negro se lo impedía, pero el astillero era tan inflamable y sus tablas se hallaban tan impregnadas por un siglo de trementina y aceite, que fue imposible salvarlo. Grandes llamaradas invadieron los cobertizos, envolvieron techumbres y se elevaron a través de los tejados. Grupos contra incendios de una docena de ciudades acudían presurosos, y los atemorizados bomberos murmuraban mientras avanzaban por los caminos rurales:

–Los negros están quemando Patamoke.

Desde la llegada de esclavos en 1667, siempre se había temido a todo lo largo del Choptank que los negros pudieran alzarse en rebelión alguna noche y prendieran fuego a los establecimientos blancos, y ahora estaba sucediendo. Decenas de Turlock e innumerables Caveny se congregaron aterrorizados para contemplar el incendio, y cuando los bomberos procedentes de otras ciudades se reunieron, impotentes para dominar el fuego, Amos Turlock se movió con semblante sombrío entre ellos, repartiendo armas y dando una sola y sencilla orden:

–Si los negros intentan quemar el resto de la ciudad, matadlos.

Un ciudadano contemplaba el incendio con paralizado horror. Era Pusey Paxmore, que había regresado a casa de sus obligaciones en Washington, y veía, pálido el rostro, cómo quedaba reducido a humeantes cenizas el negocio familiar. De vez en cuando intentaba hablar, pero quedaba con la boca abierta, fijos sus ojos en la desolación que tenía delante.

–¡Mr. Paxmore! – gritó el alcalde, corriendo hacia él en ropa de dormir-. Tenemos que traer aquí a la Guardia Nacional. Usted conoce a la gente adecuada en Annapolis.

Pusey era incapaz de reaccionar, y el alcalde suplicó:

–Traiga las tropas aquí, Pusey, o se consumirá toda la ciudad.

Paxmore murmuró un nombre, y el alcalde se alejó a toda prisa, pero en ese momento un grupo de bomberos agarraron a Pusey de los brazos y le obligaron a retroceder, justo a tiempo para librarse del último lienzo de pared, que se desmoronó con nuevos estallidos de llamaradas.

Lo único que Pusey Paxmore podía ver era la muerte de una empresa cuyo origen se remontaba a la década de 1660. Aquel astillero había sobrevivido a incursiones indias y ataques piratas, al poderío de la escuadra británica en 1813 e incluso a las acometidas de filibusteros confederados en 1864. Ahora se había perdido, toda una forma de vida destruida en una sola y enloquecida noche. No podía creer que los negros de Patamoke, con los que tan considerada se había mostrado su familia, hubieran podido cometer aquella atrocidad.

–Lo hicieron -la aseguró un policía.

–¿Quién?

–Nuestros policías negros dicen que lo empezó Hiram Cater. El hermano de esa chica que está en la cárcel.

–¡Detenedlo!

Y corrió a telefonear a sus amigos del FBI.

Hiram no fue detenido aquella noche, pues, tan pronto como vio que el incendio se había propagado al astillero, comprendió que debía abandonar la ciudad, y, mientras corría a la busca de algún coche que pudiera requisar para un rápido viaje a Pensilvania, se le unió LeRoy, que rebosaba satisfacción por lo que habían hecho.

–No deberías haber incendiado la iglesia -dijo Hiram, mientras corrían.

–Había que destruir todo -replicó LeRoy.

–Pero no el astillero. Puedes quemar casas de negros sin que te pase nada por ello. Pero cuando quemas el negocio de un blanco…

LeRoy divisó un «Buick», que pensó podría poner en marcha y, mientras manipulaba con los cables, Hiram volvió la vista hacia las

llamas que continuaban ardiendo a su espalda.

–Nos hemos metido en un lío -dijo.

DEC1M0TERCER VIAJE: 1976

El 2 de julio de 1976, Amanda Paxmore se dispuso a recobrar un marido que había atraído la desgracia sobre sí mismo, sobre su mujer, sus hijos y su nación, y ésa era una carga que hubiera podido destruir a una persona de menos fortaleza.

Ella estaba a la altura de la tarea, y ni por un momento trató de rehuirla. Cuando llegó a Acantilado de la Paz la noticia de que podía enviar a alguien, hizo un esfuerzo por dormirse, carraspeó levemente y dijo al fiscal que se había trasladado desde Washington a la pequeña ciudad de Pensilvania:

–¿Mañana por la tarde a las tres? Estaré allí.

–¿Va a venir usted? ¿Usted misma? – había preguntado él.

–¿Quién mejor?

Tras colgar el teléfono, había llamado a Martin Caveny, hermano del sacerdote, que estaba segando la hierba para que ofreciera un aspecto presentable en las conmemoraciones del Cuatro de Julio.

–Necesitaré la motora. Mañana por la mañana, a las siete. Iremos a Annapolis.

–¿Puedo llevar a Amos Turlock? – preguntó rápidamente Caveny, pues le gustaba compartir las excursiones con su camarada-. Ya que vamos a cruzar la bahía, quiero decir.

–¿No es un poco viejo para ese trabajo?

–Con Amos nunca es trabajo.

–De acuerdo. Te hará compañía mientras me esperas en Annapolis.

Al llegar a la puerta de la casa, Mrs. Paxmore se volvió y vio a Caveny retirando apresuradamente la segadora mecánica y corriendo luego a buscar a su amigo. Juzgó que a la mañana siguiente, mientras ella conducía el automóvil alquilado rumbo a Scanderville, ambos estarían emborrachándose alegremente en algún bar de Annapolis.

–Dios les bendiga -dijo, en un súbito acceso de compasión-. Los borrachines.

En cuanto hubo retirado la segadora, Caveny subió a su destartalado «Chevy» y salió a toda velocidad en dirección a Ciudad del Ocaso, gritando en cada surtidor de gasolina: «¿Has visto a Amos?»

Nadie sabía dónde estaba el vagabundo, pero finalmente un chiquillo negro dijo:

–Está en el río, pescando.

Y cuando Caveny corrió a la orilla del río, allí estaba Amos, recostado sobre un montículo de hierba y con el sombrero sobre la cara.

–¡Amos! – gritó Caveny-. Vamos a ir a Annapolis.

Turlock rodó de lado, se incorporó a medias, apoyándose en el codo y dijo:

–Ésa es una buena noticia. ¿Quién nos lleva?

–Tenemos la motora de Mrs. Paxmore.

Amos miró suspicazmente a su viejo amigo.

–¿Cómo es que te la deja?

–Porque ella viene.

–¿Qué tiene que hacer en Annapolis?

–He estado pensando en ello. Me dijo: «Podéis esperarme en el muelle. Volveremos a las seis.» ¿Sabes lo que creo?

Amos se levantó del montículo de hierba y enrolló el sedal.

–¿Qué se está tramando? – preguntó gravemente.

–Calculo que mientras tú y yo estamos en el muelle, ella alquilará un coche e irá a Scanderville.

–La televisión no ha dicho nada.

–Apuesto a que es eso.

Los dos hombres subieron al «Chevy» y regresaron a Ciudad del Ocaso, donde pararon junto al remolque que Amos ocupaba ahora con una mujer que había abandonado a su marido en Crisfield.

–Midge -llamó-, ¿has oído por televisión algo sobre Scanderville?

–No he oído nada.

Casi admirativamente, Amos dijo a Caveny:

–Y se está todo el día mirando la tele.

–Aun así, sostengo mi apuesta -dijo el irlandés-. Vamos a tomar una cerveza.

Cuando abrieron las latas, ambos amigos se sentaron a la puerta del remolque, mirando el grupo escultórico que llenaba el césped, y siempre que pasaba un vecino, Amos preguntaba:

–¿Has oído alguna noticia sobre Scanderville?

Nadie había oído nada.

–Si es ahí adonde va -dijo Caveny-, ninguna mujer de todo Maryland podría hacerlo mejor.

–Le tienes simpatía, ¿verdad? – preguntó Turlock, mientras tiraba su lata de cerveza a la zanja que había al otro lado de la talanquera.

–Es fuerte.

–¿No te grita mucho? – Amos detestaba que le gritasen las personas que le contrataban-. Si a mí me grita una sola vez, me largo.

–Tiene su genio, pero no hay que hacerle caso -repuso Caveny-. Y te diré una cosa, Amos, siempre que los chicos o la parienta se ponen enfermos, es Mrs. Paxmore quien los cuida.

–A mí me parece -dijo Amos, después de coger otro bote de cerveza- que si se hubiera ocupado un poco de su marido, en vez de ocuparse de tus chicos, todo habría ido mejor.

Caveny reflexionó sobre esto, haciendo rodar su bote de cerveza entre las manos y soplando en la abertura triangular. Finalmente dijo:

–No tengo opinión sobre eso. Ni en cien años entenderé nunca lo que le pasó a Pusey Paxmore.

Turlock tomó un largo trago de cerveza y, luego, depositó cuidadosamente el bote en el banco, a su lado.

–La única persona que lo entiende es Richard Nixon, y no lo dice.

–Tienes razón. ¿Lo harías tú, viviendo como un rey allí, en San Clemente?

Amos bebió otro trago y afirmó que, probablemente, seguiría constituyendo un misterio.

–Al menos, para mí.

Por la mañana, los dos hombres estaban esperando con la motora en Acantilado de la Paz cuando Amanda Paxmore descendió por el largo camino ataviada con un vestido de verano y llevando dos gruesos jerseys, que pidió a los dos hombres colocasen en la embarcación. Caveny, advirtiendo que llevaba dos, miró con aire de suficiencia a Amos, como diciendo: «Gano la apuesta.»

–Desatracad -ordenó ella.

Y los hombres apartaron la motora del muelle. Cuando el motor se puso en marcha, Martin Caveny dijo:

–Voy a poner proa al Oeste para doblar el cabo, y luego, derechos a Annapolis.

Ella asintió con un gesto y pensó en lo perverso que resultaba que aquel día prometiese ser uno de los más serenos que la bahía había conocido en muchos años. A la derecha, Oxford yacía soñoliento a orillas del Tred Avon. Cuatro madrugadores coches de turistas viajaban en el pequeño transbordador que cruzaba a Bellevue, con una docena, por lo menos, de chiquillos gritándoles indicaciones a sus padres.

Cuando el transbordador quedó fuera de su campo visual, Amanda miró hacia el Sur, donde aún podían verse los fragmentos de la isla Devon. Allí estaban las chimeneas y las paredes orientales de *Venganza de Rosalind,* pugnando por mantenerse en pie, como si aún les fortaleciese la indómita voluntad de aquella gran mujer.

«¡Qué espectáculo tan triste!», se dijo Amanda. Casi un presagio para un día como aquél. Una ruina… La palabra acudió dificultosamente a sus labios, pero la repitió: «Una ruina…»

Caveny, viendo moverse sus labios, preguntó:

–¿Qué?

–Estaba mirando la vieja casa -respondió ella.

–No la mirará por mucho tiempo -dijo él.

Llegaron a Annapolis a las nueve y media y atracaron en el embarcadero de un muelle privado, donde dos jóvenes aguardaban con un automóvil alquilado y unos papeles que Mrs. Paxmore debía firmar. Cuando lo hubo hecho, le dieron las llaves y se alejaron en un segundo automóvil que se habían traído consigo.

–¿Qué te dije? – preguntó Caveny. Turlock se encogió de hombros-. Ha alquilado un coche.

–Volveré alrededor de las seis -dijo ella a los dos hombres.

Caveny casi tuvo que morderse la lengua para no preguntarle si iba a Scanderville. En lugar de ello, se inclinó cortésmente y dijo:

–Nosotros cuidaremos sus cosas.

Mrs. Paxmore no había esperado que dijese eso, y la seductora forma en que lo dijo, como si fuese un leal servidor, le desarmó. Se le agarrotó la voz, y estuvo a punto de echarse a llorar. Abrió su bolso y sacó un billete de diez dólares, que puso en la mano de Caveny.

–Para que os divirtáis. Tomaos unos cangrejos y unas cervezas.

Cogió las manos de Turlock y dijo:

–Divertíos. ¡Maldita sea!, si nos divirtiésemos más…

Corrió al coche, se enjugó los ojos y enfiló hacia el Norte.

Encontró la carretera 2, que le llevó hasta la carretera 695, la autopista que rodeaba Baltimore. Desde ella pasó a la 83, que le condujo al interior de Pensilvania, y cuando estuvo bastante al norte de Harrisburg, torció al Oeste, en dirección a la pequeña ciudad de Scanderville, donde se hallaba la penitenciaría federal.

Era un nuevo tipo de prisión -de seguridad mínima la llamaban- y no poseía grandes muros de piedra ni cercas de alambradas El edificio principal parecía más la recepción de un próspero motel, construido en estilo semicolonial con blancas columnas, y había amplias extensiones de verde césped. Pero era una prisión, y a ella habían sido enviados muchos de los distinguidos y bien educados hombres que, de una u otra manera, habían participado en el gran escándalo de Watergate. Todos habían sido originariamente condenados a penas de tres o cuatro años de cárcel, pero como algunos habían cooperado con los fiscales, a quienes así lo habían hecho se les rebajó la pena a seis u ocho meses.

Pusey Paxmore, una figura secundaria en aquel intento de subvertir el Gobierno de los Estados Unidos, no era de los que habían visto reducida su condena. Se había negado a revelar nombres de otros, se había negado a alegar ignorancia de lo que había hecho o a suplicar misericordia. Tanto en las audiencias de Watergate como en su juicio, se había mostrado firme defensor del presidente.

Ante las cámaras de televisión de la nación había dicho:

–Sólo habiendo estado en Washington en el verano de 1970 pueden comprenderse los peligros a que se enfrentaba esta nación.

–¿Eran suficientes -había preguntado un joven abogado- para justificar el quebrantamiento de las leyes fundamentales de nuestro país?

–Sí, lo eran -había respondido él.

–¿Declara usted bajo juramento que sabía lo que estaba haciendo, y que consideraba que la situación justificaba esos actos ilegales, inmorales y criminales?

–Ha formulado usted dos preguntas.

–Le agradecería entonces -dijo con suma cortesía el joven abogado- que las respondiera por su orden.

–Trataré de hacerlo. Pregunta usted primero si yo consideraba que la situación era crucial. Con disturbios en las calles. Con publicaciones que anunciaban abiertamente la destrucción de nuestro sistema. Con una premeditada destrucción de las instituciones públicas. Sí, la situación podría haber sido fatal para nuestra forma de gobierno. Segundo, pregunta usted si lo que hice lo hice a sabiendas de que era ilegal, inmoral… y otra palabra que no recuerdo.

–Criminal -repitió el joven abogado.

–Sí, criminal. Ninguno de mis actos fue criminal.

–La valoración que hace usted de su conducta contrasta diametralmente con la forma en que la ven todos los hombres y mujeres bien intencionados de este país. Ellos consideran que sus actos fueron ilegales, inmorales y criminales.

–Eso es lo que se juzga ahora -había replicado Paxmore, obstinadamente.

–¿Sugiere que más adelante el juicio será distinto?

–En efecto.

Su negativa a doblegarse le había deparado una condena de dos años en Scanderville, y la había cumplido. Ahora iba a ser puesto en libertad.

A pocas millas al este de Scanderville, un motorista de la Policía hizo señas a Amanda de que se detuviese, y, antes de que ella pudiera protestar que había estado circulando a menos de cincuenta -lo cual era cierto, pues le amedrentaba un poco entrar en la ciudad penitenciaria-, el hombre preguntó cortésmente:

–¿Es usted Mrs. Paxmore?

–Sí.

–Me han enviado para interceptarla. Hay periodistas en la ciudad, y podrían hacer preguntas.

–Lo suponía.

–¿Quiere que le introduzca discretamente por una puerta trasera?

–Tarde o temprano, tendré que salir por la puerta principal.

El policía se sintió rechazado.

–Allá usted. Es cosa suya -dijo.

–En efecto, lo es -respondió ella, y arrancó.

En cuanto se tuvo noticia de su presencia, cayó sobre ella un grupo de siete periodistas, algunos con cámaras, urgiéndola a contestar un verdadero diluvio de preguntas carentes de relación entre sí. Con su pulcro vestido de verano y el pelo recogido hacia atrás al estilo cuáquero, ella se detuvo en pie junto a su coche bajo el ardiente sol y respondió brevemente a todas las cuestiones:

–No tengo especial simpatía por el presidente Nixon. Yo voté a George McGovern.

»…Mi marido se sintió honrado cuando se le pidió que trabajase en la Casa Blanca. Respetaba al presidente y, por lo que he oído, tuvo una excelente actuación.

»…No, mi marido no me pidió que viniese hoy aquí. Nadie me lo pidió. ¿A quién mejor podría haber enviado?

»… ¿Remordimientos? Todos los días de mi vida experimento remordimientos por algo. ¿Ha llevado usted alguna vez un perro viejo y fiel a un veterinario para que le dé muerte? Ese remordimiento vive con uno durante el resto de su vida.

»… Nuestra nación ha sobrevivido a muchos desastres. Si elegimos a Jimmy Cárter este otoño, habremos sobrevivido a Watergate.

»… Nunca me sentí cómoda en la Casa Blanca de Nixon, pero mi marido trabajaba para él y le consideraba uno de los administradores más capacitados que había conocido.

»… Naturalmente, he pensado a menudo en el presidente Nixon descansando en libertad en San Clemente mientras mi marido permanecía en esta prisión, y sólo porque hizo lo que Nixon le ordenó. Pero aprendí hace mucho que la vida no otorga justicia, y no la espero. No albergo absolutamente ningún resentimiento contra el presidente Nixon.

»… Sí, mi marido es cuáquero, igual que yo. Sí, Nixon era cuáquero, y también Herbert Hoover. Creo que la lección a extraer de esto es: "No hay que enviar cuáqueros a Washington."

»… He salido de casa esta mañana a las siete, he cruzado la bahía de Chesapeake en una pequeña embarcación, y volveré a cruzarla esta noche.

»… Claro que nos proponemos vivir donde vivimos ahora. Los Paxmore han vivido allí desde 1664. La casa fue quemada una vez e incendiada otras tres. Lo de hoy es simplemente un incidente más en una larga, muy larga, historia.

»… Me pregunta usted si soy tan dura como mis respuestas parecen indicar. No se puede dar una contestación razonable a esta pregunta. Vivimos en unos tiempos en que no es frecuente que la gente diga lo que piensa. En unos tiempos en que no es habitual que un hombre como mi marido se niegue a lloriquear e implorar misericordia por unas malas acciones que no ha cometido. Usted lo llama dureza. Debería usted salir al campo y ver cuántas personas duras hay en esta nación. Personas que dan respuestas sinceras a preguntas tortuosas. Y ahora debo entrar a buscar a mi marido.

El motorista que había querido introducir en secreto a Mrs. Paxmore por una puera trasera le dijo a un compañero:

–Esa tía no necesita ninguna ayuda de nosotros.

Y su amigo replicó:

–¡Ojalá Mabel pudiera oírla! Siempre me está advirtiendo que no abra el pico cuando anda cerca el teniente Grabert.

Pero el primer hombre dijo:

–Debe de ser muy dura como esposa.

–¡Ojalá Mabel fuese un poco más dura! – respondió el segundo-. Vivir con ella es como vivir con un bloque de masa para hacer dulces.

«EL REFUGIO»

Siempre que un recién llegado se establecía en la Orilla Oriental, se veía obligado a pronunciarse sobre tres cuestiones vitales: ¿Es usted protestante o católico? ¿Republicano o demócrata? ¿Prefiere tomadores Chesapeake o del Labrador? La forma en que respondía a estas preguntas determinaba su *status* en la sociedad.

Era libre de responder como quisiera, pues los católicos y los demócratas eran tolerados, y un forastero podía crearse una vida satisfactoria, cualquiera que fuese su clasificación. Claro que la cuestión política presentaba ciertas dificultades, pues las definiciones en la Orilla Oriental eran un tanto arbitrarias, y muchos recién llegados se sentían confusos al discutir con un demócrata local cuyas opiniones sociales estaban muy a la derecha de Gengis Jan.

Por ejemplo, Jefferson Steed, que había pertenecido durante dos legislaturas al Congreso, era universalmente conocido como «ese radical», y cuestiones acerca de la revolución rusa o la expansión del comunismo solían serle traspasadas siempre a él sobre la base de que «Jeff sabrá de eso, él que es tan radical».

Steed era contrario a los sindicatos, contrario a los derechos de las mujeres, favorable al trabajo de los niños, fuertemente opuesto a la integración de las escuelas, vigorosamente opuesto al impuesto federal sobre la renta y receloso ante toda alianza extranjera. Creía en un Ejército poderoso, en la supremacía de la raza blanca y en la omnipotencia de J. Edgar Hoover. Sin embargo, la comunidad le clasificaba como radical porque en noviembre de 1944 había votado por un cuarto mandato de Franklin Roosevelt basándose en la teoría de que «no hay que cambiar de caballo en medio de la corriente».

Un desconcertado emigrante llegado de los duros inviernos de Minnesota dijo: «Me encanta la Orilla Oriental, su arquitectura del siglo XVII, su encanto del siglo XVIII y su congresista del siglo XIX.» Steed consideraba esto un cumplido.

En cuanto a los perros, los habitantes de ciudades del Norte que siempre habían soñado en un fiero animal que protegiese su propiedad rural, o que querían dedicarse a la caza, elegían el chesapeake, mientras que los que creían que un perro debía formar parte de la familia, una especie de perpetuo ejemplar de cinco años, siempre joven, siempre cariñoso, preferían el labrador. Ambos encontraban numerosos vecinos de tendencia similar.

Cuando el forastero llegaba, encontraba un inmediato amigo en Washburn Turlock, director de la prestigiosa firma de corredores de fincas que parecía controlar la mayor parte de los mejores emplazamientos. Una vez dentro de la oficina de Turlock, con su mobiliario colonial, sus alfombras de Carolina del Norte y su amortiguada luz iluminando diapositivas de hermosas casas situadas a la orilla del agua, el comprador en perspectiva estaba perdido. Su rendición se hacía completa cuando aparecía el propio Washburn, todo halago y suavidad, con su traje de chaqueta cruzada, para ultimar el trato.

«Los precios son altos -reconocía-, ¿pero dónde, en toda América, puede encontrar valores comparables? ¿Nuestras aguas, nuestras puestas de Sol? ¿Cangrejos y ostras en su propia parte de río?» La tierra que Steed y Turlock habían comprado a diez centavos el acre se vendía ahora a 55.600 dólares la parcela de dos acres, y esa tierra no tenía carretera, ni pozo, ni casa, ni comodidades, ni virtud de ninguna clase, salvo una: quedaba sobre el agua.

En agosto de 1976, cuando estaba a punto de comenzar la temporada, Washburn Turlock reunió a sus agentes de ventas para una conferencia que había de establecer el futuro comportamiento de su agencia. Cuando sus catorce vendedores terminaron de tomar el café, los sorprendió distribuyendo entre ellos, sin hacer ningún comentario, su nuevo folleto publicitario. Resultaba chocante. En su portada sonreía una caricatura de Washburn vestido de bucanero, con espada, tricornio y pistola. Grandes letras proclamaban: turlock el pirata, un hombre en quien

OceanofPDF.com

USTED PUEDE CONFIAR.

Cuando amainaron las exclamaciones de sorpresa, informó a sus agentes que en lo sucesivo aquélla iba a ser la táctica de ventas de la agencia Turlock, y llamó su atención sobre la primera página, que contenía una breve y bien escrita relación de escogidos Turlock que durante más de tres siglos habían ocupado tierras en la Orilla Oriental:

El original Timothy no fue ningún caballero de Virginia. Parece haber sido un ladronzuelo que trabajó sus primeros años como sirviente escriturado, un eufemismo de esclavo.

Esto era demasiado para una de las mujeres, que preguntó con cierta consternación:

–Washburn, ¿cree que eso es acertado?

–Siga leyendo -pidió él.

Se destacaban las alabanzas a Teach Turlock formuladas por el general Washington, y se presentaba a aquél como un pirata que había consagrado sus energías a causas patrióticas, mientras que a Matt Turlock se le mostraba como un héroe de la guerra de 1812. Era un folleto excitante, moderno, ingenioso, dirigido exactamente a la clase de clientes que la agencia Turlock esperaba atraer. Pero fue lo que Washburn dijo aquella mañana en la exposición de su táctica de ventas lo que sentó la pauta para la nueva Era:

«Pasaron ya los viejos tiempos, y si alguno de ustedes se halla indisolublemente unido a ellos, que se vaya ahora. Los nuevos tiempos están ya con nosotros. Me preguntarán cuáles son sus características. Bien, se lo voy a decir,

»Esta agencia no tiene ya ningún interés en propiedades de menos de 150.000 dólares. Ahora bien, sé que algunos clientes baratos llegarán hasta nosotros. No es posible escapar a ellos. Pero ustedes sólo una vez pueden llevar a un cliente a una propiedad de noventa mil. Si la quiere, perfecto. Si no se decide en ese viaje, abandónenlo. Que otro haga esa venta. A nosotros no nos interesa.

»La razón por la que digo esto es sencilla. ¿Quién compra la propiedad barata, la finca de noventa mil dólares? Algún matrimonio joven. La conservan durante cuarenta años, ¿y qué sacamos nosotros de ello? Una comisión, y nada más. ¿Pero quién compra la propiedad

realmente valiosa? ¿La de medio millón? Algún vejestorio retirado, próximo ya a los setenta años. Vive cinco años en ella y la acaba encontrando demasiado grande. Nos la devuelve para que la vendamos. Mi padre me decía: "Si te haces con cuatro buenas propiedades de medio millón cada una, encontrarás que una de ellas vuelve cada año al mercado. Sigues vendiendo esas cuatro año tras año, y tienes unos excelentes ingresos constantes."

»Nosotros buscamos al cliente que no da importancia a un cuarto de millón de dólares. Le invitamos a comer y a beber, y tres años después le vendemos una nueva finca por medio millón. Lo que realmente buscamos es la venta de un millón de dólares. En estos momentos tenemos en nuestras listas once propiedades de más de un millón cada una. Salgan y véndanlas.

»E1 secreto de este arte de vender estriba en pensar como un millonario. ¿Qué le gustaría? ¿Con quién le gustaría realizar negocios? Ésa es la razón de este nuevo folleto… de este nuevo ataque. Esta semana saldrán cuatro carteles con el tema del pirata. ¿Por qué? Porque un hombre rico es también un pirata. Por eso es rico. Querrá hacer negocios conmigo. Me verá como un alma gemela. Verán ustedes cómo esta campaña resulta ser una mina de oro.

»Pero la segunda parte también es importante. Turlock, un hombre en quien usted puede confiar. Recalcamos eso en todo lo que hacemos. Un hombre nos entrega un depósito y luego cambia de idea. Nos sentimos más satisfechos al reembolsarle su dinero que antes al recibirlo. Él lo recordará y volverá. Un matrimonio joven se presenta aquí con cuarenta mil dólares. Ustedes me los traen, y yo les explico que en estos momentos no tenemos nada de ese precio. Les ofrezco café. Les cojo del brazo y les llevo al otro lado de la calle, a la agencia de Gibbons, que tiene cosas baratas. Les doy un folleto y les ruego que me comuniquen lo que encuentren. Y después, cuando tengan doscientos mil dólares para gastar, volverán a nosotros.

»Cuando encuentren un verdadero cliente, denle lo que él espera…, la historia, el encanto, la seguridad, la vida apacible. Yo quedé consternado cuando supe que Henry había permitido que fuese derribada aquella vieja cabaña de la Fortness. ¡Henry! ¿No te dabas cuenta de que tenías una mina de oro en esa cabaña? Hacerle gastar al

propietario dos mil dólares en apuntalarla y, luego, decir a los clientes: "Aquí vivían los esclavos." Todo hombre que viene aquí desde el Norte quiere imaginarse a sí mismo como el amo de una gran plantación…, restallando el látigo…, supervisando el algodón. Una buena vivienda de esclavos en una parcela aumenta el precio en cincuenta mil dólares.»

Sus intuiciones eran acertadas, y «Turlock el Pirata» se convirtió no sólo en la agencia más próspera de la ribera, sino también en la más comentada. Sus agentes iban severa y elegantemente vestidos, conducían automóviles negros, hablaban en voz baja de que Rembrandt Peale había vivido en esta casa, o Francis Asbury se había alojado en aquélla durante su famoso renacimiento religioso. La firma centró su atención en las casas situadas a orillas de los mejores ríos, y Washburn instruyó a sus agentes:

«Cuando los clientes preguntan cuáles son los mejores emplazamientos -es decir, cómo se gradúan socialmente los distintos ríos-, deben ustedes contarles la historia del experto militar americano que fue a Berlín para informarse sobre la relación entre los grados de las fuerzas alemanas. Un ayudante del kaiser explicó: "Primero, está Dios. No, primero están Dios y el kaiser. Luego, el oficial de caballería. Luego, el caballo del oficial de caballería. Luego, absolutamente nada en una distancia larga, muy larga. Y luego, el oficial de infantería."

»En la Orilla Oriental están el Tred Avon y sus afluentes, Peachblossom y Trippe. Luego no hay nada en una distancia larga, muy larga. Está luego el estero ancho, pero, ciertamente, no el Harris. Luego, otra vez nada en mucha distancia. Tenemos después el Miles y el Wye y la ribera norte del Choptank. Después de eso, no hay absolutamente nada.

»Si alguien pregunta por las tierras situadas al sur del Choptank, deben ustedes responder: "Son bastante atractivas… si le gustan los mosquitos." Pero nunca crucen con su coche ese puente. A la gente de Turlock no se la ve al otro lado.»

Se encontraba Washburn en su despacho una mañana de setiembre cuando apareció lo que estimó era un cliente casi ideal. Tendría unos sesenta y cinco años, y era de aire distinguido, con bigote gris y traje de severo corte. Conducía una furgoneta «Buick» no demasiado usada, probablemente un modelo del 74. Se movía como si supiera

perfectamente lo que quería, y cuando apareció su mujer, vio que llevaba costosos zapatos bajos y vestido de mezclilla. Parecían cazadores, pero no tenían perro.

–¡Hola! – saludó cortésmente el visitante a la muchacha que se encontraba en la mesa de recepción-. Soy Owen Steed.

–¿De los Steed locales?

–Sí.

Washburn salió de su despacho, sonrió amablemente a su recepcionista y dijo:

–¿Podría intervenir?

–Éste es Owen Steed -señaló ella.

–Creía haber oído ese nombre. Yo soy Washburn Turlock.

–Hemos visto su letrero. Mi mujer dijo que pensaba…

–Soy aficionada a la genealogía -dijo reposadamente Mrs. Steed-. ¿No estuvieron los Steed y los Turlock…?

–íntimamente -admitió Turlock-. Cuando mis antepasados eran piratas, las de usted estaban siendo chapuzadas en el río por brujas. Una gente muy poco agradable, me temo.

–¡Ah, sí! – exclamó Mrs. Steed-. *Venganza de Rosalind.* ¿Continúa habitada, por casualidad…?

–Una ruina -replicó Turlock, y, sin dejar que sus visitantes tomaran asiento, se ofreció a llevarles hasta el muelle de Acantilado de la Paz, donde estaba seguro que los Paxmore…

–¿Paxmore? – preguntó Mrs. Steed.

–Sí. Son una antigua familia. Cuáqueros.

–Preferiría no presentarme así, de golpe, como un intruso…

–No les importará, estoy seguro.

Alargó la mano hacia el teléfono para ver si podía utilizar el muelle de Paxmore para una excursión a la isla Devon, pero Mr. Steed se interpuso con gesto tan imperativo para impedir la llamada, que Turlock abandonó la idea.

–Iremos a un muelle cercano -sugirió.

Y Mr. Steed asintió rápidamente:

–Mejor.

Washburn Turlock había descubierto que para vender propiedades realmente grandes no había nada mejor que llevar hasta ellas a sus

clientes en lancha, y mantenía tres o cuatro motoras en lugares adecuados para explorar el Tred Avon y lo que él denominaba «los mejores ríos». Había algo embriagador en ver la Orilla Oriental desde el agua; destruía inhibiciones y abría carteras. Al ofrecer a los Steed enseñarles su ancestral hogar, se proponía atacar sus recuerdos y suavizarlos, preparándolos para la verdadera venta que tenía intención de hacer después, pero como esta última propiedad se alzaba a orillas del agua, observó una regla fundamental de la agencia Turlock: «Nunca enseñes una propiedad importante con marea baja. El cliente puede sentirse sorprendido de lo poco profundas que son nuestras aguas.» Así, pues, echó un furtivo vistazo a un reloj de muñeca alemán especial que llevaba; indicaba no la hora, sino el estado de la marea…, ¿estaba alta, o baja? Lo que vio le satisfizo; la marea estaba subiendo.

–Vamos a ver una de las grandes mansiones de la Orilla Oriental- exclamó.

En el corto viaje a través del Choptank descubrió que Owen Steed había ido a Princeton, como tantos de sus tíos, y tras graduarse allí, había entrado en el negocio del petróleo, en Tulsa, donde había ascendido hasta presidente de la «Western Oil». Se había retirado, aparentemente con lo que Washburn siempre llamaba «un buen fajo», y ahora trataba de renovar su relación con su pasado. Constituía un excelente posible cliente para una de las fincas de un millón de dólares.

–¿Se crió usted en Devon? – preguntó Turlock, mientras la embarcación entraba en la ensenada.

–Nací allí, pero me crié con los Steed del Refugio.

Ninguna información podría haber excitado más a Washburn. Tenía en su lista una plantación de doscientos acres en el Refugio que entusiasmaría a cualquier comprador en potencia, pero que sería irresistible para un Steed.

La visita a *Venganza de Rosalind* surtió exactamente el efecto que Turlock pretendía. Mientras los visitantes desembarcaban en el destartalado muelle, dijo: «Desde aquí zarpaban hacia Inglaterra los buques Steed», y al subir al semidesmoronado sendero, dijo: «Algunos de estos árboles tienen más de doscientos años.» En la mansión, cuyo tejado había desaparecido casi por completo, señaló las dos balas de cañón incrustadas en la semiderruida pared y la gran sala en que

habían cenado Webster y Calhoun. Se mostraba meticuloso en su orquestación, introduciendo una cierta sensación de grandeza, pero no lo suficiente como para provocar melancolía.

–¿No podría restaurarse esto? – preguntó Mr. Steed.

–Desde luego -se apresuró a responder Turlock-. Salvo que la isla se está desintegrando.

Les enseñó cómo las persistentes tormentas del Noroeste habían erosionado Devon hasta el punto de que muchos de los edificios que habitaban los esclavos habían caído a la bahía, y los visitantes comprobaron que cualquier posibilidad de salvar la famosa y vieja mansión se había desvanecido hacia décadas. Mrs. Steed empezó a expresar su sentimiento por la pérdida, pero Turlock desvió rápidamente su atención hacia posibilidades más felices.

–Ya que tenemos la lancha -dijo con aire despreocupado-, ¿por qué no echamos un vistazo a una parcela que ha salido recientemente al mercado? Una de las antiguas fincas de los Steed. *El Refugio.*

Al pasar bajo el Acantilado de la Paz, observó que Mr. Steed miraba con cierto interés la casa telescópica y, luego, apartaba rápidamente la vista, pero no concedió significado especial al incidente. Sin embargo, Mrs. Steed deseaba hablar acerca de la casa, y Turlock le dijo que representaba el mejor estilo del siglo xvii.

–Una de nuestras glorias arquitectónicas. Ésa y la casa de reunión de Patamoke.

Se disponía a continuar sus comentarios sobre la construcción telescópica, sabiendo que a su? posibles clientes les agradaba la información sobre cuestiones arquitectónicas, cuando vio que Mr. Steed volvía la vista hacia la casa de Paxmore. Cambió inmediatamente de tono, observando animadamente:

–Ahora nos dirigimos al estero de Steed.

Hizo una pausa, trató de calcular el grado de interés que aquellas dos personas tenían en realizar una verdadera compra y, luego, añadió:

–El estero le invita a echar un vistazo…, como antiguo residente.

Mrs. Steed sonrió.

La embarcación redujo entonces su marcha, y Turlock la hizo girar diestramente para que sus pasajeros pudieran contemplar la península en que el cabecilla del Choptank Pentaquod había construido su

refugio en 1605. Una extensión de césped de más de un acre descendía desde una imponente casa rodeada de robles y lobeliáceas; un sólido muelle emergía de la ribera, invitando a alguien a amarrar allí su embarcación; pequeños edificios blancos se alzaban a un lado; y por todo el lugar reinaba una quietud que sosegaba el espíritu.

El silencio fue roto, no por las explosiones del motor, que Turlock había apagado prudentemente, sino por un sonoro y ronco grito surgido de uno de los arrovuelos que definían la península. Era una clase de grito que Mrs. Steed no había oído nunca, y, mientras miraba a su alrededor con cierta consternación, vio en lo alto un ave gris azulada, de largo pico y patas muy largas.

–*¡Kraannk, kraannk!* -chillaba.

Luego, al ver la motora, se alejó, para posarse a poca distancia corriente arriba.

–¿Qué es? – preguntó.

–Una gran garza azul -respondió Turlock-. Tendrán ustedes aquí docenas de ellas.

Era una táctica audaz ésta de hablar como si el cliente fuera ya dueño del lugar, pero a veces daba resultado.

–Nos la quedamos -dijo Mr. Steed.

Washburn no estaba preparado para esto, y empezó a decir:

–Pero no hemos mencionado…

Mr. Steed le interrumpió:

–No la quedamos.

–Pero el precio…

–Puede regatear con Mrs. Steed, y le advierto que es condenadamente buena en el regateo.

Mrs. Steed no dijo nada. La península era tan espléndida, tan infinitamente mejor que lo que había imaginado podría ser la Orilla Oriental cuando pensaba en ella desde Oklahoma, que no consideró necesario hacer ningún comentario. En lugar de ello, se inclinó y besó a su marido. Owen Steed había regresado a casa.

Los Steed nunca dudaron de haber hecho un gran negocio. Por 810.000 dólares adquirieron no sólo *El Refugio* mismo, 210 escogidos acres con tres kilómetros de litoral y todos los edificios pertenecientes a

la antigua plantación, sino también dos granjas adyacentes que proporcionaban trescientos acres adicionales de maizales y bosques.

–La belleza de los maizales -explicó brevemente Washburn Turlock una vez que se instalaron- radica en que cuando se siegan pueden dejarse sobre la tierra generosas cantidades de maíz, lo cual garantiza una ilimitada afluencia de gansos. Pueden ustedes tener tres clases diferentes de puestos…, en el agua, en la orilla y en pozos a todo lo largo de los campos. Mr. Steed, puede usted recibir aquí a media Oklahoma el próximo noviembre.

–No es ésa precisamente mi intención -repuso Steed.

–Podría alquilarlos y sacar con eso para pagar los impuestos.

–No será necesario.

–Lo que quiero decir es que con las orientaciones que tiene usted aquí, los gansos van a acudir en masa. Podría sacar seis mil o siete mil dólares al año en permisos de caza.

Ethel Steed intervino para inquirir dónde podría encontrar alguien que clavara cuatro pilotes en el lecho del estero, y su marido preguntó:

–¿Para qué?

–Nunca creerías lo que me han dicho los hombres del almacén -respondió ella, crípticamente.

Y cuando hubieron sido instalados los pilotes, quiso saber dónde podía localizar un herrero que le fabricase una especie de cestas de acero. Esto era ya demasiado, y Steed exigió saber qué estupidez se proponía, y ella rió:

–Espera a que llegue la primavera, y verás algo sorprendente…, si es que los hombres del almacén no me estaban tomando el pelo.

Fue una larga espera. Diciembre de 1976 fue un mes terriblemente frío, y ni aun hombres de más de ochenta años podían recordar ninguna ocasión igual, en que toda extensión de agua, desde el más modesto riachuelo hasta la misma gran bahía, se convirtió en una sólida masa de hielo. Soplaban los vientos del Canadá transportando tan enormes cantidades de aire gélido, que los termómetros descendieron a niveles históricos, y el observatorio meteorológico de la desembocadura del Choptank anunció que aquél era el invierno más frío jamás registrado. Ni siquiera las recordadas heladas de la década de 1670 superaban a este año brutal.

Fue una época de prueba para los Steed; Owen había prometido a su esposa un descanso a los duros inviernos de Oklahoma… «La Orilla Oriental te parecerá un lugar de clima muy suave…, sólo un poco de escarcha de vez en cuando.» Y Mrs. Steed se levantaba por las mañanas, veía la ininterrumpida extensión de nieve, los ríos con una capa de hielo tan sólida que los camiones podían cruzar sobre ellos, y decía: «Un poco de escarcha de vez en cuando.»

Las largas semanas de tiempo frío -todo el mes de enero con el termómetro rara vez por encima de los cero grados- no afectaron a los Steed por lo que a su comodidad se refería. Su nuevo hogar era abrigado; las chimeneas funcionaban; el muchacho Turlock que cortaba leña en el bosque mantenía siempre un reconfortante montón junto a la puerta; y no dejaba de resultar divertido ponerse uno mismo a prueba contra el cortante frío. Caminaban juntos, envueltos en trajes de esquiar, por todos los rincones de su finca, y se complacían en cruzar arroyos helados o abrirse paso por entre hierbas de marisma que crujían al tocarlas. Era un invierno gélido, pero cálido en asociaciones, y descubrieron que lo que habían esperado allá en Oklahoma estaba sucediendo: iban sintiéndose poco a poco más cerca el uno del otro. Hablaban más; veían menos la televisión; y, ciertamente, pasaban más tiempo juntos, tanto dentro de casa como fuera de ella.

La parte difícil del invierno llegó con las aves. Una mañana Ethel Steed se levantó para contemplar por la ventana la familiar escena de la nieve y el hielo y vio con horror que toda una bandada de patos se habían congregado en la orilla izquierda del estero, tratando en vano de romper el hielo para poder alimentarse.

–¡Owen! ¡Mira eso!

Él se acercó y vio que aquellas criaturas estaban famélicas. Llevaban seis semanas privadas de las hierbas que yacían en el fondo de los ríos y los esteros; no habían podido bucear para buscar nada; los lugares en que hubieran debido alimentarse estaban sepultados bajo una gruesa capa de hielo.

Los Steed realizaron urgentes llamadas telefónicas a sus vecinos, y el consejo que recibieron fue conciso y áspero:

–Mr. Steed, están pereciendo millares de,aves. El peor lugar de todos es la zona de esteros que rodea su casa. ¿Qué hacer? Aliméntelos,

¡maldita sea! Compre todo el maíz que pueda y desparrámelo a lo largo de los bordes del hielo.

Sin esperar a desayunar, saltaron a su camioneta, maniobraron cuidadosamente con ella por las heladas carreteras y se dirigieron apresuradamente a los campos situados al este de Patamoke. Se detuvieron en una docena de granjas diferentes, pidiendo maíz, y cuando hubieron comprado un cargamento que ponía a prueba las ballestas de su «Buick», indicaron a otros granjeros que fuesen al *Refugio,* comprándoles todo el grano que podían entregar.

Regresaron con su carga, abrieron los sacos y empezaron a desparramar el maíz a lo largo del hielo, y antes de que hubieran terminado, llegaron grandes bandadas de patos y de gansos, posándose a veces a menos de dos metros de donde ellos trabajaban, y era evidente que las aves estaban hambrientas.

Durante tres días los Steed compraron maíz, gastándose más de mil dólares, pero cuando veían lo desesperadamente que las aves lo necesitaban, lo ávidamente que aguardaban a que apareciesen los Steed, se sentían sobradamente recompensados. Nunca habían visto aves acuáticas tan de cerca, y cuando llegó una bandada de diecisiete cisnes blancos, demacrados y próximos a la muerte, a Mrs. Steed se le saltaron las lágrimas.

Su marido le interrumpió.

–Vamos a coger las hachas y abrir un agujero en el hielo. Esas aves se están muriendo de sed.

Y con sus elegantes trajes de caza trabajaban denodadamente hasta quedar bañados en sudor, tratando de lograr un espacio abierto en la capa de más de medio metro de hielo, y entonces Owen tuvo una idea:

–Recuerdo un grabado de Currier e Ives en el que serraban el hielo.

Buscó una sierra larga y, después de abrir un agujero en el hielo, lo ensanchó hasta formar un hueco de unos tres metros de lado. Antes de terminar habían acudido ya más de trescientas aves, compitiendo por el agua.

Durante dos días los Steed apenas si hicieron más que permanecer junto al agujero, viendo cómo comían y se bañaban las espléndidas aves.

–¡Van a explotar! – exclamó Ethel Steed, pero las aves continuaban atracándose.

Luego empezó a tratar de identificarlas; con ayuda de unas láminas de colores pudo distinguir el pato silvestre y el pato marino, pero eso era todo. Había por lo menos otras doce especies que su marido podía recitar: «Crestudo, cuchareta, mandarín, pato negro, cerceta…» En otro tiempo había cazado patos con una potente escopeta y vista certera; ahora se conformaba con darles de comer.

Fue mientras trataba de explicar la diferencia entre un pato de Carolina y un pato pelucón cuando se le ocurrió su brillante idea. Corrió a casa, telefoneó a Annapolis y, tras una corta espera, tuvo al otro lado del hilo al almirante Stainback.

–Spunky, soy Owen Steed. Tulsa. Sí, yo también me alegro de oírte. Spunky, ¿puedes alquilarme un helicóptero? Sé que no puedes coger uno de la Marina. Pero tiene que haber…

El almirante, un vigoroso hombre de Oklahoma que había tenido mucho trato con la Compañía de Steed, quiso saber por qué su viejo amigo necesitaba un helicóptero, y cuando Owen explicó que se trataba de una misión de caridad para salvar a cien mil gansos, exclamó:

–¡Diablos, eso justificaría usar uno de los nuestros!

Y pidió que le diese instrucciones concretas para el aterrizaje.

Al cabo de una hora, un helicóptero de la Marina tomaba tierra en *El Refugio,* a cinco metros del granero, e iba cargado de sacos de maíz. El almirante Stainback se sentó en la parte del avión de atrás con Ethel, mientras Owen se situaba de copiloto. El aparato se elevó grácilmente en el aire, viró a estribor y sobrevoló a baja altura un río tras otro, mientras los pasajeros del asiento posterior abrían sacos de maíz y desparramaban los dorados granos sobre los helados ríos.

Fue un viaje que deslumbre a los Steed: cada remanso de agua, por pequeño que fuese, reflejaba en su helada superficie los centelleantes rayos del sol; cada ensenada era una fría diadema. Maravillosamente atractivas eran las finas hebras de riachuelos que en verano pasarían inadvertidos; en su helado esplendor relucían como venas de plata. La relación del agua con la tierra quedaba nítidamente definida; se revelaba el misterio de la Orilla Oriental, aquellas nupcias de la tierra cubierta de nieve y los enjoyados ríos.

Pero aunque los sacos habían sido ya vaciados, y tenían los músculos doloridos, los Steed no querían que aquel vuelo terminase, pues estaban contemplando una belleza que tal vez no volviera a repetirse. Podrían pasar generaciones antes de que la orilla se helara de nuevo como ese día, por lo que, cuando el almirante Stainback preguntó por el interfono:

–¿Nos volvemos ya?

Owen respondió:

–Me gustaría ver cómo se forma el Choptank.

–Dicho y hecho -asintió Stainback-. Piloto, vuele hacia las fuentes.

Con suave y descendente movimiento hacia un lado, el helicóptero bajó hacia la desembocadura del helado río; viró luego al Este y sobrevoló lentamente el río que los Steed habían ocupado durante tanto tiempo. Allí estaba la mansión, medio destruida por las tormentas estivales y derrumbada su atalaya de la viuda. Allí estaba Acantilado de la Paz, y los rojos tejados de Ciudad del Ocaso, donde antes estuviera la marisma. Aquí estaban las descubiertas y oxidadas vigas de lo que en otro tiempo fuera el «Astillero Paxmore», y más allá, las nuevas casas de ladrillos de Cuello de Rana, que sustituían a las cabañas de madera devoradas por el fuego. Pero era al este de Patamoke donde el Choptank se tornaba más memorable, pues vastas marismas se extendían allí a lo largo de la ribera, punteadas de trecho en trecho por los carcomidos embarcaderos a los que habían llegado antiguos barcos de vapor, blancas, plateadas e impregnadas de romanticismo; los pilotos estaban ahora corroídos hasta la línea de las aguas, y el fango llenaba los puertos en que mujeres ataviadas con largos vestidos de burato habían esperado en otro tiempo el regreso de sus amantes de Baltimore. ¡Cuan ruidoso había estado todo entonces! ¡Cuan silencioso ahora!

Allí estaban las amplias extensiones de río totalmente desocupado, con el mismo aspecto que habían tenido en 1700, y, hacia el final, los grandes y herrumbrosos cobertizos de Dentón, a los que enormes barcos fluviales llevaran antaño sus cargamentos de guano transportados desde Perú. Más allá se extendían los llanos campos de Delaware en que nacía el río, y más allá aún, el inmenso océano

Atlántico, cuyas aguas daban salinidad a la bahía de Chesapeake y a todos sus estuarios.

Mientras sobrevolaban esta helada tierra de maravillas, Ethel veía de vez en cuando algún agujero abierto en el hielo por fuerzas misteriosas; a menudo, la abertura no era mayor que una pista de tenis, pero en torno a ella se arracimaban millares de aves sedientas, y a menudo, a cierta distancia de la abertura, yacían cisnes, gansos y patos cuyas patas se habían congelado, quedando unidas al hielo y manteniéndolos prisioneros hasta que morían.

–Ya podemos volver -dijo Owen desde su asiento delantero, y, como una paloma mensajera, el helicóptero describió una semicírculo, encontró su rumbo y sobrevoló los helados campos hasta *El Refugio.*

Había un aspecto de aquel terrible invierno del que los Steed nunca hablaban; era demasiado doloroso.

Una mañana, mientras se afeitaba, Owen oyó el plañidero grito de la garza -*¡Kraaannk, kraaannk!*-, y al asomarse vio a dos delgadas aves cuyas costumbres había estudiado con amorosa atención posarse en el hielo y caminar con largos y desmañados pasos hacia los lugares en que tantas veces se habían alimentado, esperando encontrarlos libres de hielo, para poder pescar.

Picotearon desesperadamente la dura superficie. Luego, con creciente terror, pues estaban hambrientas, golpearon el hielo con las patas en una especie de danza de la muerte. Al no conseguir nada, picotearon de nuevo, moviendo sus largos cuellos con una fuerza que habría roto un hielo normal. Pero éste era diferente, y las pobres aves se movían de un lugar a otro, llenas de frustración.

–¡Querida! – llamó Steed a Ethel, que estaba en el dormitorio-. Tenemos que hacer algo por las garzas.

–¿Han vuelto?

–Sí. Están intentando encontrar agua libre.

–¿Por qué no comen el maíz, o se van adonde están los patos?

El agua de la gran abertura era demasiado profunda para que pudiesen pescar en ella; el maíz era un alimento que ellas no comían. Lo que necesitaban era un lugar en que pudieran vadear para alimentarse a la manera que acostumbraban, y en toda la Orilla Oriental no había ningún sitio así.

Los Steed harían uno. Se pasaron toda la mañana sudando en la fatigosa tarea de romper el hielo a lo largo de la orilla, y para mediodía habían abierto una considerable vía acuática. Estaban almorzando, cuando oyeron el familiar y ahora amado grito, y corrieron a la ventana para ver alimentarse a sus amigas.

Pero en aquellos pocos minutos, había vuelto a formarse el hielo, y las aves no encontraban nada. Dominadas por el pánico, recorrían todos sus comedores, y sus esfuerzos eran vanos.

–¿Qué van a hacer? – exclamó Mrs. Steed, con lágrimas en los ojos.

Owen, observando a las aves con sus prismáticos, vio lo demacradas que estaban, pero no tuvo el valor necesario para informar a su mujer de su segura muerte. Las garzas, caminando como bailarinas envejecidas, intentaron una última vez penetrar el hielo, miraron aturdidas a su alrededor y levantaron el vuelo hacia sus helados aseladeros. No se las volvió a ver más.

Durante los cinco primeros meses de residencia en *El Refugio*, Owen Steed siguió una pauta invariable. Siempre que salía de la plantación en su coche, torcía a la derecha, aunque por la izquierda una excelente carretera conducía hacia varios lugres que normalmente habría deseado visitar. Pero esa carretera pasaba también por delante de la casa de Paxmore, y aún no estaba preparado para esa excursión. Pero en febrero, dijo una mañana a su mujer: -Creo que ya es hora de que visite a Pusey. Y ella respondió: -Estaba preguntándome cuánto tiempo podrías retrasarlo.

Se vistió cuidadosamente, como si fuese a salir de caza, pesadas botas, chaqueta de mezclilla, pantalones de un tejido semejante a la lona y gorra de piel. Quería tener un aire desenfadado, alejado del de un administrador comercial, pero al mirarse en el espejo del vestíbulo se sintió disgustado: «Totalmente falso.» Y volvió a su vestidor para ponerse unos pantalones kaki, camisa a cuadros y chaqueta de pana: «Por lo menos parezco honrado.» Parpadeó ante la inadecuación de esta palabra.

No se sentía satisfecho de sí mismo mientras conducía su coche hasta el final del camino que salía de su finca, torcía lentamente a la izquierda y se dirigía a Acantilado de la Paz. No había visto a Pusey Paxmore desde aquel día de agosto de 1972 en que el estirado cuáquero

había visitado Tulsa. ¿Quién podría olvidar aquel día…, hacía más de cuatro años, alejado casi cinco siglos en significado moral? Cuando vio la sencilla entrada a las tierras de Paxmore y la carretera que conducía hasta la casa telescópica, sintió deseos de pasar de largo, pero comprendió que eso sería una cobardía. Sin el menor entusiasmo, enfiló el sendero, se fijó con agrado en los mirtos que estarían preciosos en julio y detuvo el coche ante la puerta principal.

Llamó, y pasaron unos momentos antes de que nadie respondiese. Luego oyó el ruido de unos pies que se arrastraban, el girar de una llave en la vieja cerradura y un crujiente gozne. Lo que sucedió después le sorprendió, pues cuando, finalmente, se abrió la puerta, no encontró ni a Pusey ni a su mujer. En vez de ello, una desaliñada mujer que parecía completamente fuera de lugar en la pulcra casa telescópica, gruñó:

–¿De modo que ha venido a hacerse cargo?

Y, antes de que pudiera responder, pasó ante él, subió a un desvencijado coche e hizo girar los neumáticos sobre la grava.

–¿Quién es usted? – gritó Steed.

–Lily Turlock. Les encontrará arriba.

Y se fue.

Cuando se volvió hacia la casa, oyó un leve sonido al otro lado de la puerta.

–¿Quién está ahí? – preguntó una voz trémula. Y luego, quejumbrosamente-: ¡Oh, eres tú, Owen! Me preguntaba cuándo vendrías. Pasa.

La puerta se abrió lentamente, como si el hombre que estaba dentro hubiera perdido sus fuerzas, y entonces Steed vio la temblorosa figura. Quedó espantado. En los viejos tiempos, Pusey Paxmore había sido todo un cuáquero, erguido, de mirada viva y modales mesurados; su principal característica había sido su reserva y la sublimada intelectualidad que introducía en cualquier conversación. Pero ahora, completamente canoso y con las mejillas hundidas, parecía casi un desecho humano. Resultaba penoso comparar esta consumida figura con su pulcro predecesor. Steed, comprendiendo que debían saludarse de alguna manera, dijo rápidamente:

–¿Qué tal te va, Pusey?

–Tirando.

–Yo también estoy retirado. He comprado *El Refugio.*

–Eso he oído. Pasa.

Paxmore le precedió hasta una sala de estar cuyas amplias ventanas daban al Choptank; eran una renovación de la década de 1960, cuando Pusey ganaba considerables sumas de dinero al servicio del Gobierno.

–Me pregunto muchas veces si hicimos bien en romper las viejas paredes -dijo quejumbrosamente-. Uno no quiere alterar los viejos edificios, pero tampoco vivir enjaulado.

Fue una metáfora sumamente desafortunada, y ambos hombres la rehuyeron.

–Dime, Owen, ¿qué tal la vida en Oklahoma? – preguntó Pusey, cambiando de tema.

–Una cosa, Pusey. O se convertía uno en un ardiente hincha de rugby, o no llegaba a ninguna parte. Yo ayudé a la Universidad a ganar tres campeonatos nacionales.

–¿Qué quieres decir? ¿Ayudaste?

–Becas. Di becas a unos mastuerzos que no sabían ni leer ni escribir. ¿Seguiste el caso de aquel muchacho de Texas? Le cocinaron su título de la Escuela superior.

–*¿Cocinado?* ¿Qué quieres decir?

–Le dieron sobresaliente, cuando como mucho merecía un aprobado. Así era candidato a mi beca.

–Siempre fuiste generoso -admitió Paxmore, y esto resultaba tan terriblemente inadecuado, que Steed pensó: «¡Cristo!, no se puede decir una sola palabra que no tenga triple significado.» Se arrepentía de haber ido.

En un esfuerzo por llevar la conversación a un terreno menos resbaladizo, se acercó a la ventana y preguntó:

–¿Te has fijado en que nuestra isla se está hundiendo en la bahía?

–Sí. El otro día fui allí y calculé que, según los mapas antiguos… ¿Sabías que el capitán John Smith levantó el primer mapa de Devon? Pues lo hizo, y desde entonces la tierra ha estado retrocediendo a un ritmo bastante constante. – Pusey había destacado en Matemáticas y le gustaban esa clase de problemas-. Yo calculo que la isla ha perdido

unos once metros al año. Una erosión procedente de todas partes. Una pena.

Los dos hombres miraron el tenue perfil de la isla, y se hizo un entristecido silencio, que rompió Steed al cabo de un rato.

–¿Qué tal tus chicos, Pusey?

–No muy bien. Probaron Harvard, pero debió de ser muy difícil para ellos…

–¿No se desfondaron?

–La verdad es que sí. Ya encontrarán su camino. Son fundamentalmente unos buenos chicos.

–No tan chicos ya.

–Yo siempre pienso en ellos así. ¿Y tus hijos?

–Clara está en París, creo. Hizo su temporada en Torremolinos.

–¿Y tu hijo?

–Estoy preocupado por Logan. Divorciado. Vagando por Boston, por doquier. ¡Maldita sea, Pusey! ¿Por qué esta generación ha…? Fíjate en mi mujer…, una de las mejores que Oklahoma ha producido jamás. Uno pensaría que, con una madre como ella, los chicos…

Hizo una pausa.

–Hace tres años que no vemos a ninguno de los dos.

–Nosotros tampoco vemos mucho a los nuestros, aunque cuando estaba en Scanderville hubiera preferido que se mantuviesen alejados. Pero la verdad es que me visitaban.

–¿Fue malo aquello?

–La cárcel siempre es mala. En unos produce un efecto peor que en otros. A mi edad…

Ése era el momento en que Steed hubiera debido hablar abiertamente de la tragedia que se había abatido sobre ellos en su ardiente apoyo al presidente, pero su cobardía se lo impidió. En vez de abordar el tema que había ido allí a tratar, dijo, casi tartamudeando:

–Deberías venir a conocer a Ethel. Es una persona magnífica, un soplo de aire fresco.

–Podíamos usar eso en la Orilla Oriental.

–Nos reuniremos. Te llamaré por teléfono un día de éstos.

–Encantado -aceptó Paxmore, y acompañó a su viejo amigo hasta el coche, contemplando cómo se alejaba por el sendero que discurría

entre los mirtos.

Cuando Steed llegó a casa, su mujer dijo:

–No has estado mucho tiempo.

–Hemos estado charlando de trivialidades -respondió él.

–¡Owen -exclamó Ethel, furiosa-, no habrás ido hasta allí para no decir nada!

Él intentó varias veces explicarlo, y luego se dejó caer en una silla y murmuró:

–Puedo ser una verdadera mierda.

–¡Ya lo creo que sí! – gritó ella-. Owen, levántate ahora mismo de esa silla. Vamos a ver a los Paxmore…

–¡Ethel! No puedo. Ya encontraremos el momento oportuno.

–El momento oportuno fue hace seis meses. Ya te estás moviendo. ¡Venga!

Se fue a grandes zancadas hasta la puerta, la abrió de una patada y esperó allí a que se le reuniera su marido.

Cuando él se dirigió al lado izquierdo del coche, ella le apartó y dijo:

–Conduciré yo. Tú podrías no llegar.

Y lanzó el coche por el sendero, haciendo saltar la gravilla, y, sin disminuir la velocidad, subió la colina de Paxmore, donde Amanda estaba aparcando su coche después de haber ido de compras a Patamoke.

–Soy Ethel Steed -saludó, extendiendo la mano-. Hemos venido a excusarnos.

Con acerada compostura, Amanda replicó:

–A mí, no. A Pusey.

–A Pusey me refiero. Se comportó como un héroe, Mrs. Paxmore, y nos hemos retrasado mucho.

–Resulta difícil -dijo Amanda.

Les precedió hasta la casa, llamó a su marido y permaneció esperando con los Steed hasta que apareció Pusey, con la cabeza baja y los hombros encorvados. El comportamiento de Steed hacía un rato le había conturbado, y había estado reflexionando en su habitación.

–Pusey -empezó su mujer-, han vuelto los Steed.

–No conocía a Mrs. Paxmore -dijo, suponiendo que iban a repetirse las evasiones de la mañana. No fue así.

–Hemos venido a excusarnos -dijo Ethel, y se acercó con las manos extendidas-. Se comportó usted heroicamente -añadió, asiendo sus frágiles y blancos dedos.

–Creo que deberíamos sentarnos -propuso él, dirigiéndose a una silla situada junto a la ventana, y los cuatro tomaron asiento en silencio, sin manifestar ninguna emoción, mientras pasaban revista con torturador detalle a sus respectivos comportamientos.

–Usted pagó por todos nosotros -dijo Ethel-, y Owen hubiera debido venir aquí hace seis meses para decirle cuánto apreciamos su sacrificio.

–Recompensas y castigos se reparten con desigualdad -dijo Paxmore, y con esta ruptura del dique empezó la terapia de exploración, hablando sin interrupción, liberando un auténtico torrente de recuerdos y valoraciones:

«Consideré un honor, como lo consideraría cualquier hombre, ser introducido en la Casa Blanca, y a un nivel tan alto. Estar cerca del poder no es cosa trivial, e influir en la legislación y en las funciones ejecutivas es algo a lo que cualquier hombre razonable podía aspirar. No peco de inmodestia si digo que logré grandes cosas durante el primer mandato. Por ejemplo, la legislación de aguas, el estudio de los derechos árabes, el aumento de aportaciones en favor de las madres viudas. Sentía que estaba continuando la obra de Woolman Paxmore y Ruth Brinton. Era el cristianismo en acción, y aún me siento orgulloso de las cosas que intenté.

»Pero yo no era un agente político ordinario en Washington. Fui dejado de lado. Pues yo había visto convertirse en cenizas el negocio de mi familia durante los disturbios civiles. Había visto el odio en las calles. Había vivido muy cerca de la revolución real. Yo comprendía, mejor que nadie en la Casa Blanca, lo próximos que estuvimos al desastre en 1969 y 1970.

»Por eso, al acercarse la elección presidencial de 1972, consideré mi deber reelegir a Mr. Nixon, darle una oportunidad de salvar a esta nación. Yo había visto los incendios. Había probado el gusto de la revolución, y estaba resuelto a impedir que se extendiese. Cuando hablé contigo en Tulsa en el verano de 1972, acechándonos la posibilidad de

que George McGovern pudiera ser presidente, amenazando por todas partes atentados con bombas y disturbios, el peligro estaba muy claro y muy presente. Se hallaba en juego nada menos que la seguridad de nuestra nación.

»Me sentí muy aliviado, Owen, cuando me aseguraste que te las arreglarías para transferirnos doscientos mil dólares de tus fondos sociales. Eso me permitiría apoyar a hombres excelentes de Nueva York, California y Texas, tres Estados que pensábamos debíamos ganar. No olvides que también era razonable que dieses tu dinero, porque tu forma de vida se hallabaen peligro. Estaban siendo corroídos todos los buenos principios, y sólo nuestra victoria podía detener aquello.

»Si hubo un terrible error en el fracaso de Watergate, fue que Mr. Nixon nunca pudo encontrar una plataforma desde la que poder exponer la verdadera situación de este país desde 1969 hasta 1972. Nos tambaleábamos al borde de la anarquía, y si no nos hubiéramos mantenido firmes, habríamos perdido esta nación. Tú me dijiste aquel día, Owen, que tus propios hijos estaban fabricando bombas, y devastando la Universidad, y predicando la rebelión. En todas partes ocurría así, y yo estaba convencido de que si hubiéramos perdido la elección de noviembre del 72, la revolución habría caído sobre nosotros.

»Bien, yo hice lo que pude por resistirla. Reuní el dinero. Organicé su traslado a México. Y mentí para salvar el destino de mi país. No me arrepiento ni me lamento de nada, excepto de una tontería. En la audiencia me trataron como a un pobre y viejo payaso, poniéndome en ridículo ante los ojos de toda la nación. Sam Dash, jefe de los interrogadores, ni siquiera se molestó en ocuparse de mí. Le pasó la tarea a un joven recién salido de la Facultad de Derecho. Fue su gran momento, y jugó conmigo como quiso. Y yo acepté parecer un idiota, el siervo leal a su señor. ¿Y sabes por qué? Porque así no tenía que decir toda la verdad. Podía proteger a mi presidente y a mis amigos.»

Se detuvo. Esta última frase hacía volver el monólogo al presente, y Ethel Steed miró significativamente a su marido, que dijo:

–Pusey, los que estamos en deuda contigo nunca olvidaremos la terrible carga que soportaste.

–Mr. Nixon lo olvidó -intervino Amanda Paxmore-. Durante todo el tiempo que Pusey permaneció en la cárcel, ni una palabra de condolencia. Ni a él, ni a mí

–No lo hicimos para recibir alabanzas -dijo su marido, apretando las mandíbulas como si estuviese ante las cámaras de televisión-. Lo hicimos porque la nación estaba amenazada.

–Y yo lo agradezco, Pusey.

Steed quería dejar ahí sus excusas, no por mezquindad de espíritu, sino porque era demasiado angustioso revivir el recuerdo de aquel terrible verano. Fue Ethel quien expresó las verdaderas excusas, y, como Paxmore, habló sin interrupción:

«Estábamos sentados ante la televisión, paralizados, preguntándonos cuándo reventaría la gigantesca burbuja de simulación, lanzándonos a los titulares de todo el país. El mugriento Thumb Polewicz no suscitó risas en nuestra familia, porque el dinero que él transportó en aquella bolsa de papel procedía de nosotros. Cuando expusieron el camino seguido por los fondos hasta Ciudad de México, era de nuestro dinero del que estaban hablando. Y cuando oímos que tú ibas a subir al estrado, Pusey, nos estremecimos. Porque tú conocías los hechos.

»La noche anterior a tu testimonio, Owen y yo tratamos de aparentar naturalidad yendo al club de campo, como si no estuviésemos viviendo al borde de un volcán. Resultó bastante agradable, tal como lo recuerdo. Mr. Nixon tenía muchos partidarios en Tulsa. No creo que hubiera allí aquella noche una sola persona que hubiese votado a McGovern, así que estábamos entre amigos. Supongo que eso fue lo que nos desmoronó, pues sí al día siguiente tú decías de dónde procedía el dinero, fondos sociales ilegales que nosotros te habíamos proporcionado, aquellas mismas personas tendrían que actuar horrorizadas y despedir a Owen, y quizá hubiera tenido que ir a la cárcel. De pronto…»

Owen Steed no tenía por costumbre dejar que su mujer ofreciera excusas por su propio comportamiento, y se sintió ahora obligado a interrumpir su narración acerca de aquel verano de 1973:

«Lo que sucedió fue muy sencillo. Me desmayé. La comprensión de que mi mundo se estaba derrumbando y de que tal vez fuese a la cárcel

me dominó, y me desmayé. No en el suelo. Sólo con la cabeza sobre mi plato. Mahonesa en el pelo. Camareros explicando a las otras mesas que me había atragantado.

»Pusey, cuando subiste a aquel estrado, nosotros morimos contigo. Pero, ¡maldita sea!, aun mientras moríamos, rezábamos: "Quiera Dios que no hable." Y no hablaste.»

Quedaron todos en silencio. Los hombres miraban al Choptank, y al cabo de un rato Pusey sorprendió a los Steed pasando al tuteo cuáquero.

–¿Querrías tomar algo?

–Es una bella frase -dijo Ethel.

–Al retirarme de la batalla…

No le gustó la imagen, y rectificó:

–Soy ya un hombre viejo. Retorno a mis orígenes.

–Yo he vuelto por la misma razón -dijo Owen-. Para retornar a mis orígenes… y porque fui despedido.

–¿Despedido?

–Bueno, relevado. Me hallaba tan turbado por Watergate, que no podía concentrarme en mi trabajo. Seis o siete miembros del Consejo de Administración tenían que saber que yo te había dado el dinero. ¡Diablos!, ellos lo habían arreglado. Y sabían que si tú testificabas abiertamente, yo sería uno de los que arrojasen a los lobos. No me sentía a gusto con ellos, y ellos no se sentían a gusto conmigo. Así es que me agradecieron los servicios prestados y me echaron.

–Pero con tu nombre intacto -añadió Amanda Paxmore, sin acritud, pero con una claridad que resultaba inequívoca.

Pusey no esperó a que Steed se defendiese.

–Ningún hombre sensato se hace jamás la ilusión de una justicia imparcial. Pero, ¿sabes cuál es mi peor castigo?

Parecía impulsado a herirse a sí mismo.

–Permanecer sentado en esta habitación día tras día y comprender cuánto me aparté de lo que yo era. ¿Conociste a mi padre, Woolman Paxmore? Un santo.

Solía decirnos, con sus modales maravillosamente sencillos: «Sólo tenéis una obligación para con la sociedad, dar testimonio.» A mí me

advirtió que, antes de que finalizase mi vida, me enfrentaría a todos los dilemas morales de que habla la Biblia. Y así fue.

Owen empezó a interrumpirle, pero el torrente de palabras continuó:

–Me pregunto sí los jóvenes que asistían a sus clases de Ética en la Universidad se daban cuenta de que todas las abstracciones que estudiaban se convertirían en realidad a lo largo de su vida. Yo hube de enfrentarme a todos los dilemas… excepto el asesinato. Y la otra noche, mientras pasaba revista a los días que permanecí en la Casa Blanca, empecé a interrogarme sobre eso.

Reflexionó sobre esta posibilidad y luego dijo, con una media sonrisa:

–Pero la gran lección de mi vida no la aprendí en la Universidad, ni de mi padre. La tuve en la escuela superior de mi tía Emily, que luchaba contra la privación de derechos políticos a los negros. Cuando yo la conocí era una anciana, una mujer vieja y extraña, y no le hacíamos ningún caso. Pero ella insistía en que se aprendiesen las cosas de memoria, y el pasaje a que me refiero procedía de una obra teatral que nunca he visto. Dudo que nadie la vea, *El rey Enrique VIII.* El cardenal Wolsey…

Se interrumpió bruscamente.

–¿Tuvo tu familia tratos con Wolsey?

–Sí. Adulándole cuando estaba en el poder, atacándole cuando no lo tenía.

–Wolsey se marcha, camino del exilio y quizá del cadalso, y al abandonar su Casa Blanca, en la que ha ejercido tan gran poder, reflexiona:

«Si hubiera servido a mi Dios con la mitad del fervor con que serví a mi rey, Él jamás me habría abandonado desnudo a mis enemigos.»

–¿Se siente usted abandonado por el presidente? – preguntó Ethel Steed.

–Todos fuimos abandonados -contestó Pusey.

Y, de pronto, todo el peso de aquellos años cayó sobre él, y era más de lo que podía soportar. Se le encorvaron más aún los hombros, le tembló la mejilla y se convirtió en un hombre muy viejo, aunque tenía

sólo sesenta y cuatro años. Debió de darse cuenta de la dramática alteración, pues se excusó.

–Me canso muy pronto. Debéis disculparme.

Empezó a salir de la habitación y, luego, se volvió para decir a sus visitantes:

–Nosotros, los tipos de la Orilla Oriental, no obtenemos buenos resultados cuando nos aventuramos en el mundo. Es mucho mejor que nos quedemos en nuestros refugios escuchando los ecos que llegan del otro lado de la bahía.

Como los buenos ciudadanos de Patamoke, negros y blancos, estaban resueltos a que no se utilizara el incendio de Cuello de Rana como pretexto para endurecer las animosidades raciales, y como el padre Patrick sabía calmar a sus parientes Turlock y Caveny, la vida a lo largo del Choptank volvió a la normalidad mucho más rápidamente de lo que los pesimistas hubieran podido predecir. La Guardia Nacional permaneció allí de vigilancia unas semanas, y ardieron algunas cruces, pero todo el mundo estaba tan cansado del fuego, que las pasiones se aplacaron.

Hiram Cater fue capturado por el FBI y condenado a prisión, pero ciudadanos de diversos orígenes solicitaron clemencia al juez, por lo que su condena no fue excesiva. Se construyó en torno a Cuello de Rana una nueva carretera, que fue inmediatamente apodada la Travesía del Congo, pero chicos negros empezaron a jugar en los equipos de rugby de la escuela superior de Patamoke, y después de las victorias, negros y blancos se reunían en la «Heladería Oro y Azul» para celebrarlas.

Pero las tensiones no se relajaron formalmente hasta principios de marzo de 1977, cuando los pendencieros capitanes de *skipjack* de la isla Deal se presentaron en la ciudad lanzando un desafío al honor del Choptank; blancos y negros se unieron para defender su río, y se olvidaron las viejas animosidades.

Lo que los hombres de la isla Deal dijeron fue que ellos eran los campeones de la Orilla Oriental y estaban dispuestos a demostrarlo en una gran carrera. Para insultar a los de Patamoke, añadieron: «Como necesitáis toda clase de ventajas para manteneros a nuestra altura,

celebraremos la carrera en vuestra propia casa, el río Choptank, la primera semana de octubre.»

Los de Patamoke se comprometieron a presentar siete *skipjacks,* cinco con capitanes blancos y dos con negros, pero con las tripulaciones mezcladas tres a tres. Se acondicionaron las viejas embarcaciones, y los marineros empezaron a practicar las maniobras necesarias para la victoria, pero los organizadores de la carrera se sentían preocupados por una deficiencia.

–Parecería mejor…, queremos decir que los periódicos y la televisión… Bueno tenéis que presentar el *Edén.* El *skipjack* superviviente más antiguo y todo eso.

Los capitanes de Patamoke convinieron en que sería buena idea hacer que el *skipjack* de culo torcido participase en la carrera, pero llevaba varios años sin navegar, y todo el mundo suponía que sus días habían terminado. Cuando los expertos fueron a examinarlo, amarrado tras las ruinas del «Astillero Paxmore», reconocieron que no valía gran cosa.

Pero cuando Owen Steed se enteró del problema, dijo bruscamente:

–Yo suministraré los fondos necesarios para repararlo. Es decir, si podéis conseguir que Pusey Paxmore supervise la reparación.

El comité se apresuró a dirigirse al Acantilado de la Paz, donde Pusey les dijo firmemente que era demasiado viejo y que ya no sabía lo suficiente, pero les indicó que acudieran a un sobrino suyo que en otro tiempo construyó un *skipjack,* y este Paxmore se unió al esfuerzo.

Cuando el remozado barco fue situado en las anguilas junto al puerto, con el mástil raspado y reluciente bajo la nueva pintura, se planteó la cuestión de su tripulación. Era propiedad de la familia Cater; lo poseía un hombre de encorvada espalda llamado Absalom, que gozaba de una excelente reputación como pescador de ostras, audaz y decidido en la defensa de su caladero contra los competidores.

Pero cuando Steed y el comité fueron a ver a Absalom, encontraron a un hombre enojadizo y resentido por el encarcelamiento de Hiram Cater.

–No lo sacarán.

–Pero el capitán Boggs de Isla Deal…

–¡Al diablo con él!

Absalom Cater era el nuevo tipo de negro que no toleraría ninguna afrenta a su dignidad personal.

–Mr. Cater, nos gustaría realmente que usted…

–Mi nombre es Absalom.

–¡Maldita sea! – exclamó Steed irritado-. Me he pasado treinta años en Oklahoma disciplinándome en llamar señor a estos hijos de perra, y ahora me gruñen por hacerlo. ¿Cómo quiere que le llame? ¿Negro, moreno, tostado…?

Absalom se echó a reír.

–Mi problema es disciplinarme para dejar de llamar señor a los culos blancos. Bien, ¿qué diablos quiere, Steed?

–Quiero que reúna una tripulación que gane esta carrera. Le estamos proporcionando un barco estupendo.

–Hay un chico que desbulla ostras en la isla Tilghman. Él sabe navegar conmigo. Y Curtís, de Honga. Es decir, tres negros. Elija usted tres blancos.

Era éste un insolente desafío, que excitó la imaginación de los ribereños blancos.

–Los Turlock fueron propietarios del *Edén,* así que llamaremos a Amos.

–Tiene casi setenta años.

–Sabe cocinar. Y es muy eficaz en una pelea.

–Los Caveny siempre han manejado este *skipjack* así que invitaremos a Martin. Y a la familia Pflaum. Hugo es estupendo en el agua.

Era una amenazadora tripulación la que se reunió para realizar las pruebas del *Edén,* y un reportero de Baltimore escribió: «Parecen piratas dispuestos a saquear una plantación en llamas.» El larguirucho Amos tenía sólo unos pocos dientes; Martin Caveny, rechoncho y astuto, parecía un noble medieval protegiendo el *alcázar* de un castillo; y Hugo Pflaum, de más de setenta años, tenía aún el cuello grueso y corto de sus antepasados de Renania. Los tres negros por lo menos tenían aspecto de marineros: el capitán Absalom, corpulento y peligroso; sus dos ayudantes, enjutos y dispuestos para una pelea.

Con semejante tripulación, el *Edén* excitó la imaginación de periodistas y corresponsales de televisión; fueron resucitados los

incidentes de su historia: construido en 1891; capitaneado por aquel Jake Turlock que derrotó a los virginianos en la batalla de la Bahía; capturado por Otto Pflaum, sin ayuda de nadie, a cinco ribereños armados; el barco de Big Jimbo Cater, el primero y mejor de los capitanes negros. «Además de lo cual -escribía el orgulloso reportero del *Bugle*-, es el único *skipjack* de culo torcido de la historia, pero tiene pocas probabilidades de triunfar en la carrera, porque no puede actuar bien por la borda de estribor.»

El periodista lo había dicho al revés. Todo barco, toda embarcación movida a vela, navega mejor por una banda que por la otra. Alguna misteriosa combinación de las fuerzas resultantes de las mutuas relaciones existentes entre mástil, botalón, quilla y curvatura hace que un barco obtenga mejores resultados por la banda de estribor, mientras que otro de diseño casi idéntico lo hace por la de babor. Como gemelos que comparten identidades, pero desarrollan habilidades diferenciadas, los *skipjacks* variaban unos respecto a otros, y el capitán Absalom sabía que la ventaja estaba de su parte cuando el viento soplaba desde estribor, pues entonces la ladeada orza cooperaba con la inclinada quilla para obtener el máximo de velocidad.

–Creo que lo tenemos perfectamente ajustado -aseguró al señor Steed.

En cierta ocasión en que la tripulación mixta de blancos y negros practicaba en la bahía de Chesapeake, Amos Turlock vio, al subir de la cocina, una posibilidad de ganarse fácilmente algún dinero. Un lujoso yate había encallado en el fango existente a poca distancia de la superficie en el lugar en que antaño estuviera la extremidad occidental de la isla Devon. Era un paraje peligroso, que aún no había sido debidamente balizado, y podía perdonársele a la tripulación del yate el haber embarrancado allí.

–¡Eh! – gritó Turlock-. ¿Necesitan ayuda?

–Necesitamos que nos remolquen -respondieron.

–Nosotros no tenemos la tracción necesaria.

–¿Podrían agenciarnos un remolcador? Hemos llamado por radio al servicio de guardacostas, pero no tienen nada.

–Yo puedo sacarles -gritó Turlock, mientras el *Edén* se acercaba a la varada embarcación.

–¡Cuidado! – exclamó el capitán del yate-. Van a encallar.

–Tenemos calado de medio metro, orza alta.

–Es una gran ventaja.

–En estas aguas, sí. Puedo sacarles sin arañar siquiera la pintura. Cincuenta dólares.

–Hecho.

–¿Es un trato? – preguntó recelosamente Turlock.

Cuando el capitán del yate asintió, Amos exclamó:

–Caveny, larga los cabos. Ya sabes lo que hay que hacer.

El yate había embarrancado porque su construcción exigía una maciza quilla que se adentraba a dos metros y medio de profundidad bajo la superficie, y era esta bulbosa proyección de acero lo que se había incrustado en el fango. Ningún cable del *Edén* podría liberarlo, y los del yate no podían imaginar qué táctica se proponía poner en práctica la abigarrada tripulación del *skipjack.*

Era muy sencillo. Caveny bajó al bote de remos del *Edén*, llevando consigo el extremo de una larga cuerda, y subió a la cubierta del yate, donde inmediatamente trepó lo más arriba que pudo por el mástil. Una vez allí, ató firmemente la cuerda e indicó con una seña a Turlock que todo estaba listo.

Lentamente, el *skipjack* se alejó del yate, y, al hacerlo, la cuerda se tensó, pero no había ninguna posibilidad de que la frágil embarcación liberase al pesado yate, y los marineros de éste gritaron:

–¡Cuidado! ¡Vais a romper la cuerda!

Turlock nunca había tenido intención de ejercer mucha tracción; lo que quería era mantener la presión hasta que la cuerda atada a la parte superior del mástil ladease al yate sobre su banda de babor.

–¡Cuidado, estúpidos! – gritó uno de los marineros del yate cuando éste empezó a escorar-. ¡Vais a volcarnos!

Pero Turlock siguió estirando suavemente, y, poco a poco, el yate fue inclinándose hasta quedar su mástil casi paralelo al agua; comenzó entonces a producirse el milagro en que confiaba. Lo que había sido un pesado yate con una quilla de dos metros y medio se estaba convirtiendo en una extraña embarcación con menos de diez centímetros de madera bajo la superficie del agua, y la enorme y bulbosa quilla formaba ángulo con el fango. Era tan grande la

flotabilidad del nuevo barco, que empezó a succionar la quilla fuera del fondo.

–¡Mantened tensa esa cuerda! – gritó Turlock.

Y todos contemplaron cómo descendía el mástil hasta tocar el agua, pero tan pronto como lo hizo, el yate quedó libre, y con sólo un flojo viento en sus velas, el *skipjack* pudo remolcar a la pesada embarcación hasta aguas profundas. Se enderezó rápidamente, y los marineros del yate prorrumpieron en vítores.

Cuando llegó el momento de que el capitán entregase los cincuenta dólares, uno de sus marineros se quejó:

–Mucho dinero para seis minutos de trabajo.

Y Turlock replicó:

–Cinco dólares por hacerlo; cuarenta y cinco por saber lo que había que hacer.

Las manifestaciones de la Naturaleza a lo largo del Choptank ejercían un efecto terapéutico sobre los humanos que participaban en ellas, y ningún ejemplo podría ser más característico que el que sucedió a finales de marzo de 1977, al término del prolongado invierno. Pues mientras los Steed lloraban todavía la pérdida de sus garzas, un ave más simpática aún se disponía a visitarles.

Si, como muchos suponen, el último glaciar que se extendió hacia el Sudoeste, en las regiones cuyas aguas recogió el Susquehanna, reunió su hielo hace unos setenta mil años y se derritió finalmente hace unos once mil, el carácter básico de la bahía de Chesapeake debió de tomar forma hacia el 9.000 a. de J. C.

Tan pronto como reaparecían los bosques y los peces, el águila pescadora comenzaba a habitar la zona, y todos los años, en los últimos días del invierno, regresaba al Choptank…, es decir, llegaban los machos. Grandes aves blancas de negras articulaciones en sus encorvadas alas, estos hermosos machos eran notables por su habilidad en revolotear lentamente, como suspendidos en el firmamento, divisar peces a grandes distancias y lanzarse en picado hacia ellos, con las garras extendidas.

Pero todos los años, el día de su llegada, después de un largo vuelo desde el Amazonas, los machos estaban tan exhaustos que no pescaban, por muy hambrientos que estuviesen, pues un irresistible instinto les

impulsaba a buscar lugares en que anidar, que exploraban como cualquier marido en busca de una casa. En 1977, estos fatigados machos que eligieron los riachuelos del «Refugio» encontraron hecha ya gran parte de su trabajo, pues Martin Caveny, bajo la dirección de Ethel Steed, había construido cuatro plataformas en forma de cesta, hechas de acero trenzado, y las había dispuesto sobre altos pilotes que emergían a bastante altura sobre el agua.

–Observe lo que pasa el día de San Patricio -dijo Caveny, con tono de absoluta seguridad-. Ese día, año tras año, las águilas pescadoras vuelven aquí.

–¡Absurdo!

–Las aves patronas de Irlanda -dijo él, con voz reverente-. El día de san Patricio estarán aquí.

En la semana anterior a la llegada de los machos instruyó a Ethel sobre cómo extender sobre el césped trozos de tela y ramas secas con las que los machos construirían sus nidos, y luego dijo:

–Tal vez no lo crea, Mrs. Steed, pero doce días después, el veintinueve de marzo, llegarán las hembras para inspeccionar los nidos.

–Las aves no viven con arreglo al calendario -protestó ella.

–En otras partes del Choptank, llegan en épocas distintas. Pero en su tierra, el día de San Patricio.

Y la tarde del 16 de marzo, cuando contemplaban los preparativos realizados, él le aseguró:

–Si yo fuese un águila pescadora, vendría aquí.

Ethel dijo aquella noche a su marido:

–Creo que Martin Caveny me está tomando el pelo.

Pero, aun así, a la mañana siguiente se levantó temprano, por si acaso, y antes de que el sol se aproximara a su cenit, oyó en el cielo una serie de *cherk-cherks,* una susurrada comunicación que llegaba sobre el agua, y, al mirar en la dirección del sonido, vio a las augustas aves evolucionar lentamente en el firmamento, dejarse caer y descender con las garras extendidas en posición de frenado, y a los pocos minutos de su llegada, un hermoso macho estaba inspeccionando la primera de sus construcciones, y antes de que pasara mucho tiempo, otros tres habían

llegado también al río; para el anochecer, habían desaparecido ya casi todos los trozos de tela dispersos por el césped.

Varias cualidades hacían atractivas para las águilas las trenzadas plataformas de Ethel Steed: estaban sólidamente construidas, situadas en unas aguas que prometían contener pesca abundante, y lo suficientemente alejadas de la tierra como para garantizar una adecuada protección frente a los predadores. Y en los últimos años tenían un nuevo mérito: los granjeros de la región tenían prohibido utilizar DDT, magnífico insecticida, que, por desgracia, impedía a las aves que lo ingerían depositar en las cascaras de sus huevos calcio suficiente como para que sus crías pudiesen empollarse. En 1965 había parecido que esta noble ave fuera a desaparecer de la Tierra; en 1977, gracias a personas como Ethel Steed, parecía probable que las aves sobreviviesen.

–¿Me cree? – preguntó Caveny al atardecer del 28, cuando los machos hubieron terminado sus nidos-. Mañana por la mañana llegan las damas, y entonces veremos algo.

Esta vez, ella confiaba en el entusiasta irlandés, y la mañana del 28, como llevaban unos diez mil años haciéndolo, las águilas hembras regresaron al *Refugio,* y entonces comenzó uno de los grandiosos espectáculos de la Naturaleza, pues los machos alzaron el vuelo para recibirlas, y, al emparejarse, surcaban el cielo describiendo círculos y piruetas, ala con ala, gritando y regocijándose al Sol con la seguridad de tener un hogar estival, en el que nacería la nueva generación.

–¡Owen! – llamó Mrs. Steed, mientras las parejas de águilas pescadoras evolucionaban en el aire-. ¡Tienes que ver esto!

Y Owen salió de la casa y se reunió con su mujer mientras continuaba el vuelo de galanteo, ya rozando la superficie del agua, ya en lo alto del cielo, y, al cabo de un rato, uno de los machos condujo a su pareja hasta el nido más próximo al lugar en que se encontraban los Steed, y mientras ella examinaba su obra, él se elevó y sobrevoló el río hasta divisar un pequeño pez. Lanzándose rápidamente en picado, lo cogió, se elevó a gran altura en el aire y, luego, voló hasta su nido, donde, caminando de puntillas, ofreció la golosina a su compañera.

Los humanos que contemplaban la escena se cogieron de la mano, y Ethel dijo:

–Necesitamos la Naturaleza por lo que nos enseña.

–O por lo que nos recuerda -repuso Owen.

Durante los días siguientes, las hembras empezaron a anidar, y entonces los machos tuvieron que pescar con redoblada tenacidad.

Cuando el joven Christopher Pflaum escandalizó a los ciudadanos de Patamoke estableciendo su hogar al sur del Choptank -algo que ningún miembro de una familia importante había hecho jamás-, los hombres del almacén encontraron una fácil explicación a su ofensivo comportamiento: «¡Recuerda! Su abuela era una Turlock. También su madre, y con sangre de ésa, nunca se sabe lo que se puede esperar.» Un filósofo local añadió: «Pensándolo bien, a los Turlock siempre les han gustado las marismas. Es la voz de la sangre, ni más ni menos.»

La razón era más simple y más hermosa. Una oscura noche de 1967, teniente al mando de una sección en las junglas de Vietnam, había experimentado una revelación. Unos años antes, en Corea, Hiram Cater había encontrado el significado del Choptank; ahora Chris Pflaum estaba a punto de realizar su descubrimiento en Vietnam, y ése es el riesgo y la recompensa que resulta de enviar generaciones de jóvenes inteligentes a prestar servicio en tierras extrañas: cuando vuelven, ven con claridad su patria.

Chris llevaba ya siete meses empeñado en una fútil lucha en la selva, y su unidad había estado tan constantemente entregada a la destrucción y al pillaje, que estaba harto de la guerra, pero estaba más harto aún de la manera en que algunos compañeros de patrulla se quejaban de todos los aspectos de su vida. Como su abuelo, Otto, y su vigoroso padre, Hugo, él creía que los hombres deben tolerar lo inevitable, pero esforzarse en mejorarlo, y, sin embargo, tenía que escuchar mientras los hombres maldecían: la comida, los oficiales, el clima, la falta de munición, la carencia de protección aérea, la incapacidad del cabo para encontrar una provisión de calcetines nuevos. El punto de ruptura se produjo cuando un soldado de New Hampshire se dio una palmada en el brazo y gimió:

–Estos malditos mosquitos me están matando.

–¡Qué cono! – saltó Chris-. ¡Éstos son insignificantes! En mi pueblo tenemos mosquitos tan grandes como palomas.

–¿Qué?

Siguió una pelea, y cuando terminó, sin vencedores, Chris se puso a reflexionar en la creciente oscuridad y trató de evaluar sinceramente su vida: Nunca he sido más feliz que cuando exploraba las marismas de las orillas del Choptank. Y, sin pensarlo más, escribió una carta al único agente de fincas que conocía, Washburn Turlock, de Patamoke:

Tengo 2.800 dólares ahorrados, y estaría dispuesto a firmar una hipoteca por el doble de esa cantidad. Lo que quiero que usted haga es que vaya al sur del Choptank y me compre la zona de marisma más grande disponible. No quiero dos acres ni veinte. Quiero por lo menos cuatrocientos, pero tiene que haber algo de tierra firme. Quiero una casa en la que puedan vivir una esposa y unos hijos, y quiero también un río. Se trata de un encargo en firme, y adjunto le envío mi cheque. No se moleste en comunicarme detalles complicados. Solamente, agéncieme la tierra con mucha marisma.

Al día siguiente, por la mañana temprano, cursó la carta y experimentó una euforia tal, que comprendió que había hecho bien; se había comprometido con una forma de vida, con una concreta calidad de tierra y agua y ciervos y ratas almizcleras. Cada día que pasaba en la jungla se iba sintiendo más satisfecho de su decisión, y mucho antes de lo que había esperado, Washburn Turlock contestó:

Nuestra oficina rara vez se encarga de gestionar tierras al sur del Choptank, porque los mosquitos son allí insoportables, pero sus instrucciones eran tan concretas, y su padre tan firme en su creencia de que sabía usted lo que estaba haciendo, que me sentí obligado a explorar la zona para atender sus deseos, habida cuenta, en particular, de que se halla usted en el servicio militar, protegiendo a nuestro país. Le agradará lo que he encontrado. En el mapa adjunto verá que he señalado a lo largo del Pequeño Choptank una extensión de tierra que comprende una excelente mezcla de 160 acres de marisma y cincuenta acres de tierra firme, que pueden ser cultivados si lo desea. Contiene una casa, un granero, varios edificios anejos utilizados antaño como alojamientos de esclavos y una espléndida ribera con un muelle que lleva hasta aguas profundas. Se la conoce como la finca de Herman Cline, que se estableció aquí antes de la guerra civil y desempeñó un papel secundario en la historia local. Es suya por el increíble precio de

7.600 dólares, y ya he concertado una hipoteca. Usted es ahora su dueño.

Cuando el avión en que debía partir se aproximó a la base aérea McGuire, en 1968, Chris empezó a sudar, y en el rápido viaje a la península Delmarva, creció su excitación. Su mujer comunicaba: «Aún no he visto la tierra, pero Mr. Turlock dice que es exactamente lo que tú querías.»

Chris se detuvo en Patamoke el tiempo justo para abrazar a su madre y, seguidamente, se apresuró a cruzar el puente que llevaba a la orilla Sur. Se dirigió hacia el Oeste por una de las franjas de tierra que se alargaban hacia la bahía, luego por una estrecha carretera y, finalmente, por un largo camino rural. «Éste debe de ser nuestro bosque», dijo al pasar por entre los majestuosos árboles, y en un claro apareció ante él la vieja casa de Cline, y las carcomidas cabañas de los esclavos, y el sólido muelle que se internaba en el Pequeño Choptank, y todas las cosas eran dos veces más atractivas de lo que había imaginado. Pero la mejor parte estaba hacia el Oeste, donde el pequeño estuario se unía a la bahía, pues allí se encontraba la marisma desde la que los esclavos alquilados de Herman Cline habían trabajado la tierra firme. Permanecía esperando, igual que en los tiempos del capitán John Smith, intacta, temblando al viento, llena de seres vivos y agitada por el movimiento del agua que penetraba en ella. Parecía interminable, muchas veces mayor de lo que había esperado, y se imaginaba a sí mismo llevando a sus hijos hasta el centro de la marisma y desvelándoles sus secretos. Intentó hablar, pero su mente estaba llena de las resonancias del desacreditado poema:

OceanofPDF.com

Contempla cómo se derrama el
esplendoroso mar por los intrincados
canales que fluyen
acá y allá
por doquier,
hasta que sus aguas inundan los esteros
más recónditos
y los caminos bajos, y un millón de
rielantes venas llena la marisma.

En este período de doce meses, cuatro hombres -dos viejos, otros dos jóvenes- regresaron al Choptank impulsados por motivos completamente distintos. Pusey Paxmore había vuelto a casa para morir al final de una vida destrozada. Owen Steed había huido prudentemente de Oklahoma con fondos suficientes para adquirir de nuevo la plantación de su familia. Y Chris Pflaum se había retirado del Ejército, lleno de condecoraciones y con el grado de mayor, con un puesto en el Centro Chesapeake para el Estudio de los Estuarios y un hogar que le esperaba en el corazón de las marismas del Choptank.

Hiram Cater resultaba un poco difícil de clasificar; el alcaide de la prisión le había concedido compasivamente permiso para asistir al funeral de sus padres. Jeb y Julia habían nacido el mismo año, habían luchado durante décadas de pobreza impuesta por su sociedad y habían sobrevivido para ver a dos de sus hijos recluidos en penitenciarías federales. A menudo, en sus últimos años, mientras permanecían en su antiséptico y nuevo cubículo de ladrillo, se fustigaban a sí mismos por fracasos que no podían explicar, sin comprender que era Patamoke quien había fracasado, no ellos. En 1977 murieron, con tres días de diferencia uno del otro, y a su hijo Hiram se le permitió ir a casa para darles sepultura. Permaneció en silencio ante la tumba, y, tan pronto como finalizó la breve ceremonia, regresó a la prisión, sabiendo que nunca podría volver a vivir en Patamoke.

El mayor Pflaum era diferente de los otros tres, pues regresó con honor y con un creciente deseo de conseguir algo; durante su servicio

militar había sido destinado a muchos destacamentos de cuatro continentes distintos, y sabía que pocos lugares de la Tierra podían compararse en belleza física y sosiego espiritual con la bahía de Chesapeake.

Pero al comenzar su investigación en el centro científico, se encontró enzarzado en constante debate con su padre, Hugo Pflaum, que se había pasado 51 años defendiendo los ríos y la bahía. Se sintió ofendido cuando su hijo proclamó:

–A nadie parece importarle un bledo el futuro de esta región.

–¿Te has preocupado, en tu omnisciencia -gruñó Hugo-, de echar un vistazo para ver lo que hemos realizado? ¿Las leyes que impiden que hombres como tío Ruthven cerquen marismas y las cubran de cemento? ¿Nuestros reglamentos protegiendo los marjales para que los patos encuentren algo que comer? ¿Y la forma en que hemos confiscado esas escopetas largas?

–¿También la de tío Amos?

–La cogeremos uno de estos días.

–Pero la tierra, papá. Se está yendo al diablo.

–Hablas como un idiota -replicó Hugo-. Nuestra Orilla Oriental es uno de los mejores lugares que quedan en la Tierra.

–¡Papá! ¿Quieres venir a echar un vistazo conmigo en el coche?

–Claro que sí.

El viejo guardabosques estaba enojado, y subió con su hijo a un automóvil para examinar las carreteras que salían de Patamoke.

–Y ahora -dijo Chris-, lo que quiero es que mires las lomas de hierba… y las cunetas.

Y, al hacerlo, Hugo comprendió las quejas de su hijo, pues las carreteras estaban plagadas de latas de cerveza y botella? de soda vacías. Parecía como si la ley exigiese que todo habitante de Maryland bebiese tres latas de algo todos los días y dejara el rastro a lo largo de la carretera.

–Esto es terrible, Chris -reconoció el viejo.

Su hijo detuvo el coche y dijo:

–Voy a hacerte una propuesta, papá. Caminemos un cuarto de milla y contemos las latas y las botellas.

Mientras andaban lentamente por la carretera, contaron 87. Cruzando al otro lado y regresando al coche, encontraron otras 72.

–O sea, que en un cuarto de milla de carretera rural tenemos ciento cincuenta y nueve…, más de seiscientas por milla. «Schlitz», «Miller», «Budweiser», «Michelob». Los heraldos de la moderna América.

–Creo que exageras -objetó Hugo-. Éste es un camino frecuentado por parejas, y ya sabes lo que les gusta a los jóvenes dejarlo todo patas arriba.

Pero cuando encontraron una agradable carretera secundaria, también ella tenía su cupo de desechos, las latas de aluminio y las botellas que durarían mil años.

A regañadientes, Hugo dijo:

–Realmente es bastante malo, Chris.

Y cuando su hijo lanzó una campaña en el *Bugle* para limpiar las orillas de las carreteras, él escribió un mordaz artículo afirmando que los hombres y mujeres que tan buena labor habían realizado salvando patos y gansos deberían también de dejar de profanar su paisaje. Su carta suscitó desdén, pero las presiones ejercidas por Chris indujeron a las autoridades a nombrar una comisión que estudiase el asunto. A las pocas semanas, esa comisión emitió el siguiente informe:

Se han presentado dos propuestas: que el Gobierno añada cinco centavos al precio de toda botella o lata para costear los servicios de limpieza, o que se prohíban los envases no recuperables. Rechazamos la primera porque sería exigir demasiado a los comerciantes que se encargasen del cobro y de la devolución de los cascos vacíos, y rechazamos la segunda porque Norman Turlock ha gastado mucho dinero en construir su fábrica de latas de cerveza y bebidas suaves, y sería injusto modificar ahora las normas. Este problema, que no es tan grave como ciertos agitadores quisieran hacernos creer, puede resolverse haciendo que los padres enseñen a sus hijos que las latas y las botellas no deben ser tiradas en lugares públicos. Con un poco de cuidado, esta pequeña inconveniencia puede resolverse sin ninguna acción gubernamental.

Personas jóvenes, y también algunas mayores, expresaron su desagrado por la intromisión de Pflaum iniciando un incesante ritual: acumulaban latas de cerveza vacías en los maleteros de sus coches y las

arrojaban en grandes cantidades en las cunetas de Pflaum. Algunas mañanas, al ir a trabajar, Chris encontraba dos docenas de latas de cerveza junto al camino de acceso a su finca, pero sabía que al cabo de unas semanas se disiparía la animosidad. Lo que sí le preocupaba era que adonde quiera que volviese la vista en la maravillosa región de la bahía, la profanación era la misma. Era esta indolente expoliación del paisaje lo que le enfurecía, esta negligente aceptación del despojo. El Gobierno se hallaba impotente para proteger el medio ambiente, porque los ciudadanos se habían acostumbrado a tomar brebajes en latas y botellas no recuperables; Norman Turlock, como había invertido dinero en un proceso que desfiguraba el paisaje, debía ser protegido hasta el infinito, y cualquier sistema de recoger los desperdicios o impedir su vertido quedaba prohibido porque le producía molestias a alguien.

–¡Diablos! – exclamó un día, mientras circulaba por una carretera al sur del Choptank-. Una buena mañana vamos a encontrarnos al despertar con que la tierra está cubierta de latas de cerveza.

Pero cuando intentó suscitar de nuevo la cuestión en las columnas del *Bugle,* el director le dijo:

–A nadie le interesa ya esa tontería.

Fue Hugo quien trató de mitigar su amargura.

–Tienes que contemplar las cosas con perspectiva, Chris. Las latas de cerveza pueden ser una desgracia, pero hay aquí todo un paraíso que permanece impoluto.

Y puso en marcha la canoa que usaba para patrullar los bancos de ostras. – Quiero que veas por ti mismo cuánto nos queda.

Los pequeños ríos mostraban milla tras milla de orillas esmeradamente cuidadas y amplios céspedes libres de contaminación; pero, aun así, Hugo dijo:

–No puedes apreciar lo bien que hemos protegido la Orilla Oriental hasta que veas la occidental.

Y cruzaron la bahía de Chesapeake en dirección a los ríos situados al sur de Annapolis, y allí el joven Chris tuvo oportunidad de ver cómo la falta de vigilancia y de organización había estimulado la conversión de la costa de un suburbio marinero. Era espantoso: una casita tras otra casi materialmente pegadas entre sí, un muelle tras otro cayéndose

por falta de cuidados. El litoral estaba siendo erosionado, y no se le prestaba ninguna atención; la mayor parte de las construcciones habían sido improvisadas y estaban decrépitas desde el principio.

–Esto sí que es para preocuparse -observó Pflaum padre, al iniciar el viaje de regreso-. Es mucho más grave que las latas de cerveza.

Cuando llegaron a la amplia desembocadura del Choptank, Hugo viró hacia el más bello de los ríos orientales, el Tred Avon: un anchuroso y sereno estuario, un grupo de exquisitos afluentes e innumerables ensenadas, cada una con su propia y soberbia panorámica. La canoa redujo su marcha mientras los Pflaum observaban la ribera, una serie de casas bien conservadas, nada ostentosas, pero sumamente atractivas, ocultas entre altos árboles.

–¿Sabes qué les dice Turlock *el Pirata* a sus clientes del Norte? «Si no vive usted a orillas del Tred Avon, lo que hace es estar de acampada. Y si vive al sur del Choptank, nunca será invitado a las buenas fiestas.»

Chris, que prefería el carácter agreste del Pequeño Choptank, quiso defender su elección, pero Hugo levantó las manos:

–Por favor, tu madre y yo estamos tratando de ocultar tu vergüenza ante nuestros vecinos.

La reunión de tripulaciones de *skipjacks* previa a la carrera se celebró en el Club de Patamoke, y el talante fue establecido por el capitán Boggs, un corpulento negro de la isla Deal, conocido por sus hombres como el *Bastardo Negro:*

–El *Nelly Benson* solamente observa una regla: «Quedaos atrás, hijos de perra.»

Otro participante de la isla Deal dijo:

–Ésta será una regata de embarcaciones de trabajo. Cada skipjack debe llevar dos dragas, un chinchorro en el pescante de popa, dos anclas y equipo completo.

Uno de los hombres de Patamoke sugirió un trayecto triangular, pero los de la isla Devon protestaron:

–Vamos a regatear en vuestras aguas, y somos nosotros quienes establecemos las reglas. Si se mantiene el viento del Sur, un largo río arriba, y vuelta.

Así sería, una regata de ida y vuelta, sin filigranas ni imaginativos diagramas. Cuando se llegó a un acuerdo sobre ello, comenzaron todos

a beber, y algunos de los tripulantes no se fueron a la cama hasta el amanecer. Owen Steed, que para entonces se hallaba plenamente inmerso en la carrera, hizo a sus hombres retirarse razonablemente temprano, y pensó que el *Edén* tenía buenas probabilidades, a menos que el capitán Boggs consiguiera adelantarse desde el principio, caso en el cual sería difícil de vencer.

Los premios de la regata distaban mucho de ser exorbitantes: 75 dólares a cada embarcación que tomase la salida, y 50 dólares más a cada uno que terminase. El *Bugle* concedía una copa de plata, más un primer premio de 100 dólares, un segundo de cincuenta y un tercero de 25, pero la mayoría de los tripulantes reunieron dinero para efectuar apuestas contra otros barcos de su clase. Los hombres de la isla Deal estaban especialmente deseosos de jugar, y el *Nelly Benson* del capitán Boggs se situaría en la línea de partida con unos cuatrocientos dólares apostados contra otras embarcaciones.

El comodoro nombrado para la regata constituyó una sorpresa, y una sorpresa agradable. Por aclamación, los ribereños decidieron que fuera Pusey Paxmore quien diese la señal de salida; en los viejos tiempos había sido un hombre distante, que trabajaba en la Casa Blanca y se mantenía un tanto apartado de la vida del río, pero ahora que había estado en la cárcel era más parecido a ellos, e insistieron en que, como su familia había construido los barcos más antiguos de cuantos participaban en la competición, el *Edén* y otros dos, su presencia era obligatoria. Él había querido declinar el honor, pero los Steed no se lo permitieron.

Como la regata tenía lugar en octubre, justo antes del comienzo de la temporada de la ostra, los 23 *skipjacks* se encontraban en excelente estado: todos habían sido llevados a dique seco para pintar sus fondos, y todos habían sido limpiados hasta la cubierta y tenían las dragas pulcramente dispuestas y los cables enrollados. Mr. Steed había comprado aparejos nuevos para el *Edén:* drizas de dacrón, por su inflexible fortaleza; cable de nilón para los cabos de amarre y del ancla, por su flexibilidad. Había ido al establecimiento de Henry Brown, en la punta de la isla Deal, para comprar velas nuevas, y había preferido la lona al dacrón porque las puntadas de éste se desgastaban con

demasiada facilidad. Rara vez había ofrecido mejor aspecto el *Edén* en sus ochenta y seis años de vida.

La regata debía comenzar junto a los bajíos de fango existentes al Oeste de la isla Devon, llegar hasta el faro de Patamoke y regresar luego hasta una línea trazada entre Devon y el continente. Una regata de *skipjacks* comenzaba de un modo peculiar: las embarcaciones iban navegando hasta situarse en una línea recta; luego echaban el ancla y arriaban velas, esperando a que sonase el disparo que les haría lanzarse hacia delante.

Fueron unos momentos de tensión, pues se hallaba en juego el honor de cada poblado de la orilla…, los rudos pescadores de la isla Deal contra los petimetres del Choptank. Cada barco llevaba una tripulación de seis expertos, más siete u ocho hombres adicionales para manejar las cuerdas. El *Edén* tenía cinco Turlock y dos Cater más, cada uno de ellos con su tarea que realizar. El pequeño Sam Cater, de nueve años, se encaramaría lo más a popa posible y escrutaría el agua, preparado para lanzar su grito de alarma: «¡Fango! ¡Fango!»

–Puedes disparar, Pusey -dijo uno de los jueces, y lo que siguió hizo estremecerse a los aficionados a las regatas regulares.

En cada uno de los *skipjacks* anclados, cuatro hombres empezaron a levar el ancla, mientras otros dos estiraban con fuerza de las drizas que izaban la vela mayor. Como las distintas tripulaciones no trabajaban a la misma velocidad, unos barcos tomaban la salida antes que otros, lo cual significaba que se encontraban en condiciones de interceptar a los rezagados, impidiéndoles adelantarse. Pero a veces los que primero salían calculaban mal, y los otros adquirían velocidad suficiente para embestir a sus oponentes y retrasarlos. Cuando esto sucedía, las tripulaciones de ambos barcos maldecían, se tiraban cosas y trataban de cortar los aparejos.

Uno de los jueces, un caballero de un club náutico de Long Island, dijo al ver lanzarse las grandes embarcaciones una contra otra:

–Esto no es una regata. Es un suicidio marítimo.

Y entonces Pusey Paxmore dijo, con cierto alivio:

–Han hecho una buena salida.

–¿Salida? – exclamó el visitante-. ¡Santo Dios, están todos descalificados!

El primer largo recorría un trecho en dirección Este, con el viento directamente de popa, y el capitán Boggs confiaba en que esto le permitiera adelantarse en seguida; de hecho, así pareció al principio, pero el *Edén* y el viejo *H. M. Willing* le seguían a muy corta distancia. Este último era un barco memorable; había sido hundido dos veces y reparado en tres ocasiones: «No puede tener más del siete por ciento del maderamen original. Completamente reconstruido, pero sigue siendo el *H. M. Willing*, porque no es la madera lo que hace a un barco, sino el espíritu.»

–Vamos bien -aseguró el capitán Cater a su tripulación-, porque dentro de diez minutos pondremos rumbo a estribor, y entonces volaremos.

Tenía razón. A mitad de camino hacia Patamoke, los *skipjacks* teman que virar al Sudeste, lo cual significaba que el fuerte viento soplaría por la banda de estribor, exactamente la ventaja que el *Edén* necesitaba. ¡Cómo saltó hacia delante! Su gran botalón giró a babor, su proa hendió las aguas, y avanzó poderosamente.

–¡Atrás, *Bastardo Negro!* -gritó el capitán Absalom, mientras su barco rebasaba al *Nelly Benson* y se dirigía hacia Patamoke, para dar allí la vuelta.

Un verdadero balandrista que había participado dos veces en la regata a Bermuda vio el giro descrito por el barco y quedó estupefacto; cuando el *Edén* lo hubo terminado, este caballero dijo a los que estaban junto a él:

–¡Pero ese hombre ha infringido seis reglas! ¿Nadie dice nada?

Un pescador que oyó la pregunta respondió:

–Será mejor que no.

Era tradicional que, al iniciar el segundo largo, el cocinero sacara comida y el primer oficial abriese los frigoríficos portátiles para repartir cerveza. A partir de ese momento la regata se tornó un tanto relajada, pues latas de cerveza vaciadas y vueltas a llenar con agua empezaron a volar por el aire, y hombres provistos de largas pértigas trataban de estorbar a sus competidores.

La comida a bordo del *Edén* era excelente: tacos de jamón y habichuelas, ensalada de berros, galletas con miel y grandes lonchas de queso amarillento. Pero a medida que iban siendo terminados los

platos, los comensales volvían la vista hacia la cocina, y a su debido tiempo apareció Amos Turlock con una amplia sonrisa, para anunciar:

–¡Caballeros, tenemos pastel de alacate! – y los tripulantes aplaudieron.

Cuando llevó a cubierta los primeros pasteles, dijo:

–Hay limón o vainilla, a gusto de cada uno, y Sam elige el primero.

Llevó a popa -adonde se encontraba el chiquillo, atento para detectar la presencia de fango- dos grandes pasteles, dorados y suculentos, y el chico dijo:

–Yo tomo limón.

Y se le cortó un gran pedazo.

Un alacate era una especie de calabaza que crecía en las lindes de los maizales, y cuando era adecuadamente pelada y asada, producía uno de los grandes pasteles del mundo, suculento, sabroso, fácil de masticar cuando se tostaba un poco e insólitamente receptivo a otros sabores; la proporción solía ser de tres partes de limón por dos de vainilla, y la tradición se mantenía en esta ocasión, pero mientras los hombres comían Sam gritó:

–¡Fango! ¡Fango!

Y esto significaba que la orza había tocado fondo. El barco no corría peligro por ello, pero si el roce continuaba disminuiría la velocidad, así que dos hombres saltaron al brazalote de la orza y lo levantaron hasta que el chico gritó:

–¡Ya no hay fango!

Y esto significaba que el *Edén* estaba navegando a máxima velocidad, y que su orza se hallaba a la profundidad suficiente para asegurar una adecuada protección contra la deriva lateral.

Estaba claro ahora que la regata se decidiría en las dos últimas bordadas, y aunque el *Nelly Benson* había adquirido una ligera ventaja en la bordada de babor, los barcos no tardarían en virar a estribor, y allí la ventaja sería para el *Edén.*

–¡Estamos en buena posición! – gritó el capitán Absalom, dando ánimos a sus hombres; pero cuando se disponía a cambiar la escota, el capitán Boggs ordenó a siete de sus tripulantes que se encontraban a popa que lanzasen una andanada de latas de cerveza llenas de agua contra la rueda del timón del *Edén,* y el capitán Cater tuvo que

retroceder para evitar ser herido. En ese momento el *Edén* perdió ímpetu; gualdrapearon las velas, y se esfumó toda ventaja que hubiera podido adquirir la embarcación de Patamoke.

Pero el *Edén* no se encontraba impotente. Tan pronto como regresó junto a la rueda del timón, Absalom situó su barco en un rumbo que permitiría a su bauprés barrer la popa del enemigo, y cuando quedó de manifiesto cuál era su táctica, los de la isla Deal maldijeron y arrojaron más latas de cerveza, pero Absalom se agachó, hizo girar el timón y observó con satisfacción cómo su largo bauprés barría la cubierta del *Nelly Benson,* cortando una driza y obligando a sus tripulantes a abandonar su bombardeo y tratar de improvisar un aparejo que les permitiese terminar la regata. Lo hicieron con tal rapidez, que iniciaron la bordada final sólo unos metros por detrás del *Edén* y muy por delante de los demás.

El capitán Boggs demostró entonces por qué sus hombres le llamaban *el Bastardo Negro.* Izando sus velas a la máxima altura y ciñendo lo más posible su quilla al viento, empezó a adelantar al *Edén,* y cuando pareció que lo iba a conseguir, hizo girar bruscamente la proa para que su bauprés pudiera barrer la popa del barco de Patamoke.

–¡Cuidado ahí! – gritó el capitán Absalom, pero era demasiado tarde. El *Nelly Benson* barrió con su bauprés la cubierta del *Edén,* y, por una endiablada casualidad, golpeó un bidón de gasolina que éste llevaba de acuerdo con la regla de que cada barco debía llevar todo su equipo de trabajo. El bidón rebotó por la cubierta, derramando parte de su contenido antes de caer al agua. El volátil líquido se extendió rápidamente y llegó hasta la cocina en que Amos Turlock se encontraba fregando.

Una gran llamarada llenó la cocina y se propagó por cubierta. Amos, sintiéndose prendido por el fuego, tuvo la presencia de ánimo de salir y tirarse al río. Hugo Pflaum, sospechando que su antiguo enemigo no sabía nadar, como les pasaba a la mayoría de los ribereños, agarró una cuerda y saltó tras él, y fue tan espontánea la acción de Pflaum, que pudo alcanzar al forcejeante cocinero y sostenerle, mientras desde cubierta otros hombres izaban a la pesada pareja a bordo del *Edén.*

Se aplicaron todos a la tarea de apagar el fuego, excepto el capitán Absalom, que continuó al timón con la esperanza de que la bordada de estribor permitiera a su barco tomar la delantera, pero cuando mayor era la confusión Sam empezó a gritar desde la popa: «¡Fango!», y Absalom rugió: «¡Levantad la orza!», pero nadie le oyó, así que indicó al chiquillo que abandonase su puesto e intentase alzar la orza.

Una orza es un objeto muy grande, hecho con frecuencia de madera de roble, y requiere ser manejada por dos hombres adultos, así que el chico no consiguió nada. – ¡Ponte al timón! – gritó Absalom.

Y el chico corrió a gobernar el *skipjack,* mientras su padre se dirigía a la cuerda sujeta al extremo posterior de la orza y estiraba de ella con fuerza. La orza se elevó unos centímetros, y cesó el roce contra el fondo.

Dominado ya el fuego, la tripulación de Patamoke se dedicó a la tarea de llevar su averiado barco hasta la línea de meta. Habían perdido el primer puesto, pero tenían presente que se encontraban en una bordada de estribor. Con las manos quemadas y tiznados los rostros, empezaron a cobrar ánimos, a lanzar latas de cerveza y a templar las velas, pero se encontraban en una situación que nunca se había producido en una regata de *skipjacks:* el intenso calor de la gasolina incendiada había fundido parte de las cuerdas de dacrón. No obstante, los hombres de Patamoke eran ingeniosos y se las arreglaron para improvisar sustitutivos, pasar por las roldanas sus acortadas cuerdas y mantener así el barco en movimiento.

Iba a ser una llegada muy reñida, con el *Nelly Benson* ligeramente por delante y el *Edén* acortando rápidamente distancias. Las tripulaciones de los otros *skipjacks* empezaron a aplaudir, y el corpulento Hugo Pflaum se situó a proa con dos de los tripulantes negros para repeler cualquier nuevo ataque.

–¡Podemos lograrlo! – rugió Amos Turlock, lanzando como un loco latas de cerveza contra el capitán Boggs.

Pero los hombres de la isla Deal sabían gobernar su barco, y los hombres del *Edén* oyeron el cañonazo mientras se afanaban aún con sus velas. La regata había terminado, y ellos estaban a cuarenta segundos de la meta. La copa, el dinero, el honor…, todo se había perdido. La cubierta estaba chamuscada por el fuego, y tenían los dedos quemados por la gasolina.

–¡Maldita sea! – gruñó Absalom, mientras el *Edén* cruzaba la línea de llegada.

–Casi lo logramos -dijo su hijo.

–Con un «casi» no se va a ninguna parte.

–Ha sido divertido -dijo el chico.

–¡Divertido! – estalló su padre-. ¡Hemos perdido, maldita sea!

Aquella noche, cuando las tripulaciones se reunieron para celebrar la victoria y recoger sus premios, Absalom tuvo la elegancia de acercarse al capitán Boggs, estrecharle la mano y reconocer:

–Habéis ganado bien y limpiamente.

Los que se encontraban cerca aplaudieron, y el hombre de la isla Deal dijo modestamente:

–Dios ha estado de nuestra parte. Noventa y nueve veces de cien no habríamos alcanzado ese bidón de gasolina.

Y Absalom admitió:

–Es como jugar a los dados.

Mr. Steed, exaltado por la actuación del *Edén* y complacido por haber sido aceptado tan rápidamente en la vida del Choptank, pronunció el juicio final sobre la regata:

–Bien mirado, hemos obtenido una victoria moral.

Los Steed habían esperado que cuando Pusey Paxmore actuase de comodoro, la excitación le hiciera salir del exilio a que él mismo se había condenado.

–Salió de esta península -dijo Owen a su mujer-, y regresar a ella le curará.

Cuando ella respondió que ésa era una curiosa doctrina, le dijo:

–No fue casualidad que el remedio soberano, la penicilina, fuese encontrado en la tierra. El factor de Anteo. Cuando te veas en dificultades, regresa a la tierra. ¿Por qué crees que me apresuré a venir aquí cuando me despidieron?

Paxmore no permitía que el remedio actuase a su favor. Él creía que su humillación en Washington le excluía de la vida normal, y continuó aislándose, meditando en las desventuras que le habían conducido a aquella situación.

Era una pena, pues tenía a la sazón sesenta y cuatro años y hubiera debido estar entrando en esa agradable fase de la vida en que la

ordenada rutina de las estaciones, actuando como un imán, lleva de una anticipación a otra, con independencia de las inclinaciones intelectuales. En setiembre, en la Orilla Oriental, un hombre debe limpiar sus escopetas y comenzar a entrenar a sus perros. En octubre debe salir a cazar, reuniéndose con otros amigos, también retirados, y comparando su labrador con los chesapeakes de ellos. Antes de noviembre saca del agua su embarcación, retira el combustible, y la cubre con una lona. A mediados de ese mes se dedica a la importante tarea de cazar gansos. A finales de diciembre puede pasar por alto la Navidad, pero no los patos que acuden a su finca. En enero cuida sus plantas, y en marzo pasa mucho tiempo preparando su embarcación para botarla al agua, yendo a Annapolis a comprar efectos navales y remendando sus artes de pesca. En junio, cuando llegan los primeros cangrejos, enfría su cerveza y se sienta en el sombreado porche, partiendo las hervidas patas y esperando a que se fría el resto. En julio maneja su segadora mecánica, pasándola sobre el césped año tras año hasta el día en que dice a su mujer: «Vamos a vender esta maldita finca y trasladarnos a un apartamento. Hay demasiado césped que segar.» Pero en agosto, cuando el sol arde en el firmamento y sopla de la bahía una brisa del Sudoeste que refresca a los que se encuentran en las riberas orientales de los ríos, pero no a los de las occidentales, le dice: «Lo mejor que hemos hecho nunca ha sido encontrar esta orientación al Sudoeste. Los Latham se están asando allá enfrente.»

Así, la fuerza de la Tierra, girando en su paso a través del espacio, debería llevar consigo a un hombre, haciendo más deleitables aún los honores que haya podido ganar merced a su reunión con las energías primordiales. Pusey Paxmore se perdía esta experiencia; permanecía ajeno a los cambiantes rostros de la Naturaleza que habían sido la preocupación de su familia desde su llegada al acantilado en 1664: el comportamiento de la bahía de Chesapeake, la variable salinidad del Choptank, la llegada y la partida de los gansos y, especialmente, la constante búsqueda de árboles rectos y curvas de roble. Era bochornoso que aquel hombre, cuya sangre corría con las mareas, se hubiera tornado tan indiferente a su universo.

Los Steed, temerosos de que su rechazo a su tierra natal pudiera destruirle, hacían lo que podían para inducirle a salir de su reclusión,

pero lo más que consiguieron fue una serie de tardes de octubre en Acantilado de la Paz, a las que él asistió con un andrajoso jersey y unas gastadas zapatillas. Mientras hablaban comenzaron a desarrollarse ciertos temas:

Paxmore: Los que luchábamos contra la disolución de esta nación a finales de los años sesenta hicimos lo que debíamos. Nos hallábamos en auténtico peligro, y los enemigos que insultan a Nixon se olvidan de ello.

Steed: El otro día estuve pensando en las canciones de esa época. Las que mis hijos tocaban continuamente. ¿Escuchaste alguna vez esas canciones, Pusey? ¿La incitación a rebelión? ¿A las drogas? ¿La irreflexiva seguridad de que todos los antiguos valores se habían disuelto en el ácido de la reciente verdad? ¿Especialmente el estímulo de la guerra entre generaciones? Yo hubiera pensado que, al envejecer, los *Beatles* se pasearían con carteles al cuello por Trafalgar Square como penitencia por haber corrompido a una década de jóvenes.

Paxmore: Yo sigo pensando en la Casa Blanca. Algunas personas inteligentes comprendieron lo que estaba sucediendo e hicieron todo lo posible por detener la podredumbre. Pero sus esfuerzos fueron anulados por los llamados realistas, más preocupados por la elección de 1972. Los motivos más profundos fueron pervertidos por los objetivos más ruines.

Steed: ¿Reconocerías que hubo una conspiración?

Paxmore: ¿Conspiración, para qué?

Steed: Para apoderarse del Gobierno. Quiero decir, para subvertir nuestra forma de gobierno y asegurar no sólo la elección de Nixon, sino también la de Agnew en 1976 y luego la de Haldeman en 1984. ¿Existió tal conspiración?

Paxmore: No. Lo que sucedió fue que un grupo de aventureros californianos carentes de aprendizaje político vieron una oportunidad de amoldar las cosas a su conveniencia. Cuando vieron lo fácil que era manipular el sistema… Mira, Owen, tú me diste doscientos mil dólares sin preguntarme siquiera para qué eran. No se reveló en las audiencias ni en el proceso, pero yo mismo recaudé más de ocho millones de dólares, y ni uno solo de los donantes me preguntó jamás qué me proponía hacer con el dinero. «El honrado Pusey Paxmore, el cuáquero

de Maryland.» Era tan fácil, Owen, que la pandilla de California se dio cuenta de pronto de que tenían una oportunidad asombrosa. ¿Plan? No. ¿Oportunidad? Sí.

Steed: ¿Cómo explicas la corrupción, la casi traición?

Paxmore: Los hombres sin carácter se deslizan de una posición a la siguiente. Y nunca se dan cuenta de la resbaladiza pendiente en que se encuentran.

Steed: ¿No pudo Nixon haberle detenido?

Paxmore: Woodrow Wilson sí habría podido. O Teddy Roosevelt. ¿Y sabes por qué? Porque habían acumulado durante largos años de aprendizaje una teoría de gobierno. Una teoría de la democracia, si quieres. Y habrían detectado la podredumbre en su mismo comienzo.

Steed: ¿Por qué no la detectaron los californianos?

Paxmore: Por una razón muy sencilla. Su educación era incompleta. Habían ido a esas elegantes escuelas en que se enseñan procedimientos, no principios. Dudo que ninguno de ellos contemplara jamás un verdadero problema moral en el recogimiento en que se forma el carácter.

Steed: ¿Tú, sí?

Paxmore: Sí, y cuando empezaron a desplegarse las revelaciones, mucho antes de John Dean, comprendí que estaba equivocado, y de qué manera.

Steed: ¿Por qué no dimitiste entonces?

Paxmore: Porque estaba muy cerca del poder, del poder más grande del mundo: la presidencia. Eso destruía todo juicio. Yo sabía, pero me encontraba impotente, porque me hallaba envenenado por el poder.

Steed: ¿Qué sabías?

Paxmore: Sabía que hombres como tú, a todo lo largo de este país, habían dado a nuestros recaudadores más de setenta millones de dólares de fondos no justificados para mantener las cosas moviéndose en la dirección que queríais. Sabía que ese dinero estaba siendo trasladado a México a través de los canales utilizados años antes por los tahúres de Las Vegas. Sabía que los jefes de la Casa Blanca estaban utilizando los servicios fiscales y el FBI para castigar a los dirigentes del partido demócrata. Les enseñaremos a esos bastardos a tener

limpias las narices, decían. Sabía que altos funcionarios estaban ordenando la escucha de las llamadas telefónicas privadas de sus ayudantes. Y sabía que todo el mundo estaba mintiendo a todo el mundo para ganar una elección y seguir ganándolas hasta el final del siglo.

Steed: ¿No llamas a eso una conspiración?

Paxmore: No, porque no estaba planeado previamente a partir de una base intelectual. Simplemente, nos íbamos deslizando hacia abajo, desde un resbaladizo escalón hasta el siguiente. Era oportunismo, Owen, un fracaso de la inteligencia moral.

Steed: ¿Lo sabía Nixon?

Paxmore: Te contestaré a eso muy cuidadosamente. Yo nunca vi personalmente a Nixon hacer nada malo. Estaba muy cerca de él en asuntos de dinero, y puedo afirmar que nunca supo cómo se reunieron los setenta millones, ni cómo fueron transportados, ni cómo se gastaron. Ni una sola vez me dijo: «Pusey, pásate por el despacho de Owen Steed. Nos debe algunos favores.» Que yo sepa, era inocente. Por eso, cuando se presentó aquella noche en la televisión, con el montón de documentos, y miró a los ojos a todos los norteamericanos, asegurándoles su inocencia, yo le creí.

Steed: ¿Empezaste a dudar cuando leíste las transcripciones?

Paxmore: Me sorprendió la confusión de pensamiento en el puesto más poderoso del mundo. Eran incapaces de concentrarse en una idea durante tres minutos. En lugar de inteligencia, teníamos vagas asociaciones. ¿El lenguaje obsceno que tanto chocó a muchos? Lo deseché como una pretendida ostentación de virilidad hasta que llegué a aquella terrible descripción que se hacía de mí…

Steed: ¿Cómo reaccionaste ante las revelaciones finales? ¿Cuando él admitió su implicación?

Paxmore: En lo único en que podía pensar era en sus actuaciones anteriores, cuando miró fijamente a las cámaras de televisión y negó la existencia de tales pruebas, y me pregunté cómo podía tener algún hombre la desvergüenza de hacer eso…, presentarse allí, sabiendo que las cintas magnetofónicas estaban en el piso de abajo y que por lo menos otras ocho personas conocían su contenido. Nunca he podido entenderlo.

Steed: ¿Te dabas cuenta entonces de que irías a la cárcel?

Paxmore: Desde luego. Mi mundo se había desmoronado, y ni uno solo de los hombres que me habían dado órdenes extendería una mano para ayudarme. Así que me armé de valor y dije a Amanda: «Aceptaré mi parte de culpa, y no diré nada más sobre el asunto.»

Steed: ¿No sentiste la tentación de arrastrar contigo a hombres como yo? Podías haberlo hecho, tú lo sabes.

Paxmore: La verdad, sí. Un hombre no recauda ocho millones de dólares ilegales sin saber quién se los dio, y cómo.

Steed: ¿Por qué no lo hiciste?

Paxmore: Porque, habiendo hecho todo lo posible por deshonrar a mi familia, decidí que lo menos que podía hacer era aceptar mi castigo y no lloriquear por ello.

Steed: ¿No vacilaste nunca?

Paxmore: Sí. Cuando pusieron las cintas en mi juicio y me vi obligado a escuchar de nuevo lo que las altas esferas pensaban realmente de mí: «Decidle a ese jodido meapilas que encuentre el dinero y cierre el pico.» Ésas eran palabras, Owen, que ningún Paxmore se había atrevido jamás a usar, ni aun a sus obreros más ineptos… Tres siglos de Paxmore no emplearon nunca tales palabras. Pero los dirigentes del país se sentían con derecho a utilizarlas contra mí. ¿Y por qué? Porque yo me atrevía a suscitar cuestiones de decencia.

Steed: ¿Lo hiciste?

Paxmore: ¡Naturalmente! Una docena de veces les previne contra la infracción de la ley.

Steed: Entonces, ¿por qué no dimitiste? ¿Por qué no les tiraste a la cara tu cargo?

Paxmore: Porque me resistía a creer que el comportamiento delictivo emanase de la Casa Blanca. Y por vanidad. Disfrutaba estando cerca de las fuentes del poder, y quería permanecer allí.

(Al llegar a este punto, una fría tarde, quedó en silencio; evidentemente, estaba reconstruyendo los penosos pasos de su descenso al averno, y Steed no hizo más preguntas. En lugar de/ello, se lanzó a su propio y reflexivo monólogo.)

Steed: Lo mismo podría decirse de mí. Me sentí halagado aquel día en que un alto funcionario vino a Tulsa y susurró: «Steed, si quiere ser alguien en la próxima administración…, quiero decir, si desea nuestra protección contra los competidores de su negocio, será mejor que dé pruebas de su apoyo. Y será mejor que las dé pronto y grandes.» Me cogió del brazo, exactamente igual que había hecho el capitán de rugby durante mi primer año en la Universidad, cuando había querido que ingresase en su fraternidad, y me dijo: «Steed, el comité…, y son personas que van a gobernar esta nación durante lo que queda de siglo, le hemos asignado a usted trescientos mil dólares. Yo le dije que no tenía tanto, y él respondió, bajando más aún la voz: "Pero puede echarle mano", y cuando yo repuse que eso sería dinero social, me puso la mano sobre la boca y susurró: "Haré como si usted nunca hubiera dicho eso." Cómo obtenga el dinero es cosa suya, pero le voy a decir una cosa. Quienquiera que sea el que elijamos para Fiscal General, lo tendremos en el bolsillo, y usted nunca tropezará en dificultades con él.» Así, pues, como sabes, ideé una forma de canalizar no la totalidad de los trescientos mil dólares, pero sí doscientos mil, ¿y sabes por qué? Porque quería ser una figura, hacerme valer cuando los sindicatos se pusieran duros, decirle a mi secretaria: «Llame ahora mismo a Washington.» Pero, aparte eso…

(Steed hizo una pausa para contemplar el regreso de los gansos de una expedición en busca de alimento, y mientras las aves sobrevolaban el Choptank dijo a Paxmore: «Tú y yo vamos a tener nuestra parte de esos gansos.» Se sintió decepcionado cuando su retraído amigo no manifestó ninguna excitación, y al cabo de unos momentos continuó.)

Steed: Cuando estalló el escándalo Watergate, yo lo acepté como algo de importancia secundaria, y supuse que nadie se habría molestado en vigilar las oficinas de los demócratas si esos tipos no estuviesen tramando algo ilegal, como suelen hacer. Cuando el presidente negó tener ningún conocimiento del asunto, yo me desentendí de ello. Nunca se me ocurrió que pudieran estar implicados mis doscientos mil dólares, porque nunca había pensado que eso constituyese nada ilegal. Yo me esforzaba, simplemente, por salvar la buena vida de mi nación y mantener su dirección en las manos adecuadas. Escuché parte del testimonio de Dean, y cuando ni siquiera

pudo recordar en qué hotel había estado, le clasifiqué como un farsante y consideré pura invención toda su historia. Y cuando el presidente apareció en la televisión para proclamar su inocencia, pensé que eso daba por terminado el asunto. Así hubiera debido ser, pero la Prensa norteamericana odia a todo el que triunfa. Reporteros que no pertenecieron a fraternidades universitarias ni jugaron al rugby no pueden comprender cómo un hombre inteligente y con arrestos puede ganar treinta millones de dólares. Son anarquistas natos, y eso está tan claro como un relámpago en agosto. Se proponían destruir a Nixon, y lo hicieron. Pero yo era como tú.

Paxmore: ¿Cómo?

Steed: No podía dar crédito a mis oídos cuando las cintas demostraron que Nixon había estado mintiendo. Era inconcebible que un hombre pudiese permanecer ante aquellas cámaras, sabiendo que tenía una bomba de relojería junto al corazón, y proferir semejantes mentiras.

Paxmore: Lo que a mí me hizo creer fue un estúpido artículo que leí. Escrito por su hija mayor, en el que se le exculpaba de todo. Parecía sano y honrado. Tan sincero…

Steed: Mis sospechas comenzaron cuando oí las primeras cintas, las inofensivas, y escuché las revelaciones de cómo dirigían aquellos hombres los asuntos de la nación. La escasa calidad intelectual. La incapacidad para ir tratando ordenadamente de cada tema. El grosero lenguaje. La gran enchilada. Te aseguro, Pusey, que si una reunión presidida por mí en la «Western Oil» se hubiese desarrollado de manera tan confusa, sin poder mis hombres centrarse en el tema, los habría despedido a todos.

Paxmore: Estás incurriendo en un error muy frecuente, Owen. Esperas que un presidente sea presidencial las veinticuatro horas del día. Debes permitirle que sea un ser humano, que hable de vez en cuando como los hombres corrientes, con todas sus vulgaridades.

Steed: Pero en una crisis presidencial, yo espero que sea presidencial. Y dime una cosa, Pusey. ¿No teníais nunca abogados en esas reuniones?

Paxmore: ¿Qué quieres decir?

Steed: Cuando nosotros discutíamos algo importante, o incluso algo que entrañase de alguna manera un problema moral, siempre se hallaba presente, por lo menos, un abogado. Y al cabo de un rato, él intervenía a veces y decía: «Pero no pueden ustedes hacer eso. Es ilegal.»

Paxmore: No se le puede decir no a un presidente. (Al llegar aquí, perdió interés por el detenido análisis de lo ocurrido, pero después de contemplar los gansos durante un rato, continuó hablando.) Ayer estuve leyendo la *Historia de Patamoke,* y se dice en ella que en los viejos tiempos hombres como Clay, Calhoun y Webster visitaron la mansión de tu familia. ¿Cómo habrían reaccionado ellos ante Watergate?

Steed: Mi bisabuelo Paul, que escribió el librito sobre la esclavitud, la defendió, como recordarás. Dejó un conjunto de notas sobre esos hombres, y deduzco de ellas que si Daniel Webster hubiese sido elegido presidente, con toda probabilidad se habría comportado exactamente igual que Nixon, no porque fuese un hombre corrompido, sino por lo mucho que respetaba el dinero y por su vanidad personal. ¿Henri Clay? Ni hablar. Tenía un extraordinario y refinado sentido del honor, que le habría mantenido honrado en una cueva de ladrones. ¿Calhoun? (Aquí se manifestó la reverencia que los Steed habían profesado siempre hacia este gran hombre.) Habría sido inimaginable que se comportase mezquinamente. Él podría haber arrasado la nación, pero nunca le habría robado.

Paxmore: Ésa viene a ser también mi conclusión, Owen. Cualquier hombre de carácter no absolutamente íntegro habría caído en los errores de Nixon.

Steed: Pero puedo asegurarte una cosa. Ni uno solo de esos hombres, si hubiera ocupado la presidencia, habría tolerado los vergonzosos procesos de pensamientos que muestran las cintas. Habría llamado al orden a los reunidos y habría recordado a sus asociados: «Sigamos con la cuestión central.» Pusey, ¿crees que la cuestión central de tu banda era instaurar una dictadura?

Paxmore: Debes recordar, Owen, cómo me describieron. «Ese jodido meapilas.» Nunca se me permitió conocer sus secretos propósitos. Mi trabajo consistía en recaudar dinero y hacerlo llegar a

manos desconocidas. Mi trabajo era acumular deshonor personal. (Calló de pronto, y Steed supuso que las lágrimas sofocaban sus palabras, pero no era así. Estaba mirando al Choptank, a lo largo de cuyas orillas los Paxmore habían ganado tanto honor enfrentándose a las rutinarias tareas que surgen en cualquier río…, la construcción de barcos, hablar en las reuniones, enseñar a otro, defender las leyes. Se encontraba seco y consumido por su falta de fidelidad a esos principios.)

Steed: El mes que viene iremos a cazar.

No hubo respuesta.

El hecho de que Hugo Pflaum le hubiera salvado la vida a Amos Turlock durante el incendio a bordo del *Edén* no significaba que el obstinado y viejo guardabosques hubiese renunciado a su decisión de capturar *La Twombly.* Casi retirado de sus actividades profesionales, el corpulento alemán iba a su despacho sólo tres días a la semana, siempre por la mañana, y cuando veía el espacio vacío en su galería de fotografías, reafirmaba su decisión de encontrar aquella escopeta.

Sus superiores de Annapolis no se sentían ni regocijados ni pacientes.

–Durante treinta y nueve años nos ha estado diciendo: «Cualquier día de éstos encontraré esa escopeta.» ¿Dónde diablos está?

–Creemos que la tiene escondida donde antes estaba la marisma. Y sabemos que la está utilizando porque algunas mañanas, cuando viene a la ciudad, su ropa huele a pólvora.

–Firme un mandamiento y registre su caravana.

–He registrado esa caravana cuatro veces cuando él estaba fuera. No encontré nada.

Se decidió que, puesto que Amos usaba la escopeta hasta nueve o diez veces cada temporada, debía de tenerla escondida en algún lugar próximo a la caravana, y se ordenó a Pflaum que mantuviera vigilada la zona, pero esto provocaba más dificultades de las que resolvía, pues la finca Turlock tenía ciertas características extraordinarias. Desde las entusiastas obras de alfarería de Carolina del Norte, Amos había ampliado su colección de estatuas hasta veinticuatro, y siempre había por allí paseantes casuales que se detenían a admirar la colección de arte. A los mayores les gustaba la reproducción en cemento blanco de

un mármol italiano; mostraba una muchacha desnuda con las manos colocadas de forma que ocultasen las partes consideradas más vulnerables. Pero los niños preferían Santa Claus y sus ocho renos.

Cuando Pflaum inició su vigilancia regular, las cosas se complicaron por el hecho de que Amos había importado un conjunto de ocho figuras bastante grandes que alegraban su corazón: Blanca Nieves, acompañada de los siete enanitos, bellamente esculpidas las ocho. Situadas sobre el césped, las esculturas cautivaban al público, y el policía local comentó aprobadoramente:

–Eso está bien. Más hierba para cortar a mano, pero también más diversión para todo el mundo.

Cuando vio por primera vez las ocho adiciones, Hugo dijo:

–Esto tiene peor aspecto que cuando era una cabaña.

Y tenía razón, pues en los viejos tiempos, la cabaña, aunque maltrecha y destartalada, había compartido la dignidad de los bosques circundantes. Pero esta llamativa caravana, con su pequeña cerca de estacas y sus esculturas sobre el césped, había sido ofensiva desde el principio y no hacía sino empeorar con el tiempo.

Lo que desagradaba particularmente a Pflaum era la rígida manera en que Amos había colocado a los tres enanos: Risueño, Tímido y Gruñón. «Los ha alineado como si fuesen soldados. A los otros, por lo menos, los ha puesto más dispersos.» Se sentía tan molesto por la horrible estética de aquel césped, y tan irritado por su fracaso en encontrar la escopeta, que una mañana abrió el portillo que protegía el sendero que daba acceso a la caravana y, al instante, dio un salto hacia atrás, cuando un muelle oculto accionó un conjunto de claxons de automóvil que tocaban: *¿Conoces a John Peel?*

Alertado, Amos Turlock salió a la puerta y abrió el montante superior.

–¿Te gusta la melodía, Hugo? ¿Que yo sea un cazador y todo eso?

El saludo del claxon había sido la clásica gota que desborda el vaso, por lo cual, sin andarse con rodeos, Hugo dijo:

–Amos, quiero que entregues la escopeta.

–¿Qué escopeta?

–*La Twombly.* Sé que la tienes escondida y sé que la quieres mucho. Pero ha llegado el momento, Amos. Dámela.

–No he puesto las manos en esa escopeta…

–La disparaste hace cuatro noches.

–¿Por qué dices eso?

–A todo lo largo del río, los Turlock están comiendo ganso.

–Todos nosotros somos buenos cazadores, Hugo.

–Sí, lo sois, y no necesitáis ya ese viejo cañón.

–¿Dónde podría esconder yo una escopeta de cuatro metros de largo?

Con generoso gesto, invitó al guardabosques a que inspeccionase la caravana, e incluso gritó:

–Midge, ¿tenemos una escopeta ahí dentro?

–Claro que sí -respondió su desdentada manceba, y salió con una escopeta corriente en la mano.

Amos se echó a reír, y Pflaum dijo:

–Hubiera debido dejar que te ahogases.

Luego le dominó la irritación y exclamó:

–Esos siete enanos son horrorosos.

Y, sin añadir una palabra más, abandonó el lugar.

Cinco noches después, con una fuerte escarcha en el aire y sin luna que delatase la presencia del cazador nocturno, Amos llamó a Rafe, el nieto en quien más confiaba.

–No estamos obligados a cazar más gansos, porque aún no hemos terminado los que cogimos la última vez, pero hay que mantenerse en forma. Vamos a salir.

A las once, él y Rafe salieron de la caravana, avanzaron por el césped, se inclinaron y, cautelosamente, estiraron de dos argollas ocultas en la hierba sobre la que se alzaban los tres enanos, Risueño, Tímido y Gruñón. Lentamente, los enanos se elevaron en el aire, cayendo atrás y dejando al descubierto una tumba de cuatro metros de longitud. Era una escena de una película de Drácula -incluso crujieron los goznes-, salvo que, cuando la tumba se abrió, reveló no un vampiro, sino *La Twombly.*

Amos la levantó con amoroso cuidado, miró el oscuro cielo y dijo a Rafe:

–Trae el perro.

Y cuando el chesapeake salió de la caravana, Amos bajó la tapa, comprobó la posición de los tres enanos y abrió la marcha por entre los árboles hacia el lugar en que estaban escondidos los esquifes.

Era una noche perfecta para cazar gansos, fría pero no en exceso, estrellada pero sin luna. Cuando llegaron al lugar en que el río La Trappe confluía en el Choptank, divisaron grandes cantidades de aves posadas a la distancia adecuada, y, mientras cebaba su enorme escopeta y revisaba el emplazamiento de su culata contra los sacos de agujas de pino, Amos cuchicheó a su nieto:

–Lo mejor que un hombre puede hacer en este mundo es cazar, pescar o coger ostras. Dios puso todas estas cosas aquí abajo para que disfrutásemos de ellas, pero las escondió para que sólo un hombre decidido pudiese cogerlas. Nuestro deber es intentarlo.

Al mirar a lo largo del pulido cañón de *La Twombly,* vio el destello de Orion y mostró al muchacho cómo esa constelación acechaba por los cielos como un poderoso cazador en busca de piezas sobre las que disparar.

–No es casualidad que aparezca en invierno. Está allí arriba para protegernos…, a nosotros y a la escopeta.

Acarició suavemente el metálico cañón y preguntó:

–¿Cuántos años tienes, Rafe?

–Diez.

–¡Dios Todopoderoso, muchacho, esta escopeta es quince veces más vieja que tú! Piensa en ello, quince chicos distintos de tu misma edad han cuidado esta escopeta, y ahora es tu responsabilidad.

El rojo chesapeake, percibiendo la presencia de los gansos, empezaba a agitarse; Amos no había sacado aún los canaletes, y el perro temía que algo pudiera espantar a aquellos gansos. Emitía suaves ruidos para indicar su desagrado por los chapuceros métodos que se estaban siguiendo aquella noche, pero Amos le ordenó con un gruñido que guardara silencio. Quería hablar con el chico.

–En realidad, el hombre sólo tiene tres obligaciones. Alimentar a su familia. Entrenar a su perro. Cuidar de su escopeta. Si haces eso bien, no tienes que preocuparte de cosas tales como hipotecas, el cáncer y el recaudador de impuestos. Tú cuida de la escopeta, y Dios se ocupará de la hipoteca.

–La ley no…

–La ley nos quita la escopeta, Rafe, cuando es lo bastante lista para encontrarla. Yo llevo cincuenta años guardando esta escopeta. Tú podrás hacerlo otros cincuenta.

–Pero Hugo Pflaum estuvo prácticamente de pie encima de ella la otra mañana.

–Por eso es por lo que los Turlock tendremos siempre esta escopeta.

–¿Por qué?

–Porque todos nosotros somos listos, y todos los guardabosques son estúpidos.

El perro gimió, ansioso de comenzar la caza, pero quedó atónito ante lo que sucedió a continuación. Amos Turlock estaba saliendo del esquife que llevaba *La Twombly* e invitando a su nieto a ocupar su puesto con los canaletes.

–Es hora de que aprendas -dijo, cuando finalizó el delicado traslado.

–Quieres que yo…

–Tienes que recordar dos cosas. Apunta el esquife, no la escopeta. Y, ¡por amor de Cristo!, mantente apartado de la culata, porque su zambombazo es infernal.

Con suave empujón, lanzó el esquife hacia los gansos posados sobre el agua y, luego, extendió la mano hacia la cabeza de su perro. Atrayendo hacia sí al chesapeake, le agarró nerviosamente mientras el muchacho desaparecía en la oscuridad. El perro, percibiendo que aquélla era una noche insólita, permaneció junto a su amo y aguardó la gran explosión que le haría saltar al agua en busca de gansos.

Fue una larga espera, pero ni el hombre ni el perro se inquietaron; Amos podía recordar noches en que había necesitado maniobrar con los canaletes durante una hora antes de quedar satisfecho de su posición, y Rafe había sido adiestrado para actuar meticulosamente. En el puesto de tierra recordó admirativamente Amos, Rafe siempre había sabido esperar.

Al fin empezó a temblar, deseando desesperadamente que su nieto manejara de forma adecuada el esquife, y la enorme escopeta, y las tradiciones de aquel río.

–Es un bautismo -susurró al tenso animal, y los dedos de su mano derecha se enroscaron con tal fuerza en el pelo del perro, que el chesapeake gimió y se apartó, yéndose a su lugar habitual en la proa, donde podía permanecer con las patas delanteras apoyadas en la borda y escudriñando la oscuridad.

–¡Santo Dios! – rogó el anciano-, que lo haga bien… para que le coja gusto.

Pasaron cuarenta minutos, y Orion recorría los cielos, como siempre sin lograr capturar su presa. Pero cuando la tensión comenzaba ya a hacerse intolerable en el esquife de Amos, el cielo nocturno estalló, gritaron los gansos, y el perro saltó a la oscuridad.

A la mañana siguiente llamaron al despacho de Hugo Pflaum desde siete casas distintas para informar que alguien había estado cazando ilegalmente en el Choptank.

–Sé que estaban allí, Mr. Pflaum, porque dos gansos muertos han llegado a mi orilla arrastrados por la corriente. Además, me hallaba entonces viendo la televisión, y le dije a mi mujer: «Ese disparo no ha sido en la tele.»

Los informes eran tan detallados, que Pflaum subió a su coche y se dirigió a toda velocidad a la caravana de Turlock, pero, como había previsto, Amos se hallaba ausente. Repartiendo gansos a lo largo del río, supuso. También Midge se había ido para hacer sus compras en la tienda de Steed, en Ciudad del Ocaso. Sólo un chiquillo, de no más de once años, estaba en un ángulo del césped, observando recelosamente cómo el corpulento guardabosques se movía por entre los siete enanos.

–¿Quién eres tú, hijo?

–Rafe.

–¿No serás hijo de Amos?

–Nieto.

–¿Sabes dónde está tu abuelo?

Ninguna respuesta.

–¿Sabes dónde estuvo anoche?

Ni el menor parpadeo en los azules ojos.

Los Turlock desconcertaban a Hugo, aunque su madre y su mujer procedían de ese clan; siempre parecían estúpidos, pero en momentos de crisis, siempre lograban reunir inteligencia suficiente para burlar a

los demás. ¡Mira este chico! Pelo rubio que le llega hasta los ojos, cortado por detrás con la ayuda de un tazón, mirada perdida, gruesos pantalones de lana sujetos por unos tirantes rotos, ni siquiera parecía saber que Pflaum era el guardabosques y pariente lejano suyo. «Quizá -pensó Hugo en un momento de perfidia- pueda engañar a este crío y sonsacarle.»

–¿Estuvo pescando anoche tu abuelito?

–¿Qué?

El chiquillo se negaba a abandonar su puesto en el ángulo del césped.

–¿Siempre caza con esa escopeta grande?

–¿Qué?

–¿Dónde la guarda, Rafe?

–¿Guardar, qué? – preguntó el muchacho, con una expresión de estupidez en el rostro.

–Dile a tu padre…

–Mi padre está en Baltimore.

–Me refiero a tu abuelo -exclamó secamente Pflaum.

–Decirle ¿qué? – preguntó el chico.

–Que he estado aquí.

–¿Quién es usted?

–Sabes perfectamente quién soy. Soy Hugo Pflaum, tu tío, más o menos. Dile que he estado aquí.

Disgustado, el guardabosques dio una patada a la hierba, volvió sobre sus pasos por entre las esculturas del jardín y regresó a la ciudad.

Cuando se hubo ido y el automóvil se hubo alejado del recodo, Rafe Turlock se apoyó contra la caravana, y habría caído si no se hubiese agarrado a un resalte. Manteniéndose más o menos erguido, empezó a vomitar, no una ni dos veces, sino siete, hasta que su estómago quedó vacío, y su cuerpo, dolorido.

Midge le encontró allí, agitado todavía por las náuseas, y pensó que se habría resfriado, pues el chico no dio ninguna explicación de sus espasmos. Insistió en que se metiera en la cama, y allí quedó tendido, con unas compresas húmedas en la frente, esperando que volviese su abuelo.

Amos permaneció ausente largo tiempo, repartiendo gansos, pero cuando llegó a la cocina y oyó el relato del ataque sufrido por su nieto, adivinó cuál había sido la causa. Entró en el cuarto y preguntó:

–¿Ha estado Hugo Pflaum?

–Sí. Estuvo justo encima de la escopeta, haciendo preguntas.

–¿Sobre anoche?

–Y la escopeta.

–¿Y qué le dijiste?

–Nada, pero cuando le dio una patada a una de las argollas, casi vomité.

–Midge dice que lo has hecho. Por todas partes.

–Eso fue después.

Amos no dio unas palmaditas en la cabeza a su nieto, ni le felicitó de ninguna manera. El chico había hecho solamente lo que debía, pero quería hacer saber a Rafe que estaba complacido, así que llamó con un silbido al chesapeake, y, para sorpresa del perro, la puerta se abrió y fue invitado a entrar en la caravana. Buscó rápidamente a su joven amo y, comprendiendo que el chico estaba enfermo, se quedó junto a su cama, lamiéndole los fláccidos dedos.

Amos cerró la puerta de la habitación y no dio ninguna explicación a Midge. Salió al césped para inspeccionar sus veinticuatro esculturas: los renos se alineaban detrás de Santa Claus, el flamenco púrpura extendía sus alas de cemento hacia Ciudad del Ocaso y los siete enanitos seguían a su ama. Volviéndose hacia el lugar en que se alineaban tres de ellos, Amos podía casi ver la gran escopeta que reposaba a sus pies.

–Segura para otros cincuenta años -dijo.

Una fresca mañana de noviembre, Owen Steed se despertó al oír alboroto de pájaros al otro lado de su ventana, y se sintió tan encantado por su vitalidad que, sin vestirse, salió al jardín, donde podía ver el río del que había emigrado el águila pescadora. Reverentemente erguido en medio de una belleza que no había visto en ningún otro lugar de la Tierra, reflexionó en que nadie había acertado a describir plenamente el sereno esplendor de la Orilla Oriental. Cumplía sesenta y seis años aquella mañana, y sabía que sólo disponía de un limitado número de años para disfrutar de aquellos estuarios, pero se alegraba de que sus

desventuras en Oklahoma le hubiesen forzado a regresar a las adormecidas glorias de su juventud.

Cuando volvió al dormitorio, oyó que Ethel se estaba lavando y dijo:

–Llaman a esto la tierra de la vida agradable, pero eso es mero hedonismo.

–¿De qué estás hablando, Owen?

–Los imperecederos valores de este lugar. Mañanas radiantes como ésta. Noches frías.

–Sí que fueron frías el invierno pasado.

–Hablo en serio. Sobre una tierra que vale la pena preservar -titubeó-. ¿Vas a venir conmigo a la conferencia?

–¿Qué conferencia? – y, antes de que él pudiera contestar, exclamó entusiásticamente -: Ese hombre de Annapolis. El que viene a aconsejarnos sobre cómo poner fin a la plaga de latas de cerveza.

Pensaba asistir, desde luego.

Pero, al entrar en la sala, Chris Pflaum echó un jarro de agua fría sobre su entusiasmo.

–No os va a gustar lo que dice. Es muy deprimente.

Ciertamente lo era, un hombre alto y anguloso que frisaba en los sesenta años, gastado por los forcejeos burocráticos.

«Soy el doctor Paul Adamson, y he venido para advertirles que se engañan si creen que van a restablecer su deteriorado paisaje razonando o citando ejemplos horribles. Siete Estados han llevado a cabo referendums en los tres últimos años, y los votantes han dado una respuesta clara y tajante: "Nos gusta nuestra basura. Insistimos en el derecho a tirar nuestras botellas de cerveza donde nos dé la real gana."

»Es contraproducente argüir que nuestros ciudadanos no deberían exhibir rasgos tan destructivos. Nuestro problema consiste en descubrir por qué se muestran tan leales a la lata de cerveza vacía y por qué insisten en usarla para decorar nuestras carreteras. Actúan aquí tres factores de perturbación. En primer lugar, beber de una lata, ya contenga cerveza o gaseosa, es un símbolo machista, y en una época en que reprimimos una manifestación machista tras otra -galanteos al viejo estilo, el uso de armas, ciertas formas de hablar-, los jóvenes están descubriendo la lata de cerveza como un último refugio. Es socialmente

deseable beber, y el sentido de dominación exige que, cuando la lata queda vacía, sea arrojada con arrogancia allá donde más ostensible resulte su presencia.

»En segundo lugar, en una época en que 'el Gobierno coarta nuestros actos en docenas de nuevas formas, y en que anualmente envía impresos de declaración de impuestos que nadie puede entender, es inevitable que la persona vigorosa trate de encontrar alguna manera de expresar su resentimiento, ¿y cuál mejor que con una botella de cerveza vacía?

»En tercer lugar, y esto es moralmente mucho más repulsivo que las dos primeras razones, y también menos susceptible de control, arrojar desechos sobre un césped constituye una forma de agresión social utilizada especialmente por aquellos grupos que se sienten marginados por la sociedad. ¿Quieren los responsables de la comunidad mantener limpias las cunetas? El joven rebelde se opone a todo lo que los responsables tratan de proteger, y arrojar envases vacíos en los lugares que ellos más aprecian constituye una venganza satisfactoria.

»Tenemos, así, tres poderosas razones que nos impulsan a mancillar la tierra, y casi ninguna que nos induzca a protegerla. Amigos míos, ustedes y yo estamos empeñados en una batalla perdida de antemano.»

Esta doliente letanía levantó fogosos comentarios. «¿No podemos aprobar leyes que impongan el pago de un depósito sobre latas y botellas?» Adamson replicó que la mayoría de los votantes habían rechazado tales planes, basándose en que constituían una limitación a su libertad. «¿No podemos nombrar funcionarios del condado para recoger en camiones todos los desperdicios?» Adamson señaló once casos en que otras tantas comunidades habían rechazado esas propuestas por considerar que entrañaban gastos injustificados, argumentándose que penalizaban a los que no bebían cerveza. «¿No podemos, simplemente, proscribir esas malditas cosas como socialmente destructivas? Una plaga de langosta la proscribiríamos en seguida.» Adamson no tuvo que ir muy lejos para responder a esto; aludió a la decisión de la comisión en el sentido de que, como Norman Turlock había invertido tanto dinero en su planta de envasado, sería injusto para él cambiar ahora las normas.

–¿Qué podemos hacer? – preguntó Ethel Steed, con desesperado tono.

–Nada -respondió Adamson-. Yo soy el presidente del organismo que debe impedir el despojo de la belleza natural de Maryland, y no hay absolutamente nada que yo pueda hacer.

Hizo una pausa, para dejar que esto quedase bien claro, y luego, añadió:

–Pero hay una cosa que podría usted intentar.

Todos se inclinaron hacia delante, pues era grande su deseo de poner fin a aquella inconveniencia.

–Cómprese un cesto y salga conmigo tres días a la semana para recoger las malditas latas.

La reunión finalizó en un ambiente tan desesperanzado que los Steed no tenían ningún deseo de irse a casa, y se sintieron aliviados cuando Chris Pflaum sugirió que esperasen en el vestíbulo y fuesen a comer con el doctor Adamson. Lo encontraron en un estado de ánimo reflexivo, deseoso de hablar sobre los problemas de Chesapeake.

–Me eduqué en Chestertown. Fui allí al Washington College. No aprendí mucho cálculo, pero sí a tripular una goleta. Viví en la bahía en los buenos años, desde 1936 hasta principios de 1942. No había ningún puente sobre la bahía. No había depósitos de petróleo. Cangrejos por todas partes. Las mejores ostras de América. Y, lo que recuerdo con más afecto, podía uno tirarse al agua en cualquier lugar de la bahía y nadar. No había medusas. Fue entonces cuando nació mi intenso amor a la bahía.

Pero no quería hacer hincapié en los viejos tiempos a costa del presente.

–Éstas siguen siendo las aguas interiores más fascinantes del mundo. Un compañero de mi oficina al que le gusta navegar calculó que si un hombre poseyese una embarcación de calado inferior a veinte centímetros, podría navegar por la bahía de Chesapeake durante mil días sucesivos y fondear cada noche en una ensenada distinta.

–Parece improbable -repuso Steed.

–Tomemos el Tred Avon, por ejemplo -sugirió Adamson, y citó de memoria hasta dieciocho afluentes-. Tomemos ahora uno solo de ellos, el Plaindealing, y recordemos las ensenadas que podemos citar. Doce.

Se podrían pasar seis meses en el Tred Avon y fondear cada noche en alguna ensenada de celestial belleza. Y recuerden que tenemos cuarenta ríos tan buenos como el Tred Avon. Mi amigo se quedaba corto. Debe de haber ocho mil ensenadas a lo largo de esta bahía…, todas ellas en peligro.

Habló de la terrible carga que la Humanidad estaba arrojando sobre aquel mar interior: efluvios de los sistemas de alcantarillado, venenos de las fábricas, vertidos industriales de todo el valle del Susquehanna, los desperdicios de la flota pesquera, la terrible presión de los seres humanos, cada año más insistentes, menos disciplinados, más derrochadores, menos atentos.

–Los ecólogos de Alemania, Japón y Rusia están trabajando sobre la teoría de que es el propio hombre el contaminante. No sus fábricas, ni sus sustancias químicas, ni sus vertidos de petróleo. Éstos son los desastres ostensibles, pero el permanente es la acumulación de hombres y mujeres en grandes cantidades y grandes aglomeraciones. Aunque no hagan ni una sola cosa desastrosa, son ellos quienes crean el desastre. Por su número sólo se les conocerá.

Se extendió sobre esto durante casi media hora, desarrollando el tema enunciado primeramente por estudiosos alemanes que analizaban la India.

–Descubrieron que el número es por sí solo el determinante. En todo el mundo, allá donde se congregan seis mil personas, justifican una ciudad. Seis mil personas merecen tener un zapatero, y un barbero, y un hombre especializado en hacer pasteles, y un ingeniero de alcantarillas, por primitivas que sean. El especialista foráneo no tiene ningún derecho a preguntar: «¿Cuál es la justificación de esta ciudad?» Ella es su propia justificación.

Bien, la misma clase de límite opera, probablemente, en sentido negativo. Si se concentra a orillas de cualquier extensión de agua una población suficientemente grande, ese agua será destruida. Se está ante el Mediterráneo dentro de doscientos años.

Una mujer sentada también a la mesa formuló la evidente observación de que ella no iba a estar en Chesapeake dentro de doscientos años y de que dudaba mucho que estuviera tampoco ninguno de los demás, a lo que Adamson replicó, sin impaciencia:

–El testigo individual desaparece, sí, pero la inteligencia colectiva persiste. Dentro de doscientos años, el 2177, alguien como yo, con todas mis aprensiones, estará almorzando en Patamoke y pensando en el futuro de Chesapeake. Debemos asegurar que la bahía exista aún para que se preocupe por ella.

–Éramos pesimistas sobre la posibilidad de controlar las latas de cerveza vacías -dijo Steed-. ¿Qué hay de la bahía propiamente dicha?

–Las cifras me aterran, Mr. Steed. Toda la Pensilvania central contamina nuestra bahía. Baltimore, Washington, Roanoke. Millones y millones de personas, todas arrojando sus problemas a la bahía. ¿Cómo puede sobrevivir?

–Eso decíamos de los gansos hace cuarenta años. Y mire ahora.

–¡Sí! – exclamó Adamson, brillando en sus ojos el entusiasmo que había adquirido de niño-. El factor esperanzador es lo que hemos descubierto en varios países. Cualquier masa de agua dotada de fuerte corriente, por contaminada que esté, puede purificarse a sí misma, renovarse por completo en tres años. Si se la protege. Si se le permite regenerarse a su propia y lenta manera.

–¿Hasta el lago Erie? – preguntó una mujer.

–¡Claro que sí! Tres años de cuidados absolutos, sin ninguna contaminación que llegue del Hurón…, la lluvia… Hasta el lago Erie podría purificarse. Quedarían algunos pertinaces sedimentos en el fondo, pero, con el tiempo, aun ellos se degradarían y desaparecerían. La bahía de Chesapeake es como una mujer hermosa. No hay humillación de la que no pueda recobrarse.

La habitación en la que estaban almorzando los ecólogos daba al Choptank, y desde ella nadie habría podido deducir que el río había cambiado gran cosa en los últimos 370 años de ocupación por el hombre blanco: la anchura era la misma; el color seguía siendo achocolatado; las mareas subían y bajaban sin provocar grandes trastornos; y los gansos habían vuelto. Tierras que habían empezado a perecer bajo el peso de los tomates estaban prosperando al plantarse en ellas maíz -miles y miles de acres-, y más allá de la isla Devon -de lo que quedaba de ella- la bahía reposaba bajo la luz del sol invernal.

–Ahora se encuentra en un estado terrible -observó Adamson-. Supongo que sabrá que hemos tenido que cerrar tres esteros más.

Todas las ostras contaminadas. Fábricas de hepatitis, las llaman nuestros médicos. Se come usted una ración de seis, y se pasa medio año en la cama. La bahía se ha convertido en una letrina, un vertedero para Baltimore…, y las demás. Pero podría ser restaurada.

Se levantó y caminó nerviosamente por la habitación, mirando alternativamente al Choptank y a los bosques que se extendían en la otra orilla.

–Nuestra finalidad debe ser la de que en algún momento, dentro de los próximos doscientos años, haya un grupo de personas como nosotros capaces de convencer a la sociedad para que conceda tres años de descanso a la bahía. Revivirá. Las ostras volverán a ser comestibles. Retornarán los peces. Crecerá la hierba en los esteros, y también regresarán los patos. Millones de ellos.

Se hallaba tan excitado por las infinitas posibilidades de rejuvenecimiento, que continuó:

–Desde luego, cuando vuelvan los patos, tal vez se marchen los gansos. Entonces, cambiaremos otra vez, y regresarán. Podemos hacer revivir a la bahía entera, a todas y cada una de sus ocho mil ensenadas…

Vaciló. Su rostro se ensombreció.

–A menos, naturalmente, que hayamos contaminado tanto los océanos, que ya no puedan enviar peces y aguas puras a la bahía.

Se encogió de hombros.

–La Humanidad fue destinada a vivir al borde del desastre perpetuo. Nosotros somos Humanidad porque sobrevivimos. Lo hacemos de forma muy poco inteligente, pero lo hacemos. Supongo que antes de que el año termine incluso veremos retornar anadeando alguna garza azul. Su lucha ha durado once mil años. La nuestra está sólo empezando.

No sólo fueron deprimentes las titubeantes predicciones del comisionado Adamson, sino que adondequiera que los Steed fueron aquella tarde, vieron el collar de desperdicios ribeteando la carretera para recordarles que se hallaban impotentes de hacer nada sobre aquella relativamente pequeña contaminación. Owen se irritó tanto que no podía dormir, y pensó en dirigirse río arriba hasta Acantilado de la Paz para hablar con Pusey Paxmore acerca de la elevación y caída de

las fortunas humanas, pero consideró que eso constituiría una imposición.

Permaneció hasta bien pasada la medianoche escuchando los últimos cuartetos de Beethoven, y antes de amanecer salió de la casa para ver a los gansos comer en el estero. En cuanto asomó el Sol por el horizonte, telefoneó a Chris Pflaum, a orillas del Pequeño Choptank, para preguntarle si podía pasarse por allí.

–Nada importante. Ayer quedé muy deprimido, y he pensado en que quizá te gustase bajar al viejo transbordador de Whitehaven, para ver cómo vivían en los viejos tiempos.

Se sintió complacido cuando Pflaum dijo:

–Es una gran idea. Me encantaría visitar las marismas.

Salió de la casa sin despertar a Ethel, contó las latas vacías del cuarto de milla de carretera que utilizaba como barómetro, y cruzó a la orilla meridional del Choptank. Condujo lentamente hacia el Oeste, deteniéndose a presentar sus respetos en la casa en que había vivido el gobernador Hicks antes de la guerra civil: Un hombre extraordinario. Propietario de esclavos. Defensor de la esclavitud hasta la muerte. Va a Annapolis, y solamente con la fuerza de su valor mantiene a Maryland en la Unión. Muere en desgracia. Las gentes del Choptank escupían sobre su tumba. Muy parecido a Pusey. Meneó la cabeza y murmuró:

–Ese pobre hijo de perra…

Pero no habría podido decir si se refería al gobernador que había abandonado el Choptank para encontrar la desgracia en Annapolis, o al cuáquero que había encontrado la suya en la Casa Blanca.

Y tampoco habría reconocido por qué quería visitar la residencia de Chris Pflaum; cierto que los Steed tenían una cierta vaga asociación con la vieja plantación de Herman Cline ocupada ahora por Pflaum, pero nadie se sentía orgulloso de ella. Y se estaban construyendo a lo largo del Pequeño Choptank varias interesantes casas nuevas, pero no ejercían la menor fascinación para un hombre que ya poseía su plantación familiar.

Lo que realmente quería Steed era ver cómo vivía el joven Pflaum; había oído rumores y deseaba cerciorarse de su exactitud. Por ello, se sintió aliviado al encontrar que Chris vivía solo en la vieja casa; su mujer le había abandonado.

–Dijo que podía soportar los mosquitos o la soledad, pero no las dos cosas.

–¿Vas a pedir el divorcio?

–Ella lo va a hacer. Dice que no quiere saber nada de mí. Diez años a orillas del Pequeño Choptank le han dado recuerdos suficientes para toda una vida.

El joven naturalista hablaba sin rencor, y sugirió que Steed dejase su «Cadillac» y viajase en el cochecito de Pflaum.

–Es la forma adecuada de cruzar en el transbordador.

Los dos hombres quedaron encantados de su viaje hacia el Sur; recorrieron las riberas de los pequeños ríos que serpeaban a través de vastas marismas en las que se conservaban los auténticos valores de la Orilla Oriental. Se acercaron a la isla Devon e invitaron a un trago al capitán Boggs. Éste les enseñó un atajo a Whitehaven, donde podían tomar el transbordador sobre el Wicomico.

–Es increíble -dijo Steed, sintiendo relajarse su espíritu al contemplar un paisaje rural que apenas había cambiado en doscientos años-. La única diferencia visible radica en esas nuevas granjas avícolas que producen gallinas para Frank Perdue.

Uno esperaba encontrarse en las increíblemente antiguas carreteras alguna que otra pareja de bueyes transportando madera para los navíos de Su Majestad -Isabel I-, y al final de una carretera, donde ésta descendía hacia un pequeño y fangoso río, aguardaba el transbordador. Naturalmente, estaba en la otra orilla, pero estiraron de una cuerda para dar la señal, y un malhumorado negro se movió por su destartalada embarcación, las ruedas laterales comenzaron a deslizarse sobre un cable, y el pequeño ferry se dirigió lentamente hacia ellos.

Era como cruzar a otro siglo; corriente arriba se alzaban los herrumbrosos restos de lo que en otro tiempo fuera la más espléndida conservería de tomate de la cadena Steed; ¡cuántos hombres y mujeres negros, esclavos hasta poco antes, habían bregado allí en la década de 1870! ¡Cuántos prometedores jóvenes Steed habían trabajado allí para aprender el negocio! Tardaron sólo unos minutos en cruzar, pero reinaba un sosiego tal, se hallaba aquello tan distante de los problemas de la actualidad, que Steed creyó retroceder a los perdidos siglos en que

gobernaban los Steed, y se sintió tentado a un acto propio de aquellos tiempos.

Cogiendo a Chris del brazo, dijo, con voz casi implorante:

–No te vuelvas a casar hasta que conozcas a mi hija.

–¿Señor?

–Lo digo en serio. ¡Maldita sea, Ethel y yo tenemos esa enorme finca! Los Steed siempre han tenido plantaciones así. Mi hijo es ya un caso perdido. Pero mi hija es digna de salvarse. Chris, no te vuelvas a casar hasta que la traiga a casa.

–Ni siquiera sé cómo se llama, Mr. Steed.

–Estamos hablando de siglos, hijo, no de unos pocos y embarullados años. Se llama Clara. ¿Tienes idea de lo que ha pasado, Pusey Paxmore?

La conversación fue interrumpida por un camión que empezó a tocar la bocina, no en la ribera a la que se dirigía el transbordador, sino en la que acababa de dejar.

–¡Maldita sea! – gruñó el operador negro-. Cualquiera pensaría que podríamos coincidir, aunque sólo fuese una vez.

Miró ominosamente a Steed, como si éste tuviera la culpa, y el viaje sobre el Wicomico terminó en un cierto ambiente de confusión, con Owen Steed mirando las ruinas de la conservería y Chris Pflaum triste y aturdido.

–Te lo voy a exponer sencillamente -dijo Steed, mientras regresaban hacia la plantación de Herman Cline-. Mi hija Clara es un poco más joven que tú. Durante tres años se ha deslizado por un tobogán infernal…

Titubeó unos instantes, y luego dijo:

–No te has rodeado de muchas comodidades. Pero la cuestión es, Chris, que ves la tierra como yo la veo. Eres auténtico. Quiero que te cases con Clara y te hagas cargo de nuestra finca cuando yo muera.

–Mr. Steed, un día, en las junglas de Vietnam, descubrí qué era lo importante en mi vida. Las marismas. Vivir con la Naturaleza. Y, si no renunciaría a las marismas por Vera, a la que amaba mucho, puede tener la absoluta seguridad de que no renunciaré a ellas por un chica a la que nunca he visto… y por sus cincuenta acres de hierba segada.

–¡No tienes por qué hacer tal cosa, maldita sea! Vives en las marismas la mitad del año, y la otra mitad en una casa de verdad.

Chris se recostó en su asiento, un joven rudo y vigoroso que ya había tomado las grandes decisiones de su vida, y, mirando fijamente a Steed, vio en él una persona pulcramente vestida y afeitada y desprovista de todo compromiso básico.

–Usted no comprende, Mr. Steed. El norte del Choptank es para millonarios; el sur es para hombres.

–Eso es condenadamente arrogante.

–Y cierto. Yo necesito la tierra. Me gusta esto. Cuando estoy trabajando en las marismas a lo largo del Pequeño Choptank, mi alma se expande. Si viviese en una mansión cuidada y refinada como la suya, me moriría.

Quedó estupefacto ante la respuesta de Steed.

–Hijo, quiero que hables con Washburn Turlock. Pregúntale sobre la vez que me enseñó el Refugio desde una canoa. Me dijo: «Tendrá unos doscientos acres.» Y antes de que pasaran cinco segundos, respondí: «La compro.» Yo necesitaba esa tierra tanto como tú necesitabas tu marisma. La única diferencia entre nosotros es que tú eres más primitivo. Si tienes un poco de cabe2a, estarás en el aeropuerto de Patamoke cuando Clara regrese de París. Creo que ella está tan ansiosa por volver a la tierra como cualquiera de nosotros dos.

Los Turlock sobrevivían porque se adaptaban a su medio ambiente. Desde el momento en que Amos descubrió lo que podían hacer aquellos recién inventados magnetófonos, tuvo la seguridad de que estaban resueltos sus problemas con los gansos.

Siempre había destacado por su habilidad con el reclamo para gansos, atrayéndolos cuando otros fracasaban, pero aun en sus expertos labios aquel instrumento era de resultado incierto, y algunos días no conseguía nada. Así, pues, cruzó el puente y se fue a De Soto Road, en Baltimore, donde proliferaban las tiendas de radios, y se compró un par de potentes altavoces y un sólido magnetófono fabricado en Suecia.

Cuando llegó a casa, Midge gritó desde la cocina:

–¿Qué diablos vas a hacer con ese trasto?

Su intención era grabar las llamadas de las gansas en celo y reproducirlas luego en dirección a las hordas de machos que pasaban volando en lo alto.

–Si manejamos bien este aparato, Rafe, tendremos gansos suficientes para abastecer las cocinas de todos los Turlock a lo largo del Choptank.

Aprendió a manejarlo tan bien, que acudieron cazadores de condados lejanos para presenciar el milagro. Como explicó el cronista de caza del *Baltimore Sun:* «Cuarenta minutos antes de salir el sol, Amos Turlock y sus hombres se dirigen silenciosamente a sus puestos y se ocultan bajo ramas de pino. Al aproximarse el alba y empezar a volar los grandes gansos, Amos pone en funcionamiento su "Tandberg", y se extiende por el firmamento los sonidos de una gansa llamando a los caballeros que pasan por lo alto. Los machos, complacidos al oír la llamada de apareamiento, giran en el aire y descienden velozmente hacia los cañones de las escopetas de Turlock.»

Amos disfrutó de su monopolio solamente durante una temporada; luego, otros empezaron a copiarle; pero fue el Congreso del Estado quien asestó el golpe mortal. Acudieron a él guardabosques como los Pflaum, quejándose de que los Turlock estaban destruyendo el equilibrio de la Naturaleza: «Si continúan así otros tres años, volveremos a estar como antes. Ni un solo ganso en todo el Choptank.» Los legisladores, cazadores la mayoría de ellos, respondieron con un severo edicto que puede leerse en los Estatutos de Maryland y al que llaman la Ley Turlock: «No se permite a ningún cazador seducir gansos machos por medio de ingenios electrónicos.» Y los magnetófonos fueron confiscados.

Pero un Turlock nunca abandona, y en setiembre de 1977, poco antes de que comenzara la temporada de caza, Amos dio con la estratagema definitiva: alquiló cinco vacas.

Cuando las situó, rodeadas por una cerca, junto al estero en que se congregaban los gansos, atrajo a su campo más aves de las que jamás había atraído nadie en el Choptank, y Chris Pflaum preguntó a su padre:

–¿Qué se propone el viejo?

–No lo sé -respondió Pflaum-, pero será mejor que lo averigüemos.

Fueron juntos a la finca de Turlock, y lo que vieron les dejó estupefactos. Allí estaban las cinco vacas. Allí estaban los gansos. Y en el suelo yacía una cantidad de amarillos granos de maíz mayor de lo que cualquier cazador furtivo se atrevería a diseminar en cuatro temporadas. Siempre que Turlock quería un ganso, tenía doscientos esperándole, mientras se alimentaban de su ilegal maíz.

Pero, ¿era ilegal? Como explicó Amos al juez: «Lo único que hago es alimentar generosamente a mis vacas.» Quería decir con eso que las atiborraba de maíz durante dieciséis o dieciocho horas diarias. Sus alquiladas vacas comían tanto, que un gran porcentaje de su alimento pasaba a través de su aparato digestivo sin ser afectado por los ácidos del estómago, y allí yacía en el suelo, convertido en señuelo para los gansos de varias millas a la redonda.

–No puedo declarar culpable a este hombre -dijo el juez-. Él no ha esparcido el maíz. Lo han hecho las vacas.

Y cuando finalizó la temporada, con los frigoríficos de los Turlock abarrotados, el viejo Amos devolvió las vacas alquiladas.

Durante algún tiempo se había dado por supuesto que Owen Steed trataba de hacer salir a Pusey Paxmore de su exilio en la casa telescópica; la táctica sería una cacería matinal de gansos en los maizales del Refugio, así que una fresca mañana de noviembre, antes de que el Sol mostrara siquiera indicios de ir a remontarse sobre el horizonte, se dirigió a Acantilado de la Paz, y encontró a Pusey y su mujer esperando en la oscuridad.

–Insiste en llevarse a *Brutus* -dijo Amanda, mientras agarraba del collar a un labrador negro.

–No podía por menos -dijo Steed, acariciando la cabeza del perro-. ¡Arriba!

El perro saltó a la trasera del coche, se irguió, mientras el chesapeake, de Steed gruñía, y luego se relajó en la camaradería de una partida de caza.

Los dos hombres bajaron en el coche por el sendero, en medio de la oscuridad, y volvieron al Refugio, donde estacionaron el vehículo y empezaron a caminar por entre la leve bruma del amanecer. Al poco rato se encontraron en medio de un amplio campo, aparentemente

baldío, pero lleno, en realidad, de mazorcas de maíz dispersas, que habían dejado las máquinas cosechadoras.

Se dirigieron hacia una extraña construcción, un gigantesco cajón de madera depositado sobre la tierra de tal modo que una gran tapa, camuflada con ramas, podía cerrarse tan pronto como hubieran entrado ellos y sus perros. Una vez seguros en el interior, y ocultos por las ramas, los hombres podían permanecer en pie y mirar a través de largas y estrechas ranuras dispuestas paralelamente a la tierra. Allí esperarían la salida del sol y la llegada de los gansos.

Fue una larga espera. Había muchos gansos en la zona, más de medio millón si se tenían en cuenta todos los estuarios y ensenadas, pero pocos se hallaban interesados por el maizal del Refugio. Grupos ocasionales de seis o siete se desviaban del río, se mantenían alejados de los cazadores y remontaban luego el vuelo. Llegaron las ocho, con viento y frío, sin que se acercara un solo ganso. Las diez, y los gansos seguían sin acercarse. A las once, un radiante sol disipó la bruma, haciendo lo que los cazadores llamaban «un día de pájaro azul», y desapareció toda esperanza de coger un ganso durante las horas del mediodía; los cazadores salieron de su escondrijo, volvieron a colocar la tapa y regresaron pesadamente hasta el automóvil, con los perros casi tan decepcionados como ellos.

En el Refugio, Ethel Steed tenía esperando dos patos asados, con huesos de buey para los perros, y las horas centrales del día fueron pasando casi soñolientamente. Ethel ardía en deseos de hacer preguntas a Pusey sobre Watergate, pero al ver lo relajado que estaba, se contuvo y la conversación se ciñó a temas triviales, hablando cautelosamente cada interlocutor, como si temiese rozar sensibles terminaciones nerviosas.

–Quisiera añadir una observación a las conversaciones que hemos tenido -dijo Pusey, disponiéndose ya a salir-. ¿No es evidente que Eisenhower o Kennedy habrían arreglado todo aquel desorden en una sola tarde? Presentarse en la televisión, confesar virilmente sus errores, despedir a todos los implicados y prometer no permitir que todo aquello volviera a repetirse. El pueblo americano lo habría aceptado.

Ethel sonrió malévolamente y repuso:

–Cuando hablas del deseo de Kennedy de aclararlo todo y actuar con sinceridad, supongo que te referirás a Teddy en Chappaquiddick.

Al ver que su frivolidad sobresaltaba a Paxmore, le pasó un brazo por el hombro y dijo en tono de broma:

–Ya ves, Pusey, los demócratas pueden sufrir parálisis de voluntad igual que los republicanos.

–Se ha nublado el cielo -interrumpió Owen-, y los gansos empezarán a llegar hacia las tres y media. Volvamos allá otra hora.

Pero Pusey, que había disfrutado durante el día, dijo:

–A mí me gustaría quedarme durante dos o tres horas. Llegarán en bandadas al atardecer.

–Tienes razón -respondió Owen-. Pero recuerda que tengo que estar en el aeropuerto a las cinco para recibir a Clara, que vuelve de París.

–¡Qué suerte tienes! – exclamó Paxmore con evidente entusiasmo-. ¡Reuniendo una familia! Olvídate de los gansos. Llévame a casa y sigue tu camino.

–No. Las horas que hemos pasado en el cajón han sido estupendas, y quiero que pruebes el nuevo puesto que hemos construido en el río.

E insistió tanto en que probasen una hora por lo menos sobre el agua, que Pusey se acercó al teléfono y llamó a su mujer.

–No te preocupes, querida. No hemos cazado nada esta mañana, pero vamos a probar un rato en el río. *Brutus* no me dejará volver a casa hasta que cacemos[1] algo.

Se disponía a colgar, cuando añadió rápidamente:

–Amanda, ¿sabes una cosa? Clara Steed vuelve a casa esta tarde. De París.

Cuando hubo colgado el aparato, dijo a los Steed:

–Amanda dice que tenéis mucha suerte. Nosotros no hemos visto a nuestros chicos desde hace siglos.

Este comentario sobre sus respectivas familias le indujo a hacer su observación final sobre Watergate:

–En Georgia muchas familias deben de estar esta tarde presumiendo de los hijos que tienen en Washington. Dentro de seis años puede que algunos de ellos estén en la cárcel.

Los dos hombres llevaron sus perros hasta un lugar próximo a la confluencia de los ríos, un lugar en el que Pentaquod había cazado hacía casi cuatrocientos años. Varios pilotes habían sido hincados en el lecho de la corriente, en medio del agua, para sustentar la clase de tosco palafito tan frecuentemente descrito cuando el *National Geographic* hablaba de Malasia o Borneo. Se llegaba a él en un pequeño bote, al que los perros saltaron con entusiasmo y desde el que pasaron ágilmente a la casa. Los dos hombres subieron tras ellos, y se reanudó la caza.

Steed había tenido razón; habiéndose nublado el sol, los gansos empezaron a volar en busca de una última comida, y antes de que hubiese transcurrido una hora, una bandada de nueve se dirigió en línea recta hacia el puesto, y cada hombre derribó uno de ellos.

–¡Cogedlos! – gritó Steed a los perros, pero la orden era innecesaria, pues al primer aleteo de un ave al caer, los animales saltaron al agua, nadando con soltura hacia las caídas aves y cada uno cobró perfectamente la suya, y regresaron chapoteando al puesto, con los gansos.

–Será mejor que lo dejemos ya -sugirió Steed.

Pero Paxmore se sentía tan complacido con la caza y con la actuación de su perro, que propuso que se quedaran hasta el anochecer, y Steed tuvo que recordarle que debía ir al aeropuerto.

–¡Tienes razón! – exclamó Paxmore-. Claro que tienes que irte. Pero a mí me gustaría quedarme. Puedes recogerme al volver.

–Voy a hacer algo mejor. Iré andando hasta la casa y te dejaré aquí el coche. Así podrás marcharte cuando quieras.

Por primera vez desde que saliera de la prisión de Scanderville, Pusey Paxmore estaba solo, totalmente solo. Durante los últimos meses, Amanda había ido a veces a Patamoke sin él, pero como sabía lo peligrosos que eran sus recuerdos, siempre había comunicado a alguien que Pusey se quedaba sin compañía. Misteriosamente, siempre había amigos que le visitaban para charlar de los tiempos en que se construían barcos, o Washburn Turlock subía por el sendero en compañía de clientes que deseaban ver una casa telescópica. Nunca le dejaban estar solo.

En muchos aspectos resultaba un alivio estar allí en el puesto, sin preguntas curiosas ni consoladoras seguridades. Aquél era el Choptank, fuente intemporal de la vitalidad de los Paxmore. Era a este río al que habían llegado los primeros constructores de barcos buscando sus robles y las maderas curvas con que construían sus naves. Una bandada de gansos pasó por lo alto, pero no se molestó en levantar su escopeta. *Brutus,* viendo a las aves pasar sin ser molestadas, empezó a gemir y a estirarle de la manga a su amo.

Pusey no prestaba atención porque estaba murmurando de nuevo las vulgaridades que recientemente le habían sostenido: En 1969 América estaba en peligro… Los revolucionarios estaban quemando nuestras ciudades… El dinero que recaudé era para una buena causa.

Ni siquiera el ruido de una bandada de gansos al pasar sobre su cabeza rompió este rosario de manoseadas cuentas. Las aves estaban demasiado lejos para poder abatirlas de un disparo, pero *Brutus* advirtió la falta de atención de su amo, y se tornó inquieto; cuando cinco gansos volaron en línea recta hacia el puesto en que se encontraban sin suscitar en él ninguna reacción, ladró.

Paxmore no oía, pues había llegado a una crisis en su introspección: «Quizás era yo tan despreciable como parecía.» Cuando intentó una excusa, se encontró atrapado al final de un largo pasillo del que no era posible escapar, así que, con cruel sinceridad, murmuró la verdad:

–Comencé a trabajar en la Casa Blanca poseyendo las más sólidas virtudes americanas, y las sacrifiqué todas a la conveniencia. Woolman Paxmore y tía Emily me proporcionaron la más fuerte armadura moral. Pieza a pieza, fui despojándome de ella. ¿Y para qué?

La ineludible respuesta llegó áspera y despiadadamente: Para perpetuar en el poder a hombres dispuestos a destruir los cimientos de esta nación.

No podía evitar valorarse a sí mismo: Me consideraban de tan trivial importancia, que no pudieron encontrar ninguna razón para defenderme. ¿Era justa su horrible descripción? *¡Ese jodido meapilas!* ;Oh, Jesús! ¿Qué he hecho yo?

Su desintegración era tan completa, que nada podía salvarle…, ni su fe, ni el amor de sus amigos, ni siquiera las frías aguas de la bahía de Chesapeake. Su horrible error había sido abandonar la tierra que le

había criado; los hombres no están obligados a aferrarse para siempre al pedazo de tierra que les ha visto nacer, pero deberían prestar atención a los principios que derivan de ella. Terminar la propia vida como Pusey Paxmore estaba terminando la suya, era acabar en un montón de basura.

¡Terminar la propia vida! ¿Era éste el innoble fin, allí, en un puesto para la caza de gansos, una fría tarde de otoño?

Había razones para pensar que podría ser deseable poner fin a todo: la vergüenza que no se podía borrar; la pena de cárcel, tan justificada en Derecho; el repudio de aquéllos a quienes había servido; sobre todo, la humillación que había acarreado a su familia. Eran éstos castigos tan horribles, que la simple muerte sería una liberación.

Pero había también buenas razones para rechazar la idea: el firme y constante amor de su mujer… No necesitaba enumerar más. Acudieron a su mente las palabras de un himno que con tanta frecuencia había cantado en Harvard:

OceanofPDF.com

La sombra de una poderosa roca
sobre una tierra fatigada.

Ninguna descripción podía resumir más perfectamente el carácter de su mujer; ella le había prevenido contra Washington, le había avisado de los peligros a que se enfrentaba en una Casa Blanca carente de fibra moral, y nunca había dicho: «Ya te lo advertí.» Si le hubiese escuchado, nunca habría sucedido.

Pero este mismo reconocimiento de su fuerza le excusaba de basar su decisión en los efectos que pudiera producir sobre ella: ella sobrevivirá. Ella no es la sombra de una roca. Es la roca. Y la apartó de sus cálculos.

Era el final del día, el final de noviembre, ese sutil y peligroso mes. Era el final de una vida pasada en direcciones equivocadas, y no podía hallar justificación alguna para su continuación.

Bajando la escopeta del borde del puesto, sobre el que los gansos volaban con absoluta impunidad, apoyó la culata en el suelo, entre sus botas. Colocándose el cañón bajo la barbilla, tanteó con el dedo índice derecho, encontró el gatillo… y, sin pesadumbre ni vacilación, lo oprimió.

DECIMOCUARTO VIAJE: 1978

Las peores tormentas que se abaten sobre Chesapeake son los huracanes que nacen en el Caribe y parecen alcanzar la bahía cada veinte años, aproximadamente. Pero hay también tormentas menores que llegan rugientes desde el Atlántico, transportando grandes cantidades de agua y acompañadas por vientos de fuerza demoledora.

Estas tormentas aparecen anualmente, barriendo la costa en Norfolk con olas enormes que engullen a los pescadores descuidados. En cuestión de cinco minutos se levanta un viento de más de 130 kilómetros por hora, capaz de hacer zozobrar aun al barco más grande. En 1977, una de estas tormentas destruyó un *skipjack*…, seis hombres ahogados; un cangrejero…, cuatro desaparecidos; un bote de remos frente a Patamoke…, dos muertos.

En noviembre de 1977, una de estas tormentas recorrió el Atlántico durante varios días, permaneciendo justamente al sur de Norfolk, y los aprensivos pescadores aventuraban predicciones sobre si subiría hasta

Pensilvania, inundando de nuevo los valles, o se quedaría abajo para que la bahía recibiese todo su impacto.

–Parece que se mantiene alta -dijo Martin Caveny, el hermano del sacerdote.

–En ese caso -predijo su amigo Amos Turlock-, la' bahía se inundará otra vez.

–La bahía se recobra. Los cangrejos y las ostras saben protegerse.

–¿No quería Mrs. Paxmore que supervisásemos todo? Me refiero a la barcaza y todo eso.

–Sí -respondió Caveny.

–¿Crees que la tormenta esperará a que lleguemos a Patamoke y volvamos?

Antes de dar una respuesta que más tarde pudiera ser utilizada contra él, Caveny observó el encapotado firmamento. Cambiando de posición para poder ver los dentados restos de la isla Devon, se fijó en la forma en que las avanzadillas de la inminente tormenta atacaban las ruinas de *Venganza de Rosalind.*

–No llegará aquí antes del anochecer.

–Nos arriesgaremos -dijo Turlock-. Los barcos eran el negocio de la familia de Pusey, y no estaríamos enterrándole hoy si se hubiera quedado con ellos.

–Ella insistirá en ir en barco -dijo Caveny-, a menos que se desate un huracán.

–Y un huracán es lo que va a llegar -añadió Turlock-. Hacía medianoche.

Oyó un ruido y, al volverse, vio a la viuda que salía de la casa telescópica.

–Ahí viene, tan seria como siempre.

–¿Cómo va a estar? ¿Con la televisión recordando todo, fotos de Scanderville y todo eso?

–A ella no le importan un bledo esas cosas.

–A todo el mundo le importan. ¿No te importaría a ti?

–Yo no habría estado en la cárcel. Nosotros, los Turlock, nunca nos salimos de nuestro puesto.

–¿Crees que Pusey lo hizo?

–Si se hubiera quedado en casa -respondió Turlock-, no habría aterrizado en la cárcel.

Mrs. Paxmore llegó junto a los dos hombres y observó el horizonte.

–¿Vamos a tener un huracán?

–Sí -convino Turlock.

–¿Cuándo?

–No antes de anochecer -dijo Amos-. Es decir, en opinión de éste.

Mr. Paxmore se volvió hacia Caveny.

–¿Podemos llegar a Patamoke? El regreso no me preocupa.

–Le prometo que llegaremos -dijo Caveny-. Después del funeral hablaremos sobre la vuelta.

–Parece razonable. Bajaremos el ataúd a las diez.

Se disponía a marcharse, cuando Caveny le detuvo.

–¿Le gustaría a usted que fuésemos de luto?

Pensando que les ahorraba una situación embarazosa por si no tenían trajes negros, respondió:

–Creo que no. Un entierro es un incidente en la vida…

–Tenemos trajes negros.

–¡Oh! Sí que me gustaría que fueseis de luto. Sería… -No encontró ningún adjetivo satisfactorio, y concluyó-: apropiado.

A las nueve y media llamó a los dos hombres, vestidos ahora con sus mejores galas, y les dijo:

–Vamos a traer el ataúd.

Y se reunieron con los dos hijos de Paxmore, que habían llegado para el funeral. Mientras llevaban el féretro hasta la barcaza, los jóvenes preguntaron, con tono casual:

–¿Qué, buenas capturas este año?

–Nunca suficientes -respondió Turlock.

–¿Está arruinando la bahía el Kepone de Virginia?

–Toda Virginia arruina la bahía -dijo Turlock, reviviendo atávicas animosidades.

–¿Todos vuestros parientes están enterrados en Patamoke? –preguntó Caveny.

–Si.

–Una pena lo de vuestro padre.

–Sí, y nada hubiera podido impedirlo.

–¿Crees que Nixon le arrojó a los lobos?

–No, siempre somos nosotros mismos los que nos arrojamos. Pero los lobos están esperando.

Cuando el ataúd quedó instalado en el fondo de la barcaza, se sacaron sillas plegables de lona para Mrs. Paxmore y las esposas de los dos hijos. Turlock puso en marcha el motor, y comenzó el último y largo viaje hasta el cementerio cuáquero, pero cuando la carcasa se separó del muelle, otras tres embarcaciones se situaron detrás de ella, y en la última Amanda vio a cuatro miembros de la familia Cater: el capitán Absalom, su mujer, una hija y, para sorpresa general, su primo Hiram, grave y silencioso después de los años pasados en prisión. Los negros no dijeron nada, no hicieron ninguna señal de reconocimiento; simplemente, se unieron al cortejo. Era tradición oral en su familia, venerada como un pasaje de la Biblia, que en tiempos difíciles podía confiarse en los Paxmore, y ni siquiera el hecho de que el difunto Pusey Paxmore hubiese lanzado al FBI en persecución de Hiram era suficiente para impedir que el joven asistiese al funeral. Cuando la barcaza llegó a Patamoke, él y Absalom se adelantaron para ayudar a transportar el ataúd hasta el cementerio; no permitieron que ningún taxi ni furgón hiciera ese trabajo.

Las intervenciones orales ante la tumba habrían sido breves, al estilo cuáquero, si no hubiera aparecido inesperadamente el padre Frederick, un anciano ya, para pronunciar una corta oración, que acabó siendo larga:

–Nunca fue católico, pero se mostró amigo de todos los que lo eran. Uno de sus antepasados construyó esta capilla, pero Pusey nos dio el dinero necesario para reconstruir nuestra iglesia. Encontré muchas veces ayuda en esta casa, cuando sólo muy escasa la recibía de mis propios fieles.

Continuó hablando, pasando revista a la vida de Pusey y expresando aquellas importantes verdades que otros habían temido exponer a causa del trágico carácter de su suicidio.

–No sólo fue un hombre generoso -concluyó el padre Caveny-, sino también valiente. Cuando la nación le necesitó, acudió sin vacilar. Cuando su jefe precisó protección, se la dispensó. De poco le sirvió, poca ayuda obtuvo de aquellos a quienes apoyó. Damos sepultura a

nuestro amigo Pusey con amor y con un recuerdo. Ningún hombre ni mujer de cuantos se encuentran ante esta tumba fue jamás más pobre por nada de lo que él hiciera. Que quienes le amaron sean quienes le depositen en el lugar de su descanso final.

Tras decir esto, cogió desafiantemente una pala, aunque sabía que su propia iglesia miraba severamente el suicidio, y arrojó una paletada de tierra sobre el ataúd. Con meticulosos gestos, fue pasando la pala a Hiram Cater, Martin Caveny, Amos Turlock y, finalmente, a los hijos de Paxmore. Y Pusey fue enterrado entre capitanes de mar que habían navegado a Londres y Barbados, entre aquellos modestos héroes que habían resistido al rey Jorge, y con los olvidados granjeros y comerciantes que habían hecho de la Orilla Oriental un lugar de dignidad.

Después del funeral se celebró una pequeña recepción en la casa de una familia cuáquera. Allí, los Paxmore y los pescadores discutieron si era factible regresar por agua a Acantilado de la Paz, y quedó claro que Mrs. Paxmore esperaba volver en lancha, aun cuando existiese peligro…

–Pusey amaba este río.

Sus hijos se mostraron dubitativos.

–Va a haber una auténtica tempestad, madre. No deberías correr el riesgo.

–Quizá tengáis razón. Llevad a las chicas en el coche. En cuanto a mí, si Amos y Martin están dispuestos…

–Él dijo que la tormenta no caerá hasta el anochecer -apuntó Turlock-. Yo estoy dispuesto.

Cuando Caveny dijo lo mismo, los tres se apresuraron a dirigirse a la barcaza, pusieron en marcha el motor y comenzaron el viaje de regreso.

Fue un retorno triste y solemne. Había grandes olas, y necesitaron varios minutos para salir del puerto y entrar en el río propiamente dicho. Pero fue también un viaje memorable, pues el firmamento estaba encapotado y oscuro, como si la Naturaleza lamentase la muerte de un hijo. Las marismas de Turlock habían desaparecido, por supuesto, sepultadas bajo un manto de cemento, pero en los bosques situados tras ellas, altos árboles oponían sus copas al viento; pequeñas

embarcaciones regresaban apresuradamente a la orilla; los gansos evolucionaban con cuidados movimientos.

Durante el tramo final hasta Acantilado de la Paz, las olas aumentaron en intensidad, empapando a los pasajeros, pero cuando Mrs. Paxmore se volvió para secarse la cara, descubrió que la barcaza no estaba sola; tras ella iba la pequeña embarcación de la familia Cater, dispuesta a cerciorarse de que los Paxmore llegaban sanos y salvos, antes de realizar el largo viaje de vuelta a Patamoke.

Caía la tarde cuando Amos Turlock atracó la barcaza en el muelle de Paxmore, y cuando Amanda Paxmore hubo desembarcado, Amos dijo algo que delató la inquietud que había sentido durante los quince últimos minutos del viaje:

–Caveny, vamos a llevar esta embarcación lo más lejos que podamos tierra adentro. Esta tormenta no tardará en llegar.

–¿Va a ser un huracán? – preguntó Amanda, mientras golpeaba el suelo con los pies para sacudirse el agua.

–Quizá -respondió brevemente Turlock.

–Entonces, tienen que venir los Cater también.

Y fue hasta la punta del muelle, gritando y agitando la mano en dirección a los negros que se alejaban en su pequeña embarcación, pero éstos se hallaban decididos a regresar a Patamoke; sin embargo, cuando intentaron entrar en el Choptank, grandes olas se abalanzaron sobre ellos, y resolvieron que era inútil insistir. Dando rápidamente media vuelta, consiguieron llegar al muelle, donde Mrs. Paxmore les ayudó a desembarcar.

–Va a ser un huracán -dijo el capitán Absalom, y tenía razón.

Sin descargar un solo trueno ni relámpago, las nubes descendieron tanto que parecían tocar las olas que ellas habían creado, y la noche cayó una hora antes de lo normal, mientras grandes sábanas de lluvia se tendían oblicuamente sobre el paisaje.

Los cinco Paxmore, los dos pescadores y los cuatro negros se reunieron en el salón delantero de Acantilado de la Paz, pero éste se hallaba tan expuesto a la furia de la tempestad, que las amplias ventanas empezaron a rezumar agua, y todos se vieron obligados a refugiarse en la cocina; esto no proporcionó mucho alivio, pues las luces se apagaron, y las acurrucadas figuras pudieron oír en la

oscuridad cómo el viento arrancaba las persianas y las hacía restallar a través de la noche.

–En los viejos tiempos -dijo Amanda- habríamos interpretado esto como la ira de Dios por la muerte de un gran hombre. Esta noche, todo lo que podemos decir es lo que Mr. Caveny ha dicho hace unos instantes: «Es una tormenta endiablada.»

La tempestad continuó a lo largo de la fría noche de noviembre, y hacia las cuatro de la madrugada, cuando alcanzaba su aullante climax, una de las jóvenes esposas, una baptista de Alabama, preguntó quejumbrosamente:

–¿No estaría bien que rezásemos?

Y Amanda contestó:

–Yo llevo ya un rato haciéndolo.

Esto recordó a la baptista que los cuáqueros rezaban en silencio, y dijo:

–Quiero decir…, una oración de verdad…, en voz alta.

–Betsy -dijo Amanda-, rezaremos todos contigo.

Y había previsto alguna tremenda declaración religiosa, pero la muchacha se arrodilló, simplemente, junto a su silla y, a la parpadeante luz de las velas, dijo:

–Dios mío, protege a los hombres sorprendidos por la tormenta en la bahía.

–Yo digo amén a eso -exclamó Martin Caveny, santiguándose.

–Y yo -añadió uno de los jóvenes Paxmore.

Al amanecer amainó la tormenta, y, a la luz del día, salieron todos a ver los destrozos y encontrar el mayor consuelo posible: la barcaza arrojada nueve metros en un campo (pero no aplastada); el muelle completamente destruido (pero los pilotes de sustentación continuaban firmemente en su sitio); dos de los grandes ventanales, hechos pedazos (pero estaban asegurados); un considerable trozo de orilla, arrancado (pero podía reconstruirse tras empalizadas); y muchos y majestuosos árboles, derribados, sin posibilidad alguna de salvarlos.

–Veamos qué ha ocurrido en otros lugares -sugirió uno de los jóvenes.

Y Amos Turlock cargó un camión con cuerdas, palancas, palas y prismáticos de campaña y encabezó una expedición a la casa de

Caveny, que había sufrido grandes daños, pero sin quedar destruida. Al llegar a la caravana, Turlock quedó horrorizado ante los destrozos; de sus veinticuatro estatuas grandes, siete habían sido rotas por ramas desgajadas de los árboles, pero se sintió aliviado al ver que continuaban en sus puestos los tres enanos que custodiaban la enterrada escopeta.

El camión no podía entrar en Patamoke, ya que varios árboles caídos bloqueaban el paso, así que retrocedieron hacia Acantilado de la Paz, donde, desde una eminencia, pudieron examinar la desembocadura del Choptank y ver las diversas embarcaciones arrastradas tierra adentro por la tormenta. Estaban empezando a inspeccionar la orilla opuesta cuando Amos Turlock, que observaba el contorno con sus prismáticos, lanzó de pronto un grito:

–¡Mirad a Devon!

Todos se volvieron hacia la isla que protegía el río, y Caveny dijo:

–No veo nada de particular.

Cogió los prismáticos, miró hacia el Oeste y exclamó, en voz baja:

–¡Je…sús!

Una de las esposas Paxmore miró hacia las ruinas que había dibujado en rápido apunte hacía sólo unos días. Sin decir nada, le pasó los prismáticos a su marido.

Éste miró unos momentos, bajó los prismáticos para comprobar a simple vista y dijo:

–Ha desaparecido. Ha desaparecido por completo.

–¿Qué ha desaparecido? – preguntó su hermano.

Y luego, sin necesidad de ayuda, observó las turbulentas aguas, y quedó petrificado ante lo que la tormenta había hecho.

La isla se había desvanecido. Sobre las fragorosas olas, donde antaño habían prosperado espléndidos campos, no había nada. En el lugar en que la más exquisita mansión de la Orilla Oriental había mostrado su majestuosa silueta, no se veía nada. Se había abatido sobre ella la tempestad final que acaba alcanzando a toda existencia; la incansable erosión que incluso consigue allanar montañas había completado su obra. La isla Devon, y todo cuanto pertenecía a ella, había desaparecido para siempre.

Olas incesantes que once mil años antes habían arrojado detritos en aquel lugar, dando origen al nacimiento de una isla, habían vuelto para

recuperar lo que habían prestado. La tierra que tomaron sería trasladada a algún otro lugar a lo largo de la bahía de Chesapeake para ser utilizada allí de alguna nueva manera durante quizás otros mil años, después de lo cual las olas volverían a tomarla de nuevo, usándola y volviéndola a usar hasta el previsible día en que el inmenso océano del mundo se lanzara impetuosamente para reclamar toda aquella península en la que, durante unos cuantos siglos, la vida había sido tan agradable.

OceanofPDF.com

ÍNDICE

Agradecimientos
PRIMER VIAJE: 1583
El río
SEGUNDO VIAJE: 1608
La isla
TERCER VIAJE: 1636
La marisma
CUARTO VIAJE: 1661
El acantilado
QUINTO VIAJE: 1701
Venganza de Rosalind
SEXTO VIAJE: 1773
Tres patriotas
SÉPTIMO VIAJE: 1811
El duelo
OCTAVO VIAJE: 1822
La atalaya de la viuda
NOVENO VIAJE: 1832
El domador de esclavos
DÉCIMO VIAJE: 1837
El ferrocarril
UNDÉCIMO VIAJE: 1886
Los barqueros
DUODÉCIMO VIAJE: 1938
Prueba de fuego
DECIMOTERCER VIAJE: 1976
«El Refugio»
DECIMOCUARTO VIAJE: 1978

Este libro se imprimió en los talleres
de Gráficas Guada, S. A.
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugues de Llobregat.
Barcelona

[1]La palabra *cuáquero*, del inglés *quaker*, deriva del verbo *to quake*, temblar. *N. del T.)*

[2]En inglés, la palabra *pound*, *libra*, en su acepción de unidad de peso, se representa con la abreviatura *lb*, tomada del vocablo latino *libra*.

[3]*Skip* significa en inglés *saltar. (N. del T.)*

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
28/09/2008
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com